



Universidad de Valladolid

**LA PERVIVENCIA DE LOS
“USOS MEGALÍTICOS”
EN EL VALLE DEL DUERO/DOURO
A LO LARGO DE LA
PREHISTORIA RECIENTE
(IV - II MILENIO CAL. BC)**

**TESIS DOCTORAL PRESENTADA POR
CRISTINA TEJEDOR RODRÍGUEZ**

DIRIGIDA POR

**DR. MANUEL A. ROJO GUERRA
DR. RAFAEL GARRIDO PENA
DR. ÍÑIGO GARCÍA MARTÍNEZ-DE-LAGRÁN**

VALLADOLID 2015



Universidad de Valladolid

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA, ARQUEOLOGÍA, ANTROPOLOGÍA SOCIAL
Y CIENCIAS Y TÉCNICAS HISTORIOGRÁFICAS

TESIS DOCTORAL:

**LA PERVIVENCIA DE LOS “USOS MEGALÍTICOS” EN EL
VALLE DEL DUERO/DOURO A LO LARGO DE LA
PREHISTORIA RECIENTE (IV-II MILENIO CAL. BC)**

Presentada por Cristina Tejedor Rodríguez para optar al grado de
doctora por la Universidad de Valladolid

Dirigida por:
Dr. Manuel A. Rojo Guerra
Dr. Rafael Garrido Pena
Dr. Íñigo García Martínez-de-Lagrán

VALLADOLID 2015

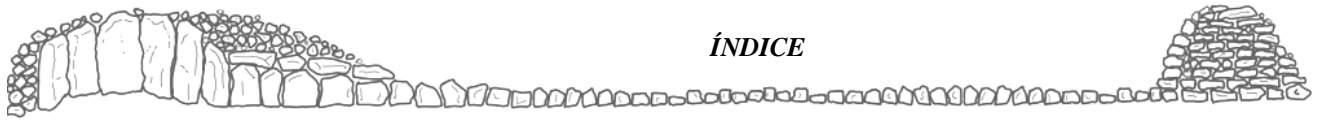
“Porque la memoria es lo que resiste al tiempo y a sus poderes de destrucción, y es algo así como la forma que la eternidad puede asumir en este incesante tránsito. Y aunque nosotros (nuestra conciencia, nuestros sentimientos, nuestra dura experiencia) vamos cambiando con los años, y también nuestra piel y nuestras arrugas van convirtiéndose en prueba y testimonio de ese tránsito, hay algo en nosotros, allá muy dentro, allá en regiones muy oscuras, aferrado con uñas y dientes a la infancia y al pasado, a la raza y a la tierra, a la tradición y a los sueños, que parece resistir a ese trágico proceso: la memoria, la misteriosa memoria de nosotros mismos, de lo que somos y de lo que fuimos. Sin la cual (¡y qué terrible ha de ser entonces!...) esos hombres que la han perdido como en una formidable y destructiva explosión de aquellas regiones profundas, son tenues, inciertas y livianísimas hojas arrastradas por el furioso y sin sentido viento del tiempo”

(Ernesto Sabato, Sobre héroes y tumbas)



<u>AGRADECIMIENTOS</u>	<u>7-14</u>
<u>I. EL PROYECTO: CARACTERIZACIÓN Y OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN</u>	<u>17-40</u>
1.1. Planteamiento y adecuación del proyecto	19-24
1.2. El objeto de estudio: el fenómeno de la reutilización de los “espacios megalíticos”	25-28
1.3. Caracterización espacio-temporal: el valle del Duero/Douro en la Prehistoria reciente (IV-II milenio cal. BC)	29-32
1.4. Estructura y contenido general del trabajo	33-38
1.5. Objetivos y líneas fundamentales de estudio	39-40
<u>II. EL “ESPACIO”: EL DUERO/DOURO COMO ELEMENTO VERTEBRADOR DEL TERRITORIO</u>	<u>41-86</u>
2.1. El Duero/Douro como eje físico-geográfico: un territorio entre dos países	43-56
2.1.1. <i>La diversidad geo-morfológica de la cuenca del Duero/Douro</i>	45-49
2.1.2. <i>Un mismo territorio, distintos espacios</i>	50-56
2.2. El Duero/Douro como eje político-administrativo: desmontando fronteras y límites actuales	57-72
2.2.1. <i>El “Espacio” y el “Territorio” como construcciones culturales</i>	57-61
2.2.2. <i>Caracterización político-administrativa de la cuenca del Duero/Douro</i>	61-67
2.2.3. <i>Más allá de las fronteras: ¿unión o separación, cooperación o división?</i>	68-72
2.3. El Duero/Douro como eje socio-económico y cultural: la importancia del río para las poblaciones de su entorno	73-86
2.3.1. <i>Una forma de vida ligada al río</i>	76-80
2.3.2. <i>Los “tesoros” patrimoniales del valle del Duero/Douro</i>	81-86

III. <u>EL “TIEMPO”: REVISITANDO LA PREHISTORIA RECIENTE</u>	<u>87-288</u>
<u>EN EL VALLE DEL DUERO/DOURO (IV-II MILENIO CAL. BC)</u>	
3.1. Los milenios del “post-Megalitismo” en la cuenca del Duero/Douro (III y II milenio cal. BC)	89-226
3.1.1. <i>Historiografía y nuevos debates: el desarrollo de la investigación sobre la Prehistoria Reciente en el valle del Duero/Douro</i>	102-124
3.1.2. <i>El III milenio cal. BC: un periodo entre la continuidad y cambio</i>	124-155
a) Implantación en el territorio y formas de hábitat	131-141
b) La cultura material y su faceta como elemento de intercambio	141-147
c) Estrategias subsistenciales e innovaciones tecnológicas	147-153
d) Orden social y relaciones inter e intra-grupales	153-155
3.1.3. <i>El esplendor campaniforme</i>	155-182
a) Implantación en el territorio y formas de hábitat	161-165
b) Estrategias subsistenciales y el desarrollo de los sistemas de intercambio a través de la cultura material	165-175
c) Significación y funcionalidad de la “vajilla campaniforme”	175-178
d) Los “bienes de prestigio” y su implicación en las relaciones sociales	178-182
3.1.4. <i>El II milenio cal. BC: un periodo de transformación</i>	183-226
a) Implantación en el territorio y formas de hábitat	192-206
b) La cultura material y su faceta como elemento de intercambio	217-216
c) Estrategias subsistenciales e innovaciones tecnológicas	216-224
d) Orden social y relaciones inter e intra-grupales	224-226
3.2. El registro funerario en el valle del Duero/Douro a lo largo de la Prehistoria reciente (IV-II milenio cal. BC)	227-279
3.2.1. <i>La realidad megalítica en el valle del Duero/Douro</i>	232-271
a) Implantación y desarrollo cronológico del fenómeno megalítico en la cuenca duriense	234-243
b) Algunas cuestiones sobre la distribución y el emplazamiento de los megalitos en el valle del Duero/Douro	243-252



c) El “polimorfismo” arquitectónico dentro de la homogeneidad del “ritual megalítico” en el valle del Duero/Douro	252-271
3.2.2. <i>El “documento” funerario en el III y II milenio cal. BC: Tradicón vs. Innovación</i>	271-279
3.3. El fenómeno de la reutilización megalítica como objeto de estudio	280-288
3.3.1. <i>El estudio de los “usos post-megalíticos” en la bibliografía</i>	281-283
3.3.2. <i>Nuevas perspectivas para el estudio de las “arquitecturas megalíticas”</i>	283-286
3.3.3. <i>Hipótesis de partida y algunas cuestiones previas</i>	286-288
IV. <u>EL “SIGNIFICADO”: EL MEGALITO DESDE DISTINTAS PERSPECTIVAS</u>	<u>289-320</u>
4.1. El impacto de la “Arqueología de la muerte” en la historiografía	291-313
4.1.1. <i>La “Nueva Arqueología”: el despegue de la “Arqueología de la Muerte”</i>	294-300
4.1.2. <i>La corriente materialista y estructuralista: otros enfoques para la “Arqueología de la Muerte”</i>	300-305
4.1.3. <i>Las posturas post-procesualistas: nuevas posibilidades para la “Arqueología de la Muerte”</i>	305-313
4.2. El megalito como referente espacio-temporal y garante de la memoria colectiva	314-320
4.2.1. <i>El “Espacio” y el “Tiempo” megalíticos</i>	314-319
4.2.2. <i>El rol de la memoria colectiva y su potencial como instrumento de control ideológico</i>	319-320
V. <u>EL “MÉTODO”: UN POSIBLE ENFOQUE ANALÍTICO PARA EL ESTUDIO DEL MEGALITISMO</u>	<u>321-340</u>
5.1. El marco metodológico de análisis	323-331
5.1.1. <i>Algunos problemas y déficits de la investigación</i>	323-327
5.1.2. <i>Caracterización de las “etapas” de trabajo</i>	327-331
5.2. Las herramientas de análisis	332-340
5.2.1. <i>Diseño y caracterización de la base de datos</i>	333-339
5.2.2. <i>La Estadística: una eficaz herramienta de análisis</i>	339-340

VI.	<u>LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA I: ESTUDIO DESCRIPTIVO</u>	<u>341-530</u>
6.1.	El <i>corpus</i> de datos: algunas claves para su estudio	343-361
6.1.1.	<i>Cuantificación de los yacimientos estudiados y su distribución geográfica</i>	345-357
6.1.2.	<i>Claves para la selección de los yacimientos objeto de estudio</i>	357-361
6.2.	Caracterización general del fenómeno megalítico en el valle del Duero/Douro a través de su estudio descriptivo	362-413
6.2.1.	<i>Algunas cuestiones sobre la morfología y el “polimorfismo” arquitectónico de los megalitos</i>	364-377
6.2.2.	<i>Estudio descriptivo del emplazamiento de los megalitos y su relación con los elementos naturales del entorno</i>	377-383
6.2.3.	<i>El impacto del “Arte megalítico” en los yacimientos catalogados</i>	383-386
6.2.4.	<i>Caracterización y frecuencias de la “cultura material” documentada en los megalitos</i>	386-397
6.2.5.	<i>La cronología absoluta disponible para el catálogo monumental de este estudio</i>	397-413
6.3.	Los “eventos de reutilización” funeraria y no funeraria documentados en los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro	414-458
6.3.1.	<i>Los “eventos de reutilización”: su alcance y caracterización general</i>	429-447
6.3.2.	<i>El impacto del factor funerario en los eventos de reutilización</i>	447-458
6.4.	Los “usos post-fundacionales” documentados en los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro	459-529
6.4.1.	<i>Prácticas de clausura/sellado</i>	462-474
a)	Tumulación	465-466
b)	Superposición de nueva construcción	466-467
c)	“Fuego clausurador”	467-469
d)	Desmantelamiento de estructuras	470-471
e)	Inhabilitación de zonas de acceso	471-472
f)	Sellado del espacio sepulcral	472-474
g)	Fuegos localizados	474



6.4.2. <i>Remodelación y añadido de elementos arquitectónicos</i>	474-486
a) Retumulación	475-477
b) Remodelación de zonas de acceso	477-478
c) División y bloqueo del espacio monumental	478-480
d) Yuxtaposición y/o ampliación del recinto sepulcral	480-481
e) Erección de menhir	481-483
f) Agregación de estructuras secundarias	484
g) Creación de un espacio ceremonial	484-486
6.4.3. <i>Estrategias de mantenimiento</i>	486-496
a) Reacondicionamiento de osario	487-489
b) “Echadizos” diferenciadores	489-491
c) Compartimentación y/o señalización sepulcral	491-493
d) Re-decoración	494
e) Eventos de limpieza	495-496
6.4.4. <i>Modificaciones arquitectónicas en áreas específicas</i>	496-502
a) Individualización de espacios	497-499
b) Apertura de estructuras de acceso	500
c) Alteraciones parciales	500-502
6.4.5. <i>Eventos de abandono y destrucción no-antrópica</i>	502-503
6.4.6. <i>Caracterización general y análisis diacrónico de los “usos megalíticos post-fundacionales”</i>	503-529

VII. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA II: ESTUDIO ANALÍTICO E INTERPRETATIVO **531-698**

7.1. Reconstruyendo “biografías” megalíticas	533-642
7.1.1. <i>Alternativas a la dicotomía continuidad vs. ruptura</i>	541-547
7.1.2. <i>Caracterización arqueográfica de los distintos episodios de “uso post-fundacional” documentados en el registro megalítico del valle del Duero/Douro</i>	547-574
7.1.3. <i>Caracterización cronológica de los episodios de actividad megalítica documentados en el valle del Duero/Douro</i>	574-607
7.1.4. <i>Las “biografías” megalíticas en el valle del Duero/Douro</i>	608-642

7.2. Trazando “identidades”	643-697
7.2.1. <i>Identidad colectiva vs. identidad individual</i>	649-663
7.2.2. <i>Evidencias de colectividad e individualidad en el registro megalítico del valle del Duero/Douro</i>	663-679
7.2.3. <i>El “Pasado” y la “Memoria” como herramientas de legitimación del poder</i>	679-689
7.2.4. <i>Individualidad en lo colectivo, colectividad en lo individual</i>	689-697
VIII. <u>CONCLUSIONES</u>	<u>699-708</u>
IX. <u>INTERNATIONAL DOCTORATE</u>	<u>709-738</u>
9.1. Index	711-716
9.2. Summary	717-718
9.3. The Megalith Phenomenon in the Duero/Douro Basin	719-733
9.3.1. <i>Establishment and chronological development of the Megalithism in the Duero/Douro Basin</i>	720-725
9.3.2. <i>Some remarks about the spatial distribution and emplacement of megaliths in the Duero/Douro Basin</i>	725-727
9.3.3. <i>The architectural ‘polymorphism’ within homogeneity of the ‘megalithic worship’ in the Duero/Douro Basin</i>	727-733
9.4. Concluding Remarks	733-738
X. <u>ÍNDICE DE FIGURAS</u>	<u>741-752</u>
XI. <u>BIBLIOGRAFÍA</u>	<u>753-790</u>
<u>ANEXOS 1-6</u>	Dvd adjunto

AGRADECIMIENTOS

*“Todos tenemos dos cabezas y dos memorias.
Una cabeza de barro, que será polvo, y otra por siempre invulnerable a
los mordiscos del tiempo y de la pasión.
Una memoria que la muerte mata, brújula que acaba con el viaje,
y otra memoria, la memoria colectiva, que vivirá mientras viva la
aventura humana en el mundo”*

**(Eduardo Galeano, *Memoria del fuego: Las caras y las máscaras-
Tu otra cabeza, tu otra memoria*)**

Este proyecto, que nació con la ilusión de una chica que quería ser investigadora (sin que en realidad supiera dónde se metía), ha ido creciendo y madurando a la vez que su autora, y enriqueciéndose a través de las múltiples experiencias vividas y personas conocidas durante su desarrollo.

Este largo camino de más de 7 años no ha sido fácil, pues ha habido numerosos momentos de duda a la hora de enfrentarme a la problemática del estudio, de bloqueo y sus consecuentes periodos completamente infructuosos, otros de desbordamiento por el enorme trabajo que tenía por delante; pero también momentos de satisfacción, al dar con el enfoque adecuado y obtener buenos resultados del barullo de datos que tenía entre las manos. Por eso creo, en mi modesta opinión, que se trata de un trabajo si no maduro, sí madurado, lo que no quita para que el lector pueda encontrar muchos errores y estar en desacuerdo con las ideas que se plantean en él.

Si de algo me siento realmente orgullosa es de que este camino no lo he recorrido sola, sino que he tenido la suerte de contar con un gran número de personas que me han prestado su ayuda y dado consejo, y que han creído en mí y en mi proyecto. Sin cualquiera de ellas, este trabajo habría sido completamente diferente. Quiero aprovechar estas páginas para agradecer a todos su apoyo, y si hay algún olvido, ruego se me disculpe, pues de ningún modo ha sido intencionado.

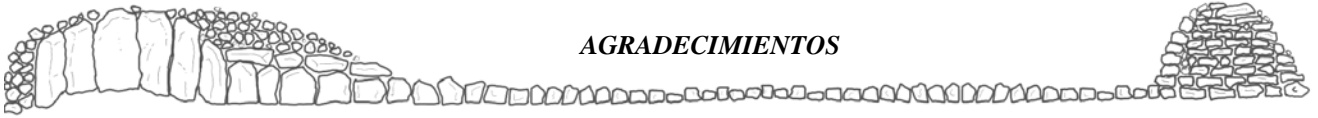
Como no podía ser de otra manera, mi primer agradecimiento es para Manuel Rojo, que, además de ser mi profesor, maestro en la Arqueología, director de esta Tesis y guía de mi carrera investigadora, con los años se ha convertido en un “segundo padre” que no sólo vela por mis intereses profesionales, sino también personales. Aún recuerdo la conversación que tuvimos en su despacho cuando decidí embarcarme en esta aventura, en la que de manera clara y honesta me expuso todas las contrapartidas de dedicarme a la investigación en vez de estudiar unas oposiciones como otros compañeros de facultad. Sin embargo, desde el momento en que mi decisión fue definitiva, su apoyo ha sido incondicional. Gracias a él tengo la posibilidad de disfrutar de la Arqueología, desde que allá por el verano del 2001 participé en las excavaciones del Valle de Ambrona. Le debió de gustar cómo trabajaba puesto que, desde entonces, he ido a todas y cada una de las campañas que él ha dirigido, asumiendo cada vez una mayor responsabilidad. A día de hoy, no me imagino una excavación sin sus consejos, sus discusiones estratigráficas, y sin ese gran “olfato” que le hace ser uno de los grandes arqueólogos de este país. Gracias por tu apoyo incondicional, por enseñarme todo lo que

sabes y por confiar tanto en mí, a pesar de mis errores de novata y mi cabezonería. Y, sobre todo, gracias por tu pasión por la Arqueología, que inculcas a cualquiera que comparta contigo una “experiencia de campo” y que hace que hasta los días más nefastos de excavación se acaben convirtiendo en interesantes y satisfactorios. Así que, como te digo muchas veces, “Manolo, nos tienes que durar muchos años”, para que sigas contagiando con tu pasión a otros muchos arqueólogos que están por llegar.

Rafa e Íñigo son mis co-directores, pero sobre todo mis compañeros desde que inicié esta andadura. Siempre me sentiré afortunada de haber compartido y seguir compartiendo el inmenso conocimiento teórico y metodológico de Rafa, quien me ha transmitido la importancia de aplicar un método de registro adecuado en cada una de las fases de excavación y posterior estudio. Gracias a él he aprendido que hay que escudriñar y contrastar al máximo todas las evidencias e interpretarlas sin sacarlas de su contexto ni dejarse llevar por lecturas sugerentes pero poco fundadas. De Íñigo, a quien he visto madurar hasta convertirse en un gran investigador, podría decir muchas cosas, pero me gustaría destacar, entre todas, su valentía y energía. Nunca le he visto decir que no a ningún reto, por difícil que pareciera, y gracias a él me he dado cuenta de que, en ocasiones, hay que arriesgarse y expresar esas ideas que nos guardamos por miedo a meter la pata. Además, la parte más analítica de este trabajo se debe, en gran medida, a su esfuerzo y amplio conocimiento del manejo de las herramientas necesarias para el estudio de los datos, como la estadística o los S.I.G., entre otras.

Espero que los tres se sientan satisfechos con el trabajo realizado y que nuestro pequeño equipo siga funcionando por muchos años, para que podamos seguir trabajando juntos, aunque sea en la distancia, y obteniendo resultados tan interesantes como hasta ahora.

Quiero agradecer al Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología social y Ciencias y Técnicas Historiográficas que, desde un primer momento, hayan apoyado y creído en este proyecto. En concreto, al área de Prehistoria que, encabezada por Germán Delibes (a quien hay que agradecer gran parte del prestigio que a día de hoy tiene el área), y con investigadores de la talla de Fernando Romero Carnicero, Julio Manzano, Elisa Guerra, Fernando Díaz, Antonio Blanco o el propio Manuel Rojo, está llevando a un alto nivel el estudio de la Prehistoria en la Meseta Norte española. Es un orgullo que la famosa “Escuela de Valladolid” sea, en la actualidad, una referencia en el ámbito de la investigación prehistórica peninsular, situación de la que nos beneficiamos



todos los que venimos por detrás. Fuera del área de Prehistoria, también me gustaría mencionar a Irene y Mauricio, que siempre me han recibido con una sonrisa al acudir a ellos con cualquier trámite burocrático, a Dioni, por intentar facilitarnos el “papeleo” en todo lo posible, a Mercedes, que siempre tiene un abrazo y buenas palabras para ofrecer, y a Ángel, nuestro gran y encantador dibujante (entrar en el Taller de Arqueología no va a ser lo mismo sin ti). También quiero dar las gracias a mis compañeros de Departamento, fundamentalmente a Rodri, Marcos, Roberto y Jaime, por tenerme siempre al tanto de los plazos, convocatorias y cuestiones administrativas en general, para lo cual soy un desastre. Siento que, a pesar de pertenecer a diferentes “equipos”, nos cuidamos y nos ayudamos, y creo que eso es muy bueno y sano dentro del mundo académico.

Gracias también a la Universidad de Valladolid y a la Fundación General por ser el marco institucional donde se han desarrollado la mayor parte de los proyectos de investigación en los que he participado, y sigo participando, y por su apoyo económico en ciertas ocasiones (ayudas de asistencia a congresos, proyectos...). En este punto, quiero destacar la labor que realiza el Negociado de Ayudas al Personal Investigador de la Casa del Estudiante y, en concreto, la de M^a Ángeles Mínguez, quien siempre está pendiente de los doctorandos e investigadores primerizos, facilitándonos el trabajo e informándonos adecuadamente de nuestras opciones (una actitud que, lamentablemente, resulta bastante difícil de encontrar dentro de la Administración). De manera más particular, me gustaría agradecer al Instituto de Promoción Cultural Arcadia (FUNGE-UVa), por ofrecerme un buen lugar de trabajo y todas las herramientas necesarias para su desarrollo.

La financiación económica de gran parte de este proyecto ha corrido a cargo del “Programa nacional de Formación del Profesorado Universitario” (F.P.U.), avalado por el antiguo Ministerio de Ciencia e Innovación, y del “Programa de Investigación sobre Patrimonio Cultural” de la Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León. Quiero agradecer públicamente a ambas instituciones su apoyo, especialmente a Zoa Escudero (coordinadora de los becarios en la FPHCyL), que han mostrado así un especial interés y sensibilidad por el conocimiento del Pasado y del Patrimonio Monumental.

En los distintos lugares visitados y a través de actividades realizadas a lo largo de esta carrera de fondo (estancias, excavaciones, proyectos, congresos...), he conocido

a un gran número de personas que, de un modo u otro, han influido en la manera de enfocar y desarrollar esta investigación. En primer lugar, me gustaría destacar la buena acogida que me brindaron las dos instituciones en las que he llevado a cabo mis estancias de investigación. Por un lado, agradecer al *Centro de Estudos Arqueológicos das Universidades de Coimbra e Porto* (CEAUCP) y, en particular, a los profesores Domingos da Cruz y Raquel Vilaça, por permitirme profundizar en la naturaleza transfronteriza del proyecto y ofrecerme su orientación a la hora de abordar el estudio de los datos portugueses. Por otro lado, dar las gracias a todos los miembros del *Instituto de Ciencias del Patrimonio* del CSIC (INCIPIIT) en Santiago de Compostela y, en especial, a Felipe Criado, Elías López-Romero y Patricia Mañana, quienes hicieron de mi breve estancia allí una de las etapas más fructíferas de mi investigación, aportando, de manera desinteresada, ideas que han resultado ser fundamentales en la fase interpretativa del trabajo.

Gran parte de mi actividad como investigadora y arqueóloga se ha desarrollado en el marco de los proyectos de “El Plan de Actuación Integral en el Valle de Ambrona” y “Los Caminos del Neolítico” (dirigidos por Manuel Rojo y financiados por la Junta de Castilla y León y por el antiguo Ministerio de Ciencia e Innovación, respectivamente). Gracias a ellos he podido colaborar, y sigo colaborando, con destacados investigadores tanto de mi área de estudio como de otras temáticas y disciplinas, lo que me ha permitido abordar el objeto de estudio desde otros puntos de vista y líneas de actuación. Entre ellos, Primitiva Bueno y Rodrigo Balbín, Leonor Peña Chocarreo y Marta Moreno (junto a todos los integrantes del equipo de AGRIWESTMED), Juan Francisco Gibaba, Jesús Sesma y Jesús García Gazolaz, José Ignacio Royo, Eneko Iriarte, Antoni Palomo y Xavi Terradas, Helmut Becker, Kurt Alt y equipo, son sólo algunos de los nombres de una larga lista.

También han sido numerosos los investigadores y colegas de profesión con los que he podido compartir e intercambiar ideas en congresos, visitas o excursiones, cursos, clases o, incluso, por email. A todos ellos les quiero agradecer que se hayan interesado por mi proyecto animándome a continuar, me hayan hecho reflexionar acerca del mismo, además de facilitarme información en el momento en que se la he requerido. Me gustaría mencionar a Eduardo Carmona, Almudena Hernando, Ángel García Barrios, Víctor Fernández, Javier Fernández Eraso, José Antonio Rodríguez Marcos, José Sastre, Beatriz Comendador, Javier Abarquero, Chris Scarre, Mike Parker Pearson,

Juan Antonio Cámara Serrano, M^a Jesus Sanches, Rui Boaventura, Ana M^a Bettencourt, Manuel Crespo, o Pilar Zapatero, entre otros muchos.

He dejado para el final de los agradecimientos en el ámbito profesional a todas aquellas personas con las que he podido compartir, y sigo compartiendo, la parte que, en mi opinión, es la más atractiva y satisfactoria de nuestra profesión, las excavaciones. Para mí “ir a excavar” nunca es un trabajo, en sentido peyorativo, sobre todo si formas parte de un “pequeño gran equipo” que, a pesar de los madrugones, te alegra el día y hace que todo funcione sin dificultad: Sarita, Saru, María, Héctor, David “Pilli”, Chema, Edu, Irene e Igor, gracias a todos por hacer que cada campaña sean las vacaciones de verano que nunca podemos disfrutar, y por aguantar a una “tía” tan mandona y pesada con el orden y el “método” en la excavación (aunque creo que tendré que seguir insistiendo en que recicléis las bolsas). En las numerosas excavaciones y proyectos arqueológicos en los que he participado a lo largo de estos años, en diferentes lugares tanto peninsulares como extra-peninsulares, he convivido con muchas personas que, de un modo u otro, han influido en mí, tanto profesional como personalmente (una larga lista que sería imposible incluir aquí). Entre ellas, me gustaría mencionar, en concreto, a Beatricce, Sonia, Raquel y Lucía, quienes han estado pendientes de mí a lo largo de todo este proceso, apoyándome y prestándome, sin dudar, toda la ayuda necesaria cuando se la he pedido, pese a la distancia y los largos periodos que, a veces, pasamos sin vernos ni hablar.

En el plano más personal, me gustaría en primer lugar agradecer a mis padres, Pilar y Leonardo, y a mi hermana, Vanessa, su continuo aliento y el estar dispuestos a lo que haga falta con tal de ayudar y facilitarme las cosas. Gracias por intentar entender y no cuestionar la opción profesional que he elegido, puesto que sabéis que es lo que me hace feliz y eso es lo único que os importa. También a mi abuela Mari, que siempre ha querido tener un “Doctor” en la familia y, aunque creo que se refería a otro tipo de “Doctor”, yo, como buena nieta, he querido cumplir su deseo.

Quiero hacer un agradecimiento especial a todas las personas que me han abierto las puertas de su casa en mis viajes y estancias de investigación. A Nunes y familia, sobre todo a Mafalda, por facilitarme y hacer tan agradable mi etapa en Coimbra, a Lucía y a su madre, que me hicieron sentir muy a gusto tanto en Madrid como en Santiago de Compostela, y a Íñigo y María, por las múltiples veces que he ocupado su casa en Vitoria. En este punto, quiero agradecer especialmente a Rachy y a Eduardo, sin

cuya generosidad y paciencia este último año de estudio habría sido mucho más complicado. Gracias por vuestro cariño y por darme la oportunidad de tener un lugar tan idílico donde trabajar como la buhardilla de Estavillo.

Gracias a Carlos, Guiomar, Sarita, Bibiana, Saru, Pili, Vero, Alberto “Bicho” y, en especial, a Patri, por entender mis largas ausencias y mis negativas a quedar y, sin embargo, estar siempre ahí cuando he necesitado un café o una larga charla telefónica. Espero poder recuperar el tiempo que no he podido disfrutar con vosotros. Gracias a Irene y Xan por el gran esfuerzo que han hecho para traducir mis textos, pese a la premura y las circunstancias.

Por último, tengo que agradecerle a Igor todo. Gracias por ser mi pilar fundamental, la persona que más cree en mí y que más me hace creer en mí misma, por aguantar mis “bajones” y “subidones” a lo largo de toda la Tesis y saber siempre cómo animarme, por escuchar mis “chapas” interpretativas, por adecuarse a mis horarios intempestivos y por todo el tiempo que ha invertido en este proyecto, que no ha sido poco. Gracias por tus ideas y sugerencias, las revisiones de texto, las recreaciones y figuras, y por tu paciencia infinita. Sin ti, el “remate final” creo que habría sido casi imposible.

Es una lista de agradecimientos que podría parecer excesivamente larga, pero honestamente siento que a todas las personas que figuran en ella, y a muchas otra que no están, les debo, de una manera u otra, haber podido dedicarme, alentando mi ilusión y ganas de trabajar, a lo que desde niña ha sido mi vocación, la Arqueología. Aquí se termina una etapa de mi carrera, llena de satisfacciones a nivel profesional y personal, y se inicia una nueva, que, si bien imagino llena de obstáculos y dificultades, espero que sea, al menos, igual de apasionante de lo que ha sido hasta ahora.

I.

EL PROYECTO:

**CARACTERIZACIÓN
Y OBJETIVOS DE
LA INVESTIGACIÓN**

*“Archaeologists are the managers
of the distant past
in present society”*

**(Holtorf, *The life-histories of megaliths
in Mecklenburg-Vorpommern (Germany)*, 1998)**



1.1. PLANTEAMIENTO Y ADECUACIÓN DEL PROYECTO

El Megalitismo, como fenómeno único en la Prehistoria Reciente, ha suscitado desde siempre un gran interés dentro del ámbito académico, originando un sinnúmero de estudios, monografías, memorias e informes de excavación realizados sobre cientos de monumentos megalíticos. Muchos investigadores han centrado su atención en estos sepulcros, para intentar comprender mejor el orden social, económico e ideológico de sus usuarios. Desde finales del s. XIX, se inició una larga carrera de “investigación megalítica”, con pioneros como los hermanos Siret y sus trabajos en Los Millares (1890), Gómez Moreno en los dólmenes de Antequera (1905), o Estácio da Veiga en la zona del Algarve (1886-1891). Gracias a todos ellos, y a muchos otros estudiosos de la época, se desarrolló, a partir de principios de siglo, un creciente afán por descubrir y registrar los monumentos de gran parte del territorio ibérico, dando lugar a tempranas obras de referencia obligada, como es el caso de los distintos volúmenes del *Megalithgräber* del matrimonio Leisner (1943, 1956 y 1959). Sin embargo, el estudio del fenómeno megalítico en el valle del Duero/Douro, no cuenta con esa larga tradición de autores e intervenciones arqueológicas. Sólo a partir del primer tercio del s. XX, estudiosos como el Padre Ibero o el Padre Morán comenzaron a mostrar la misma inquietud por el conocimiento de estos sepulcros en el ámbito de la Meseta Norte y, posteriormente, investigadores de la talla de Maluquer de Motes, Luciano Huidobro, Irisalva Moita o la propia Vera Leisner (Leisner, 1965; Leisner y Kalb, 1998) llevaron a cabo importantes trabajos en el resto de la cuenca duriense.

Tradicionalmente, el territorio del valle del Duero/Douro, tanto en su vertiente española como portuguesa, se definía como un “vacío megalítico”, puesto que, en general, nunca se consideró que el Megalitismo del interior peninsular tuviera la misma entidad que el de la periferia, en base únicamente a la diferencia de densidad y monumentalidad de las construcciones entre unas zonas y otras. Autores como Maluquer de Motes o Savory comenzaron a cuestionarse la gran ausencia de estas construcciones en una región tan amplia, como es la cuenca de del tercer río más largo de la Península Ibérica. Este renovado interés de investigadores renombrados, impulsó el desarrollo de excavaciones y prospecciones intensivas, las cuales tuvieron como resultado una nueva visión del Megalitismo duriense, puesto que se descubrieron concentraciones de megalitos en la provincia de Zamora, en el norte de Burgos, en el área más oriental de la Meseta Norte, en Soria, y también hacia occidente con

importantes núcleos como los de la Serra de Aboboreira en el *distrito* de Porto y otros en el vecino Vila Real. En las últimas décadas, se han desarrollado proyectos de investigación megalítica a largo plazo en distintos lugares, que han aportado gran parte de la información que actualmente tenemos acerca del desarrollo de este fenómeno en el territorio del Duero/Douro.

Es en este punto donde cobra mayor relevancia el marco institucional y académico en el que se ha desarrollado este proyecto. Varias de las propuestas más interesantes de las tres últimas décadas, enfocadas al estudio del Megalitismo en la Meseta Norte, han partido del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid (UVa). Es de sobra conocida la proyección, en este área de conocimiento, de los trabajos llevados a cabo por profesores de este Departamento como el catedrático Germán Delibes de Castro o el Dr. Manuel Ángel Rojo Guerra, quienes han acometido la excavación arqueológica de monumentos megalíticos de gran relevancia en la comunidad autónoma de Castilla y León (el *tholos* de la Sima en Soria, el sepulcro palentino de La Velilla en Palencia o el túmulo de El Miradero en Valladolid, entre otros), y han desarrollado importantes planes de actuación a largo plazo en distintas áreas del territorio que nos ocupa (como en la Lora burgalesa o el valle soriano de Ambrona) cuyos resultados siempre se han visto plasmados en interesantes artículos y monografías de referencia.

Hay que destacar el importante papel que ha tenido en el progreso de esta Tesis Doctoral, la dirección científica por parte del Dr. Manuel A. Rojo Guerra, de quien, objetivamente, puede afirmarse que es uno de los arqueólogos peninsulares que ha aportado, y sigue aportando en la actualidad, una mayor cantidad de información al registro megalítico conocido. Su propia Tesis Doctoral, *El fenómeno megalítico en la Lora burgalesa* (1992), es lectura obligada para cualquier investigador que pretenda estudiar el Megalitismo del interior peninsular. La dilatada experiencia que acumula y su gran control sobre el registro, debido en parte a la participación en numerosas excavaciones de monumentos megalíticos desde sus primeros años en la Universidad, han significado un valioso aporte a la hora de configurar el trabajo y solventar algunos problemas de índole práctica con los que nos hemos enfrentado. Por otra parte, en los últimos años ha dirigido el ambicioso “Plan de Actuación Integral en el Valle de Ambrona (Soria)”, que ha dado lugar a la intervención y recuperación de numerosos sepulcros megalíticos, vinculando siempre la labor científica a la necesaria gestión

patrimonial. Junto a su equipo de investigación, del cual formo parte desde hace más de 10 años, ha publicado una monografía sobre las tumbas monumentales en dicha región soriana (Rojo, Kunst *et al.*, 2005) y varios artículos en revistas nacionales e internacionales en la misma línea de conocimiento (Rojo y Kunst, 2002; Rojo, Morán *et al.*, 2003 y 2006; Rojo, Garrido *et al.* 2005; Rojo, García *et al.*, 2005 y 2006; Rojo *et al.*, 2010; etc.).

Otras inestimables contribuciones para este trabajo han sido las co-direcciones científicas del Dr. Rafael Garrido Pena, profesor del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), y del Dr. Íñigo García Martínez de Lagrán, actualmente investigador post-doctoral en el Área de Prehistoria de la Universidad del País Vasco (UPV-EHU), ambos pertenecientes a este mismo equipo de investigación desde hace ya más de una década. Tanto su experiencia con el tratamiento y análisis de los datos, como su innegable bagaje teórico y epistemológico, han determinado en gran medida la estructura y enfoque del proyecto. El indiscutible conocimiento del “fenómeno campaniforme” y sus implicaciones socio-económicas del Dr. Garrido, plasmado ejemplarmente en su Tesis Doctoral, *El Campaniforme en la Meseta: análisis de su contexto social, económico y ritual* (2000), ha sido de gran ayuda a la hora de analizar e interpretar la presencia de este tipo de evidencias en los yacimientos estudiados. El Dr. García Martínez de Lagrán, por su parte, ha aportado además su valioso conocimiento en relación al uso de las herramientas analíticas indispensables para esta investigación (manejo de los S.I.G., aplicaciones estadísticas o empleo de los programas de calibración de dataciones absolutas, entre otras)

La naturaleza transfronteriza del estudio ha hecho necesaria la búsqueda de colaboradores en el país vecino, que pudieran aportar a la investigación la perspectiva arqueológica del registro megalítico en territorio portugués. En este sentido, tanto el Dr. Domingos de Jesus da Cruz como la Dra. Raquel Maria da Rosa Vilaça, ambos profesores de la Universidad de Coimbra (UC) y miembros del *Centro de Estudos Arqueológicos das Universidades de Coimbra e Porto* (CEAUCP), han cumplido perfectamente este papel. En el caso del Dr. Domingos da Cruz, su relación con el mundo megalítico comienza a finales de los años 70, momento en que llevó a cabo sus primeras intervenciones en algunos monumentos de la zona norte de la *Beira Alta*, dirigiendo posteriormente un proyecto científico a largo plazo que no sólo se limitaba a la excavación de los yacimientos, sino también al conocimiento del medio en que se

desenvolvían las comunidades que ocupaban aquellas regiones. Estos trabajos, que conformaron la base documental de su Tesis Doctoral, *O Alto Paiva: Megalitismo, diversidade tumular e práticas rituais durante a Pré-história recente* (2001), fueron incorporando nuevos investigadores y líneas de actuación, transformándose en una propuesta de estudio global de la ocupación prehistórica en la zona del Alto Paiva, con vías de investigación específicas como las “*Práticas funerárias e/ou cultuais da Idade do Bronze na Beira Alta*”, finalmente dirigida por la Dra. Raquel Vilaça (Vilaça, 2000; Vilaça y Da Cruz, 1999; etc.). Por lo tanto, podemos asegurar que, en la actualidad, son dos de los investigadores que mejor conocimiento atesoran sobre el registro funerario de la Prehistoria Reciente en el territorio meridional del Douro. Además, cabe destacar que sus intervenciones siempre han tenido, no sólo un propósito científico, sino también una clara inclinación patrimonial, otorgando un importante papel a la restauración, conservación y puesta en valor de los monumentos.

El mismo objetivo de enriquecer la investigación con diferentes puntos de vista propios de diversos especialistas del mundo megalítico peninsular, es el que ha guiado también la elección de las estancias breves realizadas a lo largo del desarrollo de la presente Tesis Doctoral. Se ha procurado seleccionar centros y grupos de investigación, donde los estudios de Megalitismo ocupen un lugar relevante y en los que existan líneas de análisis abiertas sobre este fenómeno capitaneadas por investigadores destacados. Con el fin de conocer la realidad megalítica del territorio lusitano, se ha elegido la sede de Coimbra del CEAUCP por considerarlo uno de los centros de investigación más compatibles con los objetivos del estudio. El Dr. Da Cruz y la Dra. Vilaça son miembros de esta institución y en ella desarrollan gran parte de sus proyectos sobre la Prehistoria Reciente en la *Beira Alta*. Este centro cuenta además con una gran biblioteca, en la que se pueden encontrar y consultar muchas de las obras de referencia a nivel peninsular, incluso los volúmenes más antiguos, difíciles de localizar o consultar en otros lugares.

Del mismo modo, el *Instituto de Ciencias del Patrimonio* del CSIC (INCIPIT) en Santiago de Compostela, ha sido otro de los destinos escogidos. Entre otras cosas, en él se han desarrollado iniciativas tan interesantes como el *Grupo de Interés sobre Monumentalidad*, en el que participan investigadores destacados del Megalitismo peninsular, como Felipe Criado (1989a y b, 1991; Criado y Vaquero, 1993; Criado y Villoch 1998 y 2000; etc.) o Elías López Romero (2005, 2007, 2008; López Romero y

Walid, 2005; etc), entre otros. Tiene un interesante fondo bibliográfico, sobre todo en cuanto a estudios del Noroeste peninsular, lo que lo hace especialmente interesante al ser una zona afín geográficamente al territorio de análisis. Pero, además, el INCIPIT es, actualmente, una institución de referencia a nivel internacional en cuestiones de gestión y puesta en valor del patrimonio, en la que se están llevando a cabo novedosas líneas de investigación y donde se aplican nuevas fórmulas de actuación al respecto. Una buena oportunidad, teniendo en cuenta la experiencia del Dr. Manuel Rojo en este campo, para profundizar en este aspecto y dar a nuestro proyecto una clara inclinación patrimonial que reivindique el “Patrimonio Megalítico” como uno de los recursos culturales más importantes de toda la región que vertebra el río Duero/Douro.

La propia experiencia profesional, tanto en la carrera de investigación como en la práctica arqueológica, ha sido igualmente decisiva en el desarrollo de esta Tesis Doctoral. Los años de trabajo dentro del equipo y los proyectos dirigidos por el Dr. Manuel Rojo, como “El Plan de Actuación Integral en el Valle de Ambrona” y “Los Caminos del Neolítico” (financiados por la Junta de Castilla y León y por el antiguo Ministerio de Ciencia e Innovación, respectivamente) entre otros, han permitido no sólo conocer los datos y comprobar las hipótesis de primera mano, sino también aprender a registrar, analizar e interpretar esa información con una metodología precisa y apropiada en cada caso. El trabajo llevado a cabo en “Arcadia, Instituto de Promoción Cultural” de la Fundación General de la UVa, junto a especialistas en distintos ámbitos de la Prehistoria Reciente, ha hecho que la presente se haya enriquecido gracias a todos los beneficios que aporta pertenecer a un equipo.

Por último, y no por ello menos importante, ha de señalarse que esta Tesis Doctoral se ha desarrollado en el marco del “Programa nacional de formación del profesorado universitario” (F.P.U.) avalado por el Ministerio de Ciencia e Innovación, y del “Programa de Investigación sobre Patrimonio Cultural” de la Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León. Ambas instituciones han creído en este proyecto y lo han avalado económicamente, mostrando así un especial interés y sensibilidad por el conocimiento del Pasado y de nuestro Patrimonio Monumental.

En conclusión, se trata de un proyecto que ha nacido y se ha gestado gracias a la colaboración de muchas personas, y cuya elaboración ha contado, de primera mano, con las ideas y puntos de vista de algunos de los mejores especialistas en el tema, que se van aunando, sintetizando y contrastando a lo largo de todo el trabajo. Una experiencia interesante que, sin lugar a dudas, ha enriquecido esta investigación, complementando los datos puramente arqueológicos con las experiencias de cada uno de los profesionales, dotándole de consistencia y madurez.



1.2. EL OBJETO DE ESTUDIO: EL FENÓMENO DE LA REUTILIZACIÓN DE LOS “ESPACIOS MEGALÍTICOS”

Durante todo el s. XX y hasta la actualidad, el Megalitismo ha sido objeto de estudio por parte de todas las tendencias teóricas que lo han definido y reinterpretado una y otra vez acorde a sus parámetros epistemológicos. Tanto las corrientes de pensamiento tradicionales como las de los últimos años, han intentado dar respuesta a cuestiones tan diversas como el origen y difusión del fenómeno megalítico o la importancia de estas construcciones como referentes territoriales y espaciales, pero siempre ligadas a la fase fundacional del monumento y de uso por parte de las comunidades que lo construyeron. Sin embargo, aún hay muchos aspectos de la realidad megalítica que, bien por su complejidad, bien por su menor atractivo, no han sido objeto de sistemáticos estudios. Es el caso del objeto de este trabajo de investigación, que se orienta hacia un aspecto aún poco estudiado, el fenómeno de la reutilización de los “espacios megalíticos” por parte de poblaciones posteriores a los grupos constructores y usuarios en primer término de los megalitos, con una finalidad rito-ceremonial y en muchos casos funeraria.

Junto a la universalidad y uniformidad, otro de los rasgos definitorios del Megalitismo es su pervivencia temporal, formando parte del imaginario cultural colectivo de todas aquellas sociedades que han convivido con estos monumentos dentro del mismo territorio, incluso hasta la actualidad. Bien por su dimensión mítico-religiosa (que ha dado lugar a la creación y transmisión de leyendas en torno a estos lugares), bien por sus imponentes estructuras constructivas (documentándose en la mayor parte de los casos el reaprovechamiento del espacio o de sus elementos constructivos), los sepulcros megalíticos no han dejado de sufrir la manipulación humana, siendo objeto de sucesivas destrucciones y modificaciones en su arquitectura, con el fin de readaptarla a las necesidades de cada momento. Esta situación, que en ocasiones constituye un gran obstáculo para su estudio (la mayoría de estos yacimientos se hallan revueltos o destruidos en gran medida), resulta interesante a la hora de realizar una lectura de la permanencia en el tiempo y en la memoria colectiva de las manifestaciones megalíticas. La mejor expresión de esta pervivencia es su utilización diacrónica como lugar de enterramiento (entendido como el simple acto de dar sepultura a un cadáver) y de celebración de ceremonias rituales durante milenios, uso que en algunos casos se da incluso en época histórica. Es sorprendente, por tanto, que una manifestación como la

reutilización de estos sepulcros, que hace del Megalitismo un fenómeno uniforme puesto que aparece de manera recurrente, no haya contado con un análisis específico ni merecido un mayor protagonismo en la historia de la investigación.

En la bibliografía tradicional se ha tratado como un mero hecho anecdótico, documentado apenas por breves apuntes en memorias de excavación, interpretando los restos materiales como el reflejo de actividades de saqueo o intrusiones que tuvieron lugar posteriormente. Es a partir de finales de la década de los ‘80, momento en el que se publican algunas síntesis destacadas sobre el Megalitismo peninsular y meseteño (Delibes y Santonja, 1986 y 1987; VV.AA., 1987), cuando se demuestra de manera específica la recurrente aparición de elementos materiales asociados al “fenómeno campaniforme” en contextos megalíticos. Sin embargo, esta cuestión continuó tratándose desde un punto de vista muy local (Benet *et al.* 1997; Delibes y Del Val, 1990; Lazarich y Sánchez, 2000) y sin atender con detalle a las evidencias propias de otros periodos (Mataloto, 2007: 125). En los últimos años, esta “faceta” megalítica ha despertado un renovado interés entre los investigadores peninsulares, siendo cada vez mayor el número de publicaciones que abordan, en clave interpretativa y no puramente descriptiva, aspectos relacionados con el largo recorrido de estas manifestaciones monumentales (Álvarez Vidaurre, 2006 y 2011; Beguiristáin y Vélaz, 1999; Bueno *et al.*, 2012; Delibes 2004; Fernández Ruiz, 2004; García Sanjuán, 2005 y 2008a y b; Lorrio y Montero, 2004; Mañana, 2003; Martínón Torres, 2001a y b y 2008; Mataloto, 2007; Prieto, 2007; Rojo, Kunst *et al.* 2005; Tejedor, 2008 y 2013; etc.).

A pesar de esta actual tendencia, los trabajos aún son escasos y están muy enfocados a cuestiones teóricas y de interpretación, y, salvo excepciones (Álvarez Vidaurre, 2011; Martínón Torres, 2001a y b; Narvarte, 2003), no abordan profundos estudios de síntesis a nivel suprarregional. Esta situación impide obtener una visión global y contrastada sobre el papel que desempeñaron estos hitos funerarios en los milenios posteriores a su construcción. Por esta razón, se antoja necesario llevar a cabo investigaciones específicas que contemplen análisis exhaustivos sobre el fenómeno de la reutilización de sepulcros megalíticos en amplias zonas geográficas. Partiendo de la idea de que toda evidencia arqueológica procedente de contextos rituales y/o funerarios es reflejo de unas pautas de comportamiento intencionadas, es factible realizar un seguimiento riguroso de las complejas transformaciones sociales, económicas e

ideológicas que tuvieron lugar a lo largo de toda la Prehistoria Reciente (IV-II milenio BC) a través del cambio en las formas de uso de un mismo espacio cultural y sepulcral.

El punto de partida de este estudio ha sido el análisis de la reutilización de los sepulcros megalíticos, atendiendo en un primer momento solamente a su naturaleza funeraria. Sin embargo, en seguida se hizo evidente que ofrecía muchas más posibilidades de análisis. En muchos casos, como se irá viendo a lo largo del presente trabajo, el acto de la deposición de los cadáveres sería sólo un episodio más dentro de los complejos ceremoniales que se celebrarían en el lugar, de los que también se han preservado algunos testimonios arqueológicos a modo de alteraciones arquitectónicas y otras prácticas. Estas modificaciones en la estructura original determinan distintas fases de uso en el devenir del monumento megalítico, puesto que todas las poblaciones usuarias transforman, en mayor o menor medida, la construcción en función de sus necesidades, “usos” que no siempre han de estar vinculados a un acto fúnebre. De hecho, en muchas ocasiones es difícil asegurar si se trata de un evento de carácter funerario, puesto que en gran parte del territorio de estudio las condiciones edafológicas no son favorables a la conservación de los restos óseos.

El monumento megalítico como “elemento cultural” cumple una serie de funciones (religiosas, culturales, funerarias, territoriales, de agregación...) que no pueden desligarse entre sí. Del mismo modo, su dimensión como lugar simbólico no afecta sólo a la construcción visible, sino que dota al territorio circundante de un significado especial. Por esta razón, el título del epígrafe se refiere a los “espacios megalíticos”, puesto que el fenómeno de la reutilización no afecta sólo al sepulcro como tal sino también a su “zona de influencia”. Si bien es verdad que en este trabajo no se ha profundizado mucho sobre este último aspecto, puesto que su estudio daría lugar a otra Tesis Doctoral, se han analizado ciertos casos en los que entendemos que la proyección temporal del monumento megalítico ha sobrepasado los límites de su propia construcción.

Dentro del ámbito académico, la cuestión de estos “usos post-megalíticos” ha dado lugar al desarrollo de un interesante debate teórico acerca del devenir de los pobladores del interior de la Península Ibérica a lo largo de la Prehistoria Reciente. Varios autores hablan de continuidad (Bueno *et al.*, 2005; Delibes y Santonja, 1987; Fabián, 2006; etc.) ligada a la pervivencia de unas fórmulas funerarias con un marcado

carácter colectivo y de los megalitos como recintos sepulcrales. De acuerdo con esta perspectiva, el orden socio-económico propio de los grupos que comenzaron a erigir estas arquitecturas monumentales perduró sin experimentar grandes transformaciones a lo largo de varios milenios, incluso llegando a afirmar la existencia de una cierta “*continuidad étnica*” hasta bien avanzado el II milenio BC (Delibes y Santonja, 1986: 208). Por tanto, estas reutilizaciones no serían tanto un aprovechamiento esporádico y puntual de determinados sepulcros, sino más bien la manifestación funeraria de las últimas generaciones de una larga tradición poblacional que desde épocas ancestrales se enterraba allí. Sin embargo, esta continuidad en la utilización de un mismo espacio sepulcral, como defienden otros investigadores, no implica necesariamente la perduración de la misma ideología ni de la misma estructura socio-económica que lo originó (Benet *et al*, 1997; Bettencourt, 2010; Delibes, 2004; Rojo, Garrido *et al.*, 2005; etc.). Prueba de ello sería el comportamiento diacrónico diferenciado de las formas de uso de estas arquitecturas megalíticas. Por tanto, el debate está abierto a nuevas investigaciones.

Así, la utilización recurrente de los megalitos como espacios rito-funerarios es el objeto de estudio del que parte este trabajo, con el fin de aproximarse a la realidad de los usuarios de aquellos sepulcros que poblaron el valle del Duero/Douro entre finales del V e inicios del I milenio cal. BC. Se pretende, además, ofrecer una opción de marco metodológico a partir del cual abrir nuevos caminos hacia una mejor comprensión de las complejas transformaciones que experimentaron las sociedades a lo largo de la Prehistoria Reciente y para ampliar un poco más nuestro conocimiento sobre las formas de vida de aquellas poblaciones.



1.3. CARACTERIZACIÓN ESPACIO-TEMPORAL: EL VALLE DEL DUERO/DOURO EN LA PREHISTORIA RECIENTE (IV-II MILENIO CAL. BC)

La elección del valle del Duero/Douro como ámbito geográfico para el desarrollo de esta investigación responde a diversas razones de índole muy distinta. Se trata de un área bien delimitada que abarca una vasta extensión en la que se han documentado importantes focos megalíticos que cuentan con una larga tradición en la bibliografía, como el del valle medio del Tormes, la comarca de la Lora burgalesa, la *Serra de Aboboreira* o los conjuntos clásicos diseminados por la región de la *Beira Alta*. Sus límites están bien definidos por distintos accidentes geográficos que se pueden considerar como “fronteras naturales”, más allá de las divisiones administrativas impuestas actualmente. Su límite meridional focalizado en el Sistema Central marca la frontera entre las dos mesetas peninsulares, que se diferencian por numerosos factores tanto a nivel geológico como climático. No ocurre lo mismo en el límite septentrional, donde la diferenciación entre regiones es más difusa.

Dentro de este amplio territorio, el espacio es diverso, cambiante, muy heterogéneo. Estas diferencias permiten realizar estudios de conjunto en distintas áreas orográficas (zonas de valle, parameras o estribaciones montañosas e, incluso, dentro de la propia sierra), que podrían dar lugar a resultados interesantes en relación a la determinación de patrones de comportamiento diferenciado. Esta gran variedad geomorfológica es mucho más evidente a lo largo de la ribera, puesto que el paisaje meseteño del interior se va transformando progresivamente hasta llegar a la plataforma litoral, de manera que existe un fuerte contraste entre el clima continental y atlántico. El entorno de toda la cuenca sedimentaria del Duero/Douro está surcado por ríos de mediano o pequeño cauce muy transitados en época prehistórica (el valle del Amblés con el río Adaja, el del alto-medio Tormes, el fronterizo valle del Águeda, o el del caudaloso Côa, entre otros) que recorren territorios con una importante tradición de explotación agrícola.

Tanto la amplia extensión del ámbito geográfico como su naturaleza heterogénea son factores que ofrecen muchas posibilidades para el tratamiento analítico del registro arqueológico, ya que permiten realizar estudios comparativos entre regiones con similares y diversas condiciones geográficas.

Otro de los motivos para la elección del ámbito geográfico es su propia ubicación, que lo convierte en un territorio receptor de influencias de diverso carácter. El propio río Duero/Douro desempeña un papel como eje de transmisión de información de diversa naturaleza, lo que da lugar a una interacción muy interesante entre el interior peninsular y la plataforma litoral, asimilándose en algunos casos la cultura material y haciendo posible la presencia de materiales característicos procedentes de zonas lejanas. En los sectores más occidentales está muy presente el influjo del mundo atlántico, mientras que en las partes más septentrionales se observan muchas similitudes con el registro arqueológico propio del cuadrante Noroeste de la Península Ibérica. Al sur de la cuenca se observa la influencia de las grandes “culturas calcolíticas” características del Suroeste y el mediodía peninsular, materializadas principalmente en la presencia de elementos foráneos en momentos de reutilización específicos de los sepulcros megalíticos. La cuenca del Duero/Douro, por tanto, se convierte en un buen contexto en el que analizar posibles contactos e intercambios entre territorios diferentes (en algunos casos, bastante alejados), a lo largo de la Prehistoria Reciente.

Además, resulta llamativa la falta de síntesis y estudios generales que aborden un mismo tema, desde un punto de vista analítico, en los territorios bañados por el Duero/Douro a ambos lados de la frontera luso-española, aunando dentro de la misma investigación datos de yacimientos castellano-leoneses y portugueses, sobre todo teniendo en cuenta que, geográficamente, forman en muchos lugares una unidad. Esta situación, denunciada por varios autores, responde únicamente al enorme peso que tienen, dentro de los parámetros mentales actuales, las divisiones administrativas creadas e impuestas por y para ciertos intereses que nada tienen que ver con los de nuestros antepasados. Esta carencia de proyectos que comprendan análisis territoriales luso-españoles, ha dado lugar a algunas publicaciones que tratan de profundizar en este aspecto a partir de la convergencia de ambos mundos académicos en congresos, publicaciones o investigaciones (García Marín *et al.*, 1997a y b). La conclusión es que, a pesar de ser respectivamente los países extranjeros donde los autores de la otra nacionalidad tienen más presencia, la interacción es muy baja en relación a lo que se podría esperar por su proximidad geográfica y lingüística. Ésta ha sido una de las razones que más ha influido en la elección del ámbito espacial de estudio, por considerarlo un objetivo ambicioso y novedoso de cara a la investigación.



I. INTRODUCCIÓN: PLANTEAMIENTO Y OBJETIVOS

Por otro lado, el análisis de cualquier aspecto relacionado con el fenómeno megalítico conlleva problemas a la hora de decidir el ámbito temporal de estudio. Tanto el uso de su modelo arquitectónico (la estructura tumular) como el de su propio espacio sepulcral han perdurado a lo largo de varios milenios como variables de la práctica funeraria. Los monumentos megalíticos siempre han sido objeto de atención por parte de las poblaciones que han convivido con ellos, dotándoles de funciones y significados diversos acordes a sus necesidades. El resultado es que el megalito ha sido continuamente reinterpretado y asimilado dentro de un patrón ideológico-cultural determinado (incluso en la actualidad como elemento patrimonial), que le ha dado pleno sentido. Por eso resulta tan difícil plantear unos límites cronológicos para el desarrollo de un fenómeno tan amplio como es el de la reutilización de los “espacios megalíticos”, puesto que al igual que ocurre al determinar un cierto ámbito geográfico, puede llevar a errores insalvables en la investigación.

Sin embargo, en el transcurso de esta “permanencia megalítica” se pueden diferenciar tendencias generales en los “usos” que se dan a estas construcciones. A lo largo de toda la Prehistoria Reciente los megalitos siguen reutilizándose de forma recurrente, pero los patrones de comportamiento en cuanto a las fórmulas rito-funerarias aplicadas sufren importantes transformaciones (individualización de espacios, elección de contextos de reutilización diferentes dentro del monumento, desarrollo de actuaciones de distinta naturaleza...). Pervive la idea del megalito como “casa de los antepasados” (Hingley, 1996), puesto que siguen usándose de manera puntual con fines mortuorios manteniendo vivas algunas costumbres ancestrales, pero el “mensaje megalítico” original se va distorsionando con el paso del tiempo (Delibes, 2004). A partir de la transición al I milenio cal. BC y de las primeras centurias del mismo, las costumbres funerarias se transforman radicalmente con la implantación de un nuevo modo de entender y enfrentarse a la muerte al generalizarse la cremación/incineración como forma de enterramiento. Los megalitos permanecen como hitos del pasado, pero dejan de ser referentes espaciales (Mataloto, 2007: 133) y, aunque ocasionalmente, siguen utilizándose como espacio sepulcral, las evidencias apuntan al desarrollo de actividades con una intencionalidad más simbólica, funcional o incluso intrusiva (Hingley, 1996: 232).

Por esta razón, en ocasiones se contraponen el concepto de “reutilizaciones” de los sepulcros megalíticos en época prehistórica, con el de “intrusiones” o “violaciones” en momentos históricos (García Sanjuán, 2011: 93; Lorrio y Montero, 2004: 113). En

nuestra opinión, esta diferenciación terminológica es errónea, ya que es bien conocido el uso simbólico que se hace de los dólmenes en época medieval, o la implantación recurrente de signos en espacios megalíticos, con el fin de asimilarlos a la religión cristiana (en este sentido, el *anta-capela* de São Dinis en Pavía o el dolmen-capilla de Santa Cruz en Cangas de Onís son casos paradigmáticos, aunque, como se verá a lo largo de este trabajo, también existen algunos ejemplos de este tipo dentro del territorio de estudio -Do Bento, 2000-). Por tanto, la diferencia entre el concepto de “reutilización” y el de “intrusión/violación” no ha de hacerse a través de criterios cronológicos, sino por la naturaleza ritual, funcional o simplemente intrusiva de los actos que se llevan a cabo en los monumentos.

Al intentar profundizar en la caracterización cronológica del fenómeno megalítico, el mayor problema con el que se enfrenta cualquier investigador es la escasez y dificultad para obtener dataciones absolutas. La gran mayoría de megalitos excavados hasta finales de los años 80 no sólo carece, por lo general, de esta clase de información, sino también de materiales recogidos que puedan ser datados, y, en los casos en que los hay, suele desconocerse el contexto exacto de su procedencia. Además, al tratarse de lugares de ocupación recurrente, los rellenos arqueológicos normalmente aparecen muy alterados, haciéndose imposible establecer una estratigrafía vertical que, en cierta medida, podría solventar la falta de dataciones absolutas. Por otro lado, en gran parte del territorio objeto de estudio (las penillanuras salmantino-zamoranas, la región de *Beira Alta* o el área de *Trás-os-Montes*, entre otras) las condiciones edafológicas y la acidez del suelo dificultan en gran medida la conservación de restos óseos, eliminando así una importante fuente de muestras para datar. Incluso cuando se dispone de buenos materiales susceptibles de ser datados hay que tener muy en cuenta el contexto del que proceden, puesto que en muchos casos, al estar tan alterados, podrían distorsionar los resultados. En este sentido, el mejor ejemplo son los osarios, en los que cabe la posibilidad de que un hueso recogido en niveles inferiores arroje una fecha más moderna que otros que, por su disposición estratigráfica, pareciera haber sido depositados en un momento más reciente.

Dado que en la mayoría de los yacimientos estudiados no se ha podido contar con dataciones absolutas, se ha empleado un gran esfuerzo en aplicar una buena metodología de análisis del registro material arqueológico y en realizar una exhaustiva recogida de datos, aunque somos conscientes del importante déficit que supone, de cara a la interpretación, la ausencia de este tipo de información.



1.4. ESTRUCTURA Y CONTENIDO GENERAL DEL TRABAJO

Una vez planteado el proyecto, justificado su contexto espacio-temporal y descritas las razones para la elección del objeto de estudio, a continuación se hace una pequeña presentación de cada una de las partes de las que consta el presente trabajo.

Tras esta introducción o planteamiento inicial, en el segundo capítulo se profundiza en la descripción del marco geográfico elegido para esta investigación. Se describen las características geográficas del territorio a tratar desde un punto de vista climático, litológico y geomorfológico, siempre teniendo en cuenta como elemento fundamental “El Duero/Douro como eje vertebrador del territorio”.

Por otra parte, se presentan también las divisiones administrativas (*distritos* o provincias, según los casos) incluidas en el análisis por una cuestión puramente práctica, dado que la utilización de unos límites geográficos abstractos (empezando por la propia frontera luso-española) puede dar lugar a graves errores interpretativos, sobre todo si se aplican al estudio de la Prehistoria. Se han procurado ilustrar mediante mapas y otras figuras aquellos rasgos de mayor interés de cara a la comprensión del trabajo.

En último lugar, se plantean dos reivindicaciones de distinta índole. Por un lado, se pretende llamar la atención sobre los elementos culturales comunes que comparte todo el territorio estudiado a ambos lados de la frontera. En este sentido, el “Patrimonio Megalítico” se manifiesta como uno de los recursos en este sentido más importantes de toda la región que vertebra el río Duero/Douro. También se apela al papel del río a lo largo de la Historia que, superando su condición de mero accidente geográfico, se ha convertido en un agente social más, asimilado por los diferentes grupos humanos como un elemento importante dentro de su orden socio-económico y sus estrategias de intercambio.

El título del tercer capítulo, “El “Tiempo”: Revisitando la Prehistoria Reciente en el valle del Duero/Douro (IV-II milenio cal. BC)”, revela ya en cierta medida su contenido y la perspectiva desde la que se va a tratar. Se realiza una exposición historiográfica y arqueológica, de carácter sintético, acerca del desarrollo de la Prehistoria Reciente en el territorio duriense, atendiendo a diversas facetas como las formas de poblamiento, las estrategias socio-económicas, las redes de intercambio o la cultura material, a través de las diversas evidencias documentadas. El propósito es

presentar el contexto global de análisis desde el que partir para el estudio más específico de las reutilizaciones megalíticas y contribuir a desechar la idea tradicional, muy rebatida en la actualidad, de que el interior peninsular se caracterizaba en tiempos prehistóricos por su vacío poblacional.

Con el mismo carácter sintético, se expone de manera específica el registro funerario documentado en el valle del Duero/Douro, con especial atención a la realidad megalítica y a su pervivencia como fórmula funeraria. Este epígrafe se ha planteado desde la contraposición de la “homogeneidad ritual”, propia del fenómeno megalítico, y la “variabilidad o diversidad de manifestaciones funerarias”, que caracterizan al mundo de la muerte en el III y II milenio cal. BC. Desde un punto de vista historiográfico, se hace una presentación somera de la historia de la investigación del Megalitismo, señalando las diferentes teorías sobre su origen y difusión y desarrollando de manera superficial aspectos concretos sobre tipología, cronología e interpretación, que serán matizados y desarrollados en profundidad en posteriores capítulos.

El siguiente apartado se centra en el estado de la cuestión acerca del objeto de estudio, el fenómeno de la reutilización de los “espacios megalíticos” a lo largo de la Prehistoria Reciente, partiendo de la parca atención prestada por el mundo académico a este aspecto, y por lo tanto de la escasez de trabajos y estudios de síntesis publicados al respecto. Además, se profundiza en la idea de que estos “usos post-megalíticos” abarcan, en realidad, muchos tipos de actuaciones no exclusivamente funerarias que de manera bastante habitual afectan a las estructuras arquitectónicas de los sepulcros.

Por último, se plantean una serie de hipótesis a raíz de ciertas lagunas y polémicas existentes en la investigación de estas manifestaciones. A lo largo del trabajo se intentará ir respondiendo a algunas de estas preguntas, en base a los resultados obtenidos de los estudios estadísticos y partiendo de algunas ideas fundamentales en esta investigación, como son la convicción de que los monumentos megalíticos no son simples estructuras estáticas sino que se mantienen en continua actividad, y el convencimiento de que cualquier megalito, sin excepción de tamaño, tipología o ubicación, es susceptible de haber sido reutilizado.

En el cuarto capítulo, “El “Significado”: el megalito desde distintas perspectivas”, se realiza una detallada revisión de las epistemologías que han condicionado, en mayor medida, la interpretación prehistórica, aduciendo las aportaciones de cada una de ellas, repasando sus aportaciones desde una actitud crítica y

siendo escépticos con su consideración como corrientes únicas de pensamiento. A través del tratamiento que cada “escuela” ha dado al mundo funerario y de las innovadoras líneas de estudio ofrecidas, se expone el desarrollo experimentado por la “Arqueología de la Muerte”, considerándola como un área con entidad propia dentro de la disciplina arqueológica y no simplemente como un campo de estudio ligado a la corriente procesual.

Del mismo modo, se examinan las teorías elaboradas acerca de la funcionalidad y significado del fenómeno megalítico, manteniendo hacia ellas una postura ecléctica que permite, sin excluir ninguna, complementarlas con nuestra propia interpretación, la cual será *“un “episodio más” de una larga cadena de discursos contruidos utilizando los Monumentos Megalíticos como pretexto”* (Criado, 1989: 75).

En los últimos epígrafes de este capítulo se aborda la dimensión de los megalitos como referentes espacio-temporales en su condición de *“monumentos para la eternidad”* (Rojo, Kunst *et al.*, 2005). La perspectiva temporal va a ser la que marque en esta investigación el punto de partida para el estudio de la “historia” de cada sepulcro megalítico y de sus continuas reformulaciones por parte de las sucesivas poblaciones usuarias. Su cualidad atemporal los convierte en símbolos depositarios del tiempo y de la memoria colectiva, y, como tales, pueden seguir reinventándose incluso en la actualidad, como elementos destacados del patrimonio histórico-cultural.

A lo largo del quinto capítulo, “El “Método”: un nuevo enfoque analítico para el estudio del Megalitismo”, se detalla la metodología aplicada en este trabajo, describiendo el proceso de análisis seguido y explicando los motivos de la elección de ciertas técnicas para el examen exhaustivo de la evidencia arqueológica. Se expone una nueva perspectiva metodológica que plantea recuperar la dimensión interna del megalito como tumba y centro ceremonial, un aspecto en cierta medida marginado por las líneas de investigación más recientes, que han centrado sus esfuerzos en el estudio de otras particularidades propias del ámbito más externo y monumental de estas arquitecturas. Con los diversos recursos analíticos empleados, configurados en algunos casos específicamente para el buen desarrollo de este trabajo, se pretende dar coherencia y significado a los datos puramente arqueológicos para posteriormente clasificarlos e interpretarlos.

En el texto se va desgranando la labor práctica llevada a cabo, integrada por tareas de tipo descriptivo, analítico e interpretativo que se desarrollan gracias a la

aplicación de herramientas apropiadas. Por un lado, se presentan las bases de datos utilizadas para la fase descriptiva, a través de las cuales se han registrado de forma exhaustiva todas las evidencias, desglosando y profundizando en cada uno de los campos de información que las conforman. Del mismo modo, se exponen las posibilidades que ofrece la estadística para el tratamiento de los datos arqueológicos y se especifican los tipos de aplicaciones y análisis considerados más adecuados de cara al desarrollo de esta investigación. También la labor cartográfica constituye una de las herramientas metodológicas fundamentales, no sólo a la hora de ilustrar los resultados mediante mapas de distribución, sino también de cara a la interpretación y comprensión de la información desde una perspectiva geográfica a gran escala.

El título del sexto capítulo, “La evidencia arqueológica I: estudio descriptivo”, es ya bastante explícito. Está dedicado por completo al objeto de estudio y a la presentación de los resultados obtenidos tras la observación y análisis de los distintos conjuntos de datos. En primer lugar, se muestran una serie de análisis básicos, utilizando diferentes métodos estadísticos descriptivos con el fin de caracterizar algunas de las “facetas” megalíticas más relevantes del fenómeno megalítico, como la morfología o tipología arquitectónica, el emplazamiento geográfico, la cultura material y evidencias de “arte megalítico” documentadas o la cronología absoluta.

Tras esta caracterización general, los análisis se centran en el objeto de trabajo, es decir, en el fenómeno de la reutilización megalítica, con el propósito de discernir la posible existencia de patrones de comportamiento diferenciado desde una perspectiva diacrónica. Para facilitar el desarrollo del discurso, se han tratado de manera específica los eventos de naturaleza funeraria por una parte y el resto de “usos post-fundacionales” por otra, aunque en ningún momento se pretende asumir que sean actos excluyentes. Además, se realiza una exposición detallada de las evidencias arqueológicas que se han valorado a la hora de concretar la presencia y/o ausencia de un determinado tipo de actuación, describiendo y clasificando cada una de ellas dentro de uno de los grandes grupos de “prácticas post-fundacionales” definidos.

Los resultados de todos los análisis se ilustran a través de diferentes gráficos estadísticos de representación porcentual, algunas tablas de datos, de manera puntual, y mapas de dispersión correspondientes a todo el territorio de la cuenca del Duero/Douro.

En el séptimo capítulo, titulado “La evidencia arqueológica II: estudio analítico e interpretativo”, se retoman varias de las cuestiones planteadas a lo largo de todo el trabajo a las que se intenta dar respuesta a través de la aplicación de otros análisis más complejos sobre el conjunto de datos expuesto en el apartado anterior, que precisan del empleo de herramientas de estadística inferencial y multivariante.

Los nuevos resultados obtenidos se leerán en el marco de algunos de los debates más polémicos en torno a la interpretación de las reutilizaciones de los sepulcros megalíticos, como el de si estos “usos post-fundacionales” son el reflejo de una continuidad en el orden socio-económico a lo largo de todo el recorrido cronológico planteado, o si, por el contrario, denotan rupturas insalvables entre los distintos momentos de ocupación de dichas construcciones. Dentro de esta controversia, y a la luz de la información arrojada por los distintos análisis desarrollados en este estudio, se abre la posibilidad de un camino intermedio en el que no todo es igual pero a su vez no todo cambia. En este sentido, el fenómeno de los “usos post-fundacionales” no se caracteriza por un proceso lineal en el que todo avanza muy lentamente (continuistas) o muy rápidamente (rupturistas), sino que la imagen que refleja es más bien la de una realidad llena de discontinuidades y vaivenes en la que se da una continua lucha y tensión entre la tradición y la innovación. Así, las “biografías megalíticas” y, por extensión, todo el Megalitismo se presentan no como un acontecimiento puntual y estático adscrito a un determinado periodo cronológico, sino como un fenómeno cambiante y dinámico caracterizado por la periodicidad de sus ciclos de uso. De manera ocasional, también se plantea “*la dicotomía entre tumbas cerradas y tumbas abiertas*” (Delibes y Rojo, 2002), un fenómeno de igual modo cíclico que incluso tiene su propia representación dentro del Megalitismo.

El siguiente epígrafe se centra en la cuestión, también muy debatida, del paso de los “usos” colectivos a los individuales, cuya manifestación más explícita estaría en la transformación acaecida en las fórmulas funerarias. Estos cambios se han vinculado, por lo general, al aumento gradual de la jerarquización social, que conllevaría, a su vez, importantes modificaciones en la forma de entender y usar el espacio megalítico. Se asiste de este modo al paso del “*énfasis en la monumentalidad exterior al énfasis en la monumentalidad interior*” (Criado, 1989) en los eventos de carácter fúnebre. En relación a este aspecto, se desarrollan de una manera más o menos detallada algunos conceptos relacionados con la construcción identitaria de los grupos humanos y su gestión del Pasado y la memoria colectiva.

En el octavo y último capítulo se recogen las conclusiones fundamentales de esta investigación, que resumen aquellas cuestiones más relevantes desarrolladas a lo largo del trabajo, y se plantean algunas posibles líneas de investigación a desarrollar en un futuro.

Este amplio resumen de los contenidos que estructuran esta Tesis Doctoral ya deja entrever cuáles son algunas de las claves fundamentales, en torno a las que van a girar la mayor parte de los análisis y reflexiones relativas al *corpus* de datos agrupado en esta investigación.



1.5. OBJETIVOS Y LÍNEAS FUNDAMENTALES DE ESTUDIO

Las bondades de haber elegido un objeto de estudio, que abarca un contexto espacio-temporal tan vasto, están en el amplio abanico de posibilidades que ofrece, dentro de las cuales se han seleccionado algunos objetivos específicos de cara a la elaboración de este proyecto doctoral.

Uno de los principales propósitos que se ha planteado desde un principio es la elaboración de un amplio catálogo, actualizado en la medida de lo posible, de los sepulcros megalíticos del valle del Duero/Douro que han sido objeto de algún tipo de intervención arqueológica por pequeña que sea. Este inventario ha de registrar de forma rigurosa la ocupación recurrente del mismo espacio sepulcral (en los casos en que se dé), y especificar los distintos tipos de “uso” y modificaciones estructurales sufridas por los monumentos (prácticas de clausura o sellado, retomulaciones, individualizaciones de espacios, añadidos de elementos arquitectónicos...). Con esta finalidad, se ha diseñado una detallada base de datos que recoge un gran número de características y circunstancias susceptibles de análisis del conjunto de monumentos catalogados, la cual constituye el grueso del *corpus* documental de la investigación llevada a cabo.

Esta exhaustiva recogida de datos ha permitido completar los estudios locales previos, más específicos, al contar con información suficiente para realizar análisis comparativos entre yacimientos de distintas zonas o regiones dentro del ámbito geográfico de estudio. De esta manera, se han podido obtener muchos elementos de contraste (similitudes, diferencias, fenómenos de largo alcance...) que completan la imagen general de la pervivencia de los “usos megalíticos” en la cuenca del Duero/Douro.

Otro de los objetivos planteados es la búsqueda de diferentes patrones de comportamiento rito-funerario, como reflejo de las transformaciones graduales que fueron experimentando los distintos grupos humanos a lo largo de la Prehistoria Reciente. En nuestra opinión, toda investigación que pretenda observar una época concreta de la Historia desde una perspectiva global, que supere los localismos y regionalismos actuales, ha de prestar atención a las manifestaciones recurrentes que, de dicho momento, se den en todo el territorio. De ahí que, tanto la reiterada ocupación de un mismo espacio cultural y sepulcral como la existencia de ciertas ideas comunes y conscientes para todas las poblaciones usuarias de sepulcros megalíticos (en ambos

casos, vinculadas a la monumentalidad y permanencia espacio-temporal de estas construcciones), sean puntos de partida apropiados para cumplir este propósito.

Estos patrones de comportamientos se han podido ir revelando a través de la aplicación de una herramienta analítica fundamental como es la estadística, que permite crear asociaciones significativas entre elementos que, *a priori*, no parecen estar interrelacionados, dando lugar así a resultados en muchos casos sorprendentes.

Por otra parte, con el fin de elaborar modelos teóricos en relación a las complejas transformaciones sociales, económicas e ideológicas que tuvieron lugar en el seno de las sociedades prehistóricas, se han combinado dentro de este trabajo la perspectiva analítica e interpretativa puesto que, a nuestro modo de ver, sin uno de ellos la investigación estaría incompleta. En este sentido, la interdisciplinariedad es imprescindible para la labor teórica ya que, el apoyo en otras disciplinas como la Antropología socio-cultural u otras ciencias sociales, permite profundizar en ciertos aspectos cuyas manifestaciones arqueológicas son poco explícitas.

El fin último de este trabajo es presentar un contexto global de análisis para el conocimiento de las poblaciones que habitaron la cuenca del Duero/Douro a lo largo de la Prehistoria Reciente a partir del análisis detallado del fenómeno recurrente de la reutilización de los monumentos megalíticos en tan extenso contexto espacio-temporal. De este modo, también se pretende ofrecer nuevos datos sobre la realidad megalítica en el territorio duriense, aportando diferentes hipótesis e interpretaciones al debate teórico e insistiendo en el “valor patrimonial y cultural” de este legado monumental de nuestros antepasados.

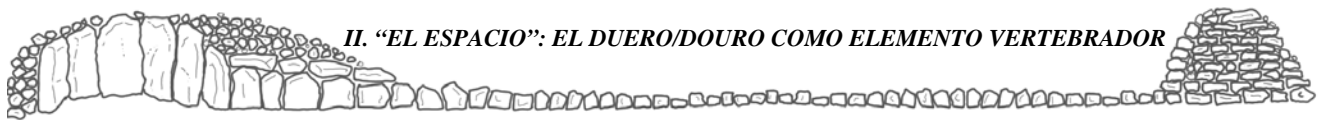
En suma, con el desarrollo de esta Tesis Doctoral se ha querido dar forma a un trabajo de investigación, que pretende ser completo e intenta ser coherente, acerca de un aspecto del fenómeno megalítico con poca presencia en la bibliografía a día de hoy. Con esta finalidad se ha elegido un marco territorial y cronológico amplio, así como una metodología apropiada, que ha permitido llevar a cabo diversos análisis comparativos y adoptar una perspectiva de estudio global. Ni creemos ni pretendemos que las propuestas interpretativas aquí planteadas sean aceptadas por todos los investigadores, pero sí aspiramos a contribuir en el desarrollo de esta línea de investigación y dar pie a la elaboración otros proyectos ambiciosos que enriquezcan nuestro conocimiento acerca de las formas de vida de nuestros antepasados.

II.

EL “ESPACIO”:

**EL DUERO/DOURO
COMO ELEMENTO
VERTEBRADOR
DEL TERRITORIO**

*“¿Fronteras? Nunca he visto una.
Pero he oído que existen en las mentes de algunas personas”*
(Thor Heyerdahl)

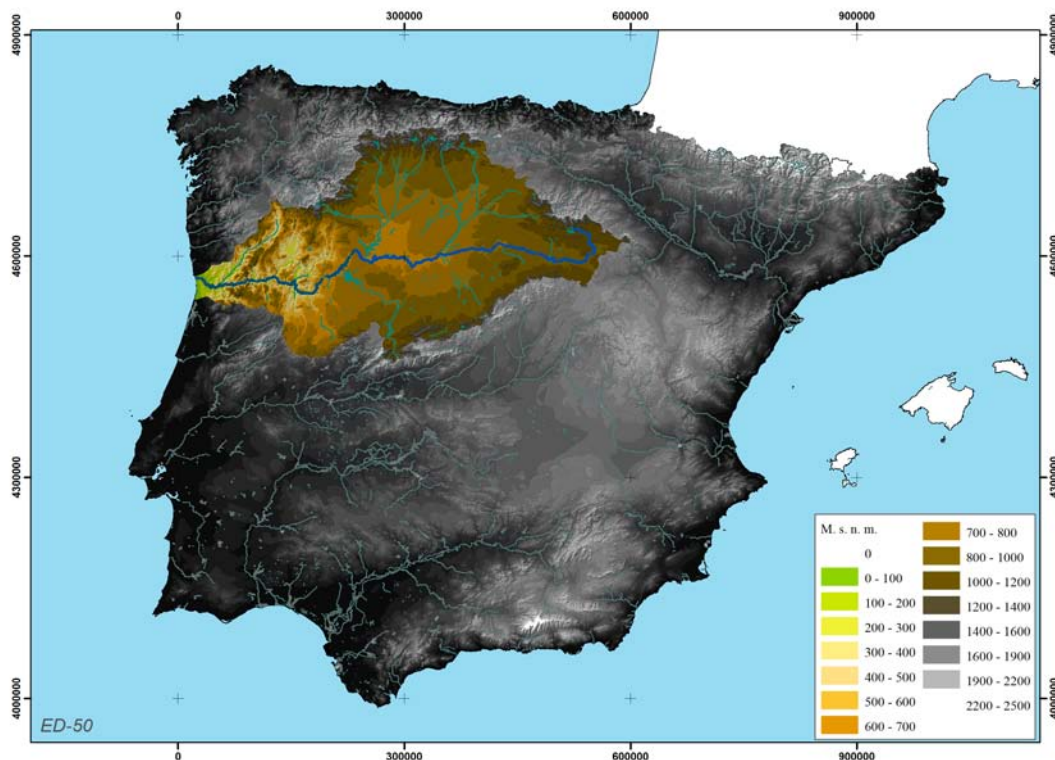


2.1 EL DUERO/DOURO COMO EJE FÍSICO-GEOGRÁFICO: UN TERRITORIO ENTRE DOS PAÍSES

*“En su Foz Oporto sueña
con el Urbión altanero;
Soria en su sobremeseta,
con la mar toda sendero.
Árbol de fuertes raíces
aferrado al patrio suelo,
beben tus hojas las aguas,
la eternidad el empeño”*

(Miguel de Unamuno, *Cancionero-Durium/Douro/Douro*)

El ámbito espacial elegido como marco de análisis es la región articulada por el curso del Duero/Douro (ver Mapa 1), desde su nacimiento en los Picos de Urbión (Duruelo de la Sierra, provincia de Soria) hasta su desembocadura atlántica cerca de la ciudad portuguesa de Porto. Esta área se encuentra delimitada por el propio río y sus afluentes, un territorio que aproximadamente ocupa la parte superior de la Meseta central peninsular, coincidiendo en gran medida con la región mesteña septentrional, tanto en suelo español como portugués, y la parte correspondiente de las tierras del litoral luso.



Mapa 1: Imagen general de la cuenca del Duero/Douro y su ubicación dentro de la Península Ibérica

Es el tercer río más largo de la Península Ibérica, con 897 km de recorrido transnacional, de los que 572 km transcurren en territorio español, algo más de 200 km en Portugal, y 112 km a lo largo de la frontera entre ambos países, trayecto denominado como “Zona Internacional del Duero”. Es la mayor cuenca hidrográfica peninsular con un total de 97.290 km², superficie que aumenta hasta 98.073 km² si se tienen en cuenta las aguas de transición y costeras del tramo de desembocadura, que forman parte de la “Demarcación hidrográfica internacional del Duero” (según datos de la *Confederación Hidrográfica del Duero*).

Su perfil longitudinal (ver Figura 1) revela ya las grandes diferencias orográficas existentes en todo este territorio. Poco después de su nacimiento a 2160 m.s.n.m., cae de forma abrupta hasta alturas meseteñas (entre los 800-700 m.s.n.m. de media), donde se mantiene con una suave pendiente aproximadamente unos 500 km. Al llegar a zonas transfronterizas, se encaja de forma repentina en profundos cañones graníticos, conformando el peculiar paisaje de Los/Las Arribes del Duero (ver Figura 2C) y descendiendo bruscamente unos 400 m en menos de 100 km, hasta alcanzar una altitud ligeramente superior a los 200 m.s.n.m. Tras atravesar las zonas más altas en suelo luso, mantiene una leve pendiente al atravesar las tierras bajas hasta su desembocadura en el Atlántico, circunstancia que ha permitido que, históricamente, el Douro haya sido navegable en gran parte del trayecto portugués.

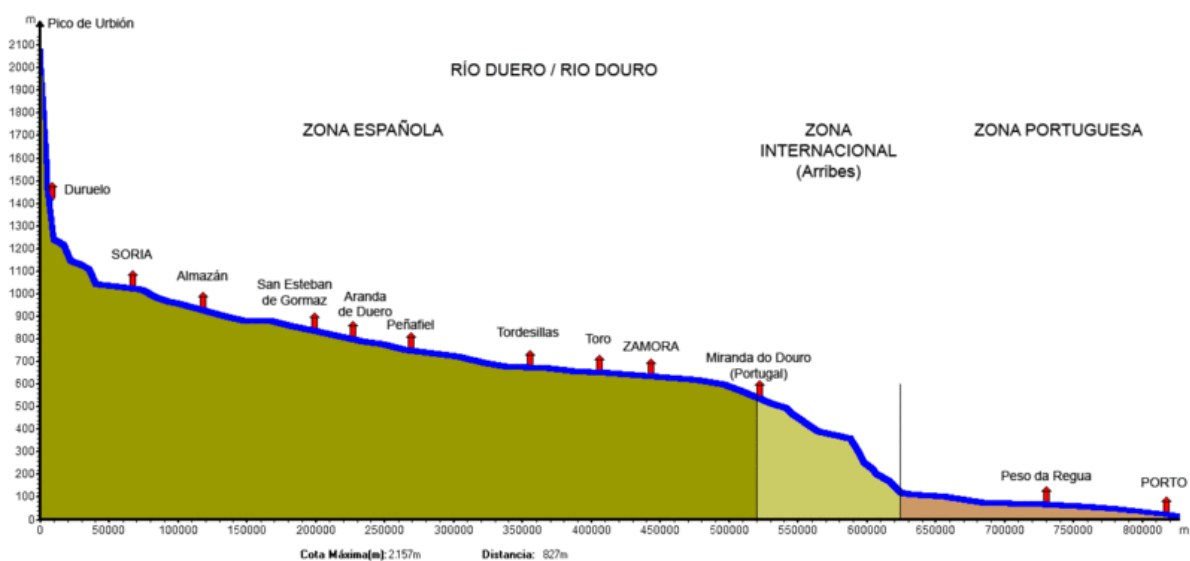
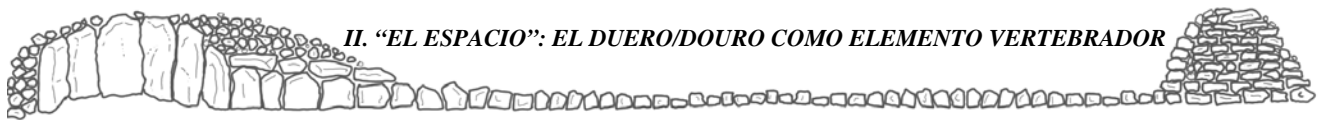


Figura 1: Imagen del perfil longitudinal completo del curso del río Duero/Douro



El Duero/Douro, más allá de ser un simple accidente geográfico, se constituye como elemento vertebrador de un territorio con gran amplitud y diversidad, determinando sus características ambientales, demográficas y administrativas, y condicionando históricamente su desarrollo socio-cultural y económico. Por tanto, el eje duriense se nos presenta como un *“instrumento válido para articular una serie de acciones sobre un territorio... al que el eje fluvial proporciona unas señas de identidad que permiten delimitar el espacio geográfico por él articulado como una unidad de planificación espacial”* (VV.AA., 2000: 11 y 113).

2.1.1 LA DIVERSIDAD GEO-MORFOLÓGICA DE LA CUENCA DEL DUERO/DOURO

*El Duero cruza el corazón de roble
de Iberia y de Castilla.
¡Oh, tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decrépitas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones
que aun van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar!...
...¿Acaso como tú y por siempre, Duero,
irá corriendo hacia la mar Castilla?*

(Antonio Machado, *Campos de Castilla- XCVIII y CII*)

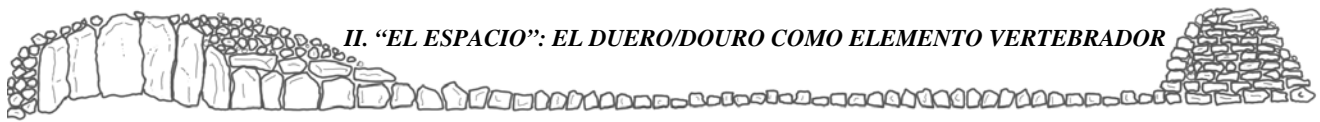
La elección del valle del Duero/Douro como contexto geográfico para el desarrollo de esta investigación, responde a diversas razones de índole muy distinta. Es un área bien delimitada, que abarca una vasta extensión, con límites claramente definidos por distintos accidentes geográficos, que se pueden considerar como “fronteras naturales” más allá de las divisiones administrativas impuestas actualmente. Su límite meridional, focalizado en el “Sistema Central” (término relativo al conjunto de varias formaciones serranas como la Sierra de Guadarrama, Sierra de Gredos, Sierra de Francia o *Serra da Estrela*, entre otras), no sólo separa las dos mesetas peninsulares sino que también marca la divisoria entre las cuencas de los ríos Duero y Tajo, dando lugar a un fuerte contraste natural tanto a efectos geográficos como climáticos. No ocurre lo mismo en el sector más septentrional, donde la diferenciación entre regiones es bastante difusa, y no se encuentra un límite claro hasta la Cordillera Cantábrica

(concretamente en los Picos de Europa o en algunos conjuntos del Macizo Galaico-Leonés como la Sierra de la Culebra, Sierra de la Cabrera, Sierra Segundera, etc.) que, desde un punto de vista geológico, establece el borde de la depresión sedimentaria de la cuenca del Duero/Douro. Hacia el este, se levantan conjuntos montañosos como los Picos de Urbión o las Sierras de la Demanda, Ministra o del Moncayo, que forman parte de la cordillera del “Sistema Ibérico”, extremo oriental de la Meseta Norte y frontera con la Depresión del Ebro. Y por último, es el propio Océano Atlántico el que va a marcar los límites geográficos occidentales de nuestro ámbito de estudio, donde el río Duero/Douro desagua, ensanchando notablemente su cauce en el tramo final antes de la desembocadura.

Dentro de este amplio territorio, el espacio es diverso, cambiante, muy heterogéneo. Las diferencias orográficas permiten realizar estudios de conjunto en zonas de valle, parameras o estribaciones montañosas, e incluso en ocasiones dentro de la propia sierra, que pueden dar lugar a resultados interesantes en cuanto a la diferenciación de patrones de comportamiento en relación a la “faceta” megalítica del emplazamiento. Esta gran variedad geográfica se hace muy evidente a lo largo de la ribera, puesto que el paisaje del interior se va transformando hasta llegar a la plataforma litoral, pasando de alturas superiores a 2000 m.s.n.m. en algunas cumbres al nivel del mar. Por esta razón, se puede observar una gran diversidad de paisajes, como las montañas nevadas, los fértiles valles fluviales, las secas llanuras y páramos, o las arboladas dehesas.

Sin embargo, también existen grandes diferencias según la proximidad al propio río, sobre todo de carácter sedimentológico y litológico. En el centro de la cuenca, por lo general, se encuentran las zonas más llanas, salpicadas de pequeños cerros testigo, y cuyos sedimentos se caracterizan por ser blandos y estar formados por arcillas, arenas y yesos. Los páramos, en los que los estratos superiores de calizas y magras han resistido mejor la erosión, se hallan en las zonas intermedias, mientras que en las zonas más alejadas de la cuenca predomina el roquedal granítico y las formaciones esquistosas. Ocasionalmente, se pueden encontrar otros tipos litológicos en ámbitos muy concretos, como afloramientos cuarcíticos en algunas sierras.

Estos rasgos geomorfológicos, que *a priori* pueden parecer poco interesantes de cara a nuestra investigación, resultan fundamentales a la hora de estudiar ciertos aspectos de las sociedades prehistóricas, como es el caso del aprovisionamiento de



materias primas. Gracias a los estudios litológicos, se conocen en todo el territorio ciertos filones de rocas que pudieron tener su importancia para aquellos grupos humanos, aunque en tiempos históricos la perdiesen; es el caso de las anfibolitas, corneanas, silimanitas, los calcáreos cristalinos (mármoles) o el grés (Da Cruz, 2001: 2-13). Del mismo modo, se han documentado minas (probablemente explotadas en tiempos prehistóricos) y afloramientos de variscita, en Palazuelo de las Cuevas (Zamora) y *Trás-os-Montes* (Bragança) respectivamente, (Arribas *et al.*, 1971; Fernández Vega y Pérez Cañamares, 1988; Odriozola *et al.*, 2012), o afloramientos de sílex en diferentes lugares como el centro de la cuenca, la región trasmontana o la plataforma litoral (García Barrios, 2005; Gibaja *et al.* 2012; Sánchez Yustos y Díez Martín, 2006-2007; VV.AA, 2008: 144).

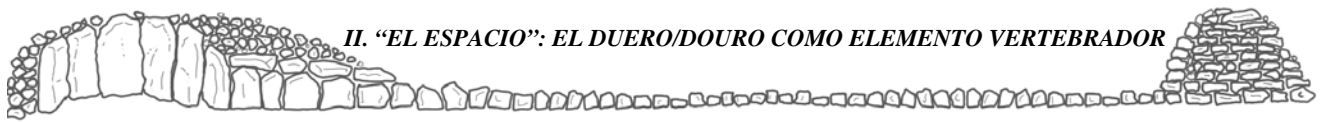
Esta gran variedad geográfica también se refleja en los fuertes contrastes climáticos existentes. En gran parte del territorio predomina un tipo de clima mediterráneo-continental extremo, caracterizado por inviernos largos y fríos, con temperaturas medias muy bajas, y veranos cortos y calurosos, aunque con graduaciones intermedias. La temperatura promedio se situaría en los 17° (Rodríguez Marcos, 2005: 26). La altitud y el aislamiento orográfico de las tierras meseteñas (puesto que están completamente rodeadas por codilleras), impiden el avance de las influencias del clima atlántico, húmedo y con temperaturas suaves gracias al influjo del mar, propio de las regiones cercanas al litoral. La separación entre ambas "zonas climáticas" se puede establecer, aproximadamente, en las "barreras naturales" que conforman los conjuntos montañosos portugueses que dividen las regiones del *Alto e Baixo Douro* (o Douro Litoral), y que a su vez marcan el límite entre las planicies de *Trás-os-Montes* al norte (*Serras de Marão, do Alvão*, etc.) y de la *Beira Alta* al sur (*Serras do Caramulo, de Montemuro, Maciço da Gralheira*, etc.), con la plataforma litoral.

Pero estas variaciones de la climatología se dejan sentir, en mayor o menor medida, por todo el territorio, originando distintos términos geográficos en base a las condiciones climáticas. Es el caso de la región de *Trás-os-Montes e Alto Douro*, donde se pueden observar notables diferencias entre la *Terra fria*, con un clima extremo de características continentales, en las zonas de *planalto*; y la *Terra quente*, con temperaturas más suaves de tipo mediterráneo, que corresponde a las tierras sedimentarias cercanas al Douro (Escapa, 2011: 365; Sanches, 1996: 5). Estos contrastes climatológicos son, además, la causa de la existencia de microclimas en

ciertas áreas con características geomorfológicas singulares. En Los/Las Arribes (ver Figura 2C), debido a su situación geográfica, el clima se suaviza por la influencia del Océano Atlántico y la disminución de la altitud, dando lugar a temperaturas superiores a los 20° durante la mitad del año y a escasas heladas. Estas condiciones especiales permiten la presencia de una flora y fauna distinta en sus parajes, y el desarrollo de ciertos cultivos insospechados para su ubicación (Recio, 2009): “*El sol – escribió Unamuno –, caldea los arribes, resguardados de los vientos y las brisas que hielan la meseta, y saca de ellos una vegetación potente y propia de otras latitudes...*” (Escapa, 2011: 372). Las regiones de alta montaña también suelen presentar características peculiares, con climas más húmedos debido a que las precipitaciones y nevadas son abundantes, de inviernos fríos e intensos y veranos suaves, con temperaturas intermedias.

La climatología del valle del Duero/Douro, en el que como ya se ha señalado predominan las variables del tipo continental extremo, conlleva una circunstancia de sequía estival que afecta al 90% de la superficie de la cuenca, y que condiciona en gran medida las posibilidades del trabajo de la tierra. Por lo general, lo más extendido, son aquellos productos que resisten condiciones extremas, especialmente los cultivos cerealistas de secano. Sin embargo, los contrastes climáticos descritos influyen claramente en la vegetación, dando lugar a la convivencia de especies atlánticas y mediterráneas (como por ejemplo, el castaño y el olivo) en un mismo lugar. Estas marcadas diferencias plantean la existencia de diversas realidades ambientales a las que tendrían que adaptarse las comunidades prehistóricas, ya que el clima puede determinar muchos aspectos de las formas de vida (aprovechamiento de los suelos, recursos económicos, tipos de cultivo...).

El entorno de toda la llanura sedimentaria del Duero/Douro está recorrido por ríos de mediano o pequeño cauce, muy explotados en la Prehistoria (el abulense valle del Amblés con el río Adaja, el del alto-medio Tormes salmantino, el fronterizo valle del Águeda, el del caudaloso Côa...), siendo su cuenca la que gestiona la práctica totalidad de todos esos recursos hídricos (García Barrios, 2008: 86). “*Destes cursos de água juntam-se os caudais que já passaram por tantas cidades e vilas... as quais, sem verem o Douro lhe pertencem e lhe prestam o seu tributo hídrico*” (VV.AA., 2008: 23). El eje duriense ocupa la zona central de la Meseta septentrional de forma desigual, provocando una disimetría entre los afluentes de su margen derecha y los de la izquierda



II. "EL ESPACIO": EL DUERO/DOURO COMO ELEMENTO VERTEBRADOR

(en total suman cerca de una treintena), que se refleja en la diversa cantidad e irregularidad de los aportes hídricos. Los ríos que desaguan por su orilla norte (un decena, aproximadamente), bajan desde la Cordillera Cantábrica, aportando cerca del 70% del caudal (García Barrios, 2008: 87); entre ellos destacan el Esla, Pisuerga, Sabor, Tâmega, Tua, o Valderaduey, entre otros. Los afluentes del lado sur, que proceden del "Sistema Central" son bastante más cortos y de menor entidad, aunque su número es mayor que en el otro margen; algunos de los más importantes son el Águeda, Adaja, Côa, Duratón, Huebra, Paiva, Távora, Tormes, Torto, etc. (datos de la *Confederación Hidrográfica del Duero*). Todo el caudal que arrastran estos ríos y que va a parar al Duero/Douro, aportando una cierta unidad geográfica a todo este territorio, está condicionado anualmente por los caracteres climáticos de la Meseta Norte.

Los recursos hídricos del eje duriense no sólo se limitan a los correspondientes a sus principales afluentes, sino que además cuenta con una amplia red fluvial secundaria (arroyos, *ribeiras*, riachuelos...) que unida a la inmensa reserva hídrica de sus acuíferos y aguas subterráneas, ha dado lugar a la formación de numerosas lagunas, lagos y humedales presentes en toda la cuenca. Aprovechando esta "riqueza natural", la fuerza de su caudal y los desniveles naturales, se han levantando varios saltos de agua y presas, a ambos lados de la frontera (Ricobayo, Aldeadávila, Pocinho, Régua, etc.). Ya en los inicios del pasado siglo, los estados español y portugués llegaron a un acuerdo que contemplaba la construcción de nueve embalses (cinco en suelo luso, y el resto en territorio castellano), para el aprovechamiento hidroeléctrico del Duero/Douro. Estas circunstancias alteraron en gran medida los paisajes del entorno, facilitando la navegabilidad fluvial en gran parte del recorrido portugués, y proporcionando así una salida hacia al mar de las tierras del interior de la Meseta castellana (VV.AA., 2008: 19-21).

Tanto la amplia extensión del ámbito geográfico seleccionado para esta investigación, como su naturaleza heterogénea, son factores que enriquecen el análisis sistemático del registro arqueológico, y que ofrecen muchas posibilidades para su tratamiento estadístico. La gran diversidad geomorfológica que presenta, permite realizar estudios de conjunto concretos y específicos, y a su vez, lecturas comparativas entre regiones con distintas condiciones ambientales, y que por tanto ofrecen diferentes recursos y potencialidades para los grupos humanos que se asientan en ellas.

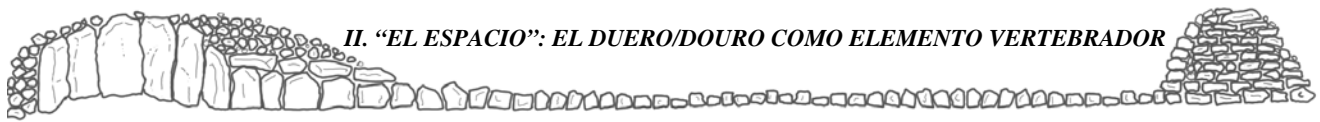
2.1.2. UN MISMO TERRITORIO, DISTINTOS ESPACIOS

*“O Doiro sublimado. O prodígio de uma paisagem que deixa de o ser à força de se desmedir.
 Não é um panorama que os olhos contemplam: é um excesso de natureza.
 Socalcos que são passadas de homens titânicos a subir as encostas,
 volumes, cores e modulações que nenhum escultor, pintor ou músico podem traduzir,
 horizontes dilatados para além dos limiares plausíveis de visão...
 Um poema geológico. A beleza absoluta”*
 (Miguel Torga, *Diário-XII*)

Tradicionalmente, ha sido el área central de la cuenca del Duero/Douro la que ha configurado el ideal paisajístico asociado a todo el valle. Pero bajo esta apariencia de territorio uniforme, se esconde una gran variedad de espacios diversos, proyectando así una imagen de “*unidad en la diversidad*” (García Barrios, 2008: 76). Las tierras bañadas por el Duero/Douro tienen una orografía principalmente llana y elevada, la Meseta, rodeada prácticamente en su totalidad por sistemas montañosos. Sin embargo, dentro del territorio duriense pueden distinguirse varios ámbitos que corresponden a diferentes unidades geomorfológicas: la llanura central, las penillanuras, los conjuntos montañosos periféricos y las tierras bajas de la plataforma litoral.

En primer lugar, la denominada **llanura central**, cuya altura media oscila entre los 700-800 m.s.n.m., ocupa la mayor parte de la cuenca. Dentro de esta gran unidad geomorfológica, se pueden diferenciar dos formaciones de relieve características: la campiña y los páramos.

La **campiña**, que corresponde a las tierras de los valles fluviales o las cuencas sedimentarias, se localiza sobre todo en el centro y este del curso del Duero/Douro (ver Figura 2B). Son llanuras bajas recorridas por ríos, constituidas por capas de sedimento blando como arcillas, arenas o yesos, que han sido depositados por las mismas corrientes fluviales. Su planicie sólo se ve alterada por algunos otros o cerros testigo aislados y destacados en el paisaje, un tipo de relieve formado en zonas donde los duros materiales calizos han sobrevivido a la erosión. Es habitual que a lo largo del tiempo se hayan generado terrazas fluviales, lugares que históricamente han tenido un intensivo aprovechamiento agrícola, siendo además las regiones de campiña las que más han sufrido la intervención y manipulación antrópica. La “Tierra de Campos” o la “Tierra del Pan” son comarcas cuyo nombre ya revela el tipo de relieve de las amplias llanuras



cerealistas (ver Figura 2B). En medio de esta planicie, aparecen algunos espacios naturales muy singulares, como son los humedales de las Lagunas de Villafáfila (ver Figura 3B) que constituyen un importante refugio para numerosas especies de aves, y donde además se ha documentado una intensa actividad prehistórica (Abarquero y Guerra Doce, 2010; Abarquero *et al.*, 2012).

Los **páramos**, cuyas cotas más altas se sitúan en torno a los 900 m.s.n.m., se localizan en las zonas de transición entre la campiña y la montaña y se asientan también sobre sedimentos blandos, pero recubiertos por una dura capa de calizas que la erosión no ha conseguido hacer desaparecer. Esta forma de relieve, caracterizada por tener una escasa vegetación de tipo arbustiva, se da sobre todo en las zonas más orientales y septentrionales de la Meseta. Las comarcas de "La Lora" (Burgos) o de "Tierras del Jalón-Medinaceli" (Soria) son algunos ejemplos de parameras que fueron ocupadas, de manera recurrente, a lo largo de la Prehistoria Reciente (Delibes y Rojo, 2002; Rojo, 1992; Rojo, Kunst *et al.*, 2005 y 2008; etc.).

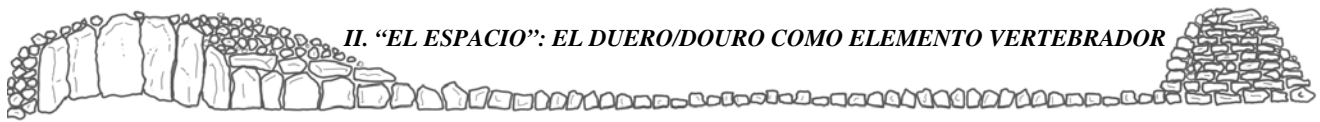
En los sectores más próximos a la frontera luso-española, los depósitos sedimentarios de las arcillosas campiñas se transforman en **penillanuras** graníticas y pizarrosas, marcando una clara "frontera" litológica. Estas tierras, en la que la erosión ha arrastrado todos los elementos de la superficie dejando sólo los sedimentos más duros, se caracterizan por ser paisajes muy planos y uniformes, cuya regularidad sólo es quebrada por los pequeños relieves redondeados de aislados cerros testigo o montes isla, por las profundas depresiones fluviales (como la cuenca del zamorano río Esla o del Mirandela en Bragança), y por algunas formaciones de montaña que pueden llegar a alcanzar bastante altura (la Sierra de la Culebra en la provincia de Zamora, las aisladas serranías de Nogueira o Montezinho en *Trás-os-Montes*, o los altos macizos más occidentales de Marão y Montemuro, son algunos ejemplos). Son características algunas formas singulares como los berrocales o los bolos graníticos, que imprimen a este paisaje un carácter peculiar.

La altura media de todo este territorio es de 700 m.s.n.m., aunque existen grandes desniveles que provocan que en algunas áreas se eleve hasta los 1500 m.s.n.m. y en otras descienda a los 500 m.s.n.m. En cuanto a la litología, predominan las formaciones esquisto-pizarrosas, con inclusiones de filones de cuarzo y cuarcita, aunque hacia el sur del eje duriense también abundan los granitos. Del mismo modo que en la región de *Trás-os-Montes* se diferencian claramente dos zonas por sus rasgos

geológicos y climáticos, la *Terra fria* y la *Terra quente* (ver subepígrafe 2.1.1), dentro de la gran unidad de relieve que conforma la *Beira Alta* se distinguen dos ámbitos separados por montañas, la *Beira Alta* y la *Beira Trasmontana*, considerándose esta última como una prolongación de las tierras al norte del Douro (Da Cruz, 2001: 2-13).

Este tipo de relieve es favorable para su explotación tanto agrícola como ganadera, pero también para el aprovechamiento de otros recursos como los forestales; de ahí, que formaciones naturales como la dehesa tengan tanta importancia para el desarrollo económico de estas zonas. Todo el territorio está surcado por numerosos ríos de bastante entidad (Esla, Tua, Sabor, Távora, Águeda, Torto, etc.), siendo muchos de ellos el escenario de una intensa actividad humana en la Prehistoria. Es el caso de las internacionalmente conocidas manifestaciones de arte paleolítico a lo largo del río Côa, o de los numerosos monumentos megalíticos documentados en el valle medio del Tormes (Benet *et al.* 1997; Delibes y Santonja, 1986; Santonja, 1983-1984; etc.), del Alto Paiva (Da Cruz, 2000 y 2001; Da Cruz *et al.* 2000; etc.) o del Mirandela (Sanches, 1994; Sanches y Santos, 1987; etc.).

El paso de los cursos fluviales en superficies de sedimentos tan duros, ha dado lugar a la formación de amplias depresiones, cañones y gargantas, entre las que destaca por su singularidad la formación geológica de Los/Las Arribes del Duero/Douro (ver Figura 2C). Esta profunda grieta granítica por la que discurre el río encajado, constituye un espacio natural de gran interés con un paisaje muy característico. Este entorno arribeño tan peculiar, se inicia en la provincia de Zamora y se prolonga durante más de 300 km, en una primera parte dibujando la frontera luso-española, y posteriormente conformando el eje del territorio definido como “Zona Internacional del Duero” (112 km del total de la cuenca), que recorre los cañones de Los/Las Arribes hasta la confluencia con el río Águeda. En esta parte, es en la que se observa el mayor desnivel del Duero/Douro a lo largo de todo su recorrido, descendiendo bruscamente su cota en 402 m, desde los 600 m.s.n.m. hasta apenas los 200 m.s.n.m. Sus características geomorfológicas han determinado unas condiciones climáticas propias, generando un microclima en la zona, donde las temperaturas son más benignas y moderadas que en las áreas de penillanura circundantes (ver subepígrafe 2.1.1). Aprovechando los grandes desniveles del río, se han construido en este entorno varias presas y embalses para explotar los recursos hidroeléctricos, como el zamorano salto de Castro, la presa de Aldeadávila en Salamanca o las de Miranda y Bemposta en Bragança, entre otras (Recio, 2009; VV.AA., 2000).



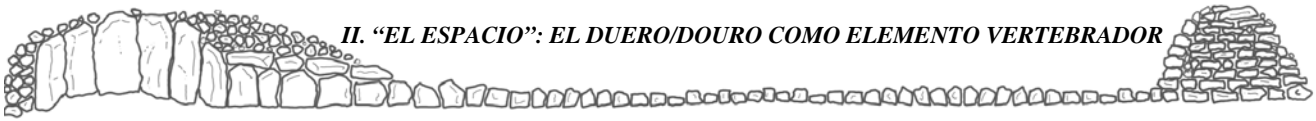
Estas grandes unidades de relieve, la campiña, el páramo y la penillanura, se encuentran casi completamente rodeadas por **conjuntos montañosos periféricos**, que de "forma natural" individualizan la Meseta Norte con respecto a otras regiones de la Península Ibérica.

En el lado meridional, el "Sistema Central" que divide la gran Meseta central peninsular dando lugar a dos espacios muy diferentes, se extiende desde la Serra da Estrela en suelo portugués hasta encontrarse con el "Sistema Ibérico". En realidad, no es un sistema montañoso único, sino que está formado por varias sierras alargadas (como la de Guadarrama, la de Gredos, o la propia *Serra da Estrela*, entre otras), separadas por pasos naturales que permiten la comunicación entre ambas mesetas. Es el caso del valle del Tormes, del río Alagón o del Puerto de Béjar, que conforman auténticos corredores geográficos desde el interior del territorio duriense hacia la cuenca del Tajo (López Plaza, 2001; López Plaza *et al.*, 2000).

La Cordillera Cantábrica se encuentra en el extremo septentrional, prolongándose desde el Macizo Galaico-leonés hasta la Depresión Vasca, pasando por los Picos de Europa. Se diferencian claramente dos tipos de formaciones dentro de este conjunto montañoso. En el sector occidental, los sedimentos se componen de materiales duros silíceos; es el caso de Picos de Europa, donde se pueden encontrar tanto alturas por encima de los 2000 m como profundos desfiladeros. Por otra parte, en la zona más oriental predominan los sustratos calizos, en los que la erosión ha excavado numerosas cuevas y simas que conforman una compleja red kárstica. Un buen ejemplo es la Sierra de Atapuerca (Burgos), donde se ha documentado una gran densidad de manifestaciones arqueológicas (más allá del excepcional complejo de yacimientos pleistocénicos, conocido internacionalmente) propias de la Prehistoria Reciente, como monumentos megalíticos, cuevas funerarias o asentamientos (Alday *et al.*, 2011; Arsuaga *et al.*, en línea; Moreno Gallo, 1999; Palomino *et al.*, 2004; Quam, 2007; Vergès *et al.*, 2002; etc.). También en esta área existen corredores geográficos que conectan el valle del Duero con el valle del Ebro, como es el paso natural e histórico de la Bureba. El Macizo Galaico-Leonés, que geomorfológicamente constituye una prolongación de la Meseta hacia el cuadrante noroeste peninsular, separándola de la región gallega, tiene una altitud media de 500 m, y está formado por distintos conjuntos montañosos, como las Sierras de la Cabrera y Segundera, ubicadas en torno a la comarca zamorana de Sanabria.



Figura 2: Imágenes que muestran la gran diversidad geo-morfológica de la cuenca del Duero/Douro desde su nacimiento (A) hasta su desembocadura (D),
atravesando a su paso por distintos entornos ambientales (B y C)
(ver Índice de Figuras)



El límite oriental de la Meseta está definido por el “Sistema Ibérico”, barrera montañosa que, por su ubicación geográfica, actúa de divisoria de aguas entre las cuencas del Duero, el Ebro y el Tajo. Al igual que el “Sistema central”, no se trata de una formación única sino que está constituido por una serie de sierras y macizos (Moncayo, Demanda, Cebollera, etc.), separadas por grandes depresiones, entre los que destacan los Picos de Urbión por ser el lugar del nacimiento del río Duero/Douro (ver Figura 2A). A pesar de su gran diversidad geomorfológica, en la mayor parte predominan los materiales calizos.

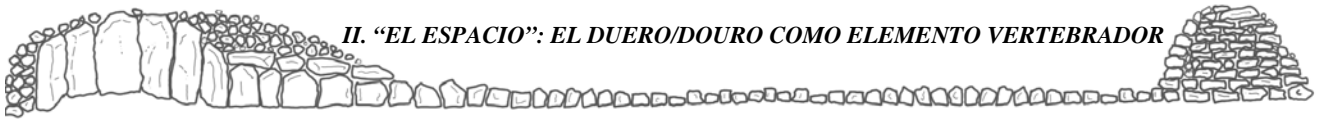
Por último, los conjuntos montañosos periféricos más occidentales dibujan la frontera de las tierras meseteñas y los *planaltos* con la plataforma litoral. Al norte del Douro, la *Serra de Marão*, cuyos suelos son principalmente graníticos y esquistosos con algunos afloramientos cuarcíticos, separa el territorio de *Trás-os-Montes* de las regiones de “Minho” y del “Douro Litoral”. En este lugar de transición se ubica la *Serra de Aboboreira*, un macizo granítico poco abrupto, con anchas planicies y alturas próximas a los 1000 m, y atravesado por varios cursos fluviales. En este espacio se ha documentado uno de los focos megalíticos de mayor entidad y densidad de todo el valle del Duero/Douro, que cuenta además con una larga carrera de investigación (Da Cruz, 1980; Oliveira, 1986; Oliveira *et al.*, 1988-1989; VV.AA., 2007; etc.). Al sur del Douro, la *Serra de Montemuro*, que discurre paralela a la costa con cotas superiores a los 1300 m de altitud, conforma el límite de la región de la *Beira Alta* con la del Douro “Litoral, al noroeste”, y la de la “Beira Litoral”, al suroeste.

La última de las grandes unidades geomorfológicas que podemos diferenciar dentro del área de estudio es la **plataforma litoral**, que corresponde a las tierras bajas portuguesas. Este territorio, que como ya se ha señalado, está delimitado por varios conjuntos montañosos en el este (ver subepígrafe 2.1.1) y el Océano Atlántico por el oeste, corresponde a las regiones del “Douro Litoral” (también denominada como *Baixo Douro*), y a la parte más septentrional de la “Beira Litoral” hasta el río Vouga, el cual desemboca en la localidad de Aveiro.

Con una cota media de 200 m.s.n.m., el Douro atraviesa las suaves colinas características de estas tierras, en las que predomina el granito, y desciende en ligera pendiente hasta el nivel del mar. Al llegar a la ciudad de Porto, el río se encaja en una estrecha garganta, antes de ensancharse en su desembocadura en el Atlántico (ver Figura 2D). Debido al influjo del mar, esta zona tiene un clima atlántico, húmedo y de

temperaturas moderadas, que contrasta tanto con el clima continental de las tierras del interior, aisladas de las influencias de los vientos atlánticos por una “barrera montañosa”, como con el clima semi-mediterráneo propio del ámbito litoral de Lisboa y otras regiones más meridionales.

Todo este análisis de los rasgos geográficos nos revela que, lejos de la imagen tradicional de un territorio hostil con pocos recursos, se trata de una región capaz de ofrecer múltiples ventajas a sus pobladores: extensas llanuras, amplios terrenos cultivables, y una compleja red hídrica que genera abundancia de agua y articula el paisaje, dando lugar a numerosos espacios accesibles y muy aptos para su explotación. *“Assim se foi enraizando este ecossistema de um Douro que é Norte, que não é Minho, que não é Andaluzia, nem mediterrânico, nem ibérico, mas que é, todo ele, meseta, montanha, planalto e vale encaixado até à foz”* (VV.AA., 2008: 26). El valle del Duero/Douro se nos presenta así como *“un espacio de gran atractivo para la ocupación humana, bien es verdad que mediatizado por unas condiciones climatológicas no siempre todo lo propicias que deberían”* (García Barrios, 2008: 534).



2.2. EL DUERO/DOURO COMO EJE POLÍTICO- ADMINISTRATIVO: DESMONTANDO FRONTERAS Y LÍMITES ACTUALES

“Y así venía a resultar que mi provincia eran dos, dos medias provincias netamente diferenciadas, unidas y divididas por la cinta terrosa del Duero: al norte, los campos llanos, dilatados, desamueblados, de la Tierra de Campos lindando con los predios de León y Palencia, y al sur, la Tierra de Pinares, contigua a las provincias de Ávila y Segovia, camino de Madrid. Yo amaba por igual ambas mitades, tan distintas. En realidad, dos mitades de un artificio administrativo que yo había aceptado por el simple hecho de haber nacido en él”.

(Miguel Delibes, Recuerdos- Mi Provincia. Discurso pronunciado en Valladolid, 1993)

2.2.1. EL “ESPACIO” Y EL “TERRITORIO” COMO CONSTRUCCIONES CULTURALES

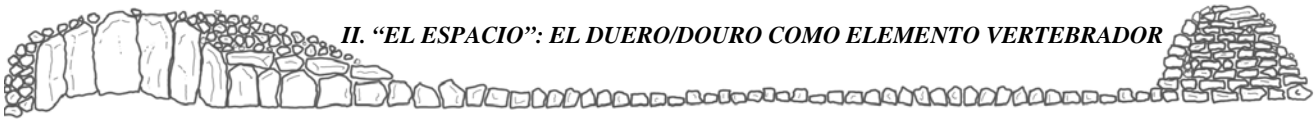
Los términos de “espacio” y “territorio” han sido utilizados con muy diversas acepciones por arqueólogos, historiadores y antropólogos, que han centrado sus investigaciones en el análisis de los distintos modelos socio-culturales. Estos estudios parten de la idea de que ambos conceptos se construyen socialmente y que, por lo tanto, el orden que cada grupo humano aplica al “territorio” en el que se mueve es reflejo directo de su cultura, de su identidad y de su relación con el mundo que le rodea.

El “espacio” y el “tiempo” son categorías fundamentales a partir de las que cada sociedad percibe, comprende, construye y transforma la realidad en la que/con la que habita. Gracias a estos mecanismos de orientación, el ser humano dota de sentido al medio en el que vive (Hernando, 2002). Pero estas “construcciones” no existen en sí mismas, no se materializan. El “espacio” no es una realidad susceptible de ser ordenada o modificada, a pesar de que se asume como una entidad delimitada y con contenido, sino un medio para la conformación social de la realidad. *“El espacio no es un hecho observable sino una cualidad que se atribuye a la realidad para ordenarla y hacerla asumible”* (ibídem: 7). Cada sociedad posee una manera concreta de concebir el “espacio” y el “tiempo”, y es esa “conceptualización” la que realmente establece el vínculo entre el individuo y el medio que le rodea (Criado, 1991a: 91). Por lo tanto, ambas categorías son “construcciones culturales” que adquieren significado por su relación con hechos tangibles, con la diferencia de que *“el espacio refiere esos hechos a referencias inmóviles, mientras que el tiempo lo hace a referencias móviles”* (Hernando, 1999b: 11).

El valor de las ideas no nace de sí mismas, sino a través de la práctica que se hace de ellas, en la que es de vital importancia el contexto histórico en que se desarrollan. En este sentido, si se acepta que el concepto de “espacio” está socialmente construido, hay que tener en cuenta que su alcance y significación estarán condicionados por la coyuntura externa. Así, un cambio en la percepción de la realidad, supone consecuentemente una transformación en los modos de representación espacial. Del mismo modo, la conceptualización del “espacio” puede considerarse como reflejo indirecto de un modelo social específico, a través de los usos que se hagan del mismo en cada momento (Criado, 1991a: 91-92).

El “Análisis Espacial o del Paisaje”, en sus diferentes variantes y corrientes, es el instrumento utilizado desde la Arqueología para estudiar el medio en el que vivían las sociedades pasadas. Sin embargo, para profundizar en las pautas de comportamiento en relación a la organización y representación del “territorio”, se requieren de otros enfoques diferentes a los tradicionales. El “paisaje” (al igual que el “espacio”) ha de concebirse como un “producto socio-cultural” (Criado, 1993a: 11), que nace de la conjunción entre la pura dimensión física del medio y la simbólica que caracteriza al paisaje humano “domesticado”, siendo el resultado de la acción de los individuos sobre su entorno (Criado, 1989a: 93). *“The landscape is the world as it is known to those who dwell therein, who inhabit its places and journey along the paths connecting them”* (Ingold, 1993: 156). Desde esta perspectiva, la “Arqueología del Paisaje” ha de contar con una metodología que permita reconstruir los “paisajes arqueológicos” en función de los procesos de culturalización del “espacio” que se han dado a lo largo de la Historia (Criado, 1993b: 42-44).

Son varios los autores que han profundizado sobre las diferencias existentes entre la concepción actual del “espacio” y del “territorio”, y la que tenían las sociedades de nuestros antepasados (Criado 1988a, 1989a, 1991a y b y 1993a; Criado *et al.* 2001; García García, 1976; Hernando, 1999a y b y 2002; Kent, 1991; López-Romero, 2005; Rappaport, 2004; Santos-Granero, 2004; Schama, 1995; Watkins, 2009; etc.). El concepto actual del “territorio” como algo medible y cuantificable, parte de una racionalidad empírica moderna (Criado, 1993a: 11). Pero no siempre ha sido así, sino que su percepción ha cambiado a la vez que lo ha ido haciendo la relación entre el ser humano y la naturaleza, en un proceso de creciente dominación por parte del primero. De este modo, la noción del “espacio” como un *facto* real, limitado y susceptible de ser



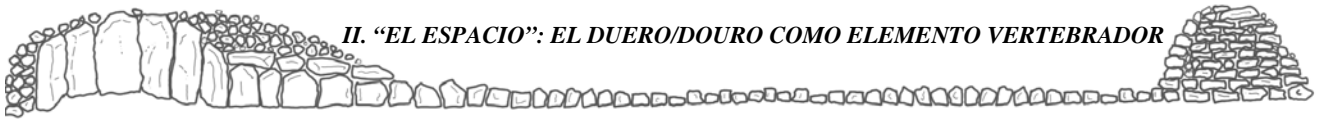
explotado, se basa en una mentalidad actual muy vinculada al modelo científico racional, que en palabras de Criado puede definirse como “*funcionalista, empírico y moderno (o positivista)*” (1991b: 8-9; 1993a: 13). Con estos tres adjetivos, el autor se refiere a que se concibe el “espacio” como un objeto completamente delimitado, ligado a unas determinadas circunstancias socio-económicas que lo configuran, y que puede ser medido, cuantificado y objetivado. Se convierte, así, en una realidad “dada”, preexistente y estática (Criado, 1993a: 12-15), una expresión impersonal de fuerzas económicas y demográficas (Ingold, 1993: 171), cuyo tratamiento y representación se limita al establecimiento de referentes de tipo ecológico y/o geográfico. En consecuencia, los criterios aplicados actualmente para la clasificación y ordenación del “territorio” “*normalmente responden a racionalidades económicas maximizadoras de beneficios y propias de una economía de mercado*”, pero son completamente inútiles de cara al estudio del “espacio” en sociedades pasadas, y menos aún prehistóricas, puesto que “*esos criterios generalmente entran en contradicción con comunidades y con prácticas económicas tradicionales y consideradas antiguas*” (Criado, 1991b: 9; 1993a: 14).

Sin embargo, echando un simple vistazo a la historiografía peninsular sobre la Prehistoria Reciente, se puede observar que estos preceptos siempre han estado, y siguen estando, muy presentes. Los límites administrativos actuales y el contexto político-social de cada momento, han condicionado sobremanera las diferentes investigaciones, y en consecuencia la interpretación de los distintos fenómenos. En el ámbito de la Península Ibérica, los trabajos suelen presentar una delimitación de carácter nacional, en primer término, pero también de tipo autonómico, municipal u otras entidades menores, sin tener en cuenta posibles divisiones alternativas basadas en criterios geográficos que pueden determinar “áreas naturales” (López-Romero, 2005: 14). Tanto en España como en Portugal, esta visión actual y actualista del “territorio” ha determinado cualquier tipo de estudio, tiñéndolo siempre de un marcado localismo. Esta situación ha sido analizada y reflexionada por distintos autores, que apuntan como causa principal a la tendencia tradicional que caracteriza a la investigación en ambos países ibéricos: “*En España y Portugal, el enfoque histórico-cultural tradicional y actual recurre al territorio para definir las culturas, sus desplazamientos y la distribución y difusión de sus productos. El territorio satisface además las exigencias de objetividad y experiencia que se exigen al conocimiento científico. Su relevancia en la investigación queda reforzada asimismo al justificar el estudio del pasado por la recuperación y*

valoración del patrimonio histórico incluido en las fronteras nacionales” (García Marín *et al.*, 1997a: 551).

A la hora de definir un “espacio” para el estudio de las sociedades prehistóricas hay que ser conscientes de que los actuales límites administrativos son abstracciones impuestas e ideadas para satisfacer unas determinadas necesidades, que nada tienen que ver con la realidad del pasado. Todas las fronteras son “*barreras artificiales*” (Kavanagh, 2011: 32). Pero además, hablar de “límites y fronteras” a lo largo de la Historia, conlleva asimismo cierta polémica en cuanto a su significado, puesto que la idea de “frontera” como algo inamovible, fijo e incluso a veces representado por medio de una barrera física, es un concepto también relativamente moderno. “*La existencia de unas fronteras lineales y bien definidas es algo por lo general sólo aplicable a formaciones de tipo estatal, en especial en lo que se refiere a la existencia de límites basados en criterios no fisiográficos*” (López-Romero, 2005: 13). Algunos autores han profundizado sobre este aspecto complejo de la territorialidad en contextos prehistóricos, e incluso en ocasiones llegando a diferenciar entre “fronteras estáticas” y “fronteras móviles” para el desarrollo de ciertos fenómenos de la Prehistoria, como es el caso de la Neolitización (Delibes y Fernández, 2000: 96-97; López-Romero, 2005: 15; Rojo, Kunst *et al.*, 2008: 333-335). Por tanto, no se puede aplicar esa idea de “límites o fronteras territoriales”, tal como se entiende en la actualidad, al estudio del pasado sin caer en interpretaciones actualistas sesgadas por nuestros propios preconceptos.

A pesar de ello, “*la investigación prehistórica ha ido ajustándose cada vez más a los límites administrativos actuales hasta el punto que su coincidencia con los de las culturas arqueológicas no se pone en cuestión. Ello puede ser una respuesta práctica a las ventajas económicas, administrativas y/o políticas que ello conlleva... Pero en todo caso, los arqueólogos, al hacerlo, incurrimos en una grave falla metodológica que es nuestra responsabilidad específica denunciar*” (García Marín *et al.* 1997b: 54). Es nuestra obligación intentar prescindir, en la medida de lo posible, de las categorías actuales de clasificación del territorio, para poder comprender mejor la relación de las sociedades pasadas con el medio que las rodeaba. Sin embargo, “*es evidente que para realizar cualquier tipo de interpretación sobre áreas de cientos o miles de kilómetros cuadrados se necesita abstraer los datos reuniéndolos de alguna manera*” (Díaz-Andreu, 1993: 248). Por tanto, hay que ser cautelosos en el momento de analizar y unificar los resultados de cada investigación, para evitar incoherencias provocadas por



el estudio de las distintas manifestaciones arqueológicas dentro de unos límites abstractos inventados.

2.2.2. CARACTERIZACIÓN POLÍTICO-ADMINISTRATIVA DE LA CUENCA DEL DUERO/DOURO

*No corras tanto, mi niño;
no, mi cielo, goza ahora,
que te acechan Soria impura,
Tordesillas y Zamora.*

Portugal te abre su abismo.

Ay, el mar, el mar, me muero.

Desde Urbión, cantando, a Oporto,

¿cuántas horas dura el Duero?

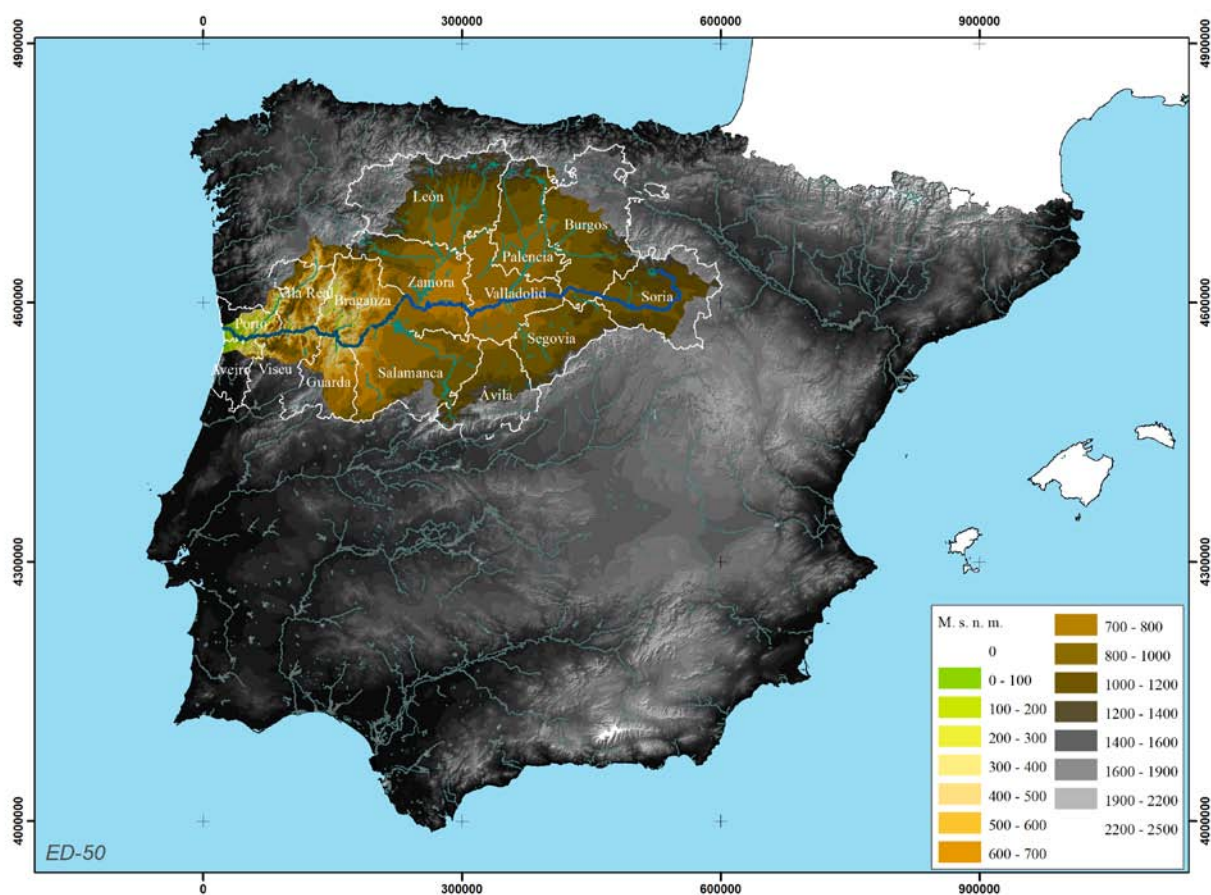
(Gerardo Diego, *Balada del Duero infante*)

En términos administrativos, toda la región del Duero/Douro está condicionada lógicamente por los límites nacionales. La "Raya/Raia", como se conoce comúnmente a la frontera luso-española, es uno de los trazados fronterizos más antiguos de Europa, que desde su establecimiento en 1297 con el Tratado de Alcañices (VV.AA., 2008: 19) ha permanecido prácticamente inalterado los últimos 700 años (Kavanagh, 2011: 32). A lo largo de la Historia, se han realizado algunas modificaciones en los términos limítrofes a través de distintos acuerdos y alianzas, hasta hace poco más de un siglo cuando se pactaron las fronteras definitivas en el Tratado de Lisboa (1864) y, posteriormente, en el Acuerdo de Límites (1926), siendo ambos documentos firmados en la capital lusa.

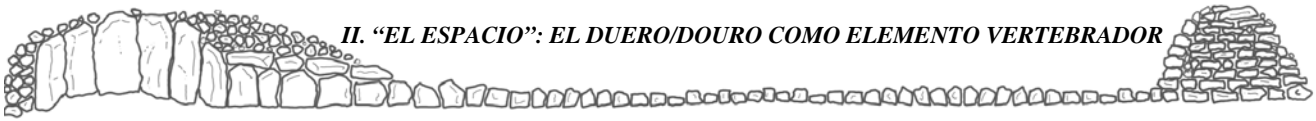
Esta frontera ha determinado completamente la relación entre los dos países, que durante mucho tiempo han vivido "de espaldas el uno del otro" (Kavanagh, 2011: 31), dando lugar a grandes diferencias entre ellos. Sin embargo, al profundizar en la historia y cultura de ambos estados, se observan más paralelismos de los que *a priori* se podrían suponer. Esta velada proximidad y las relaciones más "estrechas", han tenido lugar sobre todo en las poblaciones denominadas "rayanas/raianas", en las que la mezcla cultural y los elementos comunes están patentes en todos los ámbitos, desde el paisaje y el idioma, hasta las arquitecturas y costumbres populares.

De las muchas diferencias existentes entre ambos países, una de las más destacadas es, precisamente, la cuestión de la clasificación y ordenación de sus respectivos territorios. Mientras que en Portugal prevalece una tendencia preferentemente centralista, España está regida por un sistema autonómico, que no tiene ningún paralelo en el país vecino (ver Mapa 2).

La organización territorial española se basa en un Estado de las Autonomías, un régimen bastante descentralizado, puesto que cada una de las Comunidades Autónomas goza de ciertas parcelas de autogobierno. Esta estructura autonómica estatal se fijó definitivamente en la Constitución de 1978, reconociendo el derecho a la autonomía de las distintas regiones y nacionalidades que componen el Estado español. Del mismo modo, se estableció que cada una de ellas está formada por una o varias provincias, y éstas a su vez por municipios, constituyéndose así toda la jerarquía de la ordenación administrativa española.



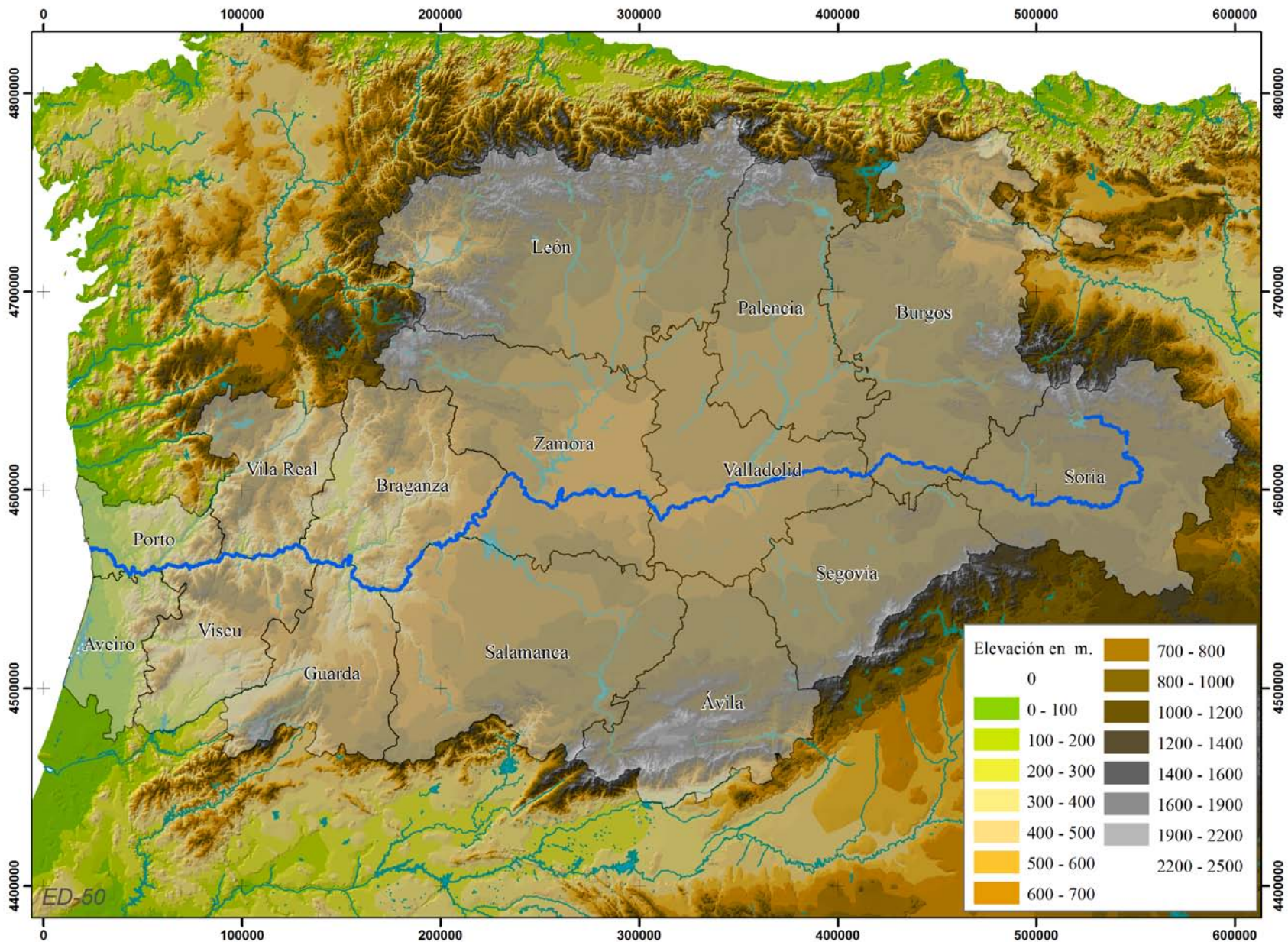
Mapa 2: Imagen general de la cuenca del Duero/Douro, con la superposición del marco político-administrativo en el que se inserta el territorio de estudio (las nueve provincias de la Comunidad Autónoma de Castilla y León y seis de los *distritos* que forman parte, entre otros, de las Regiones Norte y Centro de Portugal –ver Índice de Figuras-)



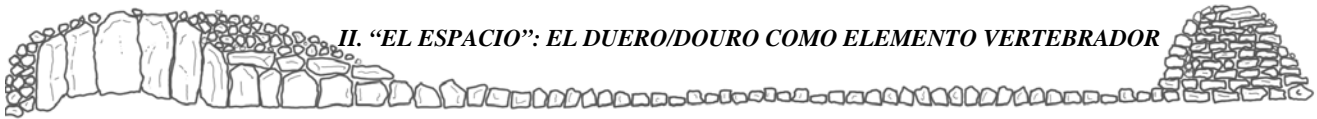
Por su parte, Portugal tiene un sistema territorial completamente diferente y *a priori* más complicado. Se basa en una fórmula mucho más centralizada, en el que las distintas divisiones administrativas no disfrutan de gran capacidad de decisión, sino que en general dependen del gobierno central en Lisboa. La unidad básica de organización son los *concelhos*, que agrupan a su vez a un número variado de *freguesías*. Pero existen diferentes divisiones de nivel superior que, dependiendo del carácter que tengan (judicial, técnico-estadístico, histórico y cultural...), se definen por unos límites u otros. Dentro de todo este conjunto, destacan los *distritos*, que aunque actualmente están desapareciendo por las reconversiones territoriales, aún a día de hoy son las demarcaciones más aceptadas y utilizadas para cuestiones puramente de práctica administrativa.

En relación al ámbito geográfico del presente trabajo, hay que señalar que los límites definidos de "forma natural" por la propia cuenca del río no coinciden exactamente con las fronteras administrativas impuestas artificialmente por las necesidades actuales de organización territorial (ver Mapa 2).

En territorio español, las nueve provincias que desde 1983 constituyen la Comunidad Autónoma de Castilla y León, forman parte del área de estudio en cuestión: Ávila, Burgos, León, Palencia, Salamanca, Segovia, Soria, Valladolid y Zamora (ver Mapa 3). En este caso, tanto la delimitación "natural" como la "artificial" se adecúan en gran medida, puesto que la región fluvial del Duero ocupa el 84% del suelo castellano-leonés, perteneciendo el resto a otras cuencas como las del Ebro, el Tago y otros ríos que desembocan en el Cantábrico (según datos de la *Confederación Hidrográfica del Duero*). Al tratarse de zonas marginales y de pequeña extensión, se ha considerado incluir todo en el análisis toda el área conformada por las nueve provincias como la opción más apropiada. Por otra parte, la cuenca del Duero sobrepasa los confines castellano-leoneses, y entra en otras circunscripciones autonómicas como Galicia, Asturias, Cantabria, La Rioja, Madrid, Extremadura y Castilla-La Mancha (*ibídem*). Para evitar complicar aún más la fase de recogida y descripción de los datos, se ha decidido no incluir las regiones pertenecientes a otras comunidades, puesto que además tendrían una escasísima representación de cara a la interpretación final de los resultados.



Mapa 3: Marco político-administrativo en el que se inserta el territorio objeto de estudio



En el caso portugués, las divisiones administrativas no coinciden de una forma tan clara con la *Bacia do Douro*. A lo largo de su recorrido en suelo luso, el río atraviesa seis *distritos*, pero no en todos los casos su extensión pertenece de forma completa a la cuenca sedimentaria duriense (ver Mapa 3). En la margen derecha, se localizan los *distritos* de Bragança, Vila Real (el área de Montalegre, al noroeste del *concelho* de Chaves, no pertenece a este territorio) y Porto (exceptuando también algunos *concelhos* ubicados al norte de este *distrito* como Póvoa de Varzim, Trofa y Vila do Conde). En la margen izquierda, se encuentran, de este a oeste, Guarda (salvo la zona más suroccidental insertada ya en la *Serra da Estrela* de los términos de Gouveia, Seia o Manteigas, u otros ubicados más hacia el norte como Fornos de Algodres o Celorico da Beira), Viseu (sólo la mitad septentrional del *distrito* forma parte de este estudio, en la que están representados los *concelhos* de Armamar, Castro Daire, Cinfães, Lamego, Moimenta da Beira, Penedono, Resende, São João da Pesqueira, São Pedro do Sul, Sernancelhe, Tabuaço, Tarouca y Vila Nova de Paiva) y Aveiro (solamente los *concelhos* más septentrionales de Arouca, Castelo de Paiva, Espinho, Santa Maria da Feira o São João da Madeira, pertenecen a este territorio). Todas las zonas que quedan excluidas corresponden a otras cuencas sedimentarias, como la del Minho al norte, el Mondego al sur, o el Vouga en las zonas más litorales.

Toda esta diversidad y complejidad territorial ha sido recogida, de la manera más precisa posible, en la base de datos que constituye el *corpus* documental de este trabajo. De este modo, en la sección de "Localización" de la presentación denominada "Monumentos", se han incluido varios campos de información en función de los distintos niveles geográfico-administrativos existentes (ver subepígrafe 5.2.1 y BDD).

El primero de los campos que aparece es el de "País", en el que evidentemente sólo se pueden escoger dos opciones, España y Portugal. Posteriormente, hay dos clasificaciones de datos diferenciadas por la naturaleza de sus límites. Por una parte, los campos "administrativos" referentes a las unidades territoriales ya descritas se combinan, haciendo corresponder cada uno de los niveles con su homólogo en el país vecino, según su entidad: "Provincia/Distrito", "Municipio/Concelho" y "Localidad/Freguesía". Por otra parte, se ha incluido un campo denominado "Comarca/Província", que hace referencia a la región o "área natural" en la que se localiza el yacimiento en cuestión. En este caso, las fórmulas de división territorial empleadas no se corresponden a los dos lados de la frontera por su entidad, pero sí en

cuanto a su naturaleza dado que son demarcaciones con límites “naturales”, y como tal se han mantenido a lo largo de la Historia a pesar de las continuas modificaciones administrativas.

Las comarcas son divisiones regionales que abarcan varios municipios, con sus respectivas localidades, y que por lo general se insertan dentro del territorio de cada provincia castellano-leonesa. Hay algunas excepciones que comprenden ámbitos de diferentes términos provinciales, como es el caso de Tierra de Campos que se extiende por León, Palencia, Valladolid y Zamora, o de Tierra de Pinares ubicada entre Segovia y Valladolid. En Castilla y León, estas unidades comarcales no están reconocidas oficialmente dentro de la organización territorial (a excepción de la comarca de El Bierzo, en León), relegándolas a simples circunscripciones histórico-tradicionales, culturales y/o geográficas que no ejercen ninguna función administrativa. La división comarcal utilizada para el desarrollo de este estudio (aunque no todos los casos tienen representación dentro del conjunto de datos), es la que se presenta a continuación agrupada por provincias (www.netmaps.es; www.ign.es):

- Ávila: “Campo de Piedrahíta”, “El Barco de Ávila”, “Moraña Alta”, “Ojos-Albos”, “Sierra de Ávila”, “Sierra de Gredos”, “Tierra de Arévalo”, “Valle de Amblés”, “Valle del Alberche” y “Valle del Tiétar”.

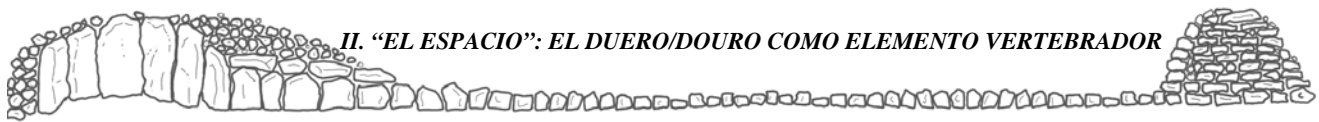
- Burgos: “Altiplanicies burgalesas orientales”, “Campos y Páramos de Burgos”, “La Bureba”, “La Lora”, “Las Merindades y Ebro burgalés”, “Ribera burgalesa del Duero”, “Riojilla burgalesa-Montes de Oca” y “Treviño”.

- León: “El Bierzo”, “La Cepeda”, “La Maragatería”, “Las Cabrerías”, “Montaña occidental de León”, “Montaña oriental de León”, “Páramos de León-Tierra de Campos” y “Picos de Europa”.

- Palencia: “Altos Valles palentinos”, “El Cerrato”, “Páramos de Palencia” y “Tierra de Campos”.

- Salamanca: “Campo Charro”, “Campo de Ledesma”, “Campo de Peñaranda y Tierra de Alba”, “Campo de Vitigudino”, “Ciudad Rodrigo-Campos de Azaba y Argañán”, “La Armuña”, “Las Arribes” y “Sierras Salmanticenses (Sierras de Béjar, Francia y Gata)”.

- Segovia: “Páramos del Duratón”, “Tierra de Ayllón”, “Tierras de Cantalejo y Santa María la Real de Nieva”, “Tierra de Pinares”, “Tierra de Segovia” y “Tierra de Sepúlveda”.



II. "EL ESPACIO": EL DUERO/DOURO COMO ELEMENTO VERTEBRADOR

- Soria: "Cameros Sorianos", "Depresión central soriana del Duero", "Depresiones de la divisoria ibérica de Soria", "Parameras sorianas" y "Tierras sorianas del Jalón-Medinaceli".

- Valladolid: "Campiña del Pisuerga", "Campo de Peñafiel", "Montes Torozos", "Páramos de la Esgueva", "Tierra de Campos", "Tierra de Medina", "Tierra de Pinares" y "Tierra del Vino".

- Zamora: "Campo de Aliste-Alba", "Los Arribes-El Sayago", "Tierra de Benavente-Los Valles", "Tierra de Campos-Tierra del Pan", "Tierra del Vino-La Guareña" y "Sanabria-Carballeda".

Las *provincias* portuguesas son, por su parte, regiones con un cierto carácter histórico, cuyos límites están condicionados por la geografía, pero que, al igual que las comarcas castellano-leonesas, no están dotadas de ninguna competencia administrativa. Estas demarcaciones son entidades mucho más amplias puesto que pueden llegar a abarcar el territorio de uno o más *distritos*. Se crearon en 1936 bajo la denominación de *antigas provincias o regiões naturais*, pero fueron finalmente eliminadas con la entrada en vigor de la Constitución portuguesa en 1976. A pesar de que en la actualidad no tienen ningún valor administrativo, se trata aún de una división regional de referencia para la mayoría de portugueses. Las *provincias* que entran dentro de nuestro estudio son las siguientes (hay que señalar que no en todos los casos va a formar parte del análisis el territorio provincial al completo) (www.igeo.pt):

- *Trás-os-Montes e Alto Douro*: abarca los *distritos* de Bragança, Vila Real, cuatro *concelhos* del norte de Viseu (Armamar, Lamego, São João da Pesqueira y Tabuaço) y uno de Guarda (Vila Nova de Foz Côa).

- *Douro Litoral*: comprende el *distrito* de Porto completo, varios *concelhos* del norte de Aveiro (Arouca, Castelo de Paiva, Espinho, y Santa Maria da Feira) y dos del sector noroeste de Viseu (Cinfães y Resende).

- *Beira Alta*: constituida por casi la totalidad del territorio de Guarda y Viseu (excepto las localidades correspondientes a las anteriores *provincias* señaladas), y algunos *concelhos* de la zona oriental del *distrito* de Coimbra (que quedan fuera del ámbito de estudio).

2.2.3 MÁS ALLÁ DE LAS FRONTERAS: ¿UNIÓN O SEPARACIÓN, COOPERACIÓN O DIVISIÓN?

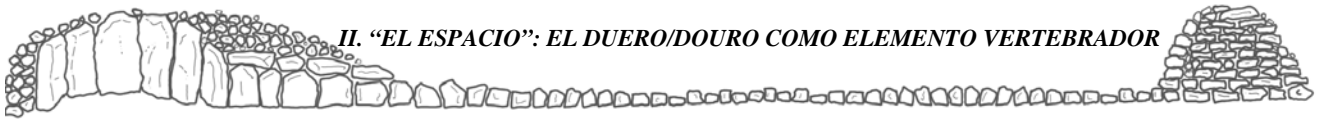
“Vinde cá, peixes, vós da margem direita que estais no rio Douro, e vós da margem esquerda que estais no rio Duero, vindes cá todos e dizei-me que língua é a que falais quando aí em baixo cruzais as aquáticas alfândegas, e se também lá tendes pasaportes e carimbos para entrar e sair. Aqui estou eu, olhando para vós do alto desta barragem, e vós para mim, peixes que viveis nessas confundidas águas, que tão depressa estais duma banda como da outra, em grande irmandade de peixes que uns aos outros só se comem por necessidades de fome e não por enfados de pátria Dais-me vós, peixes, uma clara lição, oxalá não a vá eu esquecer ao segundo passo desta minha viagem a Portugal...”

(Saramago, *Viagem a Portugal-O Sermão aos Peixes*)

Resulta llamativa la falta de síntesis y estudios generales sobre la Prehistoria Reciente en el valle del Duero/Douro que aúnen dentro de la misma investigación datos de yacimientos castellano-leoneses y portugueses, cuando en muchos casos constituyen geográficamente una unidad. La principal causa es el enorme peso que tienen, dentro de nuestros parámetros mentales, las divisiones administrativas creadas por y para ciertos intereses que nada tienen que ver con los de nuestros antepasados. En ambos países, la fuerte tendencia hacia “*el localismo determina la práctica ausencia de colaboración internacional y desanima la interregional*” (García Marín *et al.*, 1997b: 35).

Sorprende el hecho de que, aún actualmente, la interrelación científica entre autores lusos e hispanos, al menos en lo que respecta a las disciplinas de Prehistoria y Arqueología, se limite a un escaso número de publicaciones o citas comparativas, a pesar de la proximidad geográfica. Esta situación es desfavorable para el desarrollo del conocimiento, puesto que “*la falta de comunicación entre los investigadores de uno y otro lado de la actual frontera hispano-portuguesa -sólo combatida con vigor en las áreas de más directo contacto geográfico entre los dos países- supone un importante freno a la comprensión de los procesos generales que afectaron a la Prehistoria Reciente peninsular*” (López-Romero, 2005: 14).

Los encuentros, sesiones en congresos, mesas redondas y jornadas científicas en las que se dan cita investigadores de los dos países vecinos, son desde hace tiempo habituales y cada vez más numerosas (Oliveira, 1984). Esta cooperación se va normalizando también entre los jóvenes investigadores, quienes están empezando a emprender iniciativas en las que la representación transfronteriza es esencial (las “*Jornadas de Jóvenes Investigadores en el valle del Duero*” o las “*Jornadas de Novos*



Investigadores do Noroeste", entre otras). Sin embargo, esta colaboración no se manifiesta en otros campos de la investigación, como son el desarrollo de proyectos, la participación en excavaciones arqueológicas o las propias publicaciones científicas, en los que sigue imperando una mentalidad local y/o regional. En este sentido, tanto los investigadores a nivel personal como las instituciones tienen aún mucho trabajo por hacer, contribuyendo a crear las condiciones necesarias para dar continuidad a los contactos interestatales y facilitando su regularidad (*ibídem*).

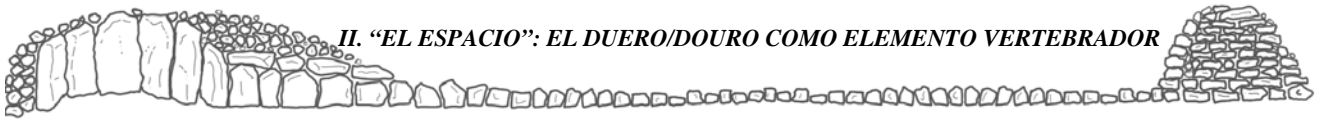
Por lo general, los autores miran más allá de sus "fronteras" buscando paralelos y ejemplos con los que poder comparar sus objetos de estudio, pero también por el convencimiento de que "*temos decerto muito a aprender com os nossos colegas do país vizinho; mas também temos em Portugal investigadores de qualidade e resultados significativos que eles precisam de conhecer melhor*" (*ibídem*: 3). Sin embargo, la carencia de proyectos, que incluyan ámbitos territoriales luso-españoles, ha dado lugar a diferentes estudios que tratan de profundizar en este aspecto a partir del análisis estadístico, con distintos indicadores bibliométricos, de la convergencia de ambos mundos académicos en congresos, artículos en revistas científicas o monografías (García Marín *et al.*, 1997a y b; Oliveira, 1984). La conclusión es que, aunque en ambos casos la mayor representación internacional de los investigadores de cada una de las nacionalidades está en el país vecino (García Marín *et al.*, 1997a y b), la interacción es muy baja en relación a lo que se podría esperar dada su proximidad geográfica y lingüística. Por tanto, y a pesar de que a la luz de estos análisis "*la frontera hispano-lusa sería más permeable... y la comunicación transfronteriza resultaría mucho más significativa que la que mantienen los arqueólogos españoles y portugueses con colegas de otros países*" (García Marín *et al.*, 1997a: 551), se puede afirmar que la cooperación transfronteriza no es uno de los rasgos característicos de las publicaciones hispano-portuguesas. Este tipo de exámenes bibliométricos se han realizado también en otros países y el resultado "*sugiere que este apego a la tierra fuera un rasgo estructural de la investigación europea*" (*ibídem*: 560), una situación poco adecuada para el estudio de las sociedades prehistóricas.

La "frontera" ha representado un obstáculo no sólo en el campo de la investigación prehistórica sino también en cualquier otro ámbito de conocimiento, a pesar de que el desarrollo científico y técnico figura como materia de cooperación en los

distintos convenios firmados entre ambos países ya desde el año 1990 (VV.AA., 2000: 104). Pero también ha truncado el desarrollo de buenos y ambiciosos proyectos en otros sectores de actuación como el socio-económico o el turístico-cultural.

Los primeros intentos de colaboración transfronteriza se documentan ya a finales del s. XIX, cuyo objetivo principal consistía en el aprovechamiento de los recursos del Duero/Douro y de su potencial como vía de comunicación y transporte. En 1926 se llegó a un acuerdo para el aprovechamiento hidroeléctrico del eje fluvial que contemplaba la construcción de nueve embalses, cinco de ellos en territorio portugués. A raíz de su ejecución, el Douro comenzó a ser navegable en gran parte de su recorrido, hecho que desde entonces condicionó el paisaje, las formas de vida e incluso la relación de las gentes con el río, y que dotó a las poblaciones castellanas de una salida directa para el mar (VV.AA., 2008). Tras una larga época “oscura” en la que los dos países vecinos se ignoraban mutuamente, viviendo “*de espaldas el uno del otro*” (Kavanagh, 2011: 31), y cuyas relaciones se limitaban al contrabando, en 1991 ambos estados se adhieren al Tratado de Schengen desapareciendo las fronteras entre ellos (*ibídem*: 40). A partir de este momento, el valle del Duero/Douro se presenta como “*un espacio privilegiado de cooperación transfronteriza*” (VV.AA, 2000: 101), retomándose los proyectos ligados al río y a su aprovechamiento económico pero ya con una cierta preocupación e inclinación hacia el sector turístico.

Sin embargo, no ha sido hasta fechas recientes cuando esta intención de colaborar y llevar a cabo acciones conjuntas se ha puesto en práctica de manera sistemática y dentro de unos marcos institucionales específicos y adecuados. El desarrollo de mecanismos de cooperación transnacional (como los Programas *Interreg*) o del *Fondo Europeo de Desarrollo Regional* (F.E.D.E.R.) ha permitido y sigue permitiendo “*combatir la herencia histórica del efecto frontera*” (*ibídem*: 106). En los últimos años, las estrategias territoriales promovidas desde Europa, para fomentar el desarrollo de zonas rurales y/o deprimidas, han apostado por la creación de un “espacio común de desarrollo y de cooperación” entre la Región Norte de Portugal y la Comunidad Autónoma de Castilla y León dentro de los grandes bloques transnacionales de las “Regiones Interiores y de la Fachada Atlántica”, que ha sido denominado como “Eurorregión del Duero”: “*La región fluvial del Duero y su territorio ribereño de influencia atraviesa precisamente el territorio de una región interior característica, como es Castilla y León, y una región de la Fachada Atlántica, la Región Norte de Portugal. De este modo, el marco regional de referencia de la región del Duero abarca*



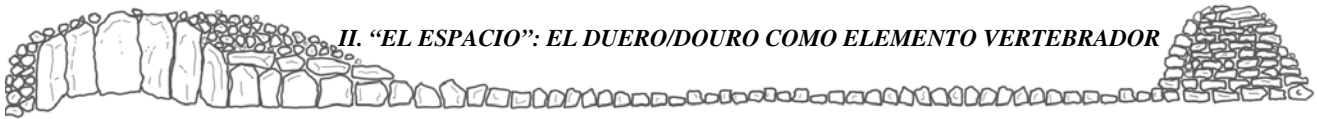
básicamente estas dos regiones y se puede decir se articula a modo de eurrregión, y es en este sentido, que la Comunidad de Castilla y León como la Región Norte, han de aprovechar este potencial de proximidad como una ventaja compartida en su posición común en relación a otras regiones ibéricas” (Hortelano, 2007: 32). Aprovechando estas oportunidades, se han diseñado interesantes iniciativas como el proyecto “Douro, región fluvial” desarrollado dentro del programa *Terra Douro* (VV.AA., 2000), una experiencia ambiciosa que “perseguía el diseño de una estrategia integrada para el desarrollo coherente del valle del Duero hispano-portugués y el establecimiento de un marco para la planificación continua y el desarrollo de la zona” (Hortelano, 2007: 46).

Esta voluntad de cooperación transfronteriza también se ha visto plasmada, estos últimos años, en las diferentes reuniones mantenidas entre los representantes de la Comunidad Autónoma de Castilla y León y de la Región Norte de Portugal para impulsar proyectos y actuaciones conjuntas que permitan a toda la zona duriense seguir progresando en el marco europeo común y no quedarse atrás frente a otras regiones. En estas nuevas iniciativas, el río continúa siendo el eje de acción fundamental y la principal fuente de recursos de todo el territorio articulado por el Duero/Douro. El último gran hito, en este sentido, ha sido la constitución de una gran “Macrorregión de Regiones” entre Galicia, la Región Norte de Portugal y Castilla y León en el contexto del “Programa de Regiones del Sudoeste Europeo” (RESOE), configurándose como un “espacio funcional que no reconoce fronteras administrativas y que intenta resolver de modo conjunto problemas comunes” (Junta de Castilla y León *et al.*, 2010: 1), con el objetivo de llevar a cabo “una estrategia conjunta, así como proyectos comunes y presentarlos ante las instituciones nacionales y organismos europeos, así como intercambiar información y fomentar la participación mutua en los distintos foros de cooperación transfronteriza, interregional y transnacional en que las partes tengan presencia” (*ibídem*: 5).

Todas estas líneas de actuación transfronteriza, con un marcado carácter integrador, favorecen el crecimiento no sólo en el sector económico, gracias al trabajo conjunto para optimizar los sistemas productivos, sino también en el ámbito socio-cultural fomentando actividades comunes de naturaleza educativa, turística o científica, que pueden aportar muchos beneficios en ambos países.

Sin embargo, mientras que el balance de esta cooperación ha sido positivo en numerosos aspectos (sobre todo se han realizado muchos avances en materia de

infraestructuras y comunicaciones), en la cuestión científica, y más concretamente en la investigación prehistórica, los resultados no han sido aún muy satisfactorios (García Marín *et al.*, 1997a y b; Oliveira, 1984) a pesar de que existe cierta voluntad favorable. Ésta es una de las razones que más ha influido en nuestra elección del contexto geográfico de análisis, puesto que se puede considerar como un objetivo ambicioso y novedoso para la investigación.



2.3. EL DUERO/DOURO COMO EJE SOCIO-ECONÓMICO Y CULTURAL: LA IMPORTANCIA DE RÍO PARA LAS POBLACIONES DE SU ENTORNO

“É um rio louco, que abriu caminho em fúria por entre montes gigantes e, obstinado, quis ir ver o mar. E chegou. Cansado, mas chegou. Em toda a jornada lutou sempre com penhascos e xistos, com fragueado e granito, dando a cara a tudo o que lhe quis barrar o caminho. E os homens das suas margens aprenderam este sentido de luta. Construíram seus barcos e ofereceram batalha ao rio enlouquecido e raivoso no torvelinho das suas águas traiçoeiras.

Babado de espuma nas galerias, onde a morte espreita e os cachopos aguçados são punhais a desventrar barcos; manso nos poços onde os remos e as espadelas gemem uma melopeia triste, que só os marinheiros os entendem.”

(Alves Redol, Porto Manso)

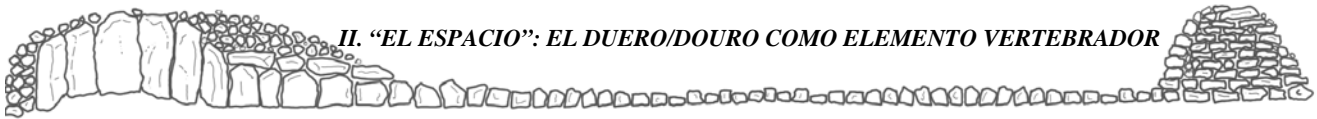
A lo largo de la Historia, los ríos han tenido un papel relevante en el desarrollo de las sociedades. Del mismo modo que los cursos fluviales determinan el ecosistema y el paisaje en el que están inmersos, también condicionan las estrategias de subsistencia y formas de vida de las poblaciones de su entorno. Al ser el agua un recurso imprescindible, los grupos humanos siempre han intentado establecer sus asentamientos próximos a fuentes acuíferas, asegurándose así la supervivencia y el mantenimiento de sus cultivos. Los amplios valles, las confluencias fluviales y las terrazas han sido históricamente lugares preferentes a la hora de elegir un núcleo de hábitat. Pero si la vida transcurre junto a las “aguas” será también en estas zonas donde se desarrolle la cultura y, por tanto, donde se ubique un gran número de las manifestaciones legadas por nuestros antepasados. *“Como elementos constitutivos del paisaje y compañeros inseparables del hombre, que siempre se ha servido de ellos, los ríos han sido desde el principio testigos mudos de la historia humana y de sus avatares”* (Garrosa, 2006: 1). De este modo, los ríos se convierten en “espacios” donde coexisten los excepcionales “tesoros” naturales e histórico-culturales de nuestro Patrimonio.

Pero los cursos fluviales no sólo han tenido importancia por ser proveedores de agua sino también por constituir importantes referencias en el paisaje. Las comunidades prehistóricas utilizaban diferentes recursos a los nuestros para moverse por su entorno (Criado, 1989a y 1991a; Hernando, 1999b y 2002) que, en un primer momento, serían los elementos naturales más señalados entre los que destacarían, sin lugar a duda, los

ríos. De ahí que tradicionalmente se hayan usado como vías de comunicación entre núcleos de población, hayan servido de límites naturales de separación o incluso como ejes defensivos, dando lugar incluso, en muchos casos, a enfrentamientos por el dominio de sus tierras y sus aguas (Garrosa, 2006).

Esta polisemia de los ríos los ha convertido en un objeto de estudio muy interesante para la investigación prehistórica peninsular, principalmente por su faceta como vía de tránsito natural ya que “*de todas las rutas naturales... los caminos inequívocos son los fluviales*” (Andrés 1999: 32). Desde la “Arqueología del Paisaje”, muchos investigadores intentan descubrir patrones que relacionen el emplazamiento de los yacimientos con distintos referentes espaciales, entre los que se hallan los recursos hídricos. Este tipo de análisis encuentra en el Megalitismo un buen campo de estudio, ya que la dimensión de sus arquitecturas como marcadores territoriales/referentes espaciales visibles en el paisaje las vincula directamente con los caminos usados por aquellas poblaciones, e incluso las convierte en parte de ellos. De este modo, los megalitos se hacen más visibles y accesibles, y a su vez se incorporan como “hitos señalizadores” de los propios ejes de tránsito (Andrés, 1999; Calado, 2000; Galán y Martín, 1991-1992; López Plaza *et al.*, 2000; López-Romero, 2005 y 2007; Morán, 2005; Oliveira, 1983-1984 y 1987; Rojo, 1990; Sanches, 1994; etc.). Esta línea de investigación ha tenido, sobre todo, un gran impacto en los trabajos acerca del fenómeno megalítico en Galicia y, en general, en todo el noroeste peninsular (Criado, 1984-1985, 1988b; Criado y Fábregas, 1989; Criado *et al.*, 1990-1991; Criado y Vaquero, 1993; Gómez Vila, 2005; Oliveira, 1988; Vaquero, 1989 y 1990; Villoch, 1995 y 2000; son sólo algunos ejemplos). Las hipótesis planteadas por algunos investigadores profundizan en la idea de que el emplazamiento de los monumentos megalíticos está condicionado por una serie de factores determinantes (Criado, 1999), entre los que destaca su “*relación con elementos naturales señeros, áreas especiales o accidentes naturales (muy especialmente con los recursos hídricos)*” (Morán, 2005: 416). De este modo, accidentes destacados del entorno (entre los que además de las fuentes hídricas se cuentan otras variables como pueden ser el microrrelieve o la proximidad de posibles canteras) serían “incorporados” al monumento megalítico como una parte fundamental más de su construcción.

Si se consideran los cursos fluviales como ejes de tránsito naturales se han de contemplar a su vez como vías de transporte, desplazamiento e intercambio entre



comunidades (Sherratt, 1996). Los ríos han sido puntos de partida y llegada de objetos, personas, conocimientos o creencias. Se han documentado numerosas evidencias de contactos a lo largo de la Prehistoria Reciente, y sobre todo a partir del III milenio BC, que manifiestan de forma la incipiente configuración de rutas comerciales y redes de intercambio, incluso a larga distancia (Galán, 1993; Garrido, 1997; Garrido y Muñoz, 1997; Muñoz, 1999, 2000 y 2002; Ruiz-Gálvez, 1992 y 1999; etc.). En un primer momento se articularían en torno a las "vías de comunicación naturales" (Muñoz, 2002), dando lugar a "caminos de/a lo largo de la vega" (*ibídem*) que recorrerían las distintas cuencas fluviales.

Todos estas ventajas y beneficios ligadas a los ríos los han transformado históricamente también en deseados, y en muchas ocasiones disputados, objetos de control. Hay estudios dedicados a analizar las posibles formas y mecanismos de apropiación de los distintos caminos, ejes y/o rutas fluviales, que interpretan ciertas manifestaciones arqueológicas como posibles marcadores o hitos territoriales que estarían representando o advirtiendo del control de un grupo sobre un territorio concreto (Galán, 1993; Ruiz-Gálvez y Galán, 1991).

El Duero/Douro es un buen ejemplo de la trascendencia que han tenido los ríos en el devenir histórico. Con sus 897 kilómetros de longitud y la mayor cuenca en extensión de toda la Península Ibérica, este río ha sido y sigue siendo el eje vertebrador de todo el territorio bañado por sus aguas y las de sus afluentes, estableciéndose como el principal motor del desarrollo socio-económico en torno al que se han articulado distintas actividades como la agricultura, la ganadería, la cultura o la industria energética (www.rutadelduero.es). "*Por esse correr de tantos territórios, de montanha, de planalto, de arribas e cachões, por Sória e pela Ribeira del Duero, pelas vegas de Toro e Tordesilhas, pelas muralhas das águias de Miranda, pelas vinhas em socalcos do Alto Douro Vinhateiro, até às pontes metálicas de Eiffel e Seyrig, o Douro vai dando de beber aos campos e às casas, vai servindo de via de transporte, produz energia, cria peixes e serve de lago para brincar aos barcos*" (VV.AA., 2008: 23).

La región del Duero/Douro es, además, un buen contexto donde analizar posibles contactos e intercambios entre territorios diferentes (en algunos casos, bastante alejados), puesto que su ubicación estratégica en el centro peninsular lo convierte en territorio receptor de influencias de diverso carácter. "*Mudando com as geografias e o*

clima, os povos foram misturando, aqui, a tempera biológica e social que construiu o Douro como bacia comum de cultura e de patrimónios” (ibídem: 25).

2.3.1. UNA FORMA DE VIDA LIGADA AL RÍO

“Não se vê por que maneira, este solo é capaz de dar pão e vinho. Mas dá...

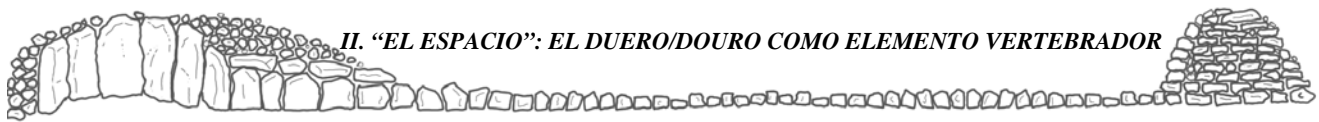
Por ser pão e por ser amassado com o suor do rosto. Sabe a trabalho...

Nas margens de um rio de ouro, crucificado entre o calor do céu que de cima o bebe e a sede do leito que de baixo o seca, erguem-se os muros do milagre. Em íngremes socalcos, varandins que nenhum palácio aveza, crescem as cepas como os manjericos às janelas. No Setembro, os homens deixam as eiras da Terra-Fria e descem, em rogas, a escadaria do lagar de xisto. Cantam, dançam e trabalham. Depois sobem. E daí a pouco há sol engarrafado a embebedar os quatro cantos do mundo...”

(Miguel Torga, Portugal-Um Reino Maravilhoso, Trás-os-Montes)

Los efectos de la “frontera” han marcado, sobremanera, el desarrollo de la región constituida por la cuenca del Duero/Douro caracterizada por la ubicación periférica de los núcleos de población, la desconexión entre los centros de decisión y actividad, el desaprovechamiento de los recursos productivos, un tejido social y empresarial poco dinámico, la despoblación y envejecimiento, la baja densidad poblacional y escasa dotación de infraestructuras, los niveles bajos de renta personal... Por tanto, se trata de un “corredor fluvial” prácticamente despoblado, bastante rural y poco accesible (VV.AA., 2000: 40). El vacío de las ciudades, la gran distancia entre ellas y su deficiente accesibilidad, han supuesto importantes obstáculos a la hora de configurar las estrategias de articulación territorial y cooperación transfronteriza (*ibídem*: 102).

Tradicionalmente, el “paisaje socio-económico” de este territorio se ha caracterizado por tener pocos habitantes repartidos en pequeñas aldeas muy dispersas. Estas condiciones han dado lugar a estilos de vida austeros, basados en economías autosuficientes ligadas completamente a la tierra, y con un marcado carácter de aislamiento social debido, fundamentalmente, a la gran dispersión de los hábitats. El envejecimiento de la población vinculado a los altos índices de despoblación, un sistema urbano desequilibrado frente a un mundo rural amplio pero desarticulado, la concentración de las infraestructuras y servicios en torno a las grandes ciudades, y la marginación de las redes de comunicación, son algunos de los rasgos más destacados de



la situación socio-económica de la región. Además, desde inicios de los años 60 estas tierras han experimentado un continuado descenso poblacional, provocado principalmente por el "éxodo rural", hasta alcanzar unos índices de densidad muy por debajo de la media nacional.

Dentro del mismo territorio, se pueden observar ciertas diferencias en cuanto al nivel de desarrollo, siendo una parte del sector central del valle del Duero/Douro, que abarca el ámbito más occidental de la Comunidad de Castilla y León y el oriental de la región de *Trás-os-Montes e Alto Douro*, una de las zonas más deprimidas. En concreto, el territorio portugués señalado es un área montañosa que históricamente ha tenido unas condiciones de vida muy difíciles, y que fueron denominadas por el escritor luso Aquilino Ribeiro como las "*Terras do Demo*", es decir las "Tierras del Demonio" (Da Cruz, 2001: 3).

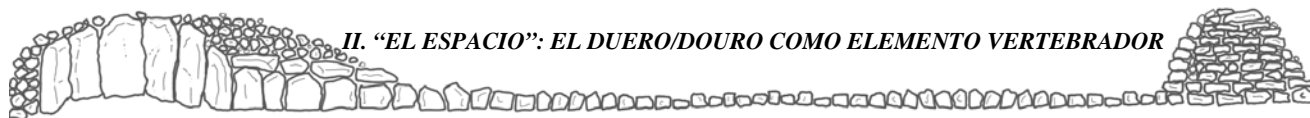
En la actualidad, gran parte de la superficie de la cuenca del Duero/Douro está cubierta por vegetación natural, lo que no significa que sea la "original" o propia de cada zona, puesto que precisamente la flora ha sido uno de los elementos más afectados por la progresiva "humanización" que ha sufrido este territorio en el último siglo (Rodríguez Marcos, 2005: 29). Por tanto, la situación actual es el resultado de la interacción entre las formaciones autóctonas, los procesos naturales (como los cambios del clima) y las diversas incidencias antrópicas de que han sido objeto.

Los análisis paleobotánicos efectuados en distintos lugares de esta región (Bettencourt *et al.*, 2003; Da Cruz, 2001; Figueiral y Sanches, 1998-1999; García Barrios, 2008: 97-108; López García, 1985; López Sáez y Da Cruz, 2002; López Sáez y Rodríguez Marcos, 2006-2007; López Sáez *et al.* 2005 y 2011; Sanches, 1996; etc.) demuestran que a inicios del período holocénico, debido al aumento de las temperaturas y de la humedad, se dio una importante expansión de las plantas arbóreas que favoreció la disminución de la vegetación arbustiva propia del Pleistoceno, convirtiendo estas tierras en un lugar propicio para el asentamiento. Hasta finales del VI milenio cal. BC, los diagramas polínicos muestran un apogeo del bosque, y aunque ya se empiezan a documentar algunas deforestaciones, aún son leves y poco frecuentes permitiendo así una rápida recuperación (Sanches, 1996: 20). Desde este momento, finales del VI-inicios del V milenio cal. BC (Figueiral y Sanches, 1998-1999: 76-78; Sanches, 1996: 23), el medio comienza a verse afectado de forma más intensa por la acción antrópica debido a la práctica agrícola, pero sobre todo por la necesidad de zonas para pasto que

motivó la ejecución de grandes talas en áreas boscosas para obtener los terrenos adecuados (López García, 1985: 286). A partir del II milenio cal. BC, la deforestación comienza a ser ya a gran escala, extendiéndose las formaciones de matorral y acentuándose los procesos de erosión del suelo (López Sáez y Rodríguez Marcos, 2006-2007: 80, 87-88). Con el tiempo, estos fenómenos erosivos se agravan como resultado de la intensificación de las actividades agrícola y/o ganadera (Fernández Moreno, 2013: 271), y sobre todo ya en época histórica cuando la deforestación se hace cada vez más extensiva y se introducen nuevas especies muy provechosas pero ajenas al entorno (Da Cruz, 2001: 13-23; López García, 1985: 285). Por tanto, la combinación de los procesos de erosión naturales (a lo largo de la Prehistoria Reciente, se documenta una notable disminución de las temperaturas y las precipitaciones) (*ibídem*: 283-284) y de la acción antrópica (sobrepastoreo, quemas y talas de bosque, repoblamiento forestales, producción de carbón...) ha sido la causa por la que la vegetación arbórea “original” ha acabado reduciéndose a determinados espacios en los fondos de valles, como se puede observar en la actualidad.

Este modelo, planteado brevemente, de las alteraciones sufridas por el medio natural a lo largo del tiempo se puede extrapolar prácticamente a todo el valle del Duero/Douro, aunque según las zonas es posible que hayan influido otros factores más locales o incluso propios de cada especie, provocando condiciones de erosión diferentes. La sedentarización progresiva de los hábitats y la intensificación de las prácticas agropecuarias (rotación de cultivos, pastoreo, la exploración y explotación del bosque...) fueron las principales causas del inicio de un proceso irreversible de degradación de la cobertura vegetal que, a largo plazo, dio lugar al paisaje actual (Bettencourt *et al.*, 2003: H19; Figueiral y Sanches, 1998-1999: 76-78). También la desecación de humedales y la manipulación de los diferentes recursos hídricos, prácticas muy presentes en este territorio debido principalmente a cuestiones agropecuarias, suponen factores determinantes a la hora de intentar reconstruir las condiciones ambientales de los antiguos poblamientos (Fernández Moreno, 2013: 34).

Esta evolución de la vegetación y de los “usos” del suelo ha condicionado las estrategias de supervivencia desarrolladas en este territorio, que se han ligado históricamente al trabajo de la tierra. La agricultura y la ganadería han sido los recursos fundamentales de las poblaciones de la región del Duero/Douro aunque, del mismo



modo que su paisaje y orografía son variados (ver epígrafe 2.1), también la práctica económica se diversifica según las zonas.

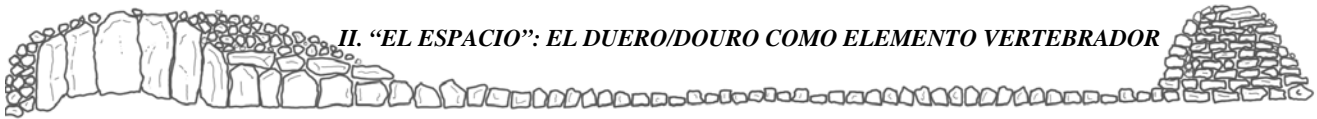
Las áreas de montaña tienen una fuerte tradición ganadera por lo que gran parte de su superficie está destinada a pastos naturales. En cambio, en el centro de la Meseta, si bien se da una importante actividad ganadera especialmente de ovino (de carácter extensivo en las parameras), predomina la agricultura intensiva y sobre todo los cultivos cerealísticos de secano (trigo, avena, maíz o cebada), que en los terrenos de ribera conviven con otros plantíos de regadío entre los que destacan los viñedos (Rodríguez Marcos, 2005: 32-33). El paisaje de dehesa, con amplios prados y pastos, es habitual en los parajes de penillanura donde también existe una clara dedicación ganadera que se complementa con el aprovechamiento de los recursos forestales (al igual que ocurre en otras áreas boscosas) tales como la madera u otros productos (resina, setas, piñones...). A diferencia del resto, el clima de la plataforma litoral, suave y húmedo, favorece los cultivos de regadío. No hay que olvidar la existencia de ciertas regiones que por sus condiciones orográficas gozan de microclimas (ver subepígrafe 2.1.1), como es el caso de Los/Las Arribes en pleno centro de la cuenca duriense donde se pueden encontrar plantas diferentes como olivos, naranjos u otros árboles frutales (ver Figura 2C).

Las zonas más cercanas al río, en principio favorables por su clima y la proximidad del agua para el cultivo pero cuyos suelos son pobres, han sido los lugares que más han sufrido la intervención de la mano humana. La región denominada como el *Alto Douro Vinhateiro* (ver Figura 3A) refleja de forma ejemplar la manipulación y el impacto antrópico sobre el medio natural. En una zona donde la erosión del río ha generado profundos cañones de inclinadas pendientes, el ser humano a lo largo de su historia ha sido capaz, con la tecnología propia de cada momento, de adaptar y moldear esas duras tierras y desniveles para el desarrollo de un cultivo tan provechoso como es el de la viña. A través de la construcción de terrazas y bancales, sostenidos por muros de piedra seca de kilómetros de longitud, se han conseguido grandes superficies de terreno cultivable en el que, aunque predomina el viñedo, se dan otros cultivos como el centeno o las hortalizas. Por tanto, todos los obstáculos que *a priori* presentaba este entorno (grandes declives y desniveles, suelos secos, falta de sedimentación y exceso de roca...) se han solventado, dando lugar a uno de los paisajes más espectaculares del Patrimonio natural propio de este territorio (Recio, 2009: 57-60).

En la actualidad, estas estrategias económicas basadas en el sector primario se encuentran en declive, puesto que está teniendo lugar una reducción en la productividad de los suelos debido al abuso de malas prácticas (sobrepastoreo, estrategias de explotación de la tierra equivocadas, construcciones que aceleran la erosión...) que en muchas ocasiones dificultan, a su vez, la recuperación de los mismos (*ibídem*). Esta situación se ve también acrecentada por el proceso migratorio sufrido en la mayor parte del territorio de la cuenca del Duero/Douro que, aunque no haya significado un abandono masivo de la actividad agraria, sí ha afectado en su rendimiento, del mismo modo que ha sucedido con el resto de sectores productivos. El incremento del éxodo rural, la escasa mecanización y la dificultad para incorporar nuevas técnicas, el envejecimiento de la mano de obra o la pequeña dimensión de las explotaciones, hacen que los costes de producción sean más elevados que en otras regiones, lo que ha provocado que el sector primario esté cada vez más especializado en productos muy ventajosos, como es el caso del viñedo (VV.AA., 2000: 85).

Otros ámbitos económicos presentes en la región, como el industrial o el sector servicios, se caracterizan, en general, por ser poco dinámicos y muy tradicionales y por su por la falta de innovación.

Por tanto, el valle del Duero/Douro parte con muchas desventajas en su dimensión de “cuenca-región”, puesto que en general se trata de un territorio deprimido en la que se ha invertido muy poco. Sin embargo, posee una gran riqueza y variedad de recursos dispuestos a ser gestionados y aprovechados. La poca densidad de población, la dispersión de los núcleos de hábitat y la falta de infraestructuras de comunicación, han contribuido a la ausencia de un sentimiento de pertenencia o identidad regional (*ibídem*: 41-42) a pesar de su historia conjunta, sentimiento que se observa en otras áreas peninsulares transfronterizas como es el caso del Noroeste-cuenca del Minho (Kavanagh, 2011). Para conseguir esta imagen de regionalidad hay que partir de un referente común y colectivo presente en la vida de cualquier individuo, por lo que la “consolidación progresiva del eje horizontal del Duero como estructura demográfica y económica” (VV.AA., 2000: 41) se convierte así en un objetivo primordial.



2.3.2 LOS "TESOROS" PATRIMONIALES DEL VALLE DEL DUERO/DOURO

Há um século uma praga
de nome filoxera
fez uma crise maior,
mudou muito a minha face,
minha natureza mor;
retomei meus ares bravios
e da cinza dos mortórios
um bem renasceu do mal:
esses antigos martírios
são ricos repositórios
da paisagem natural...
...um PATRIMÓNIO tão rico
legado pelos avós
tem que ser mantido VIVO
para bem de todos nós!

(José Alves Riberio, *Alto Douro de contrastes-Os Mortórios*)

La imagen del Duero/Douro como elemento identitario de las poblaciones que habitan el territorio por el que transcurre nace de antiguas aspiraciones e iniciativas, algunas incluso de inicios del s. XX, en las que ya se resaltaba su "belleza natural". A pesar de estos primeros intentos, la ejecución de proyectos comunes a todo este ámbito geográfico no se puso en marcha hasta muchas décadas después, cuando el valle del Duero/Douro comenzó a reconocerse como un valor turístico con una buena proyección de futuro (ver subepígrafe 2.2.3).

La riqueza patrimonial del entorno del Duero/Douro, tanto en su recorrido castellano-leonés como portugués, ha dado lugar a la creación de atractivos recursos de tipo natural y cultural. Precisamente en estos elementos reside una de las fortalezas de la región, frente a sus muchas desventajas, que es su potencial turístico basado en tres pilares básicos: "*patrimonio, cultura y medio ambiente (no muy degradado)*" (VV.AA., 2000: 41). Todos estos "tesoros" patrimoniales, en gran medida aún por explotar, han de ser el foco de actuación de nuevos proyectos e iniciativas que contribuyan al desarrollo de este "espacio común" de cooperación transfronteriza, y que conviertan al eje del Duero/Douro en una de las rutas más importantes de la geografía peninsular.

“El Duero, desde su nacimiento en Soria hasta su desembocadura en Oporto, estructura el paisaje y configura escenarios únicos de vegas, embalses, remansos y cañones que han sido fuente de inspiración de poetas y símbolo inequívoco de unidad e identidad entre nuestros pueblos” (www.rutadelduero.es). La gran variedad orográfica del territorio duriense (ver epígrafe 2.1) ha posibilitado la formación de diferentes ecosistemas constituidos por “unidades paisajísticas” y “nichos ecológicos” muy diversos (VV.AA., 2000: 42), que ofrecen una enorme riqueza medioambiental. Los numerosos ríos, arroyos, torrentes y zonas húmedas que forman parte de esta cuenca, desempeñan un importante papel como zonas de paso y de refugio de una amplia diversidad biótica, tratándose en buena parte de especies en peligro de extinción.

A ambos lados de la frontera se pueden encontrar áreas de reserva natural, que gozan en cierta medida de protección. Es el caso de los sorianos Picos de Urbión, el Cañón del Río Lobos a caballo entre Burgos y Soria, el Parque natural do Alvão en Vila Real, o varios reductos de la provincia zamorana como son la Sierra de la Culebra, las ricas Lagunas de Villafáfila (lugar de invernada de miles de aves –ver Figura 3B-) o el Lago de Sanabria (el mayor de los lagos peninsulares de origen glaciar), entre otros (ver Figura 3B). Pero también las quintas portuguesas de la ribera, los reductos de encinares a orillas del Douro portugués o los ribereños *terraços vinhateiros*, son ejemplos del rico y diverso Patrimonio natural moldeado por la mano humana de este territorio (ver Figura 3A).

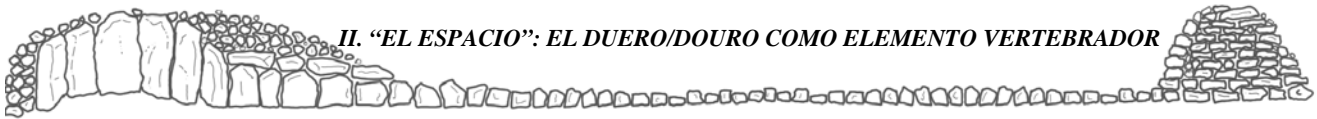
Entre todos estos recursos medioambientales destacan el “Parque Natural de Arribes del Duero” y el “*Parque Natural do Douro internacional*”, espacios naturales protegidos en torno a la unidad geomorfológica más significativa de la región (ver subepígrafe 2.1.2 y Figura 2C). Son áreas de gran extensión caracterizadas por su biodiversidad y riqueza ecológica (VV.AA., 2000: 65-70), que constituyen un auténtico paraíso para la flora y la fauna. La coexistencia de las prácticas antrópicas con la naturaleza en este entorno ha dado lugar a una notable transformación del medio (Recio, 2009: 5-11), convirtiéndose en “*un enclave con una gran riqueza ecológica y paisajística donde el hombre se ha asentado adaptándose a las condiciones naturales, respetando su entorno y configurando un paisaje propio*” (*ibídem*: 49).



Figura 3: Imagen área de uno de los paisajes característicos del “Alto Douro Vinhateiro” (A) y del conjunto de las Lagunas de Villafáfila (B) (ver Índice de Figuras)

La gran extensión e intensa historia de la cuenca duriense la configuran como uno de los corredores más ricos, hablando en términos de Patrimonio cultural tanto material como inmaterial, de toda Europa (VV.AA., 2000: 39-44). *“La mayoría de los escasos ríos de España, sobre todo los atlánticos, tienen gran valor histórico, porque casi puede decirse que no hay hecho decisivo en la formación y el desenvolvimiento de España, que no se haya producido en las tierras interiores y a lo largo de estas corrientes fluviales... El Duero es históricamente el más importante de todos, porque sus riberas vieron los sucesos más graves, en los momentos más críticos, cuando todo se jugaba a cara o cruz”* (Escapa, 2011: 261). Del Duero/Douro puede afirmarse que ha sido *“um rio de povos”* y es *“um rio de patrimónios”* (VV.AA., 2008: 25-26), sucediéndose a lo largo de todo su recorrido un sinnúmero de castillos, construcciones religiosas, monumentos y zonas arqueológicas, huellas propias de un territorio históricamente muy transitado. La temprana ocupación de este valle y la recurrencia en él de sucesivos pueblos y culturas han sembrado de yacimientos arqueológicos sus tierras, cuyo descubrimiento y excavación no sólo ha sacado a la luz una parte importante del legado patrimonial, sino que además ha dado lugar a algunas de las señas de identidad más significativas de la región. *“Tão alto ergueram o seu esforço os povos daqui que, para a humanidade, estes sítios e estas obras, com os seus valores materiais e imateriais, se transformaram em precioso legado que podemos usufruir e que temos de transmitir, por milénios... em comum, têm, todos, o facto de resultarem do génio criativo do homem”* (ibídem: 26).

Las denominadas “líneas transversales patrimoniales” (VV.AA., 2000) hacen referencia a aquellos elementos culturales presentes por todo el territorio que son evidencias de un devenir histórico común. Algunas de estas manifestaciones son los vestigios romanos, la arquitectura popular doméstica y funcional (molinos o fábricas harineras), las bodegas y quintas tradicionales vitivinícolas, los cascos históricos bien conservados de las ciudades y medianas localidades, los estilos artísticos con una notable expansión como el románico, las grandes construcciones defensivas (fortalezas y castillos) de época medieval y moderna, el importante patrimonio eclesiástico, o las vías pecuarias y cañadas reales pensadas para el paso de los rebaños trashumantes y trasterminantes (ibídem). Existen, además, otro tipo de manifestaciones inmateriales pero igualmente relevantes, como son las tradiciones populares de carácter festivo, ceremonial o religioso, algunas de ellas con interés turístico a escala regional, nacional o incluso internacional. Dada la favorable localización del valle del Duero/Douro, se



han configurado diferentes Rutas Temáticas cuyos ejes de acción son algunos de los recursos histórico-culturales ya mencionados: la "Celtiberia Soriana", la "Ruta de los Torreones", el "Románico Atlántico", la "Ruta de las Atalayas y Fortalezas en la frontera del Duero" o la "Ruta de las Fortificaciones de Frontera en Salamanca", entre otras (Hortelano, 2007: 43-44). La excepcionalidad y el valor de todo este conjunto patrimonial están avalados por el hecho de ser el territorio que cuenta con mayor número de declaraciones de "Patrimonio Mundial de la Humanidad" (Atapuerca, "Las Médulas", "Vale do Côa" o el "Alto Douro Vinhaterio" –ver Figura 3A-, entre otros), y de "Monumentos nacionales/Bienes de Interés Cultural (BIC)" o "*Monumentos nacionais/Imóveis de Interesse Público o Municipal*" denominación que varía según el país (VV.AA., 2000: 109).

En este amplio territorio, donde las poblaciones prehistóricas se establecieron gracias a la abundancia y variedad de recursos, se documenta una densa presencia megalítica. Hay numerosos e importantes focos monumentales dispersos a lo largo de toda la cuenca, que cuentan además con una larga tradición investigadora, como los del valle del Tormes, la región de la Lora burgalesa, la *Serra de Aboboreira* en el *distrito* de Porto o los núcleos más septentrionales de la *Beira Alta* (Da Cruz, 2000 y 2001; Delibes y Rojo, 2002; Delibes y Santonja, 1986; Leisner y Kalb, 1998; Morán, 1935; Oliveira, 1986; Oliveira *et al.*, 1988-1989; Rojo, 1992; Santonja, 1983-1984; etc.). Por tanto, el Megalitismo podría encajar perfectamente en el diseño de los ejes fundamentales de actuación patrimonial, puesto que se trata de un fenómeno común a todo el valle del Duero/Douro y como tal pone de manifiesto su "cohesión histórico-cultural".

Toda esta riqueza natural y cultural calificada como "*Um poema geológico. A beleza absoluta*" por el escritor trasmontano Miguel Torga en su *Diário XII*, ha sido una prolífica fuente de inspiración en distintos ámbitos artísticos, entre los que podemos destacar la Literatura. A lo largo de este capítulo se han ido presentando citas de numerosos poetas y escritores de la talla de Miguel de Cervantes, Unamuno, Torga y Delibes, entre muchos otros, en cuyas obras se han adentrado en la dureza de estas tierras con el anhelo de retratar sus paisajes y sus gentes. Este rico acervo literario forma parte también del legado patrimonial de este territorio y se ha convertido en el foco de atención de algunos estudiosos. En este sentido, existen varios trabajos dedicados a rastrear y estudiar el impacto del "*Padre Duero*" (término acuñado por Unamuno en su obra *Durium-Duero-Douro*, y que posteriormente recuperaron Miguel Delibes y otros

autores en varios de sus escritos) en la literatura tanto poética como narrativa, así como a analizar las distintas simbologías y significados vinculados al río (elemento destructor, fuente de vida, testigo del tiempo y de la historia, creador de mitos y leyendas... -Díaz González, 2006; Escapa, 2011; Garrosa, 2006; Miñambres, 2006; etc.-).

En suma, desde hace algunas décadas se viene asistiendo al desarrollo de iniciativas a ambos lados de la frontera que, atendiendo a intereses comunes, han puesto en valor parte de los recursos medioambientales y culturales de esta región, y que han reivindicado muchas de las leyendas y tradiciones de los pueblos vinculados al Duero/Douro. Sin embargo, aún quedan numerosos retos pendientes de cara al futuro, como el diseño de una ruta que vertebré de este a oeste toda este vasto territorio en el que siguen existiendo grandes diferencias entre unas zonas y otras, y donde aún en la actualidad la frontera hispano-lusa se concibe como un obstáculo (Hortelano, 2007). El objetivo es convertir el eje del Duero/Douro en un elemento de identidad vinculado a la herencia histórico-patrimonial de cada uno de los lugares que conforman esta región y, al mismo tiempo, en un proyecto de futuro (*ibídem*: 34).

III.

EL “TIEMPO”:

**REVISITANDO
LA PREHISTORIA
RECIENTE EN EL
VALLE DEL
DUERO/DOURO
(IV-II MILENIO CAL. BC)**

*“Así pues vuestra santidad,
ahora vuestros sacerdotes están muertos y yo sigo vivo,
pero en realidad soy yo el que está muerto y ellos son los que viven,
porque como ocurre siempre
el espíritu de los muertos sobrevive en la memoria de los vivos”*

(Película *La Misión*)



3.1. LOS MILENIOS DEL "POST-MEGALITISMO" **EN LA CUENCA DEL DUERO/DOURO** **(III Y II MILENIO CAL. BC)**

A lo largo de los períodos que tradicionalmente se han denominado como "Calcolítico" y "Edad del Bronce", que corresponderían aproximadamente al III y II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro, tuvieron lugar numerosos cambios en todos los ámbitos, que fueron formando y propiciando las condiciones necesarias para dar lugar a nuevas estrategias tecnológicas y novedosas fórmulas de relacionamiento inter e intra-grupales. Dos milenios en los que paulatinamente se desarrollaron sucesivas transformaciones, asimilando y consolidándose diversas tendencias sociales, económicas y culturales, iniciadas ya en etapas previas.

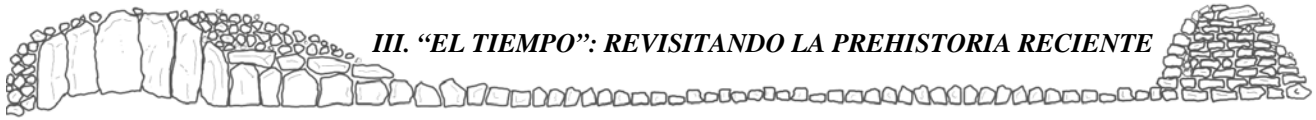
Tradicionalmente, la denominada "Edad de los Metales", que engloba los dos periodos en cuestión, se ha considerado como un bloque con entidad en sí misma, a lo largo del cual las viejas costumbres se fueron abandonando, dando lugar a unas nuevas formas de vida propias de la "civilización". De hecho, todas las propuestas clasificatorias de la Prehistoria que se basan en un criterio tecnicista, desde el "Sistema de las Tres Edades" de Thomsen hasta las más actuales, parten de la contraposición entre la "Edad de Piedra" y la "Edad de los Metales", considerando, desde una visión puramente evolucionista, que a una sociedad pasada le corresponde una tecnología más sencilla y viceversa, mientras que una población con un conocimiento tecnológico más avanzado tiene un mayor desarrollo social, económico y político. Sin embargo, este tipo de generalizaciones tan frecuentes en los estudios de la Prehistoria, que nacen de la necesidad de ordenar y clasificar los hechos en un tiempo en concreto, ha dado lugar a numerosas malinterpretaciones puesto que cada sociedad se desarrolla de una manera diferente, y en un contexto y tiempo distinto.

A pesar de todo ello, existe un cierto consenso entre los investigadores a nivel peninsular, a la hora de definir algunas líneas básicas de las poblaciones del III y II milenio cal. BC, que guardan una relativa continuidad en fases posteriores: *"transformaciones paulatinas en toda la secuencia que apuntan en grandes líneas hacia un aumento poblacional –que en ocasiones sufre retrocesos-, hacia una economía sedentaria, hacia unas sociedades más jerarquizadas y hacia un paisaje progresivamente más controlado y subdividido"* (Díaz Andreu, 2000: 235).

También a nivel europeo se reconoce la importancia de dos fenómenos, que si bien en un principio no tuvieron un gran impacto, fueron el detonante de numerosos cambios y novedades: la “Revolución de los Productos Secundarios” y la aparición de la metalurgia.

Las estrategias económicas de las sociedades prehistóricas sufrieron, en un determinado momento, un importante proceso de desenvolvimiento e intensificación, que tuvo como resultado fundamental el aumento de la productividad y, a su vez, de la acumulación de excedentes. En este desarrollo habría tenido gran importancia la “Revolución de los Productos Secundarios” (Sherratt, 1981 y 1983), que en realidad Sherratt denominó como “*The Secondary Products Revolution of the Old World*” (1981: 262), y que según este autor fue el hito que marcó “*the birth of the kinds of society characteristic of modern Eurasia*” (*ibídem*: 263). Este fenómeno consistía en una serie de innovaciones de carácter económico, que se desarrollaron en el Próximo Oriente y zonas cercanas, como el Egeo y Anatolia, desde mediados del IV milenio cal. BC, y cuyas consecuencias en la esfera económica comenzaron a notarse de manera importante a lo largo del siguiente milenio, al interactuar con otras novedades (*ibídem*: 285). Estas mejoras se orientaban a obtener un alto rendimiento de los animales domesticados, aprovechando no sólo sus productos primarios (carne, huesos y piel) sino también los secundarios (leche, lana, fuerza de tracción y de carga), contando con la ventaja de que estos últimos pueden ser aprovechados a lo largo de toda la vida del animal, sin necesidad de ser sacrificado. Además, Sherratt apuntaba a otras novedades que se habrían sumado a las anteriores, como la introducción del arado o la domesticación del caballo (Sherratt, 1983: 91-98).

Todas estas innovaciones tuvieron claras implicaciones económicas, que se reflejaron tanto en la intensificación de la producción agrícola, como en los avances en la esfera del transporte, comercio y movilidad de las personas (Sherratt, 1981: 262). La evidente mejora que se produjo en la práctica agrícola con la introducción del arado, permitió una agricultura más extensiva y a mayor escala, lo que junto con el uso de los animales como fuerza de tracción, facilitando así el transporte de cargas y personas, permitió la colonización de nuevos ambientes (Greenfield, 2010: 30). Del mismo modo, el complejo desarrollo alcanzado en el ámbito de las actividades productivas dio lugar a una profunda transformación de las estrategias subsistenciales que, encaminándose hacia una “economía integrada”, ofrecían muchos más recursos y



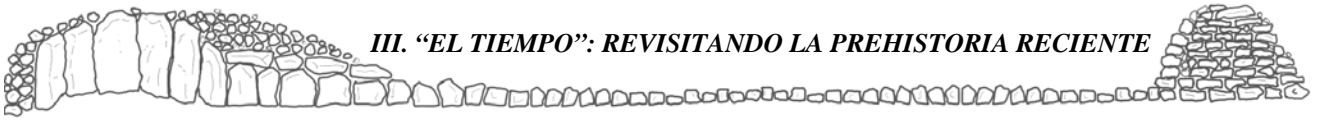
posibilidades que las anteriores formas económicas basadas simplemente en la subsistencia. Este factor permitió abandonar el "modo doméstico de producción" definido por Sahlins (1974: 41-148), en el que cada familia era autosuficiente y cubría todas sus necesidades en el núcleo familiar pues contaban con los conocimientos y la energía necesaria para cubrir sus necesidades básicas, sustituyéndose por fórmulas económicas interdependientes en las que ya no todos los productos estaban al alcance de la elaboración de cualquiera, sino que era necesario intercambiar unos artículos por otros.

Pero según Sherratt, esta "revolución" no tuvo sólo repercusión en la esfera de lo económico, sino que también supuso un punto de inflexión en el ámbito social. Se desarrollaron nuevas estructuras y patrones de organización social, en los que fueron adquiriendo gran relevancia los sistemas de transmisión de la tierra y a su vez los mecanismos de herencia (Sherratt, 1981: 297). Fenómenos como el de la jerarquización del poblamiento y las prácticas mortuorias diferenciadas, que comienzan a documentarse en este momento, serían reflejo directo del desarrollo de esa complejidad social (Greenfield, 2010: 30).

Pese a que la teoría de la "Revolución de los Productos Secundarios" está ampliamente aceptada en el mundo académico, ha sido objeto de numerosas críticas. Desde su primera publicación (Sherratt, 1981), se comenzaron a plantear diversas objeciones al modelo, sobre todo en relación al origen y primer consumo de los "productos secundarios". Tanto Chapman como muchos otros autores han defendido una cronología anterior a la propuesta por Sherratt para la introducción de estas materias primas, planteando su uso ya desde inicios del IV milenio BC o incluso en momentos anteriores (Greenfield, 2010: 32-33). Esta hipótesis, que se haya refrendada por los resultados de algunos análisis recientes, es el argumento que algunos investigadores han esgrimido para intentar desmontar las teorías de Sherratt. Pero en realidad, la tesis de la "Revolución de los Productos Secundarios" no atañe directamente a la aparición de los mismos sino que, partiendo de la interrelación de todas estas mejoras entre sí, reflexiona sobre su posible influencia y vinculación con el resto de ámbitos existenciales de las poblaciones. No se defiende, de hecho, el origen de la explotación de "productos secundarios" en el "Calcolítico" o la "Edad del Bronce", pero sí la intensificación de su producción ligada a un proceso de transformación a gran escala que desde mediados del IV milenio BC conoció el Viejo mundo, y que dio lugar a fenómenos como la fragmentación de grupos humanos, la

especialización productiva o el aumento de la complejidad social y cultural, entre otros (*ibídem*: 46). Por tanto, el factor de la existencia de evidencias arqueológicas más antiguas del empleo de “productos secundarios” no implica que el modelo no sea válido, sino simplemente que debe de ser revisado y complementado a medida que aparezcan nuevos datos, tal como su propio autor reconoció (*ibídem*: 45). De este modo, compartimos la opinión de otros muchos investigadores de que “*while the historical importance of Childe’s Neolithic Revolution model for advancing the discipline has long been recognized, Sherratt’s Secondary Products Revolution model should be similarly recognized*” (*ibídem*: 47).

La aparición de la metalurgia y con ella la expansión y normalización del metal como materia prima ha sido otro de los factores usados tradicionalmente para definir estos períodos, teniendo en cuenta que, como ya hemos apuntado, se ha usado tradicionalmente este hecho para realizar las clasificaciones de la Prehistoria, basadas en términos puramente tecnicistas y evolucionistas. En general, se acepta que la tecnología tiene un importante papel en el desarrollo de la humanidad, en la medida en que da a los individuos la posibilidad de alterar la naturaleza en su propio beneficio sin embargo, la polémica estriba en si constituye o no un factor causal de los procesos de cambio presentes en las sociedades (Díaz Andreu, 2000). Por tanto, e interpretaciones aparte, es asumible que el descubrimiento del metal, simplemente como la invención de una materia prima artificial que no está accesible en la naturaleza, es por sí misma un gran éxito de la humanidad. Sin embargo, como ocurre al estudiar cualquier cambio tecnológico que se ha producido a lo largo de la Historia, en el caso que nos compete se plantea un gran debate sobre el grado de transformación que supuso el conocimiento y desarrollo de la actividad metalúrgica, en los distintos ámbitos de la vida de las poblaciones de aquellos momentos: “*¿es la evolución de la metalurgia prehistórica un motor de cambio o, por el contrario, es consecuencia del empuje y pujanza de la sociedad, que requiere otras soluciones a nuevas necesidades?*” (Rovira, 2004: 10). Es decir, es el desarrollo y consolidación de nuevas estructuras socioeconómicas el que da lugar a un ambiente propicio para la innovación tecnológica, o es ésta la que permite crear un nuevo orden social y económico. “*Lo más probable es que la respuesta no sea única ni en el tiempo ni en el espacio geográfico y que ambos extremos se hayan venido dando, alternativamente, a lo largo de la Prehistoria*” (*ibídem*)

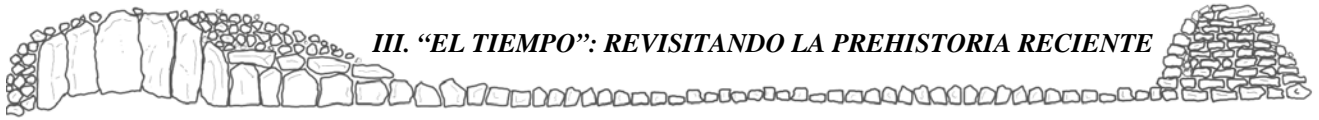


La aparición del metal tradicionalmente se ha considerado como un factor casual de primera magnitud y su presencia se ha interpretado como un indicador del desarrollo de ciertos cambios en el seno de las poblaciones que manufacturaban dicha materia prima (Fernández Manzano y Montero, 2001: 32). Para los prehistoriadores tradicionales, este hecho fue el motor de una revolución tecnológica que conllevó transformaciones en todos los ámbitos de la existencia de las poblaciones de aquel momento, dando lugar a la conversión de unos grupos tribales con una agricultura incipiente en complejas sociedades que darán lugar a la civilización. Para Vera Gordon Childe, influido por la importancia que se daba a la aparición de la metalurgia en las divisiones decimonónicas de la Prehistoria, y desde unos postulados cercanos al determinismo tecnológico, el descubrimiento de la metalurgia había desencadenado una "revolución económica e instrumental", la "*segunda gran transformación química de la Historia*" (Delibes *et al.*, 2003: 120), una innovación tecnológica de tal calibre que se tradujo en un revulsivo para el proceso de complejización social. La "Segunda Revolución", provocando importantes cambios culturales de la misma forma que había ocurrido con la agricultura a inicios del "Neolítico", al ser una materia prima con enormes ventajas funcionales con respecto a las materias primas tradicionales como eran la piedra, el hueso y la madera, pudiendo superar en gran medida sus limitaciones (Delibes, 1995: 64-65), y de ahí su rápida generalización debido a las ventajas sobre el resto de materias primas (Fernández Manzano y Montero, 2001: 32).

Sin embargo, en las últimas décadas del anterior siglo esta idea fue cambiando. Numerosos investigadores comenzaron a criticar estos postulados como poco sostenibles, puesto que la aparición de los primeros objetos metálicos no tuvo la trascendencia tecnológica supuesta por los prehistoriadores evolucionistas (Chapman, 1991; Fernández Manzano y Montero, 2001: 32-33; Gilman, 1981 y 2001; Rodríguez de la Esperanza, 2005: 173-182; Rovira, 2004: 10-12; etc.). Los conocimientos técnicos necesarios para la metalurgia del cobre son bastante sencillos, y además ya estaban presentes en la elaboración de la cerámica (Delibes *et al.*, 1996: 175), por lo que pudo llevarse a cabo sin grandes avances en relación por ejemplo a los hornos (Rovira, 2004: 12). Por tanto, la pretendida superioridad funcional del metal con respecto a los útiles líticos no fue tal, al menos en sus momentos iniciales pues el cobre puro es un material blando y maleable (Delibes *et al.*, 1996: 185), y de hecho el registro arqueológico demuestra que la mayor parte del instrumental continuó realizándose en piedra (Delibes *et al.*, 2003: 120; Rodríguez de la Esperanza, 2005:

177). Partiendo de esta idea, la teoría de Childe de la metalurgia del cobre como motor de la “revolución urbana” carecería de todo fundamento, y en ningún momento puede considerarse como causa de la emergencia de la complejidad social, sino como un efecto más de los cambios producidos en el ámbito socioeconómico (Nocete *et al.*, 1999: 87-91, cit. por Rodríguez de la Esperanza, 2005: 176; Rovira, 2004: 11). Otras posturas alternativas, ligadas a corrientes más materialistas/marxistas, atribuyen ese papel motor a la intensificación y aparición de nuevas estrategias agrícolas, como el regadío, y al desarrollo de las relaciones inter-grupales, que aseguran la supervivencia del grupo (Chapman, 1991: *pássim*; Gilman, 1987: 28, 2001: 71-73 y 81); interpretando la metalurgia no como motor de un proceso sino como una más de las transformaciones producidas en una época de crisis o cambios.

El mismo debate se da a la hora de interpretar el nivel de desarrollo que una sociedad debía de alcanzar para poder desarrollar una tecnología de este tipo. Así, desde los enfoques más evolucionistas o histórico-positivistas, una actividad con esa complejidad técnica como es la de convertir una piedra-mineral en otra materia prima como es el metal, sólo podría llevarse a cabo a través de determinados especialistas, personas que realizan una actividad que no todo el mundo puede realizar por falta de conocimiento. Esta era la prueba evidente, como defendía G. Childe, de la existencia de un control político-económico organizado dentro de cada comunidad, puesto que sólo sería posible en sociedades con una producción estable y con excedentes, la posibilidad de que permita ciertos miembros pudieran dedicarse a tiempo completo a una actividad que no reportaba productos de subsistencia, ni en principio rentables (Fernández Manzano y Montero, 2001: 31-32). Para garantizar el buen funcionamiento de un sistema socioeconómico ya tan complejo, sería necesaria la existencia de una serie de gestores, encargados permanentemente de la gestión y redistribución de los recursos, es decir de la producción y los excedentes, gestores que con el tiempo se convertirán en los primeros jefes. Esta “élite primigenia” que tendría el control total sobre los recursos, poco a poco comenzó a marcar ciertas diferencias con respecto al resto de la población, como estrategia para hacer perdurar su poder y legitimar su prestigio, y por eso exhibían su poder y capacidad a través de la acumulación y ostentación de “riquezas”, de objetos de acceso restringido, entre los que podrían estar los objetos metálicos tales como armas o adornos (Delibes y Fernández Manzano 2000: 102-106 y 112). De ahí, que la presencia de objetos metálicos en mayor o menor número en contextos funerarios de la época, hayan sido tradicionalmente interpretados



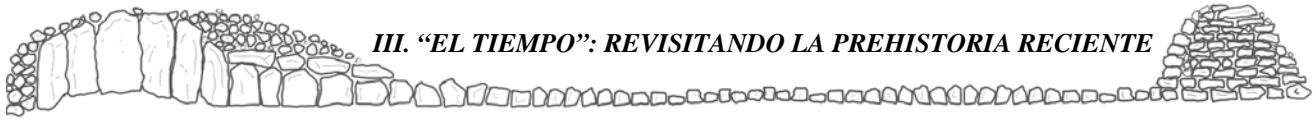
"como la prueba de la existencia de tumbas ricas y excepcionales" propias de las jefaturas (Carmona *et al.*, 2010: 374). Este modelo propone, por tanto, que el desarrollo de la actividad metalúrgica tuvo lugar en el seno de sociedades jerarquizadas, que si bien para algunos autores estarían en el estado inicial de la jerarquización, para otros estarían ya muy desarrolladas. Sea como fuere, dentro de esas sociedades los objetos metálicos habrían jugado un papel como marcadores de las categorías o prestigios personales (Rodríguez de la Esperanza, 2005: 178).

Sin embargo, muchos otros investigadores defienden hipótesis completamente diferentes en relación al tipo de sociedades de este momento y al papel que la metalurgia jugó en ellas. Según algunas tendencias, el metal no fue ningún tipo de "revulsivo social" que diera lugar a grandes cambios, sino que la actividad metalúrgica se trataba de una actividad ocasional sin gran incidencia económica, limitada al ámbito doméstico y que por tanto no requería de especialistas a tiempo completo (Fernández Manzano y Montero, 2001: 33). De hecho, algunos autores defienden que los primeros vestigios metalúrgicos se dieron en sociedades neolíticas de tipo segmentario, es decir con un escaso desarrollo de la diferenciación social (Montero *et al.*, 1999: 126-128, cit. por Rodríguez de la Esperanza, 2005: 177). No se darían grandes volúmenes de producción ni de extracción de mineral, sino que sería una actividad incipiente, en principio limitada sólo a producir algunos útiles con carácter meramente utilitario (pequeñas herramientas, algunos elementos de adorno muy simple...) (Delibes *et al.*, 1996: 185). El cobre en sus inicios se utilizaría como "*elemento sustitutivo*" (Rovira, 2004: 11), tratándose de una producción modesta, de consumo inmediato, y que por tanto no aportaría grandes ventajas con respecto a otras materias primas. Otras tendencias apoyan la idea de que si bien el metal no conllevó, en principio, grandes transformaciones en el orden económico, sí pudo desempeñar un papel importante en el desarrollo de las redes comerciales y de la complejidad social, no como un simple elemento de transacción sino, en cierta medida, como un impulsor de las actividades comerciales. En este sentido, la mala calidad técnica y mecánica de la mayor parte de las primeras manufacturas cupríferas, que les impide competir en efectividad con las herramientas sobre piedra o hueso, junto a su presencia mayoritariamente asociada a contextos funerarios y/o rituales (García Barrios, 2008: 473), parece indicar que estos elementos metálicos primigenios se limitaron al ámbito ornamental y en menor medida al del armamento, teniendo por contra escaso valor utilitario, siendo así "*su repercusión en el mundo ideacional y simbólico es alta y sin embargo su utilidad*

efectiva es casi nula” (Rodríguez de la Esperanza, 2005: 180-181). Por tanto, tendrían un papel de carácter simbólico y fundamentalmente social, más que puramente económico o funcional (Delibes, 1995: 65), con el fin de *“potenciar o enaltecer el status de sus poseedores dentro de la comunidad”* (García Barrios, 2008: 473), considerándose en su mayoría como armas de “parada” y objetos de prestigio, desempeñando una función social de exhibición y diferenciación.

Interpretaciones y matices a parte, se puede afirmar que la metalurgia se desarrolló a través de *“un proceso muy lento de aprendizaje tecnológico y gestión de recursos”* (Rovira, 2004: 35). Por tanto, sería un error caer en la simplicidad de argumentar que la tecnología metalúrgica progresa según unas fases tecnológicas predeterminadas, siguiendo un proceso lineal o un determinismo evolutivo, como si fuera una actividad autónoma e independiente de cualquier otro aspecto socio-cultural. Se trataría de una actividad técnica más, cuyo desarrollo, con sus aciertos y fracasos, iría ligado al contexto propio de cada sociedad, con sus características e idiosincrasia, y a su necesidad de adaptarse a las más variadas circunstancias. *“Cada cultura particular cambia de un modo específico para adaptarse a sus circunstancias particulares, por encima de una evolución general y fuera de leyes apriorísticas”* (Bellido, 2005: 280), y de este modo la metalurgia habría supuesto una actividad impuesta, descubierta o aprendida, en función de las coyunturas de cada sociedad.

Por tanto, ambos hechos (la “Revolución de los Productos Secundarios” y la aparición de la metalurgia) que han sido defendidos tradicionalmente desde distintas corrientes interpretativas como factores determinantes de las denominadas “sociedades calcolíticas y de la edad del bronce”, son en realidad parte de un conjunto de transformaciones (tendencia a la sedentarización, nuevas actividades económicas, creciente complejización social e intensificación económica, especialización del trabajo, desarrollo de los intercambios...) que tuvieron lugar a partir de mediados del IV milenio BC en el Viejo mundo, y que empezaron a cuestionar los sistemas y estrategias de organización, relacionamiento y subsistencia heredados de etapas anteriores. De ahí, que para obtener un mejor conocimiento de estas primeras sociedades que protagonizaron el uso de los primeros metales o la incipiente explotación de productos secundarios/derivados, haya que alejarse un poco de prejuicios e ideas preconcebidas y cambiar el foco de atención desde los beneficios y ventajas que estas técnicas aportaron, al contexto en el que se adoptaron y



reprodujeron, para poder tener así un conocimiento más global de las poblaciones de este momento (Fernández Manzano y Montero, 2001: 32).

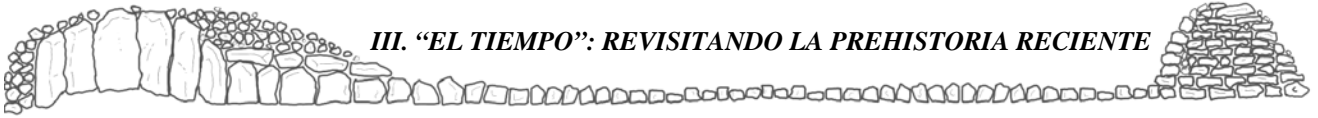
Volviendo a al ámbito de estudio de este trabajo, estos dos milenios son claves para comprender el desarrollo de las poblaciones meseteñas a lo largo de la Prehistoria Reciente. La imagen tradicional de este periodo prehistórico (del VI-I milenio BC aproximadamente) en el valle del Duero/Douro como un bloque con entidad propia, un periodo homogéneo en el que las poblaciones se mantuvieron en un cierto "estatismo" sin grandes transformaciones, afortunadamente ya no se sostiene. Se reconocen numerosos cambios que se pueden apreciar en todas los ámbitos, desde lo tecnológico y económico, hasta lo social e ideológico, pasando por la cultura material, que transformaron completamente las formas de vida y culturales de estas poblaciones. En general, se acepta que no hubo en este territorio rupturas bruscas (Bellido, 2005: 6), provocadas o que dieran lugar a situaciones excepcionales, sino que los cambios se produjeron de forma paulatina siguiendo las necesidades adaptativas de cada momento. De ahí, que a pesar de la diversidad de expresiones o identidades grupales que se han podido reconocer en este territorio a lo largo de todo ese tiempo, se proyecte una cierta imagen de continuidad tanto geográfica como cronológica.

Al igual que para el ámbito peninsular, se da un cierto consenso a la hora de definir algunas de las líneas básicas que caracterizaron el III y II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro. Así, a lo largo de estos dos milenios se asiste al desarrollo y consolidación de fenómenos paralelos, que en la mayoría de los casos venían de épocas anteriores: la diversificación poblacional, la intensificación económica, la complejización social o la monumentalización del paisaje (Oliveira S., 2000), entre otros. De todo este desarrollo también formaron parte los dos fenómenos que en este epígrafe hemos señalado como propios y definitorios de este periodo.

Según Harrison y Moreno (1985), la "Revolución de los Productos Secundarios" de Sherratt (*op. cit.*), es un modelo válido para las poblaciones del III y II milenio BC, pero que en cada lugar tendrá una expresión diferente en función de los recursos económicas y ambientales de cada región. Así, para el centro y norte de la Península Ibérica, caracterizados por una fuerte diversidad ecológica, defienden un modelo económico denominado como "Policultivo Ganadero" en el que el animal doméstico va adquiriendo cada vez más importancia, protagonizando así el proceso de intensificación agrícola. "*The dual economy of plough and pastoralism was*

characteristic of areas of ecological diversity” (Sherrat, 1981: 289). Una vez superada la imagen tradicional de las poblaciones del interior peninsular como unos grupos de pastores itinerantes con escasos medios de subsistencia, y superados también los debates excluyentes entre el binomio agricultura/ganadería, actualmente se acepta en general la idea de la existencia de “*grupos de sedentarismo plurianual con unas estrategias de subsistencia agropastoriles que rinden fruto a largo plazo*” (Blanco, 2008: 102). Algunos autores van más allá, y definen un modelo de explotación económica propio de la Meseta peninsular durante este periodo, definido como “Estrategia agroforestal” (Díaz del Río, 1995: 106-107). Gracias a las condiciones ambientales específicas de este territorio, “*la estrategia permite el acceso tanto a recursos domésticos como silvestres, sean animales o vegetales, combinación que concede a la comunidad campesina la requerida seguridad, intrínseca a una concepción de la producción en la cual se minimiza el riesgo*” (*ibidem*: 106). Este sistema de gestión del territorio puede definirse como la expresión del fenómeno de la “Revolución de los Productos Secundarios” en su forma meseteña (*ibidem*: 107), puesto que de la misma forma asegura la supervivencia del grupo y la capacidad para producir excedentes que posteriormente puedan ser intercambiados.

En un contexto económico en el que la supervivencia está asegurada y en el que los intercambios son potencialmente activos, cabe la posibilidad de que comiencen a desarrollarse tareas o a explotarse recursos hasta entonces ignorados, con el objetivo ya no de satisfacer ciertas necesidades básicas, sino movidos por otro tipo de incentivos como podrían ser la mejoras técnicas para incrementar la producción y así tener mayores excedentes, la búsqueda de nuevos elementos que permitan un reforzamiento de la identidad y prestigio individual y/o grupal, o la simple curiosidad que siempre ha acompañado al ser humano (García Barrios, 2008: 452). Por tanto, el contexto que se vivía en el III y II milenio cal. BC, en el valle del Duero/Douro, era el adecuado para la adopción y desarrollo de nuevas actividades como la metalurgia. Pese a que en prácticamente la totalidad de los yacimientos adscritos a este periodo, mínimamente estudiados, se han documentado elementos metálicos (Delibes *et al.*, 1996: 182), hay un consenso general entre los investigadores de reconocer el centro peninsular, y por extensión todo el valle del Duero/Douro, como un foco secundario en relación a la metalurgia, probablemente deudor de la zona meridional o del suroeste peninsular (Delibes *et al.*, 2003: 121; Fabián, 2006: 49). Las escasas evidencias que hay documentadas sobre el procesado y transformación del mineral hasta obtener el

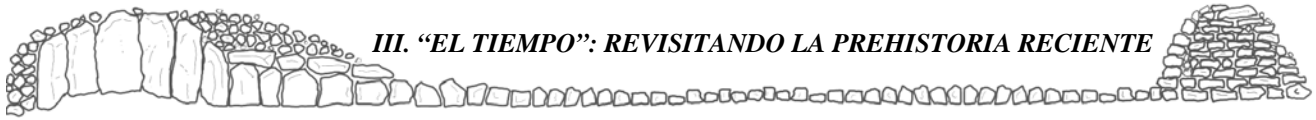


producto final (Delibes *et al.*, 1996: 184), incluso en zonas donde sí hay materia prima, apuntan más hacia la idea de que los metales llegaron a estas regiones por intercambio, y en los casos en los que sí hubo producción, ésta sería modesta y con carácter doméstico, pero suficiente para abastecer a las zonas más alejadas de las materias primas (Rovira, 2004: 35). Se trataría de una actividad secundaria, que incluso algunos autores llegan a caracterizar como esporádica y puntual, que se llevaría a cabo en aquellos momentos que la actividad agrícola dejara libres (García Barrios, 2008: 476), alejándose así de la idea del especialista a tiempo completo planteada por las corrientes más tradicionales (Delibes *et al.*, 1996: 183 y 2003: 124). Por tanto, el impacto económico de la metalurgia, tanto en su faceta de producción como del intercambio de los productos metálico, fue escaso. La demanda de elementos metálicos debió de ser más bien baja, lo que pudo ser consecuencia de la baja calidad y las deficiencias técnicas observadas en los primeros objetos metálicos que los hacían poco competitivos frente al instrumental tradicional, unido al alto coste requerido para la obtención de este tipo de herramientas, sobre todo en aquellas zonas alejadas de los núcleos de materia prima (*ibídem*). En este territorio, no será hasta finales de este periodo, es decir finales del II milenio cal. BC, cuando la metalurgia alcance un importante protagonismo en la esfera socio-económica (Rovira, 2004: 35).

Tampoco en la esfera de lo social la aparición de la metalurgia debió de tener un gran impacto. Pese a que muchos autores han defendido que las incipientes jerarquías se sirvieron de objetos como los metálicos, para diferenciarse y hacer valer su rango y estatus (Bellido, 2005: 35; Delibes *et al.*, 1996: 165), considerándolos como elementos de prestigio con una función de exhibición o parada (Delibes *et al.*, 1996: 186), las investigaciones más recientes apuntan a que debieron de dar tanta importancia al metal, puesto que el número de ítems de este tipo documentados en los ajueres de enterramientos individuales de estas supuestas élites es más bien reducido (García Barrios, 2008: 476). Por su parte, otros autores critican la idea de que por el simple hecho de que aparezcan evidencias de metalurgia y elementos metálicos asociados a algunos contextos funerarios, se tomen como una manifestación inequívoca de la existencia de diferenciación social. Hay que buscar indicadores de esos primeros desequilibrios en la estructura social desde otros enfoques, de lo contrario “*la ausencia de manifestaciones que aludan a diferencias sociales permanentes remitiría a organizaciones sociales que se mantienen estructuradas dentro de las formas segmentarias*” (Carmona *et al.*, 2010: 385).

Con esta introducción se han desdibujado, en cierta medida, muchos de los tópicos que siempre se han atribuido a la erróneamente denominada “Edad de los Metales” pues como se ha expuesto el metal no tuvo la importancia que en un principio se le otorgó. A su vez se ha pretendido transmitir el error fatal que se comete al intentar generalizar y simplificar los sucesos que tuvieron lugar a lo largo de la Prehistoria, y en general de la Historia, situación que por otra parte es muy habitual. Se pueden observar ciertos rasgos comunes en todas las poblaciones en un momento concreto, sin embargo cada una tiene y se desarrolla de una manera, en un tiempo y contexto diferente (no se pueden generalizar cronologías, avances tecnológicos o cambios sociales). Sin embargo, ha sido algo muy frecuente en los estudios de la Prehistoria, por la necesidad del investigador de ordenar y clasificar los hechos en un tiempo concreto. No hay que olvidar que las periodizaciones son términos que nosotros nos hemos inventado, pero que no corresponden con la realidad. *“Estas secuencias están marcadas por criterios elegidos desde el presente y, por tanto, pueden estar falseando de nuevo las transformaciones más importantes o los procesos y los ritmos de cambio cultural de la gente del pasado”* (Hernando, 2001: 219). De hecho, las periodizaciones que aún hoy se siguen utilizando para la Prehistoria, tienen su origen en el s. XIX, cuando los criterios tecno-tipológicos fueron de gran ayuda para comenzar a diseñar una explicación de la Prehistoria, pero la investigación posterior ha demostrado su escasa adecuación a la realidad. *“La periodización decimonónica de la Prehistoria que hoy mantenemos, establece cortes donde no los hubo y continuidades donde se produjeron transformaciones del más hondo calado”* (ibídem: 233).

Desde el mundo de la investigación, ya hay muchas voces que abogan por un cambio en los criterios de clasificación, que superen los criterios tecno-tipológicos y se determinen por otros factores de tipo social, económico o cultural. Acorde con el avance en el conocimiento de la realidad prehistórica y de los planteamientos teóricos desde los que se interpretan las evidencias, las herramientas metodológicas han de ser coherentes en este aspecto; *“no se pueden hacer estudios no historicistas con instrumentos historicistas”* (ibídem: 234). De este modo, la desaparición de la nomenclatura clásica de estas etapas culturales *“no sólo sería coherente con la evidencia arqueológica, sino que nos permitiría avanzar, paradójicamente, en el conocimiento del proceso de cambio”* de las poblaciones prehistóricas (ibídem).



III. “EL TIEMPO”: REVISITANDO LA PREHISTORIA RECIENTE

Siendo conscientes de este hecho, de que las periodizaciones no son verdades absolutas con unos límites fijos, que no se trata de una sucesión lineal, del mismo modo que acontece con los límites geográficos (ver subepígrafe 2.2.1) y de que los fenómenos históricos no siguen un proceso lineal y uniforme, a lo largo de este trabajo se ha adoptado una secuenciación puramente cronológica, como herramienta expositiva más adecuada de cara a los objetivos planteados. De este modo, dando siempre prioridad a la cronología frente a las denominadas “*facies* culturales”, se ha dividido este apartado en varios subepígrafes dedicados al III y el II milenio cal. BC (que se corresponderían, a grandes rasgos, con las etapas tradicionales del “Calcolítico” y la “Edad del Bronce”) como contextos generales, dentro de los cuales se pueden definir ciertas líneas básicas. Hay que reconocer que existe un cierto matiz “tradicional” al tratar de manera específica en uno de estos bloques el “fenómeno Campaniforme”, que por su peso y trascendencia en la historiografía se ha considerado oportuno destacar. Si bien coincide con las últimas centurias del III milenio cal. BC, en este caso no es sólo un argumento cronológico el que nos ha llevado a darle ese protagonismo, sino también el hecho de que se han realizado numerosos análisis y estudios de todo tipo, y por su representación singular y significativa en el ámbito de estudio. De hecho, una parte importante de la información disponible para todo este periodo se asocia con las investigaciones realizadas en torno a los contextos y cultura material relativos al fenómeno megalítico.

A lo largo de este epígrafe se pretende ofrecer una visión sintética y global sobre el acontecer de dos milenios de Prehistoria Reciente en el valle del Duero/Douro, desde un punto de vista tanto historiográfico como arqueológico. De este modo, se irán abarcando diferentes cuestiones generales sobre las formas de poblamiento, las estrategias socioeconómicas, las redes de intercambio y los contactos inter-grupales, o la cultura material, propias de las comunidades que poblaron este territorio, el cual estuvo muy habitado, frente a la idea tradicional (ya muy rebatida en la actualidad) que caracterizaba el interior peninsular como un “vacío poblacional” en tiempos prehistóricos. El principal propósito es presentar el contexto global en el que se inserta el ámbito rito-funerario de estas comunidades y, más concretamente, las evidencias arqueológicas analizadas en este estudio (ver epígrafe 3.2).

3.1.1. HISTORIOGRAFÍA Y VIEJOS DEBATES: EL DESARROLLO DE LA INVESTIGACIÓN SOBRE LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL VALLE DEL DUERO/DOURO.

La bibliografía relacionada con estos dos milenios de Prehistoria Reciente en el valle del Duero/Douro, hasta hace unos años, era más bien escasa en comparación con lo publicado sobre otros periodos y para otras regiones. Juan Maluquer, uno de los pioneros en la investigación prehistórica en el interior peninsular, ya señalaba algunas de las carencias que tenía el área mesteña en este campo: *“en los estudios de Prehistoria se contempla la Meseta como parte de una entidad mayor, la Península Ibérica; o se trata de manera monográfica un elemento, cultura o yacimiento, ignorando los factores de préstamo y tradición que modelan una cultura”* (Bellido, 2005: 21). Los enfoques tradicionales han lastrado mucho las interpretaciones sobre lo que ocurrió en nuestro territorio durante estos milenios, puesto que se ha primado criterios como el número de yacimientos documentados *“con lo que la Meseta se presenta como un área neutra en la que se reflejan o estancan las culturas periféricas, sin que se le conceda capacidad creadora alguna hasta un momento muy tardío e incluso entonces se atribuya a la Meseta un simple papel de tránsito, de puente entre grupos procedentes del norte del Pirineo y objetivos cultos mediterranzados del mediodía”* (Maluquer, 1960: 125-126, cit. por Bellido, 2005: 23-24). Del mismo modo, los análisis se han centrado mucho en lo meramente descriptivo, de manera que se han dejado de lado muchas otras cuestiones como la búsqueda de los factores que dieron lugar a los cambios que se produjeron, o de la importancia de las relaciones inter-grupales a media y larga distancia.

Desde hace algunas décadas, se ha ido desarrollando una importante renovación teórico-metodológica, que ha permitido la introducción de nuevas líneas y técnicas de estudio, y romper con muchos de los “tópicos” impuestos por las corrientes histórico-culturales, actualmente muy criticados. A pesar de este avance, aún sobreviven algunos planteamientos de corte más clásico, y no se ha conseguido aún dotar al territorio duriense de un marco interpretativo propio, sino que todas las hipótesis planteadas siempre tienen un cierto tinte exógeno. En cierta medida, esto es consecuencia del enorme empuje que ha sufrido la investigación prehistórica en otros ámbitos, como pueden ser el levante y el sur peninsulares, donde el desarrollo alcanzado tanto a nivel conocimiento de los yacimientos como de los análisis realizados ha alcanzado un alto nivel. En este contexto, los estudios sobre Prehistoria



Reciente en el interior peninsular *"han ido un tanto a remolque de otros ámbitos, que se han utilizado como referencia comparativa"* (Carmona, 2011: 18).

Poco a poco los trabajos se han ido ampliando, pero aún se trata de estudios muy dispersos, focalizados en temas muy concretos, y con escasez de trabajos sintéticos. Esto supone un obstáculo importante para cualquier investigador que quiera iniciar su investigación sobre estos temas, puesto que carece de un contexto general desde el que partir para realizar sus estudios y de una identificación crono-cultural segura. Por esta razón, uno de los objetivos de los últimos años ha sido *"reordenar o conhecido, através duma reapreciação dos dados publicados... e, concomitantemente, descobrir novos elementos susceptíveis de dar corpo a um modelo coerente, explicativo da evolução humana, durante dois milenios, na mesma região"* (Oliveira, S., 1983-1984: 97), con el fin de obtener un contexto general de análisis para este periodo en el valle del Duero/Douro y su integración en el marco global de la Prehistoria Reciente en la Península Ibérica.

El estudio de este periodo de la Prehistoria Reciente, denominado tradicionalmente como "Primera Edad de los metales", ha estado de forma irremediable unida en la Península Ibérica a los estudios en el Sudeste español y en la *Estremadura* portuguesa, dejando el resto de regiones, por tanto, sin mucha atención (Díaz Andreu, 1993: 245). Pese al interés e inquietud despertado en ciertas personalidades por el conocimiento del pasado más remoto de los pueblos desde el s. XIX, muchas áreas peninsulares no han conocido este tipo de fenómeno ni por parte de personalidades locales interesados en la investigación ni por parte de entidades estatales hasta hace apenas unas décadas (Da Cruz, 2001: 24). Entre ellas se encontraba el territorio bañado por las aguas del Duero/Douro, donde pocos eran los yacimientos conocidos y de éstos apenas se llegaba a reseñar más que unos pequeños lotes de materiales cerámicos y algunos hallazgos aislados y depósitos de metales. Las publicaciones se limitaban a escasos informes de excavación y a noticias de algunos hallazgos puntuales, por lo que todas las hipótesis planteadas sobre las poblaciones que habitaron este territorio estaban a remolque de los modelos interpretativos que desde las principales universidades como Madrid, Barcelona o Lisboa, se establecían para la evolución de las sociedades prehistóricas de toda la Península Ibérica.

A pesar de la marginación de esta zona con respecto a la periferia de la Península Ibérica se llevaron a cabo algunos trabajos, que permitieron ir sacando a la

luz algunas cosas, durante los años anteriores a la Guerra Civil, en especial durante la década de los ‘20 y comienzos de los ‘30. Por ejemplo, en los años 30 Cabré llevó a cabo algunas excavaciones que permitieron reconocer e identificar una “Edad del Bronce” en el interior peninsular, en el castro abulense de Las Cogotas (Delibes y Del Val, 1990: 85), que más tarde dará nombre al estilo decorativo que constituye uno de los mejores exponentes de la cultura material del II milenio BC en el territorio duriense. Los estudios en este yacimiento, que ya había sido documentado a finales del s. XIX por Rotondo Nicolau, junto a otros llevados a cabo en la soriana Cueva de la Mora por el Marqués de Cerralbo y en el Cerro del Berrueco por el Padre César Morán, supusieron una primera etapa en la investigación de la Prehistoria Reciente en el interior peninsular. También hay que mencionar los trabajos en tierras burgalesas por Martínez Santa-Olalla, en Soria por Blas Taracena, en Tierra de Campos por Eugenio Merino, o de Leite de Vasconcellos en las *Beiras* interiores, entre otros. La labor de todas estas personalidades, no sólo destaca por constituir las primeras aproximaciones a la Prehistoria Reciente en las tierras del interior, sino que además sus interpretaciones tuvieron la suficiente solidez como para ejercer una gran influencia durante muchos años en el desarrollo de las investigaciones posteriores (García Barrios, 2008: 28).

En estos momentos, las corrientes teóricas afirmaban la existencia de culturas monolíticas (término que se utilizaba como sinónimo de pueblo), que iban expandiéndose y siendo reemplazadas por otras sucesivamente, a lo largo de la Prehistoria. Además, solían asociarse esas unidades socio-políticas a ciertos elementos de la cultura material, como una herencia del pensamiento nacionalista del s. XIX (Díaz Andreu, 1993: 248). Así, autores como Bosch Gimpera o Luis Pericot hablaban de la presencia de cuatro “círculos culturales” diferentes bien definidos para la Península Ibérica: la “Cultura de Almería” ubicada en el sur y levante peninsular, la “Cultura Pirenaica” para el área más septentrional, la “Cultura Megalítica Portuguesa” en el occidente, y la “Cultura de las Cuevas” para las tierras del interior (Bellido, 2013: 246-247; Hernando, 2001: 226). El objetivo principal era establecer el origen y las vías de expansión de cada “área cultural”, priorizando por tanto la determinación de secuencias crono-tipológicas (Hernando, 2001: 224). De este modo, cada cultura se definía por su territorio de influencia y por ciertos rasgos, normalmente de carácter material. Las “variedades culturales” eran el resultado de la gran movilidad que caracterizaba a estos grupos del III y II milenio BC.

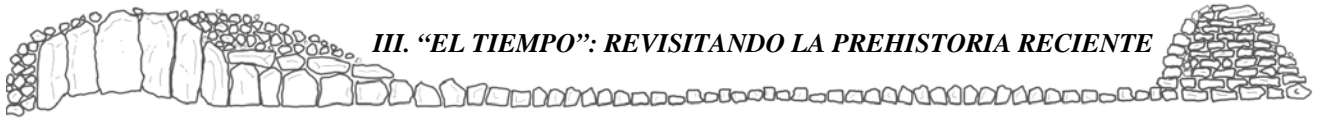


En este contexto, al valle del Duero/Douro llegaron, por una parte las influencias de la “Cultura de las Cuevas” y por otra, en las regiones más sur-occidentales (Salamanca o las *Beiras*), las de la “Cultura Portuguesa”. A pesar de ello, se fue forjando una “*personalidad gris y retardataria*”, una imagen negativa del territorio duriense que se mantendrá vigente a lo largo de numerosas generaciones (García Barrios, 2008: 29), debido principalmente a la escasez de yacimientos documentados adscritos a estos periodos. Solamente los hallazgos de materiales campaniformes, dieron algo de luz en toda esta oscuridad, convirtiéndose junto con el Megalitismo, en uno de los focos de atención de los investigadores de este momento. Se consideraba que la metalurgia había sido introducida en las tierras del interior peninsular acompañando al resto de la “Cultura Campaniforme”, la cual, como defendía Alberto del Castillo, entre otros, habría sido difundida desde Andalucía a través de diversos grupos que se fueron desplazando, hasta llegar a la zona meseteña desde donde se extendió hacia el norte, hasta tierras del Duero/Douro, donde arraigó dando lugar a un importante grupo cultural, derivado a su vez del “grupo de la Submeseta sur o Toledano” (Garrido *et al.*, 2005: 411). Por tanto, en este momento, los cambios y la presencia de nuevos elementos en nuestro territorio siempre eran interpretados en clave de aportaciones poblaciones y penetraciones de grupos exógenos. Una vez desaparecida la “Cultura Campaniforme”, este territorio volvía a ser un área marginal, en la que de vez en cuando se podía atisbar algún influjo procedente o bien del litoral atlántico o bien del mediterráneo. Por tanto, la denominada “Edad del Bronce” (a excepción del “Campaniforme”) era prácticamente inexistente. Sólo a raíz de las investigaciones de Cabré en el castro de Las Cogotas, con las que se confirma la existencia de otro estilo decorativo cerámico, se reivindica una cierta personalidad propia para la segunda mitad de la “Edad del Bronce” en esta región, puesto que las consideraba “*como supervivencias de la cultura de las cuevas y de la del vaso campaniforme a la vez*” (Maluquer, 1956: 183). Sin embargo, este planteamiento, en cierta medida bastante acertado, pronto fue desplazado por las hipótesis defendidas por investigadores como Almagro Basch, Bosch Gimpera o Martínez Santa-Olalla, entre otros, que se mantuvieron como válidas hasta muchas décadas después (*ibídem*). Estos autores consideraban que la técnica de la excisión, uno de los rasgos propios de estas cerámicas de Cogotas I, había sido introducida en la Península Ibérica por los pueblos indoeuropeos, que habían invadido el territorio peninsular ya en el I milenio BC (Abarquero, 2005: 25). Por tanto, la antigüedad

pretendida para estas cerámicas no era tal, sino que estaban asociadas a grupos adscritos al periodo posterior, la “Edad de Hierro”.

A partir de la década de los '50, se aprecia una cierta recuperación de la actividad investigadora en el ámbito peninsular, que irá acompañada además de una cierta renovación metodológica. El enfoque histórico-cultural que impera en Europa en este momento, hace que cada vez exista una mayor preocupación por conocer las secuencias culturales y sus adscripciones cronológicas, todo ello impulsado a su vez por el descubrimiento del método de datación del C14. Se da un excesivo afán clasificatorio, que dará lugar al uso y abuso del “fósil-guía” y del paralelo material como criterio para conocer la cronología de los yacimientos (que se mantendrá en boga hasta mucho tiempo después), puesto que ahora ya no se busca el origen geográfico de cada cultura, sino el de las influencias materializadas en un rasgo cultural (normalmente un elemento material característico) que han incidido en la misma (Hernando, 2001: 230). Por tanto, el objetivo principal de las excavaciones era discernir la sucesión de etapas culturales, priorizando por encima de todo el estudio de los materiales recuperados, y dejando a un lado otras cuestiones tan importantes como el análisis estratigráfico o de estructuras (Bellido, 1994-1995: 6).

Dentro del ámbito del territorio duriense, comenzaron a tener cierto peso aquellos investigadores que promovieron e intensificaron los estudios locales, algunos de cuyos exponentes fueron Octavio da Veiga Ferreira, Alberto del Castillo, José Coelho, Mendes Corrêa, Amorim Girão, Pere de Palol o Federico Wattenberg Sampere (Bellido, 2013: 247; Da Cruz, 2001: 28-30). Pero sin duda alguna, podemos señalar entre todos ellos algunas personalidades que a mediados del s. XX sobresalieron tanto por su trabajo de campo como por sus aportaciones interpretativas a la Prehistoria Reciente de la cuenca del Duero/Douro. En territorio portugués, hay que destacar las visitas sistemáticas que el matrimonio Leisner realizó en la región de *Beira Alta*, sacando a la luz y documentando de una forma muy sistemática y fiel para la época, numerosos yacimientos que se han convertido en referentes para este periodo (Da Cruz, 2001: 28-30). Si bien es verdad, en gran medida, sus trabajos se centraron en el fenómeno megalítico, por lo que nos extenderemos más sobre su obra en epígrafes posteriores. Del mismo modo, la figura de Maluquer de Motes fue de gran trascendencia en el desarrollo de la investigación prehistórica castellano-leonesa, puesto que aportó un aire nuevo, que si bien no supuso un gran cambio a nivel



interpretativo, sí lo fue en el ámbito más práctico y de divulgación del conocimiento científico. De hecho, sus excavaciones en el cerro del Berrueco, demuestran ya una cierta preocupación por describir de manera minuciosa otros aspectos más allá de los materiales y su adscripción crono-cultural, como las estructuras, formas constructivas y estratigrafía descubiertas (Bellido, 1994-1995: 6).

A pesar de este nuevo empuje, la investigación prehistórica en las tierras del interior peninsular seguía jugando un papel muy secundario en el ámbito peninsular, en el que otras regiones más periféricas eran las protagonistas. Pese a que la aplicación del sistema de datación por C14 estaba ofreciendo nuevos datos (aunque aún no se tenían fechas procedentes de yacimientos peninsulares), que cuestionaban muchas de las afirmaciones realizadas en épocas anteriores, la imagen del interior peninsular como un "desierto demográfico", una zona asilada, poco habitada y atrasada, con respecto a la periferia, siguió condicionando los modelos interpretativos sobre su ocupación durante la Prehistoria Reciente. El difusionismo cultural y el modelo colonial imperaba en las corrientes interpretativas y la teoría del "*Ex Oriente Lux*", defendida entre otros por Gordon Childe (1936), se utilizaba para explicar todas las transformaciones acaecidas en los tiempos prehistóricos. Se seguía partiendo de la existencia de culturas monolíticas que se reemplazaban unas a otras a través de procesos migratorios, pues eran los distintos pueblos los que en función de su fuerza, se iban extendiendo y ejerciendo su influencia por diferentes regiones (Bellido, 2005: 19). En este contexto, en un área tan retardataria como era el valle del Duero/Douro, que durante milenios arrastraba muchos elementos arcaicos, cualquier cambio o progreso se leía en términos difusionistas, considerando que sus poblaciones recibían todas las novedades y avances por influencia exterior, siendo meras receptoras de la influencia de las grandes culturas periféricas (Fernández Moreno, 2013: 17), desechando cualquier posibilidad de desarrollo autóctono. En este sentido, la escasez de yacimientos conocidos (siendo además la mayoría hallazgos superficiales o descubrimientos casuales fuera de contexto) y de publicaciones que difundieran los datos disponibles hasta el momento, no ayudaba en nada a cambiar este preconcepción, lo que a su vez supuso la práctica ausencia de propuestas regionales y estudios de síntesis para la Prehistoria Reciente de esta región hasta la década de los '70, a excepción del manual publicado por Maluquer de Motes (1960a).

Este autor proyectaba la misma secuencia tripartita que defendía para el ámbito peninsular, para el III y II milenio BC en las tierras del interior, basada en una línea de pensamiento evolucionista (pues en ningún yacimiento se había documentado una secuencia estratigráfica tan clara y continua) y en modelos europeos, dando lugar a contradicciones cronológicas e insalvables lagunas de conocimiento entre unas etapas y otras: el “Bronce I” que abarcaría las manifestaciones calcolíticas y campaniformes, el “Bronce II” que sería el denominado “Bronce pleno o mediterráneo”, y el “Bronce III” que correspondería con el final del periodo y el mejor exponente serán algunas piezas del denominado “Bronce atlántico” (Fernández Moreno, 2013: 18). Sin embargo, el propio autor ya fue consciente que este esquema no encajaba de ninguna manera con los datos que se tenían hasta entonces para la cuenca del Duero/Douro, a pesar de que él mismo ya llamaba la atención sobre la carencia de datos para estudiar estos periodos en esta región. Mientras que en otras regiones peninsulares a lo largo del III milenio BC, ciertos grupos culturales como “Los Millares” o “Vila Nova de São Pedro” brillaban por su esplendor, el interior arrastraba aún unas formas de vida arcaicas y atrasadas, muy apartadas del progreso de otras regiones litorales. Además, basándose en la escasez de yacimientos documentados, se consideraba también que esta región estuvo escasamente poblada, por lo que llega a plantearse una perduración o continuidad de las sociedades megalíticas hasta bien avanzado el II milenio BC (Bellido, 2005: 18). Otros autores como Almagro Basch, Palol o Savory apoyaban estas hipótesis, e incluso afirmaban que en este territorio hasta lo que ellos denominaban las “invasiones célticas” de I milenio BC, se mantuvieron unas formas de vida tradicionales y heredadas de épocas anteriores, basadas principalmente en grupos con una economía pastoril y con un cierto grado de movilidad, *“pretendiendo subrayar con ello la mínima entidad cultural y arqueológica de la primera edad de los Metales en el interior meseteño”* (García Barrios, 2008: 30).

El descubrimiento de la presencia campaniforme en territorios meseteños, supuso matizar la idea de que fue un área completamente marginada, ya que en un cierto momento había dejado de ser ese reducto localista y arcaizante. Se afirmaba que las primeras y limitadas innovaciones que se habían conocido en la región, habían llegado de la mano de la “Cultura del Vaso Campaniforme”, como era el caso de la metalurgia (Delibes y Del Val, 1990: 70). Fue el propio Maluquer quien, a raíz de la excavación e interpretación del sepulcro del “Pago de la Peña” en Villabuena del Puente (Zamora), entre otros hallazgos, definió la “Cultura Ciempozuelos” como una



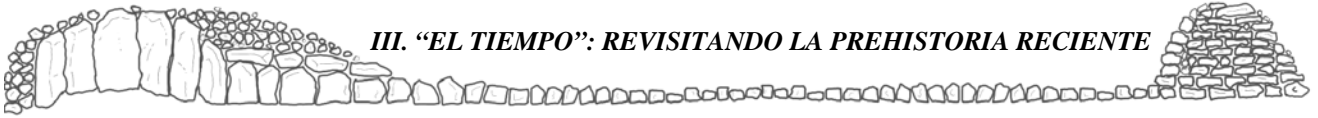
“unidad fija e independiente de la llamada cultura del vaso campaniforme” (Maluquer, 1960b: 130), con una personalidad propia y posterior al estilo decorativo puntillado, el cual tenía un claro origen peninsular (*ibídem*). Sería, por tanto, la manifestación de “*un complejo cultural para el que propone el rango de civilización*” (Fabián, 2006: 45), con un origen centroeuropeo, que se define por unos rasgos bien diferenciadores como “*la peculiaridad de las costumbres funerarias con tumbas individuales en fosa y ajuares estereotipados a base de cazuela, cuenco y vaso como ajuar mínimo, la pujanza de la metalurgia, la circunscripción de los hallazgos a la Meseta y la adscripción cronológica a un momento avanzado, posiblemente paralelo al Argar*” (*ibídem*). Significaba la ruptura cultural definitiva con el pasado megalítico en un momento avanzado del I milenio BC, interpretando su presencia en estos monumentos como intrusiones tardías, que nada tenían que ver con las poblaciones constructoras (Garrido *et al.*, 2005: 411), en la línea de lo que defendía el matrimonio Leisner para la presencia de estas cerámicas en los megalitos portugueses (Maluquer, 1960b: 128). Esta idea fue recogida por algunos autores posteriores (Delibes, 1977; Harrison, 1977) que continuaron defendiendo la dualidad de tradiciones campaniformes, dotando de una mayor entidad al Ciempozuelos como un fenómeno tardío asociado a la llegada de gentes centroeuropeas, con unos rasgos étnicos y unas costumbres funerarias particulares (Garrido *et al.*, 2005: 411-412 –ver Figura 5B-).

De los momentos posteriores a la “Cultura Campaniforme” seguía existiendo un desconocimiento total para el interior peninsular. La “Cultura de El Argar” era en aquel momento el referente que se utilizaba para definir el periodo de la “Edad del Bronce” en el ámbito peninsular, pero en nuestra región la ausencia de datos hacía imposible diseñar una secuencia crono-cultural completa. Se tenía una imagen de uniformidad y estancamiento a lo largo del II milenio BC, muy influida por la polarización de los estudios sobre la “Edad del Bronce” en los primeros momentos, con el “Campaniforme”, y en las últimas fases con el grupo de “Cogotas I”, lo que impedía así tener una visión global y diacrónica del II milenio BC en el valle del Duero/Douro. La “Cultura de Cogotas I” se sigue considerando como el producto de la invasión de pastores indoeuropeos ligados al fenómeno de los “Campos de Urnas”, ubicada por tanto cronológicamente en el I milenio BC (Abarquero, 2005: 25), que se asentaron en el suroeste del territorio duriense, introduciendo y difundiendo nuevos elementos y costumbres como el ritual funerario de la incineración. A pesar de esta continuidad interpretativa, Maluquer introdujo alguna novedad y algo de aire fresco al

plantear su teoría de la “dualidad de tradiciones” (Jimeno, 2001: 151) que afirmaba que en realidad estas cerámicas eran la mezcla de dos tradiciones distintas, la de los pueblos de Centroeuropa portadores de la técnica de la excisión, con las tradiciones decorativas locales-indígenas, como la impresión, incisión y sobre todo boquique, herederas del campaniforme (Maluquer, 1956: 196-197). La obra de este autor puede considerarse como la primera síntesis sobre el “fenómeno de Cogotas I”, que como ya hemos apuntado introdujo ciertas novedades, puesto que abre la puerta a un posible origen autóctono, aunque su límite cronológico inicial seguía manteniéndose entre los ss. VII y VI BC (Abarquero, 2005: 25-26).

Las investigaciones llevadas a cabo a partir de la década de los ‘70 han permitido ofrecer una nueva percepción de la realidad del III y II milenio BC en el valle del Duero/Douro, basada en análisis e interpretaciones del registro material alejadas de viejos prejuicios y apriorismos propios de los estudios de la Prehistoria Reciente en el interior de la Península Ibérica. Hasta este momento la ausencia de síntesis generales y de investigaciones exhaustivas había impedido tener una visión global de casi dos milenios de Prehistoria en el interior peninsular, provocando (esta situación se ha dado tradicionalmente con otros fenómenos prehistóricos en este mismo territorio, como es el caso del Megalitismo) que las hipótesis desarrolladas para otras zonas se asimilaban para estos territorios, a la espera de nuevos datos arqueológicos que permitieran refrendarlas o desecharlas. Sin embargo, en las décadas de los ‘70 y ‘80 se produjo un punto de inflexión en la investigación prehistórica de este territorio, que no era más que un reflejo de lo que estaba ocurriendo en la disciplina prehistórica a nivel mundial desde hacía ya unos años (Bellido, 2005: 24).

Una nueva generación de prehistoriadores y arqueólogos irrumpen en el mundo académico, trayendo nuevos aires, distintos enfoques y un mayor dinamismo, dando lugar a numerosos y profundos trabajos de investigación, animados a su vez por los grandes debates epistemológicos que estaban teniendo lugar, fundamentalmente en el mundo anglosajón. Se podría enumerar una larga lista de estudiosos que de una manera u otra aportaron su granito de arena al desarrollo del estudio de la Prehistoria Reciente en el interior peninsular, pero sería muy extenso por lo que sólo se van a señalar algunos de los nombres más destacados. En la parte portuguesa, se observa una radical polarización de los estudios al sur y al norte del Douro, de modo que no sólo son ciertos autores los que se dedican a investigar y llevar a cabo sus excavaciones

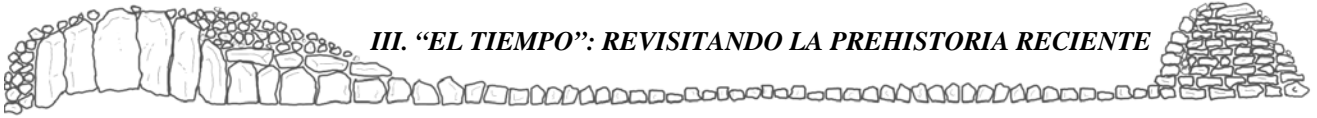


según regiones, sino que también son los departamentos de determinadas Universidades los que se dedican a una región u otra. Philine Kalb y Martin Höck desarrollaron su actividad al sur del Duero y dedicaron parte de sus esfuerzos al estudio de las ocupaciones de este territorio durante la Prehistoria Reciente y a la sintetización de los datos que se conocían hasta entonces (Da Cruz, 2001: 34; Kalb, 1980). Mientras, al norte del Duero, se desarrollaron paralelamente los trabajos del matrimonio Oliveira, siendo en concreto los proyectos de Susana Olivera los más enfocados al estudio de las formas de vida de las poblaciones durante el III y II milenio BC (Oliveira, S., 1983-1984, 1986 y 1988). Aunque en fechas un poco posteriores, también cabe destacar las investigaciones de M^a Jesus Sanches, quien comenzó a atender a la zona de *Trás-os-Montes*, hasta entonces prácticamente ausente en la bibliografía, sacando a la luz algunos de los conjuntos arqueológicos referentes en la actualidad de la Prehistoria Reciente del valle del Duero/Douro, muchos de ellos aún en estudio en la actualidad (Sanches, 1987a). Esa regionalización de los estudios según departamentos universitarios no se observa, o por lo menos no de manera tan evidente, en la parte castellano-leonesa. Aunque si bien, los departamentos de Valladolid, principalmente con las figuras de Germán Delibes (1973, 1976-1977, 1977, etc.) y Julio Fernández Manzano (1985, 1986, etc.), y de Salamanca, con Socorro López Plaza (1975, 1977, 1978, etc.) o Ángel Esparza (1978, 1990, etc.), lideraron la investigación de la Prehistoria Reciente en la Meseta Norte, hubo otras figuras importantes que centraron su atención en este territorio desde otras universidades. Es el caso de Jorge Juan Eiroa (1970, 1973, etc.), M^a Dolores Fernández Posse (1981, 1986-1987, etc.), Alfredo Jimeno (1978, 1988, etc.) o Jesús Celis (1985), entre otros. Todos ellos, junto a otros, continuaron el trabajo que había sido iniciado en décadas anteriores por investigadores como Amorim Girão, Saturio González, Vera Leisner, Maluquer de Motes, César Morán, Teógenes Ortego, Basilio Osaba, Leite de Vasconcellos y tantos otros, sacando a la luz e interviniendo en yacimientos de este territorio, aún lastrados, en cierta medida, por el peso de las corrientes interpretativas más tradicionales (Bellido, 2005: 31).

Esta renovación que tuvo lugar en el mundo académico, estuvo además amparada e impulsada por grandes transformaciones también en el ámbito de la Administración, dentro de la que comienza a desarrollarse una política de protección, conservación y difusión del patrimonio arqueológico. En estos años se crearon los primeros organismos de ordenamiento y gestión patrimonial, como el IPPC (*Instituto*

Português do Património Cultural) que más tarde fue el IPPAR (*Instituto Português do Património Arquitectónico e Arqueológico*) en el caso portugués (Da Cruz, 2001: 35), o los Servicios territoriales y provinciales de la Junta de Castilla y León. Se inicia una nueva época para la denominada “Arqueología de Gestión”, puesto que los propios organismos oficiales van a auspiciar numerosas excavaciones de urgencia o salvamento y otros trabajos como la catalogación de yacimientos (uno de los resultados fue, por ejemplo, la elaboración del Inventario Arqueológico de Castilla y León –IACyL-, que supuso un punto de inflexión en la investigación arqueológica de esta comunidad), al amparo de las nuevas leyes de protección del Patrimonio. Esta situación dio lugar no sólo a la multiplicación de los yacimientos arqueológicos conocidos, sino también a una clara regionalización que determinará la naturaleza de los estudios prehistóricos, con el objeto de destacar las particularidades de cada territorio, puesto que cada provincia o distrito velará por sus propios intereses (García Barrios, 2008: 34-35). De ahí, que la investigación sobre la Prehistoria Reciente, se haya desarrollado mucho en algunas zonas, mientras que en otras ha jugado un papel secundario. Desde otro enfoque, pero provocado por los mismos intereses y/o enfoques políticos, esta regionalización se hizo sentir también en el mundo académico, dando lugar a la creación de “Escuelas” ligadas a determinados departamentos universitarios que tuvieron mucho peso en la investigación prehistórica, como pueden ser la “Escuela de Valladolid” liderada por G. Delibes o la “Escuela de Porto” liderada por el matrimonio Oliveira. También gracias al auspicio y a la buena acogida por parte de la Administración, estos equipos de investigación que comenzaban a formarse en el ámbito departamental, pudieron plantearse poner en marcha proyectos plurianuales, de ámbito regional a gran escala, que comenzarían a dar sus frutos a largo plazo. Esta comunión del mundo académico y administrativo, que se ha mantenido más o menos continuada hasta hace unos años, resultó ser un muy beneficiosa tanto en el ámbito de la investigación como en el de la conservación y gestión del Patrimonio.

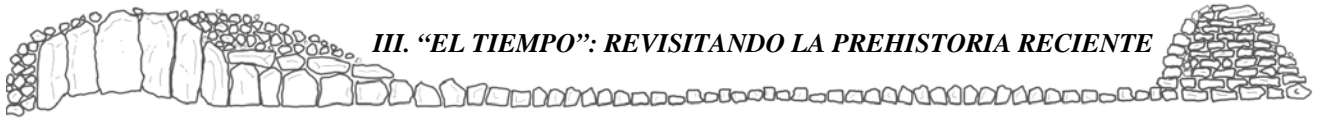
Por tanto, a lo largo de estas décadas ('70 y '80) se da una profunda renovación teórica como metodológica dentro del mundo académico, a nivel peninsular, en gran medida vinculada por una mirada más aperturista hacia y desde Europa, puesto cada vez más investigadores extranjeros acuden a territorio peninsular a trabajar. La expansión y generalización del C14 como sistema de datación había hecho ya replantear de una manera definitiva, los esquemas tradicionales que habían imperado hasta entonces para interpretar la Prehistoria europea. Los modelos difusionistas



estaban cada vez más cuestionados ante la evidencia, y pasaron a convertirse en una más de las alternativas interpretativas (Bellido, 2005: 23). Por su parte, las hipótesis autoctonistas van adquiriendo mayor protagonismo, haciendo que el foco de atención esté cada vez más centrado en los elementos locales e indígenas, proponiendo así visiones que no superaban los límites regionales. De ahí, que uno de los debates más polémicos de este momento fuese el del origen de la metalurgia, puesto que muchos autores desde posturas autoctonistas, entre los que destacó Colin Renfrew, comenzaron a plantear hipótesis sobre la posibilidad de la existencia de diversos focos metalúrgicos, contradiciendo al modelo difusionista y monogenista imperante hasta entonces (García Barrios, 2008: 465). También esta época se caracterizó por la multiplicación de corrientes interpretativas, dejando atrás la unidad y regularidad de pensamiento que había caracterizado a épocas anteriores. En general, podrían distinguirse tres vías metodológicas principales: la corriente procesual o científicista, la materialista y la post-procesual (Bellido, 2005: 26). Cada una de estas líneas de pensamiento cuenta a su vez con corrientes metodológicas diferentes. En el ámbito peninsular, entre la nueva generación de prehistoriadores que se estaba asentando en el mundo académico, triunfó principalmente la corriente del "Positivismo Modificado" o "Reformismo Pragmático" que se acerca a la realidad prehistórica simplemente desde la observación directa del evento material desde un enfoque puramente descriptivo, puesto que pretendía *"una reconstrucción histórica no a través de la interpretación teórica del registro arqueológico, sino mediante su construcción empírica"* (Bellido, 2005: 25). Por una parte, esto dio lugar al estudio en profundidad de muchos yacimientos y sus colecciones materiales, lo que permitió definir novedosos esquemas tipológicos y ajustar bastante sus cronologías, sentando así una base importante para las futuras investigaciones. Sin embargo, a nivel interpretativo, las hipótesis seguían planteándose dentro de un marco positivista (Hernando, 2001: 231), cuando no había una total ausencia de una base teórica sólida. Por tanto, debido a sus carencias cada vez más evidentes, este modelo positivista y procesual que caló tan bien en el ámbito peninsular a lo largo de las décadas de los '70 y sobre todo de los '80, no continuó teniendo la misma relevancia a partir de los años 90 (*ibídem*: 232).

En este momento, la investigación prehistórica en las tierras del Duero/Douro participaba de las mismas tendencias, priorizando el establecimiento de periodizaciones minuciosas, el diseño de clasificaciones tipológicas detalladas y los enfoques puramente descriptivos. De este modo, proliferaron los estudios centrados en

la cerámica y su clasificación tipológica, partiendo de la idea de que a cada “cultura arqueológica” le correspondía un conjunto determinado y específico de cultura material (Bellido, 2013: 248). Hay que señalar que también hubo autores que se acercaron a la realidad prehistórica del interior peninsular desde otros enfoques interpretativos distintos (Harrison, 1977 y 1993; Harrison y Moreno, 1985; Ruiz Gálvez, 1987; etc.), aunque no son trabajos específicos sino que integran los datos de esta región en ámbitos más amplios. Si bien los esquemas interpretativos seguían lastrados en cierta medida por los enfoques más tradicionales, donde sí se observó un profundo cambio fue en el planteamiento metodológico del trabajo de campo. Influidos en cierta medida por la “Arqueología procesual” europea defendida por Colin Renfrew (Renfrew y Bahn, 1993), se observa una mayor preocupación por la documentación y registro minucioso de cualquier evidencia arqueológica susceptible de ser hallada, con una considerable mejora de las técnicas de excavación. De este modo, comienza a prestarse más atención no sólo al elemento materia, sino también a la estratigrafía y a las estructuras detectadas. Además, se comienzan a realizar todo tipo de análisis físico-químicos (edafológicos, palinológicos, diferentes sistemas de datación...), que pudiesen ofrecer más información sobre las formas de vida y el entorno en el que habitaban las poblaciones prehistóricas. Gracias a ese impulso que sufrió la práctica arqueológica, se multiplicaron los enclaves prehistóricos documentados, y los que ya se conocían se estudiaron en profundidad, hecho que comenzó a romper con el viejo cliché del interior peninsular como un “desierto demográfico” durante la Prehistoria Reciente. Estos territorios comienzan a integrarse en los trabajos de ámbito peninsular como regiones con entidad propia, de modo que los modelos interpretativos de las regiones periféricas que hasta entonces se proyectaban sobre el valle del Duero/Douro, empiezan a resultar ineficaces, puesto que se tratan de realidades diferentes (Díaz del Río, 1995: 107). *“Unos logros que nos permiten, de un lado, comparar la situación de las comunidades de dicho ámbito con respecto a sus coetáneas de áreas peninsulares más favorecidas por la investigación y, de otro, comprobar como con frecuencia su nivel de “desarrollo cultural” no es muy distinto al de aquellos espacios, lo que supone deslegitimar los viejos apriorismos del aislamiento y la postergación de las primeras comunidades meseteñas por mor de la interioridad e incomunicación de su territorio”* (Delibes et al., 2003: 120).

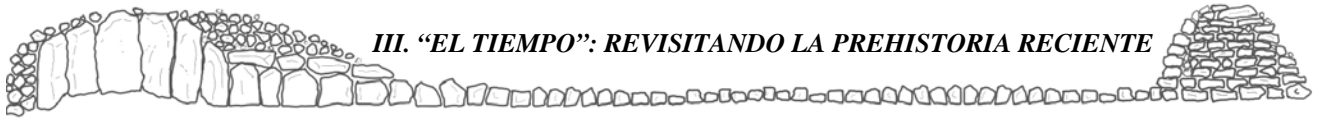


Con la generalización del C14 como sistema de datación y el número creciente de fechas disponibles, junto a la mayor cantidad de registro arqueológico y su estudio más profundo, las secuencias crono-culturales defendidas hasta entonces para el valle del Duero/Douro comenzaron a tambalearse. Se reveló la existencia de un lapso de más de medio milenio entre el declive de las poblaciones megalíticas (fines del IV milenio BC) y la aparición del "fenómeno Campaniforme" (mitad del III milenio BC), que pronto comenzó a llenarse con importantes concentraciones de poblamientos adscritos al III milenio BC, dispersos a lo largo de toda la cuenca. En las nuevas periodizaciones, el periodo denominado como "Calcolítico" cuenta ya con una cierta entidad, definido de una forma u otra (bien como "*Eneolítico*", o como una fase dividida en un momento inicial poco claro y otro ya avanzado o pleno hacia mediados del III milenio BC) (Delibes y Del Val, 1990: 63). "*Por primera vez se contemplaba el Calcolítico como una etapa cultural que debía ser explicada como una totalidad coherente y estructurada de rasgos*" (Hernando, 2001: 232). La publicación de numerosos trabajos (Delibes 1976-1977; López Plaza, 1979; Martín Valls y Delibes, 1981: 180-184; Oliveira, S. 1983-1984; Sanches, 1987a; etc.), fue sustituyendo la vieja imagen de un "vacío demográfico" por el de un momento de "crecimiento demográfico" y "ocupación efectiva" del territorio (Carmona, 2011: 22; Delibes *et al.*, 1996: 163). A pesar de esta reivindicación, en un primer momento este "Calcolítico inicial" o "precampaniforme" (como a veces se le denomina), en línea con las hipótesis más tradicionales, se hacía derivar de la denominada "Cultura de las grutas" de finales del periodo neolítico, vinculándolo de esta manera al esplendor del mundo de la *Estremadura* portuguesa y del Sudeste peninsular a finales del IV-inicios del III milenio BC) (Oliveira, S., 1983-1984: 100). Por tanto, era el resultado de la asimilación por parte de las poblaciones locales de las aportaciones culturales, e incluso en algún caso étnicas, procedentes de otros grupos eneolíticos peninsulares, como "Los Millares" o la "Cultura del Tajo" (López Plaza, 1978, cit. por Fabián, 2006: 46).

Este aumento en el número de yacimientos conocidos y este cambio de perspectiva con respecto al estudio del III milenio BC en el valle del Duero/Douro, también va a tener importantes consecuencias en el ámbito de la interpretación del "fenómeno Campaniforme". En una primera fase, correspondiente más o menos a la década de los '70, los modelos interpretativos continuaban defendiendo las ideas tradicionales de que el campaniforme era un elemento intrusivo y foráneo en el interior

peninsular, en todas sus variantes (tanto inciso como impreso), relacionado con la llegada de pueblos con unas características raciales y unos elementos culturales determinados (Delibes, 1977: *pássim*; Harrison, 1977: 55-67). Desde inicios de los años 80, el debate sobre el origen del campaniforme que se llevaba desarrollando unos años a nivel europeo (Harrison, 1980; Lanting y Van der Waals, 1976; Sangmeister, 1963; etc.) así como los trabajos que proponían nuevos enfoques para este fenómeno, sobre todo desde la escuela anglosajona (Clarke, 1976), comenzaron a modificar los paradigmas que hasta entonces se mantenían para nuestro territorio, incorporando algunas de estas nuevas ideas y abandonando en gran medida los enfoques histórico-culturales. Se rechazan las tesis colonialistas y se comienza a hablar de la asimilación del “elemento campaniforme” por aculturación, es decir que son las propias poblaciones autóctonas las que adoptan este nuevo fenómeno, sin que ello implique un aporte poblaciones ni una drástica suplantación cultural (Bellido, 2005: 32). Se sustituye el término “Civilización Cienpuzuelos” por “Estilo Cienpuzuelos”, el cual tendría una marcada raíz indígena (Delibes, 1987: 51) y se comienza a aceptar que no hay una “Cultura Campaniforme” sino “*múltiples culturas con Vaso Campaniforme*” (Delibes y Del Val, 1990: 81). Otro de los tópicos que se rompe con las nuevas investigaciones es que la presencia del “fenómeno Campaniforme” en el territorio duriense “*no constituía el despertar de la metalurgia a escala regional, sino más bien su consolidación y esplendor*” (Delibes *et al.*, 1996: 163). Pero estos cambios interpretativos también supusieron modificaciones a la hora de tratar el “elemento campaniforme”, puesto que desde tendencias más funcionalistas, se comenzó a prestar atención a otras facetas más allá de su origen, como a su papel y función socio-simbólica. De este modo, estos ítems de la cultura material pasaron de ser el “*fósil-guía de un grupo cultural o racial*” a considerarse como marcadores de la existencia de jefaturas, auténticos “símbolos de estatus” que determinaban el prestigio de los “*grandes hombres, régulos o princeps campaniformes*” (Garrido *et al.*, 2005: 412).

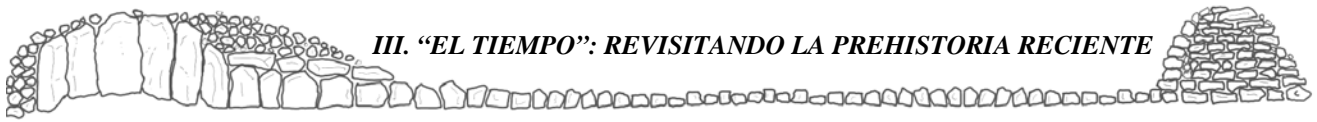
Esta renovación teórica y documental también ha significado un punto de inflexión en los estudios del periodo denominado como “Edad del Bronce” en el valle del Duero/Douro, definiéndose como un período mucho más amplio y más complejo de lo que hasta entonces se defendía. Se rompe por fin el esquema preconcebido de la continuidad entre el “Campaniforme” y “Cogotas I” (Delibes *et al.*, 1990: 85-88), de modo que comienzan a definirse numerosos “horizontes culturales” que van a ocupar ese lapso temporal, que en un primer momento se consideraron como



“epicampaniformes” (Jimeno, 1988: 104), pasando posteriormente a tener una entidad propia normalmente asociados a un yacimiento a conjunto de yacimientos locales: el “horizonte Cogeces” a veces también denominado “Protocogotas” (Delibes y Fernández Manzano, 1981), el “Parpantique” (Fernández Moreno, 2013: 284; Jimeno y Fernández Moreno, 1992a: 86-91), la “Cultura de Montelavar” (Harrison, 1974: 84-90; Oliveira, S., 1983-1984: 103), o el “horizonte Barcelos-Melide” (Oliveira, S., 1983-1984: 105); entre otros. A pesar de que se desarrollaron numerosos trabajos arqueológicos (Delibes, 1978b; Jimeno, 1983 y 1985; Martín Valls y Delibes, 1977, 1978 y 1981; Oliveira, S. 1980 y 1986; etc.), fue la cerámica y su variada complejidad estilística, casi la única referencia básica para determinar una periodización del II milenio BC. Sin embargo, fue suficiente para desechar la vieja hipótesis de la llegada de unos pueblos pastores nómadas al interior peninsular en un momento avanzado del II milenio BC, y para realizar novedosas lecturas desde una perspectiva más autoctonista (Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 17; Fernández Posse, 1986-1987: 231-232). En cuanto al “fenómeno de Cogotas I”, se realizaron varios trabajos de revisión del fenómeno, síntesis e incluso se hicieron esfuerzos por integrar el fenómeno en el contexto general del “Bronce peninsular” (Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987; Fernández Posse, 1986-1987). Gracias a estos trabajos pudo ajustarse su cronología y retrotraer dicho fenómeno hasta el último tercio del II milenio BC, por lo que no concordaba con las viejas hipótesis de la llegada de poblaciones centroeuropeas (Fernández Posse, 1986-1987: 231). Sin embargo, como hipótesis intermedias, surgieron otras teorías como la de que la excisión se trataba del “*eco de una moda*” con un origen transpirenaico, que desde varias centurias anteriores se había extendido por otras regiones europeas (Abarquero, 2005: 26; Delibes, 1978b). Al renunciar al argumento de la llegada de pueblos foráneos al interior peninsular, se desarrollaron nuevos modelos interpretativos para explicar la uniformidad y expansión del “fenómeno Cogotas I”, entre los que triunfó principalmente la teoría de que se trataba de gentes con una orientación económica fundamentalmente ganadera y con mucha movilidad, llegando incluso a vincular sus movimientos con las rutas de trashumancia tradicionales (Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 17). Esta hipótesis avalada por la endeblez de las estructuras de hábitat, la escasez de necrópolis conocidas y la dispersión de los enclaves con cerámica de “estilo Cogotas I” documentados, aunque actualmente está muy rebatida, ha tenido durante varias décadas gran aprobación dentro del ámbito académico, puesto que daba una respuesta

coherente a la aparente uniformidad cultural meseteña durante la segunda mitad del II milenio BC.

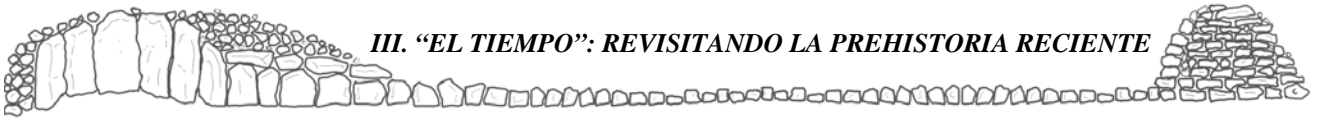
A partir de la década de los ‘90 y hasta la actualidad se ha dado un fuerte impulso a la investigación de la Prehistoria Reciente en el valle del Duero/Douro, siendo uno de los factores más importantes el desarrollo de proyectos a largo plazo, que han abarcado varios estudios de diferentes disciplinas, con el fin de obtener una visión global de las poblaciones que habitaron esta región a lo largo de la Prehistoria Reciente. Gran parte de estos proyectos, que han dado lugar también a la excavación rigurosa de numerosos yacimientos, han consistido en investigaciones profundas y sistemáticas, de carácter diacrónico e interdisciplinar, pero de ámbito local, puesto que si no serían inabarcables. Algunos ejemplos serían el “Plan de Actuación Integral del valle de Ambrona” dirigido por el Profesor Manuel A. Rojo Guerra (Rojo *et al.*, 2004 y 2008; Rojo, Kunst *et al.*, 2005; etc.), la “*Ocupação Pré-histórica do Nordeste de Portugal*” desarrollado fundamentalmente por la profesora M^a Jesus Sanches en la región portuguesa de *Trás-os-Montes* (Sanches, 1994, 1996, 2000, etc.), el “IV y III milenio AC en el valle de Amblés” que supuso la Tesis doctoral del Dr. J. Francisco Fabián además de otros muchos trabajos (Fabián, 2006; Fabián *et al.*, 2006; etc.), o el proyecto de investigación sobre la “*Ocupação Pré-histórica do Alto Paiva*” llevado a cabo primero por el profesor. Domingos J. da Cruz y posteriormente con la co-dirección de la Profesora Raquel Vilaça (Da Cruz, 2001; Da Cruz *et al.*, 2000; Vilaça, 2000; Vilaça y Da Cruz, 1999; etc.), entre otros. En otras ocasiones, estos proyectos han consistido en el estudio de un aspecto concreto de la Prehistoria Reciente a nivel regional, siendo uno de los mejores exponentes el de “Arqueometalurgia en la Cuenca del Duero”, coordinado y dirigido por los Profesores Germán Delibes y Julio Fernández Manzano, que dio lugar a numerosos análisis arqueometalúrgicos y un sinnúmero de publicaciones (Delibes *et al.*, 1996, 2003 y 2006; Fernández Manzano *et al.*, 1997; etc.). Pero también hay que destacar otros estudios como de las prácticas funerarias de la “Edad del Bronce” en el noroeste de peninsular y norte de Portugal, desarrollado principalmente por la Profesora Ana M. Bettencourt (Bettencourt, 1997, 2009, 2010a y b, etc.), o las recientes investigaciones del proyecto “*Metabronze*” para el análisis de la actividad metalúrgica del bronce en el centro y norte de Portugal, coordinado por el Profesor João C. Senna Martínez (Senna Martínez 2007 y 2010; Senna Martínez *et al.*, 2010 y 2011; etc.).



El relevo generacional que había comenzado, en las décadas anteriores, en la comunidad investigadora y en el mundo académico (García Barrios, 2008: 33) se produce ahora de forma definitiva, lo que supuso la ruptura completa con los viejos presupuestos teóricos y la apertura de nuevas líneas de investigación. La continuidad de los proyectos de investigación iniciados ya en décadas anteriores, así como la consolidación de los departamentos de Arqueología y Prehistoria en todas las universidades, ofreció un buen contexto donde los nuevos investigadores han podido desarrollar sus proyectos, muchos de ellos vinculados a Tesis Doctorales, a lo largo de estas últimas décadas. La ingente cantidad de datos generada, en gran parte, por el impacto de la "Arqueología de Gestión" pero también por las intervenciones vinculadas a esos grandes proyectos de investigación, ha hecho imposible que se hayan continuado publicando estudios generales que abarquen toda la Prehistoria Reciente en grandes regiones como el valle del Duero/Douro. Salvo algunas excepciones de síntesis a nivel regional o suprarregional (Bellido, 2005; Delibes y Fernández Manzano, 2000; Oliveira, S., 2000), en estos últimos años generalmente se han desarrollado trabajos de investigación en dos líneas diferentes. Por una parte, están los autores que se han especializado mucho en un aspecto en concreto (un tipo de análisis, un elemento de cultura material, un periodo cronológico determinado o una línea metodológica concreta...) y llevan a cabo su estudio en grandes áreas territoriales, haciendo de este modo un gran trabajo de revisión y síntesis de ese evento en concreto. En esta línea, destacan los trabajos que han profundizado en el estudio de la cultura material, principalmente la cerámica, pero superando los tradicionales puntos de vista tipológicos, y yendo más allá, considerando la cultura material no como un simple objeto sino como el reflejo o el producto de una sociedad (Abarquero, 2005; Bettencourt, 2011; Blanco, 2012; Carmona *et al.*, 2010; Castro *et al.*, 1995; Garrido, 2000; Harrison y Mederos, 2001; Herrán, 2008; Jimeno, 2001; Oliveira, S., 1999 y 2002; etc.). Por otra parte, están aquellos autores que se han centrado en el estudio global y en profundidad de las evidencias arqueológicas de uno o varios milenios de ocupación prehistórica en un ámbito local o provincial, produciendo interesantes trabajos que abarcan grandes lapsos cronológicos pero se concentran en pequeñas regiones geográficas (Blanco, 2008; Blanco, J.F., 2005; Carmona, 2011; Da Cruz *et al.*, 2000; Delibes, 1995; Delibes y Herrán, 2007; Delibes y Val Recio, 1990; Fabián, 1993 y 2006; Fernandes Heitor, 2002; Fernández Moreno, 2013; García Barrios, 2008; Gibaja *et al.*, 2012; Morán, 2005a; Rodríguez Marcos, 2005; Sanches,

1996 y 2000; Senna Martínez, 1989; Valera, 2000; etc.). Todo este esfuerzo invertido en la investigación ha dado lugar a un ingente *corpus* bibliográfico, complementado por numerosos inventarios arqueológicos a nivel provincial, informes de trabajos de campo sistemáticos y memorias de varias excavaciones, que conforman el “archivo documental” de la Prehistoria Reciente en el valle del Duero/Douro.

Los nuevos enfoques interpretativos introducidos por esta fecunda generación de investigadores han permitido abrir novedosas líneas de estudio, dejando un poco de lado la obsesión por las cronologías y las secuencias crono-tipológicas, por lo menos en su faceta más tradicional. La denominada “Arqueología del Paisaje o Espacial” ha sido una de las corrientes más seguidas por los investigadores a lo largo de estos últimos años que, con la introducción de la herramienta de los “Sistemas de Información Geográficos”, (S.I.G.) ha permitido profundizar en aspectos como las estrategias de explotación del medio y apropiación del territorio, el grado de productividad económica o la reconstrucción ambiental de los entornos prehistóricos (Bettencourt *et al.*, 2003; Blanco, 2008 y 2012; Fabián *et al.*, 2006; Fernandes Heitor, 2002; Figueiral y Sanches, 1998-1999; García Barrios, 2008; García García, 2011 y 2015; López Sáez *et al.*, 2005; Morán, 2005a; etc.). Pero sin ninguna duda, donde se ha observado un mayor aumento del interés ha sido en los aspectos económicos y sociales, que han acaparado la mayor parte de los trabajos, considerados en gran medida como los factores-motores causantes de las grandes transformaciones acaecidas en los tiempos prehistóricos, lejos de las viejas teorías de cariz colonialista. Se ha incidido mucho, de este modo, en el desarrollo del fenómeno de la “complejidad social”, tanto planteando hipótesis de una evolución progresiva y lineal de la desigualdad y jerarquización social (Bellido, 2005; Da Cruz *et al.*, 2000; Delibes *et al.*, 1995; Delibes y Fernández Manzano, 2000; Delibes y Herrán, 2007; Delibes y Del Val, 2007-2008; Villalobos, 2014), como diseñando otro tipo de modelos sociales para las poblaciones que habitaron el interior peninsular a lo largo del III y II milenio BC (Carmona, 2011; Díaz del Río, 1995; Garrido, 2006). Otra importante línea de trabajo han sido los estudios sobre cultura material que, superando los viejos trabajos de base tipológica, han introducido nuevas caracterizaciones arqueométricas como estudios de patrones decorativos, análisis volumétricos y morfológicos, traceología, o análisis de contenidos y de procedencias, entre otros (Abarquero, 1996 y 2005; Alday *et al.*, 2011; Bettencourt, 2001; Blanco, 2011a; Carmona *et al.*, 2010; Comendador y Bettencourt, 2011; Delibes *et al.*, 1996, 2003, 2006 y 2009; Figueiredo *et al.*, 2012;



Garrido, 2000; Guerra, 2006; Luís, 2013; Odriozola *et al.*, 2012; Rojo *et al.*, 2006a y b; Ruiz Gálvez y Montero, 1998; Sánchez Polo, 2011; Senna Martínez, 1993; Senna Martínez *et al.*, 2011). Además, en muchos casos los trabajos se han enfocado desde perspectivas diferentes como la funcionalidad socio-simbólica de estos materiales (Abarquero, 1997; Delibes y Guerra, 2004; García Barrios, 2005; Garrido y Muñoz, 2000; Guerra, 2006; Rojo *et al.*, 2008b; Ruiz Gálvez, 1995; Sánchez Polo, 2011; Sánchez Polo y Blanco, 2014) o su papel como elementos de intercambio (Abarquero, 2012; Bettencourt, 2011; Garrido y Muñoz, 1997; Rojo *et al.*, 2006c; Ruiz Gálvez y Montero, 1998; Villalobos, 2013 y 2015). Con el mismo objeto de conseguir una detallada caracterización arqueométrica y de sus diferentes "usos", se ha renovado el interés por el análisis de otras evidencias arqueológicas como son las estructuras de hábitat y la organización del espacio interno de los asentamientos (Alameda *et al.*, 2011; Blanco, 2010 y 2011a y b; Fernández Moreno y Almeida, 2011; García Barrios, 2007 y 2011; Oliveira, V. *et al.*, 2006; Rodríguez Marcos, 2005; Rodríguez Marcos y Val Recio, 1990; Sánchez Polo, 2012; Sánchez Polo y Blanco, 2014; Villanueva *et al.*, 2014). También se ha prestado atención a las grandes arquitecturas (fortificaciones, recintos...), con el fin de determinar su funcionalidad y su desarrollo constructivo (Delibes *et al.*, 2009; Díaz del Río, 2003; García García, 2013; Oliveira, S., 1994; Oliveira, S. *et al.*, 2004; Oliveira, V., 2005; Palomino *et al.*, 1999; Sanches, 2003; Valera, 2008-2009). Por último, señalar que existen otras líneas de estudio más minoritarias pero igualmente novedosas, que se han hecho un hueco en el campo de la investigación prehistórica del valle del Duero/Douro, como ha sido el caso del fenómeno de los rituales de comensalidad y consumo de bebidas alcohólicas y otras sustancias psicotrópicas (Garrido, 2012-2013; Garrido *et al.*, 2011a y b; Guerra, 2002 y 2005; Rojo *et al.*, 2006a y b y 2008c). También se ha observado un creciente interés por el estudio de los circuitos y redes de intercambio regionales, y su papel como recurso socio-económico (Brandherm, 2007; Jimeno, 2001; Rojo *et al.*, 2006c; Ruiz Gálvez, 1992 y 1999; Senna Martínez, 2010; Villalobos, 2012 y 2013). La cuestión de las prácticas rituales y funerarias también se ha desarrollado enormemente a lo largo de estas últimas décadas, sacando a la luz un gran número de hallazgos novedosos objeto de interesantes publicaciones (ver subepígrafe 3.2.2).

Por tanto, esta última etapa de la historia de las investigaciones sobre la Prehistoria Reciente en el valle del Duero/Douro ha sido, con diferencia, la más fructífera, tanto por el número de hallazgos arqueológicos como por la cantidad de

proyectos y publicaciones científicas a las que ha dado lugar. De este modo, a diferencia de las etapas anteriores, es imposible sintetizar todos los enfoques e hipótesis interpretativas que se han planteado a lo largo de estos últimos años en relación a las formas de vida de las poblaciones que ocuparon este territorio durante el III y II milenio BC.

A pesar de todo el avance que se ha llevado a cabo sobre todo en las últimas décadas, aún existen ciertos ámbitos escasamente estudiados en el territorio duriense. La investigación de la Prehistoria Reciente en el valle del Duero/Douro se ha polarizado mucho, principalmente, entre la caracterización arqueométrica de la evidencia arqueológica y su determinación cronológica, y la reconstrucción paleoambiental y territorial de los contextos prehistóricos (Blanco, 2011a: 124). Sin embargo, otros aspectos que podrían aportar mucha información sobre la realidad de aquellas sociedades, han quedado relegados a un segundo plano, como es el caso de las estrategias de explotación de los recursos económicos, las posibilidades y orientación “funcional” de los asentamientos y su carácter estable o estacional, o las formas de relacionamiento intra e inter-grupales. Lo mismo acontece al analizar la bibliografía en función del tipo de yacimiento o su cronología, predominando en estos casos los contextos funerarios y/o rituales, y por otra parte los enclaves con presencia de cerámicas propias del “fenómeno Campaniforme” o del horizonte cultural de “Cogotas I”. Este panorama desigual en el conocimiento de la Prehistoria Reciente en el valle del Duero/Douro ha provocado que en cierta medida se haya proyectado una imagen de estancamiento, acaparando mucha información sobre ciertas prácticas en determinados periodos, lo que dificulta mucho tener una visión diacrónica y a largo plazo del devenir de aquellas poblaciones (Bellido, 2005: 284).

También existen grandes diferencias a nivel geográfico. Hay zonas privilegiadas donde se han llevado a cabo proyectos de investigación a largo plazo, con enfoques globales y diacrónicos. Un ejemplo muy explícito de la importancia y relevancia que para la investigación han tenido estos planes de actuación planificados, ha sido la transformación del conocimiento que tenemos sobre la Prehistoria Reciente en la provincia de Zamora y en la región transfronteriza de *Trás-os-Montes*. Ambas eran prácticamente desconocidas en el campo de la investigación prehistórica hasta la década de los ‘70 y ‘80 respectivamente, cuando equipos de distintas universidades comenzaron a desarrollar importantes trabajos de excavación, prospección y estudio, y



III. “EL TIEMPO”: REVISITANDO LA PREHISTORIA RECIENTE

también se impulsaron actuaciones desde las administraciones como el “Proyecto de la Carta Arqueológica de la provincia de Zamora” o el “*Levantamento Arqueológico da Terra Quente Transmontana*” (Bettencourt, 2011: 365; Delibes y Del Val, 1990: 53; Sanches, 1987a y 1996: 3). Y a pesar de este impulso, se continúa teniendo muy pocos datos sobre algunos periodos, principalmente de algunas centurias del II milenio BC (Sanches, 1996: 90). Por el contrario, hay en ciertas áreas, como la provincia de León, Segovia o gran parte de la región de la *Beira Alta*, que bien por la falta de interés por parte de la investigación bien porque ésta se ha enfocado hacia otros periodos de nuestra historia, en las que la realidad del III y II milenio BC es prácticamente desconocida, salvo por algunas relevantes excepciones (Blanco, J.F., 2005; Da Cruz, 2001; Da Cruz *et al.*, 2000; Delibes, 1979 y 1988; Delibes *et al.*, 1982; Delibes y Fernández Manzano, 1983; Fernandes Heitor, 2002; Fernández Posse y Arnáiz, 1981; López Ambite, 2003; Mañanes, 1977; Vilaça y Da Cruz, 1995).

En el ámbito de la difusión de los datos también existen aún hoy ciertas carencias. En las tres últimas décadas, fundamentalmente, se ha incrementado de forma muy notable el número de publicaciones científicas que atañen a la Prehistoria Reciente en el valle del Duero/Douro. Además, esta faceta más pública de la investigación se ha visto complementada también por el aumento en el número de congresos y reuniones científicas, que tanto a nivel nacional como más local, han ayudado a divulgar toda esa información. Sin embargo, no todo lo que se descubre se publica, lo que supone un gran lastre y pérdida para el conocimiento de la realidad prehistórica en nuestro territorio. El número de yacimientos documentados y excavados se multiplicó a raíz de la implicación de los distintos órganos administrativos en la gestión del Patrimonio arqueológico y del aumento de la actividad de la denominada “Arqueología de Gestión”, o en otros casos “de Urgencia”. En este contexto, “*es claramente perceptible un desequilibrio entre la información generada por la actividad arqueológica (sea excavación o prospección) y la que a la postre es divulgada*” (García Barrios, 2008: 26). A pesar de que este problema, que no sólo es propio del campo de la “Arqueología de Gestión”, se intenta paliar a través de ciertas exigencias impuestas por la parte administrativa competente (como la entrega de los informes técnicos pertinentes sobre la intervención y en algunas ocasiones breves notas de prensa), “*la fase de excavación no siempre es seguida de la publicación de una memoria exhaustiva*” (Bellido, 2005: 7). De hecho, no lo es un una gran mayoría de los casos, pero ya no por una cuestión de falta de interés por parte de

los investigadores (que también ocurre en algunas ocasiones), sino principalmente por una cuestión de falta de financiación para esa faceta de la investigación, primando siempre la del trabajo de campo y recuperación del material arqueológico. Toda esa ingente información, sacada a la luz por las actividades arqueológicas de distinta naturaleza, precisaría ser objeto de atención por parte del mundo de la investigación, más allá de los proyectos de tesis doctorales que de vez en cuando revisan este tipo de datos, puesto que seguramente aportarían una nueva perspectiva a la Prehistoria Reciente de la cuenca duriense.

3.1.2. EL III MILENIO CAL. BC: UN PERIODO ENTRE LA CONTINUIDAD Y EL CAMBIO

Hasta el último tercio del s. XX, se consideró el interior peninsular como un auténtico “vacío cultural y demográfico” ajeno a todas las “transformaciones revolucionarias” que se estaban fraguando desde inicios del III milenio BC en otros focos peninsulares como “Los Millares” o “Vila Nova de São Pedro”. Las pocas evidencias de poblamiento que se conocían para este momento en el valle del Duero/Douro eran interpretadas como propias de unas comunidades que “vivían todavía en un estadio eminentemente neolítico, ajenas a las transformaciones que se estaban produciendo en los espacios meridionales” (Carmona, 2011: 18). Se generalizó el término de “primitivismo” para caracterizar a estas poblaciones, de las que no se conocían ni asentamientos estables ni manifestaciones funerarias, y de las que los escasos restos de hábitat conocidos eran tan endebles que las situaban sin ninguna duda en un “plano secundario, retardatario y continuista” (García Barrios, 2008: 272) con respecto a la dinámica peninsular, e incluso se apuntaba al “nomadismo” como su forma de vida.

Las investigaciones llevadas a cabo a partir de la década de los ‘70 permitieron ofrecer una nueva percepción de la realidad del III milenio BC en el valle del Duero/Douro, basada en análisis e interpretaciones del registro material alejadas de viejos prejuicios y apriorismos propios de los estudios de la Prehistoria Reciente en el interior de la Península Ibérica. Las nuevas técnicas de análisis junto a una fuerte actitud crítica hacia los modelos de tendencia más histórico-cultural, posibilitaron la renovación de la investigación prehistórica en nuestro territorio, pero sin embargo esta regeneración no llegó a alcanzar el nivel de otras áreas peninsulares. Los estudios continuaron siendo fundamentalmente descriptivos y empiristas, y aunque se



abandonó en cierta medida la obsesión por las clasificaciones tipológicas, no ha sido hasta hace un par de décadas cuando la investigación ha comenzado a plantearse otras cuestiones de naturaleza más social, política o simbólica. Esta situación ha llevado a la práctica inexistencia de modelos propios para interpretar la realidad del III milenio BC en el valle del Duero/Douro, y a su vez a la recurrente aplicación de teorías propuestas para otros espacios mediante la vía comparativa (Carmona, 2011: 34).

Por tanto, a partir de los años 70, superadas ya las hipótesis clásicas propuestas para el desarrollo de la Prehistoria Reciente en el interior peninsular, se asumió la misma secuencia crono-cultural que para el resto de Europa (Delibes, 1976-1977). De este modo, el periodo denominado como “Calcolítico” adquiría ya una cierta entidad en la región del valle del Duero/Douro (Delibes 1976-1977; López Plaza, 1979; Martín Valls y Delibes, 1981: 180-184; Oliveira, S. 1983-1984; Sanches, 1987a; etc.). En un primer momento, fue definido como una fase “Eneolítica”, que abarcaba el final del “Neolítico” y los inicios de la “Edad del Cobre”, y en la que tenía cabida parte del fenómeno megalítico. El período al que antecedía era el denominado “Bronce I”, iniciado por el “mundo Campaniforme”, cuyo rasgo más característico era la difusión (no aparición) de la metalurgia cuprífera (Delibes, 1978a: 141). Posteriormente, se desligó el mundo megalítico de los primeros momentos de la “Edad del Cobre” y el “fenómeno Campaniforme” comenzó a incluirse dentro de esta misma etapa, puesto que aún el metal usado era el cobre. Por tanto, tradicionalmente se han asumido estos dos grandes fenómenos, el “Megalitismo” y el “Campaniforme”, como los “delimitadores cronológicos” del periodo denominado como “Calcolítico”. Finalmente, esa fase inicial pasó a definirse como “Calcolítico precampaniforme”, por contraposición a la “etapa campaniforme”, considerando por tanto ambas etapas de forma individualizada, con la idea de que con la introducción del campaniforme se acabó un mundo y comenzó otro. Esta propuesta tradicional de la división del “ciclo calcolítico” en dos fases, es la que sigue aún vigente en la actualidad (Carmona, 2011: 32; Del Val y Herrán, 1995), a pesar de que nuevas evidencias demuestran la coetaneidad de ambas “culturas materiales”.

La tendencia de los investigadores por uniformizar los fenómenos y buscar generalidades, y su obsesión por las periodizaciones, provocaron que durante mucho tiempo se asumiese la existencia de una única *facies* cultural en todo el territorio normeseteño a lo largo del III milenio BC, heredera de la tradición neolítica de la “Cultura de las Grutas” y a la que se atribuía una cronología dilatada desde finales del

IV milenio BC hasta llegar a solaparse con el fenómeno del “Vaso Campaniforme” e incluso con el “Bronce Antiguo” (inicios del II milenio BC) (Oliveira, S. 1983-84: 99-100): el “horizonte Las Pozas”, denominado así por el yacimiento zamorano epónimo (Delibes y Del Val, 1990: 63-78; Del Val, 1992; Del Val y Herrán, 1995; etc.). La definición de este horizonte calcolítico meseteño tuvo lugar en los años 70, cuando se inició el descubrimiento de diferentes enclaves de cierta entidad en el occidente de la Meseta Norte, en la comarca zamorana de la Tierra del Vino (Las Pozas, El Canchal, La Perrona, El Cerro del Ahorcado, Las Peñas, El Pedroso...), y que los investigadores comenzaron a relacionar por diferentes aspectos con los yacimientos más típicos del Sudeste peninsular y de la denominada “Cultura del Tajo” (Delibes, 1995: 65; Delibes y Del Val, 1990: 63-65 y 72-78; Fernández Moreno, 2013: 23). En el caso portugués ocurrió lo mismo, en este caso definiendo y unificando todo el norte de Portugal, no sin una gran polémica, bajo el “horizonte Penha/Mairós”, cuyo nombre proviene de localizaciones epónimas del norte portugués, en Guimarães (Braga) y Chaves (Vila Real) respectivamente (Delibes y Del Val, 1990: 63; Oliveira, S. 1983-1984: 97-101; Santos y Da Mota, 1988-1989). Ambas *facies*, que comparten a su vez ciertos elementos comunes en su cultura material, principalmente en la cerámica (ver Figura 5), otorgaban una fuerte personalidad y entidad a vastas regiones de ambos lados de la frontera, hasta el punto de que los nuevos hallazgos propios de este momento se clasificaban en virtud de las semejanzas y diferencias con estos grupos. De este modo, se consideraba que las poblaciones de ambos territorios “ *fueron capaces de generar una identidad propia... con elementos heredados de períodos anteriores, o generados por las peculiaridades derivadas de habitar un espacio...*” (García Barrios, 2008: 387). Sin embargo, con el avance de la investigación y la multiplicación de enclaves estudiados, se dio paso a una imagen mucho más compleja y menos “uniformizadora”. Algunos autores comenzaron a plantear hipótesis alternativas en las que se proponía la existencia de múltiples *facies* culturales definidas por la presencia y/o ausencia de ciertos elementos materiales en determinados yacimientos representativos (que normalmente coincidían con los estudiados en mayor profundidad), y cuyo territorio de influencia ya no era de ámbito regional sino local (Carmona, 2011: 21; Fernández Moreno, 2013: 23-24). Frente a esa pretendida “unidad cultural” que representaban el “horizonte Las Pozas” o el de “Penha/Mairós” en el valle del Duero/Douro, comenzó a destacarse la gran diversidad de tradiciones locales coetáneas reflejada a través de la cultura material (principalmente de la



cerámica) (Delibes y Del Val, 1990: 63), las cuales comparten a su vez determinados elementos comunes resultantes de unas similares estrategias de subsistencia desarrolladas en un mismo contexto espacio-temporal (de ahí, la homogeneidad documentada en relación a los patrones de asentamiento, las formas de hábitat, la especialización y diversificación de actividades económicas...) (Fabián, 1993: 157). Así, en la cuenca media del Duero surge el "horizonte de Los Cercados" (Del Val y Herrán, 1995; García Barrios, 2005 y 2008; Herrán, 1986), mientras que para el suroeste normeseteño se apuntan varias *facies* representadas respectivamente por los yacimientos de La Solana, Tierras Lineras (ambos en Salamanca) y La Teta (en Ávila), y la de Peña del Águila-Aldeagordillo (Ávila) para la zona más oriental de dicho territorio (Fabián, 1993: 157 y 1995: 159). En el ámbito portugués se produjo la misma situación, aunque en menor medida, definiéndose a nivel local distintos estilos o grupos, como en el caso de los yacimientos de las áreas más litorales que serían adscritos al tipo "Penha/Gândara" (Oliveira, S., 1983-1984: 99-100). Esa pluralidad observada en la cultura material, y más específicamente la cerámica, conduciría por tanto *"à suposição dum amplo regionalismo cultural em toda esta vasta área, regionalismo que será certamente acentuado quando estiveremos de posse de todos os elementos culturais que diferenciam os diferentes grupos que habitaram durante a Pré-História recente a bacia hidrográfica do Douro e o Noroeste em geral"* (ibídem: 99). Desde esta perspectiva, la *facies* de "Las Pozas", por ejemplo, no se referiría más que a un conjunto de manifestaciones arqueológicas propias de uno de los distintos grupos humanos que habitaron el valle del Duero/Douro durante el III milenio BC, y cuya "área de influencia" se extendería principalmente por las provincias de Zamora y Valladolid, y ciertas áreas colindantes. A pesar de todo ello, aún en la actualidad sigue siendo indiscutible el protagonismo que tanto "Las Pozas" como el "horizonte Penha/Mairós" juegan en los modelos interpretativos de la fenomenología del III milenio BC del valle del Duero/Douro, hasta el punto de ser considerados como "lo representativo" del "Calcolítico precampaniforme" en todo este territorio.

Como ya se ha señalado en varias ocasiones en epígrafes anteriores (ver epígrafe 3.1), en el presente trabajo se mantiene una postura muy crítica hacia estas periodizaciones y clasificaciones basadas en viejos apriorismos clásicos de corte tecnicista, e intentamos evitar su aplicación en la medida que nos es posible. En lo que respecta al periodo denominado "Calcolítico" se abre un debate en el que algunos

autores llegan a plantearse la existencia de esta etapa diferenciada como tal dentro de nuestro territorio (Carmona, 2011: 31) pero también en otras áreas fuera de él (Hernando, 2001), puesto que en muchos casos, debido a la escasez de datos disponibles, se trata de una fase definida simplemente por criterios tipológicos. *“Nos hemos inventado el Calcolítico (como todos los demás periodos) porque necesitábamos concretar los cambios por los que atravesó nuestra marcha identitaria desde el pasado hasta este presente... y crear en consecuencia el espejismo de un periodo con personalidad propia, el Calcolítico”* (ibídem: 233). Su propia concepción cronológica ya es en sí misma polémica, puesto que las líneas divisorias con respecto a las fases anterior y posterior (el “Neolítico final” y el “Bronce antiguo”), según estos autores, sólo se realiza en virtud de la presencia y/o ausencia de ciertos fósiles-guía tales como motivos o estilos decorativos en las cerámicas o algunos elementos líticos (Carmona, 2011: 19-20 y 64), existiendo en ambos casos una gran homogeneidad en el resto de las manifestaciones arqueológicas documentadas y en muchos aspectos esenciales. Desde este punto de vista, el “Calcolítico” se nos presentaría *“como un periodo que difuminaba sus rasgos con los del Neolítico Final del que procedía, sin que, en realidad, cupiera individualizarlo más que por la intensificación de los rasgos del periodo precedente”* (Hernando, 2001: 233). Paradójicamente, este planteamiento retoma las tesis más clásicas, como las de los hermanos Siret, en cuyas secuenciaciones crono-culturales no aparece individualizado ningún periodo calcolítico, puesto que según ellos no se dio ninguna transformación significativa, defendiendo directamente el paso de la etapa neolítica a la “Edad del Bronce” (ibídem).

Estos mismos argumentos se pueden utilizar a la hora de plantearse el sentido que tiene la utilización de *“facies culturales”* para la interpretación de la realidad prehistórica. *“¿Son la expresión de diferentes entidades políticas? ¿Reflejan distintas “influencias culturales” sobre el territorio? ¿Atienden a procesos históricos diferenciados?”* (Carmona, 2011: 21). Esa imagen de “multiplicidad cultural” que se transmite a través de la definición de “horizontes culturales” diversos según el área geográfica, se asienta simplemente en las diferencias observadas en el repertorio material, mientras que *“las interpretaciones centradas en los aspectos productivos, sociales e ideológicos no tienen en cuenta estas divisiones y siguen considerando el registro de manera global, homogénea”* (ibídem). De hecho, incluso los autores que utilizan estas *facies* lo hacen sólo para catalogar los yacimientos y las colecciones



materiales recuperadas en ellos, pero no elaboran modelos interpretativos sobre las formas de vida de las poblaciones del III milenio BC en el valle del Duero/Douro en base a ellas, sino que aplican una perspectiva mucho más general. Bajo nuestro punto de vista, la aplicación de este tipo de clasificaciones puede ayudar en el trabajo de los investigadores en la medida en que facilita la comprensión de ciertas realidades y la gestión de la información; pero a su vez se está transmitiendo una percepción distorsionada y simplificada de una realidad que probablemente fuera mucho más compleja, y completamente alejada de esa imagen primitiva y retardataria en la que durante muchos años se encasilló al interior peninsular (García Barrios, 2008: 388).

Por todo ello, en nuestra opinión se debe priorizar el uso de la cronología sobre el de las periodizaciones, siempre y cuando sea posible, y construir nuestras hipótesis partiendo de argumentos basados en profundos análisis estratigráficos y dataciones absolutas. Hay que señalar que en este aspecto nos encontramos con un gran problema metodológico debido a la escasez de análisis radiocarbónicos procedentes de yacimientos de este momento con los que contamos, debido a la pervivencia de los métodos de datación relativa. A pesar de ello, las escasas investigaciones recientes realizadas en este sentido reafirman la idea de que las hipótesis clásicas no se alejaban mucho de la realidad, puesto que las fechas obtenidas en los yacimientos adscritos a esta época, jalonan prácticamente el III milenio BC (Carmona, 2011 y 2014; Carretero *et al.*, 2008; Delibes y Guerra, 2005; Delibes y Herrán, 2007; Fabián, 2006; Muralha *et al.*, 2005; Oliveira, V. *et al.*, 2006; Sanches *et al.*, 2008; Vergés *et al.*, 2002). Estos datos más recientes junto con los aportados ya en trabajos anteriores (Benet *et al.*, 1997: 455 y 461; Bettencourt, 2011: 365-371; Delibes *et al.*, 1996: fig. 7 y 1997: 792-801; Del Val, 1992: 59-60; Del Val y Herrán, 1995: 303; Fabián, 1993: 154-163 y 1995: 157-183 y apéndice; Fernández Moreno, 2013: 153-168; Garrido, 1999: 328-338; Garrido *et al.*, 2005: 425-426; Jimeno y Fernández Moreno, 1992a: 78-91; Oliveira, S., 1983-1984: 100-101 y 2002: 35-36; Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 31-35; Sanches, 1996: 46-54; etc.) parecen, por tanto, confirmar un hiato cronológico entre el 2900-2400 cal. BC para el periodo tradicionalmente denominado como "Calcolítico precampaniforme" y otro entre el 2450-1900 cal BC para el "Calcolítico campaniforme" (Carmona, 2011: 431). Algunos autores sugieren, incluso, la existencia de una etapa anterior (Carmona, 2014: 44; López Plaza, 1978), un periodo formativo en el que ya se vislumbran algunos de los rasgos propios de las poblaciones posteriores, y que abarcaría aproximadamente la segunda mitad del IV milenio BC.

Sin embargo, algunos hallazgos recientes apuntan con gran firmeza hacia la coetaneidad de contextos tradicionalmente denominados como “precampaniformes” y otros donde se han documentado elementos campaniformes (Blasco *et al.*, 2005 y 2007; Liesau *et al.*, 2008; Ríos *et al.*, 2011-2012; Vega *et al.*, 2010). De ahí, que algunos investigadores sean partidarios de analizar el lapso temporal ubicado entre el 3300-1900 cal. BC como un bloque homogéneo, sin considerar el “factor campaniforme” como evidencia de una etapa más avanzada frente a otra más antigua (Fabián, 2006 cit. por Blanco 2008: 111-112).

Una vez expuesta toda la problemática en torno a los límites cronológicos del periodo denominado como “Calcolítico”, se van a presentar, a través de las manifestaciones arqueológicas documentadas, los “usos” y formas de vida que desarrollaron estas poblaciones que habitaron el valle del Duero/Douro a lo largo del III milenio cal. BC, de modo que se irán desgranando el tipo de transformaciones que tuvieron lugar y los ámbitos existenciales a los que afectaron. Uno de los indicios más evidentes de que en este momento se produjeron ciertos cambios en los modos de vida, es que se documenta el abandono de las tradicionales zonas de hábitat y un cambio en los patrones de asentamiento. Se observa una mayor intensidad de la presencia humana en el entorno, con todo lo que ello conlleva, lo que pudo estar vinculado a un fenómeno de intensificación económica y a un intento de fijación del hábitat (Bellido, 2005: 4; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 98-100; Fabián, 2006: 50). Los argumentos esgrimidos por los investigadores para explicar las posibles razones que impulsaron dichas transformaciones son numerosos y se refieren, generalmente desde una perspectiva de causalidad unilateral, tanto a factores externos (como las hipótesis planteadas sobre la ocurrencia de un fuerte cambio climático en los siglos precedentes al inicio del III milenio cal. BC) como internos (como las tesis que apuntan hacia un intensivo crecimiento demográfico, a un cambio en las estrategias de producción o al establecimiento de un nuevo ordenamiento socio-político más acorde con el proceso de jerarquización social). Probablemente, no exista una razón concreta, sino que fue la suma de muchos factores lo que dio lugar a estas mudanzas en la forma de ocupar el territorio y relacionarse con el entorno.

Una gran parte de los investigadores afirman reconocer en esos procesos de cambio evidencias de los inicios de la “complejidad social”, en cierta medida comparables a las manifestaciones de los grandes “focos calcolíticos” del mediodía



peninsular. La multiplicación de los hallazgos junto a las cada vez mayores similitudes formales observadas con respecto a otras áreas peninsulares, han hecho que el discurso interpretativo de las últimas décadas se haya centrado en la explicación y justificación del surgimiento de esa “complejidad” en el seno las poblaciones que habitaron el valle del Duero/Douro en el III milenio cal. BC. En este sentido, las corrientes más funcionalistas, ligadas principalmente a la llamada “Escuela de Valladolid”, hacen una lectura lineal y progresiva de los procesos de transformación que acaban por desembocar en el surgimiento de las jefaturas (Bellido, 2005; Da Cruz *et al.*, 2000; Delibes *et al.*, 1995 y 1997; Delibes y Del Val, 1990; Delibes y Fernández Manzano, 2000; Delibes y Herrán, 2007; Delibes y del Val, 2007-2008; García Barrios, 2008; Villalobos, 2014; etc.). Sin embargo, desde otros frentes se rebaten estos postulados argumentando que los elementos considerados tradicionalmente como “indicadores de la complejidad” son más bien escasos en el registro arqueológico del interior peninsular, y que por tanto hay que buscar otro tipo de indicios o bien plantear interpretaciones alternativas más acordes a la realidad prehistórica de este territorio (Díaz del Río, 1995: 106-107), puesto que *“contrariamente a lo que propone la Escuela de Valladolid, no es posible reconocer sociedades clasistas ni organizaciones políticas tipo jefatura en el ciclo histórico correspondiente a la Primera Edad de los Metales en la Meseta Norte”* (Carmona, 2011: 526). De este modo, en los últimos años se han propuesto nuevos modelos que definen situaciones de desigualdad o acceso diferencial a los recursos pero desarrolladas en contextos sociales aún cercanos a los definidos como igualitarios o segmentarios (Carmona, 2011; Díaz del Río, 1995; Garrido, 2006).

Interpretaciones a parte, si esas transformaciones tuvieron lugar y alteraron en mayor o menor medida los “usos y formas” de aquellos grupos, se han de intentar reconocer en el registro arqueológico. Por ello, a la hora de estudiar un fenómeno a largo plazo es imprescindible esforzarse en discernir, en la medida que sea posible, aquellos aspectos que permanecen prácticamente inalterados de los que han sufrido cualquier tipo de modificación.

a) **IMPLANTACIÓN EN EL TERRITORIO Y FORMAS DE HÁBITAT**

Un hecho incuestionable que tuvo lugar en este momento, y que puede documentarse desde inicios del III milenio BC, es la multiplicación de yacimientos de hábitat con respecto a cronologías anteriores. Este hecho contrasta con la parquedad de

la información disponible para el ámbito mortuario, más allá de los contextos funerarios ligados al “fenómeno Campaniforme”, aspecto que se desarrollará en epígrafes posteriores (ver epígrafe 3.2). La puesta en marcha de grandes proyectos de investigación que han permitido la ejecución de numerosas excavaciones y prospecciones sistemáticas, y la publicación de importantes trabajos científicos (Abarquero y Guerra, 2010; Bellido, 2005; Blanco, J.F., 2005; Carmona, 2011; Carvalho *et al.*, 2011; Da Cruz *et al.*, 2000; Delibes 1976-1977 y 1995; Delibes y Del Val, 1990; Delibes y Fernández Manzano, 2000; Del Val, 1992; Del Val y Herrán, 1995; Fabián, 1993 y 2006; Fernandes Heitor, 2002; García Barrios, 2008; García García, 2011; Jimeno y Fernández Moreno, 1992a; López Plaza, 1979; López Plaza y Arias, 1988-1989; López Plaza y Piñel, 1978; Martín Valls y Delibes, 1981; Muralha *et al.*, 2005; Oliveira, S. 1983-1984, 1986 y 2000; Palomino *et al.*, 1997; Sanches, 1996, 2000 y 2008; Valera, 1995; etc.), así como la puesta en marcha de los Inventarios Arqueológicos promovidos desde distintas administraciones, han sido los impulsores del estudio del factor de poblamiento a lo largo del III milenio cal. BC (y en general de toda la Prehistoria Reciente), siendo en la actualidad uno de los aspectos más profundamente analizados y con un importante corpus de datos disponible. Gracias a este esfuerzo, se ha desterrado definitivamente la imagen de “vacío demográfico” para el interior peninsular, siendo sustituida por hipótesis orientadas hacia fenómenos de crecimiento demográfico y ocupación efectiva del territorio (Carmona, 2011: 22).

Aunque con muchas reservas, teniendo en cuenta que la escasez de evidencias de poblamiento en cronologías anteriores puede no responder a una realidad sino al desconocimiento provocado por la falta de investigaciones, la interpretación de esta novedosa situación documentada en el registro arqueológico parece indicar la ocurrencia de un gran auge demográfico que dio lugar a la multiplicación de las zonas de hábitat (Fabián, 1993: 155), a la ocupación de áreas *ex novo* antes desechadas por sus escasos recursos y al cambio en las estrategias de territorialización (Delibes y Del Val, 1990: 63). Todos estos factores han llevado a algunos autores a plantear una auténtica “*revolución calcolítica*” en el interior peninsular, definida por “*una masiva presencia sobre el territorio y un grado de intensidad productiva sin precedentes*” (Benet *et al.*, 1997: 460). Además, la distribución de estos asentamientos por todo el territorio es regular, sin señaladas concentraciones o “vacíos” significativos, salvo



algunas excepciones que responden más a la variabilidad del interés y esfuerzo investigador que a una ausencia real de yacimientos (Carmona, 2011: 33).

Esta dinámica poblacional expansiva y su consecuente ocupación más intensiva del suelo podrían tener una doble lectura arqueológica. Por una parte, se podría suponer que las estrategias económico-tecnológicas vigentes desde épocas anteriores, basadas en un sistema de acumulación de excedente, llegaron a un punto en su desarrollo en el que provocaron un crecimiento poblacional por encima de las posibilidades del entorno, de modo que parte del grupo se vería en la obligación de buscar nuevas tierras que ocupar próximas a su núcleo originario, *“aliviando así la presión sobre el medio y asegurando así la continuidad del asentamiento original”* (García Barrios, 2008: 557). Por otra parte, sin embargo, se puede hacer también una lectura en sentido contrario. La búsqueda de nuevos recursos, el abandono de las zonas de aprovechamiento tradicional y la reorganización territorial y poblacional, se tratarían de reacciones provocadas por el agotamiento de los anteriores sistemas de producción de carácter doméstico (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 99) y por el desajuste producido por la convivencia de las estructuras organizativas heredadas y los nuevos modos de relación e intercambio social.

Un gran número de estos enclaves de hábitat han sido excavados y analizados en profundidad, por lo que contamos con muchos datos disponibles sobre los mismos. En este sentido, yacimientos como Las Pozas, Los Cercados, El Pedroso, Crasto de Palheiros, Castanheiro do Vento, Vinha da Soutilha, La Viña de Esteban García, Aldeagordillo, Pastoria, etc., se han convertido en verdaderos referentes para cualquier investigador que quiera profundizar sobre el devenir del III milenio BC en el interior peninsular. Sin embargo, la mayor parte de las estaciones documentadas, adscritas a esta cronología por algunos materiales hallados en superficie, no han sido ni siquiera mínimamente estudiados, por lo que en un futuro nos podrían aportar novedosa e interesante información.

Por lo general, y aunque se documenta un cierto aumento en el tamaño de los hábitats con respecto a épocas anteriores, los asentamientos son de pequeñas dimensiones y están condicionados por la orografía de los elementos naturales que les ofrecen protección y cobijo (Fabián, 1993: 158-159). Algunos de estos núcleos presentan importantes potencias estratigráficas, incluso mayores de 2 m, interpretadas en muchos casos como la manifestación más clara de la “continuidad poblacional”,

que a su vez sería reveladora de un poblamiento ya mucho más sedentarizado vinculado a nuevas formas de explotación de los recursos (Delibes y Del val, 1990: 65). En esta misma línea se puede interpretar la presencia de materiales de diferentes cronologías contenidos dentro de las mismas estructuras, “*circunstancia que ha reforzado la idea de ocupaciones recurrentes e intermitentes*” de los espacios domésticos, formándose en muchos casos “*verdaderos palimpsestos que acumulan varias fases de ocupación*” (Carmona, 2011: 60).

Las estructuras de hábitat documentadas son simples y más bien poco novedosas: hoyos, fosas, hogares, agujeros de poste, pequeños zócalos y pavimentos, zanjas, fondos de cabañas... (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 99; Fabián, 1993: 159; García Barrios, 2008: 168-354). Del mismo modo, las técnicas constructivas utilizadas son sencillas al igual que los materiales empleados (García Barrios, 2008: 277), aunque en general las construcciones ganan en solidez con respecto a cronologías anteriores. En los contextos domésticos documentados en el territorio duriense predominan los denominados “campos de hoyos” (Bellido, 1994-1995; García Barrios, 2008: 175-247) caracterizados por “*una acumulación de estructuras negativas sin una aparente correlación estratigráfica*” (Carmona, 2011: 22). Por tanto, el “hoyo” es la principal manifestación arquitectónica de los asentamientos con una cronología del III milenio cal. BC en el interior peninsular (García Barrios, 2008: 240). Sin embargo, la consideración de estos “campos de hoyos” como verdaderos lugares de hábitat está muy cuestionada. A ello se une el carácter polifuncional que se les atribuye a estas estructuras, bien como silos de almacenamiento de cereal u otro tipo de alimentos, continentes para la combustión, pozos para el agua, hornos, hoyos de poste u otros elementos relacionados con la construcción de “habitaciones”, canteras de arcilla, basureros o incluso tumbas (Carmona, 2011: 60; García Barrios, 2008: 241-243; Villanueva *et al.*, 2012: 111-114). En este punto, algunos autores inciden en que hay que entender esta polifuncionalidad no desde una perspectiva sincrónica sino diacrónica; es decir, que no se trata de la realización de varias funciones diferentes al mismo tiempo, sino que cada tipo de uso se correspondería con un momento distinto de la vida útil de estos hoyos, “*una fase, una fosa, una función*” (García Barrios, 2008: 246). Polémicas a parte, la realidad es que tradicionalmente el trato tanto en la excavación como en el estudio posterior que se le ha dado a este tipo de yacimientos ha sido muy mecánico, y su interpretación ha estado completamente influenciada por la idea de que se trataban de “basureros”. Se consideraba su



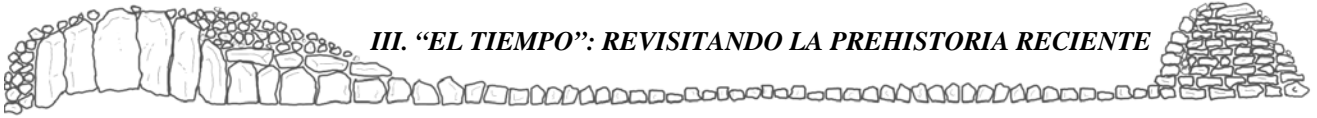
contenido como un relleno caótico de desechos domésticos, simplificando así sus procesos de uso y colmatación, y anulando cualquier posible complejidad estratigráfica. De ahí, la gran importancia que tienen de cara a la investigación los trabajos recientes que pretenden revisar todos esos viejos apriorismos sobre aspectos como éste, tan anclados en los modelos interpretativos al uso (Carmona, 2011; García Barrios, 2008; Villanueva *et al.*, 2012).

Las estructuras de combustión también son bastante habituales en el registro arqueológico cuyo emplazamiento puede localizarse tanto en el interior de las unidades domésticas, circunstancia en el que suelen ocupar un lugar central, como en el exterior, en cuyo caso pueden presentarse de forma individual o múltiple; en algunas ocasiones, pueden ser hogares peraltados y con un revestimiento de fragmentos de cerámica, dotando así de mayor entidad al espacio destinado para las funciones de combustión (Delibes *et al.*, 2009: 7; García Barrios, 2008: 290). Por el contrario, los testimonios disponibles en relación a las estructuras de vivienda o "cabañas" son escasos, destacando los hallazgos en algunos yacimientos como Las Peñas, El Soto, Los Cenizales, Los Bajos I y II, Rompizales I o Pico Castro (Carmona, 2011: 60; García Barrios, 2007 y 2008: 274). El modelo predominante es el caracterizado por una planta circular con un alzado realizado mediante un entramado aislante de postes de madera, barro y ramajes, y una techumbre compuesta también por madera forrada con paja y materiales similares. Existen algunas excepciones como la "cabaña" de planta rectangular localizada en el yacimiento de Los Cenizales (Valdezate, Burgos), u otros casos en los que se han documentado diversos tipos de evidencias (hogares centrales, zanjas perimetrales de drenaje, hoyos de poste y pavimentos, zócalos de cimentación en piedra, tabiques para la separación de espacios...) formando parte de la misma estructura de vivienda (García Barrios, 2008: 278, 285-286). A parte de estos hallazgos *in situ*, se cuenta con documentos indirectos de la existencia de "cabañas" a través de los restos de manteado y pellas de barro hallados en muchas ocasiones entre los niveles de colmatación de los hoyos (Carmona, 2011: 60).

El uso de tales elementos precederos como materiales constructivos es la razón principal por la que se han conservado escasos testimonios de las estructuras de habitación de aquellas poblaciones. De hecho, la ausencia de construcciones de gran entidad, las pequeñas dimensiones de los asentamientos y la práctica inexistencia de la piedra en estos contextos, fueron los argumentos esgrimidos en su momento por

algunos investigadores para demostrar la inestabilidad habitacional y el estadio socio-cultural retardatario en que se encontraban aún estas poblaciones (García Barrios, 2008: 299-300). Sin embargo, esta hipótesis carece de fundamento al comprobar que, si bien son escasas, sí se han documentado en el territorio duriense construcciones en piedra vinculadas a contextos domésticos, como los zócalos recuperados en el yacimiento salmantino de Tierras Lineras o en el abulense de Cantera de Hálagas (*ibídem*: 276; López Plaza y Arias, 1988-1989: 188-190).

En relación a las estrategias de territorialización, no se ha documentado hasta ahora un claro patrón de asentamiento sino un “modelo de poblamiento diversificado” (Bellido, 1994-1995: 58-59), cuyo resultado es la ocupación de la práctica totalidad del territorio de la cuenca del Duero/Douro. Su fundamento es la búsqueda de las circunstancias idóneas para la supervivencia: tierras fértiles, fuentes de agua, zonas de tránsito, buena visibilidad, variedad de recursos naturales, protección al abrigo de las vertientes meridionales de los montes... Se pueden encontrar hábitats en la cima o laderas de sierra, en parameras y cerros de media altura o incluso en zonas llanas; aunque sí es evidente un cierto predominio por los emplazamientos en lugares destacados y la preocupación por un amplio control visual. *“Outra marca deste período é a proliferação de povoados que cremos serem predominantemente sedentários, maioritariamente abertos e localizaos em topografias que localmente, mas em diferentes graus, permitem um bom domínio da paisagem envolvente...”* (Sanches, 1996: 68). Con algunas diferencias, las formas de ocupación del territorio de estas comunidades parecen continuar las mismas pautas que las de las poblaciones anteriores, al menos en lo que se refiere a la búsqueda de unas determinadas condiciones de vida. Sobre estos presupuestos, es lógico pensar que la ubicación final de los asentamientos está determinada por las características orográficas y morfológicas del entorno, y por un claro intento de optimización de los recursos (García Barrios, 2008: 538). De esta manera, en zonas de valle los grupos humanos se sitúan próximos a cursos de agua, lagunas o pantanos, mientras que en regiones montañosas suelen emplazarse al pie de las laderas, justo en el límite con el terreno llano (buscando unas mejores condiciones climáticas), salvo en ciertos casos que se encuentran en el interior de la sierra. Tampoco parece haber grandes cambios en cuanto al tipo de relación de las poblaciones con el territorio habitado, pues aún no se observan indicios una clara conciencia de apropiación de la tierra, de modo que *“el territorio pudo estar distribuido de forma que cada pequeño grupo tenía sus tierras*



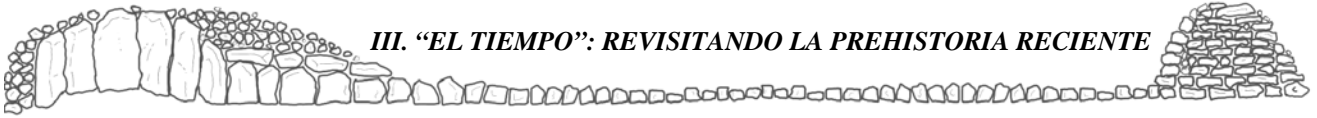
cultivables al pie del asentamiento y, quizá, utilizando los pastos del valle de forma comunal para la crianza de ganados” (Fabián, 1995: 177). Todas estas evidencias apuntan hacia un “paisaje humano” conformado por núcleos de población dispersos constituidos por la agregación de un número variable de unidades familiares, con una amplia extensión de tierra para disfrute propio que les permite ser en gran medida autosuficientes (Carmona, 2011: 525; Fabián, 2006: 509; García Barrios, 2008: 539).

Sin embargo, algunas hipótesis plantean la existencia de diferentes tipos de asentamientos según su tamaño, que responderían al modelo de pequeñas aldeas dispersas ya planteado, a un segundo patrón de hábitats de mediano tamaño que controlarían amplias extensiones y que en muchas ocasiones se encontrarían delimitados, y por último a la imagen de los grandes poblados que ocuparían las zonas más privilegiadas y que ejercerían un control efectivo sobre un vasto territorio (Carmona, 2011: 95). A esta estampa más compleja del poblamiento del III milenio cal. BC, se le suma además el hecho de que difícilmente un único emplazamiento puede reunir dentro de su ámbito de acción todos los recursos necesarios (Sherratt, 1997: 104 cit. por García Barrios, 2008: 518), y aún más en un momento en que, como veremos más adelante, comienzan a surgir algunas actividades económicas que requieren de una cierta especialización y de unas materia primas determinadas. Lo que hay que intentar discernir es si estas evidencias “*realmente se corresponden a la existencia de territorios jerarquizados o simplemente atienden a procesos de agregación y fisión de las comunidades*” (Carmona, 2011: 95).

Hasta este punto, la lectura realizada del registro arqueológico ha desvelado una situación en la que, en términos generales, la continuidad impera sobre el cambio. Ahora bien, hay ciertos yacimientos localizados en el valle del Duero/Douro que por sus características sí que van a marcar una diferencia con respecto a lo conocido hasta entonces. Se trata de enclaves de importante entidad, situados en sitios estratégicos con una amplia visibilidad, que responderían a la fórmula mencionada de los grandes poblados. El carácter castreño que adopta un buen porcentaje de estos yacimientos (ubicados en lugares elevados, lejos de las tierras de cultivo y con un difícil acceso), ha llevado a muchos autores a interpretarlos como auténticos *castella* (Delibes *et al.*, 1996: 181; Fernández Moreno, 2013: 23), que serían la expresión de una necesidad defensiva provocada por un aumento de la tensión y los enfrentamientos entre comunidades por la explotación de la tierra (Bellido, 2005: 281), ya que “*en la mayoría de los casos, sobre todo en las zonas graníticas por excelencia, parecen*

conjugar en el hábitat dos circunstancias: la protección climática (al abrigo de grandes rocas en laderas bien abrigadas) y una cierta intención defensiva...” (Fabián, 1993: 159). Otros, por su parte, afirman que esta elección del emplazamiento en altura se debe a otro tipo de factores como la búsqueda de un amplio control visual (con el fin de avistar con facilidad las tierras y el ganado) o el alejamiento de zonas pantanosas; además, suelen localizarse en cerros amplios, con pocas pendientes y muchas vías de entrada natural, por lo que no serían lugares de fácil defensa. En este sentido, tampoco la presencia de estructuras delimitadoras o de fortificación tiene por qué ser la respuesta ante una actitud defensiva. Los recintos en altura y amurallados emplazados en acantilados como los documentados en los yacimientos de El Pedroso, Castelo Velho, Castanehiro do Vento, Alto del Quemado, Castelo Aguiar o Crasto de Palheiros (Bradley *et al.*, 2005; Delibes, 1989: 540; Delibes y Del Val, 1990: 65; Delibes *et al.*, 1997: 805; Esparza, 1977; López Plaza, 1994; Oliveira, S., 1994: 466-468 y 542-545; Oliveira, V., 2006; Oliveira, V. *et al.*, 2002; Sanches, 2003 y 2008; etc.), pueden interpretarse desde otro punto de vista como construcciones polifuncionales, que a la vez de albergar estructuras de uso cotidiano son lugares monumentalizados con un cariz ritual o simbólico (Oliveira, S., 1994: 484-492). Son los nuevos referentes espaciales que, a pesar de carecer de una dimensión funeraria específica como en el caso de los monumentos megalíticos, al igual que éstos se convierten en escenarios contruidos para el ritual, reinterpretando en muchas ocasiones lugares que ya eran significativos en el imaginario colectivo, como acontece en el santuario con estelas de Cabeço da Mina (Vila Flor, Bragança) (Oliveira, S., 2000: 8-9; Sanches, 1996: 73). Esta fenomenología podría estar indicando, por tanto, un cambio en el patrón de monumentalización del paisaje.

Del mismo modo, las hipótesis sobre la función defensiva de los denominados “recintos de fosos” están también cada vez más rebatidas, puesto que dichas estructuras no siempre son regulares ni de grandes dimensiones, por lo que no supondrían *a priori* una buena defensa (Díaz del Río, 2003: 74). En los últimos años, gracias principalmente a la aplicación de los métodos y técnicas vinculados a la Arqueología del Paisaje (estudio detallado de la cartografía y de la fotografía aérea, empleo de los S.I.G...), se han documentado un gran número de este tipo de yacimientos caracterizados por la presencia de uno o varios fosos concéntricos de cierta entidad, desterrando así la idea de su excepcionalidad frente a su más que aparente generalización. En el valle del Duero/Douro existen varios ejemplos como El



Casetón de la Era, Las Pozas, Coto Alto, Fuente de las Pocillas, Las Quintanas, La Redonda, Las Canteras, entre muchos otros (Del Val, 1992: 48-52; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 99; Delibes *et al.*, 2009 y 2010; Díaz del Río, 2003: 61-63; García Barrios, 2008: 248-271; García García, 2011: 163 y 2013; Olmo, 1999). Sin embargo, sólo en el primero de ellos, El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid), se han llevado a cabo varias campañas de excavación para intentar dar respuesta a algunos de los enigmas planteados por estas formas constructivas (Delibes *et al.*, 2009 y 2010); aunque también existen datos parciales procedentes de intervenciones antiguas en otros yacimientos como el zamorano de Las Pozas (Del Val, 1992; García García, 2013). Por tanto, la información con la que se cuenta es aún muy limitada como para llegar a comprender la compleja funcionalidad de este tipo de estructuras. Sus características morfológicas como delimitadoras de un espacio concreto que puede o no albergar otras evidencias de hábitat en su interior, así como su amplia extensión tanto geográfica (la práctica totalidad del continente europeo) como cronológica (con una permanencia, en ocasiones, de más de un milenio), ha llevado a algunos autores a hablar de los “*primeros poblados permanentes*” documentados en el interior peninsular (Díaz del Río, 2003: 74) e incluso se les llega a suponer un cierto protagonismo dentro de las estrategias de territorialización. La gran inversión de trabajo comunal que requiere una obra pública de este calibre ha sido interpretada como una de las “*manifestaciones propias de sociedades evolucionadas*”, puesto que se requeriría de una acumulación de excedentes tal que posibilitara la desviación de forma temporal de un determinado contingente desde el sector productivo a la esfera pública, y de la existencia de unos “jefes” que actuaran como gestores de los recursos y de ese trabajo comunal (Delibes *et al.*, 2009: 24). En cuanto a su funcionalidad, el debate está abierto (Díaz del Río, 2003: 64). Frente a las teorías que defienden que son “barreras” que definen el espacio de un poblado, bien con carácter defensivo bien como límites de un área de explotación (*ibídem*: 74), parecen ganar terreno las interpretaciones en clave socio-simbólica que están muy ligadas a las lecturas más recientes sobre el significado de los *enclosures* y *henges* británicos (Delibes *et al.*, 2009: 8). Estas hipótesis rechazan por completo la idea de que son lugares de habitación como tal, y se refieren más bien a enclaves de agregación social con una significación especial, donde se desarrollarían distintos tipos de actividades, desde intercambios comerciales hasta ceremonias de comensalidad u otros rituales mágico-religiosos (*ibídem*; Díaz del Río, 2003: 64; García Barrios, 2008: 549).

Como ya se ha apuntado, este modelo diversificado del poblamiento se ha visto como una posible evidencia del fenómeno de jerarquización del territorio. De este modo, los grandes poblados monumentalizados o los recintos de fosos funcionarían aparentemente como cabezas del poblamiento (Oliveira, S., 2000: 10; Valera, 1995: 138-139), constituyéndose en elementos cohesionadores y uniformizadores de las distintas comunidades del entorno, dentro una tendencia hacia la centralización de los grupos humanos y la apropiación del espacio. Estas estaciones *“sugerem uma alargada diversificação regional de lugares de encenação/discussão de identidades/partilha de poderes entre elites regionais,... a qual pode estar relacionada preferencialmente com a existência de assimetrias de estatuto, ou com uma certa competição, entre comunidades regionais, mais o menos alargadas, mais independentes (não aglutinadas por um poder político centralizado)”* (Sanches, 1996: 73). Serían los paralelos en el interior, aunque a menor escala, de los grandes poblados del mediodía peninsular como Los Millares, Zambujal o Vila Nova de São Pedro (Delibes *et al.*, 1996: 181). Estos núcleos centrales restarían protagonismo a los monumentos megalíticos como hitos espaciales y ejercerían un control directo sobre los recursos esenciales del entorno (agua, tierra fértil, pastos, caza, materia primas...). Esta teoría viene reforzada no sólo por la particularidad de las estructuras que se han hallado en estos enclaves (fosos concéntricos, sistemas de amurallamiento, bastiones, santuarios...), sino también por otro tipo de evidencias de índole más productivo, pero que también encajan con una tendencia hacia la jerarquización de poblamiento (Valera, 1995: 138). Nos referimos a los denominados “talleres” especializados donde, como expondremos más adelante, se realizarían ciertas actividades económicas a cargo de especialistas, considerándose como centros neurálgicos para la comercialización de determinadas materias primas o manufacturas.

Pero estas hipótesis encuentran muchos argumentos en contra, ligados fundamentalmente a la ausencia de un cierto “ordenamiento lógico” de los núcleos de hábitat. La distribución de los asentamientos del III milenio cal. BC en el territorio duriense es anárquica e irregular, lo que supondría *“una superposición de áreas de influencia”* y consecuentemente *“una potencial conflictividad intergrupala”* en el caso de la existencia de un modelo jerarquizado como el propuesto (García Barrios, 2008: 537-538). La diversidad de emplazamientos y características documentada sería el resultado, más que de una situación de dominancia de unos asentamientos con respecto a otros, *“de una acción económica diversificada”* (Carmona, 2011: 504) y de



la necesidad de estas poblaciones de transmitir y visibilizar la apropiación de un determinado territorio para su explotación (García Barrios, 2008: 539). *“A gestão de este novo territorio, por parte de grupos ainda não muito hierarquizados ou politicamente centralizados, exige uma muito nítida demarcação de fronteiras, do sublinhar de espaços, da anotação de trajectos, do controlo de acessos, a imposição espacial de proibições, a expressão espacial de possibilidades... O povoado “cercado” do IIIº milénio a.C., independentemente da teia de relações contextuais a que esteja ligado, reproduz, ao nível local, um novo figurino de “pertença a”, novas percepções, individuais e colectivas, do mundo social”* (Oliveira, S., 1994: 542).

b) LA CULTURA MATERIAL Y SU FACETA COMO ELEMENTO DE INTERCAMBIO

Esta misma tónica de convivencia entre la tradición y la innovación se observa también en otras facetas del registro arqueológico, alcanzando su mejor expresión en la cultura material (Fabián, 1993: 157). Las características fundamentales que definen los tecnocomplejos documentados en el valle del Duero/Douro a lo largo del III milenio cal. BC son, en términos generales, la escasa originalidad técnica y formal, la variedad regional y la influencia alóctona (García Barrios, 2008: 552-553; Oliveira, S., 1983-1984: 99 –ver Figura 4-).

En la cerámica se manifiesta claramente una pervivencia de determinados morfotipos y técnicas heredadas de cronologías anteriores (García Barrios, 2008: 384). Se perpetúa el predominio de las formas esféricas como los cuencos y vasos globulares, que se complementan con algunas otras formas como grandes ollas de perfil en “S” o platos simples, entre las que destacarían las queseras o encellas que tan presentes van a estar a partir de este momento. Los recipientes normalmente muestran una superficie cuidada (en la mayor parte de los casos alisada, y en ocasiones bruñida), y sólo en un porcentaje mínimo están ornamentadas (Carmona, 2011: 48; Fernández Moreno, 2013: 24; García Barrios, 2008: 384). Las técnicas y motivos decorativos también son en gran medida heredados (impresiones de puntos, incisiones, acanaladuras, pequeños mamelones, cordones decorados, uso de la almagra...), continuidad que se rompe con la aparición de la cerámica campaniforme (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 100). Pero, dejando a un lado las “decoraciones campaniformes” (ver subepígrafe 3.1.2), se documentan otros rasgos novedosos, como los triángulos rellenos de puntos (ver Figura 4a) o líneas, las pastillas repujadas en

relieve, las ondulaciones peinadas o *penteadas* (ver Figura 4B), los dobles zigzags con punteado exterior, los escobillados, las cerámicas pintadas o las decoraciones metopadas (Carmona, 2011: 64; Delibes, 1989: 540; Fabián, 1993: 160; García Barrios, 2008: 384).

La relativa abundancia de cerámica ornamentada y su variabilidad, que constituye el mejor reflejo de la diversidad en esta faceta, ha permitido realizar numerosas comparaciones entre las manufacturas procedentes de distintos lugares del territorio. Los elementos descritos tanto heredados como propios están muy generalizados en el registro, aunque presentan múltiples variaciones a nivel particular. *“Se observa como sobre una base general cada poblado toma mayor o menor predilección por unos motivos o una técnica determinada, pero siempre en cada facies dentro de una misma mentalidad decorativa y tecnológica”* (Fabián, 1995: 166). En este sentido, las semejanzas entre los “estilos cerámicos” del tradicionalmente denominado “horizonte Las Pozas” y del tipo “Penha/Mairós” (decoraciones metopadas, ondas a peine o *penteadas* o los triángulos rellenos con puntos, entre otros –ver Figura 4A y B), son más que evidentes. Sin embargo, *“existe una personalidad innegable en esta cerámica que sirve para individualizar un grupo”* (Delibes y el Val, 1990: 74) y darle una mayor entidad (como en el caso de la decoración incisa metopada que indiscutiblemente identifica a los recipientes del tipo “Penha”) (Oliveira, S., 1983-1984: 99).

Pero son precisamente estas analogías observadas en la decoración de las cerámicas, el testimonio más visible de que todas las poblaciones que habitaron el territorio duriense durante el III milenio cal. BC compartieron numerosos elementos comunes en su cultura material (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 100; Fernández Moreno, 2013: 246), como por ejemplo el aumento del porcentaje de recipientes ornamentados con relación a otras cronologías. Estas afinidades podrían interpretarse como el resultado de contactos continuos y dilatados en el tiempo entre grupos vecinos, más que de un intercambio directo de ciertos objetos, entendido desde un punto de vista comercial (García Barrios, 2008: 526; Oliveira, S., 1983-1984: 99). Además, teniendo en cuenta que el “estilo decorativo” pudo funcionar entre aquellas sociedades como un instrumento de comunicación y de intercambio de información activo (Garrido, 2006: 91; Valera, 2000b: 156) y no simplemente como un rasgo más de un artefacto, su comparativa podría arrojar información sobre el tipo de relaciones y el grado de intensidad de interacción entre las poblaciones. De este modo, en un



contexto de hostilidad y competencia por los recursos, los estilos tienden a diferenciarse para reafirmar la identidad de cada grupo; por contra, si los contactos se basan en la cooperación y el beneficio económico mutuo, suele manifestarse una "aproximación estilística" (García Barrios, 2008: 553-554; Garrido, 2006: 91; Valera, 2000b: 156). Lo que está claro es que, a pesar de que estas comunidades fuesen en gran medida autosuficientes y por ello aún estuvieran muy encerradas en sí mismas, para conseguir algunos materiales tendrían que recurrir a pequeños intercambios, puesto que algunas materias primas como ciertos tipos de sílex, la variscita o el mineral de cobre entre otros, no están accesibles en todos los entornos (Benet *et al.*, 1997: 465; Delibes y Del Val, 1990: 71). En un primer momento, esta interacción tendría lugar con las comunidades vecinas más próximas geográficamente, explicando así en parte la similitud formal observada en su cultura material e incluso en algunos patrones de comportamiento.

Este mismo argumento de las analogías en el "estilo decorativo" ha servido para apoyar las hipótesis de la existencia de fuertes vínculos entre los núcleos del valle del Duero/Douro (sobre todo los emplazados en su vertiente sur) y la *Estremadura* portuguesa o el Sur peninsular, hecho que justificaría el aire de "cosmopolitismo" que emana de algunas manifestaciones de este momento (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 100). Este fenómeno denominado como la "*conexión meridional*" (Delibes y Del Val, 1990: 72-78; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 100) que sirvió hace décadas para justificar las tesis colonialistas sobre el origen del "Calcolítico" en el interior peninsular (ver subepígrafe 3.1.1), posteriormente se ha reinterpretado en una clave más socio-cultural (Carmona, 2011: 20). Así, superadas las antiguas interpretaciones del "*Calcolítico de las tierras interiores de la Cuenca del Duero como un fenómeno importado, desarraigado del pasado local, que se imputa a un aporte masivo de población*", no se puede obviar el hecho de que muchos elementos significativos "*encuentran sus mejores señas de identidad en los dos círculos más sobresalientes del Calcolítico Peninsular, el Sudeste y el Curso inferior del Tajo*" (Del Val, 1992: 56). En este sentido, se han planteado diferentes hipótesis determinadas por el desarrollo de tres contextos de acción posibles: un proceso de aculturación, fenómenos de emulación o intercambios directos de tipo comercial (Delibes y Del Val, 1990: 78). En nuestra opinión, las dos últimas posibilidades son perfectamente compatibles, puesto que existen varios pasos naturales que permitirían crear una vía de contacto fluida entre ambos ambientes (como la denominada "Vía de

la Plata”), gracias a la cual se trocaban no sólo determinados productos y manufacturas sino también conocimientos e información de todo tipo. De este modo, se explicaría la presencia de elementos tanto de carácter alóctono (desgrasantes en las pastas cerámicas ajenos a la geología regional u artefactos fabricados sobre materias primas de origen exótico) (*ibidem*; García Barrios, 2008: 560), como de factura local pero emulando modelos exógenos (objetos que cumplen una serie de patrones estilísticos y formales pero con una deficiente elaboración, propia de una mano poco experta) (García Barrios, 2005: 251-256 y 2008: 526). Algunas de esas manifestaciones imitadas y/o importadas desde el mediodía peninsular serían las técnicas ornamentales basadas en el uso del peine o de las pastillas repujadas, así como las cerámicas simbólicas decoradas con ojos apotropaicos y tatuaje facial (Delibes y Del Val, 1990: 74-75; García Barrios, 2005 y 2008: 384-385 –ver Figura 4C-). Pero más allá del repertorio cerámico, estas interacciones se reflejan también en otro tipo de artefactos de los que, por lo general, se desconoce su funcionalidad real, por lo que se vinculan en muchos casos al terreno de lo simbólico. Así, esta “conexión meridional” también se manifiesta en la presencia de “ídolos oculados” o betilos, pesas de telar (ver Figura 4E), “crescentes” con forma de media luna y perforaciones en sus extremos, vasos calcáreos, “ídolos-placa” antropomorfos, o los morillos o *pés de fogareiro* de barro cocido (Delibes, 1989: 540; Delibes y Del Val, 1990: 72-78; Fabián, 2006: 46; García Barrios, 2008: 384-385; Villalobos, 2013: 138-141 –ver Figura 4D-). En relación a esos últimos, existe una polémica acerca de si tuvieron un uso funcional ligado a estructuras de combustión, o un uso rito-cultural por el que también son conocidos como “ídolos de cuernos” (Delibes y Del Val, 1990: 75 –ver Figura 4D-). El hallazgo de otros artefactos singulares apunta hacia la posible existencia de otras vías de contacto, como es el caso de las hachas perforadas o de ciertos elementos asociados a contextos campaniformes que estarían vinculados con ambientes más septentrionales (Villalobos, 2013: 144-145), o de algunos objetos realizados sobre materias primas tan exóticas como el marfil que claramente tienen un origen extra-peninsular (García Barrios, 2008: 525).

Por tanto, se puede afirmar que las poblaciones que habitaron el valle del Duero/Douro en el III milenio cal. BC contaban ya con una “red comercial” bastante consolidada y fluida, si no a larga distancia, sí al menos a nivel interregional. Sin embargo, un intercambio, como la propia palabra indica, requiere de al menos dos agentes activos que aseguren el buen funcionamiento de este tipo de relaciones.

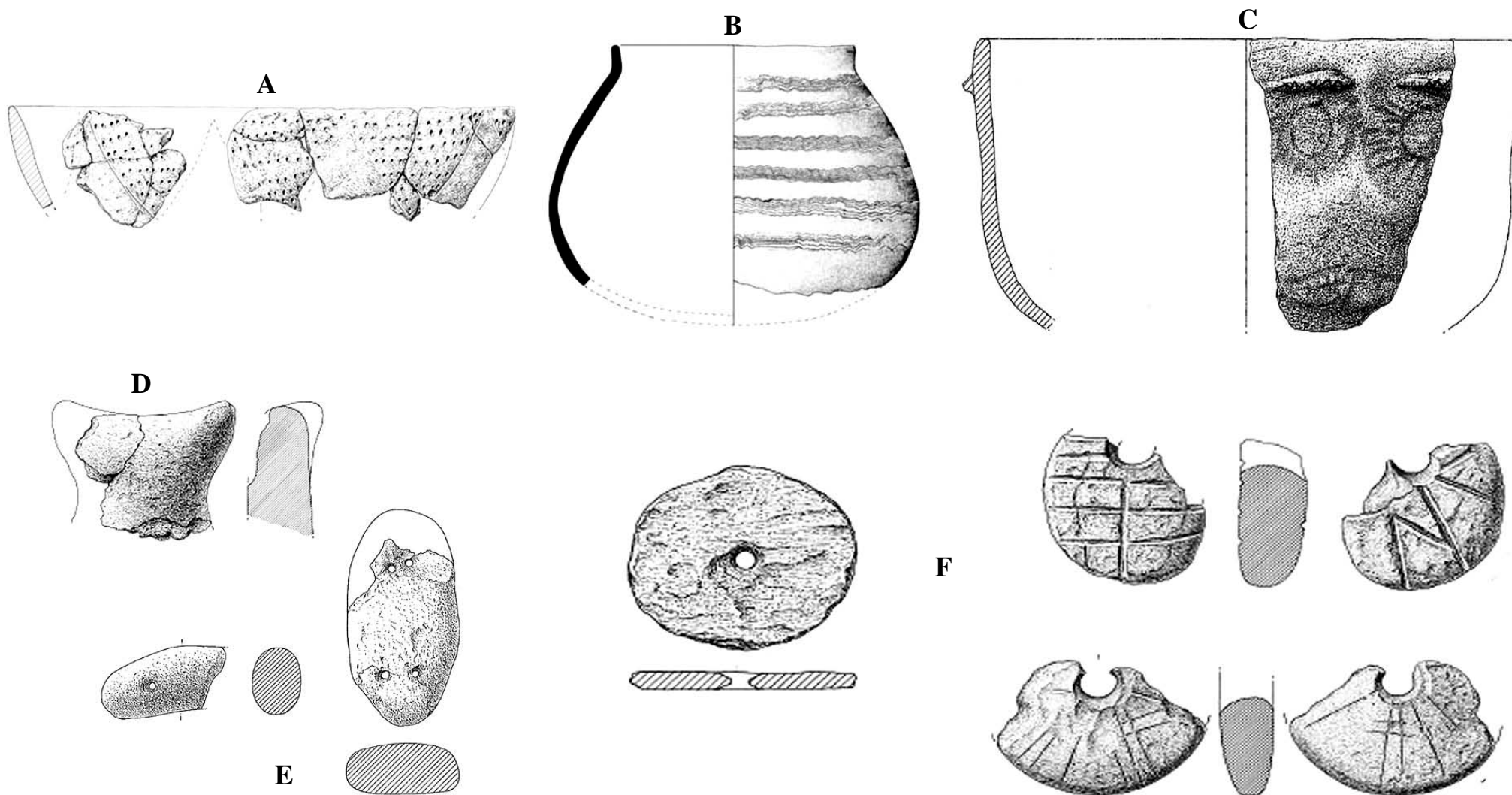


Figura 4: Selección de algunas de las decoraciones cerámicas (A-C) y otros elementos de “cultura material” (D-F) más característicos del III milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro (ver Índice de Figuras)

De este modo, el sistema se ha de estructurar sobre una base de un circuito interconectado, en el que toda mercancía que entra ha de tener una compensación equivalente, para que los contactos sean fructíferos y mutuamente provechosos (García Barrios, 2008: 527). Hay que pararse entonces a pensar en qué tipo de productos son tan abundantes en este territorio como para dedicar una parte de sus excedentes al intercambio. En este sentido, rápidamente se advertirá que la alternativa más factible serían los obtenidos de la actividad agro-ganadera (*ibidem*). Sin embargo, tampoco hay que olvidar que el valle del Duero/Douro es fuente de ciertas materias primas (sal, variscita...) indudablemente deseables para las comunidades prehistóricas (Carmona, 2011: 26).

Estos testimonios de contactos se manifiestan también en otras facetas de la cultura material como es la industria lítica. La presencia en distintos yacimientos ubicados por todo el territorio de instrumental realizado sobre determinados tipos de sílex, así como de algunos útiles pulimentados sobre soportes materiales específicos (como la ofita y la silimanita), muestra de nuevo una dinámica interacción a nivel interregional, puesto que dichas materias primas sólo son accesibles en algunas áreas de este marco geográfico (Carmona, 2011: 504; García Barrios, 2008: 523). Además, algunos morfotipos novedosos como las puntas de retoque plano con base cóncava denotan un cierto influjo meridional (Delibes y Del Val, 1990: 77; García Barrios, 2008: 384-385; Villalobos, 2013: 138-139).

Frente a estas novedades, también se documentan en este ámbito algunas “continuidades” con respecto a cronologías anteriores, como es la importante representación de elementos líticos tallados y pulimentados en el registro arqueológico (Delibes y Del Val, 1990: 72; Fabián, 1993: 160). En relación a los primeros, se da una gran diversidad de tipos, aunque cada vez menor según va avanzando el milenio (Fabián, 1993: 159; Fernández Moreno, 2013: 264), con predominio de las láminas y puntas de flecha con retoque plano cubriente de tipología variada (con base cóncava o recta, de aletas y pedúnculo o con aletas incipientes, lanceoladas o romboidales...), y un aumento de la presencia de dientes de hoz paralelo al declive de los geométricos. Estos pequeños cambios en los porcentajes de las diferentes monturas líticas pueden ir vinculados a algunas transformaciones de índole económica que tendrían lugar a lo largo del III milenio cal. BC. A pesar de que los datos disponibles sobre las estrategias de subsistencia de estas poblaciones siguen siendo, aún en la actualidad, muy escasos,



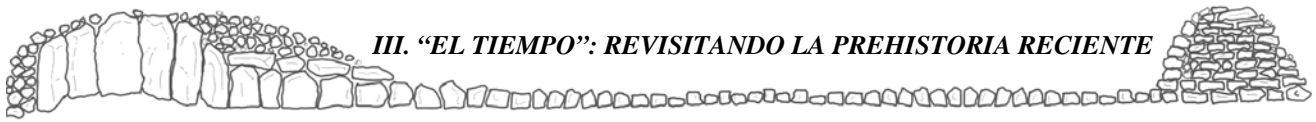
se puede afirmar que, en términos generales, la supervivencia diaria de estas poblaciones se basaba en un modelo de producción mixto agro-ganadero (Carmona, 2011: 24). Este hecho no quita para que haya ciertos testimonios que nos empujen a hablar del desarrollo de dos fenómenos paralelos, que darán lugar a importantes transformaciones en las actividades económicas a partir de este momento: la intensificación productiva y la especialización funcional (Carmona, 2011: 25; Delibes y Del Val, 1990: 65-69; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 98-99; Delibes *et al.*, 1996: 175-178; Oliveira, S., 2000: 7-9).

c) ESTRATEGIAS SUBSISTENCIALES E INNOVACIONES TECNOLÓGICAS

Tradicionalmente, se consideraba que las sociedades del III milenio cal. BC en el interior peninsular habían desarrollado una economía enfocada fundamentalmente a la actividad pastoril, más acorde con su forma de vida itinerante y poco estable que aparentemente dejaban translucir las escasas evidencias de poblamiento constatadas (García Barrios, 2008: 387-388). Sin embargo, los testimonios que indican una cierta estabilidad poblacional son más que suficientes. A esto se une el hecho de que el repertorio lítico documentado es demasiado diverso, y en algunos casos especializado, lo que no encaja con la idea “*de un utillaje simple, polivalente y fácilmente transportable*” característico de los grupos de pastores (*ibídem*: 552-553). Además, la importancia que van adquiriendo los elementos agrícolas (como los dientes de hoz) frente al declive de los tradicionales útiles para cazar (los geométricos), está indicando también una mayor inversión técnica en las labores agrícolas. Hay muchos testimonios directos en el registro arqueológico ligados a la agricultura: manos de molino y durmientes, elementos de hoz, hachas y azuelas pulimentadas, o grandes recipientes cerámicos que podrían vincularse a funciones de almacenamiento (Delibes *et al.*, 1996: 177; García Barrios, 2008: 391; Sanches, 1996: 47-48). Entre todos ellos, los más inequívocos son los escasos hallazgos de granos de trigo carbonizados o de leguminosas como los recuperados en los yacimientos de Las Peñas y Castelo de Aguiar (Delibes y Del Val, 1990: 69; García Barrios, 2008: 391), en el primer caso, y en el abrigo trasmontano de Buraco da Pala, en ambos casos (Delibes y Del Val, 1990: 69; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 99; Delibes *et al.*, 1996: 177; Sanches, 1996: 47, 70 y 76-80). Algunos análisis también han aportado evidencias indirectas del peso que tuvo la agricultura en las estrategias de subsistencia, como los informes

palinológicos que descubren no sólo indicios de deflorestación (para obtener más zonas de cultivo) sino también trazas de polen de *cerealia*, los trabajos traceológicos que desvelan “lustre de cereal” en los filos de los útiles líticos, o los estudios de material que han revelado improntas de semillas en las pastas cerámicas o el barro cocido (Carmona, 2011: 25; García Barrios, 2008: 391; Sanches, 1996: 47). Por último, no se debe de olvidar la proliferación de estructuras en los asentamientos que podrían estar vinculadas a funciones de almacenamiento y procesamiento, como los denominados “hoyos-silo” en cuyo interior se han encontrado en ocasiones restos del revestimiento de barro que los cubría, con el fin de aislar y conservar el grano en las mejores condiciones posibles (Carmona, 2011: 25; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 99; Delibes *et al.*, 1997: 805; García Barrios, 2008: 391). Todos estos testimonios apuntan hacia una intensificación de la producción agrícola basada en “*ciclos plurianuales de cerealicultura de secano*” (Blanco, 2008: 111-112), que se complementaría con otros tipos de cultivos como la horticultura y las leguminosas (*ibídem*; Carmona, 2011: 96), y hacia un notable aumento de la provisión de excedentes de grano.

Este fenómeno de intensificación productiva, además de una mayor inversión en las labores agrícolas, tuvo como resultado un aumento en la significación de la práctica ganadera como actividad económica, sobre todo en relación con cronologías anteriores (Delibes y Del Val, 1990: 65-67). Tal y como demuestran los análisis faunísticos, el incremento de la ganadería bovina y la presencia de nuevas especies (como el caballo) son algunas de las características de este momento (Delibes *et al.*, 1997: 805), aunque sigue siendo el ovicaprino el ganado predominante (Banco, 2008: 111-112). Tanto équidos como bóvidos presentan unos patrones de sacrificio en edad adulta (a diferencia de otros animales como cerdos u otras especies cinegéticas), lo que evidencia su uso para otras actividades más allá del simple aprovechamiento cárnico (Carmona, 2011: 25; Delibes y Del Val, 1990: 67). El hecho de que se trate precisamente de animales de gran tamaño ha llevado a algunos autores a plantear la posibilidad de que fuesen usados como animales de tiro, carga o tracción (Carmona, 2011: 25; Delibes y Del Val, 1990: 69), contribuyendo también así a la intensificación de la práctica agrícola, aunque por el momento no se ha documentado ningún tipo de indicio en relación al uso de arados (Blanco, 2013: 111-112; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 98-99). Este modo de aprovechamiento de los recursos diferidos que refleja una incipiente especialización de las estrategias de subsistencia, sería el punto

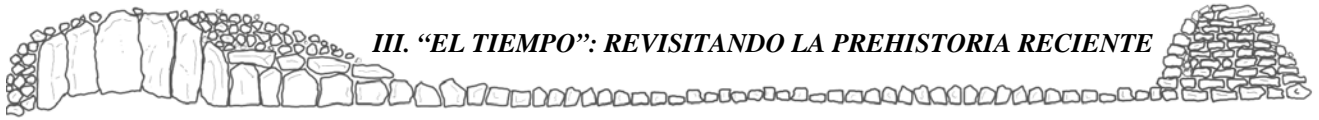


de partida de la denominada “Revolución de los Productos Secundarios” (Sherratt, 1981 y 1983) (ver epígrafe 3.1). La presencia habitual de las denominadas queseras o encellas en el repertorio cerámico (ver Figura 6A), el retraso de la edad de sacrificio también en el ganado ovicáprido, o la elaboración de útiles óseos sobre restos faunísticos (como metápodos de ovicáprido o costillares de bóvido), son otras manifestaciones resultantes de las transformaciones sufridas por la práctica ganadera (García Barrios, 2008: 393 y 556). Por su parte, los análisis de contenidos y volumétricos realizados sobre algunas colecciones cerámicas han permitido demostrar que ciertos recipientes fueron usados como contenedores de fluidos de origen animal, tanto grasas como derivados lácteos (Garrido *et al.*, 2011a: 116-120 y 2011b).

Sin embargo, como ya se apuntaba en epígrafes anteriores (ver epígrafe 3.1), la “Revolución de los Productos Secundarios” de Sherratt (*op. cit.*), es un paradigma de desarrollo económico válido para las poblaciones del III milenio cal. BC en el interior peninsular, siempre que se admitan ciertas variaciones. La aplicación de este modelo al marco geográfico de este estudio da lugar a algunas contradicciones, debido fundamentalmente a la ausencia de pruebas sobre la domesticación del caballo, el aprovechamiento textil de la lana o el uso de animales para actividades de tiro o tracción, factores todos ellos indispensables según Sherratt (1983: 91-98) para la identificación de este fenómeno económico (Carmona, 2011: 26-27, 34 y 497). La aceptación de estas premisas ha hecho que se planteen otras hipótesis económicas como la del “Policultivo ganadero” (Harrison y Moreno, 1985) o la “Estrategia agroforestal” (Díaz del Río, 1995: 106-107), que se ajustarían mejor a las características expuestas de la práctica agro-ganadera, convirtiéndose de este modo en las versiones alternativas de la “Revolución de los Productos Secundarios” para nuestro territorio (*ibídem*: 107) (ver epígrafe 3.1).

El otro gran fenómeno que se desarrolló ligado a la actividad económica durante el III milenio cal. BC se trata de la especialización funcional, tal y como demuestran de nuevo algunos testimonios recogidos en el registro arqueológico. La concentración en un área reducida de una materia prima concreta se ha interpretado como un indicio claro de la existencia de “talleres especializados” (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 99; Sanches, 1996: 68). En el yacimiento zamorano de El Pedroso, entre las diversas estructuras de habitación se han identificado un taller de producción de puntas de flecha sobre pizarra grisácea y lidita, y otro de hachas de

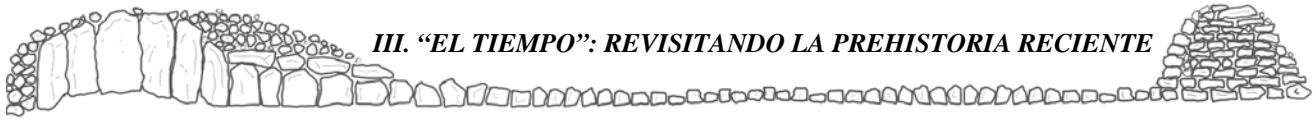
anfíbolita, en los que se documenta parte de la cadena productiva mediante la aparición de preformas, útiles abandonados en su última fase de elaboración y algunas herramientas usadas durante el proceso como una “piedra-yunque” (Fábregas y Rodríguez Rellán, 2013: 126-129; García Barrios, 2008: 547). En otros enclaves como los vallisoletanos de Los Cercados y La Calderona se han hallado talleres líticos, donde se han recuperado también preformas, restos de talla y productos finales (en estos casos, sobre todo elementos de hoz -García Barrios, 2008: 500-512-), además de herramientas y estructuras necesarias para el procesado (como podrían ser los hogares utilizados para el calentamiento previo de la materia prima -*ibídem*: 296-). Estas evidencias, junto a la proximidad de algunos yacimientos a afloramientos de cierto tipo de recursos (como el sílex o los esquistos y anfíbolitas en los casos de Los Cercados y El Pedroso respectivamente), han llevado a plantear la posibilidad de la existencia de auténticos centros manufactureros especializados, que al producir por encima de las necesidades de su población, distribuirían parte de sus productos entre las comunidades vecinas e incluso a veces a largas distancias (*ibídem*: 511). Esta hipótesis viene refrendada por la aparición de manufacturas fabricadas sobre materias primas “especiales”, en ocasiones a más de un centenar de kilómetros de sus filones de origen. Así acontece con el sílex tabular de los páramos pontienses de Mucientes (localidad donde se encuentra el yacimiento de Los Cercados), o con las variscitas de Palazuelo de las Cuevas en la comarca zamorana del Aliste (Carmona, 2011: 27; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 99). La misma función de centro manufacturero y “exportador” se les presupone a los yacimientos del entorno zamorano de las lagunas de Villafáfila (Molino Sanchón II y Santioste), donde se han detectado auténticos “cocederos” que formarían parte de un importante complejo de explotación salinera (Abarquero y Guerra, 2010; Abarquero *et al.*, 2012; García Barrios, 2008: 460). Teniendo en cuenta que la sal es vital tanto para la supervivencia del ganado como del ser humano, hasta tal punto que ha llegado a denominarse como el “oro blanco”, se trataría de un elemento con una gran demanda entre los grupos prehistóricos, y por tanto podría considerarse susceptible de ser una fuente de riqueza principal y un importante instrumento de poder (Delibes y Del Val, 2008). Esta especialización funcional también se observa en el incremento y diversificación de las actividades manufactureras, que se reflejan en la gran relevancia adquirida por la industria ósea en la cultura material (punzones, espátulas, ídolos antropomorfos, “ídolos-falange”...), en la calidad y “cosmopolitismo” que alcanzan las colecciones cerámicas, y en el



aumento de las evidencias ligadas a la producción textil (pesas o placas de telar –ver Figura 4E-, fusayolas –ver Figura 4F-, agujas y punzones, improntas sobre recipientes cerámicos, o los “crecientes” perforados cuya funcionalidad se vincula según algunos autores a esta actividad -Delibes y Del Val, 1990: 72-78; García Barrios, 2008: 479-481 y 552-553-). Por tanto, hay numerosos testimonios que hablan de la práctica de actividades no subsistenciales y de su procesamiento mediante cadenas operativas bastante organizadas, cuya producción iría más allá de las necesidades que tendría un grupo en concreto (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 99). Sin caer en los postulados tradicionales del surgimiento de la figura del especialista a tiempo completo, se podría hablar del ejercicio de ciertas labores subsidiarias a las que se dedicarían de forma parcial “*como un medio de potenciar la efectividad de la economía del poblado*” (García Barrios, 2008: 513).

Pero la actividad cuyo reflejo en la cultura material mejor expresa el desarrollo de esta especialización funcional, es sin ninguna duda la metalurgia. Durante todo el III milenio cal. BC, en el valle del Duero/Douro los elementos metálicos no son muy numerosos, aunque presentan ya una cierta variedad tipológica aún bastante limitada: hachas planas, leznas, cuchillos o puñales, punzones, cinceles, alabardas, puntas de flecha y objetos de adorno (Delibes y Del Val, 1990: 70; García Barrios, 2008: 471-476; Rovira, 2004: 16). A pesar de las teorías que apuntan a que estos “primeros cobres” tendrían un uso puramente testimonial puesto que el bajo nivel técnico de los medios de producción no permitiría obtener productos de alta calidad (García Barrios, 2008: 525), lo cierto es que tipológicamente responden más a una funcionalidad en cuanto a herramientas que a armas o elementos suntuarios (Carmona, 2011: 383; Delibes y Del Val, 1990: 70), a excepción de los documentados en “contextos campaniformes”. Del mismo modo, pese a la idea generalizada de que estos objetos normalmente se hallaban formando parte de ajuares fúnebres u ofrendas votivas (provocada por lo espectacular de los hallazgos en tumbas campaniformes y en los denominados “escondrijos”), la mayor parte de las piezas metálicas ha sido descubierta en lugares de habitación (fundamentalmente en las fosas interpretadas como “basureros” desde la perspectiva más tradicional), lo que *a priori* indica que no fueron deposiciones deliberadas sino simples pérdidas o desechos (Carmona, 2011: 383; Delibes *et al.*, 2003: 129; García Barrios, 2008: 474). Aunque esta premisa podría estar distorsionada por el escaso conocimiento que se tiene del mundo funerario del III milenio cal. BC, en el territorio duriense, más allá del “fenómeno Campaniforme”. Se

han documentado también indicios del proceso de fundición, reducción del mineral y manufactura en cronologías muy tempranas, que confirman una producción local y sitúan el origen del conocimiento metalúrgico en el valle del Duero/Douro en la primera mitad del III milenio BC (Delibes *et al.*, 1996: 166-169 y 2003: 120-121; García Barrios, 2008: 475). Los testimonios de esa cadena operativa se tratan de escorias, goterones y adherencias de metal, restos de minerales de cobre como la malaquita, crisoles e incluso un fragmento de vasija-horno recuperado en el yacimiento zamorano de Las Cañamonas (aunque también se ha interpretado como un simple contenedor de coladas), que sería uno de los métodos utilizados por las poblaciones autóctonas para fundir el mineral (Delibes y Del Val, 1990: 70-71; Delibes *et al.*, 1996: 168; García Barrios, 2008: 470; Fabián, 1993: 161). El descubrimiento de posibles toberas en el abrigo transmontano de Buraco da Pala, ha llevado a plantear la posibilidad de que se conocieran además otros sistemas de fundición más complejos (Delibes *et al.*, 1996: 187). Ante la ausencia total de moldes, lo que más dudas plantea a los investigadores es la fase del elaborado final en todo este proceso metalúrgico (*ibidem*: 184-185; García Barrios, 2008: 471). El primitivismo que caracteriza a este modelo de producción así como la deficiente calidad técnica de los productos resultantes parecen más propios de una estrategia productiva a pequeña escala, basada en talleres domésticos, que de grandes centros metalúrgicos centralizados (Carmona, 2011: 383; Delibes *et al.*, 1996: 183 y 2003: 124; García Barrios, 2008: 475-476). Sin embargo, el hecho de que, de una forma u otra, el metal esté presente en prácticamente todos los yacimientos estudiados, próximos o no a filones cupríferos (Fabián, 2006: 49), vuelve a remitir a la idea de la existencia de ciertos núcleos especializados, en este caso en la extracción del mineral, y quizás también en su primera reducción, para después distribuirlo por diferentes redes de intercambio llegando hasta distancias superiores al centenar de kilómetros (Delibes *et al.*, 1996: 183 y 2003: 124; Rovira, 2004: 35). Incluso algunos autores han llegado a señalar la posibilidad de que algunos asentamientos hubieran surgido, precisamente, al albor de estos recursos mineros (Fabián, 2006: 50). Se ha planteado que para facilitar el acarreo de esta materia prima, sobre todo en los trayectos largos, en vez de llevar el mineral sin más (que resultaría muy pesado) se transportaría en forma de producto ya reducido, colado y semi-elaborado. Esta función de “lingotes” explicaría el protagonismo de las varillas o leznas y los goterones dentro de las colecciones metálicas (García Barrios, 2008: 469). Por tanto, se puede afirmar que el



producto metalúrgico fue un elemento muy activo dentro de las redes de intercambio, a través de las cuales también llegaron manufacturas alóctonas hasta el territorio duriense. Es el caso de los cuchillos afalcatados recuperados en algunos yacimientos como el enterramiento segoviano de El Ollar o el poblado de La Serna/Cantazorras (entre las provincias de Ávila y Segovia), cuya morfología recuerda a formas propias del mediodía peninsular (Delibes *et al.*, 1996: 167; Fabián, 1993: 162; García Barrios, 2008: 525), siendo así otro de los testimonios de la denominada "conexión meridional". Por otra parte, esta generalización de la actividad metalúrgica alejaría la imagen de la misma como una labor restringida a una élite de especialistas que conocen la "fórmula", mostrándose más bien como una posibilidad productiva al alcance de un amplio sector poblacional (Delibes y Del Val, 1990: 71; Delibes *et al.*, 1996: 183; García Barrios, 2008: 467).

d) ORDEN SOCIAL Y RELACIONES INTER E INTRA-GRUPALES

Tras este sintético repaso por el registro arqueológico se podría afirmar que, durante el III milenio cal. BC, las poblaciones que habitaron el valle del Duero/Douro se debatieron entre la permanencia y el cambio. La imagen de "continuidad" proyectada por la aparente inalterabilidad de las estrategias de territorialización y de explotación de los recursos, de las formas constructivas y de ordenación del espacio habitacional, y en gran medida de la cultura material, fomentó la idea sobre el inmovilismo de estas sociedades que habrían sido reacias a cualquier novedad que supusiera una transformación de sus formas de vida y alterase su sentido de la seguridad. Sin embargo, analizando en detalle el registro arqueológico se pueden detectar evidencias que manifiestan, si no grandes, sí al menos pequeños cambios en los "usos y costumbres" de estas comunidades. La estabilidad y permanencia en la ocupación de los asentamientos es mucho más duradera que en cronologías anteriores, indicando una forma diferente de entender la existencia y la relación con el entorno, y representando a su vez "*el punto de partida de una ocupación sistemática del medio y el inicio de una etapa en la que se ejerce un cada vez mayor control sobre el territorio por parte de sus habitantes*" (Delibes y Del Val, 1990: 65). Se da una reestructuración de la territorialidad y una reorganización conceptual del paisaje que genera nuevas necesidades tanto a nivel poblacional como socio-cultural (Valera, 2000b: 158). Por otra parte, el análisis de la cultura material revela una intensificación de los contactos entre distintos grupos, tanto del mismo territorio como ajenos a él, conformándose

poco a poco una compleja red de intercambios multidireccional que, sin requerir necesariamente del desplazamiento de individuos, favorecerá no sólo al aperturismo de las poblaciones del territorio duriense sino también a la diversificación y especialización de las actividades productivas, debido al aumento de la demanda y del trasiego de manufacturas (Carmona, 2011: 505; García Barrios, 2008: 387). Estos contactos tuvieron además una doble consecuencia en el ámbito socio-cultural, al integrar a esta región en la dinámica peninsular y propiciar nuevos vínculos sociales intra e inter-grupales, al mismo tiempo que se fortalecían los ya existentes (García Barrios, 2008: 533). Las tensiones sociales intuidas a través de la dispersión de asentamientos en altura y fortificados por buena parte del territorio (Carmona, 2011: 23) se aliviarían gracias a estos intercambios, que más allá de servir como herramienta de vecindad y reciprocidad positiva, responderían a otros intereses como el de establecer pactos y alianzas que proporcionasen ayuda en momentos de crisis y asegurasen, a su vez, una convivencia pacífica (García Barrios, 2008: 534). En estas “relaciones comerciales” encontrarían las incipientes élites locales un buen instrumento de poder, facilitándoles el acceso a la gestión tanto de los excedentes como de los canales de distribución, y además la obtención de ciertos elementos de prestigio o símbolos de *status*, que les conferirían un cierto halo de autoridad frente al grupo. Comenzaría así el desarrollo del fenómeno de jerarquización y diferenciación social (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 103-104; García Barrios, 2008: 561).

Otras líneas interpretativas apuntan a que dicha red de intercambios, pretendidamente compleja, no es más que el resultado de las relaciones de reciprocidad características de sociedades aún segmentarias, necesarias para la supervivencia de estos grupos muy dependientes en cuanto al aprovisionamiento de ciertos recursos (Carmona, 2011: 505). En este sentido, se defiende un desarrollo social muy lento, “*reflejo posiblemente de una economía de subsistencia, muy dependiente del medio, con notables altibajos, con deficientes y lentos crecimientos demográficos*” (Fabián, 2006: 508). Lejos de la imagen de una estructura social jerarquizada, serían sociedades aún segmentarias o transigualitarias basadas en una organización de parentesco o linajes, en las que las diferencias vendrían dadas por el sexo, edad y posición genealógica y no por fundamentos económicos o de coerción (Carmona, 2011: 495; Díaz del Río, 2008: 129-130; Fabián, 2006: 503-509; Garrido, 2006). De este modo, la hipótesis del desarrollo social lineal, caracterizado por un fenómeno progresivo de diferenciación y jerarquización social propio de un sistema de



jefaturas, no se adecuaba al registro arqueológico de nuestro marco de estudio, un territorio rico y variado en ambientes y en el que no hay signos de estrés por la falta de recursos (Garrido, 2006: 83). Se trataría de una realidad más compleja y dinámica, que daría lugar a unas situaciones u otras en función de los distintos escenarios (Carmona, 2011: 508-509 y 524).

Interpretaciones a parte, el registro arqueológico disponible de los yacimientos del valle del Duero/Douro desvela indicios más que suficientes sobre determinadas transformaciones que tuvieron lugar a lo largo del III milenio cal. BC, en un contexto de cierta permanencia y resistencia a lo nuevo. Estamos, por consiguiente, ante un fenómeno de "*cambios en la continuidad*" (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 100).

3.1.2. *EL ESPLENDOR CAMPANIFORME*

Tradicionalmente, el "fenómeno Campaniforme" se ha considerado como un hito en la Prehistoria Reciente del interior peninsular, debido a que suponía "*la introducción de un grupo étnico nuevo, la sustitución de las fórmulas funerarias colectivas por los enterramientos individuales, la generalización de la metalurgia del cobre (o del bronce) y la aparición de la orfebrería*" (Delibes, 1978a: 148). Dicha "cultura" habría alcanzado una gran expansión gracias a la enorme movilidad de grupos de mercaderes y buhoneros nómadas, que llevaban consigo no sólo un conjunto de nuevos utensilios y técnicas como la metalurgia, sino también una serie de novedosas creencias y rituales funerarios (Bellido, 2005: 20-21; Fernández Moreno, 2013: 23; Garrido, 2007: 5 –ver Figura 5A y B). Bajo estas premisas, se afirmaba que con la llegada del "Campaniforme", el interior peninsular había vivido una completa ruptura étnico-cultural con respecto a las poblaciones que habían habitado hasta entonces en dicho territorio (Delibes y Del Val, 1990: 81; Maluquer, 1960b: 127-130), basándose meramente en las diferencias formales observadas en la cultura material.

Con el cambio de paradigma que tuvo lugar en torno a los años 70, las viejas teorías etnicistas comenzaron a perder partidarios en favor del componente indigenista. Las investigaciones que se pusieron en marcha, en un gran porcentaje vinculadas a la denominada "Escuela de Valladolid" (Delibes, 1977 y 1987; Delibes y Municio, 1981; Delibes y Santonja, 1987; Fernández Manzano y Rojo, 1989; Martín Valls y Delibes, 1978; Oliveira, S., 1983-1984; etc.) fueron sacando a la luz nuevos datos que con el

tiempo revelaron una cierta continuidad en los yacimientos, refutando así las hipótesis colonialistas que defendían la llegada y asentamiento de nuevos pueblos en el interior peninsular. La idea de la existencia de una “Cultura Campaniforme” empezó a sustituirse por la de *“múltiples culturas con Vaso Campaniforme”* (Delibes y Del Val, 1990: 81). De este modo, e influidos por la obsesión tradicional de la búsqueda del lugar de origen de las “culturas arqueológicas”, se planteó la posibilidad de que los distintos “estilos campaniformes” procedieran de diferentes núcleos. De ahí, la buena acogida que tuvo entre los prehistoriadores estudiosos del valle del Duero/Douro la “Teoría del Reflujo”, concebida por Sangmeister (1963), y posteriormente el “Modelo holandés” de Lanting y Van der Walls (1976), puesto que permitían explicar las diferencias entre cada uno de los distintos tipos campaniformes documentados en el territorio duriense y, a su vez, reafirmar el origen centroeuropeo del “estilo inciso de Ciempozuelos” (Delibes, 1978b: 281; Garrido, 2007: 5-7). En cuanto a la secuencia crono-cultural, aún se defendía la existencia y llegada a las tierras del interior peninsular de un “Pueblo Campaniforme”, pero ya no se hablaba de una sustitución radical y una ruptura con todo lo anterior, sino de un cambio dentro de un marco de continuidad poblacional y cultural. Esta hipótesis se apoyaba en argumentos como la diferente presión demográfica ejercida por ambos grupos (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 113), puesto que *“numéricamente, la aportación étnica campaniforme debió de ser mínima y creemos que las poblaciones indígenas eneolíticas, aunque con su bagaje cultural radicalmente transformado a través del contacto con dichas gentes campaniformes, continuaron constituyendo el principal contingente demográfico de la zona durante el Bronce Medio y Final”* (Delibes, 1978a: 148).

Actualmente, las tesis de carácter étnico se han superado y se tiende más a planteamientos de corte autoctonista. Se considera que el “set campaniforme” habría sido asimilado por parte de las distintas poblaciones locales, sin suponer ninguna ruptura ni transformación profunda de sus hábitos y pautas de comportamiento (Benet *et al.*, 1997: 467; Carmona, 2011: 28-29; Delibes, 1989: 540; Delibes y Santonja, 1987: 191; Fabián, 2006: 47-48; Oliveira, S., 1986 : 935-936), a través de *“un proceso de adición, más que de suplantación cultural”* (Delibes, 1995: 63). El documento arqueológico más ilustrativo de esta “continuidad” sería la aparición de elementos de la cultura material “indígena” en contextos coetáneos al material campaniforme (Delibes y Del Val, 1990: 81), de manera que *“la cerámica campaniforme por sí sola*



no sirve para explicar un momento en el que, sin duda, ella no fue otra cosa más que uno de los elementos que formaron parte del bagaje de los pueblos, con mayor o menor importancia, pero uno más” (Fabián, 1993: 163). Para algunos autores, los mejores ejemplos de la integración de los nuevos elementos en la tradición local son las reutilizaciones funerarias de los monumentos megalíticos, en las que se documentan los estandarizados ajuares campaniformes (Delibes, 1995: 63; Delibes y Santonja, 1987: 191; Fabián, 2006: 47-48; Fernández Moreno, 2013: 23 –ver Figura 5A). Estos cambios interpretativos también supusieron modificaciones a la hora de tratar el “elemento campaniforme”, puesto que desde tendencias más procesualistas, se comenzó a prestar atención a otras facetas más allá de su origen, como su papel y función socio-simbólica. En este sentido, siguen en vigor las tesis planteadas por Clarke (1976) sobre las causas de la aparición y difusión de este fenómeno, quien no veía “pueblos campaniformes sino pueblos con campaniformes” (Garrido, 2007: 7-9), cuyos líderes se intercambiarían una serie de “bienes de prestigio”, distintivos que detentarían para reforzar su autoridad y posición socio-económica dentro del grupo (*ibídem*: 8). De este modo, estos ítems de la cultura material pasaron de ser el “fósil-guía de un grupo cultural o racial” a considerarse como marcadores de la existencia de jefaturas, auténticos “símbolos de estatus” que determinaban el prestigio de los “grandes hombres, régulos o princeps campaniformes” (Garrido *et al.*, 2005: 412).

La tendencia de los investigadores por uniformizar los fenómenos y establecer periodizaciones (ver subepígrafe 3.1.2), también influyó en la interpretación del “Campaniforme”, planteando una posible seriación cronológica basada en la variedad estilística, también documentada en el valle del Duero/Douro, que presentaban sus cerámicas. En este sentido, aplicando la “Teoría del Reflujo” de Sangmeister (1963 cit. por Garrido, 2007: 6), el estilo decorativo impreso denominado como “internacional” o “marítimo” sería el más antiguo, y su origen estaría en Portugal desde donde se habría difundido por toda la costa atlántica llegando a Centroeuropa (de ahí su nombre). Dentro de este marco, al tipo “puntillado-geométrico”, caracterizado por el uso de la técnica a peine, se le otorgaría una mayor antigüedad (por su vinculación directa con el campaniforme “marítimo”), que a los estilos incisos que habrían llegado hasta el interior peninsular a través de movimientos de “reflujo” (Delibes y Del Val, 1990: 84; Garrido, 1999: 25-28 y 2007: 6). Estos últimos han sido calificados por las teorías dualistas como “epicampaniformes” o campaniformes tardíos (Delibes y Del Val, 1990: 81), consideración que ha provocado que tradicionalmente al tipo

Ciempozuelos se le haya asimilado una cronología muy reciente hasta bien entrado el II milenio BC, solapándose incluso con el “fenómeno de Cogotas I” (Bellido, 2005: 22; Delibes y Del Val, 1990: 81; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 20 y 25; Fabián, 1993: 163; Fernández Moreno, 2013: 22; Garrido *et al.*, 2005: 425).

Este tipo de seriaciones estilísticas afortunadamente han sido superadas gracias a los métodos de datación absoluta, aunque para el caso del “fenómeno Campaniforme” ni siquiera éstos son definitivos. En general, se admite una cronología entre el 2500 y el 2000 cal. BC para su desarrollo en el valle del Duero/Douro (Garrido, 1999: 334-337; Garrido *et al.*, 2005: 426), aunque se trata de límites muy aproximativos debido a la irregularidad de la curva de calibración en este lapso cronológico (Garrido, 1999: 334). Algunas dataciones lo prolongan hasta el 1900-1800 cal. BC (Carmona, 2011: 515; Delibes, 1998: 57; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 25; Fabián, 2006: 47; Garrido, 2014: 118; Ríos *et al.*, 2011-2012: 200-204; Senna Martínez, 1994: 184; Valera, 2000: 271-274), tratándose de casos aislados. Algo más numerosas son las evidencias fechadas que indican la presencia de materiales campaniformes ya en la primera mitad del III milenio cal. BC, principalmente en territorio portugués (Bettencourt, 2011: 369-370; Fabián, 2006: 510-511). Por tanto, todo el desarrollo del “fenómeno Campaniforme” formaría parte del denominado “período calcolítico”, sin corresponderse con cronologías tan avanzadas como las que se proponían en algunas de las hipótesis más tradicionales (Delibes, 198: 56-57; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 25). Estas mismas dataciones son las que *a priori* refutan las hipótesis de las secuencias estilísticas, puesto que demuestran la coexistencia de los diferentes tipos (Bettencourt, 2011: 370), resultando “*casi imposible abordar la seriación de los estilos campaniformes sin caer en apriorismos*” (Garrido, 1999: 335). Esta aparente sincronía de los “estilos marítimos, puntillados, incisos o lisos”, entre otros (Delibes, 1998: 52; Garrido, 1999: 337-338; Sánchez Meseguer y Galán, 2010: 99-100), además daría al traste con la “Teoría del Reflujo” de Sangmeister (Delibes y Del Val, 1990: 81) convirtiendo la hipótesis del “Modelo holandés”, que situaba el nacimiento del “Campaniforme” en la desembocadura del Rin como el resultado de la evolución de los tipos de la cerámica cordada, en la teoría más vigente sobre los orígenes del fenómeno hasta fechas recientes (Garrido, 2014: 113; Harrison, 1980 cit. por Garrido, 2007: 7). Sin embargo, en este asunto de la diacronía/sincronía de los “estilos decorativos campaniformes”



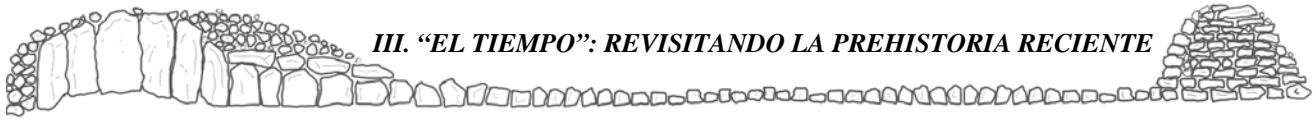
hay que ser cautelosos ya que, debido a los problemas de calibración de las dataciones radiocarbónicas (Garrido, 2014: 118) y a la ausencia de secuencias estratigráficas en el registro arqueológico para este momento (junto al hecho de que ninguno de los hallazgos que demuestran, supuestamente, esa coetaneidad procede de un contexto cerrado e inalterado), a día de hoy ninguna de las posturas sería irrefutable. En todo caso, abordando la problemática desde otro punto de vista, ambas situaciones arqueográficas no tienen por qué responder simplemente a una cuestión cronológica, sino que podrían deberse a razones de cariz socio-cultural o ritual (Garrido, 1999: 337-338). De nuevo, al igual que en otros muchos casos, las periodizaciones y secuencias crono-culturales basadas en criterios tecno-tipológicos, que se creían establecidas de manera sólida, se tambalean al enfrentarse a la información ofrecida por la cronología absoluta y por la revisión analítica profunda de las estratigrafías (ver subepígrafe 3.1.2).

Del mismo modo, la tradicional diferenciación entre una fase “Calcolítico precampaniforme” y otra “Calcolítico campaniforme” ha marcado durante muchos años la investigación, dando lugar al estudio de cada una de forma independiente y a la elaboración de modelos interpretativos apriorísticos en los que ambos mundos siempre aparecen separados. Esto unido al hecho de que la investigación sobre el III milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro (exceptuando lo relativo al “Campaniforme”) es muy reciente, ha llevado a que el “componente” campaniforme se considere simplemente como un elemento añadido más, sin profundizar en las razones que provocaron tal situación ni en los *“nexos que vinculen ambos registros, que contemplen el fenómeno de una manera global e integrada con el fin de entender los procesos históricos que determinaron la incorporación de unos objetos tan peculiares en un momento avanzado del III milenio cal B.C.”* (Carmona, 2011: 52). Sin embargo, frente a las posturas que defienden una diferenciación clara entre ambos periodos (Delibes y Del Val, 1990: 63-85; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 99-104; Del Val y Herrán, 1995), algunos investigadores son partidarios de analizar el lapso temporal comprendido aproximadamente en el III milenio cal. BC como un bloque homogéneo, sin considerar el “factor campaniforme” como evidencia de una etapa más avanzada frente a otra más antigua (Fabián, 1993: 154-165; Fabián, 2006 cit. por Blanco 2008: 111-112; Oliveira S., 2000: 8-10). Visto así, *“el campaniforme no tuvo un valor autónomo por sí mismo, sino que se adaptó en función de los contextos donde fuese introducido”* (Bettencourt, 2011: 372). En este sentido, como ya se ha señalado

en el epígrafe anterior (ver subepígrafe 3.1.2), cada vez hay más hallazgos que apuntan hacia la coetaneidad de contextos tradicionalmente denominados como “precampaniformes” y otros donde se han documentado “elementos campaniformes”, en un marco por tanto de adición y no de suplantación de una cultura material por otra (Blasco *et al.*, 2005 y 2007; Carmona, 2011: 64; Delibes *et al.*, 1996: 165; Liesau *et al.*, 2008; Ríos *et al.*, 2011-2012; Oliveira, S., 1986: 935-936; Valera, 2000: 272; Vega *et al.*, 2010). Todas estas consideraciones han llevado a algunos autores a plantear la sustitución de las voces “precampaniforme” y “campaniforme”, en cuanto a nomenclaturas de las distintas fases, por otras como por ejemplo “Calcolítico inicial/Tardoneolítico” y “Calcolítico final/tardío” (Fabián, 1993: 155-163), ya que en muchas ocasiones el uso de dichos términos podría ofrecer una imagen equívoca de la realidad (Fabián, 2006: 220).

En nuestra opinión, el “fenómeno Campaniforme” no es un hecho asociado a un grupo poblacional ni cultural específico, sino que se trata de un conjunto de artefactos y prácticas que se añadieron a otras ya existentes a través de un complejo sistema de intercambios y que, por tanto, supondría sólo una faceta peculiar más dentro del registro arqueológico propio de las poblaciones del III milenio cal. BC (Garrido, 2005: 29 y 33). Sin embargo, se ha considerado necesario tratarlo de forma individual en el presente trabajo, ya no simplemente por el peso que tiene de por sí en la Prehistoria Reciente del valle del Duero/Douro como fenómeno global y estandarizado, sino por su trascendencia en el objeto de estudio de esta investigación (es decir, el fenómeno de las reutilizaciones megalíticas). La importancia en este sentido es tal, que se ha estimado adecuado tratar estas manifestaciones de manera individualizada para facilitar la comprensión del análisis, sin pretender con ello definir las como propias de grupos concretos y diferenciados del resto de poblaciones que habitaron este territorio a lo largo del III milenio cal. BC.

El “problema campaniforme” ha sido durante muchas décadas y sigue siendo uno de los temas predilectos de la discusión teórica. Primero, el debate se centró en los orígenes y vías de difusión del fenómeno, para posteriormente tratar aspectos más relacionados con su funcionalidad, significado o papel socio-cultural. *“Desde que se descubrieron por primera vez estas cerámicas no han dejado de proponerse modelos y teorías diversos para explicar esta cuestión, que ha constituido desde el principio un reto intelectual de primer orden. Pero curiosamente las nuevas propuestas que han*



ido apareciendo en el transcurso de los años no han eliminado del todo las visiones previas, sino que se han añadido a ellas, creando en la actualidad un complejo entramado teórico, un laberinto en el cual todos buscan salida, pero cada uno apunta en una dirección distinta y habla incluso un lenguaje diferente” (Garrido, 2005: 30). Ante este panorama de gran complejidad interpretativa, este epígrafe se limita a exponer algunas de las manifestaciones más representativas ofrecidas por el registro arqueológico, para a través de ellas presentar ciertas cuestiones polémicas y algunas de las hipótesis que han generado.

Por excelencia, lo que define a este “Complejo Campaniforme” son esas peculiares cerámicas profusamente decoradas y de repertorio formal limitado, rasgos que las hacen fácilmente reconocibles. En muchas ocasiones, aparecen acompañadas de otros objetos como puñales de lengüeta y puntas Palmela de cobre, botones de perforación en “v”, brazales de arquero o adornos de oro, entre otros, formando así el denominado “set” o “kit” campaniforme (Garrido, 2007: 1). Estas características tan estandarizadas permiten que su identificación y catalogación sean relativamente sencillas (Carmona, 2011: 53).

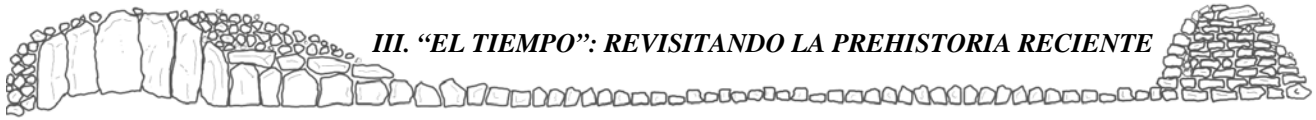
a) **IMPLANTACIÓN EN EL TERRITORIO Y FORMAS DE HÁBITAT**

Los contextos en los que aparecen este tipo de hallazgos son, principalmente, entornos de hábitat y lugares funerarios. Dejando a un lado estos últimos, de los que ya se tratará en posteriores apartados (ver epígrafe 3.2), los testimonios recuperados en asentamientos del valle del Duero/Douro son más bien escasos, tratándose normalmente de hallazgos superficiales, debido principalmente a la escasez de excavaciones sistemáticas y a las propias peculiaridades de los yacimientos que plantean muchos problemas interpretativos (Garrido *et al.*, 2005: 412; Valera, 2000: 271-272). La mayor parte del registro se ha recuperado “*em contextos tumulares revolvidos ou em habitats ainda não suficientemente escavados*” (Oliveira, S., 1983-84: 101). Este exiguu conocimiento sobre las formas de ocupación del territorio de estas poblaciones con “elementos campaniformes”, desde una perspectiva tradicionalista, se consideraba como la mejor expresión de una “cultura” correspondiente a grupos nómadas de buhoneros y mercaderes, que por su propia condición no dejaban evidencias de hábitat (Delibes, 1995: 58; Savory, 1968: 180 cit. por Garrido, 2007: 5). Dicha hipótesis parecía estar apoyada también por otros argumentos como la endeblez de las construcciones documentadas, o la falta de signos

de ocupaciones prolongadas en el tiempo en un mismo lugar (Rodríguez Marcos, 2005: 982).

Superadas estas teorías del “Pueblo Campaniforme”, la dificultad para identificar los asentamientos de esta cronología se ha interpretado como el resultado de “*um decréscimo económico e desequilíbrio demográfico, que se traduziriam em pequenos povoados de grande mobilidade, e, por isso, de difícil percepção*” (Vilaça, 2000: 173). El mismo argumento de la inconsistencia que caracteriza a las estructuras domésticas, siendo en su mayoría hoyos, se ha leído en clave del mayor o menor grado de sedentarización de estos grupos. En este sentido, algunos yacimientos con ubicaciones concretas como sierras, cuevas u otras áreas alejadas de las zonas de cultivo, han sido interpretados como campamentos temporales con una determinada funcionalidad, sugiriendo así una cierta recurrencia de movimientos estacionales (Garrido, 2014: 119; Garrido *et al.*, 2005: 413). Por otra parte, existen también indicios de un cierto ordenamiento del espacio habitacional y de ocupaciones más estables y dilatadas en el tiempo, que se traducirían en la presencia de construcciones de mayor entidad como las “cabañas” descubiertas en los yacimientos de Pico Castro, Rompizales I o Villafría V, entre otros (Carmona, 2011: 60; García Barrios, 2007 y 2008: 274; Garrido *et al.*, 2005: 413; Fernández Moreno, 2013: 248). Además, hallazgos recientes como los de los enclaves de Camino de las Yeseras y Humanejos en la Comunidad de Madrid (que aunque no forma parte del marco geográfico de estudio, se encuentran muy próximos) han mostrado la complejidad que podían alcanzar estos poblados datados en la segunda mitad del III milenio cal. BC, con materiales ligados al “fenómeno Campaniforme” documentados (Blasco *et al.*, 2005 y 2007; Flores, 2011: 9-16; Garrido, 2014: 119-120; Liesau *et al.*, 2008; Vega y Mendiña, 2011: 5-8). Esta convivencia de asentamientos de diversa índole y, *a priori*, con distinta funcionalidad, podría ser el resultado de la puesta en práctica de unas estrategias económicas más complejas, que obligarían a una parte del grupo a desplazarse de manera temporal por ciertas necesidades relacionadas con la obtención de recursos (Garrido, 1999: 99), con el fin de asegurar la supervivencia del ganado y del grupo como tal.

En algunos casos, los “hallazgos campaniformes” se han realizado en lugares de hábitat ya existentes y que han funcionado como asentamientos de manera recurrente a lo largo de la Prehistoria Reciente. Así lo demuestra su presencia en núcleos de entidad con intensas ocupaciones a lo largo de todo el III milenio cal. BC



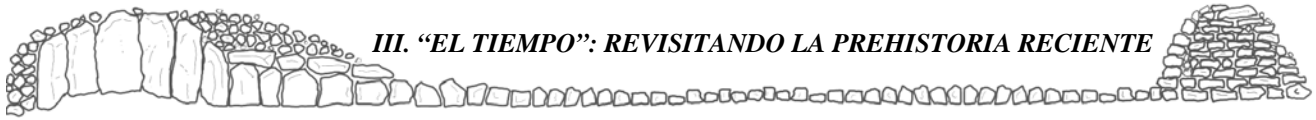
como Las Pozas, Tierras Lineras, Pastoria o Buraco da Pala (Benet *et al.*, 1997: 460-461; Bettencourt, 2011: 368; Delibes y Del Val, 1990: 81-81; López Plaza y Arias, 1988-1989; Oliveira, S., 1983-1984: 101; Sanches, 1996: 75-77). En estos argumentos se apoyan fundamentalmente las hipótesis de continuidad poblacional y genética entre las poblaciones locales y aquellas que incluyen en su repertorio elementos de la cultura material campaniforme (Benet *et al.*, 1997: 467; Delibes, 1998: 52; Delibes y Del Val, 1990: 81; Oliveira, S., 1986: 935-936). Generalmente, los hallazgos de “materiales campaniformes” en este tipo de yacimientos son tan mínimos que se consideran excepcionales, aunque se conocen enclaves como el vallisoletano de Arrabal de Portillo o el zamorano de El Valle donde su impacto es mayor (Benet *et al.*, 1997: 461; Fernández Moreno, 2013: 248), teniendo en cuenta que en cualquier caso no superan un pequeño porcentaje, entre el 4 y el 5%, de las colecciones cerámicas recuperadas (Garrido *et al.*, 2005: 412).

La mayoría de estos hábitats se emplazan en lugares destacados en el paisaje (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 103; Rodríguez Marcos, 2005: 981), estableciéndose en lo alto de parameras o sobre pequeños cerros y suaves lomas, desde donde obtener un amplio control visual de todo el entorno, fundamentalmente de los recursos de agua y de las zonas de cultivo (Garrido *et al.*, 2005: 412-413; Rodríguez Marcos, 2007: 190; Rojo *et al.*, 2004: 6). Por el contrario, se conocen muy pocos asentamientos ubicados en llano o en cuevas (Garrido, 1999: 96). Realizando una perspectiva general de todo el territorio del valle del Duero/Douro, se observa una tendencia de los yacimientos con “elementos campaniformes” a localizarse en torno a corrientes fluviales, hecho que, teniendo en cuenta su condición de vías naturales de comunicación (ver epígrafe 2.3), podría considerarse como la elección estratégica de los emplazamientos por parte de estas poblaciones con el fin de cubrir ciertas necesidades “comerciales” (Garrido *et al.*, 2005: 413; Kunst, 2005: 202).

A pesar de que todas las evidencias apuntan hacia un “continuismo” a lo largo de todo el III milenio cal. BC en relación a los patrones de asentamiento (Carmona, 2011: 508-509), algunos autores defienden que a finales de este periodo, coincidiendo con las cronologías del “registro campaniforme”, “*parecen insinuarse sutiles cambios en la elección topográfica de los hábitats y determinadas disposiciones estructurales*” (Benet *et al.*, 1997: 461). Entre otras cosas, plantean un fenómeno de propensión hacia los poblados castreños casi inaccesibles, que en ocasiones pueden contar además con estructuras de fortificación (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 103; Fabián, 1993:

164; Oliveira, S., 2000: 9-10; Rodríguez Marcos y Moral, 2007: 192), aunque este tipo de evidencias son escasas (Carmona, 2011: 508-509; Garrido *et al.*, 2005: 427). Se han documentado “materiales campaniformes” en yacimientos en altura tan característicos como Castanheiro do Vento, Castro de Palherios, Alto del Quemado, Castelo Velho, El Pedroso, El Pozuelo I, Fraga da Pena, Coto Alto, Pico Castro o El Picacho, entre otros (Benet *et al.*, 1997; Bettencourt, 2011: 368; Delibes, 1998: 52 y 55; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 103; Esparza, 1977; Garrido *et al.*, 2005: 427; López Plaza, 1994; Oliveira, V., 2006; Oliveira, V. *et al.*, 2002; Sanches, 2003 y 2008; Valera, 2000; etc.). Según algunas hipótesis (ver subepígrafe 3.1.2), esta tendencia hacia el “encastillamiento” sería un factor más de un modelo de territorialización jerarquizado, en el que estos grandes poblados monumentalizados funcionarían aparentemente como cabezas de una compleja red de poblamiento (Oliveira, S., 2000: 10; Valera, 1995: 138-139). Estos asentamientos, situados en zonas “marginales” alejadas de las áreas productivas, asumirían un papel como gestores o “centros políticos” de un territorio concreto (Carmona, 2011: 24), ejerciendo un control directo sobre los recursos esenciales del entorno, cuya explotación sería llevada a cabo por los hábitats en llano. En este modelo de poblamiento, que habría dado lugar a una mayor estabilización de las poblaciones, “*el núcleo en altura se convertiría en un punto de control del territorio y, también, en un hito de referencia visual para sus habitantes*” (Rodríguez Marcos y Moral, 2007: 192). Por otra parte, se plantea también que esta preferencia por los emplazamientos “encastillados” unida en algunos casos a la presencia de estructuras de fortificación, podría estar relacionada con un aumento de la conflictividad, coetánea a la introducción de las prácticas campaniformes y a la restricción del área ocupada (Garrido, 2014: 119), a consecuencia de una menor disponibilidad de tierras resultante de una creciente presión demográfica (*ibidem*).

Sin embargo, las evidencias de un poblamiento jerarquizado, como la monumentalización de los hábitats y la presencia de elementos coercitivos, son en realidad muy escasas en el valle del Duero/Douro (Carmona, 2011: 56 y 508-509; Rodríguez Marcos, 2005: 981). De ahí, que se planteen explicaciones alternativas para esta dualidad entre asentamientos en llano y en altura, y para la diversidad de entornos escogidos como espacios domésticos. Por una parte, algunos autores defienden que más que una jerarquización, lo que se produjo fue un fenómeno de nuclearización del territorio, en el que cada emplazamiento está orientado a la explotación de los recursos de un determinado entorno. “*Es decir no hay poblados superiores que controlen a los*



demás, sino que supondría una mayor presión sobre el mismo y una explotación más intensa y sistemática, de todos los recursos que ofrece” (Rodríguez Marcos y Moral, 2007: 193). Por otra parte, la excepcionalidad evidente de algunos de esos poblados monumentalizados podría interpretarse también en clave simbólica, lejos de cualquier funcionalidad defensiva, convirtiéndolos en escenarios construidos para la ritualización y en elementos agregadores y cohesionadores de la población (Oliveira, S., 1994: 484-492). En este contexto, los hallazgos campaniformes realizados en este tipo de yacimientos se conciben también como excepcionales, “*uma ocupação de excepção de um sítio de excepção*” (Valera, 2000: 277), puesto que de igual manera que “*o objecto ganha significado num determinado contexto, ese contexto também retira sentido da presença desse mesmo objecto*” (ibídem: 278)

Por tanto, las manifestaciones arqueológicas de este momento muestran una clara continuidad de las formas de poblamiento y las estrategias de territorialización a lo largo de todo el III milenio cal. BC (Fabián, 2006: 511). Aún así, se intuyen ciertos patrones innovadores que a la larga podrían dar lugar a importantes transformaciones. Las evidencias de estacionalidad documentadas en algunos núcleos, el abandono de algunos asentamientos que, como en el caso del yacimiento salmantino de la Viña de Esteban García, no puede justificarse como tradicionalmente se hacía por el agotamiento de las tierras y los pastos (Benet et al 1997: 461; Oliveira, 941-942), o la concentración y aumento del número de hábitats a lo largo de los cauces fluviales (Rodríguez Marcos y Moral, 2007: 189-190) son algunas de esas pautas que el registro arqueológico deja entrever.

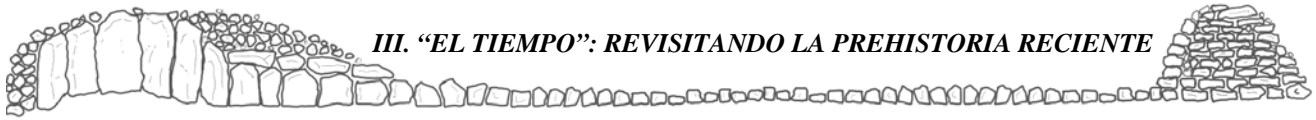
b) ESTRATEGIAS SUBSISTENCIALES Y EL DESARROLLO DE LOS SISTEMAS DE INTERCAMBIO A TRAVÉS DE LA CULTURA MATERIAL

En el ámbito de la cultura material es donde son más numerosas las manifestaciones que pueden aportar información sobre los posibles cambios que tuvieron lugar en aquel momento. Aunque hemos de señalar, que fuera de los “conjuntos campaniformes”, el repertorio artefactual coetáneo refleja más bien una cierta tendencia hacia la continuidad (ver subepígrafe 3.1.2).

En las colecciones cerámicas siguen predominando las formas simples esféricas como los cuencos y vasos globulares, con superficies cuidadas, y sólo en un porcentaje mínimo están ornamentadas (Carmona, 2011: 48; Fernández Moreno, 2013:

247; García Barrios, 2008: 384). En cuanto a la industria lítica, sigue teniendo un papel muy significativo dentro del menaje doméstico, aunque parece observarse un relativo decaimiento del trabajo del sílex frente a un cierto aumento de la metalurgia (Fabián, 1990: 162). En su faceta tecnológica, los rasgos característicos continúan siendo la técnica laminar y el retoque plano cubriente (Rodríguez Marcos, 2005: 980), pero se observa una tendencia hacia la simplificación tipológica (Fabián, 1993: 159; Fernández Moreno, 2013: 264). Dentro del utillaje destacan las láminas, las puntas de flecha y los dientes de hoz, frente a la ausencia ya total de los geométricos. Tampoco se documentan importantes variaciones en los artefactos pulimentados y óseos. En relación a la metalurgia, no se observan grandes cambios a nivel tecnológico, aunque sí una cierta generalización de esta actividad y un aumento significativo de su importancia socio-económica ligado a la aparición de nuevos tipos formales muy estandarizados (García Barrios, 2008: 471; Rovira, 2004: 21-22). La producción seguiría siendo a pequeña escala, de escasa variedad tipológica (Carmona *et al.*, 2010: 383; Fabián, 2006: 49), con predominio de formas simples como leznas, punzones o hachas planas (Garrido, 1999: 294-296; Garrido *et al.*, 2005: 424).

En general, el instrumental y los medios de producción básicos continuaron siendo los mismos, lo que indica que las estrategias económicas de producción no sufrieron grandes transformaciones (Fabián, 2006: 50; Senna Martínez, 1994: 184). Desechando la idea tradicional de la existencia de una economía específica campaniforme (Bellido, 2005: 23-24), se plantea que en la segunda mitad del III milenio cal. BC se encontraba ya consolidado el modo de vida campesino en el valle del Duero/Douro (Carmona, 2011: 502). De hecho, todos los indicadores arqueológicos (presencia de polen de cereal, patrón de sacrificio del ganado en edad adulta, aparición de ciertos elementos característicos de la explotación de productos secundarios, documentación de estructuras para el almacenamiento de excedentes... -ver subepígrafe 3.1.2-) apuntan hacia unas estrategias de subsistencia más perfeccionadas y eficaces pero aún propias de un modelo de base agropecuaria (Garrido, 1999: 338-343). Estas hipótesis explicarían la permanencia de ciertas tipologías tanto líticas como metálicas (dientes de hoz, leznas y hachas planas de cobre...) y su gran porcentaje de hallazgo en yacimientos de hábitat (a diferencia de otros artefactos como las armas -Garrido *et al.*, 2005: 424-), puesto que se tratarían de herramientas de gran utilidad. En este contexto, la aparición de nuevas formas metálicas (como las puntas Palmela o los puñales de lengüeta) sería simplemente la



consecuencia lógica de la evolución tecnológica y estilística de la actividad metalúrgica durante aproximadamente medio milenio. Desde otra perspectiva, este aumento de la producción metálica que dio lugar a un mayor volumen y variedad de manufacturas, puede leerse como el resultado de un impulso del fenómeno de intensificación económica y de un destacado avance en la especialización funcional.

Sin embargo, algunos autores defienden la existencia de ciertos indicadores de mudanza en la tendencia productiva, que responderían a un mayor protagonismo de la actividad pecuaria frente a la agricultura (Fabián, 2006: 517). Entre las razones argumentadas para este cambio, se plantea la posibilidad de un agotamiento de las tierras cultivables tras milenios de explotación o el renovado interés por ciertos productos de origen animal con una importante carga socio-económica. Pero también, se alude a una posible causa climática, puesto que en este momento se documenta un aumento de la aridez a gran escala, que podría haber desencadenado una reorientación de las fórmulas económicas, y que a su vez explicaría el abandono de ciertos hábitats agrícolas a la par que la ocupación de otros entornos completamente diferentes. A este fenómeno se le ha denominado como "Evento 4.0 ka BP", cuyo desarrollo se situaría aproximadamente en el lapso cronológico de 2450-1950 cal. BC (*ibídem*: 516-517).

Estas tendencias continuistas que parecen observarse en las manifestaciones vinculadas a las estrategias productivas, básicamente agro-ganaderas, no se observan en otras facetas del ámbito económico que por el contrario son objeto de un fenómeno de intensificación. Es el caso de las redes de intercambio, cuyas transformaciones se hacen patentes principalmente a través de la cultura material asociada al "Complejo Campaniforme".

Frente a un repertorio artefactual que, en general, mantiene las líneas formales de cronologías anteriores, aparece un nuevo concepto. El "fenómeno Campaniforme" trajo consigo una serie de elementos novedosos, "*sobre todo en su vertiente tipológica y estilística, ya que no se registran innovaciones destacables en el terreno de la tecnología*" (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 101-102). Entre ellos destaca, sin duda alguna, la cerámica cuya elaboración requiere de una cuidada elaboración, y de un proceso impecable de modelado y acabado de la pieza, aunque con algunas excepciones (Garrido, 1999: 152-153 –ver Figura 5-). Su repertorio formal se limita a los siguientes tipos: vaso campaniforme, cazuela, cuenco, cazuelilla, copa y vasos de almacenaje (Garrido *et al.*, 2005: 422). En este aspecto, también se observan

novedades como la presencia de fondos planos, la normalización de las carenas (hasta entonces muy rarificadas) (Rodríguez Marcos, 2005: 980), el gusto por los recipientes bajos y de boca ancha (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 102) o la aparición de elementos como el umbo cuya explicación podría estar ligada a las nuevas funciones de estas cerámicas. Esta misma razón se arguye para interpretar la estandarización de las dimensiones de estos recipientes (Garrido, 1999: 153-180). Igual de estandarizadas se presentan sus complejas decoraciones, normalmente organizadas en bandas, que siguen ciertas pautas como la asociación de un tipo de ornamentación a unas formas concretas o a determinadas zonas de la pieza, la combinación de distintos motivos siguiendo esquemas de ordenación regulares, o incluso el uso de patrones decorativos específicos a nivel regional (*ibídem*: 240-287).

Los conjuntos cerámicos campaniformes sólo representan entre un 4-5% del total de las colecciones recuperadas en los yacimientos de habitación adscritos a esta cronología (Delibes y Del Val, 1990: 82; Garrido, 2014: 119; Garrido *et al.*, 2005: 412), en los que comparte protagonismo con otros recipientes con decoración no-campaniforme. Este porcentaje minoritario en los lugares de hábitat, junto a su cuidada manufactura, la complejidad de su ornamentación, y su mayor presencia en contextos funerarios, son los factores que han llevado a considerar estas producciones como exóticas, poco accesibles y con una gran carga socio-simbólica (Carmona, 2011: 56). Por estas y otras razones, Clarke afirmaba que las cerámicas campaniformes no eran simples objetos domésticos sino elementos muy preciados de costosa elaboración, con una significación especial y de alto valor social (Clarke, 1976 cit. por Garrido, 2007: 8); “no serían por ello los distintivos de un Pueblo sino de ciertos individuos de alto estatus que detentarían el poder en estas primitivas sociedades y los exhibirían para reforzar su prestigio y posición” (*ibídem*). Otras hipótesis matizan que estas piezas no conferirían prestigio por sí mismas sino que serían más bien un mecanismo de representación, por el que aquéllos, y sólo aquéllos, que hubiesen alcanzado una determinada posición socio-económica podían portarlos para mostrar su autoridad y situación destacada con respecto al grupo (*ibídem*). Para cubrir esta demanda de “bienes de prestigio” por parte de esas figuras de líderes emergentes se recurriría a las redes de intercambio, ya muy activas desde cronologías anteriores, pero también a fórmulas de otra naturaleza como los pactos políticos o las alianzas matrimoniales (Garrido, 2005: 34 y 2007: 8). Estos sistemas de interacción explicarían el alto grado de convergencia cultural y las similitudes formales existentes entre las manifestaciones



de distintos grupos muy distantes entre sí, sin necesidad de acudir a argumentos de tipo colonialista (Garrido, 2005: 34-35). Desde una perspectiva funcionalista, las poblaciones que incluyeron el "elemento campaniforme" en su haber, paralelamente a las estrategias de subsistencia tradicionales, mantendrían una "Economía de bienes de prestigio", basada en una amplia red de intercambios de objetos, información y conocimiento ritual que, además de tener un fin comercial, fundamentalmente cumpliría con una importante función social y simbólica (Garrido, 1999: 45-46).

Esta línea interpretativa, con más o menos matices, sigue siendo a día de hoy la hipótesis más aceptada para la interpretación del "fenómeno Campaniforme". Sin embargo, existen otras posturas que, frente a la consideración de estas cerámicas como producciones de lujo, defienden su función como recipientes de uso doméstico y producción local (Brodie, 1995 y Case, 1994 cit. por Garrido, 2005: 36-38; Oliveria, S., 1986: 939-940). Se apoyan en argumentos como la presencia habitual de este tipo cerámico en espacios domésticos, su uso generalizado y no restringido a ciertas zonas o yacimientos, la aparición de formas vulgares como los vasos de almacenaje, o las evidencias de su manufactura en el ámbito local (Fabián, 2006: 511; Garrido, 2005: 37). Además, tampoco consideran que la amplia dispersión de este "Complejo Campaniforme" sea tan significativa, puesto que se trata de una circunstancia que podría rastrearse de la misma manera a través de determinados artefactos característicos de cronologías anteriores (como las decoraciones cerámicas con pastillas repujadas, o con los triángulos rellenos de puntos o zigzags incisos), y que por tanto *"por su similitud decorativa, su amplia dispersión y por su inequívoca presencia en todo yacimiento calcolítico... les confiere sin duda una función social equiparable en el hecho morfológico al campaniforme"* (Fabián, 2006: 512). De ahí, que rechacen las tesis de la dinamización de los sistemas de intercambio y del aumento de la demanda de "bienes de prestigio" como fenómenos vinculados a la introducción del factor campaniforme (Carmona, 2011: 505).

A pesar de estas posturas contrarias, es difícil no dar protagonismo a los numerosos testimonios que manifiestan la intensa actividad que en este momento tuvieron dichas redes de contacto, con evidencias incluso de la circulación a larga distancia de "bienes" de distinta naturaleza. Son varios los trabajos que recientemente se han publicado, en los que se recogen análisis de diversos tipos para demostrar que los materiales asociados al "fenómeno Campaniforme" fueron elementos que se

movieron de forma muy dinámica y a través de diferentes vías (Cardoso *et al.*, 2003; Garrido, 1996; Liesau y Blasco, 2011-2012; Rojo *et al.*, 2006c; etc.). En ellos, las hipótesis planteadas defienden una intensificación de los intercambios a partir de mediados del III milenio cal. BC (Bellido, 2005: 282), consolidándose así un nuevo mecanismo socio-económico que venía fraguándose ya desde cronologías anteriores. La estandarización tanto formal como decorativa de las cerámicas campaniformes, matizada por significativas particularidades regionales, es buena prueba de ello. Precisamente, esa variedad estilística dentro de un canon que caracteriza a este repertorio cerámico, y que tradicionalmente se interpretó en clave de secuenciación crono-cultural, se convierte en el mejor indicador de las múltiples influencias que las poblaciones del valle del Duero/Douro recibieron bien por vía litoral, terrestre o fluvial (Bettencourt, 2011: 364).

La convivencia de estilos considerados locales con otros de origen exógeno se documenta muy bien en el territorio de estudio (*ibídem*: 370), donde en general se pueden definir hasta seis tipos diferentes, aunque un análisis más profundo de cada uno de ellos daría lugar a una larga lista de subtipos. El “estilo marítimo” o “internacional” (ver Figura 5A) es el único común a toda el área de dispersión documentada de la cerámica campaniforme, dentro del cual se distinguen numerosas variantes (Garrido, 1999: 198-201). La decoración está realizada mediante técnica a peine, se compone de varias bandas horizontales y paralelas, y su tipología se limita a la forma de los vasos y en algunas ocasiones a cazuelillas (Garrido *et al.*, 2005: 422). Muy similar a éste, es el “estilo puntillado-geométrico”, con el que comparte la técnica impresa y la organización ornamental en bandas, aunque cuenta con una mayor variedad formal y decorativa (Garrido, 1999: 201-207). Un amplio porcentaje de hallazgos de esta variante campaniforme se ha realizado en contextos funerarios (Carmona, 2011: 53; Oliveira, S., 2002: 36-37 –ver Figura 5A-). También se han documentado algunos casos del “estilo cordado”, que presenta líneas horizontales y paralelas de forma corrida a lo largo de toda la superficie, con ejemplos realizados mediante la impresión de una cuerda fina (Oliveira, S. 1999 y 2002 –ver Figura 5D-) y otros en los que se ha utilizado un elemento liso (Rojo *et al.*, 2006 –ver Figura 5A-). Por su parte, el denominado “estilo Ciempozuelos” (ver Figura 5B), como el yacimiento madrileño epónimo, es la variante por excelencia del interior peninsular y la que tiene mayor representación, al menos en la parte castellano-leonesa de nuestro territorio (Carmona, 2011: 53; Garrido *et al.*, 2005: 423). La decoración también se



organiza en franjas, aunque en este caso además existen otras disposiciones, y los motivos se combinan siguiendo unas pautas simétricas y ordenadas (Garrido, 1999: 207-220). En cuanto a la técnica utilizada, tradicionalmente se ha definido como incisión-impresión (Carmona, 2011: 53; Garrido *et al.*, 2005: 423), pero mediante un análisis detallado de la decoración se observan algunos factores (presencia de tramos decorativos sucesivos y superpuestos, yuxtaposición de dicho tramos que a veces no llegan a unirse, ausencia de estrías y rebabas...) por completo incompatibles con el uso de una técnica incisa (Garrido, 1999: 195-198; Garrido *et al.*, 2005: 423; Rojo *et al.*, 2006c: 139-141). Por tanto, se trataría de una sucesión de impresiones realizadas “con un instrumento similar al usado en los estilos realizados a peine, pero liso, no dentado” (Garrido, *et al.*, 2005: 423). Una variante de este estilo serían los denominados “campaniformes simbólicos”, caracterizados por la mezcla de los motivos geométricos típicos con otros figurativos como soliformes, cérvidos o ramiformes, tomados del arte esquemático (Fernández Moreno, 2013: 278; Garrido, 1999: 220-222). Los ejemplos documentados tanto dentro de nuestro territorio, como el soliforme de Pico Castro (Garrido y Muñoz, 2000: 289) o los cérvidos de Almenara de Adaja (Delibes y Guerra, 2004 –ver Figura 5C-), como fuera de él, en el caso del conocido cuenco simbólico de Las Carolinas (Garrido y Muñoz, 2000: 287-289), nos hablan en realidad del proceso de integración de las prácticas campaniformes en la tradición local, puesto que dichos motivos ya estaban presentes en cerámicas ornamentadas de cronologías anteriores (*ibidem*: 295-296). Del mismo modo, también se definen como variedad del “estilo Ciempozuelos” los subtipos de “Silos”, “Vaquera” y “Molino”, que tradicionalmente se consideraban como versiones regionales del reborde oriental del valle del Duero/Douro, pero que a día de hoy se interpretan como el “modelo doméstico” del Ciempozuelos (Garrido, 1999: 223-224). Este “tipo Molino” (ver Figura 5E) que es como se conoce en general a esta clase de recipientes, se caracteriza por estar asociado a grandes vasos de almacenaje decorados con motivos propios del campaniforme pero con ciertas peculiaridades, y cuyos hallazgos se documentan siempre en lugares de hábitat (Fernández Posse, 1981: 69 cit. por Bellido, 2013: 249).



Figura 5: Selección de algunos de los ajueros funerarios (A-B) y estilos decorativos (C-E) más característicos del “fenómeno Campaniforme” en el valle del Duero/Douro (ver Índice de Figuras)



Al norte del Douro portugués se han registrado algunos hallazgos del denominado “estilo Palmela” (Oliveira, S., 1983-1984: 102 y 2002: 36-38), propio del área atlántica meridional de Portugal, cuya manifestación más característica son los cuencos hemiesféricos de borde engrosado en los que la decoración, bien a peine bien incisa, llega incluso a cubrir toda la superficie del labio (Kunst, 2005: 205 y 209). Por último, el “estilo liso” también encuentra representación en el territorio duriense, el cual presenta la misma calidad y morfología en sus manufacturas que en los casos anteriores, pero en ellas la ornamentación está ausente (Garrido, 1999: 227-229; Garrido *et al.*, 2005: 423). De ahí, que su clasificación suele resultar más complicada, puesto que sólo se pueden identificar, y no en todos los casos, cuando aparecen fragmentos a través de los cuales se puede reconstruir la forma del recipiente.

Esta coexistencia de estilos permite plantear influencias de diverso origen y con distintas rutas de transmisión. Por una parte, se podría apuntar hacia una posible vía de contacto bien terrestre o bien fluvial a lo largo de toda la cuenca del Duero/Douro, y por tanto dentro del marco geográfico analizado, manifestada por la dispersión en toda este área de cerámicas de “estilo Ciempozuelos” (ver Figura 5B), con una clara procedencia desde el interior meseteño peninsular (Bettencourt, 2011: 372). Los casos de los tipos “marítimo” (ver Figura 5A), “puntillado-geométrico” y “Palmela” hablan más bien de contactos con otras regiones del ámbito peninsular como la *Estremadura* portuguesa, para los que se proponen también diversas rutas terrestres, fluviales a través del valle del Tajo/Tejo o incluso marítimas bordeando todo el litoral atlántico (*ibídem*). Los intercambios a más larga distancia, incluso extra-peninsulares, estarían representados por los hallazgos de “campaniformes cordados” (ver Figura 5D), los cuales denotan una clara influencia de la Europa occidental como derivaciones del “Complejo de la cerámica cordada”. Las primeras hipótesis planteaban una posible vía de contacto marítima entre el litoral portugués y la Bretaña francesa por la costa cantábrica (*ibídem*), aunque nuevas evidencias parecen apuntar también hacia la existencia de una ruta terrestre transpirenaica (Oliveira, S., 2002: 45-46; Rojo *et al.*, 2006c: 142-145). Por tanto, a excepción de los grandes recipientes “tipo Molino” de los que resulta difícil pensar en la posibilidad de su transporte, se puede señalar que las cerámicas campaniformes, bien como concepto bien como producto, fueron claras protagonistas de las redes de intercambio de las poblaciones del valle del Duero/Douro a lo largo de la segunda mitad del III milenio cal. BC. Pero estas cerámicas al moverse no sólo implican el intercambio de objetos sin más, sino

también la transmisión de mensajes de cariz político, social o ideológico e incluso de información sobre las diferentes identidades grupales (Garrido, 1999: 353). En este sentido, los “estilos decorativos” funcionarían entre aquellas sociedades como medios activos de comunicación (*ibídem*; Garrido, 2006: 91; Valera, 2000: 156), y no simplemente como un rasgo más de un artefacto. Por esta razón, su estudio y comparativa puede arrojar mucha información sobre el tipo de relaciones y el grado de intensidad de interacción entre las poblaciones (ver subepígrafe 3.1.2).

Algunas evidencias documentadas sobre la producción local de este tipo de recipientes cerámicos con decoración campaniforme, han llevado a algunos autores a afirmar que en realidad fueron el resultado de simples fenómenos de emulación o imitación y no de intercambios directos, por lo menos en la mayoría de los casos (Carmona, 2011: 506; Fabián, 2006: 519). Se llega a plantear incluso que esta situación acabaría derivando en una especie de “popularización” de la cerámica campaniforme, de modo que “*já nao podemos falar, de facto, de “cerâmica campaniforme”, mas talvez de cerâmicas de tradição ou influência campaniforme*”, puesto que deja de poseer las condiciones para ser considerada como una mercancía de lujo y un “bien de prestigio”, y pasa a tener un uso más cotidiano y doméstico (Carmona, 2011: 506; Oliveira, S., 1986: 936-940). Estos fenómenos de emulación están bien atestiguados a través de diferentes manifestaciones, como es el caso del uso de la técnica decorativa del relleno de pasta blanca en el interior de los motivos ornamentales que, si bien se ha documentado en diferentes yacimientos del territorio peninsular, en cada región se ha llevado a cabo mediante un procedimiento y una materia prima diferentes (Odriozola *et al.*, 2012: 143-146). Pero la existencia de este tipo de manufacturas con una producción local, no invalida, desde nuestro punto de vista, la hipótesis de la intensificación de los intercambios, sino que de hecho la emulación también sería un mecanismo interesante de potenciación de estas redes sociales (Garrido, 1999: 286). Del mismo modo, otras fórmulas como el aprendizaje (*ibídem*: 352-353; Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 136-137) también habrían funcionado como estrategias de gran relevancia para la difusión y circulación de conocimiento. Tampoco se debe descartar el movimiento de personas como posible medio de transmisión directo que, lejos de los tradicionales postulados migracionistas, se interpretaría en clave de intercambios matrimoniales (Carmona, 2011: 506; Clarke, 1976: 471 cit. por Garrido, 2005: 34; Garrido, 1999: 283-285 y 2007: 12) o del desplazamiento de ciertos individuos a grandes distancias (Garrido, 2014: 124; Rojo *et*



al., 2006c: 145). Es el caso del conocido “arquero de Amesbury” o “príncipe de Stonehenge”, en el cual los análisis de isótopos de estroncio realizados sobre el cuerpo que se encontró enterrado junto a un ajuar espectacular, dieron como resultado su origen foráneo y su probable procedencia alpina (Rojo *et al.*, 2006c: 145; Garrido, 2007: 13). Es posible que este “viajero” se tratara de uno de esos líderes incipientes que con su aventura buscara reforzar su prestigio personal y su posición social privilegiada, adquiriendo a lo largo de su viaje materiales exóticos poco accesibles en su lugar de origen, así como conocimientos completamente ajenos a su ámbito cultural e ideológico. *“Por estas razones, estos individuos serían contemplados en este tipo de sociedades como personajes dotados de grandes poderes y sabiduría. Curiosamente en muchas sociedades preindustriales existen tradiciones mitológicas que asocian a los jefes o caudillos locales con la llegada de extranjeros que fundaron los linajes dirigentes al casar con princesas locales, y trajeron conocimientos y técnicas nuevas (Helms 1992: 159-162)”* (Garrido, 2007: 14). Se trata sólo de una hipótesis que podrá o no refrendarse si con el tiempo aparecen nuevas evidencias que la avalen.

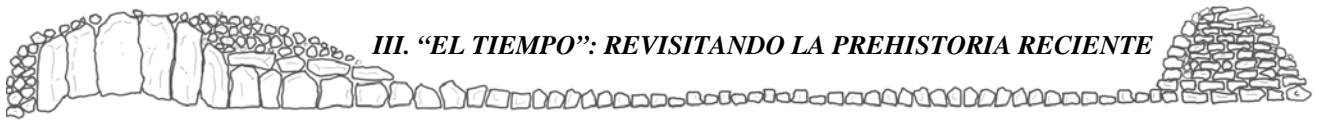
c) SIGNIFICACIÓN Y FUNCIONALIDAD DE LA “VAJILLA CAMPANIFORME”

Más allá de su dimensión como “bienes de prestigio” adquiridos a través de la dinamización de las redes de intercambio y como mecanismos activos de transmisión de información y conocimiento, estas cerámicas poseerían otras funcionalidades más vinculadas a las estrategias socio-económicas de ámbito local. Algunas hipótesis apuntan hacia su uso ligado a ciertas actividades productivas especializadas, puesto que en muchos casos sus hallazgos en contexto doméstico se concentran en áreas reservadas para prácticas como la metalurgia (Garrido, 2014: 120; Guerra, 2006: 77-78), la talla de piedras foráneas u otras ocupaciones especiales (Delibes y Del Val, 2007-2008: 798-801). En esta línea se interpretan, por tanto, las cerámicas campaniformes documentadas en las factorías salineras de Molino Sanchón II y Santioste, ubicadas en la localidad zamorana de Villafáfila (Delibes y Del Val, 2007-2008; Fernández Moreno, 2013: 248-249; Garrido, 2014: 120). Otros casos de ámbito también doméstico, como los grandes vasos de “tipo Molino” (ver Figura 5E), servirían como contenedores para la acumulación de excedente (Guerra, 2006: 75-76). Apoyándose en este tipo de evidencias, se ha propuesto que la gestión de ese almacenamiento y la producción de algunas actividades especializadas estarían en manos

de esos líderes incipientes, de modo que también controlarían el intercambio del producto final (Delibes y Del Val, 2007-2008; Oliveira, S.: 1983-1984: 104-105).

Sin embargo, entre todas estas funcionalidades posibles, hay una que destaca sobre las demás, no sólo por las numerosas evidencias documentadas al respecto sino también por su relevancia en la interpretación del “fenómeno Campaniforme”. Se trataría de su dimensión como vajilla específica para contener la bebida y la comida consumida durante rituales especiales de comensalidad (Bueno *et al.*, 2005: 84-86; Carmona, 2011: 30 y 507; Garrido, 1999: 357-361 y 2012-2013; Garrido *et al.*, 2011a y b; Guerra, 2006: 73-76; Rojo *et al.*, 2006a y 2008a; Vázquez Cuesta, 2005; etc.). Esta teoría propuesta hace décadas por Sherratt (1987) se ha podido verificar gracias a los análisis de contenidos realizados recientemente sobre recipientes de los diferentes “estilos campaniformes” (Bueno *et al.*, 2005: 85; Garrido *et al.*, 2011a: 111-113; Vázquez Cuesta, 2005: 96-101). En el territorio duriense se ha podido documentar el consumo de cerveza en el yacimiento vallisoletano de Fuente Olmedo (Delibes *et al.*, 2009 –ver Figura 5B-) y los sorianos de La Sima (ver Figura 5A), La Peña de la Abuela o el Abrigo de Carlos Álvarez (Rojo *et al.*, 2006b y 2008b), de hidromiel en el enclave de Almenara de Adaja también situado en la localidad de Valladolid (Guerra, 2006: 70-71), o de otras bebidas alcohólicas a base de frutas en la estación soriana de Dolientes I (Rojo *et al.*, 2008b). Por otra parte, se ha podido comprobar el uso de estas cerámicas como servicios de comida, ya que se han encontrado restos de grasas animales y de otros alimentos como productos lácteos, también en los enclaves de La Sima y Dolientes I (*ibídem*).

Otro tipo de análisis que profundiza en esta dimensión de las cerámicas campaniformes como vajillas específicas para la celebración de banquetes rituales, es el estudio estadístico detallado de la proporción existente entre las dimensiones de los ejemplares que forman cada conjunto. En este punto, la combinación del célebre trío formal característico del “estilo Ciempozuelos”, compuesto por un vaso, una cazuela y un cuenco (el cual muchas veces se encuentra dispuesto dentro de aquélla -Delibes, 1977: 89-90-), tan habitual en los enterramientos individuales con campaniformes documentados en el territorio de estudio (ver Figura 5B), ha ofrecido interesantes resultados al respecto. De este modo, la capacidad volumétrica de los vasos y los cuencos, que en la mayoría de los casos se sitúa en torno al litro en los primeros y a los 500 cc en los segundos, se encuentra dentro del intervalo que se considera apropiado para un servicio de bebida individual. El tamaño de las cazuelas es mucho más



irregular, lo que unido a su forma excesivamente abierta para ser adecuada como continente de líquidos, sugiere que quizás desempeñasen un papel complementario en el ritual, relacionado con el consumo de otro tipo de productos (alimentos sólidos, grasas animales, compotas de cereales o frutas...). Los recipientes menores (cuencos y cazuelillas) podrían estar destinados al consumo individual del eventual contenido de vasos y cazuelas (Garrido, 1997: 203-204 y 1999: 76 y 153-181). Los grandes vasos de almacenaje habrían tenido también una función propia dentro de este ámbito de la comensalidad, como contenedores para el consumo colectivo en las fiestas comunales (Garrido, 2005: 40; Garrido *et al.*, 2011a: 115-116). Esta posibilidad no sólo vendría refrendada por sus grandes dimensiones y capacidad volumétrica, sino también por el resultado de alguno de los análisis de contenidos realizados sobre recipientes de este tipo (Rojo *et al.*, 2008c: 323). Otros rasgos característicos de este repertorio cerámico tan singular, como la aparición de umbos o la decoración simétrica que rodea toda la pieza (labio, fondo, cara interna, todo el entorno exterior...), lo que permite que sea vista desde todas las perspectivas y contemplada tanto por el usuario como por el resto de personas que forman parte de la celebración (Garrido, 2012-2013: 54; Garrido y Muñoz, 2000: 293), tendrían también una explicación ligada a la estandarización y generalización de los nuevos usos y protocolos ceremoniales. Por otro lado, se ha planteado la posibilidad de que, además de bebidas alcohólicas y “comidas de fiesta”, se consumieran otro tipo de sustancias alucinógenas, práctica a la que podrían estar ligados los denominados “campaniformes simbólicos” (Garrido y Muñoz, 2000: 294-297 –ver Figura 5C-).

Hay evidencias documentadas, aunque no concretamente en el ámbito de estudio, del consumo de bebidas alcohólicas (en concreto cerveza) en cronologías anteriores (Delibes *et al.*, 2009: 592-594; Vázquez Cuesta, 2005: 109). Por tanto, si bien no es un uso ligado específicamente al “fenómeno Campaniforme”, es en este momento cuando se generaliza y alcanza una dimensión, desconocida hasta entonces, como mecanismo de engranaje y armonía social. Esta práctica de la comensalidad tendría lugar no sólo en los banquetes funerarios, sino también en los asentamientos donde se celebrarían “*desde ritos de hospitalidad entre los líderes y sus partidarios, hasta fiestas comunales del trabajo, destinadas a reclutar mano de obra*” (Garrido, 2005: 40). Algunas hipótesis apuntan a que estos festejos (en los que se consumían bebidas alcohólicas), en un marco de sociedades sin jefaturas adjudicadas ni institucionalizadas pero con asentadas diferencias jerárquicas, serían una estrategia con el fin de atraer y/o compensar a vecinos, parientes o aliados mediante un mecanismo de reciprocidad. Es

decir, esta inversión en comida y bebida para la colectividad, considerada como un indicador de la riqueza y el estatus del anfitrión, revertiría en el aumento de su prestigio y la consolidación de su posición de poder (Garrido *et al.*, 2011a: 122). En términos etnográficos, a este tipo de ordenamientos sociales se les ha denominado como “sociedades *Big Men*” o “*Entrepreneurs*” (Hayden, 1995: 25), en las que “*la introducción de nuevas formas de bebida puede ser manipulada para acumular símbolos duraderos de riqueza por medio de su conversión dentro de diferentes esferas de intercambio*” (Ruiz Gálvez, 1992: 227).

d) LOS “BIENES DE PRESTIGIO” Y SU IMPLICACIÓN EN LAS RELACIONES SOCIALES

La presencia de la cerámica campaniforme y de sus estilos estandarizados pero diversos, en la cultura material de la segunda mitad del III milenio cal. BC, resulta muy fructífera de cara a la interpretación de las formas de vida de las poblaciones que habitaron el valle del Duero/Douro en este momento. En este sentido, se constituyen como la más clara manifestación no sólo del aumento de la interacción inter-grupal, sino también de las nuevas prácticas de relación intra-grupal que comienzan a desarrollarse.

Junto al elemento cerámico comparecen otra serie de objetos con los que forma el “set” o “kit” campaniforme (Garrido, 2007: 1), y cuyo estudio aporta valiosa información. Entre ellos, se encuentran elementos de orfebrería sobre oro aluvial como diademas (ver Figura 5B), apliques y cuentas de collar, y otras piezas de adorno personal como los denominados botones de “perforación en V” realizados generalmente sobre hueso, aunque hay algún caso fabricado sobre una materia prima tan exótica como el marfil (*ibídem*: 2; Garrido, 2014: 117; Garrido *et al.*, 2005: 424-425). Por otra parte, concurren las armas y los complementos asociados a ellas (ver Figura 5A y B), que o bien están elaboradas sobre materiales líticos (puntas de flecha de aletas y pedúnculo en sílex y los conocidos como “brazales de arquero” con perforaciones en los extremos), o bien sobre soportes metálicos cupríferos (puntas de lanza de “tipo Palmela” exclusivas del ámbito ibérico, puñales de lengüeta denominados así por su sistema de empuje, hachas planas cuya tipología ya estaba presente en cronologías anteriores, y alabardas cuya asociación directa al “Complejo Campaniforme” ha sido probada recientemente gracias a los hallazgos realizados en el yacimiento madrileño de Humanejos -Garrido, 2007: 2; Garrido *et al.*, 2005: 424-425-). Todos estos



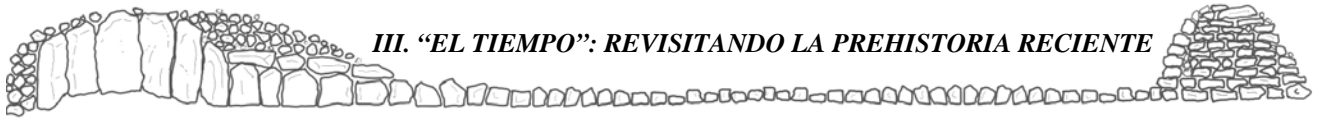
elementos por sus características podrían considerarse, sin duda alguna, como “bienes de prestigio” y/o indicadores de rango y estatus (Carmona, 2011: 59).

En el caso de las tipologías armamentísticas se las considera como “armas de parada”, puesto que se trata de piezas muy simples tecnológicamente, poco funcionales y que no presentan huellas de uso. De hecho, la mayor parte de los puñales de lengüeta tienen la punta roma, por lo que se les puede suponer un valor más simbólico que real (Garrido, 2007: 2). Serían, por tanto, armas de exhibición (Fabián, 2006: 50) utilizadas por los propios individuos que las portan para proyectar una idea concreta y planificada sobre sí mismos. Ésta podría materializarse en la figura de un guerrero (Andrés, 2010: 33; Garrido, 2014: 123; Sarauw, 2007) o la de un cazador (Garrido, 2007: 2), estando en cualquier caso ambas prácticas ritualizadas y reservadas para ciertos sectores de la población (*ibídem*). Este esfuerzo invertido en la adopción de una simbología determinada y de ciertas prácticas socio-económicas concretas estaría vinculado a un fenómeno de construcción de una identidad propia asociada a ciertos sectores de la población, en un intento de diferenciarse del resto del grupo y a su vez identificarse con sus homónimos de otras comunidades vecinas. De este modo, “*se busca adherirse a un complejo material e ideológico de gran prestigio, emblema del éxito personal, y que singulariza a su poseedor como alguien muy especial*” (Garrido, 2005: 44).

El hallazgo de este tipo de artefactos de cuidada manufactura y especial significación, y su presencia en determinados contextos aparentemente restringidos (como tumbas individuales o ciertas “áreas especializadas” de los poblados), han sido los argumentos utilizados recurrentemente por aquellos investigadores que ven en estas evidencias claros indicios de desigualdad y marcadas jerarquías socio-políticas (Da Cruz *et al.*, 2000: 257; Delibes, 1995: 56-57; Delibes y Del Val, 2007-2008; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 101-104; Delibes *et al.*, 1995; Fernández Moreno, 2013: 283; Villalobos, 2014: 22; etc.). Estos marcadores arqueológicos serían el reflejo de “*la quiebra de la cohesión megalítica tradicional, aquel viejo espíritu colectivo de la comunidad... en favor de una sociedad más jerarquizada*” y de un “*nuevo modelo de redistribución... de desigualdad creciente en el acceso al almacenamiento social*” (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 103). Defienden, por tanto, que a lo largo de la segunda mitad del III milenio cal. BC se produjeron importantes transformaciones, que condujeron a las poblaciones del valle del

Duro/Douro a un modelo social de jefaturas en el que los “grandes hombres” se convertirían en gestores, controlando así la redistribución del excedente y el acceso a los “bienes de prestigio”, que con el tiempo se establecerían como élites con una posición socio-económica privilegiada (Delibes y Del Val, 2007-2008: 792 y 803-809; Delibes y Fernández Manzano, 2000:103-104).

Sin embargo, como ya se ha apuntado en el apartado anterior (ver subepígrafe 3.1.2), esta hipótesis del desarrollo social lineal, caracterizado por un fenómeno progresivo de diferenciación y jerarquización social propio de un sistema estratificado de jefaturas, no encajaría con el conjunto de indicadores arqueológicos documentados en el marco de estudio, un territorio rico y variado en ambientes y en el que no hay signos de estrés por la falta de recursos (Garrido, 2006: 83) ni se constata un marco social competitivo de manera explícita (Carmona, 2011: 524). Se trataría de una realidad más compleja y dinámica, que daría lugar a unas situaciones u otras en función de los distintos escenarios (*ibidem*: 508-509 y 524). Por esta razón, desde otras posturas se defiende que estas sociedades, aún segmentarias, seguirían basándose en una organización de parentesco o linajes, en la que las diferencias vendrían dadas por el sexo, edad y/o posición genealógica, y no por fundamentos económicos o de coerción (Carmona, 2011: 495; Díaz del Río, 2008: 129-130; Fabián, 2006: 503-509). La ausencia de manifestaciones arqueológicas claras relacionadas con ciertos parámetros como el aumento de la capacidad de acumulación, la intensificación en la inversión agrícola o la tendencia hacia la apropiación de determinados espacios o actividades productivas, entre otros (Carmona, 2011: 496 y 508-509), lleva a replantearse la hipótesis de que las poblaciones de este momento están sometidas a una incipiente estructura jerárquica tanto a nivel interno como en el ámbito inter-grupal. Se tratarían, más bien, de “*un conglomerado de entes locales acéfalos equivalentes políticamente*”, en los que la posición privilegiada de los líderes proviene básicamente de su acceso al conocimiento ritual, limitándose su función a la organización y representación del grupo en los ceremoniales (*ibidem*: 511). Consideran, por tanto, que se mantuvieron las mismas fórmulas socio-políticas a lo largo de todo el III milenio cal. BC, y que el aumento de la presencia de los denominados “bienes de prestigio”, no tiene por qué significar ningún cambio social drástico (Senna Martínez, 1994: 182-186) sino que podrían ser consecuencia de simples fluctuaciones habituales dentro de los relativos liderazgos propios de las sociedades de tipo tribal (Carmona, 2011: 510; Fabián, 2006: 516-519).



Pero estos postulados "continuistas" tampoco parecen responder plenamente a la realidad de este momento, puesto que un hecho objetivo es que el registro arqueológico manifiesta importantes novedades de las cuales parece difícil no pesar que tuvieron un papel trascendental, ya no sólo en el plano económico sino también socio-cultural. En este sentido, se han propuesto otros modelos alternativos intermedios, que se alejan tanto de la imagen de jefaturas completamente estratificadas como de la de sociedades segmentarias con escasos grados de diferenciación. Un ejemplo es el concepto de "Sociedad transigualitaria", un modelo propuesto por Hayden (1995) que supera los tradicionales e inflexibles esquemas de secuenciación social, y es aplicable a un amplio abanico de formaciones sociales que no son ni igualitarias ni políticamente estratificadas (complejos cazadores-recolectores, simples horticultores, primeros agricultores...) (*ibídem*: 18), en las que *"el liderazgo político parece rebasar los límites del parentesco, extiende su ámbito de acción más allá de la esfera estrictamente local y rebasa la vida de la persona que lo ejerce, pero en el que aún no existe la institucionalización del poder ni una clara centralización"* (Garrido, 2006: 81). En un momento en que las relaciones interpersonales equitativas comienzan a colapsarse, emergerían una serie de personajes que, aprovechando el período de crisis, buscarían tomar el control sobre ciertos recursos fundamentales que les proporcionasen una situación social ventajosa frente al grupo (Fabián, 2006: 509). Esta posición privilegiada les facilitaría el acceso a determinados objetos de lujo vedados para la mayoría de individuos (Carmona, 2011: 29), y con el tiempo se iría configurando un complejo sistema de intercambio de regalos y prácticas ceremoniales en las que estas personalidades homónimas de diferentes comunidades competirían en prestigio y riqueza, pero ya no en nombre de la colectividad sino en beneficio de su propio poder y jerarquía personal (Garrido, 2006: 86-88; Hayden, 1995: 25). Pero ese prestigio no es un bien "dado" ni su autoridad incuestionable, *"special access to resources as well as to hoard food must be negotiated with the rest of community"* (Hayden, 1995: 22), por lo que estos incipientes líderes tratarían de apuntalar su débil posición por medio de una amplia variedad de recursos, como la manipulación de ciertos elementos simbólicos e identitarios, el incremento de su usufructo material (tierras, ganado...), o la continua exhibición de su riqueza y "generosidad" (Garrido, 2005: 42 y 2006: 88-89 y 93; Hayden, 2001: 246). Es en este contexto donde los rituales de comensalidad, en sus distintas facetas (banquetes funerarios, *"work-party feasts"* o fiestas del trabajo, celebraciones de alianzas o ritos de hospitalidad...),

adquieren una gran relevancia social al ser empleados por estos personajes como mecanismo para conseguir seguidores y partidarios para su causa e incluso mano de obra (Carmona, 2011: 508; Fabián, 2006: 509; Garrido, 2006: 86; Hayden, 2001: 258; Ruiz Gálvez, 1992: 227). *“Cuanto mayor fuese el beneficio que los líderes pudieran prometer a sus partidarios por su contribución a las fiestas, mayor sería la motivación de los partidarios para producir excedentes y permitir que éstos los controlasen”* (Garrido, 2005: 42). Por tanto, podría definirse como un sistema social organizado sobre una red de alianzas entre individuos de alto rango, cuyo poder deriva del acceso al conocimiento ritual, del control de los intercambios y del excedente, y del trabajo del suelo, pero no directamente de la apropiación de la tierra. La escasa tecnología agraria y la conceptualización poco desarrollada de propiedad, que aún considera la tierra como medio de producción pero no como un objeto personal del individuo que la trabaja, acentuaría la importancia de acumular mano de obra más que de concentrar territorio (Ruiz Gálvez, 1992: 227).

El éxito del “fenómeno Campaniforme” fue, por tanto, consecuencia de una coyuntura existencial favorable al desarrollo de la complejidad social, en la que tuvieron cabida un amplio abanico de realidades posibles, siendo un momento propicio para la aparición de ciertas personalidades individuales muy marcadas que comienzan a querer ejercer el control. Su, al principio, débil posición de autoridad requiere de ciertas fórmulas de legitimación ante el grupo, principalmente de carácter simbólico y ritual, entre las cuales una de las más efectivas fue la adopción del “Complejo Campaniforme” y todo el elenco de “materiales, usos y costumbres” al que está asociado (Garrido, 2014: 124). La demanda de este tipo de manufacturas se mantendría mientras fuera necesaria, desapareciendo en el momento en que la desigualdad estuviera ya plenamente establecida y aceptada socialmente (Garrido, 2006: 93), lo que explicaría la variabilidad cronológica del fenómeno según la región. *“La duración del Campaniforme nos serviría para estimar el éxito que los líderes habían tenido intentando afianzar su posición, como una suerte de termómetro de las transformaciones sociales”* (Garrido, 2005: 44)



3.1.4 EL II MILENIO CAL. BC: UN PERIODO DE TRANSFORMACIÓN

En la bibliografía tradicional, las referencias a las poblaciones que habitaron el valle del Duero/Douro a lo largo del II milenio cal. BC han sido prácticamente inexistentes. Se consideraba que una vez desaparecida la "Cultura Campaniforme", este territorio había vuelto a ser un área marginal, en el que de forma ocasional se podía atisbar algún influjo procedente del litoral atlántico o mediterráneo. La ausencia de registro arqueológico adscrito a dicha cronología, hizo que los investigadores tomaran como referencia la periférica "Cultura de El Argar" para estudiar el periodo denominado como "Edad del Bronce", extrapolarlo sus rasgos imbuidos de influencias mediterráneas y centroeuropeas al resto de contextos del territorio peninsular (Fernández Moreno, 2013: 18).

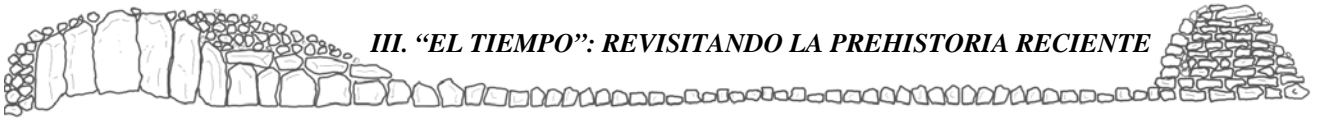
No fue hasta inicios de los años 30 del siglo pasado cuando, gracias a las excavaciones llevadas a cabo por Cabré en el castro de Las Cogotas (Ávila), se identificó y reconoció una "Edad del Bronce" en el interior peninsular (Delibes y Del Val, 1990: 85), yacimiento que posteriormente dio nombre al estilo decorativo que constituye uno de los mejores exponentes de la cultura material del II milenio cal. BC en el territorio duriense. A partir de este momento, va a ser el estudio del "Complejo de Cogotas I" el que marque el desarrollo del conocimiento de la realidad de este periodo en el valle del Duero/Douro, hasta prácticamente la década de los '80 cuando comienzan a multiplicarse los descubrimientos.

El característico grupo de cerámicas con excisión y boquique que define dicho complejo fue asimilado (ver Figura 6C), en un primer momento, con el "estilo Ciempozuelos" debido a su aparente semejanza decorativa (Abarquero, 2005: 24-25; Delibes, 1995: 71). Sin embargo, a raíz de las intervenciones de Cabré en Las Cogotas, con las que se confirma la existencia de dicho tipo cerámico, se reivindica una cierta personalidad propia para la segunda etapa de la "Edad del Bronce" en esta región peninsular (Delibes, 1995: 71-72), puesto que se las consideraba "*como supervivencias de la cultura de las cuevas y de la del vaso campaniforme a la vez*" (Maluquer, 1956: 183). Sin embargo, este planteamiento, en cierta medida bastante acertado, pronto fue desplazado por las hipótesis difusionistas defendidas por investigadores como Almagro Basch, Bosch Gimpera o Martínez Santa-Olalla, entre otros, que se mantuvieron como válidas hasta muchas décadas después (*ibidem*). Estos autores afirmaban que la técnica de la excisión, uno de los rasgos propios de estas cerámicas de "estilo Cogotas I", había sido introducida en la Península Ibérica por

pueblos foráneos indoeuropeos ligados al fenómeno de los “Campos de Urnas” o *Urnenfelder*, que habían invadido el territorio peninsular a inicios del I milenio BC (Abarquero, 2005: 25; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 109). Estos grupos de pastores nómadas se habrían asentado en el suroeste del territorio duriense entre el 700-500 BC (Abarquero, 2005: 25; Delibes y Del Val, 1990: 87), introduciendo y difundiendo no sólo nuevos elementos en la cultura material, sino también ciertas prácticas y costumbres como el ritual funerario de la incineración. Por tanto, la antigüedad pretendida en origen para estas cerámicas no era tal, sino que estaban asociadas a poblaciones adscritas al periodo posterior, la “Edad de Hierro”.

Posteriormente, con su teoría de la “dualidad de tradiciones” Maluquer introdujo alguna novedad y algo de aire fresco (Jimeno, 2001: 151), afirmando que en realidad este tipo cerámico era el resultado de la mezcla de dos tradiciones distintas, la de los pueblos de Centroeuropa portadores de la técnica de la excisión que emulaba a los trabajos sobre la madera (Delibes, 1995: 73; Galán y Saulnier, 1998: 234-235; Jimeno, 2001: 151), y las tendencias decorativas locales-indígenas como la impresión, la incisión y sobre todo el boquique, herederas de la cerámica campaniforme (Delibes, 1995: 72; Maluquer, 1956: 196-197). La obra de este autor se considera como la primera síntesis sobre el “fenómeno de Cogotas I”, que a su vez introdujo ciertas novedades al abrir la puerta a su posible origen autóctono, aunque el límite cronológico inicial seguía manteniéndose entre los ss. VII y VI BC (Abarquero, 2005: 25-26).

A partir de los años 70, la renovación tanto teórica como metodológica vivida en el mundo académico hizo que los investigadores desechasen las viejas hipótesis colonialistas, entre ellas la de la llegada de unos pueblos pastores nómadas al interior peninsular en un momento avanzado del II milenio BC, a la vez que planteaban novedosas lecturas desde una perspectiva más autoctonista (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 109; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 17; Fernández Posse, 1986-1987: 231-232). En cuanto al “fenómeno de Cogotas I”, se realizaron varios trabajos de revisión, síntesis, e incluso se hicieron esfuerzos por integrarlo en el contexto general del “Bronce peninsular” (Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987; Fernández Posse, 1986-1987). Las numerosas intervenciones arqueológicas emprendidas tuvieron como resultado la documentación de este tipo de cerámicas en distintas partes de la cuenca duriense y en otras regiones foráneas, lo que llevó a definirlo como un fenómeno propio de un *“momento de pujanza y esplendor en las*

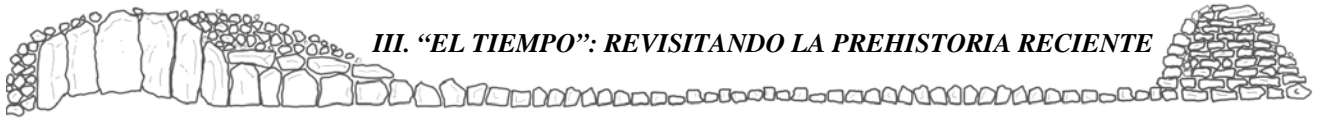


tierras interiores” (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 109), y con una gran proyección espacial pues rebasaba ampliamente los límites de la Meseta Norte, de modo que se le llegó a aplicar el calificativo de “civilización o cultura de rango peninsular”. Además, pudo ajustarse su cronología y retrotraer su aparición hasta el último tercio del II milenio BC, rompiendo así con su tradicional vinculación a la llegada de poblaciones centroeuropeas (Abarquero, 2005: 26; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 17; Delibes *et al.*, 1990: 65; Fernández Posse, 1986-1987: 231), propiciando así “*la consagración de Cogotas I como una cultura absolutamente indígena*” (Delibes, 1995: 72-73). Por tanto, este fenómeno “*ha viajado a través de las cronologías prehistóricas y ha pasado de ser la huella inequívoca de las primeras invasiones indoeuropeas a convertirse en un grupo arraigado en las más puras tradiciones indígenas de la Península*” (Abarquero, 2005: 27). Sin embargo, como alternativas intermedias, surgieron otras teorías que defendían la excisión como el “*eco de una moda*” con un origen transpirenaico, que desde varias centurias anteriores se había extendido por otras regiones europeas, y que hasta bien avanzado el II milenio BC no se generalizó entre los grupos pastores ibéricos (Abarquero, 2005: 26; Bellido, 2013: 249; Delibes, 1978c; Jimeno, 2001: 151). Por otra parte, esta renovada visión del fenómeno cogoteño apoyaba con argumentos contundentes (tanto tipológicos como cronológicos) la teoría de la continuidad entre el “horizonte Ciempozuelos” y el de “Cogotas I” (Delibes y Del Val 1990: 82-83 y 88; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 104), incluso llegándose a plantear su coexistencia (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 104; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 24; Díaz Andreu, 1993: 258), contrariamente a la imagen tradicional del interior peninsular como un “desierto poblacional” entre ambos períodos por causa de sus poco favorables condiciones naturales (Delibes, 1995: 65).

La excesiva polarización de los estudios sobre la denominada “Edad del Bronce” hacia el “Campaniforme” por un lado y el grupo de “Cogotas I” por otro, ha proyectado durante décadas una falsa idea de uniformidad y estancamiento de las comunidades de este momento, impidiendo de este modo tener una visión global y diacrónica del II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro. Debido a la escasez de información referente a estratigrafías y cronologías, se consideraba que ambos fenómenos se habían solapado en el tiempo, alargando la pervivencia de los elementos campaniformes hasta mediados de dicho milenio y adscribiendo a las cerámicas cogoteñas a la etapa denominada como “Bronce final” (Fernández Moreno, 2013: 20).

Sin embargo, a pesar de la ausencia de datos se plantearon ciertas secuenciaciones para la “Edad del Bronce” en el interior peninsular heredadas, pese a ser considerada poco adecuada para este territorio, de la periodización definida por Bosch Gimpera para la Península Ibérica, que se basaba a su vez en modelos europeos. De este modo, se definían hasta cuatro periodos: un “Bronce I” o pre-argárico que se correspondería con el denominado “Eneolítico” (ver subepígrafe 3.1.2), el “Bronce II” coetáneo de la “Cultura de El Argar”, un “Bronce III” en el que se documentarían aún ciertas pervivencias argáricas, y por último el “Bronce IV” o fase tardía (Bellido, 2005: 17; Fernández Moreno, 2013: 20). Una propuesta de secuenciación más reciente planteada por el Profesor Almagro Gorbea (1997), mantiene esta visión general cuatripartita (“Bronce antiguo”, “Bronce medio”, “Bronce tardío o reciente” y “Bronce final”), lo cual no quiere decir que cada una de estas fases se corresponda con la de la periodización expuesta anteriormente (*ibídem*: 217-219). Este autor parte de la inexistencia de una seriación válida para todo el territorio peninsular, consciente de la gran diversidad regional que lo caracteriza, por lo que establece una división flexible y adaptable a las diferencias geográficas y a las singularidades locales (*ibídem*; Fernández Moreno, 2013: 19; Oliveira, S., 1996-1997: 77).

La renovación a nivel teórico y documental que se produjo a partir de la década de los ‘80 significó un punto de inflexión en los estudios de la denominada “Edad del Bronce” en el valle del Duero/Douro, definiéndose como un periodo mucho más amplio y complejo de lo que hasta entonces se defendía. Gracias al análisis de los numerosos yacimientos documentados desde entonces y a la lectura cronoestratigráfica de las colecciones cerámicas recuperadas, se rompió por fin con el esquema preconcebido de la continuidad cronológica entre los fenómenos del “Campaniforme” y de “Cogotas I” (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 104; Delibes *et al.*, 1990: 85-88), al observarse la presencia de niveles intermedios en los que no aparecían las técnicas decorativas de la excisión y el boquique (Abarquero, 2005: 26). Al igual que ocurrió en el ámbito de la investigación sobre el III milenio BC (ver subepígrafe 3.1.2), el hecho de la multiplicación y regionalización de los trabajos arqueológicos (Delibes, 1978c; Jimeno, 1983 y 1985; Martín Valls y Delibes, 1977, 1978 y 1981; Oliveira, S. 1980 y 1986; etc.), unido a la utilización de la variada complejidad estilística del repertorio cerámico como casi la única referencia básica para determinar una cronología relativa, derivó en una arraigada tendencia por establecer distintas “*facies* culturales” (Galán y Hernando, 1997: 318-319). De este



modo, comenzaron a definirse numerosos “horizontes culturales”, normalmente asociados a un yacimiento o a un conjunto de estaciones locales, que en un primer momento se consideraron como “epicampaniformes” (Jimeno, 1988: 104) para posteriormente pasar a tener una entidad propia: la fase del “Parpantique” (Blasco, 1997: 65-68; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 104-107; Fernández Moreno, 2013: 26 y 284-285; Jimeno y Fernández Moreno, 1992a: 86-91) o de “Cardeñosa” (Bellido, 2005: 33; Delibes, 1995: 85-68; Fabián, 2006: 50), la “Cultura de Montelavar” (Almagro, 1997: 220; Brandherm, 2007; Harrison, 1974: 84-90; Oliveria, S., 1983-1984: 103) o el “grupo de Vilavella-Atios” (Brandherm, 2007: 73-84), la etapa formativa del “Protocogotas” a veces también denominada como “horizonte Cogeces” (Blasco, 1997: 77-80; Delibes, 1995: 68-71; Delibes y Fernández Manzano, 1981: 68 y 2000: 107-109; Fernández Moreno, 2013: 21-22; Rodríguez Marcos, 2012) o la “*facies* de Los Tolmos” (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 109; Galán y Hernando, 1997: 319), el “horizonte Barcelos-Melide” (Oliveria, S., 1983-1984: 105), el “grupo Baiões/Santa Luzia” (Senna Martínez, 1994 y 2013) o por supuesto el de “Cogotas I” (Abarquero, 2005; Blasco, 1997: 87-90; Delibes, 1995: 71-73; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 109-113), entre otros (Abarquero, 2005: 23).

La utilización de este tipo de periodizaciones basadas en las relaciones temporales de distintas “*facies*” para interpretar la realidad prehistórica, como ya se ha señalado en varias ocasiones a lo largo de este apartado (ver subepígrafes 3.1.2 y 3.1.3), puede resultar confusa puesto que, debido a la escasez de datos disponibles, se trata de fases definidas simplemente por criterios tipológicos. Por tanto, la imagen de “multiplicidad cultural” que se transmite a través del establecimiento de “horizontes culturales” diversos según el área geográfica, se asienta simplemente en las diferencias observadas en el repertorio material. De hecho, la parca definición de estos “horizontes” o “grupos culturales” ha dado y sigue dando lugar a numerosos debates sobre su verdadera existencia, significación y límites espacio-temporales. En este sentido, algunos investigadores afirman que lo que Harrison definió como “horizonte de Montelavar” (1974: 84-90) no es más que una mezcla de elementos de varios fenómenos que se dan a la vez en el territorio peninsular, con una especial incidencia en el sector noroccidental que en realidad se correspondería con las manifestaciones del “grupo Vilavella-Atios” (Brandherm, 2007: 83). Lo mismo ocurre, en cierta medida, con la denominada “Cultura de Cogotas I” que mientras unos la caracterizan

como una “civilización o cultura de rango peninsular” (Abarquero, 2005: 14), otros autores insisten en el carácter plural de las poblaciones vinculadas a ese “horizonte Cogotas I” dado que “bajo un concepto material muy similar, representado fundamentalmente por la producción cerámica, encontramos respuestas sociales y económicas variadas...” (ibídem: 58). Por otra parte, se desarrolla la polémica de si el “periodo de Protocogotas” es una fase diferente o simplemente se trata de la etapa inicial y formativa de “Cogotas I” (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 107; Galán Saulnier, 1998: 232; Jimeno y Fernández Moreno, 1989: 92). Este panorama tan confuso ha hecho que la mayor parte de los autores que utilizan estas *facies* se limiten a aplicarlas en la catalogación de yacimientos y colecciones materiales recuperadas en ellos, y partan de una perspectiva mucho más general a la hora de elaborar modelos interpretativos sobre las formas de vida de las poblaciones del II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro.

Por otro lado, las investigaciones sobre la denominada “Edad del Bronce” en el territorio de estudio no han sido ni numerosas ni sistemáticas (Fabián, 1993: 163). Es por ello que se cuenta con un conocimiento muy desigual en función de las distintas áreas geográficas o más bien divisiones administrativas de la cuenca duriense, estando en muchos casos ciertas zonas completamente ausentes del registro arqueológico (Blasco, 1997: 60). Por el contrario, algunas regiones han tenido un trato privilegiado, siendo objeto de estudios sistemáticos, síntesis e incluso revisiones recientes, como es el caso del “Alto Duero” soriano (Fernández Moreno, 2013; Jimeno, 1985; Jimeno y Fernández Moreno, 1989; etc.), el valle medio del Duero principalmente a su paso por las provincias de Valladolid y Zamora (Delibes, 2000-2001; Delibes *et al.*, 1990; Esparza *et al.*, 2008; Fernández Manzano y Palomino, 1991; Martín Valls y Delibes, 1977, 1978 y 1981; Rodríguez Marcos, 2005; etc.), o la Región Norte de Portugal sobre todo en el interior trasmontano (Bettencourt, 2009 y 2010; Oliveira, 1983-1984: 101-106; Sanches, 1996: 65-90; Senna Martínez *et al.*, 2011; Senna Martínez y Luís, 2010; etc.), entre otras. Lo mismo ocurre en lo referente al ámbito cronológico puesto que la mayor atención se ha centrado en el estudio del “Complejo de Cogotas I”, dando lugar a importantes y variados trabajos de síntesis e incluso tesis doctorales (Abarquero, 1997 y 2005; Blanco, 2011a; Blasco, 1997; Castro *et al.*, 1995; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987; Fernández Posse, 1986-1987; Jimeno, 2001; Rodríguez Marcos y Fernández Manzano, 2012; etc.), dejando en un segundo plano el



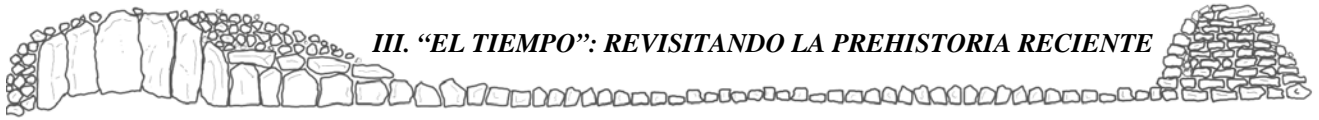
análisis de otros aspectos de la cultura material y de la realidad en general del II milenio cal. BC.

Esta descompensación que caracteriza al estudio de la Prehistoria Reciente, tanto a nivel geográfico como cronológico, ha dado lugar a la definición de numerosas *facies* en función de los hallazgos realizados en las zonas investigadas de forma más o menos sistemática, que posteriormente han sido extrapoladas y aplicadas en aquellos lugares en que las manifestaciones arqueológicas en cuestión son escasas o incluso desconocidas por completo. Asimismo, el protagonismo absoluto lo ha tenido el "Complejo de Cogotas I" sobre el cual se han realizado diversos análisis y planteado multitud de hipótesis, llegando incluso a definirse como una "etapa de apogeo" en contraposición a la "etapa oscura" anterior (Blasco, 1997: 60-61), la cual paradójicamente cubre un lapso cronológico incluso mayor. Este panorama, que en la actualidad parece estar cambiando gracias a la puesta en marcha de importantes proyectos con amplias escalas espacio-temporales, ha provocado durante décadas un gran desequilibrio en relación al conocimiento de las poblaciones que habitaron el valle del Duero/Douro a lo largo del II milenio cal. BC, que en gran medida puede haber afectado a nuestra percepción sobre dicha realidad.

Por estas y otras razones, bajo nuestro punto de vista, la aplicación de este tipo de clasificaciones puede ayudar en el trabajo de los investigadores en la medida en que facilita la comprensión de ciertas realidades y la gestión de la información; pero a su vez se está transmitiendo una imagen distorsionada y simplificada de una realidad que probablemente fuera mucho más compleja. En nuestra opinión, dejando a un lado los debates interpretativos sobre la delimitación de "horizontes culturales" y la adscripción de los contextos arqueológicos a unos u otros, hay que acudir fundamentalmente a las evidencias objetivas que nos facilita el registro, y por tanto a las dataciones absolutas disponibles a la hora de plantear un marco cronológico.

En este sentido, los datos con los que contamos para el desarrollo del II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro no son muy numerosos, debido a la falta en general de excavaciones e investigaciones sistemáticas de amplia escala (Rodríguez Marcos, 2005: 11). Tampoco ayuda en este aspecto la ausencia de homogeneidad contextual que caracteriza a las poblaciones de estos momentos (heterogeneidad de los patrones de asentamiento, diversidad de elementos constructivos, variedad de la cultura material...), que complica aún más el establecimiento de una secuencia

cronológica coherente, teniendo como única manifestación identificable la cerámica y su pluralidad decorativa. De ahí, que los principales referentes cronológicos procedan de niveles donde se han recuperado recipientes con decoraciones de tipo cogoteño, y que en muchos casos se encuentran en yacimientos bien datados y secuenciados de otras regiones de la Península Ibérica (Blasco, 1997; Castro *et al.*, 1995: 74-78 y 103-108; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 22-28; Galán y Saulnier, 1998: 208-209; Jimeno, 2001: 143-150). Los inicios del milenio es con toda probabilidad el lapso temporal peor documentado para el valle del Duero/Douro, ya que tradicionalmente el principal foco de atención de la investigación sobre este periodo ha sido el “fenómeno Campaniforme”. Los contextos adscritos a este momento tendrían una cronología aproximada de entre el 2250-1800 cal. BC (Abarquero, 2005: 67; Blasco, 1997: 63-64; Fabián, 2006: 515; Fernández Moreno, 2005: 153-168, 281 y 285; Jimeno y Fernández Moreno, 1989: 88-91; Oliveira, S., 1996-1997: 81-83), es decir en la transición de un milenio a otro. Existen dataciones que sobrepasan ambos límites, tanto el más antiguo como el más reciente (Fabián, 2006: 515; Fernández Moreno, 2013: 281), puesto que no se tratan de fechas fijas sino aproximativas (ver subepígrafe 3.1.2). De hecho, es bastante habitual documentar en estos lugares elementos asociados al “Complejo Campaniforme”, puesto que en ciertas partes este fenómeno habría tenido una mayor pervivencia, llegando a solaparse con la cultura material propia de inicios del II milenio cal. BC (*ibídem*: 288). Los contextos con cronologías posteriores, que formarían parte de la etapa tradicionalmente considerada como “Bronce medio”, cubrirían un lapso temporal aproximado entre el 1800-1500 cal. BC (Abarquero, 2005: 61-65; Blanco, 2011a: 135; Blasco, 1997: 75-76; De La Rosa, 1995: 196-198; Fernández Moreno, 2013: 166, 281 y 285; Jimeno, 2001: 145; Rodríguez Marcos, 2005: 985; Oliveira, S., 1996-1997: 81-83; Senna Martínez *et al.*, 2011: 382), y son a los que estarían asociadas las cerámicas denominadas de “estilo Protocogotas” en gran parte del territorio de estudio. Por último, el periodo entre el 1500-1000 cal. BC que se correspondería más o menos con la fase clásica del “Bronce final” en la cuenca duriense (Oliveira, S., 1996-1997: 83-86), está representado por estaciones en las que en un amplio porcentaje se han documentado manifestaciones propias del “fenómeno de Cogotas I” en su “etapa de apogeo o plenitud” (Abarquero, 2005: 27 y 61-65; Blasco, 1997: 86-87; Castro *et al.*, 1995: 74-88 y 103-108; Delibes, 1995: 73; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 22-26; Jimeno, 2001: 147-149; Rodríguez Marcos, 2005: 990). Este tipo de cerámicas se han recuperado también en niveles con



dataciones posteriores, un hecho que algunos autores consideran como un argumento para establecer una última fase de desarrollo designada como “Cogotas I evolucionado” (Fernández Posse, 1986 cit. por Abarquero, 2005: 60), pero que la mayoría interpreta simplemente como perduraciones estilísticas dentro ya de otro tipo de contextos (Abarquero, 2005: 27 y 61; Castro *et al.*, 1995: 95-97 y 102; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 27). Por tanto, como se puede observar, las fronteras cronológicas son muy difusas y más aún cuando el principal elemento diferenciador son las “modas cerámicas”, sujetas a infinidad de circunstancias que las hacen ser un referente en cierta medida inestable. A pesar de ello, la secuencia cronológica planteada puede funcionar (Abarquero, 2005: 65), siempre que se mantenga una perspectiva flexible y general a la hora de elaborar modelos interpretativos.

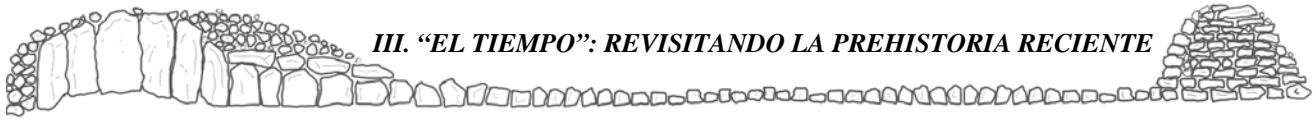
En un breve lapso de tiempo durante el tránsito de milenio se produjeron importantes transformaciones de gran entidad, posiblemente relacionadas con una reformulación de las estrategias socio-económicas impulsada por importantes alteraciones climáticas y por la introducción de un nuevo elemento que llegará a tener un papel muy significativo como es el hierro (Bellido, 2005: 282). A pesar de que estos momentos no están muy bien definidos cronológicamente, puesto que nuestro conocimiento sobre los inicios del I milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro es bastante escaso (Delibes, 2000-2001; Delibes y Del Val, 1990: 90), los datos disponibles apuntan a que entre los ss. X-IX cal. BC, las evidencias de las poblaciones pertenecientes a algunas de las *facies* establecidas para este periodo como la del “Soto de Medinilla”, la “Cultura castreña soriana” o el “grupo de Alpiarça”, aparecen superpuestas a todo el sustrato cultural anterior (Abarquero, 2005: 67; Delibes, 1995: 73; Delibes y Del Val, 1990: 90; Delibes *et al.*, 1995: 82-83; Jimeno y Fernández Moreno, 1989: 96; Oliveira, S., 1983-1984: 106 y 1996-1997: 88-89). Hay que señalar, que en determinadas zonas del territorio es probable que se mantuviese una cierta tradición residual, como demuestra la pervivencia del estilo cogoteño, sobre todo en algunos rincones de la sierra por su aislamiento geográfico y la habitual resistencia al cambio de las comunidades serranas (Galán y Saulnier, 1998: 242). En este punto, se plantea de nuevo un clásico debate sobre si estas transformaciones tuvieron lugar en un marco de continuidad demográfica o si fueron producto de un fenómeno de ruptura y suplantación poblacional (Delibes, 2000-2001: 295-296), lo que explicaría los cambios drásticos documentados en la práctica totalidad de los ámbitos existenciales (diferente urbanismo y técnicas constructivas, nueva tecnología

y cultura material, novedosas prácticas funerarias y rituales, otras formas de vida...). Esta teoría de corte colonialista, al igual que en la historiografía de otros fenómenos como el “Campaniforme” o “Cogotas I”, tuvo una amplia acogida a lo largo de algo más de la primera mitad del siglo pasado, sin duda a causa de ciertos prejuicios historiográficos acordes a un determinado contexto político (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 113; Galán y Saulnier, 1998: 242). Posteriormente, este tipo de interpretaciones comenzaron a desecharse en favor de hipótesis de tendencia más autoctonista, que empezaron a considerar los cambios como el fruto lógico de ciertos desarrollos que venían gestándose localmente desde centurias atrás (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 114-117). Pero este debate excede ya nuestro marco de estudio.

a) **IMPLANTACIÓN EN EL TERRITORIO Y FORMAS DE HÁBITAT**

La interpretación sobre la transición del III al II milenio cal. BC ha dado lugar a una amplia bibliografía. Una de las posturas más aceptadas defiende que ésta tuvo lugar en un marco de crisis y transformación, situación que desembocó en una coyuntura propicia a la introducción de novedades, sobre todo de carácter socio-económico, que venían fraguándose desde las últimas centurias del III cal. milenio BC. En este contexto, el “fenómeno Campaniforme” (ver subepígrafe 3.1.3.) habría servido como una estrategia de lubricación social a la hora de introducir ciertas modificaciones de gran calado en la realidad de aquellos grupos. Tales cambios, producto por tanto de un desarrollo continuado y no de radicales fenómenos de ruptura, habrían comenzado desde inicios del II milenio cal. BC a manifestarse en todos los sistemas de organización interna y externa de estas poblaciones.

Uno de los argumentos más utilizados por los defensores de estos postulados es el abandono sistemático documentado de las zonas de hábitat ocupadas de forma más o menos continuada a lo largo de todo el III milenio cal. BC, a la par de la ocupación de territorios *ex novo* cuyas características medioambientales nada tienen que ver con las de los anteriores entornos habitados (Fabián, 2006: 513; Fabián *et al.*, 2006: 50; Jimeno, 2001: 158). Esta novedosa tendencia observada en las pautas de asentamiento, territorialización y apropiación del paisaje, se ha interpretado como consecuencia de una reformulación de las estrategias de subsistencia y la introducción de nuevas prácticas económicas, que requerirían de unas condiciones diferentes (Bellido, 2005: 282-283; Díaz Andreu, 1993: 258-259; Harrison, 1993; Jimeno, 2001: 155-159;



Jimeno y Fernández Moreno, 1989: 86-95). Desde otros enfoques de corte más procesualista se han aducido factores de tipo socio-político como motor del cambio (Da Cruz *et al.*, 2000: 257; Delibes, 1995: 80; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 104-107; Oliveira, S., 1983-1984: 104-106; Senna Martínez, 2007: 120-121 y 2009: 480-483). No faltan tampoco las teorías que apuntan a la ocurrencia de una significativa oscilación climática, el denominado “Evento 4.0 ka BP” (ver subepígrafe 3.1.3), que dio lugar a un importante aumento de la aridez a gran escala en el lapso cronológico aproximado de entre el 2450-1950 cal. BC (Fabián, 2006: 516-517; Fabián *et al.*, 2006: 38). Este hecho podría haber desencadenado una necesaria reorientación de las fórmulas económicas, por la que los antiguos emplazamientos en los fondos de valle adecuados para el cultivo se habrían abandonado, a favor de localizaciones en terrenos más elevados propicios para las actividades de pastoreo (Fernández Moreno, 2013: 273 y 289; López Ambite, 2003: 158), produciéndose así una completa “transformación desde el paisaje agrario calcolítico hacia un paisaje pastoril serrano” (Blanco, 2008: 112-113).

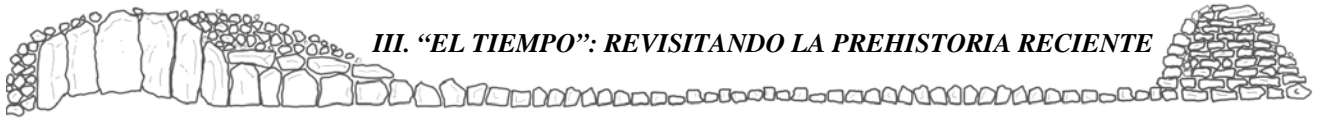
Sin embargo, desde otras posturas se apunta a que en realidad dicha modificación en los patrones de asentamiento no fue ni mucho menos generalizada, puesto que de hecho en muchas partes del territorio duriense no existe ninguna evidencia de este tipo. Además, en numerosos yacimientos con cronologías del III milenio cal. BC se han documentado restos identificados como propios de la cultura material posterior, lo que en algún caso podría leerse como una cierta resistencia a abandonar los lugares de hábitat tradicionales (Fabián, 2006: 515). Por estas razones, algunos autores plantean la posibilidad de que estas nuevas tendencias en el emplazamiento y estrategias de territorialización no respondan a unas diferentes prácticas económicas ni a un ordenamiento político y social innovador, sino más bien a una diversificación e intensificación en la explotación de los recursos del entorno protagonizada por grupos con similares bases productivas (Delibes, 1995: 80; Fernández Moreno, 2013: 273).

En cualquier caso, si se acepta que tuvieron lugar diversos cambios que alteraron en mayor o menor medida los “usos y formas” de aquellos grupos, se ha de intentar visibilizarlos a través de las manifestaciones arqueológicas documentadas. Pero para ello, hay que abarcar otros ámbitos más allá de los objetos de estudio tradicionales. A pesar de la gran evolución que la investigación sobre este periodo ha sufrido en las últimas décadas, siendo objeto de una gran renovación metodológica y

conceptual, en relación a los temas estudiados poco se ha avanzado. La atención se ha centrado especialmente en los análisis de tipo territorial y paisajístico (profundizando mucho en el conocimiento paleoambiental), en el establecimiento de una secuencia cronológica afinada y coherente, y por supuesto en la caracterización arqueométrica de los distintos elementos de la cultura material, con especial inclinación por la cerámica. Entretanto, otros asuntos de relevancia como el mundo simbólico-ritual o el ámbito de las construcciones domésticas han sido dejados de lado (Blanco, 2011a: 124). Por tanto, para obtener un conocimiento más global sobre las formas de vida de aquellas gentes y discernir si hubo o no transformaciones de gran calado, hay que observar con detenimiento otro tipo de evidencias que bien nos podrían estar hablando de ciertos comportamientos o prácticas sociales de gran relevancia para la investigación (*ibídem*).

En este breve análisis sobre las potencialidades del registro arqueológico del II milenio cal. BC documentado en el valle del Duero/Douro, se va a hacer hincapié en algunos de los factores en los que más ha incidido la bibliografía, planteando ciertas hipótesis elaboradas en torno a ellos. Contrariamente a lo que se señalaba para el “fenómeno Campaniforme” (ver subepígrafe 3.1.3), los yacimientos conocidos son en un gran porcentaje lugares de hábitat, bien al aire libre bien en cuevas o abrigos, con una escasa representación por tanto del mundo funerario. Como novedad aparecen los característicos enclaves denominados como “depósitos metálicos”, que se tratarán a lo largo de este epígrafe.

Muchas de estas estaciones eran conocidas ya en la bibliografía tradicional, e incluso algunas se tratan de verdaderos “clásicos” de la investigación de la denominada “Edad del Bronce” en el interior peninsular. Es el caso de los castros abulenses del cerro de Las Cogotas o el Castillo ambos en Cardeñosa, los enclaves sorianos de Los Tolmos y las cuevas de la Maja y la Mora, el Cancho Enamorado en el salmantino Cerro del Berrueco o el burgalés del Castro de Yecla, las cuevas segovianas de Arevalillo o La Vaquera, los yacimientos vallisoletanos de La Requejada o el castro de La Plaza en Valladolid, El Tomillar y Los Cenizales en la provincia de Zamora o los asentamientos de Pastoria y Castelo de Aguiar en el distrito de Vila Real, entre otros (Bellido, 1994 y 1994-1995; Blasco, 1997; Castro *et al.*, 1995; De La Rosa, 1995; Del Castillo, 1953; Delibes, 1995: 65-73 y 79-81; Delibes y Del Val, 1990: 85-89; Delibes y Fernández Manzano, 1981; Delibes y Fernández



III. “EL TIEMPO”: REVISITANDO LA PREHISTORIA RECIENTE

Miranda, 1986-1987; Delibes *et al.*, 1990; Fabián, 1986; Fernández Posse, 1981; Galán y Saulnier, 1998; González Tablas, 1984-1985; Jimeno, 1985 y 1988; Jimeno y Fernández Moreno, 1989: 86-96; Maluquer, 1956; Martín Valls y Delibes, 1977, 1978 y 1981; Oliveira, S., 1986 y 1993; etc.). Por otra parte, también hay una larga lista de lugares recientemente descubiertos, o que ya lo estaban pero han sido objeto de una revisión profunda en los últimos años, estableciéndose definitivamente su adscripción cronológica al II milenio cal. BC. En este grupo, se puede destacar algunos yacimientos representativos como Fraga da Pena y los castros de Castanheiro do Vento y Castelo Velho en el distrito de Guarda, el poblado de Canedotes en Viseu o el de Crasto de Palheiros en Vila Real, el Alto de El Parpantique y Los Torojones en la provincia de Soria, el palentino de la Cuesta de la Horca o el vallisoletano de Pico Castro, la Cueva de El Mirador y El Portalón de Cueva Mayor en el complejo burgalés de Atapuerca, Fraga dos Corvos y el abrigo de Buraco da Pala en el distrito de Bragança, el asentamiento abulense de Los Itueros, o El Pozuelo II y El Tormo II en el valle soriano de Ambrona (Abarquero, 2005; Alday *et al.*, 2011; Bellido, 2005; Cardoso, 2014; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 104-113; Fabián *et al.*, 2006; Fernández Moreno, 2013; Fernández Moreno y Almeida, 2011; Galán y Saulnier, 1998; López Ambite, 2003; Moral *et al.*, 2003; Muralha *et al.*, 2005; Rodríguez Marcos, 1995, 2005 y 2012; Rodríguez Marcos y Moral, 2007; Rojo *et al.*, 2006d, 2007 y 2008d; Oliveira, V. *et al.*, 2006; Sanches, 1996: 65-90 y 2008; Senna Martínez, 2013; Senna Martínez y Luís, 2010; Senna Martínez *et al.*, 2011; Valera, 1994: 158-166; Vergés *et al.*, 2002; Vilaça y Da Cruz, 1995; etc.).

La cuantificación total de los yacimientos documentados en el territorio duriense con una cronología adscrita al II milenio cal. BC es bastante inferior (Blanco, 2008: 112-113; Jimeno, 2001: 158; Rodríguez Marcos, 2005: 983) con respecto a la intensidad ocupacional de épocas previas, y su dispersión se caracteriza por numerosos asentamientos pequeños y cercanos entre sí. Esta reducción en la cuantía de estaciones arqueológicas se ha interpretado generalmente como el resultado de la concentración de la población en núcleos más grandes, más dispersos y más escasos, en pro de un proceso de centralización y/o jerarquización del poblamiento (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 104-105; López Ambite, 2003: 152; Rodríguez Marcos, 2005: 988; Senna Martínez, 2013: 173-176). Este cambio de tendencia en la ocupación del territorio pudo ser debido, como ya hemos señalado, a modificaciones en el ámbito de

las estrategias económicas, del ordenamiento socio-político o incluso de las condiciones medioambientales.

Uno de los aspectos más intensamente estudiados en relación a la realidad del II milenio BC en el valle del Duero/Douro es el ámbito territorial y paisajístico, lo que unido a las evidencias domésticas documentadas en las diversas intervenciones llevadas a cabo en varios de los enclaves ya mencionados, ha permitido a los investigadores obtener una imagen general sobre los modelos de poblamiento propios de estas poblaciones.

Las formas de hábitat parecen mantener una firme continuidad con respecto a cronologías anteriores, al menos en los inicios del milenio, tal y como los hallazgos registrados en los yacimientos de habitación estudiados así lo evidencian. No pasan de ser acumulaciones más o menos amplias de estructuras, negativas en un gran porcentaje, de diversa morfología y funcionalidad (fondos de cabaña, silos, hoyos de poste, fosas, estructuras de combustión...), y que la mayor parte de las veces no presentan ningún tipo de indicio de pautas intencionales en su distribución. La tipología de estas estaciones está indudablemente presidida por los denominados “campos de hoyos”, (Abarquero, 2005: 44; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 110), aunque se conocen otros tipos de ocupaciones con escasa representatividad en el territorio duriense. En el ámbito de las técnicas constructivas y los elementos arquitectónicos utilizados tampoco se dan grandes variaciones, puesto que siguen siendo por lo general estructuras endebles elaboradas principalmente con materiales perecederos (ver subepígrafe 3.1.2). El barro sería un componente fundamental como demuestran los habituales y numerosos hallazgos de pellas de arcilla formando parte muchas veces del relleno de los hoyos y en las que, incluso, en varias ocasiones se han llegado a conservar las improntas de la estructuras a las que estuvieron adosadas (Palomino *et al.*, 1999: 39). Aunque en menor medida, también está presente la piedra, y en aquellos lugares donde el material pétreo está ausente, se han documentado en algunos casos tapias o incluso posibles adobes que habrían sido utilizados como aislante (Abarquero, 2005: 43; Fernández Moreno, 2013: 231).

Los denominados “campos de hoyos” o “ceniceros”, que son la morfología mayoritaria de los yacimientos de habitación del II milenio BC (Abarquero, 2005: 44; Delibes, 1995: 68-69; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 108), se caracterizan por su ocupación diacrónica. De ahí, que normalmente se extiendan por grandes áreas

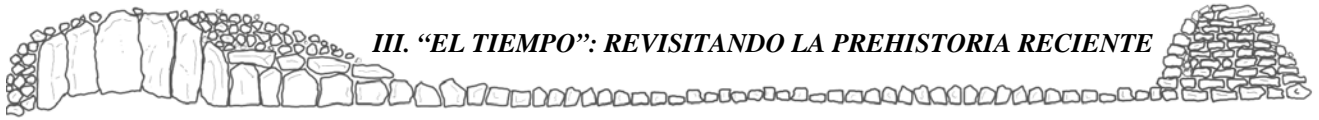


y que en ellos las lecturas estratigráficas se hagan de manera horizontal, lo que algunos autores interpretan como el resultado de ocupaciones recurrentes de los mismos grupos pero discontinuas en el tiempo, y no de una continuidad del hábitat (Abarquero, 2005: 46). Yacimientos como el Teso de la Macarroña en Valladolid, el segoviano de El Balconcillo, el Castro de Yecla en Silos, o los sorianos de El Pozuelo II y El Tormo II, entre otros (Abarquero, 2005: 46; Bellido, 1994-1995: 52; Rojo *et al.*, 2006d, 2007 y 2008d), son algunos ejemplos de estos “*palimpsestos acumulativos*” (Abarquero, 2005: 45; Blanco, 2011a: 129; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 111; López Ambite, 2003: 147), en cuyas estructuras se han recuperado materiales con adscripciones cronológicas diversas.

El “hoyo” sigue siendo, por tanto, la principal manifestación arquitectónica en los asentamientos a lo largo de todo el milenio (Rodríguez Marcos, 2005: 994). En la línea de su tradicional interpretación como “fondos de cabaña” o “basureros”, cada vez más denostada (Abarquero, 2005: 44; Fernández Moreno, 2013: 233), se entendían estas estructuras como el continente de depósitos caóticos, y no fruto de acciones premeditadas; y se consideraban los materiales hallados en ellas (huesos de fauna, cerámica fragmentada, restos de talla lítica, elementos metálicos desgastados, residuos de materiales constructivos...) como desperdicios y útiles ya inservibles, señalando incluso que su presencia en ocasiones podría haber sido accidental formando parte de la tierra que las colmató (Banco, 2011: 132). Actualmente, se tiende más a defender el carácter polifuncional de los hoyos (ver subepígrafe 3.1.2), enumerando sus posibles usos como silos de almacenamiento de alimentos, depósitos de agua, estructuras de combustión, elementos constructivos de viviendas, hornos de cocción cerámica, contenedores votivos o incluso tumbas (Abarquero, 2005: 45; Bellido, 1994: 195-196; Fernández Moreno, 2013: 233; Palomino *et al.*, 1999: 23-27); en algunos casos, también podrían haber sido amortizados en último lugar como “basureros” (Abarquero, 2005: 44; Palomino *et al.*, 1999: 23; Rodríguez Marcos, 2005: 989), entendidos no desde nuestra perspectiva actual sino como un fenómeno de colmatación “ordenada” del hoyo, una vez que ha dejado de servir para su función o funciones primarias (Blanco, 2008: 132; López Ambite, 2003: 146). Otros autores se inclinan a pensar que, por la homogeneidad en la morfología (planta circular) y dimensiones presente en este tipo de estructuras, tendrían una función similar en todos los sitios donde se documentan (Palomino *et al.*, 1999: 36; Rodríguez Marcos, 2005: 994). Por lo general, la hipótesis más aceptada es la de su uso como almacenadores de

alimentos, bien cereales u otro tipo de fruto, que se depositarían para su conservación directamente dentro de estos “silos” o en el interior de grandes recipientes de almacenaje (Fernández Moreno, 2013: 233; López Ambite, 2003: 147). Los hallazgos en hoyos de restos de revoques para impermeabilizar las paredes, de vasijas cerámicas de gran tamaño, o de importantes acumulaciones de grano carbonizado (Abarquero, 2005: 44), refrendarían esta línea interpretativa.

También de construcción simple son las “cabañas” que a día de hoy se han podido documentar (Jimeno, 1985: 301). De planta oval o menos habitualmente rectangular (en detrimento de las plantas circulares de cronologías anteriores) (Abarquero, 2005: 43; Fernández Moreno, 2013: 231), en parte excavada en el suelo y con pavimentos hechos a base de tierra apisonada o barro seco, su perímetro se halla a veces limitado por hileras de agujeros de poste, y pueden aparecer asociadas a otras manifestaciones arquitectónicas como los ya mencionados hoyos o estructuras de combustión. Algunos ejemplos se han localizado en el enclave vallisoletano del Gurugú, en el soriano de Los Tolmos, en el yacimiento de La Huelga en la provincia de Palencia, o en los bien conocidos de Fraga dos Corvos o el Cancho Enamorado ubicados en Bragança y Salamanca respectivamente (Abarquero, 2005: 42-43; Delibes, 1995: 80; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 110; Jimeno, 1985: 298-299; Jimeno y Fernández Moreno, 1989: 94-95; Rodríguez Marcos, 2005: 994; Senna Martínez *et al.*, 2011: 378-381). Algunos hallazgos sugieren la posibilidad de que estas “cabañas” podrían haber servido para ciertas funciones especializadas, como es el caso de varias estructuras de este tipo descubiertas en el núcleo brigantino de Fraga dos Corvos, que los investigadores han interpretado como posibles áreas de fundición para la producción de bronce binarios (Senna Martínez *et al.*, 2011: 380-383). También en el yacimiento soriano del Alto de El Parpantique, la presencia de hogares en algunos espacios domésticos y la acumulación de encellas y molinos de mano en áreas concretas, se han ligado a actividades de procesamiento y conservación de alimentos (Fernández Moreno, 2011: 95). En este mismo asentamiento, se ha podido documentar un ordenamiento interno en algunos “lugares de habitación”, manifestado en la compartimentación de distintos espacios a nivel funcional, lo que nos podría estar hablando de una cierta planificación previa a la hora de su construcción y, según algunos autores, de una clara intencionalidad de mantenerse en un mismo lugar por más tiempo (Fernández Moreno, 2011: 94-95 y 2013: 231-232 y 293-295; Jimeno y Fernández Moreno, 1989: 89).



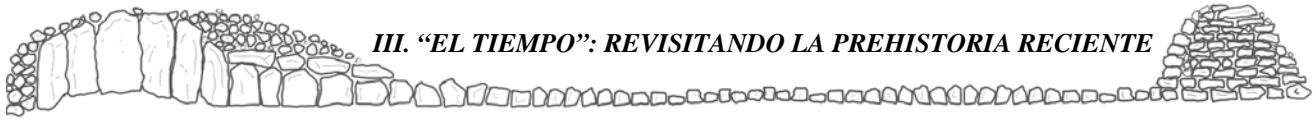
III. “EL TIEMPO”: REVISITANDO LA PREHISTORIA RECIENTE

Otro tipo de estructuras documentadas en asentamientos del II milenio cal. BC, aunque en un porcentaje mucho menor, son muros de piedra de mayor o menor entidad que en cualquier caso se tratan ya de estructuras complejas, cuya construcción requeriría de una cierta planificación y de una considerable inversión de mano de obra y tiempo (Abarquero, 2005: 40). Por lo general, se les ha otorgado un uso defensivo (Delibes, 1995: 80; Oliveira, S., 1983-1984: 106) dada su habitual localización en lugares altos y en muchos casos poco accesibles (de hecho, no se conoce ningún hallazgo de este tipo en asentamientos en llano y al aire libre), con una ubicación estratégica para el control de un determinado entorno y/o de ciertos pasos naturales importantes (Bellido, 2005: 58-59; Jimeno, 2001: 156). Bajo estos postulados, se han considerado como murallas o fortificaciones las estructuras registradas en Fraga da Pena, Castelo Velho y Castanheiro do Vento (Cardoso, 2014; Jimeno, 2001: 156; Oliveira, S., 1993: 182-187; Oliveira, V. *et al.*, 2002 y 2005; Valera, 1994: 158-159), núcleos ubicados en lugares destacados como afloramientos rocosos en el distrito de Guarda. También podemos citar algunos ejemplos de la parte castellano-leonesa como los vallisoletanos de El Gurugú y el castro de La Plaza, el palentino de la Cuesta de la Horca o el Cancho Enamorado en la provincia salmantina (Abarquero, 2005: 40; Delibes, 1995: 80; Delibes y Fernández Manzano, 1981: 54-61 y 68; Jimeno, 2001: 160; Rodríguez Marcos, 2005: 989; Rodríguez Marcos y Moral, 2007); aunque la entidad de dichas estructuras de fortificación en este último yacimiento está muy discutida (Fabián, 1986: 278-279). Este fenómeno de “encastillamiento” de algunos poblados, que ya había comenzado en cronologías anteriores (ver subepígrafe 3.1.2) y que según algunos autores culmina en los castros prerromanos de momentos avanzados del I milenio cal. BC (Delibes, 1995: 80; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 105), “*unido al progreso en el armamento y a la preocupación defensiva ya aludida, está significando sin lugar a dudas, la existencia de conflictos de una cierta envergadura que anticipaban ya algunos hábitats del Bronce Medio*” (Fabián, 1995: 204). Desde otra perspectiva, se ha considerado que estos muros de piedra y derrumbes podrían ser los restos de corrales o recintos para la guarda, cuidado y control del ganado (Blanco, 2008: 112-113; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 108; Fabián, 2006: 514 y 516), frente a peligros externos como podrían ser los animales depredadores. El principal argumento es la escasa entidad que presentan en la mayor parte de las ocasiones, como se puede observar en los enclaves abulenses de Picote de los Moros, Los Castillejos, y los ya mencionados de la Cuesta de la Horca o La Plaza,

todos ellos también con ubicaciones en alto como en los casos anteriores. No serían por tanto el basamento de un complejo sistema de amurallamiento, sino de encerraderos para el ganado tipo los corrales o majadas que aún se conservan en algunas zonas rurales (Fabián, 2006: 514 y 516). Estos lugares podrían ser objeto de visitas temporales más que de ocupaciones permanentes, sirviendo como apriscos en momentos de desplazamientos transterminantes (Blanco, 2008: 112-113; Fabián *et al.*, 2006: 51).

A toda esta lista de estructuras habría que añadir otras más comunes en los asentamientos de cualquier cronología prehistórica, como son los hoyos de poste en cuyo interior se encuentran muchas veces cantos o pellas de arcilla para reforzar la sujeción del fuste en cuestión; o las habituales estructuras de combustión de barro endurecido y delimitadas por círculos de piedras, que normalmente se encuentran aisladas dentro de los hábitats aunque en algunas ocasiones se asocian a “cabañas” (Abarquero, 2005: 43; Senna Martínez y Luís, 2010: 36-36). Menos frecuente es la documentación de pavimentos y/o zócalos de piedra formando parte de algún “área de vivienda”, como en el poblado del Cancho Enamorado en el salmantino Cerro del Berrueco o en el palentino del castro de los Barahones (Abarquero, 2005: 43; Jimeno, 1985: 302 y 2001: 141). Otras construcciones pétreas de pequeño tamaño y funcionalidad diversa también han sido registradas (Oliveira, S., 1993: 186-187).

En relación a las estrategias de ocupación del territorio y poblamiento se observa de nuevo una cierta continuidad con respecto a cronologías anteriores (Bellido, 2005: 6) (ver subepígrafe 3.1.2), puesto que continúan basándose en un modelo diversificado (Bellido, 2005: 58-59; Fernández Moreno, 2013: 273; Jimeno, 2001: 140) propio de fenómenos de intensificación económica, y aprovechamiento y explotación intensiva de los recursos del entorno (Rodríguez Marcos, 2005: 987). El tipo de emplazamiento elegido mayoritariamente es el caracterizado por terrenos llanos de campiña o a pie de monte (Blanco, 2008: 114; Fabián, 2006: 516; Jimeno, 2001: 160; López Ambite, 2003: 140), *a priori* sin ningún valor estratégico, pero que siempre se hallan próximos a ríos u otras fuentes de agua y a zonas de buenos pastos y tierras cultivables, es decir lugares con riqueza y variedad de recursos alimenticios. Los hábitats suelen ocupar una pequeña extensión, aunque a lo largo del milenio se observa un aumento de su tamaño. También se conocen asentamientos en altura y minoritariamente en cuevas y abrigos (Abarquero, 2005: 39-40; Fernández Moreno, 2013: 168 y 273; Jimeno, 1985: 297-298; Jimeno y Fernández Moreno, 1989: 89-91).



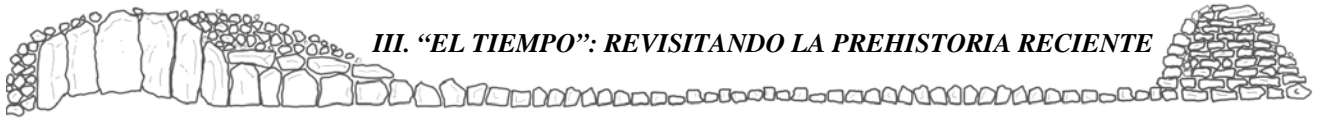
Esta diversidad en la elección del tipo de emplazamiento, junto a los indicios que muestran que las ocupaciones no eran, por lo general, prolongadas ni permanentes sino temporales aunque recurrentes y en gran medida de naturaleza estacional (Bellido, 1994-1995: 49 y 52; Palomino *et al.*, 1999: 35), ha llevado a plantear la posibilidad de que en realidad se tratasen de núcleos dedicados a una actividad económica y/o subsistencial específica (Rodríguez Marcos, 2005: 984).

Como ya se apuntaba para el III milenio cal. BC (ver subepígrafe 3.1.2), este mismo “modelo de poblamiento diversificado” (Bellido, 1994-1995: 58-59), ha sido interpretado desde otras posturas como la expresión de un fenómeno de ordenamiento y jerarquización del territorio (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 105 y 108). Según estas hipótesis, a lo largo de este milenio se consolidaría la presencia de unos centros jerárquicos caracterizados por situarse en emplazamientos preponderantes desde donde controlar el entorno, y tener un buen contacto visual con otros asentamientos de menor entidad ubicados a media ladera o en el fondo del valle. Mediante este sistema estable de jerarquización del poblamiento, se podría supervisar la explotación de todos los recursos de un territorio desde un solo núcleo estratégico (Delibes, 1995: 80; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 105; Rodríguez Marcos, 2005: 984 y 988).

Otra manifestación observada a lo largo del II milenio cal. BC en relación a las estrategias de territorialización es la creación de asentamientos *ex novo* (Jimeno y Fernández Moreno, 1989: 88; Jimeno, 2001: 158; Oliveira, S., 2000: 8-9), un fenómeno que se desarrolló de tal modo en este momento que ha llegado a denominarse como “*el óptimo de ocupación del espacio*” (Rodríguez Marcos, 2005: 987). Algunas hipótesis señalan que debido al crecimiento demográfico causado por la intensificación económica y a la intencionalidad creciente de estabilidad y fijación al territorio (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 108 y 110-111), se produjo una inminente necesidad de tierras que tuvo como resultado la creación de poblados en lugares anteriormente no habitados, dando lugar a auténticas “colonizaciones”. Muchos autores plantean que este fenómeno de “sedentarización” en la cuenca duriense no se culminó hasta avanzado el I milenio BC (Bellido, 2005: 58-59). En este proceso de multiplicación de los núcleos de poblamiento, aparece como novedad la ocupación de cerros aislados y destacados en el paisaje, normalmente de forma cónica,

una topografía que hasta entonces había sido escasamente seleccionada por los grupos humanos (*ibídem*; Fernández Moreno, 2013: 25; Rodríguez Marcos, 2005: 984).

La “dualidad de hábitats” es, por tanto, el modelo de poblamiento que, para la mayor parte de los autores, se fue consolidando a lo largo del II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro (Abarquero, 2005: 39; Bettencourt, 2000: 82-83; Delibes, 1995: 80; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 105; Fabián, 1995: 201-202; Jimeno, 2001: 160; Jimeno y Fernández Moreno, 1989: 91). En un principio, esta situación se leyó en términos diacrónicos, considerando a las ocupaciones en llano anteriores cronológicamente a las de altura, las cuales habrían surgido en un momento de repliegue poblacional debido a una situación de amenaza o peligro (Delibes, 1995: 80). Esta hipótesis se desechó completamente al comprobar que ambos tipos de emplazamientos eran coetáneos, hecho que hizo que se comenzase a aplicar la “teoría del lugar central” para intentar comprender esa diversificación entre las ocupaciones en alto y en zona llana. Siguiendo dicha argumentación, los “lugares centrales” de pequeñas o medianas dimensiones presentarían una serie de rasgos que los caracterizaba como tal; entre ellos, la ubicación en lugares individualizados y destacados en el paisaje, poco accesibles como en torno a zonas acantiladas, un buen control visual del territorio (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 105; López Ambite, 2003: 136-137), la presencia de estructuras delimitadoras o incluso de amurallamiento (Abarquero, 2005: 40; Bellido, 2005: 58-59), y evidencias de una ocupación prolongada en el tiempo (Rodríguez Marcos, 2005: 984). Por su parte, los “lugares satélite” se emplazarían en zonas llanas como fondos de valle o en terrenos ligeramente alomados, muy próximos a tierras fértiles y, por tanto, con una mejor disposición para las actividades agrícolas que la de los sitios en altura (Bellido, 2005: 282). Su papel sería el de una especie de “granjas dependientes”, cuya producción iría a parar a esos “lugares centrales” desde donde se redistribuiría y se harían los contactos apropiados para demandar aquellos productos necesarios por deficitarios en su territorio (Abarquero, 2005: 42; López Ambite, 2003: 153-154). Estos últimos funcionarían, así, como centros político-económicos claves en el proceso de territorialización, y a su vez como referentes identitarios de las poblaciones del entorno (Rodríguez Marcos y Moral, 2007: 778-780) pues simbolizaban la legitimación de esos grupos humanos para explotar y perpetuarse en un territorio concreto. Siguiendo estos postulados, se han planteado otros modelos jerárquicos pero incluso con tres tipos de núcleos diferenciados: los emplazamientos destacados en alto

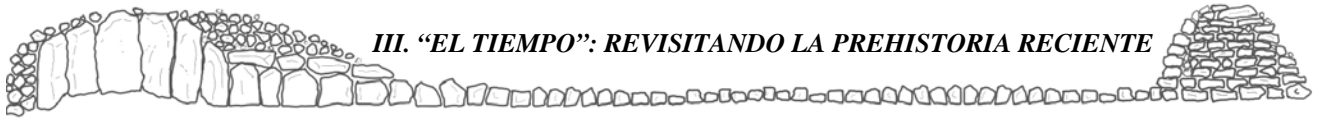


y de mayores dimensiones con funciones de control, estratégicas e incluso en algún caso defensivas; a menor altura, una amplia red de poblados de mediano/pequeño tamaño mejor dispuestos para la explotación de los recursos del entorno; y por último, pequeños asentamientos de diversa naturaleza, cuya ocupación parece temporal y/o estacional, interpretados como enclaves de “apoyo” vinculados al calendario de cultivo o para el aprovechamiento de productos o materias primas específicas (Delibes, 1990: 80; Rodríguez Marcos, 2005: 988). Estas prácticas que reflejan una cierta intencionalidad hacia el control del territorio, basándose en estrategias como la fragmentación del espacio y el establecimiento de centros jerárquicos, habría seguido desarrollándose hasta el tránsito al I milenio cal. BC.

Sin embargo, este patrón dual de poblamiento no estaba, ni mucho menos, normalizado en toda la extensión de la cuenca del Duero/Douro a lo largo del II milenio cal. BC (Abarquero, 2005: 42). Por lo general, estas gentes continuaron ocupando el espacio de forma inestable y temporal, conviviendo en pequeños poblados independientes, con un limitado control sobre el territorio y ninguna pretensión defensiva (*ibídem*). Por esta razón, hay autores que tienen cierta reticencia a la hora de hablar de centros jerarquizados o de jerarquía de poblamiento propiamente. Desde un enfoque diferente, defienden que en realidad no hay indicios claros para señalar grandes distinciones en el poblamiento, puesto que las dimensiones de los núcleos son similares, su distribución más o menos regular y las estructuras encontradas en ellos tampoco difieren mucho; por lo que todo apunta hacia un modelo de territorialización más bien igualitario o por lo menos sin marcadas diferencias (Fernández Moreno, 2013: 202; Senna Martínez, 2013: 176; Vilaça, 2000: 173). En realidad, el único contraste se hallaría en la diversidad de ubicaciones seleccionadas, factor que estos autores achacan a otro tipo de razones de carácter funcional. Se plantea la posibilidad de que el emplazamiento fuera consecuencia de una elección puramente económica y no socio-política, con el fin de desarrollar una actividad determinada. En este sentido, se apunta hacia la hipótesis de que la intervisibilidad documentada entre yacimientos en algunas regiones, sea la manifestación arqueológica más evidente de la existencia de un sistema de aprovechamiento diferencial por el que *“interesa el dominio de un territorio que posibilita una explotación vertical de los recursos, con un aprovechamiento mixto, modelo que puede contraponerse al de explotación horizontal y generalmente especializado”* (Fernández Moreno, 2013: 200). De este modo, se plantea que siendo el agro-ganadero el modelo básico de subsistencia de estas

poblaciones, habría diversos núcleos cuyas estrategias económicas se complementarían entre sí en una suerte de “*ecosistemas productivos mixtos*” (*ibídem*: 202), con orientaciones distintas hacia la agricultura, el tratamiento del ganado o el pastoreo (Bellido, 1994-1995: 47 y 2005: 58-59). En este sentido, las ocupaciones en altos promontorios en muchas ocasiones escarpados “*no pueden tener a la agricultura como modo de vida, ni siquiera como modo secundario*” (Fabián, 2006: 514) ya que su entorno no lo permitiría, hecho que indicaría que estas poblaciones desarrollaban unas estrategias más vinculadas al pastoreo y al aprovechamiento forestal (Fabián *et al.*, 2006: 42). Incluso, algunos autores han llegado a señalar que a lo largo del II milenio BC se dio una “*desestructuración del paisaje agrario calcolítico al que sucede la construcción simbólica de un nuevo paisaje serrano pastoril*” (*ibídem*: 52). Por tanto, se admite una mayor complejidad de los modelos de poblamiento y ordenación en el territorio reflejada en las evidencias de control sobre el entorno, pero no en un sentido de desigualdad entre grupos sino dentro de una tendencia hacia la creación de redes más efectivas y prácticas para la explotación intensiva de los recursos, en un ambiente proclive a la interrelación y la complementariedad (Fernández Moreno, 2013: 289).

Tampoco este modelo de territorialización basado en unas estrategias económicas diversificadas se puede generalizar para las poblaciones que habitaron el valle del Duero/Douro durante el II milenio cal. BC. Llegados a este punto, se podría afirmar que algunos de estos centros en altura tendrían un carácter estratégico-defensivo y otros una clara vinculación a las actividades de especialización pastoril, pero en la mayoría de los casos dichas asociaciones no son tan evidentes (*ibídem*: 203 y 230). De hecho, uno de los argumentos más contundentes a la hora de valorar la función que tendrían dichos lugares basándose en la presencia de derrumbes y muros de piedra, es que en un gran porcentaje, que incluye algunos de los yacimientos más destacados en cuanto a este tipo de evidencias, dichas estructuras en realidad fueron construidas en cronologías anteriores (Valera, 2014: 302). Son núcleos con una ocupación diacrónica desde el III milenio cal. BC y que en algunos casos presentan una “continuidad poblacional” durante más de 1500 años (Cardoso, 2014; Valera, 2014: 303). Así, en yacimientos como Castelo Velho o Castanheiro do Vento, ambos localizados en Vila Nova de Foz Côa (Guarda) (Cardoso, 2014; Muralha *et al.*, 2005; Oliveira, S., 1993: 188-197; Oliveira, V. *et al.*, 2002 y 2006; Sanches, 1996: 80-81), las poblaciones del II milenio cal. BC se limitarían a reutilizar esas grandes

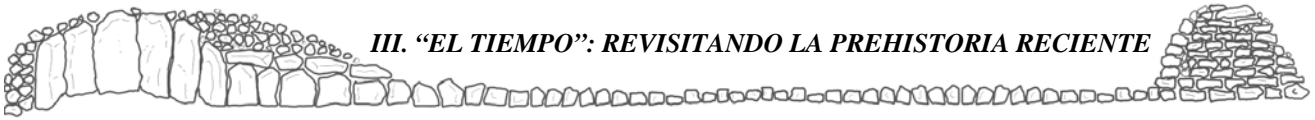


construcciones, no a construir las, llegando como mucho a reformarlas en cierta medida. Teniendo en cuenta estos factores surgen otras hipótesis en relación al papel que jugaron este tipo de enclaves castreños, a veces amurallados, como hitos de referencia en el paisaje (Fernández Moreno, 2013: 203 y 230), cuya elección premeditada vendría dada por sus condiciones de visibilidad, favorables para poder ver y ser vistos (*ibídem*: 201). Se trataría de una estrategia de control del territorio, pero no entendida como una intencionalidad jerárquica de imponerse sobre el resto puesto que “*essa visibilidade não é só direcional, antes relacional e recíproca*” (Vilaça, 2000: 173). Este tipo de hábitats destacados se integrarían, por tanto, en un fenómeno de “nuclearización” y no de “jerarquización” del territorio, en el que actuarían como centralizadores de las actividades subsistenciales y de la explotación del entorno, pero siempre en términos de igualdad con respecto al resto de núcleos de población. Servirían además como referencias visuales en el paisaje, ayudando a fijar a los grupos a un territorio (López Ambite, 2003: 152; Senna Martínez, 2013: 173-176) y creando lazos y sentimientos de pertenencia a un lugar; una función que, mientras “*en otros lugares se realiza mediante una serie de señales funerarias y/o artísticas, podrían ser sustituidas por los poblados en altura, que si bien estarían bastante mimetizados con el entorno, como ha ocurrido con nuestros pueblos hasta hace bien poco, la existencia de los hogares y los humos consiguientes, formarían señales claramente perceptibles por todos los habitantes del valle*” (López Ambite, 2003: 152).

El hecho de que estos asentamientos en altura actuaran como referentes visuales en el paisaje conllevaría un fuerte componente ideológico (Fernández Moreno, 2013: 287; Oliveira, S., 2004). Es posible que muchos de estos núcleos se trataran en realidad de centros simbólicos, santuarios con una función principalmente agregadora y con un cierto cariz identitario (Vilaça, 2000: 173). La escasez de restos de vida doméstica documentada en varios de estos yacimientos (Senna Martínez, 2013: 176) ha sido el punto de partida para considerarlos como enclaves estratégicos, que se ocuparían solamente en ciertos momentos de conflicto creciente entre comunidades vecinas o incluso entre las poblaciones pertenecientes al mismo “grupo territorial”. Sería en estos lugares donde se celebrarían ceremonias y rituales variados como método de lubricación social para liberar tensiones, contexto en el que podrían haberse llevado a cabo alguna de esas grandes construcciones que habrían requerido de mano de obra colectiva, con la intención de convertirlos en símbolos de la sociedad (Rodríguez Marcos y Morál, 2007: 779-780). Por otra parte, esos escasos restos

asociados a la vida cotidiana que se han encontrado en este tipo de ocupaciones, parecen querer manifestar la idea de que se está ante un auténtico poblado; sin embargo, al profundizar en su distribución y posicionamiento se observa un cierto orden más propio de los depósitos intencionales que de los desechos domésticos, por lo que en realidad la imagen que se habría pretendido reflejar es la de un “poblado ideal” (Oliveira, S., 2004: 59-60). Todo ello indicaría, por tanto, que no son simples asentamientos sino lugares especiales, en los que las estructuras pétreas de gran entidad cumplirían el propósito de monumentalizar y hacer más visible el sitio en cuestión.

Sin embargo, las gentes del II milenio cal. BC no fueron realmente las artífices de esas importantes construcciones monumentales, perdurables en el tiempo, sino que se limitaron a reutilizarlas. Tanto los grandes recintos de fosos como los lugares amurallados (ver subepígrafe 3.1.2) dejaron de construirse en este momento (Valera, 2014: 300-303), aunque siguieron habitándose de manera recurrente. Estas ocupaciones parecen tener también un cierto cariz ideológico, puesto que en muchas ocasiones se vuelve a lugares completamente abandonados, cuyas estructuras estarían derruidas o colmatadas por la acción del tiempo, pero que por cuestiones identitarias o simbólicas habrían mantenido intactas su significación e importancia en la memoria colectiva. Así es, por ejemplo, como sus autores interpretan las estructuras con cronología del II milenio cal. BC documentadas en el recinto de fosos vallisoletano de El Casetón de la Era (Delibes *et al.*, 2009: 10-11 –ver Figura 6E-). Este declive de la arquitectura monumental (Oliveira, S., 2000: 10; Valera, 2014: 303-304) y la pérdida de gran parte de la relevancia socio-ideológica que dichos lugares habían tenido en cronologías anteriores (Valera, 2014: 300-302), denota un importante cambio en la mentalidad de estos grupos que comienzan a ritualizar otro tipo de lugares a modo de santuarios rupestres, insertados en un escenario natural y lejos de ese concepto de monumentalidad anterior; y que sacralizan mediante la ejecución de pinturas y/o petroglifos, la deposición de ofrendas votivas o el izado de grupos de estelas en un gran porcentaje con decoración antropomorfa (Oliveira, S., 2000: 10), como en el caso del núcleo brigantino de Cabeço de Mina (*ibídem*: 9; Sanches, 1996: 83-84).



b) LA CULTURA MATERIAL Y SU FACETA COMO ELEMENTO DE INTERCAMBIO

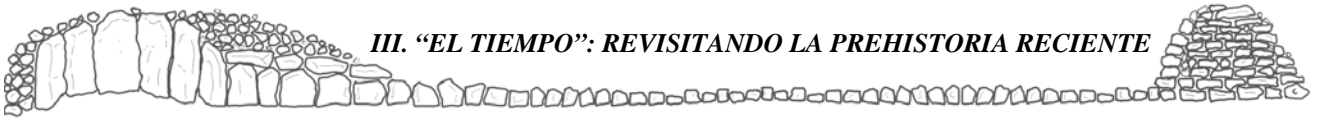
Este mismo desarrollo que se debate entre la continuidad en los “usos y formas” de las poblaciones del II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro y las innovaciones introducidas, al igual que se señalaba para el III milenio cal. BC (ver subepígrafe 3.1.2), va a tener su mayor reflejo en el ámbito de la cultura material, aunque en este caso a medida que va transcurriendo el milenio los cambios parecen hacerse más evidentes.

Por un lado, se caracteriza por una fuerte pervivencia en tipologías y técnicas en prácticamente la totalidad de manifestaciones artefactuales, sobre todo en los primeros siglos del milenio, hecho que se refleja muy bien en la cerámica. En este aspecto, formas como las cazuelas troncocónicas o las copas tienen su antecedente en el repertorio cerámico campaniforme (Garrido, 2014: 124), así como cierto tipo de recipientes como los denominados “coladores” y las queseras o encellas (ver Figura 6A) cuyo origen se remonta al milenio anterior, aunque va a ser ahora cuando su presencia se generalice en los lugares de hábitat (Fabián, 2006: 514). Pero el rasgo sobre el que más se han apoyado las teorías continuistas es la decoración. Tras los primeros siglos en los que la ornamentación está prácticamente ausente, hacia mediados del milenio se da un resurgimiento de la decoración que muchos autores interpretan en términos de continuidad y herencia entre el “fenómeno Campaniforme”, particularmente el “estilo Ciempozuelos”, y fundamentalmente el de “Cogotas I”, estilo decorativo presente en gran parte del territorio duriense a lo largo de la segunda mitad del II milenio cal. BC (Delibes y Del Val, 1990: 88; Fabian, 1993: 163), basándose en la similitud de numerosos motivos y técnicas decorativas y en el solapamiento geográfico de ambos fenómenos. Una vez superadas las tesis colonialistas sobre la introducción del estilo decorativo cogoteño por grupos exógenos, las hipótesis indigenistas que ligaban su producción al ámbito puramente local fueron ganando terreno, e incluso algunos autores pretendían ver en sus producciones una tradición que se retrotraía hasta cronologías anteriores al III milenio cal. BC (Blanco, 2011a: 135; Fernández Posse, 1986-1987: 231). Pero estas pervivencias no se limitan sólo a una comparativa entre las cerámicas de “estilo Campaniforme” y las de “Cogotas I” sino que, según estudios más recientes, se observan también en otros modelos decorativos (Blanco, 2011a). De este modo, se apunta hacia tradiciones cuyo

origen se remonta a inicios del III milenio cal. BC y que recuerdan a estilos como el de la cerámica de “Las Pozas” o del “tipo Penha” (*ibidem*: 135-137).

Los patrones decorativos presentes en la producción alfarera del II milenio cal. BC, en su mayoría, están configurados por motivos geométricos y no figurativos que presentan una amplia representación tanto a nivel geográfico como cronológico. Este aspecto sería, según algunos autores, otro indicio de pervivencia (Blanco, 2011: 134). Pero es en relación a las técnicas decorativas donde dicha continuidad parece ser más evidente. El uso del boquique (ver Figura 6C), uno de los rasgos distintivos de la cerámica cogoteña, se remonta incluso a cronologías de finales del VI y V milenio cal. BC (García Martínez de Lagrán *et al.*, 2011: 91) y se continúa usando durante los siguientes milenios (Fernández Posse, 1986-1987: 231), aunque si bien es cierto que se va rarefizando llegando a ser muy escasos y singulares los casos documentados a finales del III milenio cal. BC (Blanco, 2011a: 136 y 139). En cuanto a la otra técnica protagonista de este momento, pese a que en la excisión su “linaje” local no está tan claro (Bellido, 2005: 33), algunos autores la asocian a los “pseudo-excisos” del “estilo Ciempozuelos” (Blanco, 2011: 136). Otras técnicas más minoritarias como la incisión o la incrustación de pasta blanca también están presentes en los repertorios alfareros de cronologías anteriores (Bellido, 2005: 33). El más claro ejemplo de estas pervivencias son los denominados “epicampaniformes”, que presentan una decoración muy similar y claramente heredada de los recipientes de “estilo Campaniforme” pero con importantes variaciones en los patrones decorativos y su organización espacial (Garrido, 2014: 118). En este sentido, en el territorio duriense se han documentado algunas piezas del conocido como “estilo Arbolí”, propio de la zona del Nordeste peninsular (*ibidem*; Rodríguez Marcos, 2005: 633-637).

Estas pervivencias documentadas en la cultura material, y principalmente en la cerámica, han suscitado distintas posturas interpretativas. La hipótesis que tradicionalmente ha sido esgrimida para defender estas similitudes, sobre todo en lo que respecta a los “estilos cogoteño” y “Ciempozuelos”, es que ambos tipos cerámicos llegaron a solaparse en el tiempo como demostrarían los hallazgos en la cueva segoviana de Arevalillo o en otros yacimientos sobre todo de la zona más oriental del valle del Duero/Douro (Blanco, 2011a: 135; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 104; Fernández Posse, 1986-1987: 231). Sin embargo, y lejos de dudar de esa coexistencia estratigráfica en ciertos núcleos, las dataciones más recientes para el “fenómeno Campaniforme” y las más antiguas para la conocida como “Cultura de



Cogotas I”, difieren entre sí en prácticamente medio milenio. Por tanto, la presencia de “elementos campaniformes” en niveles de “cronologías cogoteñas” sería por razones fortuitas o de tipo más simbólico. En este sentido, recientemente se han publicado algunos trabajos que apuntan hacia hipótesis muy interesantes y sugerentes (Blanco, 2011a y e.p.), ligadas a posibles estrategias mnemotécnicas y vinculaciones genealógicas conscientes llevadas a cabo por estas poblaciones. El contacto con la cultura material de los antepasados sería factible al reocupar lugares (cuevas, monumentos megalíticos, recintos de fosos, sitios en altura amurallados, “campos de hoyos”...) que ya anteriormente habían sido utilizados por distintas comunidades, las cuales dejaron allí su huella; “*en dicho escenario tendría buena cabida la transferencia o la imitación deliberada de antiguos ornatos alfareros*” (Blanco, 2011a: 135-136). Por tanto, sería una manera deliberada de vincularse con el pasado, de evocar antiguas tradiciones mediante “*historias mitológicas*” que, entre otros medios, podrían ser transmitidas a través de las cerámicas (*ibídem*: 136-137). Sea como fuere, las muchas pervivencias que se observan en el repertorio cerámico, particularmente, y en la cultura material en general, parecen transmitir una imagen “*atávica y conservadora*” (*ibídem*: 128) de las poblaciones que habitaron el valle del Duero/Douro en el II milenio cal, BC, reflejada en el “continuidad” de sus artefactos en los que cualquier innovación fue producto de lentas variaciones y no de cambios bruscos (*ibídem*).

Sin embargo, analizando desde otro punto de vista la cultura material se observan importantes novedades tanto a nivel morfológico como técnico que, en algunas ocasiones, se ha interpretado como una ruptura con toda tradición anterior (Fernández Moreno, 2013: 249; Rodríguez Marcos, 2005: 642). El predominio del modelo esférico o hemiesférico desaparece frente al protagonismo que adquieren nuevas formas, sobre todo de grandes dimensiones y con amplias bocas, hecho que a veces se ha interpretado como el reflejo de la introducción de nuevas prácticas alimenticias (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 107). Se generalizan las carenas, principalmente medias o bajas, los fondos planos y los grandes diámetros de boca (Fabián, 2006: 514; Senna Martínez *et al.*, 2011: 381). Aumenta en gran medida el porcentaje de grandes vasijas con perfil en “S” y de los recipientes de tendencia troncocónica, aunque el cuenco y las formas globulares siguen siendo modelos muy comunes (Fernández Moreno, 2013: 245 y 290; Rodríguez Marcos, 2005: 983, 985 y

992; Senna Martínez *et al.*, 2011: 381), aunque no en tan altos porcentajes como en momentos anteriores. No hay que olvidar las clásicas encellas o queseras y los “coladores” (Fernández Moreno, 2013: 245 –ver Figura 6A-) que son uno de los más característicos “fósiles-guía” de los asentamientos del II milenio cal. BC. Otro de los rasgos peculiares del repertorio alfarero es la alta representación de los “elementos plásticos” y “de suspensión”, en gran medida relacionado con la funcionalidad que se daba a estos recipientes, aunque también en ocasiones pueden formar parte de la ornamentación. Así, las asas (generalmente de cinta), mamelones/pezones, cordones y orejetas, con diverso tamaño y morfología, son elementos que aparecen de manera recurrente (Fernández Moreno, 2013: 255 y 259). Por lo general, se tratan de vasijas toscas cuyas superficies en muchas ocasiones no están trabajadas, y cuando sí lo están mayoritariamente son bruñidas (Fabián, 2006: 514; Rodríguez Marcos, 2005: 985). Las numerosas similitudes entre los diferentes conjuntos hallados en diversos yacimientos, su reiteración y la simplicidad de sus formas, han permitido plantear que son de producción local, sin aporte exógeno y a pequeña escala para cubrir las necesidades del grupo (Fernández Moreno, 2013: 235, 244 y 289). En este sentido, los análisis de pastas cerámicas podrían aportar una mayor información.

En general, estos repertorios cerámicos repetitivos presentan ornamentación en muy bajo porcentaje, aunque según avanza el milenio aumenta la frecuencia decorativa fundamentalmente por el impacto del “fenómeno de Cogotas I”. La decoración suele reducirse a motivos y patrones simples (Díaz Andreu, 1993: 250; Fernández Moreno, 2013: 235), aunque también se pueden observar algunas técnicas y motivos decorativos nuevos. Uno de los rasgos característicos del repertorio cerámico del II milenio cal. BC es la profusión de “elementos de prensión” (Fernández Moreno, 2013: 256-257), que si bien *a priori* tienen una funcionalidad práctica, también a veces presentan decoración e incluso forman parte de la ornamentación en sí mismos. Es muy habitual documentar cordones decorados mediante impresiones por digitación y/o ungulación (una técnica decorativa que también suele localizarse en los labios -Fabián, 2006: 514; Fernández Moreno, 2013: 253-), o hileras de pequeños mamelones paralelas al borde o dispuestas en círculo en torno al fondo de la pieza (o al umbo) en el interior de los recipientes (*ibídem*).

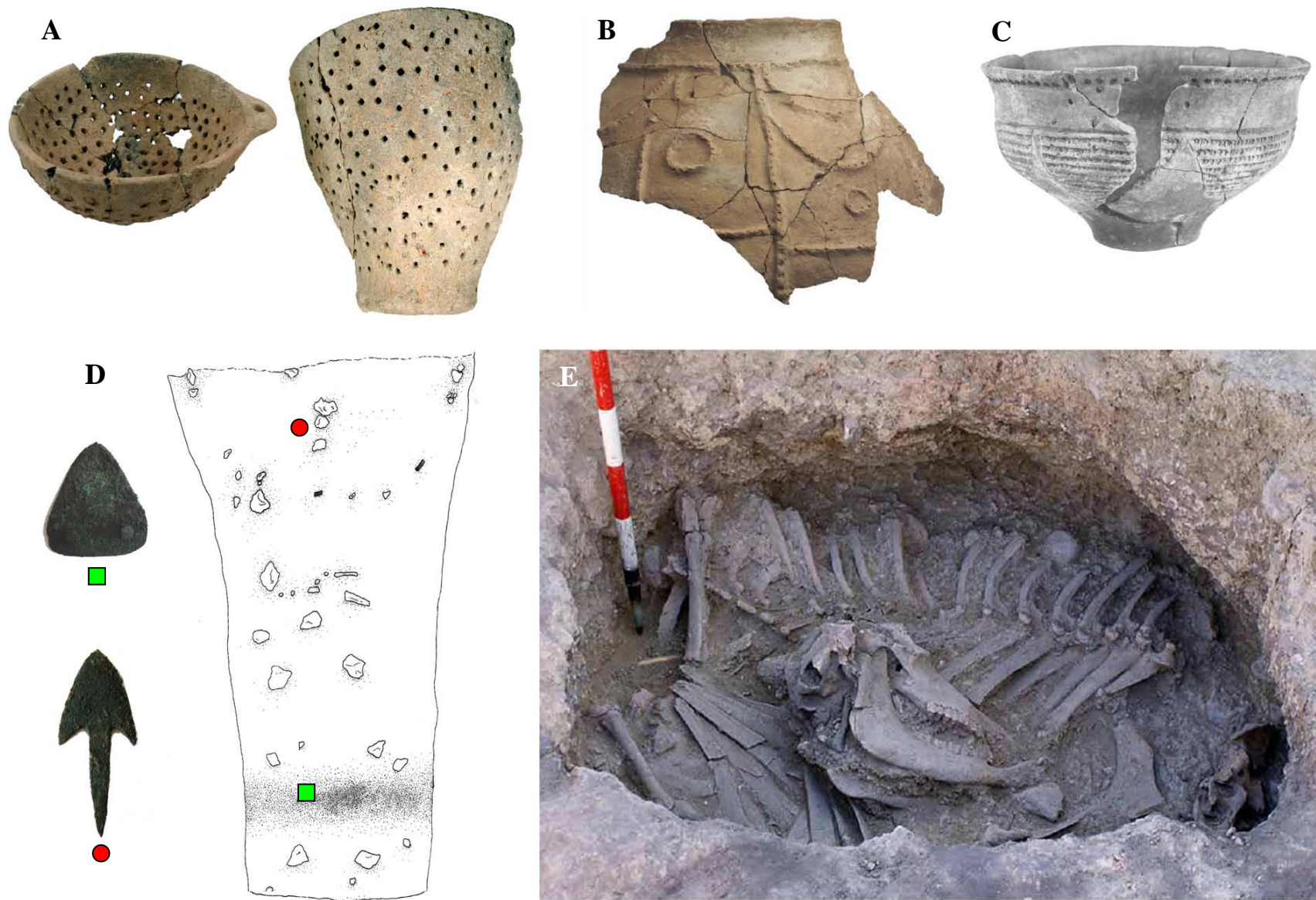
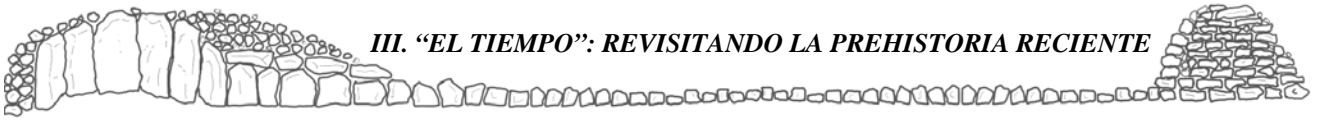


Figura 6: Selección de algunas de los tipos y decoraciones cerámicas (A-C) y otros elementos de “cultura material” (D) más característicos del II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro, e imagen de un depósito “votivo” de fauna en el interior de un hoyo (E) (ver Índice de Figuras)

También se encuentran composiciones conformadas por “elementos plásticos”, que dibujan motivos de líneas paralelas simples o compuestas, zigzags o las denominadas “guirnaldas” (*ibídem*: 259 –ver Figura 6B-). Este tipo de “complementos” superarían la mera finalidad práctica y se les podría achacar un carácter más estético, simbólico o social en el sentido de que podrían estar transmitiendo alguna clase de información a sus usuarios (*ibídem*). Otra técnica que a lo largo del milenio irá ganando cada vez mayor terreno, muy representada fundamentalmente en los estilos denominados como “Protocogotas” o “Cogeces”, es la incisión, mediante la cual se realizan motivos como zigzags, retículas, cenefas y triángulos rellenos de líneas y/o puntos, o las características “espinas de pescado” o espigas, que normalmente se desarrollan sólo en la mitad superior de las vasijas (Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 26; Fernández Moreno, 2013: 21 y 261; Rodríguez Marcos, 2005: 983 y 985; Senna Martínez *et al.*, 2011: 381). Como ya se ha señalado, otras técnicas características del repertorio cerámico, sobre todo de la segunda mitad del II milenio cal. BC, son el boquique y la excisión que se asocian fundamentalmente, aunque no de modo exclusivo, al estilo inciso-impreso cogoteño (Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 17 y 26; Fernández Moreno, 2013: 261; Rodríguez Marcos, 2005: 633 y 991). Además, ligados a ellas aparecen algunos motivos novedosos, que conviven con otros ya conocidos, como las guirnaldas o círculos concéntricos en el caso de la primera (el boquique) y de dameros en el segundo (la excisión -*ibídem*: 991-992-). Por otro lado, se han documentado bastantes casos de la aplicación de la técnica de incrustación de pasta blanca, una fórmula cuyo estudio puede aportar mucha información sobre si se trata de producciones locales o exógenas puesto que parece ser que según las regiones se practicaba a través de un procedimiento distinto y con una materia prima diferente (Odriozola *et al.*, 2012: 143-146 -ver subepígrafe 3.1.3). Por ejemplo, en el territorio duriense, hay casos en que dicha decoración se ha llevado a cabo mediante una pasta realizada con huesos quemados machacados (Senna Martínez *et al.*, 2011: 381). Por último, también se ha registrado, aunque excepcionalmente, la técnica del esgrafiado (en general, muy escasa en la cerámica de cronología prehistórica), presente por ejemplo en los ejemplares del denominado “estilo Ciria” (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 109).

Éste es el panorama general mostrado por las colecciones cerámicas del II milenio cal. BC documentadas en el valle del Duero/Douro, aunque es muy probable que la realidad fuera finalmente mucho más compleja. Pese a los enormes esfuerzos



realizados por numerosos investigadores para intentar establecer una secuencia cronocultural de los diferentes estilos (Fernández Posse, 1986-1987), y habiéndose documentado ciertas “modas” en cuanto al uso de técnicas y patrones decorativos en determinados momentos, probablemente muchas de esas “modas” o estilos confluyeran en un mismo momento y lugar (Fernández Moreno, 2013: 263), llegando incluso a combinarse en los mismos recipientes. De hecho, se han podido documentar algunos casos de esa “mezcla de decoraciones”, en los que en el mismo vaso aparecen motivos y técnicas *a priori* características de distintos estilos ornamentales, como por ejemplo un “Epicampaniforme” con uno de “tipo Cogeces” (a veces, esa mixtura se puede observar tanto en el interior como en el exterior de los recipientes -Senna Martínez *et al.*, 2011: 381-).

Por tanto, aunque estos estilos se han definido a través de los rasgos comunes observados en diversos hallazgos de ámbito más o menos local, se observan no pocas analogías morfológicas y decorativas por toda la región duriense, dando lugar a una cierta unidad estilística y técnica. En este sentido, el ejemplo más esclarecedor es el de las cerámicas de estilo cogoteño, un tipo cerámico bien representado en gran parte del valle del Duero/Douro del que, aunque de manera excepcional, se documentan ejemplares hasta prácticamente el área más litoral (Delibes y Del Val, 1990: 87). Estos ejemplares aislados hallados en zonas periféricas a su, en principio, área nuclear, han sido interpretados como el resultado de actividades de intercambio en dirección este-oeste dentro de la propia cuenca duriense (Delibes y Del Val, 1990: 87).

También se observan contactos, cada vez más intensos, con zonas ajenas no vertebradas por el río Duero/Douro. Dentro del repertorio cerámico se incluyen ciertas “tipologías exóticas” como tapaderas con reborde interno o cordones en forma de medallón, que hacen pensar en posibles contactos con poblaciones del valle del Ebro (Rodríguez Marcos, 2005: 983 y 986), así como los ejemplares de “estilo Arbolí” que también están indicando relaciones directas con el Nordeste peninsular (*ibídem*: 633-637). De nuevo, el exponente más claro en este sentido son las cerámicas de la denominada “Cultura de Cogotas I” (ver Figura 6C), documentadas en lugares tan alejados del territorio duriense como el sur y el levante peninsular o el valle del Tajo y del Ebro (Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 17; Fernández Posse, 1986-1987: 232 y 236). Esta amplia dispersión ha dado lugar a un interesante debate entre los investigadores sobre este aspecto. Una vez superadas las tesis colonialistas y de la

“dualidad de tradiciones” (Delibes, 1995: 72-73; Jimeno, 2001: 151; Maluquer, 1956), a partir de la consideración de este estilo cerámico como una producción de raíz local (Delibes y Fernández, 2000: 109; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 17; Fernández Posse, 1986-1987: 231-232), comienza a tratarse la cuestión de su dispersión fundamentalmente desde dos enfoques diferentes (Bellido, 2005: 36). Por una parte, aquellos hallazgos de cerámicas de estilo cogoteño en yacimientos ajenos al territorio duriense se leen como intrusiones puntuales de comunidades pastoriles procedentes del “área nuclear” de este tipo cerámico, es decir la Meseta Norte, cuya gran movilidad estaba vinculada al modelo de subsistencia basado en un sistema ganadero, que les obligaba a desarrollar estrategias de aprovechamiento de recursos estacionales para poder aumentar el volumen de cría ganadera (Bellido, 1994-1995: 47). Esta hipótesis del “modelo de trashumancia” aplicada al “fenómeno de Cogotas I” tuvo una gran acogida entre los investigadores, sobre todo en las décadas de los ’70 y ’80, puesto que en aquel momento el contexto epistemológico dominante era favorable a todo este tipo de interpretaciones de cariz económico. Se basaba principalmente en dos tipos de argumentos arqueológicos: la propia dispersión de las “cerámicas cogoteñas”, que según estos autores sólo encajaría en un modelo de población con una gran movilidad, y en la coincidencia espacial entre contextos con hallazgos de este tipo y las vías pecuarias de época histórica (Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 17). Por otra parte, las posturas interpretativas más recientes defienden que la amplia dispersión de la cerámica de la denominada “Cultura de Cogotas I” no vino dada por movimientos migratorios ni desplazamientos poblacionales, sino por el marco de relaciones desarrollado en gran parte de la Península Ibérica. La dispersión de sus formas y decoraciones cerámicas no sería el resultado del *“ensanchamiento del espacio físico de un grupo humano, sino del desbordamiento, por parte de su cerámica, de los límites en los que habitualmente se desenvuelve”* (Abarquero, 2005: 16). Se trataría de la difusión del producto como tal o de la idea y/o la imagen (Bellido, 1995-1995: 36) a través de unas redes de intercambio ya muy consolidadas. Dicha dispersión se trataría, por tanto, de un buen indicador de los cambios en la orientación de las rutas y relaciones. Una postura interpretativa intermedia es la planteada por Harrison (1993), quien hace una importante diferencia entre el funcionamiento de las redes de intercambio a lo largo del III milenio cal. BC, sustentadas en la demanda de “bienes de prestigio”, y durante el II milenio cal. BC, momento en que los animales y los productos secundarios derivados toman el



protagonismo como materias de intercambio, ya que la ganadería y el pastoralismo serían claves en las estrategias económicas de dicho periodo. Sólo a finales del II milenio cal. BC, sería cuando vuelve a reactivarse el comercio de “bienes de prestigio”, ligado fundamentalmente a las manufacturas bronceíneas, momento en que el territorio duriense, entre otras áreas peninsulares, se integra en el denominado mundo del “Bronce atlántico” europeo (*ibídem*: 293).

Toda esta mezcla de influencias procedentes tanto de dentro del propio territorio vertebrado por el Duero/Douro como de fuera del mismo, se encuentra reflejada en la cultura material. Por esta razón, “*la alfarería de Cogotas I podría definirse como una tradición inventada, que paulatinamente incorpora elementos selectos, procedentes de repertorios de otros contextos espacio-temporales*” (Blanco, 2011: 137). Dentro de un mismo estilo se aunarían distintas tradiciones locales, lo que en ocasiones denota una clara intencionalidad de vincularse con el “Pasado”, con innovaciones resultantes de contactos e influencias incluso a largas distancias. Esto explicaría la diversidad de subestilos o *facies* locales que se han identificado en la bibliografía (*ibídem*), puesto que a pesar de compartir un mismo concepto éste estaría matizado por diferentes influencias.

Esta situación también encuentra su reflejo en el ámbito de la metalurgia que presenta muchas conexiones con la fachada atlántica, tanto a nivel técnico como tipológico, y sobre todo con los fenómenos denominados como “Bronce Protoatlántico y Atlántico”, resultando de dicha mezcolanza un conjunto de manifestaciones artefactuales que han sido agrupadas dentro del denominado “horizonte Montelavar” (Harrison, 1974; Delibes y Del Val, 1990: 83; Rovira, 2004: 32). Un ejemplo de estas influencias serían las alabardas de “tipo Carrapatas”, que según algunos investigadores son de producción local pero presentan claras influencias atlánticas (Da Costa, 2011: 58). Por otro lado, también se han documentado manufacturas metalúrgicas exógenas dentro de la cuenca duriense, características de áreas peninsulares alejadas, como es el caso de los productos metálicos asociados al conocido como “horizonte Rechaba” propio del Noroeste peninsular. A finales del II milenio cal. BC, aparecen ya numerosos testimonios de la influencia y contactos con el mediodía peninsular con la introducción en el interior peninsular de elementos de tendencia orientalizante, vinculada al inicio del comercio precolonial (s. XIII cal. BC).

Por tanto, estas redes de intercambio, que se hallaban muy desarrolladas desde cronologías anteriores (ver subepígrafe 3.1.3), no sólo se consolidan sino que se hacen más fluidas, siendo cada vez más factible conseguir materias primas propias de zonas foráneas lejanas (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 106), que podrían ser canjeadas por manufacturas cerámicas, metálicas o por otro tipo de productos disponibles en el territorio de estudio como podrían ser la sal, el cobre o los derivados de las actividades agro-ganaderas (Blanco, 2008: 112-113 -ver subepígrafe 3.1.2-).

c) **ESTRATEGIAS SUBSISTENCIALES E INNOVACIONES TECNOLÓGICAS**

A lo largo de este apartado ya se han planteado las hipótesis que defienden una orientación preferente hacia las estrategias ganaderas, con escasa incidencia de la agricultura, como modelo subsistencial de las poblaciones que habitaron el valle del Duero/Douro a lo largo del II milenio cal. BC (Blanco, 2008: 112-113; Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 17; Fabián, 2006: 518). Estos postulados han sido, por lo general, muy bien acogidos entre los investigadores ya que dan una explicación coherente a la aparente uniformidad cultural documentada en este territorio, sobre todo a partir de la segunda mitad del milenio. Los argumentos en los que se basan son, fundamentalmente, la endeblez de las estructuras de hábitat, las pocas necrópolis conocidas, los numerosos hallazgos de encellas o queseras vinculadas al aprovechamiento de la leche (Blanco, 2008: 112-113; Fabián, 2006: 518; Fernández Moreno, 2013: 271 y 289), los escasos indicadores del cultivo de cereal en los hábitats (Fernández Moreno, 2013: 271), la dispersión de los enclaves con cerámica de “estilo Cogotas I” y su coincidencia espacial, en muchos casos, con vías pecuarias tradicionales. Estos dos últimos argumentos han servido, además, para sustentar la hipótesis del “modelo de trashumancia” ya mencionada (Harrison, 1993; Jimeno, 2001), que defiende una forma de vida trashumante y/o transterminante para los grupos usuarios de las cerámicas cogoteñas (Bellido, 1994-1995: 47-48). Estas estrategias de subsistencia se caracterizarían por una intensificación de las actividades de cría y cuidado del ganado, fundamentalmente del ovino (Blanco, 2008: 112-113), complementadas con prácticas cinegéticas (Delibes y Fernández Miranda, 1986-1987: 17). Algunos autores han planteado la posibilidad de que este cambio radical de orientación económica estuviese ligado, en cierta medida, a la emergencia de ciertos personajes destacados que encontrasen en el control de los productos derivados de la



ganadería una vía de control socio-político y de crecimiento de su prestigio y poder adquiridos (Fabián, 2006: 518).

A partir de la década de los '90 comienzan a plantearse objeciones a este aparentemente sólido modelo subsistencial de base ganadera y trashumante (Blanco, 2008: 113-115). Por una parte, se critica su marcado cariz utilitarista y funcionalista pues toma como punto de partida conceptos económicos actuales (caracterizados por la búsqueda del máximo rendimiento de las actividades implementadas y los recursos disponibles), que no encajarían con la percepción que estos grupos tendrían de su propia realidad subsistencial, aún muy marcada por la escasa especialización económica. Por consiguiente, se trataría de un modelo sustentado en sugerentes teorías hipotéticas y no en verdaderos testimonios arqueológicos (Bellido, 1994-1995: 47-48). Por otra parte, hay ciertas manifestaciones de este momento, como el modelo de implantación en el territorio caracterizado por la "dualidad de poblamiento" o la gran capacidad de almacenamiento documentada en los numerosos silos registrados, que no se ajustarían tampoco a una forma de vida itinerante y de gran movilidad (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 110; Fernández Moreno, 2013: 296). Por último, esta línea interpretativa crítica señala que para que se dé la posibilidad de la trashumancia como actividad regular deben de conjugarse una serie de condiciones de carácter social, político, ecológico y económico (seguridad en las rutas, alianzas entre comunidades lejanas para evitar los enfrentamientos durante los viajes, garantía de la disponibilidad de pasto, agua y cobijo...), que *a priori* no podría ser factible dentro de los tipos de organización intra e inter-grupal propios de estos grupos prehistóricos (Bellido, 1994-1995: 47-48). Además, plantean que ni siquiera este modelo explicaría completamente la amplia dispersión de las cerámicas de estilo cogoteño, puesto que este tipo de manifestaciones están ausentes en lugares considerados de paso obligado en los desplazamientos trashumantes y/o trasterminantes entre distintas áreas ganaderas.

Partiendo de esta base, se han propuesto otras hipótesis interpretativas sobre las estrategias subsistenciales de las poblaciones que habitaron la cuenca duriense a lo largo del II milenio cal. BC. Según estos nuevos postulados, la trashumancia o bien desaparece o bien pasa a considerarse como una actividad económica complementaria, llevada a cabo sólo por una parte de la población (Díaz del Río, 1995: 106-107), consistente en el desplazamiento esporádico y puntual de pequeños rebaños por recorridos cortos determinados por la estacionalidad (en zonas de montaña, no se

desplazarían en latitud, sino en altitud). Este tipo de movilidad encaja con el concepto denominado como “transterminancia” (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 110-111). Dicho modelo podría ajustarse perfectamente a un modo de vida campesino, basado en estructuras familiares autárquicas cuyas estrategias productivas, básicamente agrarias (basadas tanto en el aprovechamiento de los recursos vegetales como animales), estarían caracterizadas por la diversidad y la pluriactividad (Díaz del Río, 1995: 106-107; Fernández Moreno, 2013: 296). Dentro de un orden económico de este tipo, la producción y el almacenamiento de excedentes vendrían determinados por la necesidad de contar con una cierta cantidad de productos para intercambiarlos por otros deficitarios, y de tener siempre el suficiente acopio de semillas y crías para asegurar la estabilidad alimentaria (Fernández Moreno, 2013: 296). En esta misma línea interpretativa que defiende la pluriactividad y la diversificación en el aprovechamiento de recursos de estos grupos, se han planteado algunas hipótesis sobre la posible funcionalidad diferenciada de los asentamientos según su emplazamiento y condiciones geográficas. De este modo, en los hábitats de zonas serranas primaría la actividad ganadera transterminante, manteniendo algunos cultivos de forma secundaria, mientras que en las zonas más bajas de valle y próximas a los ríos, la economía tendría una clara orientación agrícola, complementando así el déficit agrícola de los grupos pastoriles (Bellido, 1994-1995: 47). Ésta sería la evidencia más clara de la perpetuación de la dualidad agricultura/pastoreo, sin que ello implicase una orientación exclusiva por parte de cada comunidad.

Por consiguiente, las evidencias parecen apuntar a que las estrategias de subsistencia durante el II milenio cal. BC seguirían teniendo una base fundamentalmente agro-pastoril. La actividad agrícola se intensifica, aumentando la producción y con ella la capacidad de almacenamiento (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 108), permitiendo así la expansión de las poblaciones incluso por territorios antes marginales (Bellido, 2005: 6). Tanto la presencia recurrente en todos los lugares de hábitat de grandes silos y molinos barquiformes, como el hallazgo de acumulaciones de granos carbonizados de cereal y leguminosas, cuya presencia también está atestiguada por los análisis polínicos y paleobotánicos (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 108; Fernández Moreno, 2013: 272 y 274), son algunos de los testimonios arqueológicos que apuntan en dicha dirección. También la industria lítica habla en este sentido, ya que uno de los morfotipos más documentados son los



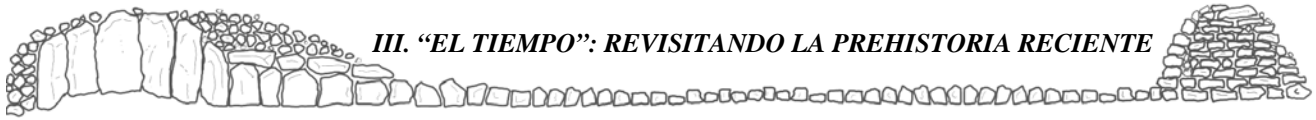
dientes de hoz, que además presentan, en muchas ocasiones, lustre por su uso para el procesamiento del cereal (Fernández Moreno, 2013: 272). Aunque el empleo del sílex disminuye a favor del cuarzo, la cuarcita, el esquisto o el propio metal (Fabián, 2006: 514; Fernández Moreno, 2013: 264; Senna Martínez *et al.*, 2011: 381), siguen siendo mayoritarios los útiles realizados sobre este soporte. Las colecciones presentan cada vez una menor diversidad, y se caracterizan por la progresiva especialización de las manufacturas y la utilización de una técnica simple, con pocas innovaciones y de tendencia macrolítica (De Matos, 2011: 52; Rodríguez Marcos, 2005: 980 y 986). Además de los dientes de hoz ya mencionados, otros útiles significativos son sobre todo perforadores y raspadores, y algunas muescas y buriles, instrumentos vinculados en cualquier caso a actividades cotidianas como el trabajo sobre hueso, madera, cerámica o cuero (De Matos, 2011: 52; Fernández Moreno, 2013: 291; Senna Martínez *et al.*, 2011: 381). Aparecen también, aunque de manera muy escasa, algunas puntas de flecha de retoque plano, principalmente del tipo de pedúnculo y aletas, (Fernández Moreno, 2013: 291; Rodríguez Marcos, 2005: 980 y 987), que estarían ligadas a las actividades de caza. Por su parte, la industria lítica pulimentada se caracteriza fundamentalmente por la presencia de molinos barquiformes, pero también por cantos cuarcíticos de diverso tamaño, algunos afiladores, y por el descenso significativo de la representación de las hachas y azuelas tan habituales en las colecciones asociadas a cronologías anteriores (De Matos, 2011: 53; Fernández Moreno, 2013: 291; Rodríguez Marcos, 2005: 987).

La intensificación de la actividad ganadera también se manifiesta a través de algunos indicadores arqueológicos. El estudio de las colecciones faunísticas muestra un predominio claro del ganado ovino (Blanco, 2008: 112-113) y también un mayor aprovechamiento de los recursos diferidos ofrecidos por los diferentes animales, hecho que también se observa en otros testimonios indirectos como el incremento en el número de encellas y “coladores” tradicionalmente ligados al procesamiento de productos lácteos (Blanco, 2008: 112-113; Fabián, 2006: 518; Fernández Moreno, 2013: 271 y 289 –ver Figura 6A-). Otras evidencias de la importancia que alcanza el cuidado y cría de ganado a lo largo del II milenio cal. BC son los hallazgos, cada vez más numerosos, de depósitos rituales de fauna en hoyos dentro de contextos domésticos (Rojo *et al.*, 2006d y 2007; Sánchez Polo y Blanco, 2014; etc. –ver Figura 6E-), la presencia de estructuras conformadas por pequeños muros de piedra que se han interpretado como restos de corrales o recintos para la guarda, cuidado y control

del ganado (Blanco, 2008: 112-113; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 108; Fabián, 2006: 514 y 516), o el hallazgo en los análisis polínicos de taxones de ciertas plantas forrajeras que podrían usarse como alimento para el ganado (Fernández Moreno, 2013: 274).

Por tanto, la subsistencia de estas poblaciones se basaría en una dieta bastante heterogénea y diversificada, basada en el consumo de cereales, leguminosas y algunos otros vegetales como bellotas, hongos o frutos diversos (estos últimos casos procedentes de las actividades de recolección). Un importante aporte calórico estaría cubierto por la carne no sólo de los animales domésticos, sino también de los salvajes, ya que la actividad cinegética tendría un peso importante, aportando un complemento proteínico significativo a través fundamentalmente de grandes herbívoros, así como también de pequeñas aves. Tampoco hay que descartar la pesca como estratégica subsistencial, sobre todo en aquellos lugares próximos a cauces fluviales. También se ha documentado el consumo de productos lácteos. Se trata de un modelo de economía mixto con base agro-ganadera, pero con unas estrategias diversificadas vinculadas al ciclo anual y al aprovechamiento estacional de los recursos característicos de cada entorno, que les permitiría subsistir de manera autárquica y con cierta estabilidad (en este momento se comienzan a implementar grandes sistemas de almacenamiento -Fernández Moreno, 2013: 272-274, 287 y 293-), y siendo cada vez menos dependientes de la agricultura.

Este mismo modelo de aprovechamiento y potenciación de los recursos, junto a una incipiente diversificación y especialización de las estrategias económicas (rasgos propios del modelo de la “Revolución de los Productos Secundarios” -Sherratt, 1981 y 1983; ver epígrafe 3.1-), se reflejan en los indicadores arqueológicos ligados al desarrollo de actividades no subsistenciales. La presencia de fusayolas y pesas de telar (ver Figura 4F), así como de punzones (prácticamente la única representación de industria ósea), indican la existencia de una labor textil (Fernández Moreno, 2013: 266, 274 y 291-292). La puesta en práctica de otras actividades especializadas se manifiesta en la elaboración de las vajillas cerámicas o la fabricación de adornos sobre hueso, concha o algún tipo de piedra especial (*ibídem*: 266 y 274). Incluso hay ciertas evidencias que apuntan hacia la existencia de yacimientos concretos con una orientación y función especializadas, puesto que en su entrono tienen próximas ciertas materias primas, por lo general escasas en otros territorios (ver subepígrafe 3.1.2). En



este sentido, se podría hablar de talleres de fundición, de centros de trabajo de la industria macrolítica sobre piedra como el granito (como el yacimiento vallisoletano de Carricastro -López Ambite, 2003: 157-), o más excepcionalmente de lugares de explotación salinera (en este caso, destacan sin lugar a dudas las varias estaciones documentadas en el entorno de Villafáfila -Abarquero *et al.*, 2010: 137-142-). En ocasiones, se ha planteado también la posible existencia de asentamientos especializados en la extracción del mineral cuprífero, dado que hay evidencias de la intensificación en este momento del trabajo minero, tanto por el aumento del número como del tamaño de las explotaciones (como en el abulense del Cerro de la Cabeza -Bellido, 2005: 282; Fabián *et al.*, 2006: 42-).

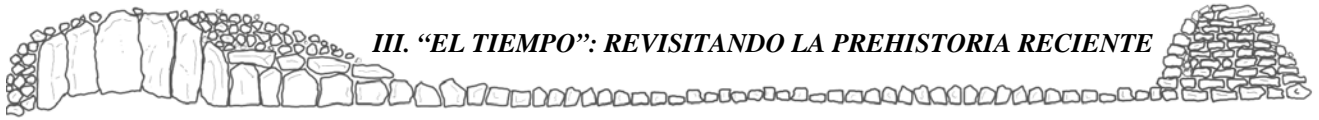
Esta especialización y diversificación económica tiene su mejor reflejo en el crecimiento que conoce, a lo largo del milenio, la producción metalúrgica. En prácticamente todos los yacimientos catalogados en este periodo se han documentado útiles metálicos, aunque sea en un mínimo porcentaje, estando próximos o no a fuentes de mineral (Fabián, 2006: 49).

En un primer momento, la actividad metalúrgica en el territorio duriense sigue siendo muy reducida y su representación se limita a la presencia de objetos utilitarios con tipologías continuistas como punzones, leznas, algunos objetos de adorno, elementos con una función indeterminada y algunos casos de puntas de flecha, sobre todo del tipo de pedúnculo y aletas desarrolladas (Fabián, 2006: 49; Fernández Moreno, 2013: 267; Rovira, 2004: 16 –ver Figura 6D-). La mayor parte de estos hallazgos se han realizado en lugares de hábitat (Carmona *et al.*, 2010: 383). Es a partir de mediados del II milenio cal. BC cuando la metalurgia conoce un repunte importante, sobre todo ligada al fenómeno de los depósitos metálicos (*ibídem*: 383-385), y comienzan a incrementarse los descubrimientos de armas como puñales, alabardas o las ya conocidas hachas planas, que por contra tendrán lugar sobre todo en yacimientos de naturaleza ritual y/o funerario. Ligados a este tipo de eventos aparecen algunas formas nuevas (Rovira, 2004: 24 y 28), como los puñales de remaches o las alabardas de “tipo Carrapatas” (Da Costa, 2011: 58).

Son escasas las evidencias asociadas al procesamiento metalúrgico que se presentan en forma de escorias y restos de fundición, algunos moldes de piezas, o incluso determinadas estructuras interpretadas como talleres de fundición (como en el caso de las cabañas 4 y 6 del poblado brigantino de Fraga dos Corvos -Senna Martínez *et al.*, 2011: 382-383-). La presencia de algunos fragmentos cerámicos de paredes

gruesas con alteraciones por sometimiento a altas temperaturas, elaboradas con pastas diferentes y con formas muy planas o de escasa capacidad, han sido interpretadas como posibles restos de crisoles o toberas (Fernández Moreno, 2013: 267 y 292). Otros casos en los que además aparecen adherencias metálicas u otros elementos vitrificados, directamente se ha considerado como restos de “vasijas-horno” (Senna Martínez *et al.*, 2011: 384-385). Todos estos indicadores de la actividad metalúrgica son característicos de una producción a pequeña escala y de ámbito local (Carmona *et al.*, 2010: 383; De Matos, 2011: 53; Senna Martínez *et al.*, 2011: 387). Se trataría, por tanto, de una práctica secundaria y aún con poco peso en el ámbito económico global, que se desarrollaría a tiempo parcial (Senna Martínez *et al.*, 2011: 387), pero cuya importancia socio-simbólica parece acrecentarse hacia finales del milenio. Es posible que, ya en estos momentos, algunos objetos metálicos de carácter utilitario (como punzones, leznas...) comenzaran a sustituir a los anteriores instrumentos de similares características y funcionalidades pero realizados sobre otros soportes (De Matos, 2011: 53). Ésta podría ser la razón que explicase la escasez de industria ósea y el descenso del trabajo sobre sílex. La tecnología aplicada en la práctica metalúrgica sigue siendo la misma, básicamente, que en cronologías anteriores, salvo por la aparición de los primeros bronce (Rovira, 2004: 24), aunque no será hasta finales del milenio cuando se generalicen (Fernández Moreno, 2013: 267). Los primeros objetos de bronce documentados en el territorio duriense son los denominados *machados* o hachas “tipo Bujões/Barcelos” con una función más simbólica que práctica, característicos del Noroeste peninsular, y cuyos hallazgos más antiguos se han encontrado en el asentamiento de Fraga dos Corvos en Bragança (De Matos, 2011: 53), entre otros.

Durante la segunda mitad del milenio, impulsada por el uso y generalización del bronce, se da un incremento en la producción metalúrgica. Se documentan algunos indicadores arqueológicos que apuntan hacia una cierta especialización de esta actividad (Rovira, 2004: 24), como la aparición de útiles de manufactura compleja tales como las lanzas tubulares o algunos tipos de espadas. En este momento, parece que el metal comienza a cobrar protagonismo en las relaciones comerciales, superando el antiguo modelo de producción doméstica y/o local e, incluso, constituyéndose en un agente impulsor de los intercambios a media y larga distancia (Rovira, 2004: 24). De hecho, una de las influencias exógenas más significativas que permearon en el valle del Duero/Douro durante este periodo es la que procede del denominado “Bronce Final Atlántico”, característico de la fachada atlántica, la cual está presente no sólo a



través de los objetos “comercializados”, sino también en las manufacturas locales que los imitan (se han encontrado en algunos asentamientos moldes para realizar ese tipo de elementos -Delibes y Fernández, 2000: 111-). Por tanto, parece que, a finales del II milenio cal. BC, los sistemas de intercambio vuelven a estar presididos por los “bienes de prestigio” (Harrison, 1993: 293), tal y como se apuntaba anteriormente. En este contexto, lo más destacado serían las espadas (concretamente las tipo “argaroides”) (Delibes y Del Val, 1990: 83), asociadas de manera exclusiva a la dimensión funeraria, y más concretamente a las tumbas individuales masculinas, cualidades que han llevado a considerarlas como un elemento de prestigio propio de unos líderes con un poder y autoridad cada vez más asentados (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 106).

Como se ha señalado anteriormente, vinculado a ese incremento de la producción metalúrgica documentado hacia finales del II milenio cal. BC, se halla uno de los fenómenos más llamativos de esta época, que además podría ser reflejo de importantes transformaciones de orden social. “*Son los tiempos de los depósitos, de las acumulaciones de metal*” (Rovira, 2004: 28), los denominados ocultamientos o escondrijos (Bellido, 2005: 17) que, en muchas ocasiones, están conformados por armas, elementos de adorno excepcionales y otros utensilios fragmentados (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 112), es decir objetos de prestigio y estatus personal. No aparecen en lugares de hábitat ni en contextos funerarios, sino de manera asilada en diferentes lugares como el interior de cuevas y hoyos o en el fondo de fuentes de agua. Este hecho incide en su “*dimensión votiva y su carácter de ofrenda a unas divinidades de la naturaleza*” (Delibes y Fernández, 2000: 112), o de elementos propiciatorios para favorecer la fertilidad de los campos y el ganado (Bellido, 2005: 282). En el territorio objeto de estudio existen algunos ejemplos representativos. Uno de ellos se trata de un depósito de tres alabardas de cobre de “tipo Carrapatas” descubierto en el yacimiento del Alto da Madorra, en el *concelho* brigantino de Macedo de Cavaleiros (Da Costa, 2011: 58) donde también se encuentra la localidad de Carrapatas, lugar en el que se encontró el famoso depósito de alabardas que les dio su nombre (Senna Martínez *et al.*, 2011: 377), También destaca el hallazgo del conjunto de bronce de Valdevimbre, en la provincia de León (Bellido, 2005: 17). Este tipo de acumulaciones votivas, claramente intencionales, no se encuentran compuestas exclusivamente por útiles metálicos, sino también por ofrendas faunísticas (ver Figura 6E). En estos casos, se sabe que no son simplemente productos de desecho bien porque aparecen

“colocados”, asociados a restos humanos dispersos o a artefactos metálicos o líticos de buena factura, o bien porque se amortizan aquellas partes del animal de las que, *a priori*, se obtendría un mayor aporte cárnico (Blanco, 2011: 131-133). También se consideran como depósitos simbólicos o prácticas rituales de alguna naturaleza (Blanco, 2011: 141) aquellos hallazgos realizados en hoyos dentro de contextos domésticos, en cuyo interior se han encontrado diversos artefactos significativos, bien por su calidad (elementos metálicos como puntas de flecha o puñales, elementos de adorno... -ver Figura 6D-) o bien por haber sido amortizados cuando aún se hallaban en perfecto estado y por tanto útiles (molinos barquiformes completos o recipientes cerámicos enteros que a veces presentan decoraciones muy trabajadas).

d) **ORDEN SOCIAL Y RELACIONES INTER E INTRA-GRUPALES**

La aparición de nuevas morfologías metálicas, así como el hallazgo de este tipo de depósitos (conformados por la acumulación de artefactos de buena factura amortizados aún siendo útiles), ha sido interpretada, generalmente, como la manifestación más evidente de que la realidad socio-política se va complejizando a lo largo del II milenio cal. BC. *“El hecho en sí de la acumulación es indicativo de que nuevos valores habían entrado a formar parte de la escala de apreciación de la riqueza o del significado social y cultural del objeto de metal”* (Rovira, 2004: 28). Desde algunas posturas se ve como el reflejo de un *“aceleramiento en el proceso de jerarquización social”* (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 106), que se corresponde con un grado de jerarquización y diferenciación propio de una *“sociedad de jefaturas”* (Service, 1962), modelo que contempla la existencia de ciertos personajes que se benefician ya del acceso desigual a los recursos. En este sentido, los ocultamientos o *“escondrijos”* serían uno de los testimonios más expresivos de la exhibición de riqueza como muestra de poder, pues en estos casos las élites, haciéndose con el control del ámbito ritual, amortizaban armas u otros útiles metálicos y/o sacrificaban animales en ofrendas públicas con el fin de ostentar sus *“fortunas”* y privilegios adquiridos. Este tipo de estrategia de afirmación de la autoridad, que ya venía desarrollándose desde cronologías anteriores (hay que recordar los *“ricos”* ajuares y suntuosos rituales de comensalidad asociados al *“fenómeno Campaniforme”* -ver subepígrafe 3.1.3-), ahora se intensifica, consolidando aparentemente la situación privilegiada de esos líderes o élites emergentes (Fabián, 2006: 50). Estas posiciones de poder son adquiridas de manera individual, y no a través de un control establecido y



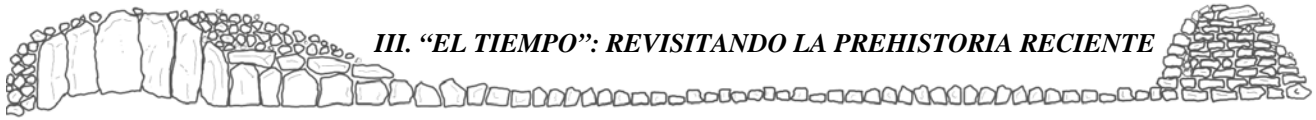
“tolerado” por toda la comunidad, puesto que la capacidad coercitiva de esas élites es aún mínima. Por esta razón, es muy probable que, como se apuntaba para los rituales de comensalidad (ver subepígrafe 3.1.3), *“las ceremonias de ofrenda tuvieran una dimensión comunitaria pues su último objetivo era que rindieran un servicio como lubricante social”*, a pesar de que *“la riqueza amortizada en estos fastos gravara el bolsillo de los líderes”* (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 103).

Existen otras líneas interpretativas que, a pesar de que asumen un cierto grado de diferenciación social para estas poblaciones del II milenio cal. BC, defienden un carácter aún marcadamente comunal como rasgo principal de las relaciones intra-grupales de dichas comunidades (Fernández Moreno, 2013: 295-297). Por un lado, algunas de las estructuras documentadas requerirían del trabajo comunitario para su construcción (grandes silos, los cercados o posibles corrales para el ganado...). Por otro lado, esta tendencia hacia lo colectivo se observa también en la propia disposición y planificación de los asentamientos, en los que las cabañas suelen situarse en torno a un área central que, con mucha probabilidad, funcionaría a modo de espacio para la actividad social del grupo (de hecho, normalmente es en estas zonas donde se ubican las estructuras consideradas de “uso comunal”, como los grandes silos, hogares u hornos...). También, la concentración de útiles y materias primas en un mismo lugar, además de denotar una cierta especialización funcional, podría estar indicando *“la posibilidad de un reparto comunitario de ciertas actividades productivas o al menos, de la organización comunal de esos espacios”* (ibídem: 297). Según estos postulados, se tratarían de poblaciones con una gran cohesión social y muy estables, que ejercerían su control y presión sobre un territorio bien delimitado y circunscrito (Oliveira, S., 2000). Por tanto, la búsqueda de nuevos recursos, el abandono de las zonas de aprovechamiento tradicional, la reorganización territorial y poblacional, e incluso la simplificación de la cultura material, serían algunas de los testimonios resultantes del desajuste producido por la convivencia de las tradicionales estructuras organizativas comunales y los nuevos modos de relación intra e inter-grupales, más acordes con las tendencias diferenciadoras e individualizadoras. Estas evidencias del registro, aparentemente contradictorias, han llevado a plantear, incluso, la posibilidad de la coexistencia de grupos con modelos de organización social diversos; así, *“algunos de ellos ejercerían o pretenderían el ejercicio del poder y la diferenciación de clases, mientras que otro u otros basarían su relación y organización en relaciones*

igualitarias y probablemente sobre vínculos familiares” (Fernández Moreno, 2013: 297).

En los últimos años, se han abierto nuevas vías de investigación en relación al ámbito social de las comunidades que poblaron el valle del Duero/Douro a lo largo del II milenio cal. BC y, en concreto, del papel que jugó la mujer dentro de las estrategias subsistenciales y de orden socio-económico implementadas por dichas poblaciones (Abarquero, 2005: 444-448; Bellido, 2013; Ruiz Gálvez, 1992). En este sentido, otra de las propuestas interpretativas planteadas para explicar el denominado “territorio de expansión” del “fenómeno de Cogotas I”, hace recaer la dispersión de este estilo cerámico en la movilidad de las mujeres y los sistemas de alianzas matrimoniales. Según estos postulados, la mayor parte de las cerámicas cogoteñas halladas fuera del “área nuclear” serían imitaciones más que importaciones realizadas, por tanto, por personas que o bien conocían o habían estado en contacto con gentes procedentes de las zonas de origen de dicho estilo decorativo; un perfil en el que las mujeres encajarían perfectamente (Abarquero, 2005: 444-448; Bellido, 2013: 257; Blanco, 2011: 134; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 113). De este modo, *“la “mujer alfarera” llegada desde los grupos de Cogotas I podría enseñar a sus descendientes y a sus vecinos las nuevas técnicas, que éstos a su vez adaptarían a los esquemas indígenas, desencadenando así el fenómeno de la divulgación”* (Abarquero, 2005: 447). En esta misma línea se han explicado, en ocasiones, la presencia de ciertos objetos exóticos, asociados a la identidad de “género femenino”, en algunos de los depósitos ya mencionados, considerándolos a modo de elementos de “dote” (Bellido, 2013: 257; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 113).

En resumen, el II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro discurre como un periodo lleno de cambios, que en ocasiones han sido leídos en términos de evolución y otras de involución social (Díaz Andreu, 1993). Sin embargo, las evidencias arqueológicas manifiestan una fuerte tendencia hacia el conservadurismo de las poblaciones de este momento, que estarían *“muy ligadas y restringidas, tanto física como mentalmente, a los usos y el mundo material tradicionales”* (Blanco, 2011: 125). Por tanto, esta etapa final de la Prehistoria Reciente en el territorio duriense se presenta también como una fase de lucha constante entre la innovación y la tradición, mostrándose así como el *“estadio final de trayectorias convergentes y ciclos perpetuados a una escala milenaria”* (*ibídem*)



3.2. EL REGISTRO FUNERARIO EN EL VALLE DEL DUERO/DOURO A LO LARGO DE LA PREHISTORIA RECIENTE (IV-II MILENIO CAL. BC)

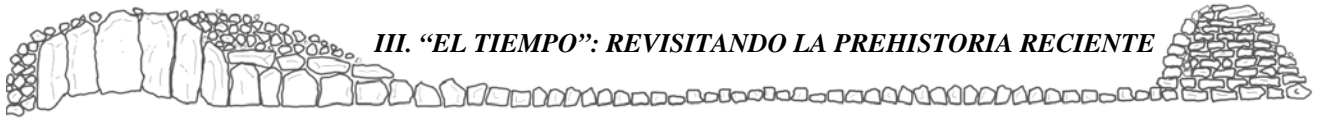
El estudio del mundo funerario y de todas sus manifestaciones ha sido, sin lugar a dudas, uno de los aspectos más ricos y fructíferos para la investigación prehistórica e histórica en general. El tratamiento que cada grupo humano hace de la muerte es diverso, puesto que es uno de los ámbitos existenciales en los que, de una manera más explícita, se proyectan las formas de pensamiento y esquemas ontológicos. *“Cada sociedad crea sus propias máscaras para ocultar el rostro terrible de la muerte y darle la imagen deseada por cada individuo, grupo social o comunidad”* (Garrido *et al.*, 2012: 143). Por tanto, a través de su análisis es posible atisbar algunas de las pautas de comportamiento que las diferentes sociedades han desarrollado en sus estrategias de relacionamiento y comprensión de la realidad que les rodea. Es por ello que las manifestaciones funerarias no han de estudiarse ni considerarse como un hecho aislado, sino como un elemento esencial de la cultura y formas de vida de las poblaciones, que leídas desde una perspectiva diacrónica pueden ser reflejo de los cambios y transformaciones acaecidos en su seno. Todo “documento” funerario conlleva un mensaje simbólico que se ha de intentar descifrar, a pesar de que su imagen ha llegado distorsionada hasta la actualidad.

En el campo de la investigación prehistórica, este interés por el mundo de la muerte ha estado, incuestionablemente, presidido por el estudio del Megalitismo como manifestación rito-funeraria destacada sobre las demás, principalmente debido a la atracción causada por sus arquitecturas monumentales. Los primeros estudios sistemáticos y en profundidad de las evidencias mortuorias correspondientes a otros periodos de la Prehistoria Reciente (en concreto del III y II milenio cal. BC), no han tenido lugar hasta hace escasamente unas décadas, a lo largo de los años 80, momento en que se dio un interés creciente por el estudio de las fórmulas rituales de estas sociedades prehistóricas (sobre todo por sus “usos” funerarios) y su análisis en clave diacrónica (Bellido, 2005: 28; Bettencourt, 1997 y 2010a y b; Da Cruz, 1995a; Delibes, 1995; Esparza, 1990; Fabián, 1995; Galán y Saulnier, 1988; González Tablas y Fano, 1994; Pereira da Silva, 1993 y 1997a; Vilaça y Da Cruz, 1999; etc.).

El Megalitismo, como fenómeno único y sin parangón en la Prehistoria, ha suscitado desde siempre un gran interés dentro del ámbito académico, dando lugar a la publicación de un número inabarcable de estudios, memorias e informes de excavación. Muchos investigadores han centrado su atención en estos sepulcros con el fin de obtener un mejor conocimiento sobre las formas de vida y la realidad en que vivieron los constructores de estas arquitecturas monumentales. A partir de la última década del s.XIX, se inició una larga carrera de “investigación megalítica”, con pioneros como los hermanos Siret y sus trabajos en Los Millares (1890), Gómez Moreno en los dólmenes de Antequera (1905), o Estácio da Veiga en la zona del Algarve (1886-1891). Gracias a todos ellos, y a muchos otros estudiosos de la época, desde los inicios del s. XX se desarrolló un creciente afán por descubrir y registrar los monumentos de gran parte del territorio ibérico, siendo estas manifestaciones objeto de estudio e interpretación por parte de todas las corrientes epistemológicas que, desde entonces, han marcado el rumbo de la disciplina de la “Arqueología Prehistórica” (ver epígrafe 4.1).

Sin embargo, la “investigación megalítica” en el ámbito del valle del Duero/Douro no cuenta con esa larga tradición de estudios e intervenciones arqueológicas. La cuenca duriense, tanto en su vertiente española como portuguesa, se ha considerado, tradicionalmente, como un “vacío megalítico” que afectaba a gran parte de la zona central de la Península Ibérica. Además, durante muchas décadas todas las hipótesis apuntaban hacia la escasa entidad del Megalitismo del interior peninsular con respecto al de la periferia, en base únicamente a la diferencia de densidad y concentración de construcciones entre unas regiones y otras. A pesar de las múltiples teorías que fueron formuladas para intentar explicar esta ausencia de megalitos en un área tan amplia, el verdadero problema era el poco interés mostrado por los investigadores de la época hacia esta región, orientando su atención hacia los núcleos dolménicos más espectaculares y monumentales.

Tras los incipientes trabajos llevados a cabo de manera puntual por algunos estudiosos a finales del s. XIX (como es el caso de Gómez Moreno que llegó a documentar hasta ocho megalitos en la provincia salmantina, o Leite de Vasconcellos quien ya catalogó varios de estos monumentos en la región de la *Beira Alta*), no es hasta las primeras décadas del s. XX (a partir de los años 20 y sobre todo en la siguiente década) cuando salen a la luz los primeros focos megalíticos con cierta entidad en la cuenca duriense. Los trabajos del agustino César Morán en las provincias de Zamora y



Salamanca, del Padre Ibero en Burgos, o las visitas esporádicas de Mendês Correa y del matrimonio Leisner en la vertiente sur de la *bacia do Douro* portugués, entre otros (Bellido, 2005: 15; Da Cruz, 2001: 28-29; Delibes, 2010: 14-17; Delibes y Moreno Gallo, 2000), comenzaron a cambiar la situación de la “investigación megalítica” en este territorio y dieron lugar a la publicación de las primeras obras de referencia obligada para el estudio del Megalitismo duriense (Leisner, G. y V., 1943, 1956 y 1959; Morán, 1931 y 1935). Todos ellos defendían las tesis que apuntaban hacia el gran “vacío megalítico” que caracterizaba al valle del Duero/Douro, donde sólo se habían documentado algunos núcleos monumentales dispersos que eran considerados como focos subsidiarios del espléndido Megalitismo de otras regiones peninsulares, en concreto de la cuenca del Tajo/Tejo (concentrado, fundamentalmente, en las regiones de la Extremadura española y las *Estremadura* portuguesa).

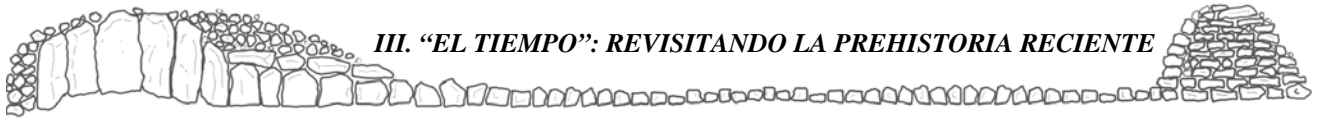
En las décadas siguientes, a este renovado interés por el conocimiento del fenómeno megalítico en la región duriense se unen otros investigadores renombrados (como Savory, Maluquer de Motes o Irisalva Moita, entre otros), que comienzan a cuestionar las hipótesis que planteaban la práctica ausencia de construcciones megalíticas en un territorio tan amplio, una situación que desentonaba dentro del mapa del Megalitismo peninsular. Se impulsaron nuevas excavaciones y prospecciones intensivas de la mano de estudiosos como José Luis Uribarri, Luciano Huidobro, J.C. de Castro Nunes, Lionel Ribeiro o la propia V. Leisner (cuyo esfuerzo por describir y catalogar los monumentos del área de *Entre o Douro e o Tejo* se materializó en diversas publicaciones que aún, a día de hoy, siguen siendo de obligada referencia –Leisner, V., 1965-, siendo una de ellas póstuma -Leisner y Kalb, 1998-). El descubrimiento de nuevos núcleos megalíticos (principalmente en la vertiente septentrional de la cuenca) fue transformando gradualmente la imagen que hasta entonces se tenía de la implantación del Megalitismo en el valle del Duero/Douro, apuntando hacia la posibilidad de que aquellos “vacíos” no respondiesen a la realidad del impacto de este fenómeno prehistórico, sino a la escasez de estudios sistemáticos desarrollados a este respecto en dicha área geográfica. En este momento se realizaron, además, las primeras dataciones de C14 sobre muestras procedentes de algunos de los megalitos intervenidos, pudiéndose comprobar así su proximidad cronológica en relación a las construcciones megalíticas de otras áreas peninsulares (Da Cruz y Vilaça, 1994: 63-65).

Es a partir de los años 80 cuando el estudio del Megalitismo duriense sufrió un verdadero revulsivo, con la puesta en marcha de sistemáticas campañas de excavación y

prospección en ambas riberas del río, y de proyectos de investigación a largo plazo. Los resultados de todos estos trabajos han configurado la base fundamental del catálogo de megalitos propio de la cuenca del Duero/Douro (Da Cruz, 2001; Delibes, 2000; Delibes y Rojo, 1997 y 2002; Delibes *et al.*, 1993; Oliveira, V., 1982 y 1986; Oliveira, V. *et al.*, 1988-1989; Palomino, 1990; Rojo, 1992; etc.), ya que gracias a ellos se pudieron documentar nuevos focos monumentales en zonas del territorio que, hasta entonces, se habían considerado como “vacíos megalíticos” (Delibes *et al.*, 1986; Delibes y Extebarria, 2002; Fabián, 1997; Lopes da Silva, 2003; Pereira da Silva, 1993, 1994 y 1999; Sanches, 1994; Zapatero, 1989 y 1990; etc.). A partir de entonces, se observa un cierto interés por la elaboración de obras generales en términos geográficos, saliendo a la luz la única síntesis publicada hasta el momento sobre el Megalitismo peninsular (VV.AA., 1987), y llevándose a cabo otros importantes estudios de ámbito regional o supra-regional dentro del territorio de estudio (Delibes, 1998; Delibes y Del Val, 1990; Delibes y Santonja, 1986; López Plaza, 1982; Oliveira, V., 1983-1984 y 1987; Santonja, 1983-1984; etc.).

En los últimos años, se ha perdido ese interés por la elaboración de este tipo de trabajos de síntesis, salvo contadas excepciones (Batista, 2003; Delibes, 2010; López Plaza, 2001; Rojo, 2014), puesto que la “investigación megalítica” se ha centrado fundamentalmente en el estudio en profundidad de yacimientos concretos o zonas de carácter local, desarrollándose, por lo general, en el marco de proyectos con un amplio contexto temporal (principalmente delimitado a la Prehistoria Reciente -Da Cruz, 2001; Da Cruz *et al.*, 2000; Heitor, 2002; Rojo, Kunst *et al.*, 2005; Sanches, 1996; etc.-). Esta situación ha provocado que el número de publicaciones que abordan el fenómeno megalítico desde una perspectiva espacial general sea, hasta el momento actual, mínimo (siendo, por tanto, los publicados hace más de dos décadas las referencias bibliográficas imprescindibles, a pesar de no estar actualizados), escasez que se hace aún más notoria al referirse a trabajos de carácter transfronterizo (ver epígrafe 1.3 y subepígrafe 2.2.3). Esta tendencia a estudiar cada foco monumental de manera independiente (el núcleo del valle medio del Tormes, los monumentos terreros del Duero medio, los dólmenes de la Lora burgalesa, los megalitos de la Serra de Aboboreira, las clásicas *antas* de la Serra da Nave o del conjunto de *Senhora do Monte...*), ha dado lugar a que normalmente se suelen destacar con mayor énfasis las diferencias que las semejanzas entre ellos.

Por otro lado, en los últimos años se han desarrollado nuevas e interesantes líneas de investigación aplicadas al registro megalítico duriense, como las ligadas a la



“Arqueología del Paisaje” que consideran a los megalitos como hitos territoriales y/o referentes espaciales (Batista, 2003; Da Cruz, 1980, 1985 y 2001; Delibes *et al.*, 1987: 196; Delibes y Santonja, 1986; Fernandes Heitor, 2002; Huet, 1992 y 1993; López plaza *et al.*, 2000 y 2008; Morán Dauchez, 2005; Moreno Gallo, 1999, 2004 y 2009; Rojo, 1990; Sanches, 1994; Sanches y Santos, 1987; etc.), o aquéllas que se ocupan de otras facetas como las prácticas rituales (Bellido y Gómez Blanco, 1996; Bueno *et al.*, 2007; Delibes, 1995 y 2000b; García Ruiz, 1993; Guerra *et al.*, 2009; Rojo *et al.*, 2013; Sanches, 2010), la cronología absoluta (Da Cruz, 1995a; Delibes y Rojo, 1997; etc.), u otros aspectos más curiosos como la “Arqueoastronomía” (López Plaza *et al.*, 1991-1992). También en los últimos tiempos se ha ido desarrollando una preocupación creciente por la dimensión patrimonial de estas arquitecturas prehistóricas, por lo que se han implementado numerosos trabajos orientados a su protección y conservación, y en una línea más divulgativa, se han llevado a cabo proyectos de valorización e, incluso, de creación de guías y rutas megalíticas (Arqueohoje, 1999; Da Cruz, 2000b; Delibes *et al.*, 1993; Rojo *et al.*, 2003b...).

A lo largo de este epígrafe, se va a mostrar una imagen general del fenómeno megalítico del valle del Duero/Douro, atendiendo a diversos aspectos como su distribución en el territorio, los emplazamientos elegidos, su desarrollo cronológico, los tipos arquitectónicos documentados o algunas cuestiones relativas a su dimensión rito-funeraria, entre otros. Hay que señalar que cada una de estas “facetas megalíticas” se va a exponer desde una perspectiva muy genérica, a modo de presentación puramente descriptiva, dado que en posteriores capítulos (ver capítulo 6 y subepígrafe 7.1.3) se analizarán cada una de ellas en detalle, a partir del tratamiento estadístico de los datos catalogados y su plasmación en mapas de distribución del área geográfica de estudio. Una vez expuesta la imagen general del fenómeno megalítico, principal fórmula funeraria utilizada por las poblaciones desde finales del V-inicios del III milenio cal. BC, se hará un repaso, también somero, a las manifestaciones fúnebres documentadas a lo largo del III y II milenio cal. BC, partiendo de la contraposición entre la aparente homogeneidad ritual propia del Megalitismo y la heterogeneidad característica de los “usos” funerarios de los milenios posteriores.

3.2.1. LA REALIDAD MEGALÍTICA EN EL VALLE DEL DUERO/DOURO

El desarrollo del fenómeno megalítico desde los últimos momentos del V milenio cal. BC supuso una ruptura con el orden anterior, no sólo en lo relativo al ámbito ontológico y las formas rito-funerarias, sino también en cuanto a otras muchas facetas de la vida diaria de las poblaciones prehistóricas. Las transformaciones en el mundo de las creencias y en la propia concepción de la muerte van ligadas a una nueva manera de entender la posición del ser humano en el entorno natural en el que vive y de sus relaciones tanto dentro como fuera del grupo al que pertenece. En esta línea, se ha planteado la hipótesis de que los megalitos serían la máxima expresión de un nuevo marco socio-económico, que sustituye el antiguo modelo cazador-recolector por uno basado en el trabajo de la tierra. Es precisamente el modo de vida campesino el que habría permitido al individuo tener conciencia de su control sobre la “Naturaleza”, de su capacidad para alterarla y crear un “orden” de la realidad establecido a través de referentes artificiales y contruidos (hasta entonces este papel habría recaído sobre los elementos naturales). El mundo se entiende de otra manera, se desacraliza, y el ser humano comienza su carrera sobre el dominio del medio no-humano. El entorno natural, que se había preservado como sagrado, entra en un proceso de “*culturalización de la naturaleza*” (Criado, 1991: 101).

En este contexto, las construcciones megalíticas se habrían constituido como el primer fenómeno de “monumentalización del Paisaje”, una gran inversión de esfuerzo humano que transforma el orden natural “dado” para ajustarlo a las necesidades y aspiraciones de estabilidad y seguridad de las poblaciones. Serían la expresión de un nuevo concepto de “Tiempo”, como la primera manifestación humana cuya pervivencia temporal es consciente para todos sus usuarios. “*Frente a la época anterior, en la que la muerte se ocultaba como una forma de negar el paso del tiempo (reflejo de la vulnerabilidad humana y de la destrucción de las comunidades), con el megalitismo se exhibe puesto que el tiempo se captura en algo visible como una ilusión de continuidad, transmitiendo una sensación de inalterabilidad*” (Fernández y Tejedor, 2011: 537). Estos monumentos reflejarían, así, una imagen de estatismo y permanencia en el tiempo, dado que una de las cualidades intrínsecas a su propia naturaleza es la de haber sido contruidos para perdurar, “*tumbas para la eternidad*” (Delibes y Rojo, 2002: 29; Rojo, Kunst *et al.* 2005). En este sentido, podrían considerarse como lugares atemporales en los que se vinculan directamente el “Presente” con el “Pasado” y que entrañan una clara proyección de “Futuro”.



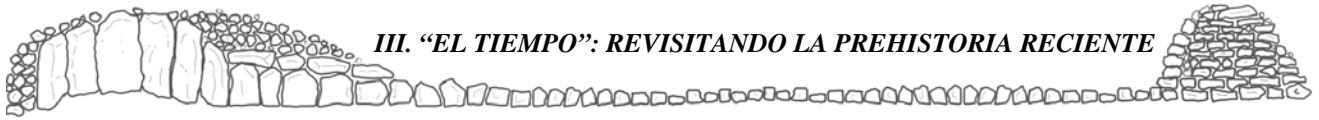
El Megalitismo también implicaría un cambio en la relación entre el mundo de los vivos y de los muertos, los cuales comienzan a exhibirse tras su anterior ocultamiento. Los antepasados adquieren un renovado protagonismo como “agentes sociales” depositarios de la tradición y la memoria, y garantes de la identidad colectiva (Criado, 1989: 85; Holtorf, 1997: 105-107). Los sepulcros megalíticos, en calidad de “casa de los antepasados”, se convierten en “*símbolos materiales socialmente activos*” (Criado, 1989: 77) que refuerzan la cohesión y aseguran la continuidad del grupo, de lo que depende su supervivencia. Ésta podría ser una de las razones por las que el uso del espacio megalítico, tanto en su dimensión ritual como sepulcral, es colectivo, haciendo que todo aquel que se entierre en él pierda por completo su individualidad y pase a formar parte del “*cuerpo social representado por la masa de huesos contenida en el interior de las cámaras funerarias*” (Garrido *et al.*, 2012: 169).

La ambigüedad del término “Megalitismo”, unida a la variabilidad que presenta este fenómeno, ha provocado que, tradicionalmente, bajo su definición se hayan integrado numerosas manifestaciones que, en algunos casos, nada tienen que ver con las estructuras rito-funerarias originales. La palabra en sí misma sólo hace referencia a construcciones de grandes piedras cuyo rasgo común sería, por tanto, la monumentalidad. A su vez, esta acepción deja fuera muchas expresiones megalíticas que presentan distintas morfologías, bien porque parten de una concepción arquitectónica diferente vinculada a una tradición específica, o bien porque han perdido su monumentalidad debido a causas propias o ajenas a la voluntad humana. En nuestra opinión, el concepto de “megalito” no sólo se establece por la presencia de una estructura conformada por grandes piedras (definición que puede abarcar numerosas construcciones de diversa naturaleza y cronología), sino que se refiere a un fenómeno constructivo que se desarrolló en un lapso temporal concreto (en el caso del valle del Duero/Douro, entre finales del V y mediados del IV milenio BC), caracterizado fundamentalmente por su morfología tumular (la cual puede albergar o no una construcción interna conformada por grandes bloques pétreos o por pequeñas lascas), su funcionalidad rito-funeraria y su simbolismo como referente colectivo de una comunidad (Delibes *et al.*, 1987: 187).

a) **IMPLANTACIÓN Y DESARROLLO CRONOLÓGICO DEL FENÓMENO MEGALÍTICO EN LA CUENCA DURIENSE**

Las circunstancias socio-políticas de los países europeos durante la segunda mitad del s. XIX, condicionadas por un fuerte afán colonialista, dieron la oportunidad a sus investigadores de descubrir la existencia de numerosos fenómenos que, a lo largo de la historia de la humanidad, se repetían en diferentes lugares del mundo, siendo uno de ellos el propio Megalitismo. Ser conscientes de dicha situación, llevó a muchos de estos estudiosos a afanarse por encontrar el origen de tales fenómenos y una explicación para su amplia dispersión geográfica. En este sentido, el difusionismo resultó ser la hipótesis interpretativa principal durante décadas. Así, a lo largo de gran parte del s. XX, la búsqueda del origen y las vías de difusión del fenómeno megalítico se convirtió casi en una obsesión para sus investigadores. Autores renombrados como los hermanos Siret, Gordon Childe, Bosch Gimpera o el matrimonio Leisner defendieron las tesis difusionistas como marco teórico para la expansión del Megalitismo por todo el continente europeo, aunque sin ponerse de acuerdo en cuanto al foco originario concreto. Por una parte, siguiendo los postulados del “*Ex Oriente lux*” establecidos por el propio Childe, se planteaba un posible origen en el Mediterráneo oriental que podría encontrarse en las tumbas monumentales micénicas o incluso en otras manifestaciones más antiguas. Otras teorías ubicaban este foco originario en la fachada atlántica, y, en concreto, una de las más aceptadas lo situaba en el occidente ibérico, es decir en Portugal. Tampoco había un acuerdo en relación al modo de difusión, que unos autores vinculaban a la gran movilidad de poblaciones pastoriles itinerantes, que trasladarían a sus muertos de lugares provisionales de enterramiento utilizados en sus desplazamientos a la tumba familiar definitiva (hecho que se proponía, además, como explicación al carácter de depósito secundario de los megalitos), mientras que otros rechazaban esta visión asociando estas arquitecturas a sociedades de tipo agro-pastoril con una movilidad mucho más reducida. Uno de los argumentos esgrimidos por los defensores de estos planteamientos es el emplazamiento de muchos monumentos megalíticos coincidiendo con las vías de paso natural del ganado e, incluso en algunos casos, con las rutas utilizadas históricamente por la trashumancia.

En el contexto peninsular, una de las hipótesis tradicionalmente más aceptadas acerca de las estrategias de difusión del Megalitismo es la que defiende que se dio como resultado de la penetración hacia el interior de los primeros prospectores metalúrgicos, que, llegados desde el sur del territorio ibérico, llevaron a cabo una verdadera



“colonización dolménica”, implantando por donde iban sus prácticas rito-funerarias a través de proceso gradual de “aculturación”. Desde esta postura invasionista, defendida por muchos autores relevantes para la “investigación megalítica” peninsular (como Obermaier, Gómez Moreno o el matrimonio Leisner, entre otros), se interpreta la proximidad de algunos megalitos a minas de cobre y estaño como la evidencia más clara de su explotación por parte de los constructores de aquellas arquitecturas. En el valle del Duero/Douro, se localizarían precisamente algunos de los ejemplos más explícitos de dicha asociación (Bellido, 2005: 16; Delibes y Santonja, 1986: 200). Esta idea de la llegada de gentes foráneas al interior peninsular, en busca de fuentes de aprovisionamiento de mineral, se ha seguido manteniendo hasta épocas bastante recientes, matizando el hecho de que más que explotar las minas, los que introdujeron el ritual megalítico en este territorio pretendían su exploración y prospección (López Plaza, 1982). Esta hipótesis migracionista surge vinculada al convencimiento de que los focos originarios del Megalitismo duriense se situaban en el Sureste de la Península Ibérica y en el Centro-Sur portugués (fundamentalmente en las regiones del *Alentejo* y de la *Beira*). Por esta razón, el inicio de su implantación en el territorio de estudio se hacía coincidir con un momento ya avanzado del Megalitismo peninsular, puesto que sus monumentos eran considerados como manifestaciones crono-culturalmente adscritas al fenómeno de los *tholoi* calcolíticos del sur. Este razonamiento se basa, entre otros aspectos, en las características arquitectónicas comunes a las estructuras de ambas regiones geográficas (amplio diámetro, cámaras circulares...), en la convicción de que los megalitos durienses también estaban cubiertos originalmente por un sistema de falsa cúpula (dado que no había evidencias de cubiertas monolíticas), y en la presencia en ellos de elementos exógenos procedentes del mediodía peninsular. “*Las conexiones con los sepulcros de tipo tholos aludidas, en la construcción de numerosos monumentos [...] nos indican un auge y expansión del megalitismo en función de la prospección y explotación de los recursos minerales de estas provincias...*” (López Plaza, 1982: 4).

En relación a las vías de difusión del ritual megalítico, el debate se centra en buscar el nexo de unión entre los dos extremos peninsulares, es decir entre el importante y originario foco del Sur, y los núcleos periféricos y subsidiarios distribuidos por el norte de la Península Ibérica (como los conjuntos pirenaicos, el foco vasco-navarro o los grupos del Nordeste). Bosch Gimpera, ya en la década de los '30, desarrolla una teoría al respecto que explica la llegada del Megalitismo desde el mediodía hasta la región pirenaica siguiendo la línea costera atlántica hasta Galicia, y recorriendo la cornisa

cantábrica. Dentro de este modelo, la cuenca del Duero/Douro quedaría completamente marginada de la “colonización dolménica”, siendo considerados los escasos focos monumentales, documentados hasta la fecha en dicho territorio, como pequeñas prolongaciones de otros núcleos cercanos de mayor entidad. Otra vía de difusión propuesta, con defensores como Alberto del Castillo, discurre por un camino interior que atravesaría las dos mesetas peninsulares, interpretando las concentraciones megalíticas de las tierras del interior no como simples núcleos subsidiarios, sino como estaciones importantes dentro de este proceso “colonizador”.

A partir de la década de los ‘70, gracias sobre todo a la generalización de las técnicas de datación absoluta, se demuestra la mayor antigüedad de los monumentos megalíticos atlánticos con respecto a los de otros territorios continentales, acabando así con el monopolio de las tesis orientalistas que defendían la ubicación del foco originario del Megalitismo en algún punto del Mediterráneo oriental. Por su parte, la implantación del fenómeno en la fachada atlántica se retrotrajo bastante en términos cronológicos, pasando a convertirse así en una de las manifestaciones antrópicas más importantes del periodo “Neolítico”.

En relación al Megalitismo duriense, estos renovados planteamientos permiten desechar definitivamente la afirmación de su desarrollo cronológico tardío ligado a una expansión del fenómeno de los *tholoi* sureños del III milenio cal BC (Bellido, 2005: 23; Delibes y Santonja, 1986: 200). Partiendo de los nuevos postulados, comienza a tomar fuerza la tesis de la difusión megalítica desde la orla portuguesa hacia el interior, refrendada por el hecho de que los megalitos que se conocían hasta entonces a lo largo del valle del Duero/Douro (fundamentalmente, el foco zamorano-salmantino, los clásicos núcleos de la *Beira Alta*, los conjuntos del distrito de Vila Real y algún monumento disperso en la provincia de Burgos) compartían, en una gran mayoría, las mismas características morfológicas, no sólo entre ellos sino también con las construcciones de la región Centro-Sur portuguesa (siendo precisamente estos últimos los que ostentaban las dataciones absolutas más antiguas, hasta el momento). Según esta hipótesis, por influencia de las *antas* del *Alentejo* y de la *Beira* (provincias del Sur y Centro de Portugal, respectivamente), el primer tipo arquitectónico megalítico que se implanta en el territorio duriense es el conformado por cámaras poligonales y corredores cortos, que posteriormente tomarían forma circular y se alargarían respectivamente, debido a la presión ejercida por los “colonizadores” calcolíticos del Sur peninsular



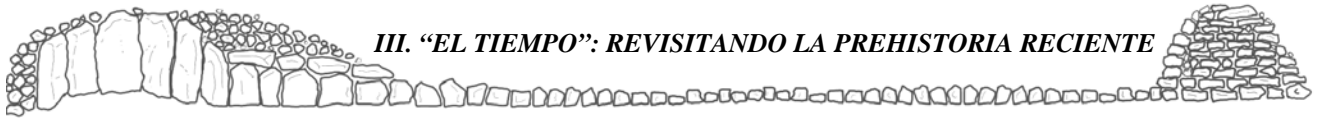
(López Plaza, 1982). También comienzan a plantearse algunas incertidumbres con respecto a otros aspectos defendidos por las tesis difusionistas, como si la “cultura megalítica” se propagó mediante un proceso de “aculturación” de las poblaciones indígenas, o si en realidad se dio un fenómeno de “asimilación” gradual, por parte de éstas, de los nuevos esquemas y “usos” simbólicos y rituales (Bellido, 2005: 20-21).

En este momento, tienen lugar nuevos hallazgos de megalitos en el área septentrional del valle del Duero/Douro y sus proximidades, sobre todo en su parte castellano-leonesa (fundamentalmente, en el Norte de la provincia burgalesa y en la región denominada como “Rioja alavesa”), que revelan numerosas similitudes con las arquitecturas del sur de la cuenca, propiciando, de nuevo, la búsqueda intensiva del nexo o vía de difusión entre ambas regiones. En este sentido, varios autores (como Maluquer de Motes, Savory o Palol, entre otros) se aventuraron a otorgar un papel fundamental en la propagación del fenómeno megalítico al territorio duriense, que según ellos habría funcionado como “correa transmisora” desde el centro de Portugal hasta el área vasco-navarra. Siguiendo estos postulados hiperdifusionistas, se llega a plantear una posible expansión del “culto megalítico” desde el foco lusitano hasta la Bretaña francesa, teniendo como ejes principales el valle del Duero/Douro y el Alto Ebro. Estas hipótesis se basan en argumentos meramente morfo-tipológicos, puesto que aún los métodos de datación absoluta no se hallan muy generalizados. *“One must admit that it is not yet possible to demonstrate from grave goods or radiocarbon samples that links between the earliest communal burials of southern Spain and Portugal and those of western France exist in the region of the Upper Duero and Ebro basins”* (Savory 1975: 172).

A pesar de la renovación y actualización de las teorías difusionistas (opuestas a los tradicionales planteamientos orientalistas pero aún monogenistas), los nuevos postulados tampoco permitirían explicar la implantación del fenómeno megalítico en todo el territorio duriense, y por extensión en el interior peninsular. La hipótesis expuesta, que establece una vía de difusión desde el foco primario portugués, en el Sudoeste peninsular, hacia el núcleo vasco-navarro, en el Nordeste (refrendada por la secuencia cronológica con la que se contaba en aquel momento para los monumentos de la diagonal Salamanca-Valladolid-Burgos), deja fuera del área de expansión megalítica a los monumentos situados al otro lado del Sistema Central (en concreto, las escasas y dispersas estructuras de las que se tenía conocimiento en las provincias de Soria, Madrid y Guadalajara). El difusionismo comenzaba a antojarse obsoleto.

El agotamiento del difusionismo como marco teórico interpretativo y su imposibilidad para dar una explicación eficaz y coherente a la amplitud geográfica de algunos de los fenómenos prehistóricos más destacados (al menos en su versión más monolítica que defendía un solo origen y una única vía de difusión), lleva a que desde finales de la década de los '60 se inicie una renovación teórica, que rompe con los tradicionales paradigmas positivistas y permite el desarrollo de nuevos enfoques interpretativos. Superados los conceptos de “colonización” y “difusión”, se comienza a hablar de influencias, relaciones, interconexiones o intercambios entre “grupos culturales” diversos. C. Renfrew es el primer investigador que cuestiona desde su base la visión monolítica y simplificada que hasta entonces se tenía del desarrollo Megalitismo europeo, planteando nuevos postulados basados en una lectura autoctonista del registro megalítico. Según este autor, se habría dado una evolución local del fenómeno en diversos “núcleos primarios”, partiendo de formas arquitectónicas muy sencillas, y sería través de “movimientos culturales” y relaciones de largo alcance entre distintas poblaciones (que no tienen obligatoriamente que implicar el desplazamiento de grupos) como se habría extendido a otras zonas en las que estas prácticas rito-funerarias eran aún desconocidas (Renfrew, 1976). Dentro de la misma línea interpretativa, Glyn Daniel afirma que la diversidad del Megalitismo europeo era consecuencia de la mezcla de distintas tradiciones locales que compartían características comunes, pero que finalmente exteriorizaban o hacían uso del “ritual megalítico” de una manera distinta. Como ya se ha apuntado, vinculadas a estas teorías autoctonistas aparecen las tesis poligenistas, que establecen que el fenómeno megalítico surgiría de manera independiente en varios lugares a lo largo de toda la fachada atlántica, a modo de respuesta similar antes unas semejantes circunstancias socio-económicas y subsistenciales. Hay que señalar que los Leisner ya se habían anticipado a estas ideas, planteando la posible existencia de un doble foco de origen para el Megalitismo portugués, uno de desarrollo local o procedencia atlántica que daría lugar a las *antas*, y otro de cariz mediterráneo reflejado en las construcciones de *tholoi*.

En relación al desarrollo de este fenómeno en el valle del Duero/Douro, también se hace cada vez más evidente la relevancia del sustrato local (Delibes y Santonja, 1986: 200). Incluso defensores de las hipótesis más hiperdifusionistas, como Vera Leisner o Savory, conscientes de las limitaciones de sus paradigmas, se empiezan a cuestionar algunos principios básicos de los mismos, como la unicidad del origen o de las vías de difusión del fenómeno megalítico, aunque manteniendo siempre una actitud crítica



hacia las lecturas autoctonistas por considerar su base empírica poco fiable (lecturas estratigráficas dudosas, dataciones de C14 polémicas, escasa fiabilidad del contexto de las muestras...). Vera Leisner es la primera en rebatir la afirmación de que el Megalitismo portugués se habría originado en el grupo de las grandes *antas* alentejanas, planteando la opción de que realmente su inicio estuviese en las *mamoas* de pequeño y mediano tamaño documentadas en las regiones interiores de *Beira Alta* o *Trás-os-Montes*. Por su parte, Savory matiza su propio modelo de difusión megalítica desde el foco lusitano hasta el bretón vía valle del Duero/Douro, introduciendo la posibilidad de que posteriormente se diese el mismo intercambio cultural pero en la dirección contraria: *"If we are to think of the spread of the practice of communal burial [...] as a result of movements by land [...] following a route from the Meseta through the westwern end of the Pyrenees to Saintonge and the Loire estuary, we can also envisage the establishment of cultural contacts [...] by the same route in a reverse direction [...]"* (Savory, 1975: 169)

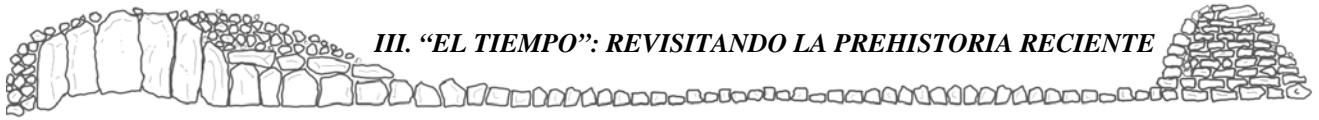
Estos postulados poligenistas y autoctonistas también cuentan con numerosos detractores que rechazan, desde posturas fundamentalmente neodifusionistas, las hipótesis de la simple convergencia o de la respuesta similar, ante unas circunstancias existenciales semejantes, como modelo explicativo de la uniformidad del fenómeno megalítico en toda la fachada atlántica europea. A su vez, aportan renovados planteamientos que, en algunos casos, continúan defendiendo el movimiento de población como estrategia de difusión (algunos postulados apuntan hacia el desplazamiento de los pescadores, que ya cubrían grandes distancias en sus viajes, como posible motor de la expansión), mientras que en otros se plantea que lo que se desplaza es una nueva idea o sistema cultural (en esta línea estarían las hipótesis que defienden la existencia de una "religión megalítica" que, gracias a su éxito, se propagó por gran parte del continente europeo).

En las últimas décadas del s. XX, se han desarrollado nuevas posibilidades teórico-metodológicas en el ámbito del trabajo de campo y se han abierto nuevas vías de interpretación, que cuestionan algunas de las certezas y apriorismos que durante varias décadas fueron asumidos por el mundo académico. Sin embargo, en los aspectos relativos al origen y desarrollo del Megalitismo, las tesis difusionistas aún mantienen una cierta vigencia, aunque si bien es cierto que se trata de una faceta de la realidad

megalítica escasamente abordada en los últimos años, quizás por su asociación a las corrientes más tradicionalistas o porque las prioridades de estudio han cambiado.

En este sentido, en relación al Megalitismo duriense aún se mantienen algunos de los postulados que se realizaron a mediados del s. XX, proyectando así una imagen poco actualizada del modelo. “*El megalitismo brotaría en tierras salmantinas (y por extensión en todo el territorio duriense) hacia la mitad del IV milenio, seguramente como resultado de la expansión del gran foco dolménico portugués, manteniendo muy tempranamente contacto con los grupos megalíticos del Sur del Sistema Central, según pone de manifiesto los paralelos existentes, por ejemplo entre el sepulcro de Galisancho y los de Azután o el Guadalperal*” (Delibes y Santonja, 1986: 198). Se continúa afirmando que este fenómeno de influencia portuguesa habría llegado hasta el Pirineo occidental a fines del III milenio BC, “*donde se documentan formas dolménicas indiscutiblemente derivadas de las salmantinas*” (*ibídem*), dejando a lo largo de todo el recorrido manifestaciones que evidencian claros paralelismos entre los monumentos del eje del Duero/Douro y los del foco vasco-navarro, y los de la vertiente septentrional y meridional de la cuenca de dicho río (*ibídem*; Delibes *et al.*, 1987: 195). De este modo, la hipótesis de la vía de difusión única explicaría la gran cantidad de elementos comunes que comparten los megalitos del territorio duriense, y aportaría las “*pruebas suficientes para proclamar sin sombra de duda la unidad de todo el foco megalítico de la Meseta Norte*” (y por extensión del valle del Duero/Douro -Delibes *et al.*, 1985; cit. por Palomino, 1990: 198; Díaz Guardamino, 1997: 40-). Se descarta ya por completo la idea de que el foco primario del Megalitismo peninsular estaba en los *tholoi* sureños, dado que éstos fueron construidos en fechas posteriores. De ahí que la teoría que defendía la dualidad de orígenes en función del modelo arquitectónico (según la cual, las cámaras poligonales serían una prolongación de las *antas* portuguesas y las circulares de los *tholos* del Sur) deja de tener sentido, achacándose la diversidad tipológica a la variabilidad de respuestas locales ante ciertas necesidades o a preferencias vinculadas a una tradición específica, y no a influencias exógenas.

Estos planteamientos siguen caracterizándose por un cierto cariz difusionista, aunque se alejan de las tesis migracionistas y colonialistas que implicaban grandes movimientos poblacionales, reconociéndose un fuerte sustrato indígena en la implantación del fenómeno. El “culto megalítico” se habría propagado no por “aculturación”, sino por la “asimilación” de las nuevas formas rito-funerarias por parte de las poblaciones locales, que habrían tomado contacto con ellas a través de los



crecientes intercambios y relaciones inter-grupales. En este sentido, no se rechaza la hipótesis tradicional de que los primeros contactos con el "mundo megalítico" viniesen de la mano de gentes desplazadas desde otras regiones peninsulares, en busca de diversas materias primas de las que carecían en sus zonas de origen (aunque ya no se hablaría de prospectores metalúrgicos, puesto que las cronologías de los primeros megalitos son anteriores a la utilización del metal -Delibes y Santonja, 1986: 201-).

Sin pretender rechazar rotundamente las tesis difusionistas acerca del origen y desarrollo del fenómeno megalítico en el valle del Duero/Douro, es cierto que los modelos que establecen son, por lo general, poco flexibles, por lo que muchas realidades escapan a sus interpretaciones. La mayor parte de estos postulados consideran al Megalitismo en un sentido puramente funcional, como un mero elemento de intercambio entre comunidades o bien como un simple rasgo cultural asimilado por diversos grupos. Sin embargo, el "ritual megalítico" conllevaría una serie de prácticas, hábitos y creencias, condicionadas por unas determinadas formas de vida y de pensamiento. Se sigue afirmando la existencia de una sola vía de transmisión de ideas e influencias, pero parece evidente que el contacto entre poblaciones dio lugar al intercambio recíproco de objetos, conocimientos o creencias, que cada comunidad asimilaría en función de sus propias necesidades y parámetros mentales. El hecho de que estén presentes ciertas semejanzas entre diferentes núcleos megalíticos, no sólo no implica que unos conjuntos sean subsidiarios de otros, sino que, incluso, es posible que se trate de construcciones coetáneas.

La evidencia más clara de estas interrelaciones en diferentes direcciones se observa realizando un somero análisis de las características que comparten los distintos monumentos entre sí. Por ejemplo, una buena parte de los megalitos de la vertiente meridional del Duero/Douro formarían un grupo megalítico de gran personalidad junto a los documentados en la Meseta Sur (presencia de cámaras casi circulares y anillos pericamerales, a veces formando coronas concéntricas), pero también manifiestan muchos rasgos comunes con los sepulcros de la región Centro-Sur de Portugal. También son muy explícitos, en este sentido, los testimonios registrados de elementos exógenos en los megalitos durienses, para los que se han planteado ejes de intercambio alternativos como el valle del Ebro o la vertiente cantábrica, entre otros (Delibes y Rojo, 1988 y 1992; Villalobos, 2012). Parece, por tanto, insostenible defender el modelo de una única vía de transmisión e influencia para el desarrollo del Megalitismo en el

territorio de estudio, puesto que los datos revelan más bien *“la existencia de grupos de gran personalidad, los cuales, del mismo modo que se mostraron permeables al rito funerario megalítico occidental, también lo fueron a otras influencias de signo y procedencia distintos, lo que acabó por forjar su idiosincrasia”* (Delibes, 1996: 157).

En nuestra opinión, para aproximarse a la realidad de las sociedades prehistóricas hay que partir de la idea de que todo acto humano es resultado de la interrelación de numerosos factores de distinta naturaleza, que se combinan en grados y formas diferentes según las circunstancias existenciales que se dan en cada momento y lugar. Por tanto, no tiene ningún sentido “leer” el pasado desde una perspectiva única y predeterminada. Para intentar discernir cómo fue el desarrollo de la actividad megalítica hay que realizar análisis exhaustivos de conjuntos megalíticos particulares y compararlos entre sí, desde una perspectiva neutral que no otorgue mayor relevancia a unos u a otros, e intentar descubrir cuáles fueron los factores locales, las interconexiones entre grupos y las influencias foráneas, que dieron lugar a las prácticas y cultura material asociadas a ellos. De este modo, se podría obtener un mejor conocimiento sobre las formas de vida y pensamiento de las poblaciones constructoras de esos monumentales hitos de nuestro pasado.

Una de las evidencias arqueográficas que puede aportar información interesante de cara a la interpretación del desarrollo de la actividad megalítica en el valle del Duero/Douro es el estudio de la cronología absoluta de los megalitos. Dejando a un lado la problemática acerca de las dificultades de la toma de muestras para datar y de su contextualización en este tipo de yacimientos (ver subepígrafes 5.1.1 y 6.2.5), el conjunto de dataciones disponible para el territorio duriense (ver Tabla 2) es amplio y, por tanto, ofrece muchas posibilidades de análisis. Sin entrar en detalle sobre este aspecto (puesto que su estudio se desarrollará en profundidad en los próximos capítulos –ver subepígrafe 6.2.5 y 7.1.3), se van a señalar algunas cuestiones a tener en cuenta en relación a las facetas megalíticas tratadas a lo largo de este apartado.

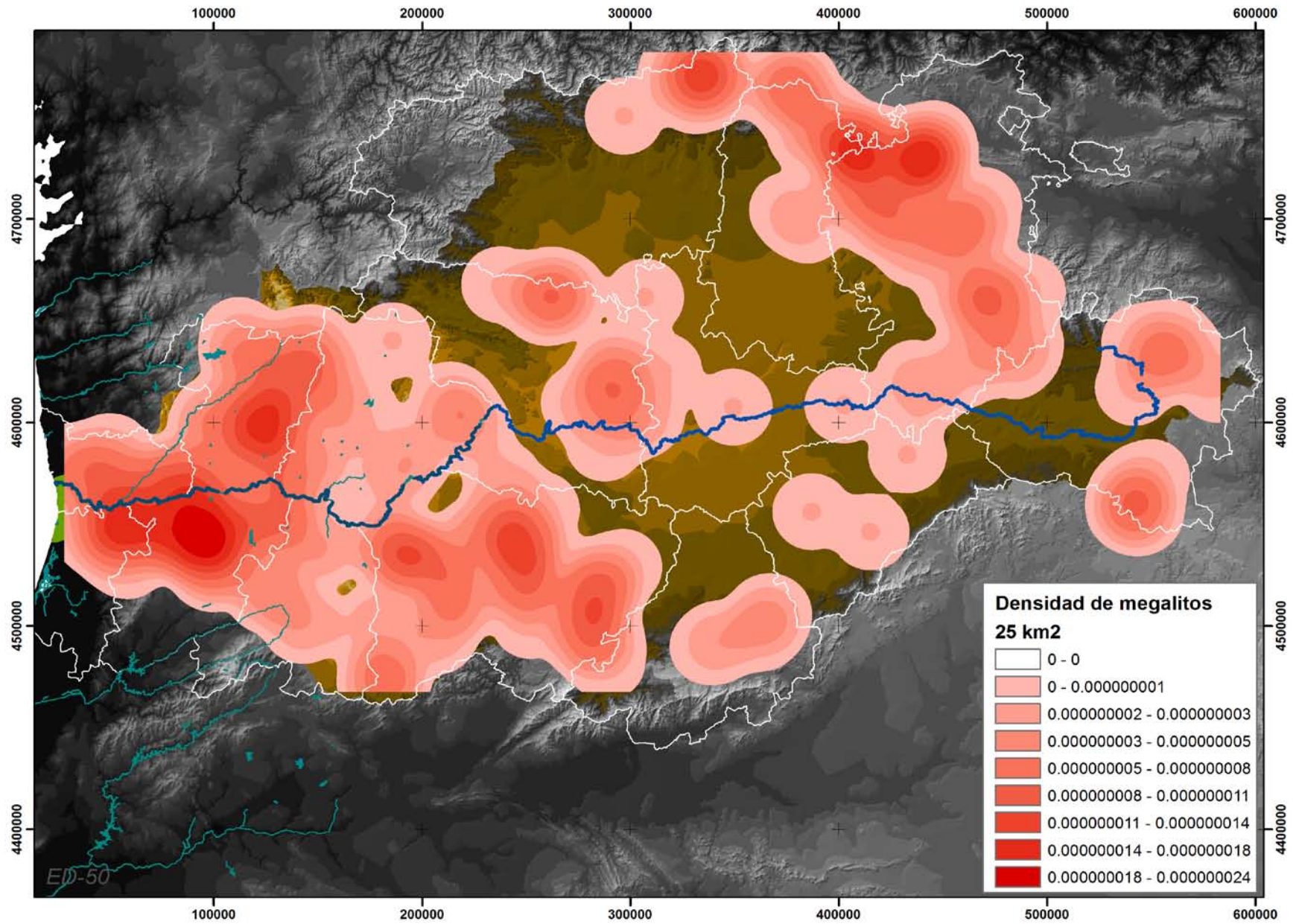
Frente a las hipótesis más tradicionales que otorgaban una cronología de mediados-finales del IV milenio cal. BC el inicio del Megalitismo duriense, con su fase de plenitud a lo largo de la primera mitad del III milenio cal. BC (debido a su consideración como foco subsidiario y retardatario de los grandes núcleos megalíticos peninsulares –Díaz Guardamino, 1997: 40-), posteriores tesis le dieron ya una mayor antigüedad retro trayéndolo hasta finales del V-inicios del IV milenio cal. BC (Delibes,



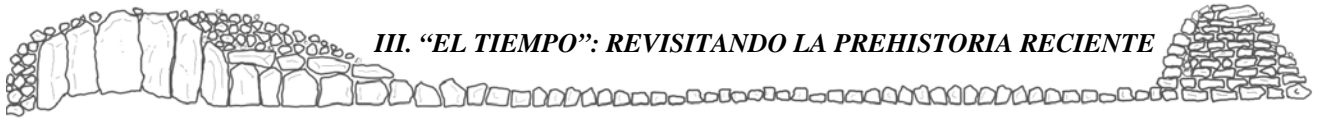
2010: 29; Díaz Guardamino, 1997: 40; Rojo, 2014: 58). Los análisis sobre la cronología absoluta presentados en este trabajo vienen a corroborar estos últimos planteamientos, puesto que las fechas más antiguas que se tienen para “eventos de construcción” de monumentos megalíticos remiten precisamente a cronologías de finales del V milenio cal. BC (ver Tabla 2 y Gráfico 48). En este conjunto de datos se han podido observar, al menos, dos fases diferenciadas de actividad constructiva, una que se ubicaría entre el final del V y las primeras centurias del IV milenio cal. BC, y otra a mediados del mismo. A su vez, a partir del segundo tercio del IV milenio cal. BC parece que esta práctica disminuye notablemente, lo cual no significa que no se construyera ningún megalito más desde ese momento, puesto que hay que tener en cuenta que estos datos sólo hacen referencia a aquellos monumentos cuyo “evento de construcción” ha podido ser datado. Por otra parte, y sin pretensión de entrar en el debate sobre el origen y vías de difusión del Megalitismo peninsular, hay que señalar que estos análisis (ver subepígrafes 6.2.5 y 7.1.3 y Gráfico 48), si bien muestran algunas disimetrías destacables como las ya mencionadas, en ningún caso revelan una diferenciación clara entre regiones en relación al inicio de la actividad megalítica, que pudiera interpretarse como reflejo de la existencia de un foco primario megalítico dentro del propio territorio duriense.

b) ALGUNAS CUESTIONES SOBRE LA DISTRIBUCIÓN Y EL EMPLAZAMIENTO DE LOS MEGALITOS EN EL VALLE DEL DUERO/DOURO

La hipótesis tradicional sobre la dispersión del fenómeno megalítico en la cuenca duriense planteaba que, mientras en la parte central y occidental de la vertiente Sur y en el área Nordeste se habría implantado con fuerza, el resto del territorio se caracterizaría por su “vacío megalítico”. En la actualidad, se rechaza esta imagen clásica siendo sustituida por *“otra caracterizada por una distribución de hallazgos bastante más regular, en la que se alcanza a intuir que la práctica totalidad de la cuenca duriense conoció a fines del IV milenio BC una ocupación humana bastante homogénea y sin grandes vacíos”* (Delibes, 1995: 64). A pesar de esta presencia generalizada de megalitos por toda la región estudiada (ver Mapa 4), se observan importantes disimetrías en cuanto a su distribución (Delibes, 2010: 14-17).



Mapa 4: Densidades aproximadas de la presencia de monumentos megalíticos en el valle del Duero/Douro



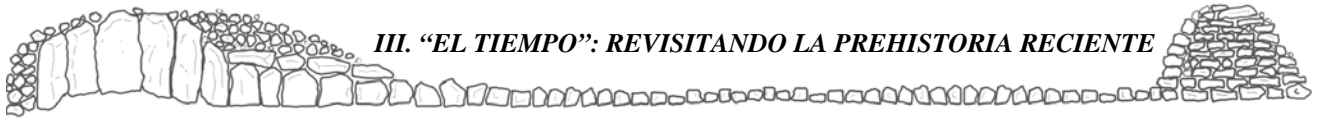
Los focos megalíticos de mayor entidad siguen coincidiendo, con ciertos matices, con los postulados tradicionales que los situaban en el Nordeste del valle (fundamentalmente en el Norte de la provincia de Burgos) y, sobre todo, en la vertiente meridional en su sector centro-oeste (en referencia a los conjuntos salmantinos y de la región de la *Beira Alta*). A estos habría que añadir otros hallazgos más recientes como los importantes núcleos monumentales documentados en la plataforma litoral, tanto al Norte como al Sur del Douro (*distritos* de Porto y Aveiro respectivamente). Sin embargo, a pesar de la intensificación de los trabajos de campo y de la incorporación de nuevos descubrimientos, aún existen zonas con una presencia casi testimonial de este tipo de arquitecturas, como la diagonal dibujada por las provincias castellano-leonesas de León-Ávila-Segovia, las tierras sedimentarias del centro de la cuenca (provincias de Palencia y Valladolid), y la región de *Trás-os-Montes e Alto Douro*, sobre todo en el entorno de la "Raya/Raia" (ver Gráfico 2 y Mapa 4). En estas amplias áreas, los hallazgos megalíticos o son completamente inexistentes o se tratan de escasos ejemplos muy dispersos y aislados.

Desde una perspectiva general intra-territorial, se observa un cierto equilibrio entre la vertiente septentrional y meridional de la cuenca, con importantes focos catalogados en ambas partes (en la parte Norte, destacan el grupo de la *Serra de Aboboreria*, el de los páramos de la Lora burgalesa o la necrópolis de la *Serra do Alvão*; y en el Sur, el núcleo del valle medio del Tormes, las agrupaciones de la comarca de Ciudad Rodrigo-Campos de Azaba y Argañán, o las zonas monumentales de la *Serra da Nave* o de *Nossa Senhora do Monte* -Carvalho, 2012: 183; Delibes, 2010: 14-17-). Este equilibrio también se observa, en términos administrativos, en la implantación megalítica a ambos lados de la frontera (de hecho, el conjunto de datos expuesto en este trabajo muestra cifras muy semejantes a este respecto -ver Gráfico 1-), hecho que a veces se ha intentado explicar como una misma respuesta ante condiciones ambientales y subsistenciales similares (Santonja, 1987: 200). Una mayor desproporción se da al observar este aspecto del fenómeno de oeste a este de la cuenca, puesto que las densidades megalíticas crecen gradualmente al aproximarse hacia la plataforma litoral.

Este evidente desequilibrio en el grado de implantación del Megalitismo duriense ha proyectado una imagen bifocal del mismo, caracterizada por la existencia de regiones con una alta densidad de monumentos megalíticos con otras cuya presencia es prácticamente testimonial. Esta situación se ha intentado explicar apelando a factores de naturaleza ambiental y orográfica, y, en otras ocasiones, a razones de tipo más

simbólico e ideológico (en la línea del rechazo por parte de ciertas poblaciones locales de unas prácticas rito-funerarias que no encajan en sus esquemas mentales). Por una parte, se ha planteado la posibilidad de que en las zonas de “vacío megalítico” el mismo concepto de enterramiento colectivo sí estuviese presente, pero se habría recurrido a otras fórmulas, como *“por ejemplo en los rebordes orientales, a la posible utilización de cuevas (Solana de la Angostura, Los Enebralejos, El Tisuco...) por parte de las poblaciones locales como sitios de enterramiento colectivo, lo que excluiría la erección de auténticos monumentos megalíticos”* (Delibes *et al.*, 1992: 4). Siguiendo esta lectura interpretativa, el Megalitismo no habría sido la solución rito-funeraria impuesta de manera exclusiva a lo largo de todo el IV milenio BC, sino que existirían otras manifestaciones sincrónicas, probablemente ligadas a tradiciones locales específicas. Esta hipótesis se basa, fundamentalmente, en el hallazgo de evidencias de poblamiento coetáneo en esas zonas “sin megalitos” (Fabián, 1994). Sin embargo, este razonamiento no explica la ausencia de monumentos megalíticos en determinadas áreas, ya que el hecho de que haya otras fórmulas rito-funerarias no significa que sean excluyentes, como se ha podido documentar tanto en otras regiones peninsulares como dentro del propio territorio de estudio (esta convivencia de diferentes “usos” funerarios se ha contrastado, por ejemplo, en el extremo más oriental de la cuenca duriense, es decir en la provincia soriana). Otras veces, se ha intentado explicar ese desequilibrio en el grado de implantación del fenómeno megalítico a partir de factores relacionados con el entorno, como la propia litología del lugar. Así, el argumento de la falta de piedra, para la construcción de esas arquitecturas monumentales, se ha esgrimido como la causa determinante para la ausencia de éstas en ciertas zonas (hipótesis que también se ha utilizado para explicar la presencia de tipos arquitectónicos “alternativos” en algunas regiones –Bellido, 2005: 21-22-). En este sentido, los terrenos de sustrato granítico-esquistoso se caracterizarían por un acceso relativamente fácil a la materia prima necesaria, mientras que en el interior de la cuenca sedimentaria sería más complicado por la escasez de la misma (López Plaza, 1982: 1). A raíz del hallazgo de algunas construcciones monumentales en áreas, *a priori*, sin piedra, esta hipótesis se ha quedado bastante obsoleta.

En lo que una gran parte de los autores están de acuerdo es en que estas disimetrías observadas en la distribución del fenómeno megalítico, a lo largo del valle del Duero/Douro, puede estar provocada, en gran parte, por el desequilibrio en el desarrollo de la propia “investigación megalítica”. Tradicionalmente, los estudios se han



III. "EL TIEMPO": REVISITANDO LA PREHISTORIA RECIENTE

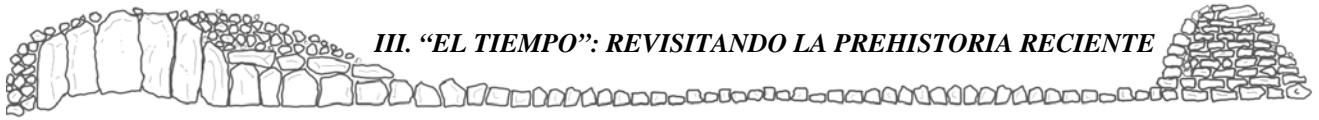
centrado en los núcleos megalíticos de mayor entidad tanto cuantitativa como cualitativamente, conocidos desde hace más de medio siglo, dejando a un lado otros hallazgos más dispersos y aislados. A esto se une la obsesión por la búsqueda del modelo dolménico clásico, que ha provocado el arrinconamiento de otras manifestaciones de naturaleza megalítica, pero que el mundo académico no las ha considerado como tal hasta época reciente (Pereira da Silva, 1993: 117). En las regiones aparentemente sin megalitos, la realidad podría ser distinta y presentar otras fórmulas arquitectónicas alternativas al tipo dolménico, no tan monumentales pero que forman parte del mismo concepto rito-funerario. Es posible, por tanto, que uno de los errores esté en la selección de los yacimientos a estudiar por parte de los estudiosos de este fenómeno. Esta idea de los desajustes en el desarrollo de la "investigación megalítica" se refuerza, al comprobar que las mayores concentraciones de yacimientos que han sufrido algún tipo de intervención arqueológica coinciden, prácticamente, con los focos de mayor densidad del Megalitisimo duriense (ver Mapa 12). Por consiguiente, no se puede obviar el hecho de que gran parte de los desequilibrios, observados en la distribución geográfica de los megalitos, están condicionados por factores que nada tienen que ver con la realidad megalítica, sino con el desarrollo de la investigación sobre este fenómeno prehistórico.

Por último, hay autores que advierten que esta situación desigual también puede estar vinculada a otros factores, completamente ajenos tanto al propio fenómeno como al desarrollo de su estudio, como la destrucción de estos monumentos bien por causas naturales o antrópicas. En relación a esta última opción, se señala que las zonas donde se ha documentado un menor número de este tipo de manifestaciones son, por lo general, áreas de terrenos fértiles y cercanas a fuentes de agua; es decir, las que a lo largo de la Historia han sufrida una mayor intervención de la mano humana, tanto ligada al laboreo agrícola como a la mera ocupación de unos lugares estratégicos. Además, como ya se ha apuntado, al tratarse de regiones donde escasea la piedra, es posible que los elementos arquitectónicos de estas construcciones hayan sido reaprovechados en otras edificaciones a lo largo del tiempo. *"El panorama megalítico de la Meseta Norte se presenta con un marcado vacío en el centro [...] pero la razón de esa ausencia no se encontraría en la falta de incidencia de la tradición funeraria colectiva, la paulatina variación del paisaje provocada por la intervención humana ha podido ser la causante de que desaparezcán buen número de monumentos tumulares, del mismo modo que ha ocurrido en zonas próximas, y de que otros, muy alterados, no sean reconocibles a*

simple vista” (Bellido, 1993: 189). Por tanto, la imagen documentada, en relación a la distribución del Megalitismo duriense, no estaría reflejando una “*realidad histórica*” sino “*la realidad arqueológica*” (Fabián, 1994: 125).

En cuanto a la faceta del “emplazamiento megalítico”, en el valle del Duero/Douro se puede hacer una clara distinción entre unidades geográficas (ver subepígrafe 2.1.2): la llanura central con la campiña y los páramos, las amplias planicies de las penillanuras y las estribaciones montañosas periféricas. Los megalitos suelen concentrarse en los sectores más amplios de cada una de estas unidades geomorfológicas, por lo general en sus zonas más llanas y abiertas, muy aptas para el pasto. En muchos casos, se hallan sobre lugares destacados como pequeñas lomas o elevaciones naturales, ocupando una posición relevante desde donde se obtiene un amplio control visual del entorno. Suelen encontrarse asociados a recursos acuíferos, con gran preferencia por las divisorias de aguas y, por tanto, cercanos a terrenos fértiles. Todos, o gran parte, de estos rasgos son comunes a los monumentos documentados en cada una de las unidades geográficas mencionadas. Así, en los terrenos de campiña se sitúan, generalmente, en los bordes de las terrazas fluviales y en las zonas más altas (cerros testigo, pequeñas lomas...), mientras que en las penillanuras y *planaltos* se registra una mayor megalítica en los fondos de valle, alejándose ligeramente de las crestas divisorias de aguas. Por su parte, en las estribaciones montañosas, así como en las parameras, la gran mayoría son emplazamientos a media altura, sin ocupar las cumbres más altas ni las zonas más bajas. Porcentualmente, el emplazamiento más elegido son los “fondo de valle” y/o las laderas y terrazas fluviales, mientras que las ubicaciones en altura (tanto páramos como sierras) se prodigan menos. La mayor concentración o densidades megalíticas (ver subepígrafe 6.2.2 y Gráfico 8A). En relación a la altitud absoluta a la que se ubican los megalitos (ver Gráfico 8B), predominan claramente las alturas situadas entre los 700-1200 m.s.n.m., encontrándose en una gran mayoría en torno a los 700 m.s.n.m.; excepcionalmente, se documentan casos por encima de los 1200 m.s.n.m, mientras que los que están por debajo de los 400 m.s.n.m son algo más habituales.

Hay que señalar que estas cuestiones relativas del emplazamiento, sin pretender desechar su utilidad de cara a la interpretación de la realidad megalítica, están muy condicionadas por la propia orografía del valle del Duero/Douro que, como ya se ha expuesto (ver epígrafe 2.1 y Mapa 1), presenta una enorme variabilidad. El propio perfil



longitudinal del río refleja muy explícitamente esta diversidad (ver Figura 1), ya que poco después de su nacimiento a 2160 m.s.n.m. cae de forma abrupta hasta alturas meseteñas (entre los 800-700 m.s.n.m. de media), donde se mantiene con una suave pendiente aproximadamente unos 500 km, encajándose de forma repentina al llegar a zonas transfronterizas; posteriormente, desciende bruscamente unos 400 m en menos de 100 km, hasta alcanzar una altitud ligeramente superior a los 200 m.s.n.m., y se mantiene en una leve pendiente hasta desembocar en el océano Atlántico. Además, gran parte del territorio duriense está dominado por la orografía de la Meseta Norte, conformada fundamentalmente por las tierras llanas de campiña y, en su entorno, por las amplias penillanuras y los páramos; sólo en su periferia, se encuentran las formaciones montañosas. Por su parte, en la zona más occidental de la cuenca son las serranías y áreas montañosas las que predominan, desapareciendo casi por completo las vastas llanuras campiñesas. Por tanto, hay que ser cautelosos a la hora de establecer posibles patrones de comportamiento diferenciado en relación al emplazamiento (y, sobre todo, en lo que respecta a la altura absoluta), puesto que los artífices de estas arquitecturas se habrían visto limitados, en muchos casos, por la geo-morfología del territorio en que habitaban.

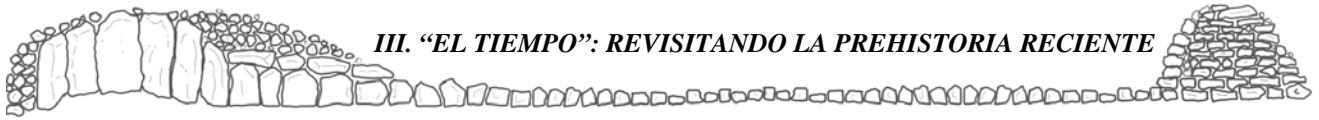
Generalmente, los megalitos del territorio duriense se presentan aislados y dispersos, aunque no en pocas ocasiones aparecen formando pequeños conjuntos, distando entre sí apenas unos km (Fabián, 1995: 132). No se trataría de un fenómeno de necropolización como tal en el que se observa una clara intencionalidad hacia el agrupamiento de varios sepulcros (como ocurre en las necrópolis de *tholoi* del Sur y Sureste ibérico), sino que más bien serían el reflejo del deseo de monumentalizar una zona concreta, quizás por su relevancia socio-simbólica para las comunidades que poblaban su entorno.

Otro rasgo interesante a analizar de la faceta del “emplazamiento megalítico” es la asociación del monumento con diversos elementos del entorno. A este respecto, se han establecido una serie de factores que podrían haber condicionado la elección del lugar de ubicación, como la *“relación con ejes de tránsito; relación con elementos naturales señeros, áreas especiales o accidentes naturales (muy especialmente con los recursos hídricos); relación con otros monumentos y relación con estaciones de hábitat”* (Morán, 2005b: 416 -Criado *et al.*, 1990-1991; Criado y Vaquero, 1993;

Criado y Villoch, 1998-). A continuación, se van a destacar las dos primeras opciones por tratarse de los tipos de asociación más generalizados en el territorio de estudio.

La relación de los megalitos con ejes de tránsito (ver Anexo 1) ha sido ampliamente tratada por la bibliografía, desde distintas corrientes interpretativas (Andrés, 1999; Calado, 2000; Criado, 1984-1985, 1988b; Criado y Fábregas, 1989; Criado *et al.*, 1990-1991; Criado y Vaquero, 1993; Galán y Martín, 1991-1992; López Plaza *et al.*, 2000; López-Romero, 2005 y 2007; Morán, 2005a y b; Oliveira, 1983-1984 y 1987; Rojo, 1990; Sanches, 1994; etc.). Es importante señalar que este tipo de asociación no hay que entenderla a partir de una relación directa entre el monumento y las diferentes clases de ejes de tránsito históricamente documentadas (las Cañadas Reales, las rutas de la trashumancia, los viarios romanos o incluso las carreteras actuales), puesto que se trataría de un error de partida de cara a la interpretación al pretender asociar dos elementos anacrónicos. “*No relacionamos los monumentos con la cañada, sino con el eje de tránsito que ésta materializa y los elementos morfogénicos que condicionan su existencia*” (Morán, 2005b: 417); es decir, que lo que se evalúa es la posible asociación del megalito con las vías de paso y circulación utilizadas por las poblaciones prehistóricas, que por sus buenas condiciones y características se siguieron usando durante miles de años, llegando a materializarse como rutas estipuladas y convenientes. Esta relación sería recíproca, en el sentido de que “*los túmulos se disponen en lugares aptos al tránsito*”, pero a su vez “*los túmulos actúan como marcas espaciales que permiten la orientación en el espacio*” (*ibídem*). El megalito actuaría, por tanto, como referente espacial, al ser indicadores de ciertos lugares claves en los desplazamientos humanos (podrían ser zonas de pasto, vados naturales, fuentes de agua, pasos de montaña naturales...). A su vez, al situarse en puntos estratégicos del paisaje, el monumento adquiere las cualidades de accesibilidad y visibilidad para todo el que frecuente su entorno, lo que le hace aún más adecuado en su papel de hito territorial y/o referente espacial.

Por otro lado, los elementos naturales se incorporan al monumento megalítico como una parte más de su arquitectura (ver Anexo 1, subepígrafe 6.2.2 y Gráfico 10A y B). Incluso, en ocasiones, la propia construcción megalítica parece estar imitando las formas naturales de su entorno, siendo la máxima expresión del cada vez mayor control que ejerce el ser humano sobre la Naturaleza. A veces los megalitos se integran hasta tal punto en el paisaje que cuesta distinguirlos (Garrido *et al.*, 2012: 168). Dentro de este tipo de relación, la asociación más común, como ya se ha apuntado, se da con las



fuentes de agua, ya sea en la forma de ríos y arroyos o de lagunas y manantiales. Este hecho denota, de nuevo, la importancia que tenía la posibilidad de acceder fácilmente a los recursos acuíferos y el papel relevante de los ríos en las sociedades prehistóricas (ver epígrafe 2.3). También es bastante habitual la asociación del megalito con formas destacadas del entorno, como afloramientos rocosos llamativos o montículos naturales, con los que compartiría su función como referente espacial. El propio “micro-relieve” del lugar exacto de ubicación del monumento es relevante puesto que, muchas veces, estas construcciones se sitúan en promontorios y pequeñas elevaciones naturales que realzan las dimensiones de su estructura, proyectando una imagen de mayor monumentalidad (Rojo, 2014: 59). En muchos casos, este “realce natural” se complementa con otras estrategias constructivas como los juegos de color con las piedras y tierras usadas en la configuración estructural, los “añadidos” de ciertos elementos ornamentales al túmulo (como por ejemplo círculos concéntricos pétreos en torno al recinto cameral, a veces dispuestos en líneas radiales, o anillos perimetrales), o el uso de algún hito de señalización (como estelas o menhires). Entre los diversos ejemplos documentados de este tipo de prácticas en el valle del Duero/Douro, destaca el caso del *tholos* de La Sima, en cuya construcción (tanto de la cámara como del túmulo) se usaron los mismos materiales pétreos que están presentes en su medio próximo; en este caso, además, hay una clara intencionalidad de jugar con el contraste cromático entre el rojo de las areniscas y el blanco de las calizas (ver subepígrafe 6.4.2 y Figura 15B), lo que podría implicar una importante carga simbólica (el rojo, asociado a la carne y a la sangre, sería el color de los vivos, y el blanco, propio de los huesos, el de los muertos -Rojo, García *et al.*, 2003; Rojo *et al.*, 2013-). En este sentido, se ha planteado que los megalitos fueran considerados como microcosmos que representaban todas las facetas de la realidad de los vivos en el mundo de los muertos, una especie de *omphalos* o puntos centrales en el “universo” en el que se movían estas poblaciones prehistóricas (Morán, 2005b). “*El cosmos completo parece encerrarse de forma simbólica entre las paredes de estas tumbas que albergan los restos de los antepasados que se veneran [...]*” (Garrido *et al.*, 2012: 169).

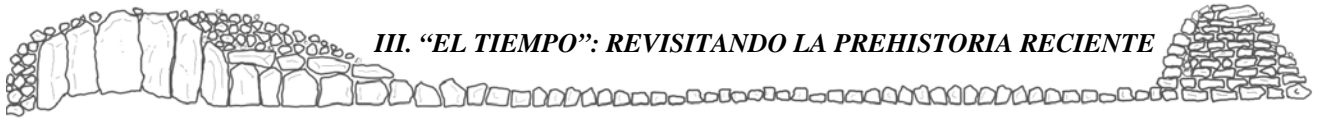
En todas estas asociaciones del monumento megalítico con diferentes elementos presentes en su entorno, se observan dos factores importantes que parecen condicionarlas. Por una parte, se busca la “visibilidad desde” el propio megalito, al situarlos en áreas amplias y abiertas, desde las que se controla un vasto territorio y al mismo tiempo sus zonas de paso y recursos estratégicos. Por otra, se pretende enfatizar

la propia “visibilización” de estas arquitecturas, ubicándolas sobre promontorios naturales y puntos estratégicos desde donde puedan ser vistos a largas distancias, y/o asociándolos a elementos que realzan esta cualidad (como afloramientos rocosos destacados o dispositivos arquitectónicos que refuerzan su monumentalidad y los hacen más llamativos –como el uso ya mencionado de piedras y tierra de diferente color o de hitos señalizadores-).

c) EL “POLIMORFISMO” ARQUITECTÓNICO DENTRO DE LA HOMOGENEIDAD DEL “RITUAL MEGALÍTICO” EN EL VALLE DEL DUERO/DOURO

En términos generales, todas las arquitecturas megalíticas siguen un mismo esquema constructivo, configurado por un espacio sepulcral central delimitado por elementos de diversa naturaleza y cubierto por una estructura tumular a base de piedras y/o tierra; esta última tendría una doble función al ser, por un lado, un dispositivo de carácter arquitectónico para contrarrestar los empujes de la estructura interna, y, por otro, un mecanismo para acrecentar las dimensiones del megalito y monumentalizarlo, y que finalmente aporta a todos estos monumentos un aspecto externo muy similar. Este modelo básico, en muchas ocasiones, va acompañado de un corredor o zona de acceso de mayor o menor longitud (en algunos casos se trata de un simple vestíbulo que no tiene la suficiente entidad como para ser considerado como un pasillo) y de otros elementos arquitectónicos secundarios como atrios, corredores intratumulares, persitalitos, anillos perimetrales o círculos pericamerales, entre otros (hay que señalar que varios de estos componentes secundarios son, en realidad, “añadidos” posteriores a la construcción original –ver subepígrafe 6.4.2.-).

Dentro de esta aparente homogeneidad arquitectónica, la diversidad de tamaños y tipologías de cada una de las partes estructurales es amplia. Las cámaras pueden presentar una planta circular o poligonal (también trapezoidal), y estar techadas por una cubierta monolítica o de naturaleza orgánica. Por su parte, los alzados pueden ser pétreos o de barro/adobe, y los corredores muestran diferentes longitudes y hechuras. Los túmulos también se caracterizan por una gran variabilidad en lo que respecta a su forma y a las materias primas que los conforman (túmulos sólo terreros, de tierra y piedra o tipo *cairn*). Estas diferencias de carácter morfológico han permitido establecer hasta 6 tipos arquitectónicos distintos presentes en el Megalitismo duriense: sepulcro de corredor, cámara simple, cámara simple con vestíbulo, túmulo simple, redondil y



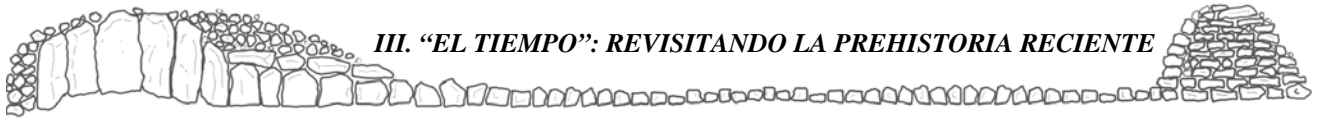
tumba-calero (para una descripción detallada de cada uno de ellos, ver subepígrafe 6.2.1 y Figuras 11 y 12).

Tradicionalmente, se ha defendido el sepulcro de corredor como el modelo megalítico por excelencia del territorio duriense. Esta hipótesis venía refrendada por la convicción de que su origen estaba en el foco central portugués, donde dicho tipo arquitectónico es el mayoritario y ostentaba, en un primer momento, las dataciones absolutas más antiguas del Megalitismo peninsular. Atendiendo al conjunto de datos catalogados en el presente estudio y a los resultados de sus análisis, el sepulcro de corredor se presenta precisamente como la fórmula constructiva predominante (ver subepígrafe 6.2.1 y Gráficos 4 y 5).

Sin embargo, esta imagen está en realidad condicionada por muchos factores ajenos a la propia realidad megalítica, que están más ligados al desarrollo de la "investigación megalítica". Durante décadas, los trabajos se centraron en el conocimiento de las grandes arquitecturas (por lo general, sepulcros de corredor y algunos casos de cámaras simples), dejando a un lado otras manifestaciones que por sus características se adscribían a cronologías más recientes (al II o, incluso, al I milenio cal. BC), siendo ésta la causa principal de su sobrerrepresentación porcentual con respecto al resto de tipos arquitectónicos. Sólo a raíz de las investigaciones desarrolladas en las últimas décadas, se ha comprobado la coetaneidad de estas estructuras "alternativas" (para descripción de túmulos simples y redondiles, ver subepígrafe 6.2.1) con respecto a las construcciones ortostáticas, asimilándolas por completo al fenómeno megalítico (Galán y Saulnier, 1984-1985: 57), aunque en principio se las denominó como "paramegalíticas" por no cumplir con ciertos rasgos relativos a la monumentalidad y arquitectura de sus edificios (*ibidem*: 8-9). En la actualidad, hay un claro consenso acerca de la existencia de un "polimorfismo megalítico" (Bueno *et al.*, 1999a: 156-157; Delibes y Rojo, 2002). *"La experiencia [...] da nuevas bases a lo que va siendo la certeza de que en lo megalítico la variedad es habitual y que aquellos monumentos calificados como atípicos sólo lo serán en la medida en que creamos que las formas clásicas constituyen algo así como la verdad única en un acontecer milenario. El polimorfismo estructural nos empuja a recrear un tiempo de invención, de ensayo de formas monumentales, de progresiva consolidación de modos funerarios y de rituales específicos que, en su concreción superestructural,*

tuvieron que significar una amplia variedad de modalidades, con seguridad mucho más rica de la que hoy podemos inducir de arquitecturas y ajuares” (De Blas, 1995: 76).

Las lecturas interpretativas sobre esta realidad polimórfica son diversas. Una de las hipótesis que, durante años, ha sido más aceptada es la que vincula esta variabilidad a factores de tipo geográfico y de adaptación al terreno. Las poblaciones tomarían un modelo constructivo u otro de los recursos accesibles en su entorno próximo, planteamiento que permite explicar la presencia testimonial de megalitos en la cuenca sedimentaria del Duero/Douro (ver Gráfico 5 y Mapas 4 y 13), caracterizada por la escasez de piedra, y el hallazgo en ella de tipos arquitectónicos muy singulares (Delibes, 2010: 20). *“Las piedras utilizadas, procedentes del desmantelamiento del nivel pontiense de los páramos próximos, nunca se presentan en bloques de grandes dimensiones, circunstancia ésta que habría aconsejado colocar de forma diferente – tal vez en sucesivas hiladas – los bloques de que se disponía” (Delibes et al., 1992: 12).* Esta circunstancia habría derivado en la creación de una solución “alternativa”, denominada como “Redondil” (ver descripción en subepígrafe 6.2.1), no por cuestiones de carácter funcional o de diferencias socio-culturales, sino a causa de las condiciones geo-litológicas específicas de la zona (Delibes et al., 1987: 187; Delibes y Del Val, 1990: 56; Galán y Saulnier, 1984-1985: 65). Esta hipótesis se pone en duda a raíz del hallazgo y estudio del monumento palentino de La Velilla y del vallisoletano de Los Zumacales (ver Anexo 1). Los recintos camerales de ambos están constituidos por ortostatos de gran tamaño que, si bien se hallan colocados horizontalmente, podrían haberse dispuesto hincados en vertical conformando una cámara dolménica clásica. Por tanto, el “Redondil” no es una alternativa arquitectónica condicionada por factores litológicos, sino las condiciones geológicas, sino una opción escogida voluntariamente ligada a determinadas tradiciones o valores simbólicos de clara tendencia colectivizadora, que además permite solventar algunos obstáculos como la falta de piedra (Delibes, 1995: 65). *“En algún caso, como el de las tumbas de enormes losas planas de Simancas y La Velilla, que alguna vez hemos denominado redondiles, podría ocurrir que la cristalización de tan sorprendentes innovaciones respondiera a un deseo de las poblaciones tardoneolíticas del Duero Medio de afirmar y proclamar su personalidad tribal, su etnicidad, es decir que hubieran sido la expresión de una voluntad de distinguirse de “los otros”, sirviéndose para ello del sin par lenguaje de la arquitectura de sus sepulcros” (ibídem).*



Otra de las hipótesis de mayor acogida para la interpretación del "polimorfismo" megalítico es la que plantea una secuencia evolutiva en términos crono-tipológicos como causa de esa variabilidad, basándose, principalmente, en dataciones absolutas y en las frecuencias de la presencia/ausencia de ciertos elementos característicos de la cultura material asociada a los contextos megalíticos. Una buena sistematización en este sentido, realizada dentro del territorio de estudio, es el modelo diacrónico definido para el desarrollo del Megalitismo en la comarca de la Lora burgalesa (Delibes y Rojo, 2002). Esta propuesta establece cuatro tipos de estructuras megalíticas que, en algunos momentos de la secuencia, conviven, pero cuya aparición parece responder a un proceso de sustitución de la forma simple por otra más compleja (ver Figura 8; para dataciones de los monumentos de esta zona ver Tabla 2):

- Pequeños túmulos no dolménicos (ver Figura 8A): contienen un osario colectivo de pequeñas dimensiones, que albergaría a pocos individuos, sin una estructura delimitadora clara salvo, quizás, alguna piedra de mayor tamaño que pudiera estar protegiendo y separando el depósito sepulcral de la estructura tumular. El diámetro del túmulo oscila entre los 8-10 m y alcanzan como máximo unos 2 m de altura. Algunos ejemplos son el túmulo de El Rebolledo y el de Fuente Pecina IV (ver Anexo 1 y Figura 13D). Su cronología absoluta remite a finales del V milenio cal. BC, correspondiendo a una fase de "monumentalización de la sepultura previa a su megalitización" (*ibídem*: 3).

- Dólmenes simples bajo pequeños túmulos (ver Figura 8B): es el tipo de sepultura más común en la zona de las parameras de La Lora burgalesa. Están constituidos por cámaras poligonales de tendencia circular, formadas por ortostatos apaisados reforzados por círculos peristálticos, y cubiertas vegetales o de madera. El diámetro de cámara está cerca de los 2 m y el del túmulo varía entre los 10-12 m con aproximadamente 1,5 m de altura. En algunos casos, se ha documentado una trampilla a modo de acceso vertical (como en Fuente Pecina I y II -ver Anexo 1-), por lo que no serían tumbas completamente cerradas como sus antecesoras. Las dataciones los sitúan a inicios del IV milenio cal. BC (en torno al 4000 cal. BC), aunque su pervivencia temporal es más amplia, llegando a solaparse en sus límites cronológicos iniciales con las formas no dolménicas y posteriormente con las soluciones de corredor. Podrían interpretarse como el resultado lógico del desarrollo local de los anteriores monumentos megalíticos, sin influencias externas.

- Dólmenes con acceso simple (ver Figura 8C): en este modelo se unen rasgos innovadores, como la presencia de pasillo o la tendencia circular del recinto cameral, con características arcaicas, como el alargamiento de la cámara o la disposición de los ortostatos (tanto en la cámara como en el corredor) de forma apilada y/o apaisada. En este caso, los túmulos pueden alcanzar los 15 m. Los dólmenes de Valdemuriel, Ciella o la Nava Negra (ver Anexo 1), son algunos ejemplos. Su cronología se solapa con la de las cámaras simples sin acceso, por lo que se plantea un posible desarrollo simultáneo de ambos tipos. La construcción de estas arquitecturas aún no requeriría de una gran inversión de materia prima y esfuerzo, pero ya se observa una cierta preocupación por el factor monumental y su imagen como construcción colectiva, quizás debido a una creciente necesidad social de reforzar la identidad de grupo.

- Grandes sepulcros de corredor (ver Figura 8D): presentan cámaras casi totalmente circulares, constituidas por numerosos ortostatos enhiestos y cubiertas por estructuras adinteladas, posiblemente de madera, apoyadas sobre un poste central. Los corredores se alargan y llegan hasta el perímetro tumular. Los túmulos, que llegan a alcanzar más de 25 m de diámetro y 2,5 m de altura, son variados y pueden estar conformados de piedra y/o tierra; además, suelen contar con peristalito y anillos pericamerales. Es el caso de los conocidos dólmenes de El Moreco, Las Arnillas o La Cabaña (ver Anexo 1). Su cronología se desarrolla a lo largo del IV milenio cal. BC (entre el 3700-3200 cal. BC).

Esta secuencia crono-tipológica demuestra que, si bien a lo largo del IV milenio cal. BC se utilizaron diversas fórmulas arquitectónicas megalíticas, todos ellos mantienen su esencia como construcciones colectivas y primeras monumentalizaciones del paisaje. Esta diversidad se explicaría por factores internos de las poblaciones usuarias, diferentes respuestas ideológicas o simbólicas a determinadas necesidades del ritual, pero no por influencias externas o por la adopción de modelos foráneos (aunque sí existen evidencias que apuntan, como se verá más adelante, a la interacción con grupos de otras regiones peninsulares). *“Más que reflejo de la creciente destreza arquitectónica de quienes construyeron los monumentos o de la espontánea y repentina incorporación a La Lora de modelos megalíticos exóticos y más universales, es, sobre todo, trasunto de unas necesidades sociales nuevas que se proyectan en el plano religioso y que aconsejan, si es que no demandan, una constante invocación de los ancestros”* (Delibes y Rojo, 2002: 1).

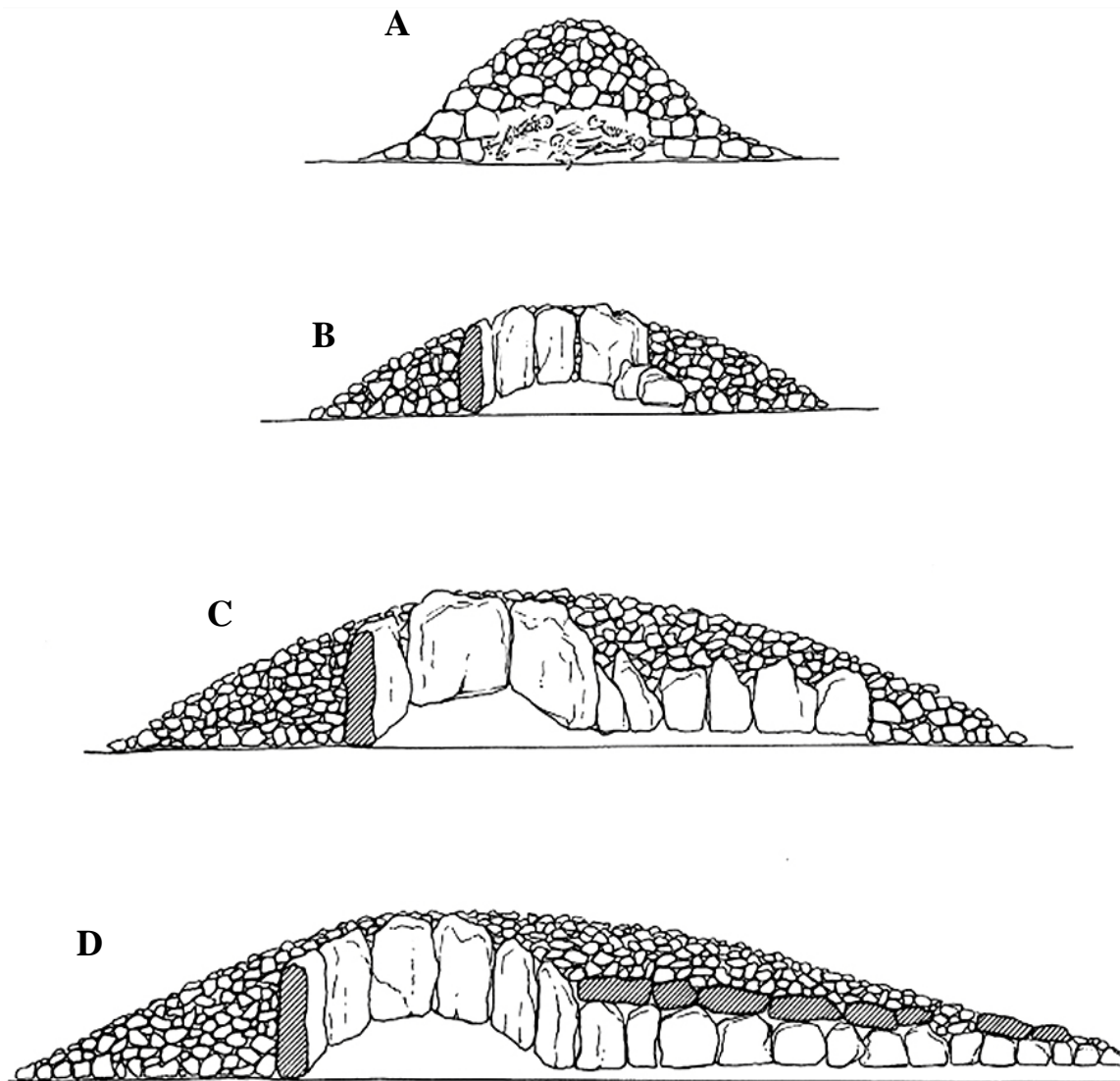
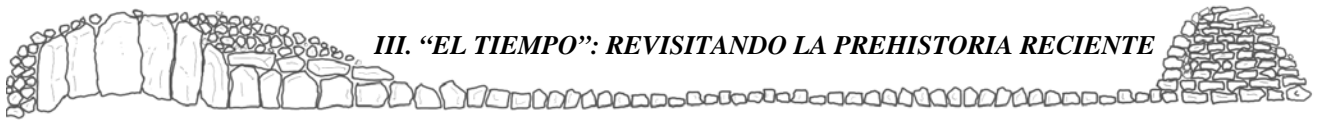
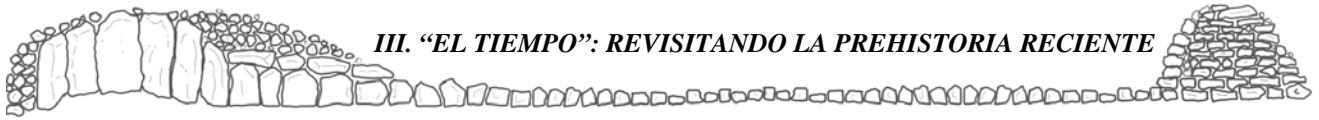


Figura 8: Imagen esquematizada del "polimorfismo" megalítico documentado en la Lora Burgalesa (Delibes y Rojo, 2002)

En otras regiones del territorio duriense donde, como en el caso anterior se han llevado a cabo proyectos de investigación a largo plazo e intensivos trabajos de campo, se han planteado también este tipo de secuencias crono-tipológicas (Delibes *et al.*, 1992: 10). De nuevo, se basan en la cronología absoluta y en la lectura evolutiva de la mayor o menor complejidad arquitectónica de las estructuras megalíticas. *"Vemos os tumuli "elevarem-se", complexificarem-se, impõrem-se à paisagem circundante mas, também assistimos à sua "minimalização", à sua absorção pela paisagem. Embora mantendo alguns aspectos exteriores, comuns às grandes "colinas artificiais", tanto a sua implantação paisagística como os espaços deposicionais funerários neles contidos, sofreram alterações: agora, o meio físico impõe-se-lhes como algo de pré-existente e as*

sepulturas perderam grande parte da sua carga simbólica (os espaços sepulcrais parecem, nesta fase, integrar-se nos “territórios” dos vivos, de forma mais fluida, menos marcante)” (Pereira da Silva, 1993: 97). En el caso de los conjuntos megalíticos de la *Serra de Aboboreira* (Da Cruz, 1995: 82-89), las fechas más antiguas, que remiten a mediados-finales del V milenio cal. BC (4450-3700 cal. BC), se asocian al modelo constructivo del *dólmen simples*, con cámaras poligonales de pequeño tamaño, abiertas o cerradas, contrafuerte adosado y un túmulo en tierra cubierto por una coraza pétreo (se con el tipo denominado en este estudio “Cámaras simples”). Ligeramente más reciente, finales del V-inicios del IV milenio cal. BC (4000-3650 cal. BC), sería la fórmula de la *fossa sob tumulus*, un tipo que como tal no se ha definido en este trabajo pero que encajaría dentro de la categoría de “Túmulo simple”. Por último, el *dolmen de corredor* (en este caso no se hace una diferenciación cronológica en función de la longitud del pasillo), que responde a las mismas soluciones con acceso definidas anteriormente, con el “añadido” de una zona de atrio a la entrada del monumento. Su cronología abarca prácticamente la segunda mitad del IV milenio cal. BC (3600-3100 cal. BC).

Este “polimorfismo” megalítico, leído en términos de sustitución diacrónica de unos tipos por otros más complejos y monumentales, ha dado lugar a numerosas interpretaciones de distinta naturaleza. La hipótesis de la “Megalitización en dos fases” (Delibes, 1995: 66; Delibes y Rojo, 1992: 12-13) defiende la existencia de un periodo inicial en el desarrollo del Megalitismo, caracterizado por pequeñas construcciones de gran variedad tipológica, muy numerosas y dispersas; a partir de mediados-finales del IV milenio cal. BC, se iniciaría una nueva fase con la adopción de tipos más estereotipados y canónicos como los sepulcros de corredor. En clave marxista, se ha interpretado como un proceso ligado a los cambios sufridos en el ámbito económico (Sherratt, 1990). El emplazamiento de los megalitos en lugares estratégicos, para el control de las zonas de paso o de determinados recursos, ha llevado a plantear su función como posibles marcadores territoriales, en un contexto de aumento de la producción y la presión demográfica y de creciente competencia por la tierra, a través de los que un grupo legitimaría su “derecho” a trabajar ciertos terrenos que ya ocupaban sus antepasados (Renfrew, 1976). Partiendo de esta idea, las primeras construcciones megalíticas, pequeños y dispersas, pero muy numerosas, estarían ligados a grupos también de escasa entidad y muy diseminados por el territorio, cuya estrategia subsistencial fundamental sería la práctica agrícola. Su escaso desarrollo tecnológico les

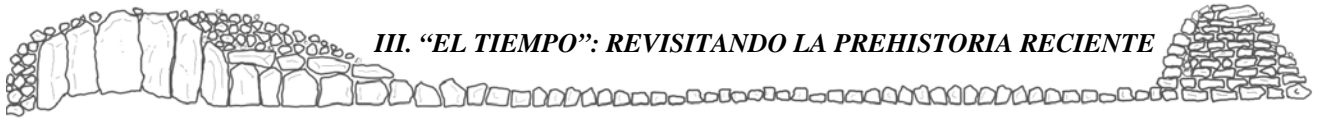


obligaría a desplazarse de manera itinerante buscando nuevas tierras fértiles no agotadas, abarcando así un amplio área de explotación. En este marco, los megalitos servirían a modo de marcadores territoriales de los recursos bajo control cada uno de los grupos (Rojo, 1990: 61). Posteriormente, con los avances técnicos, las poblaciones comenzarían a cultivar mayores extensiones y podrían disminuir la frecuencia de sus desplazamientos, puesto que las tierras tardaban más en agotarse. Su área de control o explotación sería, por tanto, mucho menor, pero en ella se incluirían una gran cantidad de recursos. El megalito aparece, de nuevo, como hito territorial de un grupo y como elemento disuasorio frente a otros (*ibídem*: 61-62). Por otro lado, se daría una necesidad creciente de centralización y control de la población, dado que los fenómenos de intensificación productiva y desarrollo agrícola requerirían de abundante mano de obra (Delibes y Rojo, 2002: 12-13). En este sentido, las comunidades se agregarían en su propio beneficio, creándose grupos cohesionados y fuertes que necesitarían de símbolos entorno a los que congregarse y reforzar sus lazos de unión. De este modo, tendría lugar la segunda "monumentalización" de las arquitecturas y del paisaje. Por tanto, se trataría de un proceso "en relación con una progresiva complejidad social y, probablemente, con un acceso diferencial a los recursos. Una sociedad, en suma, cada vez más jerarquizada y que se basa en la jefatura como modelo de organización" (*ibídem*: 13).

En esta misma clave de dualidades megalíticas asociadas a mudanzas de carácter socio-económico se ha interpretado el paso de los sepulcros cerrados a los sepulcros abiertos, hecho que, a su vez, estaría estrechamente ligado a cambios en las necesidades del ritual y de la propia concepción de la muerte (*ibídem*: 9-10). Los primeros megalitos funcionan, durante un tiempo más o menos breve, esencialmente como tumbas, la "casa de los antepasados". Su acceso no sería público, pues sólo se abrirían con objeto de los ceremoniales, con el fin de evitar cualquier contacto entre el mundo de los vivos y el de los muertos, dos realidades completamente diferentes y que habrían de mantenerse separadas. Una vez que se da por finalizado su uso como recintos funerarios, estos sepulcros se clausuran y se monumentalizan convirtiéndose en "monumentos para el recuerdo" (*ibídem*: 9). Los sepulcros abiertos, por su parte, representan una relación diferente entre los vivos-muertos, dos realidades que ahora permanecen ligadas a través de la "exhibición" de los restos de los antepasados, quienes juegan un importante papel en el devenir de las sociedades. De este modo, se sustituyen "lo que inicialmente fueron meras tumbas por monumentos de más compleja condición y significado, en los que, además de facilitarse el descanso a los muertos y de hacer alarde de la cohesión del

grupo propietario, se materializará y estrechará la comunicación con los ancestros” (ibídem). Estos nuevos monumentos se construyen para perdurar, son “tumbas para la eternidad” (ibídem; Rojo, Kunst et al., 2005), cualidad que, junto a su naturaleza como “casa de los antepasados”, los convierte en exitosos referentes identitarios, en un contexto de plena crisis en el que los grupos necesitan de símbolos sólidos a los que aferrarse para no desaparecer. Así, la dimensión puramente funeraria del megalito va perdiendo fuerza, frente a la adquisición de funciones más acordes a las de un centro ceremonial, cuyo uso comunitario sirve de mecanismo de lubricación social. En este proceso, parece darse también una clara dicotomía entre el concepto de monumentalidad interna y externa, que se basa en la observación de que cuanto mayores son las dimensiones de la estructura (y, por tanto, se invierte bastante fuerza de trabajo en su construcción), los ajuares y/o ofrendas votivas son menos numerosos (en proporción al tamaño del espacio sepulcral y de su potencial capacidad) y más estereotipados. “Lo que comienza siendo estrictamente una tumba, concebida además para unos pocos difuntos, acaba trocándose en una construcción simbólica en la que el individuo (y con él sus enseres particulares, las ofrendas) pierde casi todo el protagonismo frente al significado ritual y de propaganda del monumento” (Delibes y Rojo, 2002: 9).

Estas secuencias crono-tipológicas lineales que, por lo general, se basan en el razonamiento de que lo más simple es más antiguo y lo más complejo más reciente, han sido criticadas en los últimos años al albor de nuevos hallazgos (Bueno, 2000: 64; Bueno et al., 2010: 162; Oliveira, V., 2000: 363). Por un lado, existen zonas en las que las arquitecturas más complejas, es decir, los sepulcros de corredor, remiten a cronologías muy antiguas (inicios del IV milenio cal. BC) y por tanto las hacen coetáneas de aquellas formas más simples (ibídem: 70; Da Cruz, 1995: 105). Éstas a su vez en algunos casos remiten a cronologías antiguas, pero también a otras más recientes o se encuentran asociados a elementos propios de un “Megalitismo avanzado” (Bueno et al., 1999a: 66 y 157). Estas corrientes críticas defienden que la diversidad arquitectónica no tendría una explicación en términos de sustitución del modelo arquitectónico a lo largo del tiempo, sino más bien estarían determinadas por razones de orden funcional, condicionadas por una pluralidad de funciones y necesidades a las que se asociarían los megalitos, puesto que hay que tener en cuenta “la posibilidad de que, desde el primer momento del Megalitismo, existiera una pluralidad de funciones y necesidades y, por ende, de modos constructivos adaptados a ellas” (López de la Calle

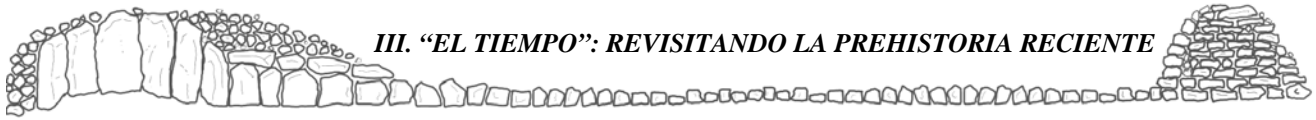


e Ilaraza, 1997: 319). Por tanto, tanto los elementos comunes como los diversos podrían darse, en ambos casos, en contextos de contemporaneidad o en secuencias diacrónicas (De Blas, 1995: 72). Por tanto, no existiría sólo una, sino varias razones, por las que los distintos grupos decidían enterrar a sus muertos de una forma u otra, “*factores como os recursos naturais, organização sócio-económica, técnicas de exploração e condicionantes ambientais estão presentes e justificam a continuidade e as rupturas da mancha megalítica...*” (Duarte y De Oliveira, 2000: 465).

En el contexto del territorio duriense, como se verá a lo largo de este trabajo (ver subepígrafe 7.1.3 y Gráficos 48-50), en el estudio de las dataciones absolutas disponibles atendiendo al tipo arquitectónico, no se observa un claro patrón de comportamiento en términos generales que pudiera sustentar una hipótesis de una evolución de tipos hacia una mayor complejización en el territorio duriense. Analizando aquellos contextos datados correspondientes a los “eventos de construcción, uso y clausura” del monumento, en las primeras fases de actividad megalítica (segunda mitad del V y primeras centurias del IV milenio cal. BC), están presentes tanto sepulcros de corredor, como cámaras simples y túmulos simples, con representación de los distintos tipos en diversas partes del territorio, por lo que tampoco se puede hablar de una secuencia evolutiva hacia la complejización en términos geográficos. Además, uno de los últimos “eventos de construcción” datados para el territorio se corresponde con una forma simple (la *mamoá* de Abogalheira I –ver Gráfico 48-), por lo que tampoco se puede afirmar de manera absoluta que estas fórmulas más simples se asocien siempre a cronologías antiguas. Lo que sí parece intuirse es que desde mediados del IV milenio y hasta inicios del III milenio cal BC, la actividad parece concentrarse en las arquitecturas de mayor tamaño, mientras que en el resto desciende. Por tanto, se podría decir que si bien no existe una clara diferenciación en cuanto al momento de construcción de cada tipo, siendo aparentemente coetáneos, sí la hay en el desarrollo de su uso, puesto que mientras las formas más simples dejan de usarse, adquieren mayor protagonismo las grandes arquitecturas donde se concentra el esfuerzo y la actividad. Esto encaja bien con la idea planteada a nivel interpretativo anteriormente, de que con el tiempo los megalitos dejaron de ser simples tumbas y pasaron a utilizarse como edificios rituales y socio-simbólicos en los que se llevarían a cabo prácticas comunales, por lo que se requeriría de grandes espacios para albergar a más personas. Estos datos hay que tomarlos con cautela puesto que no hay que olvidar que sólo se está barajando aquellos contextos datados, y además, como ya se ha dicho, en este sentido puede existir un

importante sesgo por el desarrollo de la investigación que ha prestado más atención a las grandes construcciones. En el caso de los tipos arquitectónicos particulares de nuestro territorio, es decir los “Redondiles” y las “Tumbas-calero” (ver descripción en subepígrafe 6.2.1), ambos casos limitados a regiones bastante concretas del territorio, sí parece que su construcción se concentra en los primeros momentos del desarrollo del Megalitismo duriense, es decir, a inicios del IV milenio cal. BC. En el caso de las “Tumbas-calero” fechar su momento de construcción es muy complicado, puesto que es difícil discernir si la muestra de carbón tomada procede del “evento de construcción” del sepulcro o ya propiamente de su clausura. Sin embargo, todos los datos parecen apuntar a que si no todas, una buena parte de ellas fueron construidas, usadas y clausuradas durante las primeras centurias del IV milenio cal BC (ver Gráficos 48-50). Por tanto, parece que ambos tipos arquitectónicos (sobre todo las “Tumbas-calero”) se tratarían de fórmulas constructivas asociadas a los primeros momentos de actividad megalítica en el territorio duriense.

Estos resultados leídos desde una perspectiva general en todo el territorio no invalidan la posible existencia de secuencias crono-tipológicas bien definidas en ámbitos locales como los anteriormente expuestos. De hecho, hay otros testimonios de tipo arqueográfico que apuntan también en la dirección de que el fenómeno megalítico se van complejizando con el paso del tiempo, y está en los que se han denominado en este estudio como “modelos megalíticos compuestos”, que por su singularidad se han individualizado en este estudio (ver subepígrafe 6.2.1). Se trata de megalitos que en realidad están conformados por dos o más estructuras, y que por tanto no responden sólo a un tipo arquitectónico concreto sino a la combinación de dos de ellos (en el territorio de estudio no se han documentado más de dos tipos diferentes superpuestos o yuxtapuestos), como resultado de la superposición y/o yuxtaposición de varios sepulcros en un mismo lugar. En el valle del Duero/Douro, se han definido hasta 3 tipos de estos: la más habitual es la de “Cámara Simple-Sepulcro de Corredor”, y los otros dos tipos son muy singulares y sólo están definidos por un yacimiento cada uno y son los de “Tumba calero-*Tholos*” y “Tumba calero-Sepulcro de Corredor” (el monumento soriano de La Sima, y el burgalés de El Hundido, respectivamente –ver Figuras 13A y 19-). Por tanto, se reitera la idea ya repetida en varias ocasiones, que si bien a nivel general del fenómeno megalítico no se puede afirmar un patrón de comportamiento diferenciado en términos diacrónicos del uso de los diferentes tipos arquitectónicos, esto



no quita para que sí que fuera una elección local condicionada por una tradición o necesidades específicas del ritual, y del propio desarrollo de cada población.

Frente a esta diversidad o “polimorfismo” arquitectónico, el fenómeno megalítico presenta una gran estandarización y homogeneidad en otras facetas como las de la cultura material o las prácticas rito-funerarias asociadas. Hay que señalar que, como a lo largo de todo este epígrafe, sólo se está teniendo en cuenta aquellas evidencias asociadas al que podría denominarse como “horizonte megalítico” puro, y no a los “eventos de reutilización” posteriores, de los que se tratará más adelante en este trabajo (ver epígrafes 6.3 y 6.4).

La cultura material asociada a los megalitos, tanto en su faceta de ajuar, ofrenda votiva o hallazgo casual, como ya hemos dicho presenta en general una gran homogeneidad en todo el valle del Duero/Douro (Garrido *et al.*, 2012: 157; Rojo, 2014: 62). El tradicional “kit megalítico” caracterizado en numerosas ocasiones en la bibliografía (Bueno *et al.*, 2010: 177-178; Delibes, 2010: 32-41; Oliveira, V., 1983-1984: 41-43 y 1987: 280-283; Rojo, 2014: 62-66; etc.), destaca por la presencia recurrente de diversos artefactos líticos tanto tallados (fundamentalmente, microlitos y láminas generalmente sin retocar y de diferentes tamaños) como pulimentados (hachas y azuelas, e incluso a veces gubias u otros tipos de distintas características). Este “kit” megalítico se completa con el hallazgo habitual de elementos de adorno (fundamentalmente cuentas de collar de diferentes tipologías y materiales, además de colgantes y otros objetos más singulares como brazaletes o discos perforados), una menos común industria ósea (punzones y los característicos ídolos-espátula), y otros artefactos de naturaleza diversa y por lo general bastante peculiares. Entre estos últimos se documentan elementos definidos como artefactos simbólicos o idoliformes, en algunos casos, que fueron depositados por su apariencia llamativa sin ser procesados (prismas de cuarzo, minerales, ocre o cantos rodados) algunas ofrendas de animales (garras de oso o colmillos de jabalí a veces perforados para ser sustentados), y otros ítems que presentan manufactura antrópica pero que no encajan con ninguno de los grupos hasta ahora descritos (placas redondeadas o rectangulares sobre distintas piedras que a veces presentan decoración o bolas de barro cocido). Otra de las características destacadas es la ausencia o escasa representatividad de la cerámica (sobre todo en su versión decorada -Delibes, 2010: 33), sobre todo si se tiene en cuenta la importancia que

en aquella altura tenía el elemento cerámico para las poblaciones. Cuando está presente suelen ser o hallazgos casuales que se ha incorporado a la estructura de forma casual (y que suelen representar formas típicas del momento como recipientes hemiesféricos o de tendencia globular), o ciertas deposiciones muy singulares que nada tiene que ver con las formas habituales domésticas (claro ejemplo, los vasos macizos de El Miradero – Delibes, 2010: 33). Este carácter casual o accidental también se da en otros elementos del grupo de la “lítica pulimentada” como los molinos y manos o percutores/alisadores, que se suelen hallar integrados en las estructuras, aunque a veces también han sido interpretados a modo de deposiciones votivas de las herramientas utilizadas para construir el megalito. Los resultados obtenidos de los análisis estadísticos y cuantificaciones del conjunto de datos utilizado en este estudio (ver subepígrafe 6.2.4, Gráfico 12 y Tabla 1) encajan con esta visión clásica del “kit” megalítico.

También se han intentado establecer secuencias crono-tipológicas, en ocasiones, desde el estudio de la cultura material asociada a cada uno de los tipos arquitectónicos, a través de la presencia/ausencia de ciertos elementos característicos (Delibes y Rojo, 2002: 26-29; Delibes y Santonja, 1986: 202). En este sentido, se han elaborado secuencias tecno-tipológicas a partir del retoque y formas de los microlitos, que apuntan a que en las etapas más antiguas predominan, aunque hay un porcentaje considerable de segmentos, los triángulos de truncaduras cóncavas y tipología arcaiznate (incluso se llegan a considerar de “tipo Cocina”), mientras que con el tiempo se harán los trapecios de truncaduras rectas y retoque abrupto los protagonistas (Delibes y Rojo, 2002: 27; Rojo, 2014: 64). También tradicionalmente se consideraba la sustitución de los microlitos por puntas de flecha como un indicativo de que el megalito era de cronología más reciente y de hecho en muchos casos los foliáceos se asociaban sólo a sepulcros de corredor (Delibes y Rojo, 2002: 27; Delibes y Santonja, 1986: 202). Sin embargo, en nuestra opinión, esta hipótesis parte de una idea errónea que asocia ambos elementos al mismo nivel, mientras que serían propios de fases de uso diferentes. El hecho de que haya más puntas que microlitos no implica que la construcción sea posterior, sino simplemente que los eventos de reutilización pudieron llegar a ser más intensos que el propio uso fundacional del monumento; *“el hecho de que las nuevas puntas resulten muy frecuentes en los dólmenes salmantinos, en general mucho más abundantes que los geométricos, podría originar una valoración errónea de las misma [...] muy probablemente esa desproporción [...] responde a una circunstancia temporal: los megalitos salmantinos, cuyo origen neolítico nos parece bastante seguro en casi todos*

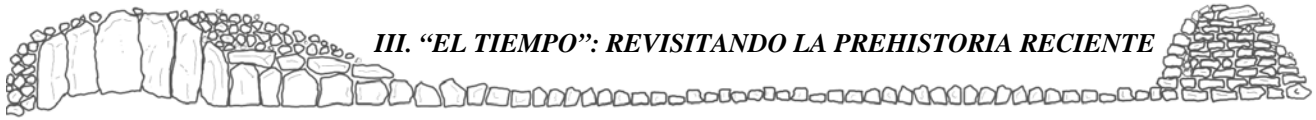


los casos, pudieron utilizarse durante más de un milenio, coincidiendo la mayor parte de su historia –al menos esa es nuestra impresión– con la etapa en la que la industria geométrica se encuentra en franca regresión” (*ibídem*). En este mismo sentido, se ha interpretado la presencia de láminas cortas o de grandes dimensiones, la de ídolos-espátula frente a la de punzones, o la de ciertos elementos de adorno como las pequeñas cuentas discoidales de pizarra o los *dentalium* frente a las cuentas de lignito o piedras como la variscita (Delibes, 2010: 33; Delibes y Rojo, 2002: 26-27). En términos más generales, también se ha interpretado en términos de cronología el hecho de que al principio los ajuares son más abundantes y diversos, y con el tiempo se hacen menos numerosos y más estandarizados, y en general con las piezas más grandes (*ibídem*: 28). También esta presencia/ausencia de distintos elementos de cultura material se han leído como pautas de comportamiento diferenciado a nivel geográfico. En este sentido se ha leído la presencia limitada de ciertos objetos a un área concreta, como en el caso de los ídolos-espátula cuyo hallazgo se restringe a la parte centro-este y NE del valle del Duero/Douro. Este tipo de elementos, que además en una gran mayoría aparecen decorados, bien con simples motivos geométrico o acanaladuras, o bien con representaciones esquemáticas femeninas, se han interpretado a modo de “*signos de etnicidad*” (Delibes, 2010: 32-33), que al igual que se ha comprobado mediante el estudio de los ídolos-placa sobre pizarra de la Meseta Sur y del SO peninsular (fundamentalmente en la región extremeña), serían marcadores de identidad grupal en los que las decoraciones identificarían a cada grupo (Bueno, 2010; Lillios, 2002)

Pero estas diferencias de patrón de comportamiento tanto cronológico como geográfico, se pueden rebatir desde diversas perspectivas y se deberían en realidad a otros factores ajenos a ese desarrollo de la actividad megalítica. En primer lugar, hay que señalar la dificultad existente a la hora de contextualizar la cultura material dentro del proio megalítico, puesto que además las cámaras, donde se concentran la mayor parte de los ajuares, suelen hallarse muy revueltos debido a las sucesivas intrusiones. Por tanto, la condición de “palimpsestos” de estos lugares (Delibes, 1985: 23 y 2004: 212) hace que en muchos casos sea imposible saber a qué momento de ocupación corresponde algunos elementos en concreto. De aquí parte algunas de las lecturas erróneas que tradicionalmente se han hecho, como la ya mencionada de considerar los microlitos y la puntas de flecha de retoque plano como propias del mismo momento de ocupación. Además, en aquellos megalitos que prácticamente no están alterados y que sí se pueden contextualizar bien los hallazgos, aparecen en muchas ocasiones asociados

los elementos que se consideraban como de distintos momentos cronológicos, como láminas cortas y grandes, espátulas y punzones o elementos de adorno como *dentalium* o las pequeñas cuentas discoidales de pizarra, con otros elementos de piedra de diferente morfología (ver Anexo 1). Por otra parte, la cuestión de la cantidad y cuantificación de los ajuares, tampoco es del todo fiable, puesto que la reducción de estos puede haber sido resultado tanto de prácticas prehistóricas como de eventos de saqueo posteriores, y el hecho de que normalmente se asocie la idea de los grandes sepulcros a pocos ajuares, podría encajar muy bien con esto, dado que serían los monumentos más visibles, y que por tanto habrían sido objeto de intrusiones de una manera más fácil. Por tanto, como se comentaba para la cuestión de las arquitecturas, estas diferenciaciones en términos cronológicos y geográficos siempre hay que tomarlas con cautela y aplicar distintas perspectivas, puesto que lo que puede funcionar a un nivel local puede no ser modelo a nivel general, pero no implica que sí haya funcionado de manera específica ligado a tradiciones concretas.

En general, los materiales hallados dentro de los megalitos depositados junto a los muertos o en otras partes, considerados como ajuares u ofrendas votivas, se diferencian claramente del utillaje doméstico. Esta afirmación se basa en diversas evidencias como la ausencia casi completa de cerámica (teniendo en cuenta que es uno de los elementos más habituales del poblamiento neolítico), el hallazgo de objetos elaborados específicamente para la ocasión (como algunos de los adornos o instrumentos que podrían portar los individuos enterrados), o elementos vinculados al ámbito ritual (como espátulas, prismas de cuarzo, o algunos de los denominados como artefactos simbólicos o idoliformes -Delibes, 2010: 32-). En este sentido, se ha podido comprobar que en un gran número de los elementos líticos tallados no presentan huellas de uso, e incluso en el caso de las láminas ni siquiera retoques. Por esta razón, se han considerado como piezas meramente rituales, elaboradas expresamente para la ocasión, que no habrían sido usadas en vida del difunto. Hay casos muy explícitos en este sentido, como el hallazgo de un conjunto de láminas con su núcleo en el túmulo burgalés de Fuente Pecina IV, o el grupo de láminas que aparecieron juntas y que remontan en el *tholos* de La Sima (Delibes, 2010: 32; Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 111-114; Rojo, 2014: 62 –ver Anexo 1-). También este aspecto se puede comprobar en algunos elementos pulimentados como ciertas hachas que no presentan ninguna melladura en su filo, o algunas de las pequeñas azuelas que han sido más bien interpretadas como pequeñas hachitas votivas (además, la ubicación en muchas ocasiones de éstas refuerza



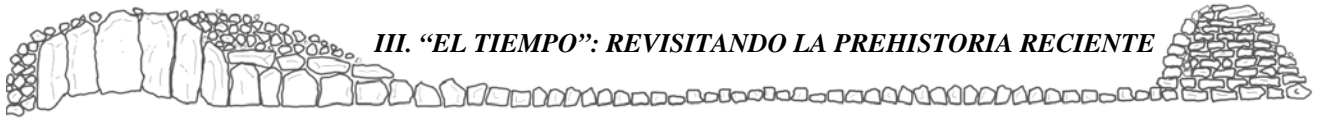
esta idea, en zonas de acceso o en las fosas de cimentación de los ortostatos a modo de rito fundacional, como acontece en Fuente Pecina II o en la *mamo*a de Algoas –ver Anexo 1-). Por su parte, los ídolos-espátula también se han interpretado como elementos puramente vinculados al ámbito ritual, tanto por su hallazgo casi exclusivo en contextos rito-funerarios, como por su asociación directa con los ceremoniales que se llevarían a cabo, ya que frecuentemente conserva restos de ocre, evidencia inequívoca de que pudieron servir en los rituales de enterramiento como instrumentos utilizados para espolvorear polvo rojo sobre los difuntos (Rojo, 2014: 65).

También el estudio de los ajuares megalíticos ha servido para plantear en ocasiones posibles relaciones o intercambios a larga distancia. La presencia de ciertas materias primas exóticas en el territorio de estudio (piedras como la variscita, elementos realizados sobre concha como el *Dentalium* o la *Trivia* –probablemente de procedencia mediterránea y atlántica respectivamente-, objetos de ámbar... -Delibes, 2010: 37-38; Villalobos, 2012 y 2015) han sido leídas como el reflejo de dichas redes de intercambio comerciales, que comenzarían a tener un movimiento ya fluido y que, como se ha visto en el epígrafe anterior (ver epígrafe 3.1), se fueron desarrollando y alcanzaron un papel importante a lo largo del II y II milenio cal. BC.

En relación a las prácticas rito-funerarias, también se observa una cierta generalización y estandarización de las mismas, pese a que como se verá, existen bastantes condicionantes ajenos a la realidad megalítica que impiden que en amplias zonas no se hayan podido documentar. A continuación sólo se va a hacer referencia a algunas de ellas, dado que tanto las que van a ser descritas, como otras como las distintas prácticas de clausura u otras actuaciones de carácter ceremonial, se van a detallar más en profundidad en posteriores capítulos (ver epígrafe 6.4).

En primer lugar, se tratará del ámbito puramente funerario y los actos asociados a él. Hay que señalar el enorme sesgo con el que se cuenta para este tipo de información, puesto que en gran parte del territorio la acidez del suelo supone que el material orgánico no se conserve, impidiendo acceder a esta información en muchos de los megalitos del valle del Duero/Douro (ver subepígrafe 6.2.4, Gráfico 14 y Mapa 19). Sin embargo, aquellos monumentos estudiados en los que sí se ha podido documentar parte o la totalidad del osario, muestran elementos comunes que han permitido extrapolarlos a todo el fenómeno megalítico duriense. Por una parte, se acepta que el megalito es una tumba de uso colectivo y diacrónico, que alberga inhumaciones

primarias que posteriormente habrían sido removidos a causa del uso recurrente del mismo espacio sepulcral (Rojo, 2014: 67). Acertadamente, algunos autores han señalado que en este contexto el término inhumación hay que cambiarlo por deposición puesto que en realidad los muertos no son cubiertos por tierra sino depositados al aire sobre un espacio vacío (Delibes, 2010: 19; Rojo, 2014: 67), lo que facilita que en las continuas visitas al lugar los restos óseos se desplacen. La imagen caótica de los osarios, en los que no había conexiones anatómicas y en los que parecía haber una significativa representatividad de algunas partes esqueléticas frente a la ausencia de otras, se utilizó tradicionalmente como argumentos para defender la naturaleza de depósito secundario de los megalitos, idea que se ha ido desechando con los hallazgos cada vez más numerosos de algunas piezas lábiles como articulaciones de muñecas, conexiones de falanges o huesecillos del oído, que, por su tamaño se habrían escapado a una mínima selección de los esqueletos (*ibídem*). Esta imagen se explica por las habitualmente documentadas prácticas de reacondicionamiento y manipulación de los huesos humanos, representadas a través de diversas manifestaciones (Garrido *et al.*, 2012: 157; Rojo, 2014: 67): agrupaciones de huesos largos, “nidos de cráneos”, acumulaciones óseas en las áreas periféricas del recinto cameral, selección y fragmentación intencional de ciertos tipos de hueso (la disimetría en relación a la), entre otras (ver subepígrafe 6.4.3, Figura 17A y C y Anexo 1). Destacan algunos ejemplos como el grupo de 15 cráneos localizado en el corredor de Las Arnillas, el “paquete” de huesos largos en un rincón de la cámara del sepulcro de San Quirce (Delibes y Rojo, 2002: 30), o la acumulación de restos humanos próximos a los ortostatos en la Nava Alta (Narvarte, 2005: 395 -ver Figura 17C y Anexo 1-). Es excepcional el osario del túmulo burgalés del Alto del Reinoso, gracias a cuyo estado de conservación completamente intacto y a la aplicación de un buen sistema de registro durante su excavación, se pudo documentar con detalle todas las prácticas de manipulación llevadas a cabo en el mismo, entre las que además de las ya mencionadas, se encontraron otras más singulares como la colocación de varias costillas formando círculos concéntricos o de cráneos enmarcados por huesos largos a modo de “caja” (Alt *et al.*, e.p.; Arcadia-FUNGE, 2007 -ver Figura 17A y Anexo 1-). Sin embargo, en algunas ocasiones se ha documentado la existencia de esqueletos en conexión anatómica (como en la Peña de la Abuela, La Velilla, EL Miradero o Alto del Reinoso, entre otros), que parecen por lo general corresponderse bien con los últimos depósitos antes de la clausura del monumento (puesto que los cuerpos se encontraban en un diverso



grado de pérdida de la sustancia blanda), o bien con los primeros cuerpos que fueron introducidos y que podrían haberse respetado a modo de “nivel fundacional” del lugar (pero no por cuestiones ligadas a sus propias personalidades).

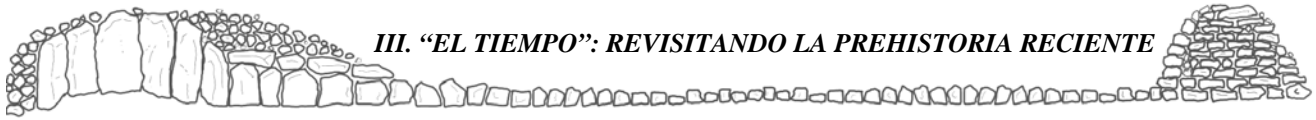
Se han registrado otro tipo de actuaciones que también conllevarían la manipulación de huesos humanos, en este caso trabajándolos y transformándolos en útiles, como es el caso del ídolo-espátula sobre radio humano del redondil vallisoletano de Los Zumacales o el puñal de Las Arnillas posiblemente realizado en una tibia, entre otros ejemplos (Delibes y De Paz, 2000). Es más que probable que la materia prima procediera precisamente de los osarios donde posteriormente se depositó dicho útil como ofrenda (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 19-20). En relación a este aspecto, algunos autores han planteado la posibilidad de que existiera una red de “circulación de reliquias” entre yacimientos (Delibes, 2004: 215 y 2010: 25), puesto que un hueso procedente de uno de estos sepulcros podría funcionar a modo de ítem protector contra posibles desgracias, debido al aura sagrada y “mágica” que lo envolvería.

El estudio de los osarios ha permitido obtener otro tipo de información interesante de cara a la interpretación del modelo social de las poblaciones usuarias de los megalitos. Los análisis de sexo y edad muestran evidentes sesgos poblacionales en el acceso a la tumba (Díaz Zorita *et al.*, 2012; Fernández Crespo, 2012; Fernández Crespo y De la Rúa, 2015; Garrido *et al.*, 2012: 157; Rojo, 2014: 69; etc. –ver Anexo 1-). El rango más representado es el de adultos, entre los 25 y los 40 años, seguido de la representación más moderada juvenil (entre 12 y 25 años). Por su parte, hay escasa representación de individuos infantiles (sobre todo los de menor, ya que los constatados suelen incluirse dentro de la categoría de 5 a 12 años), y de individuos seniles, por encima de los 40 años. Por sexos, claramente predominan los individuos masculinos sobre los femeninos, aunque existen algunos sepulcros megalíticos en que estas cifras se invierten (caso del túmulo soriano de La Sima –Rojo, Kunst *et al.*, 2005: Anexo 11-). Sin embargo, en nuestra opinión, estos sesgos no hay que entenderlos en el sentido de que el megalito fuera sólo la tumba de unos individuos elegidos, sino que los que se entierran allí representarían el “ideal social” de estas comunidades, que parece que se expresaría sobre todo a través de los individuos adultos masculinos (quizás ligado a una idea de fuerza y productividad).

Otras de las prácticas del ámbito rito-funerario ampliamente extendida en el valle del Duero/Douro es el empleo de capas el empleo de ocre u otro tipo de sustancia

de pigmentación rojiza para cubrir los depósitos fúnebres (ver subepígrafe 6.4.3), que se ha interpretado como una intencionalidad de “teñir de vida” los huesos ya que el rojo se asocia con la sangre y la carne, y por tanto con la vida. Hay varios ejemplos documentados en el territorio estudiado, de monumentos como el de Pena Mosqueira III o Los Zumacales, entre otros (ver Anexo 1). Sin duda, el mejor exponente de esta práctica se corresponde con el redondil palentino de La Velilla (Guerra *et al.*, 2009: 52; Zapatero, 2014), en el que la cantidad de pigmento rojo presente era tal que llegó a tinter por completo todo el contenido del osario (incluso el sedimento que lo albergaba), fundamentalmente los huesos humanos, por lo que parece evidente que en este caso estos “echadizos” se sucederían de una manera más o menos recurrente. Los análisis del pigmento demostraron que la sustancia utilizada no era sólo óxido férrico (el ocre es el mineral usado habitualmente) sino también cinabrio, componente que además de tener una coloración rojiza intensa tiene propiedades antisépticas y preservadoras, por lo que se ha planteado que su uso no estuviera ligado sólo a factores rituales (como ya se ha señalado en otra ocasión anteriormente, el rojo por asociación representa la carne y la sangre, y por tanto a la vida, y de ahí la importante carga simbólica de “pintar” los huesos de rojo), sino que es probable que se emplease como fórmula para evitar la rápida putrefacción de los cadáveres y disimular su olor (Delibes, 2000; Zapatero, 2014: 413-428).

Por último, hacer referencia a otra de las prácticas que, si bien no está tan generalizada como las anteriores, sí tiene bastante representatividad dentro del territorio de estudio (ver subepígrafe 6.2.3, Gráfico 11). Es el “Arte megalítico” una de las cuestiones que, mientras que en otras áreas peninsulares ha sido objeto de profusas e interesantes investigaciones (Bueno *et al.*, 2007, 2008 y 2013; Bueno y Balbín 2000 y 2003; etc.), en nuestro territorio de estudio han sido pocos los autores que han prestado atención a este respecto, limitándose, salvo alguna notable excepción (Sanches, 2008-2009 y 2010), a trabajos de síntesis muy generales o en relación a un yacimiento específico (Carvalho, 2012: 208-211; Da Cruz, 1988: 24-32; Delibes y Rojo, 1988; Oliveira, V. 1996-1997; Santos y Da Cruz, 2011 y 2013; Shee Twohig, 1981; etc.). Están presentes tanto la técnica del grabado como de la pintura, e incluso en muchos casos aparecen juntas (Mapa 15). Los motivos documentados son por lo general geométricos (líneas onduladas, reticulados, puntos y cazoletas...) que se asocian formando múltiples combinaciones, aunque también se han registrado algunos casos de



escenas figurativas (como antropomorfos o la singular escena de caza representada en uno de los ortostatos de la *Orca dos Juncais*). Hay que señalar que, en ocasiones, esta decoración se asocia no a la estructura interna del megalito como tal, sino al hito señalizador como estela-menhir que señalizaba el monumento. Estas escenas ornamentales de monumentos megalíticos han dado lugar a numerosas interpretaciones, siendo algunas de las sugerentes aquellas que los consideran como demarcadores territoriales gráficos que funcionarían a modo de símbolos de propiedad e identitarios de un grupo concreto, o como la representación esquematizada de ciertos personajes que serían como figuras humanas protectoras de los restos humanos (Bueno y Balbín, 2000 y 2003; Bueno *et al.*, 2005b: 84-100, 2008 y 2010: 180-181).

En resumen, se podría afirmar que el Megalitismo duriense es un fenómeno, en términos generales, bastante estereotipado, cuyos rasgos arquitectónicos, cultura material asociada y prácticas rito-funerarias aportan en gran medida unidad al fenómeno, lo que reflejaría que es el resultado de un sistema socio-simbólico y de creencias que debió de estar bastante generalizado. De ahí, que se pueda hablar de un "ritual megalítico" e incluso de un "kit" propio de los ajueres y ofrendas que se depositaban junto a los individuos que se enterraban en ellos. La diversidad observada en relación al tipo arquitectónico, o a la elección de algunos elementos u objetos concretos a modo de ofrendas (que ha dado lugar al establecimiento de secuencias crono-tipológicas como las expuestas en el ámbito local), respondería más bien a una suerte de tradiciones locales diferentes, que compartiendo unas mismas prácticas ceremoniales, aportan rasgos particulares de su idiosincrasia. De esta forma, el megalitismo se convierte en un elemento unificador, que nos permite obtener una visión global de las formas de vida de nuestros ancestros en un amplio territorio, y a su vez percibir distintas expresiones culturales de unas mismas fórmulas rito-funerarias.

3.2.2 EL "DOCUMENTO" FUNERARIO EN EL III Y II MILENIO CAL. BC: TRADICIÓN VS. INNOVACIÓN

La imagen tradicional del mundo funerario adscrito al periodo crono-cultural denominado como "Calcolítico", que a grandes rasgos se correspondería con el III milenio cal. BC, es su asociación al ritual colectivo, que sería reflejo de una determinada situación social, y a la construcción de megalitos o en su defecto al uso de cuevas sepulcrales como lugar de inhumación. Pero estos planteamientos se hacen cada

vez más insostenibles, sobre todo al irse conociendo importantes concentraciones de asentamientos calcolíticos en zonas sin dólmenes ni cuevas; por tanto hay que pensar que se daban otras formas de enterramiento. Además, es errónea la idea sostenida tradicionalmente de que durante el III milenio cal. BC se continuaron construyendo megalitos como norma habitual, puesto que de ser así se habrían documentado numerosos megalitos en aquellas zonas con una importante densidad de poblamiento relativa a dicha cronología. *“Si la costumbre de enterrar en dólmenes estaba plenamente vigente e incluso si en ese momento fue más intensa, nada debería impedir seguirlos construyendo allí donde fuera necesario: al contrario, se construirían allí donde no los hubiera o donde se produjeran nuevos asentamientos”* (Fabián, 1995: 138).

Las evidencias registradas hasta la actualidad parecen apuntar más bien al hecho de que, a partir de finales del IV milenio cal. BC, el concepto de la muerte cambia y se inicia ya una tendencia individualizadora. Cada vez es más evidente la ausencia de una norma fija para enterrar (no sólo desde el punto de vista estructural sino también conceptual), lo que refleja un cierto momento de crisis frente a la anterior normalización o estandarización. En este momento, la forma de concebir la muerte se debate entre la tradición y la innovación. Existe una gran variedad en el ritual funerario calcolítico del valle del Duero/Douro, no sólo en lo referente al “contenedor” (Figura 9), sino en la propia concepción del enterramiento.

Hay tumbas colectivas, individuales y múltiples. Desde inicios del III milenio cal. BC, se documentan enterramientos fuera de los megalitos en hoyos o fosas individuales, iniciándose así una tendencia hacia los depósitos funerarios individualizados. A pesar de que la mayoría de enterramientos documentados de esta época pueden calificarse como “colectivos” (hipogeos, cuevas sepulcrales, reocupación de antiguos megalitos...), en realidad han perdido la esencia de colectividad megalítica, transformándose en una especie de panteones familiares, de carácter múltiple y acumulativo, para individuos ligados por parentesco y élites (ver epígrafe 7.2). A partir de este momento, en las construcciones funerarias se prima la capacidad frente a la monumentalidad, dando lugar a grandes espacios interiores, que permiten albergar a un mayor número de difuntos (exigencia provocada por el aumento demográfico) y a su vez, diferenciarlos espacialmente. Se da una continuación formal en relación a los “contenedores” funerarios fundamentalmente por la permanencia de la morfología



tumular, pero la manera de enfrentarse a la muerte y la concepción de la relación entre los vivos y los ancestros ahora es diferente.

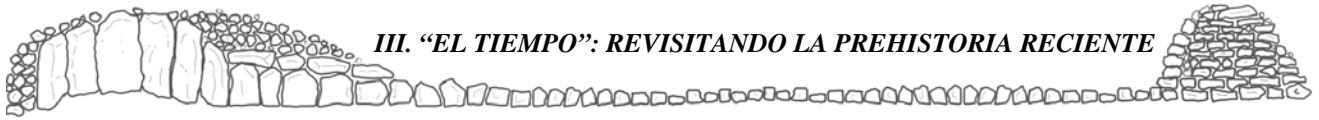
Se abandonan los lugares preeminentes del paisaje como lugares de ubicación preferida. Frente a la anterior monumentalización de los lugares de la muerte, ahora se monumentalizan lugares de asentamiento-rituales (Castelo Velho de Freixo de Numão) o santuarios rupestres (San Martín del Pedroso en Zamora). Hay que señalar, la aparición en este momento de inhumaciones colectivas en las que los restos presentan señales de violencia, que probablemente responden a un crecimiento de la conflictividad vinculado a un contexto de competencia entre los poderes emergentes. Hasta la actualidad, no existe ningún caso documentado en el territorio duriense, aunque en el vecino valle del Ebro podemos encontrar uno de los casos más representativos como es el sepulcro de San Juan *Ante Portam Latinam* en la localidad alavense de Laguardia (Vegas, 2007; Vegas *et al.* 2012).

Durante la segunda mitad del III milenio cal. BC, el mundo funerario adquiere nueva relevancia, fundamentalmente por la importante representación en él del denominado “fenómeno campaniforme”. Fueron los rasgos peculiares de este ámbito, inhumación individual en fosa y ajuar personalizado, lo que hizo a muchos investigadores histórico-culturales, como Maluquer, plantear la existencia de una “civilización campaniforme”. Frente a la hipótesis tradicional que vinculaba los ajuares campaniformes, sobre todo de “estilo Ciempozuelos”, con una determinada tipología funeraria, el registro arqueológico demuestra que existe una amplia variedad de manifestaciones funerarias propias de este momento. Junto a las fosas de inhumación simple, forma funeraria con precedentes en épocas anteriores, las gentes de este momento también llevaron a cabo estructuras funerarias pétreas que, o bien cubrían fosas de inhumación o constituían auténticas estructuras tumulares de mediano tamaño, que, sólo aparentemente, parecían reproducir los comportamientos ante la muerte de sus antepasados, puesto que ni son colectivas, ni abiertas. Es muy importante respetar la integridad individual, frente a las antiguas costumbres de los usuarios megalíticos de acabar con cualquier rasgo de individualidad en *pro* de una imagen colectivizadora. Son tumbas completamente cerradas o clausuradas, en el caso de los túmulos no tienen ningún elemento de acceso desde el exterior (corredor, atrio...), con el fin de que ese difunto no fuera jamás profanado ni pudiese volver a ser utilizado el mismo espacio sepulcral.

Paralelamente, está muy bien documentada la reutilización funeraria de sepulcros megalíticos, aunque también se conocen algunos ejemplos sobre niveles colectivos anteriores en cuevas sepulcrales (la idea de enterrarse en un lugar donde descansan los restos de los antepasados, sería en ambos casos la misma). Estas reocupaciones de antiguos espacios funerarios no es nada inocente, pues se convierte en una auténtica herramienta de poder mediante la cual las élites dirigentes reclaman el origen ancestral de su posición social, a la vez que legitiman la ocupación de un territorio por parte de la comunidad sobre la que asientan su poder.

Salvo excepciones, suelen tratarse de depósitos primarios, en los que el cadáver aparece flexionado o en posición fetal, por lo que puede definirse como una “*pauta ritual generalizada y uniforme*” (Garrido *et al.*, 2005: 419). Los ajuares funerarios presentan una fuerte tendencia a la estandarización, pero no sólo a nivel del objeto sino incluso de las combinaciones de elementos y su posición con respecto al cuerpo, lo que sugiere la existencia de unos actos ceremoniales muy normalizados. Además, es evidente, a diferencia de los momentos anteriores, la individualización del ajuar con respecto al personaje al que se le depositó. También parece obvio, en algunos casos, que los ajuares no se trataban de “amortizaciones” sino que eran fabricados expresamente para ser depositados en la tumba. La forma de enterramiento individual no sería propia o traída con esa cerámica simbólica que es el campaniforme, que por el contrario sí lleva asociados otro tipo de ceremonias, en gran parte desconocidas (como la del consumo de bebidas alcohólicas y posibles comidas...). Se continúa una tradición, en cuanto al lugar y al contenedor de las inhumaciones, y “*si en algo querían diferenciar un enterramiento era en el depósito de un ajuar campaniforme, no en el lugar o las circunstancias externas en que se colocaba, que eran las mimas para los portadores de campaniforme que para los demás*” (Fabián, 1995: 143). Estas novedades en el “gasto funerario”, que a diferencia de los momentos anteriores no recae sobre la comunidad (construcción de los monumentos megalíticos), sino sobre el propio difunto y sus allegados, denota el estado avanzado de una nueva organización social (Andrés, 1998) basada en la jerarquía y las relaciones entre líderes que compiten en prestigio y riqueza, ya no en nombre de la colectividad sino en beneficio de su propio poder (Garrido *et al.*, 2005).

Frente a momentos anteriores, las manifestaciones funerarias del II milenio cal. BC se caracterizan por su precariedad material y simpleza formal aparente. El mundo



funerario está incuestionablemente presidido por los rituales de inhumación individual, frente a las hipótesis tradicionales que defendían la incineración como la forma de enterramiento propia de esta época (de hecho, así se interpretaron los llamados erróneamente “basureros”, pues al hallar en su interior cenizas, se pensó que eran hoyos de incineración). Tras rechazar esta hipótesis tradicional, y ante la falta de manifestaciones funerarias (sin duda a causa de la carente investigación), se comenzó a hablar de que en este periodo los difuntos no se enterraban, sino que los cadáveres eran objeto de distintas ceremonias que no tenían como fin la conservación del cuerpo del difunto. Es cierto, que actualmente, por las escasas evidencias, se puede plantear la hipótesis de que no todo el mundo fuese enterrado, pero sí que existían tumbas.

En realidad, existe una gran variedad en cuanto al número de individuos enterrados, el tipo de contenedor y los ajuares (Bettencourt 2010a y 2010b). Se conocen enterramientos individuales, dobles o triples, en los que generalmente el cuerpo aparece apoyado sobre uno de sus costados en posición fetal, aunque cada vez son más los ejemplos que se conocen en posturas completamente extendidas, sobre todo el decúbito lateral. No hay que confundir esos enterramientos múltiples con depósitos colectivos (Esparza, 1990) puesto que se conciben como enterramientos individuales acumulativos, que podrían llegar a tener un carácter simultáneo. En cuanto a los lugares de inhumación, también se documenta una gran variedad: hoyos o fosas con funcionalidad funeraria o reacondicionados para ella, hipogeos (covachas excavadas en un lateral de una fosa y sellados con lajas de piedra o adobes), abrigos rupestres ya utilizados, cuevas, cistas y sepulturas planas de distintas morfologías, estructuras tumulares o los antiguos monumentos megalíticos (ver subepígrafe 6.3.2). “*Trata-se de um período em que já não se constróem dólmens no sentido estrito da palavra, e os sepulcros, mais discretos, de utilização limitada, não teriam já, cremos, a “função” congregadora da comunidades*” (Da Cruz, 2000: 377). Hay que señalar que de manera bastante generalizada se mantienen las construcciones pétreas de tipología tumular, pequeñas y de poca altura, que a modo de *cairn* albergan una o varias “cajas” mortuorias, y que suelen contar en su parte exterior con zonas cultuales para desarrollar ceremonias. Suelen aparecer integradas en necrópolis conformadas por numerosas estructuras tumulares, que a veces se ubican como “satélites” de un monumento megalítico central. Este tipo de arquitecturas es las que en ocasiones se ha denominado como *mamoas de tradição megalítica* (Pereira da Silva, 1997), puesto que su aspecto exterior rememora en cierta medida esas “tumbas de los antepasados”. La diversidad es

aún mayor en cuanto a los ajuares y ofrendas funerarias (aunque están individualizados y asociados a partes del cuerpo específicas como en las inhumaciones asociadas al “fenómeno campaniforme”), pues se conocen casos de una total ausencia y en otros hay conjuntos conformados por objetos valiosos como joyas de bronce, adornos exóticos, animales sacrificados. Esta situación ha sido interpretada por algunos autores como la evidencia más clara de la consolidación del proceso de desigualdad social, aunque otros defienden que esa diversidad en las formas funerarias es una simple perpetuación de la tradición, y es el diferente uso de ellas el que marca esas desigualdades (Esparza, 1990; Fabián, 1995).

Como ya se ha apuntado, a lo largo de este periodo se continúa reutilizando los monumentos megalíticos de manera habitual, frente a la idea preconcebida por distintas razones (mal registro, desconocimiento, malas excavaciones...), que afirmaba que los “eventos de uso post-fundacional” de los megalitos durante el II milenio cal. BC eran poco más que actos anecdóticos (ver subepígrafe 6.3.2).

También existen manifestaciones funerarias extrañas o peculiares en las que los cuerpos aparecen en posición forzada, completamente descoyuntados o con las extremidades desarticuladas (incluso aparentemente atados con cuerdas). La única interpretación que hay, de momento, es que se trata del enterramiento de ciertos individuos condenados, ejecutados o bien sacrificados (esta última teoría se acepta menos porque no suelen acompañarse de ningún objeto ritual). También aparecen partes del cuerpo aisladas (desde manos y piernas hasta cráneos), evidencias de tratamientos *post-mortem*, que se asocian con rituales y ceremonias simbólicas pero que en cierta manera recuerda a algunos comportamientos megalíticos. Incluso en ocasiones se han documentado restos humanos incompletos en contextos de habitación (fondos de cabaña, hoyos...), o junto a otros cuerpos completos. Se han hecho diferentes interpretaciones a este respecto que van desde su consideración como ofrendas rituales, tumbas reaprovechadas, fosas de descarnación o tratamiento de los cuerpos o como el testimonio de la existencia de un fenómeno de “circulación de reliquias” (Delibes, 2010: 25).

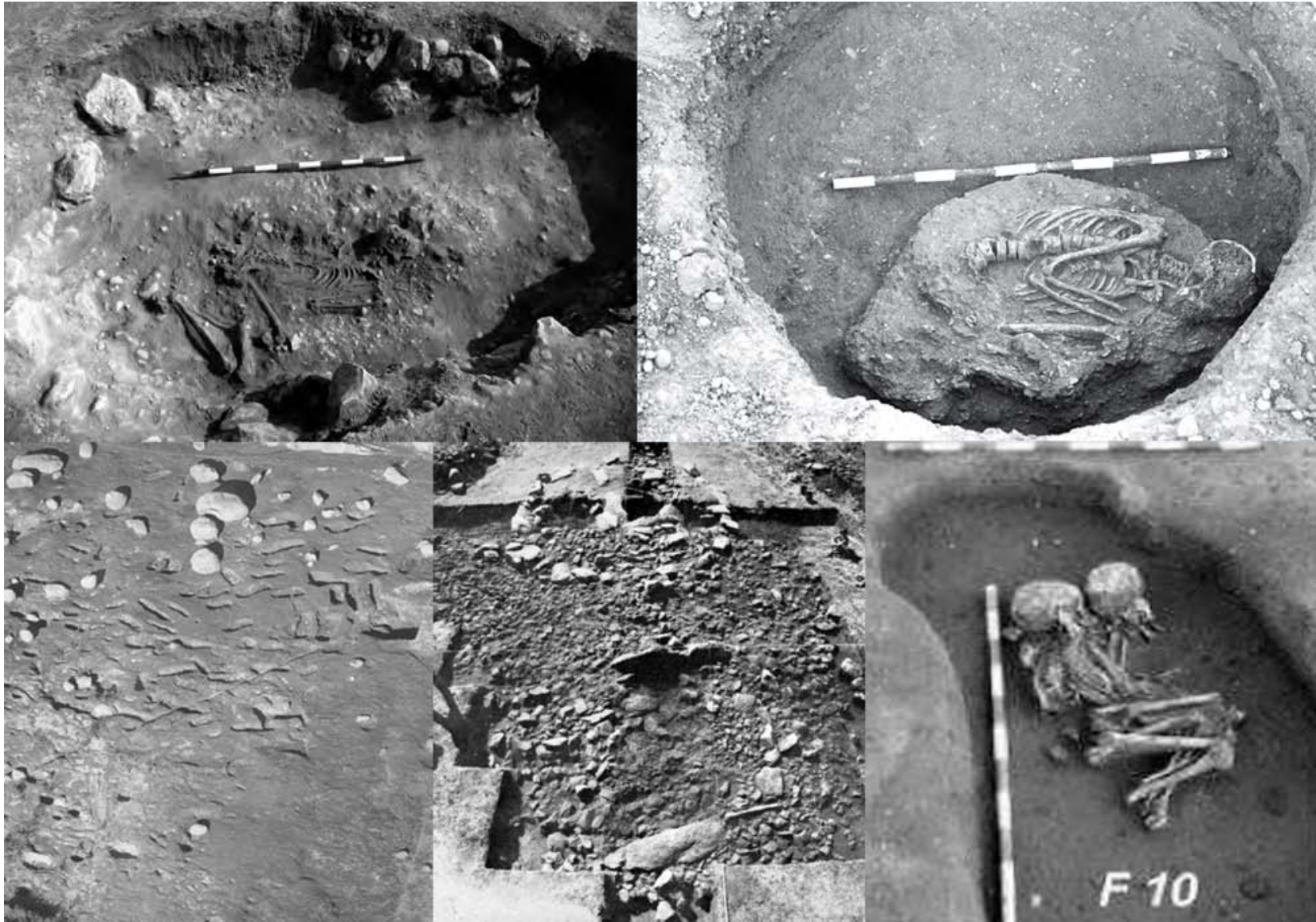


Figura 9: Diferentes manifestaciones funerarias adscritas al III y II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro
-(ver Índice de Figuras)

Esta variabilidad que caracteriza a las diferentes “facetas” del registro funerario adscrito al III y II milenio cal. BC ha dado lugar a numerosas hipótesis sobre las razones que la causaron. Para algunos autores *“no dependió tanto de las zonas y de las facies culturales como de las circunstancias internas de los propios grupos humanos que habitaron el territorio... Esta situación no sería sólo propia de La Meseta, sino también de toda o buena parte de la Península...”* (Fabián, 1995: 142).

Lo que parece fuera de toda duda es que, a lo largo del III y II milenio cal. BC, el mundo de la muerte sufrió una gran transformación vinculada fundamentalmente al desarrollo de dos fenómenos paralelos: la desaparición progresiva de la monumentalidad exterior de las tumbas (abandono de los panteones colectivos y de las construcciones tumulares) y crecimiento de la riqueza en los ajuares (reflejo en la muerte del prestigio “adquirido” en vida). Por tanto, las contradicciones que comienzan a surgir en el seno de las poblaciones van a tener también su expresión en el ámbito funerario. La imagen de colectividad deja de ser reflejo de una sociedad igualitaria, para ofrecer un “ideal social” que oculta las desigualdades cada vez más evidentes que se desarrollan en las relaciones intra-grupales. Todo ello tendrá también su reflejo en los “usos megalíticos” puesto que la funcionalidad de estos monumentos se adecúa a las necesidades de los nuevos usuarios, convirtiéndose en herramientas legitimadoras de su posición privilegiada y de control ideológico de las poblaciones.

La transición al I milenio BC y las primeras centurias del mismo conocen una importante transformación en el ritual funerario, que rompe con una larga tradición de milenios. Se generaliza la incineración como forma de enterramiento. El hecho de hacer desaparecer los cuerpos mediante la acción del fuego, no implica la anulación de la identidad individual, incluso la reafirma. El personaje queda representado mediante el funeral y objetos de ajuar que le van a acompañar al más allá, ceremonial a través del que se transmite una imagen interesada del difunto para toda la eternidad. Frente a esta innovación en el tratamiento de los cuerpos, la tradición impera en las construcciones funerarias, manteniéndose la misma diversidad que en épocas anteriores: cistas de piedra, fosas, túmulos... Los megalitos dejan de usarse, por lo general, como espacio sepulcral (ver subepígrafe 6.3.2) aunque permanecen en el imaginario colectivo como hitos del pasado. Se transforma el paisaje funerario, ya que las tumbas dejan de ser referentes espaciales (urnas de incineración bajo tierra), papel que empieza a recaer sobre los mismos poblados. Todo ello *“conlleva un nuevo modo de entender y*



III. "EL TIEMPO": REVISITANDO LA PREHISTORIA RECIENTE

enfrentarse a la muerte, siendo la máxima expresión de una tendencia individualizadora que viene desarrollándose desde los últimos momentos del megalitismo" (Fernández y Tejedor, 2011: 538).

La Naturaleza está completamente desacralizada por lo que la muerte ya no se vincula a ella, sino a una dimensión religiosa creada en sociedad; por ello, los enterramientos se realizan dentro de las propias tierras de cultivo. También cambian las relaciones entre los vivos y los muertos, de la mano de las modificaciones que se están produciendo en los sistemas de propiedad y de transmisión de herencia, propios de la agricultura del arado. El papel de cada individuo dentro de su sociedad, ya no depende de su control sobre los ceremoniales y ritos como ocasión de exhibición de riqueza y competición social, sino que se determina por los vínculos de parentesco, por lo que también las anteriores prácticas de ostentación funeraria pierden todo su sentido.

El poder y las relaciones sociales se entienden de otra manera. La "economía de bienes de prestigio" toca a su fin (ver subepígrafe 3.1.2.b), puesto que cada vez los intercambios comerciales son más habituales. La conflictividad entre las poblaciones es creciente, y las élites han de invertir sus esfuerzos en nuevas estrategias para mantener su poder, agotándose así el sistema de elevado consumo suntuario.

Estas transformaciones se observan en el mundo funerario. Las relaciones entre los vivos y los muertos cambian, de la mano de las modificaciones que se están produciendo en los sistemas de propiedad y de transmisión de herencia. Los allegados cuidan hasta el más mínimo detalle del funeral por interés, ya que son herederos del difunto. Su prestigio ayuda a elevar el estatus del linaje, unidad básica de organización social. Se construyen grandes estructuras tumulares a modo de panteones familiares, al estilo de los grandes túmulos principescos de Centroeuropa, que incluso en ocasiones cuentan con su propio *ustrinum* (pira funeraria), reafirmando así la identidad familiar. En las necrópolis, también se observa la importancia del linaje, puesto que la organización jerárquica viene marcada por las relaciones de parentesco.

3.3. EL FENÓMENO DE LA REUTILIZACIÓN MEGALÍTICA COMO OBJETO DE ESTUDIO

El Megalitismo, como testimonio singular y excepcional de las sociedades prehistóricas, ha suscitado desde siempre un gran interés dentro del ámbito académico, dando lugar a la publicación de un número inabarcable de artículos, trabajos de investigación y estudios interpretativos. Durante muchas décadas, estas investigaciones tuvieron como único objetivo intervenir en determinados sepulcros y recuperar el material arqueológico más destacado, sin preocuparse por aspectos relativos a su distribución, construcción arquitectónica o imbricación en el paisaje. Desde una lógica y una metodología completamente positivistas, se han estudiado los yacimientos de forma aislada, sin introducirlos dentro de un contexto arqueológico espacial y temporal más amplio, y renunciando a todo enfoque interpretativo de carácter global y sintético. Esta situación ha creado una gran contradicción en el desarrollo del conocimiento del fenómeno megalítico, porque a pesar de la larga trayectoria de investigación, cada vez tenemos menos certezas y más cuestiones abiertas a la hora de interpretar la realidad de las poblaciones usuarias de megalitos.

A partir de la década de los '80, vinculado a la renovación teórica y metodológica de las disciplinas de la Arqueología y la Prehistoria, se abrieron nuevas líneas y posibilidades de estudio dentro de la investigación megalítica. Sin embargo, existen aún muchos aspectos de esta realidad que, bien por su complejidad bien por su menor atractivo, no han sido objeto de sistemáticos trabajos.

Pero estas grandes arquitecturas monumentales no han sido sólo objeto de atención por parte de los estudiosos, sino que siempre han formado parte del imaginario cultural colectivo y como tal, incluso hasta la actualidad, no han dejado de sentir la actividad y manipulación de la mano humana. Bien por su dimensión mítico-religiosa (que ha dado lugar a la creación y transmisión de leyendas en torno a estos lugares, despertando la curiosidad de personas supersticiosas y de saqueadores en busca de tesoros) bien por sus imponentes estructuras constructivas (los ortostatos que las conforman han sido de manera habitual reaprovechados en nuevas construcciones, o el espacio interior utilizado a modo de polvorines o búnkeres en momentos de guerra, o con otros fines más prácticas como rediles para ganado), los monumentos megalíticos han sufrido sucesivas destrucciones y modificaciones en su arquitectura, con el fin de readaptarla a las distintas necesidades y circunstancias. Esta situación, que se antoja



muy interesante a la hora de realizar una lectura de la permanencia en el tiempo y en la memoria de estas manifestaciones megalíticas, constituye por otro lado un gran obstáculo para el registro y documentación de evidencias, puesto que una gran parte de los monumentos se hallan completamente revueltos o incluso destruidos.

3.3.1. EL ESTUDIO DE LOS "USOS POST-MEGALÍTICOS" EN LA BIBLIOGRAFÍA

Resulta sorprendente que un fenómeno tan recurrente como es el de la reutilización de los monumentos megalíticos a lo largo de la Prehistoria reciente, entendido como el uso diacrónico de un mismo espacio rito-funerario, no haya tenido un mayor protagonismo. En la bibliografía tradicional se ha tratado como un mero hecho anecdótico documentado apenas por breves apuntes en memorias de excavación, que consideraban los restos materiales adscritos a las cronologías "post-megalíticas" como el reflejo de actividades de saqueo o intrusiones que habían tenido lugar tras su etapa de uso fundacional. Es a partir de finales de la década de los '80, momento en el que se publican algunas síntesis destacadas sobre el Megalitismo peninsular (Delibes y Santonja, 1986; VV.AA., 1987), cuando se demuestra de manera específica la recurrente aparición de materiales asociados al "fenómeno campaniforme" en estas arquitecturas monumentales. Sin embargo, esta "faceta" megalítica continuó tratándose desde un punto de vista muy local (Benet *et al.* 1997; Delibes y Del Val, 1990; Lazarich y Sánchez, 2000), centrándose casi exclusivamente en los "usos" funerarios asociados al "fenómeno campaniforme", y sin prestar atención a las evidencias propias de otros periodos "post-megalíticos" (Mataloto, 2007: 125).

En los últimos años, esta cuestión ha despertado un renovado interés entre los investigadores peninsulares, siendo cada vez mayor el número de publicaciones que abordan, en clave interpretativa y no puramente descriptiva, cuestiones relacionadas con el largo recorrido de estas manifestaciones funerarias (Álvarez Vidaurre, 2006 y 2011; Beguiristáin y Vélaz, 1999; Bueno *et al.*, 2012; Delibes 2004; Fernández Ruiz, 2004; García Sanjuán, 2005 y 2008a y b; Lorrio y Montero, 2004; Mañana, 2003; Martín Torres, 2001 y 2008; Mataloto, 2007; Prieto, 2007; Rojo *et al.* 2005; Tejedor, 2013 y 2014; etc.). A pesar de esta actual tendencia, los trabajos aún son escasos y están muy enfocados a cuestiones teóricas y de interpretación, y, salvo excepciones (Álvarez Vidaurre, 2011; Martín Torres, 2001a y b; Narvarte, 2003), no abordan profundos estudios de síntesis a nivel suprarregional. Esta situación impide obtener una visión

global y contrastada, sobre el papel que desempeñaron estos hitos funerarios en los milenios posteriores a su construcción. Por esta razón, se antoja necesario llevar a cabo investigaciones específicas que contemplen análisis exhaustivos sobre el fenómeno de la reutilización de sepulcros megalíticos en amplias zonas geográficas.

Dentro del ámbito académico, la cuestión de estos “usos post-megalíticos” ha dado lugar al desarrollo de un interesante debate teórico acerca del devenir de las sociedades a lo largo de la Prehistoria reciente. Varios autores hablan de continuidad (Bueno *et al.*, 2005a; Delibes y Santonja, 1987; Fabián, 2006; etc.) ligada a la pervivencia de unas fórmulas funerarias con un marcado carácter colectivo y de los megalitos como recintos sepulcrales. De acuerdo con esta perspectiva, el orden socio-económico propio de los grupos que comenzaron a erigir estas arquitecturas monumentales perduró sin experimentar grandes transformaciones a lo largo de varios milenios, incluso llegando a afirmar la existencia de una cierta “*continuidad étnica*” hasta bien avanzado el II milenio BC (Delibes y Santonja, 1986: 208). Por tanto, estas reutilizaciones no serían tanto un aprovechamiento esporádico y puntual de determinados sepulcros, sino más bien la manifestación funeraria de las últimas generaciones de una larga tradición poblacional, que desde épocas ancestrales se enterraba allí. Sin embargo, esta continuidad en la utilización de un mismo espacio sepulcral, como defienden otros investigadores, no implica necesariamente la perduración de la misma ideología, ni de la misma estructura social y económica que lo originó (Benet *et al.*, 1997; Bettencourt, 2010; Delibes, 2004; Rojo, Garrido *et al.*, 2005; etc.). Prueba de ello sería el comportamiento diacrónico diferenciado de las formas de uso de estas arquitecturas megalíticas.

Más allá de toda interpretación, el hecho objetivo es que las reutilizaciones megalíticas son eventos recurrentes y no anecdóticos ni esporádicos (Bueno *et al.*, 2012: 108), y sus evidencias parecen apuntar en muchos casos a que “*nos hallamos ante un fenómeno pautado*” (Delibes, 2010: 45). Su naturaleza monumental convierte a los megalitos en “*realidades orgánicas, presentes en el imaginario colectivo a lo largo de todo el desarrollo de la humanidad, como referentes espacio-temporales visibles y palpables*” (Tejedor, 2008: 443). Los monumentos megalíticos son realidades orgánicas presentes en el imaginario colectivo a lo largo de todo el desarrollo de la humanidad. Su monumentalidad y permanencia como referentes espacio-temporales visibles y



palpables, serían cualidades conscientes para cualquiera de sus usuarios. Por esta razón, todas las poblaciones que han convivido con estas estructuras en su entorno, han integrado el elemento monumental en sus sociedades y lo han reinterpretado dotándole de nuevas funciones y significados. El resultado es que el megalito es continuamente reinterpretado y asimilado dentro de una ideología que le da pleno sentido. Por eso, resulta tan difícil marcar unos límites cronológicos en cuanto al fenómeno de la reutilización megalítica, y de ahí la necesidad de *“preocuparse por la cronología real de los enterramientos tumulares, en vez de restringirlos según nuestros intereses”* (Moreno Gallo, 2004: 16).

Intentar definir las distintas formas de apropiación de los monumentos y los posibles patrones de uso del espacio pasa por desarrollar un análisis amplio a escala temporal, pues *“sólo se puede valorar si un cambio es significativo en un ámbito fenomenológico, si éste se conoce en detalle a lo largo del tiempo”* (Prieto, 2007: 102). En nuestra opinión, toda investigación que pretenda observar una época concreta de la historia desde una perspectiva global, que supere los localismos y regionalismos actuales, ha de prestar atención a las manifestaciones recurrentes que de aquel momento se den en todo el territorio. El estudio detallado del fenómeno de la reutilización megalítica se presenta, por tanto, como un marco adecuado desde el que rastrear las transformaciones que tuvieron lugar en las sociedades a lo largo de la Prehistoria reciente (IV-II milenio cal. BC), a través de los diferentes “usos” dados a un mismo lugar.

3.3.2. NUEVAS PERSPECTIVAS PARA EL ESTUDIO DE LAS “ARQUITECTURAS MEGALÍTICAS”

La cuestión de las “Arquitecturas megalíticas” es uno de los temas tratados de forma marginal en la bibliografía. Tradicionalmente, estos sepulcros han sido considerados como simples contenedores de “tesoros” compuestos por piezas relativamente bien conservadas, relegando al olvido y a la indiferencia otros elementos de su ámbito interno y/o externo como son los depósitos óseos o las estructuras constructivas (García Sanjuán, 2008a: 4). Este tipo de enfoque sincrónico y estático (adjetivos que algunos autores han utilizado para caracterizar el estudio de las prácticas funerarias en general -Mizoguchi, 1993: 233-) entiende la arquitectura de estos monumentos como un evento único, sin atender a la posibilidad de diferenciar distintas fases en su construcción.

A finales de la década de los ‘80, algunos investigadores comenzaron a interesarse por estas cuestiones arquitectónicas pero aún desde un punto de vista histórico-cultural, con el único objeto de establecer secuencias crono-tipológicas de los megalitos y sin ninguna pretensión de desentrañar sus procesos constructivos ni de teorizar al respecto.

Es en la bibliografía francesa y anglosajona donde aparecen las primeras referencias en relación a estos fenómenos, tanto en el campo interpretativo como en de la evidencia arqueológica. Los autores franceses (Guy y Masset, 1991 y 1995; Le Roux, 2000; Leclerc, 1987; Leclerc y Masset, 1980 y 1987; etc.) fueron los primeros en proponer clasificaciones de los megalitos ya no simplemente como monumentos (como se había hecho hasta el momento) sino también como sepulturas (atendiendo a nuevos aspectos como la distribución del espacio sepulcral, la disposición funcional y/o simbólica de los artefactos, restos óseos o manifestaciones artísticas...) (Leclerc y Masset, 1987), y en reconocer que los cambios acaecidos en las megalitos fueron actos voluntarios e intencionados por parte de sus usuarios, y no sucesos fortuitos causados por el devenir histórico (Andrés, 2000: 70). De hecho, las mejores manifestaciones documentadas sobre la complejidad de los procesos constructivos y remodelaciones arquitectónicas llevadas a cabo en este tipo de yacimientos las encontramos en el Megalitismo francés (Guy y Masset, 1991 y 1995; Leclerc y Masset, 1980; etc.).

En la Península Ibérica, hace poco más de una década que comenzaron a aparecer publicaciones que podrían enmarcarse dentro de esta línea de investigación, aunque muchos son análisis de un yacimiento concreto (limitándose en bastantes casos a una simple descripción de las estructuras en las memorias o informes de actuación arqueológica) y en gran parte se circunscriben al área norte peninsular (Abad, 1995; De Blas, 1995 y 2006; Delibes, 2004 y 2010; García Sanjuán, 2005; Gianotti *et al.*, 2011; Huet y Da Cruz, 1994; Mañana, 2003, 2004 y 2005; Mataloto, 2007; Prieto, 2007; Rojo y Kunst, 2002; Rojo *et al.*, 2010; etc.).

Sin embargo, también podemos encontrar en la bibliografía peninsular trabajos en los que se ha tratado esta faceta desde una perspectiva más amplia y con un carácter más interpretativo. Hay que señalar que, bien por una cuestión de ciertas inquietudes locales o bien por pura casualidad, algunos de los estudios más sobresalientes en este sentido han resultado de investigaciones relacionadas con el Megalitismo en el valle del



Ebro. Así podemos mencionar, entre otros, los trabajos de Andrés Rupérez (1997 y 2000), Beguiristáin y Velaz (1999), Fernández y Mújika (2013) o López de la Calle e Ibarra (1997). En nuestra opinión, cabe destacar el proyecto doctoral desarrollado por Natividad Narvarte (2005), como el primer análisis detallado y sistemático de la “gestión funeraria” y procesos constructivos documentados en los monumentos megalíticos de una amplia zona geográfica (la cuenca media y alta del Ebro), constituyendo un buen modelo a seguir a la hora de abordar un trabajo en esta línea.

Como ya se ha señalado anteriormente, tradicionalmente se ha considerado la construcción de un megalito como un acto único resultante de la actividad de un grupo específico, *“un fenómeno cultural circunscrito a un tiempo y una sociedad”* (García Sanjuán, 2008b: 43). Toda modificación observada en la estructura tras su inicial periodo de uso ha sido atribuida a eventos marginales de destrucción y degradación, del mismo modo que la presencia de materiales de una cronología más reciente se ha interpretado como evidencias de violaciones o saqueos posteriores (Andrés, 2010: 32). Esta idea de que cualquier intervención realizada tras el “uso original” del sepulcro megalítico constituye una “deconstrucción” del mismo, está cambiando a raíz de recientes intervenciones que están aportando nuevos datos en relación con las modificaciones y reformas llevadas a cabo en estos lugares.

Frente a la teoría tradicional de que estos fenómenos eran anecdóticos, debido a la escasez de casos documentados, el registro arqueológico demuestra cada vez con mayor determinación que fueron actos normales y corrientes, *“algo que en realidad cabría esperar debido a la amplitud cronológica del fenómeno, al dilatado arco temporal en que algunos de los monumentos permanecen en uso, y a la propia endeblez de buena parte de los materiales empleados”* (Fábregas y Vilaseco, 2004: 80-81). Incluso algunos autores, como Masset, plantean la posibilidad de que la ausencia de este tipo de evidencias en algunos sepulcros sea consecuencia de la alteración u ocultamiento de estas actuaciones primigenias por parte de posteriores reutilizaciones.

Por tanto, más allá de cualquier interpretación, un dato objetivo es que este tipo de actos son hechos recurrentes y no anecdóticos. Por contra, lo excepcional sería el abandono y la destrucción de estos monumentos, puesto que *“un grupo humano nunca abandona voluntariamente a sus muertos... al arbitrio de un futuro indeterminable sin protegerlos de alguna manera, aunque sea por temor”* (Andrés, 2000: 66 y 69).

Es importante señalar que este tipo de alteraciones arquitectónicas no estarían asociadas en exclusiva a actividades de deposición funeraria y votiva, sino que existen muchas otras prácticas ligadas a usos de diferente naturaleza (Mataloto, 2007: 132-133) que también modificaron las estructuras y cuyas evidencias, aunque en ocasiones con gran dificultad, pueden documentarse arqueográficamente (García Sanjuán, 2005: 103). Estas reestructuraciones abarcan diferentes acciones de los procesos constructivos como son el sellado de las zonas de acceso, la ampliación o reorganización del área sepulcral, la retumulación, el añadido de nuevos elementos arquitectónicos o el mantenimiento del espacio interno y externo, entre otros (ver epígrafe 6.4). Todos estos cambios son las manifestaciones “físicas” de las reinterpretaciones y reinenciones sufridas por los monumentos megalíticos a lo largo del tiempo, cuyo estudio es fundamental para desentrañar la “historia” de estos lugares y de sus poblaciones usuarias.

Teniendo en cuenta esta premisa, las razones que dieron lugar a las recurrentes transformaciones producidas en los megalitos, al igual que las de su construcción o uso funerario, han de ser objeto de análisis. A pesar de las dificultades para su detección, y del escepticismo que aún hoy impera entre muchos investigadores a la hora de abordar estas cuestiones, es innegable su importancia de cara a la interpretación de la realidad megalítica, puesto que constituyen *“actitudes diversas derivadas de hechos nunca triviales sino de trascendencia social, respuesta a la necesidad de supervivencia del grupo, que exigen su necesaria distinción teórica y el intento de mejorar técnicamente su definición diferenciada, pues las huellas del cese de la función específica de un sepulcro son a veces más expresivas que las referidas al transcurso y avatares de su utilización”* (Andrés, 2000: 59).

3.3.3. HIPÓTESIS DE PARTIDA Y ALGUNAS CUESTIONES PREVIAS

Las remodelaciones arquitectónicas que se llevan a cabo en los distintos monumentos, bien durante su etapa fundacional y de uso inicial o bien durante sus fases de reutilización, demuestran que estos monumentos no son simples estructuras magníficas que permanecen estáticas, sino que son estructuras orgánicas, vivas, cuya permanencia en el tiempo y en el espacio conlleva una continua readaptación a la conceptualización de los mismos. Es decir, el monumento se adapta al mundo conceptual al que pertenece.

Esta misma idea aplicada al Megalitismo en general lo convierte en un fenómeno discontinuo, que se desarrolla con periodicidad, con momentos en que se



acumulan ciertas actividades constructivas y/o destructivas, asociadas a los distintos eventos de “uso post-fundacional”. Hay que alejarse de la idea tradicional del desarrollo megalítico como un proceso progresivo, lineal y en complejización constante. Se dan cambios en la forma de uso del espacio funerario, en los materiales depositados, en las fórmulas de enterramiento aplicadas e incluso en la manera de comprender y entender el megalito como tal, siempre ligada a un patrón de comportamiento ritual específico. Sin embargo, hay ciertas prácticas que de manera recurrente aparecen y desaparecen a lo largo de toda la “biografía” de estos monumentos. Por tanto, ¿se pueden esbozar pautas de comportamiento diferenciado en los “usos megalíticos” a lo largo de la Prehistoria reciente?

Esta imagen de las construcciones megalíticas como una “arquitectura viva”, en continua transformación, caracterizada por una “actividad monumental episódica y acumulativa” (Criado *et al.*, 2005: 859), rompe, por tanto, con la idea tradicional inmovilista de las sociedades prehistóricas. “*The lives of prehistoric monuments keep moving on*” (Holtorf, 1998: 34).

Esta amalgama de diferentes fases de construcción y reconstrucción (Bradley, 1998: 92) ha dejado ciertas huellas visibles arqueográficamente, que debemos tener en cuenta para interpretar el devenir de los megalitos. Todas las actuaciones llevadas a cabo en el espacio sepulcral y monumental requieren de la participación de un colectivo, y a su vez todo ritual sigue unas pautas marcadas por el grupo, por lo que si somos capaces de vislumbrar esos diferentes patrones de comportamiento podremos desvelar cambios importantes en la esfera de lo social. “*Lo que sí puede advertirse es que estas acciones suponen una actitud diferente... y un tratamiento de la muerte distinto... lo que denota un cambio en la ritualidad y, en definitiva, un cambio en la sociedad*” (Mañana, 2003: 175)

Partiendo de estas premisas, se podrían plantear muchas cuestiones: ¿razones de qué tipo llevaron a poner en marcha estas prácticas?, ¿por qué deciden utilizar distintas fórmulas rito-funerarias las mismas poblaciones?, ¿qué tipo de condicionantes o circunstancias hacen que entierren a sus muertos de una forma u otra?, ¿son razones sociales, económicas o simbólicas las causantes de esta gran variabilidad de los “usos post-fundacionales megalíticos”?

En el caso del desarrollo de algunas prácticas post-fundacionales específicas, como son los cierres y clausuras de estos sepulcros megalíticos, se podrían cuestionar aspectos como si se trataba de cierres temporales o definitivos, el lapso temporal que transcurría entre el momento inicial del uso inicial de la construcción y su sellado, o cuáles fueron los mecanismos a través de los que se decidían el momento y las pautas a seguir en el acto ritual dentro de cada comunidad (Andrés, 2000: 70; Narvarte, 2005: 290-295).

Muchas de estas preguntas quedarán seguramente sin respuesta, pero también es cierto que a través del estudio de los ciclos de uso es posible discernir, como se verá en posteriores capítulos, ciertas regularidades y tendencias en la reutilización diacrónica de estas arquitecturas monumentales. La presencia y/o ausencia de este tipo de evidencias podrían estar indicando el grado de movilidad de los grupos, de los momentos de normalidad o crisis sufridos, y de las transformaciones desarrolladas en el seno de las poblaciones.

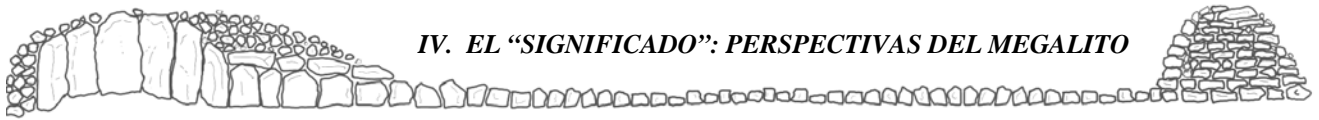
IV.

EL “SIGNIFICADO”:

**EL MEGALITO
DESDE DISTINTAS
PERSPECTIVAS**

*“No ha aparecido en el mundo un pensamiento un poco complejo
que no haya sido edificado, ¿por qué?
Porque todo pensamiento religioso o filosófico tiende a perpetuarse,
porque la idea que ha conmovido a una generación
quiere conmover a otras y dejar su impronta”*

(V́ctor Hugo, Notre-Dame de Paris)



4.1. EL IMPACTO DE LA “ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE” EN LA HISTORIOGRAFÍA

La evolución del pensamiento arqueológico no ha continuado una trayectoria lineal y progresiva sino que ha estado, y continuará estando, marcado por las distintas modas y tendencias de pensamiento determinadas por unas circunstancias socio-políticas específicas dentro de un contexto espacio-temporal concreto. En muchas ocasiones, se ha acusado a la Historia de producir un conocimiento de carácter presentista y con fuertes connotaciones ideológicas, alejándose de la neutralidad y la objetividad científica, y planteando hipótesis *“acordes con los intereses de un mismo proyecto social, y dirigidas a la producción de un “pasado” destinado a justificar un presente”* (Vicent, 1991: 31-32).

En este sentido, uno de los casos más ilustrativos son las tradicionales corrientes interpretativas positivistas, cuyas hipótesis refrendan las tesis evolucionistas y colonialistas decimonónicas, fundamentos básicos del pensamiento capitalista. Éste es uno de los grandes problemas a los que se enfrentan los prehistoriadores a la hora de interpretar las sociedades pasadas, puesto que la insalvable carga subjetiva hace que en muchas ocasiones se aporte una imagen completamente distorsionada de dichas poblaciones.

Hay que tener siempre presente que la mentalidad no es un factor estanco sino que también sufre sus transformaciones, y por tanto no puede pretenderse comprender los patrones de comportamiento que el ser humano desarrollaba hace milenios, desde unos parámetros mentales actuales. Este es el punto de partida del debate sobre la naturaleza científica de la disciplina arqueológica, el hecho de tener un objeto de estudio inaprensible para el conocimiento humano. Por esta razón, durante toda la segunda mitad del s. XX, una de las mayores preocupaciones de los arqueólogos y prehistoriadores ha sido dotar a la Arqueología de un “Método” y una “Teoría” específicos, con el fin de alcanzar un conocimiento científico de nuestro pasado. Esa carga subjetiva e ideológica que siempre pesará sobre la investigación de la Prehistoria, hace necesario la existencia de una fuerte conciencia crítica que cuestione continuamente los fundamentos epistemológicos de la interpretación arqueológica y su objetividad, *“una consideración filosófica de la Arqueología o de cualquier otra*

disciplina particular como un intento de “crítica radical” de su constitución epistemológica y su praxis en un marco de referencia definido por conceptos y categorías independientes de dicha constitución epistemológica y desligados de los intereses y condicionamientos en los que se produce dicha praxis” (ibídem: 32).

En la Península Ibérica, donde la influencia de las corrientes de pensamiento tradicionales ha ejercido un gran peso hasta hace unas décadas, estas preocupaciones epistemológicas no han ocupado un lugar relevante dentro de la producción científica ni han sido objeto de reflexión por parte de los investigadores. Esta ausencia en el ámbito académico de debates críticos, ha retrasado siempre la entrada y aplicación de las nuevas corrientes de pensamiento que se desarrollaban en otros países, situando los estudios peninsulares en segunda fila con respecto a los europeos, por su falta de innovación. Esta situación ha cambiado en los últimos años, otorgando cada vez más relevancia a la formación teórica de los investigadores y a la consolidación de una conciencia crítica, para evitar que el conocimiento arqueológico se convierta en una irreflexiva narración de hechos. A pesar de todo, aún son muy pocos los investigadores peninsulares que se atreven a proponer renovados planteamientos teórico-metodológicos para la interpretación de la Prehistoria.

Cualquier acto, consciente o inconsciente, del ser humano está investido de significado. Todas las acciones diarias y habituales están condicionadas por un sinnúmero de normas y pautas, que son parte subyacente de los modelos culturales. La muerte ha conseguido unificar el mismo sentimiento en todas las culturas del planeta. Al ser uno de los principales misterios, si no el más importante de todos los que giran en torno al ser humano, su tratamiento en cada cultura ha sido infundido de la misma sensación de inseguridad e incompreensión de un lado a otro del mundo. Con la muerte se saborea la sabiduría de cada cultura, una sabiduría que nace de la tierra y que es tan antigua como la humanidad. El estudio de los ritos y mitos que subyacen tras la muerte en cada grupo humano va a suponer indudablemente, uno de los puntos más ricos y fructíferos de la investigación. En ellos se condensa la cosmología, la relación más íntima con el mundo y las estrategias que han generado las personas en su enfrentamiento con la fuerza de la Naturaleza.

Desde la Arqueología, la muerte y todo lo que la rodea, no debe ser entendida como un hecho aislado, sino como un elemento esencial de la cultura y formas de vida de un grupo humano. A diferencia de los contextos de hábitat prehistórico, los conjuntos



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

funerarios no son el resultado de las actividades diarias propias de cualquier rutina existencial, sino que son el producto de una serie de comportamientos con los que deliberadamente se expresan determinadas creencias y concepciones ontológicas, “*acciones reguladas por pautas sociales específicas*” (Vicent, 1995: 15). Todo “documento” funerario conlleva un mensaje simbólico, que como tal ha de ser descifrado, diferenciando la parte intencional de la social o culturalmente determinada, en una imagen que de por sí llega distorsionada al arqueólogo. Es en este punto donde se requiere de modelos teóricos para poder dar un sentido a los datos, puesto que “*para explicar la variabilidad material del registro arqueológico en términos sociales y culturales necesitamos teorías sobre la sociedad y la cultura... inmunes a cualquier contrastación*” (ibídem: 16). De nuevo, el problema de la interpretación arqueológica. Además, el arqueólogo sólo posee los vestigios materiales del enterramiento, por tanto carece de información sobre la mayor parte de los ritos y ceremoniales que debieron acompañar la deposición del difunto (desde el tratamiento *post mortem* del cuerpo, hasta el ritual de enterramiento, la ceremonia de clausura de la tumba, las ofrendas e incluso las posibles visitas de la tumba).

A pesar de los importantes avances que la Arqueología ha presentado en este campo, muchos de los cuales indudablemente no habrían podido llevarse a cabo sin una apertura previa a otras disciplinas como la Antropología socio-cultural, la Sociología o la Filosofía, hay que ser conscientes de que las interpretaciones nunca podrán deshacerse de buena carga de ambigüedad e intuición ante la falta de información contextual. “*En el incierto terreno de la ideología prehistórica, en el que cada vez más se adentra la investigación... la intuición es la protagonista; intuición que no es sino la forma radical de la vía deductiva, por la que aceptamos como hipótesis ciertas premisas verosímiles, no surgidas de la nada sino del conocimiento previo... Pero las intuiciones o premisas aunque razonablemente sostenibles, siempre mantendrán su índole hipotética...*” (Andrés, 2000: 59-60).

4.1.1. LA “NUEVA ARQUEOLOGÍA”: EL DESPEGUE DE LA “ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE”

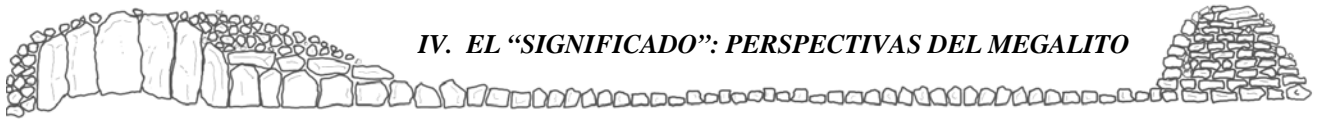
La *New Archaeology*, también conocida como “Arqueología procesual”, supuso una verdadera revolución para la disciplina arqueológica como no se había dado desde su reconocimiento académico a mediados del s. XIX. Este movimiento surgió como

rechazo al paradigma histórico-cultural predominante, cuyos presupuestos seguían anclados en el historicismo decimonónico. Frente a los antiguos enfoques de cariz tipológico-descriptivo y especulativo, las diferentes escuelas de la “Nueva Arqueología”, que comparten unos mismos principios básicos pero no un cuerpo doctrinal homogéneo, aportaron soluciones a la cuestión de la interpretación arqueológica. La Arqueología, como disciplina científica, debía dotarse de una “Teoría” y un “Método”, y poner fin al viejo “principio de autoridad” por el que las hipótesis eran asumidas según el prestigio del investigador que las apoyase. El neopositivismo lógico, corriente de pensamiento imperante en aquel momento, fue el marco epistemológico elegido por los arqueólogos procesuales, que a su vez adoptaron el método hipotético-deductivo, propio de las Ciencias naturales y de la Antropología, como forma de razonamiento y comprobación de hipótesis.

El objetivo principal era explicar los hechos particulares como parte de procesos culturales en los que habían tenido lugar los cambios en los sistemas socioeconómicos a lo largo de toda la Prehistoria, y partiendo de estas interpretaciones elaborar modelos universales. De esta manera, la “Nueva Arqueología” toma desde sus primeros momentos un carácter claramente antropológico, llegando a definirse la disciplina arqueológica como el área de la Antropología cultural que estudia el tiempo pasado (Binford, 1962), puesto que no simplemente comparten el método sino también los mismos fines, que se sintetizan en la reconstrucción de todo un sistema cultural a través de los restos materiales (con la insalvable diferencia de que el antropólogo tiene la posibilidad de observar directamente a la sociedad que los ha producido).

Pero si en algún ámbito la Arqueología procesual significó una auténtica revolución, fue en el campo analítico e instrumental. Con la obsesión de elevar la práctica arqueológica a la categoría de “Ciencia exacta”, se inició un proceso de adopción de técnicas de análisis cuantitativos y tratamiento informatizado de datos propias de diferentes disciplinas científicas, avalado por investigadores como D. Clarke. Esta conciencia de la necesidad y de los beneficios aportados por el desarrollo de estudios interdisciplinares, ha sido la gran aportación de la “Nueva Arqueología” a la investigación, abriendo nuevas vías de estudio tan interesantes como la Arqueología de la Muerte,

Desde los primeros trabajos arqueológicos decimonónicos, los conjuntos funerarios han supuesto un objeto de atracción para los investigadores, tanto por la



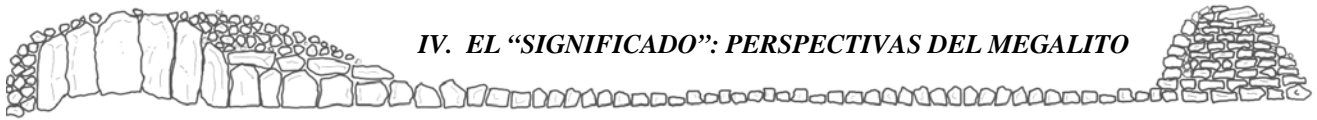
IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

riqueza de sus ajuares como por el halo de misterio que los rodea. Además, desde una perspectiva tipológico-descriptiva, estos contextos son más accesibles pues conforman conjuntos cerrados que aportan una gran información sobre secuencias y asociaciones cronológicas. Tradicionalmente, las necrópolis eran vistas como una fuente importante de información en un espacio relativamente focalizado, constituidas por depósitos arqueológicos anclados en el tiempo, de manera que podían ser fácilmente adscritas al grupo “etno-cultural” que había depositado allí a sus muertos. Esta imagen responde a una corriente de pensamiento historicista, en la que predominaba la necesidad de establecer tipologías concretas, con el fin de determinar una evolución correcta y plantear asociaciones cronológicamente significativas. Todas las manifestaciones funerarias y su carácter intencional se explicaban dentro de la esfera ritual, como el resultado de la materialización de unas “normas” religiosas, que se interpretaban, desde la especulación, mediante paralelos etnográficos aleatorios.

Este enfoque fue sustituido por la *New Archaeology* en la década de los ‘60, momento en que los estudios sobre registro funerario adoptaron unas líneas metodológicas, que actualmente se continúan desarrollando. La “Arqueología de la Muerte”, como área concreta de estudio, surge en el seno de esta nueva corriente interpretativa, y va a estar representada por prehistoriadores procesualistas como Binford, Saxe o Brown, muy críticos con el normativismo tradicional. Para estos autores, las dimensiones de las prácticas funerarias son numerosas mientras que el registro arqueológico sólo muestra un leve reflejo del comportamiento ritual ante la muerte. Por esta razón, es necesario ampliar los niveles de estudio, y fijar nuevos objetivos de conocimiento como las formaciones sociales y del mundo de las creencias. En este sentido, aspectos tales como la preparación del cuerpo, la disposición del ajuar, la forma de la tumba, el esfuerzo invertido en su construcción, la posición del cadáver, la localización de la tumba respecto al poblado, la cantidad de elementos de ajuar... (Binford, 1971: 21) se convierten en las claves para comprender un enterramiento. “*La Arqueología de la Muerte no se limita simplemente a dar cuenta de los rasgos de los yacimientos sepulcrales o a reconstruir su ceremonial, sino que parte de la compleja asunción de que tumbas y ritos constituyen un muy particular lenguaje, todo un complicado juego de símbolos que refleja en gran medida la estructura del mundo de los vivos, no en vano son éstos, no los muertos, los únicos interesados en plasmar el cementerio de una determinada manera, y no de otra diferente*” (Delibes, 1995: 63).

Sin embargo, desde el registro arqueológico no pueden inferirse sin más los procesos sociales que tuvieron lugar en las distintas poblaciones. El conocido “enfoque Binford-Saxe” pretende solucionar este problema, apoyándose en “teorías de alcance medio”, muchas veces ligadas a la Antropología, que permitan extraer el componente intencional que hay detrás de las manifestaciones funerarias visibles. En este sentido, el “referente del símbolo funerario es la “persona social” del muerto” (Vicent, 1995: 19). El objetivo de la “Arqueología de la Muerte” procesualista es la caracterización de esa “persona social”, concepto entendido como el conjunto de identidades que un individuo desarrolla a lo largo de su vida, en relación con las diferentes categorías o grupos sociales, que simbólicamente tiene reflejo en la muerte. Binford discriminó tres facetas de la “persona social” siempre presentes en el ceremonial funerario: edad, sexo y estatus, basándose en diferentes trabajos etnográficos, en los que se han detectado ciertos aspectos que, casi de forma universal, se repiten en la manifestación mortuoria de todos los grupos humanos. Este concepto parte de la hipótesis de que toda la parafernalia mortuoria está en relación directa con la organización social y el grado de jerarquización de la población a la que pertenece el difunto; así, el prestigio social “adquirido” en vida se transmite también en la muerte, a través de la rica selección del ajuar o del reconocimiento del colectivo. De esta manera, mediante un exhaustivo estudio del registro arqueológico (no sólo a nivel material), se puede determinar el rango y *status* de que disfrutaba la persona, en función de la caracterización de una serie de categorías analíticas que ponen en relación la dimensión material y la social como la evaluación del gasto de energía invertida (tanto en la construcción de la sepultura como en la elaboración de los objetos depositados), el tipo de tratamiento ritual (normativo o diferenciado), las evidencias de sesgos en la representación demográfica, y la aparición de “bienes de prestigio” (objetos peculiares, elementos exóticos o piezas de riqueza material o formal significativa).

Estos modelos estandarizados para la valoración de la riqueza en los enterramientos requieren de matizaciones, pues sus planteamientos son en muchos casos deterministas y funcionalistas, y pueden inducir a lecturas erróneas. Desde esta perspectiva se acepta que tanto el número de objetos que componen el ajuar, su variedad y frecuencia de aparición en el contexto general, son indicadores proporcionales al nivel de riqueza y prestigio del difunto. Estas hipótesis establecen nexos causales entre el mundo de los vivos y de los muertos, puesto que ambos reflejan de igual manera las estructuras y diferencias sociales. De esta manera, se afirma categóricamente la idea de



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

que todo sector poblacional que explote ciertos recursos restringidos a la mayoría, por legitimación de sus antepasados, encuentran su descanso final en un área reservada de las necrópolis. En esta línea procesual, se plantea una evolución de la diferenciación ante la muerte desde las sociedades más sencillas, que marcan las distinciones según categorías de edad y sexo, a las de una mayor complejidad, en las que el prestigio *adquirido* y la posición social son los factores determinantes.

Siguiendo las pautas de la “Nueva Arqueología”, la “Arqueología de la Muerte” se dota de diversas estrategias de investigación y técnicas de trabajo propias de otros campos, dando lugar a un variado campo de acción metodológico interdisciplinar. *“Convergen en ella, pues, un cúmulo de campos y de disciplinas, lo que la acredita, según sus definidores (Chapman y Randsborg 1981), como un auténtico cuerpo de doctrina, no exento de estructura, capaz por sí solo de procurar un conocimiento general de la sociedad”* (Delibes, 1995: 63). Las nuevas perspectivas teórico-metodológicas de la “Arqueología de la Muerte”, proponen diferentes niveles de análisis espacial de los datos, que subsanen en cierta medida la acción de ese “filtro” que solapa el significado real de los ceremoniales funerarios.

Una primera escala de interpretación planteada es a nivel “macro”, y se centra en la relación asentamiento-necrópolis, desde el punto de vista topográfico y de la identificación de los materiales hallados en ambos ambientes. Tradicionalmente, este aspecto se ha obviado por diferentes causas, siendo una de las principales el gran desconocimiento de los hábitats. Es interesante valorar la distancia y visibilidad entre ambos espacios, y establecer distintos patrones, para extraer información sobre la organización y estructuras sociales, y sobre el grado de correspondencia en influencia entre la vida y la muerte.

En segundo lugar, el análisis espacial “semi-micro”, que atiende a las posibles inferencias sobre unidades familiares y de matrimonio. En este caso, se toma como base la idea de que no todos los miembros de una comunidad descansan en las mismas tumbas, sino que existe una diferenciación según parámetros subjetivos (sexo, edad, condición social...). La estratigrafía horizontal y las afinidades entre enterramientos pueden desvelar agrupamientos, áreas reservadas o especificidades (orientación y disposición determinadas, estilo de ajuar...), como indicadores del comportamiento ante la muerte de un linaje o grupo familiar. A su vez, la aparición de tumbas dobles, triples o colectivas, en algunos casos, manifiesta una mezcla de rituales y costumbres

funerarias, dato interesante para valorar la existencia de prácticas exogámicas. La estratigrafía horizontal marca la dirección y modelo de desarrollo del cementerio, en el que se pueden observar tendencias aglutinadoras o diferenciadoras. También, da información sobre las creencias, puesto que la ausencia de enterramientos superpuestos, puede ser una manifestación del culto y respeto a los antepasados y de la preocupación por perpetuar la memoria del pueblo.

Por último, la escala a nivel “micro” se encarga de explorar la organización interna de las tumbas y sus rasgos propios, para rastrear implicaciones ideológicas y socio-culturales. Por ejemplo, la tendencia a extender completamente el cuerpo en las inhumaciones es reflejo de la mayor importancia que éste va adquiriendo para el ritual. El ajuar y la forma de depositarlo dan información acerca de la identidad colectiva, ya sea de una familia o de una tradición cultural. También, la orientación del cadáver conlleva una significación simbólica, porque en ocasiones sigue un lenguaje natural (la salida del sol...). No es posible dar una explicación cronológica a la dicotomía inhumación-cremación, puesto que se ha constatado su uso de forma indiscriminada por parte de una misma población, que ni siquiera manifiestan cambios en el ceremonial. Por tanto, la utilización de una forma u otra debe de tener un significado simbólico. Otra forma de dibujar los patrones de residencia y endogamia de las comunidades, son los análisis osteológicos y el examen profundo del contexto, para detectar si hay desviaciones del ritual estandarizado o la presencia de un ajuar especial. Tanto las técnicas de análisis de la Antropología Física como los estudios genéticos, van a tener una gran aceptación dentro del ámbito procesualista. Los exámenes de restos óseos discriminan sexos y edades, datos fundamentales para una buena reconstrucción demográfica y social. Pero su estudio más exhaustivo podría dar resultados sobre aspectos tan desconocidos como la dieta alimenticia, enfermedades y malformaciones, causas de fallecimiento, usos medicinales... La paleodemografía es una línea de investigación reciente, cuyo propósito es elaborar estimaciones sobre los comportamientos demográficos en la Prehistoria. Sus resultados reciben muchas críticas, por estar fundamentados sobre un porcentaje desconocido del total de individuos. Estos estudios parten de ciertas premisas que han de cumplirse para su realización. La necrópolis objeto de análisis ha de haber sido usada por un único núcleo de población, y en ella estar enterrados todos sus miembros sin excepción (primer punto polémico). Es necesario que sea posible establecer el lapso temporal de utilización del cementerio (porque no se aplican los mismo parámetros demográficos para un largo



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

período de tiempo que para un breve momento temporal), y calcular la esperanza de vida media mediante exámenes comparativos. Por último, se ha de contar con los datos completos del contexto funerario, lo que implica la recuperación de todos los enterramientos existentes en él.

Es prácticamente imposible que se cumplan todas estas condiciones, fundamentalmente porque algunas no dependen de la voluntad propia del investigador, pero si se controlan medianamente se pueden plantear modelos y fórmulas que aplicados al registro den resultados interesantes, aunque siempre orientativos. En lo que se refiere al procesamiento de datos, también la “Arqueología de la Muerte” ha sido un revulsivo. La necesidad de elaborar seriaciones de enterramientos, de diferenciar las variaciones en las pautas funerarias y de crear asociaciones formales de elementos como categorías de la complejidad social, ha hecho progresar las aplicaciones arqueológicas de la estadística y la teoría de la probabilidad. Además, el estudio exhaustivo del registro ha dado lugar a la creación de eficaces informáticos programas de procesamientos y bases de datos.

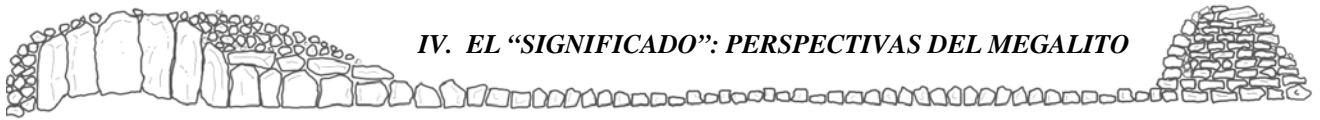
Las críticas hacia la interpretación procesualista de los comportamientos ante la muerte apuntan a que se trata de una visión muy simplista, que desconecta al mundo funerario de todos sus lazos simbólicos y religiosos, sin tener en cuenta que las situaciones mentales y emocionales afectan en gran medida al desarrollo de los ceremoniales. Desde un enfoque puramente funcionalista, los datos arqueológicos se consideran un fiel y absoluto reflejo de la sociedad que los produjo, y a partir de parámetros actuales, lo que podría llevar a errores como asumir sin contemplaciones que las tumbas más ricas pertenecían a las personas con más prestigio o poder de las comunidades. En estas poblaciones prehistóricas, tanto la vida como la muerte están completamente sacralizadas, cualquier acto o gesto estaba atravesado por un halo de sacralidad, que en muchas ocasiones podría llegar a desvirtuar la verdadera realidad social, en beneficio de unas necesidades ontológicas y simbólicas. No hay que olvidar, que la muerte es un sistema de comunicación, un lenguaje con el que se transmiten los valores de una comunidad, la cual ante la pérdida de un miembro se repliega hacia sí misma y refuerza su identidad, para poder sobrevivir frente a todas las amenazas y peligros que no pueden ser controlados.

4.1.2. LA CORRIENTE MATERIALISTA Y ESTRUCTURALISTA: OTROS ENFOQUES PARA LA “ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE”

El “Materialismo histórico”, desde su nacimiento, es una tendencia de pensamiento completamente condicionada por una ideología específica, cuyo origen se encuentra en los planteamientos de Marx y Engels. Esta corriente surge por la necesidad de analizar los fundamentos de una sociedad capitalista, llena de contradicciones, para poder cambiarla. Se trata de una forma de concebir y explicar la Historia como la sucesión de procesos dialécticos en continua transformación. Las sociedades se conforman en distintos niveles estructurales, cada uno con su propio ritmo y relevancia dentro de los procesos de cambio. Así, mientras la superestructura se constituye por todas las formas de conciencia social (ideología, política...), la infraestructura es el conjunto de relaciones y fuerzas económicas, que condicionan toda la dimensión social de los seres humanos. La dialéctica o contradicción entre ambas esferas es el “motor de la historia”, la que marca el ritmo de transformación y paso de un tipo de sociedad a otro. En este sentido, el objeto de estudio de la disciplina arqueológica ha de ser el ámbito socioeconómico, con el fin de comprender la naturaleza, evolución y transformación de las sociedades. El “Materialismo histórico” es, por tanto, el método científico de trabajo para el análisis de la organización social y sus pautas de funcionamiento y desarrollo, de las poblaciones en el pasado.

Los prehistoriadores marxistas explican la aparición de las jerarquías verticales, por el aprovechamiento por parte de unos pocos de los cambios y avances tecnológicos, y por el acceso desigual a ciertos productos, diferencias que van consolidando la existencia de unas élites locales. Éstas, a su vez, se van apropiando del trabajo ajeno en su propio beneficio, mediante el control ritual, el monopolio de los intercambios o la presión coercitiva. En este contexto, la ideología cumple la función de enmascarar las contradicciones existentes entre las fuerzas productoras y las relaciones de producción, y ocultar los conflictos internos que provocan, con el fin de transmitir la existencia de jerarquías y desigualdades sociales como una realidad “natural” e incontestable. Es un mecanismo más de las estrategias sociales de dominación. La cultura material es el reflejo de esa ideología, y también forma parte del engranaje de todo el sistema social.

Las interpretaciones materialistas han sido criticadas por su excesivo determinismo económico, supeditando todas las dimensiones de la existencia del individuo, incluso las formas de pensamiento, a la evolución de la dialéctica clase social



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

dominante y dominada. Para los marxistas, el sujeto como entidad individual, no juega ningún papel en el proceso de transformación de las sociedades; solamente como un elemento social y cultural más. De esta corriente materialista han surgido numerosas líneas de interpretación, que intentan subsanar algunos de los excesos provocados por un dogmatismo ortodoxo, dando lugar a tendencias eclécticas con la adopción de presupuestos funcionalistas, estructuralistas o post-procesualistas. En todo caso, los fundamentos epistemológicos son comunes, partiendo de una crítica radical a la Arqueología descriptiva tradicional y otorgando siempre preeminencia a los factores socioeconómicos en la interpretación.

Por su parte, el “Estructuralismo” nace en los años 50 como una corriente teórica transformadora de los estudios que hasta entonces copaban todos los ámbitos de las ciencias humanas. Su objetivo no era romper con todo lo anterior, sino abrir una nueva perspectiva intelectual en el modo de entender y analizar la cultura, que además rescatase del olvido todos aquellos aspectos de la cultura que permanecían marginados de la investigación. El marco teórico-metodológico estructuralista tiene sus raíces en la “lingüística estructural” de Saussure y la “gramática generativa” de Chomsky, siendo el antropólogo Lévi-Strauss quien, por primera vez, aplicó este tipo de razonamientos a la interpretación de las Ciencias humanas. La semiología, o ciencia de los signos, parte de la idea de que existe una estructura profunda formada por una serie de unidades o signos caracterizados por dos aspectos interconectados: la imagen sonora del signo, el significante, y el concepto u objeto que representa, el significado. Esta relación se basa en concepciones arbitrarias, fruto de convenciones históricas o culturales. Con estas afirmaciones, Saussure se opuso a la lingüística tradicional que defendía la posible comparación entre formas lingüísticas a lo largo del tiempo, puesto que según él, el lenguaje no era más que el producto de una convención cultural, y por lo tanto no generalizable en el tiempo. A partir de todas estas ideas, Lévi-Strauss comenzó a interpretar la cultura como un lenguaje cuyo mecanismo interno es necesario desentrañar e interpretar, en el que la cultura material es un conjunto coherente de códigos transmisores de mensajes. Toda manifestación cultural no es más que el reflejo de una serie de mecanismos fijos subconscientes, un sistema de signos organizado por las estructuras profundas de la mente, formado por elementos que combinados entre sí dan lugar a las diferentes expresiones culturales que son perceptibles de manera directa. La labor del investigador es descifrar los códigos ocultos de significado que subyacen

bajo, por ejemplo, un conjunto de relaciones sociales observables empíricamente. Una de las hipótesis de trabajo es el sistema de oposición binaria, cuyo fin es establecer esquemas universales de funcionamiento por oposición o equivalencia.

Las estructuras de la “Cultura” se materializan y al ser “*códigos de funcionamiento de la mente humana, determinan la actividad del inconsciente y por tanto el entendimiento y la acción de los seres humanos*” (Criado, 2000: 280). Es decir, la mente genera una serie de estructuras inconscientes comunes a toda la humanidad, que se reflejan diariamente en las creencias, costumbres y producciones de cada sujeto. Por tanto, al tener una traducción directa en el comportamiento es posible a través de su documentación, desarrollar un método objetivo y lógico que sea capaz de ofrecer reglas o leyes universales de funcionamiento. Todas estas hipótesis se asientan sobre un concepto de estructura entendido como aquellos valores que intrínsecamente caracterizan a un objeto a pesar de poder sufrir infinidad de variaciones, su configuración interna. De este modo, el arqueólogo estructuralista ha de tratar de entender los objetos como palabras de un texto del que deberá desentrañar las reglas que lo rigen, y así llegar a entender los fundamentos culturales que los han producido. El modo de análisis será atender principalmente a los caracteres formales y al estilo de los objetos, y buscar los patrones comunes, con el fin de relacionar elementos de la cultura material con prácticas sociales de comportamiento. El objeto de estudio es “*un sistema, regido por una cohesión interna; y esta cohesión, inaccesible a la observación de un sistema aislado, se revela en el estudio de las transformaciones, gracias a las que se descubren propiedades similares en sistemas en apariencia diferentes*” (Lévi-Strauss, 1979: 23).

A pesar de que el “Estructuralismo” parte de bases positivistas y por tanto tendentes a una arqueología procesual, la idea que yace al comparar la cultura como un sistema lingüístico, que no es nada más que el producto de un convenio, no deja de ser reflejo de un primer paso hacia el abandono de la fe en la ciencia y el positivismo. En este sentido, una buena parte de la metodología estructuralista es base de posteriores tendencias post-procesuales. Pero a diferencia del “Estructuralismo”, ni la “Arqueología procesual” ni la “post-procesual” han conseguido desvincular la mentalidad moderna occidental del sujeto investigador del objeto de estudio. Siguen proyectando modelos actuales a sociedades del pasado que ni pensaban ni vivían de la misma manera, utilizando una visión presentista de grupos sociales con unos mecanismos de razonamiento y actuación completamente diferentes de los actuales. El



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

“Estructuralismo” es el primero que establece una diferencia entre las bases que determinan el pensamiento occidental (el del investigador) y las de sociedades del pasado (objeto de estudio).

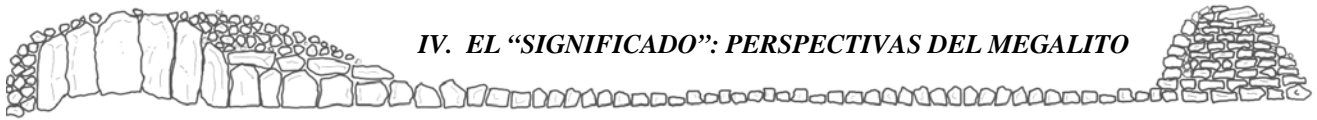
A mediados de la década de los ‘70, el “Estructuralismo” entra en crisis frente al predominio creciente de las posturas neo-historicistas, que rechazan la posibilidad de aplicar un auténtico modelo científico a la investigación arqueológica. Se renuncia al objetivo de elaborar teorías explicativas generales, puesto que cualquier interpretación del pasado está condicionada por el contexto presente y las circunstancias subjetivas de quien la realiza. Es el regreso al conocimiento especulativo. Los autores post-procesualistas como Hodder, encuentran insalvables contradicciones en las corrientes estructuralistas, como la imposibilidad de contrastar las hipótesis dentro de un método que se pretende plenamente científico. La auténtica interpretación sólo puede surgir de la completa información contextual sobre el objeto de estudio, de la que los prehistoriadores carecen, puesto que solamente cuentan con aquellas expresiones culturales susceptibles de materializarse. Otra crítica que realizan los autores post-modernos hacia el “Estructuralismo”, es la “muerte del sujeto”, pues el individuo como entidad autónoma no se considera relevante en la construcción de la cultura, y se difumina dentro de la conciencia colectiva global que integra y condiciona el pensamiento y actividad del sujeto individual.

En definitiva, y a pesar de los límites que en principio plantea el “Estructuralismo”, su papel ha sido fundamental en la formación de nuevas perspectivas de estudio sobre el análisis de las poblaciones del pasado. Se ha dado un paso más en el análisis de las estructuras a través de las cuales se explica el funcionamiento de los sistemas sociales y culturales, y se ha avanzado en la consideración de la cultura como algo construido de forma significativa. Los fundamentos científicistas comienzan a ser cuestionados al separar definitivamente el comportamiento social, cargado de un fuerte significado interno, de ser generalizado por leyes universales. La cultura material ya no es pasiva, sino que es producto del comportamiento humano. La “Cultura” está íntimamente relacionada con las ideas, creencias y significados que cada grupo antepone entre él y el objeto. A pesar de la falta del lenguaje y de información contextual por tratarse de sociedades pasadas, se trata de alcanzar los niveles más profundos de significación que guardan los objetos mediante la consideración de que las estructuras mentales guardan cierto grado de universalidad espacial y cronológica.

Ambas corrientes de pensamiento, tanto el “Materialismo histórico” como el “Estructuralismo”, han criticado duramente los presupuestos de la “Arqueología de la Muerte” procesualista, principalmente por su ingenuidad y optimismo al pretender establecer leyes generales sobre el comportamiento funerario de poblaciones pasadas, a través simplemente del estudio riguroso del registro arqueológico. El énfasis en la objetividad del enfoque procesual y la convicción de que las evidencias arqueológicas son reflejos directos de la sociedad que las produjo, llevan a interpretar la variabilidad funeraria en términos de estructura social. Para los defensores de esta corriente interpretativa, la carga intencional de los actos humanos no es relevante, y los objetos son simples manifestaciones de una ideología específica. La contradicción llega al asumir que la información aportada por el registro arqueológico puede ser engañosa, puesto que la selección de los objetos que acompañan al difunto en su viaje al mundo de los muertos, no es arbitraria, y mucho menos es reflejo de la realidad coetánea. Los seres humanos, a través de la muerte, representan la imagen que ellos quieren mostrar de sí mismos y de los valores de su cultura, mediante un lenguaje simbólico intencionado que disfraza la realidad, y que es inalcanzable para nuestro discernimiento.

Por esta razón, la “cultura material” se presenta como un conjunto de símbolos en sí misma, en el que cada objeto tiene su significado y dejan de considerarse simplemente como la expresión material de una abstracción ideológica. Esta idea surge de la interpretación del “documento” funerario, no como una serie de evidencias acumuladas de forma aleatoria y no intencional, sino como el resultado de ciertas acciones determinadas por unas pautas sociales de conducta específicas. Las prácticas funerarias se leen en gasto e inversión de energía, es decir desde una dimensión económica, por lo que ese trabajo ha de llevarse a cabo en beneficio de unos intereses concretos, más allá de los puramente rituales. Por tanto, la crítica hacia las interpretaciones procesualistas no afecta tanto a su soporte metodológico, como a sus fundamentos epistemológicos.

Para los investigadores materialistas, la superestructura ideológica es una forma de “*representación del mundo impuesta por la clase dominante al resto de la sociedad en función de sus propios intereses de legitimación*”, de manera que los individuos conciben el mundo y las relaciones interpersonales a través de una “*falsa conciencia*” que ellos no deciden (Vicent, 1995: 27). Pero a su vez, la ideología es un componente más de las sociedades, conformado por un conjunto de ideas y signos, que pueden materializarse. Esta doble función ideológica da aún más relevancia a la dimensión



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

simbólica de las prácticas funerarias, puesto que no sólo es la representación ideal de las relaciones sociales sino que además contribuye a su reproducción y mantenimiento. Pero a su vez, enmascara las contradicciones y conflictos sociales en beneficio de los intereses de la clase dominante, convirtiendo las desigualdades en una realidad “dada”, ocultando su verdadera naturaleza como creación de esas élites. De esta manera, el registro funerario “*se constituye en proposición ideológica en la medida en que se remite al conflicto social e interviene en él contribuyendo a su reproducción*” (ibídem: 27). El objeto de estudio no ha de ser el análisis de la desigualdad en el reparto de riqueza o en la cantidad de trabajo invertida, sino la manera en que la variedad, tanto cualitativa como cuantitativa, de las prácticas funerarias interviene de forma activa en las relaciones sociales de quienes las llevan a cabo, es decir, de los vivos.

Por otro lado, los autores estructuralistas hacen aún más hincapié en la imagen del “documento” funerario como un conjunto de signos o significantes, de naturaleza arbitraria, cuya interpretación ha de realizarse desde la dimensión intencional del ritual. El objetivo es discernir patrones de comportamiento en las prácticas funerarias, con el fin de comprender las estructuras de representación mental de las relaciones sociales en las poblaciones pasadas. Por tanto, hay que considerar el registro funerario como un depósito manipulado que transmite una imagen distorsionada de la realidad social que lo produjo.

4.1.3. LAS POSTURAS POST-PROCESUALISTAS: NUEVAS POSIBILIDADES PARA LA “ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE”

Los primeros pasos hacia la desconfianza en una ciencia positiva parten sobre todo de “filósofos de la Ciencia” cuyos presupuestos conforman, en gran parte, la base del pensamiento post-moderno. El pionero en introducir una crítica aunque moderada del positivismo fue Karl Popper, quien afirmaba que, si las hipótesis de trabajo no eran susceptibles de ser contrastadas y falsadas, el método de análisis no podía considerarse como científico. Desde estos presupuestos, niega rotundamente la científicidad de la Historia, y por extensión de la disciplina arqueológica, puesto que su método es incapaz de prevenir el comportamiento de su objeto de estudio. Introduce así cierto grado de relativismo en la Ciencia, desde las posiciones más ortodoxas del positivismo. Pero sin duda el filósofo que más ha influido en la construcción de una crítica al racionalismo es Nietzsche, en cuyos planteamientos se fundamenta la epistemología post-estructuralista.

Tanto el “perspectivismo” como forma de extraer diferentes puntos de vista sobre una misma realidad, la desconfianza de poder llegar a construir una teoría coherente que pueda aproximarse a la realidad de un modo sistemático y contrastable, y el “vitalismo” que introduce las categorías irracionales de emoción y libertad en el análisis de los contextos, contrariamente a los métodos lógicos y racionales imperantes desde la Ilustración, constituyen pilares básicos de todas las líneas interpretativas posmodernas. Los avances hacia una nueva concepción de la Ciencia son cada vez más significativos. Los fundamentos empíricos ya no ofrecen garantía alguna, pues no se pretende alcanzar ninguna certeza, ni códigos universales de significación. La “Teoría” se acepta como subjetiva y, aunque definida de un modo general, determinada y localizada en un contexto histórico-cultural específico. Se desecha la idea de llegar a una verdad incontestable, porque se asume que hay tantas verdades como interpretaciones se puedan dar. Los criterios positivistas se consideran bandera del capitalismo, por lo que se desarrollan innovadores métodos de interpretación hermenéuticos para llegar al significado de los objetos materiales, conjugando lo material y lo ideal mediante la empatía y la intuición.

La “Arqueología post-procesual” es una amalgama de tendencias explicativas y de pensamiento, poco heterogéneas, que comparten determinados preceptos teóricos. De partida, se apoyan en enfoque idealistas y retornan a la naturaleza histórica de la disciplina arqueológica abandonando el “giro antropológico” propio de las tendencias procesualistas. También, se abandonan los métodos analíticos, tomados de las Ciencias naturales y exactas, que reafirmaban el carácter científico de la Arqueología.

Cambia la propia concepción de la Historia, que deja de verse como un proceso lineal y ordenado a través de diferentes estadios de progreso y complejidad, y gana preeminencia el estudio sincrónico frente al diacrónico clásico. La Historia deja de buscar un sentido, pierde su carácter teleológico y se desprende del dinamismo evolutivo al que siempre había estado ligada. La “Arqueología contextual” reconoce que el registro arqueológico es real, pero considera la figura del investigador como un ser histórico que interpreta los datos y los carga de significado desde unos parámetros mentales actuales. Para desarrollar una lectura contextual correcta y global de las evidencias dejadas por las poblaciones prehistóricas, habría que conocer todos los componentes de la misma y las circunstancias espacio-temporales en que se desarrollaron; un imposible, que niega toda posibilidad de alcanzar un conocimiento



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

científico de la Prehistoria. Por tanto, si no existe una interpretación única del pasado, cualquier lectura contextual realizada es válida. De esta manera, empieza a ser objeto de interpretaciones políticas de compromiso con el presente, no continuando la tendencia positivista de extrapolar comportamientos sociales del presente, sino estableciendo definitivamente una separación radical entre el pasado y el presente, en lo que interpretación se refiere. La Arqueología acepta un papel relevante como generadora de importantes modelos de significación política e ideológica.

En este marco de predominio de corrientes posmodernas, y como producto de la readaptación y revisión de los supuestos estructuralistas, surge el “Post-estructuralismo”, que tiene sus antecedentes en la obra de Roland Barthes. Este autor basa su trabajo en la captación de los significados que yacen bajo la cultura a partir de métodos similares al lingüístico, pero trata también de incidir en otros contextos de significado. De este modo se abandona el método universalista de Lévi-Strauss y se extrapola a otros múltiples aspectos de la cultura, salvando así uno de los mayores obstáculos estructuralistas frente al análisis arqueológico de la cultura material. Barthes considera la cultura como un reflejo vivo de la ideología, por lo que el concepto de la “mente colectiva” deja de considerarse como determinante en la creación de sistemas de significado social o cultural, frente a las instituciones o leyes emanadas de estructuras de poder. El análisis de las estructuras universales de un determinado sistema social, queda supeditado a un momento concreto, con independencia de su origen o su posterior desarrollo. Desde esta perspectiva, la forma de pensamiento estructuralista es considerada “ahistórica”, ya que subordina la diacronía propia de la historia como flujo continuo de acontecimientos al estatismo de un único sistema sincrónico. Rechaza el método científico y excesivamente racional de la línea más ortodoxa del “Estructuralismo”, e introduce nuevos aspectos emocionales y físicos que lindan más con la metodología hermenéutica, llevando a cabo un trabajo más perceptivo que puramente intelectual.

El “Post-estructuralismo” no surge como producto de una deconstrucción de los fundamentos del “Estructuralismo”, sino como base a una remodelación de unos supuestos que se hacían cada vez menos acordes a las corrientes posmodernas. De este modo el “Post-estructuralismo” nace utilizando las mismas herramientas metodológicas que el “Estructuralismo” para el entendimiento de la “Cultura”, es decir, tomando las mismas referencias a los textos y a los modelos lingüísticos. La idea de códigos y leyes

subyacentes sigue repitiéndose, y la cultura sigue considerándose como un producto autónomo y no como el resultado de las circunstancias modeladas por el medio exterior donde se desenvuelve. Sin embargo, los nuevos fundamentos epistemológicos pierden la fe en la convicción de la posibilidad científica de encontrar una única estructura de pensamiento universal. Las propias circunstancias políticas del momento, ensalzan la capacidad de las fuerzas e instituciones de poder como principales creadoras de una conciencia colectiva y por lo tanto, de unos códigos de sentido mediatizados por circunstancias externas muy poco predecibles. Las lecturas empiezan a ser múltiples y muy variadas, a veces contradictorias, y se cae irremediamente en el relativismo, lo que hace aún más difícil el acceso a estructuras que puedan considerarse como ciertas y contrastables. Estos postulados representan algunas de las ideas básicas desarrolladas por distintos pensadores posmodernos durante los años 70, que van a introducir los conceptos de individualidad, relativismo y subjetividad, en el campo de interpretación de la realidad y, por extensión, en el estudio de la Prehistoria.

Uno de los autores más característicos del movimiento posmoderno y que más influyó en los post-estructuralistas es el filósofo Jacques Derrida, que elabora todo un compendio crítico basado en la idea de la deconstrucción, según la cual los conceptos deben entenderse en función de sistemas internos que determinan su sentido y que se deben deconstruir. El objetivo es adentrarse en las estructuras más profundas del lenguaje para delimitar los distintos significados. Mediante una nueva interpretación de las relaciones entre conceptos, este autor quiere romper con la reiterada priorización de los fundamentos de la racionalidad moderna, que reconstruye una y otra vez los mismos modelos que considera universales. Para ello, los significantes se priorizan sobre los significados hasta que estos últimos terminan por desaparecer, con el fin de evitar la imposición de una subjetividad particular en discursos y prácticas sociales.

Michel Foucault es considerado el principal de los pensadores del “Post-estructuralismo”. Su trabajo se centra sobre todo en la concepción de una nueva Historia, que influirá en una innovadora forma de estudio e interpretación de la Prehistoria. Foucault desarrolla la hipótesis del “Discurso de Poder”, como un modo concreto de entender, pensar y ordenar el mundo, sus conceptualizaciones abstractas y las relaciones personales entre individuos. De ninguna manera, el “Discurso” puede ser entendido sin tener en cuenta el “Poder” del que procede, puesto que se construye en cada época en función de unas instituciones de poder y de sus intereses. En cualquier actividad o comportamiento, se reproducen de forma inconsciente fragmentos de ese



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

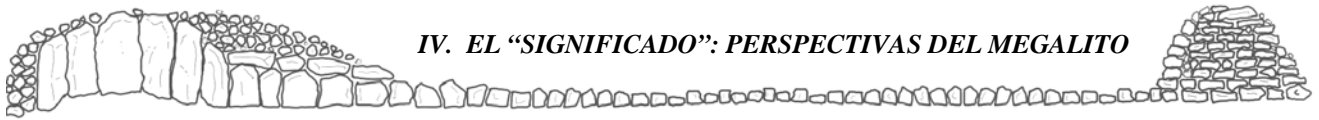
“Discurso” creado, y el “Poder” como productor de conocimiento y de realidad, va a determinar los parámetros que rigen las “certezas” aceptadas de manera colectiva en cada época determinada. No existe, por tanto, una lógica estructural subyacente a toda práctica social. El sujeto se diluye en la historia, eliminando así del análisis histórico la subjetividad y la conciencia tanto individual como colectiva, por no tener ningún papel relevante en el cambio histórico o social. Foucault considera que cada sociedad posee su propia concepción de verdad y racionalidad. Se trata de una nueva forma de mirar hacia el pasado, pero también de comprender el presente. La Arqueología ha de convertirse en el método para acceder a las profundidades y a los estratos ocultos del pasado, con el fin de sacar a la luz las tendencias discursivas que rigen cada período o *epistemes*. Cada una de esas etapas históricas está caracterizada por una determinada racionalidad y conceptualización de la Verdad. Desde esta perspectiva, la imagen de la Historia es una sucesión de formas de pensamiento (epistemologías). Sus análisis han de abarcar los aspectos olvidados y marginados tradicionalmente por los estudios históricos, aproximándose a la idea de elaborar una “Historia universal”, propia del pensamiento de Nietzsche. Se abandona la concepción evolutiva, lineal o diacrónica de la Historia, y se hace hincapié en los momentos de origen y discontinuidad, creando una imagen aparentemente inmóvil que incide más en el cambio en sí mismo, que en la necesidad de reconstruir largos y vastos períodos. El resultado son “series” que no se ordenan respecto a un marco evolutivo, con leyes y pautas de comportamiento diferenciadas que no pueden adscribirse a modelos generales. El objeto de estudio ha de ser la sucesión de esas *epistemes*, sobre el que se conforme una “Arqueología del Saber”, con la intención de alcanzar el conocimiento de una “Historia de la Verdad”, que analice este concepto en cada contexto específico. Foucault ofrece algunas directrices fundamentales para el estudio de la cultura material: tomando como punto de partida la tesis de que la elaboración de cualquier elemento material conlleva implícitamente importantes dosis de significado. Esta carga significativa ha de ser entendida como otra forma de materialidad; la subjetividad se convierte en otra faceta de objetividad, pues el “Sujeto” es también una categoría construida a lo largo del tiempo.

La “cultura material” es la expresión de prácticas sociales concretas, no de voluntades individuales, puesto que la persona se diluye dentro de las corrientes dominantes impuestas por el “Discurso del Poder”. Foucault no defiende la unanimidad de cada sociedad, sino la existencia de discontinuidades entre ellas que se hacen especialmente visibles en poblaciones carentes de formas de determinación altamente

definidas, como es el caso de los grupos prehistóricos. La “Verdad” se concibe de acuerdo a un tiempo y un lugar, pero los discursos se renuevan y cambian, por lo que su estudio ha de realizarse desde una descripción de los mismos, sin atender a las causas o los procesos que los transforman. Por esta razón, la “cultura material” a la que accede el arqueólogo no puede interpretarse desligada de su contexto histórico específico. Foucault desecha el método hermenéutico como forma interpretativa, pues considera que el significado correcto de un elemento reside en su superficie, focalizado en pequeños detalles que representan el sistema discursivo al que pertenece. De esta manera, una buena descripción acompañada con un “pensar” y un “escribir” el objeto resulta un buen modo interpretativo.

El “Post-estructuralismo” y sus representantes ofrecen una nueva visión de la realidad, un nuevo análisis del lenguaje y una nueva problemática para el estudio del pasado. Se pierde la confianza en la figura del arqueólogo como observador, pero también en el registro arqueológico como evidencia del pasado, pues comienza a cuestionarse la asociación “significante” (“texto” arqueológico) y “significado” (realidad pasada) como una verdad absoluta, planteando la posibilidad de que signo y significado no se correspondan. Es el triunfo del relativismo. ¿Es posible, entonces, alcanzar un conocimiento certero sobre algunos aspectos de nuestro pasado?

La “Arqueología post-estructuralista” aporta distintas soluciones desde renovados planteamientos teórico-metodológicos. La “cultura material” se reconoce de nuevo como factor importante para entender la propia concepción humana de la realidad y el mecanismo de las relaciones personales, recupera su papel activo como producto directo de sistemas simbólicos de significación. No vuelve a ser una mera colección de artefactos depositados en el registro arqueológico, sino una construcción significativa de respuestas a la realidad, ligadas a fuerzas e intereses sociales que responden a una determinada ideología del poder. Se entiende como un campo mucho más abierto que un rígido sistema de signos como planteaba el “Estructuralismo”, puesto que de sus relaciones significativas pueden extraerse datos sobre la constitución y transformación de las relaciones sociales. Los autores post-estructuralistas vuelven a leer el tiempo en la Historia desde una perspectiva diacrónica, frente al pretendido sincronismo de Saussure y Lévi-Strauss, desarmando las establecidas “estructuras universales”. Los límites se rompen y el pasado queda abierto a múltiples lecturas. Se aleja de la rigidez estructuralista en favor de un análisis más cercano de las instituciones y organismos sociales. Se abandona la mente humana como objeto de estudio, sustituida por la cultura



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

como construcción significativa en sí misma. El “Post-estructuralismo” debe entenderse como el resultado de un cambio de actitud, que entiende que el pasado debe leerse desde una posición crítica, para poder comprender y juzgar el presente.

Una de las tendencias interpretativas más críticas dentro de la disciplina arqueológica, es la conocida como “Arqueología del pensamiento o del conocimiento”. Esta nueva corriente recupera muchos de los planteamientos de Foucault, principalmente su visión de la Historia como una sucesión de epistemologías determinadas por un contexto espacio-temporal específico. En este sentido, sigue una marcada línea post-estructuralista, de la que se aleja al reconocer al sujeto como actor fundamental de los cambios y procesos históricos. La mente humana también es protagonista del discurso histórico, y como tal es susceptible de cambios y transformaciones. Todos los procesos socio-culturales a largo plazo que ha sufrido la humanidad (la domesticación de la naturaleza, la aparición de la propiedad privada, el nacimiento de la diferenciación social, la individualización de la identidad...), han ido ligados a transformaciones de los patrones de racionalidad, que sólo pueden ser interpretados desde la realidad de su contexto histórico específico.

Es en este punto, donde la práctica arqueológica adquiere relevancia, puesto que es la única disciplina que analiza el pasado desde las manifestaciones “reales” de sus protagonistas. Pero la naturaleza inmaterial de las ideas y pensamientos hace que su conocimiento sea prácticamente inaccesible y conlleve una fuerte carga de subjetividad. *“An archaeology of thought seems crippled: (a) by the material unavailability of its object; (b) by its recurrent need to assume mind to explain mind; and (c) by the “subjective” nature of many of its claims”* (Davis, 1989: 205). El gran debate actual del conocimiento arqueológico es la naturaleza objetiva o subjetiva de la interpretación de la realidad. Hay un doble dilema, que afecta al “Saber”, al pretender construir un conocimiento positivo (capaz de intervenir en la realidad y transformarla) pero en un contexto post-positivo (asumiendo la imposibilidad de crear conocimiento objetivo), y a la “Interpretación”, basada en parámetros subjetivos (como construcción subjetiva, incapaz de establecer fundamentos racionales) pero evitando que la subjetividad impere en la investigación.

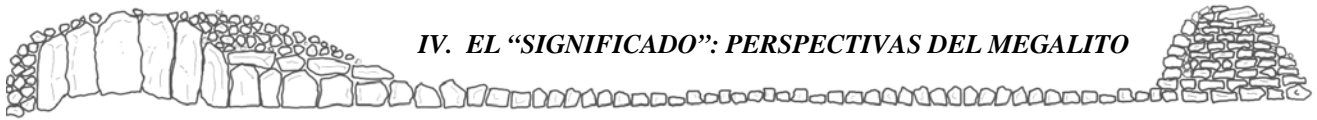
Los prehistoriadores post-procesuales han sido muy críticos con las investigaciones llevadas a cabo en el marco “positivista” de la “Arqueología de la

Muerte”. Estos investigadores consideran, como ya se ha señalado, la “cultura material” no como reflejo de adaptaciones ecológicas (visión funcionalista) ni de la organización socio-política (interpretación materialista o estructuralista), sino como un elemento activo dentro de las relaciones del grupo, con un importante papel en la reproducción y mantenimiento de unas determinadas pautas de comportamiento cultural. Partiendo de este presupuesto, el registro funerario no es el resultado de unas prácticas determinadas por un orden social específico, sino por la conceptualización del mismo dentro de las formas de pensamiento de una población. Por tanto, el “documento” funerario está manipulado mediante unos sistemas de representación colectivos que, lejos de revelar, oculta la realidad social e ideológica de los grupos humanos.

El “Post-procesualismo” ha suscitado numerosas reacciones, tanto desde el ámbito de la Arqueología tradicional como desde los procesualistas. Por lo general, todas las críticas hacen referencia a la imposibilidad de contrastación y validación que presentan las hipótesis post-procesuales, y por tanto no dan a su metodología una consideración científica. Sin embargo, el verdadero debate está en los fundamentos epistemológicos contrarios de las distintas corrientes, y en la concepción misma de las posibilidades interpretativas del registro arqueológico. *“El post-procesualismo supone, desde este punto de vista, una llamada de atención sobre la real complejidad del registro funerario en cuanto vehículo de expresión de mecanismos no puramente tecno-económicos de la reproducción social”* (Vicent, 1995: 29).

Hodder fue de los primeros en apuntar que, además de aportar datos más o menos fiables en torno a la organización social de una comunidad dada, el registro funerario podía ser también fuente de información para el reconocimiento de los valores e ideas imperantes en una sociedad, incluyendo la propia concepción de la muerte. Las necrópolis y el ceremonial funerario no son únicamente reflejo de prácticas sociales, sino un ámbito de manipulación por parte de los vivos, que son en definitiva, los que entierran a los muertos. Así, observando las pautas seguidas en el tratamiento del cuerpo o en la posición del cadáver en la tumba, se pueden extraer comportamientos de ideologías concretas.

Desde el “Post-procesualismo” se proponen nuevas posibilidades de investigación, que se adentran en el tratamiento de categorías menos formales. Se pretende llegar a lo que no se ve, aquello que permanece escondido tras la imagen manifiesta de la tumba. Estos objetivos parten de una nueva concepción de la “Cultura”



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

como una realidad activa, un compendio de normas y pautas aprendidas que se desarrollan significativamente y se trasladan a cada una de las manifestaciones directas y palpables que llegan al arqueólogo. Se inician los primeros estudios sobre espacio funerario, no como una estructura de mayor o menor complejidad en función de técnicas constructivas que impliquen diferencias de estatus, sino como un tipo de espacio igualmente pensado y tratado para acoger diversas creencias y conceptualizaciones sobre la muerte y la relación con los ancestros.

En la interpretación del espacio funerario, entendido en la línea post-procesual, las estructuras son estudiadas no sólo desde el análisis de la planta de la sepultura, sino también de la disposición de ajuar, la orientación del cuerpo y su postura, o la naturaleza primaria o secundaria de los enterramientos. Autores conocidos como Julian Thomas o Christopher Tilley, han aplicado este tipo de estudios espaciales a los monumentos megalíticos, atendiendo al uso dinámico de los mismos como lugares de tránsito con toda la carga simbólica que esto conlleva. En el ámbito peninsular, son pioneros los trabajos de M^a Teresa Andrés Rupérez (2000) sobre el significado de la clausura de los monumentos megalíticos, concibiendo el espacio funerario como un elemento ideológico esencial, en el que hay que diferenciar la dimensión externa, tangible y perdurable, de la interna, oculta e inaccesible. El espacio funerario no se “construye” (en términos conceptuales) para ser usado, recorrido o transitado en la mayoría de los casos, sino para ser visto y referenciado, como medio transmisor de mensajes de los vivos para los vivos. Este tipo de análisis, apoyado en investigaciones y referencias etnográficas, puede aportar conocimiento sobre el concepto de persona y la evolución de la construcción identitaria en las sociedades prehistóricas. Los investigadores post-procesualistas afirman que con la aplicación de unos preceptos teórico-metodológicos acertados, se puede llegar a identificar las estructuras simbólicas que dan sentido al registro material de la tumba, pero nunca acceder al significado último de esas pautas de comportamiento.

4.2. EL MEGALITO COMO REFERENTE ESPACIO-TEMPORAL Y GARANTE DE LA MEMORIA COLECTIVA

4.2.1. EL “ESPACIO” Y EL “TIEMPO” MEGALÍTICOS

“Existe el espacio para que lo derrote el tiempo,
y el tiempo para que el progreso lo sacrifique en sus altares”
(Eduardo Galeano, *Memoria del fuego: Las caras y las máscaras*)

La capacidad innata del ser humano para relacionarse de algún modo con el mundo que le rodea, es esencial para definir su identidad. La realidad se presenta como algo confuso y difícil de explicar; como algo que es necesario ordenar, lo que sólo es posible a través de la Mente. No se puede negar que pensar es una constante objetiva de todo ser humano. Esa necesidad de crear Orden en el Caos produce ciertos mecanismos de clasificación ontológica, cuyo fin es dar sentido a la existencia humana. En este sentido, el “espacio” y el “tiempo” son los principios fundamentales sobre los que una sociedad entiende, percibe, elabora y transforma la realidad que le rodea. Son dos categorías mentales que ordenan la imagen caótica de nuestro universo (Hernando, 2002: 52), mediante los que el orden se convierte en realidad. “*Los humanos hemos desarrollado sistemas simbólicos que nos permiten sentirnos orientados y mínimamente seguros en la realidad... que nos rodea*” (Hernando, 1999: 8).

Estas categorías ligadas están a unas determinadas concepciones ontológicas, a partir de principios estructurales que se repiten, y que dan coherencia a la percepción de la realidad y la relación que el ser humano mantiene con ella, “*por lo que una cierta forma de entender el espacio se corresponde, a su vez, con una cierta ordenación temporal de la realidad o con una percepción dada de la propia identidad*” (Hernando, 1999: 9). Por tanto, el “tiempo” y el “espacio” son construcciones culturales que adquieren significado por su relación con hechos observables, con la diferencia de que “*el espacio refiere esos hechos a referencias inmóviles, mientras que el tiempo lo hace a referencias móviles*” (*ibídem*: 11).

El concepto de “Espacio” ha sido utilizado con muy diversas acepciones por antropólogos, etnólogos y prehistoriadores que han centrado sus investigaciones en el análisis de los modelos culturales de las distintas sociedades. Estos estudios parten de la idea de que el “espacio” se construye socialmente y que, por lo tanto, es un elemento



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

esencial en el estudio de la construcción identitaria y ontológica de un grupo. La organización que una sociedad imprima al “espacio” con el que convive es reflejo directo a su vez de su propio orden socio-cultural y de su forma de aproximarse al mundo que le rodea.

La percepción del “espacio” no es una realidad susceptible de ser ordenada o modificada, a pesar de que se asume como una entidad delimitada y con contenido, sino un medio para la conformación social de la realidad. *“El espacio no es un hecho observable sino una cualidad que se atribuye a la realidad para ordenarla y hacerla asumible”* (ibídem: 7). Cada sociedad posee una manera concreta de concebir este “espacio” y esa conceptualización establece el vínculo entre el ser humano y el medio que le rodea (Criado, 1991: 91). Su “paisaje” nace de la conjunción entre la pura dimensión física del medio y la dimensión simbólica que caracteriza el paisaje humano (Criado, 1989: 93). El “espacio” se “antropomorfiza” en torno al ser humano, que nace y muere en él, e incluso le sitúa en el centro mismo del universo, hasta que es capaz de objetivarlo y materializarlo mediante la abstracción (Hernando, 2002: 83-84). De esta manera, un cambio en la percepción del universo inteligible, supone consecuentemente una transformación en los modos de representación espacial.

Aparentemente el “espacio” es una realidad vacía, sin sentido, pero se llena de conceptos como el cuerpo, la intimidad, las relaciones de género, la familia, lo público, lo privado, el poder... a través de su uso. Hay que introducirse en la comprensión de estas esferas, para poder definir un aproximado esbozo de las mentalidades prehistóricas. *“El espacio donde se vive, integrado por dicha realidad, es muy distinto a cualquier otro espacio. Es un espacio ordenado, con sentido, es el espacio elegido por los dioses para manifestarse a los humanos. Es el Centro del Mundo, el único espacio que interesa y que se contempla, el único que forma parte de la experiencia. El resto es Caos, otra categoría, y no interesa”* (ibídem: 19).

Si se acepta que el “espacio” está socialmente construido, es necesario entender también que ese espacio humanizado sólo da cuenta de su significado a partir de la práctica y el uso que se le dé al mismo en un determinado contexto social e histórico. Es decir, que el “espacio” puede considerarse como reflejo indirecto de un modelo social a partir de los usos que se hagan del mismo. El significado del “espacio” no nace de sí mismo, sino a través de la práctica, en la que es de vital importancia el contexto histórico en que se desarrolla. Las mismas pautas aprendidas por las que se rige una sociedad, se traducen en el “espacio”. Por eso, es necesario diferenciar dos planos

espaciales superpuestos, que vinculan la percepción mundo con el significado concreto de espacio: un plano simbólico o metafórico que reproduce la dimensión conceptual de una sociedad (creencias, mitos, ideologías...), y otro contextual que abarca las prácticas sociales y culturales diarias. Lo que resulta de la interacción de los modelos de percepción que un grupo humano posee del medio que le rodea, con las prácticas diarias y la rutina existencial condicionadas por un contexto histórico específico, conforma la conceptualización espacial de dicha población.

El prehistoriador carece de la gente, del uso, del evento, por lo que resulta muy difícil la caracterización de estas categorías ontológicas en las poblaciones prehistóricas. Sin embargo, desde la “Arqueología del Paisaje” (Criado, 1988a y 1999) se intentan desvelar los códigos culturales que se encuentran en el análisis de las dimensiones del espacio social o construido. Su metodología consiste en un programa de análisis que trata de reconstruir los paisajes arqueológicos en función de los procesos de culturalización del espacio que se han dado a lo largo de la historia. El objetivo es hallar modelos concretos de representación espacial, mediante mecanismos precisos que consigan ahondar en la materialidad del registro arqueológico y por tanto, encontrar un método de análisis eficaz que logre encontrar la lógica que se esconde en un espacio arqueológico concreto y fragmentado, y que corresponde a un único código estructural.

El punto de partida de esta metodología es el concepto de “paisaje”, y en concreto el de “paisaje social”, es decir, que ha sido “domesticado” por el ser humano, y como tal está regido por unas pautas de comportamiento concretas. Desde una perspectiva empirista, el “paisaje” se considera una realidad previa y “dada”, y se defiende la existencia de paisajes naturales que por definición son inexistentes. En una línea social, de tendencia materialista, se interpreta como el resultado de la acción de las prácticas sociales sobre el medio. Por último, los culturalistas introducen en su definición la percepción propia del paisaje, es decir no sólo la imagen cultural colectiva sino la concepción individual del “paisaje social” (pero esta dimensión se escapa del nivel de análisis de la arqueología). Por su parte, desde la “Arqueología del paisaje” se concibe el “espacio” como sistema de representación de la realidad, pero a diferencia el paisaje queda supeditado a la acción socio-cultural de forma significativa. El “paisaje social”, por tanto, es el producto resultante de la acción de los grupos sociales sobre el medio. El “paisaje” no se puede considerar como un elemento inalterable, sino como una entidad permanente integrada en los continuos cambios y procesos históricos. No es una realidad “dada”, sino un producto resultante de la objetivación humana (en términos



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

de representación) sobre el medio de las prácticas sociales, tanto de naturaleza material como imaginaria. Se le dota de un componente socio-simbólico, que supera definitivamente conceptos anteriores o diferentes.

El “Tiempo” también es otro de esos mecanismos de orientación a través del que el ser humano dota de sentido al medio en el que vive, combatiendo así la angustia existencial creada por la sensación de desamparo que siente ante la Naturaleza. Los referentes temporales, al igual que los espaciales, suelen ligarse a determinados referentes naturales (y por tanto “dados”) móviles caracterizados por un movimiento recurrente (las mareas, los ciclos lunares, la estacionalidad climática...). Por tanto, se trata también de una construcción no material, que no existe en sí misma. *“Time is invention or it is nothing at all (Henri Bergson)”* (McGlade, 1999).

La concepción del “tiempo” tiene diferentes categorías. En este sentido, Bradley diferencia entre un “tiempo diario” y un “tiempo ritual” (Bradley, 1991). El primero es recurrente, es condición y condiciona, a su vez, las actividades rutinarias, y por tanto es susceptible de ser mensurable. El “tiempo ritual” es abstracto, no necesita ser medido puesto que su desarrollo no afecta, de manera factible, a la vida diaria de los individuos. Este concepto de “tiempo ritual” es el que determina la evolución y transformaciones de las manifestaciones funerarias. La muerte y toda la parafernalia que la rodea, manifiestan simbólicamente todas estas conceptualizaciones del tiempo.

Las sociedades prehistóricas conciben el “tiempo” de manera cíclica, lo que implica un profundo rechazo al cambio y un fuerte deseo de estatismo. La innovación dentro de las comunidades con este tipo de concepciones ontológicas no se toma como un avance o un beneficio que hay que aprovechar, sino que se considera una amenaza para su estabilidad. Por ello, primero han de asimilar los cambios dentro de su orden ideológico, darles un sentido, para poder introducirlos en sus hábitos o comportamientos. Esta situación hace que, lo que en muchas ocasiones aparentemente es reflejo de una continuidad, en realidad esté ocultando un verdadero cambio drástico en la existencia de los grupos humanos.

La reproducción de las mismas prácticas mortuorias durante numerosas generaciones, refleja el sentido cíclico que para esas poblaciones tiene el paso del tiempo, y expresa a su vez su deseo de permanencia y estatismo, como si pretendieran mantener intactas las estructuras y relaciones sociales de sus ancestros. *“This conception of time as “cyclical” would also have reproduced a kind of “static and*

organic imaginary model of their society”...” (Mizoguchi, 1993: 230). Esta imagen del ritual como dimensión en la que se conectan pasado y presente, provoca la repetición de las mismas formas religiosas, su mantenimiento durante largas épocas, como lazo de unión con los ancestros y con ese “ideal social” que se pretende preservar. Pero esta repetición no conlleva que las sociedades permanezcan de la misma forma: “*The fact that public rituals retain so much stability does not mean that such societies stay the same. If ritual helps to preserve the social order, it can also be manipulated*” (Bradley, 1991: 211). De hecho, los cambios ideológicos son tan importantes en la concepción del tiempo y en el mantenimiento de un orden social, como lo son el fortalecimiento de los vínculos con el pasado, puesto que permiten continuamente readaptar las nuevas formas sociales y económicas, al patrón de racionalidad de las poblaciones. De ahí, la paradoja de que las sociedades prehistóricas cambian en función de la necesidad de mantenerse intactas, y para ello requieren de una base ideológica previa que lo propicie.

A partir de la introducción de las prácticas agrícolas y el desarrollo de la economía productiva, se da un cambio importante en la relación entre los grupos humanos y el medio en el que viven, debido a la apropiación de la tierra y a la alteración consciente de la misma. Este cambio no sólo se verá reflejado por una transformación más o menos importante del entorno a través de su domesticación, sino que se materializará a través de uno de los primeros fenómenos constructivos que implica la manipulación antrópica sobre la Naturaleza, el Megalitismo. La construcción de estos monumentos rompe de manera sistemática la continuidad del paisaje y a su vez son el reflejo del cambio en el concepto de “tiempo” como la primera manifestación humana cuya pervivencia temporal es consciente para todos sus usuarios (Criado, 1989a y 1991a). Esta alteración humana de una naturaleza que hasta entonces se había preservado como sagrada, se ha interpretado como una “*culturalización de la naturaleza*” (Criado, 1991a: 101) El mundo se concibe de otra manera, el mundo se desacraliza. El ser humano comienza la carrera sobre el dominio de lo “no humano”, y se inicia así el triunfo del “Tiempo” sobre el “Espacio”.

La importancia del factor temporal de los megalitos reside en que son estructuras concebidas y construidas para perdurar, “*tumbas para la eternidad*” (Delibes y Rojo, 2002: 29; Rojo, Kunst *et al.* 2005). Forman parte de la dimensión del “tiempo ritual” (Bradley, 1991: 210-214) en la que los vivos guardan un lazo de unión con los ancestros y con un “ideal social” que pretenden preservar. El “Pasado” está siempre presente a



IV. EL “SIGNIFICADO”: PERSPECTIVAS DEL MEGALITO

través de “*dispositivos para anclar el tiempo en el espacio*” (García Sanjuán, 2005: 86), que proyectan una imagen de que nada cambia. Así, los monumentos megalíticos actúan como “agentes permanentes en el cambio”, permitiendo que estas poblaciones que sienten un fuerte deseo de permanencia y estatismo, se readapten a las nuevas estrategias socio-económicas. Cumplen perfectamente la función “*de mantener un aparente anclaje a la tradición*” (Fábregas y Vilaseco, 2004: 84), aportando así la seguridad y estabilidad que anhelan dichas comunidades. Por tanto, estas “tradiciones inalterables” en realidad podrían estar ocultando cambios drásticos en la forma de vida de las comunidades (Bradley, 1991: 211; Mizoguchi, 1993: 231-233), “*dando lugar a una situación paradójica en la que las sociedades prehistóricas se transforman en función de la necesidad de mantenerse intactas*” (Tejedor, 2013: 35). Es en esta continua dialéctica entre la permanencia y el cambio en la que se desarrollan las “*biografías megalíticas*”.

4.2.2. EL ROL DE LA MEMORIA COLECTIVA Y SU POTENCIAL COMO INSTRUMENTO DE CONTROL IDEOLÓGICO

En esta infinita lucha entre la permanencia y el cambio juega un importante papel la memoria como transmisora de la cultura y de la tradición. Esta memoria puede reflejarse tanto en la herencia de un objeto como de una idea o comportamiento. Pero los mecanismos mnemotécnicos de la humanidad tampoco son inocentes y también están asociados a un orden socio-cultural e ideológico concreto. Su función es la misma de mantener, en apariencia, el mismo esquema o ideal social representado en una serie de manifestaciones diversas, como son las funerarias. Sin embargo, en realidad este instrumento sirve para ocultar las profundas transformaciones por las que las comunidades están atravesando, y proteger el significado de la tradición de esos cambios. “*There are all features by which rituals come to be memorized so that they are transmitted from one generation to the next... The texts of such rituals may not vary and employ archaic forms of language that are carefully preserved and maintained... The effect is to protect the contents of such performances from evaluation or challenge*” (Bradley, 1991: 211). Por tanto, la memoria también es susceptible de ser manipulada, y como tal se convierte en un poderoso instrumento de poder, pues quien controla la tradición también controla la conducta colectiva.

Por otra parte, estos mecanismos mnemotécnicos también influyen en la construcción identitaria del ser humano. Un individuo se reconoce a sí mismo, y le

reconocen los demás, por su existencia, por su memoria biográfica, al fin y al cabo por el paso del tiempo en su vida. En este sentido, ha sido fundamental en el proceso de individualización el desarrollo de la conceptualización del “tiempo” y su transformación de una imagen cíclica a otra lineal y progresiva, puesto que para un sujeto es fundamental tener un pasado, un presente y un futuro. De esta manera, puede entenderse que en sociedades donde la identidad aún es colectiva, la memoria funcione como elemento cohesionador de la misma, evitando su fragmentación: a una identidad colectiva le corresponde un pasado de memoria colectiva. Por tanto, la concepción que tiene el ser humano de su propia autonomía va en relación a la conceptualización ontológica del “tiempo”. *“This way in which human identity emerges is based upon the fundamentally temporal character of human existence”* (Thomas, 1999: 78).

El monumento megalítico, en su faceta de lugar atemporal donde se vinculan directamente el presente con el pasado y los vivos con los ancestros, incuestionablemente constituye un símbolo fundamental de la identidad del grupo y, a su vez, en garante de la memoria cultural y colectiva del mismo (Holtorf, 1997: 105-107). La recurrente reocupación de estos lugares con una clara significación social y simbólica, en momentos y celebraciones especiales para la comunidad, va alimentando y construyendo nuevas tradiciones que permiten tanto al grupo como al monumento continuar “vivos”. *“Ancient monuments represent the past in the landscape and cultural memory gives them meaning and cultural significance”* (Holtorf, 1998: 24). Se podría afirmar, por tanto, que los megalitos son también monumentos para la memoria.

En suma, el monumento megalítico actúa como garante de la memoria colectiva (Holtorf, 1997: 105-107), y custodio de la tradición de los grupos. La manipulación del pasado siempre ha sido, y continúa siendo, una estrategia de poder político (García Sanjuán, 2008b: 39). De este modo, el megalito ya no aparece sólo como el depositario permanente del tiempo y de la memoria (Criado, 1989: 85), sino también como una herramienta de manipulación de los mismos, convirtiéndose en *“instrumentos de ideologización puestos al servicio de la lógica del poder de las élites”* (Aguado, 2008: 16)

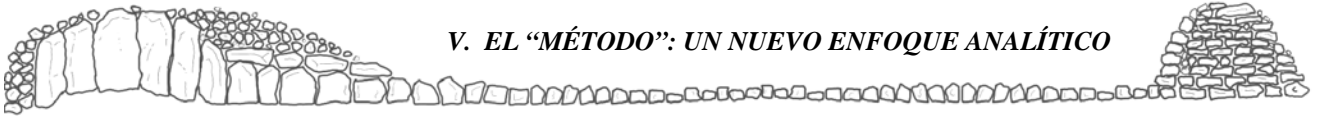
V.

EL “MÉTODO”:

**UN POSIBLE
ENFOQUE
ANALÍTICO PARA
EL ESTUDIO DEL
MEGALITISMO**

*“La mejor manera de relacionarte con el pasado
es dándole uso,
haciendo posible nueva vida”*

(José Selgas, Entrevista en *El País*, 2006)



5.1. EL MARCO METODOLÓGICO DE ANÁLISIS

La metodología de análisis aplicada para el desarrollo de esta investigación pretende ser, ante todo, práctica, eficaz y adecuada para el estudio del conjunto de datos disponible, con el fin de obtener resultados que puedan dar lugar a una interpretación coherente y novedosa de los mismos. Por esta razón, desde un principio se han definido varias vías fundamentales de actuación, cada una de las cuales cuenta con unas herramientas de análisis propias y unos objetivos a alcanzar.

Antes de entrar de lleno en la descripción del marco metodológico utilizado para este proyecto, se van a referir de manera somera algunos de los escollos e inconvenientes que se han presentado a lo largo del desarrollo de este trabajo, sobre todo en relación a la labor de recogida de la información.

5.1.1. *ALGUNOS PROBLEMAS Y DÉFICITS DE LA INVESTIGACIÓN*

La historia de la investigación sobre el Megalitismo cuenta con una larga tradición de aciertos y desaciertos. En este apartado, se plantean algunos de los obstáculos, en su gran mayoría de carácter documental, con los que se ha de enfrentar todo investigador que se enfrenta al mundo megalítico.

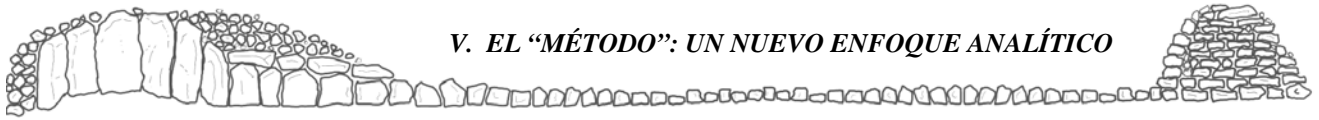
Uno de los mayores problemas de partida es la naturaleza puramente tipológica de los estudios tradicionales, que asociado a las malas condiciones de conservación de una gran parte de los yacimientos objeto de estudio, complica en gran medida la contextualización arqueológica de las evidencias. *“Estamos, pois, a raciocionar com base numa amostragem extremamente fragmentária. A maior parte, se não a totalidade, das mamoas construídas durante a Pré-história foram violadas e as suas estruturas sepulcrais mais ou menos degradadas; muitas foram destruídas pelos trabalhos agrícolas e para o aproveitamento de lajes; uma parte, por vezes significativa, das restantes, foi escavada no século passado e nas primeiras décadas deste, daí resultando... relatórios muito parcelares e insuficientes do ponto de vista actual”* (Oliveira, V., 1987: 270). Tradicionalmente, el foco de atención ha sido el interior del monumento pero sólo desde el punto de vista artefactual, dejando a un lado otras manifestaciones igualmente relevantes como por ejemplo los depósitos óseos. Se concebía el sepulcro megalítico como un simple contenedor de objetos llamativos y singulares que permitían caracterizar desde una perspectiva crono-cultural estos

yacimientos. Tampoco se atendía a los diversos procesos constructivos llevado a cabo en el lugar (como los sistemas de configuración de las estructuras tumulares) que posteriormente han aportado una interesante información. El propósito principal era conseguir vincular los diferentes tipos arquitectónicos a conjuntos de ajuares específicos, de manera que cada megalito se pudiese definir tipológicamente y asociar a una “cultura” constructora. Se trata de “...*uma visão “geológica” da história-cultural, em que as sociedades, espelhadas nos seus artefactos-tipo, vão evoluindo por etapas, cada uma caracterizada pelos seus tipos-fósseis. É sobretudo uma visão do séc. XIX, hoje já ela própria um fóssil conceptual*” (ibídem: 361).

Generalmente se ha considerado el monumento megalítico como una entidad aislada, con un significado en sí y por sí misma. Sin embargo, son arquitecturas vinculadas a su entorno, que se integran y participan del medio, y que forman parte del proceso de monumentalización de un espacio. Hay que olvidar el acontecimiento particular, el evento singular, abrir miras y buscar los patrones de implantación de los megalitos, las regularidades, las diferentes fases por las que atraviesa el yacimiento a lo largo del tiempo (reutilizaciones, destrucciones, remodelaciones...), para poder entender las formas de vida de las comunidades prehistóricas.

También el propio fenómeno megalítico se ha tendido a considerar como un proceso evolutivo, lineal y uniforme, en el que las discontinuidades serían resultado de factores locales de tipo orográfico y/o litológico. Sin embargo, se trata de un fenómeno caracterizado por su “polimorfismo”, muy dilatado tanto en el espacio como en el tiempo, que escapa a cualquier modelo de generalidad y secuencia evolutiva. Actualmente, la mayoría de investigadores desechan esas “*tentativas de escalonar no tempo os vários “tipos” arquitectónicos assim conseguidos, criando periodizações ilusórias, baseadas na suposta evolução linear das arquitecturas e na correspondência directa de conjuntos de materiais a cada “fase”. Tudo isso... e só por ingenuidade ou falta de rigor se pode continuar a aceitar tais esquemas*” (Oliveira, V., 1987: 117).

Esta misma perspectiva evolucionista es la que durante mucho tiempo ha definido el megalito como “una tumba para todos”, como un panteón colectivo para dar sepultura a toda la comunidad que lo construye. Aún hoy se conoce muy poco acerca de los rituales que se llevaba a cabo, puesto que los análisis de los restos óseos son difíciles de realizar, tanto por el estado en el que se encuentran (en muchas zonas del territorio de estudio, como el área trasmontana o la *Beira Alta*, las características edafológicas del



suelo no favorecen la conservación de los restos orgánicos) como por la dificultad de su contextualización (debido a las continuas remociones sufridas en los espacios sepulcrales). En los últimos años, se han publicado algunos trabajos interesantes al respecto que apuntan a la clara existencia de sesgos poblacionales dentro de los osarios megalíticos, por lo que se podría afirmar que no todos los miembros de una comunidad se enterraban en estos sepulcros (Alt *et al.*, e.p.; Díaz Zorita *et al.*, 2012; Fernández Crespo, 2012; Fernández Crespo y De la Rúa, 2015; etc.). “*Sabemos que os monumentos megalíticos podiam unir a colectividades inteiras em vida (isto é, para a construção), mas não na morte (muitos serian os chamados a dar seu esforço, mas poucos seriam os que acabariam por ter lugar nos sepulcros)*” (Oliveira Jorge, 2000: 361).

Son monumentos para los vivos que adquieren distinto significado en el ámbito de la muerte. En cuanto a esta afirmación, hay que insistir en la necesidad de impulsar el estudio de los asentamientos y hábitats de las poblaciones constructoras y usuarias “originales” de estos megalitos, cuyo desarrollo es minoritario. “*De lo contrario, por mucho que nos jactemos de entender la intención de ingeniosos slogans como el de Fleming, considerando a los dólmenes “tumbas para los vivos”, la megalítica seguirá siendo sólo una “civilización de muertos”*” (Delibes, 1995: 75).

También el de la cronología es un obstáculo puesto que, al ser lugares de ocupación recurrente, no hay posibilidad de establecer una estratigrafía vertical y las dataciones absolutas no siempre son fiables, dado que habitualmente los contextos se encuentran muy alterados. Este problema se agrava a la hora de intentar fechar los distintos “eventos de reutilización”, puesto que es complicado aislar una muestra datable de un momento concreto (a pesar de que las tumbas, *a priori*, son contextos cerrados fáciles de adscribir a una cronología).

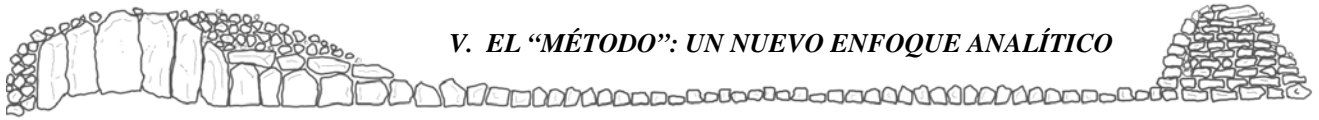
Hasta hace algunas décadas, a todos estos problemas se unían otros de índole puramente arqueológica, como la ausencia de una estrategia de registro adecuada en las excavaciones, la falta de prospecciones sistemáticas o la escasez de publicaciones e informes donde encontrar la información relativa al yacimiento. Tampoco se planteaban proyectos de investigación a largo plazo, cuestión que el desinterés por parte de las instituciones no ayudaba. Afortunadamente, esta situación ha cambiado y cada vez son más los trabajos desarrollados de manera sistemática, que dan lugar a interesantes

publicaciones sobre sus resultados (ver epígrafes 3.1 y 3.2). Además, parece que ha cobrado impulso el interés por los debates interpretativos, cobrando relevancia la formación teórica en Prehistoria y Arqueología dentro del mundo académico y la colaboración interdisciplinar. *Não obstante a deficiente preparação teórica, decorrente da falta de disponibilidade para leituras e debate que implicam “mergulhar” séria e profundamente nas problemáticas, a pesar das condições penosas do trabalho de campo, as pessoas lá vão tentando escavar, descrever, interpretar publicar, numa teimosia que desafia á imaginação*” (Oliveira Jorge, 2000: 367)

Por último, hacer referencia a un problema de índole terminológica que, en ocasiones, ha provocado confusiones y malentendidos a la hora de interpretar los datos. La ambigüedad del término “Megalitismo” unida a la variabilidad que presenta este fenómeno, ha provocado que bajo su definición se integren numerosas manifestaciones, que en algunos casos nada tiene que ver con su sentido original. La palabra en sí, hace referencia a construcciones de grandes piedras, caracterizadas por su monumentalidad. Esta acepción deja fuera numerosas expresiones megalíticas que, o bien parten de una concepción arquitectónica diferente vinculada a una tradición específica, o han perdido su monumentalidad por causas propias o ajenas a la voluntad humana.

Esta polémica terminológica adquiere mayor relevancia al incorporar a la investigación el factor transfronterizo. Términos como monumentos *sub-megalíticos* o de *tradição megalítica* (ver subepígrafe 3.2.1) no se usan en publicaciones fuera de Portugal, aunque sí se documentan los tipos megalíticos a los que se refieren. También los investigadores tienen problemas a la hora de definir concretamente el sentido de “*mamoas*”, que en principio equivale a “túmulo”: “*O termo “mamoas” não tem já a carga semântica que caracterizava as “mamoas megalíticas”, fã é menos verdade que aquele termo continua a manter toda a actualidade – montículo artificial, de perfil mamelar, envolvendo um espaço sepulcral*” (Pereira da Silva, 1993: 104). Sin embargo, cada vez hay más casos de *mamoas* prehistóricas, con material y ajuares, pero en los que no aparece ninguna evidencia de muertos, y que por tanto no “envuelven un espacio sepulcral”.

La raíz de esta polémica terminológica está en que se toman como referencia las características morfo-tipológicas de los yacimientos, cuando es de sobra conocida su gran variabilidad. Por esta razón, la investigación ha de partir de la idea de que “*la novedad e incluso la esencia de la tumba dolménica no radica tanto en la*



monumentalidad o el colosalismo de las piedras empleadas en la construcción como en su carácter de sepultura colectiva, rasgo este último que, verosíblemente, debe vincularse a un nuevo orden religioso y social” (Delibes et al., 1987: 187).

Con el fin de intentar subsanar todos estos problemas a los que se enfrenta la investigación, se ha de hacer un esfuerzo en aplicar una buena metodología de análisis y una recogida de datos exhaustiva. Pero a veces esto no es suficiente, siendo la ausencia de datos imprescindibles para el estudio, en muchas ocasiones, una realidad irreversible.

5.1.2. CARACTERIZACIÓN DE LAS “ETAPAS” DE TRABAJO

La primera labor con la que ha de enfrentarse el investigador es la realización tanto de una recogida de datos exhaustiva y rigurosa de todos los yacimientos susceptibles de análisis y del material arqueológico hallado en ellos, y como de un seguimiento bibliográfico de los informes, memorias y otras publicaciones acerca de las intervenciones realizadas en los mismos. Una ardua labor bibliográfica, por tanto, que conforma el punto de partida para un correcto tratamiento del registro arqueológico.

Esta labor puramente bibliográfica, que en principio parece sencilla, requiere de un seguimiento de todos los informes, memorias y otras publicaciones acerca de las intervenciones realizadas en cada uno de los núcleos a estudiar. También han de ser sometidas a revisión otro tipo de obras como las síntesis, los estudios regionales (normalmente, se corresponden con proyectos de tesis doctorales), o los artículos en revistas sobre cualquier aspecto que pueda ser interesante. Esta revisión bibliográfica ha de abarcar tanto las publicaciones más recientes como las más antiguas, caso en el que muchas veces su localización es complicada.

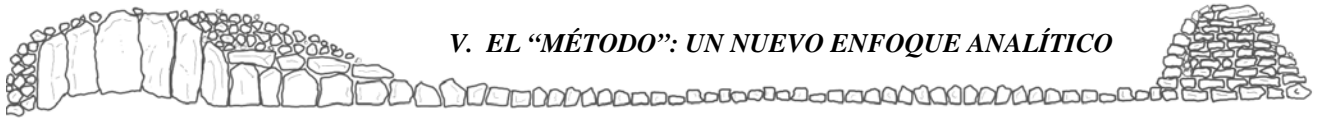
La herramienta metodológica utilizada en esta primera fase de profunda revisión bibliográfica ha consistido en una base de datos útil y eficaz, diseñada en File-Maker (versión PRO 7.0). Este catálogo se compone de fichas que recogen los datos necesarios de cada una de las obras consultadas y que permiten posteriormente realizar búsquedas con facilidad. Cada una de ellas ha de presentar campos como el de autor, título, editor, año de publicación, tipo de publicación, un pequeño resumen del contenido de la obra y las citas interesantes para el estudio, entre otros. El resultado de este trabajo bibliográfico es la presentación de un estado de la cuestión tanto historiográfico como arqueológico, en nuestro caso sobre la Prehistoria reciente en el

valle del Duero/Douro, atendiendo a diversos campos como las formas de poblamiento, las estrategias socioeconómicas, los rituales funerarios o la cultura material.

Paralelamente a la revisión bibliográfica, se ha de llevar a cabo un estudio cartográfico para conocer el territorio, y así poder comprender algunos factores de implantación y distribución de las poblaciones prehistóricas. La gran dificultad que conlleva realizar esta primera fase de forma satisfactoria, son las limitaciones a la hora de acceder a bibliografía extranjera (sobre todo cuando se trata de ciertas zonas poco estudiadas), salvo cuando se trata de publicaciones internacionales. La mayor parte de revistas locales no tienen ni siquiera una difusión nacional, situación que también nos encontramos al pretender consultar tesis doctorales.

Una vez obtenida una visión global del contexto espacio-temporal de trabajo, se realiza la selección de los yacimientos a analizar, siguiendo algunos criterios establecido en función del objeto de estudio (ver subepígrafe 6.1.2). Esta selección ha de reflejar la realidad megalítica de la región, para evitar dar datos erróneos de densidad o ausencia de monumentos. El objetivo final es conformar un amplio y detallado catálogo de los monumentos megalíticos con “eventos de uso post-fundacional” documentados en el valle del Duero/Douro. Para ello, hay que llevar a cabo una revisión metódica de las publicaciones referidas a los conjuntos materiales recogidos en los locales seleccionados.

La mejor herramienta para desarrollar el estudio de los monumentos seleccionados, desde una perspectiva concreta y focalizada en su dimensión funeraria, es una base de datos bastante completa (ver subepígrafe 5.2.1 y Figura 10), elaborada específicamente para esta investigación, con la que se pretende abordar un buen número de aspectos sobre el sepulcro y el contenido hallado en su interior, susceptibles de ser contrastados. Esta base de datos útil y eficaz también ha sido diseñada en File-Maker (versión PRO 7.0), y parte de una reflexiva labor anterior acerca de qué tipo de aspectos debían de formar la ficha de registro adecuada para analizar los yacimientos. En realidad, consta de tres bases de datos relacionadas, en las que no sólo se atiende a las características de cada monumento megalítico y a las circunstancias de sus posibles reutilizaciones, sino que también reflejan las relaciones que existen entre la tumba en cuestión y otros yacimientos de la misma época. Éste es el punto de partida para posteriormente aplicar distintos métodos de estudio estadístico a los datos recogidos. Estos tres bloques fundamentales que conforman el cuerpo de la base de datos se



refieren, respectivamente, a las características internas y externas del monumento megalítico, las circunstancias y particularidades de su reutilización, y por último su relación en el entorno con otros yacimientos. Este amplio desarrollo de la base de datos ofrece la posibilidad de abrir nuevos caminos para alcanzar una mejor comprensión y para obtener más datos sobre la realidad social y económica de estas poblaciones.

Esta primera y ardua etapa descriptiva pretende hacer hincapié en la relevancia de la “cultura material” para el estudio de las sociedades prehistóricas, entendida no como un conjunto de meros artefactos, sino como manifestaciones resultantes de determinados patrones de comportamiento específicos. En este sentido, el “documento” funerario se presenta como producto de ciertas prácticas sociales concretas cargadas de significado, y no como una acumulación de evidencias aleatoria y no intencional, (Vicent, 1995).

La fase posterior a la recogida y descripción de los datos tiene un carácter más analítico-interpretativo. Las herramientas utilizadas para el tratamiento de la información son la estadística y la teoría de la probabilidad, instrumentos que permiten realizar asociaciones significativas entre elementos que *a priori* no manifiestan ninguna relación. Se incide sobre otros aspectos que superan lo puramente tipológico: distribución del material dentro del propio enterramiento, reacondicionamientos para nuevas deposiciones, remonumentalización de las estructuras, modos de separación intencionada de las antiguas inhumaciones, relación espacial con otros yacimientos coetáneos a la reutilización... De esta manera, se comprueba la existencia de patrones de comportamiento, al combinar determinadas facetas de la práctica rito-funeraria que de otra forma es imposible asociar.

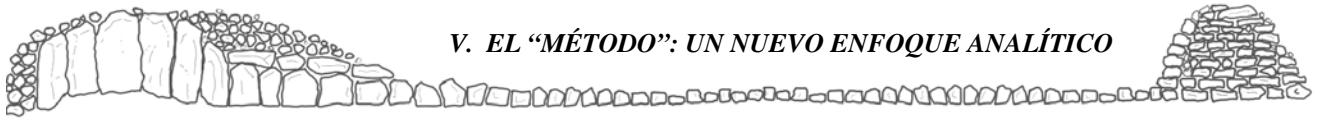
La Estadística es un método analítico aplicable al tratamiento de los datos arqueológicos. Una vez que éstos están registrados en una base de datos, la función de los análisis estadísticos es extraer la mayor información posible de ellos y posteriormente expresarla mediante distintos tipos de gráficos. Con la aplicación de este instrumento de trabajo, se pueden relacionar diferentes variables del conjunto de datos, con el fin de obtener asociaciones significativas entre ellas. El punto de partida es la “organización social del espacio”, que implica que cualquier pauta de comportamiento que deje una evidencia arqueológica es el reflejo directo de las estrategias socio-económicas inherentes a la comunidad que la desarrolla. Este tipo de estudios

estadísticos “micro-espaciales”, a pesar de la buena acogida que tuvieron en sus inicios, están prácticamente ausentes en la investigación peninsular, y su práctica se limita, principalmente, al análisis funcional de los asentamientos sobre todo a partir del I milenio cal. BC. Por su parte, los proyectos que incluyen aplicaciones estadísticas sobre monumentos megalíticos son escasos y de poca difusión.

En esta fase analítica, es interesante realizar un estudio comparativo entre distintas zonas del ámbito geográfico seleccionado, para observar diferencias y similitudes entre ellas. Este análisis comparativo entre los yacimientos de cada zona, que aporta nuevos elementos de contraste (similitudes, diferencias, fenómenos de largo alcance,...), permite completar los estudios específicos ya publicados y obtener una visión global.

De forma paralela a la recogida y registro de los datos, se desarrolla un estudio cartográfico para conocer el territorio y mejorar la comprensión de algunos factores de implantación y distribución de las poblaciones prehistóricas. Con este objeto se han elaborado una serie de mapas que aportan nueva información, más allá de la simple ilustración gráfica, que reflejan la distribución espacial en todo el ámbito geográfico estudiado de las diferentes variables arqueológicas van siendo analizadas. Para este fin se han empleado herramientas propias de los Sistemas de Información Geográfica (S.I.G.) como el programa ArcGis 10. En lo referente a la búsqueda y consulta de la información cartográfica, se han aprovechado los recursos ofrecidos por el portal web de la CHD o Confederación Hidrográfica del Duero <http://www.chduero.es/>, donde es posible encontrar una gran diversidad de mapas de diferente naturaleza (hidrográficos, administrativos, catastrales, orográficos, litológicos, de aprovechamiento agrícola...) de la Cuenca del Duero.

Una vez culminada esta esforzada labor de documentación, se plantean las primeras hipótesis teóricas, con el fin de aportar una interpretación coherente de todo el conjunto de datos recogidos. Es en este punto donde se necesita de modelos teóricos para dar sentido a los datos, puesto que *“para explicar la variabilidad material del registro arqueológico en términos sociales y culturales necesitamos teorías sobre la sociedad y la cultura... inmunes a cualquier contrastación”* (Vicent, 1995: 16). Para ello, se precisa llevar a cabo un rastreo bibliográfico sobre todo lo relativo al mundo rito-funerario, su simbolismo, y prácticas o rituales de enterramiento. En este sentido, es



V. EL “MÉTODO”: UN NUEVO ENFOQUE ANALÍTICO

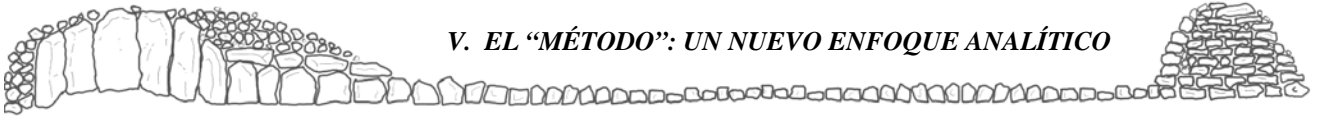
muy importante buscar apoyo en otro tipo de disciplinas como la Antropología socio-cultural, la Etnología o la Sociología, fundamentales para comprender mejor el mundo de la ideología y lo imaginario, y para intentar descubrir los complejos procesos de transformación que experimentaron las sociedades prehistóricas. En esta línea, se ha profundizado en conceptos tan abstractos como la memoria o el tiempo, intentando aunar la interpretación arqueológica con una perspectiva antropológica y sociológica. La combinación del punto de vista analítico y el interpretativo es fundamental, para que la investigación pueda definirse como completa.

5.2. LAS HERRAMIENTAS DE ANÁLISIS

Frente a los trabajos tradicionales de tendencia puramente tipológica, que simplemente se limitaban a describir los ajuares de los sepulcros, en las últimas décadas el Megalitismo se ha abordado desde diversos frentes, dando principal relevancia a su significado como hito territorial (en términos funcionalistas) o referente espacial (para los post-procesualistas), sobre todo desde una perspectiva de la “Arqueología del Paisaje”, que analiza el monumento en relación con su entorno y con una determinada concepción del espacio. De este modo, el interior de los megalitos ha pasado a un segundo plano, al ser considerado como un ámbito de estudio asociado a la interpretación más tradicional. Pero aún hay muchos aspectos prácticamente inéditos acerca de sepulcro funerario como tal, y sobre todo en relación a su dimensión ceremonial y ritual. *“La clave del megalitismo estaría por lo que creemos saber hasta ahora en la relevante entidad de las tumbas, aunque este elemento no sería nada sin la presencia en su interior de los enterramientos”* (Bellido y Gómez, 1996: 149).

Es cierto que a la hora de tratar el contexto fundacional de los megalitos e investigar sobre las formas de vida de sus constructores es imprescindible intentar buscar los patrones de distribución e implantación sobre el territorio, partiendo de la idea de que son monumentos externos, visibles, accesibles para los vivos, y no simplemente una tumba o panteón para los muertos. Sin embargo, al analizar la “biografía” de una construcción megalítica desde una perspectiva temporal, adquiere más sentido la búsqueda de pautas de comportamiento en el interior de la misma, en las modificaciones de su estructura y en las diferentes formas de uso del espacio sepulcral. Se requiere un enfoque más concreto cuyo punto de partida sea el interior, su dimensión rito-funeraria, que al fin y al cabo, es la que las poblaciones posteriores conocen y preservan. Hay que entender el megalito como una estructura orgánica, sumida en un proceso de continua transformación y reinterpretación.

Como ya se ha señalado, en el presente trabajo la idea de “cultura material” se aleja de las visiones más tradicionalistas. En este sentido, el “documento” funerario se interpreta no como un conjunto de evidencias acumuladas de forma aleatoria y no intencional, sino como el resultado de ciertas prácticas sociales específicas cargadas de significado. La mejor forma de plasmar esta renovada mirada sobre el registro es la aplicación de ciertas herramientas analíticas adecuadas que permitan estudiar en



profundidad los datos de que se disponen, para obtener la mayor información posible de ellos.

5.2.1. DISEÑO Y CARACTERIZACIÓN DE LA BASE DE DATOS

La base de datos que conforma el cuerpo documental de este trabajo consta de tres bloques fundamentales referidos, respectivamente, a las características internas y externas del monumento megalítico, las circunstancias y particularidades de sus “eventos de uso post-fundacional” y, por último, su relación en el entorno con otros yacimientos. Se trata de una base de datos diseñada específicamente para esta investigación, en función de sus necesidades, que abarca un gran número de aspectos susceptibles de aportar información, y que supera las descripciones puramente tipológicas: distribución del material dentro del propio enterramiento, reacondicionamientos para nuevas deposiciones, remonumentalización de las estructuras, modos de separación intencionada de las antiguas inhumaciones, relación espacial con otros yacimientos coetáneos a la reutilización...

A continuación, se presenta una descripción de los campos de datos más genéricos que contiene cada ficha (ver Anexo 1 y Figura 10), haciendo una breve reflexión sobre alguno de los aspectos aparentemente más confusos o irrelevantes para la investigación. Hay que tener en cuenta que no todos los yacimiento van aportar datos para todos los campos, puesto que en muchos casos las antiguas excavaciones arqueológicas no dejaron restos del monumento, y actualmente sólo contamos con unas pocas descripciones del material hallado y, con suerte, del tipo de estructura que lo contenía.

a) **“Monumentos”** (ver Figura 10 A y B): esta primera base de dato recoge todas las “facetas” propias del momento de construcción y uso fundacional del megalito y de su implantación en el entorno:

- Nombre del yacimiento y número de inventario (es un número dado de manera exclusiva de cara a facilitar el tratamiento de datos en este trabajo).

- Localización: entidades administrativas en que se ubica (comarca/~~333~~provincia, provincia/~~distrito~~, municipio/~~concelho~~, localidad/~~freguesía~~...), y si hay disponibilidad, las coordenadas GPS y/o cartográficas de su emplazamiento exacto.

- Cronología: si existen dataciones absolutas de los momentos fundacionales y de las primeras etapas de uso (niveles de paleosuelo, contexto bien definido del osario neolítico...).

A

Nombre yacimiento El Terriñuelo TÑ N° inventario 10 I

Localización España Comarca/Provincia Salamanca Municipio/Concelho Aldeaviej Freguesia/Localidad Aldeavie Subregión/NUTS

Coordenadas UTM X: 279299 Y: 4495243 Lat./Long. Lat. 40° 34'

Prospección Recogida superficial Excavación antigua Excavación reciente

FINALES DE LOS '20: Campaña de excavación (intervención en la cámara, parte del corredor y sector oriental del túmulo). Dirección: Padre César Morán. 1956: Sistematización de los datos ofrecidos por César Morán y actualización del inventario arqueológico salmantino de la mano de José Melguizar de Motos, en su

MORFOLOGÍA **MONUMENTALIDAD** **DENSIDAD OCUPACIÓN** **ACCESIBILIDAD** **EMPLAZAMIENTO**

Sepulcro de corredor Cámara simple Túmulo simple Tumba-calero Redondil Tholos

Otros elementos Atrio Anillo perimetral/Círculos periféricos

arquitectónicos Cámaras secundarias Espacio ceremonial/deambulatorio periférico

Peristalito Fosas de cimentación de los ortostatos

Anillos pericamerales Other...

Composición pétreas Pizarra (materia prima local) Uso de diferentes litologías En la cámara, corredor y

Cámara: de planta circular, ligeramente ovalada. Conserva

TABLA DATACIONES

IMAGEN

VOLVER

B

Nombre yacimiento El Terriñuelo TÑ N° inventario 10 I

Localización España Comarca/Provincia Salamanca Municipio/Concelho Aldeaviej Freguesia/Localidad Aldeavie Subregión/NUTS

Coordenadas UTM X: 279299 Y: 4495243 Lat./Long. Lat. 40° 34'

Prospección Recogida superficial Excavación antigua Excavación reciente

FINALES DE LOS '20: Campaña de excavación (intervención en la cámara, parte del corredor y sector oriental del túmulo). Dirección: Padre César Morán. 1956: Sistematización de los datos ofrecidos por César Morán y actualización del inventario arqueológico salmantino de la mano de José Melguizar de Motos, en su

MORFOLOGÍA **MONUMENTALIDAD** **DENSIDAD OCUPACIÓN** **ACCESIBILIDAD** **EMPLAZAMIENTO**

Elementos de ajuar Restos óseos Otras estructuras Pinturas y/o grabados

ELEMENTOS DE AJUAR **RESTOS ÓSEOS** **PINTURAS y/o GRABADOS**

Cerámica Si No Si No Técnicas

Industria Lítica Si No Si No **OTRAS ESTRUCTURAS** Contexto

Industria Ósea Si No Tipos de Estructuras Hoyo Motivos

Elementos de Adorno Si No Contexto Entrada Características

Otros materiales Si No Hoyo: de pequeñas

TABLA DATACIONES

IMAGEN

VOLVER

C

Nombre yacimiento El Terriñuelo TÑ N° inventario 10 I

IV MILENIO BC **III MILENIO BC** **II MILENIO BC** **OTRAS REUTILIZACIONES**

Si No

Datación BP	Datación cal. 1º	Datación cal. 2º	Tipo de muestra	Método	Contexto de la muestra

Cronología

Contexto de reutilización Cámara Entrada corredor Corredor intratumular Osario-cámara Entrada corredor/Estructura de clausura Cista funeraria Corredor Interior fosas de cimentación Superficie del túmulo Cámara y corredor Lecho de preparación infratumular Periferia Atrio Lecho de preparación nivel sepulcral Monumento completo Túmulo Atrio/Estructura de clausura Varias Entrada cámara Túmulo/periferia de la cámara Indeterminado

Tipo de reutilización Funerario Remociones cámara y osario Pinturas/grabados Clausura/sellado Elementos añadidos Fuego Retumulación Individualización del espacio Indeterminado Mantenimiento Pequeñas remodelaciones Other...

Clausura/sellado: a lo largo de la primera mitad del III milenio BC tuvo lugar en el sepulcro un

ELEMENTOS MATERIALES **RESTOS ÓSEOS**

Cerámica Si No Elementos de Adorno Si No

Industria Lítica Si No Otros materiales Si No

Industria Ósea Si No

III MILENIO BC-CAMPANIFORME

IMAGEN

VOLVER

D

Nombre yacimiento El Terriñuelo TÑ N° inventario 10 I

IV MILENIO BC **III MILENIO BC CERÁMICA** **II MILENIO BC** **OTRAS REUTILIZACIONES**

Si No

CERÁMICA LISA **CERÁMICA DECORADA**

Nº Frags./Piezas completas 1 Si No Si No

Tipo de objeto Olla de cuello indicado Indeterminado

Características A mano Completo A mano Galbo A torno A torno Se trata de un A torno

Motivos decoración Incisión Líneas zigzag Presenta decoración de doble línea de tiran

Lugar de deposición Entrada corredor/Estructura de Cámara

Posición Primaria Secundaria Primaria Secundaria

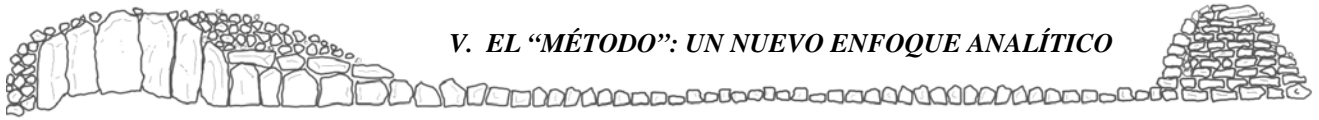
Se halló entre las piedras del Nivel II (Campaña 4000) en excavación

Se trata de uno de los hallazgos realizados durante la intervención

IMAGEN

VOLVER

Figura 10: Ejemplos de algunas de las presentaciones de la Base de Datos (BDD)



- Morfología (ver Figura 10A): se recogen las características tipológicas clásicas (sepulcro de corredor, cámara simple, túmulo simple...), y se señala si existe algún elemento añadido (cámaras secundarias, atrio, peristalito, anillos líticos pericamerales...).

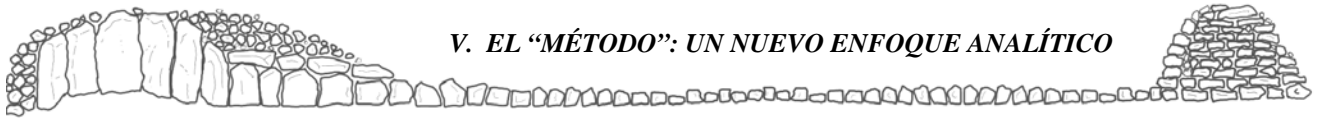
- Monumentalidad: dimensiones del diámetro, altura y perímetro, y orientación de los “ejes” de la tumba.

- Densidad de ocupación (ver Figura 10B): una breve descripción del material correspondiente al “horizonte megalítico” (tipo de objeto, cantidad, peculiaridades...) en relación con el lugar de deposición (cámara, pasillo, túmulo...). También, cuando es posible, se recogen datos sobre los restos óseos recuperados como el número mínimo de individuos, evidencias de “agrupamientos simbólicos” de huesos, si hay conexiones anatómicas... Es importante señalar, si tanto los restos óseos como artefactuales aparecen en posición primaria, o han sufrido algún tipo de alteración o remoción de su contexto original.

- Accesibilidad: este apartado, un tanto peculiar, se refiere a si se trata de una tumba que permaneció abierta posteriormente a su primera fase de uso (una gran mayoría de los dólmenes de corredor), o si por el contrario estaba cerrada por algún tipo de clausura o condenación (túmulos no dolménicos, tumbas calero, sepulcros con el pasillo colmatado, estructuras destruidas...). Hay hipótesis que plantean el paso de tumbas cerradas a tumbas abiertas, vinculándolo al cambio de las necesidades del ritual, que a su vez viene dado por una transformación en las formas de vida y de pensamiento. En las fases más antiguas, cuando el megalito es sobre todo un símbolo funerario y simbólico, son tumbas cerradas, inaccesibles, “las casas de lo muertos”, de los ancestros que pasan a vivir en otra dimensión. En un mismo proceso se depositan los restos y se tumuliza, convirtiéndose en “*monumentos para el recuerdo*” (Delibes y Rojo, 2002), cuya presencia perdurará en el imaginario colectivo. Los grandes sepulcros abiertos se construyen en un momento de crisis, por eso las poblaciones necesitan asirse a los vínculos estables, fortalecer a la comunidad tanto en el presente como en el pasado, mediante el refuerzo de los lazos con la tierra que ocupan. De esta forma, su relación con los ancestros cambia, pues hay comunicación e interacción entre ambos mundos, y por ello los sepulcros están abiertos y los cadáveres accesibles, y además siguen siendo el lugar de enterramiento no sólo para las generaciones presentes sino también para las futuras, son “*tumbas para la eternidad*” (*ibídem*; Rojo, Kunst *et al.*, 2005). Este es el proceso por el que se sustituye “*lo que inicialmente fueron meras tumbas por*

monumentos de más compleja condición y significado, en los que, además de facilitarse el descanso a los muertos y de hacer alarde de la cohesión del grupo propietario, se materializará y estrechará la comunicación con los ancestros” (Delibes y Rojo, 2002: 9). Otra explicación para ese paso de sepulturas cerradas a abiertas son las nuevas necesidades creadas por una forma de vida agrícola, que obliga a ejercer más control sobre la tierra, de forma que la genealogía, el paso del tiempo, la permanencia en un lugar, o la acumulación de ancestros se convierten en un factor de legitimación. Ésta puede ser la causa de esa exhibición aparente de la muerte, frente a la ocultación anterior de la misma, correspondiente a una forma de entender la muerte y el mundo de los ancestros distinta. Por tanto, parece que las primeras manifestaciones megalíticas dan más importancia a la idea de la muerte en sí, los antepasados, la defensa y expresión de la identidad colectiva del grupo... y por ello son las mismas personas que celebran los rituales funerarios quienes cierran las tumbas. La esencia de los grandes sepulcros de corredor es su monumentalidad y magnificencia, con un creciente deseo de figurar en el espacio (la idea del dominio del espacio, la desacralización de la naturaleza, la “culturalización” de la Naturaleza, la conciencia de la capacidad de control del ser humano sobre su entorno...) y permanecer en el tiempo (concepción cíclica del tiempo, todo se repite y vuelve a su lugar de origen, existencia de un pasado real expresado en las tumbas de los antepasados...).

- Emplazamiento: este apartado también requiere de una somera reflexión puesto que recoge una idea muy abstracta, como es la relación del megalito con el espacio, y las posibles razones que pudieron influir en la elección del lugar de ubicación concreto. Algunos autores, han elaborado hipótesis en este sentido, llegando a determinar una serie de factores condicionantes para el emplazamiento del monumento: “*relación con ejes de tránsito; relación con elementos naturales señeros, áreas especiales o accidentes naturales (muy especialmente con los recursos hídricos); relación con otros monumentos y relación con estaciones de hábitat*” (Morán, 2003: 416). En cuanto a los ejes de tránsito, hay que hablar no de una relación directa entre la construcción del túmulo y la existencia de una cañada o un camino actual, pues es un planteamiento absurdo, sino considerar esa vía como la materialización de un eje de paso muy factible en el pasado. “*No relacionamos los monumentos con la cañada, sino con el eje de tránsito que ésta materializa y los elementos morfogénicos que condicionan su existencia*” (ibídem: 417). La relación de túmulos con ejes de tránsito, se plantea recíproca, no como una relación causal sino como la interacción de ambos elementos,



de manera que “los túmulos se disponen en lugares aptos al tránsito” y a su vez “los túmulos actúan como marcas espaciales que permiten la orientación en el espacio” (*ibídem*), sin que una de las situaciones domine sobre la otra. La forma de entender la categoría del “Espacio”, que tienen estas poblaciones, necesita de unos referentes para moverse en ese mundo del que ellos son simplemente una parte más; esos referentes, en un principio asociados a elementos naturales, van siendo construidos por ellos mismos y en aquellos lugares donde para ellos es más beneficioso o conveniente, o más fácil de acceder. De ahí, que las construcciones megalíticas se hallen cercanas a vías de tránsito, para ser más visibles y accesibles, pero a su vez para que sirvan de referentes en sus viajes de esos ejes de tránsito. Por su parte, los elementos naturales se incorporan al monumento megalítico como una parte más de su construcción. El “micro-relieve” tiene su importancia puesto que, en un gran número de casos, los sepulcros se sitúan en promontorios naturales, lo que hace realzar su estructura y altura; en muchos casos este realce “natural” se complementa con otros elementos llamativos, como los juegos con el color, la arquitectura del túmulo (por ejemplo, la elaboración de círculos concéntricos perimetrales, a veces líneas radiales...), o el uso de algún hito (estelas o menhires señalización el lugar). El objeto de este mimetismo con los elementos naturales es aumentar la “visibilidad desde” y la “visibilización” de los megalitos. Lo interesante de este punto para la investigación es la asociación de las tumbas con recursos acuíferos, sobre lo que existen estudios que afirman que los más próximos suelen estar en dirección noreste coincidiendo, curiosamente, con la orientación habitual de la entrada de las sepulturas hacia el oriente. En cuanto a la relación con otros monumentos megalíticos, hay que señalar su naturaleza, es decir si existe superposición de construcciones o sólo es por contacto visual. También hay que atender a las yuxtaposiciones de monumentos, en el sentido de la ocupación de una misma área especial o simbólica que da lugar a un fenómeno de necropolización.

b) “Reutilizaciones” (ver Figura 10 C y D): este segundo bloque recoge todos los eventos de “uso post-fundacional” documentados en los monumentos megalíticos, clasificados según los “horizontes cronológicos” que *a priori* se han podido establecer a través del análisis de la “cultura material”. Estos “horizontes” son “IV milenio BC” (en este periodo se incluyen también los “usos” llevados a cabo aún durante la etapa fundacional del monumento), “III milenio BC”, “III milenio BC-Campaniforme”, “II milenio BC” y “II milenio BC-Final”. Además, se ha añadido un apartado de “Otras reutilizaciones” en el que se exponen algunos datos relativos a reocupaciones de los

megalitos en fechas posteriores al periodo cronológico estudiado. La información recogida en cada uno de estos apartados se engloba en los siguientes campos:

- Cronología: si existen dataciones absolutas para estos “eventos de reutilización” (niveles de paleosuelo, contexto bien definido del osario neolítico...).

- Contexto (ver Figura 10 C): contexto específico del monumento en el que se han realizado estos depósitos (cámara, pasillo, entrada, túmulo...).

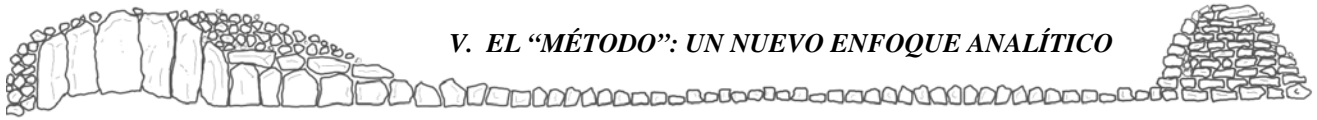
- Densidad de la reutilización (ver Figura 10D): con este campo se pretende “medir” el impacto e intensidad de cada uno de esos rituales. Se realiza una descripción de los objetos arqueológicos hallados (número, material, caracteres tipológicos...), y si es el caso y se da la posibilidad, relacionarlos con el número mínimo de individuos con los que aparecen (para señalar si se trata de un enterramiento individual, doble o múltiple). En el caso de contar con exhaustivos estudios de los restos óseos y su contexto, se pueden registrar datos sobre la posición en que se enterró el cuerpo, si es una deposición primaria o secundaria, si existen asociaciones entre partes de cuerpo y elementos de ajuar...

- Tipo de reutilización (ver Figura 10 C): hace referencia a las prácticas documentadas asociadas a cada evento de uso. En este sentido, se han catalogado retomulaciones, apertura de estructuras de acceso (tipo pozo, reaperturas del corredor...), pinturas o grabados en el interior de la cámara posteriores a su construcción, reformas o remodelaciones de estructuras, o episodios de clausuras (sellados del pasillo y cámara, actos de desmantelamiento de estructuras...), entre otros (ver epígrafe 6.4).

c) “Relación con otros yacimientos”: en esta base de datos se refieren algunas de las ocupaciones documentadas en el entorno del monumento, que pueden ser coetáneas a los “eventos de reutilización” documentados en el mismo. Consta de diferentes apartados que diferencian entre asentamientos, tumbas, megalitos reutilizados y otros yacimientos de diversa naturaleza (lugares de carácter ritual, canteras o puntos de aprovisionamiento de materia prima, hallazgos aislados...). En cada uno de ellos se computan los siguientes campos de información:

- Nombre del yacimiento y número de inventario.

- Localización: entidades administrativas en que se ubica (provincia, región, municipio, distrito...), y si hay disponibilidad, las coordenadas GPS de su emplazamiento exacto.



- Cronología: tanto absoluta como relativa, con el fin de dar al yacimiento una adscripción cronológica aproximada.
- Naturaleza del yacimiento: en el caso de los asentamientos se señala si es de larga ocupación o breve como hábitats estacionales o campamentos de actividad específica, y se registra si se han documentado estructuras. En cuanto a las tumbas, se describe su morfología (fosa, cueva sepulcral, estructura tumular...), se describe brevemente y se señala también si se trata de una manifestación aislada o aparece integrada en un conjunto formando necrópolis; además, cuando sea posible se especifica si se trata de un enterramiento de carácter individual, doble o múltiple (y en este último caso, si es una deposición diacrónica o sincrónica).
- Materiales arqueológicos: descripción de la tipología y una cuantificación aproximada de los artefactos documentados. Sólo se recogen aquellos materiales que puedan establecer un vínculo con los hallados en los megalitos reutilizados con los que se relacionan (misma decoración cerámica...).
- Distancia entre el monumento megalítico y el yacimiento en cuestión.

5.2.2. LA ESTADÍSTICA: UNA EFICAZ HERRAMIENTA DE ANÁLISIS

La Estadística es un método analítico aplicable al tratamiento de los datos arqueológicos. Una vez que éstos están registrados en una base de datos, la función de los análisis estadísticos es extraer la mayor información posible de ellos, que se expresa mediante gráficos distintos.

Mediante la aplicación de este instrumento de trabajo, se puede desarrollar un análisis de las interrelaciones espaciales de los elementos arqueológicos, con el fin de obtener asociaciones significativas entre los mismos. El punto de partida es la hipótesis de la “*organización social del espacio*”, por la que cualquier pauta de comportamiento que deje una evidencia arqueológica es el reflejo directo del “*modelo de actuación socio-económica*” inherente a la comunidad que la desarrolla (Wünsch, 1989: 13). Por ello, los métodos estadísticos hay que aplicarlos en “*estudios de distribución micro-espacial de artefactos en el interior de yacimientos, basados en la colocación relativa de los restos como testimonio del comportamiento humano en las diferentes actividades llevadas a cabo*” (Fernández Martínez y Hornero del Castillo, 1990: 161).

Para proceder al tratamiento estadístico de los datos, se ha de contar con una serie de variables cualitativas, seleccionadas previamente, susceptibles de analizar. Pero

ha de ser el investigador quien decida qué tipo de combinaciones y resultados quiere obtener, y partiendo de esta base se toman unas u otras variables como muestra. *“Cualquier tipo de tratamiento estadístico de los datos sólo adquiere relevancia y validez en función de estar integrado en un marco teórico a la luz del cual se intenta caracterizar y jerarquizar la información”* (Wünsch, 1989: 16), por lo que hay que evitar su uso de forma mecánica y acrítica.

Es la “estadística inferencial” la que sirve para tomar decisiones, que consta de una fase de muestreo o selección y otra de contraste de hipótesis, que se apoya en la aplicación de la “teoría de la probabilidad”. En la mayoría de los casos, el número de datos es demasiado grande para ser analizado a través de una sola variable, por lo que hay que reducir su tamaño mediante la aplicación de métodos multivariantes. De esta manera, estudiando los datos reducidos, se pueden descubrir más fácilmente los patrones, las tendencias... que existían en las variables originales, para posteriormente darles una explicación. La Estadística permite *“por una parte, determinar las asociaciones de elementos significativas combinando todas las categorías; y por otra parte, determinar el patrón de distribución de cada categoría y establecer el tipo de disposición de las mismas, para posteriormente complementar ambos resultados y establecer una visión analítica global de las interrelaciones espaciales de los restos”* (Wünsch, 1989: 16).

Existen numerosos análisis de este tipo, cuya aplicación viene determinada por la clase de resultados que se pretende obtener. Para elaborar una clasificación tipológica de artefactos, o asociarlos a un contexto determinados, se utilizan los dendrogramas (análisis de conglomerados, *Cluster Analysis...*) o los “Análisis de componentes principales” en un plano bidimensional. Por otro lado, las seriaciones o secuencias de orden cronológico en relación con sus atributos culturales, se obtienen mediante complejos “escalogramas multidimensionales”.

Para esta investigación, se requiere combinar análisis de clasificación y funcionalidad entre distintos tipos o contextos, en el marco de un plano bidimensional, puesto que de este modo se puede diferenciar la posible existencia de pautas de comportamiento diferenciado, asociando aspectos completamente diferentes entre sí. En este sentido, el “Análisis factorial de correspondencias” será uno de los métodos más adecuados ya que permite reunir datos de frecuencia, presencia/ausencia y tablas de contingencia en un mismo gráfico, de forma que el resultado muestra regularidades en la asociación de diversas variables con diferente naturaleza.

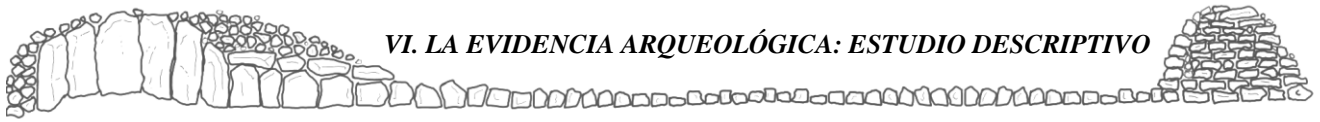
VI.

**LA EVIDENCIA
ARQUEOLÓGICA I:**

**ESTUDIO
DESCRIPTIVO**

*“No sé si ocuparnos de la Historia es una virtud o una enfermedad,
mas lo cierto es que ninguna de las generaciones de hombres
que ha habido a lo largo de los tiempos
ha dejado de mostrar preocupación por su pasado”*

(Germán Delibes, Entrevista en el *Diario de Burgos*, 2013)



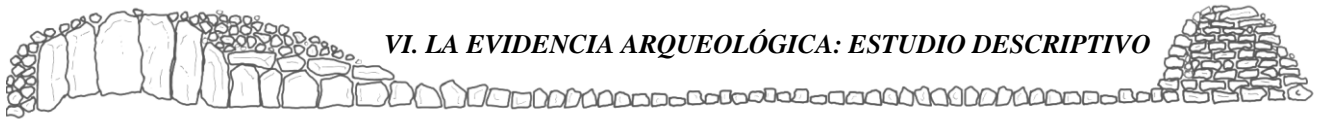
6.1. EL CORPUS DE DATOS: ALGUNAS CLAVES PARA SU ESTUDIO

El conjunto de datos que compone el núcleo central de este proyecto a nivel descriptivo y analítico, se trata de un *corpus* caracterizado por su abundancia tanto cuantitativa como cualitativa. Destaca no sólo por el elevado número de yacimientos estudiados (que alcanza la cifra de 180), sino también por la diversidad y variabilidad de la información que ha aportado cada uno de ellos. Como ya se ha señalado en epígrafes anteriores (ver subepígrafe 5.2.1), la base de datos (desde ahora BDD) diseñada específicamente para llevar a cabo este trabajo consta de 69 presentaciones distribuidas en 3 bases de datos relacionadas entre sí. Cada una de las presentaciones abarca una faceta diferente de la realidad megalítica (emplazamiento, morfología, cultura material, prácticas post-fundacionales, caracterización y cronología de los eventos de reutilización...). Debido al elevado número de campos de información catalogados, las posibilidades de análisis que ofrece son infinitas teniendo en cuenta las probables combinaciones que podrían llevarse a cabo.

A lo largo de este capítulo, se van a presentar una serie de análisis básicos, utilizando diferentes métodos estadísticos descriptivos que permiten el examen detallado de una o de la relación porcentual entre dos variables (en los gráficos que ilustran estos análisis, aparece representado el valor del número de casos documentado dentro de cada una de las representaciones porcentuales respectivas), y que se complementarán con la exposición en el próximo capítulo de otros estudios analíticos más complejos que precisan de la aplicación de herramientas de estadística inferencial y multivariante (ver capítulo 7). Con este fin, se ha seleccionado algunas de las “facetas” megalíticas registradas en la BDD que se han considerado más relevantes a la hora de caracterizar el fenómeno megalítico en la región duriense (localización geográfica administrativa, morfología del monumento, distintos aspectos de su emplazamiento geográfico, cultura material y evidencias de “arte” documentadas, y cronología absoluta -ver epígrafe 6.2.-). El análisis descriptivo de cada uno de estos aspectos contará con los gráficos de representación porcentual de un tipo u otro en función de la información a examinar (todas las tablas de datos se pueden consultar en el Anexo 3), la explicación de algunos conceptos en el caso de que pudieran resultar ambiguos, un mapa de

dispersión sobre el asunto tratado en la cuenca del Duero/Douro, y por último de una reflexión sobre los resultados obtenidos.

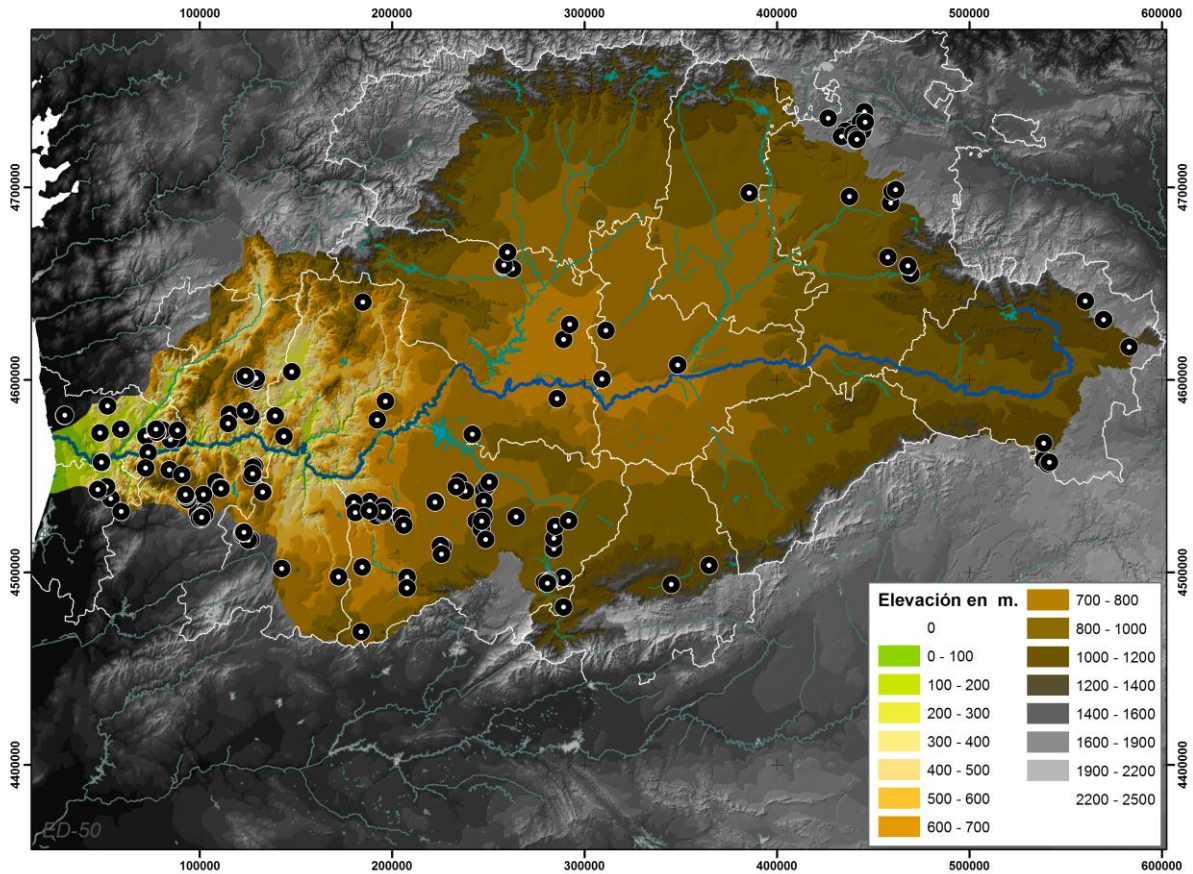
Tras esta caracterización general, los análisis se centran en el objeto de estudio de este trabajo, es decir en el fenómeno de la reutilización megalítica. Para facilitar el desarrollo del discurso, se han tratado por una parte los eventos de naturaleza funeraria (ver epígrafe 6.3), y por otro las distintas modificaciones post-fundacionales que se han podido documentar en este conjunto megalítico (ver epígrafes 6.4). Cada una de estas prácticas será descrita con detalle y se acompañará de información gráfica (planos, fotos...) siempre que sea posible, con el objeto de especificar de manera clara cuáles son las evidencias que se han valorado a la hora de concretar si un determinado tipo de actuación se ha llevado a cabo o no a lo largo del recorrido histórico del monumento. Es necesario señalar que esta separación entre eventos de tipo funerario y no funerario sólo se ha dado por cuestión formales de cara a la exposición de los datos de este estudio, y que en ningún momento se asume que son actos excluyentes. De hecho, mientras que en algunos casos se han documentado eventos post-fundacionales de gran entidad sin ninguna intencionalidad funeraria, en otras ocasiones es precisamente el ceremonial mortuario el que desencadena toda una serie de acciones que alteran en mayor o menor medida la arquitectura megalítica original. Sin embargo, como se podrá observar en los gráficos de representación porcentual (ver Gráfico 16, 24 y 28), la incidencia de las reocupaciones funerarias es mucho menor que aquellas en las que se han documentado algún tipo de alteración post-fundacional. Este hecho, en nuestra opinión, no sólo puede ser explicado por el sesgo producido por la mala o nula conservación de los restos óseos en gran parte del territorio estudiado (factor que siempre hay que tener presente), sino también por la idea (alejada en cierta medida del concepto tradicional de megalito) de que estos lugares no sólo funcionaron como recintos sepulcrales o “panteones familiares” sino que se convirtieron en verdaderos centros de agregación donde con la “excusa” de la celebración de ceremoniales o rituales colectivos, tendrían lugar importantes eventos de carácter socio-político e incluso de control ideológico. Por tanto, una gran parte de los actos que se dieron en los monumentos megalíticos no habrían tenido una vinculación directa con el asunto de la muerte (indirecta sí, puesto que su consideración como “tumbas de los antepasados” siempre estuvo vigente), sino más bien con aquellas prácticas necesarias para el buen funcionamiento de los engranajes sociales.



Somos conscientes de que los análisis que se van a presentar a lo largo de este capítulo son sólo una pequeña parte de las múltiples probabilidades de estudio que podrían extraerse, planteando diversas combinaciones analíticas entre los numerosos campos de información computados en la BDD (ver epígrafe 5.2.1). Pero nuestro propósito en esta investigación es realizar un primer acercamiento en profundidad a la caracterización de las “biografías megalíticas”, desde un enfoque muy concreto que se basa en la posibilidad de caracterizar funcional y cronológicamente el conjunto de prácticas post-fundacionales cuyo desarrollo conllevó la transformación y readaptación recurrente del monumento a las exigencias socio-simbólicas de cada grupo usuario. Tenemos la certeza de que del mismo modo resultaría interesante por ejemplo estudiar de manera detallada la cultura material asociada a cada momento de ocupación comparándola cuantitativa y cualitativamente, o combinándola con otras variables como las dimensiones o visibilidad de los monumentos, o también profundizar en la relación de cada monumento con otros yacimientos coetáneos o posteriores, y si dicha relación se corresponde con la presencia/ausencia en el mismo de materiales adscritos a los distintos periodos de la Prehistoria reciente. Desde luego, todas se nos antojan líneas de investigación de gran interés, pero como en todo proyecto de investigación hay que poner unos límites, de modo que los resultados obtenidos puedan ser abarcados desde un enfoque coherente y completo. Ello no es óbice para que en un futuro se pueda desarrollar y ahondar en estas y otras opciones propuestas, con el aliciente añadido de comprobar si el modelo que con este trabajo proponemos podría o no corroborarse desde otras perspectivas.

6.1.1. CUANTIFICACIÓN DE LOS YACIMIENTOS ESTUDIADOS Y SU DISTRIBUCIÓN GEOGRÁFICA

El número de yacimientos estudiados y catalogados en esta investigación asciende a un total de 180 (ver Anexo 1 y Tabla 3). Su distribución geográfica a lo largo de todo el territorio duriense no es homogénea, aunque se observa un cierto equilibrio, no intencionado, en algunas cuestiones fundamentales de cara a la posibilidad de ofrecer una imagen global del fenómeno megalítico en toda la cuenca del Duero/Douro, puesto que de lo contrario nuestro estudio parecería estar incompleto (ver Mapa 5).



Mapa 5: Imagen general de la cuenca del Duero/Douro con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados

Por un lado, la cuantificación de los enclaves catalogados a un lado y otro de la frontera hispano-portuguesa es muy similar, correspondiendo en 94 casos (52%) a la zona castellano-leonesa y 86 (48%) al territorio luso (Gráfico 1). Unas cifras, por tanto, muy ajustadas para ambas partes.

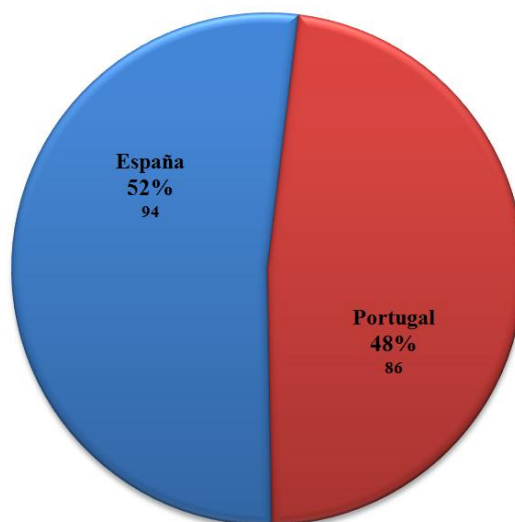
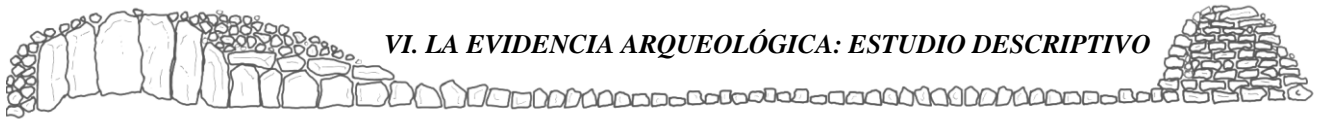


Gráfico 1: Representación porcentual de los yacimientos por país



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

Este dato es relevante dado que uno de los propósitos de este proyecto de investigación es ofrecer un estudio transfronterizo con carácter global, en el que todo el territorio tenga el mismo peso de cara al planteamiento de hipótesis y su interpretación. El hecho de que el número de yacimientos estudiados a ambos lados de la frontera sea prácticamente el mismo (insistimos en que no ha sido buscado o intencionado, sino resultado de una selección basada en ciertas variables que más tarde se irán exponiendo), es un factor muy importante de cara a conseguir dicho objetivo. De estos mismos datos se puede extraer otras conclusiones, en principio no tan evidentes, vinculadas al conjunto de características que han de y que se desarrollarán posteriormente en detalle (ver subepígrafe 6.1.2); una de estas condiciones es, con algunas excepciones, que hayan sido objeto de excavación, bien en época antigua o reciente. Por tanto, se podría afirmar que el equilibrio cuantitativo de los enclaves estudiados a uno y otro lado de la frontera, revela que la “investigación megalítica” en ambos países se ha desarrollado de un modo bastante paralelo (ver subepígrafe 3.2.1), y que el impacto de las intervenciones arqueológicas ha sido, de la misma manera, muy similar.

La otra cuestión en la que se observa un cierto equilibrio en la cuantificación de los datos, aunque no tan compensado como en el caso anterior, es la distribución de los monumentos al norte y sur del Duero/Douro. Al contabilizar los monumentos estudiados en la cuenca septentrional (todos los de Porto, Vila Real, Bragança, Palencia, Valladolid, Burgos, 8 de Zamora y 3 de Soria) y la meridional (en este caso, todos los de Aveiro, Viseu, Guarda, Salamanca, Ávila, 2 de Zamora y 4 de Soria), el resultado es que los primeros ascienden a 102 y los segundos a 78, una ligera diferencia que sin embargo no es tan relevante como para condicionar la interpretación de los datos (ver Gráfico 2). La explicación a estos datos también hay que buscarla en el desarrollo de la “investigación megalítica” que ha determinado claramente la implementación de actuaciones arqueológicas a ambos lados del río (ver subepígrafe 3.2.1). Los trabajos tradicionales se centraron fundamentalmente en la cuenca sur, sobre todo en las provincias de Salamanca y la región de la Beira Alta (principalmente en el *distrito* de Viseu y el sector occidental del de Guarda), donde estudiosos como el matrimonio Leisner, el Padre César Morán o Lionel Ribeiro, entre otros, excavaron y catalogaron de manera más o menos minuciosa los grandes dólmenes tan recurrentemente citados en la bibliografía. Hasta prácticamente la década de los ‘80 del pasado siglo, el territorio al norte del río, con algunas excepciones, ofrecía una imagen de “vacío megalítico” que,

sin embargo, desentonaba dentro del mapa peninsular del fenómeno megalítico. A partir de este momento, gracias al empuje vivido por la disciplina arqueológica dentro del mundo académico y a la puesta en práctica de necesarios proyectos de investigación a escala regional (Delibes, 2000; Delibes y Rojo, 1997 y 2002; Delibes *et al.*, 1993; Oliveira, V., 1982 y 1986; Palomino, 1990; Rojo, 1992; Sanches, 1994; etc.), se fue transformando gradualmente esta imagen a medida que salían a la luz importantes núcleos megalíticos distribuidos por la zona septentrional de la cuenca, dando un mayor coherencia a la interpretación del impacto megalítico en esta área peninsular.

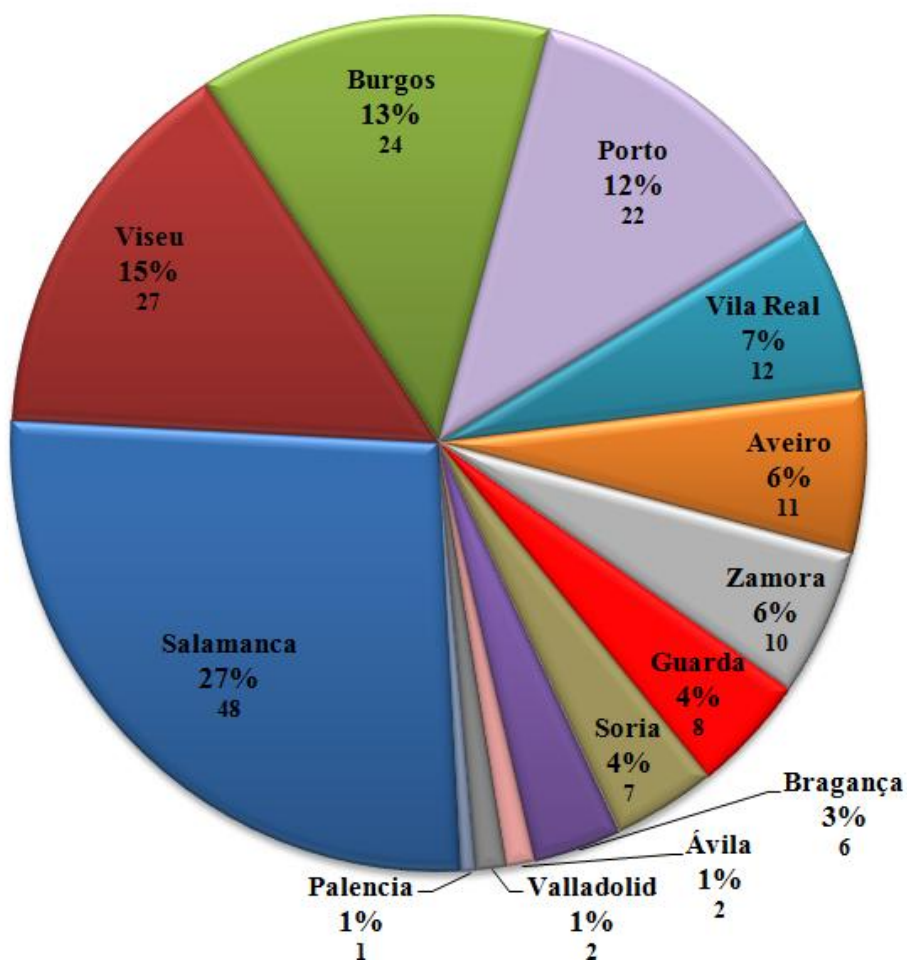


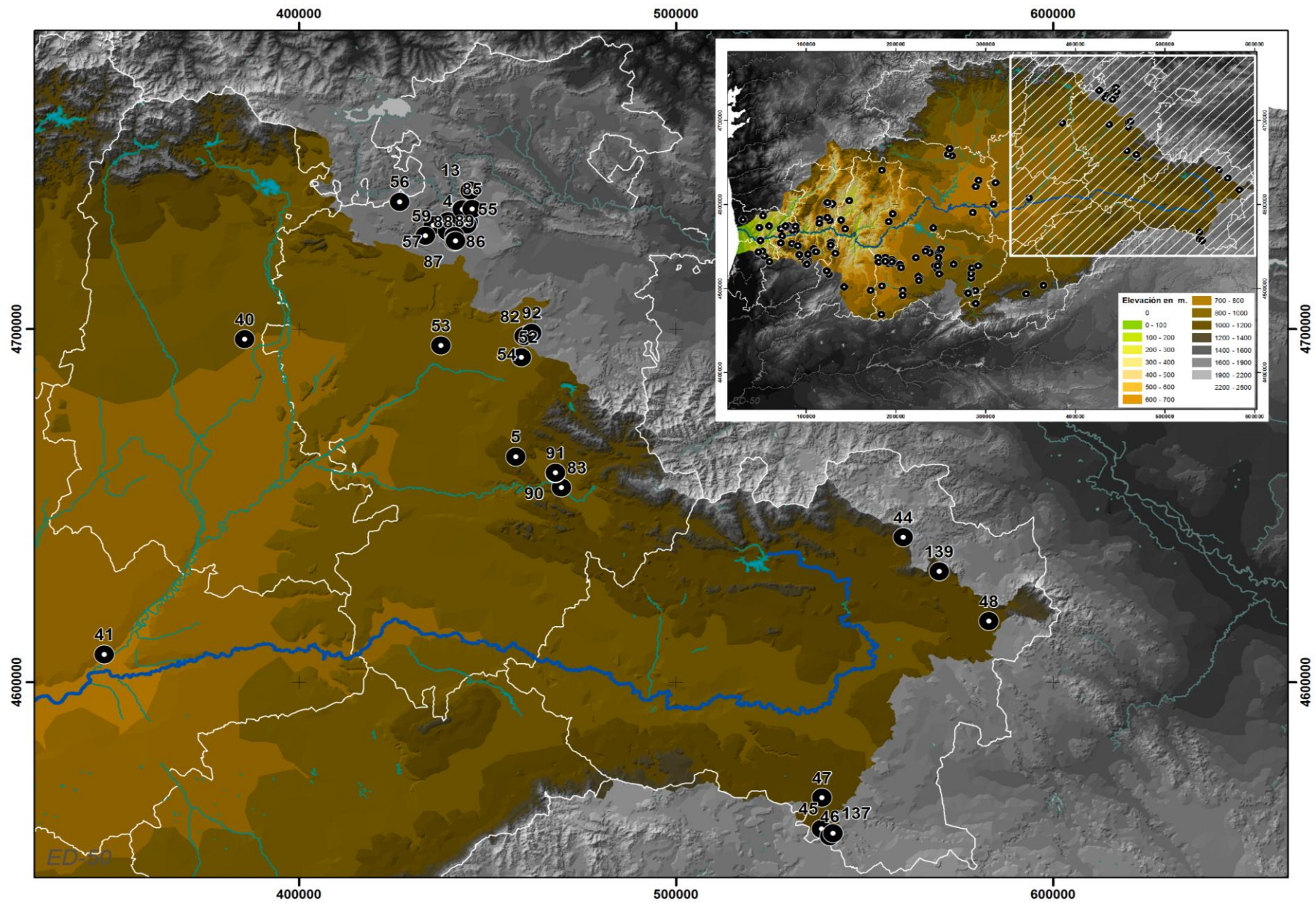
Gráfico 2: Representación porcentual de los yacimientos por provincia/distrito

Al analizar estos mismos resultados por provincias o *distritos* específicos, los desequilibrios son muy evidentes (ver Gráfico 2), concentrándose más del 50% de los enclaves catalogados en apenas 4 provincias (Porto, Viseu, Salamanca y Burgos), mientras que en el resto la representación es escasa o incluso nula (nótese que no hay ninguna referencia para las provincias de León y Segovia, puesto que en ellas no se ha registrado a día de hoy ningún megalito que cumpla las condiciones establecidas para

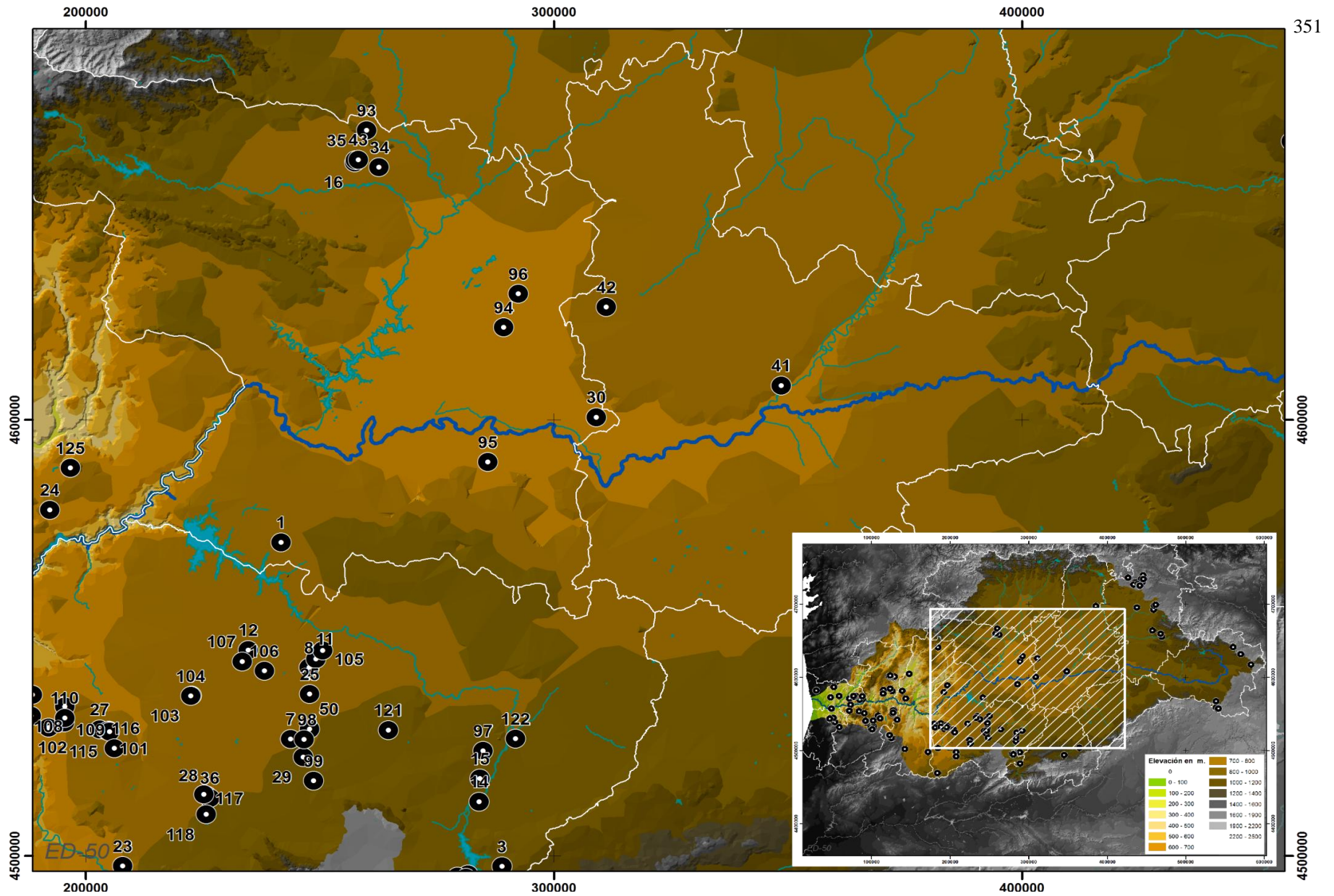


formar parte del *corpus* de datos de esta investigación) (ver Mapas 6-11). A lo largo de la fase de recogida y descripción de datos, se pudo comprobar que dispersos por todo el territorio duriense existen determinadas concentraciones megalíticas conformadas siempre por un número superior a 4 monumentos megalíticos y que abarcan regiones de mayor o menor tamaño pero siempre con un carácter local, que han sido objeto de numerosas intervenciones arqueológicas y de profundos estudios arqueográficos desde distintas perspectivas (Serra de Aboboreira, Valle de Sedano, Valle de Ambrona, Serra da Nave, Alto Paiva, valle medio del Tormes...). Estas investigaciones han estado normalmente integradas dentro de proyectos a largo plazo, en muchas ocasiones no limitados al Megalitismo sino que su propósito ha sido el estudio de las sociedades a lo largo de la Prehistoria reciente, dando lugar a la publicación de numerosas monografías, artículos y tesis doctorales al respecto (Arqueohoje, 1999; Benet *et al.*, 1997; Da Cruz, 2000 y 2001; Da Cruz *et al.*, 2000; Delibes, 2000; Delibes y Santonja, 1986 y 1987; Delibes y Rojo, 1997 y 2002; Delibes *et al.*, 1993; Oliveira V., 1982 y 1988; Oliveira V. *et al.*, 1988-1989; Rojo, 1992; Rojo, Kunst *et al.*, 2005 y 2008; Vilaça y Cruz, 1999; etc.). No se puede obviar, por tanto, el hecho de que gran parte de los desequilibrios observados en la distribución geográfica de los yacimientos que forman parte de este estudio están condicionados por factores que nada tienen que ver con la realidad megalítica, sino con el desarrollo de la investigación sobre este fenómeno prehistórico.

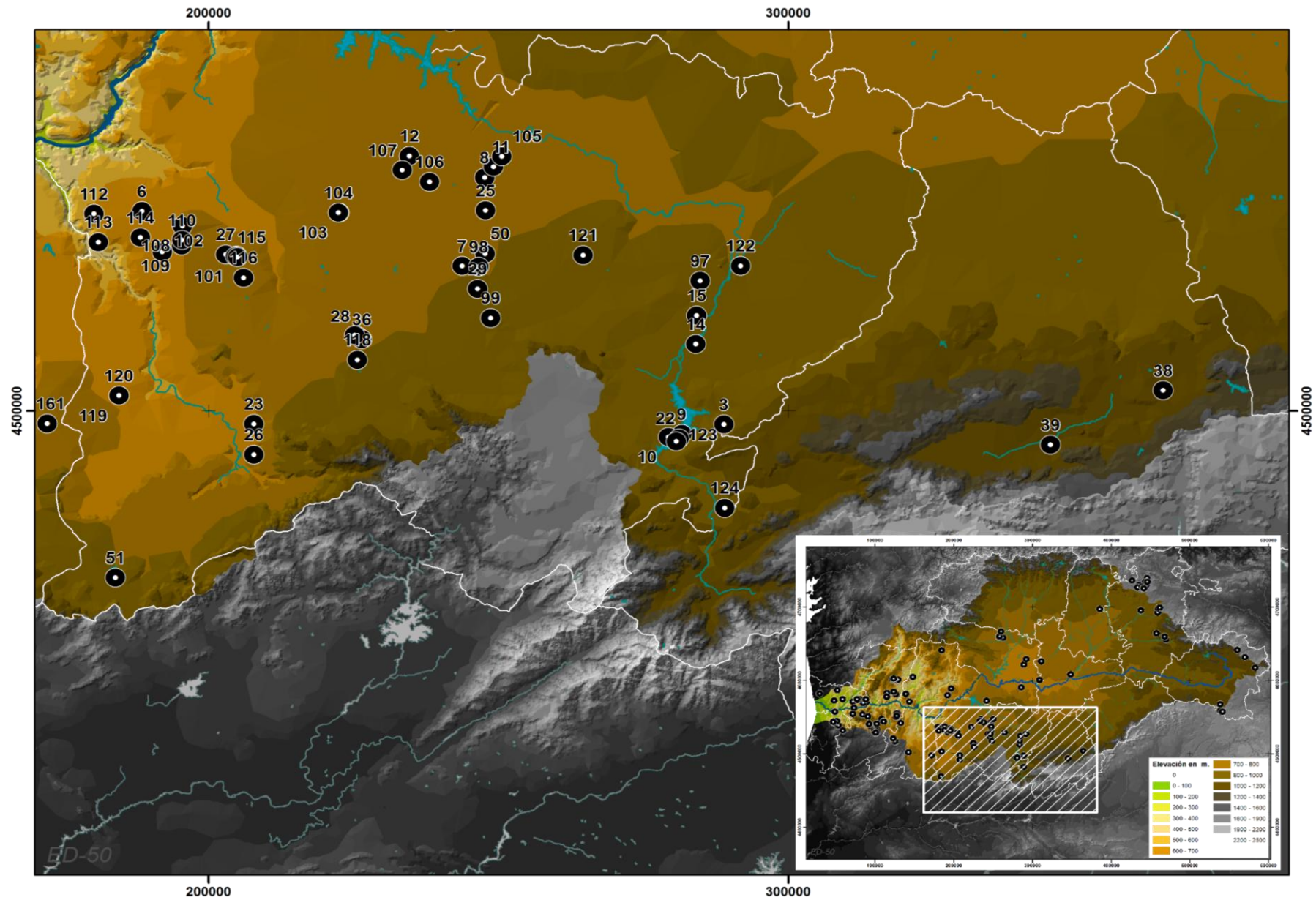
Para comprobar si el conjunto de yacimientos computado en este estudio resulta representativo en relación a la distribución geográfica general del fenómeno megalítico en el valle del Duero/Douro, se han comparado estos datos con los de las densidades aproximadas de megalitos aportados por diferentes trabajos de prospección arqueológica y uso de herramientas como los S.I.G. (Sistemas de Información Geográfica) (Da Cruz, 1980, 1985 y 2001; Delibes *et al.*, 1987: 196; Delibes y Santonja, 1986; Fernandes Heitor, 2002; Huet, 1992 y 1993; Morán Dauchez, 2005; Moreno Gallo, 1999, 2004 y 2009; Sanches, 1994; Sanches y Santos, 1987; etc.).



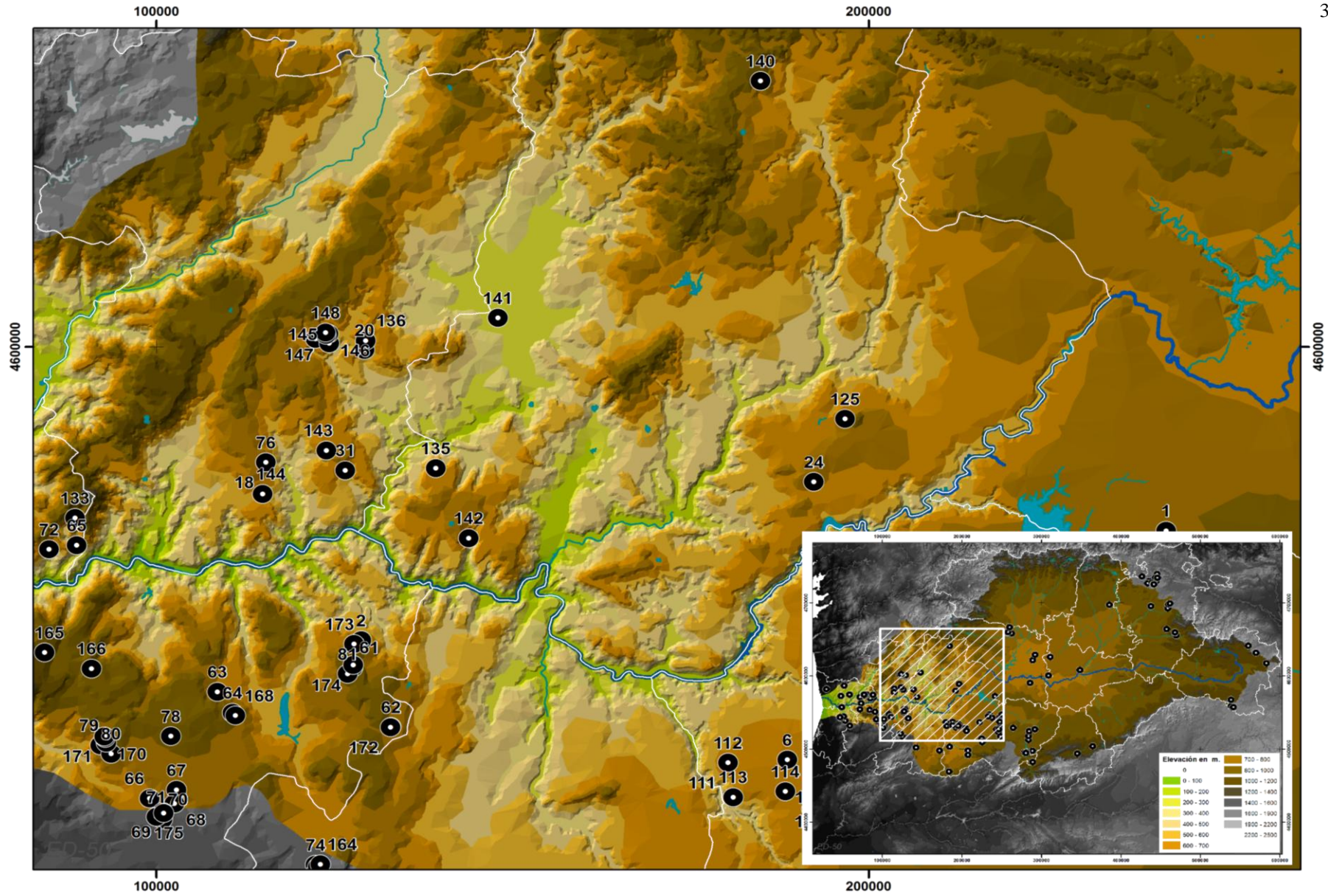
Mapa 6: Imagen del sector oriental de la cuenca del Duero/Douro (provincias de Burgos, Palencia y Soria) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados (ver Índice de Figuras)



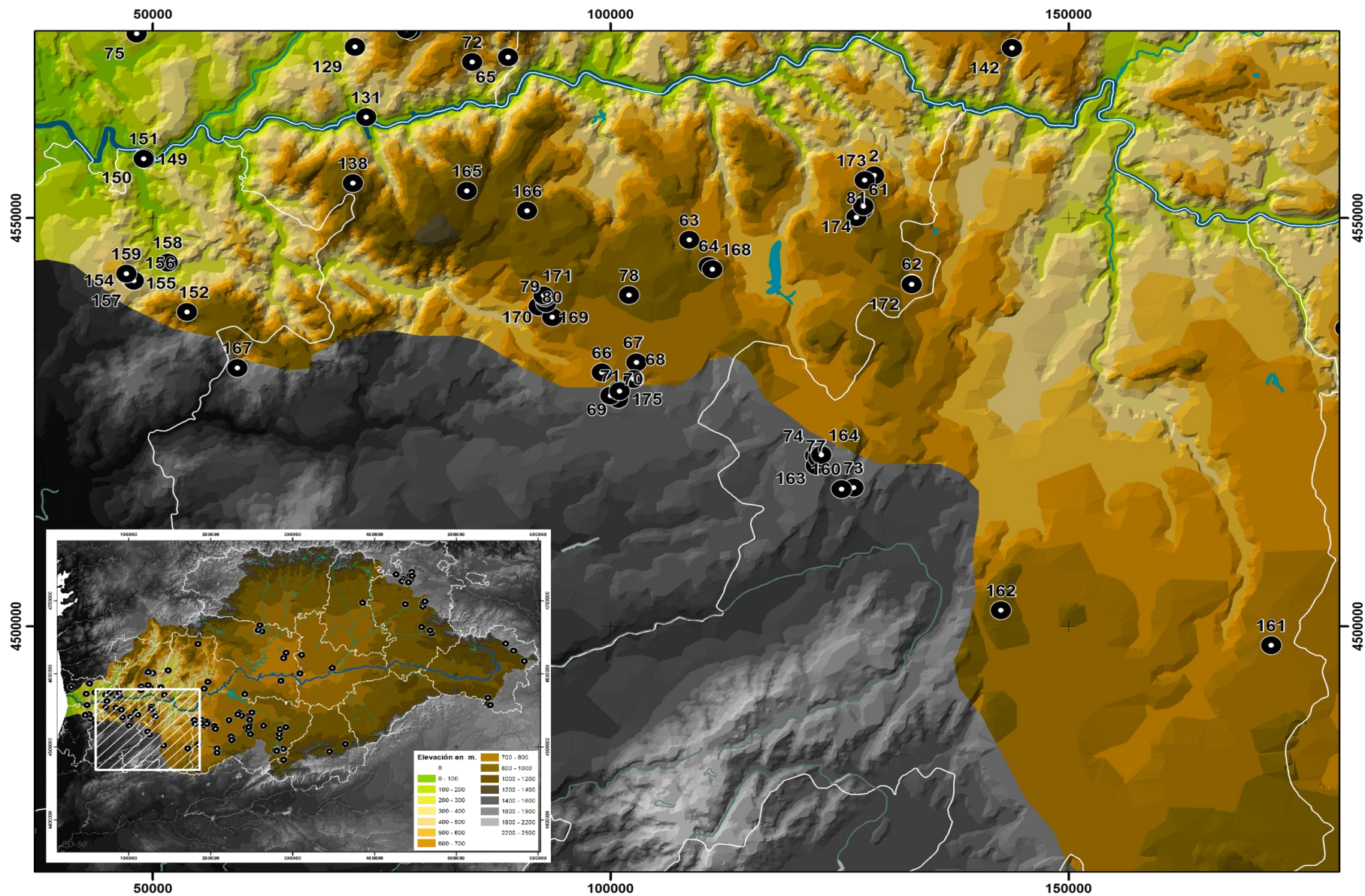
Mapa 7: Imagen del sector central de la cuenca del Duero/Douro (provincias de Valladolid y Zamora) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados (ver Índice de Figuras)



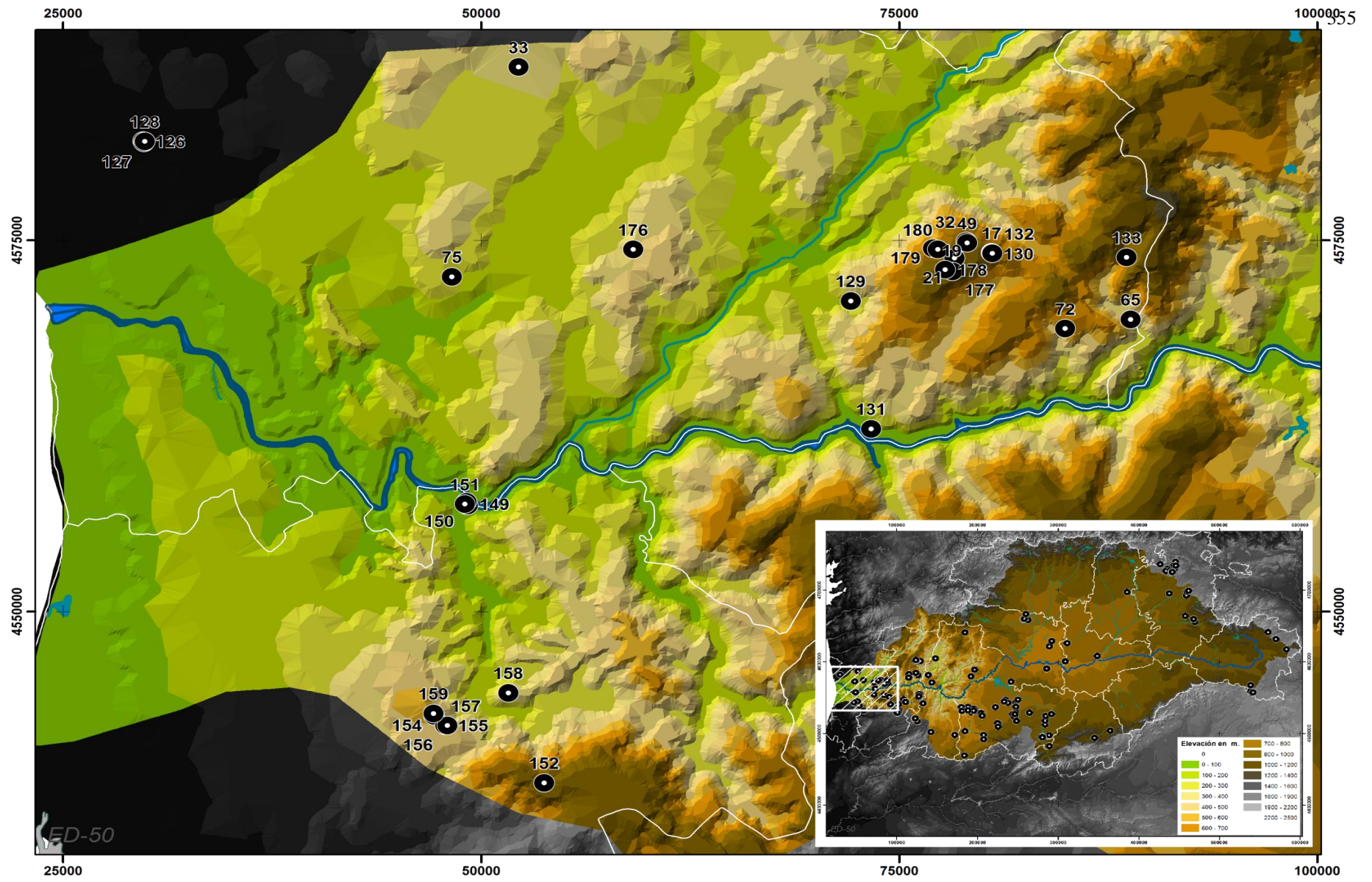
Mapa 8: Imagen del sector central de la cuenca del Duero/Douro (provincias de Ávila y Salamanca) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados (ver Índice de Figuras)



Mapa 9: Imagen del sector central de la cuenca del Duero/Douro (*distritos* de Bragança y Vila Real) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados (ver Índice de Figuras)

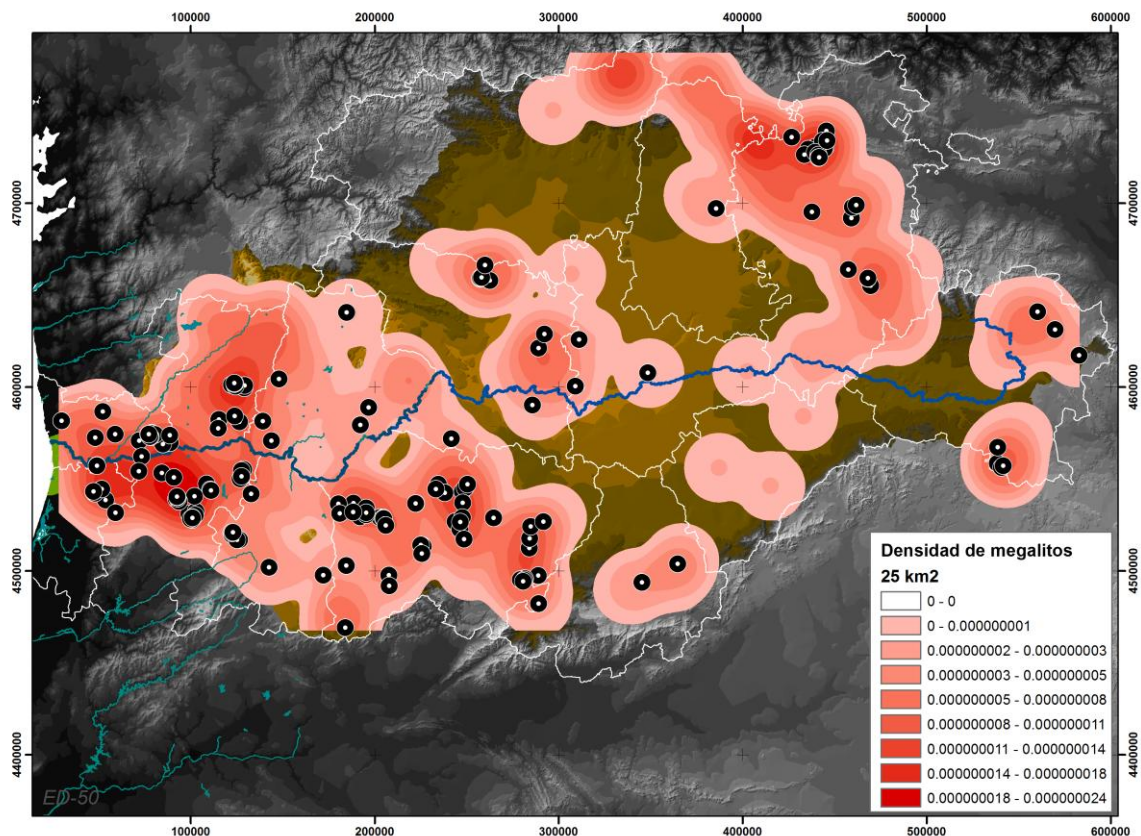


Mapa 10: Imagen del sector central de la cuenca del Duero/Douro (*distritos* de Guarda y Viseu) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados (ver Índice de Figuras)



Mapa 11: Imagen del sector central de la cuenca del Duero/Douro (*distritos* de Aveiro y Porto) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados (ver Índice de Figuras)

Las zonas que presentan una mayor densidad de monumentos megalíticos, coinciden con aquellas en las que aparecen importantes concentraciones de los yacimientos catalogados, y viceversa (ver Mapa 12). Hay que señalar que, si bien según el mapa las provincias de Segovia y León sí cuentan con evidencias *a priori* megalíticas (puesto que esta condición sólo puede ser confirmada tras su excavación en la mayoría de los casos), ésta es más bien escasa por lo que su ausencia en el estudio no puede considerarse como un condicionante de cara a la interpretación de los datos. Por tanto, en general podría afirmarse que el *corpus* de megalitos utilizado en esta investigación se trata de una fiel representación a pequeña escala de la realidad megalítica global, con algunas leves excepciones.



Mapa 12: Imagen comparativa entre las densidades megalíticas documentadas en la cuenca del Duero/Douro y la distribución geográfica de los yacimientos estudiados

Por tanto, se podría concluir que a pesar de la imagen irregular y desequilibrada que ofrece la distribución de los enclaves estudiados en esta investigación, la variable geográfica se constituye como una “faceta megalítica” relevante de cara al análisis de la información puesto que es representativa del fenómeno prehistórico en cuestión. Además, el propósito fundamental de este trabajo, lejos de ofrecer visiones localistas,



está orientado a realizar lecturas globales y discernir la posible existencia de patrones de comportamiento generalizados, perspectiva que permite en gran medida salvar el escollo del diferente impacto causado por la “investigación megalítica” según regiones, puesto que cuanto más amplio es el enfoque geográfico utilizado, el equilibrio entre los datos es a su vez mayor (como se ha señalado que ocurre al comparar la información entre la cuenca norte y sur del río, o entre los distintos territorios nacionales).

6.1.2. CLAVES PARA LA SELECCIÓN DE LOS YACIMIENTOS OBJETO DE ESTUDIO

Antes de comenzar con la fase descriptiva inicial de este trabajo, consistente en la recogida y descripción exhaustiva de datos (ver subepígrafe 5.1.2), se tuvo que determinar una serie de condiciones que deberían de cumplir los monumentos megalíticos para ser susceptibles de análisis, con el fin de evitar la catalogación de yacimientos de distinta naturaleza morfológica y adscripción crono-cultural. Es importante señalar que en este trabajo no sólo se han inventariado los megalitos en los que se conocen evidencias de reutilización posterior a su fase de uso fundacional, sino también aquéllos en los que este tipo de eventos están ausentes; sólo de este modo, se puede obtener una imagen lo más fidedigna posible sobre el fenómeno de las reutilizaciones megalíticas y su alcance. Los diversos análisis realizados (ver epígrafes 6.3 y 6.4) han demostrado que, salvo testimoniales excepciones, estos episodios post-fundacionales eran más habituales de lo que en un principio se podría suponer.

Partiendo de esta base, todos los monumentos megalíticos en los que se ha llevado a cabo una excavación arqueológica, bien en época reciente o bien antigua, han sido incluidos en el estudio, incluso en aquellos casos en los que los datos aportados son más bien escasos. Con el objeto de diferenciar la “calidad y cantidad” de la información extraída de cada uno de los enclaves, se ha creado un campo en la BDD de “Categoría” (ver Anexo 1) que computa hasta 3 valores diferentes (ver subepígrafe 5.2.1). Excepcionalmente, se han catalogado lugares que pese a no haber sido excavados, han sido objeto de un estudio relativamente detallado o bien en los que a través de labores de prospección o recogida superficial, se han documentado restos adscritos claramente a cronologías posteriores al uso fundacional del megalito (cerámicas con estilos decorativos muy específicos, artefactos líticos con una morfología y retoques avanzados...). Así, nuestro *corpus* de datos está conformado por 110 (61%),

monumentos que han sido excavados en época reciente (en ocasiones se trata de re-excavaciones y nuevas lecturas de un registro documentado con anterioridad), 63 (35%) de los que sólo hay referencias de intervenciones antiguas, y por último 7 (4%) en los que las actuaciones se han limitado a labores de prospección y recogida superficial de materiales (ver Gráfico 3).

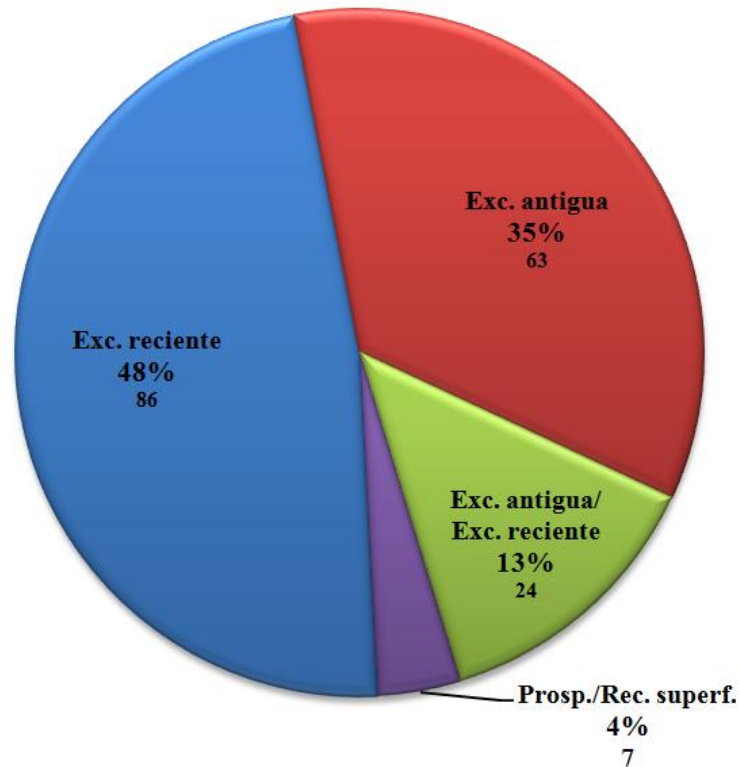
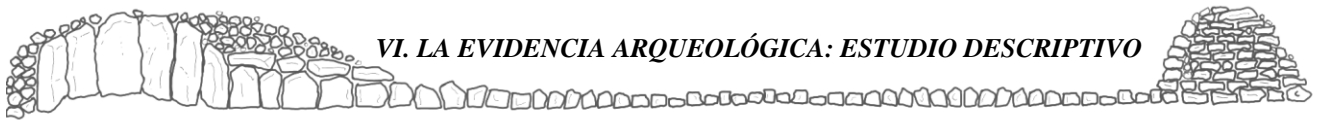


Gráfico 3: Representación porcentual de los yacimientos por tipo de intervención arqueológica

Hay que tener en cuenta que, en general, la información aportada por los yacimientos excavados hace más de tres décadas, suele ser bastante exigua en cantidad y calidad (sobre todo por la ausencia de datos relativos a cuestiones como la distribución de las evidencias arqueológicas, la cuantificación e identificación de los huesos humanos, la información estratigráfica...), en comparación con la de aquellos lugares que han sido intervenidos recientemente. Sin embargo, esta máxima no siempre se cumple. Por un parte, no todas las actuaciones recientes han sido posteriormente objeto de publicación o difusión por un medio u otro (revistas, guías arqueológicas, tesis, trabajos de doctorado...). En estos casos, se ha intentado acceder a los datos a través de informes o memorias de excavación, que en algunas ocasiones tampoco están disponibles, o bien no se ha podido tener acceso a estos documentos dada la amplitud geográfica del estudio y las dificultades administrativas intrínsecas a desarrollar un



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

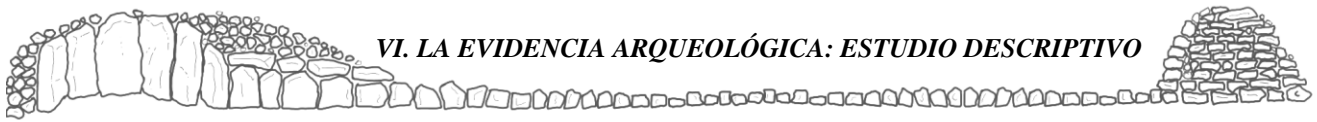
proyecto transfronterizo. Cuando se ha podido obtener y ahondar de un modo u otro en las diferentes actuaciones arqueológicas, los datos registrados han sido siempre de una calidad media-alta. Por otro lado, si bien es cierto que los reportes de las intervenciones antiguas suelen pecar de la ausencia de cierto tipo de información relevante de cara a esta investigación (registros topográficos y estratigráficos, buena recogida y custodia de materiales, documentación planimétrica y fotográfica...), hay casos en los que las descripciones de las estructuras y las labores realizadas son tan detalladas (incluso llegando a computar el trabajo diario), que han dado lugar a una cantidad de datos catalogables sorprendente (en este sentido destacarían las excavaciones y tareas de catalogación y descripción realizados por Vera Lesiner y Lionel Ribeiro en la región de la Beira Alta -Lesiner y Kalb, 1998-, o incluso algunas de las intervenciones llevadas a cabo por el Padre César Morán en las provincias de Salamanca y Zamora -Morán, 1931 y 1935-).

Otra de las condiciones que los yacimientos debían cumplir para ser integrados en el *corpus* de esta investigación es su indudable naturaleza “megalítica”, la cual debe aunar diversos factores de carácter cronológico, arquitectónico y de cultura material asociada. Compartimos el concepto de “megalito” que no lo define simplemente como una arquitectura a base de grandes piedras (definición que puede abarcar numerosas estructuras de diversa naturaleza y cronología), sino que se refiere a un fenómeno constructivo que se desarrolló en un lapso temporal concreto (en el caso del valle del Duero/Douro, entre finales del V y mediados del IV milenio BC), caracterizado fundamentalmente por su morfología tumular (la cual puede albergar o no una construcción interna conformada por grandes bloques pétreos o por pequeñas lajas), su funcionalidad rito-funeraria y su simbolismo como referente colectivo de una comunidad. Al plantearse en ocasiones dudas acerca de la cronología absoluta de algunos túmulos documentados y excavados en el territorio duriense, se ha decidido dejar estas evidencias fuera del catálogo de estudio, ante la posibilidad de que se trataran de manifestaciones posteriores y que por tanto pudieran desvirtuar los resultados de los análisis. Éste ha sido el caso de algunas de las estructuras que forman parte del conjunto tumular de Outeiro de Gregos en la Serra da Aboboreira (como la identificada con el número 3), cuyas dataciones remiten a fechas de finales del V-inicios del IV milenio BC, pero su validez es más que dudosa puesto que las muestras proceden de niveles infratumulares; además, durante su excavación no se produjeron hallazgos

que de manera inequívoca se puedan asociar a un “horizonte megalítico” (Da Cruz, 1995: 82-89). Otras veces nos hemos encontrado con túmulos que han sido interpretados como “megalitos” con posibles evidencias de reutilización, pero cuyas características (ausencia total de restos humanos en zonas favorables a su conservación, escasez y dispersión de los hallazgos materiales, estructuras internas poco definidas...) parecen apuntar más bien a que se tratan de edificaciones de cronología posterior (algunos ejemplos los tenemos en el túmulo abulense de Los Tiesos I -Blanco y Fabián, 2011- o en el binomio burgalés túmulo-menhir de Las Puertas de Nacedo -Villalobos *et al.*, 2012-).

Por otra parte, también ocurre a veces que se documentan colecciones materiales de clara adscripción megalítica, compuestas entre otros artefactos por microlitos, hachas pulimentadas e incluso algunos elementos que podrían ser resultantes de posteriores reutilizaciones del lugar (placas de pizarra decoradas, puntas de flecha...), pero de las que las referencias en relación a su procedencia son muy ambiguas. Éstas suelen señalar a una región o a un núcleo megalítico concreto, pero sin especificar el lugar de origen con detalle, ya que normalmente estos hallazgos se realizaron durante intervenciones antiguas o episodios de saqueo, actos de los que no existe ningún tipo de reporte. Las excavaciones efectuadas por el Padre Rafael Rodrigues y el Padre José Brenha en la necrópolis de la Serra do Alvão en Vila Real, dieron lugar a algunas de estas colecciones “descontextualizadas” que además se caracterizan por su relevancia tanto cuantitativa como cualitativa que ellos mismos corroboraron en sus escritos (Oliveira V., 1982: 455-458). Siguiendo las mismas pautas que en ocasiones anteriores, este tipo de evidencias no se han integrado en el inventario, puesto que la incertidumbre acerca de su procedencia podría provocar confusiones y distorsiones a la hora de analizar los datos.

Somos plenamente conscientes de la posibilidad de que existan otros monumentos megalíticos que por sus características habrían encajado perfectamente en este estudio, pero que por cuestiones de desconocimiento o de dificultad de acceso a la información, se han quedado finalmente fuera. Por ejemplo, en el núcleo megalítico de Chã de Arcas en la anteriormente citada Serra de Alvão, se han llevado a cabo en los últimos años intervenciones arqueológicas de gran entidad hasta en 6 monumentos (Sanches, 2014), de las que sólo hemos podido acceder a parte de la información de una de ellas (en concreto del enclave de Chã de Arcas V -ver Anexo 1-). Estos datos ni



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

siquiera figuran actualizados en la base de datos disponible en el *Portal do Arqueólogo* de la web de la *Direção-Geral do Património Cultural* del Gobierno portugués, <http://arqueologia.patrimoniocultural.pt/index.php?sid=home>, por lo que hemos de suponer que su acceso está restringido a la espera de su publicación por parte del mismo equipo que llevó a cabo las actuaciones arqueológicas en el lugar. De cualquier modo, todo nuevo hallazgo o información de la que se disponga, pasará a incrementar nuestro catálogo para así mantener actualizados los análisis y sus resultados.

También es importante señalar que en ningún momento el propósito de esta investigación ha sido realizar un examen exhaustivo sobre el alcance del fenómeno megalítico en el valle del Duero/Douro, objetivo que por otra parte sería inabarcable para un proyecto como el presente y además, en nuestra opinión, muy difícil de llevar a buen puerto debido a la imposibilidad de corroborar la condición megalítica de muchas de las estructuras catalogadas como tal, sin proceder a su excavación. No se pretende, por tanto, que el inventario que conforma el *corpus* de datos de este estudio sea considerado como un catálogo del Megalitismo en la cuenca duriense, aunque como ya se ha señalado anteriormente, hay ciertas evidencias que permiten caracterizarlo como una fiel representación a pequeña escala de la realidad megalítica global en todo este territorio.

6.2. CARACTERIZACIÓN GENERAL DEL FENÓMENO MEGALÍTICO EN EL VALLE DEL DUERO/DOURO A TRAVÉS DE SU ESTUDIO DESCRIPTIVO

Antes de entrar a analizar en profundidad aquellas cuestiones ligadas directamente al objeto de estudio de este trabajo (eventos de reutilización y prácticas post-fundacionales) (ver epígrafes 6.3 y 6.4), se han realizado una serie de estudios descriptivos sobre algunos aspectos de la realidad megalítica que, tradicionalmente, han sido el punto de partida para el desarrollo de distintas teorías y líneas interpretativas acerca de este fenómeno prehistórico. Son, por tanto, “facetas” destacadas de los megalitos que pueden responder a patrones de comportamiento específicos, y quizás condicionar de alguna manera la reutilización de estos lugares a lo largo de milenios. Se han seleccionado aquellos aspectos, en nuestra opinión, más relevantes de cara a los resultados de esta investigación: la morfología de los monumentos teniendo en cuenta el tipo arquitectónico y la orientación del eje principal (siempre y cuando se disponga de esta información); el emplazamiento en función de las características orográficas y la altitud absoluta (en m.s.n.m.) del territorio en el que se ubican, y su relación con los elementos naturales del entorno (ríos, lagunas, afloramientos rocosos destacados...); la presencia y/o ausencia de ciertos grupos de artefactos (cerámica, elementos de adorno, industria lítica tallada y pulimentada...) y restos humanos en los niveles sepulcrales del “horizonte megalítico”, o de motivos decorativos en distintas partes de la estructura constructiva; y por último, la cronología de estas arquitecturas a través de las dataciones absolutas disponibles.

Cada una de estas variables está tratada de manera específica a través de análisis estadísticos descriptivos univariantes, que ofrecerán una imagen clara de la representatividad porcentual de cada uno de los valores que conforman dichas categorías. En algunas ocasiones, este tipo de información se ha combinado con otros factores como el tipo arquitectónico o la localización por provincia/*distrito*, con el fin de discernir posibles tendencias o patrones de comportamiento. Al aplicar estos métodos de análisis que cruzan dos grupos de datos de distinta naturaleza, se ha seguido siempre un mismo esquema consistente en tomar la “faceta” más general como la variable principal, de manera que las relaciones porcentuales entre los distintos valores no se vea condicionada, o al menos no de manera determinante, por los sesgos propios



de la información manejada (ver subepígrafe 6.1.1), ni afecte en gran medida al resultado final de los análisis. Por ejemplo, cuando se estudie cualquier categoría (emplazamiento, cronología...) en relación a los tipos arquitectónicos, estos últimos constituirán siempre la variable principal, obteniendo por tanto una representación porcentual de los valores que conforman las otras “facetas” dentro de cada modelo de sepulcro descrito. De hacerse al revés, los datos resultantes estarían completamente determinados por la elevada representación de los sepulcros de corredor, y lógicamente serían en todos los casos el tipo mayoritario. Ocurre lo mismo con el factor de la localización geográfica, condicionado en este caso por el elevado porcentaje de monumentos catalogados que tienen en su haber los *distritos*/provincias de Viseu y Salamanca, con respecto al resto. Por otro lado, en aquellos análisis en los que se combina cualquier tipo de variable con la información sobre la ubicación a escala regional, con el fin práctico de facilitar la comprensión de los gráficos, se ha decidido excluir aquellos valores con sólo 1 ó 2 casos de estudio computados (ver Gráfico 3), que corresponden concretamente a las provincias de Palencia (1 caso), Ávila y Valladolid (con 2 casos respectivamente). Esta escasa representación no es estadísticamente significativa, por lo que su presencia en los gráficos lo único que podría hacer es introducir una cierta confusión a la hora de leer los resultados; de cualquier modo, cuando corresponda se hará alusión en el texto a los megalitos excluidos (concretamente La Velilla, El Miradero, Los Zumacales, La Dehesa de Río Fortes y El Prado de las Cruces), y en cualquier caso siempre se podrá consultar dicha información en las tablas de datos correspondientes (ver Anexo 3). Por último, estos estudios estadísticos descriptivos de “facetas” megalíticas específicas, irán acompañados, la mayor parte de las veces, de un mapa de distribución en toda la cuenca del Duero/Douro que ilustre su variabilidad y representatividad porcentual diferenciada.

Como ya se ha señalado anteriormente (ver inicio del epígrafe 6.1), es evidente que los análisis que podrían realizarse partiendo del *corpus* de datos de este estudio son muy numerosos, y probablemente también más interesantes “a ojos” de otro investigador que los observe. Sin embargo, en nuestra opinión, en un trabajo de este tipo hay que optar por aquellas opciones de análisis que puedan configurar un discurso coherente y completo en la medida de lo posible, con el propósito de ofrecer una línea de investigación seria y clara, aplicando una metodología adecuada para la gestión de la

información, cuyos resultados permitan corroborar o refutar las premisas e hipótesis de partida.

6.2.1. ALGUNAS CUESTIONES SOBRE LA MORFOLOGÍA Y EL “POLIMORFISMO” ARQUITECTÓNICO DE LOS MEGALITOS

En la BDD de este estudio se han computado numerosos campos de información relativos a la morfología de los monumentos megalíticos como las dimensiones de su estructura interna y externa, la descripción de los elementos arquitectónicos que los componen, la composición pétreo, o el número de ortostatos conservados, entre otros (ver subepígrafe 5.2.1 y Anexo 1). Sin embargo, en esta fase del trabajo sólo se han seleccionado dos de ellos para su análisis: el tipo arquitectónico y la orientación del eje principal (este último solamente cuando dicha información se encontraba disponible).

A continuación se describen y enumeran los distintos modelos de sepulcros megalíticos documentados en el valle del Duero/Douro, y que se corresponden con los valores que conforman la variable o categoría de “Tipos arquitectónicos” (ver Tabla 3 y Figuras 11 y 12):

- Sepulcro de corredor (SC –ver Figura 11C-): es el modelo megalítico más habitual en todo el Megalitismo peninsular. En nuestro territorio suelen aparecer constituidos por una cámara de tendencia circular o poligonal y un corredor de longitud variable, compuestos generalmente en ambos casos por ortostatos pétreos de grandes dimensiones, dispuestos vertical u horizontalmente. En los casos en que se ha documentado restos de la cubierta, ésta se conformaba por lajas pétreas de mediano tamaño dispuestas transversalmente sobre las paredes del corredor, y por un gran bloque que cubría todo el diámetro del recinto cameral. Sin embargo, no es habitual encontrarse con este tipo de evidencias, por lo que los sistemas de cubrición de las arquitecturas megalíticas suelen ser una incógnita.

- Cámara simple (CS –ver Figura 11E-): este tipo repite las características del anterior en cuanto a su composición estructural y estrategias de cubierta, salvo por la ausencia del corredor. Este modelo constructivo podía ser abierto (cuando cuenta con un vano de acceso) o completamente cerrado, rasgo que en la mayoría de los casos resulta muy difícil o incluso imposible de determinar.

- Cámara simple con vestíbulo (CSV –ver Figura 11B-): en un principio este modelo no se computó como valor independiente en la BDD 1 (ver Anexo 1), sino que



ha sido a lo largo de la investigación cuando se nos ha revelado como un tipo arquitectónico con cierto peso en el territorio de estudio, por lo que finalmente se decidió asilarlo de cara al desarrollo de esta fase analítica. Se trata de una fórmula a medio camino entre el sepulcro de corredor y la cámara simple, en la que el recinto cameral sí cuenta con una entrada marcada pero su escasa entidad no permite considerarla como un auténtico corredor, sino más bien como un simple vestíbulo. Por lo general, este acceso está formado por dos ortostatos colocados uno frente al otro y dispuestos horizontalmente sobre su lado mayor.

- Túmulo simple (TS –ver Figura 11A-): este tipo de monumento ha pasado desapercibido a lo largo de décadas de “investigación megalítica”, por su escaso porte y visibilidad que conlleva una mayor dificultad para su detección, y porque tradicionalmente han sido considerados como estructuras adscritas a fechas mucho más recientes. En los últimos años, se han llevado a cabo numerosas intervenciones en lugares de este tipo (Delibes y Rojo, 2002; Galán y Saulnier, 1984-1985; Palomino, 1989 y 1990; Rojo, Kunst *et al.*, 2005; Rojo *et al.*, 2002; Sanches, 1987; Sanches *et al.*, 1987; etc.), pero en nuestra opinión su representación sigue siendo mucho menor de la que en realidad tendrían dentro de la variabilidad morfológica de los megalitos. Generalmente, estas estructuras denominadas en ocasiones como “paramegalíticas” (Galán y Saulnier, 1984-1985: 8-9), se han interpretado como simples recintos funerarios cerrados, que se realizarían de forma simultánea (Delibes, 2010: 24), no en el sentido de que todos los difuntos allí enterrados muriesen a la vez, sino en que el depósito tendría lugar en un evento único durante el cual los cuerpos y ajuares que les acompañaba se dispondrían en un espacio acotado, para posteriormente cubrirlos mediante un montículo de tierra y/o piedras. Sin embargo, otras hipótesis apuntan cada vez con más fuerza al hecho de que en realidad se trataban de “casas de muertos” abiertas durante un lapso temporal más o menos breve, constituidas por estructuras de materiales perecederos (maderas, ramajes...) o de factura simple y muy endeble (adobes, tierra, pequeños cantos pétreos...). En el momento en que se diera por finalizado su uso funerario, estas pequeñas edificaciones serían desmanteladas parcial o completamente, y todo el espacio cubierto por una construcción tumular, constituyéndose así como el rasgo arquitectónico identificador de este tipo de sepulcros megalíticos. Este planteamiento viene reforzado por el hallazgo en algunos de estos megalitos de estructuras negativas (hoyos de poste, fosas... -ver Anexo 1-), que

posiblemente funcionaran como elementos de sustentación de esas arquitecturas primitivas.

- Redondil (RD –ver Figura 11D-): se trata de un tipo arquitectónico definido hace ya algunas décadas (Delibes, 1995: 65; Delibes *et al.*, 1987: 183-185; Galán y Saulnier, 1984-1985), para caracterizar a una serie de manifestaciones que si bien tenían muchos elementos que los asemejaban con el fenómeno megalítico (ajuares, depósitos funerarios colectivos, cronologías...), su arquitectura no tenía en principio ningún parecido salvo por su morfología cónica y la presencia de una estructura tumular. Las lajas pétreas que componen estos recintos (por lo general, de menor tamaño que los ortostatos de los sepulcros de corredor) se disponen de manera apaisada, es decir apoyándose sobre una de sus caras mayores (no sobre sus lados), de manera que para conformar un alzado han de acumularse unas sobre otras. La hipótesis más aceptada acerca de esta fórmula constructiva es que mediante esta superposición de lajas, se conformaría una especie de zócalo que sustentaría las paredes y cubierta del edificio, probablemente construidas en tapial, conglomerado pétreo, madera o simplemente tierra (Delibes, 2010: 20; Delibes y De Paz, 2000: 342; Palomino y Rojo, 1997: 253; Zapatero, 2015: 98-99). En algunos casos, cuentan con corredor de acceso (ver Anexo 1). Este modelo megalítico se encuentra acotado a una zona muy concreta de la cuenca del Duero/Douro, en concreto a las tierras de campiña en el centro y este de la misma (ver subepígrafe 2.1.2), factor geográfico que en un primer momento llevó a vincular la elección de esta fórmula constructiva con una causa de naturaleza litológica; sería la escasez o incluso la inexistencia de puntos de aprovisionamiento de grandes piedras en dichas zonas con las que construir “verdaderas” arquitecturas megalíticas, la que obligó a ciertas comunidades a adoptar modelos alternativos para el levantamiento de sus tumbas (Bellido, 1993: 183; Delibes y Del Val, 1990: 56). Este planteamiento, en principio aparentemente acertado, fue perdiendo fuerza ante el hallazgo de megalitos conformados según este modelo arquitectónico, en los que se documentaron bloques pétreos de gran tamaño que perfectamente podrían haber sido colocados de manera enhiesta siguiendo el “esquema canónico” (Delibes, 2010: 20); *“en todo caso, el “redondil” no es, como alguna vez haya podido sugerirse, un simple remedo improvisado del megalito clásico, una alternativa coyunturalmente alentada por la adversidad litológica del medio, sino una construcción imaginativa y bien meditada que revela la originalidad de la arquitectura megalítica en esa zona”* (Delibes, 1995: 65).



Figura 11: Imágenes de distintos modelos arquitectónicos megalíticos documentados en el valle del Duero/Douro (ver Índice de Figuras)

- Tumba-calero (TC –ver Figura 12-): esta fórmula tan singular de sepulcro megalítico se descubrió a raíz de la excavación y estudio de un yacimiento en concreto, el soriano de la Peña de la Abuela, y del desarrollo de un fructífero proyecto de investigación posterior, el “Plan de Actuación Integral en el Valle de Ambrona” (Rojo *et al.*, 2002; Rojo, Kunst *et al.*, 2005; Rojo *et al.*, 2010; etc.). Estos megalitos, que *a priori* por su aspecto podría definirse como túmulos simples, destacan por la presencia de una potente costra calcárea en la que quedaron embutidos los niveles sepulcrales. A partir del desarrollo de un interesante proyecto de Arqueología experimental que se llevó a cabo en 1999 (Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 9-23 y Anexo 2), se confirmó que la obtención de un lecho de cal de tal entidad sólo era posible mediante un acto intencional en respuesta a una planificación previa. Esto quiere decir que desde el momento de su erección, los usuarios conocían el modo en que debía de clausurarse el sepulcro, puesto que su construcción cumple todas las condiciones imprescindibles para que posteriormente, mediante un fuego intenso y prolongado, la edificación previa pudiera convertirse en una costra de cal apagada de un blanco luminoso que fusionase todo el contenido de la tumba. La estructura consiste en un recinto circular alzado por el sistema de aproximación de hiladas, a modo de *tholos*, y levantada completamente con piedra caliza. En el momento en que se diera por finalizado su uso rito-funerario, se provocaría un potente fuego, controlado y mantenido durante varios días (que alcanzaría entre 800°-1000° de temperatura), del que resultaría la pirolisis de la piedra caliza para convertirse en cal viva (para ejemplos y descripción más detallada de este proceso -ver Anexo 1-). El siguiente paso sería hidratar esa cal viva para obtener un magma viscoso calcáreo que, al enfriarse, sellaría definitivamente todas las capas inferiores (Rojo *et al.*, 2002: 32). Finalmente, todo el conjunto se cubría con un túmulo de piedras y tierra, que monumentalizaba el lugar para toda la eternidad (ver Figura 12).

Estos 6 son los modelos arquitectónicos que presentan los monumentos megalíticos documentados a lo largo de todo el valle del Duero/Douro, aunque como se verá posteriormente algunos no tienen representación por todo el territorio, sino que su distribución se limita a un área concreta. Se han definido además otras 3 fórmulas constructivas, que no responden sólo a un tipo arquitectónico concreto sino a la combinación de dos de ellos, como resultado de la superposición de varios sepulcros en un mismo lugar (ver subepígrafe 6.4.1). Con el fin de facilitar su estudio y análisis se ha considerado adecuado aislar como valores independientes estos “modelos megalíticos compuestos”:

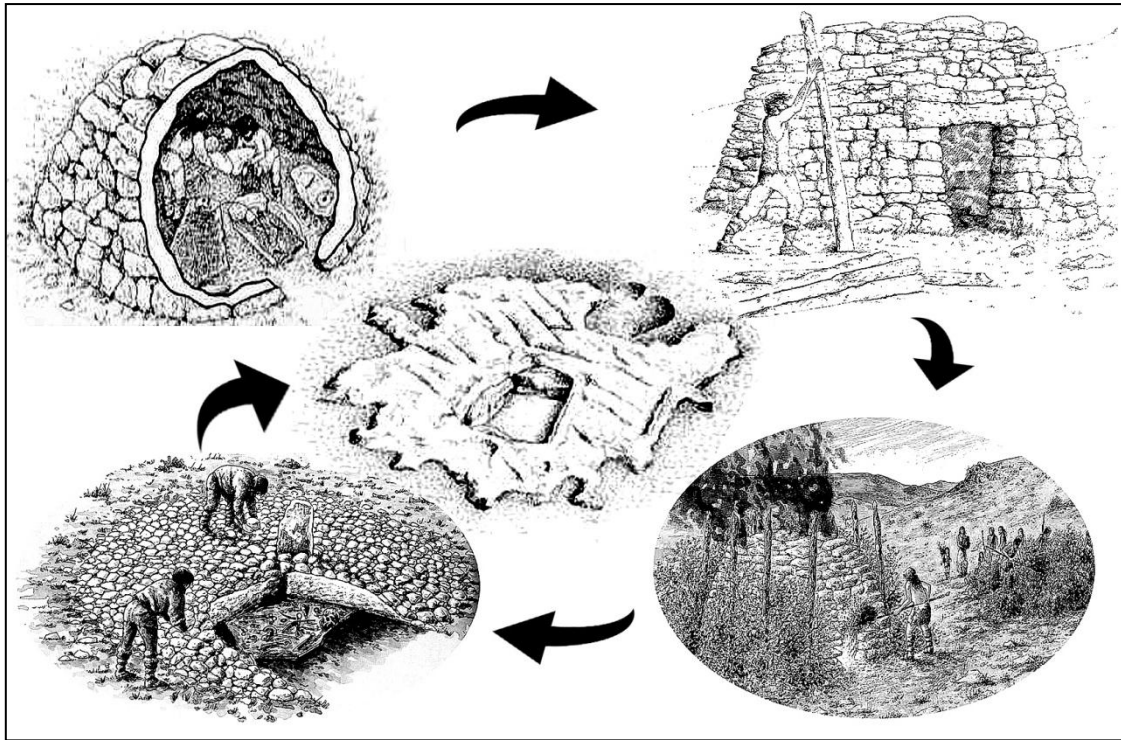


Figura 12: Recreación del ciclo de construcción-uso-clausura en la Peña de la Abuela (Ambrona, Soria) (ver Índice de Figuras)

- Cámara simple-Sepulcro de corredor (CS/SC): es la fórmula combinatoria más común dentro de los eventos de superposición de tumbas, una cámara simple que o bien es integrada dentro de la estructura ortostática de un sepulcro de corredor, o bien cubierta completamente por la estructura tumular de este último. El ejemplo más paradigmático a nivel peninsular de esta forma de “secuencia megalítica” es el dolmen gallego de Dombate (Bello, 1992-1993; Cebrián del Moral *et al.*, 2011).

- Tumba calero-*Tholos* (TC/TH –ver Figura 13A-): este tipo se ha definido sólo por la existencia de un yacimiento, por cuya excepcionalidad merece ser tratado de forma singular. El enclave en cuestión es el monumento megalítico de La Sima (Miño de Medinaceli, Soria). En una primera fase, fue una tumba-calero sellada mediante el proceso de clausura anteriormente descrito, pero en este caso sobre la costra de cal resultante se erigió un nuevo *tholos*, en cuya factura se mezclan la piedra caliza y la arenisca (ver Anexo 1). Parece además, que esta segunda construcción contaba con un pasillo de acceso. Por tanto, la diferencia fundamental con respecto a su antecesor, es que este megalito ya no se construye para ser destruido, sino para permanecer en el tiempo. Su singularidad es aún mayor, dado que se tratan de los restos del único *tholos* conservado y registrado arqueológicamente en el interior peninsular (Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 98-101).

- Tumba calero-Sepulcro de corredor (TC/SC): este caso, al igual que el anterior, está ligado al hallazgo de un singular yacimiento, el burgalés de El Hundido, en el que el espacio sepulcral de una primera tumba-calero ya clausurada, fue en esta ocasión ampliado; por tanto, no se dio una superposición como tal, sino más bien una yuxtaposición de tumbas (ver subepígrafe 6.4.2). Además, se dotó a la nueva estructura de un acceso irregular, asemejándose de este modo al modelo canónico del sepulcro de corredor. Este pasillo “añadido” presenta una orientación NO-SE, que difiere completamente del patrón habitual, como consecuencia quizás no de un acto intencional sino forzado por las características del terreno y del sepulcro anterior, puesto que se trata de un elemento arquitectónico que no estaba considerado en la planificación previa a la construcción original (ver Anexo 1).

Al analizar la representatividad porcentual de cada uno de estos tipos arquitectónicos dentro del catálogo de monumentos estudiados (ver Gráfico 4 y Tabla 3), los “Sepulcros de corredor” destacan claramente sobre el resto representados por 95 enclaves (53%), seguidos de las “Cámaras simples” con 44 casos (24%), y los “Túmulos simples” y las “Cámaras simples con vestíbulo” con 15 (8%) y 12 ejemplos (7%) respectivamente. Cierran la lista los “Redondiles” con 6 casos (3%) y por último las “Tumbas-calero” apenas con 2 (1%).

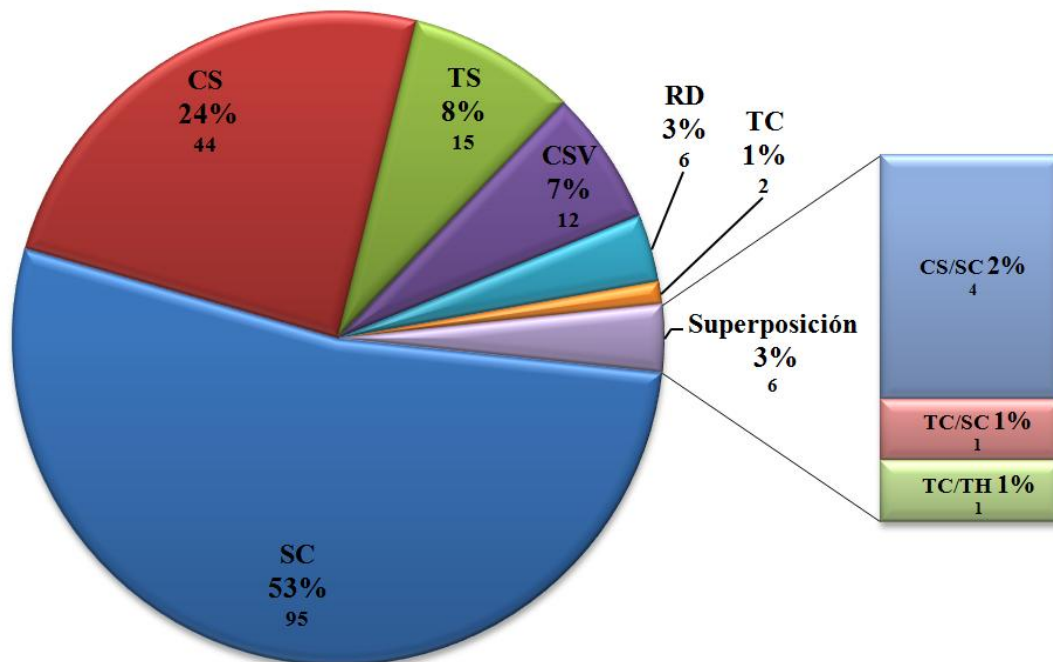


Gráfico 4: Representación porcentual de los yacimientos por el tipo arquitectónico (ver Índice de Figuras)



Con respecto a los “modelos megalíticos compuestos”, entre todos los tipos suman un total de 6 yacimientos (3%), correspondiendo la mayor parte a la combinación de “Cámara simple-Sepulcro de corredor” con 4 ejemplares (2%), mientras que los complejos de “Tumba calero-Tholos” y “Tumba calero-Sepulcro de corredor” cuentan sólo con un enclave representativo en cada caso.

Sin embargo, hay que señalar que estos datos no pueden extrapolarse sin más a la realidad megalítica, puesto que al igual que acontecía con la representación porcentual de los megalitos por provincia/*distrito* es evidente que esta información está sesgada y condicionada por el propio desarrollo de la “investigación megalítica”. Durante décadas los estudiosos del Megalitismo centraron todos sus esfuerzos en el conocimiento de las grandes arquitecturas, que por lo general se correspondían con sepulcros de corredor y en algunas ocasiones con cámaras simples, siendo ésta la causa principal de la sobrerrepresentación porcentual de los primeros con respecto al resto de modelos arquitectónico. Sólo a raíz de las investigaciones desarrolladas en las últimas décadas, se comenzó a prestar atención a otro tipo de manifestaciones que por diversos factores habían pasado desapercibidas hasta entonces (ver descripción de túmulos simples y redondiles). Este tipo de estructuras que tradicionalmente se habían adscrito a cronologías más recientes comenzaron a mostrar claras evidencias de coetaneidad con respecto a las construcciones ortostáticas, aunque durante mucho tiempo fueron interpretadas como un sucedáneo de éstas, llegando a denominarlas como “paramegalíticas” (Galán y Saulnier, 1984-1985: 8-9), por no cumplir con ciertos rasgos establecidos en relación a su monumentalidad y arquitectura. En nuestra opinión, estas manifestaciones estarían completamente integradas dentro del fenómeno megalítico, puesto que la consideración de “megalito” no está necesariamente vinculada a la presencia de ciertos rasgos morfológicos (con algunos de los cuales también cuentan este tipo de monumentos de menor entidad, como las estructuras tumulares) sino a la cronología, naturaleza rito-funeraria y carácter colectivo del lugar (ver subepígrafe 6.1.2).

De hecho, ese gran desequilibrio observado en la representación porcentual de los tipos arquitectónicos (ver Gráfico 4), se atenúa al analizar su reparto por provincias/*distritos* (ver Gráfico 5 y Mapa 13), en el que el primer dato que llama la atención es que el “Sepulcro de corredor” sólo es el modelo mayoritario en 4 de ellas (Burgos, Salamanca, Viseu, y Zamora). En Aveiro y Porto, ambos *distritos* litorales y por consiguiente ubicados en la zona más occidental del territorio estudiado, el

porcentaje de “Cámaras simples” supera con creces al de los “Sepulcros de corredor”. En otros lugares, como Guarda y Vila Real, estos dos tipos se hallan muy equilibrados. En el extremo oriental del valle del Duero/Douro, tampoco son los “Sepulcros de corredor” los que alcanzan la representatividad más alta, por lo que se podría plantear que existe una cierta tendencia hacia la generalización de las grandes arquitecturas megalíticas en las zonas del interior y principalmente en la cuenca meridional (incluso en Burgos y Zamora, donde los “Sepulcros de corredor” son mayoritarios, existe más diversidad y variabilidad de modelos megalíticos que en otros lugares como Viseu o Salamanca), pero no en otras áreas del territorio. Sin querer entrar a debatir sobre esta cuestión, se han planteado algunas hipótesis que podrían vincular esta aparente tendencia hacia la elección de una fórmula arquitectónica u otra, en función de las influencias externas recibidas según la zona geográfica (Delibes y Rojo, 1988: 12-13; López Plaza, 2001; Santonja, 1986: 209-210; Savory, 1975; etc.).

Otro dato que llama la atención es la distribución que presentan algunos de los tipos arquitectónicos, limitándose a áreas del territorio estudiado muy concretas (ver Mapa 13). Es el caso de los denominados “Redondiles”, cuyas manifestaciones (al menos las documentadas hasta la actualidad) se concentran en su totalidad en la zona conocida en la parte castellano-leonesa como el “valle medio del Duero” (provincias de Ávila, Palencia, Valladolid y Zamora) (ver Gráfico 5), que se corresponde con terrenos bajos de fondo de valle, asociados a cursos de agua, los cuales pertenecen o están justo en los límites de la unidad geológica de la campiña (ver subepígrafe 2.1.2). Las “Tumbas-calero”, por su parte, se circunscriben en general al sector más oriental del valle del Duero/Douro (provincias de Burgos y Soria, y un caso aislado en Valladolid), lo que en nuestra opinión podría explicarse, entre otros factores de ámbito más socio-cultural, por razones puramente litológicas. El sustrato geológico de esta parte del territorio está compuesto fundamentalmente de piedra caliza (escasa en otras áreas más occidentales, en las que lo que predomina son los esquistos y granitos), es decir el único material pétreo del que pueden estar conformados estos sepulcros para poder llevar a cabo sus peculiares prácticas de clausura. Por último, las “Cámaras simples con vestíbulo” se encuentran repartidas, salvo con algunas excepciones (2 enclaves en Burgos), en ambas vertientes de la zona central de la cuenca, pero ya en su parte portuguesa (*distritos* de Bragança, Vila Real y Viseu) (ver Gráfico 5). En esta ocasión, la única explicación factible es que se trata de una fórmula constructiva con un marcado carácter local.

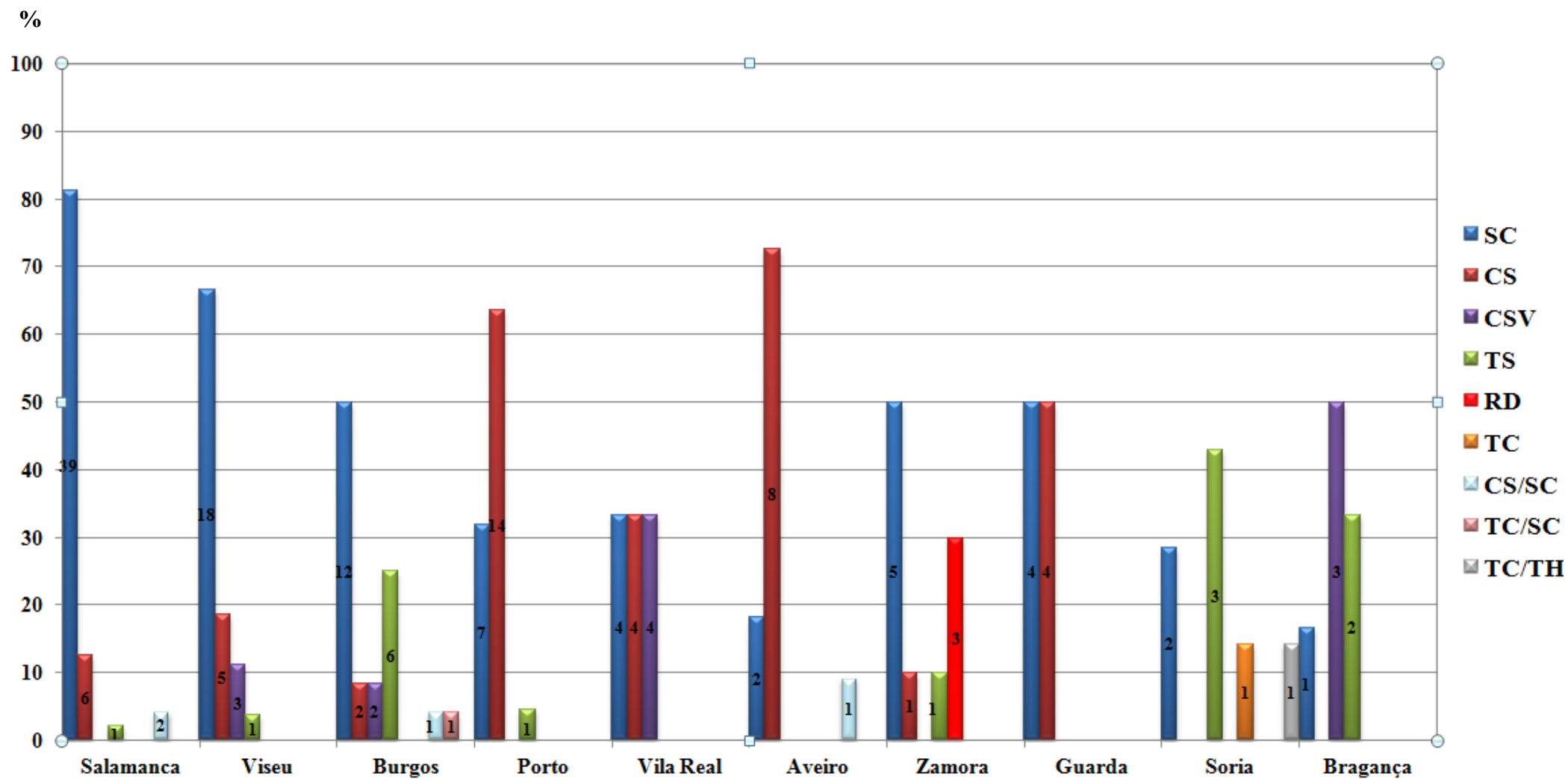
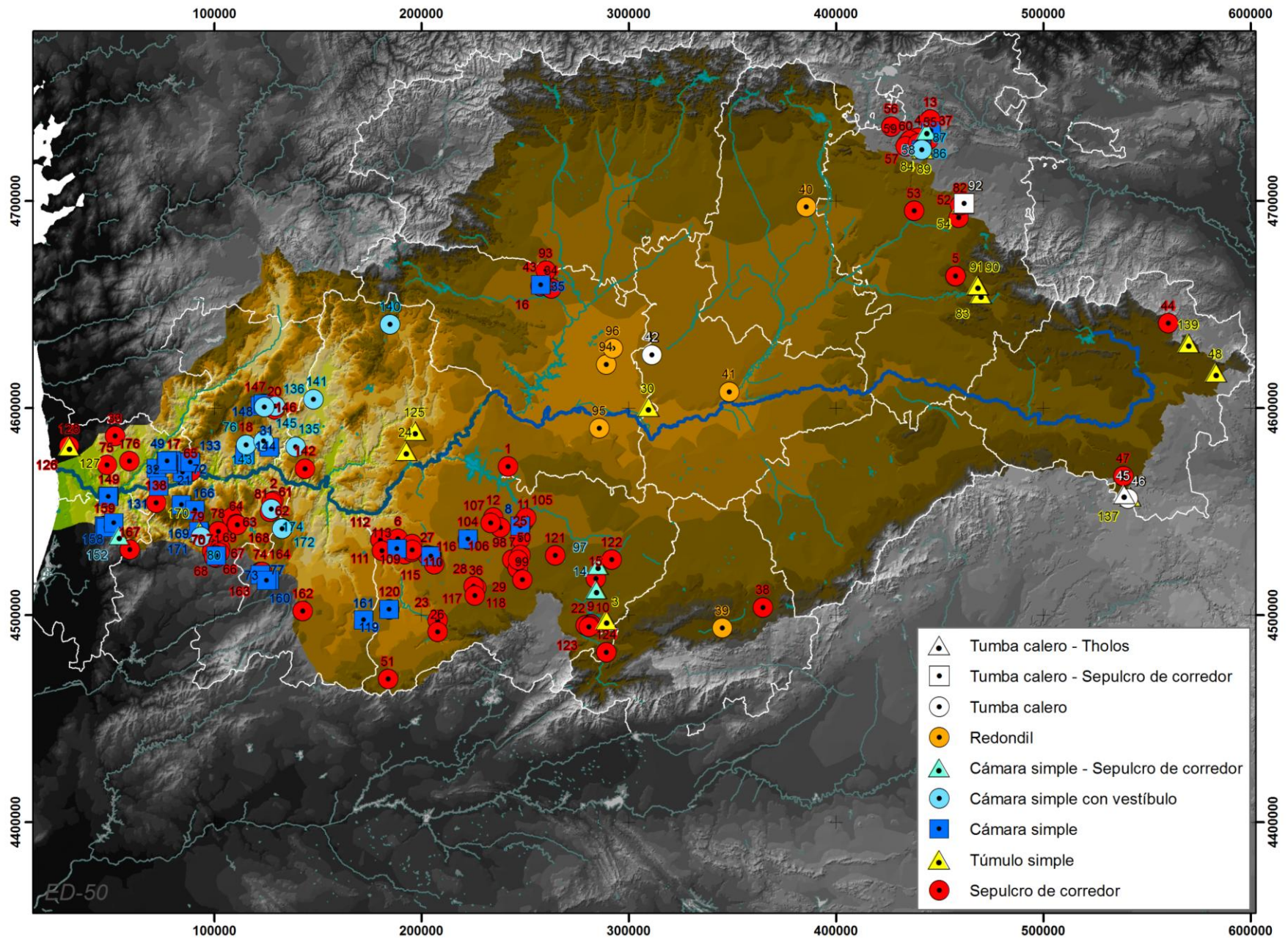


Gráfico 5: Representación porcentual de los distintos tipos arquitectónicos en cada una de las provincias/*distritos* de ubicación (ver Índice de Figuras)



Mapa 13: Distribución de los yacimientos según el tipo arquitectónico (ver Índice de Figuras)

En relación a la “faceta” morfológica de la orientación de los monumentos megalíticos, esta variable ha sido determinada considerando el eje principal marcado por el trazado del acceso (bien corredor, vestíbulo o simplemente entrada al recinto cameral) y el fondo de la cámara, tomando siempre la zona de entrada como primera referencia (es decir, si el acceso está al SE, la orientación se establece como SE-NO). Sólo en 115 casos de los 180 estudiados se ha podido especificar esta variable (ver Gráfico 6). Los 65 yacimientos restantes corresponden a tipos arquitectónicos en los que no se puede definir un eje principal (13 “Túmulos simples”, 35 “Cámaras simples” cerradas, 5 “Redondiles” y 1 “Tumba-calero”), o incluso a monumentos abiertos, es decir con un acceso marcado, en los que, por diferentes razones, dicha información no está disponible (3 “Cámaras simples con vestíbulo” y 8 “Sepulcros de corredor”). Entre los 115 en los que sí se ha podido determinar la orientación, un 63% (41% sobre el total de los yacimientos catalogados) presentan su eje orientado al “SE-NO”, mientras que el 33% (21% del total) lo está en dirección “E-O”. Por tanto, se observa una clara tendencia de colocar las entradas de los megalitos hacia el nacimiento del sol.

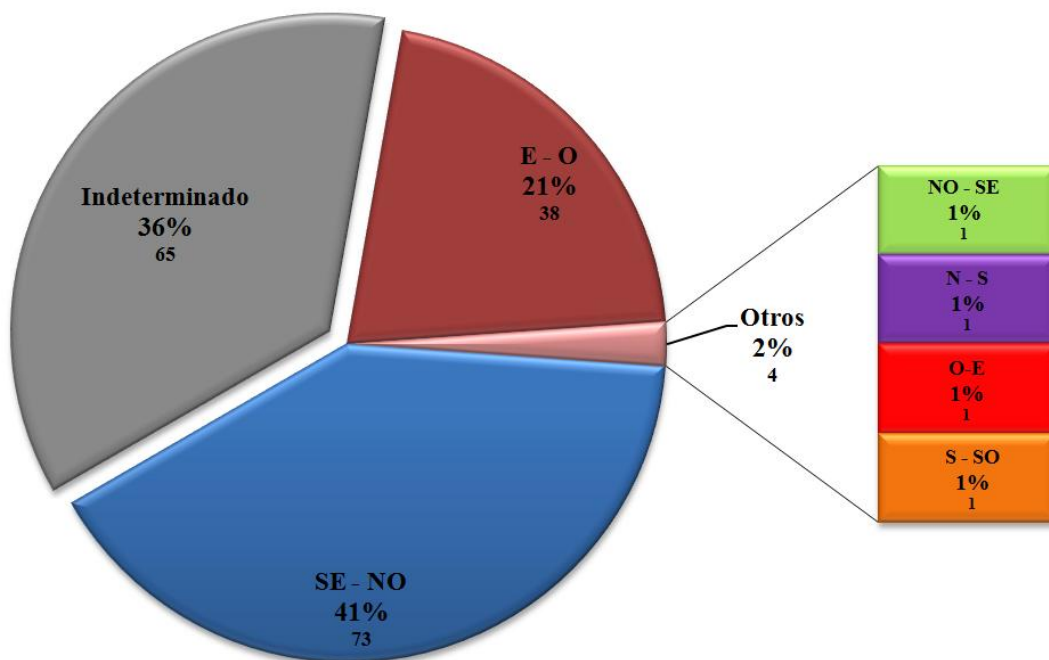


Gráfico 6: Representación porcentual de los yacimientos por la orientación de su eje principal

Excepcionalmente se han registrado otros valores para las orientaciones, en concreto “NO-SE”, “S-SO”, “N-S” y “O-E”, estando en cada caso representado por un único ejemplo (ver Gráfico 6). El primero de ellos, “NO-SE”, corresponde a uno de los “modelos megalíticos compuestos” anteriormente descritos (El Hundido), en el que el

espacio sepulcral de una primitiva tumba-calero fue ampliado y transformado en una construcción similar a los sepulcros de corredor. Al tratarse de un evento de remodelación, es posible que la orientación hacia el NO del pasillo (es decir, completamente al contrario de la norma habitual) no fuese una opción escogida de manera intencional, sino que las propias condiciones del terreno y la disposición de la construcción primitiva obligaran a constituir de este modo el nuevo sepulcro. La dirección “S-SO”, por su parte, está vinculada a un túmulo simple (La Tarayuela) en el que se documentaron algunas evidencias interpretadas como una posible clausura de la zona de acceso (ver descripción en Anexo 1; Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 192-193). Sin embargo, esta información hay que tomarla con cautela dado que, como ya se ha apuntado anteriormente (ver descripción “Túmulo simple”), la estructura original de este tipo de megalitos sería generalmente desmantelada de forma parcial o completa antes de su tumulación, por lo que resulta muy complicado asegurar el lugar exacto donde se ubicaría el acceso al recinto primitivo. Los otros dos casos de orientación singular, “N-S” y “O-E”, se han documentado en sendos sepulcros de corredor (Juncal I de Viseu y Carapito IV respectivamente). En cuanto al primero, pocos datos más se pueden aportar con respecto a esta cuestión, puesto que se trata de un yacimiento del que hay muy poca información accesible. Es en relación al segundo de estos monumentos, que sí se pueden señalar y matizar algunos detalles relevantes sobre la dirección “real” de su eje principal. La única planta y descripción que se conoce de este monumento procede de uno de los catálogos elaborado por Vera Leisner (Leisner y Kalb, 1998: 81, Fig. 68), en uno de sus múltiples periplos por tierras portuguesas. Observando dicha planta no sería descabellado plantear que lo que se definió en aquel momento como un sepulcro de corredor fuese en realidad una cámara simple (al igual que aconteció con el cercano monumento de Carapito I; Da Cuz y Vilaça, 1990 y 1994), y que la zona del diseño donde no se dibujaron ortostatos correspondiese al área de entrada, la cual estaría orientada de esta manera en dirección E-O. Sin embargo, ante la imposibilidad de corroborar esta hipótesis, tomamos como válida la interpretación original.

Ante esta variabilidad presentada por la categoría de las orientaciones del eje principal, se consideró oportuno combinar estos datos con los de localización por provincia/*distrito*, para intentar discernir si existen pautas de comportamiento diferenciadas en relación a este aspecto (ver Gráfico 7). En prácticamente todo el territorio, los megalitos están orientados hacia el SE-NO, siguiendo por tanto la norma

habitual del Megalitismo peninsular. Sin embargo, en las zonas más occidentales del valle esta pauta cambia, siendo la orientación E-O la mayoritaria especialmente en los territorios más cercanos al litoral (Porto y Aveiro) (ver Mapa 14). A día de hoy no existe ninguna hipótesis que permita explicar esta diferencia, que quizás esté ligada a cuestiones de tipo ritual o simbólico que condicionaron la construcción de los megalitos. Sería interesante llevar a cabo un estudio general de cariz arqueoastronómico para poder profundizar y matizar esta “faceta” megalítica, siguiendo el ejemplo de algunos trabajos que ya se han realizado en regiones a menor escala (Armendáriz, 1995; González García, 2009; López Plaza *et al.*, 2009; etc.).

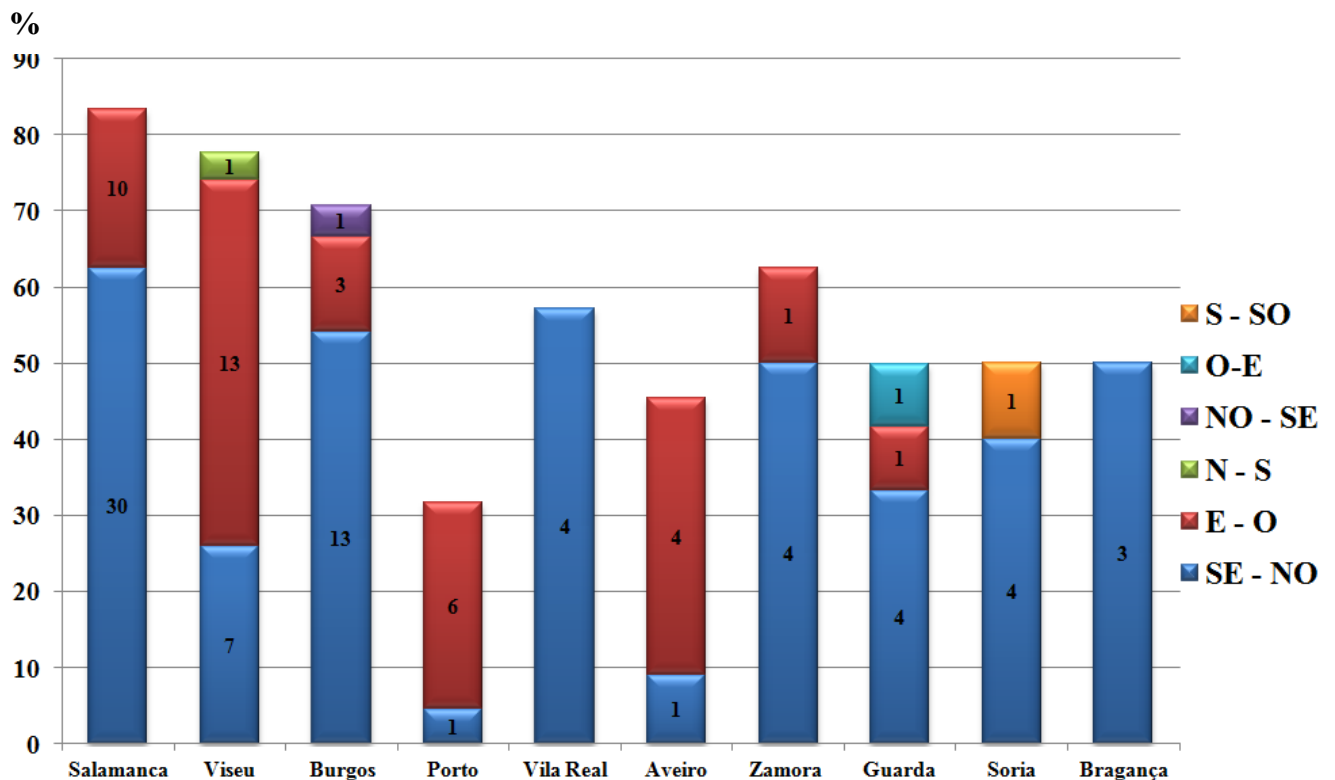
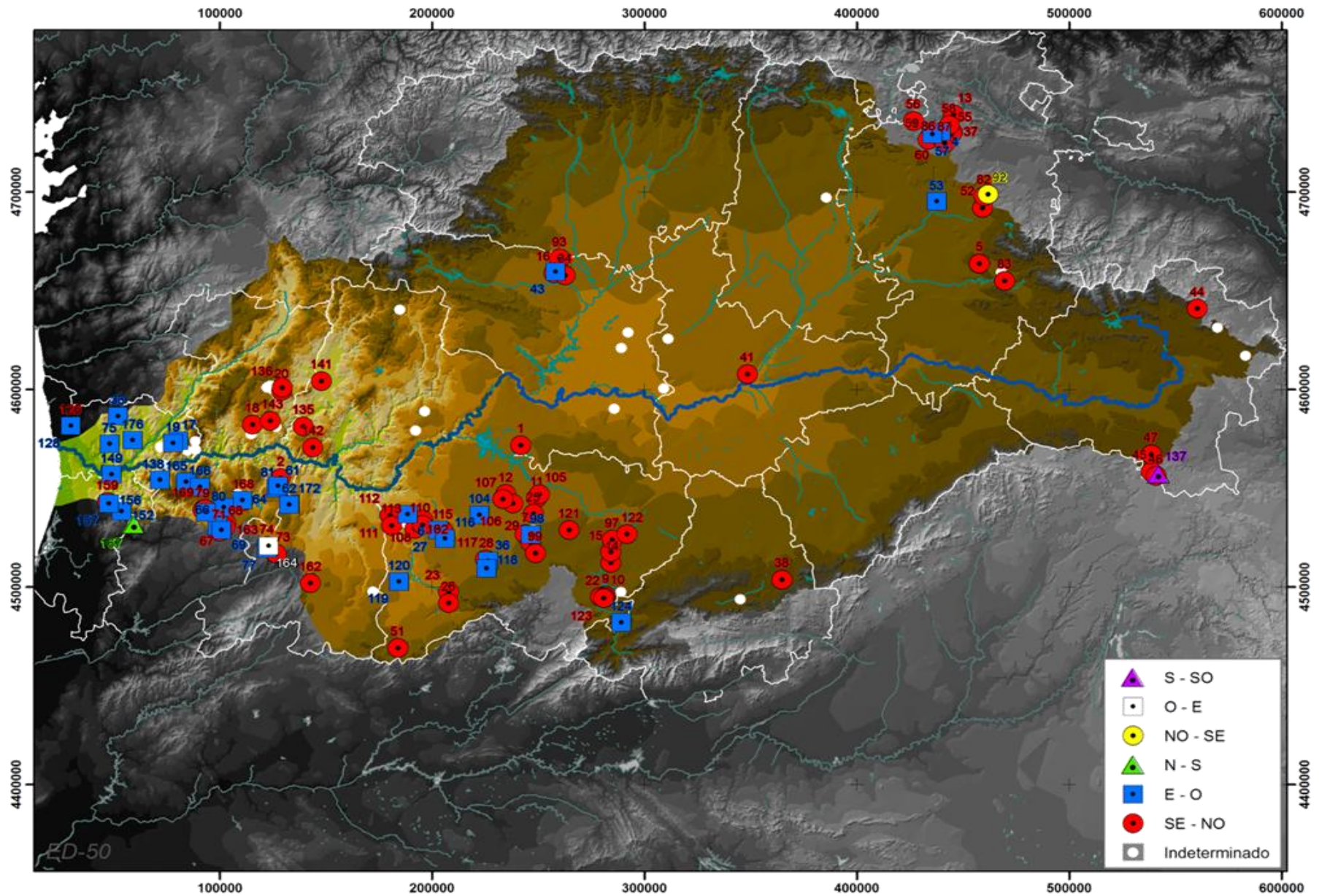


Gráfico 7: Relación porcentual entre las distintas orientaciones del eje principal en función de la provincia/distrito de ubicación

6.2.2. ESTUDIO DESCRIPTIVO DEL EMPLAZAMIENTO DE LOS MEGALITOS Y SU RELACIÓN CON LOS ELEMENTOS NATURALES DEL ENTORNO

La “faceta” megalítica del emplazamiento ha sido uno de los aspectos más profusamente tratado e investigado sobre todo en las últimas décadas, a raíz del éxito de la corriente metodológica de la Arqueología del Paisaje y del desarrollo y normalización de herramientas muy útiles como los S.I.G. (Sistemas de Información Geográfica).



Mapa 14: Distribución de los yacimientos según la orientación de su eje principal (ver Índice de Figuras)



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

Los estudios publicados son numerosos, destacando algunos de ellos por su relevancia y sistematicidad (Criado, 1984-1985 y 1988; Criado y Vaquero, 1993; Criado y Villoch, 1998 y 2000; etc.), e incluso varios se han llevado a cabo dentro del marco geográfico de esta investigación (Fernandes Heitor, 2002; Moreno Gallo, 1999 y 2004; Rojo, 1990; etc.). Aquí no se pretende hacer un análisis sistemático y detallado sobre este aspecto (lo cual requeriría de un proyecto específico), sino caracterizar de manera general algunas variables vinculadas al emplazamiento de los megalitos catalogados (como la altura absoluta, el tipo de contexto orográfico en que se ubican o su relación con los elementos naturales del entorno), que desde nuestra perspectiva pueden tener un cierto papel condicionante a la hora de seleccionar determinados lugares para ser reutilizados. El alcance del control visual que se obtiene desde el propio monumento así como la “visibilidad” de éste desde distancias más o menos alejadas, parecen en ambos casos factores determinantes en relación a los “eventos de reutilización megalítica”.

Al analizar la variable del “tipo de unidad geográfica” (ver subepígrafe 2.1.2 y Gráfico 8A), se observa un claro predominio de los megalitos ubicados en “fondos de valle” o laderas que circundan este tipo de terrenos, representados por 67 yacimientos (37%), seguidos de los emplazados en penillanura con 39 (21%); los monumentos que se localizan en zonas serranas o próximas a ellas suman 64 casos (21% y 14%, respectivamente). En último lugar, aparecen los yacimientos en páramo con apenas 10 ejemplos (6%), que estarían a medio camino entre aquéllos que se hallan en los valles y los de las sierras, puesto que a pesar de ubicarse en altura mantienen su proximidad y facilidad de acceso a las áreas de aprovisionamiento de importantes recursos naturales (ríos, lagunas, tierras fértiles...).

Para la “altura absoluta” el análisis es similar, en cuanto al predominio claro de un valor por encima de los demás (ver Gráfico 8B). Hasta en 137 casos (76%) los sepulcros megalíticos se sitúan en alturas entre los 700-1200 m.s.n.m., mientras que el resto de opciones alcanzan solamente un 19%, estando representados sólo por 43 enclaves (21-12% entre 400-700 m.s.n.m., 12-7% los que se encuentran exactamente a 700 m.s.n.m., y por último los valores extremos que sólo cuentan con un 5%, 9 casos situados a menos de 400 m.s.n.m. y apenas 1 por encima de los 1200 m.s.n.m.).

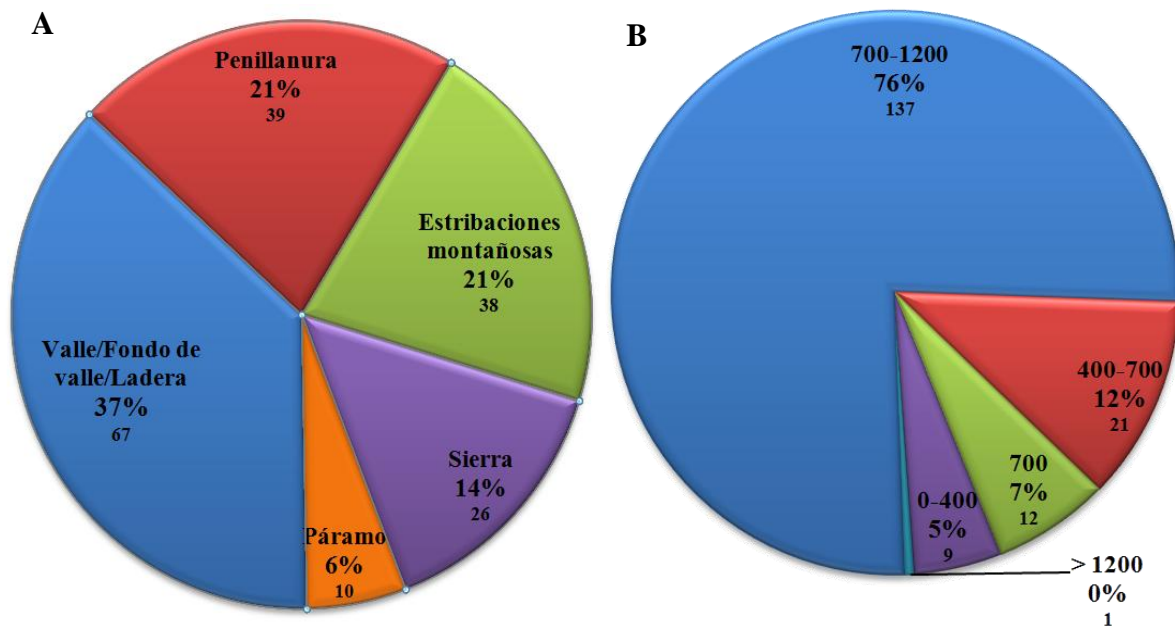


Gráfico 8: Representación porcentual de los yacimientos por el tipo de unidad geográfica en que se ubican (A) y por el intervalo en m.s.n.m. de la “altura absoluta” de su emplazamiento (B)

No hay que olvidar que estas dos variables geográficas analizadas, pese a poder aportar cierta información interesante de cara a nuestro estudio, están completamente condicionadas por la propia orografía del valle del Duero/Douro, por lo que no se ha considerado necesario en esta ocasión realizar un análisis combinatorio entre estos datos y la variable de localización por provincia/*distrito*, puesto que a nuestro parecer de partida ya no distinguirse pautas de comportamiento diferenciadas de manera intencional. Para ilustrar esta cuestión, se puede consultar cualquiera de los mapas de la cuenca duriense incluidos en este trabajo (ver Mapa 1 y 5), en los que a simple vista se observan las grandes diferencias orográficas que caracterizan a este territorio (ver epígrafe 2.1). El propio perfil longitudinal del río refleja muy explícitamente estas disimetrías (ver Figura 1), ya que poco después de su nacimiento a 2160 m.s.n.m., cae de forma abrupta hasta alturas meseteñas (entre los 800-700 m.s.n.m. de media), donde se mantiene con una suave pendiente aproximadamente unos 500 km, encajándose de forma repentina al llegar a zonas transfronterizas; posteriormente, desciende bruscamente unos 400 m en menos de 100 km, hasta alcanzar una altitud ligeramente superior a los 200 m.s.n.m., y se mantiene en una leve pendiente hasta desembocar en el océano Atlántico. Por otro lado, la parte castellano-leonesa del territorio está prácticamente dominada por la orografía de la Meseta Norte, conformada por tierras llanas de campiña y alguna pequeña elevación en los páramos, y sólo en su periferia se



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

encuentran formaciones montañosas. Por su parte, en territorio portugués son las serranías y áreas montañosas las que predominan, siendo las amplias zonas llanas más bien escasas. De este modo, si se realizase un análisis de estas variables geográficas por provincia/*distrito*, los resultados marcarían una clara tendencia hacia los valles en el Duero castellano-leonés, mientras que en el Douro lusitano serían mayoritarios los megalitos construidos en la sierra y estribaciones montañosas. Del mismo modo, las alturas más elevadas se encontrarían siempre en los sectores más orientales del territorio, por encima de los 700 m.s.n.m., y sólo al cruzar el límite transfronterizo descenderían hasta llegar incluso a los 100 m.s.n.m. en las zonas litorales. Por consiguiente, estos resultados no aportan ninguna información relevante de cara a la interpretación de los datos.

Sin embargo, al combinar dichas variables con la de “tipo arquitectónico”, estos condicionantes orográficos ya no resultan tan determinantes, dando lugar a algunas reflexiones interesantes (ver Gráfico 9). Prácticamente todos los modelos megalíticos se hallan representados (al menos con un ejemplo) en zonas de “fondos de valle” o laderas, siendo en muchos casos el valor mayoritario o incluso el único. Los “Sepulcros de corredor” son el único tipo presente en todas las “unidades geográficas”, lo que estaría indicando la inexistencia de un patrón claro en cuanto a la elección del lugar de emplazamiento de este tipo de estructuras, aunque sí se podría señalar una cierta preferencia hacia las zonas más bajas de valle y penillanura en detrimento de las ubicaciones en altura. Las “Cámaras simples” y “Túmulos simples” presentan justamente una situación inversa, observándose una clara tendencia de estas arquitecturas a situarse en zonas elevadas. Por su parte, todos los ejemplares catalogados de “Redondiles” y “Tumbas-calero” se sitúan en zonas bajas de valle, hecho que también podría estar provocado por su distribución limitada a una región concreta del territorio duriense (ver epígrafe 6.2.1), en ambos casos coincidente con las zonas de campiña.

Dentro de la “faceta” megalítica del emplazamiento, se han computado en el catálogo de este estudio (ver subepígrafe 5.2.1 y Anexo 1) otras variables vinculadas a la relación de los megalitos con respecto a diversos factores de su entorno (ejes de tránsito, elementos naturales u otros yacimientos coetáneos). Entre ellos, se ha seleccionado la “relación con elementos naturales” para su estudio descriptivo (ver Gráfico 10).

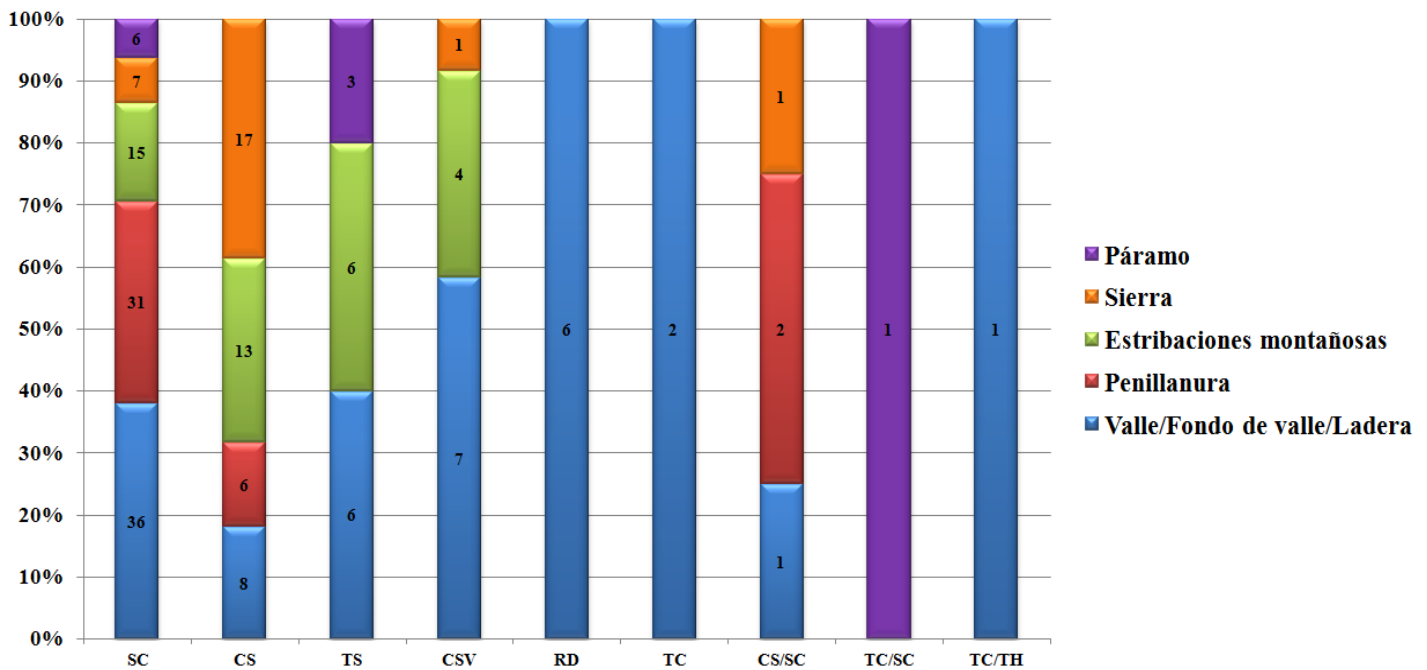


Gráfico 9: Relación porcentual entre las distintas unidades geográficas en que se ubican los yacimientos en función del tipo arquitectónico (ver Índice de Figuras)

Se han catalogado hasta 6 valores diferentes a este respecto: cursos de agua (ríos, riberas y arroyos), fuentes de agua (lagunas, fuentes o manantiales y humedales), interfluvios (si el emplazamiento se da en la zona de conexión entre dos cursos de agua), afloramiento rocoso destacado (un relieve destacado en el paisaje como una colina, un cerro testigo, una montaña o cualquier formación rocosa llamativa), puntos de aprovisionamiento de piedra y/o mineral (como canteras pétreas para la extracción del material necesario para la construcción de las estructuras o para la elaboración de ciertos artefactos especiales, o incluso minas de minerales), y por último aguas termales (los denominados como “balnearios naturales” han tenido un tratamiento especial a lo largo de toda la Historia).

Del total de yacimientos analizados, en 157 casos (87%) se ha documentado una relación directa con uno o varios de estos elementos descritos (ver Gráfico 10A). El agua es el recurso natural escogido por excelencia, ocupando los 3 primeros puestos del listado (ver Gráfico 10B). Es la asociación a los cursos de agua la que más destaca, estando presente hasta en 122 casos de los 157 (por tanto, un 70%) en los que se ha podido registrar alguna vinculación de este tipo con su entorno. Los emplazamientos junto a fuentes de agua o interfluvios son bastante más minoritarios (31-17% y 16-9%, respectivamente). La relación con otros ítems naturales tales como los afloramientos



rocosos destacados o los puntos de aprovisionamiento de material lítico y/o mineral, no tiene una gran relevancia, al menos en nuestro territorio de estudio, alcanzando apenas un 5% de representatividad en cada caso (presentes en respectivamente en 9 yacimientos diferentes). Por último, sólo se ha documentado en una ocasión la asociación entre la ubicación del megalito con un balneario natural o una zona de aguas termales. Se trata del dolmen zamorano de Casal del Gato, que se halla a menos de 1 km al noroeste de la estación balnearia de aguas sulfurosas, conocida como San Vicente o El Hervidero (ver Anexo 1).

Por tanto, parece evidente que el agua jugaba un papel importante entre las sociedades prehistóricas, puesto que no sólo era considerado como un recurso fundamental para la subsistencia tanto de los seres humanos como del ganado, sino que también tenía una cierta relevancia dentro del ámbito ritual o simbólico, hasta el punto en que su proximidad se convirtió en un factor muchas veces determinante a la hora de elegir el emplazamiento de sus monumentos megalíticos.

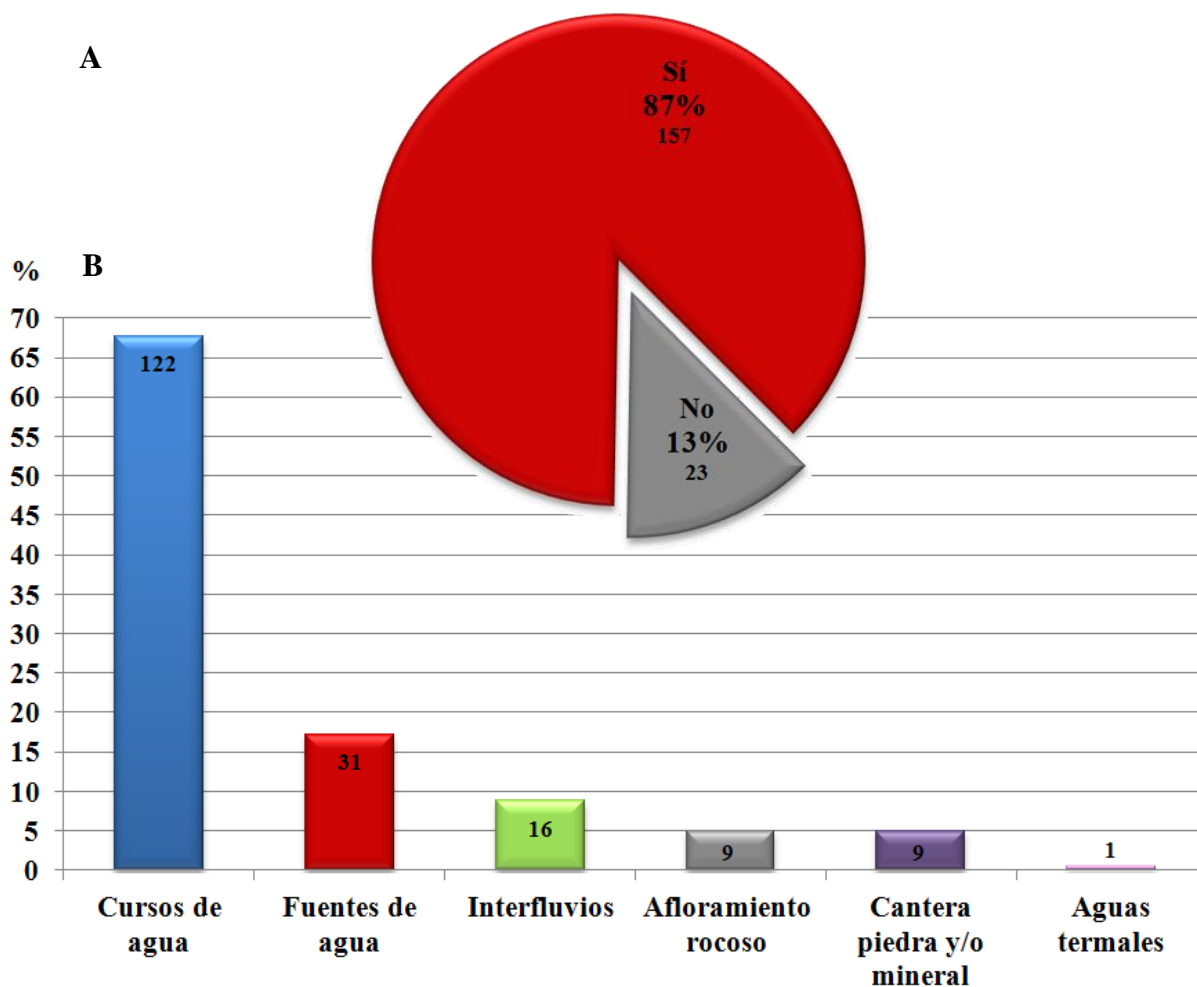


Gráfico 10: Representación porcentual de los yacimientos por la presencia/ausencia de relaciones con los recursos naturales de su entorno (A) y por el tipo de elementos a los que se asocian (B)

6.2.3. EL IMPACTO DEL “ARTE MEGALÍTICO” EN LOS YACIMIENTOS CATALOGADOS

El “Arte megalítico” es una de las cuestiones que, mientras que en otras áreas peninsulares ha sido objeto de profusas e interesantes investigaciones (Bueno *et al.*, 2007, 2008 y 2013; Bueno y Balbín 2000 y 2003; etc.), en nuestro territorio de estudio han sido pocos los autores que han prestado atención a este respecto, limitándose, salvo alguna notable excepción (Sanches, 2008-2009 y 2010), a trabajos de síntesis muy generales o en relación a un yacimiento específico (Carvalho, 2012: 208-211; Da Cruz, 1988: 24-32; Delibes y Rojo, 1988; Oliveira, V. 1996-1997; Santos y Da Cruz, 2011 y 2013; Shee Twohig, 1981; etc.). Por tanto, se trata de un aspecto bastante desconocido aún en el Megalitismo del valle del Duero/Douro.

En este trabajo, no se pretende ni mucho menos analizar en profundidad esta “faceta” megalítica (objetivo para el cual se requeriría de una mayor y más exhaustiva recogida de datos a este respecto) sino simplemente cuantificar y realizar una descripción general de las evidencias de “arte” catalogadas en los monumentos estudiados, en referencia a aquellas manifestaciones decorativas documentadas en las paredes y cubiertas ortostáticas de estas construcciones, y excepcionalmente en algunos menhires que formaban parte como un elemento arquitectónico más de algunos conjuntos megalíticos. A pesar de que en el inventario de esta investigación se han computado varios campos informativos relativos a esta cuestión (ver subepígrafe 5.2.1 y Anexo 1), sólo se ha seleccionado la variable del “tipo de técnica decorativa” para su estudio descriptivo y de distribución geográfica.

En el Megalitismo de la cuenca del Duero/Douro las manifestaciones decorativas no son una evidencia arqueológica abundante (ver Gráfico 11), documentándose sólo en 42 (23%) de los 180 yacimientos registrados. Dentro de los monumentos megalíticos con decoración, la técnica mayoritaria es el grabado que aparece en 20 de estas estructuras (48%, 11% sobre el total de enclaves catalogados), seguida de la combinación de pintura y grabado presente en 16 (38%, 9% del total), y por último la pintura que apenas se da en 6 casos (14%, 3% del total).

Su distribución geográfica (Mapa 15) marca claramente una acumulación de la mayor parte de estas manifestaciones en el territorio del Douro portugués, con un cierto equilibrio entre sus dos vertientes (Carvalho, 2012: 208-211). Sin embargo, las evidencias documentadas en la parte castellano-leonesa (sólo 14 casos) se localizan

mayoritariamente en el sector suroccidental, a excepción de los 3 ejemplos registrados en la provincia de Burgos (Cubillejo de Lara, Arroyal I y El Moreco) al norte del Duero, y el menhir decorado del sepulcro soriano de La Mina en el sector más oriental del territorio (ver Anexo 1). Por otro lado, mientras que las evidencias de pintura registradas hasta el momento actual, se concentran en las zonas más occidentales del área duriense (fundamentalmente en los terrenos cercanos al litoral), en el centro y este del valle predomina la técnica del grabado en exclusividad (salvo en el caso del dolmen burgalés de El Moreco, en el que se hallaron varios motivos de antropomorfos pintados en rojo -Rojo, 2014: 68-).

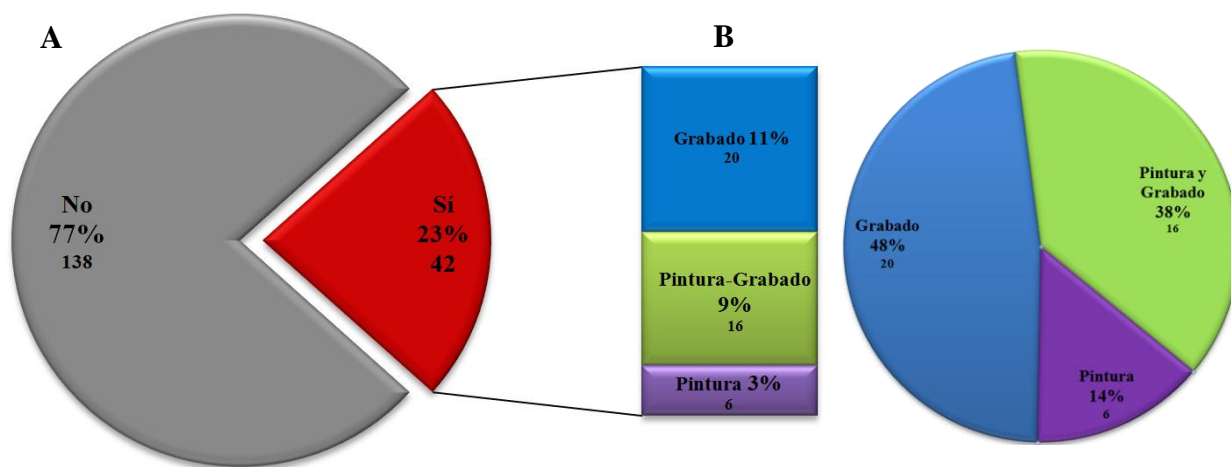


Gráfico 11: Representación porcentual de los yacimientos por la presencia/ausencia de "arte" (A) y por el tipo de técnica decorativa utilizada (B)

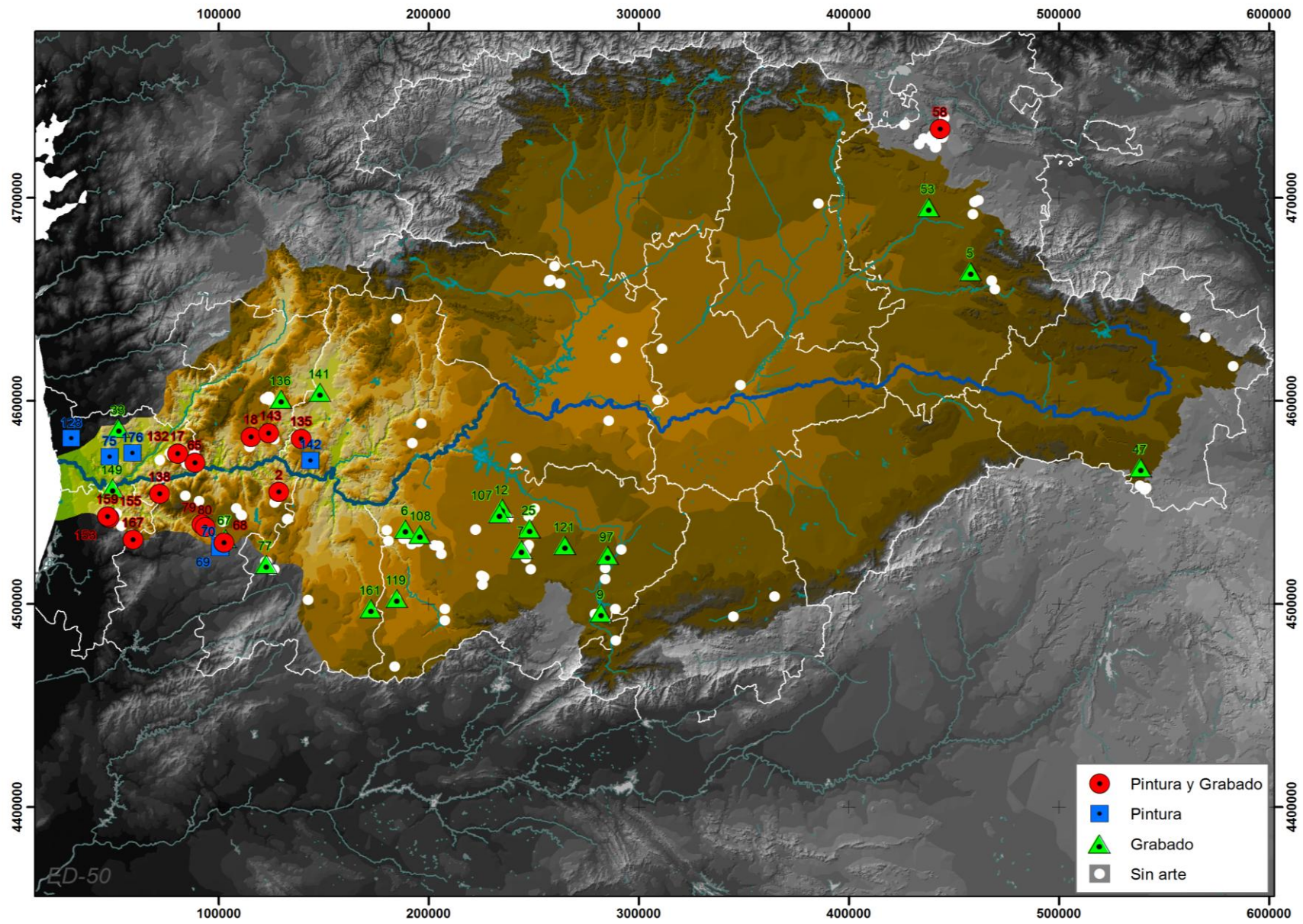
En principio, se podría plantear que las disimetrías observadas en la distribución geográfica de los monumentos decorados son el resultado de diferentes factores ajenos a la realidad megalítica, como la conservación y probabilidades de identificación de los motivos decorativos en función del tipo de soporte sobre el que se realizaron (en este sentido, quizás la caliza sea menos propicia para la preservación de esta clase de evidencias). Sin embargo, estos argumentos no esclarecen otras cuestiones como la ausencia de la técnica de la pintura en áreas donde se han registrado numerosas evidencias de "arte" y en las que el sustrato pétreo es favorable a su conservación (como sería el caso de la provincia salmantina; ver Mapa 15). Por tanto, han de existir otras razones, quizás vinculadas al ámbito socio-cultural o ideológico, que expliquen estos patrones de comportamiento diferenciado. En todo caso, para poder plantear hipótesis sólidas a este respecto, habría que llevar a cabo estudios y análisis más detallados sobre este tipo de "manifestaciones artísticas", teniendo en cuenta además otros factores como los motivos decorativos empleados, su distribución pictórica y las posibles relaciones

estilísticas con otras áreas peninsulares (para consultar información acerca de algunos de estos aspectos -ver Anexo 1-). En nuestra opinión, estos eventos decorativos parecen tener una relevante implicación en el fenómeno de las reutilizaciones megalíticas, como prácticas llevadas a cabo en cronologías concretas y ligadas a fases y ciclos de uso específicos. De hecho, entre las actuaciones post-fundacionales documentadas en el territorio de estudio, se han registrado algunos eventos de “re-decoración” vinculados a momentos de reocupación de megalitos (en concreto, en los sepulcros de Madorras I y Carapito I -ver Anexo 1 y subepígrafe 6.4.3-).

6.2.4. CARACTERIZACIÓN Y FRECUENCIAS DE LA “CULTURA MATERIAL” DOCUMENTADA EN LOS MEGALITOS

La “faceta” megalítica de la cultura material asociada a los yacimientos catalogados, es probablemente una de las cuestiones más complejas de abordar si no la que más. Ello se debe a la gran diversidad de variables de estudio que ofrece como su cuantificación, materiales y métodos de elaboración, tipologías, origen local o foráneo bien del objeto manufacturado bien del material sobre el que está realizado, técnicas y patrones decorativos..., y así una larga lista de aspectos cuyo análisis simple y combinado, ofrecería sin duda a interesantes resultados. Simplemente el estudio descriptivo de cada una de estas categorías, las relaciones entre ellas y su posible relevancia a la hora de caracterizar las distintas fases de uso de los megalitos, daría lugar a un proyecto de investigación nuevo y específico.

A lo largo de este apartado sólo se va a tratar sobre la presencia/ausencia de las distintas categorías de cultura material establecidas en el momento de abordar la parte descriptiva del trabajo (ver subepígrafe 5.2.1 y Anexo 1), sin entrar en cuantificaciones o caracterización de los artefactos. Estas categorías son “Industria lítica tallada”, “Industria lítica pulimentada”, “Cerámica lisa”, “Cerámica decorada”, “Elementos de adorno”, “Industria ósea” y “Otros materiales”. Hay que señalar que para los presentes análisis sólo se han tenido en consideración aquellos materiales asociados a los niveles de uso fundacional de los monumentos (por tanto, adscritos a cronologías de la primera mitad del IV milenio BC aproximadamente), puesto que el objetivo aquí es caracterizar la propia realidad megalítica del valle del Duero/Douro. La cultura material correspondiente a las siguientes fases de uso de los megalitos será, en algunos casos, tratada en posteriores epígrafes, en relación con el análisis de los eventos de reutilización y las prácticas asociadas a ellos.



Mapa 15: Distribución de los yacimientos según la técnica decorativa utilizada (ver Índice de Figuras)



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

Los resultados obtenidos de los análisis realizados (Gráfico 12) no distan mucho de las afirmaciones realizadas al respecto en la bibliografía (Delibes, 2010: 32-41; Oliveira, V., 1983-1984: 41-43 y 1987: 280-283; Rojo, 2014: 62-66; etc.) ni de la caracterización tradicional del típico “ajuar megalítico”, en el que siempre se ha destacado la presencia recurrente de diversos artefactos líticos tanto tallados como pulimentados (microlitos, láminas generalmente sin retocar y de diferentes tamaños, hachas y azuelas pulimentadas, entre otros) frente a la ausencia o escasa representatividad de la cerámica (sobre todo en su versión decorada) (Delibes, 2010: 33), teniendo en cuenta la importancia que en aquella altura tenía el elemento cerámico para las poblaciones. Este “kit” megalítico se completa con el hallazgo habitual de elementos de adorno (fundamentalmente cuentas de collar de diferentes tipologías y materiales, además de colgantes y otros objetos más singulares como brazaletes o discos perforados), una menos común industria ósea (punzones y los característicos ídolos-espátula), y otros artefactos de naturaleza diversa y por lo general bastante peculiares. Entre estos últimos se documentan elementos que fueron depositados por su apariencia llamativa sin ser procesados (prismas de cuarzo, minerales, ocre o cantos rodados) algunas ofrendas de animales (garras de oso o colmillos de jabalí a veces perforados para ser sustentados), y otros ítems que presentan manufactura antrópica pero que no encajan con ninguno de los grupos hasta ahora descritos (placas redondeadas o rectangulares sobre distintas piedras que a veces presentan decoración o bolas de barro cocido).

La “Industria lítica tallada” es el valor predominante presente en 140 de los 180 yacimientos catalogados (un 80%), seguido por la “Industria lítica pulimentada” con 116 (65%) (ver Mapa 16), y más lejanos los “Elementos de adorno” y “Otros materiales” representados por 81 (45%) y 76 casos (42%) respectivamente (ver Mapa 17). La “Cerámica lisa” aparece en 79 monumentos (44%), aunque hay que señalar que la mayor parte de estos hallazgos no se deben a depósitos intencionados sino a aportes accidentales en las tierras del túmulo o en los niveles de preparación infratumular. Cierran la lista la “Industria ósea” con 21 ejemplos (12%) y por último la “Cerámica decorada” con apenas 16 (9%), que como en el caso de la lisa en su mayoría son restos hallados entre los elementos arquitectónicos que conforman el megalito (generalmente la estructura tumular) y cuyo origen estaría en ocupaciones anteriores o coetáneas pero no como ofrendas votivas (ver Mapa 18). A la hora de valorar la escasa representatividad de la “Industria ósea”, hay que tener en cuenta el factor del sustrato

geológico fundamental para su conservación, ya que en gran parte del territorio estudiado la acidez de los suelos impide que se conserve la materia orgánica. Por esta razón, la distribución geográfica de los artefactos manufacturados sobre material óseo coincide en cierta medida con la de las evidencias de restos humanos documentados (ver Mapa 19).

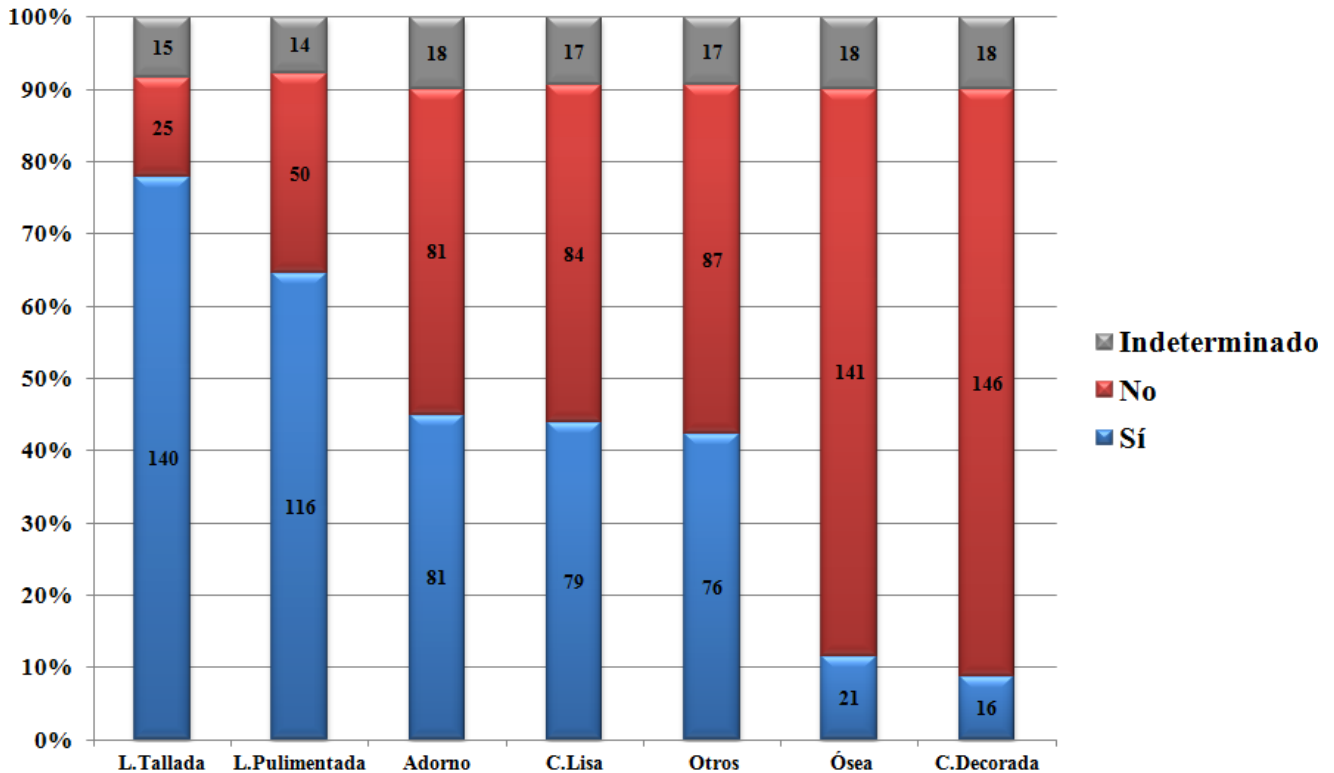


Gráfico 12: Relación porcentual de la presencia/ausencia de las distintas categorías de cultura material documentada en los yacimientos catalogados

Los resultados del análisis de la combinación de las distintas categorías de cultura material con la localización por provincias/*distritos* (ver Tabla 1 y Gráfico 13), aportan poca información a mayores. Cabría destacar el alto porcentaje de la “Lítica pulimentada” en algunos lugares en los que su representatividad se acerca a los parámetros marcados por la “Lítica tallada” (en Soria o Zamora) o incluso los supera (Salamanca y Vila Real) (ver Mapa 16). Llama la atención también la elevada presencia de “Elementos de adorno” en algunas zonas (como Burgos y Zamora) (ver Mapa 17), así como de “Industria ósea” en ciertas regiones (Burgos y Soria) (ver Mapa 19), dato este último que como ya se ha señalado hay que tomar con cautela debido a los diversos factores que afectan a su conservación. La relación porcentual entre la cerámica tanto lisa como decorada se mantiene por lo general muy equilibrada en todo el territorio (ver Mapa 18).

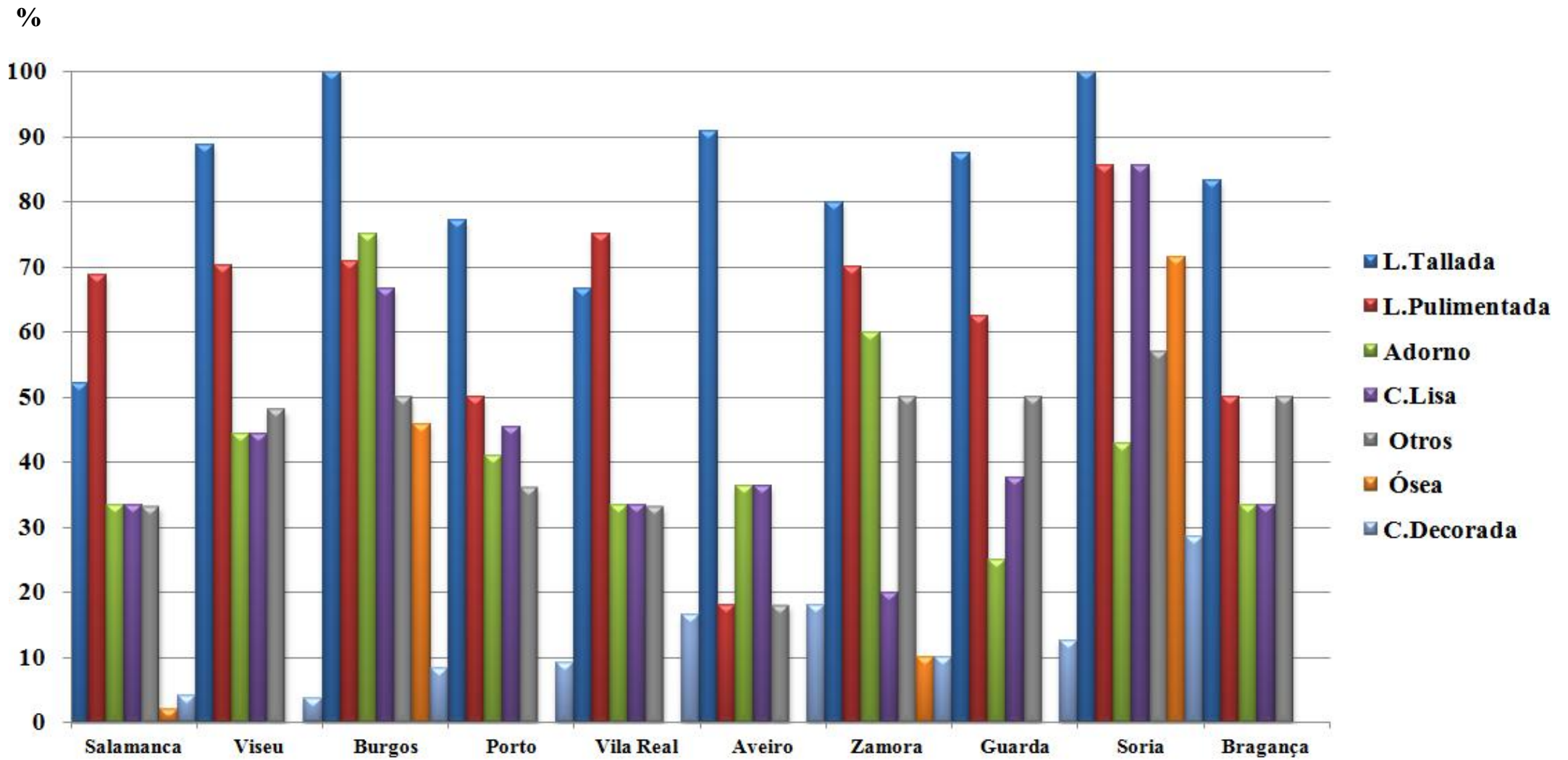


Gráfico 13: Representación porcentual de las distintas categorías de cultura material documentada por yacimiento en cada una de las provincias/*distritos* de ubicación



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

	Lítica tallada	Lítica pulimentada	Cerámica lisa	Cerámica decorada	Elementos de adorno	Industria ósea	Otros materiales
Aveiro	10	2	4	2	4	0	2
Ávila	2	1	2	1	2	0	2
Bragança	5	3	2	0	2	0	3
Burgos	24	17	16	2	18	11	12
Guarda	7	5	3	1	2	0	4
Palencia	1	1	1	0	1	1	1
Porto	17	11	10	2	9	0	8
Salamanca	25	33	16	2	16	1	16
Soria	7	6	6	2	3	5	4
Valladolid	2	2	1	0	2	2	2
Vila Real	8	9	4	2	4	0	4
Viseu	24	19	12	1	12	0	13
Zamora	8	7	2	1	6	1	5

Tabla 1: Cuantificación de los yacimientos en los que aparecen las distintas categorías de cultura material, diferenciados por la provincia/*distrito* en que se encuentran ubicados (estos datos corresponden al Gráfico 13)

En el valle del Duero/Douro sólo se han documentado 51 yacimientos con evidencias de restos humanos (apenas el 30% del total estudiado), correspondiendo en su mayor parte a la práctica totalidad de los megalitos catalogados en Burgos, Soria, Palencia y Valladolid, lugares donde el sustrato geológico menos ácido (en este caso calizo) es favorable a la preservación de materia orgánica (ver Gráfico 14). Se trata, por tanto, de un tipo de información (como en otros casos expuestos anteriormente) completamente sesgada por un factor externo como es el de las condiciones para su conservación, y cuya cuantificación no reflejaría por consiguiente una situación real. Los escasos hallazgos humanos registrados en algunos megalitos de la parte occidental de la cuenca duriense, con suelos mucho más ácidos (en concreto en las provincias/*distritos* de Bragança, Guarda, Salamanca, Viseu y Zamora), adquieren una especial relevancia precisamente por su singularidad, puesto que vienen a reforzar las hipótesis planteadas a raíz de las prácticas y otras manifestaciones documentadas en los depósitos sepulcrales (el carácter colectivo, su función como lugares de inhumación primaria a pesar de que los cuerpos aparezcan en posturas secundarias y sin conexiones anatómicas, las evidencias de manipulación y reordenamiento de los osarios... -ver Mapa 19-). Todos estos hallazgos permiten afirmar que los niveles sepulcrales de los monumentos megalíticos catalogados compartirían similares características.

En lo que respecta a la información disponible sobre los restos óseos humanos, tanto de las evidencias asociadas a la fase de uso fundacional del sepulcro como a las correspondientes a eventos de reutilización posteriores, existe una gran diferencia en

función del yacimiento de que se trate. A lo largo de la fase descriptiva y de recogida de datos de esta investigación, se ha trabajado con publicaciones y memorias de excavación que aportaban datos muy diversos y detallados a este respecto, mientras que en otras ocasiones se ha tratado este aspecto de manera muy superficial. Esta disparidad puede deberse a diversas razones (existencia o no de un estudio antropológico completo, tipo de excavación...), pero sin duda uno de los factores más condicionantes es la época en que se llevó a cabo la intervención arqueológica. Por lo general las excavaciones antiguas no ofrecen información de este tipo salvo en contadas excepciones (como es el caso del dolmen salmantino de El Castillo, Morán, 1931: 48-50; o del sepulcro de Carapito I, Leisner y Kalb, 1998: 76), puesto que los osarios eran considerados como un amasijo de huesos arbitrario y caótico, del que no podía extraerse ningún dato relevante (Guerra *et al.*, 2009: 54). Las descripciones más detalladas de depósitos sepulcrales integradas en la BDD de este estudio (ver subepígrafe 5.2.1 y presentaciones de “Restos óseos” en Anexo 1) proceden en todos los casos de excavaciones recientes, aunque se ha intentado extraer el máximo provecho de todos los documentos disponibles al respecto (informes antropológicos, fotos, planos, breves descripciones en memorias...). El análisis exhaustivo y sistemático de los osarios desde una perspectiva que supere el ámbito local o de un yacimiento específico es sin duda una de las deudas que aún mantiene la “investigación megalítica”, línea interpretativa que ya ha dado importantes frutos en otras áreas peninsulares (Díaz Zorita *et al.*, 2012; Fernández Crespo, 2012; Fernández Crespo y De la Rúa, 2015; etc.).

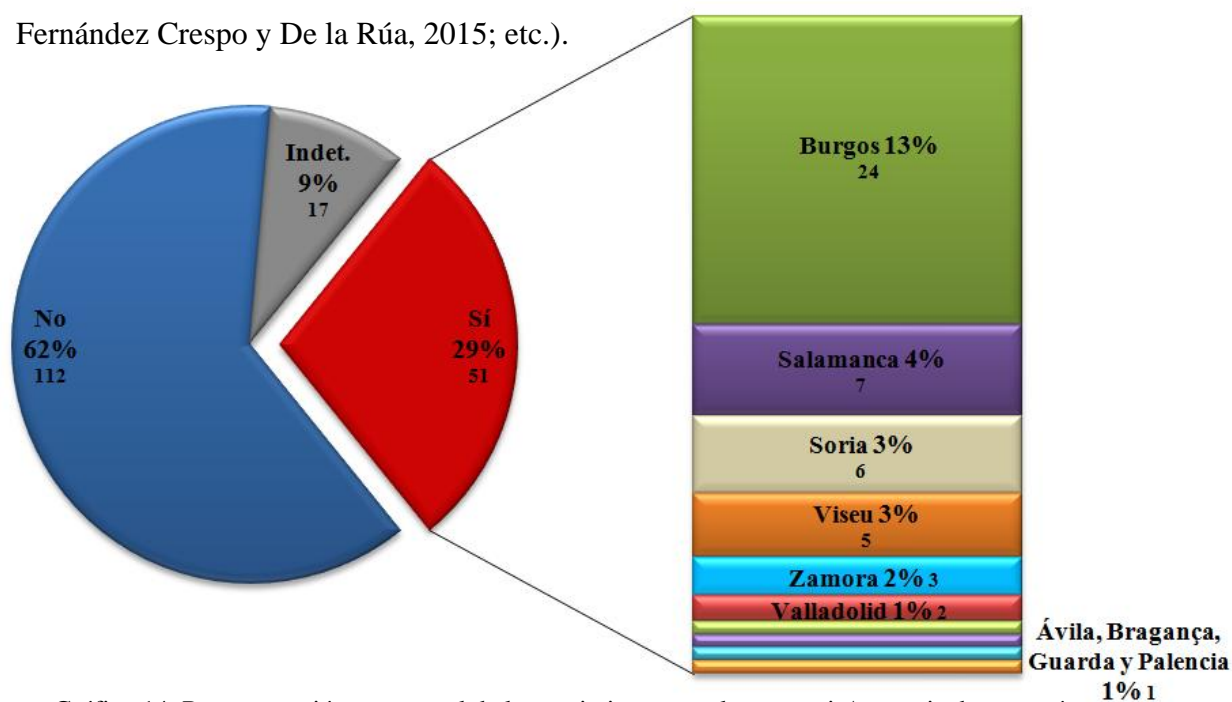
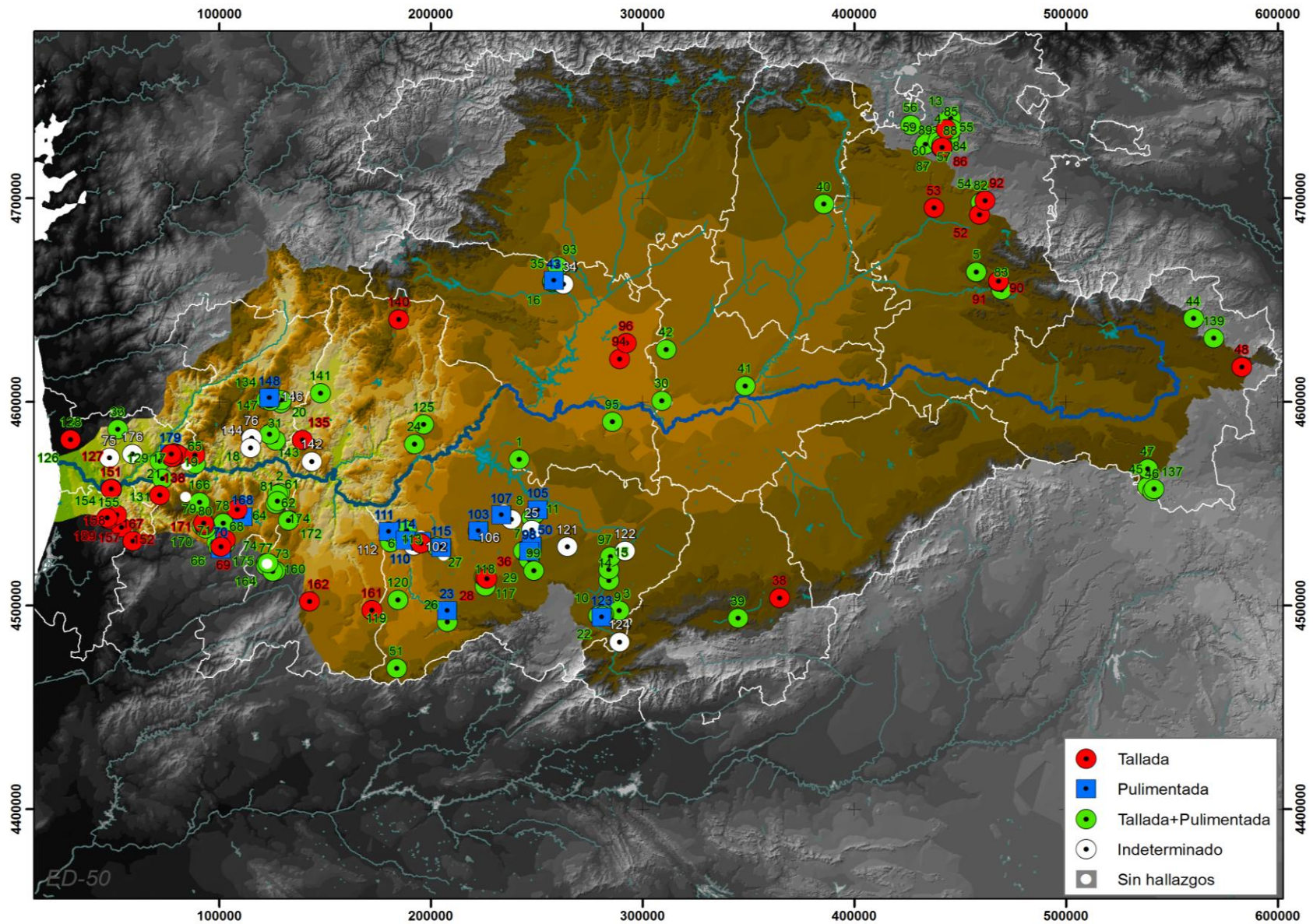
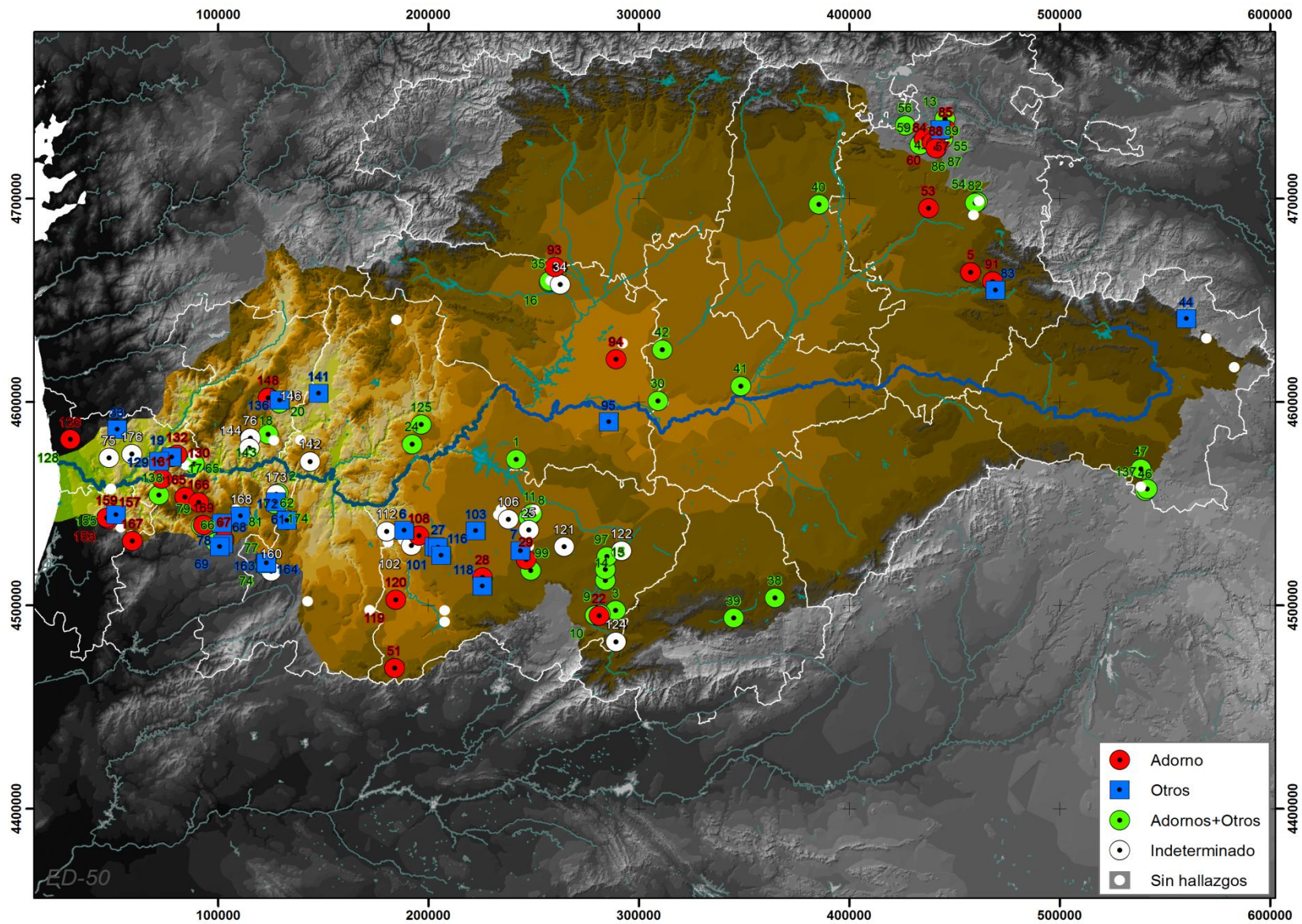


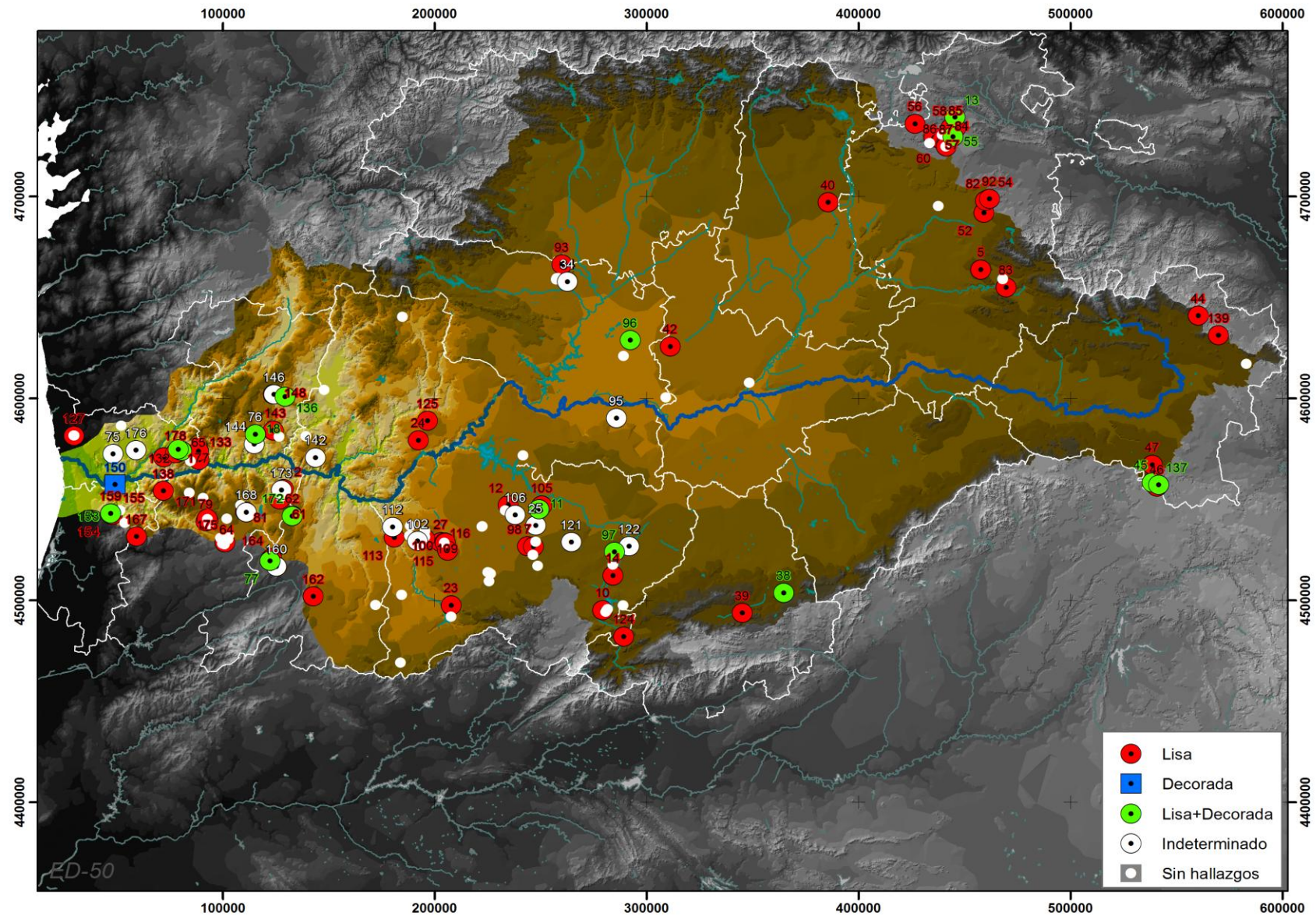
Gráfico 14: Representación porcentual de los yacimientos por la presencia/ausencia de restos óseos humanos y su reparto por provincias/distritos



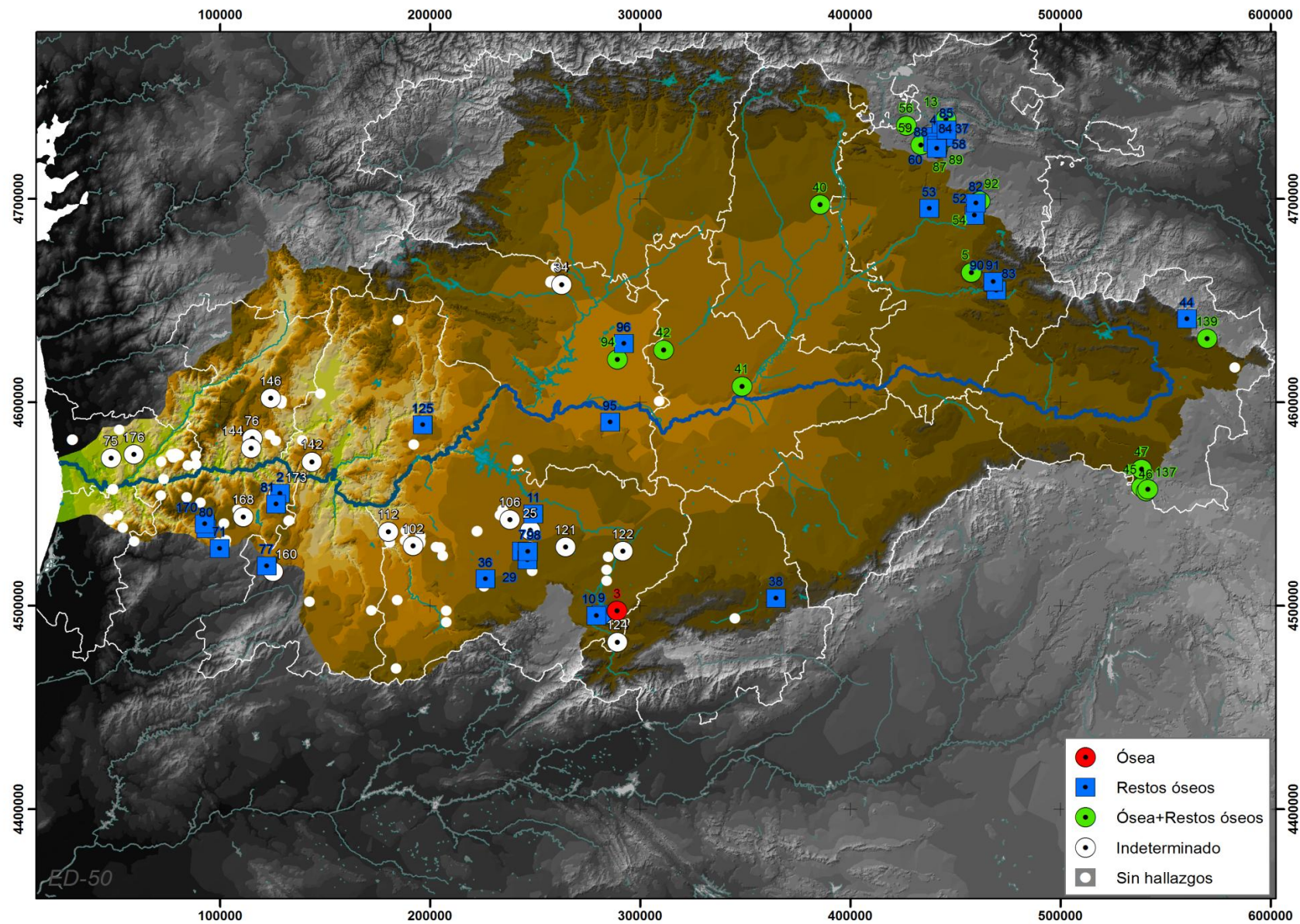
Mapa 16: Distribución de los yacimientos en los que se han documentado evidencias de industria lítica tallada y pulimentada (ver Índice de Figuras)



Mapa 17: Distribución de los yacimientos en los que se han documentado evidencias de elementos de adorno y otros materiales (ver Índice de Figuras)



Mapa 18: Distribución de los yacimientos en los que se han documentado evidencias de cerámicas lisas y decoradas (ver Índice de Figuras)



Mapa 19: Distribución de los yacimientos en los que se han documentado evidencias de industria ósea y restos humanos (ver Índice de Figuras)



Tras este estudio descriptivo general de la cultura material asociada al “horizonte megalítico” del territorio duriense, no se observan importantes novedades en comparación con la imagen tradicional que ya se tenía al respecto (Rojo, 2014: 62-66). Por tanto, se puede afirmar que en el valle del Duero/Douro existe una gran uniformidad entre los tipos y las frecuencias de presencia/ausencia relativas a los elementos que eran depositados a modo de ajuar o que se incluían dentro de las distintas prácticas ceremoniales, por lo que incluso se podría apuntar hacia la idea de un “kit” megalítico que a grandes rasgos comparecería en todos los sepulcros. Somos conscientes de que las posibilidades que ofrece el análisis de la cultura material en sus diferentes facetas son mucho más numerosas que las que se presentan en este trabajo, y que el examen de su relación con certeza ofrecería interesantes resultados. A pesar de que en el marco de este proyecto no sea posible abordar estas cuestiones, en el inventario se han computado varios campos informativos sobre cuantificación, tipología, caracterización y otros detalles descriptivos en las presentaciones relacionadas con cada una de las categorías establecidas para la cultura material (ver epígrafe 5.2.1 y Anexo 1), por lo que no se descarta su estudio como posible vía de investigación futura.

6.2.5. LA CRONOLOGÍA ABSOLUTA DISPONIBLE PARA EL CATÁLOGO MONUMENTAL DE ESTE ESTUDIO

La cuestión sobre la cronología absoluta del Megalitismo, con el fin principalmente de determinar un origen y vías de difusión para el mismo, ha sido durante muchas décadas el objeto de estudio principal y casi una obsesión para aquéllos que tomaban contacto con el mundo de la “investigación megalítica”. En apartados anteriores ya se ha tratado con un mayor detalle este aspecto (ver subepígrafe 3.2.1), por lo que no se va a volver a entrar en ello. Simplemente llamamos la atención sobre esta “faceta” para incidir en la complejidad de la cuestión cronológica en relación con el fenómeno megalítico. La naturaleza diacrónica de estos monumentos, su visibilidad en el paisaje y consideración como lugares de leyenda y custodios de tesoros (causando numerosos episodios de violación y saqueo a lo largo de la Historia), o la ausencia de estratigrafía vertical, son algunas de las razones fundamentales que complican en gran medida la contextualización y toma de muestras para su datación en estos yacimientos (ver subepígrafe 5.1.1). De hecho, *“las fechas absolutas que pueden proporcionar yacimientos como los dolménicos son tantas como los momentos de utilización de los mismos”* (Delibes, 1996: 152 cit. por Vidaurre, 2006: 121, nota al pie). Incluso una vez

procesadas las muestras, hay que tomar con cautela y analizar en detalle las fechas resultantes puesto que en no pocas ocasiones su contexto de procedencia es dudoso o está alterado por posteriores intrusiones no detectadas en la actividad arqueológica (Alonso y Bello, 1997: 507-510; Delibes y Rojo, 1997: 391-395; Scarre *et al.*, 2003: 65-66), y por tanto podrían alterar la imagen de la secuencia cronológica del megalito en cuestión (del conjunto de dataciones disponibles para nuestro estudio, muchas de ellas han sido descartadas por diversas razones para su posterior análisis; ver subepígrafe 7.1.3). Sin pretensión de entrar en el debate sobre el origen y vías de difusión del Megalitismo peninsular, señalar que los gráficos de las dataciones calibradas disponibles para el valle del Duero/Douro correspondientes a los eventos de construcción megalítica (ver subepígrafe 7.1.3 y Gráfico 48), muestran algunas disimetrías que invitan a la reflexión, pero en ningún caso se observa una diferenciación clara entre regiones para los inicios de la actividad megalítica.

De los 180 yacimientos catalogados, 56 (31%) cuentan con dataciones absolutas arrojando un total de 202 fechas (ver Tabla 2 y 3, y Gráfico 15A). Dentro de este conjunto, hay claros desequilibrios entre yacimientos muy bien caracterizados desde un punto de vista cronológico, en los que el muestreo ha permitido secuenciar prácticamente todos sus episodios de uso (destacan ejemplos como los de La Velilla con 18 dataciones, La Sima o Castenairos I con 12 o Chã de Parada I con 11), y otros de los que sólo está disponible una datación y que en ocasiones procede de niveles infratumulares, por lo que únicamente sirve como referencia *post-quem* (casos como los túmulos de Furnas I y II, El Guijo de las Navas I o El Moreco, entre otros).

También existe una importante desproporción en cuanto al tipo de muestra, ya que la mayor parte (164 en concreto) corresponden a muestras de vida larga (principalmente carbones aunque también se ha realizado algún análisis sobre arcilla quemada y costra de cal), con los conocidos problemas en cuanto al envejecimiento de las fechas que ello conlleva (Rojo *et al.*, 2008: 229-234), mientras que apenas 38 dataciones fueron realizadas sobre eventos de vida corta (siendo en todos los casos hueso humano). El problema que genera el sustrato geológico para la conservación de la materia orgánica en gran parte del territorio, comentado ya en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, ha provocado que muchos monumentos solamente hayan podido ser datados a través de muestras de carbón u otros materiales de similares características (Gráfico 15 y Mapa 20). Concretamente, se han registrado 44 yacimientos datados

exclusivamente con muestras de vida larga (42 sobre carbón –el 23% de los enclaves fechados y el 78,5% del total- y 2 sobre arcilla quemada –el 1% de los fechados y el 4% del total-), mientras que apenas son 13 los casos (19% de los yacimientos datados y 7% del total de los catalogados) en los que se muestrearon huesos humanos (en 5 de ellos se da una combinación de fechas procedentes por una parte de restos óseos y por otra de carbón).

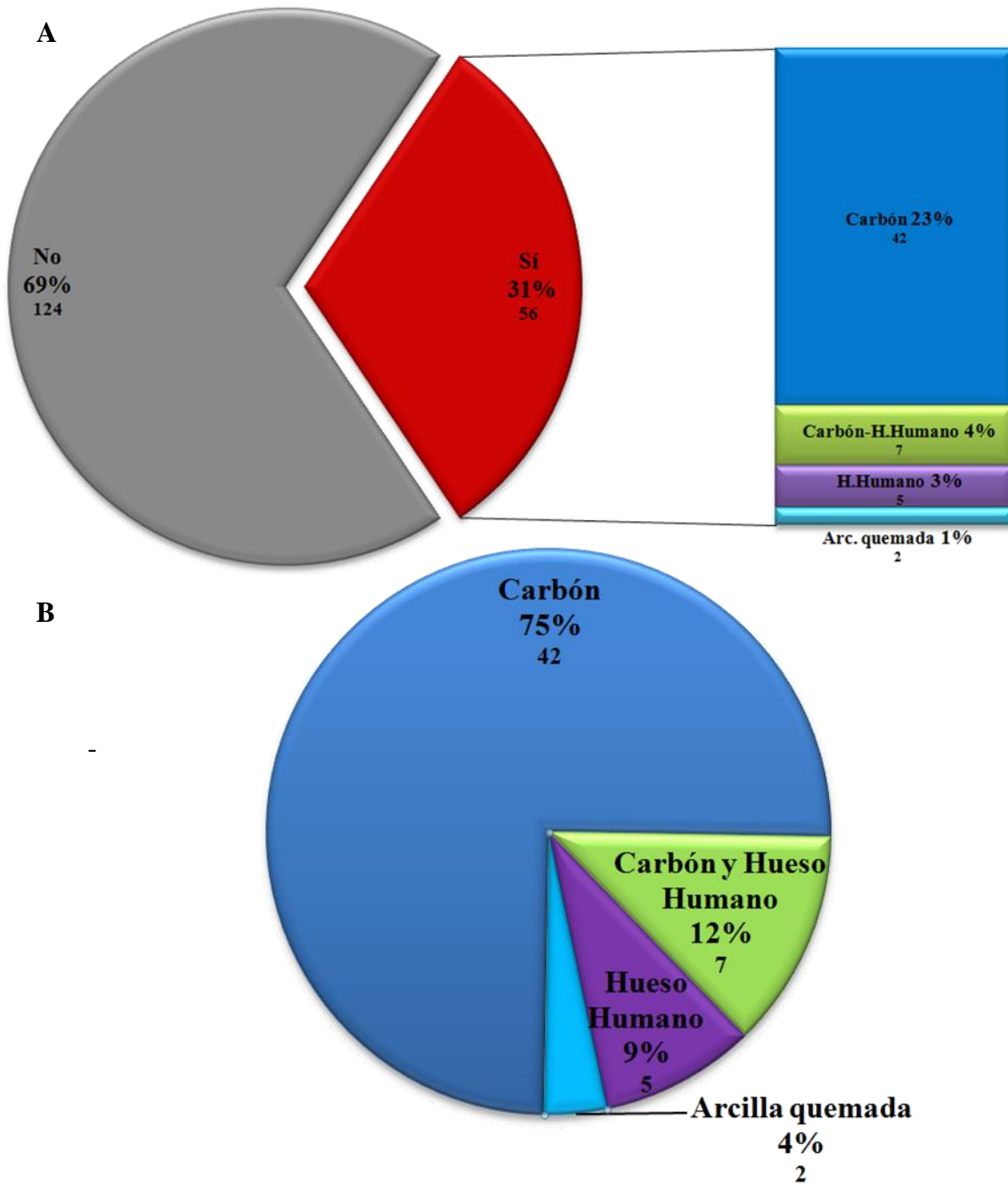
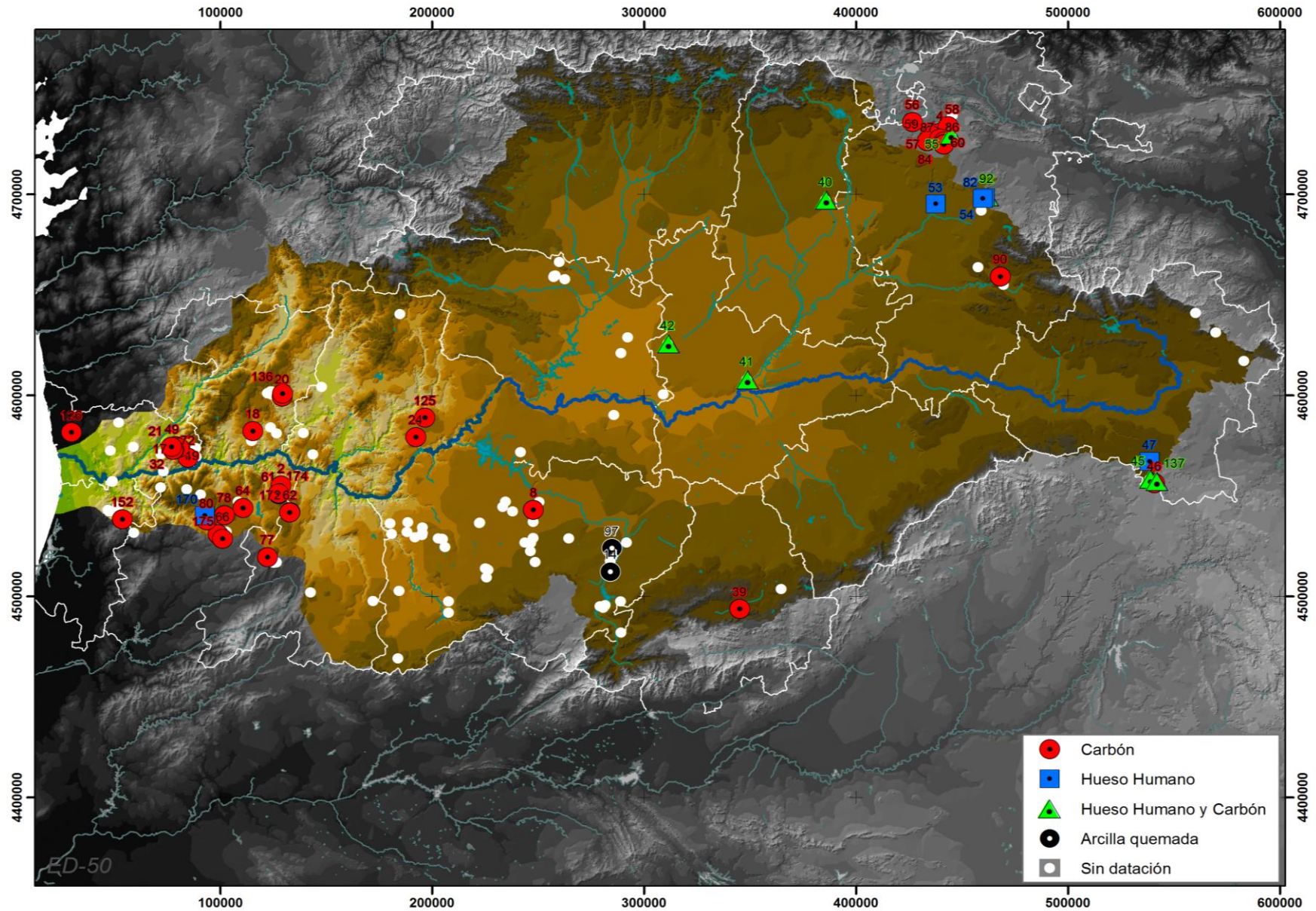


Gráfico 15: Representación porcentual de los yacimientos por la presencia/ausencia de cronologías absolutas (A) y por el tipo de muestra datada (B)

Cabría destacar el hecho de que dentro del territorio de estudio hay áreas concretas en las que el fenómeno megalítico está muy bien caracterizado desde un punto de vista cronológico (en Valladolid y Palencia todos los megalitos documentados, 2 y 1 respectivamente, cuentan con datación, mientras que en Soria hay 4 datados de 7, y en Burgos la correlación es de 15 frente a 24, es decir más de la mitad en ambos casos), frente a otras en que son testimoniales o incluso nulos los enclaves que presentan este tipo de análisis (no hay disponible ninguna datación para todo Zamora, los *distritos* de Aveiro y Bragança apenas tienen una fecha útil cada uno, y el más sorprendente es el caso de Salamanca, que siendo la provincia mejor representada en cuanto a número de megalitos catalogados y con una trayectoria investigadora más larga, sólo cuenta con 3 fechas cada una correspondiente a un monumento distinto: El Guijo de las Navas I cuya datación se ha dado a conocer recientemente en una publicación –Villalobos, 2014: 7-, La Ermita y La Torrecilla de Terradillos, de los que sólo se ha publicado el dato de la fecha calibrada sin ningún tipo de información más –Delibes, 2010: 25 y 43-) (ver Gráfico 15 y Mapa 20).

En posteriores epígrafes (ver subepígrafe 7.1.3), se tratarán y analizarán en profundidad las dataciones aquí presentadas (ver Tabla 2), con el propósito de discernir desde una perspectiva cronológica la posible existencia de episodios de uso concretos dentro de la secuencia diacrónica de la actividad megalítica.



Mapa 20: Distribución de los yacimientos según el tipo de muestra datada (ver Índice de Figuras)

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
DISTIRITO DE AVEIRO									
PORTELA DA ANTA I (Albergaria da Serra, Aveiro)	ICEN-1254	C14	Carbón	Túmulo (nivel inferior-contrafuerte)	Evento de reutilización	3400±100	1877-1564	1951-1456	Pereira da Silva, 1997b
PROVINCIA DE ÁVILA									
DEHESA DE RÍO FORTES (Mironcillo, Ávila)	Beta. 164477	C14	Carbón	Túmulo (UE 102)	Evento de incendio y posible clausura	4970±80	3930-3907	3935-3789	Estremera y Fabián, 2002
DEHESA DE RÍO FORTES (Mironcillo, Ávila)	Beta. 93013 ¹	C14	Carbón	Estructura secundaria post-fundacional (UE 105)	Evento de reutilización/reestructuración	3910±100	2564-2211	2838-2046	Fabián, 2006
DISTIRITO DE BRAGANÇA									
BARREIRO (Vilar do Rei, Bragança)	CSIC. 779	C14	Carbón	Túmulo. Hogar	Alteración moderna	180±160	1643-... cal AD	1468-... cal AD	Cruz, 1995
PENA MOSQUEIRA III (Sanhoane, Bragança)	CSIC. 756	C14	Carbón	Túmulo (Nivel 2A)	Evento de clausura	4930±60	3729-3651	3774-3636	Cruz, 1995
PROVINCIA DE BURGOS									
ARROYAL I (Alfoz de Quintanadueñas, Burgos)	UGA. 15908	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral. Corredor (UE 39)	Evento funerario y de manipulación del depósito sepulcral	4430±30	3097-3017	3105-2928	Carmona y Arnáiz, 2013
ARROYAL I (Alfoz de Quintanadueñas, Burgos)	UGA. 15907	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral. Cámara (UE 34)	Evento funerario y de manipulación del depósito sepulcral	4410±30	3087-2943	3094-2927	Carmona y Arnáiz, 2013
ARROYAL I (Alfoz de Quintanadueñas, Burgos)	UGA. 15906	C14	Hueso Humano	Depósito secundario. Entrada corredor (UE 10)	Evento funerario y de manipulación del depósito sepulcral	4370±30	3012-2925	3087-2908	Carmona y Arnáiz, 2013
ARROYAL I (Alfoz de Quintanadueñas, Burgos)	UGA. 15903	C14	Hueso Humano	Inhumación Individuo 2. Cámara (UE 25)	Evento de reutilización funeraria	3870±30	2454-2293	2465-2211	Carmona y Arnáiz, 2013
ARROYAL I (Alfoz de Quintanadueñas, Burgos)	UGA. 15905	C14	Hueso Humano	Depósito secundario Cráneo 2. Cámara (UE 25)	Evento de reutilización funeraria	3860±30	2454-2286	2461-2210	Carmona y Arnáiz, 2013
ARROYAL I (Alfoz de Quintanadueñas, Burgos)	UGA. 15904	C14	Hueso Humano	Depósito secundario Cráneo 1. Cámara (UE 25)	Evento de reutilización funeraria	3850±30	2433-2211	2458-2207	Carmona y Arnáiz, 2013
ARROYAL I (Alfoz de Quintanadueñas, Burgos)	Mams. 14857	C14	Hueso Humano	Inhumación Individuo 1. Cámara (UE 19)	Evento de reutilización funeraria	3837±25	2337-2291	2403-2228	Inédita
CIELLA (Sedano, Burgos)	GrN. 12121	C14	Carbón	Nivel infratumular (Nivel 3)	Evento de incendio pre-tumular	5290±40	4227-4046	4238-3995	Delibes <i>et al.</i> , 1992
EL ALTO DEL REINOSO (Fresno de Rodilla, Burgos)	Mams. 14327	C14	Hueso Humano	Nivel medio del osario (UE 1). Agrupación ósea 1	Evento funerario y de manipulación del depósito sepulcral	4933±27	3748-3658	3770-3653	Inédita
EL ALTO DEL REINOSO (Fresno de Rodilla, Burgos)	Mams. 14325	C14	Hueso Humano	Nivel inferior del osario (UE 1). Individuo 1	Evento funerario	4911±25	3700-3657	3761-3643	Inédita
EL ALTO DEL REINOSO (Fresno de Rodilla, Burgos)	Mams. 14326	C14	Hueso Humano	Nivel inferior del osario (UE 1). Cráneo junto a Individuo 8	Evento funerario y de manipulación del depósito sepulcral	4854±26	3661-3636	3698-3539	Inédita

Tabla 2: Tabla con toda la información sobre las dataciones absolutas disponibles para los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1 σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2 σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
EL HUNDIDO (Monasterio de Rodilla, Burgos)	CSIC. 1984	C14	Carbón	Nivel sepulcral del fondo del recinto funerario (Cámara B-UE 510)	Segundo evento de clausura	4293±52	3010-2878	3083-2863	Cronos S.C., 2012
EL HUNDIDO (Monasterio de Rodilla, Burgos)	CSIC. 1996	C14	Hueso Humano	Inhumación individual I. Cista en el corredor (UE 450)	Evento de reutilización funeraria	3933±32	2360-2296	2423-2289	Cronos S.C., 2012
EL MORECO (Huidobro, Burgos)	GrN. 12994	C14	Carbón	Nivel infratumular (Nivel 3)	Evento de incendio pre-tumular	5150±60	3930-3907	3935-3801	Delibes <i>et al.</i> , 1992
EL REBOLLEDO (Moradillo de Sedano, Burgos)	GrN. 19568	C14	Carbón	Paleosuelo (Nivel 1/2)	Evento de incendio pre-megalítico	6775±30	5706-5648	5721-5632	Delibes y Rojo, 1997
EL REBOLLEDO (Moradillo de Sedano, Burgos)	GrN. 19569	C14	Carbón	Nivel sepulcral (Nivel 6)	Evento de clausura	5305±30	4227-4056	4235-4045	Delibes y Rojo, 1997
EL REBOLLEDO (Moradillo de Sedano, Burgos)	GrN. 19567	C14	Carbón	Periferia tumular. Hogar (Nivel 3)	Evento de reutilización	5075±40	3930-3907	3935-3800	Delibes y Rojo, 1997
FUENTE PECINA I (Sedano, Burgos)	GrN. 16073	C14	Carbón	Nivel infratumular (Nivel 3)	Evento de incendio pre-tumular	5270±140	4312-3965	4369-3770	Delibes y Rojo, 1997
FUENTE PECINA II (Sedano, Burgos)	GrN. 18668	C14	Carbón	Paleosuelo (Nivel 1/2)	Evento de incendio pre-megalítico	8260±50	7422-7185	7472-7091	Delibes y Rojo, 1997
FUENTE PECINA II (Sedano, Burgos)	GrN. 18669	C14	Carbón	Nivel superior del osario (Nivel 6)	Evento de uso	5375±45	4327-4080	4334-4056	Delibes y Rojo, 1997
FUENTE PECINA II (Sedano, Burgos)	GrN. 18667	C14	Carbón	Nivel inferior del osario (Nivel 6)	Evento de uso	5170±100	4222-3801	4241-3714	Delibes y Rojo, 1997
LA BRÚJULA (Fresno de Rodilla, Burgos)	CSIC. 2046	C14	Hueso Humano	Inhumación. Cámara (UE 303)	Evento de reutilización funeraria	3325±29	1645-1536	1685-1527	Cronos S.C., 2006
LA CABAÑA (Sargentos de la Lora, Burgos)	GrN. 18670	C14	Carbón	Nivel infratumular (Nivel 3)	Evento de incendio pre-tumular	5240±65	4225-3977	4235-3964	Delibes y Rojo, 1997
LA MINA (Sedano, Burgos)	GrN. 14951	C14	Carbón	Nivel infratumular (Nivel 3)	Evento de incendio pre-tumular	5100±170	4146-3670	4330-3536	Delibes y Rojo, 1997
LA VEGA I (Jaramillo Quemado, Burgos)	GrN. 17559	C14	Carbón	Nivel sepulcral	Evento de uso	4840±25	3655-3543	3694-3534	Delibes, 2010
LAS ARNILLAS (Moradillo de Sedano, Burgos)	GrN. 18671	C14	Carbón	Nivel infratumular (Nivel 3)	Evento de incendio pre-tumular	4720±150	3694-3199	3906-3025	Delibes y Rojo, 1997
LAS ARNILLAS (Moradillo de Sedano, Burgos)	GrN. 12124	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral. Cámara (Nivel 6)	Evento funerario	4575±40	3486-3335	3501-3304	Delibes <i>et al.</i> , 1987
SAN QUIRCE (Tubilla del Agua, Burgos)	GrN. 14493	C14	Carbón	Nivel sepulcral (Nivel 6)	Evento de reutilización	3770±190	2467-1952	2856-1694	Delibes y Rojo, 1997
SAN QUIRCE (Tubilla del Agua, Burgos)	GrN. 14492	C14	Carbón	Nivel infratumular (Nivel 3)	Evento de reutilización	1810±110	85-335 cal AD	47-529 cal AD	Delibes y Rojo, 1997
VALDEMURIEL (Tubilla del Agua, Burgos)	GrN. 14494	C14	Carbón	Paleosuelo (Nivel 2)	Evento de incendio pre-megalítico	6565±45	5548-5481	5616-5472	Delibes <i>et al.</i> , 1992
VALDEMURIEL (Tubilla del Agua, Burgos)	GrN. 14128	C14	Carbón	Nivel infratumular (Nivel 3)	Evento de incendio pre-tumular	5670±110	4651-4370	4777-4333	Delibes <i>et al.</i> , 1992

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
DISTRITO DE GUARDA									
CARAPITO I (Pena Verde, Guarda)	OxA. 3733	C14	Carbón	Fosa de cimentación (laja de cabecera)	Evento de uso y posible construcción	5125±70	3990-3801	4144-3712	Cruz y Vilaça, 1994
CARAPITO I (Pena Verde, Guarda)	TO. 3336	C14	Carbón	Fosa de cimentación (laja de cabecera)	Evento de uso y posible construcción	5120±40	3972-3812	3991-3797	Cruz y Vilaça, 1994
CARAPITO I (Pena Verde, Guarda)	GrN. 5110	C14	Carbón	Nivel sepulcral lecho inferior	Evento de uso	4850±40	3695-3540	3708-3528	Cruz y Vilaça, 1994
CARAPITO I (Pena Verde, Guarda)	Hv. s/nº	C14	Carbón	Zona de acceso al nivel sepulcral intermedio	Evento de uso y de manipulación del depósito sepulcral	4590±65	3500-3330	3623-3292	Cruz y Vilaça, 1994
PROVINCIA DE PALENCIA									
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	GrN. 20327	C14	Carbón	Nivel habitacional inferior. Hogar en interior de cabaña	Hábitat pre-megalítico	6130±190	5296-4847	5477-4617	Delibes y Zapatero, 1996
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	GrN. 17166	C14	Carbón	Nivel habitacional superior. Hogar	Hábitat pre-megalítico	5250±50	4225-3982	4232-3970	Delibes <i>et al.</i> , 1992
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	GrN. 17167	C14	Carbón	Nivel habitacional superior. Hogar	Hábitat pre-megalítico	5200±55	4146-3955	4230-3814	Delibes <i>et al.</i> , 1992
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	GrN. 18487	C14	Carbón	Nivel habitacional superior. Hogar	Hábitat pre-megalítico	5195±115	4228-3812	4324-3715	Delibes y Zapatero, 1996
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	GrN. 18486	C14	Carbón	Nivel habitacional superior. Hogar	Hábitat pre-megalítico	5070±175	4041-3661	4325-3522	Delibes y Zapatero, 1996
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	GrN. 16295	C14	Carbón	Nivel sepulcral	Evento de uso	4810±200	3909-3360	4040-3024	Delibes <i>et al.</i> , 1992
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	Poz. 42092	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento funerario	4720±40	3629-3380	3635-3374	Zapatero, 2015
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	Poz. 42095	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento funerario	4700±35	3622-3378	3631-3371	Zapatero, 2015
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	Poz. 25979	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento funerario	4640±40	3502-3363	3620-3350	Zapatero, 2012
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	Poz. 42093	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento de reutilización funeraria y manipulación del depósito sepulcral	4480±35	3331-3096	3342-3029	Zapatero, 2015
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	Poz. 42094	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento de reutilización funeraria y manipulación del depósito sepulcral	4455±35	3323-3027	3340-2945	Zapatero, 2015
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	BETA. 303960	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento de reutilización funeraria y manipulación del depósito sepulcral	4440±40	3323-3017	3335-2927	Zapatero, 2015
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	Poz. 25980	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento de reutilización funeraria y manipulación del depósito sepulcral	4410±35	3093-2936	3321-2915	Zapatero, 2012

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	BETA. 303959	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento de reutilización funeraria y manipulación del depósito sepulcral	4380±30	3020-2926	3090-2913	Zapatero, 2015
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	BETA. 303957	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento de reutilización funeraria y manipulación del depósito sepulcral	4370±40	3022-2918	3094-2903	Zapatero, 2015
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	BETA. 303958	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento de reutilización funeraria y manipulación del depósito sepulcral	4370±30	3012-2924	3089-2907	Zapatero, 2015
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	BETA. 303961	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento de reutilización funeraria y manipulación del depósito sepulcral	4310±30	2999-2889	3013-2886	Zapatero, 2015
LA VELILLA (Osorno, Palencia)	BETA. 303956	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento de reutilización funeraria y manipulación del depósito sepulcral	4290±30	2914-2890	3011-2877	Zapatero, 2015
DISTRITO DE PORTO									
ABOGALHEIRA I (Gouveia, Porto)	KN. 2955	C14	Carbón	Túmulo (nivel inferior)	Evento de uso y posible construcción	4590±85	3512-3325	3631-3287	Cruz, 1995
CABRITOS I (Gouveia, Porto)	Gif. 7019	C14	Carbón	Túmulo. Fosa	Evento de reutilización posible funeraria	2700±60	920-815	995-799	Cruz, 1995
CHÃ DE PARADA I (Loivos do Monte, Porto)	CSIC. 979	C14	Carbón	Túmulo (nivel inferior-contrafuerte)	Evento de uso y posible construcción	5010±35	3930-3907	3935-3789	Cruz, 1995; Oliveira, <i>et al.</i> 1988-1989
CHÃ DE PARADA I (Loivos do Monte, Porto)	ICEN. 781	C14	Carbón	Nivel infratumular (periferia tumular)	Evento de incendio pre-tumular	4980±50	3905-3695	3942-3653	Cruz, 1995; Oliveira, <i>et al.</i> 1988-1989
CHÃ DE PARADA I (Loivos do Monte, Porto)	ICEN. 780	C14	Carbón	Anillo pétreo perimetral (nivel inferior)	Evento de uso/reestructuración	4930±50	3762-3654	3906-3638	Cruz, 1995; Oliveira, <i>et al.</i> 1988-1989
CHÃ DE PARADA I (Loivos do Monte, Porto)	CSIC. 953	C14	Carbón	Anillo pétreo perimetral (nivel inferior)	Evento de uso/reestructuración	4920±40	3713-3651	3779-3642	Cruz, 1995; Oliveira, <i>et al.</i> 1988-1989
CHÃ DE PARADA I (Loivos do Monte, Porto)	ICEN. 407	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	4880±50	3708-3637	3777-3534	Cruz, 1995; Oliveira, <i>et al.</i> 1988-1989
CHÃ DE PARADA I (Loivos do Monte, Porto)	CSIC. 954	C14	Carbón	Nivel infratumular (periferia tumular)	Evento de incendio pre-tumular	4820±40	3651-3534	3695-3521	Cruz, 1995; Oliveira, <i>et al.</i> 1988-1989
CHÃ DE PARADA I (Loivos do Monte, Porto)	Gif. 7873	C14	Carbón	Nivel infratumular (periferia tumular)	Evento de uso/reestructuración	4635±100	3629-3131	3639-3094	Cruz, 1995; Oliveira, <i>et al.</i> 1988-1989
CHÃ DE PARADA I (Loivos do Monte, Porto)	ICEN. 173	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de uso/reestructuración	4610±45	3501-3344	3619-3118	Cruz, 1995; Oliveira, <i>et al.</i> 1988-1989
CHÃ DE PARADA I (Loivos do Monte, Porto)	ICEN. 408	C14	Carbón	Túmulo (nivel inferior)	Evento de uso	4180±110	2895-2621	3079-2471	Cruz, 1995; Oliveira, <i>et al.</i> 1988-1989
CHÃ DE PARADA I (Loivos do Monte, Porto)	ICEN. 409	C14	Carbón	Periferia tumular	Evento de reutilización	4130±45	2870-2824	2886-2794	Cruz, 1995; Oliveira, <i>et al.</i> 1988-1989
CHÃ DE PARADA I (Loivos do Monte, Porto)	Gif. 7672	C14	Carbón	Atrio (estructura de sellado)	Evento de reutilización	3940±80	2351-2291	2442-2268	Cruz, 1995; Oliveira, <i>et al.</i> 1988-1989

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
CHÃ DE PARADA III (Loivos do Monte, Porto)	Gif. 8290	C14	Carbón	Paleosuelo	Evento de incendio pre-megalítico	6910±70	5876-5726	5978-5667	Cruz, 1995
CHÃ DE PARADA III (Loivos do Monte, Porto)	Gif. 8289	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	5070±100	3969-3716	4146-3646	Cruz, 1995
CHÃ DE PARADA IV (Ovil, Porto)	ICEN. 170	C14	Carbón	Nivel infratumular. Hogar 1	Posible hábitat pre-megalítico	5530±300	4709-4005	5198-3708	Cruz, 1995
CHÃ DE PARADA IV (Ovil, Porto)	ICEN. 162	C14	Carbón	Nivel infratumular. Hogar 1	Posible hábitat pre-megalítico	5470±45	4358-4263	4446-4237	Cruz, 1995
CHÃ DE PARADA IV (Ovil, Porto)	ICEN. 169	C14	Carbón	Nivel infratumular. Hogar 2	Posible hábitat pre-megalítico	5420±40	4332-4259	4353-4081	Cruz, 1995
CHÃ DE PARADA IV (Ovil, Porto)	ICEN. 890	C14	Carbón	Nivel infratumular. Hogar 1	Posible hábitat pre-megalítico	5240±90	4228-3969	4326-3806	Cruz, 1995
CHÃ DE PARADA IV (Ovil, Porto)	ICEN. 891	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	5240±70	4226-3971	4314-3944	Cruz, 1995
CHÃ DE PARADA IV (Ovil, Porto)	GrN. 17433	C14	Carbón	Nivel infratumular. Hogar 1	Posible hábitat pre-megalítico	5055±40	3942-3797	3961-3715	Cruz, 1995
CHÃ DE PARADA IV (Ovil, Porto)	CSIC. 822	C14	Carbón	Nivel infratumular. Hogar 1	Posible hábitat pre-megalítico	4970±50	3796-3666	3939-3650	Cruz, 1995
CHÃ DE PARADA IV (Ovil, Porto)	CSIC. 823	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	4910±50	3796-3666	3939-3650	Cruz, 1995
FURNAS I (Gouveia, Porto)	CSIC. 777	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	5250±70	4226-3984	4251-3962	Cruz, 1995
FURNAS II (Gouveia, Porto)	CSIC. 775	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	5270±70	4228-3998	4312-3968	Cruz, 1995
LEANDRO II (São Pedro de Fins, Porto)	?	TL	Carbón	Túmulo (nivel inferior-UE9)	Evento de uso y posible construcción	5500±400	4827-3821	5321-3522	Valera y Antunes, 2008
LEANDRO II (São Pedro de Fins, Porto)	?	TL	Carbón	Túmulo (nivel superior-UE8)	Evento de uso/reestructuración	5000±300	4227-3383	4458-3027	Valera y Antunes, 2008
LEANDRO II (São Pedro de Fins, Porto)	?	TL	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	4900±600	4349-2915	5207-2206	Valera y Antunes, 2008
MONTE DA OLHEIRA (Campelo/Ovil, Porto)	UGra. 287	C14	Carbón	Nivel infratumular. Hogar	Posible hábitat pre-megalítico	5630±90	4543-4362	4688-4334	Cruz, 1988
MONTE DA OLHEIRA (Campelo/Ovil, Porto)	GrN. 15331	C14	Carbón	Nivel infratumular. Hogar	Posible hábitat pre-megalítico	5400±40	4328-4239	4344-4072	Cruz, 1988
MONTE DA OLHEIRA (Campelo/Ovil, Porto)	GrN. 15330	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	5195±25	4038-3973	4043-3967	Cruz, 1988
OUTEIRO DE ANTE I (Gouveia, Porto)	Gif. 8291	C14	Carbón	Paleosuelo	Evento de incendio pre-megalítico	6310±80	5467-5234	5480-5085	Cruz, 1995

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1 σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2 σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
OUTEIRO DE ANTE III (Ovil, Porto)	Gif. 4857	C14	Carbón	Túmulo	Evento de uso y posible construcción	5780±80	4721-4538	4826-4457	Oliveira, 1982
OUTEIRO DE ANTE III (Ovil, Porto)	Gif. 4858	C14	Carbón	Túmulo	Evento de uso y posible construcción	5540±90	4486-4272	4604-4172	Oliveira, 1982
OUTEIRO DE ANTE III (Ovil, Porto)	Gif. 4856	C14	Carbón	Túmulo	Evento de clausura	4800±80	3658-3385	3759-3371	Oliveira, 1982
OUTEIRO DE ANTE III (Ovil, Porto)	Gif. 4859	C14	Carbón	Túmulo	Evento de clausura	4090±120	2868-2492	2915-2299	Oliveira, 1982
SÃO SIMÃO (Gouveia, Porto)	CSIC. 717	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	5130±90	3930-3907	3935-3800	Cruz, 1995
SÃO SIMÃO (Gouveia, Porto)	CSIC. 716	C14	Carbón	Nivel sepulcral inferior	Evento de uso	5050±70	3949-3783	3977-3695	Cruz, 1995
SÃO SIMÃO (Gouveia, Porto)	CSIC. 715	C14	Carbón	Nivel sepulcral inferior	Evento de uso	5010±70	3937-3708	3956-3662	Cruz, 1995
PROVINCIA DE SALAMANCA									
EL GUIJO DE LAS NAVAS I (Villarmayor, Salamanca)	Poz. 55021	C14	Carbón	Nivel sepulcral	Evento de uso	4695±35	3618-3377	3630-3370	Villalobos, 2014
LA ERMITA (Galisancho, Salamanca)	?	TL	Arcilla quemada	Túmulo (nivel superior)	Evento de clausura	?	?	2800	Inédita (Referencia en Delibes, 2010: 43)
LA TORRECILLA (Terradillos, Salamanca)	?	TL	Arcilla quemada	Túmulo (nivel superior)	Evento de clausura	?	?	2300	Inédita (Referencia en Delibes, 2010: 43)
PROVINCIA DE SORIA									
LA MINA (Alcubilla de las Peñas, Soria)	Beta. 316132	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral (UE 8)	Evento funerario	4870±30	3693-3639	3707-3633	Inédita
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Bln. 5362	C14	Carbón	Nivel sepulcral y de incendio (Sima I-UE 36)	Evento de clausura	5308±31	4228-4056	4236-4045	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Bln. 5377	C14	Carbón	Nivel sepulcral y de incendio (Sima I-UE 36)	Evento de clausura	5303±34	4227-4055	4240-4005	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Bln. 5363	C14	Carbón	Nivel sepulcral y de incendio (Sima I-UE 36)	Evento de clausura	5082±31	3952-3806	3961-3797	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Bln. 5378	C14	Carbón	Nivel sepulcral y de incendio (Sima I-UE 36)	Evento de clausura	5068±33	3944-3803	3958-3792	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Bln. 5349	C14	Carbón	Nivel sepulcral y de incendio (Sima I-UE 36)	Evento de clausura	5048±27	3939-3795	3950-3780	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Bln. 5376	C14	Carbón	Nivel sepulcral y de incendio (Sima I-UE 36)	Evento de clausura	5001±32	3894-3711	3941-3700	Rojo <i>et al.</i> , 2005

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Kia. 21551	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral (Sima II-UE 10)	Evento de reutilización funeraria y reestructuración	4919±28	3706-3657	3766-3646	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Kia. 21553	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral (Sima II-UE 10)	Evento de reutilización funeraria y reestructuración	4865±23	3662-3638	3699-3636	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Kia. 21552	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral (Sima II-UE 10)	Evento de reutilización funeraria y reestructuración	4862±27	3691-3638	3702-3545	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Kia. 21550	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral (Sima II-UE 10)	Evento de reutilización funeraria y reestructuración	4839±27	3655-3541	3695-3533	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Kia. 18000	C14	Hueso Humano	Inhumación Individuo 2. Corredor (Sima III-UE 18)	Evento de reutilización funeraria	3862±28	2454-2288	2462-2211	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA SIMA (Miño de Medinaceli, Soria)	Kia. 17999	C14	Hueso Humano	Inhumación Individuo 1. Corredor (Sima III-UE 18)	Evento de reutilización funeraria	3860±30	2454-2286	2461-2210	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA TARAYUELA (Ambrona, Soria)	Bln. 5541	C14	Carbón	Nivel de derrumbe de la estructura sepulcral (UE 6)	Evento de uso y posible construcción	5000±38	3904-3710	3943-3696	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA TARAYUELA (Ambrona, Soria)	Bln. 5540	C14	Carbón	Nivel de derrumbe de la estructura sepulcral (UE 6)	Evento de uso y posible clausura	4892±36	3697-3647	3764-3636	Rojo <i>et al.</i> , 2005
LA TARAYUELA (Ambrona, Soria)	Kia. 27669	C14	Hueso Humano	Inhumación Individuo aislado 1. Túmulo (UE 7)	Evento de reutilización funeraria	4775±30	3635-3527	3643-3388	Inédita
PEÑA DE LA ABUELA (Ambrona, Soria)	Bln. 5054	C14	Carbón	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral. Hoyo de poste	Evento de clausura	5110±39	3966-3811	3981-3797	Rojo <i>et al.</i> , 2005
PEÑA DE LA ABUELA (Ambrona, Soria)	Bln. 5053	C14	Carbón	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral. Hoyo de poste	Evento de clausura	5099±39	3962-3806	3971-3797	Rojo <i>et al.</i> , 2005
PEÑA DE LA ABUELA (Ambrona, Soria)	Bln. 5052	C14	Carbón	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral. Hoyo de poste	Evento de clausura	5054±39	3942-3797	3960-3716	Rojo <i>et al.</i> , 2005
PEÑA DE LA ABUELA (Ambrona, Soria)	Kia. 4781	C14	Carbón	Nivel sepulcral (Nivel II)	Evento de uso	5050±50	3930-3907	3935-3798	Rojo <i>et al.</i> , 2005
PEÑA DE LA ABUELA (Ambrona, Soria)	Bln. 5026	C14	Carbón	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral. Hoyo de poste	Evento de clausura	5033±32	3938-3777	3947-3715	Rojo <i>et al.</i> , 2005
PEÑA DE LA ABUELA (Ambrona, Soria)	Bln. 5055	C14	Carbón	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral. Hoyo de poste	Evento de clausura	5029±39	3941-3766	3946-3712	Rojo <i>et al.</i> , 2005
PEÑA DE LA ABUELA (Ambrona, Soria)	Bln. 5056	C14	Carbón	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral. Hoyo de poste	Evento de clausura	4773±29	3635-3527	3641-3386	Rojo <i>et al.</i> , 2005

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
PROVINCIA DE VALLADOLID									
EL MIRADERO (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	GrN. 12101	C14	Carbón	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral	Evento de construcción o posible clausura	5155±35	4036-3946	4042-3811	Delibes et al., 1986
EL MIRADERO (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	GrN. 12102	C14	Carbón	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral	Evento de construcción o posible clausura	5135±45	3986-3812	4040-3799	Delibes y Etxeberria, 2002
EL MIRADERO (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	GrN. 12103	C14	Carbón	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral	Evento de construcción o posible clausura	5120±25	3969-3819	3977-3805	Delibes y Etxeberria, 2002
EL MIRADERO (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	GrN. 12100	C14	Carbón	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral	Evento de construcción o posible clausura	5115±35	3969-3812	3981-3800	Delibes <i>et al.</i> , 1986
EL MIRADERO (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	GrN. ?	C14	Carbón	Nivel sepulcral	Evento de uso	4940±40	3731-3658	3763-3650	Delibes y Etxeberria, 2002
EL MIRADERO (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	Qil. ?	C14	Cal	Costra de cal	Evento de clausura	4490±20	3340-3308	3350-3276	Delibes y Etxeberria, 2002
EL MIRADERO (Villanueva de los Caballeros, Valladolid)	?	C14	Hueso Humano	Inhumación. Túmulo	Evento de reutilización funeraria	3585±40	1970-1780	2024-1770	Delibes y Etxeberria, 2002
LOS ZUMACALES (Simancas, Valladolid)	GrN. 17697	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	5310±90	4252-4041	4328-3983	Delibes, 2010
LOS ZUMACALES (Simancas, Valladolid)	GrN. 17693	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento funerario	4960±160	3960-3543	4224-3371	Delibes, 2010
LOS ZUMACALES (Simancas, Valladolid)	GrN. 17694	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento funerario	4950±160	3956-3540	4222-3368	Delibes, 2010
LOS ZUMACALES (Simancas, Valladolid)	GrN. 17694	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento funerario	4870±160	3914-3382	4041-3136	Delibes, 2010
DISTRITO DE VILA REAL									
ALAGOAS (Jou, Vila Real)	Ua. 19118	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-megalítico	7365±75	6360-6104	6396-6071	Sanches y Nunes, 2004
ALAGOAS (Jou, Vila Real)	Ua. 19119	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-megalítico	7175±85	6204-5931	6227-5892	Sanches y Nunes, 2004
ALAGOAS (Jou, Vila Real)	Ua. 19256	C14	Carbón	Túmulo (nivel inferior-contrafuerte)	Evento de uso y posible construcción	4975±50	3930-3907	3935-3783	Sanches y Nunes, 2004
ALAGOAS (Jou, Vila Real)	CSIC.1812	C14	Carbón (corteza)	Entrada al corredor (bajo estructura de sellado)	Evento de uso/reestructuración	4834±34	3657-3536	3696-3527	Sanches y Nunes, 2004
ALAGOAS (Jou, Vila Real)	CSIC. 1811	C14	Carbón	Túmulo (nivel superior-coraza pétreo)	Evento de clausura	3818±32	2338-2286	2401-2221	Sanches y Nunes, 2004
ALAGOAS (Jou, Vila Real)	Ua. 19120	C14	Carbón	Interior recipiente cerámico (bajo estructura de sellado)	Alteración moderna no antrópica	260±65	1513-... cal AD	1455-...cal AD	Sanches y Nunes, 2004

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
CASTELO I (Jou, Vila Real)	CSIC 1818	C14	Carbón (corteza)	Túmulo (nivel inferior-contrafuerte)	Evento de uso y posible construcción	5112±36	3930-3907	3935-3801	Sanches <i>et al.</i> , 2005
CASTELO I (Jou, Vila Real)	Ua 19121	C14	Carbón	Túmulo (nivel superior-coraza pétreo)	Evento de uso/reestructuración	4560±65	3487-3108	3512-3029	Sanches <i>et al.</i> , 2005
CASTELO I (Jou, Vila Real)	CSIC 1814	C14	Carbón	Corredor intratumular (estructura de sellado)	Evento de clausura	4136±33	2863-2631	2873-2601	Sanches <i>et al.</i> , 2005
CASTELO I (Jou, Vila Real)	Ua 19122	C14	Carbón	Corredor intratumular (estructura de sellado)	Evento de clausura	4080±70	2856-2496	2872-2476	Sanches <i>et al.</i> , 2005
CASTELO I (Jou, Vila Real)	CSIC 1817	C14	Carbón	Corredor intratumular (estructura de sellado)	Evento de clausura	4057±33	2828-2496	2837-2485	Sanches <i>et al.</i> , 2005
CASTELO I (Jou, Vila Real)	CSIC 1815	C14	Carbón	Vestíbulo (estructura de sellado)	Evento de clausura	3862±33	2343-2292	2436-2243	Sanches <i>et al.</i> , 2005
CASTELO I (Jou, Vila Real)	CSIC 1816	C14	Carbón	Túmulo (nivel superior-coraza pétreo)	Evento de clausura	3806±32	2291-2200	2397-2139	Sanches <i>et al.</i> , 2005
MADORRAS I (São Lourenço de Ribapinhão, Vila Real)	CSIC. 1029	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-megalítico	8000±40	7047-6830	7060-6768	Cruz y Huet, 1995
MADORRAS I (São Lourenço de Ribapinhão, Vila Real)	GrA. 1418	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-megalítico	7840±160	7023-6510	7166-6414	Cruz y Huet, 1995
MADORRAS I (São Lourenço de Ribapinhão, Vila Real)	CSIC. 1030	C14	Carbón	Túmulo (nivel inferior-contrafuerte)	Evento de uso y posible construcción	5280±40	4227-4042	4235-3992	Cruz y Huet, 1995
MADORRAS I (São Lourenço de Ribapinhão, Vila Real)	GrN. 21066	C14	Carbón	Túmulo (nivel 3d)	Evento de uso/reestructuración	4790±60	3645-3521	3694-3377	Cruz y Huet, 1995
MADORRAS I (São Lourenço de Ribapinhão, Vila Real)	OxA. 5199	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	4540±65	3364-3106	3499-3025	Cruz y Huet, 1995
MADORRAS I (São Lourenço de Ribapinhão, Vila Real)	GrA. 885	C14	Carbón	Atrio	Evento de uso y posible clausura	4420±40	3092-2943	3102-2922	Cruz y Huet, 1995
MADORRAS I (São Lourenço de Ribapinhão, Vila Real)	GrA. 884	C14	Carbón	Túmulo. Fosa	Evento de reutilización	3500±40	1881-1759	1923-1696	Cruz y Huet, 1995
DISTRITO DE VISEU									
AREITA I (Paredes da Beira, Viseu)	CSIC. 1327	C14	Carbón (<i>Pinus pinaster</i>)	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral (nivel inferior de la cámara)	Evento de uso y posible construcción	5699±31	4579-4466	4651-4457	Gomes <i>et al.</i> , 1998
AREITA I (Paredes da Beira, Viseu)	CSIC. 1326	C14	Carbón (<i>Pinus pinaster</i>)	Estructura de madera asociada al recinto sepulcral (nivel inferior de la cámara)	Evento de uso y posible construcción	5629±38	4500-4374	4535-4365	Gomes <i>et al.</i> , 1998

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
CAPELA DA SENHORA DO MONTE (Penela da Beira, Viseu)	GrN. 20791	C14	Carbón	Corredor intratumular. Hogar	Evento de uso/reestructuración	5130±40	3981-3812	4037-3800	Carvalho, 2005
CAPELA DA SENHORA DO MONTE (Penela da Beira, Viseu)	ICEN. 1200	C14	Carbón	Corredor intratumular. Hogar	Evento de uso/reestructuración	5100±70	3968-3800	4041-3712	Carvalho, 2005
CAPELA DA SENHORA DO MONTE (Penela da Beira, Viseu)	GrN. 21304	C14	Carbón	Corredor intratumular. Hogar	Evento de uso/reestructuración	5060±50	3944-3799	3965-3714	Carvalho, 2005
CAPELA DA SENHORA DO MONTE (Penela da Beira, Viseu)	ICEN. 1201	C14	Carbón	Túmulo. Hogar	Evento de uso/reestructuración	4990±50	3930-3907	3935-3789	Carvalho, 2005
CARVALHAL (Penela da Beira, Viseu)	GrN. 20792	C14	Carbón	Nivel sepulcral inferior	Evento de reutilización	3100±90	1608-1352	1634-1234	Carvalho, 2005
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	GrN. 4924	C14	Carbón	Nivel sepulcral inferior	Evento de uso	5060±50	3944-3799	3965-3714	Cruz, 2001
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	GrN. 4925	C14	Carbón	Nivel sepulcral inferior	Evento de uso	4610±50	3509-3197	3622-3112	Cruz, 2001
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	OxA. 7433	C14	Carbón	Corredor intratumular	Evento de uso/reestructuración	4590±55	3500-3124	3517-3102	Cruz, 2001
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	GrA. 9307	C14	Carbón	Corredor intratumular	Evento de uso/reestructuración	4540±50	3363-3113	3491-3090	Cruz, 2001
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	GrA. 9312	C14	Carbón	Atrio	Evento de uso/reestructuración	4520±50	3351-3108	3366-3031	Cruz, 2001
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	OxA. 7432	C14	Carbón	Corredor intratumular	Evento de uso/reestructuración	4510±45	3344-3107	3362-3034	Cruz, 2001
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	OxA. 7434	C14	Carbón	Corredor intratumular	Evento de uso y posible clausura	4470±45	3331-3032	3353-3012	Cruz, 2001
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	GrA. 9308	C14	Carbón	Corredor intratumular	Evento de uso y posible clausura	4440±50	3327-3013	3336-2925	Cruz, 2001
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	GrA. 9313	C14	Carbón	Atrio	Evento de uso y posible clausura	4380±50	3086-2916	3322-2895	Cruz, 2001
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	OxA. 7435 ¹	C14	Carbón	Corredor intratumular	Evento de uso y posible clausura	4365±50	3079-2911	3309-2889	Cruz, 2001
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	OxA. 7436	C14	Carbón	Atrio (periferia)	Evento de reutilización	3365±45	1738-1613	1760-1527	Cruz, 2001
CASTENAIROS (Fráguas, Viseu)	GrA. 9314	C14	Carbón	Atrio (periferia)	Evento de reutilización	3250±50	1609-1457	1634-1426	Cruz, 2001

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
LAMEIRA DE CIMA I (Penedono, Viseu)	OxA. 4084	C14	Carbón	Corredor intratumular (nivel inferior)	Evento de uso/reestructuración	4990±80	3930-3907	3935-3791	Gomes, 1996
LAMEIRA DE CIMA II (Penedono, Viseu)	OxA. 5102	C14	Carbón	Corredor intratumular (nivel inferior)	Evento de uso y posible construcción	5360±55	4322-4072	4329-4051	Gomes, 1996
LAMEIRA DE CIMA II (Penedono, Viseu)	CSIC. 1114	C14	Carbón	Corredor intratumular	Evento de uso/reestructuración	4999±29	3889-3712	3938-3702	Gomes, 1996
LAMEIRA DE CIMA II (Penedono, Viseu)	GrN. 21353	C14	Carbón	Corredor intratumular	Evento de uso/reestructuración	4990±40	3894-3706	3941-3661	Gomes, 1996
LAMEIRA DE CIMA II (Penedono, Viseu)	CSIC. 1113	C14	Carbón	Corredor intratumular	Evento de uso/reestructuración	4961±27	3769-3705	3792-3662	Gomes, 1996
MEROUÇOS (Touro, Viseu)	GrA. 14771	C14	Carbón	Paleosuelo	Evento de incendio pre-megalítico	7740±50	6611-6506	6649-6471	Cruz, 2001
MEROUÇOS (Touro, Viseu)	GrA. 14767	C14	Carbón	Atrio	Evento de uso/reestructuración	4990±40	3894-3706	3941-3661	Cruz, 2001
MEROUÇOS (Touro, Viseu)	GrA. 14768	C14	Carbón	Atrio	Evento de uso/reestructuración	4980±40	3797-3702	3937-3656	Cruz, 2001
MEROUÇOS (Touro, Viseu)	GrA. 14765	C14	Carbón	Atrio	Evento de uso/reestructuración	4960±40	3783-3695	3909-3651	Cruz, 2001
MEROUÇOS (Touro, Viseu)	GrA. 14770	C14	Carbón	Atrio	Evento de uso/reestructuración	4910±40	3710-3647	3770-3640	Cruz, 2001
MEROUÇOS (Touro, Viseu)	GrA. 13687	C14	Carbón	Atrio	Evento de uso y posible clausura	4480±40	3331-3095	3349-3026	Cruz, 2001
ORQUINHA DOS JUNCAIS (Queiriga, Viseu)	GrA. 17166	C14	Carbón	Paleosuelo	Evento de incendio pre-megalítico	8750±70	7798-7604	7959-7592	Cruz, 2001
ORQUINHA DOS JUNCAIS (Queiriga, Viseu)	GrA. 17163	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	5020±60	3937-3713	3958-3674	Cruz, 2001
ORQUINHA DOS JUNCAIS (Queiriga, Viseu)	GrA. 17167	C14	Carbón	Nivel infratumular	Evento de incendio pre-tumular	4620±60	3517-3343	3629-3106	Cruz, 2001

YACIMIENTO	Nº DE LABORATORIO	MÉTODO DATACIÓN	TIPO MUESTRA	CONTEXTO ARQUEOLÓGICO	EVENTO ARQUEOLÓGICO	DATACIÓN BP	CAL. BC 1σ OxCal v.3.10	CAL. BC 2σ OxCal v.3.10	REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA
PICOTO DO VASCO (Pendilhe/Vila Cova-á-Coelheira, Viseu)	CSIC. 1221	C14	Carbón	Corredor intratumular (nivel inferior)	Primer evento de clausura/ reestructuración	5160±42	4040-3945	4047-3805	Cruz, 2001
PICOTO DO VASCO (Pendilhe/Vila Cova-á-Coelheira, Viseu)	GrN. 22443	C14	Carbón	Corredor intratumular. Hogar (nivel inferior)	Primer evento de clausura/ reestructuración	5140±40	3987-3816	4041-3801	Cruz, 2001
PICOTO DO VASCO (Pendilhe/Vila Cova-á-Coelheira, Viseu)	CSIC. 1328	C14	Carbón	Corredor intratumular (nivel inferior)	Primer evento de clausura/ reestructuración	5124±30	3972-3819	3984-3803	Cruz, 2001
PICOTO DO VASCO (Pendilhe/Vila Cova-á-Coelheira, Viseu)	GrN. 22817	C14	Carbón	Entrada cámara (vestíbulo)	Primer evento de clausura/ reestructuración	5100±60	3967-3802	4039-3715	Cruz, 2001
PICOTO DO VASCO (Pendilhe/Vila Cova-á-Coelheira, Viseu)	CSIC. 1199	C14	Carbón	Corredor intratumular. Hogar (nivel inferior)	Primer evento de clausura/ reestructuración	4988±31	3790-3711	3933-3695	Cruz, 2001
PICOTO DO VASCO (Pendilhe/Vila Cova-á-Coelheira, Viseu)	OxA. 6910	C14	Carbón	Corredor intratumular (nivel inferior)	Evento de uso/reestructuración	4930±60	3766-3653	3938-3543	Cruz, 2001
PICOTO DO VASCO (Pendilhe/Vila Cova-á-Coelheira, Viseu)	OxA. 6959	C14	Carbón	Entrada cámara (vestíbulo)	Evento de uso/reestructuración	4790±55	3644-3522	3693-3377	Cruz, 2001
PICOTO DO VASCO (Pendilhe/Vila Cova-á-Coelheira, Viseu)	GrN. 22815	C14	Carbón	Corredor intratumular (nivel superior)	Evento de uso/ Segundo evento de clausura	4670±150	3641-3124	3761-2936	Cruz, 2001
PICOTO DO VASCO (Pendilhe/Vila Cova-á-Coelheira, Viseu)	GrN. 22816	C14	Carbón	Atrio	Evento de reutilización	3690±130	2283-1901	2464-1756	Cruz, 2001
RAPADOURO I (Pendilhe, Viseu)	GrA. 9741	C14	Hueso Humano	Nivel sepulcral	Evento de reutilización funeraria	2820±50	1016-896	1084-834	Cruz, 2001
SEIXAS (Pêra Velha, Viseu)	GrN. 26226	C14	Carbón	Atrio	Evento de uso/reestructuración	5045±25	3937-3794	3946-3781	Cruz, 2001
SEIXAS (Pêra Velha, Viseu)	GrN. 26225	C14	Carbón	Cista periférica	Evento de uso/reestructuración	4970±25	3750-3704	3775-3664	Cruz, 2001
SEIXAS (Pêra Velha, Viseu)	CSIC. 1665	C14	Carbón	Corredor intratumular	Evento de uso/reestructuración	4939±34	3729-3658	3763-3652	Cruz, 2001
SEIXAS (Pêra Velha, Viseu)	CSIC. 1664	C14	Carbón	Atrio	Evento de uso/reestructuración	4929±34	3758-3655	3775-3648	Cruz, 2001
SEIXAS (Pêra Velha, Viseu)	GrN. 5734	C14	Carbón vegetal	Nivel sepulcral inferior	Evento de uso	4900±40	3701-3650	3753-3637	Cruz, 2001

6.3. LOS “EVENTOS DE REUTILIZACIÓN” FUNERARIA Y NO FUNERARIA DOCUMENTADOS EN LOS MONUMENTOS MEGALÍTICOS DEL VALLE DEL DUERO/DOURO

Tras caracterizar de manera general en el apartado anterior (ver epígrafe 6.2) el fenómeno megalítico en el valle del Duero/Douro, a lo largo de este epígrafe se va a analizar en detalle una parte importante del objeto de estudio de esta investigación: la recurrente reutilización de los megalitos a lo largo de la Prehistoria reciente (IV-II milenio BC). Se expondrán cuantificaciones, análisis comparativos y combinaciones de diferentes variables de estudio, con el propósito de intentar dilucidar la existencia de posibles tendencias o pautas de comportamiento que condicionen los distintos episodios de uso de estos lugares.

Además de la universalidad y cierta homogeneidad que caracterizan a este fenómeno, otro rasgo definitorio del Megalitismo es su pervivencia temporal, la cual ha convertido a estas arquitecturas en parte fundamental del imaginario colectivo de todas aquellas sociedades que han convivido con ellas dentro de un mismo territorio, incluso hasta la actualidad. Bien por su dimensión mítico-religiosa (que ha originado numerosas historias y leyendas en torno a estos lugares), bien por sus imponentes estructuras constructivas (en muchas ocasiones reaprovechadas con una funcionalidad práctica), los sepulcros megalíticos no han dejado de sufrir la manipulación de la mano humana, siendo objeto de sucesivas destrucciones y modificaciones en su arquitectura, con el fin de readaptarla a las necesidades de cada momento.

Esta situación, que en ocasiones constituye un gran obstáculo para la investigación (puesto que una gran mayoría de megalitos se hallan destruidos y/o alterados parcial o completamente), resulta a su vez interesante a la hora de realizar una lectura sobre la permanencia en el tiempo y en la memoria colectiva de las construcciones megalíticas. Claramente, la manifestación más expresiva de esta pervivencia es su uso diacrónico como lugar rito-funerario durante más de tres milenios, y en ocasiones hasta época histórica. La reutilización de estos monumentos a lo largo de la Prehistoria reciente se trata, pues, de otro de los rasgos que hacen del Megalitismo un fenómeno uniforme, dado su carácter general y recurrente. De ahí, el interés que genera la posibilidad de su estudio ya que ofrece la posibilidad de realizar un seguimiento de



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

las transformaciones socio-económicas, crisis y tensiones ideológicas, que sufrieron las sociedades prehistóricas que habitaron la cuenca del Duero/Douro entre el IV-II milenio BC, a través de su forma de entender y usar los antiguos sepulcros monumentales.

Tradicionalmente se ha considerado la construcción de un megalito como un acto único resultante de la actividad de un grupo específico, *“un fenómeno cultural circunscrito a un tiempo y una sociedad”* (García Sanjuán, 2008b: 43). Todas las modificaciones observadas en la arquitectura tras su inicial periodo de uso han sido atribuidas, generalmente, a eventos marginales de destrucción y degradación, del mismo modo que la presencia de materiales de cronologías más recientes se ha interpretado como resultado de episodios intrusivos y violaciones posteriores (Andrés, 2010: 32).

Esta imagen de que cualquier actuación llevada a cabo tras el uso fundacional del monumento constituye una “deconstrucción” del mismo, ha cambiado a raíz de recientes excavaciones que han ido aportando nuevos datos en relación a las modificaciones y reformas realizadas en estos lugares. Frente a la teoría tradicional de que estos eventos eran anecdóticos, dada la escasez de casos documentados durante décadas, el registro arqueológico demuestra cada vez con mayor determinación que fueron actos normales y corrientes, *“algo que en realidad cabría esperar debido a la amplitud cronológica del fenómeno, al dilatado arco temporal en que algunos de los monumentos permanecen en uso, y a la propia endeblez de buena parte de los materiales empleados”* (Fábregas y Vilaseco, 2004: 80-81). Incluso en alguna ocasión se ha llegado a plantar que la ausencia de este tipo de evidencias en algunos megalitos no es consecuencia de su no-existencia, sino del ocultamiento y/o alteración de estas actuaciones primigenias por parte de ulteriores reutilizaciones. Por tanto, más allá de cualquier interpretación, un dato objetivo es que los eventos de reutilización megalítica tuvieron lugar de manera recurrente y no anecdótica, y su desarrollo no se limitaba a un acto simple y espontáneo sino que conllevaba la ejecución de todo un conjunto de prácticas planificadas que, como consecuencia, alteraron en mayor o menor medida las estructuras de estos sepulcros. Por contra, lo excepcional sería el abandono por desidia o la destrucción sin más de estos lugares, puesto que *“un grupo humano nunca abandona voluntariamente a sus muertos... al arbitrio de un futuro indeterminable sin protegerlos de alguna manera, aunque sea por temor”* (Andrés, 2000: 66 y 69).

Otra imagen tradicional creada en relación al fenómeno de la reutilización megalítica, y que poco a poco parece que también se va disipando, es su vinculación

concreta a actividades de deposición funeraria y votiva. Sin embargo, existen muchos otros “usos” de diferente naturaleza (Mataloto, 2007: 132-133) que también modificaron las estructuras y cuyas evidencias, aunque en ocasiones con gran dificultad, pueden documentarse arqueográficamente (García Sanjuán, 2005: 103). Estas actuaciones no ligadas, al menos de manera directa, con un evento de carácter funerario y/o votivo, abarcan numerosas prácticas como pueden ser el sellado del interior del monumento, la ampliación o reorganización del área sepulcral, la retumulación, el añadido de nuevos elementos arquitectónicos o el mantenimiento del espacio interno y externo, entre otros (ver epígrafe 6.4).

Todas estas reocupaciones y modificaciones son las manifestaciones “físicas” de las continuas reinterpretaciones y reinenciones sufridas por los monumentos megalíticos a lo largo del tiempo, cuyo estudio es fundamental para desentrañar la historia de estos lugares y de sus poblaciones usuarias. Teniendo en cuenta esta premisa, las razones que dieron lugar a las recurrentes transformaciones producidas en los megalitos, igual que a su construcción o uso funerario, han de ser objeto de análisis. A pesar de las dificultades para su detección y del escepticismo que aún hoy impera entre muchos investigadores a la hora de abordar estas cuestiones, es innegable su importancia de cara a la interpretación de la realidad megalítica, puesto que constituyen *“actitudes diversas derivadas de hechos nunca triviales sino de trascendencia social, respuesta a la necesidad de supervivencia del grupo, que exigen su necesaria distinción teórica y el intento de mejorar técnicamente su definición diferenciada, pues las huellas del cese de la función específica de un sepulcro son a veces más expresivas que las referidas al transcurso y avatares de su utilización”* (Andrés, 2000: 59).

A lo largo de este epígrafe se va a analizar todo el conjunto de eventos de reutilización documentados, con el fin de ilustrar a nivel general la relevancia de este fenómeno a lo largo de casi tres milenios. Se van a comparar sus cuantificaciones y características en función de los distintos episodios de uso que se han definido, en un primer momento, mediante intervalos cronológicos relativos determinados por el tipo de cultura material asociada a cada momento de reutilización (ver subepígrafe 6.3.1). Posteriormente, se expondrán en un apartado específico (ver subepígrafe 6.3.2) los eventos cuya naturaleza funeraria ha podido advertirse a través de evidencias más o menos certeras. Los análisis realizados sobre este tipo de evidencias van a permitir dilucidar si las gentes que decidieron enterrar a sus difuntos en los antiguos



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

monumentos megalíticos, lo hacían siguiendo algún tipo de pauta social o patrón de comportamiento. El estudio de las prácticas no funerarias desarrolladas durante estos eventos de reutilización, será abordado en posteriores apartados (ver epígrafe 6.4), puesto que dada su enorme variabilidad y abanico temporal, se ha considerado más adecuado tratarlas de manera específica, para así facilitar la comprensión de todos los análisis y sus resultados.

Con el fin de proporcionar una primera imagen global sobre el alcance de este fenómeno en el conjunto de megalitos catalogados en este trabajo, se ha incluido una tabla en la que aparece cada uno de los yacimientos con su nº de inventario, tipo arquitectónico al que corresponde y si cuenta o no con dataciones absolutas, además de la presencia/ausencia de eventos de reutilización funerarios y no funerarios y su adscripción preliminar a un intervalo de cronología relativa (ver Tabla 3).

Antes entrar a detallar los análisis realizados, hay que matizar una serie de cuestiones relativas al conjunto de datos utilizados para llevar a cabo el estudio estadístico, con el fin de disipar ciertas dudas que podrían surgir acerca de las variables y evidencias arqueológicas computadas en cada caso. Se han considerado como “eventos de reutilización” aquellas prácticas y actuaciones llevadas a cabo tras la etapa fundacional de los monumentos, cuyo término en muchas ocasiones viene determinado por la clausura o sellado del megalito en cuestión. Este dato es importante pues si bien se han contabilizado hasta 225 manifestaciones de este tipo, que corresponden a 110 yacimientos (ver Gráficos 16 y 21), el conjunto de “prácticas o usos post-fundacionales” (ver epígrafe 6.4) alcanzan la cifra de 287 y afectan a un total de 139 enclaves (ver Gráficos 28 y 30). Esta diferencia viene dada porque dentro del concepto de “uso post-fundacional” están también incluidas aquellas actuaciones que tuvieron lugar durante el primer periodo útil del monumento megalítico, y que se corresponden por consiguiente con algunas de las estrategias de mantenimiento ejecutadas en los depósitos sepulcrales y fundamentalmente con los primeros actos de clausura de estos lugares. Al tratarse de acciones que formarían parte del propio devenir “natural” del megalito”, no se las puede considerar en sentido estricto como un “evento de reutilización”.

Debido al carácter diacrónico intrínseco del fenómeno de las reocupaciones megalíticas, la cronología adopta en esta ocasión un papel protagonista como principal variable discriminadora en los análisis estadísticos descriptivos (aunque en algunos casos se mantiene la combinación con las categorías de “tipos arquitectónicos” y

“localización por provincia/*distrito*”). Como ya se ha señalado en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, en nuestra opinión la clasificación clásica de la Prehistoria por edades ofrece una imagen muy simplificada y progresiva de la realidad que vivieron aquellas sociedades pasadas, cuyos restos documentados y “leídos” por la Arqueología parecen apuntar más bien a un desarrollo discontinuo y en muchos casos de mayor complejidad. Hay que tener presente que estas periodizaciones no son verdades absolutas con unos límites fijos, ni conforman una sucesión lineal y uniforme en la que encajan todos los procesos históricos (ver subepígrafe 2.2.1). Por esta razón, desde un principio se decidió adoptar la cronología absoluta como herramienta expositiva para esta investigación, priorizándola siempre frente a las denominadas “facies culturales”. Partiendo de esta base, cada “evento de reutilización” ha sido adscrito a uno de los cinco “horizontes cronológicos” establecidos de forma preliminar de cara a la recogida de datos, y que abarcarían aproximadamente los siguientes intervalos temporales: de mediados a finales del IV milenio BC (denominado como “IV milenio BC”), finales del IV-primera mitad del III milenio BC (“III milenio BC”), segunda mitad del III-inicios del II milenio BC (III milenio BC-Campaniforme), primera mitad del II milenio BC (“II milenio BC”), y últimas centurias del II-inicios del I milenio BC (“II milenio BC-Final”). Somos conscientes de que no siempre es sencillo definir una cronología concreta para un evento o práctica específica llevada a cabo en los megalitos, y más teniendo en cuenta que apenas un 30% de los yacimientos estudiados cuenta con dataciones (ver subepígrafe 6.2.5). En este sentido, la caracterización y contextualización de la cultura material ha sido determinante, dado que cada uno de estos “horizontes cronológicos” cuenta con ítems fácilmente identificables. Además, en este tipo de contextos rito-funerarios los objetos depositados suelen presentar rasgos muy “normalizados”, sobre todo en comparación con lo que acontece en los lugares de habitación, hecho que facilita en gran medida su adscripción cronológica. En aquellos casos en los que por diversas razones (fundamentalmente por el alto grado de alteración que presentaba el yacimiento) no se han podido contextualizar los hallazgos, se han tomado como referencia aquellos monumentos megalíticos perfectamente caracterizados tanto desde una perspectiva cronológica como arqueográfica, para intentar determinar en los primeros la posible existencia de diferentes episodios de uso y modificaciones de tipo estructural.

YACIMIENTO	Nº INVENTARIO	TIPO ARQUITECTÓNICO	CLAUSURA FIN DE CICLO		EVENTOS DE REUTILIZACIÓN											
			IV MILENIO BC		IV MILENIO BC		III MILENIO BC		III MILENIO BC-CAMPANIFORME		II MILENIO BC		FINAL II MILENIO BC		OTRAS	
			Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No
DISTRITO DE AVEIRO																
Carvalho Mau I	149	SC	*			*		*		*		*		*		*
Carvalho Mau II	150	CS		*		*		*		*		*		*		*
Carvalho Mau III	151	CS		*		*		*		*		*		*		*
Portela da Anta I	152	CS/SC			*		*		*		*		*		*	
Alagoas I	153	CS		*		*		*		*		*		*		*
Calvário I	154	CS		*		*		*		*		*		*		*
Aliviada I	155	CS		*		*		*		*		*		*		*
Aliviada II	156	CS			*		*		*		*		*		*	
Aliviada IV	157	CS	*			*		*		*		*		*		*
Arreção IV	158	CS		*		*		*		*		*		*		*
Alagoas IV	159	SC	*			*		*		*		*		*		*
PROVINCIA DE ÁVILA																
El Prado de las Cruces	38	SC		*	*		*		*		*		*		*	
Dehesa de Río Fortes	39	RD	*			*		*		*		*		*		*
DISTRITO DE BRAGANÇA																
Barreiro	24	TS	*			*		*		*		*		*		*
Pena Mosqueira III	125	TS	*			*		*		*		*		*		*
Casa da Moura I	135	CSV		*		*		*		*		*		*		*
Tumbeirinho	140	CSV		*		*		*		*		*		*		*
Portela de Arcã	141	CSV		*	*		*		*		*		*		*	
Pala da Moura	142	SC														*
PROVINCIA DE BURGOS																
Ciella	4	SC	*			*		*		*		*		*		*
Dolmen de Cubillejo	5	SC	*			*		*		*		*		*		*
La Cotorrita	13	SC	*			*		*		*		*		*		*
La Nava Negra	37	SC		*	*		*		*		*		*		*	
El Turrumbero de la Cañada	52	SC	*			*		*		*		*		*		*
Arroyal I	53	SC		*		*		*		*		*		*		*
El Alto del Reinoso	54	TS	*			*		*		*		*		*		*
Las Arnillas	55	SC	*			*		*		*		*		*		*
La Cabaña	56	SC	*			*		*		*		*		*		*
Valdemuriel	57	SC	*			*		*		*		*		*		*
El Moreco	58	CS/SC		*	*		*		*		*		*		*	
San Quirce	59	SC		*	*		*		*		*		*		*	
La Mina	60	SC		*	*		*		*		*		*		*	
La Brújula	82	SC	*			*		*		*		*		*		*
Los Morcales	83	TS	*			*		*		*		*		*		*

Tabla 3: Listado de todos los monumentos megalíticos catalogados en este estudio indicando, entre otros aspectos, si se han documentado en ellos “eventos de reutilización” de naturaleza funeraria y no funeraria (ver Índice de Figuras)

YACIMIENTO	Nº INVENTARIO	TIPO ARQUITECTÓNICO	CLAUSURA FIN DE CICLO IV MILENIO BC		EVENTOS DE REUTILIZACIÓN											
			Sí	No	IV MILENIO BC		III MILENIO BC		III MILENIO BC-CAMPANIFORME		II MILENIO BC		FINAL II MILENIO BC		OTRAS	
					Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No
PROVINCIA DE BURGOS																
El Rebolledo	84	TS	*			*		*			*		*		*	
Nava Alta	85	CS	*			*		*			*		*		*	
Fuentepecina I	86	CSV	*			*		*			*		*		*	
Fuentepecina II	87	CSV	*			*		*			*		*		*	
Fuentepecina III	88	CS	*			*		*			*		*		*	
Fuentepecina IV	89	TS	*			*		*			*		*		*	
La Vega I	90	TS	*			*		*			*		*		*	
La Vega IV	91	TS	*			*	*	*		*		*		*		*
El Hundido	92	TC/SC	*		*		*		*		*		*		*	
DISTRITO DE GUARDA																
Casa da Orca	73	CS		*		*	*				*	*		*	*	
Carapito III	74	SC		*		*	*				*	*		*	*	
Carapito I	77	CS		*	*		*				*	*		*	*	
Penedos Jungidos	160	CS					*								*	
Casal da Pedra da Anta	161	CS		*		*	*				*	*		*	*	
Pêra do Moço	162	SC		*		*	*				*	*		*	*	
Carapito II	163	SC		*	*		*				*	*		*	*	
Carapito IV	164	SC	*			*	*				*	*		*	*	
PROVINCIA DE PALENCIA																
La Velilla	40	RD		*	*		*				*	*		*	*	
DISTRITO DE PORTO																
Chã de Parada I	17	SC		*	*		*		*		*		*		*	*
Outeiro de Ante I	19	CS	*			*	*				*	*		*	*	
São Simão	21	CS	*			*	*				*	*		*	*	*
Furnas I	32	CS		*		*	*				*	*		*	*	
Forno dos Mouros	33	SC	*			*	*				*	*		*	*	
Furnas II	49	CS		*		*	*				*	*		*	*	*
Chã de Arcas V	65	SC		*	*		*				*	*		*	*	
Monte da Olheira	72	CS		*		*	*				*	*		*	*	
Padrão	75	SC													*	
Leandro II	126	SC		*	*		*		*		*	*		*	*	
Leandro IV	127	TS		*		*	*				*	*		*	*	
Leandro V	128	SC		*	*		*		*		*	*		*	*	
Igrejinha	129	CS	*			*	*				*	*		*	*	
Chã de Parada IV	130	CS		*		*	*				*	*		*	*	
Chã do Loureiro	131	CS	*			*	*				*	*		*	*	
Chã de Parada III	132	CS		*		*	*				*	*		*	*	

YACIMIENTO	Nº INVENTARIO	TIPO ARQUITECTÓNICO	CLAUSURA FIN DE CICLO IV MILENIO BC		EVENTOS DE REUTILIZACIÓN											
			Sí	No	IV MILENIO BC		III MILENIO BC		III MILENIO BC-CAMPAIFORME		II MILENIO BC		FINAL II MILENIO BC		OTRAS	
					Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No	Sí	No
DISTRITO DE PORTO																
Touta	133	CS		*	*			*		*			*		*	
Santa Marta	176	SC												*	*	
Outeiro de Ante III	177	CS	*			*		*		*		*		*	*	
Abogalheira I	178	CS		*		*		*		*		*		*	*	
Cabritos I	179	CS	*			*		*		*		*	*		*	*
Cabritos II	180	CS	*			*		*		*		*		*	*	*
PROVINCIA DE SALAMANCA																
La Piedra Hincada	3	TS	*			*		*		*		*		*	*	*
Lumbo de Valdesancho	6	SC	*			*		*		*		*		*	*	*
El Castillo	7	SC	*			*		*	*		*		*	*	*	*
El Guijo de las Navas I	8	CS		*		*		*		*		*		*	*	*
El Teriuelo	9	SC	*			*		*		*		*		*	*	*
El Teriuelo	10	SC	*			*		*		*		*		*	*	*
El Torrejón	11	SC		*		*		*		*		*		*	*	*
La Casa del Moro	12	SC	*			*		*		*		*		*	*	*
La Ermita	14	CS/SC		*	*		*		*		*		*	*	*	*
La Veguilla I	15	SC		*		*		*		*		*		*	*	*
Prado de la Nava	22	SC		*	*		*		*		*		*	*	*	*
Rabida II	23	SC		*		*		*	*		*		*	*	*	*
El Mesón	25	SC				*		*		*		*		*	*	*
Las Piedras Hincadas	26	SC		*		*		*		*		*		*	*	*
El Valle de las Cañas	27	SC		*		*		*	*		*		*	*	*	*
Ermita de la Virgen de la Vega I	28	SC		*		*		*		*		*		*	*	*
Linejo	29	SC		*		*		*		*		*		*	*	*
La Terroña	36	SC	*			*		*		*		*		*	*	*
Santa Teresa I	50	SC		*		*		*		*		*		*	*	*
La Casa del Moro	51	SC		*		*		*		*		*		*	*	*
La Torrecilla	97	CS/SC		*	*		*		*		*		*	*	*	*
Los Torrejones I	98	SC		*		*		*	*		*		*	*	*	*
Los Huelmos I	99	SC		*		*	*		*		*		*	*	*	*
El Caño	100	CS		*		*		*		*		*		*	*	*
El Rodeo	101	CS		*		*		*		*		*	*	*	*	*
Torrecilla Mal Cantada	102	SC													*	*
Casa del Moro I	103	CS		*		*		*		*		*	*	*	*	*
Casa del Moro II	104	SC		*		*		*		*		*	*	*	*	*
Zafrón	105	SC		*		*		*		*		*	*	*	*	*
La Casa de los Moros	106	SC	*			*		*		*		*	*	*	*	*
Sahelicejos	107	SC		*		*		*		*		*	*	*	*	*

6.3.1. LOS “EVENTOS DE REUTILIZACIÓN”: SU ALCANCE Y CARACTERIZACIÓN GENERAL

Se denomina “evento de reutilización” al conjunto de prácticas llevadas a cabo tras la etapa fundacional de los monumentos, cuyo fin viene determinado en muchas ocasiones por un proceso de clausura o sellado del lugar. Como ya se ha señalado anteriormente, en este concepto no estarían incluidas las actuaciones vinculadas a los primeros momentos de uso de los megalitos. Partiendo de esta base, los datos reflejan que 110 de los 180 yacimientos catalogados (es decir, un 60%) fueron reutilizados una o varias veces a lo largo de la Prehistoria reciente, frente a 59 (33%) en los que no se ha documentado ninguna evidencia de reocupación posterior a su etapa fundacional (ver Gráfico 16 y Tabla 3). Dentro de la categoría de “Indeterminado” se han computado 11 casos, en los que debido a diversas razones (generalmente son yacimientos que han sido objeto de excavaciones en época antigua de las que no ha quedado ningún registro o en los que simplemente no se ha llevado a cabo una intervención arqueológica de entidad) no se puede afirmar con certeza la presencia o ausencia de episodios de reutilización.

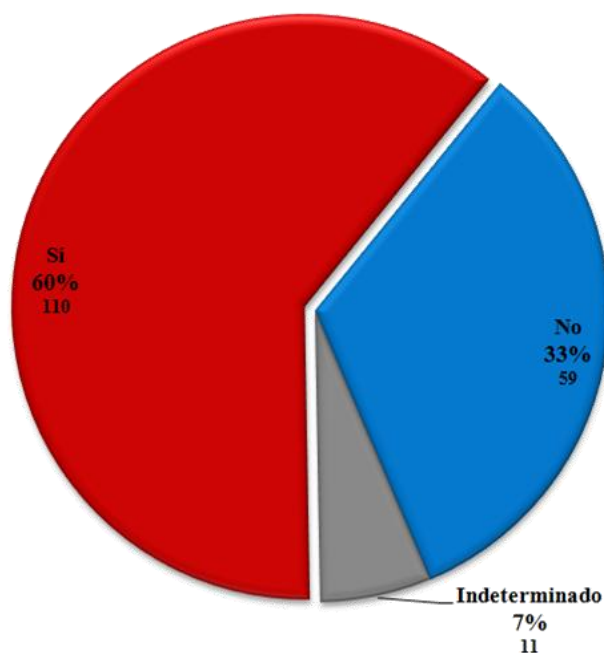


Gráfico 16: Representación porcentual de la presencia/ausencia de “eventos de reutilización” en los yacimientos catalogados

Al cruzar estos datos con la variable de los “horizontes cronológicos” (ver Gráfico 17), la relación porcentual entre los yacimientos reutilizados y aquéllos en los que no se ha documentado ninguna evidencia de este tipo, se mantiene muy similar a lo largo de todo el recorrido diacrónico (siempre con un 40% más aproximadamente a

favor de la ausencia de reutilización), excepto en dos momentos concretos. El primero en el “III milenio BC”, cuando los valores porcentuales de ambas categorías se acercan ligeramente hasta haber apenas entre ellas un 20% de desequilibrio, mientras que en el “II milenio BC-Final” acontece justamente al contrario, creciendo la diferencia porcentual entre el “Sí” y el “No” hasta alcanzar prácticamente el 70%. Estos datos estarían reflejando un incremento de la actividad megalítica a finales del IV-Inicios del III milenio BC, y por otra parte un descenso brusco de la misma hasta tener una presencia casi testimonial a finales del II-inicios del I milenio BC. La categoría de “Indeterminado”, aunque se mantiene siempre en valores muy semejantes, varía en este caso ligeramente de un momento a otro, ya que en ocasiones se ha documentado alguna evidencia singular y generalmente descontextualizada adscrita a uno de los “horizontes cronológicos” en concreto, pero sin embargo no se ha podido asegurar la presencia y/o ausencia de otros episodios de uso (como ya se ha señalado anteriormente, la condición de los yacimientos como indeterminados puede venir por su alto grado de deterioro, por la falta de información sobre las intervenciones llevadas a cabo en ellos, o por nuestra incapacidad para acceder a la misma).

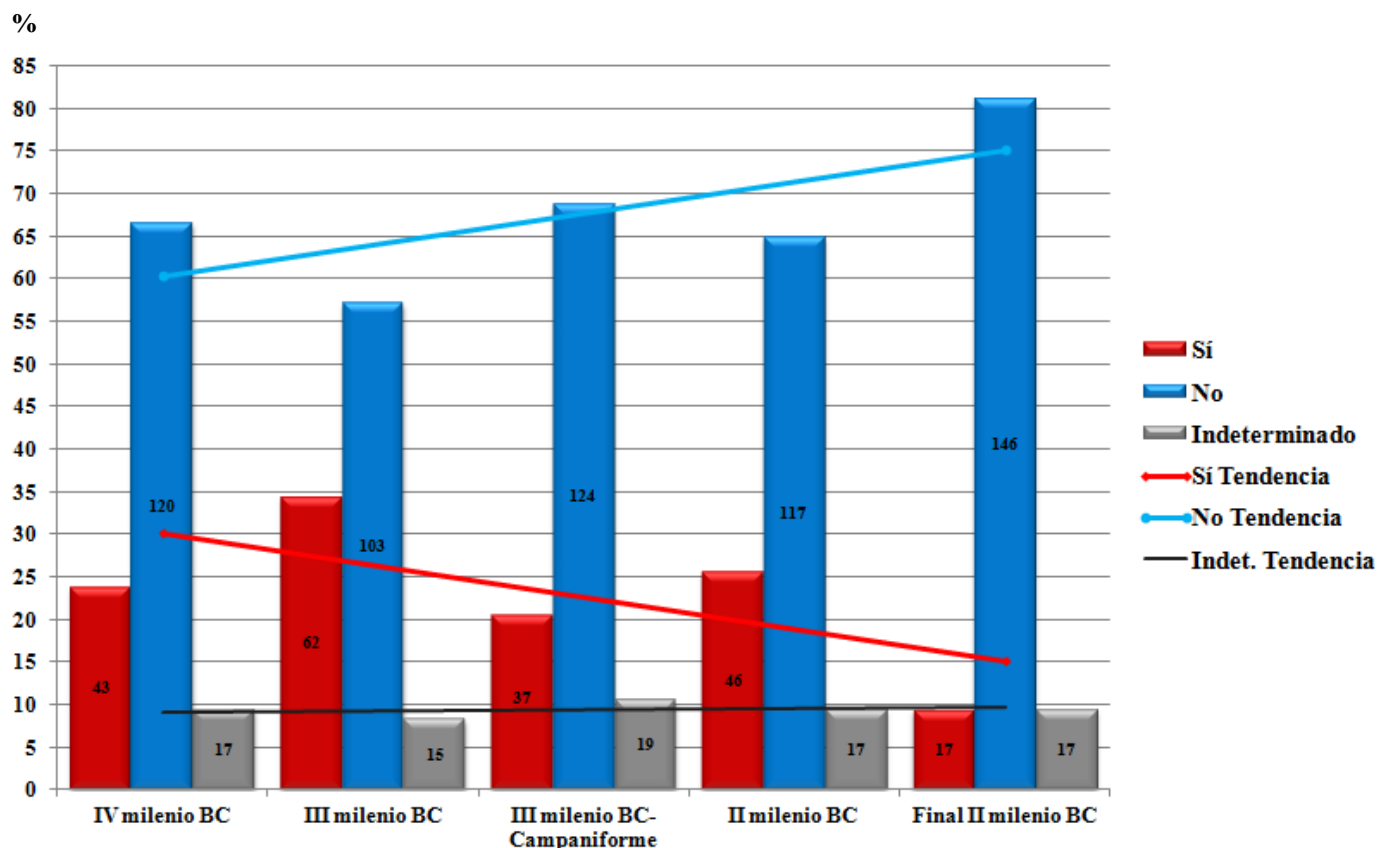
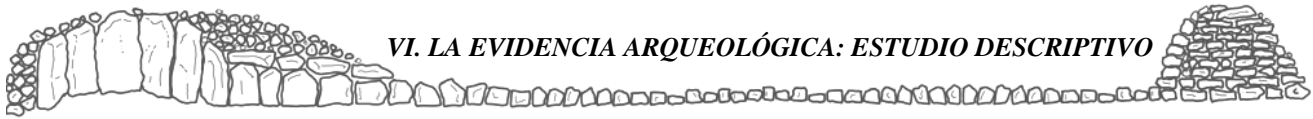


Gráfico 17: Representación porcentual de las variables de yacimientos sí reutilizados, no reutilizados e indeterminados en función de los “horizontes cronológicos”



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

La lectura de las “tendencias lineales” dibujadas por los resultados que ofrecen las distintas variables, es desde nuestro punto de vista muy interesante. La perspectiva diacrónica de las cuantificaciones de los yacimientos reutilizados marca claramente una línea descendente, a la inversa de lo que ocurre con los valores de los enclaves sin reocupación (ver Gráfico 17). Como se irá comprobando a lo largo de este epígrafe y otros posteriores (ver epígrafes 6.4 y 7.1), si bien la imagen general de que con el paso del tiempo el fenómeno de las reutilizaciones “tiende” a disminuir es correcta, hay que señalar algunos matices. Este descenso no se produce de manera lineal, sino que a lo largo de todo el transcurso diacrónico se suceden “picos” de actividad seguidos de periodos de inactividad, en ambos casos de duración variable, siendo esos momentos recurrentes de acción los que van distanciándose y perdiendo intensidad a lo largo de los tres milenios estudiados (tal y como marcan las “líneas de tendencia”). No hay que olvidar, por otro lado, que en estos análisis se está tomando el yacimiento y no cada evento registrado como unidad de contabilización, por lo que habrá que esperar a ver los resultados de los análisis sobre el total de las evidencias de reutilización documentadas para poder corroborar estas hipótesis.

Con el propósito de caracterizar aún con más detalle estos “eventos de reutilización”, se han combinado los datos anteriormente expuestos con otras variables de estudio como los “tipos arquitectónicos” o la “localización por provincia/*distrito*”. En esta ocasión, se han reducido el número de “modelos constructivos megalíticos” al eliminar todos los tipos compuestos (ver subepígrafe 6.2.1), ya que al organizarse la información por “horizontes cronológicos” es posible discernir qué fórmula arquitectónica estaba vigente en cada momento de uso concreto (ver Gráfico 18). Los resultados obtenidos aportan muy poco de cara a la interpretación, siendo quizás, el dato más llamativo el hecho de que todos los “horizontes cronológicos de reutilización” están representados en prácticamente todos los “tipos arquitectónicos”, salvo algunas excepciones (como las “Tumbas-calero” o los “Redondiles”, modelos muy singulares y específicos de áreas geográficas concretas; ver subepígrafe 6.2.1). Destaca también la alta representatividad que tiene el valor del “III milenio BC” en aquellas arquitecturas que se podrían considerar como más monumentales (“Sepulcros de corredor”, “Redondiles” y “Cámaras simples con vestíbulo”), mientras que en las de menor tamaño su porcentaje disminuye notablemente (como en las “Cámaras simples” o los “Túmulos simples”). Esta disimetría podría estar reflejando una cierta preferencia de los “usuarios

megalíticos” de aquel momento por reocupar los sepulcros de mayores dimensiones y, por tanto, más visibles, quizás ligada a un cambio de funcionalidad y significación de estos monumentos dentro del ámbito socio-ritual (ver subepígrafe 7.1.4). De cualquier modo, esa elevada representación del “III milenio BC”, lo que sí está indicando es que en ese momento se dio un incremento en la actividad megalítica, que contrasta con la presencia casi testimonial del horizonte del “Final II milenio” en todos los tipos arquitectónicos.

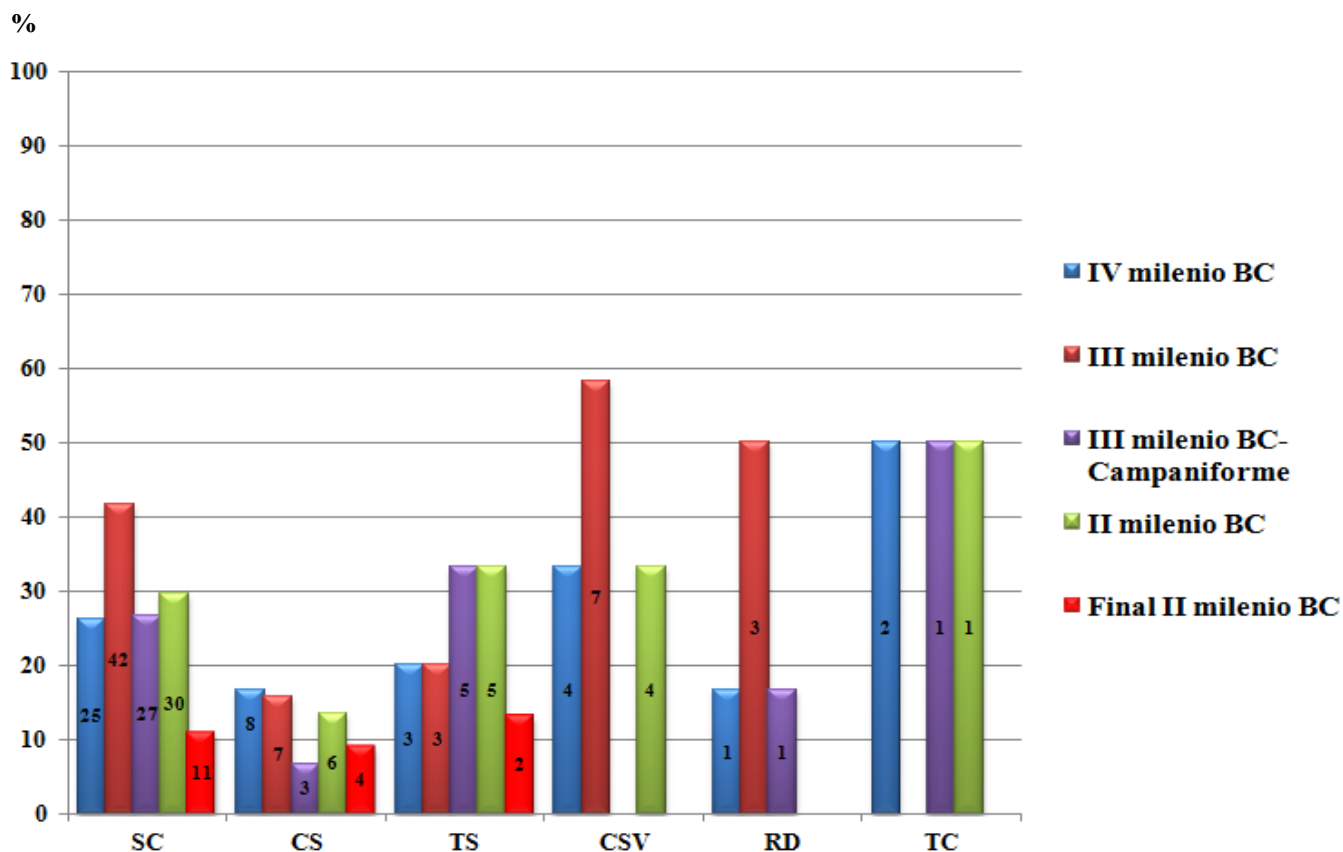
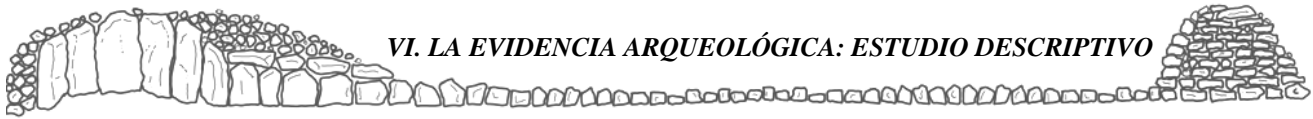


Gráfico 18: Representación porcentual de los yacimientos reutilizados por “tipo arquitectónico” según los “horizontes cronológicos” establecidos (ver Índice de Figuras)

Por su parte, los resultados del análisis combinado con la variable de la “localización por provincia/distrito” permiten extraer algunas reflexiones relevantes de cara a la interpretación de los datos (ver Gráfico 19). La pauta que se observa de manera clara en todo el territorio a nivel general es que en las zonas más occidentales del mismo (Porto, Salamanca, Vila Real, Viseu, entre otros), la suma de los valores porcentuales de los primeros “horizontes cronológicos” (IV y III milenio BC) supera, en muchos casos con creces, a la del resto de episodios de uso. En el sector central de la cuenca duriense esta diferencia parece equilibrarse (Ávila y Guarda), y llega a invertirse en las áreas más orientales (Burgos, Soria y Valladolid). Teniendo en cuenta que los valores del “IV



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

milenio BC” se mantienen por lo general muy similares (ver Mapa 21), cabría plantear un patrón de comportamiento geográfico diferenciado en relación a los “eventos de reutilización” adscritos al horizonte del “III milenio BC”, que mientras que en el sector occidental (y fundamentalmente en la vertiente meridional de la cuenca) tienen un papel claramente relevante, su importancia disminuye hacia el oriente del territorio, llegando incluso a no tener representación en algún caso (como en Soria) (ver Mapa 22). A su vez, las mismas zonas en las que se observa este descenso muestran una elevada representatividad del valor “III milenio BC-Campaniforme”, que en algunas provincias alcanza el 70% (ver Gráfico 19 y Mapa 23). Desde una perspectiva no tan general del territorio, se observan otras cuestiones llamativas como la acumulación de “eventos de reutilización” adscritos al “II milenio BC” en el cuadrante suroccidental de la cuenca (ver Mapa 24), o la concentración de los del “Final II milenio” en provincias como Salamanca y fundamentalmente Zamora (en ambos casos, las evidencias documentadas están ligadas a hallazgos de cerámicas de estilo “Cogotas I”), sobre todo teniendo en cuenta su ausencia o presencia testimonial en el resto del territorio (ver Mapa 25). La lectura interpretativa que se podría a estos resultados, sería en todo caso de corte local y ligada al desarrollo de influencias o tradiciones específicas.

No hemos querido dejar de reflejar otra situación que, pese a quedar ya fuera de esta investigación, consideramos relevante para comprender el alcance global de la pervivencia temporal de los monumentos megalíticos. Para ello, se ha realizado un estudio descriptivo muy superficial con un objetivo puramente informativo, de las reocupaciones de época histórica documentadas en estos mismos lugares. Hay que señalar que, si bien la recogida de datos relativa a este aspecto ha abarcado un número importante de campos de información (ver subepígrafe 5.2.1 y Aneco 1), no se ha desarrollado de manera tan pormenorizada y sistemática como en el caso de los “eventos de reutilización prehistóricos”, puesto que de tal modo se requeriría de un estudio específico al respecto. De los 180 yacimientos catalogados, 169 (94%) presentan uno o varios episodios de reutilización desde el I milenio BC hasta la actualidad, contándose apenas 9 casos (5%) en los que no se ha documentado ninguna evidencia de este tipo (ver Gráfico 20A).

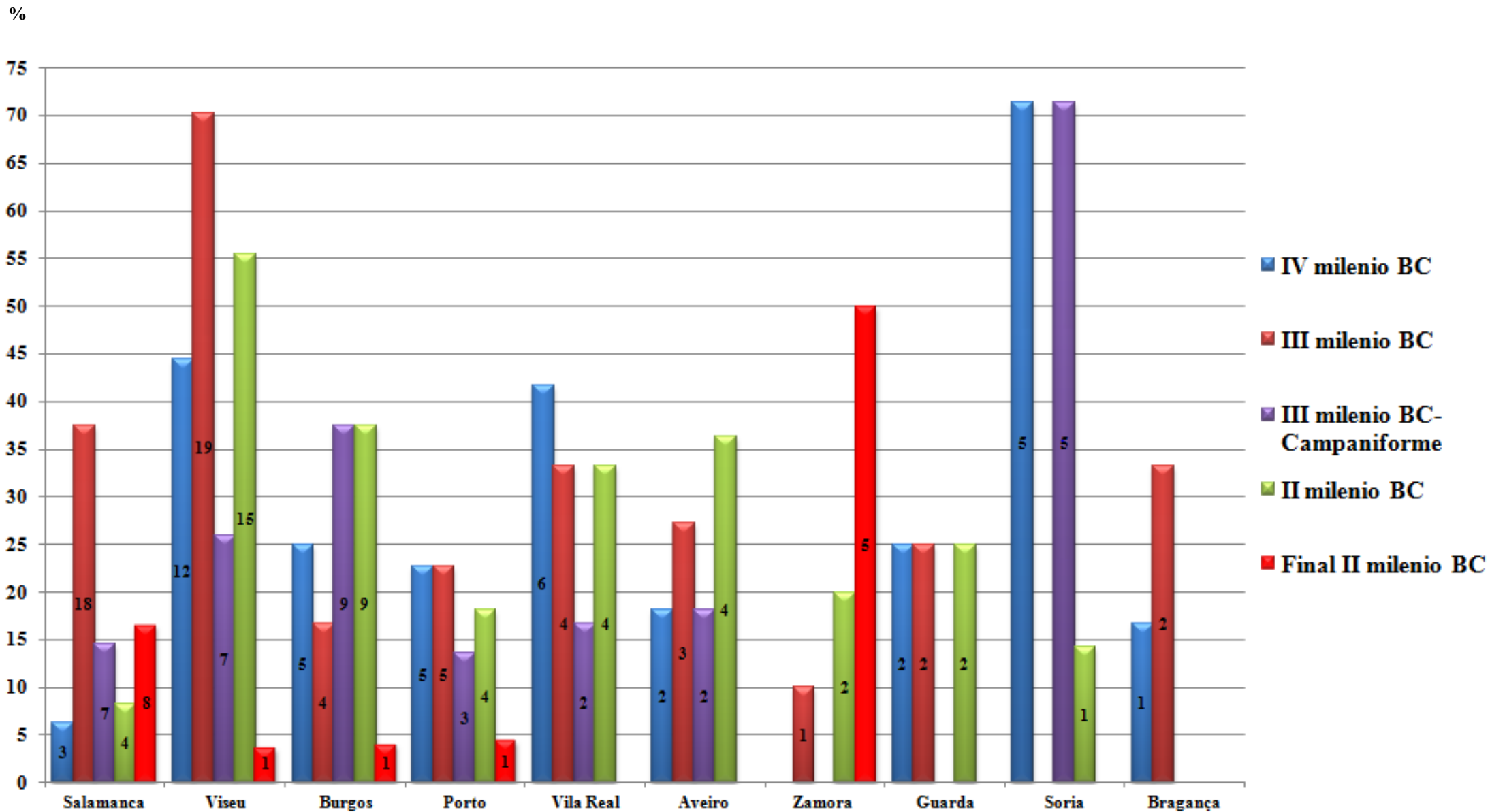
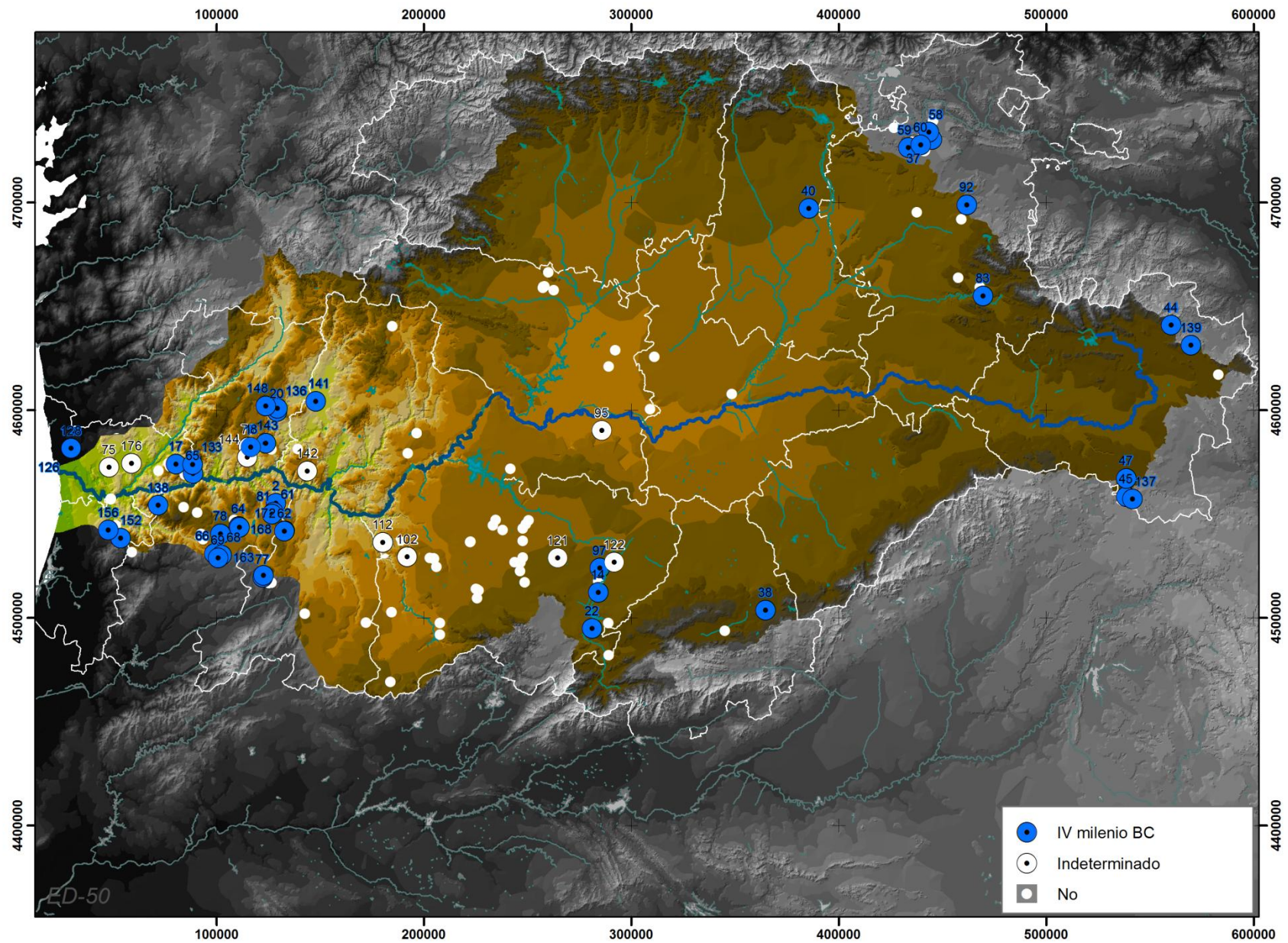
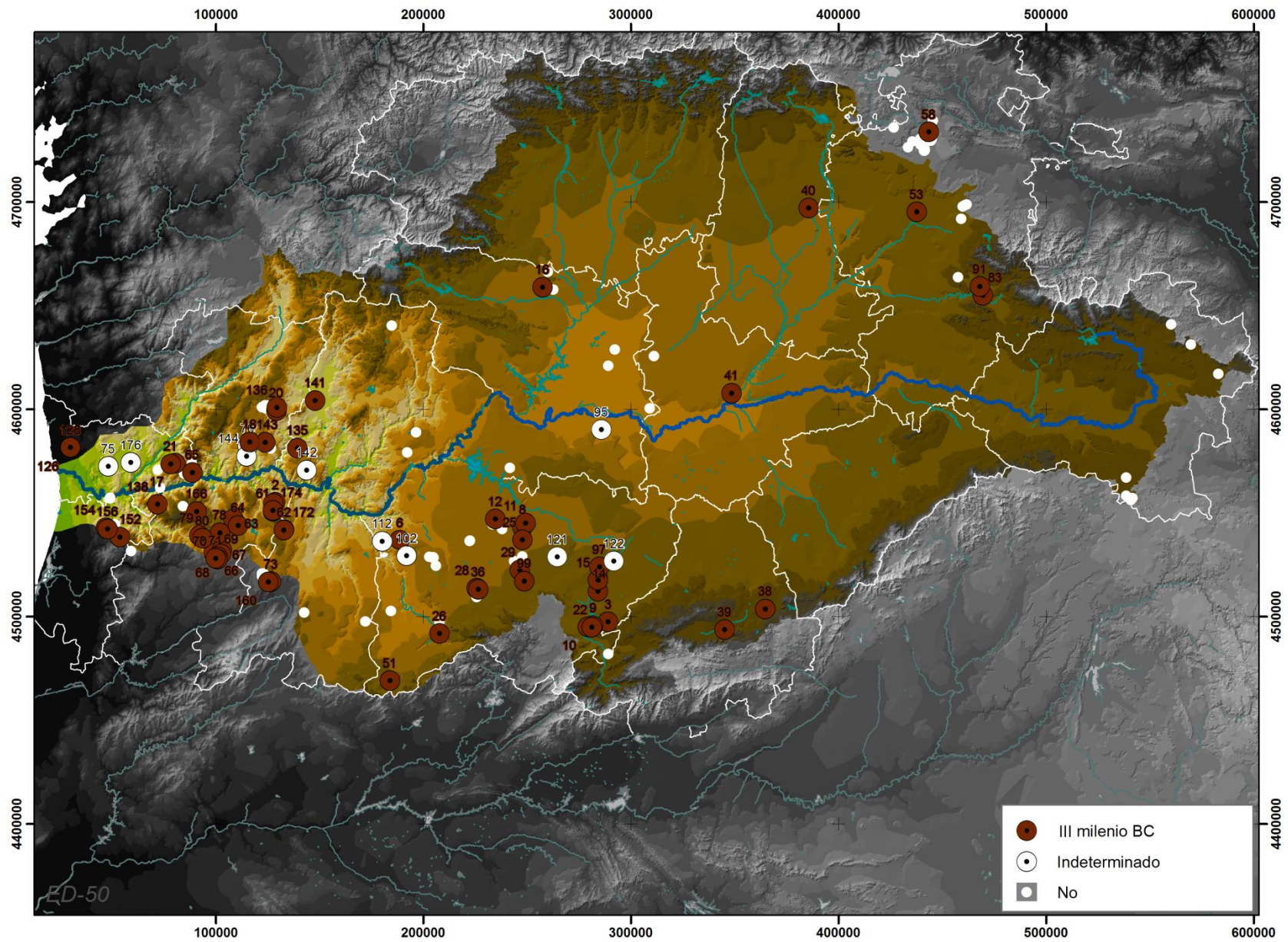


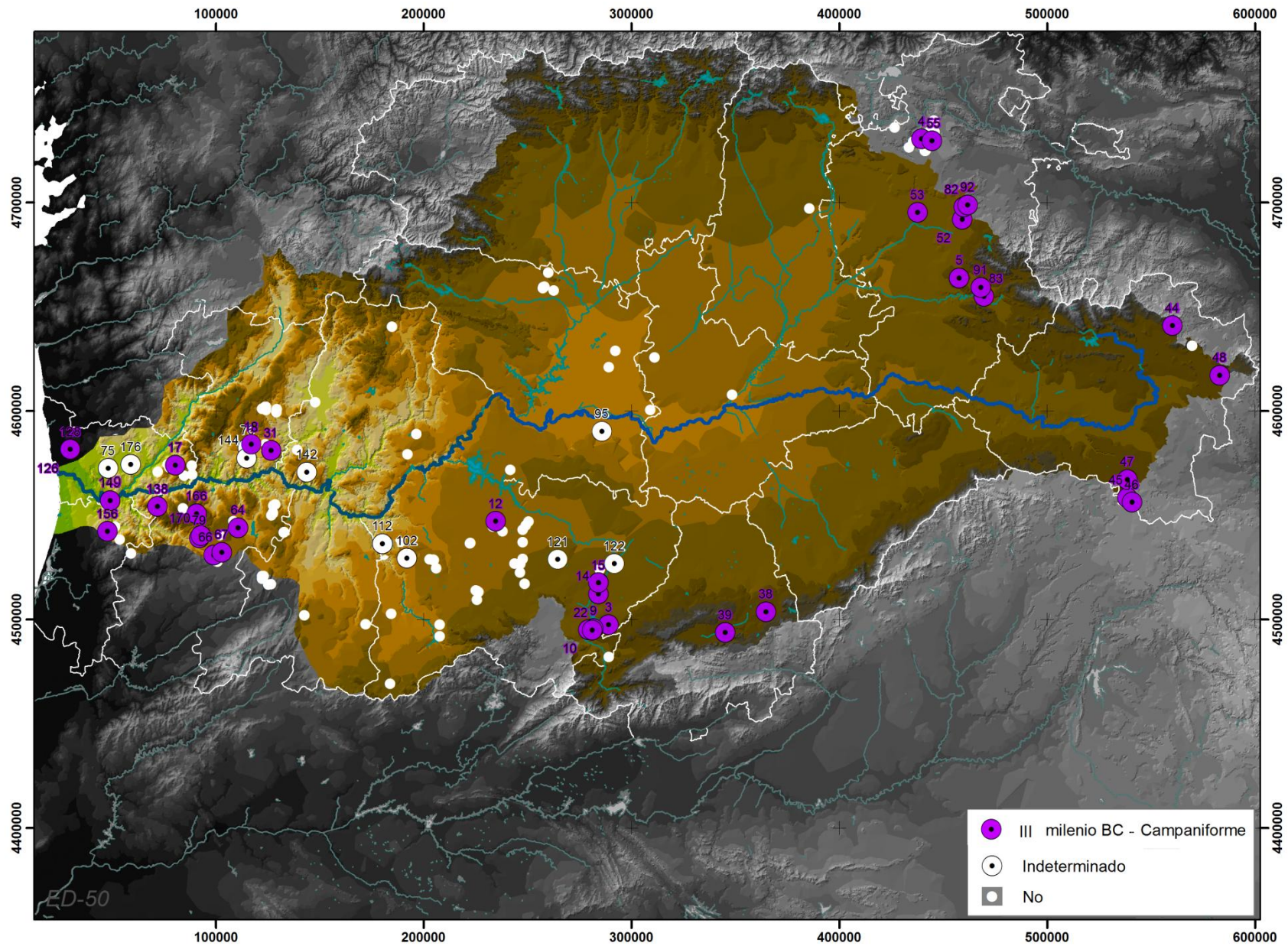
Gráfico 19: Representación porcentual de los yacimientos reutilizados por “localización de provincia/distrito” según los “horizontes cronológicos” establecidos



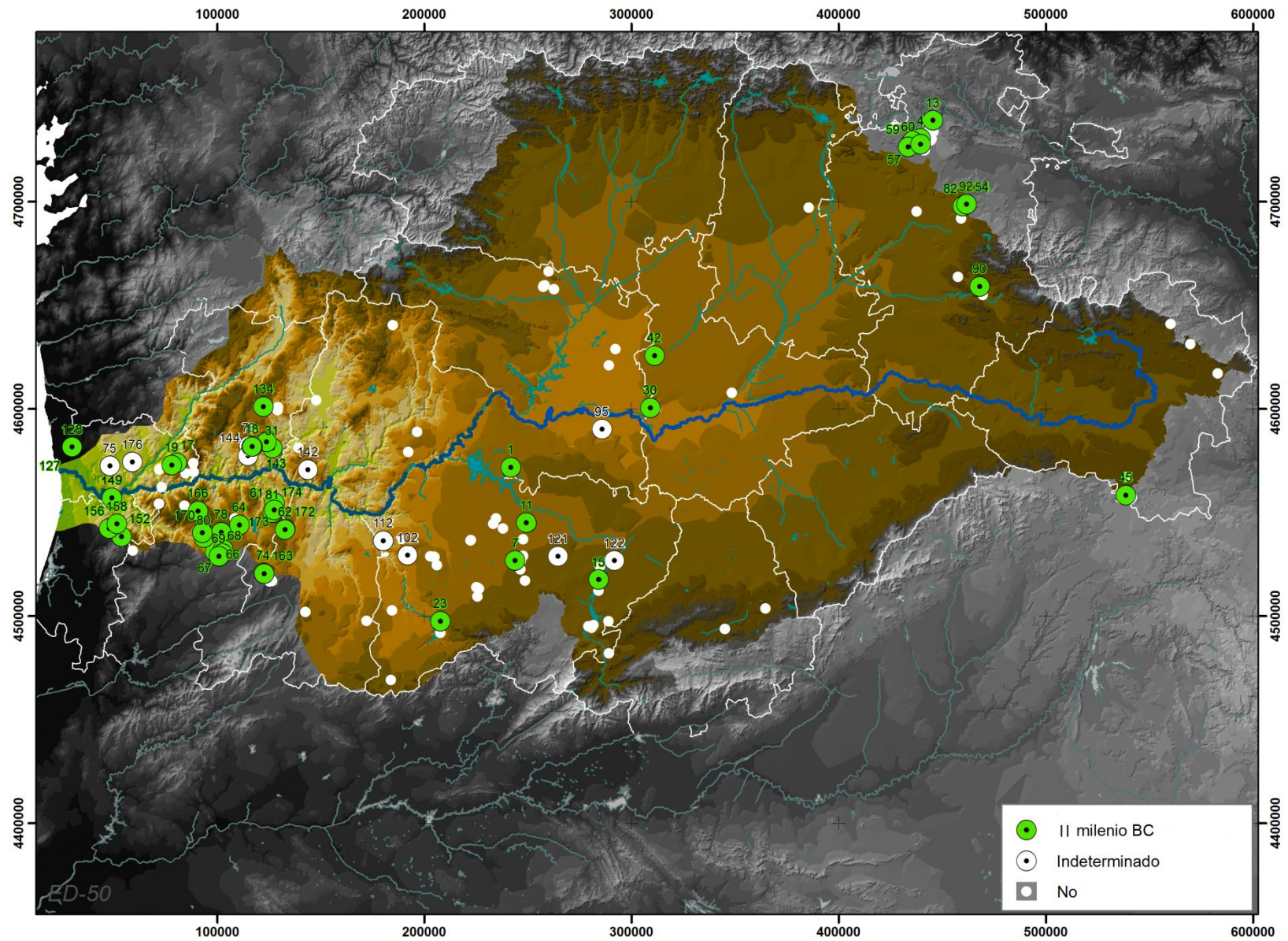
Mapa 21: Distribución de los yacimientos con "eventos de reutilización" documentados en el horizonte del "IV milenio BC" (ver Índice de Figuras)



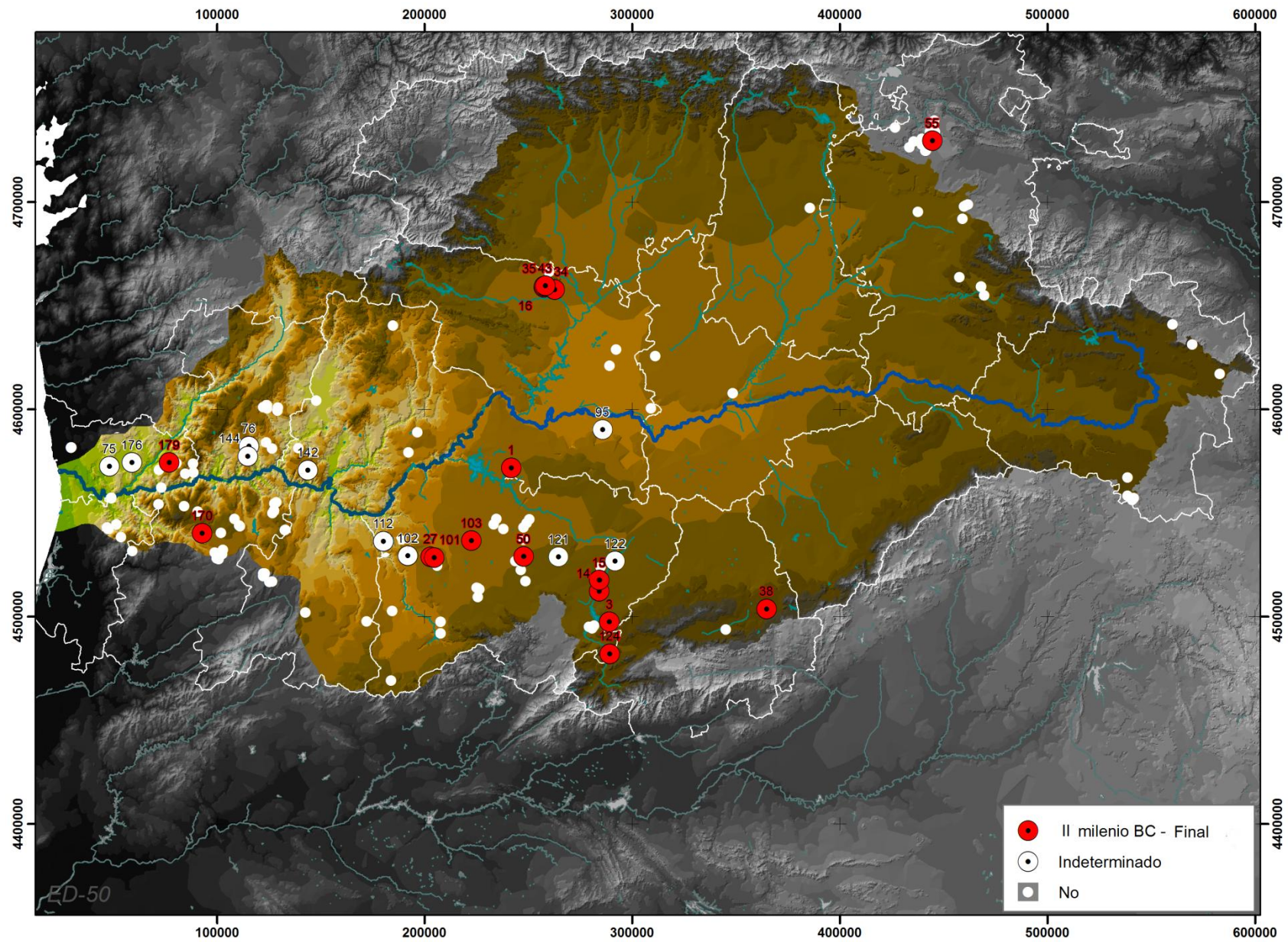
Mapa 22: Distribución de los yacimientos con “eventos de reutilización” documentados en el horizonte del “III milenio BC” (ver Índice de Figuras)



Mapa 23: Distribución de los yacimientos con “eventos de reutilización” documentados en el horizonte del “III milenio BC-Campaniforme” (ver Índice de Figuras)



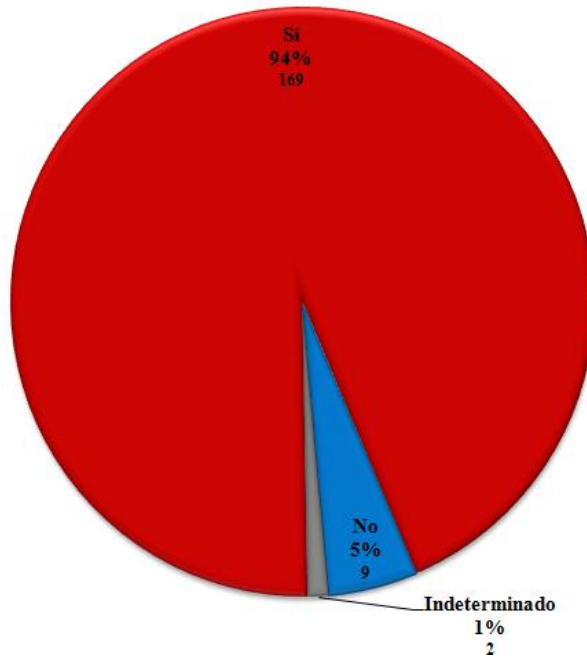
Mapa 24: Distribución de los yacimientos con “eventos de reutilización” documentados en el horizonte del “II milenio BC” (ver Índice de Figuras)



Mapa 25: Distribución de los yacimientos con “eventos de reutilización” documentados en el horizonte del “II milenio BC-Final” (ver Índice de Figuras)

Se observa un notable descenso de la actividad megalítica en el momento justo posterior al término del marco cronológico de este estudio, con apenas 5 ejemplos de reocupaciones registradas para el “I milenio BC”, entre los cuales se han hallado algunas evidencias funerarias en las que la fórmula de enterramiento cambia completamente con respecto a las prácticas mortuorias anteriores, puesto que se caracterizan por depósitos de vasijas cerámicas que contienen los restos de una cremación/incineración (ver Anexo 1 y Gráfico 20B). El fenómeno de las reutilizaciones repunta de nuevo en época romana, siglos en los que se llevaron a cabo numerosos saqueos e intrusiones en los sepulcros megalíticos causados por la creencia de que en aquellos lugares había oro enterrado. Posteriormente, durante el Medievo y hasta el s. XVIII aproximadamente, se mantuvo un interés general por estas construcciones ancestrales, destacando en estos periodos el fenómeno de la “cristianización” de algunas de ellas, a través de la erección de ermitas o iglesias en su entorno o incluso aprovechando parte de la estructura megalítica (hay 12 casos documentados a este respecto, entre los que destaca el *anta* de Capela da Senhora do Monte en Viseu, en el que el edificio religioso se construyó justo encima de la cámara del dolmen). Por último, hay un aumento cuantitativo importante de la actividad megalítica en los últimos siglos, a lo largo de los cuales la mayor parte de las actuaciones se han caracterizado por saqueos y destrucciones parciales, protagonizados bien por furtivos en busca de “tesoros” guiados por las viejas leyendas en torno a estos lugares, o bien por agricultores y gentes de la zona que readecuaron el espacio sepulcral como refugio o redil para ganado, o directamente arrancaron las piedras con el fin de reaprovecharlas en otras construcciones cercanas o para facilitar el laboreo agrícola. En la categoría de “Actual”, representada por 54 casos (30%), se han computado todas las actuaciones que se han desarrollado con carácter patrimonial, destinadas a la conservación, protección e incluso restauración de los monumentos megalíticos (ver Gráfico 20B). Pese a que se trata de un porcentaje nada desdeñable, sin embargo habría que invertir mayor esfuerzo desde todos los ámbitos del mundo arqueológico-patrimonial, para que en un futuro se puedan mantener en buenas condiciones estos lugares tan singulares, custodios de nuestro pasado y testigos excepcionales del devenir histórico.

A



B

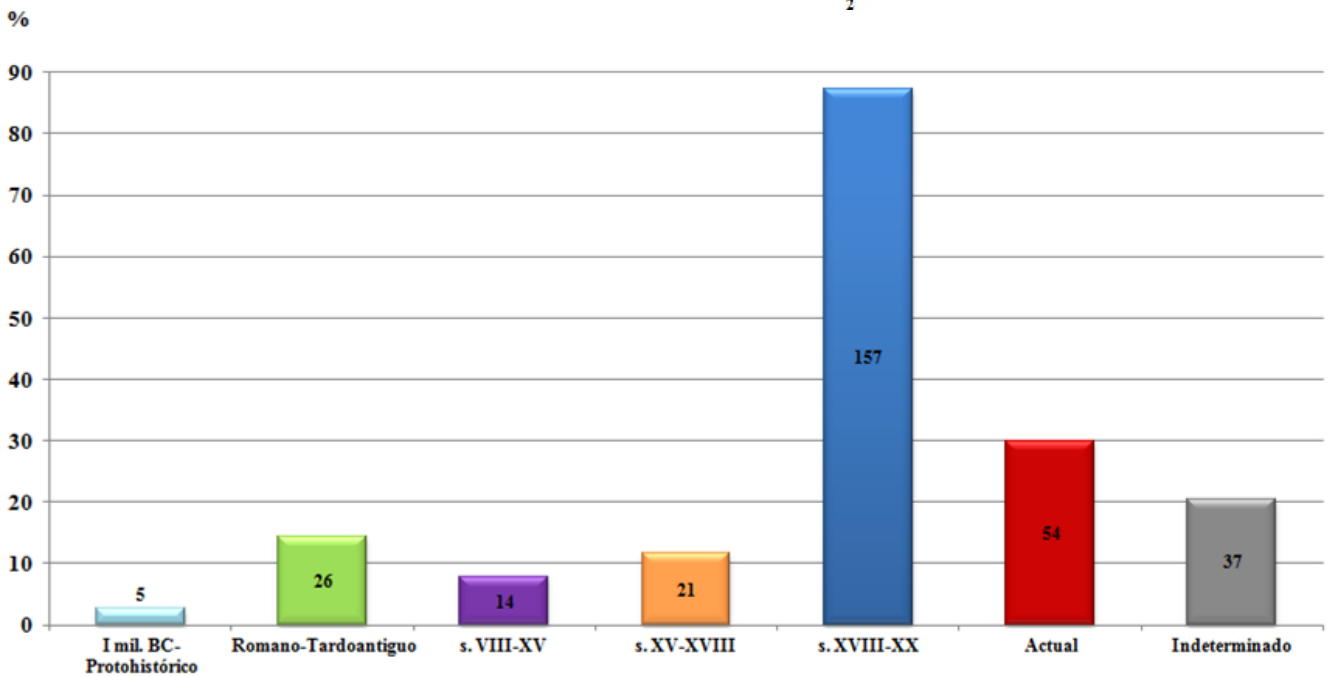


Gráfico 20: Representación porcentual de la presencia/ausencia de “eventos de reutilización” de época histórica en los yacimientos catalogados (A) y su porcentaje de representatividad en función del periodo al que se adscriben (B)

Los análisis expuestos hasta aquí hacen referencia a cuantificaciones y representaciones porcentuales diversas de los yacimientos en los que se han registrado episodios de reocupación post-fundacional, obteniendo así una imagen general del fenómeno de las reutilizaciones en la realidad megalítica del valle del Duero/Douro. Sin embargo, estos datos no son suficientes para valorar el verdadero impacto que tuvieron tales actuaciones, para lo cual es necesario analizar con detalle cada uno de los “eventos de reutilización” documentados, que en ocasiones pueden adscribirse al mismo

“horizonte cronológico” procediendo de un solo contexto megalítico. Por esta razón, el cómputo de los datos a analizar varía, puesto que mientras en los anteriores estudios los valores porcentuales se obtenían sobre el total de yacimientos (es decir, 180), ahora se van a ponderar sobre el conjunto global de los “eventos de reutilización” que alcanzan la cifra de 225.

Las relaciones porcentuales entre los eventos asociados a los distintos “horizontes cronológicos” (ver Gráfico 21), se mantienen por lo general similares a las resultantes del análisis limitado al conjunto de yacimientos reutilizados (ver Gráfico 17). Por tanto, se confirma la hipótesis de que el momento de mayor intensidad de actividad megalítica post-fundacional se corresponde con el horizonte del “III milenio BC”, representado por 63 casos (casi un 30 % de los “eventos de reutilización” documentados), seguido muy de cerca por el valor cronológico del “IV milenio BC” con 58 (26%). La representatividad porcentual de los siguientes horizontes está muy equilibrada, destacando ligeramente el “II milenio BC” (47 casos-21%) sobre el “III milenio-Campaniforme” (39-17%). También se ratifica la escasa representación (7,6%), casi testimonial, de los “eventos de reutilización” ligados al horizonte del “II milenio BC-Final”, cuya cuantificación (17) coincide con el número de yacimientos en los que se han registrado episodios de reocupación en el mismo lapso cronológico. Por consiguiente, se reafirma la hipótesis ya planteada anteriormente de la “tendencia” general a ir dejando de reutilizar los antiguos monumentos megalíticos a lo largo del tiempo, un fenómeno que no tuvo lugar de manera lineal sino discontinua con la presencia de periodos de inactividad alternados con “picos” de mucha actividad, los cuales cada vez se van distanciando más y perdiendo intensidad.

Para combinar estos datos con la variable “tipo arquitectónico” se ha cambiado en esta ocasión la perspectiva de análisis (ver Gráfico 22), ya que el objetivo que se busca es otro distinto. Si cuando usamos la categoría de “tipo arquitectónico” como la variable principal (al igual que ocurre con la de “localización geográfica de provincia/distrito”), lo que se pretende es obtener una imagen general de lo que acontece en todo el conjunto megalítico estudiado con el fin de detectar posibles pautas de comportamiento diferenciado dentro del propio territorio, ahora lo que se intenta es dilucidar si existe algún tipo de selección o predilección en relación al modelo constructivo megalítico a utilizar en cada uno de los “horizontes cronológicos” definidos.

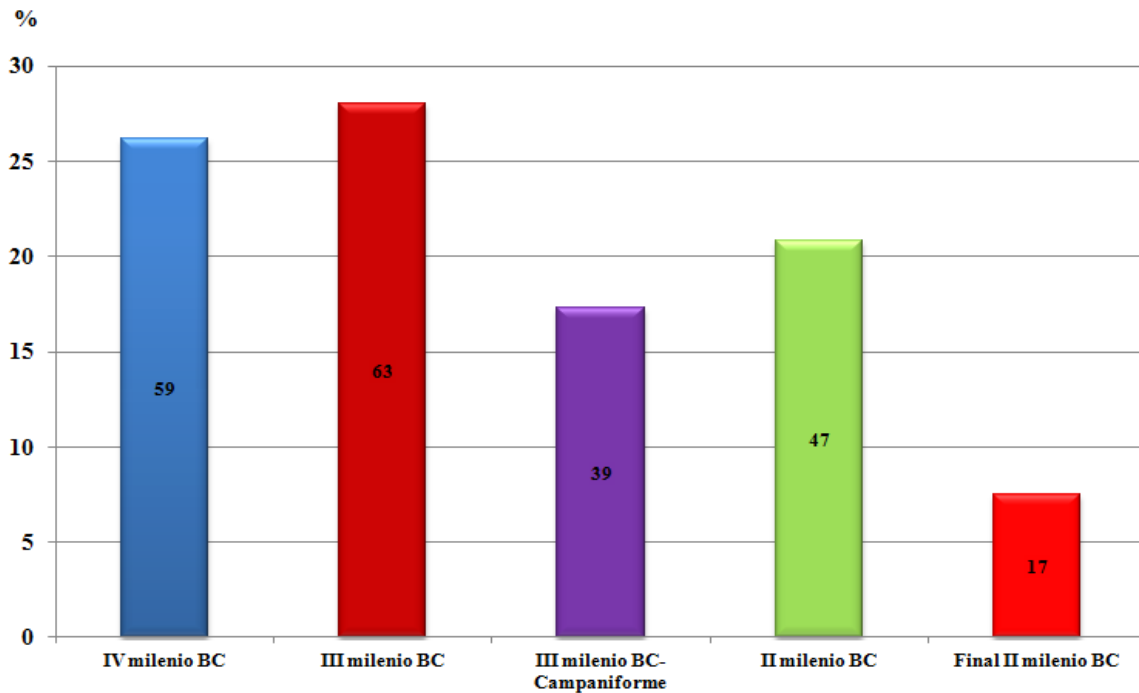


Gráfico 21: Representación porcentual de todos los “eventos de reutilización” documentados por “horizontes cronológicos”

Dejando a un lado el hecho de que en todo los casos el tipo mayoritario resultante son los “Sepulcros de corredor” (resultado condicionado por la sobrerrepresentación de este modelo constructivo en el conjunto de los datos computados; ver subepígrafe 6.2.1), observando las relaciones entre todos los valores de la categoría se obtienen algunas evidencias interesantes. La correspondencia porcentual entre los “Sepulcros de corredor” y los restantes tipos está equilibrada en la mayor parte de los “horizontes cronológicos” (manteniéndose cerca de la proporción de 60/40 a favor de los primeros, e incluso acercándose al 50/50 en algunos casos). Sin embargo, hay ciertos valores cronológicos que muestran un notable desequilibrio a este respecto, llegando a alcanzar una representatividad del 70% para los “Sepulcros de corredor”, y que se corresponden concretamente con el “III milenio BC” y fundamentalmente con el “III milenio BC-Campaniforme”. Estos datos, como ya se ha planteado anteriormente, indican una cierta preferencia durante esos episodios de uso hacia la reocupación de los megalitos con dimensiones más grandes, y por tanto de mayor monumentalidad y visibilidad, probablemente determinada por cuestiones de índole ritual o ideológica que podrían estar reflejando cambios tanto en la funcionalidad como en la significación de estos lugares.

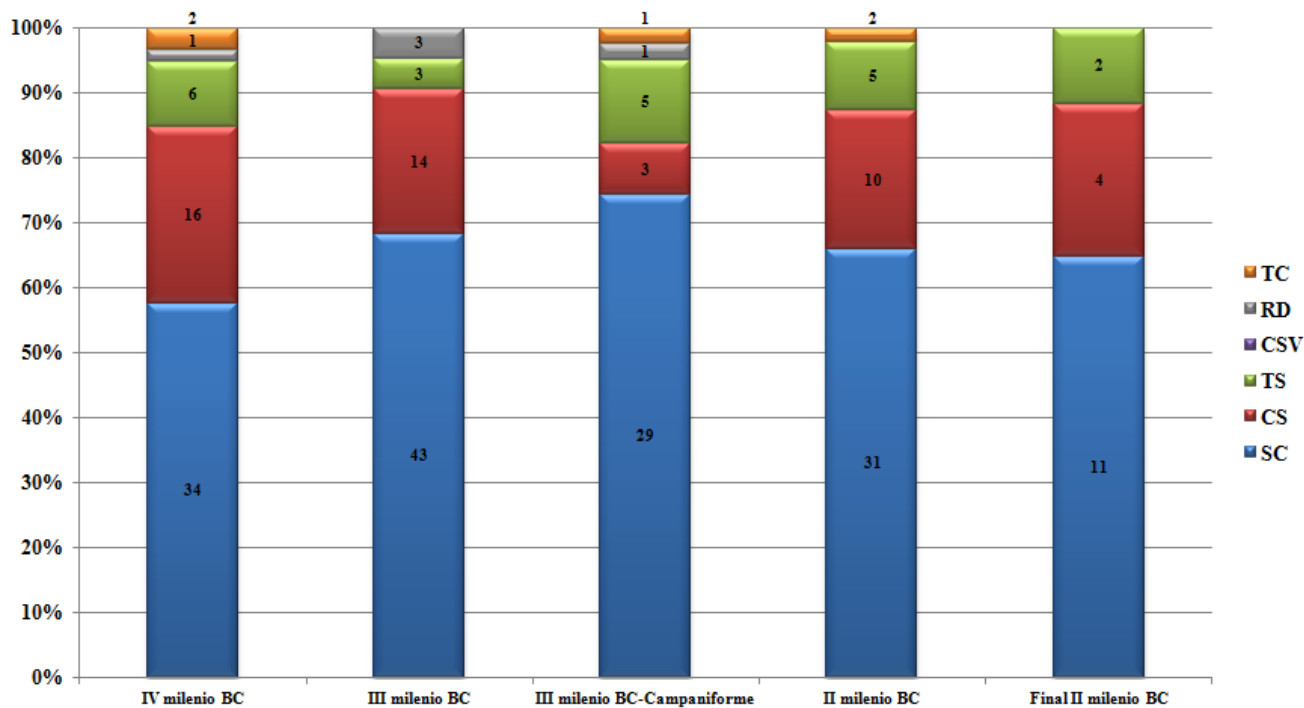


Gráfico 22: Relación porcentual entre los distintos “tipos arquitectónicos” en función de los “horizontes cronológicos” a los que se adscriben sus “eventos de reutilización” (ver Índice de Figuras)

Con el fin de caracterizar en mayor detalle los “eventos de reutilización” documentados, se ha introducido una nueva variable de análisis definida como “contexto de reutilización”, que hace referencia al lugar concreto del megalito donde se llevaron a cabo las actuaciones y depósitos que conforman dichos eventos (ver Gráfico 23). Para realizar el estudio estadístico se han establecido 6 valores dentro de esta categoría (aunque inicialmente en la fase de recogida de datos se diferenciaron muchos más -ver Anexo 1-): “Cámara”, “Corredor”, “Zonas de acceso” (incluyen todas las áreas de contacto entre los espacios considerados como internos/restringidos y los externos/accesibles, que son los corredores intratumulares, los atrios u otras zonas de entrada al propio sepulcro, bien al corredor o directamente a la cámara en función de sus características arquitectónicas), “Túmulo” (se han computado en este valor todas las evidencias halladas en la estructura tumular, tanto en el área periférica al recinto cameral como en otras partes más alejadas), “Periferia” (es decir, el entorno inmediato a la construcción) y “Monumento completo” (este concepto se ha definido para caracterizar el “contexto de reutilización” de algunos eventos concretos, cuyo resultado es la transformación completa de la construcción primitiva bien mediante su remodelación o por la erección de un nuevo edificio sobre ella). En la categoría de “Indeterminado” se han incluido aquellas evidencias completamente descontextualizadas, halladas normalmente en torno al monumento o en la superficie

tumular, de manera que resulta imposible discernir cuál podría haber sido su ubicación original.

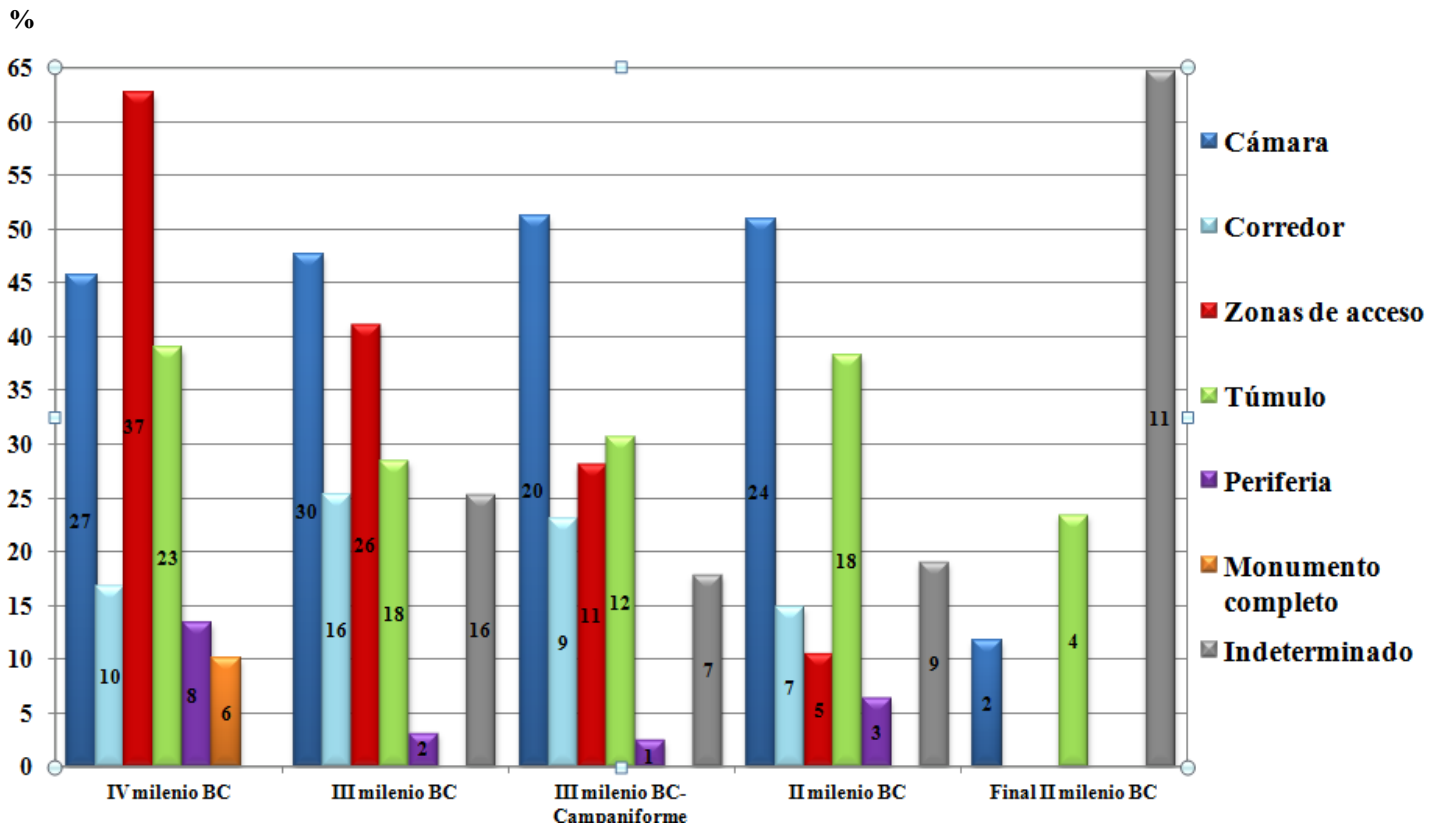


Gráfico 23: Representación porcentual de los “eventos de reutilización” por “contexto de reutilización” según los “horizontes cronológicos” establecidos

El primer resultado que llama la atención es el alto porcentaje de uso de las “Cámaras” en prácticamente todos los “horizontes cronológicos” (a excepción del último), un dato poco sorprendente dada la enorme carga simbólica que acarrear dichos lugares como espacios sepulcrales por excelencia (incluso en época histórica, es donde se concentran la mayor parte de las actuaciones). Este hecho ha provocado que precisamente sean los recintos camerales, los contextos megalíticos que suelen encontrarse más alterados y en peores condiciones de conservación. Partiendo de esta base, y como ocurría en el caso de la combinación analítica con los “tipos arquitectónicos”, las reflexiones realmente interesantes vienen dadas por la observación de la correspondencia porcentual entre las “Cámaras” y el resto de “contextos de reutilización” (ver Gráfico 23 y 32). En este sentido, hay una clara diferencia entre los primeros “horizontes cronológicos de reutilización”, en los que la suma de los porcentajes de los “Corredores” y “Zonas de acceso” supera con creces a los de las “Cámaras”, situación que en momentos posteriores se equilibra (en el “III milenio BC-

Campaniforme” son equivalentes), y llega a invertirse en los últimos momentos del recorrido diacrónico (“II milenio BC”), incluso a dejándose de utilizar por completo dichos lugares de acceso (en el “II milenio BC-Final” no hay ninguna evidencia registrada en “Corredores” ni “Zonas de acceso”). La representatividad del uso de los “Túmulos” se mantiene más o menos igualada a lo largo de todo el trayecto cronológico, aunque la diferencia porcentual en relación a los restantes valores es favorable al respecto a partir del horizonte del “II milenio BC”. La representación de la “Periferia” en general es muy escasa, aunque adquiere una cierta importancia durante el horizonte del “IV milenio BC”. Es también en este primer periodo de reutilización post-fundacional, en el que se registran todos los eventos que provocaron la transformación del “Monumento completo”. Este hecho, como se expondrá en posteriores epígrafes (ver epígrafe 7.1) está vinculado a un fenómeno bastante generalizado de remodelación y reestructuración de los megalitos, que tuvo lugar en un lapso temporal más o menos específico integrado dentro del “horizonte cronológico” citado.

En conjunto, parece que los resultados apuntan hacia patrones de comportamiento diferenciado a lo largo de todo el recorrido diacrónico. En un primer momento, se elegían zonas abiertas, accesibles, capaces de albergar a un buen número de personas (áreas de entrada a los monumentos con amplios atrios, los corredores o mismamente la periferia inmediata), quizás porque los ceremoniales que se llevaban a cabo tenían una clara orientación pública o comunitaria. Con el paso del tiempo esta tendencia va desapareciendo, trasladando el ritual junto a las prácticas que lo acompañan, hacia espacios más interiores, muy concretos y por tanto con un acceso más restringido en cuanto al número de participantes, con una intencionalidad cada vez más evidente de alterar mínimamente las estructuras o incluso ocultar los nuevos depósitos.

Una primera valoración preliminar a plantear tras la evaluación de los análisis expuestos es la existencia de pautas de comportamiento diferenciado desde un punto de vista diacrónico. Los resultados aportados por los estudios estadísticos descriptivos realizados tanto sobre el total de yacimientos reutilizados como sobre el conjunto de “eventos de reutilización”, y sus respectivas combinaciones con otras variables de estudio, dibujan ciertas tendencias en relación a distintos factores (selección de los monumentos según sus dimensiones y monumentalidad, uso de distintos espacios dentro del propio megalito...), que se inician en uno de los “horizontes cronológicos” y se ven reforzadas o incluso intensificadas en el siguiente (ocurre entre el “IV milenio BC” y el



“III milenio BC”, así como con el “III milenio-Campaniforme” y “II milenio BC”). Por su parte, el episodio de reutilización más reciente (“Final II milenio”) presenta unas pautas de comportamiento completamente diferentes e independientes con respecto a los anteriores, aunque no hay que olvidar que se trata de un momento infrarrepresentado dentro del conjunto de datos analizados y cuyas evidencias son prácticamente testimoniales en gran parte del territorio de estudio. Esta reflexión podría llevar a definir dos grandes periodos de reutilización de los monumentos megalíticos en el valle del Duero/Douro, el primero que se iniciaría a mediados del IV milenio BC y se extendería hasta el primer tercio del III milenio BC, y otro que abarcaría desde el último tercio del III milenio BC hasta las primeras centurias del II milenio BC (con una importante representación, en este caso, de las evidencias ligadas al “fenómeno campaniforme”). Los escasos hallazgos asociados a los últimos momentos del periodo estudiado parecen apuntar más bien a eventos esporádicos y puntuales de reutilización de megalitos, aunque también manifiestan ciertos rasgos comunes. Se trata simplemente de un planteamiento preliminar a raíz de los análisis expuestos hasta este momento, que se irá matizando y desarrollando desde diferentes perspectivas y con nuevos datos a lo largo de posteriores epígrafes (ver epígrafe 7.1).

6.3.2. EL IMPACTO DEL FACTOR FUNERARIO EN LOS “EVENTOS DE REUTILIZACIÓN”

El aspecto funerario de las reutilizaciones megalíticas ha sido tradicionalmente la faceta de mayor relevancia y casi tratada con exclusividad dentro del estudio de este fenómeno de las reutilizaciones a lo largo de la Prehistoria reciente (Delibes y Santonja, 1987: 178-180). De este modo, otras prácticas de carácter no funerario han pasado prácticamente inadvertidas para los investigadores, creando así una falsa imagen de que todos los eventos de reocupación de estos monumentos tenían un fin mortuario y que precisamente la celebración del funeral constituía el centro de todos los ceremoniales llevados a cabo en dichos lugares. Este hecho podría estar vinculado, entre otros muchos factores, a la mayor facilidad para la detección de evidencias funerarias tanto por la presencia de restos humanos (en caso de que se conserven) como de determinadas estructuras y materiales asociadas. Normalmente se caracterizan por ser eventos bastante “vistosos”, dada la presencia de objetos llamativos como cerámicas de buena factura y decoración elaborada, instrumentos líticos elaborados para la ocasión, elementos metálicos u objetos de adorno, todos ellos artefactos que aunque también

comparecen en ámbitos domésticos, no lo hacen con la misma frecuencia ni representatividad porcentual. En este sentido, el caso más paradigmático es el de los depósitos funerarios ligados al “fenómeno campaniforme” cuya vistosidad y recurrente hallazgo en contextos megalíticos, los convirtió durante mucho tiempo en los protagonistas del fenómeno de la reutilizaciones megalíticas, caracterizándolas como actos puramente funerarios (Delibes, 2010: 43). Esta falsa imagen hizo que tradicionalmente se interpretase cualquier resto de una ocupación posterior a lo que se consideraba como el fin de la “era megalítica”, como parte de una práctica mortuoria, pese a que no existiera ninguna evidencia sólida que corroborase dicha hipótesis.

Sin embargo, como ya se ha señalado en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, las reutilizaciones megalíticas son un fenómeno mucho más complejo, que no se limita simplemente a la pervivencia de estas arquitecturas como espacios sepulcrales, sino que está conformado por un amplio número de prácticas y actuaciones diversas que se combinan de manera diferente a lo largo del tiempo, dando lugar a eventos de uso específicos y a veces muy singulares, en los que en muchos casos el factor funerario tiene una baja o incluso nula representatividad. Con ello no se pretende negar la relevancia de los “usos funerarios post-fundacionales” de cara a la interpretación del devenir de los monumentos megalíticos, pero sí llamar la atención sobre el hecho de que en muchas ocasiones la “acción mortuoria” es sólo una parte más dentro del desarrollo de un complejo ceremonial.

Antes de entrar a evaluar los análisis realizados sobre el conjunto de “eventos de reutilización funeraria” documentados, hay que detenerse en una serie de cuestiones en nuestra opinión fundamentales de cara a la valoración de los resultados obtenidos. En primer lugar, volver a incidir en la idea del enorme desequilibrio existente en cuanto al grado de conservación de la materia orgánica (ver epígrafe 6.2.4 y Mapa 19), completamente nula en muchas zonas, debido a la diversidad de las condiciones geomorfológicas del territorio duriense (Delibes y Santonja, 1987: 185). Este factor lastra sin duda alguna la información manejada, puesto que en muchos casos por razones ajenas a la realidad megalítica, no se pueden documentar dichos eventos a través de su testimonio arqueológico fundamental que es la presencia de huesos humanos. Pero además, incluso en aquellos yacimientos en los que sí se han conservado los restos óseos, es habitual que los depósitos correspondientes a las ocupaciones post-fundacionales se hallen muy alterados, ya que por su localización y disposición



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

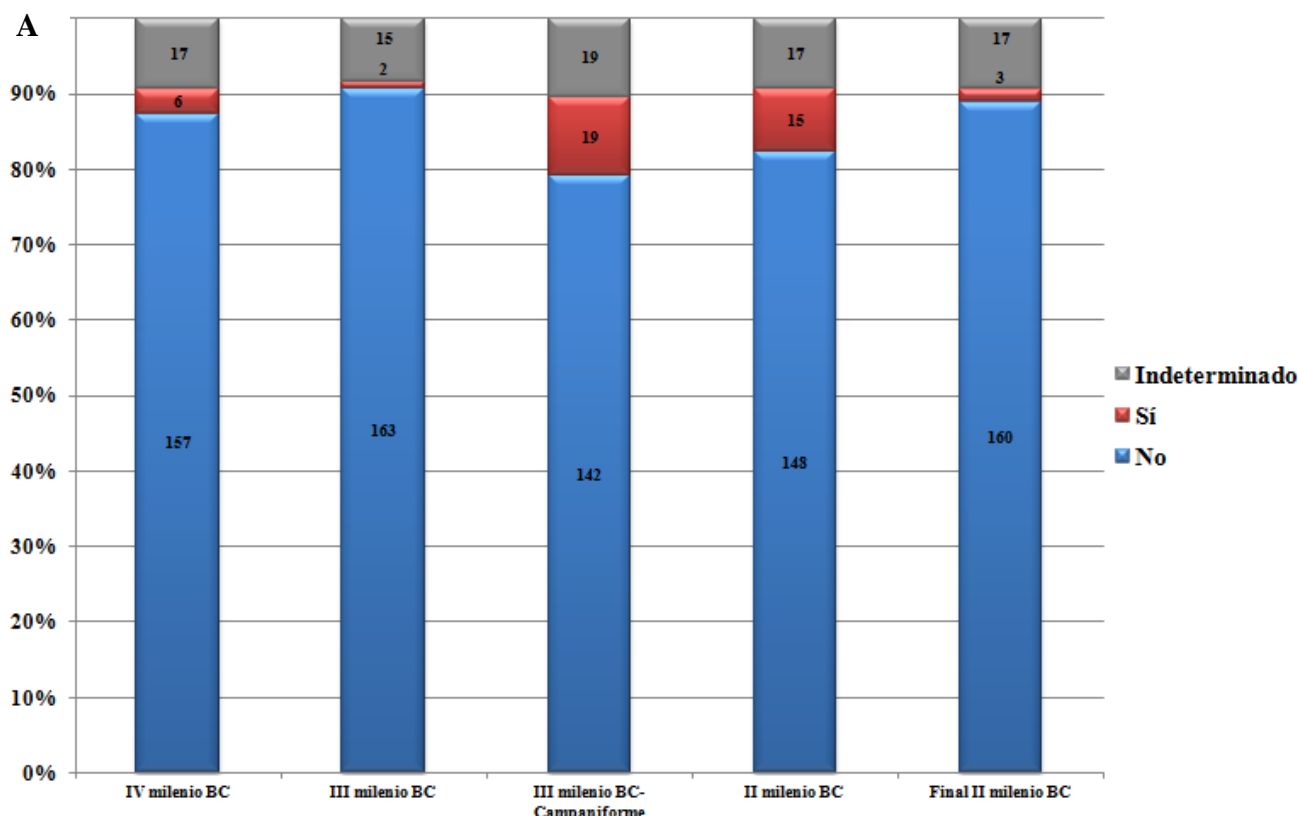
(generalmente en sectores superficiales y por lo tanto más expuestos del monumento), suelen ser los primeros afectados por las diversas intrusiones y remociones sufridas por el megalito (por ejemplo, el paso del arado por encima de estas estructuras altera principalmente las manifestaciones ubicadas en el túmulo). Esta situación provoca que las evidencias funerarias aparezcan en muchos casos descontextualizadas, siendo imposible en gran parte de las ocasiones casos discernir su ubicación original (*ibídem*: 181).

Es por esta razón que dentro del conjunto de datos a analizar, se ha incluido una categoría de “Posible funerario”, que aunque en algunos casos aparece computada como “Funeraria” sin más, en otros se ha mantenido la diferencia con un propósito puramente informativo (ver gráfico 24B). Dentro de este valor se han incluido aquellas manifestaciones en las que, a pesar de no contar con huesos humanos conservados, la combinación y disposición del resto de elementos materiales, permite interpretarlos como depósitos funerarios, al compararlos con otros contextos que sí presentan evidencias óseas. La mayor parte de estos casos ya habían sido considerados como testimonios ligados a acciones mortuorias por los propios excavadores (Da Cruz, 2001: 145-150; Benet *et al.*, 1997; Delibes *et al.*, 1997: 790; Delibes y Santonja, 1987: 180-187; etc.).

Teniendo en cuenta todas estas cuestiones, hay que tomar con cautela el valor absoluto de las cuantificaciones y porcentajes ofrecidos, puesto que no suponen una representación fiel y completamente rigurosa de la faceta funeraria diacrónica de la realidad megalítica en el valle del Duero/Douro (en nuestra opinión, de haberse conservado este tipo de manifestaciones en todo el territorio, los porcentajes arrojados estarían por encima de los expuestos en el presente trabajo). Por el contrario, sí se pueden extraer reflexiones válidas e interesantes de los resultados de los análisis comparativos entre las distintas variables y sus relaciones porcentuales, fundamentalmente en lo que respecta a las pautas de comportamiento que determinan los “eventos de reutilización funeraria” en cada uno de los “horizontes cronológicos” establecidos.

La correspondencia porcentual entre la cuantificación del valor “No funerario” y la de la suma del “Sí funerario” y “Posible funerario” (ver Gráfico 24), tanto en los análisis realizados sobre el conjunto de yacimientos reutilizados como espacio sepulcral como sobre el total de “eventos de reutilización funeraria” documentados (ya se ha

señalado anteriormente la diferencia entre ambas categorías), muestra una bastante evidente acumulación de la mayor parte de las prácticas con carácter mortuario en los dos “horizontes cronológicos” que abarcan desde mediados del III milenio BC hasta la primera mitad del II milenio BC (es decir, los valores del “III milenio BC” y “II milenio BC”). En el segundo de los gráficos (ver Gráfico 24B) se observa cómo en los primeros momentos de “uso post-fundacional” el desequilibrio entre los “eventos de reutilización funeraria” y “no funeraria” llega a alcanzar incluso el 90% (en el caso del “III milenio BC”), mientras que en los momentos sucesivos la relación se equilibra e incluso llegan a ser valores equivalentes (en concreto, en el horizonte del “III milenio BC-Campaniforme”). Por su parte, sólo se han computado 2 casos de reutilización funeraria segura y otra posible, adscritos al último de los episodios de reutilización documentado (“II milenio BC-Final”). La “tendencia lineal” dibujada en este caso por los resultados muestra una situación completamente inversa a la observada para el comportamiento diacrónico de las frecuencias de presencia/ausencia de “eventos de reutilización” (ver Gráfico 17 y 24B), puesto que en este caso es el valor del “Sí” el que se incrementa, mientras que el “No” disminuye. Por tanto, se podría plantear que a la vez que desciende la intensidad de la actividad megalítica a lo largo del periodo estudiado, el factor funerario va adquiriendo mayor relevancia y protagonismo dentro del conjunto de los ceremoniales desarrollados.



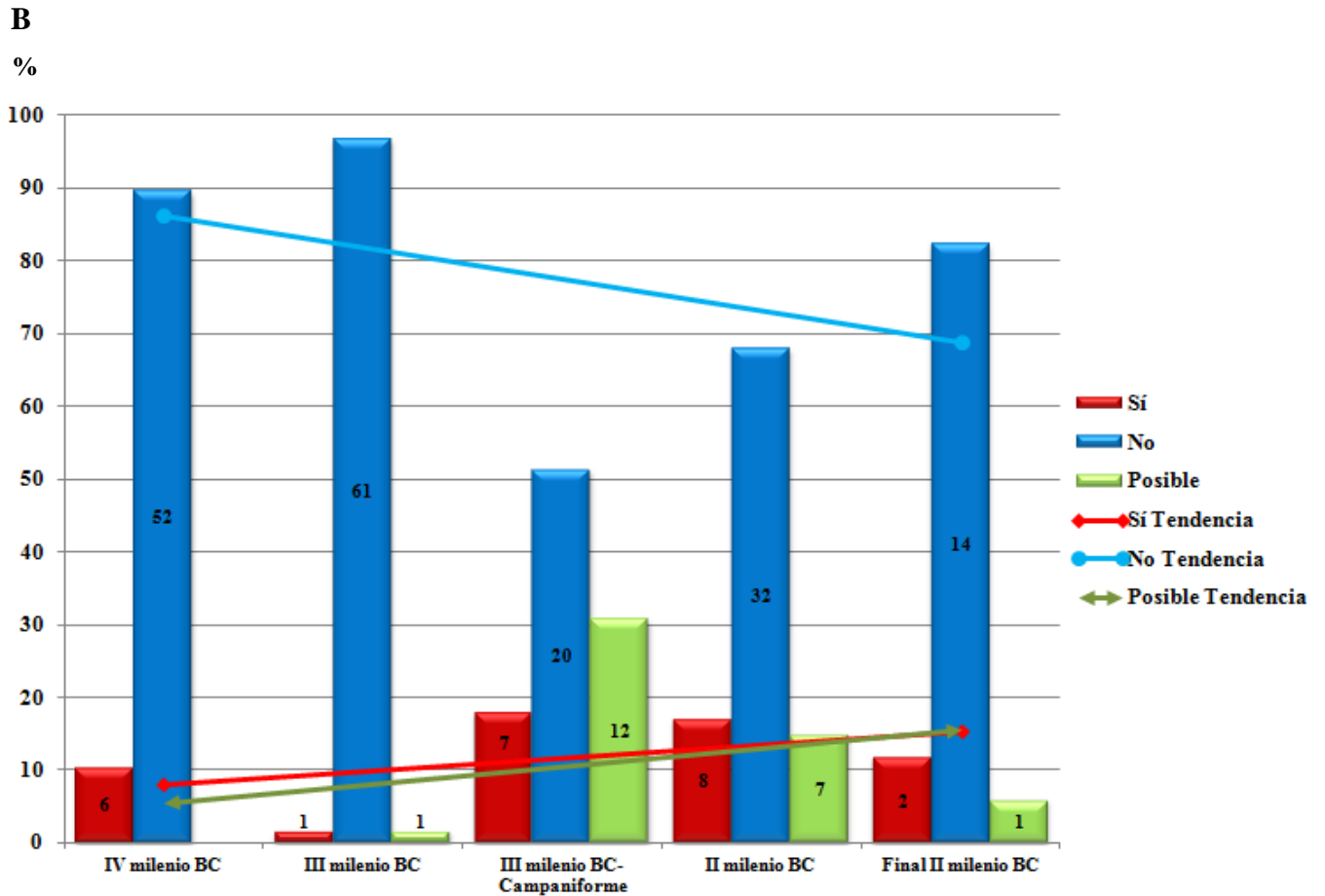


Gráfico 24: Representación porcentual sobre el total de yacimientos (A) y de eventos arqueológicos (B) en los que se han documentado evidencias de reutilización, clasificadas según las variables de "Sí funerario", "No funerario" y "Posible funerario" y en función de los "horizontes cronológicos"

En cronologías históricas y proto-históricas se han registrado también algunas actuaciones de carácter funerario, pero que apenas se reducen a 6 casos (ver Anexo 1). En tres de los megalitos catalogados (las *antas* de Aliviada II, Alagoas I y Portela da Anta I, todas ellas ubicadas en el *distrito* de Aveiro), se hallaron restos de cremaciones y/o incineraciones en los túmulos, en algunos casos depositados dentro de recipientes cerámicos, que remitirían a fechas de la primera mitad del I milenio BC. Además, se documentó una posible fosa de inhumación de época romana en el túmulo abulense de la Dehesa de Río Fortes. Por último, en otros dos monumentos se encontraron inhumaciones de cronología medieval, en uno de los casos ligadas a la existencia de una ermita en las inmediaciones del dolmen de San Quirce, mientras que en el otro se tratan de sepulturas excavadas directamente sobre la estructura tumular de Fuente Pecina III características del fenómeno de la repoblación cristiana de la zona.

Para la valoración de los resultados de los análisis sobre el conjunto de “eventos de reutilización funeraria” combinados con otras variables de estudio, se han dejado de lado dos de los valores cronológicos que por su escasa representatividad no son estadísticamente significativos (2 casos para el “III milenio BC” y 3 para el “Final II milenio”), aunque al final de este apartado se retomarán de cara a la interpretación global de los datos.

La introducción de la variable de los “tipos arquitectónicos” viene a reafirmar algunas de las hipótesis planteadas a lo largo de este epígrafe (ver subepígrafe 6.3.1 y Gráfico 25). En los momentos de “uso funerario post-fundacional” más antiguos ningún “Sepulcro de corredor” presenta este tipo de manifestaciones, mientras que en etapas más avanzadas del recorrido diacrónico se da una clara predilección por este modelo constructivo, que alcanza más del 70% de representatividad durante el horizonte del “III milenio BC-Campaniforme”. Estos resultados refuerzan la idea de que los usuarios que reutilizaron los megalitos durante el III milenio BC, fundamentalmente durante la segunda mitad del mismo (concretamente con el desarrollo del “fenómeno campaniforme”), tenían una cierta predilección por ocupar aquellos monumentos de mayores dimensiones (ver Gráfico 22), probablemente debido a su mayor monumentalidad y visibilidad (Delibes, 2010: 45, nota al pie 200). Sin descartar esta hipótesis, hay que tomarla con cautela ante el sesgo importante de la información manejada debido a la sobrerrepresentación de los sepulcros de corredor en el conjunto de datos analizados (ver subepígrafe 6.2.1). Habría que esperar a la aportación de nuevos hallazgos procedentes de la excavación de otros tipos arquitectónicos, para poder matizar y consolidar este planteamiento. Por otro lado, llama la atención la ausencia total de evidencias de reutilización funeraria en las “Cámaras simples con vestíbulo” (ver Gráfico 25), cuya explicación sólo puede buscarse en las características del sustrato geológico del territorio en el que se localiza este tipo arquitectónico (con distribución de marcado carácter local; ver subepígrafe 6.2.1 y Mapa 13), que impiden la preservación de la materia orgánica y por tanto de cualquier resto óseo.

Para los análisis combinados con la variable de “contexto de reutilización” se ha hecho alguna pequeña variación con respecto a los valores computados para esta misma categoría en casos anteriores (ver subepígrafe 6.3.1 y Gráfico 23), ya que de cara a analizar conjuntos de datos estadísticamente más significativos, se ha integrado la opción de “Corredor” dentro de la de “Zonas de acceso”, teniendo en cuenta además que el uso ambos tipos de espacio conllevaría una significación ritual similar.

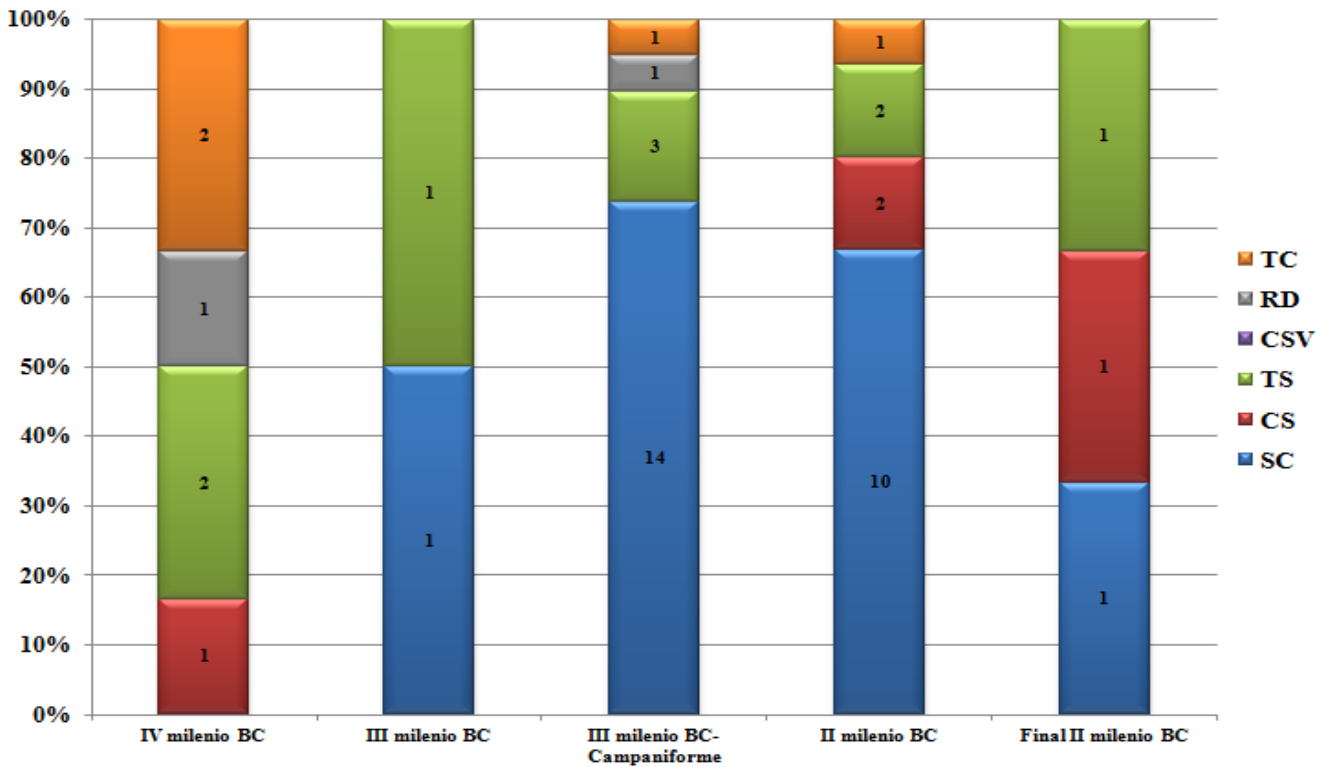


Gráfico 25: Relación porcentual entre los distintos “tipos arquitectónicos” en función de los “horizontes cronológicos” a los que se adscriben sus “eventos de reutilización funeraria”

Los datos resultantes (ver Gráfico 26) marcan una clara tendencia descendente en el uso de la “Cámara” como recinto sepulcral, en situación inversa a lo que acontece con el “Túmulo”. Se refleja, por tanto, de manera evidente un cambio de patrón de comportamiento ritual significativo, pasando de ocupar el espacio funerario de los ancestros a enterrarse en el mismo lugar pero en distintos contextos, con un más que probable propósito de diferenciación y segregación con respecto a los anteriores difuntos allí enterrados (planteamiento que se verá reforzado en posteriores análisis). Destaca además que todas las evidencias de reutilización funeraria localizadas en las “Zonas de acceso”, y con una representación porcentual bastante elevada, se adscriben al mismo “horizonte cronológico”, en concreto el del “III milenio BC-Campaniforme”. Esta situación se podría vincular a una intencionalidad de apropiación del monumento y legitimación a través de la misma (ver epígrafe 7.2), dado que al situarse en los accesos y zonas de tránsito, todos aquellos usuarios que volvieran a reutilizar el sepulcro se encontrarían en primer lugar con estos enterramientos, induciendo a pensar que se trataban de los verdaderos “dueños” de la tumba.

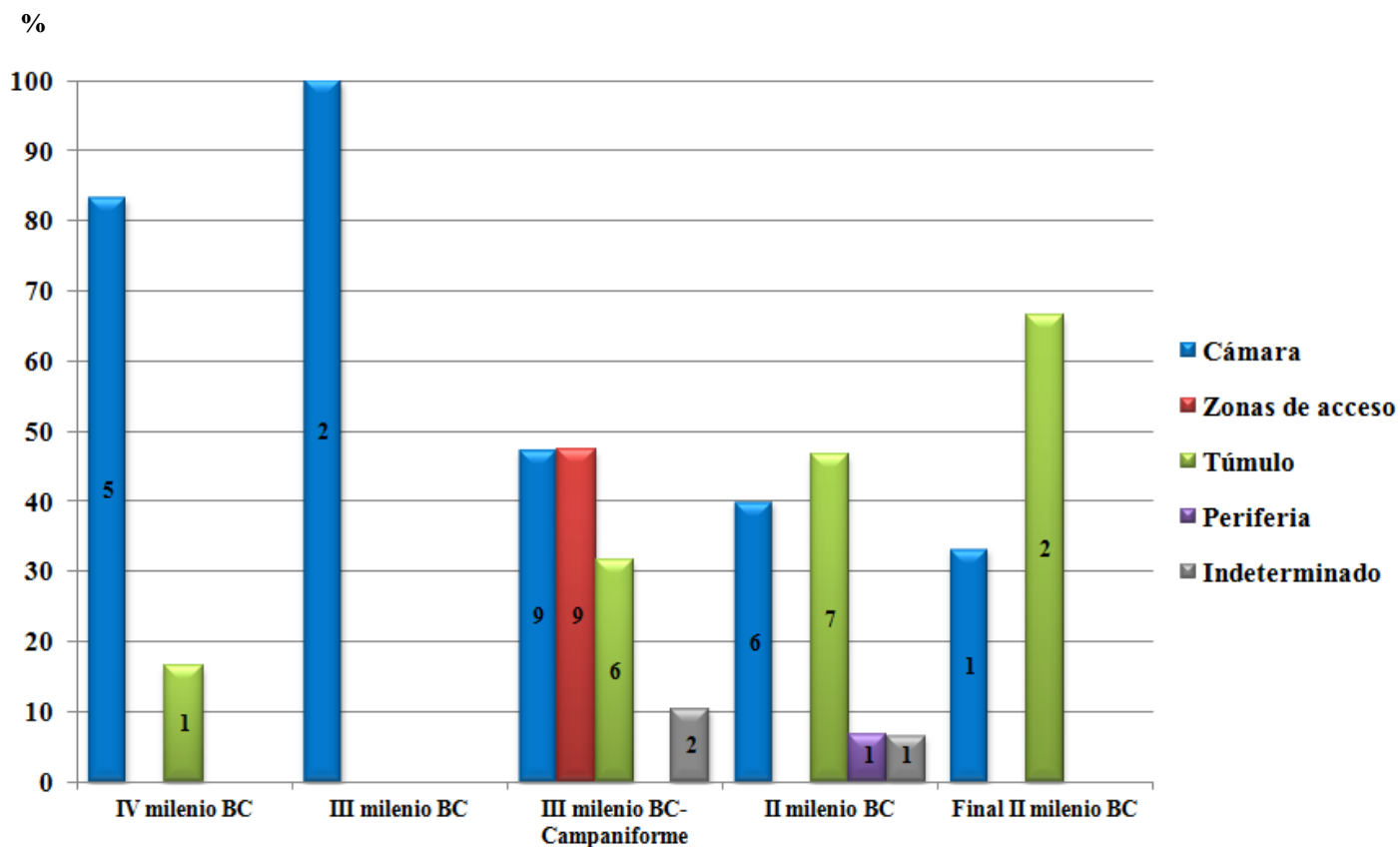
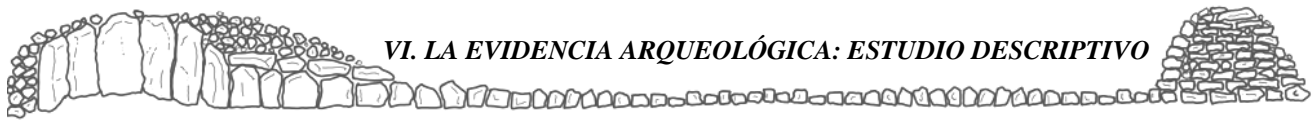


Gráfico 26: Representación porcentual de los distintos “contextos de reutilización” por “evento de reutilización funeraria” en cada uno de los “horizontes cronológicos” establecidos

Esta misma diversidad en los patrones de comportamiento funerario entre los primeros episodios de “uso post-fundacional” y los más avanzados, surge al analizar de forma combinada los “eventos de reutilización” y las “prácticas asociadas” o las que se asocia, según los casos, el ceremonial funerario (ver Gráfico 27). En los momentos más antiguos están representadas una gran variedad de tipos de prácticas (cuya descripción y caracterización se desarrollará en apartados posteriores; ver epígrafe 6.4), vinculadas por lo general a actuaciones a gran escala que afectarían a gran parte, si no a la totalidad del monumento (“Clausura”, “Retumulación”, “Superposición-Yuxtaposición”...). Destacan en este primer horizonte del “IV milenio BC” las actividades relacionadas con estrategias de mantenimiento del espacio sepulcral, como la “Manipulación de los osarios” o la “Señalización sepulcral” a través de la introducción de determinados hitos o estructuras que compartimentan el recinto funerario. Esta diversidad de “Prácticas asociadas” al ceremonial mortuario se ve muy reducida en los episodios de “uso post-fundacional” más avanzados, en los que aparecen nuevas actuaciones ligadas a la “Individualización” del espacio funerario y/o a la apertura de “Estructuras de acceso” al interior del megalito, que en ambos casos dan lugar a “Alteraciones parciales” de las



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

estructuras constructivas (remociones de tierra, desplazamiento de algunos ortostatos...), pero nunca con una intención, como en momentos anteriores, de transformar por completo el lugar. Existe, por tanto, una clara discontinuidad en relación a las fórmulas rituales o ceremoniales ejecutadas en los monumentos megalíticos a lo largo de la Prehistoria reciente puesto que, salvo excepciones, las prácticas asociadas a los “eventos de reutilización funeraria” más antiguos no se documentan en los posteriores y viceversa (ver subepígrafe 6.4.5 y Gráfico 27).

De cara a una reflexión final sobre los resultados de los estudios estadísticos expuestos, se van a incluir los datos de los valores cronológicos que se dejaron de lado por su escasa representatividad a la hora de valorar cada uno de los análisis de forma específica (ver Gráfico 24). Los únicos dos “eventos de reutilización funeraria” adscritos al horizonte del “III milenio BC” presentan ciertas características (uso de “Sepulcros de corredor” y presencia de prácticas de “Individualización” y “Alteraciones parciales” de la estructura) que, *a priori*, los acercan más a las manifestaciones computadas para los siguientes periodos. Uno de esos dos eventos, que corresponde al sepulcro de corredor burgalés de Arroyal I, está fechado en el último tercio del III milenio cal. BC (ver Tabla 2), e incluso apelando a la estratigrafía del yacimiento sería posterior al otro episodio de reutilización funeraria del monumento, caracterizado por el hallazgo de elementos propios del “fenómeno campaniforme”, pero que a diferencia de éste no contaba con ningún tipo de ajuar ni depósito material asociado (ver Anexo 1). Todas las evidencias parecen apuntar, por tanto, a que los dos únicos eventos de carácter funerario registrados para el horizonte del “III milenio BC” serían en realidad coetáneos del periodo inmediatamente posterior, por lo que no se habría documentado ninguna manifestación de tipo mortuoria en dicho lapso cronológico. A raíz de estas matizaciones, se podría plantear que en los primeros episodios de “uso post-fundacional” de los megalitos no se daría especial relevancia al factor funerario, y cuando tuviera lugar un evento de tal naturaleza constituiría parte de un ceremonial más complejo y a mayor escala, y no el centro de gravedad del mismo. Por el contrario, en etapas más avanzadas del recorrido diacrónico, las prácticas funerarias tomarían un mayor protagonismo y se convertirían en la causa desencadenante de las restantes de actuaciones y rituales (construcción de nuevos espacios individualizados, deposición de cuerpos y ajuares...). En este caso, las manifestaciones arqueológicas adscritas a todos los “horizontes cronológicos” en cuestión (“III milenio BC”, “III milenio BC-

Campaniforme” y “II milenio BC) tienen en común muchas facetas (individualización y segregación del espacio sepulcral, ubicación de los depósitos en zonas alejadas de la cámara...), aunque mantienen ciertos rasgos propios que los singularizan (en este sentido, las evidencias más explícitas son las reutilizaciones funerarias ligadas al “fenómeno campaniforme” en las que de manera exclusiva se ha documentado el uso de las zonas de acceso como contexto sepulcral, uno de los muchos rasgos que como se irá viendo definen la actividad megalítica de los usuarios de estas cerámicas tan características).

Por otro lado están los tres “eventos de reutilización” adscritos al último de los “horizontes cronológicos” establecidos, es decir “Final del II milenio BC”, dos de ellos claramente de carácter mortuario y el otro posiblemente funerario (ver Gráfico 24). Entre los primeros, uno cuenta con una datación que remite a inicios del I milenio cal. BC (el túmulo de Rapadouro I en Viseu; ver Tabla 2), y el otro se corresponde con un conjunto de huesos quemados hallados sobre la estructura tumular del dolmen abulense de El Prado de las Cruces y que aparentemente aparecieron asociados a un conjunto de cerámicas con decoración de “estilo Cogotas I” (ver Anexo 1). En este punto, cabe traer a colación el debate planteado ya hace algunos años sobre la naturaleza funeraria o votiva de los depósitos cogoteños en monumentos megalíticos (Blanco y Fabián, 2010; Delibes, 2004; etc.). La presencia puramente testimonial de una sola evidencia funeraria ligada a materiales del “fenómeno Cogotas I” (de la que además existen diferentes valoraciones), en principio parecería apuntar más hacia ceremoniales puramente votivos como marco del depósito de estos elementos cerámicos en los megalitos (Delibes, 2010: 46), frente a su imagen tradicional como enterramientos intrusivos. Sin embargo, hay que tener en cuenta el factor de la no-conservación de restos óseos en gran parte del territorio duriense, al que pertenecen casi por completo aquellos monumentos en los que se han documentado estas cerámicas cogoteñas (prácticamente todos los casos pertenecen a las provincias de Zamora y Salamanca). Por otro lado, como ya se ha apuntado anteriormente (ver subepígrafe 6.3.1), en general todos los “eventos de reutilización” adscritos a este horizonte de “Final del II milenio BC”, además de ser escasos o incluso en muchos casos testimoniales, no parecen reflejar pautas de comportamiento específicas, sino una cierta arbitrariedad más propia de reocupaciones puntuales y esporádicas que de un episodio de actividad megalítica como tal (ver epígrafe 7.1).

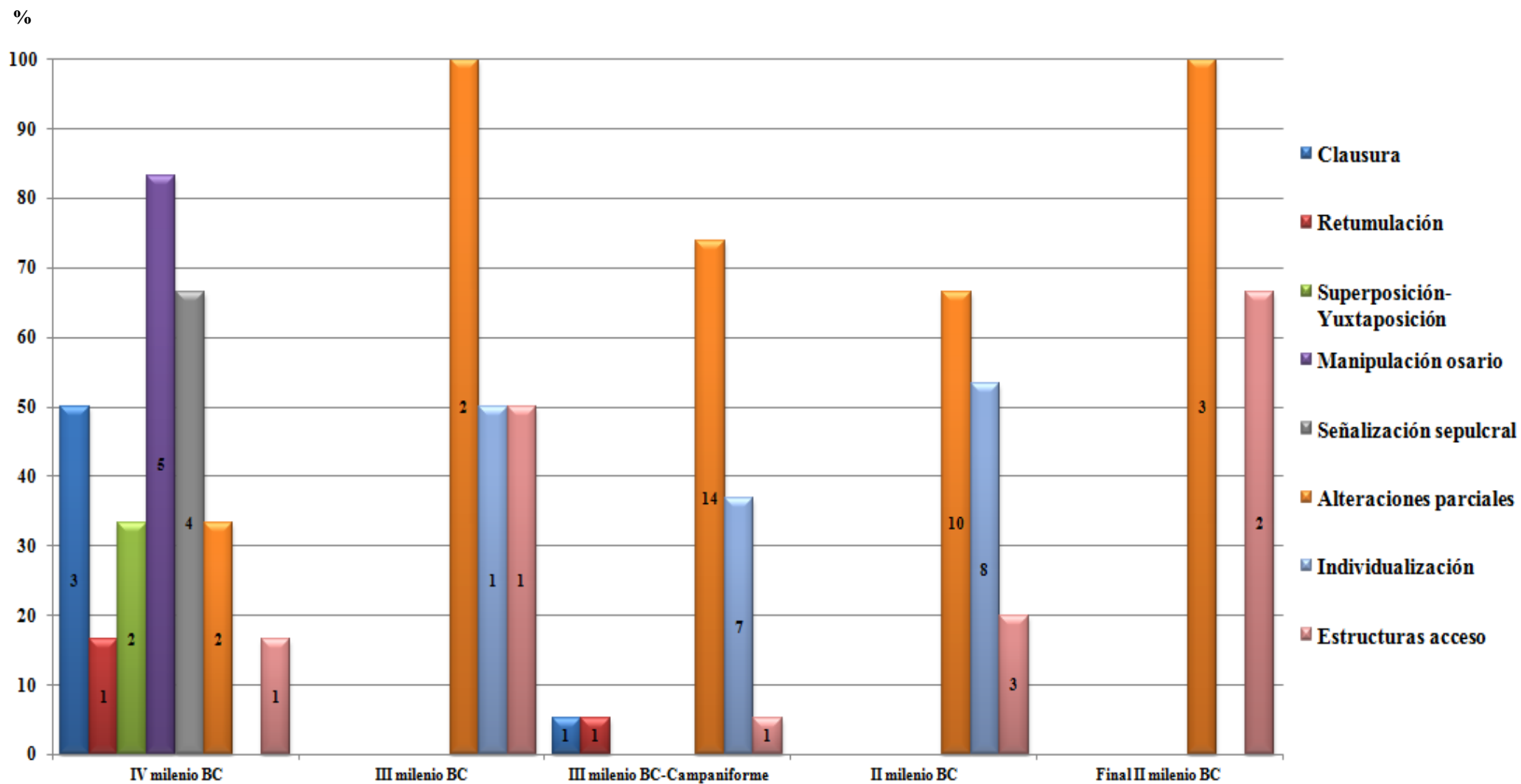
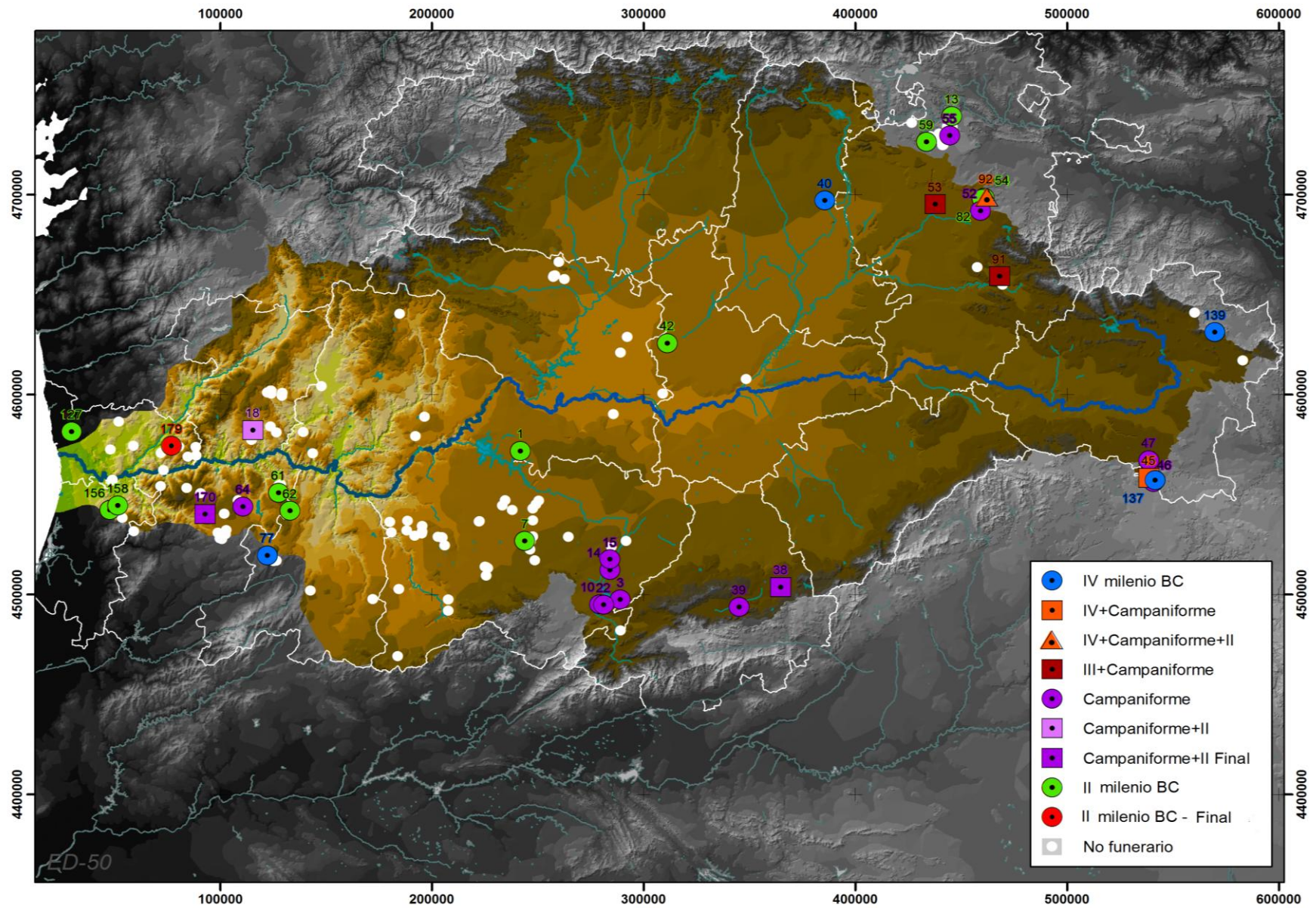


Gráfico 27: Representación porcentual de las distintas “prácticas asociadas” a cada “evento de reutilización funeraria” en función de los “horizontes cronológicos” a los que se adscriben



Mapa 26: Distribución de los yacimientos con “eventos de reutilización funeraria” documentados y sus combinaciones cronológicas existentes (ver Índice de Figuras)

6.4. LOS “USOS POST-FUNDACIONALES” DOCUMENTADOS **EN LOS MONUMENTOS MEGALÍTICOS** **DEL VALLE DEL DUERO/DOURO**

A lo largo del presente trabajo se ha insistido en numerosas ocasiones en la idea de que el fenómeno de las reutilizaciones megalíticas puede presentar muy diversa naturaleza, sin limitarse a las facetas puramente funerarias o votivas. Sin embargo, y a pesar de que las actuaciones responsables de la apariencia final de un megalito son muy diferentes, normalmente se han interpretado tan sólo como procesos de degradación natural y antrópica provocados por el paso del tiempo, o bien como el resultado de episodios intrusivos y de saqueo. La imagen del “estado ruinoso” de estas construcciones ha sido también la causante de que tradicionalmente se hayan recogido un gran número de ejemplos de abandono de estas estructuras megalíticas, mientras que otros tipos de eventos arqueológicos han sido escasamente documentados. Es el caso de las clausuras o condenaciones, hasta hace un par de décadas ausentes en la bibliografía peninsular, y que sin embargo cada vez se presentan más como prácticas llevadas a cabo habitualmente en estos sepulcros. *“Es la paradoja de una normalidad arqueológica que debe interpretarse como anormalidad histórica, frente a la excepcionalidad arqueológica de las históricamente normales clausuras”* (Andrés, 2000: 71). Se ha de asumir, por tanto, la existencia de una gran diversidad de prácticas dentro de la actividad megalítica más allá del ámbito votivo-funerario, susceptibles de ser documentadas arqueográficamente, como partes visibles de actos rituales con una clara implicación socio-simbólica.

El estudio de este tipo de manifestaciones arqueológicas se encuentra con muchas dificultades. En los informes y descripciones de excavaciones antiguas existen muy pocos datos al respecto, puesto que normalmente el área de intervención se limitaba a la cámara funeraria, sin atender a otras zonas como los accesos o las estructuras tumulares (aún a día de hoy, los túmulos siguen sin ser, en muchos casos, objeto de atención), lugares donde suelen focalizarse este tipo de actuaciones post-fundacionales. No se sopesaba la posibilidad de la existencia de eventos de esta naturaleza, puesto que las descripciones siempre apuntan en primer lugar al estado de ruina de los megalitos sin ninguna observación al respecto. Del mismo modo, tampoco

los osarios han sido durante décadas tenidos en cuenta, considerados como simples contenedores caóticos de “amasijos de huesos” (Guerra *et al.*, 2009: 54), sin intuir siquiera posibles recolocaciones o manipulaciones intencionadas en ellos. Tampoco el hecho de realizar una excavación moderna con una metodología cuidada y adecuada para la detección de este tipo de prácticas, es garantía de que se van a poder documentar todas las prácticas post-fundacionales llevadas a cabo en el monumento, puesto que muchas de ellas pueden pasar desapercibidas incluso a los ojos de los arqueólogos más duchos en la materia. En no pocas ocasiones las actividades que se llevaron a cabo no supondrían ninguna clase de alteración o ésta era muy mínima, ni para su estructura ni para su contenido, por lo que serían muy difíciles de registrar desde una perspectiva arqueológica (García Sanjuán, 2005: 101).

Existe también un problema cronológico derivado de la naturaleza diacrónica que caracteriza a los monumentos megalíticos (ver subepígrafes 5.1.1 y 6.2.5). Las recurrentes reocupaciones de estos lugares alteran parcial o totalmente los contextos originales, complicando así, en gran medida, la tarea de datar cada uno de los momentos de ocupación y los lapsos temporales existentes entre ellos (Andrés, 2000: 70). Por un lado, *“las fechas absolutas que pueden proporcionar yacimientos como los dolménicos son tantas como los momentos de utilización de los mismos”* (Delibes, 1996: 152 cit. por Vidaurre, 2006: 121, nota al pie), pero por otro es muy complicado en ocasiones discernir el evento de uso concreto del que procede la muestra a datar.

Otro tipo de dificultad es la cuestión terminológica. Al no existir una normalización al respecto, en la mayor parte de los casos los términos “clausura”, “condenación”, “sellado”, “abandono” o “destrucción”, se usan de forma indiscriminada, e incluso se emplean para hacer referencia a manifestaciones arqueológicas que nada tienen que ver. Es lo que acontece con la “clausura” o “condenación”, conceptos de los que se ha abusado en numerosas ocasiones, definiendo con ellos prácticas cuyo resultado no fue el cierre definitivo del monumento (rasgo fundamental de dichos conceptos) sino la aplicación de algunos sistemas de bloqueo que aún permitían el fácil acceso al interior y por tanto el megalito seguía “en activo” (Andrés, 2000: 70). Concretamente, existen tres términos que aglutinan de forma general las diferentes actuaciones de que son objeto los megalitos tras su uso rito-funerario, dependiendo de si en ellas existe intencionalidad o no: “clausura”, “abandono” y “destrucción” (*ibídem*: 70-71). En la bibliografía francesa se añaden además otros conceptos como *“condamnation* o *condenación”* (Masset, 2002: 12) y



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

“finalizaciones de ciclo” (Leclerc y Masset, 1980 y 1987). El primero es utilizado como sinónimo de “clausura”, es decir, la secuencia de gestos que dan lugar al cerramiento voluntario de un espacio sepulcral dejándolo inutilizable e inaccesible, pero careciendo de la carga simbólica y ceremonial que conllevan los sellados definitivos de los monumentos (Masset, 2002: 12). Algunos autores señalan que este término tiene una connotación negativa ligada a intención de destruir el monumento, o incluso de “maldecirlo o castigarlo” (Andrés, 2000: 71). Por esta razón, normalmente se emplea el término “clausura” cuyo significado se vincula a actuaciones de naturaleza rito-ceremonial, con el único propósito de cerrar el megalito pero sin intención de destruirlo. El concepto de “finalización de ciclo” se define, más que como una inhabilitación total del espacio sepulcral, como una remodelación del mismo con fines prácticos, acompañada de algunas acciones simbólicas (Narvarte, 295-301). Esta complejidad terminológica puede llevar a confusión, por lo que hay que tener presente *“la necesidad de crear, conocer, comprender y manejar un mismo vocabulario que no lleve a equívocos y ambigüedades”* (ibídem: 296).

Estas dificultades, entre otras, son las responsables de que durante mucho tiempo la investigación no haya prestado atención a esta “faceta” del mundo megalítico, puesto que las evidencias resultaban confusas o eran incluso ausentes. *“La ausencia de su reconocimiento es responsable de irreparables pérdidas en el registro de aspectos sociales e ideológicos”* (Andrés, 2000: 73). No cabe duda de que plantear una metodología adecuada que cuente con el factor de la presencia de este tipo de prácticas, garantiza el éxito de poder documentar muchas de ellas. Para ello, hay que partir de la idea de que *“la forma como nos llegan los sepulcros no es accidental sino que con mayor frecuencia reflejan las actitudes intencionadas de sus últimos poseedores”* (ibídem: 70). Además, el estudio en profundidad de las memorias de excavaciones antiguas no en pocas ocasiones permite extraer algunas informaciones interesantes a este respecto, que incluso a veces puede llegar a sorprender. Por otro lado, los obstáculos que plantea la cronología absoluta de estos eventos también puede solventarse en cierta medida, puesto que de hecho hay varios ejemplos en el territorio de estudio en los que se han podido datar, si no todas, una gran parte de los distintos episodios de uso de los megalitos en cuestión (ver Tabla 2 y subepígrafe 7.1.3).

Pese a todas estas posibilidades favorables al registro de los “usos post-fundacionales”, “*la indefinición de algunas de estas modificaciones puede ser en parte la base de los problemas inherentes a la detección de algo que parece lógico y que debería ser lo normal: el sepulcro siempre se cierra*” (Narvarte, 2005: 301). Por esta razón, en el presente trabajo se plantea una propuesta de clasificación de las diversas actuaciones documentadas en los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro, describiendo y caracterizando cada una de ellas y agrupándolas en uno de los conjuntos genéricos de “prácticas post-fundacionales” establecidos: “Clausuras/sellados”, “Remodelación y añadido de elementos arquitectónicos”, “Estrategias de mantenimiento”, “Modificaciones arquitectónicas en áreas específicas” y “Eventos de abandono y destrucción no antrópica”. Al final de este epígrafe (ver subepígrafe 6.4.6) se expondrá el estudio estadístico descriptivo de este grupo de datos, con el fin de ofrecer una imagen general sobre sus frecuencias y comportamientos diacrónicos a lo largo del recorrido cronológico propuesto.

No queremos dejar de señalar la influencia que a la hora de abordar esta cuestión ha tenido la investigación desarrollada por la Dra. Natividad Narvarte, quien en su proyecto doctoral realizó un gran esfuerzo de sistematización, clasificación y descripción de las diferentes modificaciones estructurales documentadas, en su caso, en el Megalitismo de la cuenca media y alta del Ebro (Narvarte, 2005), y que ha servido en muchos casos como punto de partida para la detección de dichas evidencias en el territorio duriense. En nuestra opinión, sin olvidar otros estudios relevantes para la investigación de esta “faceta” megalítica (ver epígrafe 3.3), el trabajo de esta autora ha supuesto la primera sistematización y caracterización detallada de las distintas prácticas implicadas en lo que ella misma denomina como la “gestión funeraria” de los monumentos megalíticos en una amplia región del ámbito peninsular, rompiendo así con la perspectiva localista y de los estudios específicos sobre un yacimiento concreto característica de la mayor parte de los trabajos en esta línea.

6.4.1. PRÁCTICAS DE CLAUSURA/SELLADO

La práctica de la “Clausura/sellado” tiene como resultado el cese del uso del megalito tal y como se conocía hasta entonces, puesto que de un modo u otro se inhabilita de forma definitiva el espacio sepulcral o sus accesos, redefiniéndolo y transformándolo en monumento conmemorativo. Parece así que “*después de enterrar a sus muertos, los neolíticos enterraron sus monumentos*” (Jagu, 1998: 13 cit. por



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

Narvarte, 2005: 305). Se trata de una *“ceremonia con que se da algo por acabado”* (Andrés, 2000: 72), aunque este hecho no implica que el monumento se abandone, sino que simplemente cambia su funcionalidad. Estos lugares seguirían frecuentándose como importantes centros rituales y de agregación poblacional, con una gran relevancia simbólica para la vida de las comunidades. La imagen de la tumba colectiva sellada transmite un mensaje de eternidad y permanencia, y además se constituye como protectora de la memoria colectiva y *“como emblema de la identidad del grupo”* (Andrés, 2010: 32). Por tanto, lo que cambia es el contenido funcional que se le da y su papel como agente socio-simbólico dentro de la sociedad usuaria, pero el sepulcro clausurado no puede caer en el olvido ya que ello equivaldría a dejar de lado a sus antepasados.

Existe una gran diversidad de opiniones en relación a las causas que llevaron a sellar estos monumentos megalíticos. Por un lado, está la línea interpretativa que defiende argumentos o lecturas rupturistas, según la cual la clausura implica una intencionalidad de romper con todo lo anterior, un deseo expreso de apartarse de los antiguos cultos y creencias en beneficio de nuevos valores sociales e ideológicos (Delibes, 2004: 218-219; López de la Calle e Ilaraza, 1997: 318-319). Esta ruptura podría venir de la mano de cambios religiosos con la imposición de nuevas fórmulas rito-funerarias, o bien de transformaciones en el ámbito social vinculadas al fin del espíritu de la colectividad y cohesión propio de las primeras sociedades usuarias de megalitos, *“cuyo símbolo máximo era una sepultura propiedad de todos: la dolménica”* (Delibes y Fernández Manzano: 101). Este *“arrebato de iconoclastia que provocó la clausura y la demolición de muchos de los dólmenes”*, sin embargo *“no consiguió neutralizar por completo su valor simbólico”* puesto que estos lugares se continuaron reutilizando durante miles de años (Delibes, 2004: 219).

Otras hipótesis no consideran la clausura como una ruptura total con el culto megalítico, sino simplemente como el fin de un ciclo, el funerario, y el inicio de una nueva etapa para el edificio en la que se convierte en monumento conmemorativo y lugar de celebración y reunión (en este sentido, se han documentado casos en el valle del Duero/Douro -como el del monumento soriano de La Mina o el burgalés de Los Morcales-, en los que inmediatamente después del cierre definitivo del megalito se dio una reformulación total del lugar, transformándolo en un espacio completamente

distinto y con otra orientación ritual). Sería la representación de *“la muerte física y simbólica del espacio sepulcral... el cierre simbólico de la comunicación entre vivos y muertos”* (Narvarte, 2005: 354). Pero el monumento no se olvida sino que sigue manteniéndose en la memoria del grupo como la “tumba de los antepasados”, en la que sus restos ya no son visibles ni están expuestos, sino que han pasado a formar parte del imaginario colectivo, dando lugar en muchos casos a la creación de mitos y leyendas en torno a ellos (*ibídem*: 291-293). Entendida de esta forma, la clausura consistiría en una práctica necesaria y propia del “ciclo biológico” de cualquier megalito, un “rito de paso” a modo de consagración por el que han de pasar tras haber cumplido con su función y servicio dentro de la comunidad (*ibídem*: 352-361). *“Lo mismo que en el proceso fúnebre de los individuos los ritos de paso transforman su naturaleza social, llevándolos al tiempo de los ancestros, la tumba se transforma de lugar fúnebre en lugar sagrado de culto, o acaso, al contrario, en lugar definitivamente maldito”* (Andrés, 2000: 72). Por otra parte, y pese a que estos procesos de cierre conllevan en cierta medida la destrucción de algunas estructuras, lejos de ser actos movidos por un deseo de romper con todo el entramado ideológico anterior, servirían como estrategia de perpetuación de los lazos con los antepasados y reforzamiento de la identidad colectiva, al proteger y resguardar tanto física como simbólicamente dentro del monumento la memoria del grupo. De este modo, *“la condenación del sepulcro se antoja como hecho concebido por y para el grupo, para un grupo que considera el dolmen como un hito sagrado e intemporal”* (Narvarte, 2005: 365), y se muestra como *“una forma periódica de “fijar” o de “congelar” una imagen de la comunión con los antepasados para reforzar entre los supervivientes la integridad grupal”* (Delibes, 2010: 32).

Otras opciones interpretativas buscan las causas para estos procesos de clausura en cuestiones de tipo más local como el fin de un linaje, el alcance del cupo máximo de capacidad del sepulcro, la voluntad por parte de una población de destruir todos los referentes simbólicos e identitarios de otra comunidad a la que están enfrentados o incluso, en un ámbito más socio-económico, la marcha del grupo forzada por el agotamiento de las tierras en busca de nuevos terrenos fértiles que ocupar (Cauwe, 1997: 724; Narvarte, 2005: 370-374).

En nuestra opinión, no se puede argüir una única causa como explicación para el desarrollo de clausuras y sellados definitivos, puesto que se trata de un fenómeno que se documenta en distintas ocasiones a lo largo del periodo estudiado, y que por consiguiente estaría vinculado a las condiciones sociales e ideológicas propias de cada



contexto espacio-temporal. Sin embargo, como se irá viendo en posteriores epígrafes (ver subepígrafe 6.4.6 y 7.1.3), estas de actuaciones tienden a concentrarse en lapsos cronológicos muy concretos del recorrido diacrónico de la actividad megalítica, por lo que parece que en ciertos momentos de la Prehistoria reciente se conjugaron una serie de factores sociales, económicos e ideológicos diversos, que empujaron a ejecutar este tipo de actos a una escala más o menos generalizada en todo el territorio de estudio. Este planteamiento viene reforzado por el hecho de que estas prácticas no son específicas de los monumentos megalíticos, sino que se han documentado en otro tipo de contextos tanto de carácter rito-funerario (como cuevas sepulcrales o hipogeos) como de ámbito doméstico (mediante la amortización de hoyos y otras estructuras), en ocasiones incluso coincidiendo temporalmente con los cierres de los megalitos.

Del mismo modo que no se puede afirmar la existencia de un único factor como causante de este tipo de actuaciones, tampoco es posible concretar una fórmula de clausura de manera específica. Hay documentada una gran variedad de modos de sellado y dispositivos de cierre, que además parecen hacerse más precisos y elaborados con el paso del tiempo (Le Roux, 2000: 269; Leclerc, 1987). A pesar de esta diversidad, la detección de este tipo de “usos” no suele presentar gran dificultad, puesto que son acciones voluntarias que se desarrollan según una estrategia pautada y organizada, y no de manera caótica, en las que cada gesto tiene su tiempo y espacio de ejecución (Andrés, 2000: 71; Narvarte, 2005: 303-304). Sus rasgos fundamentales son, por tanto, *“el cierre, la intencionalidad, la inhabilitación, el carácter definitivo y el signo ceremonial”* (Narvarte, 2005: 297). Por otro lado, y pese a su escasa representación en la bibliografía, son actuaciones bastante habituales e incluso generalizadas, pues como defienden algunos autores, ningún megalito fue abandonado en época neolítica sin ser condenado o clausurado (Masset, 2002: 12).

A continuación se describen y caracterizan cada uno de los tipos de prácticas de clausura documentadas en los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro, que en la mayor parte de los casos suelen aparecer combinadas formando parte de un mismo ritual de cierre del megalito en cuestión (ver capítulo 7.1.2 y Anexo 1).

a) TUMULACIÓN

Es la práctica de clausura más generalizada, o al menos una de las mejor documentadas (ver subepígrafe 6.4.6 y Figura 13D). Consiste en cubrir por completo el

depósito sepulcral con la construcción de un túmulo *ex novo*, conformado sólo de piedra, de tierra o de ambas, con el fin de sellarlo y ocultarlo para siempre, y a su vez de hitar y señalar el lugar para convertirlo en referente permanente en el imaginario colectivo (Delibes, 2010: 24). En este caso, la erección de una estructura tumular no se lleva a cabo con un fin constructivo, sino con el propósito de monumentalizar el enclave una vez que se da por finalizado su uso (Fábregas y Vilaseco, 2004: 67). En la bibliografía francesa, se ha hecho corresponder en ocasiones esta fórmula de cierre de los monumentos con la de la sustitución de las cubiertas realizadas en un primer momento con materiales ligeros, por otras conformadas por grandes y pesados bloques pétreos que difícilmente podrían ser posteriormente desplazados (Guy y Masset, 1991: 287).

La mayor parte de las clausuras por tumulación documentadas en el territorio duriense corresponden a yacimientos del tipo arquitectónico denominado como “Túmulo simple” o “para-megalítico” (Delibes y Rojo, 2002: 22-26; Galán y Saulnier, 1984-1985: 8-9 -ver subepígrafe 6.2.1-). Destacan, entre otros (ver Anexo 1), los casos de La Tarayuela y La Peña de la Abuela (Rojo, Kunst *et al.*, 2005; Rojo *et al.*, 2006), El Teso del Oro o el Juncal I (Palomino, 1991; Palomino y Rojo, 1997), o El Rebolledo y Fuente Pecina IV (Delibes y Rojo, 2002: 22-23). En la parte lusitana del territorio, estas manifestaciones están asociadas fundamentalmente a las denominadas tumbas en *poço* o *fossa* (como es la *mamoá* do Barreiro), que una vez dejan de utilizarse como espacio sepulcral son selladas mediante un túmulo de tierra y piedras, al igual que ocurre con los túmulos simples (Sanches, 1996: 39-40).

b) SUPERPOSICIÓN DE NUEVA CONSTRUCCIÓN

Esta fórmula consiste en el solapamiento parcial o completo de un sepulcro primigenio mediante la erección de una nueva construcción, que engloba y atrae para sí toda la carga simbólica de la antigua sepultura (Delibes *et al.*, 1997: 803). Esta práctica es un claro testimonio arqueológico de la lucha entre la tradición y la innovación en la que se debate el mundo funerario, y en general el de las creencias, a lo largo de la Prehistoria reciente, puesto que al mismo tiempo que se crea un nuevo espacio ritual con renovadas connotaciones socio-simbólicas, “*su ubicación precisamente junto a (o encima de) una construcción más antigua parece representar la voluntad de mantener el vínculo genealógico que el sitio en sí mismo ya ha adquirido*” (García Sanjuán, 2008b: 39). Esta estrategia de superposición de tumbas es uno de los fenómenos de



transformación y sellado de los megalitos de cronología más antigua documentados hasta la fecha (Fábregas y Vilaseco, 2004: 81), siendo el caso más paradigmático a nivel peninsular el del conocido dolmen de Dombate en Cabana de Bergantiños, provincia de A Coruña (Bello, 1992-1993).

En el territorio duriense existen también algunos casos excepcionales de superposiciones (ver Anexo 1), destacando el del monumento soriano de La Sima, en el que sobre la costra de cal de una primigenia tumba-calero clausurada, se construyó una nueva estructura sepulcral tipo *tholos*, que continuó funcionando como panteón colectivo (Rojo, Kunst *et al.*, 2005; Rojo *et al.*, 2010 -ver Figuras 13A y 19-). Todos los ejemplos catalogados en este estudio se caracterizan por la sustitución de una arquitectura simple por otra más compleja (por ejemplo, de cámara simple a sepulcro de corredor), transformación que conlleva el desmantelamiento parcial o total de la construcción anterior, en función de si ésta ha sido anteriormente clausurada o es la propia superposición la que actúa como sellado del sepulcro original.

c) **“FUEGO CLAUSURADOR”**

El fuego es un elemento estrechamente ligado a las prácticas de clausura, siendo numerosas las evidencias de su uso en los niveles de sellado de los megalitos. Por lo general, se tratan de hogares y restos de combustión dispersos, a los que se ha denominado como “fuegos localizados” y cuya descripción se abordará más adelante. Por su parte, las prácticas definidas como “fuego clausurador” (Narvarte, 2005: 306) son más excepcionales, y se refieren a aquellos eventos en los que la construcción se vio de tal modo alterada y transformada por el fuego, que incluso llegó a desaparecer gran parte o incluso la totalidad de la estructura originaria. En algunas ocasiones se ha planteado que este tipo de actuación tan agresiva, se trataría de un verdadero episodio de destrucción cuyo propósito sería el de ocultar y hacer desaparecer para siempre la tumba original y no el de asegurar la permanencia de estos sitios en el paisaje, marcando así una importante diferencia con respecto al resto de estrategias de cierre de los megalitos (Delibes, 2010: 31-32). Sin embargo, en realidad sí que hay una intención de conservar e incluso monumentalizar el lugar intrínseca a dichas prácticas, que queda perfectamente reflejada en su asociación con otras actuaciones como la tumulación o incluso en algunos la señalización mediante la erección de un menhir (Rojo *et al.*, 2010: 270-271). Por tanto, se destruye una arquitectura no duradera (probablemente se construían con madera, ramajes o simplemente tierra) o poco consistente (estructuras de

poca entidad a base de pequeñas lajas pétreas), y sobre sus restos se levanta en cambio un túmulo sólida, de dimensiones mayores, y que finalmente resulta más visible en el paisaje que el edificio original. Por otro lado, el fuego se ha considerado siempre como un elemento purificador, por lo que su empleo dentro de estos rituales de clausura podría estar vinculado a la idea de limpiar la tumba y hacerla más pura de cara a su consagración y sellado final para toda la eternidad (Andrés, 2000: 72).

En el valle del Duero/Douro, entre las prácticas de “fuego clausurador” destacan sin lugar a dudas las singulares “Tumbas-calero” (ver subepígrafe 6.2.1 y Figuras 12 y 19), monumentos construidos, usados y sellados según un plan determinado (Rojo *et al.*, 2010: 253 y 270-271), ya que de otro modo no se habría podido quemar todo el contenido de los niveles sepulcrales y fundirlos en una costra de cal. Como ya se ha señalado, el hallazgo de este tipo de yacimientos tuvo lugar a raíz de la excavación del sepulcro soriano de La Peña de la Abuela (Rojo *et al.*, 2010; Rojo, Kunst *et al.*, 2005), aunque se han documentado otros ejemplos similares como La Sima también en Soria (*ibídem*), El Miradero en Valladolid (Delibes, 2004: 218-219 y 2010: 22-24) o El Hundido en Burgos (Alonso Fernández, 2013; Cronos, S.C., 2012). Pero además de en estas tumbas-calero, la práctica del “fuego clausurador” está presente en otros megalitos de distinta naturaleza. Es el caso del sepulcro burgalés de Los Morcales (Rojo *et al.*, 2002) en el que se hallaron evidencias de restos de maderas carbonizadas correspondientes a una estructura lúgnea original, cubiertos tras su quema por un túmulo (ver Anexo 1 y Figura 13C). En otras ocasiones, lo que se ha documentado son importantes niveles de incendio y tierra rubefactada como en las *mamoas* de Alagoas y Castelo I en Vila Real (Sanches y Nunes, 2004), o grandes cantidades de pizarra escoriificada y arcilla quemada sobre la superficie tumular de algunos dólmenes salmantinos como La Ermita o La Torrecilla en Terradillos (Delibes, 2004: 218-219; Delibes y Santonja, 1986: 116), o bien evidencias de rocas vitrificadas como acontece en la *orca* de Picoto do Vasco en Viseu (Abrunhosa *et al.*, 1995). Todas serían testimonios arqueológicos meridanos del desarrollo de un evento de caracterizado por el “fuego clausurador”.



Figura 13: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de prácticas de clausura por tumulación, desmantelamiento, “fuego clausurador” y superposición de nueva construcción (ver Índice de Figuras)

d) DESMANTELAMIENTO DE ESTRUCTURAS

Esta práctica presenta una gran diversidad, ya que puede dar lugar al desmantelamiento total de la construcción o sólo a actuaciones en zonas específicas, siendo estos desmontes parciales los más habituales. Tradicionalmente estos eventos se han interpretado siempre como el resultado de episodios intrusivos y saqueos de época histórica. Sin embargo, hay autores que hablan de la posibilidad de que el derribo o demolición de algunos elementos arquitectónicos fueran actos deliberados, intencionales y que formaran parte de ciertos rituales de clausura (Delibes, 2004: 218-219; Guy y Masset, 1991: 287-288; Holtorf, 2000-2008). Esta hipótesis podría aplicarse también a la ausencia y fragmentación de parte de los ortostatos en cámaras y corredores de numerosos megalitos (Narvarte, 2005: 317), e incluso de sus lajas de cubierta que en muchas ocasiones se encuentran partidas en dos en el interior de los recintos camerales. Es posible que en el desarrollo de muchos de los procesos clausuradores se tuviera que recurrir finalmente a estas estrategias de desmantelamiento, para conseguir de manera manual hacer desaparecer cualquier resto de la construcción anterior. Esta hipótesis se ha planteado de cara a la interpretación de la mayor parte de clausuras por “fuego clausurador” y tumulación, en las que las escasas evidencias documentadas sobre la estructura que originalmente albergaría el depósito sepulcral, ha llevado a considerar la posibilidad de que se dieran este tipo de actuaciones desmanteladoras (Rojo *et al.*, 2010: 268).

Para detectar estas prácticas es importante atender a la presencia de posibles evidencias negativas como fosas o zanjas de cimentación en las que irían encajados los grandes bloques pétreos. Por otro lado, hay que tener en cuenta la forma en que dichos ortostatos fueron arrancados. Si se trata de un evento prehistórico, las lajas desmanteladas suelen ser reaprovechadas como parte del resto del ceremonial, bien para bloquear los accesos o para construir nuevas estructuras, y por lo general en su base se encuentra algún fragmento roto al llevar a cabo la extracción. Además, se dan casos en los que sólo falta uno o dos de los ortostatos de la cabecera de la cámara o justo los de la zona de contacto con el corredor. Sin embargo, cuando se trata de un episodio de saqueo histórico suelen aparecer otras evidencias asociadas a dicha intrusión, como marcas de cinceles o fragmentos de herramientas utilizadas para arrancar los bloques pétreos, siendo el principal rasgo diferenciador el hecho de que esos actos no se llevan a cabo de manera pautada sino aleatoria.



Dentro del territorio de estudio, destaca el caso excepcional del yacimiento soriano de La Mina (Rojo *et al.*, 2014), en el que toda la estructura fue desmontada de manera sistemática para posteriormente convertir el lugar en un complejo centro ceremonial, que tendría una significación socio-simbólica completamente diferente (ver Anexo 1 y Figura 13B). Las evidencias de desmantelamientos parciales son más numerosas. Uno de los ejemplos se corresponde con el sepulcro de Carapito I en Guarda, en el que uno de los ortostatos de la cámara fue fragmentado de manera intencional para señalar un sector concreto del espacio sepulcral (en un primer momento se la denominó como “piedra-altar”; Da Cruz y Vilaça, 1990 y 1994; Leisner y Kalb, 1998: 73-76), y en torno a la cual se realizaron después algunos depósitos funerarios y votivos (incluso se hallaron varios fragmentos de un mismo cuenco cerámico sobre uno de los extremos de dicha piedra -ver Anexo 1-).

e) INHABILITACIÓN DE ZONAS DE ACCESO

Esta práctica, muy extendida y bien documentada en diversas regiones peninsulares (Mañana, 2003: 173; Prieto, 2007: 110), consiste en la colmatación deliberada de las zonas de acceso de los megalitos (entradas a cámara y corredores, atrios y corredores intraumulares), por medio de bloques de piedra de pequeño y mediano tamaño, trabados con arcilla y tierra, o bien, aunque en menos ocasiones, a través de la acumulación de un potente nivel terrero. Su ejecución es pautada, no caótica, observándose un cierto “orden” en los diferentes lechos depositados, por lo que se puede distinguir perfectamente de la estructura tumular. Este tipo de actuación no es exclusiva de los monumentos megalíticos, sino que se ha registrado también en otro tipo de estructuras tanto de carácter rito-funerario (hipogeos, cuevas sepulcrales, fosas o *tholos* megalíticos de cronología posterior -López de la Calle e Ilaraza, 1997: 317; Rivero Galán, 1988: 159-160; Bueno *et al.*, 2005a: 80 y 2010: 181-), como en contextos domésticos donde se ha documentado esta misma fórmula para el cierre y amortización de algunos hoyos.

Se trata de una práctica muy habitual en el valle del Duero/Douro (Delibes, 2004: 218-219 -ver Figura 14D y Anexo 1-), destacando algunos ejemplos como las clausuras de los corredores de El Teriñuelo de Aldeavieja y el Prado de la Nava en el entorno del embalse salmantino de Santa Teresa (Benet *et al.*, 1997: 453-454), de las entradas a los dólmenes de El Moreco y La Nava Negra en la Lora burgalesa (Delibes, 2010: 43; Narvarte, 2005: 329), o de los atrios de las *mamoas* de Madorras I y Alagoas

en Trás-os-Montes (Huet y Da Cruz, 1994: 194-196; Sanches y Nunes, 2004.: 8-18). Estos eventos de cierre aparecen en muchas ocasiones asociados a prácticas de amortización, en los que se rompen y fragmentan *in situ* de manera intencionada uno o varios recipientes cerámicos, fenómeno definido por algunos autores como rituales de “cerámica matada o asesinada” (Prieto, 2007: 120). Por esta razón, durante la excavación de este tipo de manifestaciones es habitual recuperar una gran cantidad de fragmentos cerámicos pertenecientes a diversas piezas, e incluso en algunas ocasiones puede llegar a encontrarse alguna vasija completa que fue depositada a modo de ofrenda votiva antes del cierre del monumento (es el caso de la ya citada *mamoá* de Alagoas, del sepulcro de Lameira da Cima I o del domo de El Teriñuelo de Aldeavieja -ver Anexo 1 y Figura 14B-). Estas evidencias han sido documentadas también en algunos hoyos clausurados en contextos domésticos, en cuyo interior se han llegado a recuperar cientos de fragmentos de recipientes cerámicos amortizados, hallazgos que durante décadas llevaron a interpretar estas estructuras como “basureros” (Villanueva *et al.*, 2014: 109 y 114-115).

f) SELLADO DEL ESPACIO SEPULCRAL

Como en la inhabilitación de las zonas de acceso, esta práctica tiene como resultado la colmatación deliberada en este caso del recinto cameral, generalmente mediante echadizos sucesivos de piedra y tierra. Sin embargo, su documentación suele entrañar mayores dificultades, dado que las cámaras son normalmente los sectores más afectados y alterados por los recurrentes episodios intrusivos sufridos por el monumento a lo largo de su historia. De ahí, que en muchas ocasiones resulta complicado discernir si su relleno es producto de un evento prehistórico intencionado o fruto de diversas actuaciones de cronología reciente. Diferenciar estas evidencias es posible a través de la presencia/ausencia de otras manifestaciones, puesto que por lo general en los casos en que se ejecuta un sellado premeditado de la cámara, también se lleva a cabo la colmatación de las zonas de acceso. Además, este tipo de prácticas suelen ir acompañadas de otras actuaciones como desmantelamientos o destrucciones parciales de la estructura megalítica, teniendo lugar en muchos casos el derribo o “tumbado” de algunos ortostatos bien de la cámara bien del pasillo, de manera previa a la colmatación definitiva de dichos espacios.

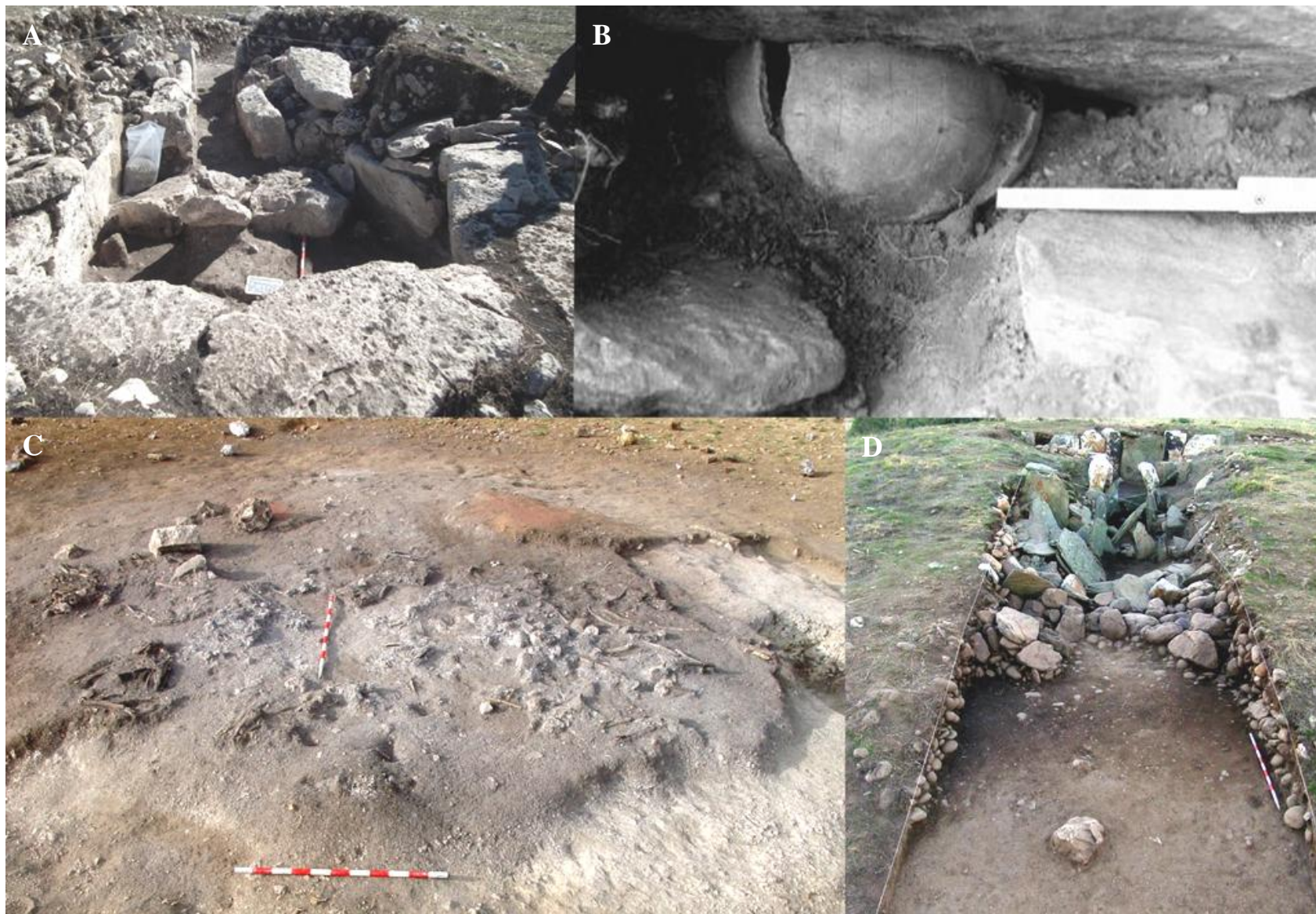


Figura 14: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de inhabilitación de zonas de acceso, sellado del espacio sepulcral y fuegos localizados (ver Índice de Figuras)

Al igual que en el caso anterior, se trata de un fenómeno muy extendido por diversas regiones peninsulares, y concretamente en el valle del Duero/Douro (ver Anexo 1 y Figura 14A), territorio en el que destacan algunos ejemplos como el dolmen de Cubillejo, el túmulo de El Guijo de las Navas I, el redondil de La Velilla, la *mamoá* de Pena Mosqueira III, o las cámaras megalíticas de Carapito I y Lameira de Cima II, entre otros.

g) FUEGOS LOCALIZADOS

Como ya se ha señalado anteriormente, el uso del fuego está íntimamente ligado a los procesos de clausura, siendo parte del mismo y casi un elemento imprescindible en su desarrollo. Destacan aquellas manifestaciones en las que es precisamente el fuego el elemento protagonista, puesto que se lleva a cabo un incendio controlado que tiene como resultado la completa transformación de la estructura quemada. Es lo que ya se ha definido y descrito anteriormente como “fuego clausurador”. Pero a parte de este tipo de prácticas, existen numerosas evidencias de la utilización del fuego ligadas a los cierres de muchos monumentos, en forma de manchones de tierra rubefactada y/o cenicienta, acumulaciones de carbones o propiamente estructuras de combustión perfectamente conservadas (casos como el de los monumentos sorianos de La Mina y La Tarayuela o el túmulo de Lameira de Cima II, son sólo algunos de los muchos ejemplos catalogados - ver Anexo 1 y Figura 14C-). El problema en este caso no es su detección, ya que son manifestaciones fácilmente identificables, sino discernir si se tratan efectivamente de prácticas ligadas al momento de clausura del edificio, o bien si son restos de su uso diacrónico vinculados a las necesidades de iluminación o a otro tipo de factores rituales.

6.4.2. REMODELACIÓN Y AÑADIDO DE ELEMENTOS ARQUITECTÓNICOS

Esta clase de modificaciones suelen alterar, por lo general, el ámbito externo del monumento, afectando principalmente al túmulo y zonas de acceso, aunque en ocasiones se da una transformación completa del lugar a gran escala. Estas actuaciones pueden dar lugar a la remodelación de las estructuras ya existentes o al añadido de nuevos elementos arquitectónicos como amplias áreas exteriores para el culto o dispositivos de bloqueo y separación de espacios, con el fin de aumentar las zonas accesibles del sepulcro y dar una mayor monumentalidad a todo el conjunto. Estos usos van asociados, en muchos casos, a actos de clausura y deposiciones votivas (Fábregas y Vilaseco, 2004: 78-80), formando así parte de un mismo complejo ceremonial.



Estas reformas podrían estar impulsadas por nuevas necesidades rituales resultantes de los cambios producidos en la dimensión social e ideológica de las poblaciones. La tendencia a engrandecer y remonumentalizar el megalito manifiesta una clara voluntad hacia la exhibición del ritual y la exteriorización de un culto que antes se restringía al ámbito interior del sepulcro. De ahí, la necesidad de ampliar algunos espacios para dar cobijo a un mayor número de participantes en la celebración de ciertos actos ceremoniales (añadido de atrios, creación de espacios ceremoniales en torno al monumento...). Estas modificaciones son la evidencia de lo que algunos autores interpretan como la conversión del “*megalito-tumba en megalito-templo*” (Alonso y Bello, 1997: 514).

Como ocurre con las prácticas de clausura/sellado, se han documentado varias fórmulas de remodelación arquitectónica en los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro, las cuales se van describir y caracterizar a continuación.

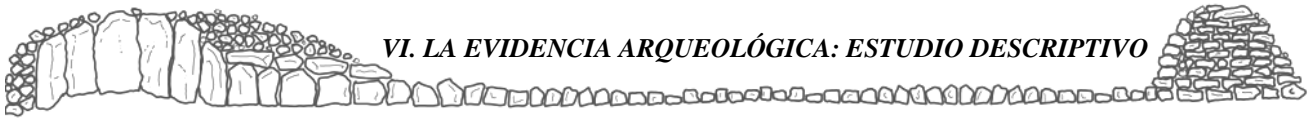
a) **RETUMULACIÓN**

Esta práctica consiste en el recrecimiento del perímetro, volumen y/o altura del túmulo, con el fin de ofrecer una imagen de mayor monumentalidad, alterando mínimamente la configuración original. La interpretación de este tipo de eventos es objeto de debate en relación a diversos factores. Por un lado, hay autores que consideran estas retumulaciones en clave práctica, con una funcionalidad ligada a la estabilidad arquitectónica del conjunto más que a una estrategia simbólica para remonumentalizar el lugar (Huet y Da Cruz, 1994: 222). Estas actuaciones serían, por tanto, una forma de reforzar las primitivas corazas tumulares que en ocasiones presentan una escasa entidad, con el fin de aportar una mayor consistencia a la construcción megalítica. Esta idea encajaría sobre todo en los casos en que la retumulación es una parte más de un complejo proceso de remodelación completa del edificio, en los que la nueva arquitectura resultante, por lo general de mayor tamaño y solidez que la anterior, requiere de una estructura tumular más potente para albergarla. En nuestra opinión, el hecho de que se trate de una práctica cuya ejecución persigue un propósito funcional, no es óbice para que también pueda desarrollarse con otras connotaciones de cariz más simbólico o ideológico como dotar de una mayor monumentalidad a todo el conjunto, objetivo que ya de por sí va implícito en el acto de transformar el megalito. También se plantea cierta polémica a la hora de valorar si las diferencias estratigráficas observadas en la conformación de los túmulos responden en realidad a diferentes episodios de uso

del monumento, o simplemente al echadizo diferenciado y acumulativo de distintos tipos de elementos materiales (piedras de diversos tamaños, tierras con diferente textura y consistencia...) a lo largo de un mismo evento de construcción. En este sentido, si bien es cierto que en muchos casos es casi imposible discernir entre ambas posibilidades, hay ciertas evidencias que pueden revelar si se trata o no de una remodelación, como su asociación a otros “usos post-fundacionales” (añadido de nuevos elementos arquitectónicos, construcción de nueva estructura, clausura del sepulcro...), su superposición estratigráfica sobre depósitos correspondientes a cronologías anteriores (hay ejemplos en los que los niveles de retumulación aparecen cubriendo los lechos de clausura de corredores y atrios), o bien el hallazgo de cultura material de distinta adscripción cronológica en los distintos lechos que conforman el túmulo.

Como ya se ha apuntado, las retumulaciones suelen aparecer asociados a eventos de remodelación a gran escala del megalito, o bien incluso como parte de procesos de clausura en los que estas actuaciones serían las últimas, con el fin de sellar por completo todas las áreas y dar uniformidad al conjunto. En estos casos, se asemejaría funcionalmente a las prácticas de tumulación, aunque con la diferencia de que no se levantaría una estructura *ex novo*. Además, no en pocas ocasiones se han documentado también acompañadas del añadido de ciertos elementos delimitadores o señalizadores, como anillos pétreos perimetrales o pericamerales, cuya función sería la de marcar de manera física la frontera entre el espacio interior sagrado y el exterior.

En la mayor parte de las ocasiones, los niveles de retumulación están conformados por materiales muy similares a los usados en la anterior construcción (Mañana, 2003: 175), dificultando aún más su detección. Sin embargo, hay casos en los que se documenta el empleo de piedras y tierra de diferente color y textura, con el claro propósito de producir un efecto cromático que con toda seguridad estaría determinado por algún factor de tipo simbólico-ritual. En el valle del Duero/Douro se han registrado algunos ejemplos muy explícitos a este respecto, entre los que destaca de nuevo el monumento soriano de La Sima, en el que los niveles inferiores del túmulo compuestos en su totalidad por bloques de caliza, se cubren posteriormente de manera parcial por un nivel de lajas de arenisca (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 29-30; Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 98-101; Rojo *et al.*, 2014 -ver Anexo 1 y Figura 15B-). Este intencionado contraste de color podría tener una sugerente lectura interpretativa a nivel simbólica, con el blanco de la caliza (y de la costra de cal, puesto que no hay que olvidar que La Sima en origen



es una tumba-calero sellada posteriormente por el “fuego clausurador”) como referencia a los huesos de los difuntos y por asociación a la muerte, y el rojo de la arenisca como símbolo de la carne y la sangre, y por tanto de la vida (Rojo, García *et al.*, 2005; Rojo *et al.*, 2013). A parte de este ejemplo tan singular, se han documentado otras fórmulas de retumulación en el territorio de estudio, como el levantamiento de una estructura tumular a base de cantos de mediano y pequeño tamaño sobre una anterior de grandes bloques y lajas pétreos inclinados hacia la construcción ortostática central (como ocurre, entre otros, en el megalito soriano de La Mina, en el dolmen burgalés de Arroyal I o en el sepulcro de Chã de Parada I en el *distrito* de Porto -ver Anexo 1 y Figura 15A-), o la acumulación de un potente túmulo terrero sobre un inicial montículo pétreo de pequeñas dimensiones (por ejemplo, en las *mamoas* de Alagoas o Castelo I, ambas en Vila Real, donde la retumulación se realiza mediante un túmulo de arcilla -ver Anexo 1-).

b) REMODELACIÓN DE ZONAS DE ACCESO

Este tipo de actuación no sólo abarca la modificación de las zonas de acceso ya existentes (mediante el alargamiento de los pasillos o el ensanchamiento de las áreas de entrada), sino también el añadido de nuevos espacios en dichas áreas (como atrios o fachadas ceremoniales), completando así el conjunto monumental anterior. Estas prácticas están claramente ligadas a un deseo de “sacar” el culto megalítico hacia el exterior, hacerlo público, fin para el que se necesitan espacios que den cabida a un mayor número de personas. Los atrios generalmente circulares ubicados a la entrada de los monumentos megalíticos cumplirían perfectamente esa función colectiva, puesto que son zonas accesibles, amplias y abiertas (al contrario que las cámaras sepulcrales de acceso restringido), cuyo espacio está delimitado tanto simbólicamente como físicamente mediante diversos elementos arquitectónicos (en algunas ocasiones se han podido documentar incluso los vanos o “puertas” de entrada a este tipo de recintos; ver Figura 15C). Estos espacios remodelados o añadidos en las zonas de acceso tendrían una funcionalidad claramente ceremonial, ya que en ningún caso se han registrado evidencias funerarias en ellos. Serían lugares en los que se llevaría a cabo la celebración de rituales con un marcado carácter colectivo, y a lo largo de los cuales se depositarían numerosas ofrendas como recipientes cerámicos, bien completos bien fragmentados, o los característicos *seixos* o cantos rodados interpretados como “idolillos” (que pueden presentar decoración), que en no pocas ocasiones aparecen jalonando las entradas a modo de límite simbólico del espacio sagrado (Fábregas y Vilaseco, 2004: 78-80). Estos

sectores del megalito además suelen aparecer de manera sistemática clausurados mediante los sistemas de inhabilitación ya descritos.

Este tipo de actuación es un fenómeno muy extendido, tanto al norte como al sur de la cuenca del Duero/Douro, sobre todo en su vertiente portuguesa (Coutinho y Sobral, 1995: 218), donde se han catalogado numerosos megalitos (fundamentalmente sepulcros de corredor) en los que en un momento concreto de su trayectoria diacrónica se habilitó un corredor intratumular por lo general asociado a un atrio de entrada, que facilitaba la comunicación entre las áreas internas y externas del sepulcro (ver Anexo 1 y Figura 15D). En otras ocasiones menos comunes lo que se documenta es el añadido de un pasillo *ex novo*, puesto que las construcciones originales no contaba con ningún elemento de acceso (es el caso, entre otros, de los dólmenes salmantinos de La Ermita o La Torrecilla en Terradillos, o el burgalés de El Moreco -ver Anexo 1-). Como ya se ha señalado, estos nuevos espacios tendrían una clara orientación ceremonial, hecho que entre otros factores se manifiesta a través de la presencia de algunos elementos o pequeñas estructuras que parecen asociarse al desarrollo de los diversos rituales que se llevarían a cabo (es bastante habitual hallar pequeños montículos pétreos a modo de hitos señaladores, o cistas de escasa entidad que se han interpretado como “cajas de ofrendas” pues en su interior o inmediaciones suelen hallarse restos de ceniza y carbones, e incluso en ocasiones objetos como recipientes cerámicos o artefactos de naturaleza simbólica -ver Anexo 1 y Figura 16C-).

c) **DIVISIÓN Y BLOQUEO DEL ESPACIO MONUMENTAL**

Esta práctica consiste en la colocación de grandes lajas pétreas, generalmente de manera transversal al eje principal de la construcción, que en función del lugar concreto donde se hallen tendrían una función u otra. *A priori*, estas evidencias se podrían interpretar como sistemas de inhabilitación de los accesos al monumento, pero en realidad no constituyen un cierre definitivo, sino que se tratan de dispositivos de bloqueo fácilmente reversibles. Podrían definirse como “*sistemas de reapertura previstos*” (Andrés, 2000: 70). De hecho, en algunas ocasiones se han considerado como posibles “puertas” que aseguran la accesibilidad al monumento y por tanto la continuidad de su uso, y que se emplearían quizás como estrategias de protección del depósito sepulcral (Le Roux, 2000: 267).

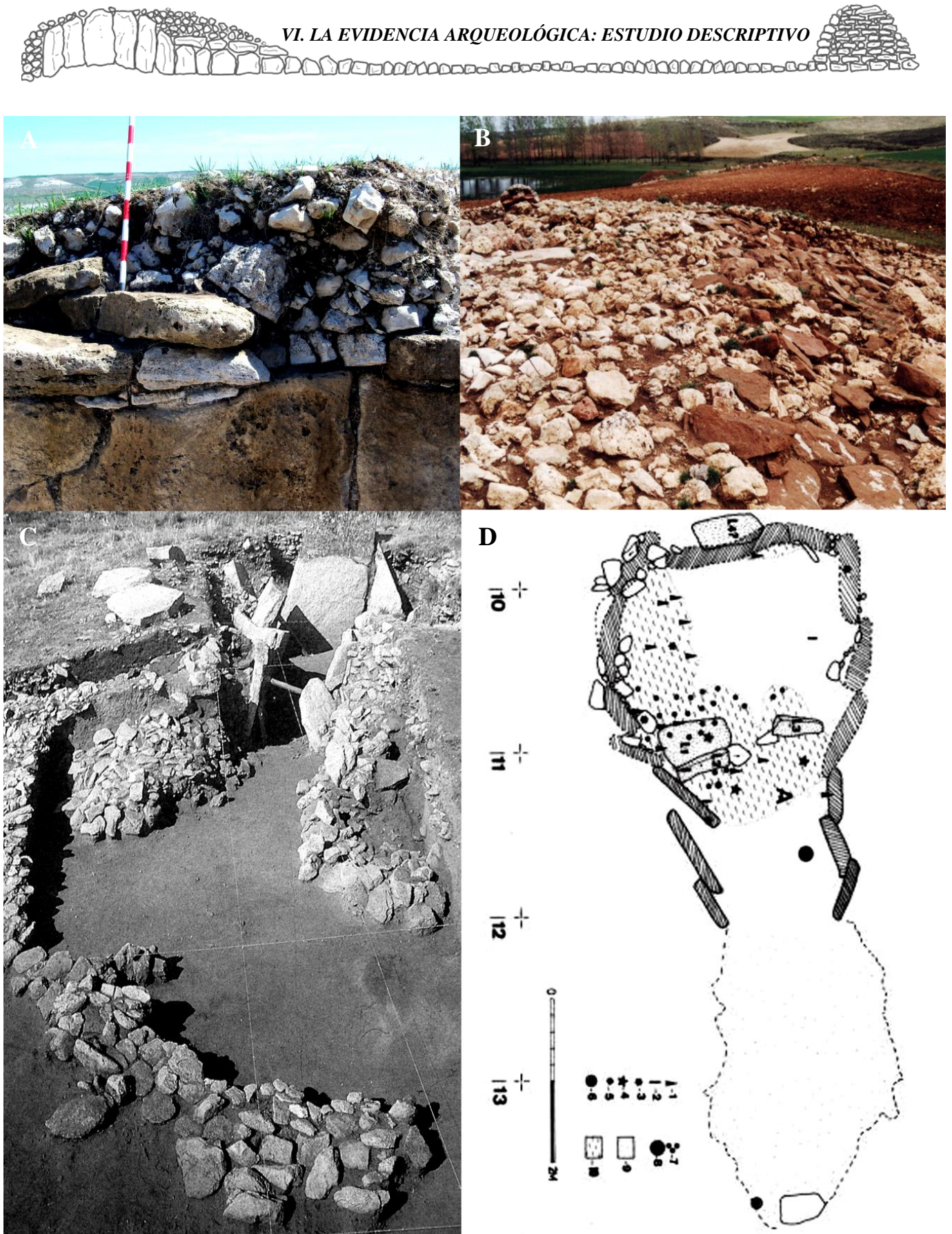


Figura 15: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de retumulación y remodelación de zonas de acceso (ver Índice de Figuras)

Dentro de estas actuaciones, las evidencias más comunes en los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro son las denominadas *lajes de fecho* o cierre, que aparecen colocadas transversalmente bien en el vano de acceso a la cámara, en el del corredor o en ambos (ver Anexo 1). En algunos casos, la disposición de varios bloques pétreos a lo largo del pasillo guardando una cierta simetría, ha servido de argumento para plantear el posible desarrollo de una práctica de compartimentación, interpretada como la manifestación clara de una intencionalidad segregadora que mediante la división del espacio funerario buscaría diferenciar físicamente un depósito funerario en concreto o un conjunto de ellos (Delibes, 1995: 81). Este fenómeno conocido como “galerías segmentadas”, muy extendido por otras zonas peninsulares (Jimeno y Fernández, 1992: 184; Rojo, 2014: 61), se ha documentado de manera excepcional en el territorio de estudio, no sin serias dudas por nuestra parte, en los casos del dolmen del Alto de la Tejera y en el *anta* de Castenairos I (ver Anexo 1).

d) YUXTAPOSICIÓN Y/O AMPLIACIÓN DEL RECINTO SEPULCRAL

Este tipo de práctica, como en el caso ya descrito de la “superposición”, tiene como resultado la creación de un nuevo sepulcro megalítico a partir de otro previo, pero con la diferencia fundamental de que en este caso no hay un deseo manifiesto de ocultar la antigua construcción sino que ésta se integra de “manera natural” dentro de la arquitectura de cronología más reciente. Este efecto se consigue a través de la práctica que se ha denominado como “yuxtaposición” de cámaras, que consiste en la erección de un nuevo espacio sepulcral caracterizado por su “continuidad física” con respecto al anterior. En este estudio, sólo se han catalogado dos eventos de este tipo, en el sepulcro burgalés de El Hundido y en el megalito de Aliviada II ubicado en el *distrito* litoral de Aveiro (ver Anexo 1).

Una práctica similar, aunque no conlleva la transformación del monumento a la misma escala, es la ampliación del área de la cámara, cuyo propósito parece estar vinculado a la necesidad de incrementar su espacio útil en determinados momentos del uso del megalito, quizás para dar cabida a nuevos depósitos. Las evidencias de este tipo de actuación suelen presentarse a modo de hoyos o fosas excavadas en la base del recinto, de relativa profundidad y grandes dimensiones, y ubicadas por lo general en la zona posterior de la cámara (normalmente próximas al sector de cabecera). Por su regularidad, factura cuidada y disposición estratigráfica, se han interpretado como eventos prehistóricos y no como resultado de posteriores episodios intrusivos. Además,

estas manifestaciones suelen ir asociadas a otros testimonios arqueológicos de remodelación arquitectónica y modificación de las zonas de acceso. Estos “usos” tienen una mayor representación que las prácticas de yuxtaposición dentro del conjunto de yacimientos estudiado, aunque tampoco son muy numerosos, probablemente debido a las dificultades para su detección (ver Anexo 1 y Figura 16B).

Fuera del ámbito geográfico de este trabajo, se han documentado ejemplos mucho más singulares, como es el caso de la pequeña cámara secundaria añadida en una zona excéntrica del sepulcro de Peña Guerra II en Nalda (La Rioja), aunque otras interpretaciones apuntan a que en realidad se trata de una estructura anterior a la construcción del megalito que hoy se conoce (López de la Calle e Ilarraza, 1997: 314; Narvarte, 2005: 211-218).

e) **ERECCIÓN DE MENHIR**

En la mayor parte de las ocasiones la asociación “sepulcro megalítico-menhir” se caracteriza por la ubicación de este tipo de hitos fuera del conjunto sepulcral, en sus aledaños, aunque es bastante habitual que exista contacto visual entre ambas construcciones. Sin embargo, son varios los casos dentro de este estudio en los que sus restos se han hallado sobre la estructura tumular, revelando así una relación física directa, siendo en todos los casos una práctica que tuvo lugar tras ser clausurado el megalito en cuestión (ver Anexo 1 y Figura 12). Por lo general, estos grandes bloques pétreos aparecen fragmentados, puesto que dada su envergadura y buena factura es habitual que se reaprovecharan partes o la totalidad de los mismos en construcciones cercanas, documentándose en estos casos a través de antiguas informaciones orales y/o gráficas (viejas fotografías o dibujos del lugar...) que aseguran la existencia sobre aquel montículo pétreo de una piedra hinchada. Incluso a veces la toponimia del lugar puede constituir una importante evidencia al respecto, como ocurre en el caso del túmulo soriano de la Peña de la Abuela, el cual recibió su nombre precisamente por estar rematado en su cúspide por un monolito cuya silueta “antropomórfica” recordaba vagamente a la de una anciana. Aunque en el momento de su excavación, el menhir ya había desaparecido, al parecer empleado en las labores de saneamiento de la parcela en que se encontraba, a través de fuentes orales se ha podido conocer que tendría cerca de 1'5 m de altura (Rojo *et al.*, 2002: 32-33; Rojo, Kunst *et al.* 2005: 31-32).

Esta asociación “sepulcro megalítico-menhir” también se ha documentados en sentido inverso, en el sentido de que los ortostatos decorados documentados en algunas

de estas estructuras podrían ser, en realidad, estelas-menhir de cronología anterior reutilizadas en su construcción. Esta hipótesis ha sido contrastada y verificada gracias al estudio de megalitos en otras regiones peninsulares, dando lugar a interpretaciones muy sugerentes al respecto (Bueno *et al.*, 1999b y 2010: 179). En el territorio duriense, existen algunas evidencias que podrían apuntar hacia esta posibilidad, si bien es un aspecto que, hasta la fecha, no ha sido tratado en profundidad (en la *mamo*a de Catelo I, en el distrito de Vila Real, algunos de los bloques que conforman la cámara parece que habrían sido decorados previamente a su implantación en el terreno, hecho que podría encajar con su interpretación como estelas-menhir de época anterior –Sanches *et al.*, 2005; Sanches, 2014).

Por otro lado, dentro del territorio de estudio existen otros casos documentados de pequeñas estructuras tumulares asociadas a un gran menhir, cuya naturaleza funeraria parece probada a través del hallazgo de algunos restos óseos dispersos, a veces quemados, por lo que en ocasiones se les ha interpretado como túmulos simples megalíticos clausurados mediante el empleo de fuego y posterior tumulación, y finalmente señalizados con un menhir (Delibes *et al.*, 2012; Villalobos *et al.*, 2012). Siguiendo esta interpretación, estos hallazgos se integrarían sin problemas dentro del conjunto de yacimientos analizados en este trabajo. Sin embargo, tanto las dataciones disponibles para estos lugares, que remiten a cronologías más recientes (por tanto, el evento funerario y la construcción tumular podrían tratarse en realidad de un episodio de uso posterior, dándose un fenómeno inverso en el que el menhir es la construcción que se reutiliza y remodela a través de la erección de una estructura tumular), como la escasa especificidad de la cultura material recuperada en ellos (algunos restos líticos dispersos y escasos fragmentos cerámicos, en algún caso con decoraciones que se adscriben a etapas más recientes del periodo estudiado), han llevado a excluirlos de este estudio por su indefinición cronológica (ver subepígrafe 6.1.2). De cualquier modo, la presencia de estas manifestaciones prueba que la práctica del izado de menhires se trató de un fenómeno bastante generalizado en el contexto espacio-temporal que abarca esta investigación.



Figura 16: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de ampliación del espacio sepulcral, agregación de estructuras secundarias y creación de un espacio ceremonial (ver Índice de Figuras)

f) AGREGACIÓN DE ESTRUCTURAS SECUNDARIAS

Esta práctica se refiere al hallazgo de pequeñas estructuras en áreas del megalito accesibles desde el exterior, fundamentalmente en la zona de entrada, el atrio o la propia coraza tumular. Presentan diversidad de tamaños (aunque en ningún caso alcanzan grandes dimensiones) y tipologías, ya que pueden revelarse en forma de “cajas” o cistas, amontonamientos pétreos de escasa entidad, o hitos rodeados en su base por pequeñas losas inclinadas, entre otras. Como ya se ha señalado anteriormente, estas estructuras tendrían una funcionalidad orientada al ámbito cultural, como plataformas en torno a las cuales (o incluso sobre las mismas) se realizarían depósitos u ofrendas votivas como parte del ritual desarrollado.

Entre los casos documentados, destacan algunos ejemplos como la cista pétreo ubicada en la zona norte del atrio del dolmen de Seixas en Viseu, la construcción circular hallada en el cuadrante sudeste del túmulo abulense de la Dehesa de Río Fortes, o las dos estructuras formadas por bloques hincados y dispuestas en la periferia del atrio del sepulcro de Madorras I en Vila Real (ver Anexo1 y Figura 16C).

g) REACCIÓN DE UN ESPACIO CEREMONIAL

Ésta es probablemente la práctica que mejor expresa el concepto de la conversión del “*megalito-tumba en megalito-templo*” (Alonso y Bello, 1997: 514), a través de la remodelación y transformación de una anterior construcción megalítica en un lugar de culto, alejándose así de su función funeraria primaria. Estos espacios ceremoniales se conciben generalmente tras la clausura del sepulcro original, que además suelen ser objeto de otras prácticas de remodelación como el recrecimiento de los túmulos, la adición de estructuras secundarias o la erección de un menhir como elemento señalizador. Normalmente se identifican por la presencia de un “espacio deambulatorio periférico” creado en torno a la antigua construcción megalítica que permite “rodearla” con facilidad y dar cabida a un importante número de personas. En algunos casos, se caracterizan también por el añadido de nuevos elementos arquitectónicos como “fachadas monumentales” o “recintos periféricos” que estarían delimitando tanto física como simbólicamente el espacio sagrado que representaría dicho lugar ancestral.

Si bien no son muy abundantes, se han podido documentar algunos casos muy singulares dentro del marco de esta investigación. El primero y más excepcional es el caso del monumento soriano de La Mina, en el que una vez desmantelado de manera



sistemática el sepulcro de corredor original, el enclave sufrió una importante transformación dando lugar a la conversión de un sitio de clara orientación funeraria en un centro de evidente significación ritual y simbólica (ver Anexo 1 y Figura 16A). Con este propósito, se habilitó de forma intencionada un espacio deambulatorio circular de entre 1-2 m de anchura, abierto y sin obstáculos, en torno a los restos del megalito clausurado. Por otro lado, en el sector meridional del monumento, se construyó una pared ortostática conformada al menos por 8 bloques dispuestos de manera horizontal (probablemente alguno de ellos, si no todos, formase parte en origen del sepulcro de corredor desmantelado), que dibujaba una especie de corredor vacío o galería, delimitado en su lado posterior por la propia estructura tumular. Además, se pudo documentar que en torno al monumento se construyó un pequeño muro de piedra (aunque apenas se conserva su cimentación, se puede afirmar que dicha estructura no tendría mucho alzado dado que escasamente cuenta con 1 m de anchura) que lo rodearía y delimitaría, ubicado a algunos metros de distancia con respecto a la periferia tumular, y que dotaría de mayor monumentalidad y vistosidad a todo el conjunto megalítico. Finalmente, el lugar fue señalado con un gran menhir decorado de unos 2 m de altura aproximada (Rojo *et al.*, 2014).

Otro de los casos documentados es el del monumento megalítico burgalés de Los Morcales (ver Anexo 1 y Figura 13C), que tras ser clausurado con un gran incendio que destruyó por completo su estructura original, fue rodeado por dos potentes círculos concéntricos de piedra en seco, el primero dispuesto en el entorno inmediato del recinto que albergaba el espacio sepulcral, y el segundo más hacia el exterior a modo de límite y perímetro de la propia estructura tumular. Entre ambos círculos de piedra se dibujaba un espacio libre que perfectamente podría haber funcionado como zona deambulatoria periférica, acogiendo a un buen número de personas con las que se podrían llevar a cabo importantes rituales colectivos, que debido a sus pequeñas dimensiones habría sido imposible realizar en el interior del sepulcro. Posteriormente, todo el conjunto fue cubierto con una potente estructura tumular y señalado con un menhir de 1,20 m de longitud (Rojo *et al.*, 2002: 22-26).

Por último, en el *anta* de Merouços I, ubicada en el *distrito* de Viseu, tras el cierre de sus zonas de acceso se dispuso un espacio ceremonial frente al atrio, conformado por una “fachada monumental” a base de lajas colocadas en rampa que se unían con la estructura tumular (ver Anexo 1). En la periferia de esta “fachada” se dispuso una zona de pavimento o *lajeadado*, sobre la que se hallaron varias estructuras

secundarias de tendencia circular y pequeño tamaño, a modo de amontonamientos de piedra, bloques hincados rodeados y asegurados en su base por lajas “en escama”, o bien cistas pétreas de escasa entidad. Todo este conjunto estructural se ha interpretado como un elemento arquitectónico con una clara orientación ceremonial, quizás a modo de plataforma y receptáculos concebidos para el depósito de ofrendas (Da Cruz, 2001: 137-145).

6.4.3. ESTRATEGIAS DE MANTENIMIENTO

Este tipo de actuaciones son extremadamente sutiles, ya que no pretenden alterar de ningún modo las estructuras, siendo por esta razón muy complicada su detección. Su objetivo es más bien práctico, en el sentido de que se llevan a cabo con el fin de mantener en buenas condiciones y útil el monumento, aunque ello no implica que sean actividades realizadas de forma arbitraria. Por el contrario, formarían parte de ceremoniales y rituales pautados por los grupos usuarios, dado que *“la realización de cualquier práctica en lugares donde se entra en contacto directo con la muerte, con el mundo del más allá, con ese halo desconocido que rodea la desaparición de un ser con el que se ha tratado con mayor o menor intimidad, difícilmente puede trivializarse”* (Narvarte, 2005: 308). La ejecución de estas prácticas se daría de manera más o menos regular según las necesidades del momento, aunque también puntualmente se han podido documentar directamente asociadas a complejos eventos de clausura o remodelación de las arquitecturas megalíticas. Afectarían tanto al espacio sepulcral interno (recolocaciones en la cámara funeraria para realizar nuevas deposiciones, mantenimiento y arreglo de algunos elementos arquitectónicos... -García Sanjuán 2011: 88-), como a la dimensión externa del megalito (cuidado y limpieza del túmulo y su entorno). Algunos autores han planteado incluso la posibilidad de que estos “usos” siguieran llevándose a cabo por parte de las poblaciones usuarias posteriores al cierre del lugar como recinto funerario, ya que los megalitos, en su función de referentes simbólicos en el paisaje, tendrían que seguir siendo visibles y aprovechables para las diversas sociedades: *“Perhaps the aura of megaliths made later generations honour the memory of these sites and regularly clear the grass and scrub around them”* (Holtorf, 2000-2008).

También en este caso, se han documentado una gran diversidad de estrategias de mantenimiento aplicadas en los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro, que a continuación serán descritas y caracterizadas.



a) REACONDICIONAMIENTOS DE OSARIO

Este tipo de prácticas aunque serían habituales, no resultan fáciles de identificar puesto que han de darse para ello unas excepcionales condiciones de conservación de los niveles sepulcrales (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 18-19). Frente a la visión tradicional que consideraba los osarios como “amasijos de huesos” sin ningún sentido, caóticos y arbitrarios (en gran medida resultante de los sucesivos episodios intrusivos - Guerra *et al.*, 2009: 54-), las evidencias arqueológicas apuntan cada vez con mayor resolución hacia la realización en ellos de actividades pautadas (Cauwe, 1997), ofreciendo una imagen en la que los huesos están “*dispuestos de acuerdo a una lógica ritual, en relación con la propia arquitectura interna del sepulcro*” (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 19). Estas prácticas de reacondicionamiento, además de tener un importante componente funcional ligado a mantener útil el espacio sepulcral, conllevarían una fuerte carga ideológica y simbólica, puesto que a través de su desarrollo se borraba cualquier rastro de individualidad dentro del depósito funerario (los cuerpos eran desmembrados una vez que perdían los tejidos blandos o gran parte de ellos, teniendo incluso a veces que recurrir a técnicas de descarnamiento), con el propósito de reafirmar aún más la imagen colectiva de estos sepulcros (Delibes *et al.*, 1997: 803; Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 20). “*En todo caso, los restos quedarían de esta forma resumidos en el tiempo anterior, purificados del todo y asumidos en la identidad de los ancestros, al tiempo que protegidos y apartados para el futuro*” (Andrés, 2000: 67). De este modo, todos los allí enterrados pasaban a formar parte del “ente” abstracto de los antepasados, ya que lo importante no es la identidad individual del difunto, sino lo que representa para el grupo. A través de estas prácticas se mezclarían y fundirían pasado y presente, de modo que tanto los muertos recientes como aquellos que fueron introducidos primeramente se integran en un mismo colectivo, sin diferencias, creando así una imagen intencionada del “ideal social” pretendido por sus usuarios (Delibes, 2010: 32; Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 20). Los escasos individuos que se han hallado en completa conexión anatómica en los niveles sepulcrales adscritos al “horizonte megalítico” (es decir, que no son parte de ningún evento de reutilización funeraria), parecen por lo general corresponderse bien con los últimos depósitos antes de la clausura del monumento (y que por tanto no habría dado tiempo a su putrefacción y consiguiente desmembramiento), o bien con los primeros cuerpos que fueron introducidos y que podrían haberse respetado a modo de “nivel fundacional” del lugar (pero no por cuestiones ligadas a sus propias personalidades).

A pesar de que en gran parte del territorio de estudio, las características edafológicas del suelo no permiten la conservación de los restos óseos (ver subepígrafe 6.2.4), se cuenta con bastantes casos en los que el osario se ha conservado intacto parcial o incluso completamente. En todos ellos, se han documentado prácticas de reacondicionamiento y manipulación de los huesos humanos, representadas a través de diversas manifestaciones (ver Figura 17A y C y Anexo 1): agrupaciones de huesos largos, “nidos de cráneos”, acumulaciones óseas en las áreas periféricas del recinto cameral, selección y fragmentación intencional de ciertos tipos de hueso (la disimetría en relación a la significativa representatividad de algunas partes esqueléticas frente a la ausencia de otras se utilizó tradicionalmente como argumento para defender la naturaleza de depósito secundario de los megalitos, idea que se ha ido desechando con los hallazgos cada vez más numerosos de ciertas piezas lábiles como pequeñas falanges o huesecillos del oído, que si el cuerpo hubiese sido trasladado con seguridad se habrían perdido), entre otras. Destacan algunos ejemplos como el grupo de 15 cráneos localizado en el corredor de Las Arnillas, el “paquete” de huesos largos en un rincón de la cámara del sepulcro de San Quirce (Delibes y Rojo, 2002: 30), o la acumulación de restos humanos próximos a los ortostatos en la Nava Alta (Narvarte, 2005: 395 -ver Figura 17C y Anexo 1-). Es excepcional el osario del túmulo burgalés del Alto del Reinoso, gracias a cuyo estado de conservación completamente intacto y a la aplicación de un buen sistema de registro durante su excavación, se pudo documentar con detalle todas las prácticas de manipulación llevadas a cabo en el mismo, entre las que además de las ya mencionadas, se encontraron otras más singulares como la colocación de varias costillas formando círculos concéntricos o de cráneos enmarcados por huesos largos a modo de “caja” (Alt *et al.*, e.p.; Arcadia-FUNGE, 2007 -ver Figura 17A y Anexo 1-).

Se han registrado otro tipo de actuaciones que también conllevarían la manipulación de huesos humanos, en este caso trabajándolos y transformándolos en útiles, como es el caso del ídolo-espátula sobre radio humano del redondil vallisoletano de Los Zumacales o el puñal de Las Arnillas posiblemente realizado en una tibia, entre otros ejemplos (Delibes y De Paz, 2000). Es más que probable que la materia prima procediera precisamente de los osarios donde posteriormente se depositó dicho útil como ofrenda (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 19-20). En relación a este aspecto, algunos autores han planteado la posibilidad de que existiera una red de “circulación de reliquias” entre yacimientos (Delibes, 2010: 25), puesto que un hueso procedente de



uno de estos sepulcros podría funcionar a modo de ítem protector contra posibles desgracias, debido al aura sagrada y “mágica” que lo envolvería.

Estas prácticas de reacondicionamiento del espacio sepulcral no sólo afectarían a los restos óseos sino también a los elementos de ajuar que los acompañaban, dando lugar a su desplazamiento y reubicación de manera claramente intencional. Estas recolocaciones tendrían lugar en muchas ocasiones justo antes del cierre del sepulcro, puesto que de otro modo no habría sido posible que permanecieran en su posición primaria. Estas actuaciones se revelan normalmente a través del hallazgo de ciertos artefactos singulares (como hachas pulimentadas, ídolos-espátula...) en zonas de tránsito fácilmente accesibles y visibles, o de la acumulación de cierto tipo de objetos (microlitos, láminas de sílex, cuentas de collar...) en conjuntos diferentes y desplazados hacia las zonas periféricas del recinto cameral (como se documentó, por ejemplo, en Carapito I o en la Peña de la Abuela -ver Anexo 1-). Hay casos muy singulares como el del ya citado monumento de La Mina, en el que se halló un ídolo-espátula de hueso en el interior de una de las zanjas de cimentación de los ortostatos del pasillo, que sólo podría haber sido depositada allí tras el desmantelamiento de la estructura (la pieza se halló intacta y de haber estado allí colocada durante la clausura se habría fragmentado completamente), o el del túmulo del Alto del Reinoso donde se documentó un alineamiento en sentido norte-sur de 3 hachas pulimentadas y una azuela que abarcaba todo el diámetro de apenas 2 m del osario (ver Anexo 1).

b) “ECHADIZOS” DIFERENCIADORES

Existen otras estrategias de mantenimiento que afectan a los osarios por completo, aunque en este caso no conllevan el desplazamiento de los restos que alberga sino más bien su cubrición o protección. Consisten en “echadizos” o lechos de distintos materiales que se disponen sobre el nivel sepulcral, y que en muchas ocasiones pueden llegar a diferenciar estratigráficamente distintos episodios de uso dentro de la cámara. Estos “echadizos” pueden ser de tierra limpia o pequeños cantos o guijarros, y no tienen una gran potencia puesto que su fin no es clausurar el espacio sepulcral, sino simplemente separar unos depósitos de otros (Narvarte, 2005: 308-311). Es su escasa entidad, precisamente, lo que hace de su detección arqueográfica una tarea muy complicada, lo que se une además al hecho de que se hallan en contextos que habitualmente se encuentran muy alterados. Pese a que son actos con un marcado carácter práctico, su ejecución estaría rodeada de una potente significación simbólica y

planificada dentro del ritual. Como en el caso anterior, se trataría de un tipo de actuación que probablemente tendría lugar de una manera más recurrente que el resto de actividades descritas (dada su función como estrategia de mantenimiento), pero que también en muchos casos se ha documentado su desarrollo puntual en un momento previo al cierre de los monumentos.

Estas prácticas, al igual que los reacondicionamientos del osario, son consideradas por algunos autores como actos de “finalización de ciclo” (Leclerc y Masset, 1980; Narvarte, 2005: 301-303 y 307-311), cuyo resultado es doble, pues por una parte aseguran la protección del anterior depósito y por otro permiten la reorganización de un nuevo espacio sepulcral. Se trataría de gestos con los que si bien se están ocultando o modificando los niveles anteriores, no tienen un carácter definitivo como *en el caso de las inhabilitaciones, sino que por el contrario aseguran la continuidad de la vida útil del megalito como recinto funerario. Por tanto, se podría hacer una diferencia entre sellados “físicos” que estarían más relacionados con este tipo de actuaciones de “finalización de ciclo”, y cierres “simbólicos” que se corresponderían con los procesos de clausura definitivos: *“Si la première condamnation avait été seulement physique, la seconde, l’ultime, possédait semble-t-il une force symbolique plus considérable: elle induisait une rupture définitive”* (Guy y Masset, 1991: 288).

En el valle del Duero/Douro no se ha documentado hasta la fecha ninguna evidencia del tipo de “echadizos diferenciadores” descritos, conformados por niveles de tierra o pequeños guijarros. Sin embargo, sí se han registrado varios casos de capas de pigmento rojo cubriendo los osarios de monumentos como el de Pena Mosqueira III o Los Zumacales, entre otros (ver Anexo 1), aunque ninguno de ellos parece tener una función como separador de depósito sepulcrales, sino que más bien parecen vinculados al momento anterior al cierre del sepulcro. El mejor exponente de esta práctica se corresponde con el redondil palentino de La Velilla (Guerra *et al*, 2009: 52; Zapatero, 2014), en el que la cantidad de pigmento rojo presente era tal que llegó a tinter por completo todo el contenido del osario (incluso el sedimento que lo albergaba), fundamentalmente los huesos humanos, por lo que parece evidente que en este caso estos “echadizos” se sucederían de una manera más o menos recurrente. Los análisis del pigmento demostraron que la sustancia utilizada no era sólo óxido férrico (el ocre es el mineral usado habitualmente) sino también cinabrio, componente que además de tener una coloración rojiza intensa tiene propiedades antisépticas y preservadoras, por lo que se ha planteado que su uso no estuviera ligado sólo a factores rituales (como ya se ha



señalado en otra ocasión anteriormente, el rojo por asociación representa la carne y la sangre, y por tanto a la vida, y de ahí la importante carga simbólica de “pintar” los huesos de rojo), sino que es probable que se emplease como fórmula para evitar la rápida putrefacción de los cadáveres y disimular su olor (Delibes, 2000; Zapatero, 2014: 413-428).

c) COMPARTIMENTACIÓN Y/O SEÑALIZACIÓN SEPULCRAL

A pesar de que por lo general el aspecto de una cámara megalítica es el de un espacio diáfano, sin ningún tipo de división o delimitación, en ocasiones se documentan cierto tipo de evidencias que apuntan hacia prácticas de compartimentación e incluso de segregación de algunas zonas o áreas concretas (Guerra *et al.*, 2009: 55). En la mayor parte de los casos, esta división es sólo simbólica puesto que no existe ningún elemento físico de separación, sino que simplemente se revela a través de la diferenciación espacial de algunos grupos o conjuntos bien de restos óseos, de artefactos o de ambos. Sin embargo, no en pocas ocasiones aparecen elementos arquitectónicos o estructuras dentro de los propios niveles sepulcrales, que parecen estar delimitando o señalizando zonas específicas.

La manifestación más explícita en relación a las fórmulas de compartimentación del espacio es el hallazgo de “cajas” o cistas pétreas en el interior de las cámaras, como acontece en el *tholos* de La Sima, en el dolmen de La Torrecilla en Terradillos o en el de Areita I (Anexo 1 y Figura 17B). Este tipo de estructuras se han interpretado generalmente como cistas funerarias que servirían bien como espacios segregados e individualizados para albergar a uno o varios depósitos funerarios, o bien como pudrideros de donde posteriormente se extraerían los huesos para colocarlos en el osario (Delibes, 1995: 81). *A priori*, se trata de la lectura más lógica, pero en realidad aún no se ha documentado ninguna evidencia en el territorio de estudio que corrobore de manera inequívoca esta hipótesis, por lo que hay que barajar otras funcionalidades como por ejemplo su posible uso a modo de “altares” para el depósito de ofrendas (Bueno *et al.*, 2010: 178; Morán, 1935: 7-8). Existen otro tipo de evidencias no tan expresivas, como lajas tumbadas en las que sobre ellas o debajo de ellas se han encontrado inhumaciones, por lo que también se plantea su posible función “individualizadora”.

Por otro lado, algo más numerosos son los hitos utilizados a modo de pequeñas estelas-menhir que señalizan ciertos sectores dentro de los niveles sepulcrales. En la *mamo*a de Alagoas, en Vila Real, se hallaron hasta tres bloques aún hincados *in situ*,

alguno de ellos con perfil antropomórfico, que habían sido ligeramente desplazados de su ubicación original durante el evento de clausura del monumento (Sanches y Nunes, 2004 -ver Figura 17D y Anexo 1-). También con esta misma función señalizadora a modo de estela se han interpretado las pequeñas lajas trabajadas (varias de ellas presentan restos de pigmento rojo) encontradas en el túmulo de Pena Mosqueira III (Sanches, 1987 y 1996: 38-39), o el monolito localizado en la cámara del dolmen de El Prado de las Cruces, que más bien podría tratarse de un elemento separador de depósitos funerarios (Fabián, 1997: 33-35 -ver Anexo 1-).

Un caso singular a destacar es el del sepulcro burgalés de El Hundido (ver Anexo 1), donde en el extremo meridional del segundo recinto funerario (recordar que este megalito fue objeto también de una práctica de remodelación por yuxtaposición de cámaras), en una zona donde comenzaba a estrecharse la grieta natural, se documentaron varias acumulaciones de bloques de calizas, areniscas y cuarcitas de pequeño y mediano tamaño, que parecían conformar una especie de murete a modo de elemento diferenciador de espacios dentro del nivel sepulcral. Dentro de este sector delimitado por dicha estructura, se halló un depósito votivo de hasta 11 recipientes cerámicos junto a un “nido” formado por 5 cráneos (Alonso Fernández, 2013; Cronos, S.C., 2012). En este caso parece que hubo una clara intencionalidad de separar un espacio votivo-ritual, y no específicamente funerario, al fondo de la cámara, donde posiblemente se llevaran a cabo ceremoniales a base de ofrendas votivas, y que posiblemente incluyesen la celebración de algún tipo de ritual de comensalidad (el número de recipientes cerámicos que se documentaron completos o semi-completos, su tipología -1 cazuela y al menos 10 cuencos-, su disposición en el interior de ciertas oquedades de la roca natural y en algunos casos boca-abajo, y su agrupación en conjuntos de 2-3 recipientes, son todos ellos factores que apuntan hacia la sugerente posibilidad de que sean los restos de un banquete ceremonial o bien de ofrendas funerarias que contendrían comida y/o bebida en su interior).

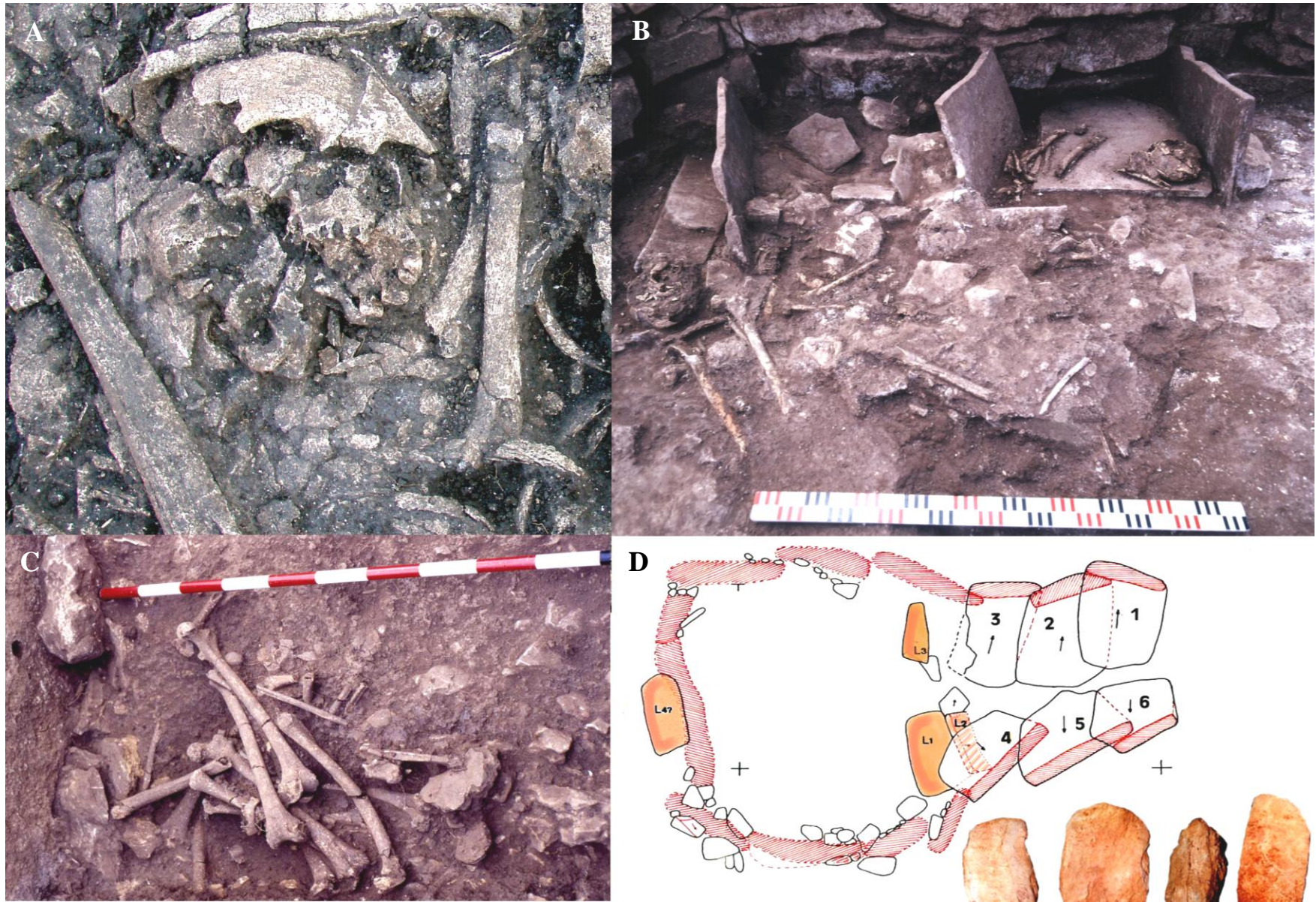


Figura 17: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de reacondicionamiento y de compartimentación y/o señalización del espacio sepulcral (ver Índice de Figuras)

d) RE-DECORACIÓN

La cuestión del “arte megalítico” y su cronología (ver subepígrafe 6.2.3) es un campo muy complejo que requiere de un estudio específico al respecto. Mientras que en otras áreas peninsulares se trata de una “faceta megalítica” que ha sido objeto de profusas e interesantes investigaciones (Bueno *et al.*, 2007, 2008 y 2013; Bueno y Balbín 2000 y 2003; etc.), en el valle del Duero/Douro han sido pocos los autores que le han prestado atención, limitándose, salvo alguna notable excepción (Sanches, 2008-2009 y 2010), a trabajos de síntesis muy generales o en relación a un yacimiento específico (Da Cruz, 1988: 24-32; Delibes y Rojo, 1988; Oliveira, V. 1996-1997; Santos y Da Cruz, 2011 y 2013; etc.). Pese a que debido a la complejidad de esta temática, no se va a profundizar en su análisis en el presente trabajo, tampoco queremos perder la oportunidad de señalar algunas evidencias singulares y que pueden constituir un interesante punto de partida para futuras líneas de investigación.

En otras regiones peninsulares se han documentado varios eventos post-fundacionales de decoración en los megalitos e incluso de “re-pintado” (Bueno *et al.*, 2007: 301-303; Fábregas y Vilaseco, 2004: 81). Sin embargo, en nuestro territorio de estudio no se trata ni mucho menos de un fenómeno generalizado (pues tampoco lo son las manifestaciones de “arte megalítico”; ver epígrafe 6.2.3), pero de manera testimonial sí se han registrado en algunos casos evidencias de la presencia de diferentes fases decorativas e incluso reavivamientos de motivos pintados anteriormente (ver Anexo 1). En uno de estos casos, el del sepulcro de Carapito I, se plantea la posibilidad de que la decoración de la cámara, o parte de ella, se realizase durante el primer episodio de reutilización del sepulcro y no durante su uso original. Esta hipótesis se basa en el hecho de que la laja decorada hallada en medio del recinto cameral, interpretada en un primer momento como una “piedra-altar” (Leisner y Kalb, 1998: 73-76), en realidad se trata de parte de uno de los ortostatos camerales, cuya base aún *in situ* no presenta ningún resto de decoración; de ahí que se plantee la posibilidad de que al menos dicha piedra fue decorada *a posteriori*, una vez fragmentada y probablemente ya colocada en su nueva ubicación (Da Cruz y Vilaça, 1990: 19). En nuestra opinión, y teniendo en cuenta este tipo de evidencias, sería no sólo necesario sino también muy interesante, llevar a cabo un estudio serio sobre la faceta del “arte megalítico” en el territorio duriense, cuyo análisis permitiera observar con más detalle la posible relación entre los eventos de decoración de los monumentos y sus diversos episodios de uso.

e) **EVENTOS DE LIMPIEZA**

En este caso, es la falta de evidencias y no su presencia la que parece revelar que este tipo de actuaciones tuvieron lugar en la mayor parte de los monumentos megalíticos. Teniendo en cuenta la obligada existencia de hiatos de inactividad a lo largo de toda su trayectoria diacrónica (que como se verá en posteriores apartados, se reflejan claramente en el desarrollo cronológico del conjunto megalítico estudiado; ver subepígrafe 7.1.3), esos lapsos de no-ocupación de los monumentos deberían de haber dejado algún tipo de huella en la estratigrafía de estos yacimientos (en el sentido de la conformación de estratos por causas no antrópicas). Sin embargo, es prácticamente total la ausencia de estas manifestaciones. Por esta razón, se plantea que o bien estas construcciones eran objeto de un mantenimiento continuo a lo largo del tiempo, o bien se realizaban reacondicionamiento sistemáticos de manera previa a los nuevos eventos constructivos o de reutilización (Hingley, 1996: 233-234; Mañana, 2003: 174). De cualquier modo, y a pesar de la enorme dificultad que entraña identificar un evento de este tipo, nos parece muy sugerente la hipótesis de la necesidad de llevar a cabo un mantenimiento más o menos continuo del lugar (al menos en aquellos momentos de uso intensivo del lugar), puesto que de otro modo en apenas unos años estos monumentos megalíticos perderían una de sus funciones esenciales, que es la de ser un referente visible e identificable en el paisaje.

En este estudio, sólo se ha registrado un posible evento de limpieza en el dolmen burgalés de Cubillejo (ver Anexo 1). La escasez de materiales y restos óseos recuperados en este sepulcro (en el corredor no apareció ni un solo material), dada la magnitud de este monumento, se achacó desde el principio a las múltiples violaciones sufridas por el monumento a lo largo de su historia (Osaba *et al.*, 1971). Sin embargo, en su interior no se documentó ningún elemento que pudiera adscribirse a épocas históricas, y además, pese a sus grandes dimensiones, se trataba de un megalito que había pasado desapercibido a ojos de las gentes del entorno hasta momentos relativamente recientes (fue descubierto y catalogado por primera vez en 1970), situación por tanto contraria a la afirmación de que este monumento fue objeto de numerosos saqueos por parte de furtivos. Todas estas evidencias apuntan hacia la posibilidad de que el sepulcro fuera “vaciado” en época prehistórica, en un momento inmediatamente anterior a ser clausurado (lo que explicaría la ausencia total de materiales en el corredor bajo el relleno de la clausura), respetando simplemente los

cuerpos de algunos difuntos (quizás los últimos inhumados) y algunos elementos de ajuar (escasos) que los acompañaban. Se trata de una simple hipótesis que nos atrevemos a plantear dada la rareza y difícil explicación del contenido de este sepulcro.

6.4.4. MODIFICACIONES ARQUITECTÓNICAS EN ÁREAS ESPECÍFICAS

A pesar del papel preponderante que la bibliografía tradicional ha otorgado a estas actuaciones dentro del fenómeno de las reutilizaciones megalíticas (Alonso y Bello, 1997; Delibes y Santonja, 1987: 178-180), probablemente debido a su hallazgo frecuente y fácil identificación (normalmente están vinculadas a eventos funerarios y/o a depósitos votivos de artefactos especiales y de buena factura -Delibes, 2010: 43-), consisten en realidad en pequeñas reformas que alteran mínimamente las estructuras anteriores, con el objetivo de individualizar o aislar una zona concreta para acoger un nuevo depósito funerario y/o votivo. Se tratan de modificaciones superficiales y puntuales, poco visibles, que “*no aportan nada nuevo ni distinto a la ordenación espacial del conjunto arquitectónico*” (Mañana, 2003: 175), y que más bien reflejan un deseo consciente de ocultamiento y no-modificación del monumento (Prieto, 2007: 112-113 y 120-121). Éste es el tipo de prácticas que de una manera bastante generalizada, aunque no exclusiva, caracterizan a los eventos de reutilización que tuvieron lugar a partir de la segunda mitad del III milenio BC (ligados fundamentalmente a la presencia de elementos del “fenómeno campaniforme”) y a lo largo de todo el II milenio BC (*ibídem*: 112-113 -ver subepígrafe 6.3.2 y Gráfico 37-). Su trayectoria diacrónica presenta además una tendencia bastante clara a desplazarse hacia las zonas más periféricas del megalito, documentándose este tipo de actuaciones fundamentalmente en las áreas de acceso, en la estructura tumular e incluso ya en la propia periferia del monumento (Bueno *et al.* 2012: 106-108; García Sanjuán, 2005: 101; Prieto, 2007: 115).

Aunque no con la misma diversidad que presentan los grupos de prácticas post-fundacionales descritos hasta ahora, se han documentado varias fórmulas de modificaciones arquitectónicas específicas, cuya descripción y caracterización se expone a continuación.

a) INDIVIDUALIZACIÓN DE ESPACIOS

Esta práctica consiste en la alteración de algunos elementos arquitectónicos (desplazamiento o derribo de algunos ortostatos, levantamiento de algunas áreas específicas de la estructura tumular...) o el añadido de otros (aportación de nuevas lajas o bloques pétreos...), con el fin de segregar y redefinir un nuevo espacio donde albergar un depósito funerario y/o votivo. Por su clara intencionalidad individualizadora y el carácter mayoritariamente mortuorio que caracteriza a los eventos de los que forman parte, estas soluciones se han interpretado como el reflejo de un deseo claro de diferenciación con respecto a los otros difuntos allí enterrados, quizás ligado a la aparición de unas élites sociales incipientes, pero a su vez de la intención de apropiarse tanto física como simbólicamente del monumento, bloqueando con sus actuaciones el acceso al mismo y vinculándose de forma directa a los antepasados como estrategia de legitimación de una posición de poder aún muy débil (Rojo, Garrido *et al.*, 2005; Rojo *et al.*, 2010: 273). Los rasgos que caracterizan a este tipo de actuaciones como su evidente carácter funerario, la habitual presencia de receptáculos para albergar inhumaciones individuales, y su ubicación generalmente en zonas o bien de acceso o bien periféricas con respecto al recinto cameral (con algunas excepciones), permiten diferenciarlas de las prácticas de compartimentación del espacio sepulcral antes descritas, que además de llevarse siempre a cabo en el recinto cameral, ni su carácter de individualizador ni su funcionalidad como continente mortuorio están, como ya se señalaba, claramente corroboradas.

En el valle del Duero/Douro se han documentado varios casos de prácticas de este tipo, estando por lo general asociadas a eventos de reutilización de carácter funerario (o posiblemente funerario), y con cronologías que remiten a la segunda mitad del III milenio (fundamentalmente, aquellos eventos asociados al “fenómeno campaniforme”) y primeras centurias del II milenio BC. Las evidencias de estas acciones suelen hallarse en las zonas de acceso (entradas al monumento y corredores) o en la estructura tumular, aunque también hay algún caso en el que aún se sigue reutilizando la cámara sepulcral (en El Hundido, por ejemplo, se hallaron tres inhumaciones individuales, dos de ellas en el área cameral y otra en la zona del acceso a la misma, cada una de ellas cobijada dentro de su respectiva estructura individualizada -ver Anexo 1-). En la mayor parte de las ocasiones, estas manifestaciones se caracterizan por la readecuación de un espacio a modo de cista, de mayor o menor

tamaño, en cuya construcción se reaprovechan elementos arquitectónicos de la estructura anterior o bien se introducen nuevos materiales constructivos. Estos recintos individualizados serían concebidos para albergar inhumaciones individuales o dobles y sus ajuares, y una vez realizado todo el depósito, ser colmatados con tierra y sellados definitivamente por una laja pétreo. Se ha documentado algún caso en que las evidencias apuntan a que los cuerpos se pudrieron al aire, en un espacio abierto, aunque protegidos de los agentes externos a través de algún sistema de cubrición (concretamente se trata de las primeras inhumaciones individuales realizadas a la entrada al *tholos* de La Sima; Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 101-102 -ver Figura 18A y Anexo 1-).

En otras ocasiones, el espacio se individualiza a través de un nivel de preparación empedrado, conformado por lajas de pequeño tamaño dispuestas de manera regular y horizontalmente, sobre el que se depositarían directamente los cuerpos y ofrendas viáticas. Los ejemplos más característicos los encontramos en el *tholos* de La Sima, donde sirve de base para la estructura cistoide funeraria (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 31; Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 101-104), y en el sepulcro de corredor de Arroyal I, en el que se pavimentó todo el sector occidental de la cámara justamente donde aparecieron los depósitos óseos (Carmona *et al.*, 2014: 47-48 -ver Figura 18A y B-).

Excepcionalmente se han documentado otro tipo de soluciones arquitectónicas individualizadoras, como la estructura circular secundaria de unos 2 m de diámetro ubicada en el sector sudeste del túmulo abulense de la Dehesa de Río Fortes, delimitada por algunos bloques de granito y cantos de cuarcita, y cuya erección conllevó el desmantelamiento parcial de una parte de la coraza tumular original (ver Anexo 1). Se ha asociado a un momento de reocupación del monumento a finales del III milenio BC, puesto que la mayor parte de los fragmentos de cerámicas con “decoración campaniforme” se recuperaron en el interior y entorno de dicha estructura. Aunque no se halló ninguna evidencia de restos humanos, se plantea su posible carácter mortuario por su parecido estructural, en este caso con una morfología circular, a las cistas funerarias coetáneas halladas en otros contextos megalíticos (Estremera y Fabián, 2002: 33-34).

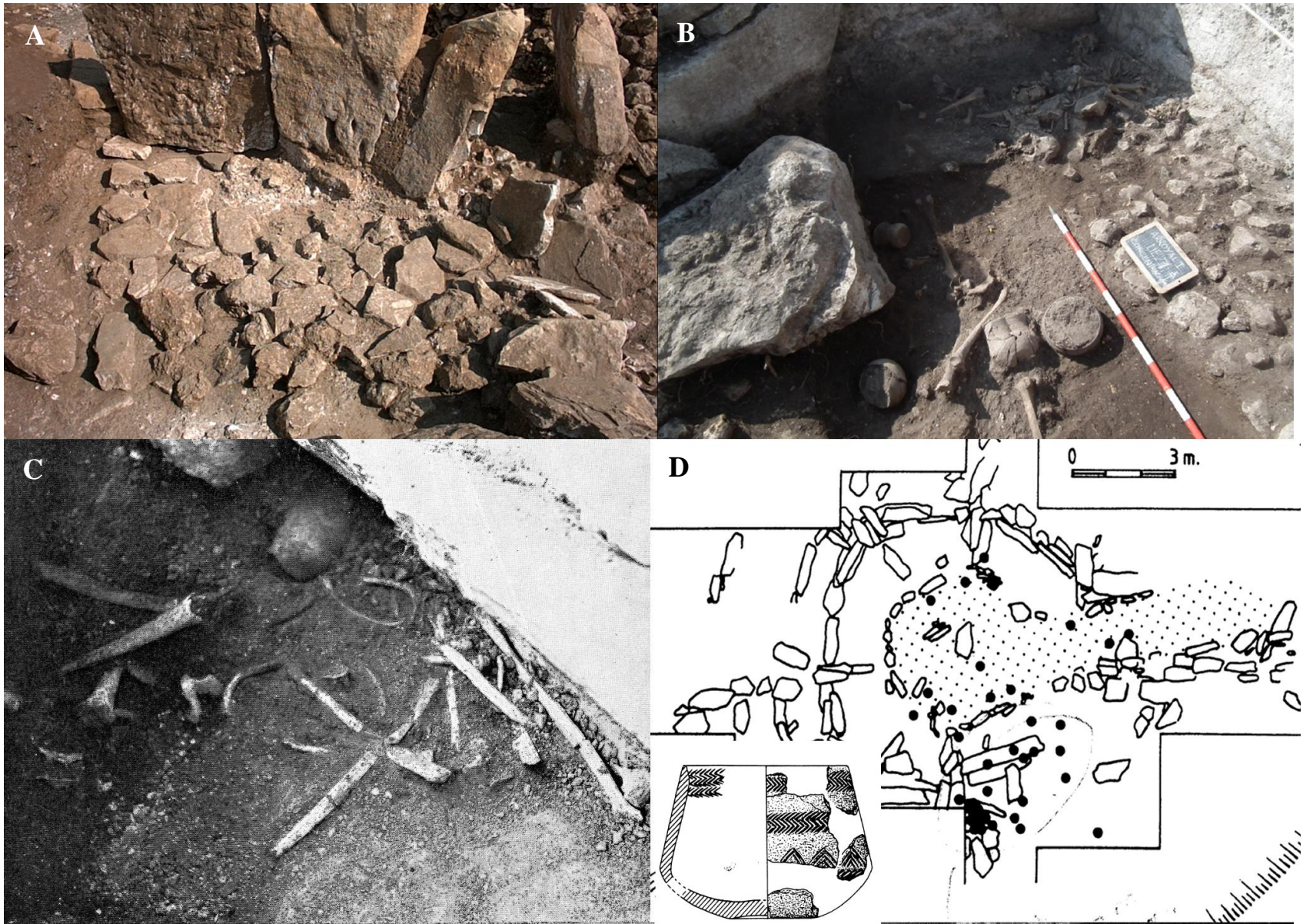


Figura 18: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de individualización de espacios y apertura de estructuras de acceso (ver Índice de Figuras)

b) APERTURA DE ESTRUCTURAS DE ACCESO

Al igual que en el caso anterior, este tipo de prácticas está asociado, aunque no de manera exclusiva, a episodios de reutilización con cronologías de finales del III y a lo largo de todo el II milenio BC (ver subepígrafe 6.3.2 y Gráfico 37), aunque en este caso no sólo tienen un carácter funerario sino también votivo. El propósito sería de nuevo el de adecuar un lugar donde ubicar un nuevo depósito, forzando el acceso al espacio monumental (tanto interior –corredores, zonas de acceso o incluso las cámaras– como exterior –la propia estructura tumular–), que de manera habitual ya se encontraría sellado, mediante la apertura de estructuras de tipo fosa u hoyo (García Sanjuán, 2005: 101),

En el valle del Duero/Douro, esta pauta de comportamiento se ha registrado en megalitos de pequeñas dimensiones como Cabritos I o el Alto del Reinoso, pero también en grandes sepulcros de corredor como es el caso de El Prado de las Cruces, La Cotorrita o Madorras I (ver Anexo 1 y Figura 18C y D). Destaca el hallazgo en el dolmen burgalés de San Quirce de una zanja excavada en el túmulo, junto al paramento norte del corredor, que penetraba prácticamente hasta el centro de la cámara (Rojo, 1992: 282). Tras su excavación se pudo comprobar que se trataba de una actuación llevada a cabo en época prehistórica, puesto que había una total ausencia de materiales de cronología moderna, recuperándose tan sólo algunos elementos de factura indudablemente antigua (pequeños fragmentos de cerámica a mano, restos líticos...). La presencia de algunos fragmentos cerámicos que, según los responsables de la excavación (*ibídem*: 284-285), podrían pertenecer a las vasijas que acompañaban como ajuar al evento de reutilización funerario documentado en la cámara, llevó a considerar la posibilidad de que este episodio destructivo hubiese tenido lugar a lo largo del II milenio BC (probablemente asociado a dicho depósito de naturaleza mortuoria), quizás con el fin de acceder al espacio sepulcral central, puesto que el acceso original y el corredor se encontraban completamente bloqueados (ver Anexo 1).

c) ALTERACIONES PARCIALES

Dentro del grupo de las modificaciones arquitectónicas en áreas específicas, este tipo de actuación es la más representada en términos cuantitativos. En muchas ocasiones, las reocupaciones de los monumentos consistirían en simples visitas esporádicas y puntuales, en las que no se llevarían a cabo prácticas de mayor calado. En este sentido, se han diferenciado dos tipos de actuaciones diferentes, caracterizadas en



ambos casos por dar lugar a cambios muy superficiales y poco visibles puesto que no modifican apenas la imagen del monumento megalítico.

Por una parte, están las destrucciones y alteraciones de ciertas partes concretas del edificio, un resultado casi inevitable en el momento en que se decide reocupar de un modo u otro un antiguo megalito. De hecho, el desarrollo de las prácticas de modificación antes descritas (individualización de espacios y apertura de estructuras de acceso) conllevarían, en cualquier caso, destrucciones parciales a la hora de readecuar un nuevo espacio según sus necesidades. Pero incluso en aquellos episodios de reutilización en los que apenas se llevasen a cabo actividades, la alteración de algún elemento arquitectónico sería casi inevitable.

En segundo lugar, se han diferenciado aquellas actuaciones que implicarían específicamente remociones parciales en las cámaras y osarios, y que tendrían como resultado la reubicación y desplazamiento de algunos de los materiales allí depositados, pero sin la significativa carga simbólica característica de las prácticas descritas como reacondicionamientos del espacio sepulcral, sino probablemente con el único fin de liberar un espacio para realizar un nuevo depósito. Si bien, como ya se ha señalado, existe una cierta tendencia a lo largo del tiempo a desplazar la acción antrópica hacia las zonas periféricas de los megalitos, es bastante habitual encontrar algún hallazgo asociado a estos momentos de reocupación en los niveles interiores de las antiguas cámaras funerarias. Este hecho estaría indicando que, aun a pesar de no ser el lugar elegido para llevar a cabo nuevas acciones, el lugar que cobijaba los restos de los ancestros seguía manteniendo una especie de irresistible atracción y cierto magnetismo, que empujaba a estos usuarios “post-megalíticos” a dejar siempre en la cámara algún tipo de evidencia, por pequeña que fuera, de su presencia.

En relación a esta cuestión, es muy expresivo el caso del *tholos* de La Sima, en el que se decidió depositar las inhumaciones individuales asociadas al “fenómeno campaniforme” en la zona de contacto entre el corredor y el recinto cameral, cuando aún éste estaba accesible. Diversas evidencias corroboran esta hipótesis, entre ellas el hallazgo de algunos fragmentos de cerámica con “decoración campaniforme” dentro de la cámara del *tholos*, indicando que aunque esta gente no eligió dicho lugar para enterrar a sus difuntos, sí entraron en su interior y decidieron dejar intencionalmente algunas huellas de su paso por allí (Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 102). Quizás se trataba de una estrategia de reivindicación del lugar como la “tumba de sus antepasados”, unos

antepasados de los que a su vez se decidieron separar y diferenciar bien como signo de respeto, de distinción social o de ambas.

6.4.5. EVENTOS DE ABANDONO Y DESTRUCCIÓN NO-ANTRÓPICA

Este tipo de eventos serían actos excepcionales puesto que, como ya se ha señalado en algunas ocasiones a lo largo de este trabajo, los grupos humanos no abandonan a sus muertos si no es por cuestiones de fuerza mayor. *“Ciertamente la posibilidad del abandono existe, pero, en contra de la inercia habitual, habremos de considerarla como excepción y no como norma”* (Andrés, 2000: 69-70). De hecho, 110 yacimientos de los 180 catalogados, es decir un 60% de los mismos (ver subepígrafe 6.3.1 y Gráfico 16), cuentan como mínimo con un evento de reutilización durante la Prehistoria reciente, lo cual indica que si durante este periodo hubo momentos de abandono de los megalitos, en la mayor parte de los casos éstos no serían de muy larga duración.

La detección de estas evidencias resulta muy complicada, puesto que en ocasiones algunas prácticas de sellado pueden confundirse con procesos de degradación natural del monumento (como las clausuras por desmantelamiento, que conllevan el desmonte o la fragmentación de los ortostatos -Narvarte, 2005: 300-301-). Por otro lado, los recurrentes episodios intrusivos sufridos por los megalitos a lo largo de su historia han alterado también en gran medida este tipo de manifestaciones “naturales”. Incluso es posible que tras un episodio de inactividad en el sepulcro, los siguientes usuarios, limpiasen y readecuasen el espacio “borrando” así las huellas arqueográficas de dicho abandono. La evidencias que hay que buscar para detectar este tipo de eventos no son, por tanto, los rastros de una actividad o práctica, sino las de una “no-acción” (Mañana, 2003: 166), que pueden manifestarse a través de niveles de colmatación natural o de alteraciones de origen no antrópico. En ocasiones, se ha planteado la posibilidad de que el colapso de ciertos monumentos tuviera una causa natural vinculada a fenómenos sísmicos, que algunos autores han llegado a datar en la primera mitad del III milenio BC (Andrés, 2000: 68, nota al pie 15), hipótesis que también ha sido defendida para el aparente estado ruinoso de algunos de los megalitos del territorio duriense (Leisner y Kalb, 1998: 73-81).

En el conjunto megalítico estudiado se han catalogado hasta 8 posibles eventos de este tipo (ver Anexo 1), de los que 4 se tratarían de simples alteraciones no antrópicas producidas por el efecto erosivo de distintos agentes naturales (como el



viento, el agua, la acción de los embalses...), 2 casos de colapso natural de la estructura megalítica debido a fallos en su propia configuración constructiva provocando la desestabilización y posterior derrumbe de algunos elementos arquitectónicos, y otros 2 eventos de colmatación natural documentados a través de niveles completamente estériles desde el punto de vista arqueológico y conformados por finas arenas, resultantes de la continua aportación de pequeñas partículas de tierra y polvo arrastradas por el viento.

6.4.6. CARACTERIZACIÓN GENERAL Y ANÁLISIS DIACRÓNICO DE LOS “USOS MEGALÍTICOS POST-FUNDACIONALES”

Una vez descritas y caracterizadas cada una de las prácticas que se han podido documentar a través del examen detallado del registro arqueológico de los procesos de alteración post-fundacional sufridos por los monumentos megalíticos en el valle del Duero/Douro, se va a proceder a su estudio estadístico descriptivo en relación, fundamentalmente, con la variable cronológica, con el fin de discernir la posible existencia de patrones de comportamiento diferenciado desde una perspectiva diacrónica.

En cuanto al conjunto de datos que va a ser analizado en este apartado, hay que volver a insistir en la diferencia que ya se planteaba en epígrafes anteriores (ver epígrafe 6.3) entre el concepto de “evento de reutilización”, es decir el conjunto de prácticas llevadas a cabo tras la etapa fundacional de los monumentos, y el de “uso post-fundacional”, categoría en la que se integra toda actuación desarrollada en el megalito desde el momento de su construcción y que es susceptible de ser registrada arqueográficamente, dado que tiene como resultado la modificación a mayor o menor escala de la propia estructura arquitectónica o del contenido que alberga. Esta diferencia se traduce también en términos cuantitativos, puesto que mientras los “eventos de reutilización” ascienden a 225 correspondientes a 110 de los yacimientos catalogados (ver subepígrafe 6.3.1 y Gráficos 16 y 21), los “usos post-fundacionales” alcanzan la cifra de 287 casos documentados en un total de 139 monumentos (casi el 80% del inventario -ver gráfico 28 y 30-).

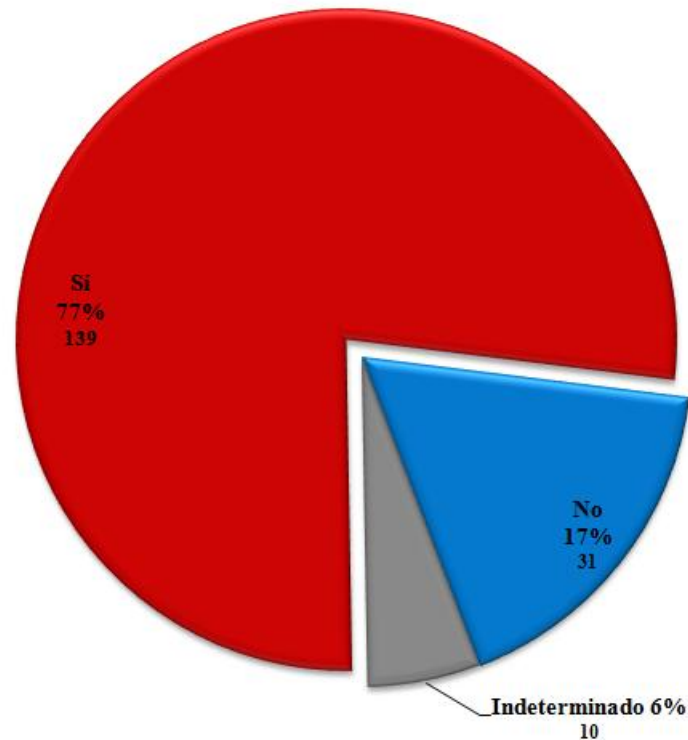


Gráfico 28: Representación porcentual de la presencia/ausencia de “usos post-fundacionales” en los yacimientos catalogados

En relación a la categoría cronológica utilizada como variable principal de análisis, se mantienen los mismo valores que en anteriores estudios estadísticos (recordemos, “IV milenio BC”, “III milenio BC”, “III milenio BC-Campaniforme”, “II milenio BC” y “II milenio BC-Final”; ver epígrafe 6.3), a los que se añade un nuevo horizonte definido como “IV milenio BC-Fin ciclo”, en el que se integran las prácticas de clausura/sellado que completan el primer episodio de uso fundacional de los monumentos, y que por lo general habrían tenido lugar durante las primeras centurias del IV milenio BC. De nuevo, se insiste en que no se pretende emplear estos “horizontes cronológicos” como límites absolutos y estrictos de la actividad megalítica, siendo conscientes de que no siempre es sencillo definir una cronología concreta para un tipo de actuación específica y más teniendo en cuenta que apenas un 30% de los yacimientos catalogados cuenta con dataciones (ver subepígrafe 6.2.5 y epígrafe 6.3). Sin embargo, se trata de una herramienta metodológica válida a la hora de organizar y hacer una primera lectura preliminar del conjunto de datos, permitiendo profundizar de una manera más detallada en la caracterización de los mismos. Por esta razón, no en pocas ocasiones sucede que un evento clasificado *a priori* dentro de uno de los horizontes, se solape en el tiempo con otras prácticas adscritas a un momento de uso posterior pero

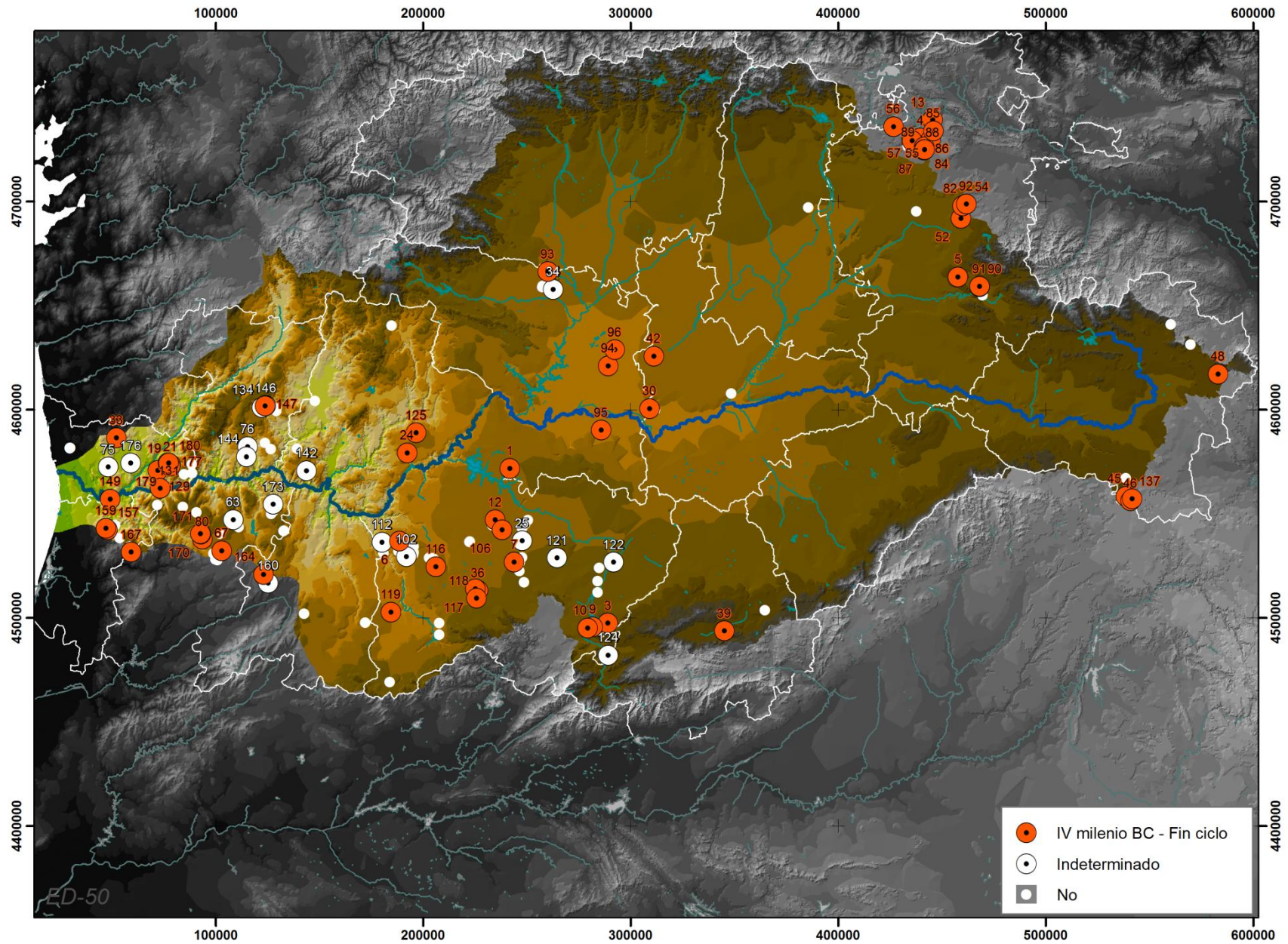


llevadas a cabo en contextos megalíticos diferentes (esta situación se observa fundamentalmente en los primeros episodios de uso de los megalitos, que parecen darse en muchos casos sin solución de continuidad). Sin embargo, como se detallará en apartados posteriores (ver subepígrafe 7.1.3), estos “horizontes cronológicos” establecidos preliminarmente a partir de la lectura del registro material y sus asociaciones, parecen corresponderse de manera aproximada con las fases de actividad megalítica resultantes del análisis de las dataciones absolutas disponibles, por lo que se podría afirmar que en cierta medida reflejan con bastante certeza el desarrollo diacrónico de la realidad del fenómeno megalítico en el valle del Duero/Douro.

A grandes rasgos, se va a mantener el esquema expositivo analítico utilizado en anteriores epígrafes, con el fin de dar una cierta uniformidad a todo el trabajo y facilitar así la comprensión de los resultados. En primer lugar, se comenzará mostrando una cuantificación general de la presencia o ausencia de estos “usos post-fundacionales” en el total de los yacimientos catalogados, con el objeto de obtener una primera imagen general del impacto de este fenómeno en el Megalitismo duriense, y su representatividad porcentual en cada uno de los “horizontes cronológicos”. En la mayor parte de los casos, la diferencia de estos análisis con respecto a los relativos a los “eventos de reutilización” (ver subepígrafe 6.3.1), sólo está en la introducción de un nuevo valor cronológico (“IV milenio BC-Fin ciclo”), pese a lo que se ha considerado adecuado volver a analizar todo el conjunto de datos con detalle para observar si esta novedad introduce algún tipo de distorsión con respecto a los anteriores resultados, o por el contrario se mantienen las mismas tendencias de comportamiento diacrónico.

Una vez obtenida la imagen general del alcance de las prácticas post-fundacionales en los monumentos megalíticos de la cuenca del Duero/Douro, y con el fin de afinar aún más los resultados sobre las frecuencias de este tipo de manifestaciones, se incrementará el conjunto de datos a analizar puesto que se van a contabilizar no por su presencia en cada yacimiento sino por cada uno de los “usos” documentados (en muchos casos equivalentes a los denominados “eventos de reutilización”), que en ocasiones pueden adscribirse al mismo “horizonte cronológico” procediendo de un solo contexto megalítico. En este caso, además de las cuantificaciones y clasificaciones diacrónicas iniciales, se introducirán otras variables de análisis comparativo como el “tipo arquitectónico”, el “contexto de reutilización” o las “prácticas asociadas”.

Finalmente, se aplicarán estos estudios estadísticos descriptivos para caracterizar de manera específica los grupos de prácticas post-fundacionales descritos a lo largo de este apartado (“Prácticas de clausura/sellado”, “Remodelación y añadido de elementos arquitectónicos”, “Estrategias de mantenimiento” y “Modificaciones arquitectónicas en áreas específicas”), y cada uno de los tipos de actuación que los componen. Partiendo de un análisis comparativo diacrónico, para obtener una visión global de las relaciones porcentuales entre los distintos grupos de prácticas y los más representativos en cada episodio de uso, se pasará a desgranar cada uno de ellos y a analizar los posibles patrones de comportamiento diferenciado a lo largo del periodo de estudio. Por cada conjunto de “usos post-fundacionales”, se expondrán dos tipos de análisis cuyos resultados comparados darán pie a plantear ya algunas lecturas interpretativas. El primero de estos análisis, cuantifica y compara sólo los datos correspondientes a los diferentes tipos de actuación que conforman cada grupo, con el fin de obtener una imagen general sobre su representatividad y significación en cada episodio de uso y la progresión de la relación porcentual entre ellas (por ejemplo, estos resultados nos permitirán discernir si hay un sistema de clausura mayoritario a lo largo del tiempo o si en cada momento hay una fórmula elegida de manera mayoritaria frente a las demás). El segundo de los análisis, aportará una visión más global pues sus resultados muestran la representatividad real que cada tipo de actuación tiene en el conjunto total de los “usos post-fundacionales” documentados para cada “horizonte cronológico” (siguiendo con el ejemplo anterior, un sistema de clausura puede destacar estadísticamente con respecto a los restantes actos de su misma naturaleza, pero sin embargo tener escasa significación dentro del conjunto total de prácticas adscritas a un episodio de uso concreto, puesto que en dicho momento no existiera una tendencia habitual a clausura o cerrar los megalitos). El cruce de los resultados de ambos tipos de análisis permitirá plantear ya una lectura interpretativa bastante completa acerca del comportamiento diacrónico de estos “usos post-fundacionales”.



Mapa 27: Distribución de los yacimientos con "usos post-fundacionales" documentados en el horizonte del "IV milenio BC-Fin ciclo" (ver Índice de Figuras)

Como ya se ha señalado, estos eventos de “uso post-fundacional” se han documentado hasta en 139 de los yacimientos catalogados (un 77% sobre el total), mientras que solamente en 31 de ellos no se ha registrado ninguna alteración de este tipo (ver Gráfico 28 y Mapa 27). La lectura de su reparto porcentual por “horizontes cronológicos” (ver Gráfico 29) varía muy poco con respecto a los mismos análisis realizados sobre el conjunto de datos de los “eventos de reutilización” (ver subepígrafe 6.3.1 y Gráfico 17). De nuevo, se observa cómo la relación porcentual entre el número de yacimientos sí y no modificados se mantiene muy similar a lo largo de toda la trayectoria diacrónica (siempre con un 40% más aproximadamente a favor de los no alterados), salvo en algunos momentos concretos que coinciden a su vez con los casos destacados en los anteriores análisis ya citados. La disimetría porcentual entre las variables del “Sí” y el “No” se incrementa hasta prácticamente el 70% en el horizonte de “II milenio BC-Final”, mientras que por el contrario en el “III milenio BC” estos valores se equilibran ligeramente disminuyendo su diferencia hasta ser apenas de un 20%. Este acercamiento se observa también en la nueva categoría cronológica introducida, “IV milenio BC-Fin ciclo”, en la que incluso esta disminución porcentual es aún más acentuada. Se podría, por tanto, afirmar que es precisamente en este momento cuando se da una mayor actividad de “uso post-fundacional” en los megalitos, la cual decae en casi un 10% en el siguiente episodio, para de nuevo volver a incrementarse posteriormente. En la fase final del recorrido diacrónico estudiado, esta actividad va decreciendo gradualmente hasta llegar a ser casi testimonial. Por su parte, la categoría de “Indeterminado” de nuevo varía ligeramente de un episodio a otro, lo que puede deberse a los mismos factores que se planteaban en casos anteriores (ver subepígrafe 6.3.1).

La lectura de las “tendencias lineales” dibujadas por los sucesivos valores porcentuales de las variables computadas (ver Gráfico 29), no ofrece ningún cambio con respecto a las resultantes de los anteriores análisis sobre los “eventos de reutilización” (ver gráfico 17), por lo que parece que se corrobora la hipótesis de que con el paso del tiempo los megalitos “tienden” a reutilizarse menos. Este planteamiento no significa, como ya se ha señalado anteriormente, que ese descenso observado de la actividad megalítica se lea como un proceso lineal y progresivo, sino que apunta más bien a la existencia a lo largo de estos tres milenios de sucesivos “picos” de actividad cada vez de menor intensidad y más distanciados en el tiempo.

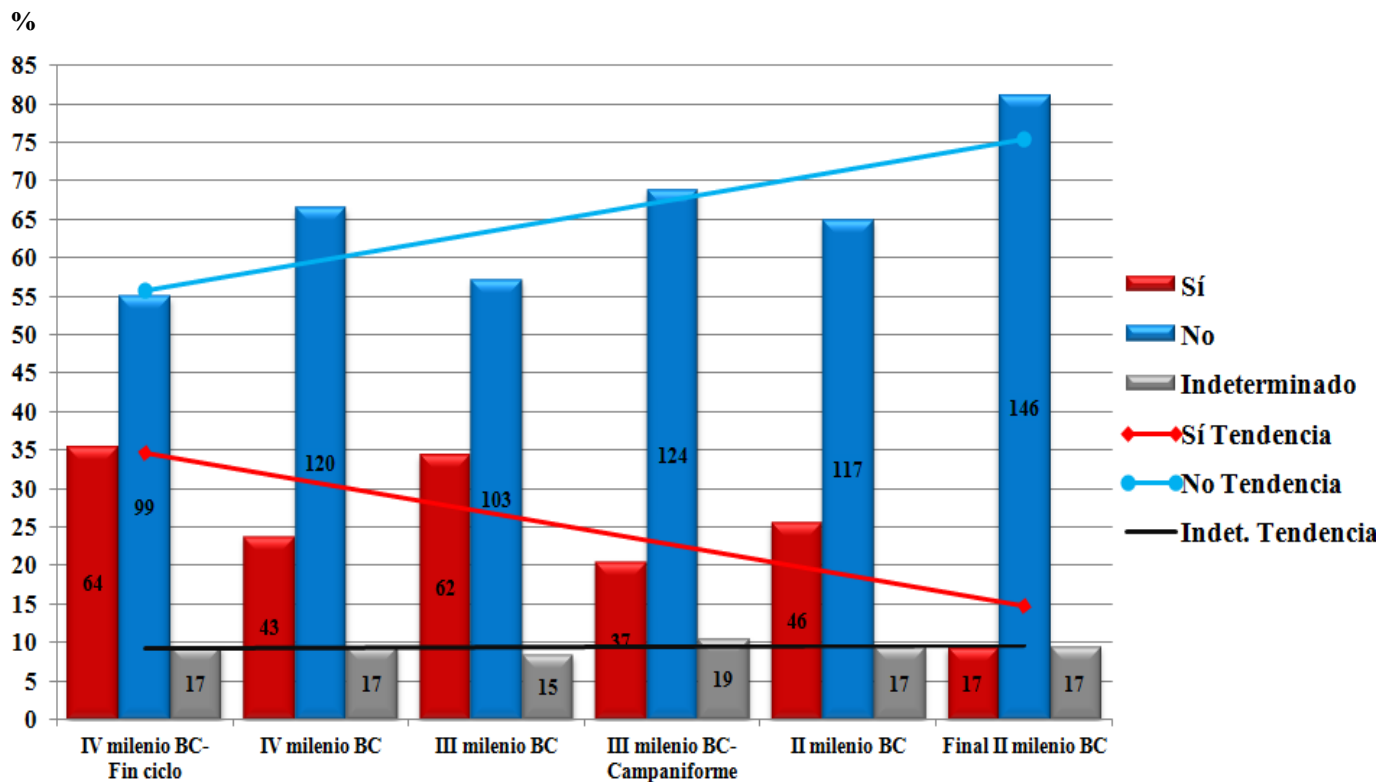


Gráfico 29: Representación porcentual de las variables de presencia (Sí) y ausencia (No) de “usos post-fundacionales” en los yacimientos catalogados en función de los “horizontes cronológicos”

Al analizar la totalidad del conjunto de los eventos de “uso post-fundacional” documentados, se observa el mismo patrón de comportamiento diacrónico, con un ligero aumento porcentual del impacto que tuvieron estas actuaciones en los monumentos megalíticos (ver Gráfico 30). De los 287 “usos” catalogados, casi la mitad corresponden a la suma de los eventos adscritos a los horizontes del “IV milenio BC- Fin ciclo” y “III milenio BC”, con 64 y 63 casos respectivamente. Por tanto, de nuevo dichos horizontes destacan por la intensidad de la actividad megalítica registrada, aunque hay que señalar que ésta se mantiene por lo general bastante equilibrada a lo largo de toda la primera mitad del periodo estudiado (de hecho, el “IV milenio BC” cuenta también con una importante representación). Nuevamente, hacia el final del recorrido diacrónico se observa un notable descenso en la cuantificación de los “usos post-fundacionales”.

A diferencia de lo que ocurría con los resultados poco rentables de los análisis diacrónicos del conjunto de “eventos de reutilización” combinados con la variable “tipo arquitectónico”, en este caso estos mismos estudios sí dan pie a algunas reflexiones interesantes (Gráfico 31).

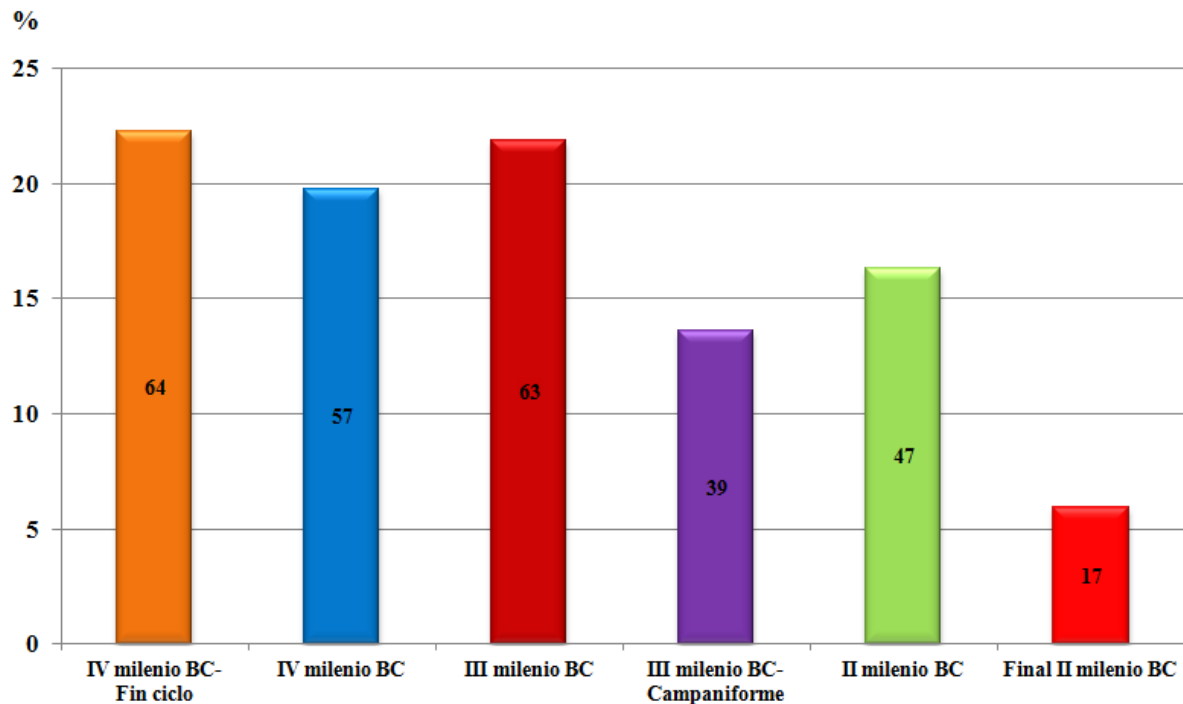


Gráfico 30: Representación porcentual de todos los eventos de “uso post-fundacional” documentados por “horizontes cronológicos”

Al introducir el nuevo valor cronológico del “IV milenio BC-Fin ciclo” se observa que la representación de los sepulcros de corredor en dicho horizonte es muy baja con respecto a los posteriores episodios de uso, superando apenas el 40%. La construcción de megalitos siguiendo este tipo de modelo constructivo implica una clara intencionalidad hacia la permanencia del edificio, y por tanto inicialmente no se conciben para ser clausurados; de ahí, que los primeros “usos post-fundacionales” documentados en estas construcciones no sean sus cierres o sellados por parte de sus usuarios primigenios, sino que fundamentalmente se tratan de actuaciones de cara a su mantenimiento y remodelación. Ésta puede ser una de las razones que explique que sólo en 28 de los sepulcros de corredor catalogados se llevó a cabo un proceso de clausura al final de su periodo de uso fundacional. También es sugerente la hipótesis de que este modelo constructivo comenzó a aplicarse en fechas más recientes que por ejemplo los túmulos o cámaras simples (razón por la cual no computarían actividad a lo largo de las primeras centurias del IV milenio BC), tal y como parecen apuntar las secuencias arquitectónicas y cronológicas documentadas en algunas zonas específicas del territorio duriense, como es el caso de la Lora burgalesa o de la Serra de Aboboreira (Da Cruz, 1995: 82-89; Delibes y Rojo, 2002). Sin embargo, como se detallará en posteriores apartados (ver subepígrafe 7.1.3), el análisis de las dataciones absolutas disponibles para el Megalitismo del valle del Duero/Douro desde una perspectiva global, no permite

discernir una secuencia diacrónica tan clara en relación al empleo de los diferentes tipos arquitectónicos. Por su parte, los túmulos simples (como acontece con otros modelos megalíticos singulares como las tumbas-calero) muestran su episodio de mayor actividad post-fundacional precisamente en este primer horizonte del “IV milenio BC-Fin ciclo” (ver Gráfico 31), puesto que estos monumentos sí están concebidos desde su fundación para ser clausurados en el momento en que se diera por finalizada su función como recinto funerario.

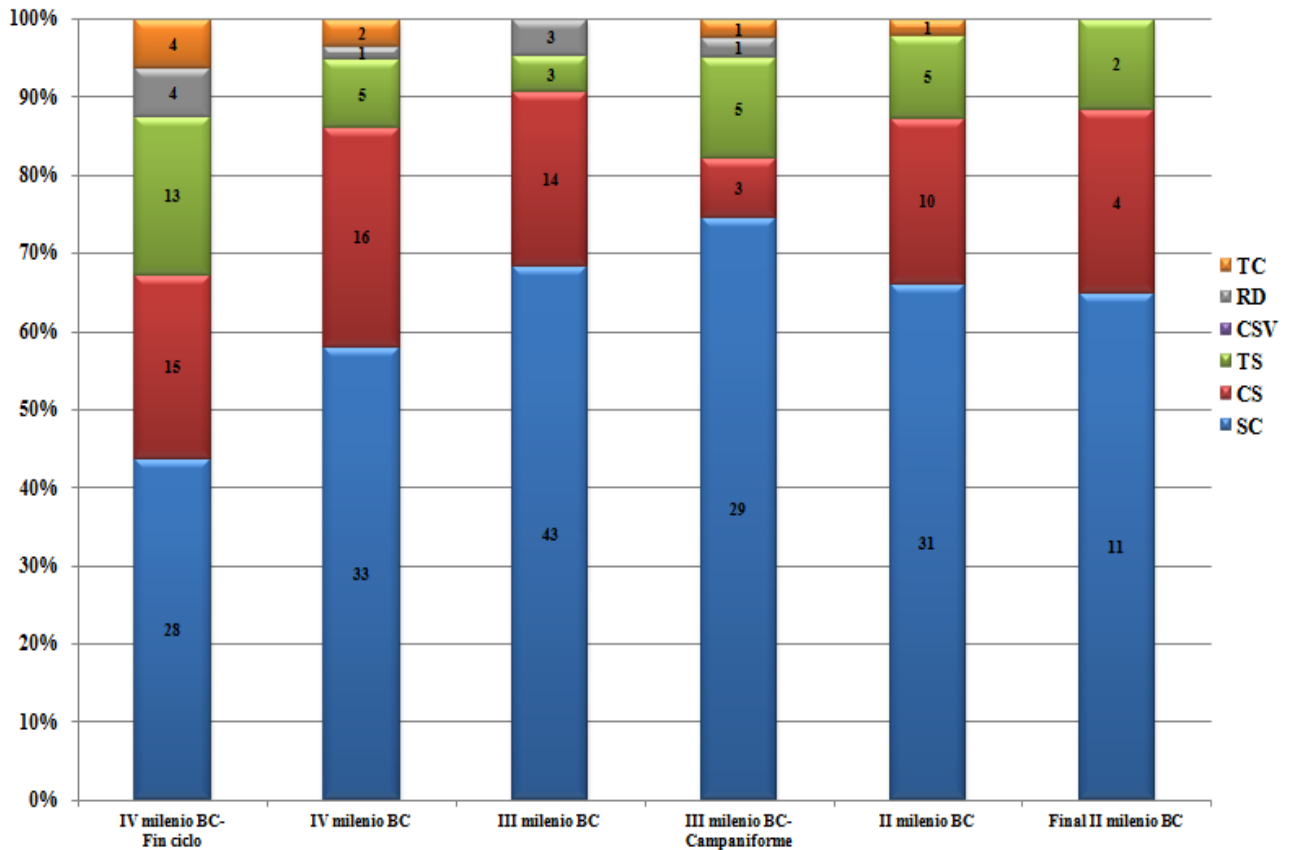


Gráfico 31: Relación porcentual entre los distintos “tipos arquitectónicos” en función de los “horizontes cronológicos” a los que se adscriben sus eventos de “uso post-fundacional” (ver Índice de Figuras)

En relación al análisis combinado con la variable del “contexto de reutilización” (Gráfico 32), de nuevo es el primer episodio de “uso post-fundacional” (“IV milenio BC-Fin ciclo”) el que introduce ciertas diferencias porcentuales con respecto al resto (para repasar los resultados y reflexiones extraídas al respecto en relación a los otros “horizontes cronológicos”, ver subepígrafe 6.3.1 y Gráfico 23). Es en este momento cuando la “Cámara” adquiere su mayor protagonismo alcanzando una representatividad por encima del 60% (papel que asumirán las “Zonas de acceso” en los siguientes periodos), seguida muy de lejos por el “Túmulo” con apenas un 37%. Este dato podría estar vinculado a los resultados del análisis anterior (ver Gráfico 31), dado que algunos

de los tipos arquitectónicos más usados en este momento, como las cámaras y los túmulos simples, carecen de corredores y áreas de entrada significativas, por lo que la mayor parte de las actuaciones se centrarían en los recintos camerales. Otra lectura complementaria podría apuntar hacia el hecho de que, durante su etapa fundacional, la función primordial y más relevante de los megalitos está ligada a su dimensión funeraria, por lo que las prácticas ejecutadas a lo largo de dicho periodo estarían orientadas al mantenimiento y desarrollo del culto dentro del espacio sepulcral. Incluso en muchos casos, los sistemas de sellado de estos sepulcros estarían ideados en parte con el propósito de ocultar y proteger el depósito funerario para toda la eternidad. También destaca la alta representación del contexto definido como “Monumento completo” (Gráfico 32) en este primer momento de “uso post-fundacional”, que se explicaría porque buena parte de los eventos de clausura documentados afectaron a la totalidad de la construcción, dando lugar incluso a su completa desaparición, que en muchos casos se conformaba apenas por el lecho sepulcral y la estructura que lo albergaba.

También el análisis combinado con la variable de las “prácticas asociadas” (ver Gráfico 33) muestra varios resultados interesantes. El primer dato que llama la atención es la evidente ruptura que se observa entre la primera y segunda mitad del periodo estudiado (que abarcan los tres primeros episodios de “uso post-fundacional” y los tres últimos, respectivamente), indicando así la existencia de un importante cambio en cuanto a la forma en que se reutilizan y la funcionalidad que se les da a los monumentos megalíticos. Por un lado, los horizontes que componen la segunda mitad del recorrido diacrónico (es decir, el “III milenio BC-Campaniforme”, el “II milenio BC” y el “II milenio BC-Final”) presentan unos resultados simples y bastante uniformes (ver Gráfico 33). Las prácticas mayoritarias en estos momentos son aquellas que implican modificaciones arquitectónicas en áreas específicas del megalito y que apenas alteran su estructura, contenido ni aspecto general. Existe una representación testimonial de actuaciones de otra naturaleza (algunas clausuras y remodelaciones), que se corresponden (como tendremos oportunidad de exponer a lo largo de este trabajo) con testimonios arqueológicos muy singulares y excepcionales. Hay que señalar el alto número de casos “indeterminados”, prácticamente inexistentes en los episodios de uso anteriores, debido probablemente a que dada su ubicación las evidencias de estos “usos” se hallan más expuestas a la alteración provocada por intrusiones posteriores (ver subepígrafe 6.3.2).

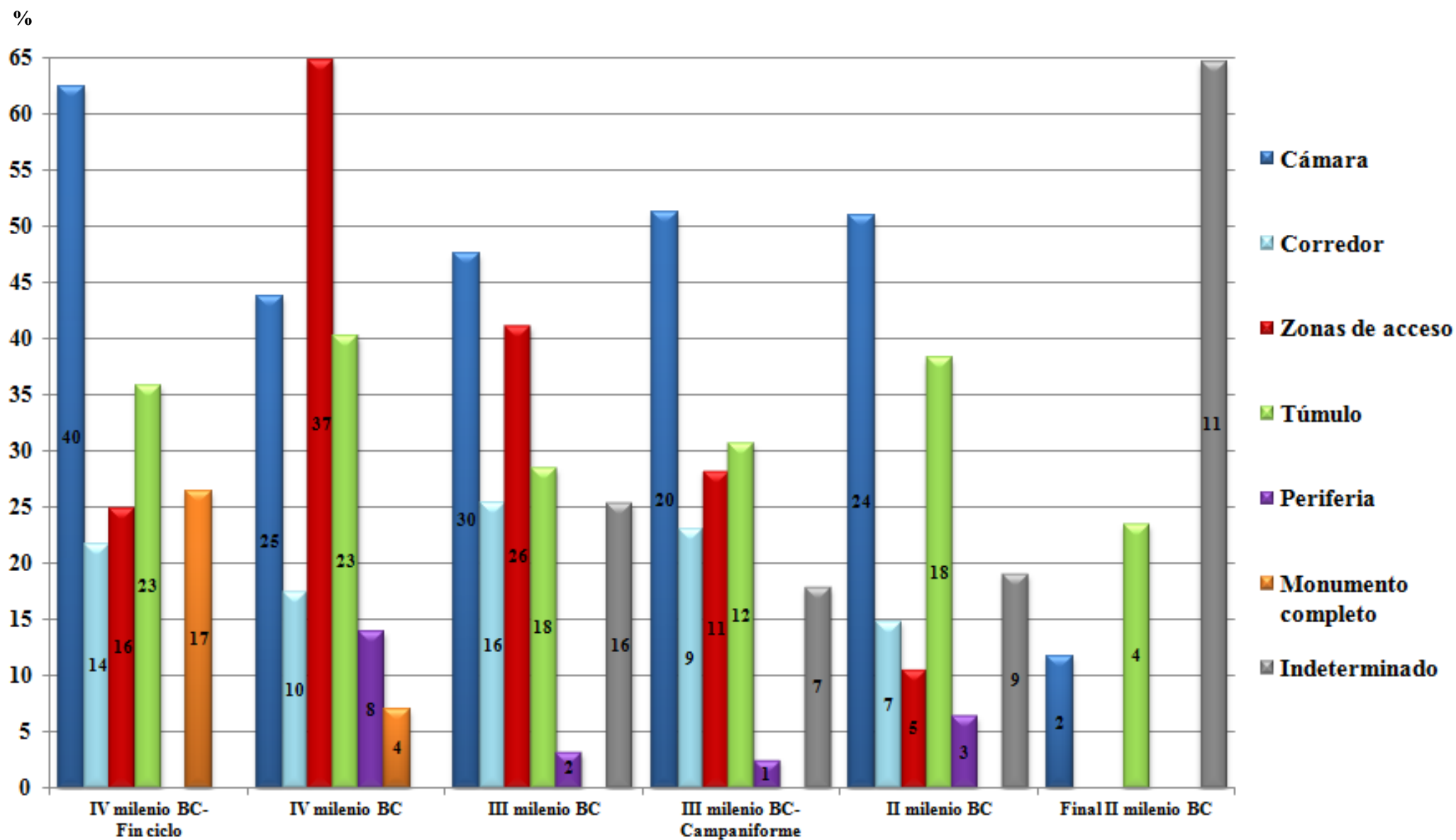


Gráfico 32: Representación porcentual de los eventos de “uso post-fundacional” por “contexto de reutilización” según los “horizontes cronológicos” establecidos

Por su parte, los tres “horizontes cronológicos” que conforman la primera mitad del periodo estudiado (“IV milenio BC-Fin ciclo”, “IV milenio BC” y “III milenio BC”) muestran una gran variabilidad entre ellos, unida a la gran diversidad de actuaciones que los caracterizan de manera individual (Gráfico 33). Todos los valores de la variable “prácticas asociadas” alcanzan una importante representación en estos episodios de uso, a excepción de las “Modificaciones específicas” (precisamente el tipo de actividad característica de los “eventos de reutilización” posteriores) con un porcentaje muy bajo o incluso nulo. La comparación de la relación porcentual entre la “Clausura/sellado” y la “Adición y remodelación” es muy significativa entre los dos horizontes más antiguos, puesto que mantiene aproximadamente la misma disimetría pero de manera completamente inversa. Es decir, si en un primer momento son las prácticas de clausura las que tienen una mayor representatividad superando el 90%, este puesto lo ocupan los eventos de remodelación arquitectónica en el siguiente episodio, descendiendo el porcentaje de esas primeras actuaciones hasta alcanzar apenas el 30%. En el “III milenio BC” ambos valores aparecen más equilibrados, con una cierta diferencia porcentual favorable a los eventos de cierre de los sepulcros megalíticos.

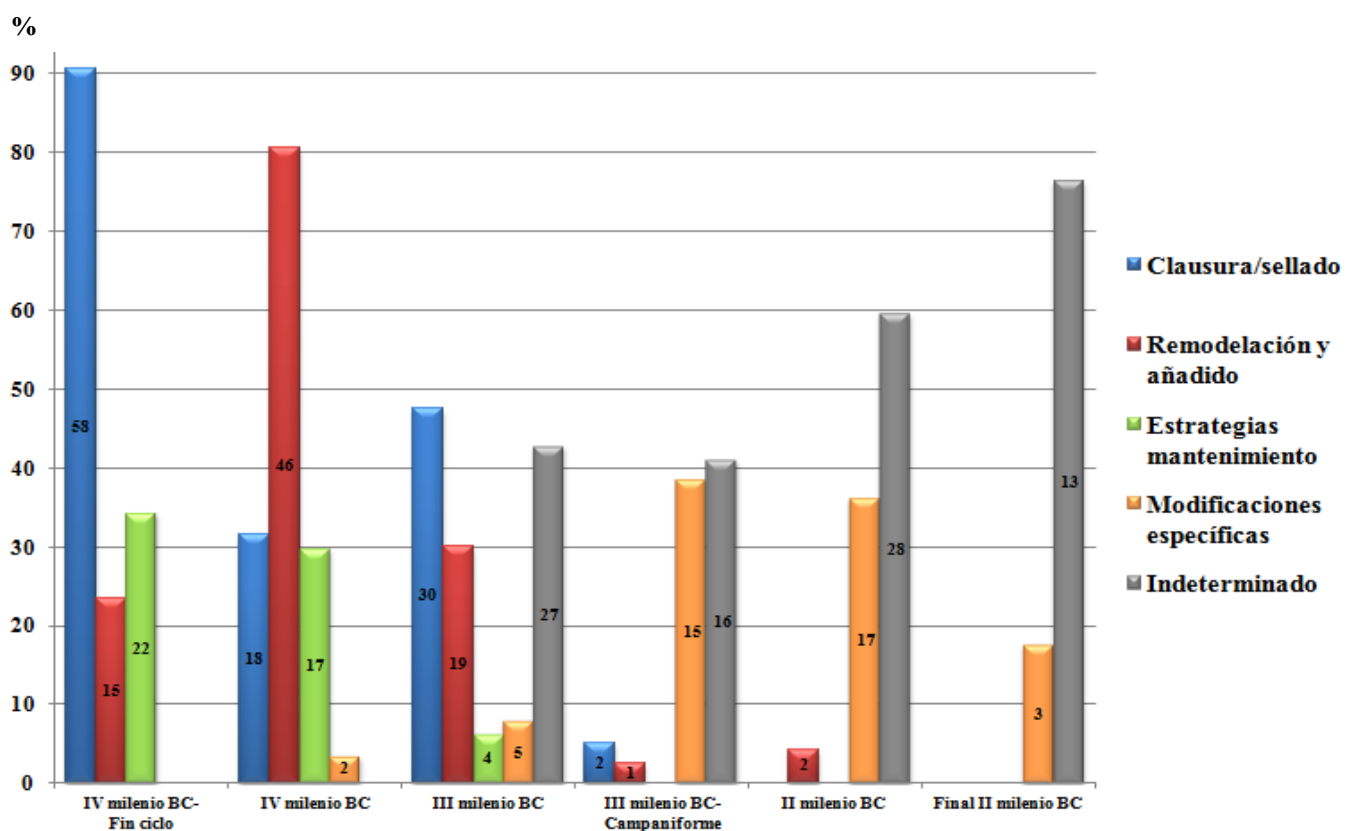


Gráfico 33: Representación porcentual de los eventos de “uso post-fundacional” por “prácticas asociadas” según los “horizontes cronológicos” establecidos



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

Una primera lectura interpretativa de estos resultados podría plantear la presencia de dos momentos concretos del recorrido diacrónico (“IV milenio BC-Fin ciclo” y “III milenio BC”), en los que de una manera más o menos generalizada se decide sellar los monumentos megalíticos en activo (como se irá viendo posteriormente, mediante la aplicación de distintos sistemas de cierre y probablemente con diferente connotación socio-simbólica). Entre ambos episodios, bastante distanciados en términos cronológicos, se da un periodo intermedio de “uso post-fundacional” en el que lo que prima es la ejecución de remodelaciones y modificaciones en la estructura arquitectónica a gran escala. Son, por tanto, dos tendencias dentro de la actividad megalítica completamente contrarias, puesto que mientras una de ellas tiene como propósito clausurar e inhabilitar de manera definitiva el espacio interior del megalito (en su dimensión funeraria y/o ceremonial), la otra por el contrario pretende asegurar la continuidad del uso de estas arquitecturas, readecuándolas y adaptándolas a las necesidades de sus nuevos usuarios. Hay que señalar, sin embargo, que aunque es cierto que cada uno de los “horizontes cronológicos” citados cuenta con un tipo de práctica mayoritaria y representativa, que es la que indica ciertas diferencias en cuanto a las pautas de comportamiento diacrónico, ésta no es exclusiva pues no hay que olvidar que la principal característica de todos ellos es la diversidad de actuaciones asociadas (ver Gráfico 33).

En cuanto a la progresión porcentual de las “Estrategias de mantenimiento”, se mantiene equilibrada a lo largo de los dos primeros episodios (en torno al 30%), pero a partir del horizonte del “III milenio BC” su representatividad desciende notablemente, llegando a desaparecer en toda la segunda mitad del recorrido diacrónico. Retomando una idea planteada para los resultados obtenidos en el análisis combinado con la variable de los “contextos de reutilización” (ver Gráfico 32), estos datos podrían explicarse por el hecho de que durante sus primeras etapas de uso, los megalitos tenían esencialmente una vocación funeraria, siendo concebidos por sus usuarios como tumbas para sus difuntos. Por esta razón, las prácticas ejecutadas durante dichos periodos estarían ligadas a esa dimensión mortuoria, y por tanto fundamentalmente orientadas al mantenimiento y desarrollo del culto dentro del espacio sepulcral. Sin embargo, esta primordial esencia funeraria fue perdiendo relevancia frente a la faceta más monumental y cultural de estas arquitecturas. Los monumentos megalíticos seguían manteniendo su significación como “tumbas de los antepasados”, pero su relevancia y funcionalidad socio-simbólica dejó de depender cada vez más de su utilidad como recinto sepulcral,

para convertirse en centros ceremoniales y de agregación poblacional. Este descenso cuantitativo hasta llegar a la desaparición de las “Estrategias de mantenimiento”, podría tener también una explicación en el hecho de que quizás estos usuarios post-megalíticos ya no sentirían la misma afinidad o responsabilidad con respecto al cuidado de los restos de unos difuntos con los que ya no compartían lazos de sangre, sino una conexión puramente simbólica como representantes de unos antepasados “genéricos” a los que había que seguir venerando por el bien de la comunidad.

Una vez obtenida la imagen general del alcance de los “usos post-fundacionales” en los monumentos megalíticos de la cuenca del Duero/Douro y realizada una primera lectura interpretativa sobre su comportamiento diacrónico (que como se ha podido comprobar desde epígrafes anteriores presenta pautas diferenciadas a lo largo del tiempo) en relación a distintas variables (“tipo arquitectónico”, “contexto de reutilización” y “prácticas asociadas”), se va a proceder a analizar de manera específica cada uno de los grupos de prácticas descritos al inicio de este epígrafe y las diversas actuaciones que implican. Como ya se ha señalado anteriormente, en cada caso se expondrán dos tipos de análisis. En el primero de ellos, sólo se cuantificarán y compararán los datos correspondientes a cada uno de estos conjuntos, con el fin de obtener una imagen general sobre la significación estadística de cada uno de los tipos de actuación que los integran (determinando cuáles son las mayoritarias en cada momento de uso) y la progresión diacrónica de sus relaciones porcentuales. Por su parte, el segundo de los análisis aportará una visión más global, mostrando la representatividad real de dichas actividades dentro del conjunto total de las prácticas post-fundacionales adscritas a cada “horizonte cronológico”.

En relación a las prácticas de “Clausura/sellado” (ver Gráfico 34A), el primer dato que llama la atención es su completa ausencia a lo largo de toda la segunda mitad de la trayectoria cronológica estudiada, a excepción de dos casos concretos muy singulares. Es evidente, por tanto, que a partir de mediados del III milenio BC los usuarios de los megalitos no tuvieron la intención de cerrar unos monumentos que, por otra parte, ya se encontrarían clausurados en una gran mayoría. Por otro lado, los sistemas de cierre mediante “desmantelamiento” y “tumulación” alcanzan un porcentaje de representatividad bastante elevado durante el primer episodio de “uso post-fundacional”, descendiendo de manera notable a lo largo de los horizontes sucesivos. Esta situación es inversa a la que se observa en los valores correspondientes a la



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

“inhabilitación de los accesos” y “sellado de cámara” que presentan un crecimiento gradual con el paso del tiempo. Estos datos indican claramente un cambio de tendencia a la hora de cerrar los megalitos, pues mientras en un primer momento el evento de clausura conlleva una transformación total de la imagen tanto interna como externa del sepulcro original (al dismantelar sus estructuras y cubrir todo el conjunto con un túmulo *ex novo*), posteriormente los dispositivos de cierre afectan a áreas más concretas del monumento, fundamentalmente a sus zonas de acceso. Dos estrategias, por tanto, que aún persiguiendo el mismo fin de dar por finalizado el uso del espacio interior del monumento, denotan significativas diferencias en el ámbito socio-simbólico. En líneas generales, los eventos de clausura más antiguos afectan fundamentalmente al espacio sepulcral, lo que podría leerse como un acto de dar por finalizada la funcionalidad del megalito como “tumba”. Posteriormente, estas actuaciones se desplazan hacia la parte más externa del monumento, inhabilitando fundamentalmente aquellas zonas usadas para el desarrollo de vastos ceremoniales, como si en este caso con lo que se pretendiese terminar fuera con su dimensión como lugar de reunión y culto colectivo. La concentración de los eventos de clausura por “fuego clausurador” en las primeras fases de “uso post-fundacional” (ver Gráfico 34A), encajaría perfectamente dentro de este planteamiento dado que su resultado sería, al igual que en los casos de “tumulación” y “desmantelamiento”, la transformación completa de la estructura original y el sellado definitivo del espacio sepulcral, con el fin de conservar y proteger los depósitos funerarios para toda la eternidad.

Al poner en relación estos datos con el total de “usos” documentados, se obtiene una imagen más próxima al impacto que las prácticas de esta naturaleza tuvieron en cada momento (ver Gráfico 34B). Si bien las relaciones porcentuales entre los distintos tipos de actuación no varían con respecto a los resultados expuestos anteriormente, sí se pueden extraer nuevas reflexiones en relación a la representatividad “real” de cada una de ellas. En primer lugar, se corrobora la ausencia total de eventos de “Clausura/sellado” documentados a partir de mediados del III milenio BC (sólo hay dos casos registrados, ambos adscritos al horizonte del “III milenio BC-Campaniforme”, siendo uno de ellos muy excepcional -el correspondiente al sepulcro burgalés de Arroyal I- tanto a nivel cualitativo como cuantitativo -ver Anexo 1-).

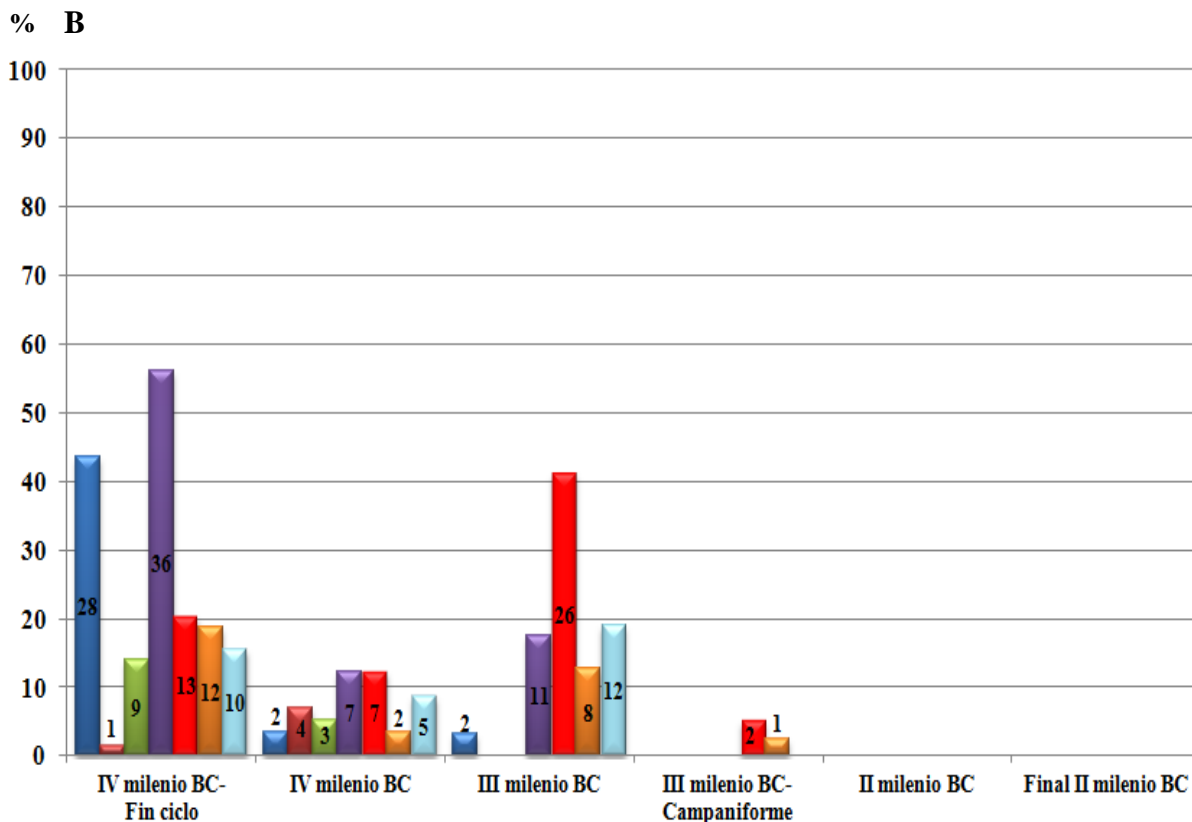
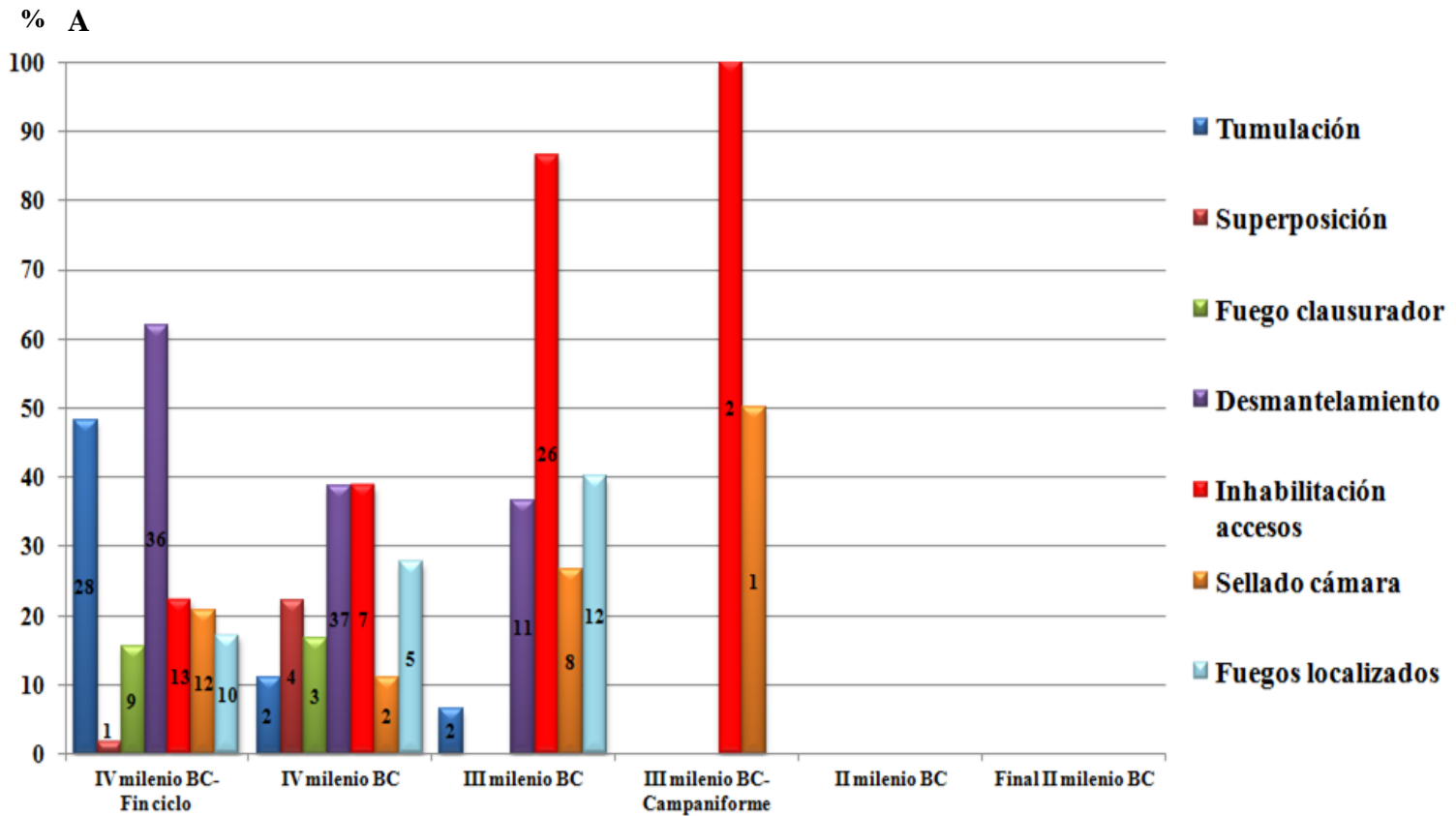


Gráfico 34: Representación porcentual de cada una de las prácticas de “Clausura/sellado” catalogadas según los distintos “horizontes cronológicos”, en relación al conjunto de datos documentado específicamente para cada grupo de prácticas (A) y a la totalidad de eventos registrados para cada episodio de uso (B)



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

Por otro lado, se confirma la existencia (ya planteada anteriormente; ver Gráfico 33) de dos momentos concretos a lo largo del periodo estudiado, los horizontes del “IV milenio BC-Fin de ciclo” y “III milenio BC”, en los que este tipo de actuaciones de cierre adquieren un protagonismo importante, llegando a representar en algunos casos específicos más del 50% del total de acciones documentadas para dichos episodios de uso (es el caso del “desmantelamiento” en el “IV milenio BC-Fin de ciclo”). En el periodo intermedio, es decir el “IV milenio BC”, la representatividad de todas las actividades integradas en este grupo desciende notablemente. Por tanto, de manera preliminar se podría plantear la hipótesis (que se desarrollará con más detalle en posteriores epígrafes; ver epígrafe 7.1) de que a lo largo del desarrollo diacrónico de la actividad megalítica en el valle del Duero/Douro, tuvieron lugar dos episodios concretos (a inicios del IV milenio BC y entre finales de este milenio y las primeras centurias del siguiente, respectivamente) que podrían caracterizarse como de “final de ciclo”, dado que de manera bastante generalizada y sistemática se cerraron y clausuraron los monumentos megalíticos hasta entonces utilizados periódicamente como recintos de funcionalidad rito-funeraria.

Las pautas de comportamiento diacrónico del grupo de prácticas de “Remodelación y añadido de elementos arquitectónicos” presentan una mayor variabilidad, aunque también pueden observarse ciertas actuaciones que de manera significativa se asocian a determinados momentos de uso concretos. Al igual que en el caso anterior, este conjunto de acciones está escasamente representado a lo largo de la segunda mitad del periodo estudiado, habiéndose documentado al respecto apenas tres eventos (ver Gráfico 35 y Anexo 1). Por otro lado, hay que destacar que sólo en el horizonte del “IV milenio BC” tienen representación todos los tipos de prácticas integrados dentro de este grupo, siendo por tanto el que muestra una mayor diversidad en este aspecto. La “retumulación” es el valor que cuenta con una representatividad más significativa desde el punto de vista diacrónico, alcanzando porcentajes muy elevados en los momentos caracterizados como de “final de ciclo” (es decir, “IV milenio BC-Fin de ciclo” y “III milenio BC”), quizás por tratarse de una práctica asociada en muchas ocasiones a los momentos finales de los eventos de clausura. Otra de las actuaciones que aparece de manera sucesiva en varios de los episodios de uso, es la “división y bloqueo del espacio monumental”, por lo general ligada a la presencia de grandes lajas pétreas colocadas de forma transversal al eje de la estructura principal a modo de

dispositivo de cierre reversible. Por su parte, las evidencias correspondientes a la “remodelación de accesos” se concentran en el horizonte del “IV milenio BC”, dentro del cual alcanzan el mayor valor porcentual con respecto al resto de actuaciones integrantes de este grupo (ver Gráfico 35A). Muy ligadas a este tipo de actividad estarían las “ampliaciones y/o yuxtaposiciones de cámaras” (cuyo porcentaje más elevado se da precisamente en este momento de uso) y la “creación de espacios ceremoniales”. Por último, la “erección de menhir” se muestra como una práctica estrechamente ligada a los episodios de “uso post-fundacional” más antiguos, ya que a partir del “III milenio BC” deja de estar presente por completo, quizás como resultado de la aparición de nuevos referentes en el paisaje (poblados y santuarios en altura...) o de otras estrategias de organización espacial.

Una lectura preliminar de estos datos permite caracterizar al horizonte del “IV milenio BC” como un momento en el que la actividad megalítica se orienta en gran medida a la creación de nuevos espacios, modificando las anteriores estructuras (ampliación de la cámara, retumulación...) y/o añadiendo nuevos elementos arquitectónicos (pasillos, atrios, corredores intratumulares...), y a la reconversión de los monumentos en lugares ceremoniales o cultuales y no exclusivamente funerarios. Este planteamiento se corrobora al comprobar los elevados porcentajes que los valores de “retumulación” y “remodelación de accesos” representan en el conjunto total de eventos de “uso post-fundacional” adscritos a dicho horizonte (ver Gráfico 35B). Al cruzar estos resultados con los obtenidos en los análisis de las “Clausuras/sellados” se complementan, puesto que mientras en los episodios caracterizados como de “final de ciclo” (por estar protagonizados fundamentalmente por el cierre de los sepulcros), la representación de las distintas actuaciones de remodelación y modificación de estructuras es muy escasa, en el periodo intermedio es precisamente cuando estas prácticas adquieren relevancia (a la par del descenso cuantitativo de los eventos de clausura). Por tanto, va adquiriendo más sentido la hipótesis ya planteada de la existencia de dos momentos específicos en los que se da una generalización del fenómeno de las clausuras, pues ahora se certifica la presencia de un episodio intermedio en el que lo que prima son las actividades más orientadas a lo constructivo que a lo destructivo, cuyo resultado es la transformación en mayor o menor medida de las arquitecturas megalíticas, añadiendo nuevos espacios y por lo general aumentando su tamaño y monumentalidad.

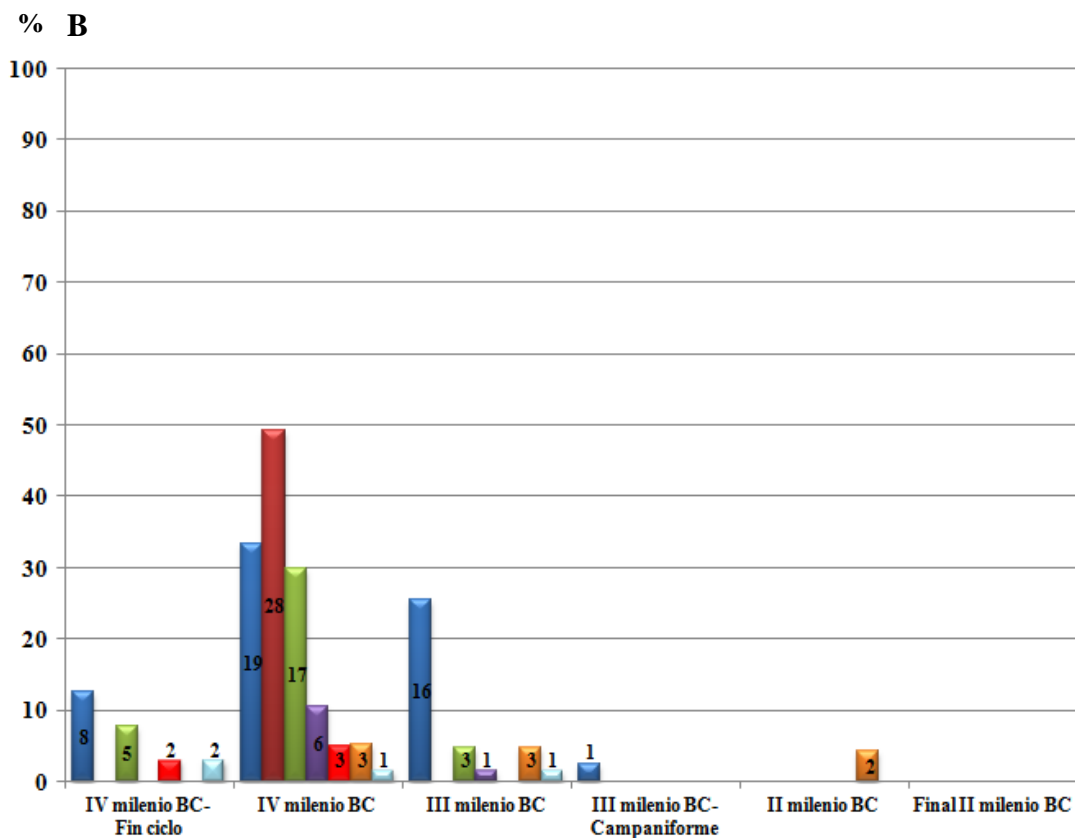
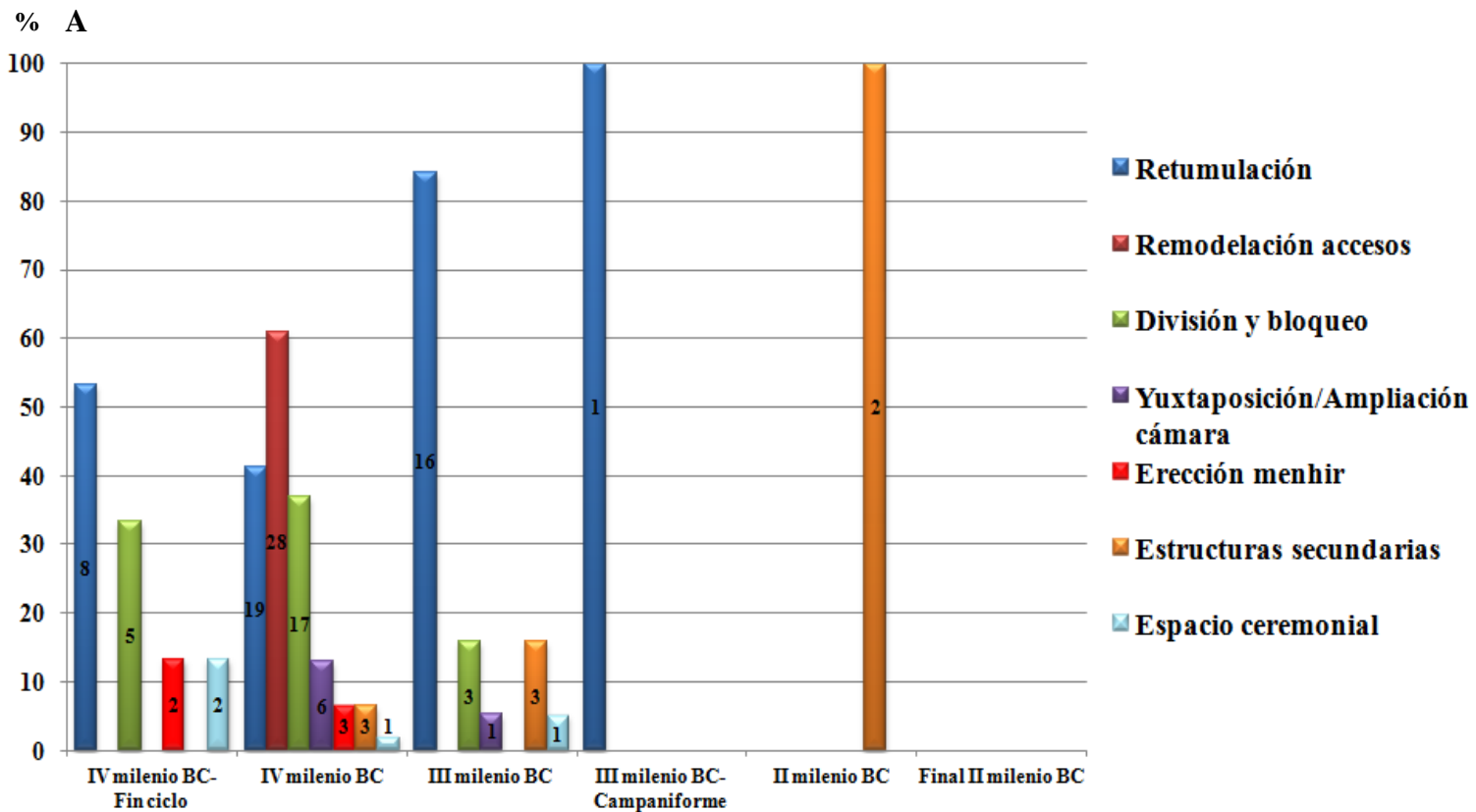


Gráfico 35: Representación porcentual de cada una de las prácticas de “Remodelación y añadido de elementos arquitectónicos” catalogadas según los distintos “horizontes cronológicos”, en relación al conjunto de datos documentado específicamente para cada grupo de prácticas (A) y a la totalidad de eventos registrados para cada episodio de uso (B)

Por otra parte, la representación testimonial a lo largo de la segunda mitad del recorrido diacrónico estudiado tanto de este tipo de actuaciones remodeladoras como de los eventos de cierre de los sepulcros, podría estar indicando que a partir de mediados del III milenio BC los usuarios post-megalíticos abandonan completamente cualquier intención de llevar a cabo acciones de gran envergadura que afecten a estas estructuras monumentales, limitándose a intervenir mínimamente en zonas específicas y a través de acciones escasamente invasoras.

Las “Estrategias de mantenimiento” son actuaciones claramente asociadas a los primeros episodios de “uso post-fundacional” (ver Gráfico 36), cuya representatividad desciende notablemente a partir del horizonte del “III milenio BC” hasta estar completamente ausente en el resto de la trayectoria diacrónica. Como ya se ha señalado en epígrafes anteriores, en los inicios de la actividad megalítica la relevancia y funcionalidad esencial de los megalitos estaba ligada indiscutiblemente al mundo de la muerte, concebidos como tumbas de y para la comunidad. Al ser utilizados como recintos funerarios a lo largo de un lapso temporal más o menos dilatado, sería indispensable llevar a cabo periódicamente algunas acciones con el fin de mantener útil y en buenas condiciones los osarios, y también de liberar el espacio necesario para introducir nuevos depósitos. Probablemente, estas “estrategias de mantenimiento” se dejaron de realizar en el momento en que estos lugares perdieron su función funeraria o al menos cuando su uso como recinto sepulcral pasó de ser recurrente a esporádico y puntual.

Los “reacondicionamientos de osarios” son con diferencia la práctica más representativa tanto a nivel diacrónico como específico de cada horizonte. Por su parte, los “echadizos diferenciadores” adquieren cierta relevancia sólo en el momento de “uso post-fundacional” más antiguo, hecho que podría explicarse por su asociación a los eventos de clausura a modo de “finalización de ciclo” simbólica del espacio sepulcral, previo al cierre definitivo del megalito. El mayor número de casos de “compartimentación/señalización sepulcral” se adscriben al horizonte del “IV milenio BC”, probablemente relacionados con los eventos de remodelación y modificación de las estructuras a gran escala, introduciendo nuevos elementos dentro del espacio sepulcral y reparando o readecuando los ya existentes a las necesidades de sus usuarios (sería el caso, por ejemplo, de los eventos de “re-decoración”).

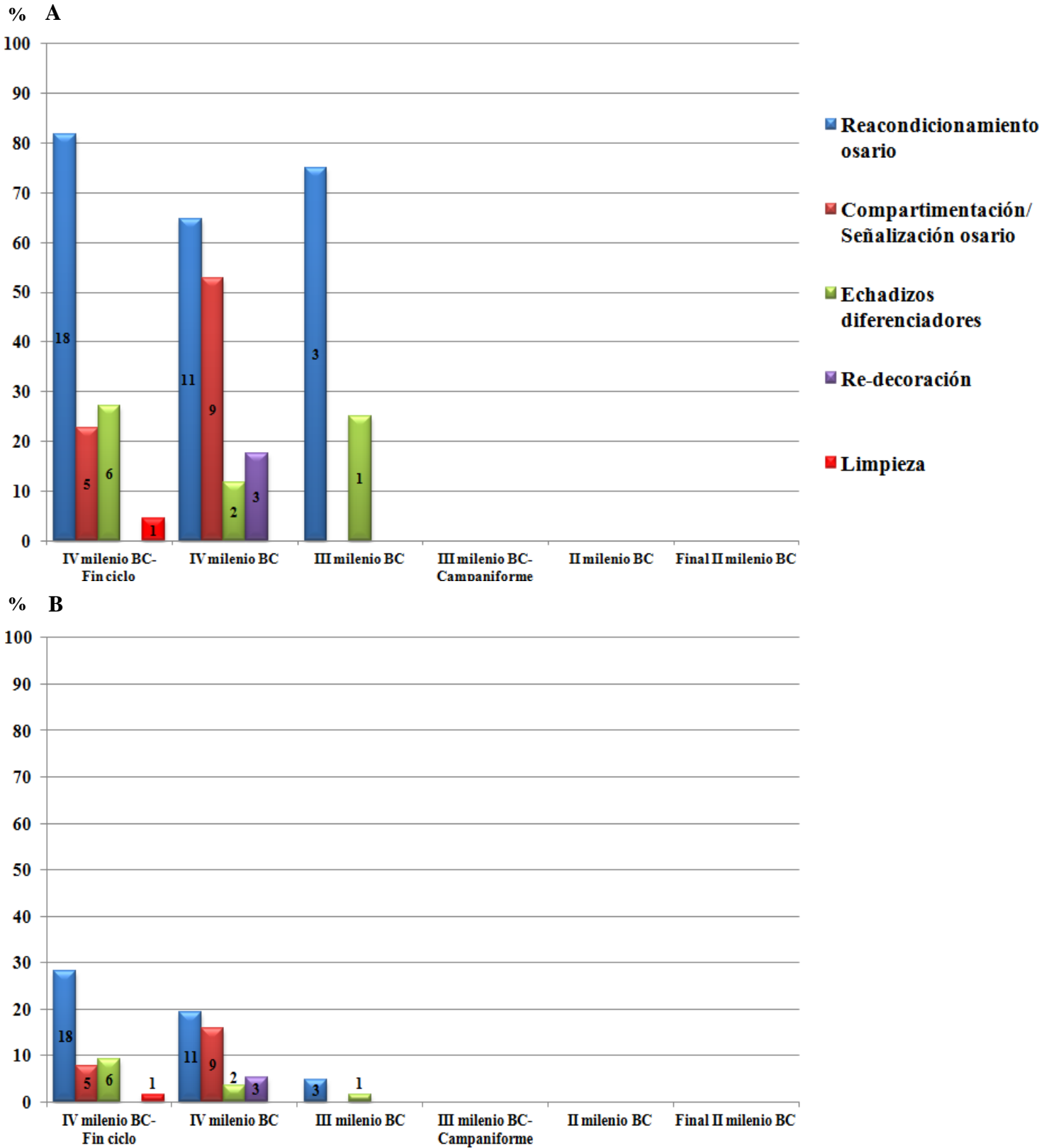


Gráfico 36: Representación porcentual de cada una de las "Estrategias de mantenimiento" catalogadas según los distintos "horizontes cronológicos", en relación al conjunto de datos documentado específicamente para cada grupo de prácticas (A) y a la totalidad de eventos registrados para cada episodio de uso (B)

Los análisis del último de los grupos de prácticas descritos, el de las “Modificaciones arquitectónicas en áreas específicas”, arrojan unos resultados completamente inversos a los expuestos para los restantes conjuntos de datos (ver Gráfico 37). Son estas actuaciones las que caracterizan a los “horizontes cronológicos” que conforman la segunda parte del recorrido diacrónico, precisamente aquellos en los que la representación de los restantes tipos de “usos” es testimonial o incluso completamente nula. Sin embargo, están completamente ausentes en los primeros momentos de actividad megalítica post-fundacional, y tienen una escasa representatividad hasta prácticamente la mitad del periodo estudiado.

La práctica mayoritaria, tanto desde una perspectiva general como específica, son las “alteraciones parciales”, que incluyen tanto pequeñas destrucciones en áreas concretas del monumento como remociones de escasa entidad en los niveles sepulcrales. Lógicamente ha de tener el valor porcentual más elevado, dado que cualquier reocupación por pequeña que sea, llevará consigo una acción o alteración de este tipo. Más interesante de cara a la interpretación de los datos es la lectura de la relación porcentual entre los valores de la “individualización de espacios” y de la “apertura de estructuras de acceso”, su comportamiento diacrónico y su alcance real dentro del conjunto total de actuaciones registradas para cada momento de uso. Así, durante el horizonte del “III milenio BC-Campaniforme” son escasos los documentos de estructuras de acceso abiertas, mientras que el porcentaje de las individualizaciones es bastante significativo. Con el paso del tiempo, ambos valores se equilibran (concretamente en el “II milenio BC”), hasta que finalmente las individualizaciones desaparecen por completo y los casos de estructuras de acceso pasan a ser prácticamente testimoniales. Este comportamiento diacrónico de las prácticas de “individualización de espacios” se asienta seguramente en su estrecha asociación con los “eventos de reutilización funeraria” (ver subepígrafe 6.3.2 y Gráfico 27), los cuales como ya se vio en un apartado anterior se concentran fundamentalmente en los horizontes del “III milenio BC-Campaniforme” y “II milenio BC”. Por su parte, las estructuras de acceso, si bien en algunas ocasiones también se vinculan a actos mortuorios, su funcionalidad es más diversa, y en muchos casos parecen estar más bien asociadas a depósitos de carácter votivo.

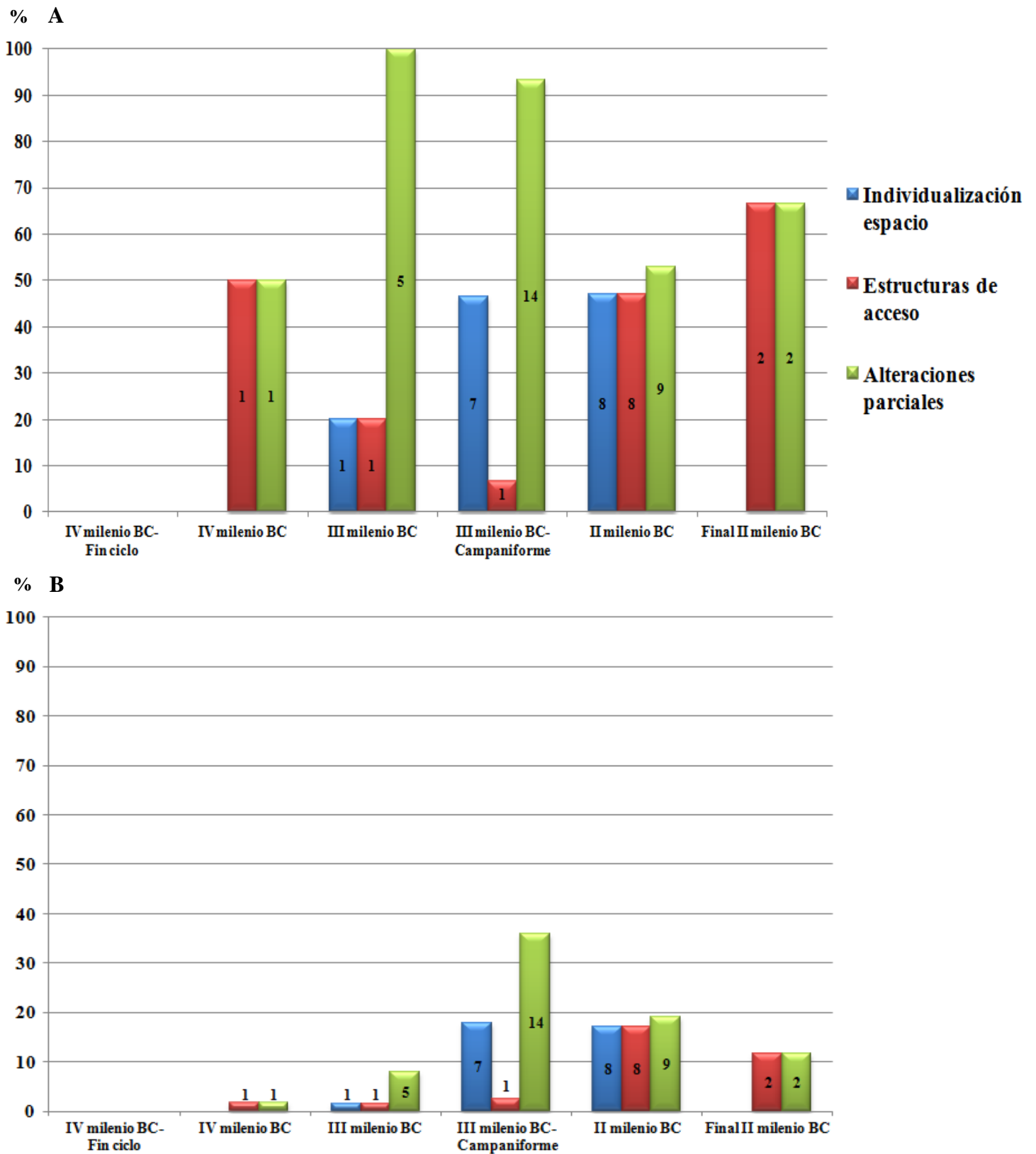


Gráfico 37: Representación porcentual de cada una de las “Modificaciones arquitectónicas en zonas específicas” catalogadas según los distintos “horizontes cronológicos”, en relación al conjunto de datos documentado específicamente para cada grupo de prácticas (A) y a la totalidad de eventos registrados para cada episodio de uso (B)

Tras cotejar los resultados de todos los análisis presentados a lo largo de este capítulo (tanto relativos a los “eventos de reutilización” como a los “usos post-fundacionales”, que como se ha podido ver son categorías equivalentes en muchos casos), queremos retomar como colofón algunas de las reflexiones que se han ido realizando al respecto, destacando aquellas cuestiones que se consideran más significativas de cara a responder a las hipótesis planteadas al inicio de este trabajo.

El primer hecho que ha quedado patente al analizar con detalle el fenómeno de la reutilización megalítica es precisamente su generalización, con un 60% de los yacimientos catalogados en los que se pueden documentar uno o varios eventos de este tipo, porcentaje aún más elevado (77%) si se tienen en cuenta todos los “usos post-fundacionales” registrados desde el momento de su construcción (ver Tabla 3 y Gráficos 16 y 28). De este modo, se desecha por completo la idea de que la reocupación de los monumentos megalíticos se dio de forma puntual, casual y casi arbitraria, frente a la imagen de una actividad recurrente, generalizada y en gran medida pautada. Esta idea, que ya se había planteado para el caso concreto de los eventos de reutilización vinculados al “fenómeno campaniforme” (Delibes, 2010: 45), en este estudio se hace extensible a toda la secuencia cronológica planteada. Por otro lado, desde una perspectiva diacrónica, se observa una clara tendencia a dejar de reutilizar los megalitos con el paso del tiempo, proceso que no ha de plantearse en términos de descenso gradual y lineal, sino como el resultado de recurrentes “picos” de actividad megalítica (alternados con momentos de inactividad o incluso abandono) cada vez de menor intensidad y más distanciados temporalmente (ver Gráfico 17 y 29).

Otra de las ideas preconcebidas sobre las reutilizaciones megalíticas, desechada tras la exposición de los datos de este estudio, es que los grupos que decidían reocupar estas construcciones lo hacían con un propósito fundamentalmente funerario. Si bien ya en publicaciones anteriores se había planteado el uso no-funerario puntual de algunos de estos monumentos por parte de poblaciones post-megalíticas, bien con fines votivos y/o ceremoniales (Andrés, 2000; Delibes, 2004 y 2010: 46; Narvarte, 2005; etc.), tras estos análisis queda patente este hecho. La mayor parte de los “usos post-fundacionales” documentados en el valle del Duero/Douro no están ligados a eventos de carácter mortuario, sino a otro tipo de prácticas vinculadas a la faceta más cultural de los megalitos y a su papel como agente socio-simbólico, prácticas que además presentan una gran diversidad. En este punto, no hay que olvidar las dificultades intrínsecas al territorio de estudio en relación a la conservación del documento funerario, o al menos



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

de su testimonio más certero que son los restos óseos humanos (ver subepígrafe 6.2.4), aunque existen muchas otras manifestaciones arqueológicas que en la mayor parte de los casos permiten dilucidar si la naturaleza de los “usos” llevados a cabo era o no funeraria. Por otro lado, es cierto que a pesar de que las actuaciones documentadas no estén relacionadas con un acto funerario en el momento de su ejecución, estas construcciones megalíticas fueron concebidas como tumbas y como tal se convirtieron tras su clausura en la “casa de los antepasados”. Sin embargo, los datos indican que esa vocación puramente funeraria de los megalitos, se fue disipando con el paso del tiempo (lo que se refleja, por ejemplo, en el descenso notable de las “estrategias de mantenimiento”) hasta ser, si no superada sí al menos igualada, por su potencial como centro ceremonial y de agregación poblacional. Se podría afirmar así, que a mediados-finales del IV milenio BC se asiste a una conversión del “*megalito-tumba en megalito-templo*” (Alonso y Bello, 1997: 514). No será hasta las últimas centurias del III milenio BC y siguientes, cuando se recupera la funcionalidad original de estos lugares como recinto sepulcral, observándose en dicho periodo un incremento notable de los “eventos de reutilización funeraria”, que adquieren ahora un marcado carácter individual y diferenciador. Por tanto, el desarrollo de la actividad megalítica parece adquirir un cierto matiz cíclico, puesto que aunque las diferencias con respecto a las pautas de comportamiento diacrónico de las distintas variables (frecuencias y cuantificaciones de los “usos” y eventos post-fundacionales, “contextos de reutilización”, “prácticas asociadas”...) es más que evidente, llegando incluso a darse algunas comparaciones antagónicas (colectivo frente a individual, prácticas de uniformización frente a prácticas de segregación y separación, depósito de ofrendas colectivas frente a ajuares personalizados, preferencias por las cámaras frente a las zonas de accesos o los túmulos...), hay determinadas “facetas” y “usos” megalíticos que periódicamente aparecen y desaparecen a lo largo de toda la trayectoria cronológica propuesta.

En relación al comportamiento diacrónico de los eventos de “uso post-fundacional”, pese a que se observan claras pautas diferenciadas en cada uno de los “horizontes cronológicos” establecidos, se caracteriza fundamentalmente por su discontinuidad indiscutible hacia la mitad del periodo planteado, es decir entre los tres episodios de actividad megalítica más antiguos y los tres últimos. Esta divergencia se hace patente al analizar prácticamente todas las variables propuestas, reflejando no sólo una importante transformación en las fórmulas rito-funerarias empleadas, sino también un cambio profundo en la concepción, significado e implicación socio-simbólica del

megalito en relación a los grupos usuarios. A partir de mediados del III milenio BC, y probablemente relacionado con la introducción de nuevas estrategias socio-económicas e ideológicas, los monumentos megalíticos pierden ya toda su importancia funcional como tumba de una comunidad o “panteón familiar” de un grupo, pero también como centro ceremonial y de reunión. Estas arquitecturas se readecúan en función de las exigencias del nuevo ritual, pasando a ser escenario de ciertos actos funerarios o votivos puntuales, en los que participan un número reducido de personas con una intencionalidad clara de segregación y diferenciación con respecto al resto del grupo (es en este momento cuando adquieren protagonismo las prácticas de “individualización de espacios”). Con el desarrollo de este tipo de actuaciones parece que en cierta medida se “apropian” del monumento, utilizando todo su simbolismo y monumentalidad en beneficio propio, para incrementar el carácter exclusivo y ostentoso de estas ceremonias ya de por sí llenas de fasto y exhibición de riquezas (Delibes, 2010: 46). Pero para conseguir este objetivo, ya no es necesario invertir esfuerzo y mano de obra en grandes remodelaciones o tareas de mantenimiento de estas construcciones, puesto que lo único que se pretende es aprovechar su carga simbólica como referentes de un pasado ancestral que legitima la ocupación del territorio en que se ubican, y beneficiarse de las ventajas individuales que ofrece el control ideológico y de la memoria colectiva de un pueblo.

También estos análisis han permitido confirmar una idea que ya se empezaba intuir desde las fases más descriptivas y de recogida de datos de esta investigación, respecto a la presencia de recurrentes “picos” de actividad a lo largo del desarrollo diacrónico de la actividad megalítica, caracterizados mayoritariamente por la puesta en práctica de una o varias actuaciones específicas, y que determinan periódicos episodios de reutilización con carácter constructivo o destructivo, o incluso de inicio o final de un ciclo de uso. En este sentido, a lo largo del momento de “uso post-fundacional” más antiguo de los que se han definido, denominado como “IV milenio BC-Fin de ciclo”, se clausuraron de forma generalizada una gran parte de los megalitos que estaban “en activo”. Posteriormente, en el “IV milenio BC”, muchos de esos monumentos ya sellados y otros que aún se mantenían abiertos, sufrieron un proceso de remodelación y modificación estructural a gran escala (por tanto, un fenómeno constructivo generalizado que podría identificarse con un inicio de ciclo), para en el siguiente periodo (el del “III milenio BC”) ser objeto de nuevo de potentes actos de sellado e inhabilitación de su espacio monumental (cerrando así el ciclo comenzado en el anterior



VI. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ESTUDIO DESCRIPTIVO

momento de uso). Teniendo en cuenta estas premisas, se ha podido comprobar que la mayor parte de los megalitos (pues acontece en 139 de los 180 yacimientos catalogados) cumple, antes o después, un “ciclo natural” conformado por tres fases diferentes de construcción-uso-clausura, cuya duración dependerá del momento del recorrido temporal en el que nos encontremos. Extendiendo esta idea a los “eventos de reutilización” de cronología más reciente, se podría considerar que también ese “ciclo natural” está presente, aunque en estos casos todas sus fases se desarrollarían de manera puntual dentro de un mismo evento. Por poner un ejemplo, en los documentos funerarios asociados al “fenómeno campaniforme” se observa un primer momento de construcción con la readecuación e individualización del espacio e incluso la disposición de algún elemento arquitectónico nuevo (cistas, empedrados...), otro de uso vinculado a la realización del propio depósito funerario y a la celebración del correspondiente funeral, y por último el evento de clausura por medio de la colmatación de la estructura que lo alberga. Por tanto, se hace cada vez más patente el carácter cíclico de la actividad megalítica al analizarla desde una perspectiva diacrónica, un hecho que aunque *a priori* parece manifestar la permanencia de unas mismas pautas de comportamiento a lo largo del tiempo, como se verá en posteriores apartados, en realidad obedece a diversas formas de uso rito-funerario de los megalitos que a su vez son reflejo de factores socio-simbólicos completamente nuevos.

En el próximo capítulo se ahondará en este planteamiento de los ciclos de uso como elemento vertebrador de las “biografías megalíticas”, analizando con detalle y matizando las relaciones entre los distintos horizontes de “uso post-fundacional”. Además, todos estos resultados se cotejarán con las dataciones disponibles para el Megalitismo del territorio duriense, con el fin de discernir si esos episodios y “picos” de intensidad de la actividad megalítica establecidos a través del estudio descriptivo y estadístico del registro material, tienen también su reflejo en la cronología absoluta. De este modo, se podrá demostrar si esas “biografías megalíticas” se caracterizaron por una progresión lineal y continuada o más bien, como parece revelarse hasta ahora, por una alternancia de recurrentes episodios de actividad e inactividad, que podrían estar ligados a distintos momentos de crisis o cambios sufridos por las sociedades que habitaron la cuenca del Duero/Douro a lo largo de toda la Prehistoria reciente.

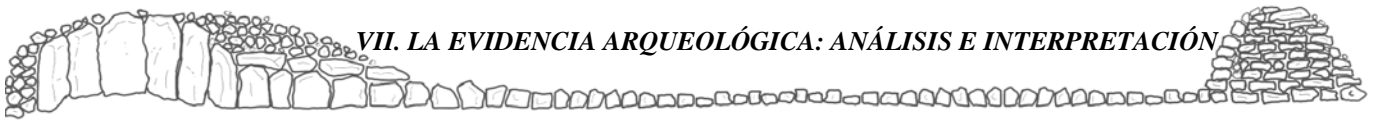
VII.

**LA EVIDENCIA
ARQUEOLÓGICA II:**

**ESTUDIO
ANALÍTICO E
INTERPRETATIVO**

*“Se piensa, e incluso se siente, que la sociedad está compuesta
a un tiempo por los muertos y por los vivos,
y que los muertos son tan significativos y necesarios como los vivos.
La ciudad de los muertos es el reverso de la sociedad de los vivos o,
más que el reverso, su imagen, su imagen intemporal.
Porque los muertos han superado el momento del cambio y sus
monumentos son los signos visibles de la perennidad de la ciudad”*

(Phillipe Ariès, *Historia de la muerte en Occidente*)



7.1. RECONSTRUYENDO “BIOGRAFÍAS” MEGALÍTICAS

“The lives of prehistoric monuments

keep moving on”

(Holtorf, *The life-histories of megaliths*, 1998)

Tradicionalmente, se ha analizado el Megalitismo desde la perspectiva de su origen y expansión como fenómeno prehistórico, e incluso desde la significación y funcionalidad de su monumentalidad en relación con el territorio. El megalito se ha considerado como un acto único, sin atender en gran medida a la posibilidad de que pudieran diferenciarse distintas etapas constructivas. Cualquier tipo de alteración observada en la estructura se achacaba a procesos de degradación, o se interpretaban como eventos de violaciones o saqueos posteriores. Sin embargo, los sepulcros megalíticos no han dejado de sufrir la manipulación de la mano humana, modificando sus arquitecturas con intervenciones de distinta naturaleza, con el fin de readaptarlos a las necesidades de cada momento. La atracción ejercida en general por todo lo que rodea el mundo de la muerte (crea curiosidad alimentada por lo enigmático y morboso), y en concreto por estos sepulcros ha provocado que todas las poblaciones “post-megalíticas” los hayan integrado como parte del imaginario popular, bien como marcadores territoriales (Martinón Torres, 2001 y 2008) u otros usos funcionales (como redil para el ganado, cobertizos o incluso búnkeres), lugares de culto y celebración (Martinón Torres, 2008: 93) o recursos patrimoniales como ocurre en la actualidad (García Sanjuán, 2008a: 5-6).

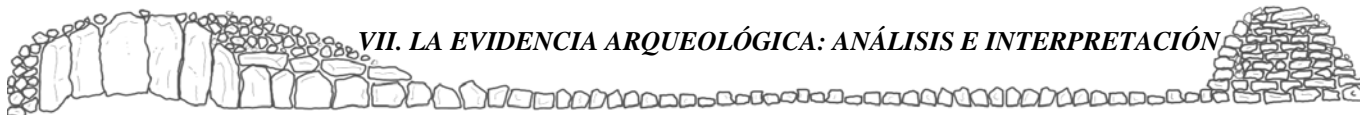
Por tanto, frente a la visión tradicional de construcciones restringidas a un tiempo en el que fueron erigidas y a una sociedad concretas (García Sanjuán, 2008b: 43), los megalitos se nos presentan como lugares que han seguido jugando un importante papel en cada una de las sociedades que han convivido con ellos en su entorno. Todas las poblaciones, sin solución de continuidad, han integrado el elemento monumental en su realidad y lo han reinterpretado acorde a sus necesidades socio-culturales, dotándole de nuevos usos y posibilidades. Los monumentos megalíticos son realidades orgánicas presentes en el imaginario colectivo a lo largo de todo el desarrollo de la humanidad, como referentes espacio-temporales visibles y palpables y “*símbolos materiales socialmente activos*” (Criado, 1989: 77). Por esta razón, siempre han sido objeto de atención por parte de las poblaciones que han convivido con ellos en su entorno, las cuales les han dotado de un significado acorde a su mentalidad. El resultado

es que el megalito es continuamente reinterpretado y asimilado dentro de un mecanismo socio-cultural, que le da pleno sentido (Beguiristáin y Vélaz, 1999: 326). Son monumentos para los vivos, que adquieren distinto significado en el ámbito de la muerte; en la mayoría de los casos, el espacio funerario no se “construye” para ser usado, recorrido o transitado, sino para ser visto y referenciado, como medio transmisor de mensajes de los vivos para los vivos.

El mensaje transmitido por los megalitos va variando de rumbo en función de los nuevos rituales que se introducen y los nuevos significados que se otorgan a los megalitos (Delibes, 2010: 46). De este modo, cuando dejan de servir de referencia para una sociedad otra nueva los reinterpreta (Mañana, 2003: 174; Prieto, 2007: 122), produciéndose una continua reformulación de estos sepulcros ancestrales. Pero el hecho de que su función o significado original sea transformado o incluso relegado, no implica que también los monumentos caigan en el olvido (Rogers, 2013: 50). Son “*verdaderos memoriales culturales*” (García Sanjuán, 2008b: 44), referentes fijos y eternos en el paisaje, cuyo potencial y relevancia como símbolos (aunque el mensaje implícito a los mismos haya ido cambiando) se ha mantenido generación tras generación. “*As timemarks in the landscape, megaliths almost invited people of later ages to rediscover, reinterpret and reuse them... referring people back to the distant past and prompting them to treat these monuments in a particular way*” (Holtorf, 2000-2008).

Y cada una de estas sociedades que lo reinterpreta, interviene y modifica tanto la estructura como el contenido megalítico en mayor o menor medida, en función de sus necesidades y propósitos, por lo que el resultado es un monumento que no se caracteriza por una simple construcción uniforme y de un momento, sino como una estructura orgánica, sumida en un proceso de continua transformación y reinterpretación, y que ha ido adaptándose a las nuevas coyunturas y dotándose de diversas funciones socio-simbólicas, que le han permitido seguir actuando como un “agente social” más. Si extrapolamos esta idea a todo el fenómeno megalítico en general, nos topamos ante una imagen de un fenómeno desarrollado con periodicidad, con momentos de gran actividad constructiva o destructiva, seguidos por otros de aparente inactividad, y cuya permanencia temporal ha dado lugar a su continua reformulación.

Es a través de estas prácticas que a lo largo de la Historia han alterado, en mayor o menor medida, la estructura original del monumento que es posible reconstruir la “biografía” de los megalitos, la cual consiste en una compleja superposición de diferentes usos, remodelaciones, fases de reutilización y cambios de funcionalidad y



significación. Estos “usos-post-fundacionales”, aunque no sin dificultad, pueden documentarse arqueográficamente a través de ciertas evidencias arqueológicas (ver epígrafe 6.4), aunque en muchos casos su detección es muy difícil o incluso imposible.

Este término de “biografía” o “*life-history*” aplicado a los monumentos megalíticos ha sido muy utilizado y desarrollado principalmente en la bibliografía anglosajona (Bradley, 1993 y 1998; Bradley y Williams, 1998; Hingley, 1996; Rogers, 2013; etc.), destacando los trabajos de Holtorf (1997, 1998, 2000-2008; etc.) en el ámbito teórico-interpretativo. Este nuevo enfoque va ligado a su vez a un cambio en la forma de concebir y enfrentarse al estudio tanto del monumento en sí como del fenómeno megalítico en general.

Esta percepción de los monumentos megalíticos no como simples yacimientos adscritos a un contexto espacio-temporal concreto, sino como lugares con una larga proyección temporal, llevó ya hace años a algunos autores a plantear diferentes hipótesis en torno a la temporalidad de los megalitos y su construcción en “múltiples fases” (Corcoran, 1972; cit. por Thomas, 2012: 65), apuntando ya hacia un desarrollo vagamente episódico de la actividad megalítica. Bradley (1993) fue uno de los primeros en acuñar el término “*after-life*” para designar la “edad post-megalítica”, el tiempo posterior al de su uso o función primaria para el que fueron construidos. Según este planteamiento esa “*after-life*” comenzaría en el momento en que se diera por finalizado el uso original para el que se concibieron, un límite algo ambiguo dado que en aquellos monumentos donde no se ha documentado un proceso de clausura definitivo, ese límite podría llegar a colocarse en cronologías muy recientes (dado que el uso funerario de los megalitos se dio de manera recurrente durante milenios) (Delibes, 2010: 42-45).

Sin embargo, otros autores como Holtorf no comparten esta terminología, puesto que implica asumir que en algún momento el megalito “dejó de vivir”, es decir que fue abandonado o que entró en desuso, mientras que para este investigador es lícito hablar una vida posterior a la de sus constructores pero no a la de los monumentos en sí mismos (Holtorf, 2000-2008). Su propuesta es que el devenir de los megalitos puede ser analizado como si de una “biografía” se tratase. La construcción y fase de uso original conformarían la “infancia” de estos sepulcros, mientras que su “juventud” estaría ligada a las primeras reutilizaciones y a los procesos de clausura llevados a cabo por las generaciones subsiguientes, observándose en estas prácticas de cierre un cambio radical en la forma de concebir y utilizar estos sepulcros. Las nuevas posibilidades en su “edad

adultas” se materializarían en las reocupaciones por parte de comunidades no constructoras de megalitos, en los múltiples cambios de funcionalidad que sufren estos lugares, en el valor tanto sagrado como práctico otorgado a sus piedras, o en los recurrentes intentos de apropiación de su potencial simbólico desde las esferas políticas y religiosas. El interés despertado por estas construcciones en anticuarios e investigadores de distintas disciplinas, ya desde época moderna, y sus más recientes conceptualizaciones como fuente de mitos y leyendas, inspiración para artistas o, más actualmente, como recurso patrimonial, serían partes esenciales de su “vida anciana”. Por tanto, en palabras de Holtorf (1998), los sepulcros megalíticos, al igual que otros monumentos arqueológicos, tienen “*life-histories*”. Esta afirmación parte de la percepción de que todas las cosas (ya sean objetos, construcciones...) poseen una historia propia, puesto que al igual que los seres humanos tienen un origen y un desarrollo, adquieren nuevos roles y valores a lo largo del tiempo, y finalmente pueden desaparecer en pocos años o seguir “vivos” durante milenios: “*Things, like humans, have life-histories. Things are made somewhere; they often do something, and some move from place to place; their meanings and functions can change in different contexts, and, as time goes on, they age; eventually most things die, and whatever is left of them is discarded in a final resting place where it gradually disintegrates. Things can reach very different ages, from a few minutes to many millennia, but once dead only very few are brought back and given new meanings in a new life...*” (ibídem: 23).

Para poder acercarnos a leer la “biografía” de un megalito, en nuestra opinión, es necesario aplicar una perspectiva temporal y profundizar en el estudio de su dimensión interna como construcción monumental para uso rito-funerario. Por una parte, el análisis diacrónico de estas estructuras puede proporcionarnos una visión global de las diferentes prácticas y modificaciones acontecidas tanto en su espacio interno-sepulcral como en el externo-monumental, puesto que “*sólo se puede valorar si un cambio es significativo en un ámbito fenomenológico, si éste se conoce en detalle a lo largo del tiempo*” (Prieto, 2007: 102). Las tumbas megalíticas son “*monumentos para la eternidad*” (Delibes y Rojo, 2002: 29; Rojo, Kunst *et al.*, 2005), concebidas y construidas para perdurar en el tiempo, por lo que no tendría sentido limitar la interpretación de estos lugares a una forma de uso o a unas determinadas pautas constructivas características de un periodo cronológico concreto. El objetivo no es buscar el acontecimiento, lo eventual (Fernández Ruiz, 2004: 285), sino conseguir



descubrir “discontinuidades” en las formas de “uso megalítico”, reflejo de las transformaciones sufridas en el seno de las poblaciones usuarias. Por esta razón, es importante tener presente que, por ejemplo, la datación de un único depósito realizado dentro del megalito no nos va a dar la caracterización cronológica de toda la biografía del monumento, por lo que hay que hacer un esfuerzo para intentar reconstruir a través de dataciones absolutas el devenir del mismo (Mañana, 2003: 168).

Por otro lado, no podemos afrontar una investigación de este tipo teniendo en cuenta solamente la imagen actual que presentan estos yacimientos, puesto que el objetivo es intentar descubrir la sucesión de acontecimientos que han dado lugar a dicha apariencia final (ver Figuras 12 y 19). El monumento en sí mismo debe ser considerado como un proyecto inacabado, resultado de la acumulación de una serie de acciones (Criado *et al.*, 2005: 863). Estos procesos constructivos dinámicos, desarrollados en múltiples fases, son los que han configurado las complejas historias arquitectónicas de los megalitos, a lo largo de las que un dolmen o túmulo inicialmente modesto haya podido llegar a convertirse en un enorme monumento que domina su entorno (Thomas, 2012: 65). La Arquitectura megalítica aparece, así, como un proyecto en construcción resultante no de uno sino de diversos procesos rituales (Criado *et al.*, 2006: 38), que a través de distintas soluciones constructivas se ha ido readaptando a las más diversas realidades socio-culturales (Abad, 1995: 13-14). El yacimiento al que nos enfrentamos es, en realidad, el resultado final de toda una sucesión de eventos que han ido teniendo lugar en ese espacio, y no la construcción original que idearon sus usuarios prehistóricos, puesto que *“la forma como nos llegan los sepulcros no es accidental sino que con mayor frecuencia reflejan las actitudes intencionadas de sus últimos poseedores”* (Andrés, 2000: 70).

De este modo, para poder emprender el estudio de una “biografía megalítica” hemos de partir del reconocimiento y la asunción de que la construcción megalítica a la que nos enfrentamos es el resultado final de una larga secuencia de “usos” e intervenciones por parte de distintos usuarios, que se han de ir desentrañando, y que la imagen actual del megalito en muchas ocasiones puede tener que ver poco o nada con la estructura que idearon sus primeros usuarios para cobijar a sus difuntos (ver Figuras 12 y 19). Es precisamente el análisis de la propia secuencia constructiva de los megalitos, entendida como una *“cadena tecnológico-operativa”* (Mañana, 2003: 169), una herramienta muy eficaz a la hora de documentar las distintas actuaciones y prácticas que se sucedieron en estos lugares. Desde esta perspectiva metodológica se abre la

posibilidad de ir desentrañando esta compleja superposición de actividades de remodelación, mantenimiento, clausura, deposición funeraria y/o votiva, entre otras, que pueden dar lugar a “una mayor complejidad o simplificación en la construcción, según los casos” (Fábregas y Vilaseco, 2004: 80-81), y que es el esqueleto que vertebra cada una de las “biografías megalíticas”.

Partiendo de este punto, posteriormente hay que preguntarse sobre el alcance interpretativo de este tipo de manifestaciones arqueológicas, puesto que las modificaciones en la estructura original pueden ser evidencias de cambio en relación no sólo al uso y significado del que se dota al monumento, sino también de las estrategias socio-económicas, ideológicas y las creencias funerarias, desarrolladas por las recurrentes poblaciones usuarias, y por tanto hasta qué punto podemos interpretar estas evidencias como el reflejo de los cambios que van acaeciendo de forma coetánea en las sociedades usuarias de los megalitos. “*The interplay between the apparently continuous use of one ceremonial monument and changes in its character that shed light on more general developments in prehistory*” (Bradley, 1998: 92)

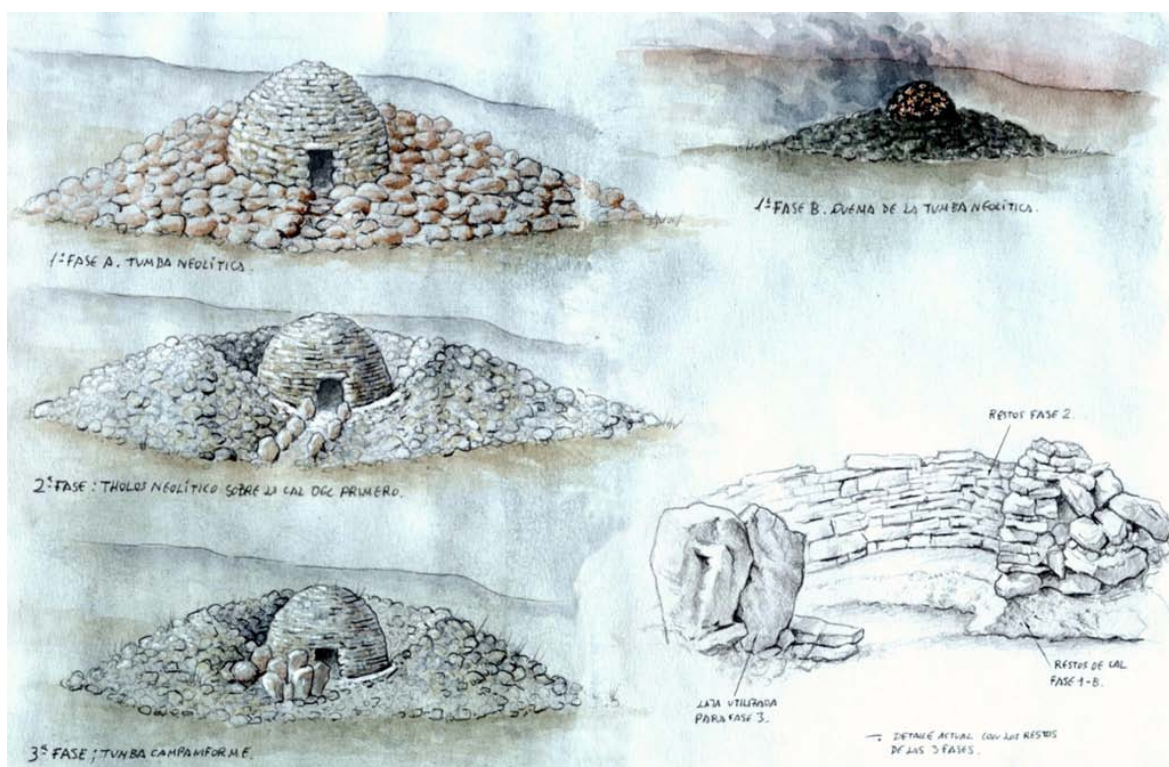
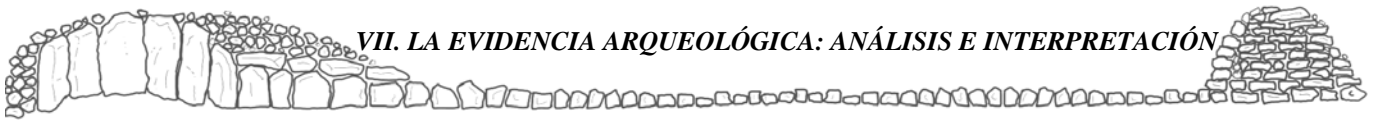


Figura 19: Reconstrucción de la secuencia de procesos constructivos y destructivos que tuvieron lugar a lo largo de la Prehistoria reciente en el monumento soriano de La Sima (Miño de Medinaceli, Soria –Rojo, Kunst *et al.*, 2005-) (ver Índice de Figuras)



VII. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN

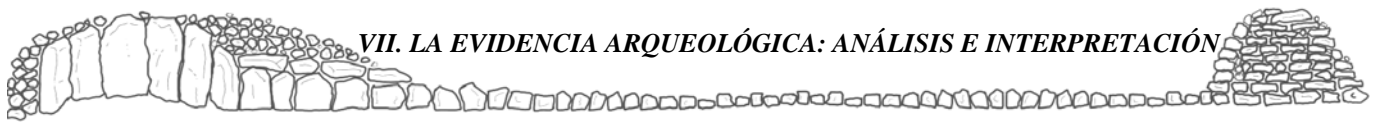
A lo largo de este capítulo vamos a ir desentrañando esta cuestión de las “biografías megalíticas” y del alcance interpretativo que tiene su estudio, partiendo del desarrollo de tres de las preguntas e hipótesis que nos planteábamos al inicio de este trabajo.

En primer lugar, nos planteábamos si el “fenómeno” de las reutilizaciones de los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro era el reflejo de una continuidad y de la ausencia de importantes transformaciones en las sociedades que ocuparon dicho territorio a lo largo de más de tres milenios de Prehistoria, o si por el contrario gracias al estudio en profundidad de esta cuestión se podrían revelar la presencia de los importantes cambios y transformaciones que en aquel momento se estaban operando en otras zonas del territorio peninsular. A lo largo de toda esta investigación, los datos recabados y analizados han ido revelando que, pese a la imagen de “continuismo” que puede proyectar el uso recurrente de los megalitos, no existe una continuidad que nos permita hablar en los mismos términos socio-económicos de las poblaciones que habitaban el territorio duriense en el IV milenio BC y aquellas de finales del III milenio-inicios del II milenio BC, puesto que las diferencias en cuanto a las fórmulas ceremoniales y funerarias utilizadas son más que evidentes. Sin embargo, esto tampoco quiere decir que se dieran rupturas claras en momentos concretos con respecto a lo anterior, ni un marcado progreso lineal hacia fórmulas rituales que reflejen comportamientos propios de una mayor complejización social, sino que la imagen que nos ofrecen los datos de las reutilizaciones megalíticas es la de una secuencia cíclica, discontinua, irregular, muchas veces contradictoria, en la que todo nuevo episodio se aleja del anterior puesto que conlleva una nueva forma de utilizar y considerar a estos monumentos, pero a su vez mantiene ciertas “continuidades” o tradiciones que por una razón u otra aún son útiles y necesarias. Por tanto, si se considera que el comportamiento que los sucesivos usuarios de megalitos tuvieron hacia ellos es reflejo de las estrategias socio-culturales de cada momento, se podría plantear que estas sociedades tampoco tuvieron un desarrollo lineal y progresivo siempre hacia esquemas sociales más complejos, sino que su desarrollo sería irregular y discontinuo, es posible que incluso cíclico volviendo a repetir recurrentes situaciones de bonanza y de crisis. Se trataría pues de un desarrollo caracterizado y marcado por continuas tensiones, y en ocasiones contradicciones, entre distintas posturas y elecciones de posibles modelos sociales y económicos; una balanza que en función de hacia dónde se inclinase provocaría momentos de equilibrio y desequilibrio que darían lugar a esos momentos de

contradicción y “vuelta atrás” que se observan a lo largo de toda la secuencia diacrónica estudiada. Por tanto, partiendo del clásico debate de continuidad *vs.* ruptura, se introduce una nueva perspectiva que se aparta de la concepción lineal del progreso de las sociedades y se acerca más a un modelo cíclico y discontinuo.

Con el fin de matizar y ahondar en esta idea del “ciclo” como rasgo vertebrador de las “biografías megalíticas”, a lo largo de este epígrafe vamos a intentar caracterizar con más detalle y de manera concreta cada uno de los episodios de “uso post-fundacional” que se definieron de manera general en el capítulo anterior (ver epígrafes 6.3 y 6.4). De este modo, dejando temporalmente a un lado los estudios diacrónicos, el análisis se va a centrar en los grupos de prácticas establecidos a través de la clasificación de las distintas evidencias arqueológicas (ver epígrafe 6.4). Se establecerán cuáles son sus principales manifestaciones arqueológicas, examinándolos en conjunto y determinando mejor las diferencias y semejanzas entre cada uno de ellos, con el fin de intentar definir la posible presencia de ciclos de uso completos. Posteriormente, se profundizará en el análisis del conjunto de dataciones disponible para el fenómeno megalítico en la cuenca del Duero/Douro, con el propósito de intentar delimitar cronológicamente esos episodios de “uso post-fundacional” caracterizados anteriormente desde una perspectiva arqueográfica. A través de distintos métodos de análisis cronológico, se comprobará si la actividad megalítica ofrece desde la cronología absoluta una imagen continua, sin “vacíos temporales”, y en los que unos tipos de prácticas se solapan con otras en el tiempo, o la de un fenómeno discontinuo con “picos de actividad” intensa de duración variable, y en los que de una manera más o menos generalizada se llevaron a cabo cierto tipo de actuaciones. Una vez caracterizados los “usos megalíticos” desde su construcción hasta finales del II milenio BC, tanto desde una faceta cronológica como arqueográfica, se planteará una posible esquema interpretativo sobre los ciclos de “uso megalítico” en el valle del Duero/Douro a lo largo de la Prehistoria reciente, y su posible interpretación como reflejo de distintas situaciones y contextos socio-económicos en continuo estado de cambio y crisis.

Otra de las hipótesis que se planteaban al inicio del trabajo, muy ligada al anterior debate entre continuidad y ruptura, es si en realidad las diferentes fórmulas rito-funerarias utilizadas a lo largo del tiempo reflejan un paso claro de la identidad colectiva a la individualidad, con toda la carga socio-simbólica que ello conlleva. A lo largo de la investigación en general, aunque con algunos matices, se ha reafirmado y corroborado dicha hipótesis, puesto que efectivamente a lo largo de la secuencia



diacrónica cada vez aparecen más manifestaciones que indican una cierta intencionalidad individualizadora en las prácticas llevadas a cabo en los monumentos megalíticos. Sin embargo, debido al desarrollo cíclico, irregular y discontinuo de las sucesivas sociedades usuarias de megalitos, el paso de la colectividad a la individualidad tampoco se presenta como un proceso progresivo y lineal o a partir de un momento de ruptura radical con todo lo anterior, sino que se pueden observar ciertos signos de individualidad en las primeras fases de uso, que después desaparecen hasta los momentos más avanzados de la secuencia diacrónica, o por el contrario actos que requieren de la participación de una colectividad en momentos ya de un claro uso individual o segregacional de los monumentos. Si bien, como se verá en epígrafes posteriores (ver subepígrafe 7.2.4), todas estas evidencias que entran en aparente contradicción con el modelo impuesto en cada momento, no son ni mucho menos habituales o generalizadas y además finalmente forman parte y son necesarias para mantener y conservar los esquemas sociales imperantes. Tras definir brevemente los conceptos de colectivo, múltiple e individual, y reflexionar acerca de las implicaciones de las identidades colectivas e individuales, analizaremos aquellas evidencias que reflejan de forma evidente esa dicotomía para intentar contextualizar las diferentes manifestaciones en sus respectivas fases o ciclos de uso, con el propósito de reflexionar acerca del porqué de estos cambios. Por último, se examinarán de una manera somera, aquellos casos excepcionales que muestran cómo, a pesar de las tendencias y patrones de comportamiento generalizados, siempre en todo modelos hay excepciones.

7.1.1. ALTERNATIVAS A LA DICOTOMÍA DE CONTINUIDAD VS. RUPTURA

El fenómeno de la reutilización de los monumentos megalíticos y la condición de “*palimpsestos*” de estas construcciones (Delibes, 1985: 23 y 2004: 212) ha dado lugar a un vivo debate en el ámbito académico, acerca de la forma, velocidad e intensidad con que las poblaciones que habitaban el valle del Duero/Douro, y por extensión el interior peninsular, se transformaron a lo largo de la Prehistoria reciente.

Una vía interpretativa defiende que el uso diacrónico de un mismo lugar de enterramiento, evidencia la continuidad existente entre las distintas comunidades usuarias de los sepulcros megalíticos (Alday, 2002: 271; Bueno *et al.*, 2005a: 70; Delibes y Santonja, 1987: 191; Fabián, 1997: 95), y por tanto en sus estrategias socio-económicas y rituales, sin tener lugar importantes transformaciones. Dentro de esta línea interpretativa, las formas de vida propias de las comunidades del IV milenio BC

no experimentaron grandes transformaciones hasta finales del II milenio BC, momento en el que se asiste a una gran ruptura con respecto a toda la tradición anterior. Definen “*el desarrollo cultural de la Meseta Norte en la Prehistoria reciente como dentro de un proceso evolutivo y lineal que sólo parece interrumpirse con cierta brusquedad después del Bronce final*” (Fabián, 1995: 16), y en el que apenas se operan transformaciones de índole económica o tecnológica, y los sutiles cambios que se pueden observar se limitan sólo al ámbito social (Fabián, 2006: 50). Como ya se ha apuntado, esta línea interpretativa se apoya en argumentos como que la pervivencia de los ritos funerarios colectivos y el recurrente uso de un mismo lugar de enterramiento significan la pervivencia de su significado fundacional y de las costumbres ancestrales en la memoria. Desde esta perspectiva, los megalitos son “*el símbolo de la continuidad y de la lenta evolución de las sociedades durante nada menos que 3000 años*” (Fabián, 2006: 519), puesto que durante toda la Prehistoria reciente los monumentos megalíticos “*son lugares de enterramiento en determinados momentos y para determinados personajes, es decir en la misma línea que lo habían sido antes*” (*ibídem*: 478). De este modo, se considera que desde su fundación, los megalitos fueron usados de manera imperturbable como “panteones familiares” y espacios sepulcrales durante más de dos mil años (Delibes, 1985: 23). Se desecha la idea que se tenía hasta entonces de que la dualidad Megalitismo/Campaniforme reproducía dos mundos completamente diferentes, con unos sistemas de relaciones y valores sociales completamente distintos (el propio Maluquer de Motes defendía que “*campaniforme y megalito pasaban por ser, pues, realidades culturales del todo independientes, y la presencia de aquel en el espacio físico del último no constituía sino una mera coincidencia, exenta de mayor contenido*” -Delibes y Santonja, 1987: 175-). “*Las gentes de Ciempozuelos... manifiestan en la simple elección de estos sepulcros una gran dosis de indigenismo y de continuidad, delatando el expreso deseo de no interrumpir una sólida tradición – la del ritual dolménico – con varios milenios de historia*” (Delibes y Santonja, 1987: 191), lo que queda refrendado al hablar de una “*continuidad étnica*” entre las poblaciones dolménica y campaniforme (Delibes y Santonja, 1986: 208). Estas gentes construirían nuevas estructuras funerarias (caracterizadas por ser fundamentalmente en fosa individual) sólo en aquellas zonas donde no hubiera megalitos, pues de haberlos sería la fórmula funeraria escogida. Por tanto, estas reutilizaciones no serían tanto un aprovechamiento esporádico y puntual de determinados sepulcros, como la manifestación funeraria de las últimas generaciones de una larga tradición poblacional,

que desde épocas ancestrales se enterraba allí (Delibes y Santonja, 1987: 173 y 191), continuando así las tradiciones funerarias de sus antepasados y por tanto sin darse una ruptura que llevara a considerarlos como episodios intrusivos (Palomino, 1990: 197). *“Todo ello parece significar en buena manera continuidad étnica precampaniforme-campaniforme, aunque las mismas poblaciones indígenas parezcan haber asumido en torno al 2000 notables cambios de tipo cultural”* (Delibes y Santonja, 1986: 208).

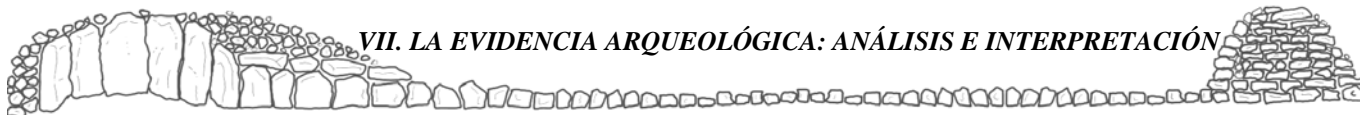
Es cierto que sigue manteniéndose parte del significado fundacional de los megalitos, como una pervivencia de las costumbres ancestrales, puesto que la memoria colectiva ha conservado relativamente “intacto” el significado de las construcciones megalíticas, en lo que se refiere a su función como “casa de los antepasados”, durante casi toda la Prehistoria Reciente. Pero esta aparente continuidad apoyada en la pervivencia del uso funerario de los sepulcros megalíticos, no es tan evidente al abordar otras cuestiones como la forma y el fin por el que se usa ese mismo espacio sepulcral, las prácticas que se llevan a cabo, el distinto tratamiento de los cuerpos depositados o la intensidad y recurrencia en el uso de los sepulcros megalíticos en cada uno de sus momentos de reocupación del mismo. Por otro lado, resulta curioso que eventos similares, como el uso de megalitos en el norte y centro de Europa por parte de las poblaciones de la BAC/“cultura del hacha de combate” (Criado, 1989: 90), o la presencia de ajuares argáricos en sepulturas colectivas megalíticas de Los Millares (Lorrio y Montero, 2004), o en general la mayor parte de las reocupaciones nunca se han interpretado en clave continuista.

Partiendo de estas y otras premisas, otra línea interpretativa defiende que los datos de lo que actualmente disponemos, principalmente los de carácter cronológico, no permiten hablar en términos de *“continuidad absoluta en el uso de monumento megalítico, en los ritos que en él pudieran tener lugar o, tampoco, en las características de la sociedad que los construye, utiliza, arregla y abandona”* (Benet et al., 1997: 462). Por tanto, la apariencia de inmovilismo sería discutible, puesto que *“tomar conciencia del “tiempo largo” de los dólmenes como lugares sagrados no equivale a defender la invariabilidad absoluta de su significado ni de su mensaje originales”* (Delibes, 2004: 216). Esta “continuidad” en la utilización de un mismo espacio para depositar inhumaciones, o de un mismo modelo arquitectónico como variable de la práctica funeraria (el enterramiento bajo túmulo) a lo largo de miles de años, no implicaría necesariamente la perduración de la misma ideología (García Sanjuán, 2011: 83), ni de

la misma estructura social y económica que lo originó, sino que por el contrario sería muestra de las profundas transformaciones experimentadas a lo largo del tiempo. Prueba de ello son las distintas formas de uso que en cada época se dieron a estas estructuras funerarias, en origen colectivas.

Con estas premisas se plantea la hipótesis de que desde finales del IV milenio BC entran en crisis las formas de vida, el orden ideológico y las relaciones sociales determinadas por la conciencia colectivizadora propia de las estrategias sociales anteriores. El monumento megalítico pervive, sin perder su importancia simbólica “sagrada” ni su preeminencia en el paisaje (Delibes, 2004: 219), pero las evidencias del cambio son numerosas, el megalito adquiere un nuevo significado ligado a su función socio-cultural como instrumento de legitimación del poder, en un marco de lucha por la adquisición y el mantenimiento del liderazgo incipiente (Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 239-241; Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 17). La coyuntura social, económica e ideológica en que se inscriben las reutilizaciones de los monumentos megalíticos, es completamente ajena a la existente en el momento de su construcción. Se abandona la identidad colectiva en beneficio de un creciente proceso de individualización. Es la pérdida de la esencia megalítica.

Por tanto, parece evidente que la “larga duración” de los megalitos no implica continuidad en todas las facetas existenciales entre las distintas comunidades usuarias, puesto que se dan profundos cambios en las pautas de uso del espacio sepulcral, y en la forma de interpretar el monumento y de enfrentarse a la muerte. Sin embargo, hay algunos “rasgos megalíticos” que subyacen en la reiterada utilización de estos lugares, como su permanencia en el tiempo y espacio, o su monumentalidad evidente para cualquiera de sus usuarios. En este punto, parece pues que no hay una explicación única, y que ni los modelos excesivamente “continuistas” ni los “rupturistas” pueden ofrecer una respuesta válida, puesto que el mudo funerario se debate continuamente entre la tradición y la innovación, de modo que un mismo fenómeno puede interpretarse como la voluntad de mantener ciertos sistemas de creencias o como la introducción de nuevos conceptos y fórmulas ideológicas (García Sanjuán, 2008b: 39). En realidad, no hay una continuidad absoluta en lo referente a la forma de uso del monumento, al ceremonial desarrollado en torno a él o a las características de las sociedades que lo utilizan (Benet *et al.*, 1997: 462), puesto que el modo de concebir y utilizar ese espacio funerario cambia, pero por otro lado hay un evidente y parece que consciente deseo por



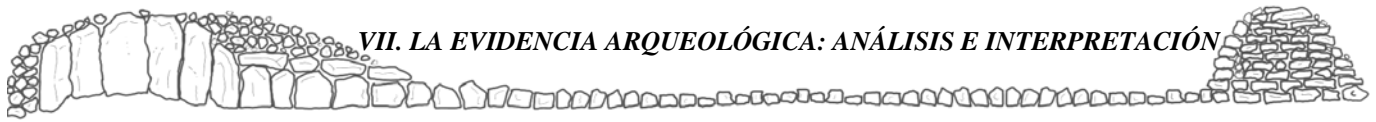
ligarse a la tradición y a lo pasado. Podríamos hablar, por tanto, de una “continuidad transformada reiteradamente”.

Teniendo en cuenta este hecho y tras el estudio y análisis profundo del *corpus* de datos que conforman esta investigación, se ha replanteado una de las hipótesis de trabajo iniciales que pretendía dar respuesta a esa dialéctica acerca de si el fenómeno de la reutilización megalítica respondía a un uso continuista de los mismos, o si por el contrario existían rupturas insalvables entre los distintos momentos de ocupación de dichas construcciones. Se ha reformulado pues dicha hipótesis, al introducir una nueva variable con la que se abre la posibilidad de un camino intermedio, en el que no todo es igual pero a su vez no todo cambia. El fenómeno de los “usos post-fundacionales” de los monumentos megalíticos no se caracteriza, en nuestra opinión, por ser un proceso lineal en el que todo avanza muy lentamente (continuistas) o muy rápidamente (rupturistas), sino que la imagen que refleja es más bien la de una realidad llena de discontinuidades y oscilaciones, en la que como ya se ha señalado anteriormente se da una continua lucha y tensión entre la tradición y la innovación.

El estudio de lo acontecido en un mismo lugar desde una perspectiva diacrónica, a lo largo de tres milenios, permite obtener una imagen “en movimiento”, “viva” de la sucesión de actuaciones llevadas a cabo, sin limitarse simplemente al momento estático, al “fotograma” de aquellos actos que dejaron una huella más visible o atrayente en el yacimiento. Por tanto, para abordar el estudio de la “biografía” de una construcción megalítica es necesario partir de un análisis diacrónico y priorizar el estudio del interior del monumento en su dimensión rito-funeraria como “faceta” que perdura a lo largo del tiempo, frente a otros aspectos también muy interesantes de cara a comprender el desarrollo del fenómeno megalítico (como su implantación en el territorio, relación con los recursos del entorno o su “visibilidad” y “visibilización”, entre otros). Partiendo de esta base, adquiere más sentido y se hace más factible la búsqueda de pautas de comportamiento diacrónico en los “usos post-fundacionales” de las construcciones megalíticas, en las modificaciones de su estructura o en las diferentes formas de uso del espacio sepulcral, entendido como un lugar pensado y construido para acoger diversas acciones no sólo ligadas al ritual entorno a la muerte y la relación con los ancestros, sino también otros ceremoniales necesarios para el buen funcionamiento del engranaje social.

Se ha podido comprobar así que los megalitos no son simples construcciones magníficas estáticas vinculadas a un determinado periodo crono-cultural, sino estructuras orgánicas, vivas, cuya permanencia en el paisaje conlleva la continua transformación y readaptación de su significado. Hay que entender el megalito como una estructura sumida en un proceso de continua transformación y reinterpretación. “*Os monumentos não constituem realidades estáticas, e embora, num certo sentido se possam impor “fisicamente” às comunidades, só existem através da interpretação e reinterpretação contínua, por parte daquelas, caso contrário não seriam socialmente operativos. Devemos admitir mudanças rituais ao longo do tempo*” (Sanches, 1996: 49). Las modificaciones arquitectónicas, los cambios en la forma de uso del espacio sepulcral, las diferentes pautas de disposición de los enterramientos, las recurrentes reutilizaciones... muestran “*cada vez más a los monumentos megalíticos como yacimientos con una vida larga, complejos en su formación y no simplemente como construcciones que se dan en uno o varios episodios, con una historia restringida o puntual*” (Mañana, 2003: 168). Las evidencias arqueológicas de alteraciones estructurales en los megalitos se nos presentan como el reflejo de recurrentes ciclos de uso, separados por hiatos de escasa actividad, durante los cuales la significación, funcionalidad o relevancia de los monumentos megalíticos ha ido transformándose (Criado *et al.*, 2005: 863 y 2006: 38-39; Fernández Ruiz, 2004: 288; Mañana, 2003: 174; Narvarte, 2005: 385). Por tanto, estas modificaciones y remodelaciones arquitectónicas que se llevan a cabo en los megalitos, bien durante su etapa fundacional bien en sus fases de reutilización, son reflejo de la continua reinterpretación de estos lugares sagrados por parte de las sociedades que coexisten con ellos, y a su vez de la readaptación que sufre el monumento para adecuarse a las necesidades y requisitos de las creencias rituales y la realidad ontológica de cada momento. Y es precisamente esta realidad llena de reinterpretaciones y reformulaciones, y no de rupturas radicales, la que permite al megalito seguir vivo y activo socialmente a lo largo de miles de años, pasando a formar parte importante como referente del imaginario colectivo y como símbolo de la seguridad y estabilidad que aporta todo aquello “que permanece”.

En conclusión, al intentar desentrañar estas “biografías megalíticas” hay que adentrarse en cuestiones mucho más complejas, como la forma en que las sociedades a lo largo de milenios se relacionaron con su pasado, dentro de su propio contexto socio-cultural. “*Ancient monuments represent the past in the landscape and cultural memory*”



gives them meaning and cultural significance” (Holtorf, 1998: 24). Los megalitos actúan como “agentes permanentes en el cambio”, aportando la seguridad y estabilidad que anhelan las poblaciones, ya que cumplen perfectamente la función “*de mantener un aparente anclaje a la tradición*” (Fábregas y Vilaseco, 2004: 84). Sin embargo, esta supuesta imagen de continuidad choca completamente con las continuas modificaciones documentadas en estos sepulcros y, en general, con el carácter cambiante del ritual funerario. En los siguientes apartados se irá desarrollando, a través de la exposición de análisis de diversa naturaleza, esa continua dialéctica entre la permanencia y el cambio en la que se desarrollan las “biografías megalíticas” en el valle del Duero/Douro.

7.1.2. CARACTERIZACIÓN ARQUEOGRÁFICA DE LOS DISTINTOS EPISODIOS DE “USO POST-FUNDACIONAL” DOCUMENTADOS EN EL REGISTRO MEGALÍTICO DEL VALLE DEL DUERO/DOURO

En el capítulo anterior (ver epígrafes 6.3 y 6.4), al realizar los estudios descriptivos generales sobre el conjunto de datos relativos a los “eventos de reutilización” y a los “usos post-fundacionales” documentados en los monumentos megalíticos del territorio de estudio, ya se señalaba la existencia de patrones de comportamiento diferenciado entre los distintos episodios de uso diacrónicos. Entre otras reflexiones y premisas, se apuntaba ya la idea de que a lo largo de toda la secuencia cronológica planteada, hay momentos concretos en los que la actividad megalítica se caracteriza por un tipo concreto de prácticas que sobresalen por encima del resto de actuaciones (ver subepígrafe 6.4.6 y Gráfico 33), y que permiten clasificar cada momento como el inicio o final de un ciclo de uso, entendiendo como tal la sucesión de tres fases diferentes de construcción-uso-clausura (Mañana, 2003: 174). Esta imagen cíclica que, como se irá viendo a lo largo de este capítulo, caracteriza de manera generalizada a la actividad megalítica en el territorio duriense, a pesar de aparentemente obedecer a unas mismas pautas de comportamiento, en realidad está reproduciendo un mismo tipo de actuación pero con fórmulas diferentes y sobre todo con unas connotaciones socio-simbólicas completamente nuevas

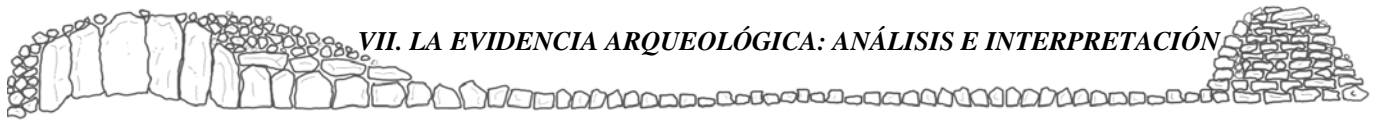
Con el fin de caracterizar mejor cada uno de los episodios de “uso post-fundacional” documentados y conocer mejor el tipo de prácticas que se llevaron a cabo en los megalitos, se han establecido una serie de “tipos de evento” en la que se recogen todas las posibilidades de combinación de fórmulas y de prácticas que se han registrado

en el catálogo monumental de este estudio. Cada uno de estos “tipos de evento” está conformado por uno o una combinación de varias de las formas de “uso post-fundacional” descritas en el capítulo anterior (ver epígrafe 6.4), que tuvieron lugar en un momento específico de utilización del megalito y cuyo resultado era diferente en función del propósito que se pretendiera conseguir (ver BDD y Anexo 1). Varios de estos “tipos de evento” están presentes en diversos momentos del desarrollo diacrónico, mientras que otros son específicos de un momento concreto, siendo en algunas ocasiones y de manera excepcional representado por un solo caso documentado. También a veces ocurre que los mismos “tipos de evento” conllevan una serie de actuaciones u otras en función del momento cronológico en el que tengan lugar, matices que se tendrán en cuenta a la hora de valorar los resultados en su conjunto.

En primer lugar, se han definido hasta once “tipos de evento” conformados por una o varias “prácticas de clausura/sellado” (ver epígrafe 6.4). El propósito de este tipo de actuaciones es el cierre del monumento megalítico como tal, puesto que de un modo u otro se inhabilita de forma definitiva el espacio sepulcral o sus accesos, redefiniéndolo y transformándolo en monumento conmemorativo.

- **Clausura 1:** este tipo de evento está definido fundamentalmente por la práctica de la “tumulación”. Por lo general, suele ir acompañado de otro tipo de actuaciones como el desmantelamiento de la estructura original (sobre todo en aquellos eventos que corresponden al final del primer ciclo de uso y en túmulos simples), o la condenación de la cámara (fundamentalmente en momentos ya de reutilización y ligados a tipos arquitectónicos de mayor envergadura, como cámaras simples o redondiles). Es bastante habitual encontrarse evidencias de fuegos localizados, probablemente vinculados al cierre del sepulcro, y en un caso concreto (en Los Morcales), tras tumular, se levantó un menhir en lo alto de la estructura.

- **Clausura 2:** se trata de un tipo muy similar al anterior, puesto que también se centra fundamentalmente en la “tumulación”, pero en este caso antes del cierre del sepulcro se llevaron a cabo importantes actuaciones que dieron lugar a una completa reformulación del depósito sepulcral. Por lo general, las estrategias de mantenimiento son “reacondicionamientos del osario”, aunque también hay casos señalados de “echadizos” de ocre (en El Redondil y Pena Mosqueira III) y de “señalización sepulcral” (como en El Alto del Reinoso o de nuevo Pena Mosqueira III). Este tipo de evento se da sólo en los primeros momentos de “uso post-fundacional”.



- **Clausura 3:** se trata de un evento de clausura mediante “fuego clausurador” que acaba con toda la estructura anterior, acompañado por prácticas de mantenimiento del depósito sepulcral antes del cierre y posteriormente por la “tumulación” del lugar. Al igual que en los casos anteriores, este tipo de clausura siempre va acompañada por actuaciones de desmantelamiento a lo largo del proceso, dado lo cual no se hallan restos de la arquitectura primigenia; por su parte, en algunos casos concretos tampoco se da una “tumulación” como tal, puesto que la estructura tumular ya estaba presente antes del cierre del megalito (como son los casos de Picoto do Vasco y La Sima). Por lo general, las estrategias de mantenimiento son “reacondicionamientos del osario”, aunque también hay casos señalados de “echadizos” de ocre (en El Miradero) y de “compartimentación/señalización sepulcral” (como en La Sima y La Peña de la Abuela). En algún caso, todo este proceso finaliza con la “erección de un menhir” sobre la estructura tumular (como en La Peña de la Abuela). Este tipo de evento se da sólo en los primeros momentos de “uso post-fundacional”, fundamentalmente en la primera fase, y sería a grandes rasgos el proceso de cierre llevado a cabo en las denominadas “tumbas-calero”, aunque hay que señalar que en estos casos el proceso de cierre sigue unos pasos más singulares y sofisticados, determinados por un plan previo establecidos desde el momento mismo de la construcción del sepulcro y cuyo resultado es impactante tanto física como simbólicamente (Rojo *et al.*, 2010: 253 y 270-271).

- **Clausura 4:** este tipo de evento se caracteriza sólo por la presencia de evidencias de “desmantelamiento” parcial, aunque también hay en algunos casos que esta actuación presenta mayor entidad, de algunos elementos arquitectónicos. En algunos casos, previo a este “desmantelamiento” se llevaron a cabo algunas prácticas de mantenimiento del depósito sepulcral, y también puede ir acompañado de la erección de un menhir (como el posible menhir del túmulo de la Dehesa de Río Fortes). Esta forma de cierre se ha documentado a lo largo de gran parte del periodo estudiado.

- **Clausura 5:** esta fórmula presenta las mismas características que la anterior, con la novedad de que al “desmantelamiento” siempre se le añade algún sistema de bloqueo o separación de espacios internos, que por lo general se limitan a la colocación de grandes lajas pétreas de forma transversal a la estructura arquitectónica, de manera que parece estar obstaculizando el acceso a ciertos espacios. Se ha documentado un caso dentro de este tipo, en el que parece que se dio una práctica intencional de compartimentación del corredor, a través de la disposición transversal a varios bloques pétreos a lo largo del mismo (en el Alto de la Tejera).

- **Clausura 6:** esta combinación de prácticas para el cierre del megalito, consistente en el “desmantelamiento” parcial de la estructura, acompañada de la “inhabilitación de espacios interiores” y de prácticas de mantenimiento del depósito sepulcral, a pesar de aparentemente ser un poco compleja, se ha documentado en un buen número de casos. Como ya se ha apuntado, el “desmantelamiento” en la mayor parte de los casos es parcial, aunque en algunos casos en los que no se han encontrado restos de la estructura primigenia también podría haber sido de mayor envergadura (como en el caso de la segunda cámara o cámara B de El Hundido). En cuanto a la “inhabilitación de espacios interiores”, normalmente se relaciona con el sellado de las zonas de acceso (atrio, corredor o corredor intratumular), aunque también en ocasiones se ha documentado sólo la clausura de la cámara, o el sellado general de todo el espacio interior. En nuestra opinión, es muy probable que esta última fuera la opción elegida en la mayor parte de los casos, pero hay que tener en cuenta que es difícil documentar este tipo de evidencias dentro de los recintos camerales, dado su habitual elevado grado de alteración, que impide discernir si se trata de un relleno antiguo o es resultado de los posteriores episodios intrusivos. Además, en muchos casos cuando se trata de inhabilitaciones de las zonas de acceso, éstas van precedidas de su bloqueo anterior mediante el añadido de lajas pétreas que bloquean o separan los espacios internos, y en un gran número de ocasiones, el proceso de cierre va acompañado de numerosos fuegos localizados que forman parte del ceremonial, por lo que suelen encontrarse numerosas evidencias de hogares y carbones en las superficies de estas zonas de acceso o incluso entre los niveles de sellado de los mismos. En relación a las prácticas de mantenimiento, por lo general se trata de “reacondicionamientos del osario”, aunque también hay ejemplos de “echadizos” y “compartimentaciones/señalizaciones sepulcrales”; destaca el caso de El Hundido, en el que se han documentado estas 3 prácticas juntas. Esta forma de cierre se ha documentado a lo largo de gran parte del recorrido diacrónico estudiado.

- **Clausura 7:** se repite la misma fórmula que en el caso anterior, pero además tras el “desmantelamiento”, la “inhabilitación de espacios interiores” y las estrategias de mantenimiento, se da un evento de “retumulación” que afecta a la morfología y sobre todo a las dimensiones del aspecto externo del megalito, con la intención de hacer al lugar más visible y monumental.

- **Clausura 8:** se trata del mismo caso de la “Clausura 6”, aunque la combinación y sucesión de prácticas es mucho menos compleja, puesto que no

contamos con evidencias de “desmantelamiento” y tampoco suelen presentar prácticas de mantenimiento. Aunque este tipo de fórmula de clausura está presente a lo largo de casi todo el periodo estudiado, es bastante excepcional en los primeros momentos de “uso post-fundacional”, siendo más habitual en fases posteriores.

- **Clausura 9:** se trata del mismo caso que la “Clausura 7”, aunque en este tipo no hay evidencias de “desmantelamiento”.

- **Clausura 10:** al igual que en el caso de la “Clausura 8” se caracteriza por la “inhabilitación de espacios interiores”, normalmente mediante el sellado de las zonas de acceso aunque también hay casos de cierres de cámaras. Sin embargo, en este caso aparece una nueva práctica asociada también al uso del fuego, pero que en este caso se tratará de un intenso episodio de incendio que tuvo lugar sobre la estructura tumular, dando lugar a la vitrificación y escorificación de los materiales que componían la superficie tumular. El hallazgo de numerosos fragmentos de tamaño generalmente mayor de 10 cm, de un material de aspecto bastante poroso, llevó a pensar en un primer momento en la posibilidad de que fueran escorias metálicas; posteriores análisis indicaron que no tenían ningún compuesto metálico en su composición (Delibes y Santonja, 1986: 116), sino que eran el resultado de una pizarra de origen local deformada a temperaturas superiores a los 800°. Por tanto, parece que tuvo lugar un fuego controlado que afectó sólo a la superficie tumular, pero que llegó a alcanzar los 800° de temperatura. Este tipo de evento puede ir precedido en ocasiones de prácticas de “retumulación” y de echadizos de pisos de arcilla preparados previamente (como en El Prado de las Navas o La Ermita, entre otros. Las dataciones realizadas mediante termoluminiscencia de este tipo de evidencias en algunos contextos megalíticos (ver Tabla 2), han ofrecido una fecha en torno al 2300 cal. BC (Delibes, 2010: 218-219), lo que parece indicarnos que esta práctica se asocia a un momento muy concreto del periodo estudiado.

- **Clausura 11:** se trata de la presencia de “fuegos localizados” en distintas partes del megalito, que como ya estamos viendo suelen acompañar a otras prácticas bien de uso o cierre del sepulcro. Sin embargo, en algunos casos sólo se han podido documentar este tipo de evidencias sin poderlas relacionar con el desarrollo de otro tipo de prácticas. Es el caso de un pequeño hogar encontrado en la periferia del túmulo burgalés de El Rebolledo, que por la datación aportada es posterior al propio cierre del sepulcro, por lo que se interpreta como un fuego asociado a una reutilización posterior

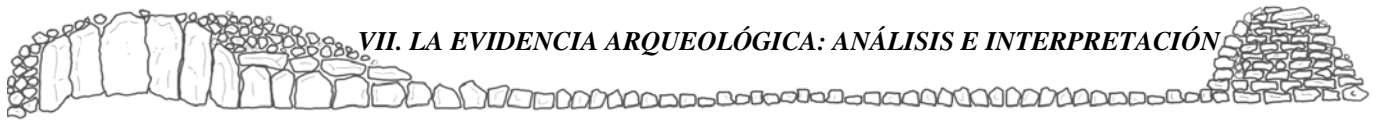
del lugar, aunque no propiamente del monumento puesto que no se han hallado restos de actuaciones posteriores al momento de clausura del sepulcro.

Por su parte, los “tipos de evento” relacionados con las prácticas de “remodelación y añadido de elementos arquitectónicos” no son tan numerosos, siendo definidas siete fórmulas diferentes que conllevan el desarrollo de uno o varios de “usos post-fundacionales” de este tipo (ver epígrafe 6.4). Este tipo implica la modificación y/o agregación de nuevos elementos constructivos, que suelen alterar, por lo general, el ámbito externo del monumento, afectando principalmente al túmulo y áreas de acceso, con el fin de ampliar estos espacios y dar una mayor monumentalidad al sepulcro. Estas reformas podrían estar impulsadas por nuevas necesidades ceremoniales resultantes de los cambios producidos en la dimensión social e ideológica de las poblaciones.

- **Añadido/remodelación 1:** se trata simplemente del “bloqueo” o la “división” de ciertos espacios, mediante normalmente la colocación transversal de una laja pétreo en diferentes espacios del monumento megalítico, siendo lo más común en el vano de acceso a la cámara, en el del corredor o en ambos. En algunas ocasiones este tipo de elementos se han interpretado como posibles “puertas”, o dispositivos leves que aseguran una re-apertura del megalito fácil, puesto que a diferencia de algunos de los “eventos de clausura” descritos anteriormente, no inhabilitan e impiden el acceso al sepulcro ya de manera definitiva.

- **Añadido/remodelación 2:** consiste en la “retumulación” del megalito, que es la práctica más frecuente dentro de este tipo. Consiste en el recrecimiento del perímetro, volumen y/o altura del túmulo, con el fin de ofrecer una imagen de mayor monumentalidad, alterando mínimamente la configuración original. Por lo general, suele formar parte de complejos eventos de clausura o remodelación de los sepulcros, aunque en otras ocasiones es el único tipo de evidencia que se ha documentado. En algunos casos, se ha documentado que tras este evento, se ha levantado un menhir sobre la estructura tumular (como en el caso del monumento soriano de La Mina).

- **Añadido/remodelación 3:** en este caso nos encontramos ante un evento de “ampliación o yuxtaposición del recinto sepulcral”, cuyo propósito en ambos casos es ampliar el espacio ya existente para dar cabida a nuevos depósitos funerarios. Se remodelan y modifican las antiguas estructuras para crear un nuevo espacio sepulcral, diferente al anterior, por lo que en muchas ocasiones este tipo de prácticas van asociadas a otras como el “añadido” de nuevos elementos de acceso (corredores,



atrios...). Se trata de un tipo de evento completamente ausente en los primeros momentos de “uso post-fundacional” de los megalitos.

- **Añadido/remodelación 4:** en este caso, al igual que en el anterior, hay una clara intencionalidad de construir un nuevo edificio, y por consiguiente un nuevo espacio sepulcral. La diferencia es que mediante la “superposición” se da el solapamiento parcial o completo de la estructura anterior, sin pasar a formar parte de la nueva construcción como en el caso anterior, sino quedando completamente sellada y oculta bajo ésta, la cual engloba y atrae toda la carga simbólica de la antigua sepultura. Este evento, ya no sólo de remodelación, sino de nueva construcción, suele ir acompañada además de la “retumulación” del lugar, recreciendo la estructura tumular de la construcción primigenia. En algunos casos, se ha documentado previamente el desarrollo de ciertas prácticas de mantenimiento, sobre todo “manipulaciones del osario” aunque también “compartimentaciones/señalizaciones”.

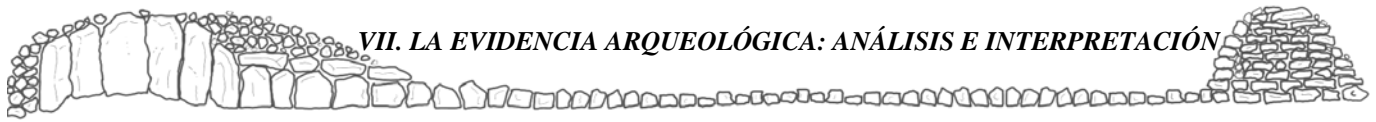
- **Añadido/remodelación 5:** este tipo consiste en la “modificación y añadido de elementos de acceso”, suele siempre afectar fundamentalmente a las zonas de entrada de los megalitos, teniendo como resultado su ampliación y una mayor facilidad de acceso a los mismos. El “añadido” de este tipo de espacios está claramente vinculado a un deseo de “sacar” y divulgar el culto megalítico hacia el exterior, para lo que se requieren espacios que den cabida a un mayor número de personas y que sean de fácil acceso, por eso se amplían o alargan los corredores o se crean amplios espacios a la entrada a modo de atrios. A veces, como ya apuntábamos anteriormente, este tipo de prácticas forman parte de un proceso complejo de reformulación del monumento junto a otras actuaciones como la “ampliación del recinto cameral” (como en el caso de La Ermita) o la modificación de espacios interiores mediante la división o bloqueo de los mismos (se ha documentado un caso de “compartimentación del corredor” en Castenairos I). También en muchas ocasiones, se añaden otro tipo de estructuras más pequeñas y secundarias vinculadas a estos espacios de “uso público”, que en muchas ocasiones se han interpretado como una especie de “altares” o lugares simbólicos donde depositar las ofrendas durante el ritual (como la cista hallada en la periferia del atrio en el dolmen de Seixas).

- **Añadido/remodelación 6:** en este caso, se repite el anterior tipo de evento descrito “Añadido/remodelación 5”, pero además todo el proceso de remodelación del megalito finaliza con una “retumulación” y por tanto con una clara intencionalidad de monumentalizar el lugar. Como en el caso anterior, en ocasiones se han documentado

asociadas otras prácticas como la modificación de espacios interiores (como el caso del estrechamiento del acceso a la cámara en el dolmen de Sangrino), el “añadido” de estructuras secundarias (como las cistas o “cajas de ofrendas” documentadas en los atrios de Capela da Senhora do Monte y de Madorras I) o estrategias de mantenimiento, fundamentalmente “reacondicionamientos del osario” aunque también algunos casos de “compartimentación y/o señalización sepulcral” (como en Areita I). Hay que señalar que en este grupo se han incluido dos casos singulares de posibles eventos de “re-decoración” en el dolmen de Madorras I y de Picoto do Vasco, aunque en este último caso más bien se trata no de una re-decoración, sino del “añadido” de decoración puesto que al no aparecer alteradas por el fuego las pinturas, se plantea que los ortostatos se pintaron después del evento de clausura por fuego, y probablemente se daría durante este momento de reformulación del monumento. Este tipo de evento, al igual que el anterior y que el “Añadido/remodelación” 3, son prácticas que se encuentran completamente ausentes de los primeros momentos de “uso post-fundacional” de los monumentos megalíticos y que aparecen fundamentalmente en la segunda y tercera fase de uso (IV y III milenio BC respectivamente).

- **Añadido/remodelación 7:** en este caso, se trata del añadido de ciertas “estructuras secundarias” que en principio no formaban parte de la construcción, pero que fueron integradas posteriormente en función de las nuevas necesidades creadas por el ritual. Por lo general, como ya hemos visto, suelen estar vinculadas a eventos de reformulación del monumento a gran escala, y en muchas ocasiones se ubican en zonas remodeladas y muy visibles, como los atrios, las entradas a los sepulcros o la propia estructura tumular. Sin embargo, en algunas ocasiones nos encontramos con este tipo de estructuras aisladas, sin ningún tipo de vinculación con otras prácticas “post-fundacionales”, y por lo general se tratan de cistas, pequeñas acumulaciones de bloques pétreos de pequeñas dimensiones, o en casos más singulares de estructuras circulares de algo más de entidad. Este tipo de práctica se documenta a lo largo de todo el periodo estudiado, incluso en los momentos más recientes.

El siguiente grupo de “tipos de evento” definidos se trata de cuatro fórmulas complejas en las que se combinan prácticas de clausura y remodelación del megalito, todo dentro del mismo “evento de uso post-fundacional” (ver Anexo 1 y BDD). Es decir, que se trata de lugares en los que una vez que se cierran y se da por terminado el uso para el que fueron levantados, sobre las antiguas construcciones o en torno a ellas se



levantan nuevas arquitecturas, con el fin de redefinir el lugar y transformarlo en monumento conmemorativo, lugar de culto o un nuevo espacio funerario completamente diferente al anterior. Todos los casos están representados sólo por uno o dos ejemplos, pero que por su singularidad y excepcionalidad los hemos incluido como un tipo de evento más.

- **Clausura+Añadido/remodelación 1:** esta primera combinación de prácticas corresponde a la sucesión de actuaciones llevadas a cabo en el monumento soriano de La Mina (ver Figuras 13B y 16A). En este lugar, primero se llevó a cabo un “desmantelamiento” completo y sistemático del sepulcro de corredor primigenio, para posteriormente crear un nuevo “espacio ceremonial” que dotase al lugar de un nuevo significado y funcionalidad. Previamente a todo ello, el depósito sepulcral fue completamente reordenado y “manipulado”, concentrándose todos los restos en un pequeño sector de la cámara funeraria original, y cubiertos por una pequeña acumulación de bloques pétreos a modo de “tumulación”. Una vez desmantelado el monumento, se dejó de forma intencionada un espacio deambulatorio circular de entre 1-2 m de longitud (con un total de 29 m²), abierto y sin obstáculos, en torno al mismo; además, en el sector meridional del monumento, muy próximo a la cámara, se construyó una pared ortostática conformada al menos por 8 ortostatos dispuestos de manera horizontal (probablemente algunos de estos ortostatos o todos ellos fueran originalmente parte del sepulcro de corredor), sobre su lado largo, que dibujaba una especie de corredor vacío o galería, delimitado por el otro lado por la propia estructura tumular, que medía 12 m de longitud y algo más de 1 m de anchura. Por último, en la periferia del monumento se construyó un pequeño muro de piedra, de no mucho alzado, del que se conserva apenas su cimentación, que rodearía el lugar, delimitándolo y señalizándolo, dando aún mayor monumentalidad y vistosidad a todo el conjunto megalítico. Finalmente, todo el conjunto fue retumulado y señalizado mediante un gran menhir decorado que alcanza la altura próxima a los 2 m, aunque ambas prácticas serían llevadas a cabo en un momento posterior, y por tanto no forman parte de la combinación de prácticas denominada como “Clausura+Añadido/remodelación 1”.

- **Clausura+Añadido/remodelación 2:** al igual que en el caso anterior, este tipo de evento sólo está representado en un monumento, el túmulo burgalés de Los Morcales (ver Figura 13C). En este caso, la clausura del monumento se realizó mediante un “fuego clausurador” que destruyó por completo la estructura original, y posteriormente se levantaron dos potentes círculos concéntricos de piedra en seco, en

torno al antiguo recinto funerario, creando así un espacio deambulatorio entre ambos círculos pétreos a modo de “espacio ceremonial”. Además, previamente a todo ello se llevaron a cabo en este sepulcro prácticas de mantenimiento, que consistieron en “reacondicionamientos del osario”. Al igual que en el caso anterior, en un momento posterior todo el conjunto fue cubierto por un potente túmulo y señalado con un menhir de 1,20 m de longitud, pero de nuevo ambas prácticas serían parte de otro evento.

- **Clausura+Añadido/remodelación 3:** a diferencia de los casos anteriores, este tipo de evento ha sido documentado en dos monumentos megalíticos ambos ubicados en el distrito de Vila Real, las *mamoas* de Alagoas y Castelo I (ver Figuras 14B y 15D). En ambos sepulcros, se llevó a cabo un “fuego clausurador” que afectó tanto al interior del sepulcro, como a su estructura tumular y periferia. Previamente, se había dispuesto un túmulo de arcilla sobre la primera coraza pétrea que servía de contrafuerte a modo de evento de “retumulación”, y en torno a toda la estructura, se dispuso un círculo de pequeños cantos y bloques de cuarzo a modo de anillo perimetral, con el fin de que al prender el fuego toda la estructura ardiera, y a su vez la arcilla con la que se había modelado la nueva edificación se secara. También en este mismo momento, y también en arcilla, se moldearon un corredor intratumular y un atrio, que por consiguiente también fueron afectados por el “fuego clausurador”. En estos eventos también se documentaron prácticas de “bloqueo y división de espacios interiores” así como de “señalización del espacio sepulcral”, mediante la colocación de cuatro bloques pétreos con un cierto carácter antropomórfico que fueron interpretadas como hitos señalizadores.

- **Clausura+Añadido/remodelación 4:** el último de este tipo de eventos, se trata de la compleja combinación de prácticas que se llevó a cabo en el dolmen de Merouços, en Viseu. En este sepulcro, tras un primer evento de remodelación del monumento, se llevó a cabo su clausura mediante un “desmantelamiento” parcial de la estructura y la “inhabilitación de las zonas de acceso”, y posteriormente se dispuso un “espacio ceremonial” frente al atrio, conformado por una fachada monumental a base de lajas dispuestas en rampa que se unían con la estructura tumular. En la periferia de esta fachada monumental se dispuso un pavimento o *lajeado* a base de pequeñas lajas, sobre el cual se hallaron varias “estructuras secundarias” de tendencia circular, a modo de pequeños amontonamientos pétreos, de lajas superpuestas en torno a un bloque hincado, o bien de pequeñas cistas, cuya funcionalidad estaría ligada al ceremonial, como una

especie de receptáculos de ofrendas o similar. Este evento de cierre del sepulcro y conversión en lugar de culto o ceremonial, se remató con su “retumulación”, que dio uniformidad a toda la parte externa del edificio, a la vez que monumentalizaba el lugar.

Sólo se ha determinado un “tipo de evento” en el que la práctica principal es una estrategia de mantenimiento, es decir en el que el único fin de la intervención es práctico, en el sentido de mantener limpio y útil el monumento.

- **Mantenimiento 1:** sólo se ha documentado en el dolmen de El Prado de las Cruces, y se trataría de una serie de alteraciones post-fundacionales (estructuras de cierre, reordenamiento y monumentalización), pero que habrían tenido lugar en un momento temporalmente muy próximo a la construcción del monumento, en un momento en que se decide cerrar el sepulcro y monumentalizar el lugar. Con este fin se decidió reordenar el espacio sepulcral mediante prácticas de “compartimentación/señalización”, y una vez que se dio por finalizado su uso se decidió señalar el lugar mediante la “erección de una estela o menhir” (ver BDD y Anexo 1).

En cuanto a los “tipos de evento” en los que se documentan “modificaciones arquitectónicas en áreas específicas”, se han diferenciado hasta tres tipos diferentes, conformados por el desarrollo de una o varias prácticas de este tipo. En cualquiera de los casos, se trata de pequeñas reformas que alteran mínimamente las estructuras anteriores, con el objetivo de individualizar o aislar una zona concreta, cambios superficiales y puntuales, que más bien reflejan un deseo consciente de ocultamiento y no-modificación del monumento (Prieto, 2007: 112-113 y 120-121).

- **Alteraciones específicas 1:** es el evento de este tipo más habitual y documentado, dado que las “alteraciones parciales” son no sólo fáciles de documentar sino que cualquier “evento de reutilización” por pequeño que fuera, conllevaría remociones y pequeñas destrucciones tanto en las arquitecturas como en los depósitos que cobijaban.

- **Alteraciones específicas 2:** consiste en la apertura de “estructuras de acceso”, en su mayor parte registradas en el túmulo o en otras áreas del monumento megalítico (cámara o corredor) que por lo general se encuentran selladas, y que por tanto hubieron de forzar el acceso al interior del monumento mediante la apertura de algún tipo de fosas/hoyos. En algunos casos, en el interior de estas estructuras se han hallado evidencias de fuego, como carbones y cenizas.

- **Alteraciones específicas 3:** se trata de una combinación de prácticas que sólo se ha registrado en uno de los monumentos megalíticos documentados, en el dolmen de Portela da Anta I en el distrito de Aveiro. En este monumento se registró un evento de reutilización datado en el II milenio BC, en el que se llevaron a cabo prácticas de apertura de “estructuras de acceso”, en este caso en el corredor que se hallaba completamente colmatado, y además se añadieron algunas “estructuras secundarias”, ya que se hallaron dos estructuras pétreas circulares y concéntricas, de tendencia circular, superpuestas en su trazado oriental al túmulo de este megalito.

Por último, se han establecido una serie de “tipos de evento” cuya característica común y principal es que las actuaciones que los conforman tenían como propósito fundamental la preparación y desarrollo de un nuevo depósito funerario. Se trata de cinco fórmulas funerarias diferentes acompañadas por el desarrollo de diferentes prácticas.

- **Funerario 1:** se trata de eventos de reutilización con un carácter esencialmente funerario, en los que previamente al depósito de los nuevos cuerpos se llevaron a cabo diferentes prácticas de “mantenimiento”, con el fin de reacondicionar el espacio sepulcral, y obtener nuevo espacio útil dentro del mismo. Por lo general, son “reacondicionamientos del osario”, aunque también se han documentado casos de “echadizos diferenciadores” a modo de niveles de finalización de ciclo (como en La Velilla), estrategias de “compartimentación/señalización” del osario (como de nuevo en La Velilla o en el sepulcro de Carapito I), e incluso eventos de “re-decoración” (como también en el caso de Carapito I). A diferencia de los posteriores, éste es el único tipo de evento funerario documentado en los primeros momentos de reutilización de los monumentos megalíticos.

- **Funerario 2:** este tipo de evento funerario conlleva la apertura de una o varias “estructuras de acceso” con el fin de poder acceder al espacio interior del megalito y adecuar un pequeño sector para realizar el depósito funerario. Estas prácticas comúnmente se han registrado a modo de fosas u hoyos abiertos en las estructuras tumulares, aunque también hay ciertos casos en los que se han realizado en los corredores o en las propias cámaras que se encontraban completamente colmatadas.

- **Funerario 3:** está acompañado por prácticas de “alteraciones parciales” es el más común de los documentados dentro de este grupo, puesto que como ya hemos comentado para el caso del anterior grupo de eventos, este tipo de prácticas son muy

numerosas ya que cualquier tipo de actuación por pequeña que sea, conllevaría remociones y pequeñas destrucciones tanto en las arquitecturas como en los depósitos que cobijaban.

- **Funerario 4:** se caracteriza por la preparación e “individualización” de un espacio aislado dentro del sepulcro megalítico, mediante la alteración de algunos elementos (ortostatos que se mueven o se tumban, áreas específicas de la estructura tumular que se retiran para liberar un espacio...) o el añadido de otros (aportación de nuevas lajas pétreas...) con el fin de adecuar y redefinir un nuevo espacio donde realizar un depósito rito-funerario (ver Figura 18A y B). Por lo general, estos conjuntos funerarios suelen hallarse en los corredores y zonas de acceso, aunque también hay algunos casos en los que se realizaron dentro del propio recinto cameral. En algunas ocasiones (como en el caso de la inhumación del individuo 1 de Arroyal I –ver BDD y Anexo 1-) se requiere además de la apertura de una estructura de acceso para poder acceder al espacio interior del monumento. Este tipo de eventos, al igual que todos los anteriores salvo el “Funerario 1” sólo se han documentado en los momentos más recientes del periodo estudiado.

- **Funerario 5:** se caracteriza por los mismos rasgos que el tipo anterior, es decir evento “funerario” y prácticas de “individualización”, pero en este caso además van acompañados por el añadido de “estructuras secundarias”. Este tipo de evento se ha documentado sólo en el túmulo de la Dehesa de Río Fortes (ver BDD y Anexo 1), en el cual se registró una estructura circular secundaria de unos 2 m de diámetro en el sector SE del túmulo, cuya construcción conllevó el desmantelamiento parcial de una parte del túmulo original, asociada a un conjunto de materiales ligados al “fenómeno campaniforme” que se hallaron en el entorno de dicha estructura. Por esta razón, y por las semejanzas de esta estructura con las cistas funerarias documentadas en otros contextos megalíticos se ha planteado su posible uso funerario, a pesar de no hallarse ninguna de restos óseos en su interior.

Una vez que se han descrito y definido cada uno de los “tipos de evento” de “uso post-fundacional” documentados en los 180 yacimientos catalogados en este estudio, se va a caracterizar de manera específica cada uno de los episodios de uso (dejando a un lado en este caso la comparativa y perspectiva diacrónica) determinados a través de referentes del examen del registro material (ver epígrafe 6.3), a través de la presencia y/o ausencia y representatividad de cada uno estos “tipos de evento” establecidos. Los

resultados de estos análisis permitirán perfilar, ya con mucho detalle, las formas de uso y prácticas que se llevaron a cabo de manera mayoritaria en cada uno de los momentos de reocupación de los megalitos.

En primer lugar, se van a exponer las primeras actuaciones de “uso post-fundacional” adscritas al horizontes denominado como “IV milenio-Fin de ciclo”, que por lo general implican actos de fin de ciclo o clausura (ver Gráfico 38). Es precisamente el grupo de “tipos de evento” asociados a prácticas de clausura los que tienen una mayor representatividad ocupando los 6 primeros puestos de la representación porcentual, y alcanzando un porcentaje de representación superior al 85%. En este momento se registran hasta nueve “tipos de evento” de clausura diferentes, siendo la más habitual la “tumulación” (Clausura 1), seguida de los cierres por “desmantelamiento” (Clausura 4) y el “fuego clausurador” (Clausura 3). Hay que señalar que en todos ellos tienen un importante papel las estrategias de mantenimiento. Las clausuras que se caracterizan por la “inhabilitación de las zonas de acceso” mediante su colmatación con piedras y tierra tienen una representación mucho menor (Clausuras 6-9), e incluso hay algunas de las fórmulas que están completamente ausentes (como la Clausura 10 que conlleva prácticas de fuego sobre la estructura tumular). El otro grupo de “tipos de evento” representado es el de “remodelaciones y añadidos de elementos arquitectónicos”, que apenas tiene una representación del 10% y muy poco diversa (sólo 3 de los tipos definidos), siendo dentro de ellos las prácticas mejor representadas las de “retumulación” (Añadido/remodelación 2) y “bloqueo o división de los espacios interiores” (Añadido/remodelación 1). Por último, aparecen dos de los casos singulares en los que se combinan eventos de clausura y de remodelación del edificio, correspondiendo a los casos de La Mina (Clausura+Añadido/remodelación 1) y Los Morcales (Clausura+Añadido/remodelación 2), ya anteriormente expuestos.

Por tanto, parece bastante evidente que estos primeros “usos post-fundacionales” estaban orientados de forma mayoritaria al cierre o sellado definitivo del sepulcro original, que en la mayoría de los casos irían precedidos de actuaciones de reordenamiento y finalización de ciclo simbólica del espacio sepulcral, por medio de su manipulación y del “echadizo” en algunos casos de niveles diferenciadores. Es de destacar con respecto a las fórmulas de clausura representadas en este grupo, que si bien son muy diversas, sí que se aprecia un importante sesgo en cuanto a su representación, dominando aquellas que consistían en la desaparición de la estructura original bien a

través de su desmantelamiento, de un “fuego clausurador” o de ambos, y cubriendo posteriormente el lugar mediante un túmulo pétreo, que en algunos casos era además señalado con un menhir. Sin embargo, los cierres que implican la colmatación de los espacios interiores mediante bloques de piedra y tierra, están muy escasamente representados. Esta situación, como se verá posteriormente, señala importantes diferencias en relación a las pautas de comportamiento aplicadas en los eventos de los cierres de los monumentos megalíticos.

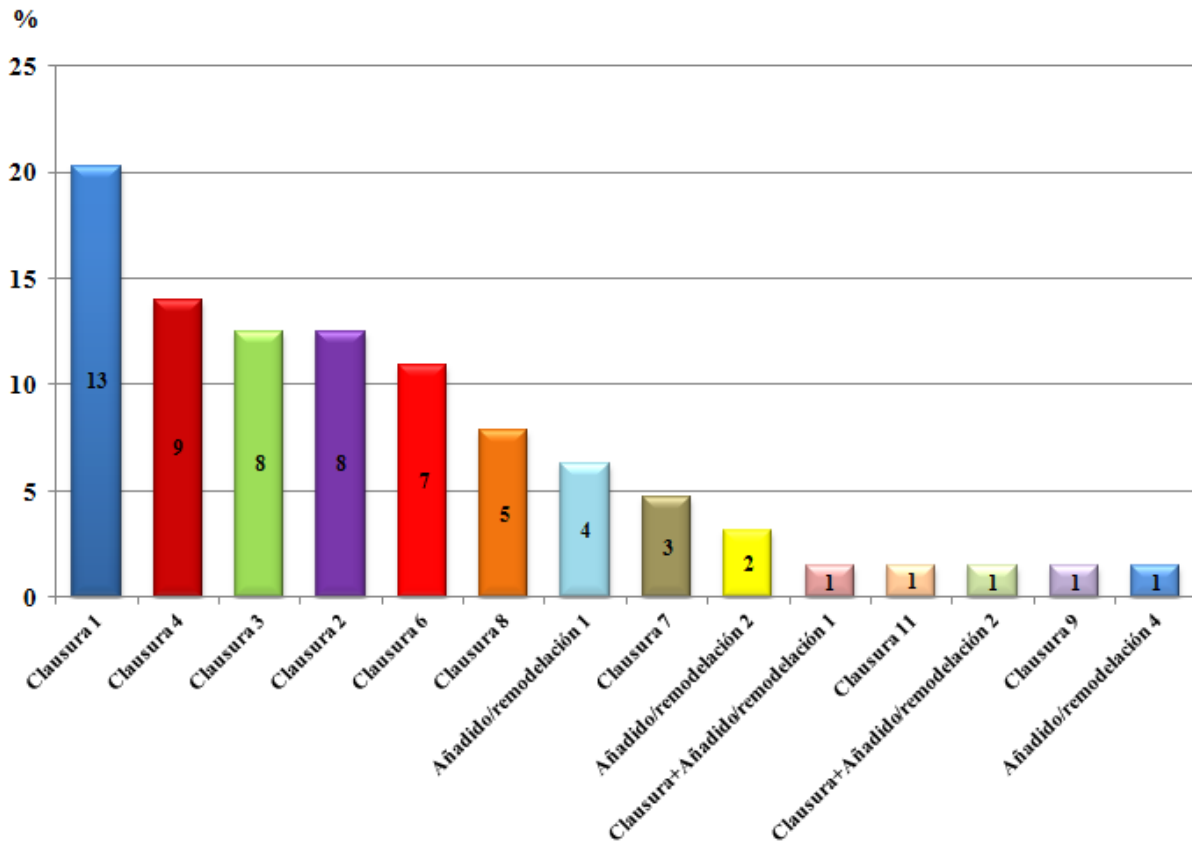


Gráfico 38: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “IV milenio BC-Fin de ciclo”

Por otro lado, los eventos de “remodelación y añadido de elementos arquitectónicos” documentados están representados por un escaso número de ejemplos (7 en total), y además son aquellos tipos que se encuentran más ligados a una intencionalidad de cierre (“bloqueo y división de espacios”) y monumentalización (“retumulación”), que propiamente a la remodelación y reformulación del sepulcro. Esta intencionalidad, sólo la encontramos en los dos casos documentados de la combinación de clausuras con elementos añadidos, y en ambos casos es curioso que tras la clausura del monumento el lugar se transforma en un espacio ceremonial que seguirá siendo visitado, pero en los que la funcionalidad funeraria ha quedado ya completamente

descartada. Esto marca una diferencia importante con respecto a otros casos de reformulación documentada, en los que como veremos más adelante, lo que se hace en realidad es construir un nuevo sepulcro pero manteniendo la funcionalidad funeraria de la primera construcción (una fórmula que sin embargo no vemos representada en este grupo).

El siguiente grupo de “tipos de eventos” corresponde al conjunto de evidencias documentadas para el horizonte de “uso post-fundacional” del “IV milenio BC”, que en muchos casos se superponen a las prácticas de “fin de ciclo” ya anteriormente analizadas (ver Gráfico 39). Presenta una gran diversidad en cuanto al “tipo de eventos”, documentándose hasta 17 diferentes. En este caso son las prácticas de “remodelación y añadido de elementos arquitectónicos” las que alcanzan un mayor porcentaje de representatividad (más de un 61%), aunque en este caso la diferencia no es tan grande con respecto al resto. Los eventos que están más presentes son aquellos en los que se da una completa transformación de la estructura anterior, bien porque se añaden nuevos elementos como por ejemplo accesos (Añadido/remodelación 5 y 6) o ampliaciones de la cámara (Añadido/remodelación 3). Es interesante observar que en este grupo crece bastante porcentualmente los eventos en los que directamente se da una superposición de estructuras, en los que mediante la construcción de una nueva se oculta la construcción anterior (Añadido/remodelación 4), un evento que si bien ya aparecía representado en el grupo anterior lo hacía de manera mínima (sólo 1 caso documentado). Tras estas prácticas, los más representados son los actos de cierre o sellado, aunque porcentualmente son muy inferiores a los del grupo anterior (apenas un 26%), y también a diferencia de éste, ahora las clausuras más representadas son aquellas en las que se inhabilitan los espacios interiores del monumento, tanto las cámaras como las zonas de acceso (Clausuras 5, 8 y 9), y sin embargo otras como la “tumulación”, el “fuego clausurador” o el “desmantelamiento” no llegan a representar un 2% en cada caso (mientras que en el anterior grupo superaban en los 3 casos el 10%). En este grupo, aparecen además dos nuevos tipos de eventos, asociados respectivamente a las estrategias de mantenimiento (Mantenimiento 1) y a eventos funerarios (Funerario 1), siendo en ambos casos exclusivos de este grupo, es decir que no se han registrado en el resto de momentos o fases de “uso post-fundacional”. Por último, también aparece un caso de prácticas combinadas de clausura y remodelación, siendo en este caso las registradas en las *mamoas* de Castelo I y Alagoas anteriormente descritas, en las que

tras un “fuego clausurador”, todo el monumento se reformuló por completo añadiéndose en ambos casos un corredor intratumular y una zona de atrio (Clausura+Añadido/remodelación 3).

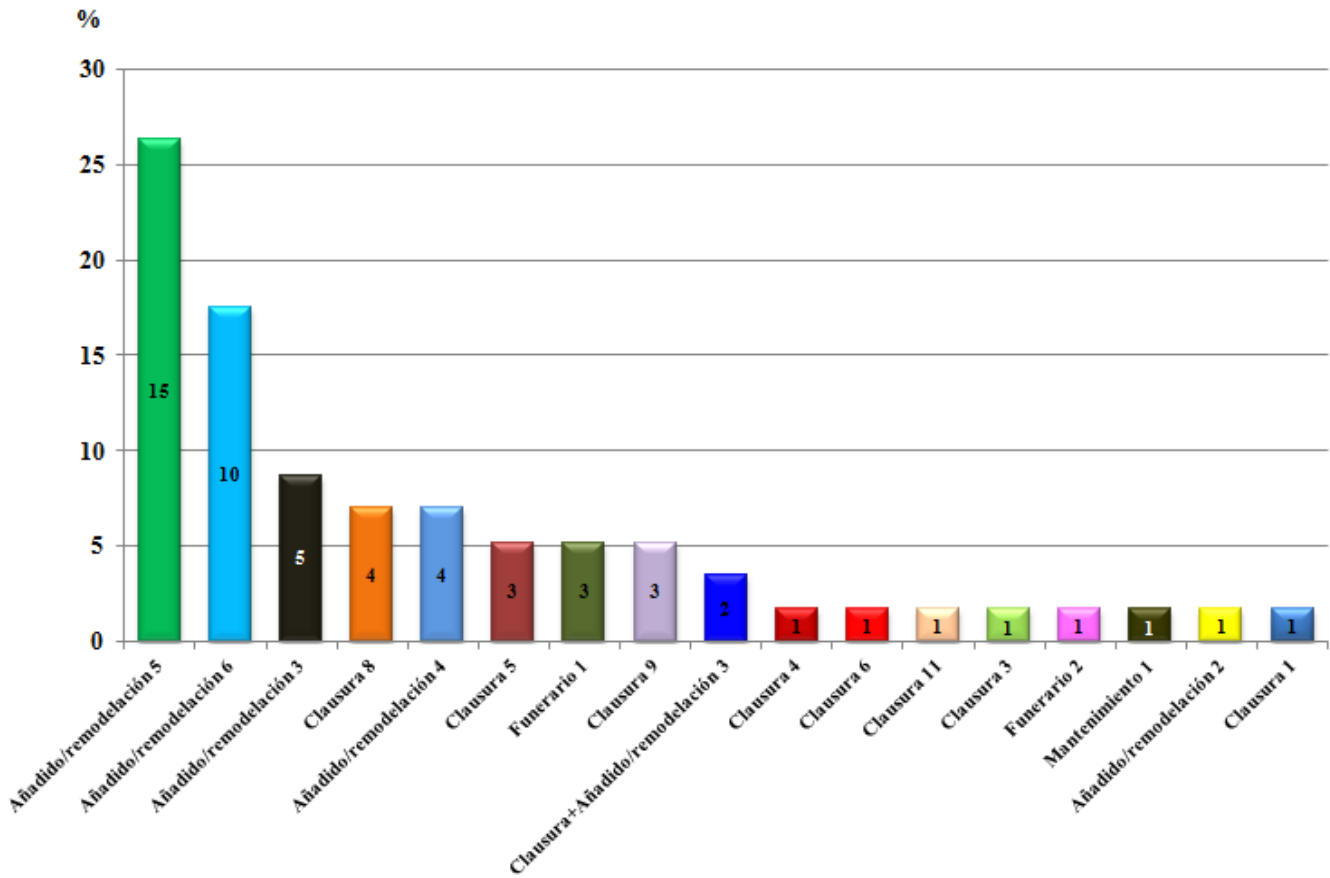


Gráfico 39: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “IV milenio BC”

Los resultados de estos análisis nos están indicando claras e importantes diferencias con respecto al grupo anterior. La primera diferencia y la más evidente es que el protagonismo pasa de los “tipos de evento” ligados a prácticas de clausura a los asociados a actuaciones de remodelación y añadido. Se podría afirmar, por tanto, que la intencionalidad prioritaria es la de crear nuevos espacios rito-funerarios o modificar y engrandecer los antiguos sepulcros. De hecho, es el “añadido de elementos de acceso” (corredores, atrios, corredores intratumulares) la práctica más representativa, seguida por la de la ampliación del recinto cameral, lo que nos indica una clara tendencia hacia el uso de monumentos más grandes, y hacia la idea de crear espacios donde albergar a un mayor número de personas puesto que los nuevos elementos siempre suelen ubicarse en zonas de fácil acceso y visibles; probablemente, este hecho esté íntimamente relacionado con las necesidades creadas por innovaciones en el ritual. Por otro lado, también se observan bastantes diferencias en relación a los “eventos de clausura”

documentados con respecto a los del grupo anterior, puesto que en este caso son las inhabilitaciones de los espacios internos mediante colmatación las formas de sellado más comunes, que precisamente eran las menos representadas en el anterior grupo; del mismo modo, las prácticas que anteriormente que tuvieron un gran protagonismo en los finales de ciclo, como las “tumulaciones” o los “fuegos clausuradores”, descienden de manera notable su representación porcentual. Además, comienzan a aparecer los primeros eventos de reutilización funeraria, con ciertos matices que los diferencian con respecto a la forma de depósito funerario y tratamiento de los cuerpos, con respecto a los osarios que están reocupando. Es más habitual encontrarse en este momento de uso con individuos completos en conexión anatómica y también con sistemas de compartimentación y/o señalización sepulcral. Sin embargo, el hecho de que aún sigan representadas la mayor parte de las prácticas que se daban en el anterior grupo o la relevancia que aún siguen teniendo las estrategias de mantenimiento, que demuestra aún una importante preocupación por mantener útil el espacio sepulcral, indica que también se da aún una cierta continuidad con respecto a los patrones de comportamiento que caracterizan al periodo de uso anterior. Por tanto, en este horizonte del “IV milenio BC” se da una gran diversidad de actuaciones (de hecho es cuando se ha documentado una mayor variabilidad), en las que en cierta medida se conservan algunas de las pautas de comportamiento desarrolladas en los primeros momentos de las “biografías” megalíticas, pero se da ya una importante transformación tanto en el uso como en la significación que se da a los monumentos megalíticos, introduciendo nuevos conceptos como el del uso público de ciertos espacios para el desarrollo de ceremoniales o el de la cada vez más importante monumentalidad exterior de los sepulcros.

El siguiente grupo “tipos de evento” adscritos al “III milenio BC” (ver Gráfico 40) vuelve a estar protagonizado por los “eventos de clausura”, que representan casi el 45% de todas las prácticas llevadas a cabo. Teniendo en cuenta que en este caso tenemos una categoría de eventos indeterminados que supera el 40%, es más que evidente que la actividad fundamental y prioritaria es el cierre de los sepulcros. En relación a las fórmulas de cierre, la situación que se nos presenta es la inversa a la del primer grupo de las actividades de fin de ciclo, porque ahora son precisamente las “inhabilitaciones” por colmatación de los espacios interiores las que copan este tipo de actuaciones (Clausuras 6-10), limitándose la representación del resto de clausuras a sólo un tipo, la “tumulación” (Clausura 1) y que además supera apenas el 3%. En cuanto al

resto de tipo de eventos, las “remodelaciones y añadidos”, apenas representan un 8% de las prácticas llevadas a cabo, y todas ellas están ligadas como en el caso anterior a la remodelación y monumentalización de los megalitos (Añadido/remodelación 2, 3, 6 y 7). También los eventos de reutilización funeraria están presentes, aunque ya marcando grandes diferencias con respecto al uso funerario de estos espacios en momentos anteriores, puesto que ahora se da una individualización y segregación intencional con respecto al resto del osario ya existente. Por último, también dentro de este grupo tenemos un caso de combinación de eventos de clausura con reformulación del megalito, representado por el dolmen de Merouços I, en el que tras su clausura por medio de la colmatación de las zonas de acceso y su posterior retomulación, se creó una especie de fachada monumental frente al atrio a modo de espacio ceremonial, en el que se dispusieron distintas estructuras secundarias cuya funcionalidad estaría ligada al desarrollo del ceremonial.

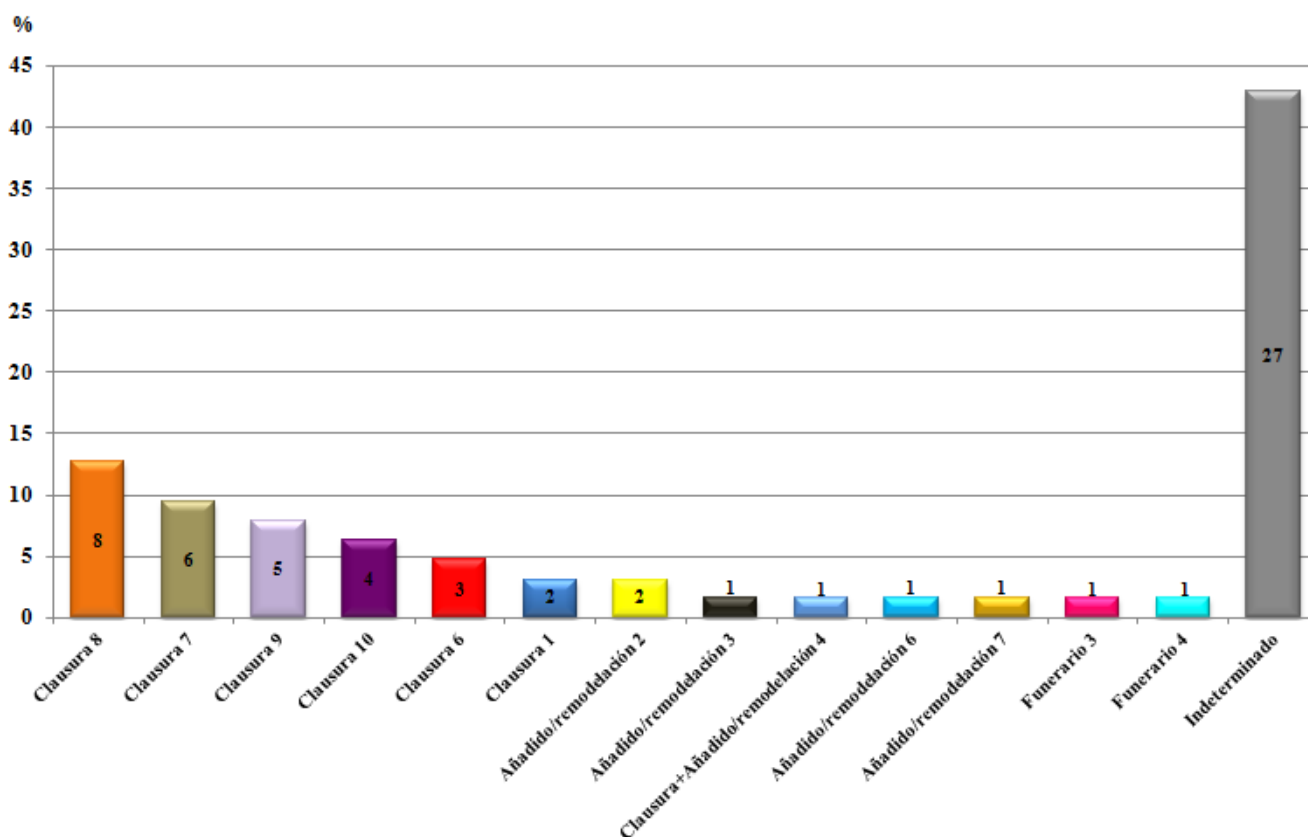


Gráfico 40: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “III milenio BC”

A través de estos análisis se observan ya unas pautas de comportamiento diferentes que poco o nada tienen que ver con el uso que hasta entonces se había dado de los monumentos megalíticos. Este grupo, adscrito en principio a cronologías de finales del IV-inicios del III milenio BC, está claramente dominado por las prácticas de

clausura de los megalitos, hecho que se daba en los primeros momentos de “uso post-fundacional” de estas construcciones, y ahora vuelve a repetirse, aunque con grandes diferencias. Esta repetición lleva a plantear la posibilidad de que este momento de uso se corresponda con un fin de ciclo, un ciclo que en muchos casos habría comenzado con la remodelación de estos monumentos megalíticos. Se trataría de un fin de ciclo completamente diferente al que se documenta para los primeros momentos de actividad megalítica, con el desarrollo de unas prácticas y “usos” distintos, y aunque en principio el principio parezca el mismo, es decir el de inhabilitar definitivamente el espacio útil del megalito, las implicaciones son bien diferentes. Mientras esas primeras clausuras se centraban en la dimensión funeraria del lugar, centrándose el esfuerzo era en el cierre del espacio sepulcral a modo de protección y conservación de los restos de los antepasados, ahora parece más bien que lo que se cierra es el monumento como tal, es decir el propio lugar ceremonial y aquellas zonas públicas en las que se reunían para los rituales, dificultando en gran medida que puedan volver a reocuparse. Además, la práctica ausencia de estrategias de mantenimiento nos indica que ya los osarios no son el centro de atención de estos lugares, sino que el foco o la relevancia de estos monumentos se ha trasladado hacia su exterior. Por su parte, las fórmulas funerarias utilizadas son completamente ajenas a aquellas que se llevaba a cabo en el momento de la construcción de los sepulcros megalíticos, siendo ya más que evidente (a través de prácticas de individualización) la intencionalidad de segregación y diferenciación con respecto al resto de cuerpos que conformaban los osarios, que ya se venía observando desde los primeros eventos de reutilización funeraria de los megalitos.

El siguiente grupo de “tipos de evento” recoge todas aquellas evidencias de “uso post-fundacional” asociadas al horizonte del “III milenio BC-Campaniforme”, caracterizadas fundamentalmente por la presencia de elementos asociados a dicho “fenómeno campaniforme” (ver Gráfico 41). Por primera vez en todo el periodo estudiado, los análisis van a estar protagonizados por las actuaciones de naturaleza funeraria, alcanzando prácticamente el 50% de los eventos documentados (de nuevo, tenemos que tener en cuenta que algo más del 40% se trata de prácticas indeterminadas). Además, una gran parte de estos eventos funerarios (casi un 16% del total) están acompañados por prácticas de “individualización del espacio” previo al depósito funerario (Funerario 4). El resto de tipo de eventos está representado por pequeñas “alteraciones parciales” en zonas específicas (Alteraciones específicas 1) de

los megalitos, y por 2 casos excepcionales de eventos de clausura, en los sepulcros de corredor burgaleses de Ciella y Arroyal I, siendo en ambos casos la fórmula elegida la de la inhabilitación de las zonas de acceso y otros espacios interiores (Clausuras 8 y 9).

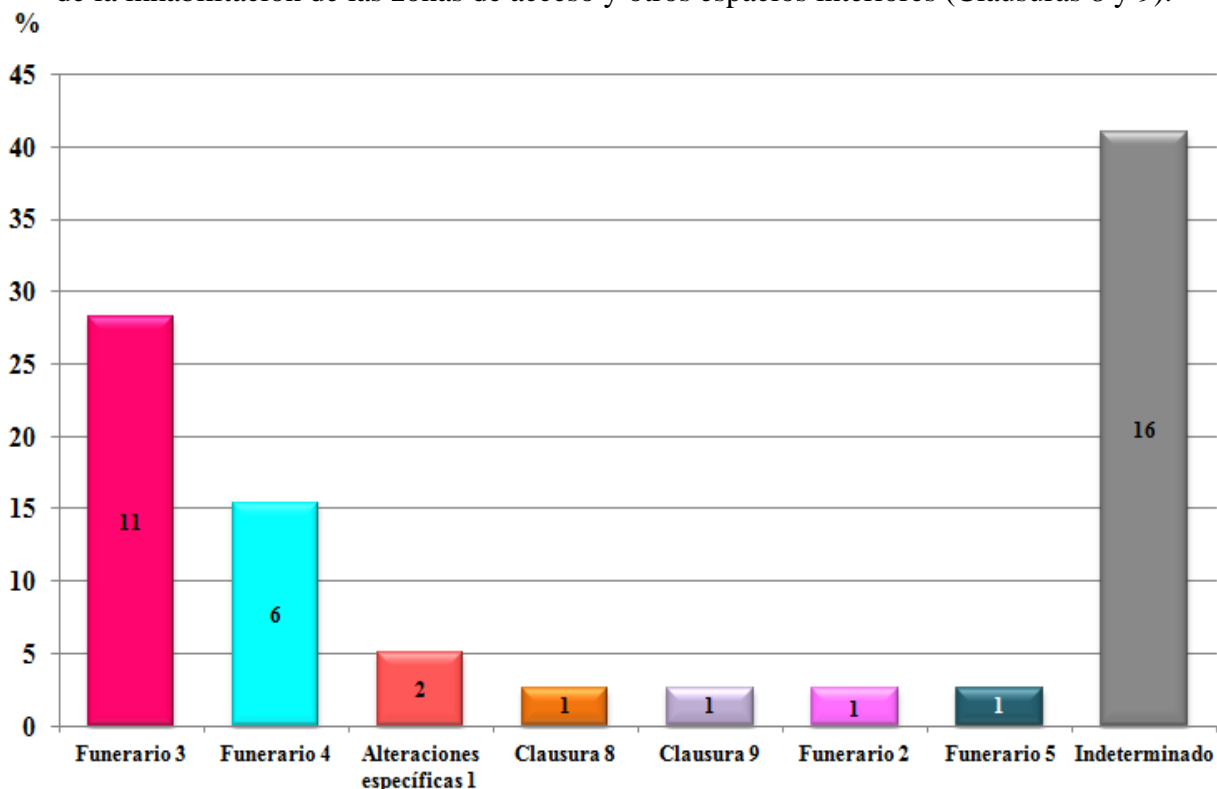


Gráfico 41: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “III milenio BC-Campaniforme”

La primera observación que puede extraerse de estos análisis es la clara ruptura existente con respecto a las pautas de comportamiento de los “usos post-fundacionales” en los momentos anteriores. Si bien ya se veían muchas discontinuidades e importantes transformaciones en el grupo anterior, ahora ya no es que las diferencias sean evidentes sino que directamente la naturaleza de los “usos post-fundacionales” ha cambiado por completo. En primer lugar, la variabilidad de las prácticas llevadas a cabo en los megalitos se reduce drásticamente, quedándose prácticamente reducida a los eventos funerarios y a las prácticas que los acompañan para adecuar e individualizar un espacio dentro del monumento. No hay ninguna intencionalidad de modificar ni transformar en gran medida las estructuras anteriores, limitándose a alterar aquellas partes necesarias para lograr su fin de adecuar un nuevo espacio para el depósito funerario. Cada vez se presta menos atención a las cámaras funerarias, ubicándose estos depósitos en las zonas de acceso a los monumentos, de manera que fueran visibles para todo aquel que quisiera reutilizar de nuevo aquel lugar; parece una estrategia de apropiación del lugar y por consiguiente de su significación simbólica al ligarse directamente con los antepasados

que poblaron el mismo territorio. Ya no interesa el megalito como lugar ceremonial ni mantener su espacio sepulcral útil para dar cabida a sucesivas inhumaciones (de ahí que no se llevan a cabo prácticas de remodelación ni de mantenimiento), sino que la utilización de estos lugares va a ser ahora esporádica y puntual, interesando únicamente ahora su papel como símbolo de la ligazón a la tierra durante miles de años y como referente de un pasado mítico, aspectos y facetas megalíticas que serán utilizadas de manera interesada como herramientas de legitimación y afirmación de poder. Por tanto el impacto y papel que tuvieron estos eventos de reutilización ligados al “fenómeno campaniforme” en el devenir de la vida de los megalitos es más bien pequeño, aunque tradicionalmente por su generalización se les dotó de una relevancia mucho mayor.

El conjunto de datos que conforman el grupo de “tipos de evento” adscrito al horizonte del “II milenio BC” no difieren en prácticamente nada con respecto a los del grupo anterior (ver Gráfico 42).

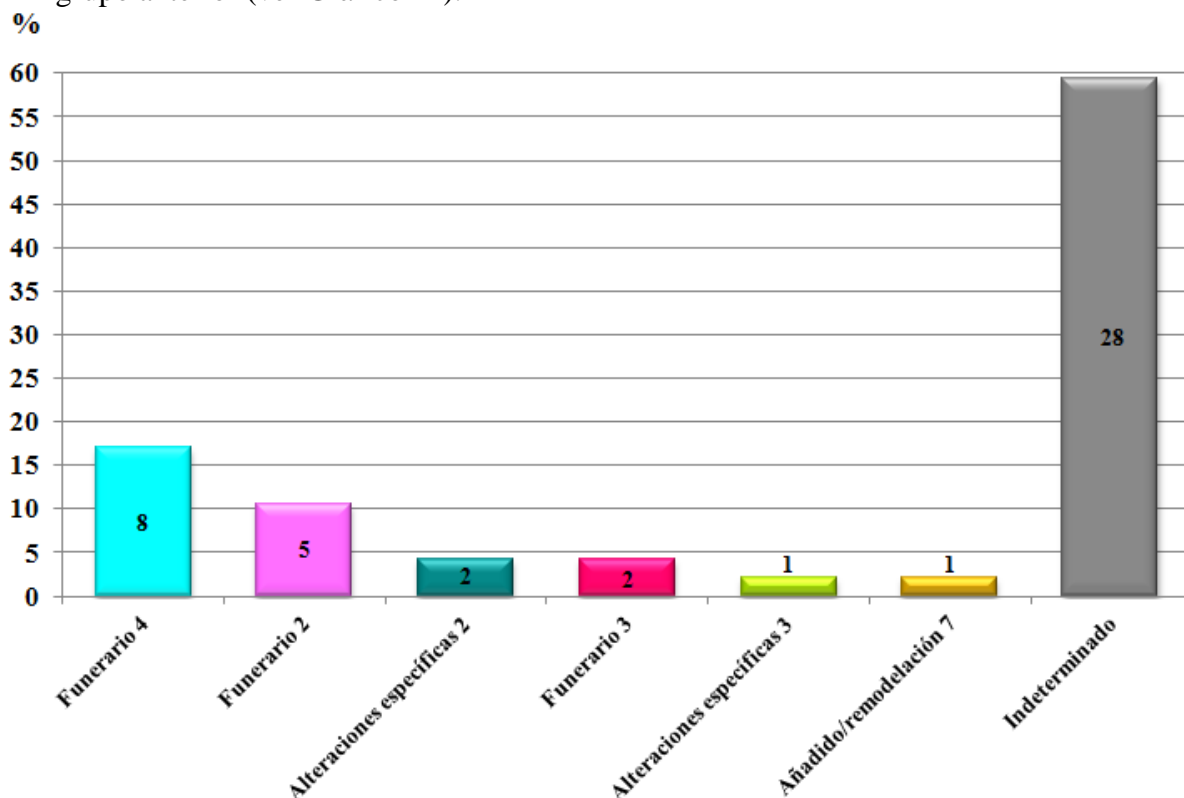


Gráfico 42: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “II milenio BC”

De nuevo son los eventos de naturaleza funeraria los que destacan sobre los demás alcanzando una representación del 32%, teniendo en cuenta que ahora los indeterminados son casi el 60% de los casos, y de nuevo son los acompañados por

prácticas de individualización la combinación mejor representada (Funerario 4). El resto se limitan a algunas alteraciones en zonas específicas, y en algún caso al añadido de estructuras secundarias (Alteraciones específicas 3 y Añadido/remodelación 7).

Los resultados de estos análisis nos llevan a hacer las mismas reflexiones que en el caso anterior del grupo de eventos ligado al “fenómeno campaniforme”, que en lo que respecta al tipo y naturaleza de las prácticas llevadas a cabo no presentan ninguna novedad.

El último grupo de “tipos de evento” está conformado por las evidencias documentadas para el periodo final del recorrido diacrónico estudiado, es decir el “II milenio BC-Final”, y que en algunos megalitos de la zona más occidental del territorio duriense castellano-leonés se asocian a la presencia de cerámicas decoradas de “estilo Cogotas I” (ver Gráfico 43). Como ya se ha apuntado en varias ocasiones a lo largo del capítulo anterior (ver epígrafes 6.3 y 6.4), lo primero que llama la atención es la baja representatividad de las reutilizaciones con esta cronología, puesto que apenas se han documentado en 17 casos. Por otro lado, una gran parte de estas evidencias se han hallado descontextualizadas (más de un 76% de indeterminados), debido a varios factores como por ejemplo el hecho de que al ubicarse normalmente en zonas superficiales de la estructura tumular, en muchas ocasiones estos depósitos han sido alterados o incluso completamente destruidos por episodios intrusivos o por el propio laboreo agrícola. Por tanto, es difícil con estas evidencias extraer conclusiones muy definitivas. De los escasos eventos que se han documentado en contexto, se han registrado 3 eventos funerarios, aunque a diferencia de los momentos de uso inmediatamente anteriores, ya no van acompañados de prácticas de individualización, sino simplemente de pequeñas alteraciones o estructuras de acceso para poder acceder al interior del sepulcro (Funerario 2 y 3). En el resto de los casos, las prácticas documentadas se han limitado a la presencia de pequeñas alteraciones en zonas específicas.

Pocas conclusiones se pueden sacar de unas evidencias tan parcas tanto cuantitativa como cualitativamente. Sin embargo, sí se podría afirmar precisamente teniendo en cuenta la escasez de evidencias, que el fenómeno de la reutilización megalítica dejó de tener relevancia a partir de mediados del II milenio BC, de lo que se podría inferir que quizás en este momento los megalitos han perdido parte de su papel y relevancia socio-simbólica que tenían en épocas anteriores y que en nuestro territorio de

estudio, parece que no recuperarán ya hasta época histórica. Sin embargo, ese halo sagrado y misterioso que incluso hasta la actualidad han conservado estas construcciones megalíticas, les permitieron seguir siendo usados y elegidos como receptores de ciertos depósitos funerarios y/o votivos, en ocasiones puntuales durante estos momentos finales del periodo de estudio. Y es en estos usos puntuales donde se puede inferir que ahora ya sí que no existe ni rastro de intencionalidad por parte de sus usuarios de modificar y alterar el megalito, sino que más bien todas las actuaciones que llevan a cabo parecen envolverse de un cierto halo de secretismo y ocultismo, como que quisieran ocultar su presencia allí o dejar el mínimo rastro de la misma.

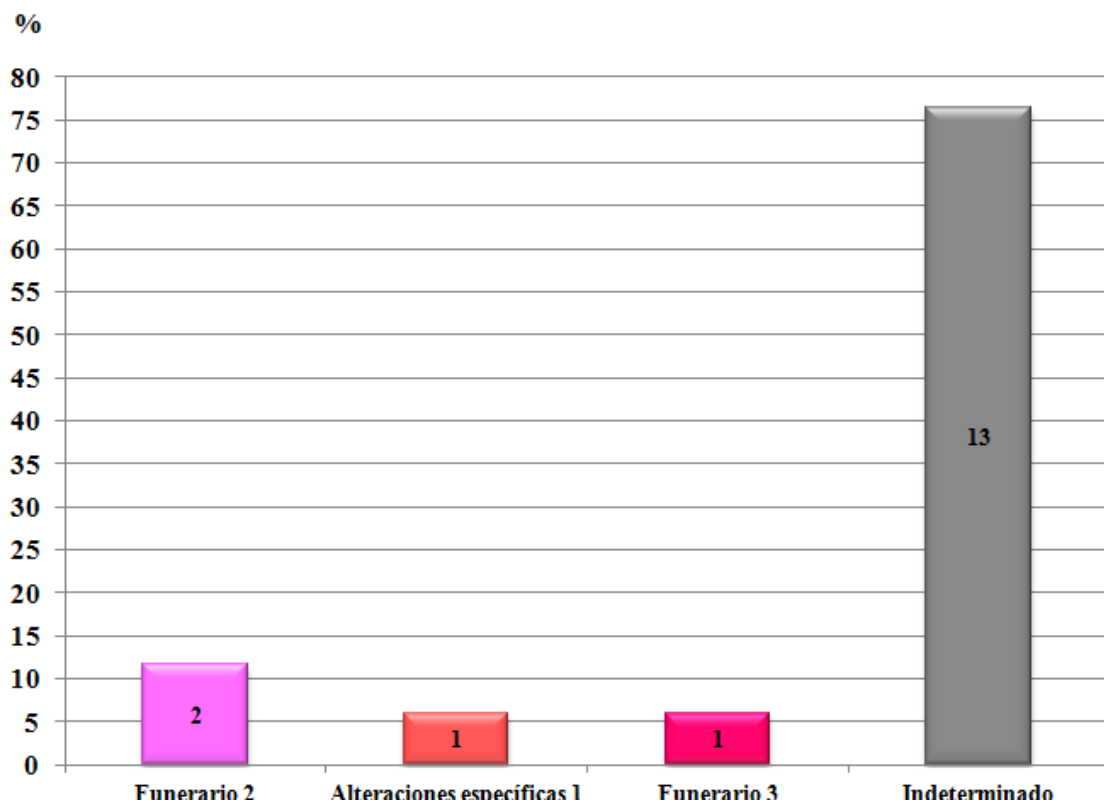
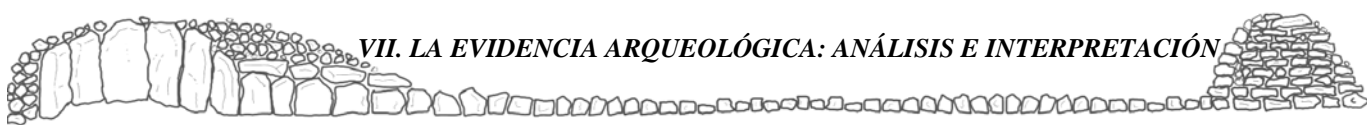


Gráfico 43: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “II milenio BC-Final”

Tras observar y comparar los resultados obtenidos con el análisis específico de cada uno de los episodios de “uso post-fundacional” y caracterizar cada uno de ellos a través de la presencia/ausencia de cada uno de los grupos de “tipos de eventos” establecidos, se pueden afirmar y matizar con bastante solidez varias de las conclusiones extraídas de los estudios descriptivos expuestos en el capítulo anterior (ver epígrafes 6.3 y 6.4).

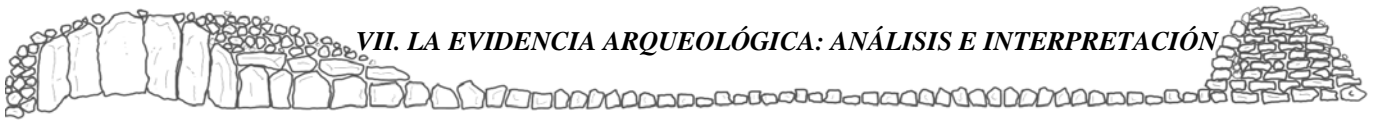
Por un lado, de nuevo se hace evidente la ruptura existente entre los primeros momentos de “uso post-fundacional” y los “eventos de reutilización” documentados en



aproximadamente la segunda mitad del periodo estudiado. Esa ruptura que ya se hacía patente en casi todas las variables de análisis como la naturaleza de las prácticas llevadas a cabo en cada momento, su alcance o impacto en el megalito, o el lugar o contexto del mismo elegido para las actuaciones, se reafirma al comparar la descripción y caracterización de los tipos de evento desarrollados y la combinación de prácticas que los conforman. La primera diferencia está en la diversidad y variabilidad de las mismas, la cual es bastante amplia a lo largo de todo el IV e inicios del III milenio BC, y se reduce notablemente a partir de la segunda mitad de éste, con los “usos megalíticos” asociados al “fenómeno campaniforme”. Además, el carácter o propósito esencial con el que los usuarios desarrollaron sus actuaciones es radicalmente diferente, desapareciendo a partir de dicho momento toda intencionalidad de modificar o alterar en gran medida la construcción, intencionalidad que va aparejada a las fórmulas de clausura y sobre todo de remodelación tan características de los momentos de reocupación anteriores. El cambio o la transformación que se infiere de esta ruptura ya no parece afectar sólo en el hecho de que se ponen en práctica unas fórmulas funerarias o rituales diferentes, sino que ahora parece reflejar que se ha dado una transformación del propio monumento megalítico en sí, es decir de su concepción, significado e implicación socio-simbólica con respecto a las sociedades que le son coetáneas. El megalito ya no juega un papel relevante dentro de las sociedades como sepulcro comunitaria o “panteón familiar” de una comunidad, ni como lugar de culto o reunión ceremonial, sino que ahora pasa a ser el escenario de ciertos actos funerarios o votivos puntuales y esporádicos, aunque bastante generalizados, en los que sólo participan un número reducido de personas y cuyo propósito es usar este símbolo de la identidad colectiva y referente del pasado mítico de una comunidad, en su propio beneficio como estrategia de legitimación de su poder sobre un territorio o sobre una comunidad cuyos lazos están allí arraigados. Su intencionalidad es la de “apropiarse” simbólicamente del monumento, como si aquel espacio les perteneciera por derecho, y no la de engrandecer y remodelar la construcción para adecuarla a las necesidades colectivas ni la de mantener útil su espacio interior. Al final del periodo estudiado, esta ruptura se hace aún más evidente, puesto que ya ni siquiera el megalito tiene ese relevante papel social que permitía a sus usuarios diferenciarse del resto como las únicas personas “con derecho” a ocupar un espacio que cobija los restos de los antepasados, sino que su papel ya se limita a ser una construcción levantada por unos ancestros míticos y que como tal conserva cierto halo de sacralidad.

Pero más allá de este marcado punto de inflexión, el análisis del comportamiento diacrónico del fenómeno de la reutilización megalítica revela imágenes mucho más sugerentes. Desde una perspectiva diacrónica se observa claramente como en cada momento hay un “tipo de evento” de determinada naturaleza que sobresale sobre los demás y que condiciona el propósito de la actividad desarrollada en los monumentos megalíticos en cada momento; en unos casos será el cierre de los sepulcros, en otros su remodelación o incluso su reutilización como espacio funerario. Si se acepta que el “ciclo natural” de un megalito está conformado por tres fases diferentes de construcción-uso-clausura, y superponiendo este modelo a los resultados obtenidos tras todos los análisis desarrollados, se podría afirmar la existencia de al menos dos ciclos de actividad megalítica completos a lo largo del periodo estudiado, que se habrían desarrollado en un periodo algo mayor de un milenio (entre inicios del IV-inicios del III milenio BC). De este modo, se podría definir un primer momento de “uso post-fundacional” que correspondería con el momento de la clausura de unos megalitos construidos y usados previamente (“IV milenio BC-Fin de ciclo”), seguido por otro momento caracterizado por la construcción pero sobre todo por la remodelación y modificación de estructuras anteriores con el que se iniciaría un nuevo ciclo de uso (“IV milenio BC”), que terminaría a su vez con otra fase en la que estos mismo megalitos serían clausurados (“III milenio BC”). De este modo, se presenta una imagen cíclica como caracterizadora de la actividad megalítica diacrónica, en la que los momentos de construcción/remodelación y uso de los espacios megalíticos, se alternan con otros de clausura y sellado de los mismos sepulcros.

Partiendo de este concepto cíclico como modelo para interpretar las “biografías megalíticas”, se podría considerar que esa ruptura profunda establecida hacia la mitad del recorrido diacrónico estudiado, podría corresponderse en realidad con otro ciclo de uso que en este caso retoma la esencialidad y funcionalidad funeraria que tuvieron los megalitos en sus primeros momentos de uso. De este modo, los “eventos de reutilización” de los episodios de uso más recientes podrían concebirse como ciclos en sí mismos en los que las fases de construcción-uso-clausura también estarían presentes (secuencia de readecuación del espacio mediante prácticas de individualización o estructuras de acceso-depósito funerario y ritual-sellado o colmatación de la cista o estructura), aunque en estos casos se tratarían de ciclos puntuales en los que todas las fases se desarrollarían en un mismo evento.



Este modelo cíclico que se propone para el desarrollo de la actividad megalítica, a pesar de aparentemente obedecer a unas mismas pautas de comportamiento, en realidad están reproduciendo un mismo tipo de actuación pero mediante fórmulas completamente diferentes que conllevan una serie de connotaciones socio-simbólicas completamente nuevas y unos propósitos diversos por parte de los usuarios. En el caso de los eventos de reutilización funeraria es evidente, ya desde los primeros momentos, que el uso del espacio sepulcral, el tratamiento de los cuerpos y las prácticas que se llevan a cabo son muy diferentes a las que caracterizan un osario megalítico al uso, puesto que aparecen ya claros signos de individualización no sólo por la presencia de los cuerpos en posición primaria y conexión anatómica sino también por la introducción cada vez más patente de prácticas de compartimentación, señalización y en momentos más recientes de separación de los nuevos depósitos.

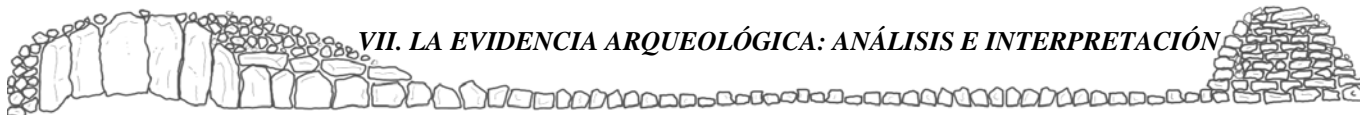
Pero estas diferencias también son observables en los dos momentos caracterizados por la profusión de eventos de clausura, cuyas prácticas y patrones de comportamiento son bien distintos, puesto que aunque en principio el objetivo sea común, la inhabilitación definitiva del espacio útil del megalito, las implicaciones son muy diferentes. Las primeras clausuras se centraban fundamentalmente en el espacio sepulcral del monumento, sellándolo tanto simbólicamente (mediante niveles de finalización de ciclo) como físicamente (“desmantelamientos”, “tumulaciones” o “fuegos clausuradores”), centrando todo el esfuerzo en la protección y conservación de los restos de los difuntos que allí se albergaban. Sin embargo, las clausuras de los momentos más avanzados se focalizan principalmente en las zonas de acceso y aquellas áreas públicas en las que se reunían para los rituales, dificultando en gran medida que puedan volver a reocuparse al inhabilitarse mediante su colmatación con potentes niveles de tierra y bloques pétreos; de esta forma parece que más bien lo que se está clausurando no es la tumba sino el monumento como tal, es decir el propio lugar ceremonial. Parece, por tanto, que a lo largo de todo el recorrido diacrónico se ha dado un traslado del foco relevante o el centro del monumento desde el osario hacia las zonas más exteriores del megalito. En este mismo sentido podríamos interpretar el paso desde las construcciones más simples estructuradas en torno al espacio sepulcral elegido (túmulos simples, cámaras simples, sepulcros de corredor corto...), a otras mucho más complejas y de mayores dimensiones en las que en ocasiones incluso el tamaño de la cámara es desproporcionadamente menor al que debería de tener según las dimensiones del corredor o la estructura tumular.

Este cambio de conceptualidad en torno a la funcionalidad y significación del monumento megalítico, también se ve reflejado claramente en los múltiples casos de remodelaciones, y más aún en aquellos de superposición o yuxtaposición de nuevas estructuras, en los que hay una clara intencionalidad de crear nuevos espacios, de mayores dimensiones y más amplios que permitan albergar a un mayor número de personas. Probablemente, este cambio de la relevancia y la importancia desde el interior del monumento hacia el exterior, esté ligado a las necesidades creadas por la introducción de nuevos rituales o ceremoniales, que a su vez estarían vinculados a importantes cambios de carácter socio-económico que se estarían articulando en el seno de las comunidades usuarias.

En el siguiente epígrafe, se continuará ahondando en esta idea de los ciclos de actividad megalítica para explicar las “biografías de los megalitos”, cotejándolos con las dataciones disponibles y comprobando si dicho modelo cíclico tiene también un argumento cronológico sobre el que sostenerse. Se analizarán si esos momentos de usos caracterizados por el desarrollo de un tipo de actividad específica se corresponden con lapsos temporales concretos, o si se trata de actuaciones que se llevan a cabo a lo largo de un amplio recorrido cronológico.

7.1.3. CARACTERIZACIÓN CRONOLÓGICA DE LOS EPISODIOS DE ACTIVIDAD MEGALÍTICA DOCUMENTADOS EN EL VALLE DEL DUERO/DOURO

En el capítulo anterior (ver epígrafe 6.2.5), se hizo una presentación general sobre el panorama que presentaba el fenómeno megalítico en la cuenca del Duero/Douro en su “faceta” de cronología absoluta. Recordando brevemente, se cuenta con 56 yacimientos datados, que han ofrecido un total de 202 fechas (ver Tabla 2 y Mapa 20), siendo la mayor parte de ellas sobre muestras de vida larga (164 en concreto, principalmente carbones aunque también se ha realizado algún análisis sobre arcilla quemada y costra de cal), mientras que apenas 38 dataciones han sido realizadas sobre muestras de vida corta (en todos los casos hueso humano). El método mayoritario de datación es el C14, aunque contamos con hasta 5 casos en los que se ha aplicado la termoluminiscencia (TL), el cual permite datar aquellos elementos que han sido sometidos a un proceso de calentamiento intenso (ver Tabla 2).



Dentro de este conjunto, se observan importantes desequilibrios a diferentes niveles. Por un lado, contamos con una minoría de yacimientos muy bien datados (casos de La Velilla, La Sima, Castenarios I, Arroyal I o Chã de Parada I, entre otros), hecho que permite reconstruir prácticamente por completo toda su secuencia de uso, frente a la gran mayoría en lo que sólo se dispone de unas pocas fechas (incluso en ocasiones sólo de una, como es el caso de Pena Mosqueira III, La Brújula, El Guijo de las Navas I o Rapadouro I, entre otros) que caracterizan cronológicamente un momento específico de uso del megalito (además, en algunas ocasiones se trata de muestras procedentes de niveles infratumulares, y que por tanto sólo sirven como referencia *post-quem* -ejemplos como los túmulos de Furnas I y II, Ciella, El Moreco u Orquinha dos Juncais, entre otros-). Por otro lado, también existe un importante desequilibrio con respecto a la caracterización cronológica de los dólmenes a nivel geográfico, con zonas que se encuentran muy bien secuenciadas (los núcleos megalíticos de Sedano en Burgos, el valle de Ambrona en Soria, la Serra de Aboboreira en Porto, o la Serra da Nave en Viseu), mientras que para otras regiones hay escasez o una completa ausencia de dato cronológicos (el núcleo zamorano del valle del Vidriales, los dólmenes del litoral duriense portugués, o los importantes conjuntos del valle medio del Tormes en Salamanca y de Senhora do Monte en Viseu), dato que sorprende aún más, cuando muchos de los núcleos megalíticos de estas zonas cuentan con una larga tradición de investigación.

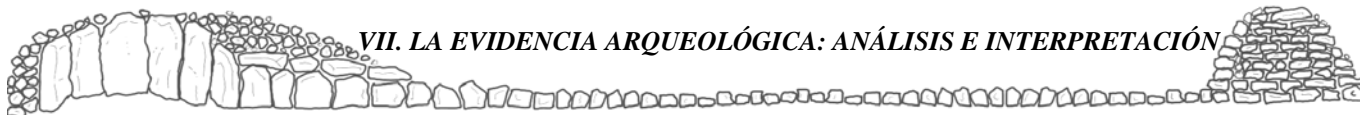
Hay que ser conscientes de que este conjunto de dataciones presenta *a priori* numerosos problemas de cara a su análisis, que por lo general son los mismos que suelen presentarse a la hora de intentar datar la mayor parte de los monumentos megalíticos de cualquier área geográfica. De entre los múltiples problemas con que hay que enfrentarse a la hora de datar un megalito (ver subepígrafes 5.1.1 y 6.2.5), hay que destacar dos en concreto que afectan directamente al análisis del conjunto de dataciones disponibles para este estudio.

Por un lado, nos enfrentamos al obstáculo derivado de la caracterización del contexto del que procede la muestra, puesto que al tratarse de lugares usados diacrónicamente, podemos estar datando un evento posterior al que supuestamente se pretende fechar, dado que “*las fechas absolutas que pueden proporcionar yacimientos como los dolménicos son tantas como los momentos de utilización de los mismos*” (Delibes, 1996: 152 cit. por Vidaurre, 2006: 121, nota al pie). Por esta razón, el contexto

de procedencia de la muestra es un dato sobre el que hay que intentar obtener la mayor información posible, puesto que se puede tratar de un contexto alterado por un episodio posterior. Debido a este problema, durante mucho tiempo dominó la tendencia de obtener la muestra de los paleosuelos y niveles infratumulares, es decir de aquellos contextos que en principio parecen intactos al estar sellados por la propia estructura megalítica; de ahí, la alta representación que tenemos de este tipo de contextos en nuestro conjunto de dataciones (ver Tabla 2). El problema está en que estas dataciones sólo podrán ser tomadas como referentes en términos *post-quem*, puesto que en realidad no se puede saber si se está datando un momento inmediatamente anterior a la construcción del edificio o bastante alejado en el tiempo. Además, como hemos podido comprobar en algunos casos, tampoco es completamente fiable la inalterabilidad de estos contextos.

Por otro lado, está la sobrerrepresentación de las dataciones realizadas sobre muestras de vida larga en nuestro conjunto (ver Tabla 2), en el que una gran mayoría de yacimientos han sido datados sólo a través de muestras de carbón u otros materiales de vida larga, en concreto 42 casos (el 78,5% de los casos datados), mientras que apenas contamos con 13 casos (apenas un 22%) en los que se cuenta con muestras sobre hueso humano, en ocasiones combinadas con otras sobre carbón. Hay que tener en cuenta el problema del envejecimiento que conlleva el uso de muestras de vida larga a la hora de realizar análisis cronológicos (Rojo *et al.*, 2008: 221-226, Fig. 162-165; Zilhão, 2001). Sin embargo, en el territorio de estudio es el propio sustrato geológico el que impide obtener otro tipo de muestras, debido a que la excesiva acidez del suelo no es favorable a la conservación de los restos orgánicos (ver epígrafe 5.1.1 y 6.2.5).

Para intentar solventar el problema de la procedencia de las muestras datadas, hemos llevado a cabo un estudio exhaustivo del contexto en el que fueron tomadas (unidad estratigráfica, nivel, capa, cuadro...) a través de toda la información aportada por las memorias y publicaciones a nuestro alcance, y cotejándolo con otros datos como las prácticas post-fundacionales llevadas a cabo en cada megalito y las zonas más afectadas por los mismos, con el fin de intentar hacer corresponder a dicha muestra con un evento de uso concreto del megalito. En este sentido, se ha de señalar que a tenor de los resultados obtenidos tras el análisis de las dataciones, se han dado muy pocas contradicciones entre el resultado cronológico y la adscripción de las fechas a determinados eventos de uso, por lo que en general podemos afirmar que en una gran mayoría la información aportada por los propios excavadores acerca de la procedencia



de la muestra, gracias a la cual se ha podido hacer corresponder con un evento de uso concreto, es correcta. En cuanto a las muestras tomadas como referentes *post-quem*, la mayor parte de las fechas procedentes del paleosuelo se han eliminado de los análisis, puesto que remitían en muchos casos a fechas muy antiguas en relación al desarrollo de la actividad megalítica en la cuenca duriense. Por otro lado, aquellas procedentes de niveles infratumulares, se han respetado e integrado en parte en los análisis, aunque siempre indicando dicha procedencia y sin vincularlas a ningún evento de los documentados a lo largo de todo el periodo de uso.

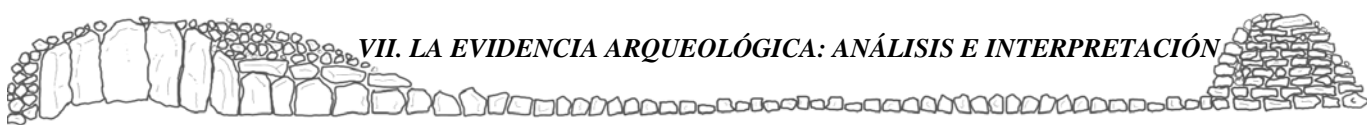
En lo referente al problema planteado por el tipo de muestra, que en un alto porcentaje corresponde a muestras de vida larga, la solución es bastante más complicada. Si bien el ideal de cara a realizar un análisis exhaustivo del desarrollo cronológico de un fenómeno concreto sería el de contar sólo con aquellas fechas realizadas sobre muestras de vida corta (fundamentalmente material óseo) procedentes de contextos completamente inalterados, en este caso renunciar a integrar todas las fechas realizadas sobre carbón en nuestro análisis sería en sí mismo renunciar al intento de caracterizar cronológicamente el fenómeno de la reutilización a lo largo de la vida de los megalitos, puesto que el conjunto de datos se vería reducido al estudio de apenas una docena de yacimientos. Además, se daría un importante sesgo en los resultados, puesto que estos yacimientos estarían representando parcialmente el objetivo de nuestra investigación, puesto que gran parte del territorio del Duero/Douro habría quedado completamente excluido (debido a que es el propio sustrato geológico la causa principal por la que sólo se pueden recoger muestras de vida larga). Por estas razones, se ha decidido integrar dentro del estudio todas las fechas tanto las correspondientes a muestras de vida corta como larga, siendo conscientes y teniendo en cuenta que este hecho puede dar lugar a un cierto envejecimiento de los resultados. Sin embargo, también es cierto que este envejecimiento afectará de una manera u otra a todas las dataciones con esas características, por lo que la imagen que obtendremos finalmente sí puede ser válida en cuanto a la sucesión y relación cronológica entre los distintos momentos de actividad en los megalitos, aunque haya que tomar los distintos límites cronológicos con una cierta flexibilidad.

Partiendo de todas estas premisas, el primer paso del análisis del conjunto de dataciones disponibles es calibrar cada una de ellas de manera individual y en conjunto (ver gráficos de calibraciones generales en Anexo 4), para obtener una primera imagen

del desarrollo cronológico de la actividad megalítica que ya nos indicará desde un primer momento si se trata de una secuencia continuada y progresiva, o si se pueden determinar ciertos momentos concretos de mayor concentración de actividad que nos permitan apuntar hacia la existencia de episodios o fases diferentes de uso a lo largo de todo el periodo estudiado. Todas las fechas han sido calibradas con el software OxCal 4.2 (Bronk Ramsey, 2013) y utilizando la curva de calibración IntCal 13 (Reimer *et al.*, 2013). Para este primer análisis ya se realizó una primera criba, desechando todas aquellas dataciones cuya desviación fuera igual o mayor de 100, y otras que nos remitían a cronologías muy recientes (en concreto la CSIC. 779 procedente del túmulo de Barreiro y la Ua. 19120 de la *mamoá* de Alagoas), para evitar distorsiones en el análisis general de los datos. Al eliminar estas dataciones, el conjunto analizado queda reducido a 169 fechas, correspondientes a 48 yacimientos diferentes (ver Tabla 2).

El análisis de los gráficos de calibración individuales (ver gráficos de calibración individuales en Anexo 4), muestra que por lo general los resultados obtenidos con la calibración a 2σ son mucho más uniformes que los de a 1σ , presentando éstos una gran variabilidad. En el primero de los casos, una gran mayoría de las calibraciones ofrecen un porcentaje de probabilidad superior al 90% (sobre el 95,4% de probabilidad que ofrece este tipo de calibración), excepto en algunos momentos concretos de la secuencia; mientras que en las calibraciones a 1σ en muchos casos el mayor valor porcentual no supera ni siquiera el 45% de probabilidad (sobre un total del 68,2%). Por esta razón, y teniendo en cuenta el hecho de que una gran parte de las muestras son de vida larga, se ha considerado más adecuado y acertado utilizar las dataciones calibradas a 2σ , puesto que la probabilidad de que el evento que se esté datando se encuentre dentro del lapso temporal indicado es muy alta (en la tabla de dataciones se han computado aquellos valores calibrados con un mayor porcentaje de probabilidad, tanto en el caso de las calibraciones a 1σ como a 2σ ; ver Tabla 2).

Por otro lado, se ha de tener en cuenta el comportamiento de la curva de calibración a lo largo de todo el periodo estudiado puesto que de ello también depende el mayor o menor porcentaje de probabilidad de las fechas calibradas que vamos a manejar (ver gráfico de calibraciones generales e individuales en Anexo 4). En este sentido, se observan a lo largo de nuestro periodo de estudio, dos momentos claros en los que la curva de calibración se comporta de una manera muy oscilante dando lugar a una imagen gráfica con muchas irregularidades, que tiene como consecuencia la ampliación de los márgenes de error de la calibración de cada fecha, y por consiguiente



de la disminución del porcentaje de probabilidad de que lo que queremos datar se sitúe entre los límites cronológicos marcados (llegando en algunos casos a estar por debajo del 50%). El primero de ellos tiene lugar durante desde las últimas centurias del V milenio cal. BC y se mantiene aproximadamente durante los dos primeros siglos del IV milenio cal. BC, y el segundo abarcaría aproximadamente toda la segunda mitad del IV milenio cal. BC, excepto quizás las últimas centurias del mismo. También a lo largo de la segunda mitad del III milenio cal. BC (coincidiendo con el desarrollo del “fenómeno campaniforme”) se observan importantes oscilaciones en la curva de calibración, aunque no de una manera tan acusada como en las anteriores ocasiones. Estas oscilaciones e irregularidades en la curva de calibración impiden poder marcar y definir con mayor precisión el lapso cronológico de un evento de uso, factores que hay que tener en cuenta a la hora de analizar desde una perspectiva general toda la secuencia diacrónica.

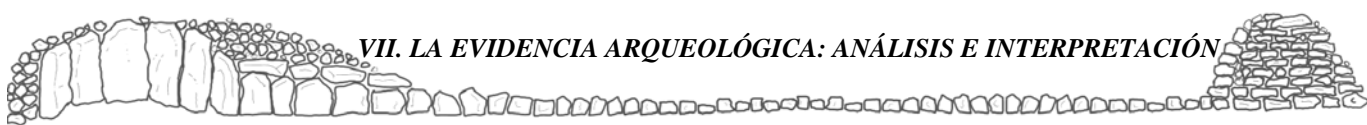
Teniendo en cuenta todos estos factores y analizando con detalle el gráfico general de la secuencia calibrada de todo el conjunto de dataciones (ver en Anexo 4), se observan ciertos momentos concretos a lo largo de toda la secuencia en los que se concentran un gran número de fechas que ofrecen una curva de calibración muy uniforme y similar, reflejando episodios de gran actividad en los monumentos megalíticos. La transición entre estas concentraciones viene marcada o bien por un lapso temporal completamente vacío en el que no encaja ninguna de las dataciones o bien por una pequeña serie de fechas consecutivas y poco uniformes entre sí que de una manera más o menos aislada cubre un lapso temporal de duración variable. Además, también se puede observar con claridad un primer conjunto formado por un total de 10 fechas que abarcan un periodo cronológico muy amplio, desde el 8000 cal. BC hasta el 5500 cal. BC aproximadamente, que se distancian de manera evidente de las primeras dataciones correspondientes al inicio de la actividad megalítica; todas ellas corresponden a muestras provenientes de contextos de paleosuelos y niveles infratumulares, y que por lo tanto lo que están datando en realidad son eventos de época pre-megalítica.

Con el fin de intentar definir de una manera más precisa estas fases o periodos de actividad megalítica observados de manera preliminar en el análisis general de las calibraciones, se han aplicado al conjunto de estas dataciones otros métodos de análisis más específicos que permiten corregir en cierta medida el margen de error obtenido a

través de las calibraciones normales. La aplicación de estos nuevos análisis requiere del “modelado” de las fechas a través de técnicas estadísticas, en este caso la “calibración bayesiana”, que a diferencia de la “calibración clásica” permite la introducción de nuevos factores en el análisis puesto que “*identifica a los parámetros como variables aleatorias y, por tanto, susceptibles de ser evaluadas con razonamientos probabilísticos*” (Jover *et al.*, 2014: 53). De este modo, junto a las dataciones como tal se puede introducir otro tipo de información de carácter arqueográfico, como el posicionamiento estratigráfico de dichas dataciones, o como en nuestro caso dado que no tenemos una estratigrafía vertical al uso, su relación con respecto a la secuencia de uso del megalito o a diferentes elementos de cultura material. Hay que tener en cuenta que la datación radiocarbónica no está datando contextos sino un ítem en concreto, por lo que toda la información con respecto a los primeros se pierde (*ibídem*: 52). Por tanto, para llevar a cabo este tipo de análisis es fundamental que la información acerca del contexto o depósito del que procede la muestra datada sea clara y lo más acertada posible. Así, los análisis realizados con “fechas modeladas” nos permitirán reducir el grado de incertidumbre estadística resultante de los márgenes de error, muy amplios en muchas ocasiones, de las calibraciones clásicas, y definir con una mayor precisión todos los episodios que conforman la secuencia cronológica de un fenómeno o yacimiento arqueológico concreto, determinando su desarrollo dentro de un lapso temporal con un alto porcentaje de probabilidad. Si bien pudiera parecer que con la aplicación de este tipo de métodos estadísticos se está condicionando en cierta medida el resultado de los análisis, hay que tener en cuenta que para poder llevarlos a cabo se requiere del cumplimiento por parte del conjunto de datos de ciertos requisitos que de no cumplirse, se reflejarán en que el modelo presenta un *agreement* o “índice de aceptación” inferior al requerido (por norma debe de ser superior al 60%).

Con el objeto de conseguir un conjunto de datos más adecuado para la aplicación de estos nuevos análisis, se han desechado el grupo de 10 dataciones que en el gráfico de calibración general remitían a cronologías muy antiguas con respecto al que podríamos considerar como inicio de la actividad megalítica, para evitar distorsionar los nuevos resultados. De este modo, el conjunto final de dataciones analizadas se reduce a 159 muestras de 45 yacimientos diferentes.

Los dos tipos de métodos analíticos que se van a aplicar ya con las “fechas modeladas” se basan, en ambos casos, en la existencia de diferentes fases dentro de la secuencia analizada, sin tener información previa sobre su orden o correlación



cronológica entre sí. Por un lado, el método de *overlapping phases* (ver Gráfico 44), considera a cada uno de estos episodios como independientes, e intenta estimar el inicio y el fin de cada uno de ellos, considerando la posibilidad de que el inicio de uno se superponga al fin del anterior. El otro método es el *contiguous phases* (ver Gráfico 45), que asume que las fases como consecutivas, y que por tanto intentará estimar el periodo o lapso de transición entre un episodio y el siguiente. En nuestra opinión, la aplicación de ambos métodos analíticos en paralelo nos permitirá determinar ya de una forma muy precisa, si hay en realidad diferentes fases de actividad a lo largo de la secuencia de uso de los monumentos megalíticos, y si los hay entre qué límites cronológicos se desarrollan, y también algo en nuestra opinión muy interesante de cara a la interpretación de los datos, cuál es la duración de la transición entre dichos episodios de actividad megalítica, que podrían estar reflejando por tanto momentos de ocupación baja o incluso de completa inactividad en estos lugares.

Cotejando los resultados arrojados por ambos análisis, que se pueden ver combinados en la tabla que hemos elaborado con los datos obtenidos (ver Tabla 4), podemos afirmar ya con práctica rotundidad la hipótesis de la existencia de episodios diferenciados en relación a la actividad megalítica a lo largo de toda la secuencia cronológica del periodo estudiado. Como se puede observar en la tabla, el porcentaje de *agreement* o “índice de aceptación” del modelo es casi todos los casos superior al 98%, a excepción de una de las fases en la que desciende hasta por debajo del 25% (en relación a la “Fase 5”), por lo que la delimitación cronológica obtenida para este episodio hay que tomarla con cautela. Por su parte, la modelación de cada una de las fechas de manera individual arroja un porcentaje de *agreement* muy aceptable, por encima del 100% en muchos casos (ver gráficos de calibración y modelación de fechas individuales resultantes de ambos análisis en Anexo 4), y sólo en 3 casos que corresponden cada una de ellas a una fase diferente, se da un índice de aceptación pobre o *por agreement*; la escasa representatividad que tienen estas fechas dentro de todo el conjunto de datos (teniendo en cuenta además que su distorsión es menor al estar cada una en una fase diferente), permite incluirlas dentro del análisis sin riesgo de alterar los resultados. Por tanto, tanto a nivel de las fechas individuales como del modelo general, se puede considerar que los análisis son válidos y por tanto sus resultados de cara a la interpretación también lo son.

FASE	N° DATACIONES	LÍMITES DE INICIO CAL. BC		LÍMITES DE FIN CAL. BC		INTERVALO DE DURACIÓN (en años)		INTERVALO DE TRANSICIÓN CAL. BC		AGREEMENT (%)
		1σ (68,2%)	2σ (95,4%)	1σ (68,2%)	2σ (95,4%)	1σ (68,2%)	2σ (95,4%)	1σ (68,2%)	2σ (95,4%)	
FASE 1	24	4578-4495	4647-4466	3981-3926	4017-3879	533-642	489-730			99,9
<i>TRANSICIÓN FASE 1-FASE 2</i>								<i>3972-3929</i>	<i>3981-3871</i>	
FASE 2	44	3930-3908	3962-3804	3930-3906	3930-3762	0-10	0-192			99,9
<i>TRANSICIÓN FASE 2-FASE 3</i>								<i>3781-3752</i>	<i>3794-3732</i>	
FASE 3	49	3782-3737	3800-3713	3329-3285	3340-3243	421-489	388-537			99,7
<i>TRANSICIÓN FASE 3-FASE 4</i>								<i>3326-3281</i>	<i>3339-3242</i>	
FASE 4	23	3140-3075	3197-3044	2832-2796	2852-2747	254-340	215-426			99,8
<i>TRANSICIÓN FASE 4-FASE 5</i>								<i>2576-2424</i>	<i>2810-2323</i>	
FASE 5	11	2402-2299	2468-2297	2326-2264	2336-2182	0-109	0-246			24,4
<i>TRANSICIÓN FASE 5-FASE 6</i>								<i>2286-2171</i>	<i>2329-2062</i>	
FASE 6	6	2090-1836	2354-1780	1516-1242	1599-954	401-827	242-1269			99,3
<i>TRANSICIÓN FASE 6-FASE 7</i>								<i>1328-984</i>	<i>1473-912</i>	
FASE 7	2	1231-871	2419-834	964-611	1004-618	0-613	0-2127			98

Tabla 4: Tabla con los datos resultantes análisis de *overlapping phases* (en blanco) y del *contiguous phases* (en gris)

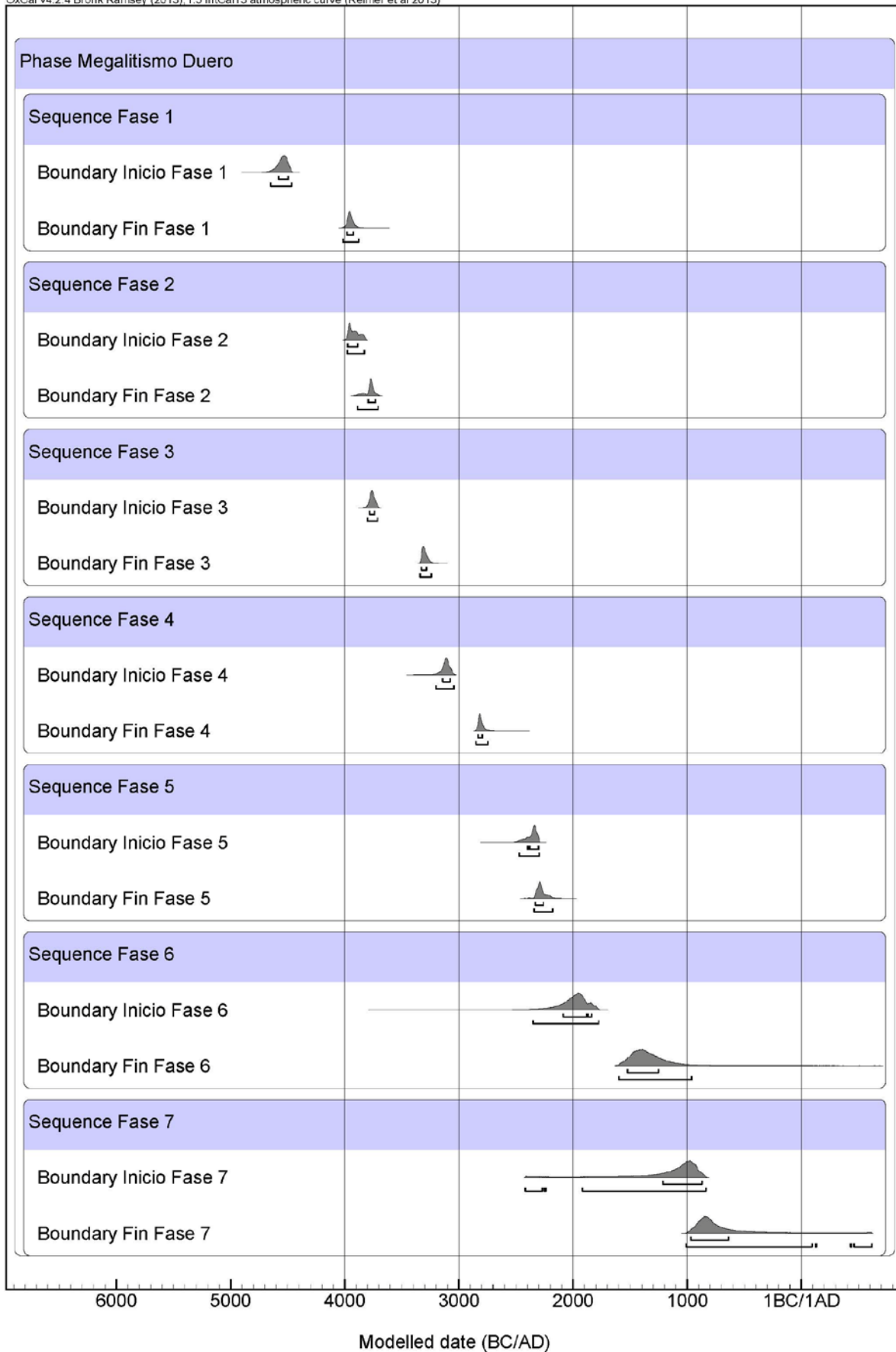


Gráfico 44: Gráfico del análisis de *overlapping phases* realizado sobre fechas modeladas

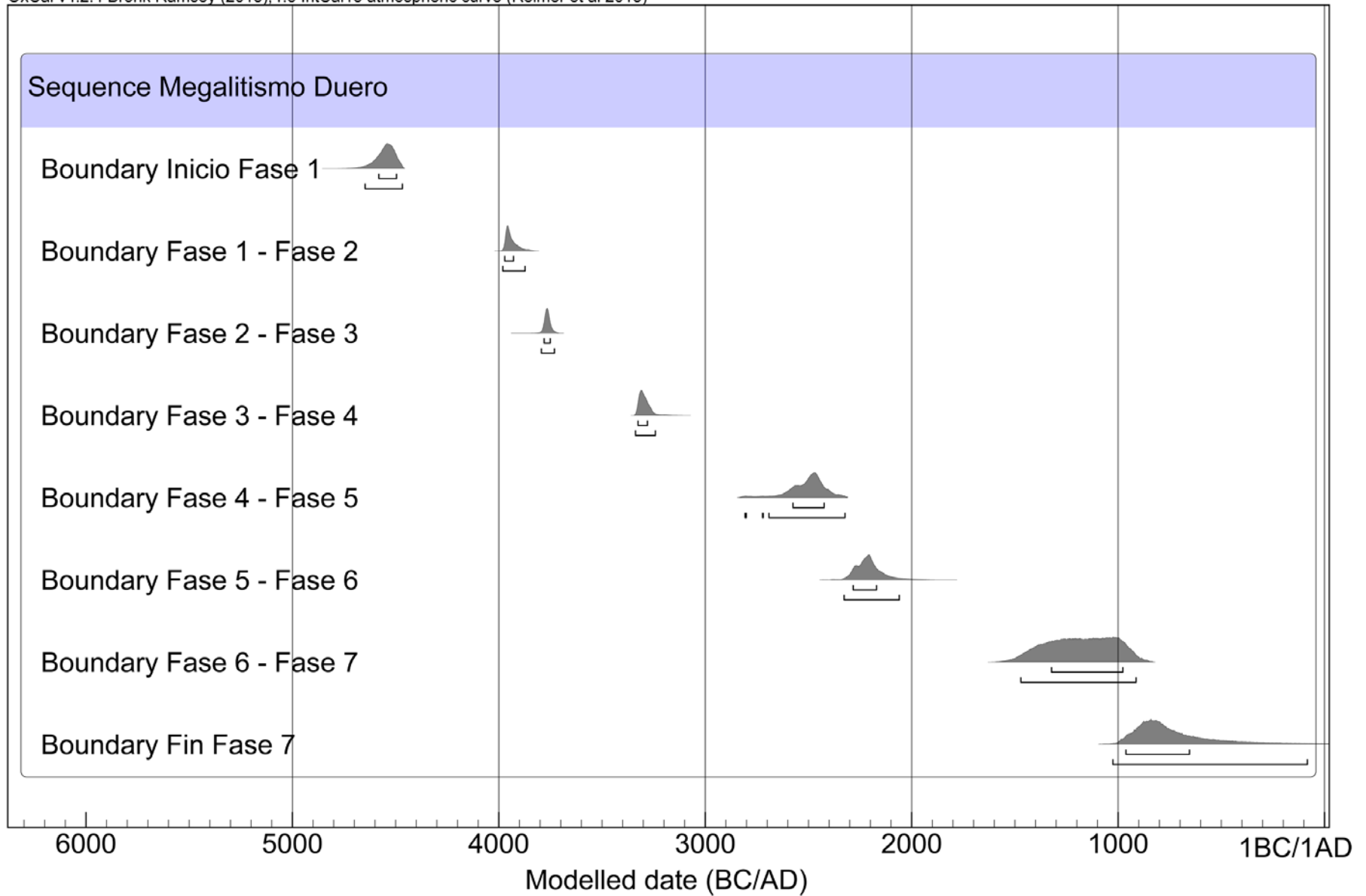
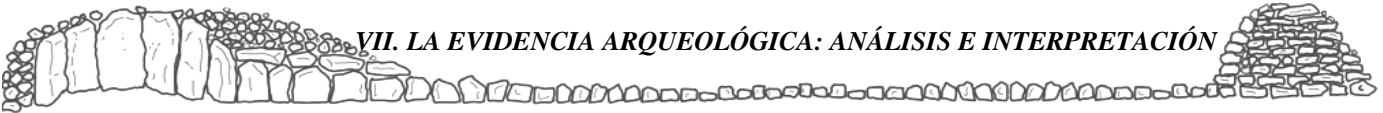


Gráfico 45: Gráfico del análisis de *contiguous phases* realizado sobre fechas modeladas



Por un lado, en el análisis de *overlapping phases* (ver Gráfico 44), las curvas de calibración marcan los intervalos cronológicos en los que estarían incluidos los límites inicial y final de cada fase. De este modo, se muestra una sucesión de hasta 7 fases a lo largo de toda la secuencia, caracterizadas por tener una duración variable. A lo largo de las cuatro primeras fases, se alternan aquellos episodios de amplia duración en torno a los 500 años o incluso superiores (Fases 1 y 3), con otros muchos más breves que están por debajo de las cuatro centurias (Fase 4), llegando incluso a durar menos de un siglo (Fase 2). Las 3 últimas fases del espectro diacrónico estudiado, repiten en cierta medida los anteriores parámetros, conformándose por dos periodos breves de apenas unas centurias de duración (Fases 5 y 7), separados por una fase que podría llegar a tener un milenio de duración (Fase 6). En cuanto a la caracterización cronológica de estas tres últimas fases, nos gustaría señalar algunas matizaciones al respecto. Por un lado, se ha de recordar que los resultados en relación a la delimitación cronológica de la Fase 5 hay que tomarlos con cautela, puesto que el porcentaje de *agreement* del modelo con respecto a la misma es muy baja (24,4%). Por otro lado, tanto la fase 6 como la 7 están representadas por un número escaso de dataciones (6 y 2 respectivamente), que corresponden a ocupaciones puntuales de determinados monumentos megalíticos, y que por tanto no nos permiten determinar fases concretas de uso con precisión. Por tanto, se puede concluir que los primeros momentos de la actividad en los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro se caracterizan por una sucesión de periodos de uso largos, que abarcan prácticamente medio milenio, seguido por otros mucho más breves, en los que las actuaciones se concentran en poco más de su siglo. Por su parte, la actividad megalítica en la segunda mitad del periodo estudiado no refleja un patrón episódico tan regular, sino que más bien parece responder a ocupaciones esporádicas y puntuales que se suceden de manera irregular a lo largo del tiempo, aunque también podría plantearse la existencia de ciertos momentos concretos en los que la actividad es más intensa (Fases 5 y 7).

Estos resultados se complementan con los datos arrojados por el análisis de *contiguous phases* (ver Gráfico 45), que intenta estimar el periodo o lapso de transición entre un episodio y el siguiente, y por tanto en este caso las curvas de calibración lo que están marcando son los intervalos en los que se desarrollan los límites iniciales y finales de los periodos de transición entre las distintas fases de la secuencia. El primer hecho que llama la atención y que permite argumentar aún con mayor fuerza la hipótesis del desarrollo episódico de la actividad megalítica, es que al comparar los límites

cronológicos marcados para cada intervalo y fase, encajan casi de manera sistemática, con algunos matices en ciertas fases debido al uso de distintos parámetros en función del análisis que estemos aplicando (ver Tabla 4). La combinación y complementación de los resultados de ambos análisis va a permitir caracterizar, con una mayor precisión, algunos de los episodios de actividad que con el anterior análisis aún no se mostraban de manera muy clara. Los intervalos de transición que este análisis nos marca entre las primeras fases de la secuencia de actividad megalítica, son por lo general breves, sin superar una centuria en la mayor parte de los casos (Transiciones Fase 1-2 y Fase 3-4), y siendo en algún caso inferiores como en la transición de la Fase 2-3 en la que el intervalo máximo supera apenas los 60 años. Estos intervalos de transición son mucho más amplios en el resto de la secuencia megalítica, llegando a superar el medio milenio en algunos casos (Transiciones Fase 4-5 y Fase 6-7). Es precisamente en esta segunda mitad de la secuencia de actividad megalítica donde se observan mayores diferencias con respecto al análisis anterior, y en concreto con respecto a las Fases 4 y 5, puesto que en ambos casos su duración estimada según el *contiguous phases* es mayor que la determinada en el caso anterior (de hasta 400 y 500 años respectivamente). Por tanto, es más que evidente que es la Fase 5 la que mayor incertidumbre arroja a la hora de intentar delimitar unas fronteras cronológicas más o menos aproximadas, un problema que resulta de las irregularidades que presenta la curva de calibración a la hora de definir dataciones en el lapso de la segunda mitad del III milenio BC, y que afecta en general a prácticamente todo el milenio. Este problema ya se apuntaba a la hora de contextualizar cronológicamente el “fenómeno campaniforme” (Garrido, 1999: 334), una dificultad que ha impedido que a día de hoy tengamos una imagen más precisa sobre el desarrollo de dicho fenómeno, a pesar de todo lo que se ha estudiado sobre el mismo. Dejando a un lado estas cuestiones de índole metodológica, los resultados de este análisis reflejan que las primeras fases de actividad megalítica se sucedieron de manera muy continuada, con lapsos de apenas un siglo entre una y otra, e incluso menores (como en el caso de la Fase 2-3, en la que los resultados a 1σ marcan apenas un lapso de 30 años). Se podría afirmar, por tanto, que durante algo más de un milenio la actividad megalítica en el valle del Duero/Douro no sufrió interrupciones de gran entidad, e incluso en algunos momentos podrían haber llegado solaparse unas fases con otras, mientras que a partir del fin de la cuarta fase (es decir a partir del primer tercio del III milenio cal. BC) los episodios de actividad se dan cada vez más espaciados, dando lugar a importantes “vacíos” dentro de la secuencia diacrónica.

Por consiguiente, a través de los resultados de estos análisis realizados mediante el tratamiento estadístico y la modelación del conjunto de dataciones disponibles, podríamos afirmar que durante algo más de un milenio (desde finales del V hasta el primer tercio del III milenio cal. BC) la actividad megalítica en el valle del Duero/Douro se caracteriza por una relativa continuidad en el uso de los monumentos, sin interrupciones de gran entidad ni episodios de inactividad evidentes, aunque su desarrollo muestra un carácter marcadamente episódico en el que se sucedieron de manera intermitente “picos” de actividad intensa de duración variable (desde menos de 100 hasta más de 500 años), siendo muy evidente en el caso de la Fase 2 en la que se acumulan las evidencias en un muy breve lapso de tiempo, seguidos por intervalos en general breves (por lo general menores de un siglo) en los que la actividad en dichos lugares habría disminuido de manera notable. Incluso, detallando aún más, podríamos decir que el final de la Fase 2 y el inicio de la Fase 3 podrían llegar a solaparse en muchos casos, puesto que el intervalo transición entre ambas va de 0-192 años (a 2σ). A partir del primer tercio del III milenio cal. BC, la actividad megalítica comienza a rarificarse en el valle del Duero/Douro, mostrando una imagen más acorde con ocupaciones o reutilizaciones de los megalitos de manera esporádica y puntual. Aún así, también se ha podido determinar la existencia de determinados episodios en los que el uso de estos monumentos se intensificó (concentrados principalmente entre el último tercio del III y las primeras centurias del II milenio cal. BC), pero ahora existe un mayor distanciamiento entre estos momentos de uso que incluso puede llegar a alcanzar el medio milenio. Destaca el intervalo de transición entre la Fase 3 y 4 (que abarca prácticamente todo el segundo y tercer cuarto del III milenio cal. BC), puesto que tras más de mil años de actividad megalítica intermitente pero continua, se da un episodio de más de 500 años de inactividad en los monumentos megalíticos, marcando una clara ruptura en el “fenómeno de las reutilizaciones” de los monumentos megalíticos. En este punto, tenemos que recordar que el conjunto de dataciones analizado en este estudio se caracteriza por la sobrerrepresentación de muestras de vida larga y por la irregularidad y oscilaciones que la curva de calibración presenta en varios momentos de la secuencia cronológica estudiada, hechos que unidos a las limitaciones que de por sí tienen a día de hoy todas las técnicas de datación y calibración, impiden una mayor precisión a la hora de determinar límites cronológicos específicos. Por estas razones, en nuestra opinión todos estos episodios o fases de uso definidas se habrían producido en lapsos temporales más cortos de los que actualmente somos capaces de distinguir y definir.

Con el propósito de intentar precisar aún más la caracterización cronológica del desarrollo de la actividad megalítica en el valle del Duero/Douro a lo largo de la Prehistoria reciente, se ha realizado una selección de los yacimientos mejor datados del conjunto, en total 16: Alagoas, Arroyal I, Cabritos I, Castelo I, Castenairos I, Chã de Parada I, El Miradero, El Rebolledo, La Sima, La Tarayuela, La Velilla, Madorras I, Merouços I, Outeiro de Ante III, Picoto do Vasco y Rapadouro I. Todos ellos tienen en común que el abanico de dataciones disponibles para ellos fecha varios eventos de uso a lo largo de la “biografía” del monumento, o incluso en algún caso llega a caracterizar cada una de las fases de uso que se ha podido determinar en la secuencia diacrónica de cada caso (como son los casos de Arroyal I, Castelo I, Castenairos I, Chã de Parada I, El Miradero o La Sima), aunque en esta selección también hemos tenido en cuenta otros factores como el hecho de que en ella estuviesen representadas todas las fases de uso definidas con los anteriores análisis o la cuestión geográfica para obtener una imagen general de nuestro objeto de estudio en toda la cuenca del Duero/Douro. En este caso, no sólo se va a trabajar con fechas modeladas sino además combinadas en aquellos casos en los que haya disponibles varias fechas de un mismo yacimiento y cuya calibración entre dentro de los mismos parámetros cronológicos, lo cual no quiere decir obligatoriamente que respondan a un mismo o a un único evento de uso, sino simplemente que las muestras se han tomado de contextos o bien coetáneos o bien muy poco distanciados en el tiempo. La aplicación de esta técnica analítica de “combinación de dataciones de C14” sobre aquellas fechas que se asumen como de la misma edad, permite de este modo simplificar los análisis y obtener una imagen más precisa del lapso temporal que se pretende caracterizar.

Sobre este conjunto de yacimientos seleccionados se ha aplicado de nuevo el método analítico de *overlapping phases* (ver Gráfico 46), por considerarlo el más adecuado de cara al objetivo que se pretende conseguir, que es precisar con más detalle los límites cronológicos de cada una de las fases de uso que caracterizan el desarrollo de la actividad megalítica en el valle del Duero/Douro. Sin embargo, como se puede observar comparando los gráficos y las tablas de este análisis con respecto al realizado sobre el conjunto de dataciones general, no hay grandes variaciones, sino que por el contrario este nuevo análisis viene a reforzar los anteriores planteamientos y reflexiones, aunque con algún pequeño matiz.

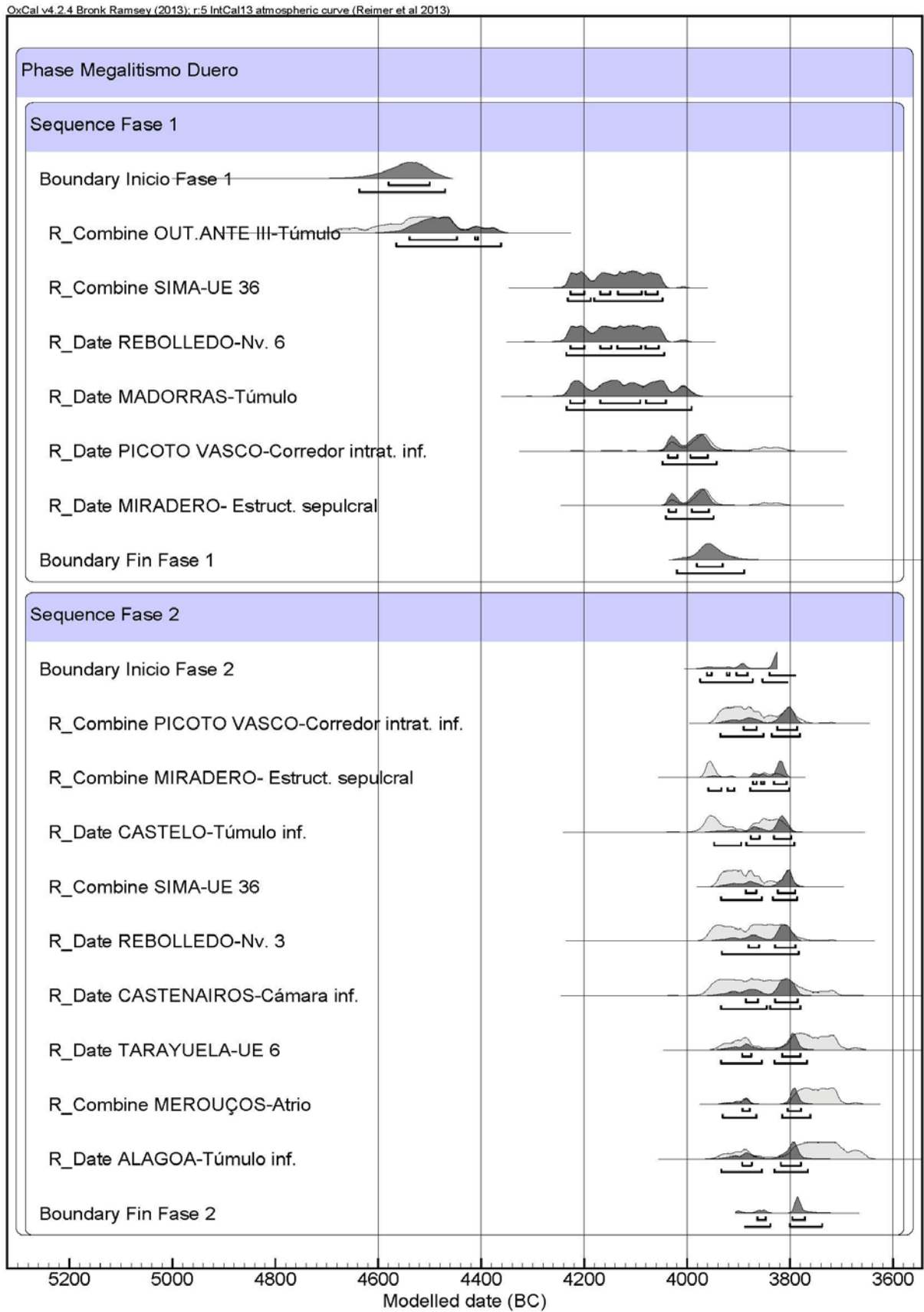
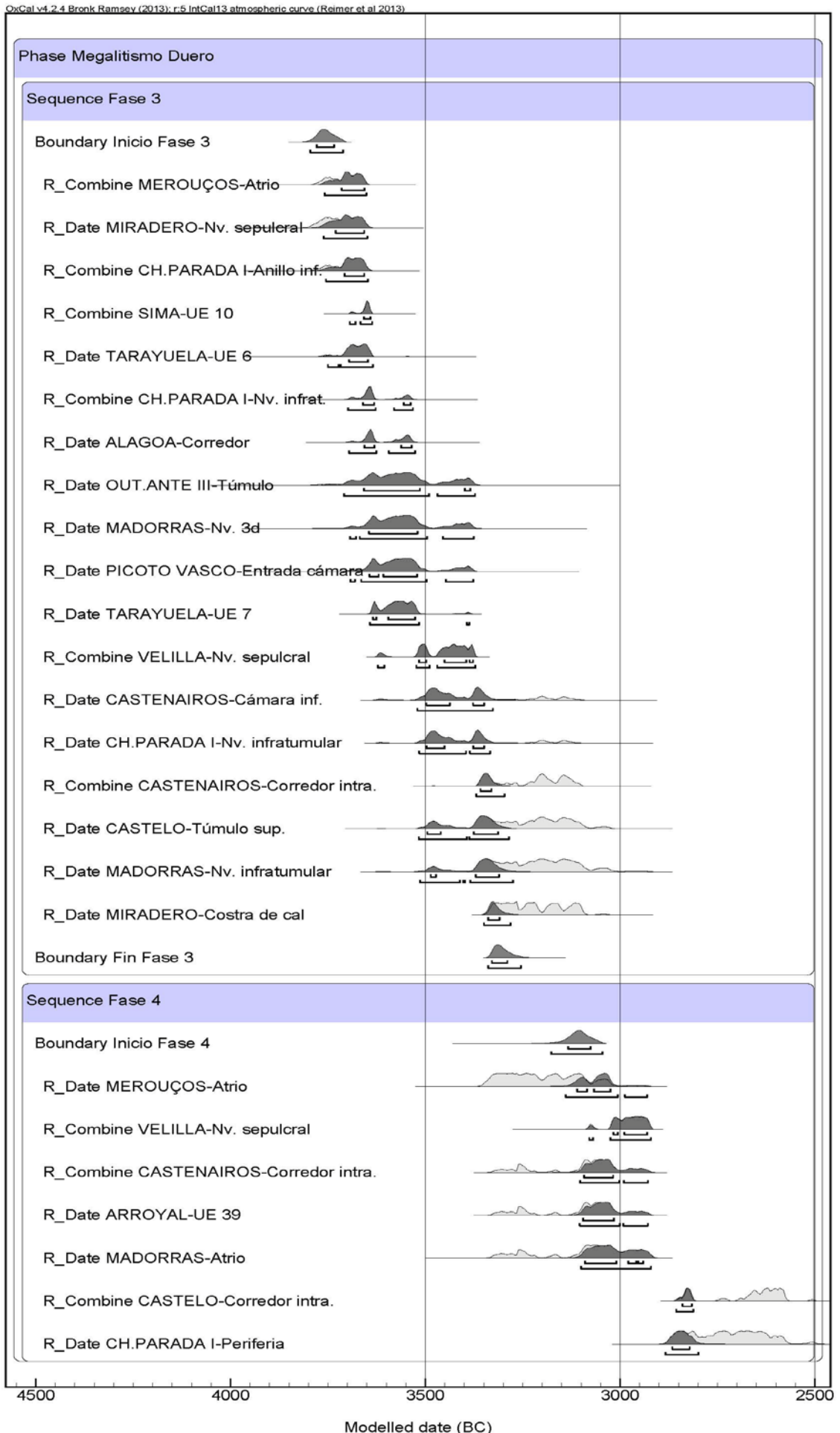
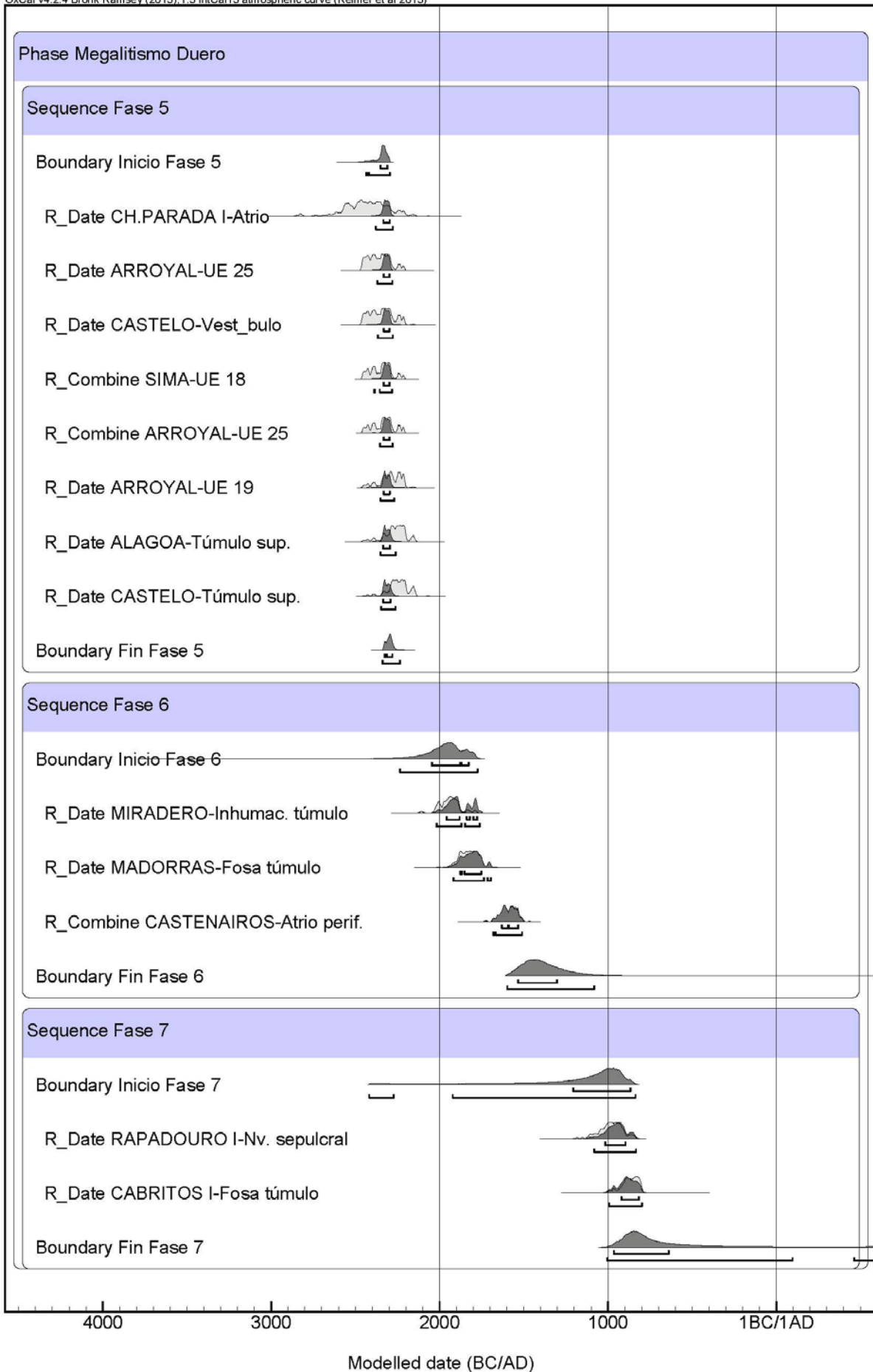


Gráfico 46: Gráfico del análisis de *overlapping phases* realizado sobre las fechas modeladas de una selección de yacimientos mejor datados



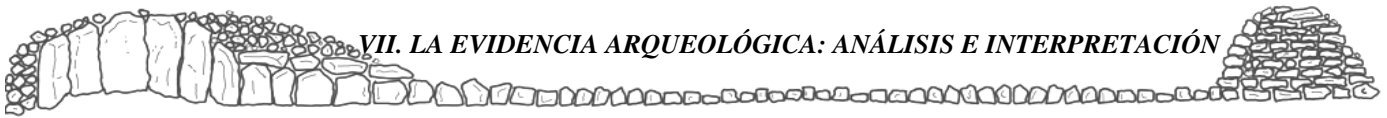
OxCal v4.2.4 Bronk Ramsey (2013); r.5 IntCal13 atmospheric curve (Reimer et al 2013)



Estas matizaciones tienen que ver con la caracterización cronológica de las fases 2 y 5, que si ya de por sí eran las que presentaban un desarrollo temporal más corto, en este nuevo análisis se restringe aún más alcanzando apenas los 80 años (poner intervalos de duración cuando tenga la tabla). Esta mayor afinación en relación a los límites cronológicos es posible debido a que el análisis está realizado sobre un menor número de dataciones, debido tanto a los procesos de selección como de combinación de las dataciones de C14, que proceden además de contextos muy bien definidos y caracterizados en términos arqueológicos.

Por otro lado, de este mismo análisis se podrán extraer otro tipo de reflexiones interesantes que están más en relación con el tipo de eventos o de actuaciones a los que se ligan los distintos contextos datados y adscritos a una determinada fase, y que pueden aportarnos más información acerca de cuáles fueron el tipo de prácticas llevadas a cabo en cada uno de los episodios de uso de los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro, y a su vez sobre las diversas necesidades ceremoniales o rituales que tenían las comunidades que poblaron dicho territorio a lo largo de la Prehistoria reciente. Esta cuestión se va a abordar a continuación, mediante la caracterización cronológica de cada uno de los “tipos de evento” definidos a través de los contextos arqueológicos de los que proceden las muestras que han sido datadas e incluidas para este estudio.

Durante la fase descriptiva y de recogida de datos, se llevó cabo un estudio exhaustivo del contexto del que procedían las muestras datadas (unidad estratigráfica, nivel, capa, cuadro...), a través del examen de toda la información aportada por las memorias y publicaciones a nuestro alcance, del mismo modo que se ha hecho con el resto de evidencias arqueológicas documentadas. Gracias a que en gran parte la información aportada por los propios excavadores acerca de la procedencia de la muestra era adecuada y bastante detallada, y se ha podido cotejar con otros datos como el depósito de ciertos elementos materiales o la realización de ciertas prácticas en el mismo contexto espacial del megalito, se ha podido hacer corresponder a muchas de estas dataciones con un evento de uso concreto del megalito, que en gran medida se asemejan con los grupos de prácticas definidos en el anterior capítulo (ver Tabla 2 y epígrafe 6.4).



Para el caso de las evidencias datadas (ver Gráfico 47) se han definido hasta 8 categorías diferentes que se han designado como “evento de ocupación o incendio pre-tumular” (para aquellas muestras procedentes de niveles infratumulares y que bien estaban vinculadas a estructuras de combustión o a lechos dispersos de carbón), “evento de construcción” (se trata de aquellas muestras procedentes de los sedimentos insertos en los elementos arquitectónicos propios de la estructura original como fosas de cimentación o niveles inferiores del túmulo o contrafuerte), “evento de uso (funerario o no funerario)” (categoría nombrada para agrupar aquellas dataciones que no se pueden vincular a un evento de uso concreto), “evento de clausura/sellado” (muestras procedentes de niveles de cierre del sepulcro en todas sus variantes), “evento de adición/remodelación” (muestras procedentes de niveles de remodelación del sepulcro en todas sus variantes), “evento funerario y de mantenimiento del depósito sepulcral” (para aquellas evidencias datadas procedentes de contextos de remoción y alteración del osario claros), “evento de reutilización funeraria” y “evento de reutilización” (para aquellas muestras que proceden claramente de contextos de reutilización pero en los que no se ha documentado ninguna evidencia de huesos humanos).

Un primer análisis cuantitativo con respecto a la representatividad de los distintos “tipos de evento” en el conjunto de dataciones analizadas (es decir en las 159 fechas que se han sometido al análisis por fases –ver Gráfico 47A-), muestra que son los “eventos de clausura” y los de “remodelación” los mejor representados y por tanto de los que tenemos un mayor número de casos datados (36 y 32 respectivamente), mientras que son los “eventos de reutilización tanto funeraria como no funeraria” los que tienen una menor representación (19 casos en total). Hay que señalar el importante conjunto de fechas que corresponden a “eventos de ocupación o incendio pre-tumular” (hasta 23 casos), pero que como veremos a pesar de su relación estratigráfica no siempre corresponden a momentos de ocupación anteriores a la construcción megalítica (ver subepígrafes 5.1.1 y 6.2.5).

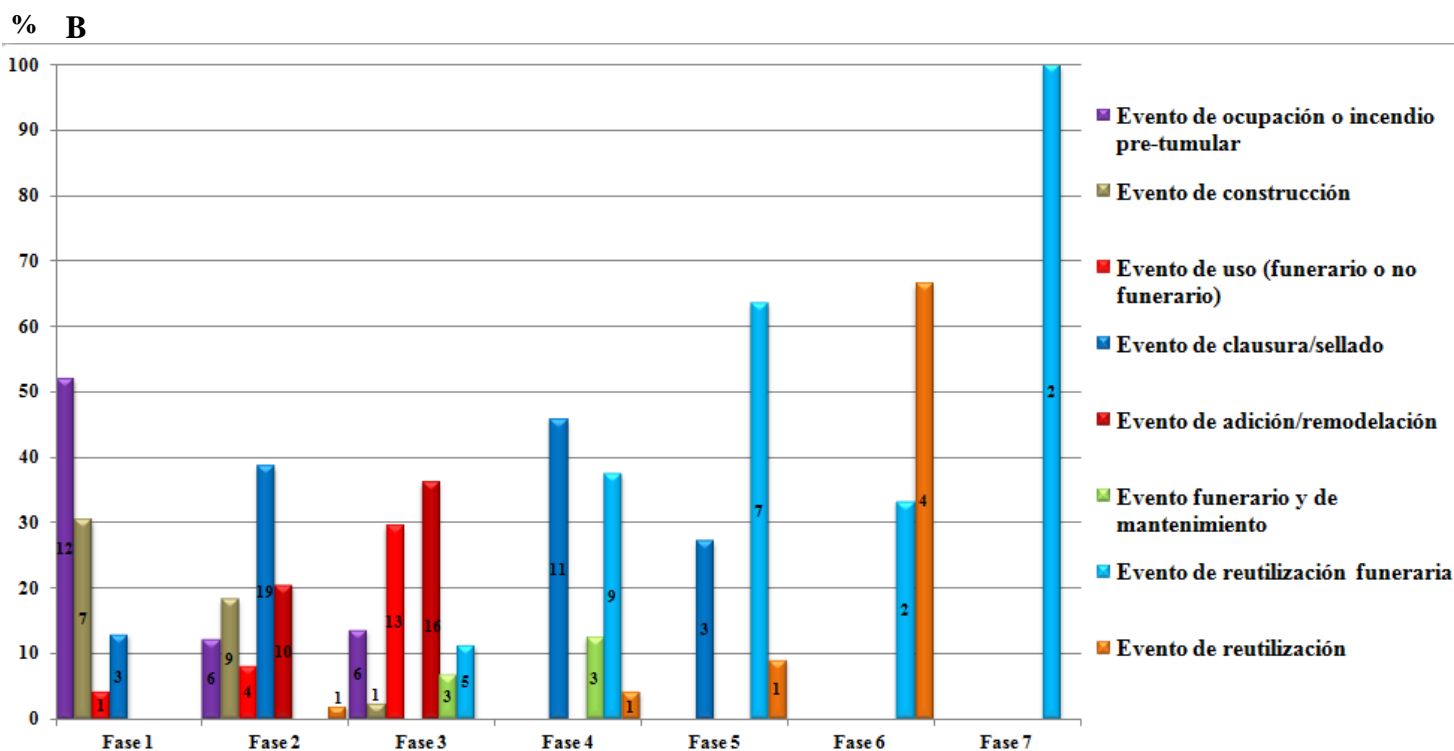
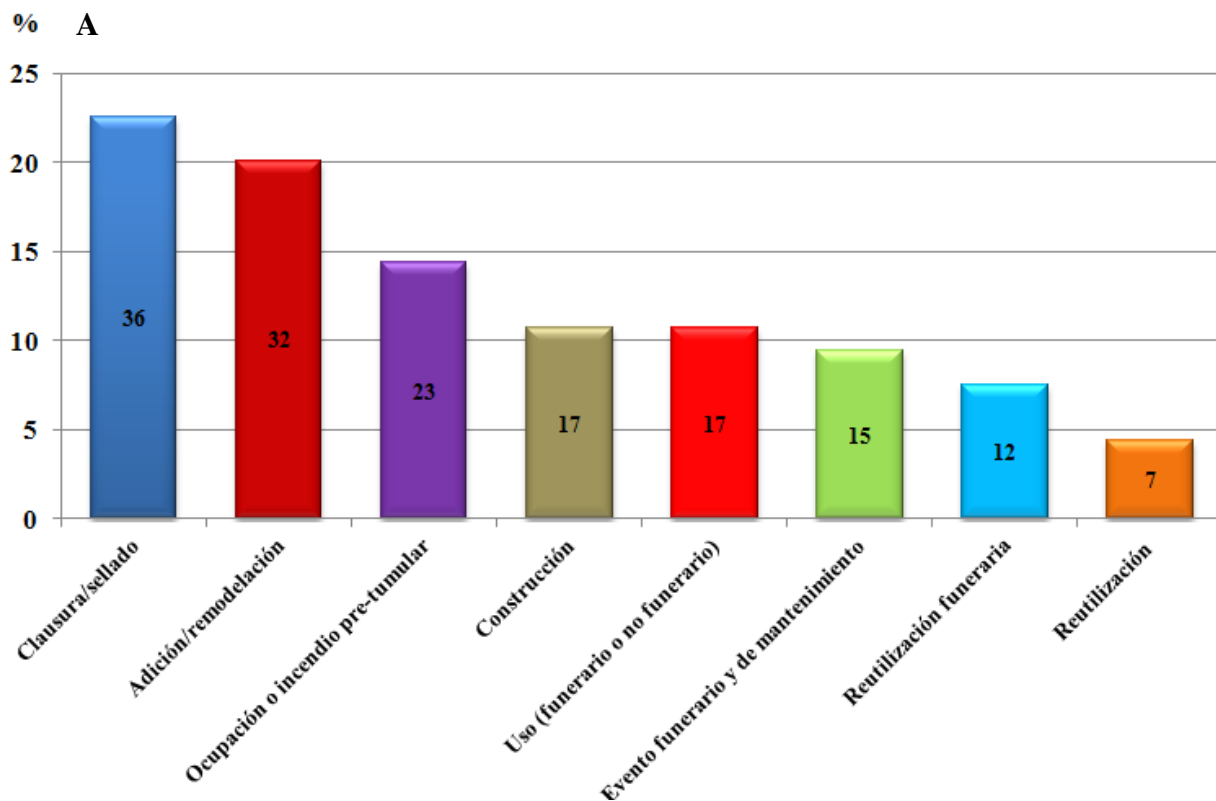
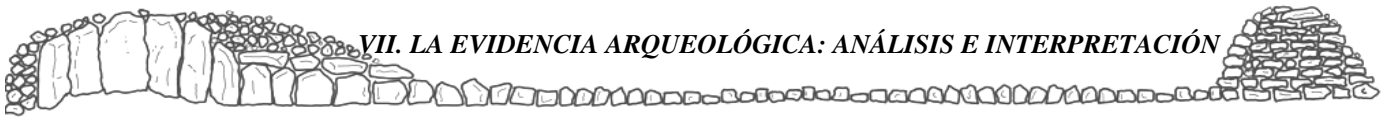


Gráfico 47: Representación porcentual de los “tipos de evento” que cuentan con dataciones absolutas (A) y su relación porcentual entre las distintas fases de “uso post-fundacional” (B)



El grupo de los “eventos de construcción” y los de “ocupación o incendio prematuro” (ver Gráfico 48) es el que encuentra entre sus fechas las de mayor antigüedad, como es evidente, lo cual no quiere decir que este tipo de actuación sólo se haya dado durante las primeras fases de la actividad megalítica (hay 19 casos para la Fase 1, 15 para la Fase 2 y 6 para la Fase 3). De hecho, centrando la atención en aquellos contextos directamente ligados a los posibles momentos de construcción del megalito, se observa que si bien el momento de su mayor representatividad porcentual está en la Fase 1, es en la siguiente donde nos encontramos con un mayor número de casos (7 y 9 respectivamente), descendiendo ya notablemente en la Fase 3.

Atendiendo al tipo arquitectónico al que corresponden estos contextos datados, no se observa un claro patrón de comportamiento, puesto que tanto en la primera fase como en la segunda están presentes tanto sepulcros de corredor, como cámaras simples y túmulos simples (este tipo en la fase 1 no está representado por eventos de construcción como tal sino por su clausura, como en el caso de El Rebolledo, lo que permite inferir que su construcción se habría dado dentro de esta misma fase); en cuanto a las tumbas-calero, su presencia en la primera fase sólo está representada por una fecha de La Sima y otra de El Miradero (que en este caso además, como se puede observar en el gráfico, está justo en una zona intermedia entre las dos fases), mientras que es en el siguiente episodio cuando su representación es mayor, por lo que no se puede afirmar con seguridad que su construcción hubiese tenido lugar en estos momentos iniciales de la actividad megalítica o en una fase posterior (en el caso de las tumbas-calero fechar su momento de construcción es muy complicado, puesto que es difícil discernir si la muestra de carbón tomada procede del uso inicial del sepulcro o ya propiamente de su clausura). En la fase 3 sólo tenemos un caso y corresponde con una cámara simple (en concreto la *mamoá* de Abogalheira I).

Como ya se ha apuntado anteriormente, las muestras procedentes de niveles infratumulares, tiene una mayor complejidad a la hora de ser interpretadas, puesto que aunque en principio podrían tomarse como un referente *post-quem*, no en todos los casos es así teniendo ejemplos de monumentos en el que muestras procedentes de este tipo de contextos han arrojado fechas más recientes a la propia construcción y uso del sepulcro (como es el caso de Chã de Parada I). Por tanto, teniendo en cuenta estos datos (sin olvidar que estos análisis sólo están realizados sobre 45 yacimientos, es decir el 25% de todo el conjunto estudiado en esta investigación), se podría afirmar que la actividad constructiva disminuyó notablemente a partir del segundo tercio del IV

milenio cal. BC, aunque con ello no queremos decir que no se construyera ningún monumento megalítico más a partir de dicha fecha.

El siguiente grupo en el que aparecen las fechas más antiguas es en los “eventos de uso (funerario o no funerario)” y en los de “manipulación del depósito sepulcral” (ver Gráfico 49), siendo el primer caso una categoría nombrada para agrupar aquellas dataciones que no se pueden vincular a un evento de uso concreto. Por las características de este tipo de evento, su desarrollo cronológico es amplio, abarcando desde la Fase 1-4 (1 caso en Fase 1, 4 en Fase 2, 16 en Fase 3 y 3 en fase 4), un resultado completamente esperado dado que en este caso lo que se está datando es simplemente el uso sin más del monumento y las posibles remociones del osario que tendrían de forma casi inevitable en cada una de sus recurrentes ocupaciones. El único dato quizás relevante a destacar, es el hecho de que este tipo de contextos datados está completamente ausente en las últimas fases de la secuencia cronológica (Fases 5-7), debido quizás al hecho de que las actuaciones en este momento se limitaban de modo prácticamente exclusivo al lugar donde se realizaba el depósito funerario o votivo en cuestión.

El siguiente grupo a analizar es el de los “evento de clausura/sellado”, en nuestra opinión uno de los que cuya caracterización cronológica es más interesante y relevante de cara al objeto de estudio de nuestra investigación (ver Gráfico 50). Además, se trata del tipo de evento con mayor representación dentro del conjunto de dataciones (hasta 36 casos), que también se corresponden con un número importante de yacimientos diferentes (hasta 15). Como se puede observar en el gráfico, este tipo de evento también aparece representado a lo largo de toda la secuencia, incluso con una mayor amplitud que en los casos anteriores, aunque claramente hay dos momentos en los que se da una mayor concentración en la Fase 2 y 4 (4 casos en Fase 1, 14 en Fase 2, 5 en Fase 3, 10 en Fase 4 y 3 en Fase 5).

Analizando con detalle los tipos de contextos y yacimientos de los que proceden las muestras adscritas a cada fase, se plantean importantes diferencias con respecto a los tipos de prácticas que se llevaron a cabo en cada momento. Los eventos de clausura con dataciones más antiguas se caracterizan por ser prácticas de “fuego clausurador” acompañadas de “tumulación”. En relación a la datación de Picoto do Vasco que en principio había sido adscrita a la Fase 1, parece evidente tras la observación de este

gráfico que en realidad entraría dentro de la Fase 2, lo que además viene refrendado por el hecho de que el resto de dataciones procedentes del mismo contexto corresponden al segundo episodio. Con respecto a La Sima se podría plantear no ya la adscripción de sus dataciones a la Fase 1 (lo cual parece fuera de toda duda), pero sí el hecho de que estén fechando el momento de su clausura (que el resto de dataciones sitúan en la siguiente fase), puesto que como ya hemos apuntado anteriormente es complicado en el contexto de una tumba-calero discernir si la muestra procede de un evento de uso inicial del megalito o propiamente de su clausura. Por lo tanto, es posible que en la Fase 1 en realidad sólo esté representado en realidad un evento de clausura, el correspondiente al túmulo de El Rebolledo. La Fase 2 está claramente caracterizada sin ningún tipo de duda por las prácticas de “fuego clausurador”, siendo además en este caso el lapso temporal muy restringido, lo que significa que los cierres de estos sepulcros tendrían lugar a lo largo de apenas unas decenas de años, probablemente correspondiendo sólo a una o dos generaciones. En este grupo se incluye además la datación de la Dehesa de Río Fortes, monumento en el que aunque no con la misma intensidad, el fuego también tuvo un papel importante en su sellado. En cuanto a la Fase 3, los 4 casos con los que en un principio contábamos para esta fase, atendiendo al gráfico, no resultaría descabellado incluirlos dentro de la fase anterior, dado que parte de la curva de calibración de sus dataciones se solapa con la anterior, y también desde el punto de vista arqueológico porque de nuevo el fuego está presente como elemento fundamental en sus sistemas de cierre (de hecho, una de estas dataciones procede de la Peña de la Abuela, yacimiento del que el resto de dataciones están integradas en la Fase 2). En la Fase 4, de nuevo volvemos a encontrarnos con una importante acumulación de dataciones ligadas a eventos de clausura, 7 de ellas muy uniformes que corresponden en todos los casos a prácticas de inhabilitación de las zonas de acceso y la cámara mediante su colmatación con tierra y bloques de piedra, que habrían tenido lugar en un lapso temporal bastante restringido. La datación realizada sobre una muestra de costra de cal de la tumba-calero de El Miradero (*a priori* adscrita a la Fase 3) y que por tanto en principio parece que estaría datando el evento de quema y clausura de dicha tumba, presenta una curva de calibración que, si bien con muchas oscilaciones, abarca el mismo lapso temporal que las anteriores fechas; por tanto, se trata de un evento de clausura por “fuego clausurador” de una tumba-calero, con una cronología bastante más recientes con respecto a sus paralelos arqueológicos también datados (como La Sima o La Peña de la Abuela). Con respecto a las 6 últimas fechas que forman parte de este grupo, que

corresponden a los eventos de clausura de dos yacimientos concretos, las *mamoas* de Castelo I y Alagoas ambas en Vila Real, remiten claramente a los momentos más recientes registrados para este tipo de actuación; e incluso dentro de este pequeño conjunto de dataciones, se observan claramente dos momentos bien diferenciados, que en principio agruparían a las 3 primeras fechas en la Fase 4 y a las 3 últimas en la Fase 5. Este hecho puede tener dos lecturas, al poder interpretarse como el reflejo de dos eventos de clausura que tuvieron lugar en un mismo megalito de forma consecutiva aunque espaciada en el tiempo, o bien considerar que las 3 últimas dataciones en realidad no están datando una práctica de clausura sino (por el tipo de contexto del que procede la muestra, los niveles superiores de la estructura tumular o el vestíbulo, es decir zonas muy accesibles) un evento de ocupación en época posterior del que no se ha conservado ningún tipo de evidencia arqueográfica, probablemente debido a que se trató de una “visita” puntual y esporádica. Por su parte, las 3 primeras dataciones sí estarían fechando el evento de clausura como tal del monumento también caracterizado por la inhabilitación de los espacios interiores mediante la colmatación con tierra y piedras (aunque en este caso con una importante presencia del fuego); como en el caso de El Miradero, se trataría de un caso tardío con respecto al resto de sus paralelos arqueológicos.

Los resultados de la caracterización cronológica de estos eventos de clausuras resultan muy sugerentes, sobre todo por el hecho de que coinciden exactamente con las reflexiones extraídas del estudio de este mismo tipo de evento desde una perspectiva puramente arqueográfica y con referentes cronológicos relativos y no absolutos. En ambos casos, se ha podido documentar dos momentos claros a lo largo de la secuencia diacrónica estudiada en los que los usuarios de los megalitos decidieron sellarlos y cerrarlos de manera definitiva, dos episodios que gracias a las dataciones hemos podido determinar como Fase 2 (primeras centurias del IV milenio cal. BC) y Fase 4 (final del IV-inicio del III milenio cal. BC), que en ambos casos se tratan de episodios de desarrollo breve de apenas unos siglos de duración, y en el caso de la Fase 2 incluso podría llegar a restringirse a la actividad de una o dos generaciones. También las diferencias observadas en el tipo de prácticas llevadas a cabo en cada uno de estos “momentos de cierre” de los sepulcros (ver epígrafe 7.1.1 y Gráficos 38 y 40), se confirman ahora gracias a las dataciones, que agrupan a la mayor parte de las prácticas de clausura por “fuego clausurador” y “tumulación” (es decir la denominada como Clausura 3) en los momentos más antiguos de la secuencia (es decir en la Fase 2, salvo

1 caso en la Fase 1 y otro en la Fase 3), mientras aquellas actuaciones de “inhabilitación de los espacios interiores” (denominadas como Clausuras 7, 8 y 9) remiten a una cronología más reciente ya dentro de la Fase 4.

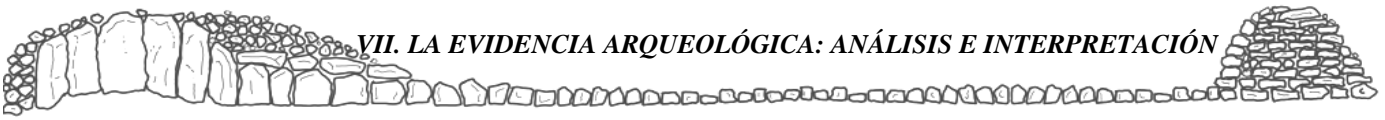
El grupo de los “eventos de remodelación y añadido” se encuentra más restringido cronológicamente que en los anteriores casos (ver Gráfico 51), puesto que el desarrollo de este tipo de actuación apenas alcanza el milenio, abarcando en principio las Fases 2 y 3 (es decir, aproximadamente todo el IV milenio cal. BC) de la secuencia de actividad megalítica (ver Gráfico 51). Si bien en la Fase 2 hay varios casos documentados (hasta 10 muestras datadas), es en la Fase 3 donde se encuentra una mayor acumulación (16 casos) y uniformidad cronológica de este tipo de actuaciones, y es precisamente en este momento donde este tipo de actuación alcanza su porcentaje más alto de representatividad (de nuevo, estos resultados encajan con las reflexiones extraídas a raíz de los análisis de las prácticas combinadas, en los que también veíamos cómo era tras el primero de los momentos de generalización de las clausuras en los megalitos, cuando se daban un mayor número de remodelaciones en los monumentos, que incluso en un gran número de casos eran los mismos que los previamente clausurados).

Se ha de señalar que todos los casos datados se refieren a prácticas de remodelación que se caracterizan por el “añadido” de elementos de acceso, fundamentalmente corredores intratumulares y atrios, aunque también nos encontramos con algún contexto de “retumulación” (como en los casos de Madorras I o Castelo I). Observando detenidamente el gráfico, vemos que en algunas de las dataciones incluidas en la Fase 2 la propia curva de calibración nos podría estar indicando su adscripción cronológica más reciente (como en el caso de las dataciones correspondientes a Lameira de Cima II o Merouços I), y por tanto podríamos plantear que en realidad el desarrollo de estos “eventos de remodelación” tuvieron lugar dentro de la Fase 3. Lo mismo ocurre con las últimas 5 dataciones presentes en el análisis que se desmarcan notablemente de las anteriores; sin embargo, al proceder la mayor parte de ellas del mismo dolmen (Castenairos) y mismo tipo de contexto (corredor intratumular y atrio) que en los casos anteriores, y al entrar la mayor parte de la curva de calibración dentro de los límites de la Fase 3 (que recordemos se caracteriza por un intervalo de duración cercano al medio milenio; ver Tabla 4), nos inclinamos a seguir incluyendo este evento dentro de dicha fase, considerando que se trataría de un evento de remodelación tardío con respecto a

sus paralelos arqueológicos. Por tanto, en líneas generales y al igual que en el caso de los “eventos de clausura” podríamos adscribir este tipo de prácticas, aunque no de manera exclusiva, a la Fase 3, que además tendrían un papel protagonista dentro de la actividad megalítica desarrollada en las centurias intermedias del IV milenio cal. BC.

Por último, se analizan conjuntamente los grupos de “eventos de reutilización funeraria” y de “eventos de reutilización”, categoría esta última denominada para agrupar aquellas muestras que proceden claramente de contextos de reutilización pero en los que no se ha documentado ninguna evidencia de huesos humanos (ver Gráficos 52 y 53). En ambos casos, lo primero que llama la atención es que la mayor parte de las dataciones se concentran a partir de la mitad de la secuencia diacrónica estudiada, fundamentalmente a partir de mediados del III milenio cal. BC (correspondiendo, por tanto, a las Fases 5, 6 y 7).

En relación al análisis de los “eventos de reutilización funeraria” (ver Gráfico 52), lo primero que hay que tener en cuenta es que las dataciones integradas en las Fases 3 y 4 corresponden apenas a 3 yacimientos diferentes (2 en la Fase 3, La Tarayuela con 1 datación y La Sima con 4, y solamente La Velilla para la Fase 4 pero con 9 fechas), mientras que en los momentos posteriores están representados hasta 8 yacimientos diferentes. Esto quiere decir que este tipo de actuación estaría mucho más generalizado en las etapas más recientes del recorrido diacrónico, puesto que en las anteriores a pesar de tener un relevante porcentaje de representación debido al elevado número de dataciones procedentes de este tipo de contexto, apenas hacen referencia a su presencia en 3 yacimientos diferentes. En relación al análisis de las últimas etapas (puesto que del resto de fases poco hay que decir ya que la uniformidad de las fechas se debe fundamentalmente a que proceden de un mismo contexto), las 7 dataciones que se corresponderían con la Fase 5 presentan una curva de calibración muy similar y uniforme, lo cual no es de extrañar porque en todos los casos, a excepción de la de Arroyal UE 19 (que se trata de una inhumación individual que no presentaba ningún tipo de ajuar, y cuya posición estratigráfica indicaba que se trataba de un evento ligeramente posterior), se trata de contextos vinculados al “fenómeno campaniforme”. Por tanto, se podría plantear que estos eventos tuvieron lugar a lo largo de un lapso temporal muy restringido, aunque no debemos de olvidar los problemas que en este lapso cronológico plantea la curva de calibración al ser muy irregular y oscilante. Sin embargo, se nos presenta ya un hecho muy interesante y es la corroboración cronológica



de la existencia de depósitos funerarios reutilizando monumentos megalíticos, que siendo coetáneos de los vinculados al “fenómeno campaniforme” no presentan ningún elemento al respecto. Sobre esta cuestión ahondaremos más en el epígrafe siguiente de este capítulo (ver epígrafe 7.2). Por su parte, los eventos correspondientes a la Fase 6 (3 casos) no presentan tal uniformidad cronológica, sino que se desarrollan a lo largo de un amplio lapso temporal que alcanza prácticamente los 500 años, lo que apunta hacia que se tratarían más de ocupaciones puntuales y esporádicas más que obedeciendo a unas pautas de comportamiento concretas, como si parece que ocurría en la Fase anterior. En cuanto a las 2 dataciones correspondientes a la Fase 7, al ser tan escasa su representatividad poco se puede decir más allá de que ambos casos parecen haber coincidido en el tiempo, lo cual no quiere decir que hubiese una tendencia generalizada en este momento a usar los megalitos para depósitos funerarios (algo que tampoco hemos podido deducir a través de los análisis de las alteraciones post-fundacionales o las prácticas combinadas).

En relación al análisis de los “eventos de reutilización no funeraria” (ver Gráfico 53) pocas reflexiones se pueden extraer más allá de reiterar la idea de que este tipo de actuaciones se generalizaron en cierta medida a partir de la mitad de la secuencia diacrónica planteada, en este casos entre las Fases 5 y 6. La datación que aparece al inicio de la secuencia y que se corresponde con la Fase 2, se trata de una muestra procedente de un hogar hallado en la periferia del túmulo de El Rebolledo, que se llevó a cabo una vez clausurado el megalito pero sin tener más evidencias acerca del tipo de actuación que dio lugar a dicha estructura de combustión; quizás se trate de la evidencia de algún tipo de ceremonial que se llevó a cabo en torno al túmulo, siendo la prueba de que estos lugares a pesar de ser clausurados y sellados seguían permaneciendo en la memoria colectiva como lugares o monumentos ligados a sus antepasados. Como se puede observar, de nuevo estos análisis vienen a corroborar uno de los planteamientos ya expuestos (ver subepígrafe 7.1.1) al caracterizar las prácticas llevadas a cabo en cada momento de uso, en relación al hecho de que en la segunda mitad del III milenio cal. BC y las primeras centurias del II (es decir, coincidiendo con las Fases cronológicas 5 y parte de la 6) se dio un repunte importante en la actividad megalítica, en el que el fenómeno de la reutilización se caracterizó mayoritariamente por tener un carácter funerario recuperando así, tras un importante lapso temporal, como funcionalidad principal de estos lugares la de actuar como sepulcros.

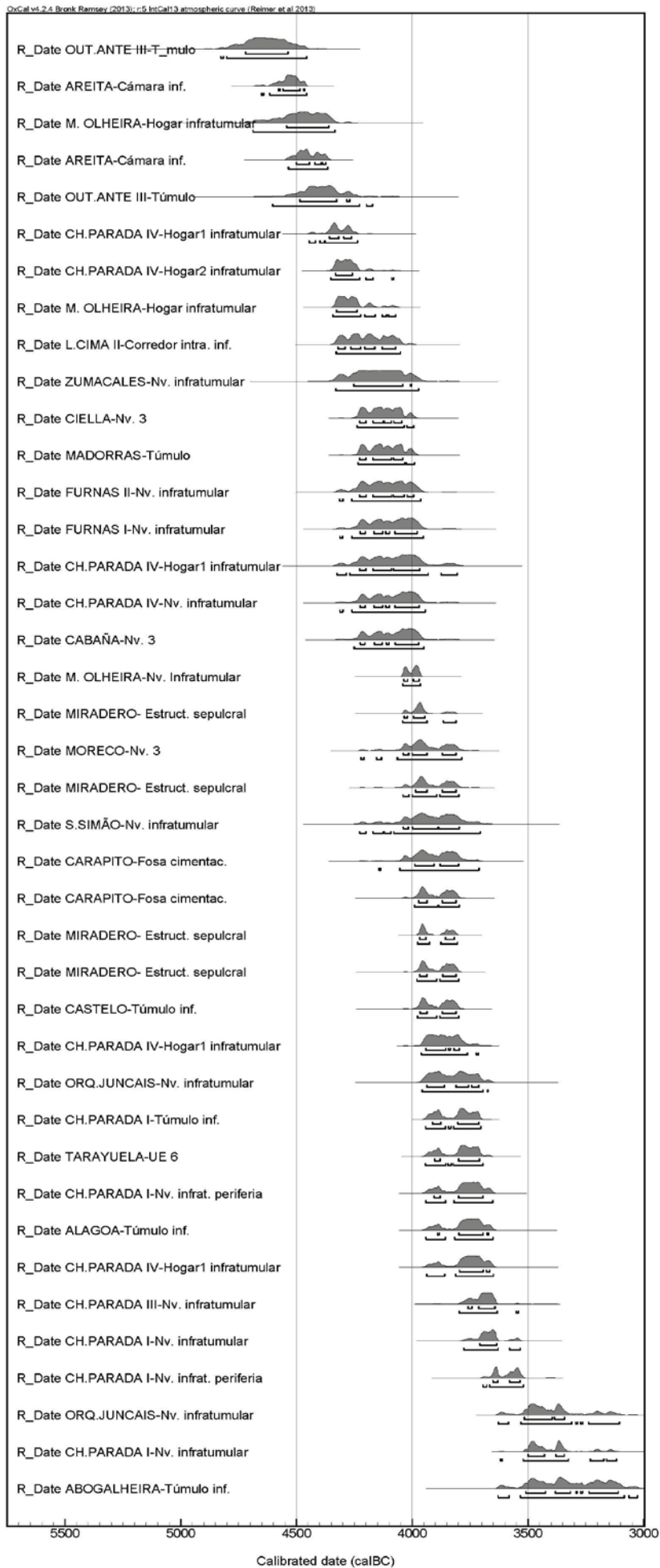


Gráfico 48: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de construcción” y de “ocupación/incendio pre-tumular”

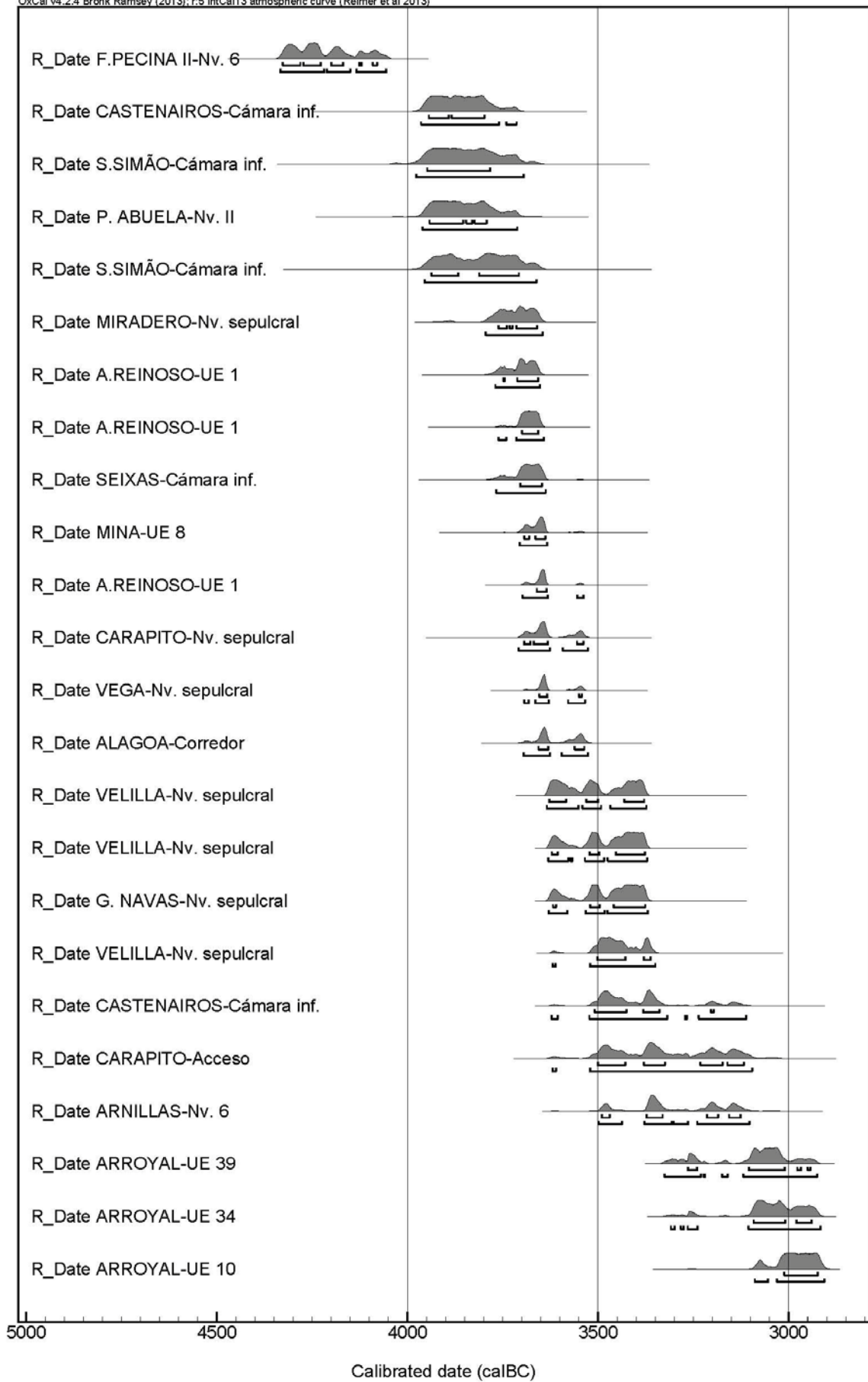


Gráfico 49: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de uso” y “manipulación del depósito sepulcral” dados

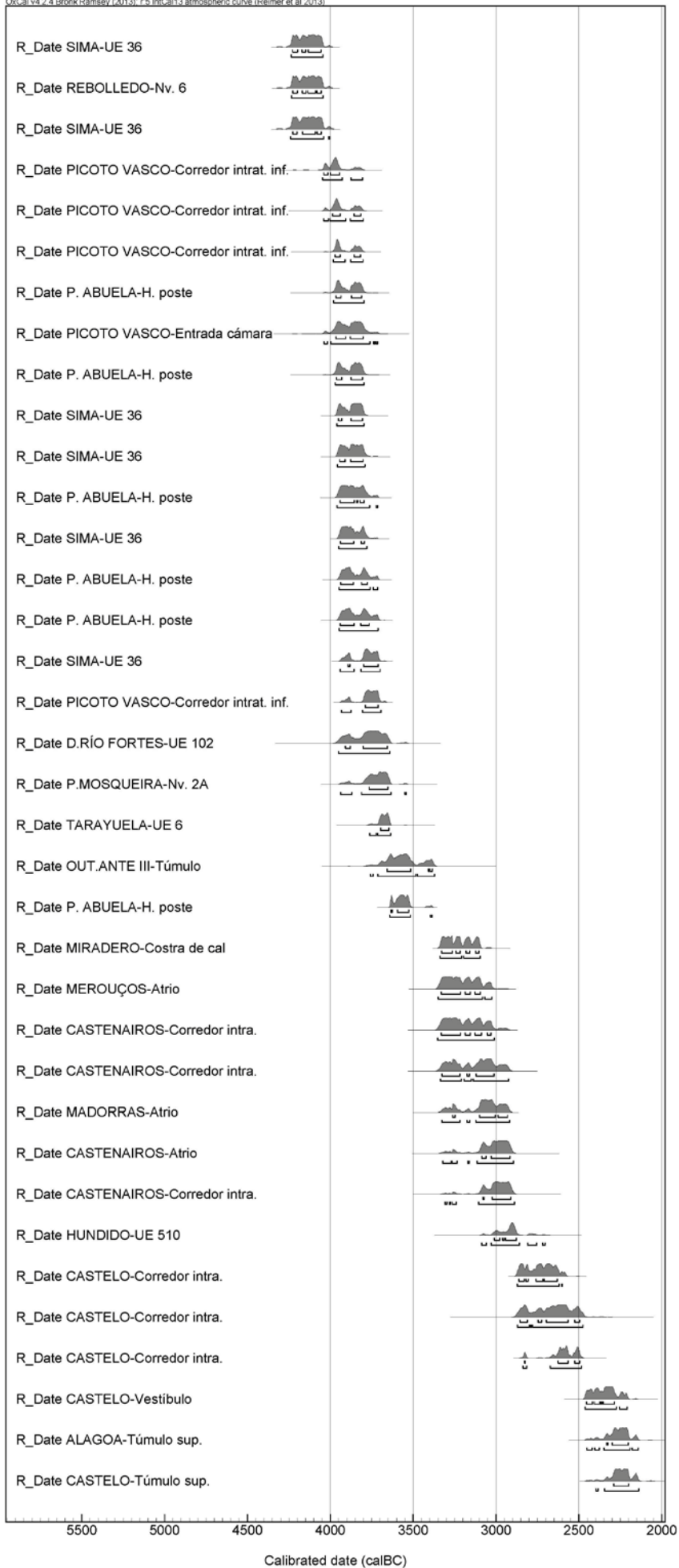


Gráfico 50: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de clausura/sellado” dados

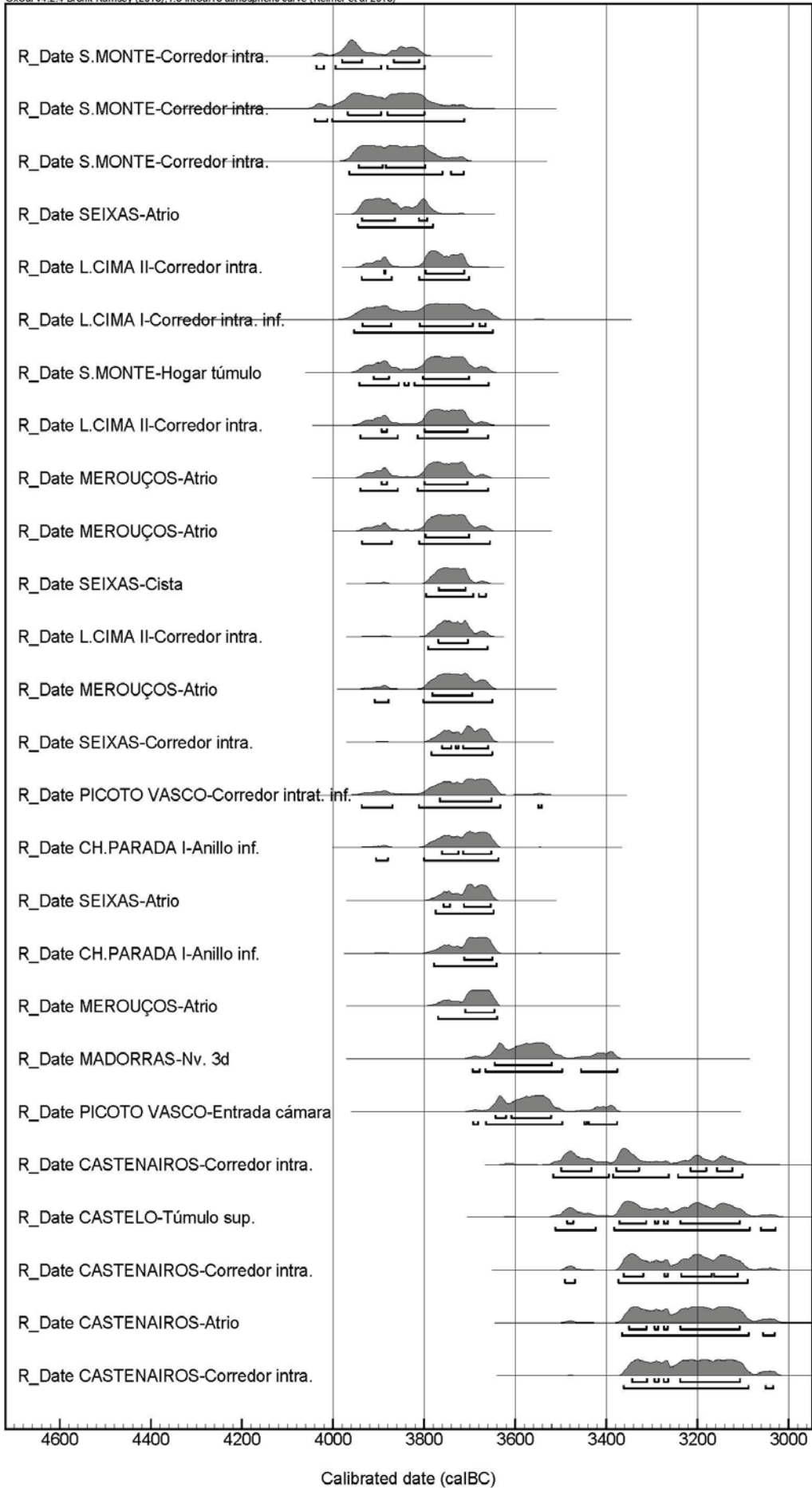


Gráfico 51: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de remodelación y añadido” datados

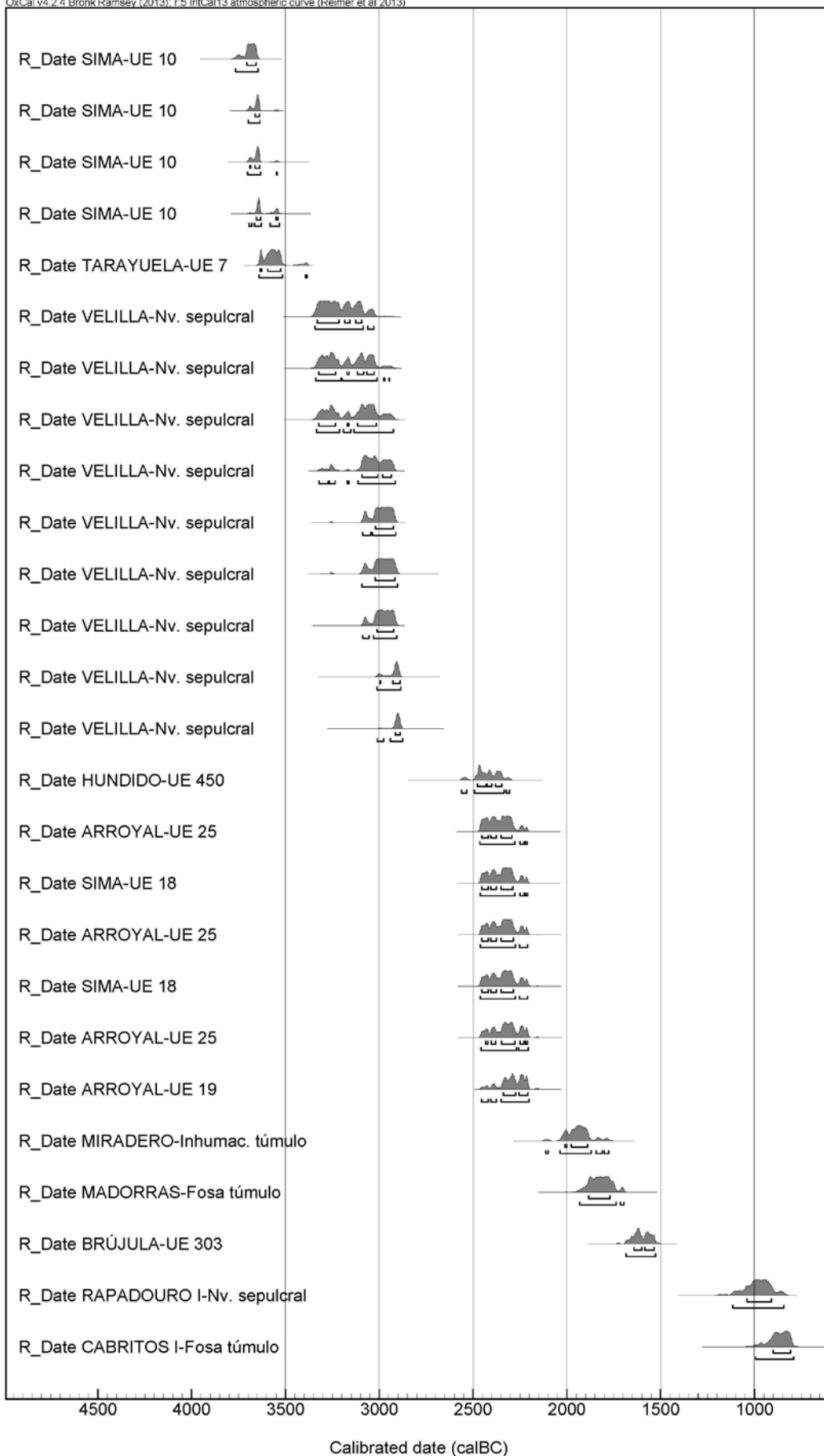


Gráfico 52: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de reutilización funeraria” o “posible funeraria” datados

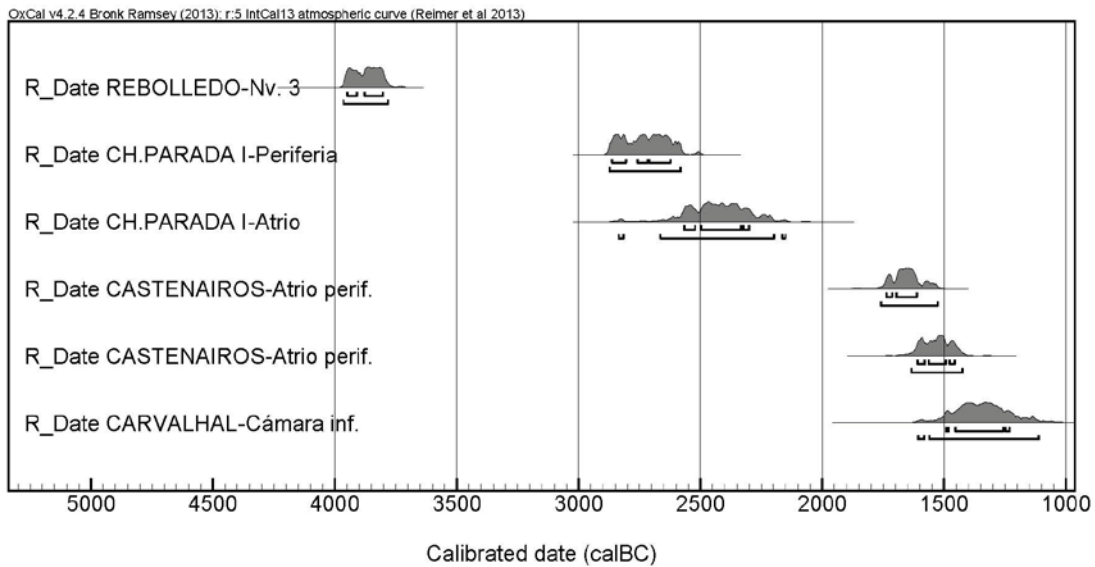


Gráfico 53: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de reutilización” dados

En resumen, a través del análisis del conjunto de las 202 dataciones disponibles para el megalitismo del territorio duriense y del estudio estadístico de 159 de ellas correspondientes a un total de 45 yacimientos diferentes, se ha podido caracterizar el desarrollo diacrónico de los “usos megalíticos” en el territorio de estudio como un trayecto irregular y discontinuo, en el que se han diferenciado hasta 7 fases de actividad megalítica de duración variable y prácticas notablemente diferenciadas, seguidas en la mayor parte de los casos por episodios de escasa actividad o incluso completa inactividad que van aumentando a medida que avanzamos en la secuencia cronológica planteada. En el siguiente epígrafe, se van a aunar y sintetizar todos los resultados obtenidos a lo largo de toda la fase analítica de la investigación, con el objeto de plantear ya de una manera más o menos definitiva nuestra hipótesis de que las biografías megalíticas tienen un marcado carácter episódico, que además reflejan en muchos aspectos una recurrencia cíclica a ciertas prácticas, usos y funcionalidades que las sucesivas comunidades usuarias fueron otorgando a los megalitos. Una imagen de la actividad megalítica que, en nuestra opinión, no dejaría de ser reflejo de las transformaciones, contradicciones y vaivenes sufridos por las sociedades que poblaron el valle del Duero/Douro a lo largo de la Prehistoria reciente.

7.1.4. LAS “BIOGRAFÍAS” MEGALÍTICAS EN EL VALLE DEL DUERO/DOURO

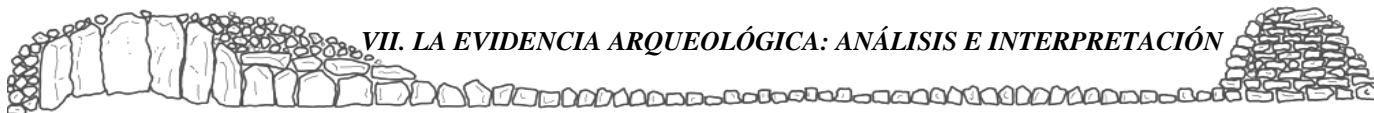
Tras todos los datos y análisis expuestos a lo largo de este trabajo, en nuestra opinión, hay suficientes argumentos sólidos que permiten plantear una propuesta de desarrollo episódico de las “biografías” megalíticas en el valle del Duero/Douro, conformado por 7 fases de uso que abarcarían un periodo cronológico desde el último tercio del V milenio hasta inicios del I milenio cal. BC:

- **Fase 1:** es el inicio de la actividad megalítica en el territorio de estudio, un episodio con una amplitud temporal bastante extensa (4647-3879 cal. BC serían los límites de inicio y final máximos marcados por el análisis α 2 –ver Tabla 4-), cuya duración podría llegar a superar más del medio milenio (entre 489-730 años de intervalo máximo –ver Tabla 4-). Se caracteriza por prácticas de construcción y primeros usos de megalitos, en este primer momento con un carácter esencialmente funerario, lo cual no quiere decir que su funcionalidad excediera su papel puramente como lugar sepulcral. La larga duración de esta fase no quiere decir que obligatoriamente los megalitos que ya estuvieran en uso en este momento fueran usados como tumbas a lo largo de más de 500 años, sino que durante aproximadamente medio milenio se dio a lo largo del valle del Duero/Douro una actividad continuada de primeras construcciones y usos de monumentos megalíticos. De hecho, gracias a que en los últimos años la atención prestada a los osarios por parte de los excavadores y su sistema de registro se ha perfeccionado notablemente, se ha podido comprobar a través de la datación de diversas muestras procedentes de un mismo osario, que a diferencia de la tradicional imagen del megalito como la tumba colectiva y de largo uso diacrónico que se extendía por varios siglos, en realidad en sus primeros momentos fueron usados a lo largo de unas pocas decenas de años, (DELIBES, 2010: 29) que incluso en algunas ocasiones podrían corresponder sólo a uno a dos generaciones (como se ha podido comprobar en casos como Sima I y II, Zumacales, Alto del Reinoso o Arroyal I, entre otros), antes de su clausura. Quizás ya en esta primera fase también se darían algunas clausuras en determinados monumentos, probablemente en aquellos cuya construcción remite a fechas bastante antiguas (como es el caso de El Rebolledo), pero que de ser así se tratarían siempre de procesos en los que la arquitectura megalítica original sería desmantelada o destruida y sustituida por una estructura tumular, y en los que el fuego jugaría un importante papel (apuntando así las principales actuaciones de la fase posterior). Dentro de esta fase no se han reconocido patrones de comportamiento

específicos en relación a factores geográficos o secuencias tipológicas, es decir que nos encontramos megalitos construidos en fechas bastante antiguas a lo largo de toda la cuenca duriense y que responden a tipos desde sepulcros de corredor hasta túmulos simples. Esta afirmación se realiza desde una perspectiva muy general y a gran escala, lo cual no quita para que este tipo de pautas o secuencias arquitectónicas sí puedan haber tenido lugar en ciertas zonas a nivel local (Delibes y Rojo, 2002; cita polimorfismo; Delibes, 2010: 30-31).

- **Fase 2:** se trata de la fase más restringida y breve de todas las definidas para la secuencia diacrónica, cuyo desarrollo abarcaría apenas una o dos generaciones (3962-3762 como límites máximos y un intervalo máximo de 0-192 años en ambos casos a 2σ –ver Tabla 4-), y con un episodio de transición con respecto a la fase anterior de apenas un siglo (momento que quizás la actividad megalítica constructiva descendió aunque seguramente los megalitos que estaban en activo siguieran usándose de manera más o menos continuada hasta su clausura). Este momento de uso estaría protagonizado claramente por las primeras clausuras de los monumentos que ya estaban útiles en la fase anterior, clausuras que como ya hemos apuntado tendrían como protagonistas prácticas de desmantelamiento, tumulación y sobre todo “fuego clausurador”, como son las Clausuras 1-4 que hemos definido anteriormente (ver Gráfico 38 y subepígrafe 7.1.1). También en este momento están muy presentes las prácticas de mantenimiento del depósito sepulcral, bien con un fin práctico de cara a adecuar nuevos espacios para acoger los últimos depósitos funerarios, como actuación ligada al cierre del sepulcro a modo de finalización de ciclo del espacio funerario previa, o bien ambas. Las escasas prácticas documentadas de añadidos o remodelaciones son actos vinculados con el proceso de cierre y posterior monumentalización del lugar (Añadido/remodelación 1 y 2, que se caracterizan por prácticas de bloqueo y retumulación respectivamente). Es en este momento cuando se llevaron a cabo la mayor parte de las quemaduras y cierres de las denominadas tumbas-calero (como La Sima o La Peña de la Abuela), a excepción de El Miradero cuyas dataciones del contexto de clausura arrojan cronologías ligeramente más recientes, y de otros casos en los que el fuego también tuvo un papel preponderante (ver gráfico dataciones clausuras). También dentro de esta fase, aunque con una intensidad mucho menor que en el episodio anterior, seguirían construyéndose megalitos igual que anteriormente siguen presentando una importante variabilidad tanto en el aspecto geográfico como arquitectónico.

- **Fase 3:** de nuevo se trata de fase de larga duración como la Fase 1, aunque no tan amplia (con unos límites máximos de 3800-3243 cal. BC e intervalo de duración de 388-537 años, en ambos casos a 2σ –ver Tabla 4-), y al igual que ese primer episodio protagonizada por prácticas de naturaleza constructiva, aunque como veremos esto no significa estrictamente la construcción de nuevos monumentos megalíticos (ver subepígrafe 7.1.1 y Gráfico 39). Las prácticas más habituales en esta fase son aquellas que hemos caracterizado como de tipo “Añadido/remodelación”, destacando principalmente las que conllevan la adición de elementos de acceso (Añadido/remodelación 5 y 6 y Clausura+Añadido/remodelación 3) a las anteriores arquitecturas (corredores intratumulares, atrios o incluso mismamente corredores) y las de retumulación (Añadido/remodelación 4 y 6 y Clausura+Añadido/remodelación 3), en este último caso por lo general ligadas a un proceso de remodelación de mayor escala del megalito en cuestión. Es en este momento donde nos encontramos con la mayor parte de los casos en los que se han registrado prácticas de superposición de estructuras (Añadido/remodelación 4) (como pueden ser los casos de La Sima, El Moreco o Portela de Anta I) y de ampliaciones y/o yuxtaposiciones del recinto cameral (Añadido/remodelación 3) (como en El Hundido, La Nava Negra o Touta). También en este momento, aunque con mucha menor profusión, se clausuran algunos monumentos, siendo interesante en este aspecto el hecho de que parece tratarse de un momento clave de transición con respecto a las fórmulas de cierre de los megalitos, puesto que aunque aún se mantienen algunas prácticas de “tradición antigua” (“tumulaciones” y “fuegos clausuradores”) aunque de manera muy minoritaria, se comienzan a introducir algunos sistemas nuevos que se generalizarán en el episodio siguiente (Clausuras 8 y 9). Las prácticas de mantenimiento del espacio sepulcral siguen estando muy presentes, por lo que parece que aún seguía interesando mantener útil dicho espacio, y de hecho se han registrado en este momento los primeros eventos de reutilización funeraria en los monumentos megalíticos, que en algunas ocasiones ya marca una importante diferencia con respecto al tipo de depósitos funerarios anteriores, sobre todo en la forma de tratamiento de los cuerpos. En este sentido, destaca también el hecho de que ya en esta fase se generalizan en cierta medida (puesto que ya de manera puntual se había documentado esta práctica en momentos anteriores) los elementos de compartimentación y señalización sepulcral, una práctica que parece estar ya reflejando una cierta tendencia hacia la diferenciación de ciertos personajes, aunque aún con muy distantes de las posteriores evidencias de individualización. El tipo de actuación que sí



que parece que ya a partir de este momento va a desaparecer por completo, es la propia construcción *ex novo* de nuevos megalitos, siendo con mucha probabilidad ésta la última fase de la actividad megalítica en la que se llevaron a cabo tales acciones. El intervalo de transición con respecto al episodio anterior es muy breve, de hecho es el más corto de todos los intervalos de transición documentados siendo inferior a un siglo; este hecho, nos lleva a pensar que probablemente aquellas gentes que cerraron los sepulcros en la Fase 2 fueron los mismos que poco tiempo después construyeron nuevas estructuras encima o tuvieron un especial interés por remodelar otras arquitecturas, siempre con el fin de hacerlas más accesibles y monumentales.

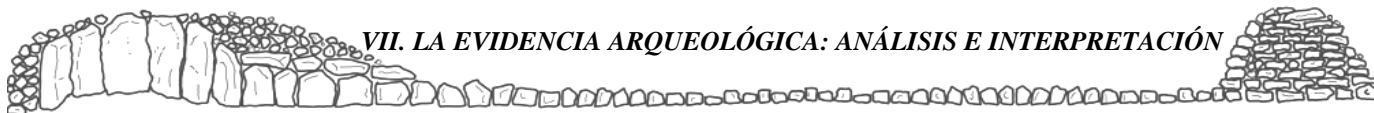
- **Fase 4:** al igual que acontece con las Fases 1 y 3, la Fase 4 vuelve a repetir muchos de los parámetros que caracterizan a la Fase 2. En primer lugar, se trata también de un episodio bastante restringido en el tiempo con una duración probablemente bastante inferior al medio milenio (límites máximos 3197-2747 cal. BC e intervalo de duración de 215-426 años, en ambos casos a \pm –ver Tabla 4-). En segundo lugar, los eventos de clausura vuelven a ser los protagonistas, aunque con importantes diferencias con respecto a la Fase 2 (ver subepígrafe 7.1.1 y Gráfico 40). Las antiguas fórmulas de cierre prácticamente desaparecen, siendo ahora las prácticas más generalizadas aquellas en las que se lleva a cabo una inhabilitación de los espacios interiores del sepulcro (fundamentalmente las zonas de acceso, aunque también en muchos casos las cámaras, Clausuras 6, 7, 8, 9 y 10). En cuanto a las prácticas de “añadido/remodelación”, en general muy minoritarias, se caracterizan salvo en algún caso por el desarrollo de “retumulaciones”, que como ocurría en la Fase 2 se encuentran en la mayor parte de los casos vinculadas a los procesos de cierre y remonumentalización del lugar. Por otra parte, la presencia de prácticas de mantenimiento ha descendido notablemente, y tampoco los eventos de reutilización funeraria son muy representativos (hay que tener en cuenta que los 9 casos de dataciones de eventos funerarios que se reflejan en el gráfico de tipo de eventos datados (ver gráfico ¿?), corresponden todas ellas a un único yacimiento, el de La Velilla). Como en el caso entre las Fases 1 y 2, el intervalo de transición entre las Fases 3 y 4 es de un siglo escaso, lo que podría estar reflejando quizás no un periodo de abandono radical de estos lugares, aunque sí de descenso notable de la actividad en una época inmediatamente anterior al momento en que de una forma más o menos generalizada se decidieron clausurar los monumentos megalíticos que aún permanecían útiles.

- **Fase 5:** tras un episodio bastante largo (prácticamente medio milenio) de ausencia de evidencias en relación a la actividad megalítica, y que por tanto en este caso sí podría interpretarse como un abandono de la misma (al menos en lo que respecta a las actuaciones en el interior de los monumentos, los cuales quizás aún permanecerían en el imaginario colectivo por ser referentes visibles en el paisaje con los que convivirían), de nuevo a finales del III milenio cal. BC se detecta una nueva fase de uso y actividad megalítica con relativa intensidad, aunque notablemente mucho más reducida que en épocas anteriores (hay que recordar que los análisis de cuantificación marcaban tendencia diacrónica descendente en cuanto al impacto de los “eventos de reutilización” -ver epígrafe 6.3.1-). Al igual que en casos anteriores, esta fase vuelve a enmarcarse dentro de unos límites cronológicos bastante restringidos, que abarcarían unas pocas generaciones (2468-2182 cal. BC como límites máximos, así como de intervalo máximo 0-246 años -ver Tabla 4-), aunque en este caso estas referencias cronológicas hemos de tomarlas con mayor cautela, puesto que hay que tener en cuenta lo irregular de la curva de calibración en este lapso temporal y el bajo porcentaje de probabilidad que nos marcaba el modelo del *overlapping phases*. Sin embargo, a pesar de las dudas arrojadas por la cronología absoluta, en este caso los referentes cronológicos relativos son bastante claros en este sentido (es decir en lo restringido del intervalo de duración), puesto que como ya hemos apuntado en varias ocasiones la mayor parte de los eventos documentados correspondientes a esta fase están ligados al “fenómeno campaniforme”. Es en este episodio donde en realidad la reutilización con carácter funerario de los monumentos megalíticos tiene claro protagonismo, siendo salvo en contadas ocasiones, la razón por la que sus usuarios vuelven a ocupar estos lugares ancestrales (ver subepígrafe 7.1.1 y Gráfico 41). Más allá de los depósitos puramente funerarios, las prácticas que se desarrollan están estrechamente ligadas a ellos (Funerario 2, 3, 4 y 5), destacando entre ellas aquellas que tienen como objetivo individualizar una zona concreta del megalito mediante el añadido o readecuación de ciertos elementos arquitectónicos (cistas, pavimentos...), con el propósito claro de diferenciar el nuevo depósito con respecto a los de épocas pasadas. El desarrollo de estas prácticas, a pesar de la relevancia que se les llegó a otorgar tradicionalmente en la bibliografía, no conllevó grandes modificaciones de la arquitectura megalítica, puesto que el foco de atención no estaba en la construcción sino en el propio depósito que se iba a realizar, utilizando el megalito como escenario de gran carga simbólica que haría aún más fastuoso y exclusivo el ceremonial que se iba a desarrollar. Aunque de manera puntual,

se han documentado también otro tipo de prácticas características de los episodios anteriores como son los cierres de los sepulcros, en este caso utilizando la fórmula mayoritaria de la Fase 4, es de decir la “inhabilitación de los espacios interiores” mediante su colmatación con piedras y tierra (Clausuras 8 y 9); además, también el desarrollo de este tipo de actuaciones parece que iría vinculado a la realización de un depósito funerario (como en el caso del sepulcro de corredor de Arroyal I, ver anexo BDD). En nuestra opinión, uno de los hechos más interesantes que podemos extraer de la interpretación de los datos recogidos para esta fase, es que si bien la mayor parte de los depósitos funerarios documentados están ligados al “fenómeno campaniforme” se han registrado algunos hallazgos similares en cuanto al tipo de prácticas, tratamientos de los cuerpos y conformación de ajuares, salvo por la ausencia de cerámicas con decoración de “estilo campaniforme”, que han resultado ser coetáneos a los primeros, e incluso en algunos casos ambos tipos de depósitos se han hallado en el mismo monumento megalítico (como es el caso de Arroyal I UE 19 que como vemos es coetáneo, aunque por su posición estratigráfica sería con seguridad posterior, a los individuos muestreados como Arroyal UE 25, ver gráficos dataciones eventos o combinaciones). Se trata de una evidencia en nuestra opinión muy interesante como reflejo de las sociedades usuarias, que abordaremos con más profundidad en el siguiente epígrafe de este capítulo (ver epígrafe 7.2), puesto que se trata de un mismo patrón de comportamiento, de lo que por lo tanto se podría desprender que llevado a cabo por las mismas gentes, dentro del que sin embargo se observan ciertas divergencias (presencia y/o ausencias de unos artefactos en concreto, realización o no de unas prácticas específicas, o reocupación de unos espacios u otros del megalito) que podrían ser el reflejo de importantes diferencias a nivel social, a modo de incipientes jerarquías.

- **Fase 6:** se trata de la fase de la secuencia más dilatada en el tiempo, que con total seguridad superaría con creces el medio milenio de duración (límites máximos 2354-954 cal. BC e intervalo de duración máximo 242-1269, en ambos casos a 2σ –ver Tabla 4-), aunque hay que tener en cuenta que su caracterización cronológica ha sido definida a partir de un escaso conjunto de 6 dataciones, lo que hace más difícil determinar con mayor precisión esta fase que por ejemplo los anteriores episodios de uso. A diferencia de la Fase 5, en este momento no se observa un patrón de comportamiento tan claro y uniforme, sino que se caracteriza más bien por una variabilidad no muy amplia en cuanto a la naturaleza del uso de los megalitos y a las prácticas que se llevaron a cabo en estos monumentos (ver subepígrafe 7.1.1 y Gráfico

42). Por un lado, sigue habiendo una importante representación de los eventos de reutilización de carácter funerario (Funerario 2, 3 y 4, ver gráfico prácticas combinadas), es muy probable que en muchos casos estos eventos estén más ligados en realidad con la anterior fase de uso formando parte de un mismo ciclo de actividad megalítica, sobre todo en aquellos casos en los que por el contexto material parecen remitirse a cronologías de inicios del II milenio cal. BC (ver subepígrafe 7.2.2). Por otro lado, y a diferencia de la fase anterior, se han documentado también varios casos de prácticas que no están ligadas específicamente a un evento funerario, sino que podrían ser el resultado más bien de un depósito votivo o simplemente de una “visita” esporádica y puntual al monumento (dado que en algunos casos se han recogido importantes conjuntos de elementos materiales, fundamentalmente recipientes cerámicos, mientras que en otros las evidencias se limitan a apenas unos pocos fragmentos dispersos). Estas prácticas que conllevarían la apertura de algún tipo de estructura para poder acceder al interior del monumento (generalmente sellado en época anterior) o incluso del “añadido” de alguna estructura secundaria generalmente ubicada en la periferia tumular o ya en el entorno del megalito, en cualquiera de los casos alterarían mínimamente la arquitectura megalítica en sí misma, e incluso en la mayor parte de los casos sus evidencias no son visibles como si existiese una cierta intencionalidad de ocultar su paso por el lugar. Por tanto, esta sexta fase de la actividad megalítica del recorrido diacrónico de nuestra investigación, aunque sí parece corresponderse con un momento de repunte de la intensidad en la reocupación de los megalitos tras un breve episodio de relativa inactividad posterior a la Fase 5 (el intervalo de transición entre la fase 5 y 6 parece que sería de entre uno y dos siglos); por otro lado sus evidencias no responden a unas pautas o tendencias de comportamiento de manera tan concreta como en los episodios de uso anteriores, lo que nos lleva a plantear la posibilidad de que a partir de este momento (aproximadamente desde el segundo tercio del II milenio cal. BC), la reutilización de los megalitos estuviera condicionada por factores de carácter más local (puesto que desde una perspectiva geográfica sí se observan diferencias en este sentido –ver Mapa 25–), impidiendo así en este estudio determinar con claridad unas fórmulas de uso y unos límites cronológicos más precisos para esta nueva fase de actividad megalítica. Tras esta fase de uso, parece que se daría un nuevo episodio relativamente amplio de varias centurias en el que la actividad en los propios monumentos megalíticos, parece de nuevo reducirse al mínimo o incluso desaparecer por completo.



- **Fase 7:** se trata de la última fase de actividad megalítica registrada en la secuencia cronológica planteada, con unos límites temporales y un intervalo de duración, al igual que en el caso anterior, poco concretos (ver Tabla 4), dado que su caracterización cronológica ha sido definida apenas a través de dos dataciones procedentes de yacimientos diferentes; aunque tanto los referentes de cronología relativa como dichas dataciones parecen apuntar a que esta fase abarcaría las últimas centurias del II milenio cal. BC e incluso alcanzaría los inicios del I milenio cal. BC. Desde un punto de vista arqueográfico, tampoco es posible definir unas prácticas o fórmulas de uso específicas, puesto que además de que el número de eventos registrados para este momento es bastante escaso (sólo 17 eventos), apenas en 4 de ellos se ha podido determinar un contexto del que procedían los elementos materiales que remiten a estas cronologías (ver subepígrafe 7.1.1 y Gráfico 43). Y estos escasos eventos contextualizados se caracterizan tanto por tener un carácter funerario como puramente votivo, lo que nos lleva a plantearnos de nuevo el hecho de que en este momento la reocupación de los monumentos megalíticos estuviera más bien condicionada por factores de carácter local (como por ejemplo en los casos en los que se han hallado depósitos de cerámicas decoradas con “estilo de Cogotas I”), o simplemente limitarse a “visitas” de naturaleza puntual y esporádica.

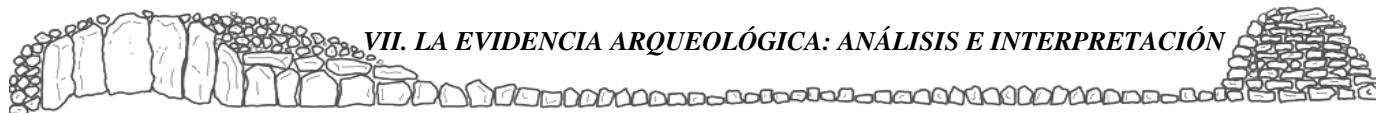
Tras esta caracterización cronológica y arqueográfica, se puede afirmar con cierta seguridad que la secuencia diacrónica de la actividad megalítica tiene un marcado carácter episódico, conformado por “picos” de intensa actividad cuyo desarrollo temporal tendrá una mayor o menor amplitud en función del momento en que se trate, seguidos por lo general de otros periodos en los que dicha actividad desciende notablemente o incluso se da una completa inactividad (o al menos, las actuaciones que se llevaran a cabo en dichas etapas no dejarían evidencias arqueológicamente documentables). Además, se ha comprobado que cada una de esas fases de actividad megalítica se caracteriza por el desarrollo prioritario de un tipo de prácticas que persiguen un fin muy específico, que si bien pueden coexistir en el tiempo con otro tipo de actuaciones (con una menor representatividad), su orden de aparición es secuencial. Sin embargo, a pesar de que a lo largo de todo el recorrido diacrónico van apareciendo nuevas fórmulas de uso y desapareciendo otras, se observa una recurrencia bastante evidente en otros aspectos desde una perspectiva más general y con un carácter más simbólico. Es decir, por ejemplo en el caso de los cierres de los sepulcros, es cierto que

en cada momento los sistemas usados son diferentes implicando ciertos factores socio-simbólicos diversos, pero finalmente no podemos eludir el hecho de que en ambos casos el resultado final es el sellado o clausura definitiva del sepulcro. Estas recurrencias parecen estar marcando ciclos de uso completos de los megalitos, si entendemos como un ciclo natural de estos monumentos su construcción, uso y clausura final (Mañana, 2003: 174), que en cierta medida también podría interpretarse como etapa constructiva-uso/mantenimiento-etapa destructiva.

Con el fin de intentar discernir estos ciclos de uso naturales que caracterizan el desarrollo de las “biografías” megalíticas, basándonos en datos más allá de la observación, descripción y adscripción de las evidencias y prácticas documentadas a cada una de las fases de uso, se ha profundizado un poco más para determinar en qué aspectos son más o menos afines cada una de estas fases de uso, para de este modo poder determinar cuáles de estos episodios podrían ser complementarios y formar un ciclo de uso completo. Para ello, se ha considerado adecuado aplicar análisis de estadística inferencial, realizados con el programa IBM SPSS Statistics, que permiten a partir de los datos de la muestra extraer una imagen representativa de lo que sería la realidad megalítica a lo largo de la secuencia diacrónica estudiada.

Previamente a dicho análisis, se han aplicado una serie de fórmulas estadísticas, que nos permitieran comprobar si las variables que pretendíamos analizar podían tener una relación estadística significativa, y por tanto que los resultados de los análisis no sean meramente fruto del azar sino consecuencia de una interdependencia de ambas variables (en este caso, “Fases de uso” y “Prácticas asociadas”). Por una parte, se realizó la prueba Kaiser-Meyer-Olkin (KMO), y teniendo en cuenta que este análisis indica que cuanto más cerca del valor 1 la relación entre las variables es mayor, el resultado nos permite afirmar que las variables analizadas sí tienen correlación (se considera que el resultado es aceptable con valores superiores a 0,5, siendo el nuestro 0,531), aunque si bien es cierto que no es muy alta. Por esta razón, y para asegurar aún más de la validez del análisis a realizar, se ha aplicado otro método de análisis de correlaciones bivariadas, con el que también se obtuvieron significaciones estadísticas relevantes entre ambas variables (para ver estos datos ir a “Resultados análisis ACP-Estadísticos descriptivos” en Anexo 5).

Una vez comprobada la validez de realizar un análisis de estadística inferencial sobre el conjunto de datos a relacionar, se decidió aplicar un “análisis factorial de



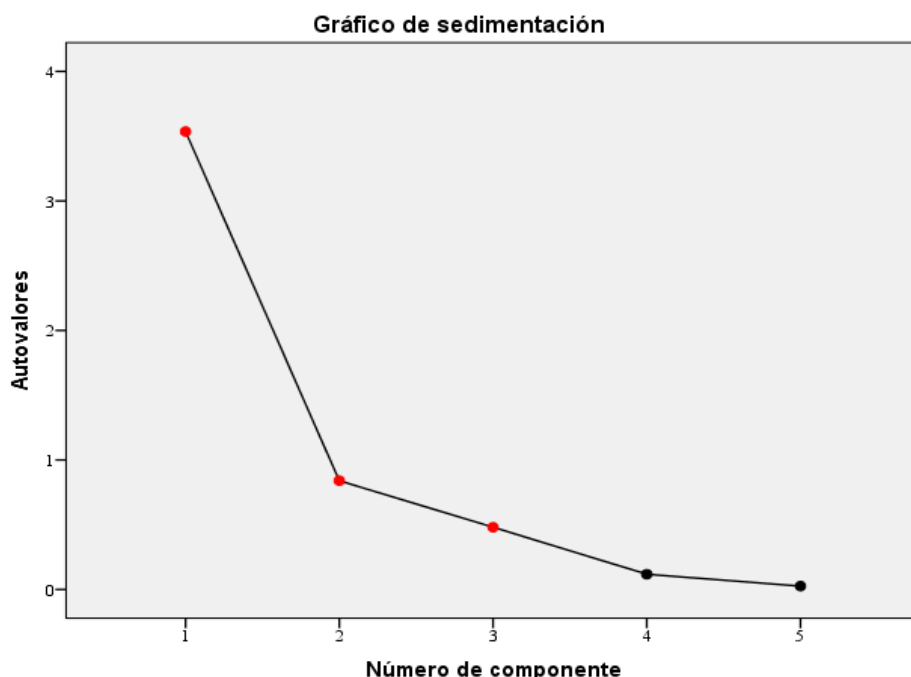
componentes principales” (ACP), partiendo del número total de eventos de cada uno de los grupos de prácticas post-fundacionales definidos (clausura/sellado, añadido/remodelación, estrategias de mantenimiento, alteraciones específicas y evento funerario -ver epígrafe 6.4-) y su adscripción cada una de las fases de uso establecidas cronológicamente (de cara a este análisis se ha considerado dejar fuera a la Fase 1, dado que la mayor parte de las actuaciones que se llevan a cabo en dicho momento son la propia construcción de los megalitos, que no tienen que ver con las alteraciones post-fundacionales objeto de estudio de esta investigación). Este análisis mostrará cuáles son los componentes principales estadísticamente significativos (en nuestro caso caracterizados por la mayor o menor relevancia de cada grupo de prácticas) dentro de todo el conjunto de datos, y posteriormente ordenará en un plano bidimensional la variable principal dada (en este caso, las diferentes fases de uso) en función de dichos componentes. En este caso, se extrajeron tres componentes principales (ver Tabla 5 y Gráfico 54).

Tabla 5 y Gráfico 54: datos correspondientes a la extracción de componentes principales al aplicar el análisis factorial a la combinación de las variables de los grupos de “prácticas post-fundacionales” y las “fases cronológicas de uso”

Matriz de componentes rotados^a

	Componente		
	1	2	3
CLAUS	-,413	,145	,886
REMOD	-,189	,958	,150
MANTENIM	-,283	,636	,685
ALTERAC	,870	-,339	-,312
FUN	,933	-,116	-,310

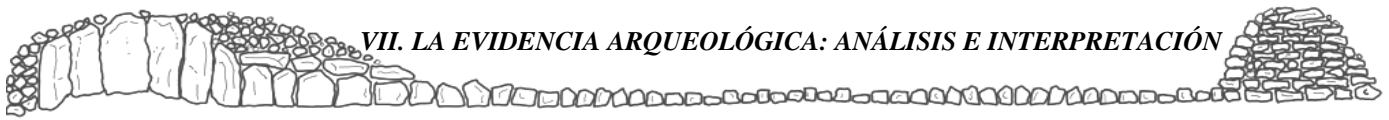
Método de extracción: Análisis de componentes principales.
 Método de rotación: Normalización Varimax con Kaiser.
 a. La rotación ha convergido en 5 iteraciones.



Como se observa en el gráfico y la tabla, el componente principal 1 (CP1) se caracteriza por el alto porcentaje de representación de las alteraciones específicas y los eventos funerarios, mientras que las prácticas de clausura/sellado, las estrategias de mantenimiento, y sobre todo los añadidos/remodelaciones tendrían una representatividad muy inferior. El componente principal 2 (CP2), por su parte, está determinado por la destacada representatividad de las prácticas de añadido/remodelación, seguidas aunque de lejos por los eventos funerarios, mientras que en este caso las prácticas de clausura/sellado estarían en un plano negativo. Por último, en el componente principal 3 (CP3), se daría la situación inversa a la anterior, es decir que las clausuras serían las más representadas frente a las remodelaciones infrarrepresentadas, mientras que el resto de grupos estarían presentes en un porcentaje similar, aunque no destacado. Con el propósito de intentar determinar con el mayor detalle posible la relación entre las distintas fases de uso, se decidió realizar análisis con todas las combinaciones de los componentes principales posibles.

En el primer análisis que combina el CP1 y CP2 (ver Gráfico 55A), en primer lugar se observa un claro distanciamiento de la Fase 3 con respecto al resto, puesto que sería la única fase en la que el CP2 muestra una representatividad positiva, puesto que es en este momento en que se llevan a cabo la mayor parte de las actuaciones de remodelación de los megalitos, un tipo de actividad que en el resto es muy escasa. Las Fases 2 y 4 aparecen juntas en este caso, puesto que en ambos casos son negativas con respecto a los CP1 y CP2, puesto que son precisamente las actuaciones menos representadas en estos casos, las clausuras, las que son mayoritarias en dichas fases de uso. Por su parte, las Fases 5 y 6, también aparecen juntas, siendo positivas para CP1 (es decir, los eventos funerarios y las alteraciones específicas) pero negativas para CP2 (en estos momentos, se llevan a cabo escasas remodelaciones y modificaciones de gran entidad en los megalitos). La Fase 7 también aparece completamente aislada, y siendo negativa tanto para CP1 como para CP2, una situación que se repetirá a lo largo del resto de análisis, y cuya razón principal sería el hecho de la escasez de eventos contextualizados de este momento que han podido ser documentados (apenas 4 casos).

El segundo análisis, que combina CP 2 y CP3 (ver Gráfico 55B), vuelve a repetirse una situación muy similar a la anterior, con la Fase 3 destacando sobre el eje positivo del CP2, las Fases 5 y 6 juntas y en este caso negativas para ambas variables (ya que tampoco se dan muchos eventos de clausura en estos momentos, sólo algunas excepciones), y la Fase 7 de nuevo aislada y negativa en ambos ejes. La única diferencia



es que en este caso las Fases 2 y 4 se separan notablemente con respecto al CP3, puesto que si bien en ambos casos son las prácticas de clausura las protagonistas (y por eso ninguna de ellas se sitúa en el eje negativo), la Fase 4 tendría muy escasa representación del resto de actividades que aunque con menor porcentaje mantienen una representatividad relevante dentro del CP3 (como es el caso de las estrategias de mantenimiento o de los eventos funerarios).

En el tercer análisis, combinación del CP1 y CP3 (ver Gráfico 55C), se hace aún más notable la separación entre dichas fases, dándose a su vez un acercamiento de las Fases 3 y 4, debido probablemente a la ausencia en este caso de su principal elemento diferenciador que sería la alta representatividad de las prácticas de añadido/remodelación (CP 2). En este caso, las Fases 5 y 6 vuelven a aparecer juntas como en todos los análisis anteriores, del mismo modo que la Fase 7 aislada.

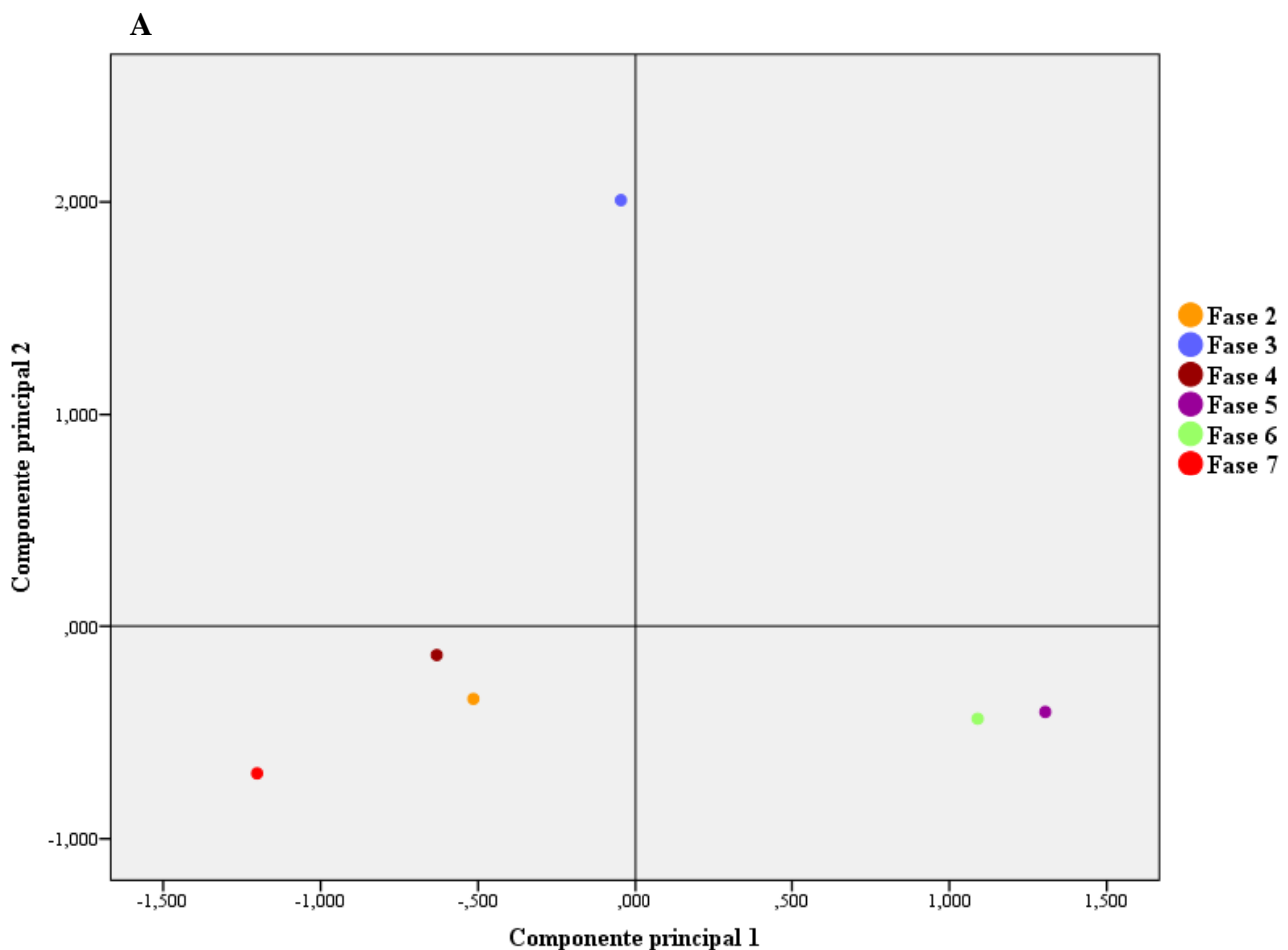
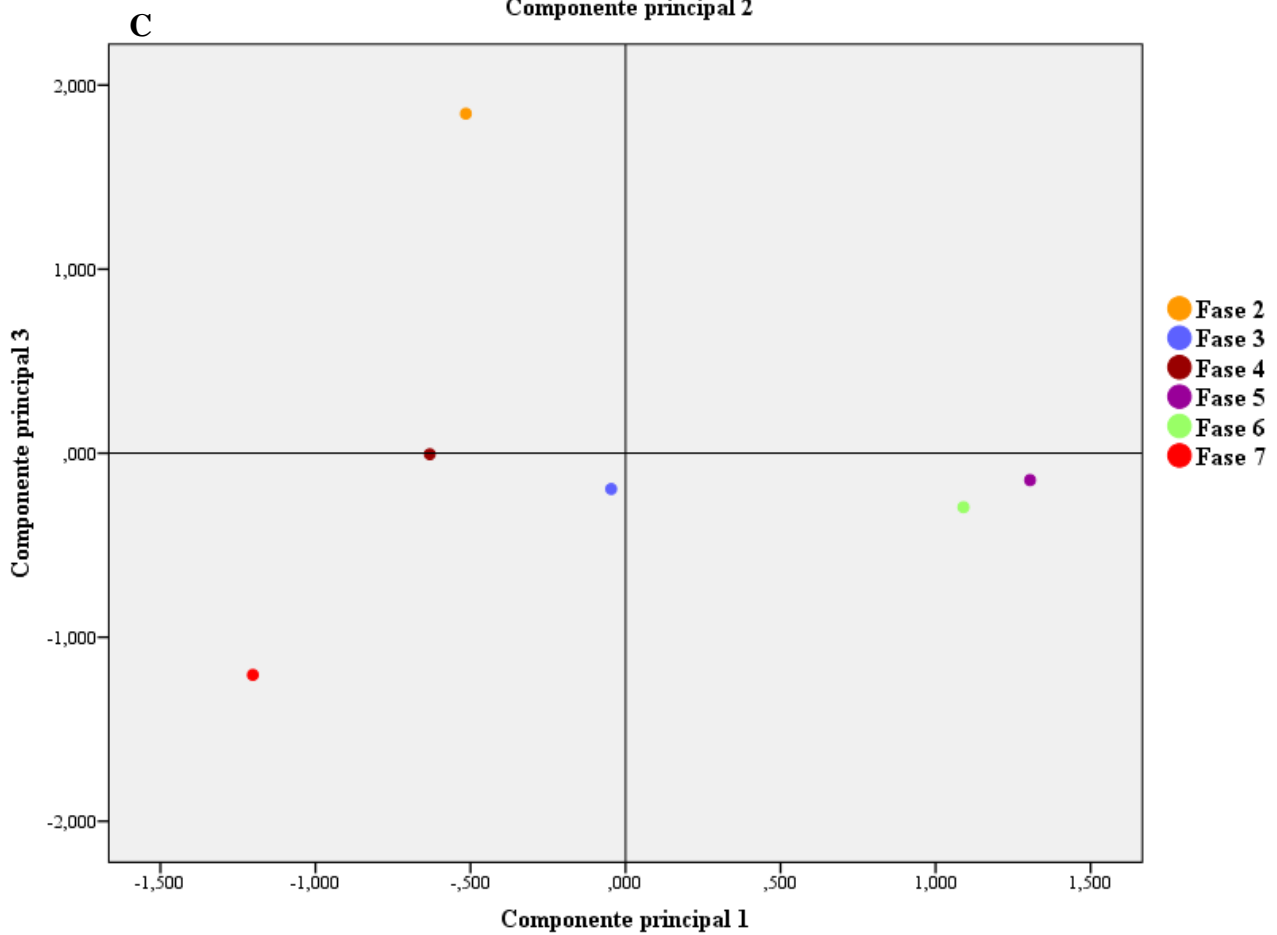
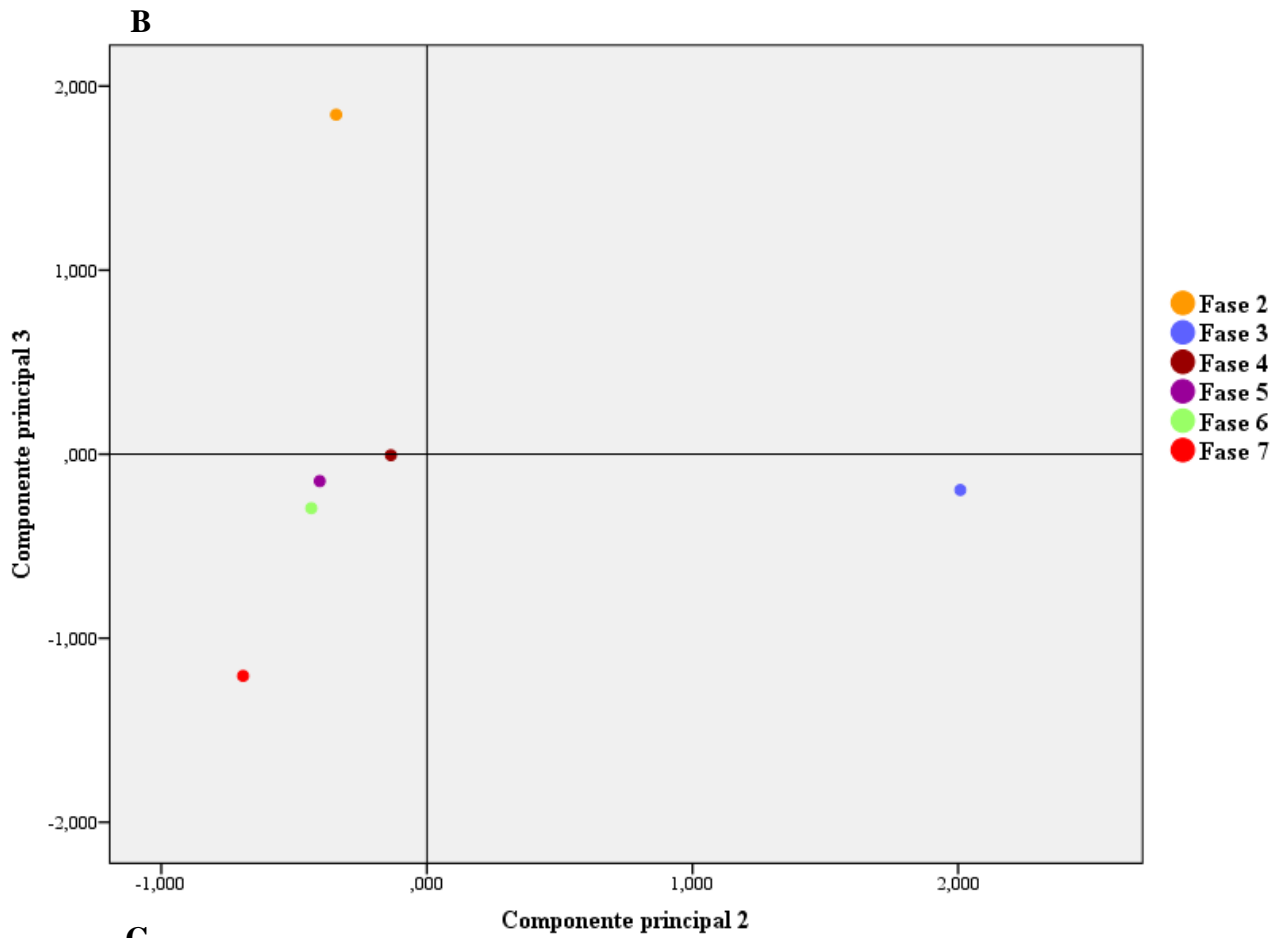
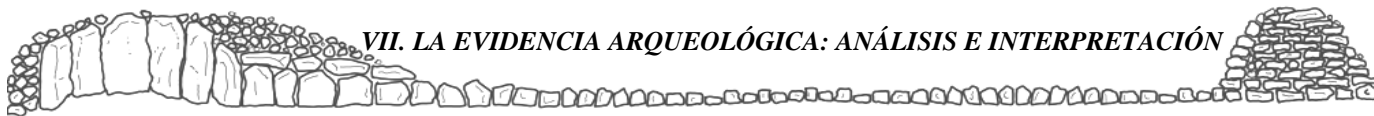


Gráfico 55: Gráficos ilustrativos de las distintas posibilidades de los ACP realizados sobre la combinación de la variable de los grupos de “prácticas post-fundacionales” y las “fases cronológicas de uso”

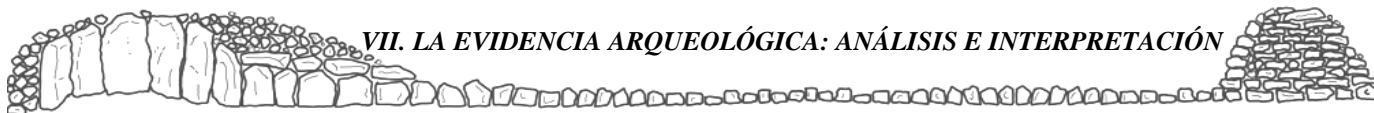




Observando desde una perspectiva conjunta los resultados de los tres análisis de combinaciones con CP, se pueden extraer varias conclusiones definitivas. En primer lugar, la Fase 7 en ninguno de los casos se aproxima al resto de fases, por lo que claramente no compartiría ningún tipo de semejanza con ellas; como ya se ha apuntado, su representatividad negativa en todos los casos, podría deberse a la infrarrepresentación de eventos contextualizados para este momento que hemos sido capaces de registrar en nuestro *corpus* de datos. En segundo lugar, otro hecho que parece quedar bastante patente es la vinculación de las Fases 5 y 6, puesto que en todos los análisis aparecen juntas, lo que fundamentalmente tiene que ver con las enormes semejanzas de los eventos funerarios documentados en ambos casos (aunque como se verá en el próximo epígrafe, las diferencias son pocas pero muy relevantes). Con respecto al resto de fases, la relación presenta una mayor variabilidad y complejidad. En aquellos análisis en los que los CP combinados se caracterizan claramente por la presencia de un tipo de actividad destacada y por la infrarrepresentación de otra (es decir los CP1 y CP2), la Fase 3 aparece aislada mientras que las Fases 2 y 4 se representan juntas puesto que es el mismo tipo de práctica, las clausuras/sellados, la protagonista en ambos casos. Por tanto, a raíz de estos resultados se podría afirmar claramente que la Fase 3 es una etapa de carácter constructivo, ligada a prácticas de reconstrucción y reformulación arquitectónica de los megalitos, mientras que las Fases 2 y 4 serían de naturaleza “destructiva” puesto que en dichos momentos se llevan a cabo la mayor parte de los cierres definitivos de los sepulcros. Sin embargo, al introducir una variable en el análisis (CP3) cuya caracterización no está tan polarizada entre dos tipos de actuación, sino que aunque sigue habiendo una que destaca sobre las demás casi todos los demás grupos de prácticas siguen teniendo también una representatividad positiva a diferentes niveles, en este caso las Fases 2 y 4 se separan notablemente, acercándose a su vez esta última a la Fase 3. Este hecho lo que podría estar indicando es que pese a que la actividad principal en ambos casos, es decir de la Fase 3 y 4, es diferente, en general las relaciones de representatividad entre los distintos grupos de prácticas son similares, mientras que son completamente diferentes con respecto a la Fase 2. Por tanto, parece claro que las Fases 3 y 4 podrían complementarse sin problemas, y formar parte de un mismo ciclo de uso como periodo constructivo y destructivo respectivamente, mientras que por su parte la Fase 2 complementaría el ciclo iniciado en la Fase 1 con la construcción de los primeros megalitos.

Por tanto, se puede afirmar que la secuencia diacrónica de la actividad megalítica en el valle del Duero/Douro que se ha caracterizado a lo largo de este capítulo como episódica, tiene además un cierto carácter cíclico dada la presencia recurrente de distintos factores (tipo de prácticas, funcionalidad dada al megalito, contexto y propósito de la reocupación...) y sobre todo de una secuencia de actuaciones en los distintos momentos de uso.

El primer ciclo con el que se iniciaría la actividad megalítica en nuestro territorio de estudio, podría denominarse como un “ciclo megalítico natural” puesto que la secuencia de actuaciones documentada en el mismo pasaría por las distintas etapas de construcción-uso-clausura de los monumentos. Se conformaría por la suma de las Fases 1 y 2 definidas previamente, abarcando así un lapso temporal aproximado que arrancararía a mediados del V milenio cal. BC y las dos primeras centurias completas del IV milenio cal. BC, con un breve episodio de apenas cien años a inicios de este mismo milenio, en el que la actividad megalítica descendió en cierta medida (lo cual no significa que los megalitos dejaran de usarse). A lo largo de este primer ciclo se construirían los primeros monumentos megalíticos en la cuenca del Duero/Douro, sin que se observe de manera clara un foco de mayor antigüedad dentro del territorio ni tampoco la preferencia por un determinado tipo arquitectónico, aunque en algunas zonas concretas a nivel local sí se haya podido documentar un patrón de comportamiento determinado en este aspecto (como es el caso del núcleo megalítico del norte de Burgos, en la comarca de la Lora –Delibes y Rojo, 2002; Delibes, 2010: 30-31). En este momento, los monumentos megalíticos tienen una evidente orientación mortuoria, siendo los depósitos funerarios tanto la causa como el objeto de la mayor parte de las prácticas que se llevaron a cabo en los megalitos a lo largo de esta etapa, y su funcionalidad principal sería la de ser la tumba de la comunidad, aunque no en el sentido de que allí se enterrarían todos los muertos (muchas investigaciones han demostrado que había claros sesgos poblacionales entre los individuos que se enterraban en sepulcros megalíticos - Delibes, 2010: 43; Díaz Zorita *et al.*, 2012; Fernández Crespo, 2012; Fernández Crespo y De la Rúa, 2015; Guerra *et al.*, 2009: 43; etc.-), sino como expresión de la identidad colectiva del grupo, un referente en torno al cual se reafirmaba la unidad y estabilidad grupal. Se transforma la relación entre el mundo de los vivos y de los muertos, pues los antepasados se convierten en “agentes sociales”, expresión de la tradición y la memoria, y como tal guardianes de la identidad del grupo.

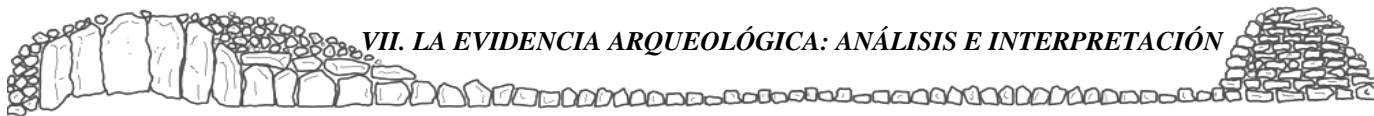


Las tumbas constituyen “símbolos materiales socialmente activos” (Criado, 1989: 77), puesto que la permanencia y unión de la comunidad dependen de la supervivencia de su identidad grupal. Por eso, el uso del espacio sepulcral es colectivo, es la “casa de los antepasados”, donde cada individuo que se entierra pasa a formar parte de un “cuerpo social” que podríamos denominar como antepasados o ancestros, perdiendo cualquier señal de individualidad, se oculta al individuo, propósito fundamental de las estrategias de mantenimiento del depósito sepulcral llevadas a cabo en este momento, en las que la principal práctica es la manipulación y reordenamiento de los osarios cuyo resultado es la desconexión completa de los cuerpos (en la mayor parte de los casos) y la recolocación de las diferentes partes esqueléticas siguiendo distintas pautas o normas rituales que se manifiestan en la presencia de agrupaciones óseas intencionales (nidos de cráneos, paquetes de huesos largos, enmarcado de cráneos entre huesos largos, círculos de costillas...). También los ajuares consisten en ofrendas comunales, pues por lo general no aparecen individualizados.

También los procesos de clausura de este ciclo están impregnados de esta idea de colectividad, tanto por su desarrollo (puesto que son actos que requieren de la participación del grupo para poder llevarse a cabo) como por el resultado final (ya que la imagen que se quiere transmitir mediante las fórmulas de cierre utilizadas no es la de la tumba de un o unos personajes en concreto, sino la del sepulcro donde están enterrados los antepasados de la comunidad). El cierre del sepulcro tendría lugar en el momento en que el grupo decidiera que el uso funerario de aquel lugar había terminado, hecho que no obligatoriamente estaba vinculado al agotamiento de su espacio útil (hay muchos casos de cámaras funerarias clausuradas en los que ni siquiera se había ocupado la mitad de su espacio útil), sino que probablemente estuviera ligado a otras razones de tipo socio-económico o ideológico (abandono del territorio por escasez de recursos, búsqueda de nuevos espacios más acordes con estrategias de subsistencia novedosas, introducción de nuevos rituales y creencias...); explicación que además encajaría mejor con el hecho de que en un momento muy concreto cronológicamente (la Fase 2) la actividad megalítica se orienta fundamentalmente al cierre de estos sepulcros (se darían en un lapso temporal que podría ser incluso inferior a un siglo). Las prácticas de clausura que se desarrollaron a lo largo de este ciclo resultan un tanto contradictorias, puesto que en la mayor parte de los casos conlleva el completo desmantelamiento y por tanto destrucción de la arquitectura original y el ocultamiento total del depósito sepulcral, lo que *a priori* no parece encajar con la idea de mantener el lugar como señal

de identidad del grupo y referente de la memoria colectiva. Sin embargo, es precisamente el hecho de la clausura la que permite que dichos sepulcros (muchas veces constituidos por arquitecturas endebles a base de materiales perecederos) permanezcan en el paisaje como hitos inamovibles y eternos. Son precisamente prácticas como el “fuego clausurador” o la tumulación las que aportan las cualidades de visibilidad y permanencia al lugar, monumentalizándolo y convirtiéndolo en un referente espacio-temporal eterno, dado que *“la visibilidad es al espacio lo que la permanencia al tiempo”* (buscar si la cita es de alguien y si no quitarla). La propia destrucción del monumento y todo el ceremonial que ello conlleva es lo que permite al lugar fijarse en la memoria colectiva, puesto que la “tumba ausente” siempre será recordada y mitificada como depositaria del Pasado y no como un mero reflejo de un hecho del pasado (Rowlands, 1993: 150). Son dichas actuaciones, por tanto, las que permiten reformular y transformar la tumba de la comunidad en la “casa de los antepasados”, un *“monumento para la eternidad”* (Delibes y Rojo, 2002: 29; Rojo, Kunst *et al.*, 2005). *“In contexts where objects are destroyed or taken out of circulation... such objects become a memory in their absence, and therefore the essence of what has to be remembered”* (Bradley, 1998: 90).

Aunque este primer ciclo de actividad megalítica abarca un amplio intervalo temporal, eso no implica que los megalitos construidos y puestos en funcionamiento dentro del mismo fueran usados durante siglos, puesto que el momento de su construcción no se dio en un momento específico a inicios del ciclo. Pese al *“respeto casi reverencial a la idea de que el dolmen –por aquello de tener cámara y de ser tumba abierta y por el hecho, también, de ser costosa construcción monumental que hay que rentabilizar- “tuvo que ser” mausoleo de larga duración”* (Delibes, 2010: 28), cada vez hay más evidencias que apuntan a todo lo contrario, es decir a que estos primeros monumentos megalíticos tuvieron una “vida útil” más bien breve (*ibídem*: 23, nota al pie 73, y 29), por lo que a su vez se plantea la posibilidad de que las clausuras de estos lugares fueran llevadas a cabo por sus propios constructores o como mucho una o dos generaciones posteriores (Thomas, 2012: 65-66); *“o tempo dos monumentos é longo na paisagem, mas por vezes breve no rito”* (Mataloto, 2007: 125). Las denominadas “tumbas-calero” son el mejor exponente de esta idea, puesto que las personas que las construyeron ya sabían previamente cómo iban a ser clausuradas, puesto que la única manera de obtener el resultado deseado con su clausura (es decir el sellado del depósito mediante una costra de cal) es que la planificación previa de la



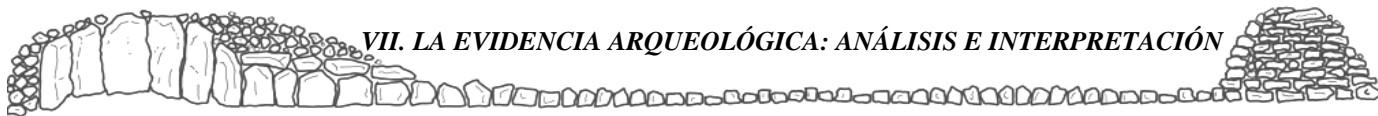
construcción cumpliera una serie de requisitos (Rojo *et al.*, 2010: 253 y 270-271). Por tanto, o son los mismos constructores los que después serían sus “destructores”, o bien éstos transmitieron ya no sólo su conocimiento sino también sus mismas creencias y prácticas rituales a posteriores generaciones. Por otro lado, este tipo de tumbas también son un buen ejemplo en relación a esa idea de colectividad y unidad que parece caracterizar a estos primeros megalitos, puesto que la imagen de todos los cuerpos y objetos allí depositados quemándose juntos y fundiéndose en un mismo magma líquido para posteriormente quedar todos sepultados y ocultos bajo una potente costra de cal, que además tiene el mismo color que los huesos, se trata de una imagen con una importante carga simbólica y bastante explícita en cuanto a la idea de la pérdida de la individualidad y la creación de un “todo” colectivo.

El segundo ciclo de actividad megalítica detectado en nuestro territorio de estudio, también podría caracterizarse como un “ciclo megalítico natural” puesto que de nuevo se observan la sucesión de las distintas etapas de construcción-uso-clausura de los monumentos. En este caso, sería la suma de las Fases 3 y 4 la que configuraría este ciclo, iniciándose así a partir de la tercera centuria del IV milenio cal. BC y cubriendo todo el primer cuarto del siguiente milenio, abarcando por tanto un lapso temporal mucho mayor que el del primer ciclo puesto que prácticamente se trataría de un milenio. Por un lado, el inicio de este ciclo se da sin solución de continuidad e incluso llega a solaparse con el final del anterior, un hecho que queda explícitamente reflejado en los casos en los que se construye una nueva arquitectura megalítica sobre un monumento previamente clausurado (como en el caso de La Sima –ver Figura 19-).

A lo largo de este ciclo se seguirán construyendo arquitecturas megalíticas, pero también toma relevancia un interesante fenómeno protagonizado por la reestructuración y reformulación arquitectónica de muchos megalitos que ya estaban en uso o que habían sido clausurados poco tiempo antes, con el objeto principal de ampliar sus espacios útiles y de dotarles de una mayor monumentalidad. La orientación funeraria de estos lugares sigue teniendo un papel importante, puesto que de hecho una de las prácticas más habituales es la ampliación del recinto cameral (bien mediante la yuxtaposición de nuevas estructuras o de la apertura de espacios a modo de hoyos y fosas), pero va perdiendo peso gradualmente a favor de su funcionalidad ceremonial y como lugar de reunión y agregación de personas (Benet *et al.*, 1997: 464-465). “*Lo que comienza siendo estrictamente una tumba, concebida además para unos pocos difuntos, acaba*

trocándose en una construcción simbólica en la que el individuo (y con él sus enseres particulares, las ofrendas) pierde casi todo el protagonismo frente al significado ritual y de propaganda del monumento” (Delibes y Rojo, 2002: 9). Por eso, a las antiguas construcciones cerradas se las dota de elementos de acceso como corredores o vestíbulos, y se añaden espacios “públicos” en las zonas exteriores como atrios y corredores intratumulares. Además, este tipo de actuaciones constructivas suelen ir acompañadas de otras prácticas cuyo propósito principal parece ser el de dividir el espacio interno del megalito (mediante el estrechamiento o bloqueo de ciertos pasos con lajas pétreas a modo de puertas), diferenciando aquellas áreas de acceso restringido donde sólo podrían entrar algunas personas para desarrollar las actividades necesarias (principalmente la cámara y sus zonas más cercanas), de aquellas otras cuya configuración permitía el acceso de numerosas personas. También es habitual encontrarse en estas zonas de acceso con estructuras secundarias añadidas como cistas o pequeños montículos pétreos, que han sido interpretados en muchos casos como “altares” o cajas para ofrendas, lo que además podría estar vinculado al hallazgo bastante extendido en nuestro territorio de depósitos de ídolos (normalmente cantos rodados o *seixos* con formas antropomórficas pero también en ocasiones placas decoradas) jalonando las entradas a modo de límite simbólico de la zona exterior y lo que propiamente ya podría considerarse como espacio sagrado. Parece que en este momento hay un claro deseo por sacar el ceremonial megalítico hacia fuera, de hacerlo participativo y abierto a toda la comunidad, celebrándolo al aire libre, para que todos sus miembros se integren en el ritual y lo identifiquen como una parte importante de sus existencias; *“such a development marks a significant threshold in the use of monumental architecture. It involves a change from the essentially private space of the tomb, which few people could enter, to the creation of open arenas as a theatre for more public events”* (Bradley, 1998: 101) Se da así una la conversión del “*megalito-tumba en megalito-templo*” (Alonso y Bello, 1997: 514), puesto que durante bastante tiempo estos lugares van a funcionar a modo de santuarios o centros rituales, superando así su mero papel de tumbas.

Esta idea encuentra su mejor expresión arqueológica en aquellos monumentos que en el mismo evento en que son clausurados, su espacio se reformula y se adapta para crear un espacio ceremonial en el que, en torno a esa “tumba de los antepasados” se puedan llevar a cabo ceremoniales con la participación de un número importante de personas (en nuestra opinión, el mejor ejemplo al respecto es el del monumento soriano



de La Mina; ver Anexo 1 y BDD y Figuras 13B y 16A). En ocasiones, esta reformulación de los megalitos se ha interpretado como un reflejo muy claro de los cambios introducidos en el ritual, puesto que ahora tanto los ancestros como el propio grupo perderían cierto protagonismo y su relación directa, a favor del “oficiante” o guía ritual que hará de intermediario y tomará el papel de representante de la comunidad frente a los antepasados; *“la sofisticación formal del rito está anunciándonos la caducidad de las concepciones profundas”* (ibídem). Pero además se observa otro fenómeno que tendrá también importantes implicaciones socio-simbólicas, puesto que en la mayor parte de los casos este proceso de reformulación del lugar megalítico tiene también una clara intencionalidad de monumentalizar o re-monumentalizar el lugar, lo que se refleja sobre todo en el aumento del diámetro y altura de la estructura tumular, a veces acompañado de su delimitación o señalización mediante anillos perimetrales pétreos. Por tanto, parece claro que cada vez hay un mayor deseo por reforzar y explotar la monumentalidad exterior de estas construcciones, quizás causado por la necesidad de que sean más visibles en el paisaje (ya que si funcionan como lugares de agregación o de reunión de diferentes grupos deberían de ser fácilmente localizables) o también desde su papel como símbolo de prestigio y estrategia de competitividad extra-comunal frente a otras poblaciones con el fin de exportar una imagen de fortaleza, unidad y capacidad de trabajo (Aguado, 2008: 13).

Todo parece indicar que en este momento estaba teniendo lugar un importante fenómeno de agregación poblacional, por el que la forma de poblamiento social basada en pequeñas comunidades autosuficientes, es sustituida por otra de grupos menos dispersos pero mayores en número, a través de un proceso de agregación el cual requeriría de fuertes y sólidos referentes identitarios que ayudaran a estas nuevas poblaciones a permanecer unidas y a sentirse parte de un mismo “ente social” (Delibes, 2010: 32). También es cada vez más patente la intencionalidad de que tanto las estructuras que se construyen como las que se reformulan sean duraderas y permanezcan en el tiempo, quizás a modo de referente inalterable de la presencia de un grupo en dicho territorio, *“utilizando el espacio para afirmar la permanencia de ese grupo en el tiempo”* (Criado, 1991: 105). Esta intencionalidad de hacer permanentes en el paisaje estos lugares ya era patente como vimos en los fenómenos de clausura del ciclo anterior, y ahora se afianza, cuya mejor manifestación arqueológica está en los casos de construcciones simples y endebles, por lo general de pequeñas dimensiones (que en muchos casos han sido previamente clausuradas), que en este momento son

sustituídas por arquitecturas de mayor entidad y mejor factura, que cuentan ya con elementos de accesos (por tanto son estructuras abiertas) y una potente coraza tumular que la rodea. Uno de los ejemplos más expresivos es el caso del túmulo soriano de La Sima, en la que sobre la anterior tumba de tipo “tumba-calero” ya clausurada (recordemos que se tratan de arquitecturas planificadas desde el momento de su construcción para ser quemadas, y que simplemente constan de un recinto sepulcral levantado por aproximación de hiladas y completamente elaborado con caliza), se levanta una construcción similar en cuanto a su factura (puesto que también se trata de un *tholos*) pero de mayores dimensiones (además se le añade un corredor), y sobre todo que se construye con caliza pero también con arenisca, por lo que queda ya patente el hecho de que dicho sepulcro ya no se levanta con la idea de que va a ser clausurado con fuego, sino de permanecer en pie durante mucho tiempo. Por tanto, parece evidente que los “constructores” y “remodeladores” de este segundo ciclo de actividad megalítica, no tenían entre sus intenciones la de clausurar o cerrar estos monumentos, sino que más bien su pretensión era que durasen para siempre.

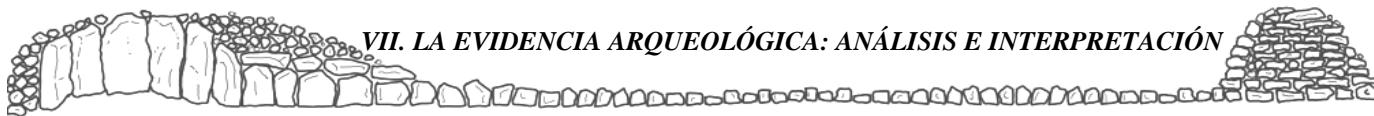
Al final de este ciclo (justo en la transición entre el IV-III milenio cal. BC) volvemos a encontrarnos con un momento (de apenas unos siglos) en el que se intensifica la actividad en los megalitos, principalmente con el fin de cerrarlos y sellarlos definitivamente, tras un intervalo de poco más de un siglo en el que las evidencias de uso en los megalitos desaparecen, que sea quizás el que explique ese cambio radical de voluntades. Pero hay una importante diferencia con respecto a los cierres llevados a cabo en el primer ciclo que se manifiesta tanto a través de la aplicación de distintas fórmulas de sellado como del contexto o área en que se concentran las actuaciones. Ahora no se clausura el lugar como tumba una vez que se ha dado por terminado su uso como lugar sepulcral (de hecho, no se han documentado muchas actuaciones en el depósito funerario ligadas al proceso de clausura, como sí ocurría en los cierres de época anterior), sino que parece que lo que se pretende clausurar es el monumento como tal, es decir su uso y funcionalidad como lugar ceremonial, y por eso las principales prácticas que se llevan a cabo son la inhabilitación de los accesos y de las zonas de acceso “público” (como los atrios). Es decir, que se impide ya no sólo su uso como tumba sino también como “templo”, quizás en un momento en que los centros de la ritualidad han cambiado y se han desplazado hacia otros lugares (santuarios en zonas elevadas) y a su vez se está dando la introducción de nuevas fórmulas funerarias. Estos cierres se llevarán a cabo, al igual que en los casos

anteriores, siguiendo unas pautas o normas rituales establecidas, por lo que no se trata de un relleno caótico, sino de una colmatación ordenada y pautada en la que se van alternando niveles de tierra y piedras. Además, se tratarían de verdaderos “acontecimientos sociales” cuya ejecución podría no sólo requerir la participación del grupo local sino también de otras poblaciones vecinas, por lo que estos eventos podrían adquirir un carácter diplomático en el sentido de que durante su desarrollo se podrían llevar a cabo intercambios o alianzas entre distintas comunidades (ésta podría ser quizás una de las razones que explicase la presencia de elementos foráneos en los ajuares megalíticos con cronologías muy específicas). Los megalitos son considerados como “*espacios polifuncionales*”, por lo que también actúan como puntos de referencia y agregación poblacional, razón por la que su clausura “*podría implicar el establecimiento de relaciones intergrupales en su ejecución*” (Narvarte, 2005: 363 y 365). En ocasiones, se han documentado algunos depósitos a modo de “ofrendas colectivas” justo antes de la clausura (recipientes cerámicos completos, artefactos líticos como puntas de flecha u objetos pulimentados tales como azadas o gubias, u otros elementos de naturaleza idoliforme, colocados generalmente en las zonas de acceso), o incluso durante el desarrollo de la misma, puesto que no es excepcional recuperar en estos contextos de cierre una gran cantidad de fragmentos cerámicos pertenecientes a diversos recipientes. Serían el resultado de rituales de amortización, en los que se rompen y fragmentan *in situ*, de manera intencionada, uno o varios recipientes cerámicos, lo que se ha denominado por parte de algunos autores como rituales de “cerámica matada o asesinada” (Prieto, 2007: 120); sería sugerente la idea de que estos mismos recipientes hubiesen sido utilizados durante el ritual en alguna práctica de comensalidad o banquete ceremonial “colectivo”, aunque en la actualidad no contamos con ningún tipo de análisis de contenidos que nos permita corroborar esta hipótesis, como sí los hay para momentos posteriores.

El megalito se cierra, por tanto, quizás porque ha perdido su interés y relevancia en dos de las dimensiones que formaban parte fundamental del “fenómeno megalítico”, la funeraria y la ceremonial, aunque de manera inevitable seguirán formando parte del imaginario colectivo dada su permanencia en el paisaje y su importante carga simbólica como la “tumba de los ancestros”. “*A oclusão do “cordão” (corredor, ou outra forma de passagem entre exterior e interior) que unia mortos e vivos dava-se finalmente; esa oclusão podia ser dramatizada – e era, em muitos casos, monumental... Daí para a frente, o “enigma” do que estava lá dentro ficaria definitivamente na memória de*

alguns, que o poderiam transmitir selectivamente a outros, mais jovens – de novo um dispositivo de criação e controlo de saber esotérico, um regime de legalização e perpetuação de diferenças” (Oliveira, V., 2000: 364-65). Algunos autores han vinculado también esta pérdida de la funcionalidad socio-simbólica que hasta entonces detentaban los dólmenes con el desarrollo de ciertas transformaciones en el ámbito de las estrategias de territorialidad y poblamiento, que desde inicios del III milenio cal. BC comienzan a hacerse patentes en el territorio con por ejemplo evidencias como la presencia de asentamientos estables; *“el nuevo poblado sedentario pudiera haber sido fruto de la integración de los linajes que ostentaban la propiedad de cada uno de los monumentos megalíticos previos, lo que haría perder a estos últimos su originaria significación territorial, en beneficio del nuevo y definitivo asentamiento, aunque no su condición de lugares de enterramiento de los distintos grupos segmentarios sedentarizados”* (Benet *et al.*, 1997: 805). En este momento, tendría lugar un periodo de intensificación económica que daría como resultado la estabilización tanto de los asentamientos como de los límites territoriales que desde ellos se contralaban, por lo que ya no sería necesario recurrir a referentes externos como hitos territoriales, por lo que los monumentos megalíticos perderían gran parte de su funcionalidad. A partir de ahora, el papel como elemento vertebrador del territorio recaerá sobre el asentamiento ya estable, por lo que la tumba ya no cumpliría dicha función, renunciando de este modo a invertir esfuerzo en su monumentalización (Delibes, 2010: 25), lo que conllevará a su vez una diversificación de fórmulas funerarias (Gianotti *et al.*, 2011: 395), rompiendo con la anterior uniformidad con respecto a las arquitecturas sepulcrales.

Tras este cierre definitivo de los monumentos megalíticos y un intervalo de transición cercano al medio milenio, en el que no se documentan evidencias de uso e incluso podría plantearse una completa inactividad en estos lugares, se documenta un nuevo “repunte” del interés por la reutilización de los megalitos. Este nuevo ciclo no responde, al menos de manera tan explícita como en los casos anteriores, al denominado como “ciclo de uso natural” conformado por etapas de construcción-uso-clausura, en cierta medida también se cumple esta secuencia si tenemos que en este caso la “cadena operativa” sería readecuación del espacio mediante prácticas de individualización o estructuras de acceso/construcción-uso/depósito funerario y ritual-sellado o colmatación de la cista o estructura; aunque hay que tener en cuenta que en estos casos se tratarían de usos puntuales en los que todas las fases se desarrollarían en un mismo evento. En




este sentido, ya se pueden observar diferencias con respecto a las etapas anteriores, puesto que ahora son depósitos cerrados, verdaderas inhumaciones ya que en la mayor parte de los casos se cubren directamente con tierra y/o piedras, frente a los anteriores osarios en los que los cuerpos se mantenían expuestos y al aire durante un lapso de tiempo de duración variable (Delibes, 2010: 46).

Este ciclo de actividad megalítica, que se va a considerar como el último de la secuencia diacrónica planteada (entendiendo como ciclo la concentración de la actividad en un momento concreto, con unos límites cronológicos definidos y unas pautas de comportamiento más o menos uniformes), estaría conformado por las Fases 5 y los primeros momentos de la 6 (es decir, la parte en la que se concentran la mayor parte de los eventos funerarios documentados para esta fase), abarcando así un lapso relativamente amplio desde mediados del III milenio cal. BC hasta las primeras centurias del II milenio cal. BC, a lo largo del que se darían eventos de reocupación no intensos pero sí bastante generalizados de los monumentos megalíticos, es decir que en este ciclo de uso las reocupaciones quizás no se dieron de manera tan sistemática como en los casos anteriores pero tampoco fueron excepcionales. Como ya se ha apuntado en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, es en este momento cuando se recupera la dimensión esencialmente sepulcral del megalito, aunque aplicando una serie de fórmulas funerarias y prácticas radicalmente distintas a las de los primeros momentos de uso de los monumentos megalíticos; *“en la etapa campaniforme el dolmen conserva la función sepulcral, pero la materialización del enterramiento poco tiene que ver con la de la fase propiamente megalítica”* (ibídem). Por tanto, como decimos, vuelve a ser la muerte (de nuevo esa idea cíclica y de recurrencia de la funcionalidad de los megalitos) y el ceremonial que la acompaña, el motor y foco de atención de todas las actuaciones que se van a llevar a cabo a lo largo de este ciclo; *“ordinariamente las gentes campaniformes aprovecharon los dólmenes con fines funerarios, de forma análoga a como lo hicieron las poblaciones locales que erigieron tales monumentos cerca de un milenio y medio antes”* (Delibes y Santonja, 1987: 180).

Durante décadas fue este ciclo de uso el que tuvo un papel preponderante a la hora de interpretar los fenómenos de reutilización y su impacto en las “biografías” megalíticas (Alonso y Bello, 1997; Delibes y Santonja, 1987: 178-180; Delibes, 2010: 43; Mataloto, 2007: 125), e incluso se consideraba que debido a diversos factores de conservación, las evidencias documentadas eran muy parciales y no reflejaban la verdadera magnitud e impacto que estos eventos habían tenido en realidad (Delibes y

Santonja, 1987: 190). Sin embargo, en realidad se tratan de cambios superficiales y puntuales, poco visibles, que “*no aportan nada nuevo ni distinto a la ordenación espacial del conjunto arquitectónico*” (Mañana, 2003: 175). Es decir, las prácticas que llevan a cabo los usuarios de los megalitos en este momento se traducen en pequeñas reformas que alteran mínimamente las estructuras anteriores, con el único objetivo de individualizar o aislar una zona concreta para acoger por lo general un depósito (también hay algunos casos en los que la naturaleza funeraria del evento no es ni mucho menos clara), para lo cual apenas se limitan a alterar algunos elementos de áreas específicas (ortostatos que se mueven o se tumban, áreas específicas de la estructura tumular que se retiran para liberar un espacio...) o añadir otros (aportación de nuevas lajas pétreas...) con el fin de redefinir y adecuar un nuevo espacio donde realizar su depósito rito-funerario. Por tanto, parece que hay un deseo consciente de la no-modificación del monumento e incluso del ocultamiento de sus acciones (Prieto, 2007: 112-113 y 120-121), que parece reforzarse o intensificarse a lo largo del ciclo de uso puesto que se observa una tendencia bastante clara en el desarrollo de este tipo de prácticas a lo largo del tiempo, que es que cada vez se realizan en zonas más periféricas del megalito (estructura tumular e incluso ya en la propia periferia del megalito) (García Sanjuán, 2005: 101; Prieto, 2007: 115), tomando la cámara funeraria como referente pero con la intención de alejarse cada vez más de ella (Prieto, 2007: 120).

Este hecho nos transmite el mensaje de que el megalito ya no interesa como lugar ceremonial ni mantener su espacio sepulcral útil para dar cabida a sucesivas inhumaciones (de hecho cada vez se presta menos atención a las cámaras funerarias, y muy pocos eventos, y menos aún los funerarios, tienen lugar en ellas), sino que la utilización de estos lugares está ahora vinculada a su papel como hito y referente de un pasado mítico, en la medida en que pueda ser utilizado en beneficio de los usuarios como herramienta de legitimación y afirmación de poder. “*En torno al 2000 a.C., e incluso algo después, los dólmenes desempeñaban todavía parte de sus funciones originales –las estrictamente funerarias– y conservaban aún el aura de monumentos sagrados; habían perdido, sin embargo, su competencia como “domus” y referente territorial, para convertirse, simplemente, en solar para la legitimación de unas élites –campaniformes– que recurren a ellos para dotar a sus emergentes privilegios con esa carta de naturaleza ancestral*” (Delibes *et al.*, 1997: 805). El foco de atención y el esfuerzo a realizar no se deposita ahora la propia construcción monumental sino en el mismo depósito y ceremonial en los que se da un importante despliegue de recursos,



con la amortización en muchos casos de objetos muy valiosos; por tanto, observamos que se da un paso de la monumentalidad exterior hacia la monumentalidad interior con respecto a los ciclos anteriores, lo que se manifiesta muy claramente en la contraposición entre la tendencia a invisibilizar las estructuras mortuorias frente al avance de la riqueza y amortización de elementos de especial significancia en los depósitos (García Sanjuán, ideología: 163), sustituyéndose así el valor de la riqueza grupal reflejada en la exhibición de la fuerza del trabajo por el de la riqueza individual que exhibe la capacidad de control y poder. En este momento los ceremoniales se restringen a un número muy limitado de personas, y en muchos casos (sobre todo en aquellos eventos ligados al “fenómeno campaniforme”) el depósito final tiene lugar en las zonas de acceso a los monumentos, de manera que fueran visibles para todo aquel que quisiera reutilizar de nuevo aquel lugar (Hingley, 1996: 233); de este modo, parece querer transmitirse un mensaje de apropiación del monumento (y por tanto de vinculación directa con los antepasados allí enterrados, de los que por otro lado se segregan) y de exclusividad en su uso.

De manera excepcional, se han documentado otro tipo de prácticas a lo largo de este ciclo como por ejemplo “eventos de clausura”, en los que emulando las fórmulas llevadas a cabo en la fase final del segundo ciclo se inhabilitan los accesos al monumento (ya sellados previamente), y también en estos casos se han recuperado numerosos fragmentos cerámicos entre los niveles del sellado junto a otros materiales como numerosos restos faunísticos (Carmona *et al.*, 2014); en este caso, la hipótesis de que fueran los restos de un ritual de comensalidad o banquete celebrado durante la ceremonia funeraria, adquiere una mayor relevancia dado que se han analizado el contenido de varias vasijas cerámicas procedentes de contextos funerarios ligados al “fenómeno campaniforme”, evidenciando que en aquellos recipientes se consumieron comidas y bebidas alcohólicas en el momento del enterramiento (Rojo *et al.*, 2006b y 2008b).

El hecho de que se haya caracterizado el anterior como el último ciclo de uso, no implica que se traten de los últimos eventos de reutilización, puesto que como ya hemos visto anteriormente se han documentado otros momentos de reocupación en cronologías posteriores. La diferencia radica en que aproximadamente a partir de mediados del II milenio cal. BC y hasta las primeras centurias del I milenio cal. BC (es decir, el lapso que correspondería a parte de la Fase 6 y la Fase 7 completa, donde se termina el

contexto de estudio temporal planteado para esta investigación) no se observan “picos” de intensa actividad megalítica como en los casos anteriores, con unos límites cronológicos específicos, sino que más bien la imagen que nos ofrecen las evidencias arqueográficas registradas es la de ocupaciones esporádicas y puntuales que no parecen responder a una pauta de comportamiento generalizada en todo el territorio estudiado, a pesar de que en algunas ocasiones se haya caracterizado el fenómeno de la reutilización megalítica como una estrategia habitual al final de la Prehistoria reciente en nuestro territorio (Prieto, 2007: 117).

No se rechaza la posibilidad de que en este momento los patrones de reutilización megalítica respondan a factores de carácter local (como parece desprenderse de la distribución de los eventos ligados a depósitos de cerámicas con decoración de “estilo Cogotas I”) (Bettencourt, 2010a; Delibes, 2004), aunque tanto la escasez como la indeterminación de los contextos de reocupación documentados para este tramo final de la secuencia diacrónica no permiten plantear demasiados planteamientos interpretativos firmes a este respecto. De los escasos eventos contextualizados que hemos sido capaces de caracterizar, podemos inferir que se agudiza la tendencia de la no modificación de las estructuras e incluso del deseo de ocultamiento por parte de sus usuarios de su presencia en el lugar (Prieto, 2007: 116), puesto que las actuaciones llevadas a cabo en estos momentos se limitan a mínimas alteraciones que permitan llevar a cabo un pequeño depósito o simplemente como resultado de su “visita” a monumento. Si bien se han documentado algunos eventos de reutilización funeraria, la mayor parte de los indicios (contextos de reutilización, prácticas...) llevan a pensar, como ya han planteado otros autores (Bettencourt, 2010a; Delibes, 2004 y 2010: 46), que el propósito mayoritario de estas reutilizaciones no sería de carácter mortuario (puesto que para realizar un depósito funerario se requerirían de ciertas acciones que alterasen, aunque fuera a pequeña escala, las estructuras del monumento), sino más bien votivo o a modo de “escondrijos” de ciertos objetos de valor, un tipo de práctica que está bien documentada para este momento en otro tipo de contextos diferentes a los monumentos megalíticos.

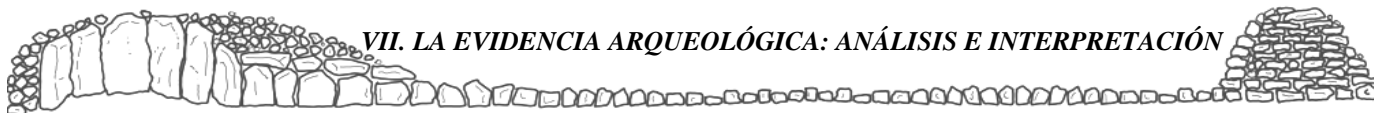
De cualquier modo, lo que sí que podemos afirmar con cierto grado de certeza es que ya desde mediados del II milenio cal. BC, los megalitos dejan de ser elegidos como lugares con función sepulcral y/o ceremonial habituales, puesto que la actividad en los mismos desciende de manera notable (Bueno *et al.*, 2012: 109), aunque no dejarán de

permanecer en el imaginario colectivo como lugares especiales con cierta carga simbólica dada su faceta como construcciones de un pasado mítico, parecen haber perdido su relevancia como elementos socio-simbólicos de primer nivel. *“Aunque perdida en el transcurso del tiempo su original condición de tumbas abiertas, realimentadas periódicamente, los megalitos no eran en el paisaje de los últimos siglos del segundo milenio elementos huérfanos de significado; conservaban, sin duda, un poso de sacralidad del que en época campaniforme, como hemos visto apropió nada inocentemente la cúspide social”* (Delibes, 2004: 220). En muchas ocasiones, se ha planteado que este descenso de la actividad dolménica en el último tramo del II milenio cal. BC, y sobre todo más acentuada a partir del I milenio cal. BC, estaba directamente relacionada con el hecho de que los megalitos se encontraban ya en un estado ruinoso y sería muy difícil acceder a ellos (Álvarez Vidaurre, 2006). Sin embargo, en nuestra opinión esta transformación y pérdida de su funcionalidad como agentes importantes dentro de las estrategias sociales, y de la configuración de las relaciones intra e intergrupales, podría estar más en relación con la introducción y generalización de nuevas fórmulas rito-funerarias, como la cremación o incineración como práctica de tratamiento de los cuerpos (Lorrio y Montero, 2004: 105), pero sobre todo por la transformación del paisaje funerario, puesto que las tumbas dejan de ser referentes espaciales y se invisibilizan (García Sanjuán, 2006: 163), papel que empieza a recaer sobre los poblados en muchos casos fortificados que son ahora claramente el centro vertebrador de la jerarquía de poblamiento y los nuevos referentes identitarios (Mataloto, 2007: 133), Las sociedades ya no requieren de rituales colectivos que actúen como lubricantes sociales en momentos de crisis o tensiones, ni tampoco el prestigio de cada individuo dentro de su sociedad depende ya de su control sobre los ceremoniales y ritos como ocasión de exhibición de riqueza y competición social (Garrido, 1999; Garrido *et al.*, 2005), sino que se determina por los vínculos de parentesco, de modo que la mayor parte de las anteriores prácticas llevadas a cabo en los monumentos megalíticos pierden todo su sentido. Por tanto, parece que estas sociedades ya protohistóricas *“sintiesen una afinidad más vagamente “cultural” que estrictamente “genealógica” con respecto a sus antepasados constructores de megalitos”* (García Sanjuán, 2005: 105). Las relaciones entre los vivos y los muertos cambian, de la mano de las modificaciones que se están produciendo en los sistemas de propiedad y de transmisión de herencia, lo que se refleja en que las fórmulas funerarias usadas que separan de manera consciente la esfera de los vivos de la de los muertos a través del

ocultamiento de los depósitos funerarios (como veíamos que ocurría con los últimos eventos de reutilización megalítica), implicando así también una importante transformación en el culto a los muertos y a los ancestros, por lo que los megalitos pierden su importancia como centro de veneración de los ancestros (García Sanjuán, 2006: 161).

El registro arqueológico documentado en los megalitos del valle del Duero/Douro sufre una conversión gradual, y con el paso del tiempo los eventos de reutilización parecen responder más, aunque no de manera exclusiva, a un aprovechamiento de carácter estructural (como la construcción de cabañas u otro tipo de edificación) o al resultado de actos intrusivos, que a un uso simbólico (ver análisis y epígrafes de otras reutilizaciones). Por este motivo, se ha llegado a hablar de “reutilizaciones” de las tumbas megalíticas en época prehistórica, y de “intrusiones” o “violaciones” históricas (García Sanjuán, 2007: 2 y 2011: 93). *“Las intrusiones, relativamente frecuentes, de época histórica, serían interpretadas por lo común como violaciones cuya finalidad resulta difícil de determinar, pero que no serían ajenas en muchos casos al expolio de los antiguos monumentos”* (Lorrio y Montero, 2004: 113). Sin embargo, esta diferenciación terminológica en nuestra opinión es errónea, puesto que si bien es cierto que los episodios de saqueo en los megalitos han sido numerosos a lo largo de la Historia (uso como basureros, para aprovisionamiento de materiales de construcción, búsqueda de tesoros, recintos para ganado...), en las “biografías megalíticas” siempre está presente su carácter especial y sagrado (García Sanjuán, 2007: 121). De hecho, es bien conocido el uso simbólico que se hace de los dólmenes en época medieval y moderna con la implantación recurrente de signos cristianos en espacios megalíticos o incluso la construcción de ermitas e iglesias en su entorno (ver subepígrafe 6.3.1) lo que ha dado lugar a fenómenos como el de las *antas-capela* (Mataloto, 2007: 137; García Sanjuán, 2007: 127 y 2008b: 42), o incluso también se siguen usando de manera puntual como lugar sepulcral (Boaventura *et al.*, 2014). Por tanto, en nuestra opinión hay que distinguir “reutilización” e “intrusión”, no por criterios cronológicos, sino por la naturaleza ritual o simplemente funcional de los actos que se llevan a cabo en los monumentos; *“the reuse of these materials did not represent an act of desecration or intentional destruction”* (Hingley, 1996: 241).

En resumen, a lo largo de todo este capítulo y también en parte del anterior, hemos ido desgranando y analizando el desarrollo de las “biografías” megalíticas en las




etapas correspondientes a su infancia y juventud, y parte de su “vida adulta”, tal y como las define Holtorf (1998). Se ha ido viendo cómo las diversas modificaciones arquitectónicas e intervenciones de distinta naturaleza que se llevan a cabo en los monumentos, bien durante su etapa fundacional y de uso inicial, o bien en los ciclos de uso posterior o post-fundacional, lejos de ser simples episodios intrusivos o de saqueos como se interpretaban tradicionalmente (García Sanjuán, 2008a: 7 y 2008b: 43) demuestran que los megalitos no son simples construcciones magníficas que permanecen estáticas, constreñidas al tiempo y contexto en el que fueron construidas, sino arquitecturas orgánicas, vivas, cuya permanencia temporal da lugar a su continua readaptación y reformulación, en una paradójica imagen de “continuidad transformada reiteradamente”. Es precisamente a través de estas actuaciones que alteran, en mayor o menor medida, la estructura original del sepulcro, que nos es posible reconstruir la “biografía” de los megalitos, consistente en una compleja superposición de diferentes usos, remodelaciones y eventos de reutilización, que no se suceden de un modo lineal y progresivo sino que diseñan un recorrido cíclico en el que muchos aspectos relativos a la funcionalidad y significación socio-simbólica aparecen de manera recurrente, aunque hemos de señalar que siempre que vuelven a aparecer lo hacen con una imagen bastante transformada. Por tanto, a lo largo de toda su historia “*el monumento aparece como un proyecto inacabado*” (Criado *et al.*, 2005: 863). Esta idea además de que cada megalito cumple su ciclo de vida encajaría perfectamente en la ontología de unas sociedades cuya concepción del tiempo tendría esas mismas características, es decir que sería cíclica (ver epígrafe capítulo 4); esta certeza de que todo es cíclico estaría ligado a una forma de pensamiento que no contempla el cambio (La religión megalítica: 15), sino que cree y necesita creer que todo es inamovible y que nada cambia para poder mantener la seguridad que le permite seguir viviendo. Por tanto, no es extraño que precisamente sea en el mundo de la ideología y las creencias donde estas formas de pensamiento se plasmen de un modo más explícito, y de ahí que consideren que los megalitos al igual que el resto de facetas de su existencia han de cumplir su ciclo “como es natural”.

Esta imagen episódica y cíclica del desarrollo de la actividad megalítica, no es exclusiva de nuestro territorio de estudio, es decir del valle del Duero/Douro, sino que también se ha podido comprobar en otras áreas geográficas peninsulares a través no sólo de la observación y registro de todas las prácticas llevadas a cabo en los monumentos a lo largo de milenios, sino también de las dataciones de C14 disponibles para las secuencias de ocupación de megalitos peninsulares (Abad, 1995; Alonso y Bello, 1997;

Andrés, 1997; Boaventura, 2011: 182-184; Boaventura y Mataloto, e.p.; Bueno *et al.*, 2005b: 117 y 129 y 2010: 171-173; Criado *et al.*, 2005 y 2006; Da Cruz, 1995a; Eraso y Mújika, 2013; Fábregas y Vilaseco, 2004; Fernández Ruiz, 2004: 288; Mañana, 2003, 2004 y 2005; Narvarte, 2005; Prieto, 2007; etc.). La concentración de la actividad megalítica en episodios más o menos breves en el tiempo, también se ha documentado en otros casos como en el megalitismo de la región cantábrica cuya fase inicial según la cronología absoluta se limitaría a poco más de dos centurias en la transición del V-IV milenio cal. BC (Arias *et al.*, 2006, cit. por Delibes, 2010: 28, nota al pie). En un área periférica a nuestro territorio de estudio como es el noroeste peninsular, y más en concreto la región gallega, también nos encontramos con interesantes ejemplos en los que tanto su excavación como sus múltiples dataciones permiten plantear una sucesión de distintas fases de uso. Entre otros, destacan los casos de Dombate y Fornos dos Mouros 5, ambos con una estructura primitiva de tipología simple clausurada y posteriormente oculta bajo una nueva arquitectura de mayores dimensiones, que en ambos casos sería un sepulcro de corredor; esta segunda construcción también fue posteriormente sellada, e incluso con el paso del tiempo reutilizada abriendo estructuras de acceso para acceder a su interior. Por tanto, podemos comprobar cómo las prácticas son muy similares y su relación diacrónica también, coincidiendo de manera casi sistemática con nuestros tres ciclos de uso planteados. Pero además, lo más llamativo, es que la caracterización cronológica planteada para cada uno de estos episodios también se aproxima mucho a la de nuestro estudio, marcando tres momentos de acumulación de la actividad fundamental a mediados del V milenio cal. BC (coincidiría con nuestra Fase 1), a mediados del IV (Fase 3) y a inicios del III milenio cal. BC (Fase 4), coincidiendo con los sellados de los accesos (Alonso y Bello, 1997; Gianotti *et al.*, 2011: 395; Mañana, 2003: 172-173 y 2005; Prieto, 2007 : 110). También en el valle del Ebro, las últimas investigaciones con el fin de datar de una manera sistemática el fenómeno megalítico, ha dado lugar a interesantes resultados que también apuntan hacia la presencia de diferentes fases de uso intermitentes a lo largo del tiempo (Eraso y Mújika, 2013: 103-104), incluso documentándose también intervalos de inactividad megalítica en algunos casos coincidentes en cronología con los de nuestro territorio de estudio (Andrés, 1997: 435; Eraso y Mújika, 2013: 103-100).

Por tanto, la imagen tradicional del Megalitismo como el resultado de un proceso regular, uniforme y en evolución constante (Da Cruz, 1995a: 84; Delibes y Rojo, 1997 y 2002; Fábregas y Vilaseco, 2004: 67-72) cada vez se nos antoja menos




poco acertada, y va dejando paso a la imagen de un fenómeno complejo desarrollado de manera episódica, en el que se alternan momentos de gran actividad constructiva o destructiva frente a otros de aparente o completa inactividad (Criado *et al.*, 2003: 49; Mañana, 2003: 168; Fernández Ruiz, 2004: 285; Tejedor, 2013: 35). La idea de continuidad normalmente ligada al evento megalítico deja de tener sentido al reconocerse como un fenómeno lleno de discontinuidades, con periodos caracterizados bien por una intensificación en el uso o bien por un “*silencio monumental*” (Criado *et al.*, 2005: 863 y 2006: 49; Mañana, 2004); aunque tampoco puede hablarse de rupturas radicales a lo largo de la secuencia de uso, puesto que en todos los momentos de reocupación se reconocen ciertos elementos rasgos o usos anclados a la tradición (Fábregas y Vilaseco, 2004: 84), puesto que el megalito siempre mantendrá su fuerte vínculo con el pasado y la memoria de las poblaciones. Incluso en esos episodios de inactividad o en aquellos momentos históricos en los que parece que al megalito no se le ha dado importancia, hay que tener en cuenta que el elemento monumental de una u otra manera siempre estaría presente dada su visibilidad en el paisaje y su permanencia en el tiempo; pero esta presencia en el imaginario colectivo quizás no se hiciera de una manera palpable a través de la reocupación o alteración de los lugares, sino que probablemente fueran reverenciados sin más como lugares sagrados, casi mágicos, e incluidos en las tradiciones orales a través de leyendas sobre sus propiedades mágicas, profilácticas, de los personajes y hechos míticos que los dieron lugar (Rogers, 2013: 50). De este modo, a lo largo de toda nuestra historia y a pesar de la aparición y desaparición de ideologías, “*los milenarios monumentos megalíticos siguieron siendo fuentes de tradición, identidad y poder*” (García Sanjuán, 2008b: 40)

Está claro que todas las prácticas y actuaciones de una u otra naturaleza que conforman los distintos eventos de uso diacrónicos, no puede ser interpretadas de manera aislada, sino que adquieren plenos sentido al contextualizarlas y relacionarlas con otros aspectos importantes de cada una de las sociedades usuarias. Sin embargo, las razones de los desequilibrios documentados en la intensidad de uso de estos espacios sepulcrales nos son desconocidas (Eraso y Mújika, 2013: 100), aunque hay autores que han planteado algunas sugerentes hipótesis al respecto, que contemplan la existencia de “*fases de tranquila normalidad o de agitación para las poblaciones*” (Andrés, 2000: 72; Criado *et al.*, 2005: 863 y 2006: 49), y que vinculan los momentos de concentración o intensificación de la actividad con épocas de gran acumulación de excedentes

económicos que permiten prescindir de parte de la mano de obra para invertirla en el desarrollo de actividades no puramente subsistenciales (Parcero y Criado, 2013). De hecho, esta idea aparecería de forma recurrente a lo largo de toda la Historia, vinculando las grandes obras constructivas e infraestructuras (como las iglesias o catedrales), es decir a la Arquitectura monumental, con aquellos momentos de acumulación excesiva de excedente tras épocas de importante intensificación económica (*ibídem*). Siguiendo estos planteamientos, los “picos” de intensa actividad megalítica estarían ligados a momentos en los que debido a una época de intensificación económica, bien por la introducción de nuevos medios o por el desarrollo de los ya existentes, habría un importante excedente que habría de consumirse para evitar desequilibrios sociales si ciertos individuos se hacían con su control; a través de su consumo (entendido como por ejemplo la aplicación de recursos a grandes obras como pueden ser los megalitos, o a la celebración de importantes rituales comunales donde se amortizan muchos bienes), se conseguiría volver y mantener equilibrio original, siendo precisamente los episodios de inactividad la manifestación de ese reequilibrio, una situación que de tiempo después y de manera recurrente volvería a ser desnivelada (Criado *et al.*, 2003: 49 y 2005: 863). Por tanto, se daría un continuo tira y afloja entre los “procesos de división” y los “procesos de resistencia” a la misma (Parcero y Criado, 2013).

En nuestro caso, la visión cíclica que hemos planteado para el desarrollo de la actividad megalítica en el valle del Duero/Douro, caracterizada por la presencia recurrente de ciertos usos o significados, no implica que consideremos que a lo largo de toda la Prehistoria reciente no se operaron importantes transformación en todos los ámbitos existenciales de las poblaciones que habitaban el territorio duriense, pero sí nos apartamos en cierta medida de las visiones de progreso lineal en el que de manera inevitable se avanza hacia una complejización de la sociedad. Tampoco estamos de acuerdo con las visiones de la realidad prehistórica muy ligadas a las periodizaciones histórico-culturales de la misma, según las que en cada etapa se dio una transformación tal que no tiene nada que ver con la anterior, sino que hay una ruptura total entre ambas. Partimos de la idea de que este tipo de sociedades aún muy inestables huyen del cambio, porque para ellas supone la destrucción de la continuidad y estabilidad en la que basan su supervivencia, sin las cuales desaparecerían. La innovación no se toma como un avance o un beneficio que hay que aprovechar, sino que se considera una amenaza, y siempre estaría acompañada de un momento de crisis o tensión (incluso en la actualidad el rechazo al cambio sigue muy vigente en ciertos sectores de la sociedad),



bien como causa o efecto de los propios cambios, y en ocasiones estas novedades podrían llegar a ser incluso rechazadas volviendo a recuperar los antiguos “usos y costumbres” que infundían mayor sensación de seguridad y estabilidad al grupo. Por ello, la integración de las novedades técnicas, sociales o económicas ha de ir precedida de una construcción ideológica que legitime estos cambios y los justifique como respuesta al deseo de conservación y permanencia de los grupos humanos, para que éstos puedan asimilarlas dentro de sus concepciones, darles un sentido, y asumirlas como una realidad “dada”. Por tanto, esto tendría como resultado también la imagen de un desarrollo discontinuo y periódico, en el que el cambio no es constante, sino que se alternan periodos normalmente largos de normalidad y estatismo, “de resistencia”, con otros “de cambio” en los que de repente el desarrollo parece acelerarse dando lugar a transformaciones de gran calado; e incluso durante los primeros, se darían cambios paulatinos y de menor alcance (Parcero y Criado, 2013: 4), y por tanto más complicados de detectar a través de la arqueología.

Pero hay que tener presente que el mundo de las creencias y la ideología, al que pertenecen los rituales en torno a la muerte, siempre ha sido muy conservador, debido en parte porque ha actuado en muchas ocasiones como el ancla que permitía a las sociedades transformarse sin que lo pareciera, un “*bálsamo social*” (Carmona, 2011: 517) que evitaba que se perdiera la sensación de seguridad y estabilidad que transmitían los fuertes lazos con el pasado y la tradición de los grupos. Por eso, aún sería más complicado introducir cambios y novedades en un ámbito más propenso al conservadurismo que al cambio. Aquí yace el éxito del fenómeno megalítico y de haber sido capaz de permanecer como un “*símbolo material socialmente activo*” (Criado, 1989: 77) durante milenios, puesto que a pesar de su continua readaptación a los nuevos tiempos, siempre fue visto como símbolo de la inalterabilidad frente al peligroso cambio, un elemento inamovible que como tal era la imagen perfecta del rechazo al cambio y a las novedades. Por tanto, aún nos parecen más importantes los diferentes patrones de comportamiento observados a lo largo de las distintas fases y ciclos de actividad megalítica, puesto que pueden interpretarse como un reflejo sólido de las transformaciones que se operaban a su vez en el seno de las comunidades usuarias.

En este sentido, los monumentos megalíticos actúan como “agentes permanentes en el cambio”, aportando la seguridad y estabilidad que anhelan las poblaciones, ya que cumplen perfectamente la función “*de mantener un aparente anclaje a la tradición*” (Fábregas y Vilaseco, 2004: 84). Esto permite que estas poblaciones que tienen un

profundo rechazo al cambio y a su vez un fuerte deseo de permanencia y estatismo, se readaptan a las nuevas estrategias socio-económicas e ideológicas, e integren nuevos patrones de comportamiento. Sin embargo, esta supuesta imagen de continuidad choca completamente con las continuas modificaciones documentadas en estos sepulcros y, en general, con el carácter cambiante del ritual funerario. Por tanto, estas “tradiciones inalterables” en realidad podrían estar ocultando cambios drásticos en la forma de vida de las comunidades (Bradley, 1991: 211; Mizoguchi, 1993: 231-233; Vicent, 1989), dando lugar a una situación paradójica en la que las sociedades prehistóricas se transforman en función de la necesidad de mantenerse intactas. Es en esta continua dialéctica entre la permanencia y el cambio en la que se desarrollan las “biografías” megalíticas.

7.2. TRAZANDO “IDENTIDADES”

*“Es un muerto privilegiado y ha conseguido lo que pocos:
que nadie se olvide de él. Hasta los que no le conocieron”*

(Nieves Concostrina, *Polvo eres...*)

El fenómeno de las reutilizaciones megalíticas, como se ha señalado en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, ha dado lugar a importantes debates dentro del mundo académico, y que aún hoy en la actualidad siguen vivos. Previamente veíamos como a partir de la condición de “*palimpsestos*” de estas construcciones (Delibes, 1985: 23 y 2004: 212), se habían abierto dos líneas interpretativas fundamentales acerca de la realidad de las sociedades que habitaron el valle del Duero/Douro a lo largo de la Prehistoria reciente, una que defendía la continuidad a lo largo de todo el periodo de las formas socio-económicas sin ningún tipo de transformación o siendo muy sutiles basándose en el uso durante milenios de un mismo lugar rito-funerario, y la otra que por el contrario defendía que se habían dado importantes rupturas a lo largo de todo este recorrido diacrónico que habían provocado importantes transformaciones a través de la introducción de novedades en todos los ámbitos existenciales y que se reflejaban en los cambios documentados en las diferentes formas de uso de los megalitos a lo largo del tiempo. Frente a la inflexibilidad y en cierta medida simplificación que aportan ambas posturas interpretativas, nosotros planteábamos una alternativa según la cual la imagen episódica, intermitente y cíclica que nos arrojan los datos analizados de las “biografías” megalíticas, es un reflejo muy aproximado de los ritmos, vaivenes y oscilaciones que sufrieron las sociedades a lo largo del tiempo en su continua tensión entre la permanencia y el cambio. De este modo, se planteaba que es precisamente gracias a la presencia y uso de ciertos símbolos que denotan continuidad, la razón por la que las sociedades pueden transformarse sin caer en una situación caótica (ver epígrafe 7.1.4).

A lo largo de este epígrafe se abordará otro de los debates planteados a raíz de la interpretación de las posibles implicaciones socio-económicas implícitas en las reocupaciones de los monumentos megalíticos, y que en términos muy similares al anterior entre continuistas y rupturistas, se ha polarizado entre posturas que defienden que se mantienen las fórmulas rito-funerarias tradicionales a lo largo de todo el periodo (Alday, 2002: 271; Bueno *et al.*, 2005a: 69-70; Delibes y Santonja, 1987: 191; Fabián, 2006: 478 y 519), y las que afirman que se dieron tales cambios al respecto que no pueden ser más que el resultado de transformaciones de gran envergadura en las

sociedades que los llevaron a cabo (Delibes, 2010: 43; Álvarez Vidaurre: 132-133; Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 17). Se va a profundizar en las implicaciones socio-simbólicas de los grupos con identidades colectivas e identidades individuales, y a caracterizar aquellos elementos del registro arqueológico que se han interpretado o siguen interpretándose como manifestaciones de una u otra fórmula identitaria. Partiendo de este punto, se analizarán este tipo de evidencias arqueológicas dentro de nuestro *corpus* de datos, combinando aquellas variables susceptibles de ser reflejo de colectivismo o individualismo, y comparándolas a través de un factor cronológico o diacrónico, para observar posibles cambios a lo largo del tiempo. También se ahondará en un aspecto que, en nuestra opinión, es una de las claves que explica el recurrente uso de los megalitos y su relevancia dentro del ámbito de la ideología y las creencias, que es precisamente su papel como depositarios y garantes de la memoria y la tradición de los pueblos. Esto lleva a convertirlos en importantes herramientas de control ideológico y de legitimación de distintos sistemas sociales, al teñir todo lo que le rodea de un aura de tradicionalismo y una imagen de inalterabilidad y de que nada cambia. Se expondrá cómo el control del Pasado ha sido desde siempre una herramienta utilizada por ciertos agentes sociales con el fin de conseguir y manipular la posición y opinión de los grupos frente a una situación dada (ya sea a favor o en contra de la introducción de algún elemento novedoso). Una vez planteados y analizados los datos, y caracterizados todos los elementos que entran en juego en este conflicto identitario, al final del epígrafe se planteará una propuesta interpretativa, en la que de nuevo la imagen de los ciclos tendrá protagonismo en la interpretación de la realidad de las sociedades prehistóricas mucho más compleja de lo que plantean los modelos puramente continuistas o rupturistas. Es precisamente la lucha entre la permanencia y el cambio, entre la innovación y la tradición, lo que da lugar de manera recurrente a situaciones de desequilibrio e indecisión, que conllevará como veremos la práctica de actuaciones individualizadores en contextos colectivos, y de actos colectivizadores en contextos de individualidad.

Antes de entrar de lleno a analizar los diferentes aspectos del debate de cariz identitario, se van a intentar aclarar ciertas cuestiones terminológicas, ya que en ocasiones se dan confusiones y contradicciones interpretativas no por el hecho de utilizar diferentes modelos de lectura social de las evidencias arqueológicas, sino por el uso poco concreto y muy flexible de determinados conceptos. Por esta razón, hay que

dejar claro desde el principio qué se entiende por enterramiento colectivo y qué por depósito funerario individual, haciendo mención también a otro tipo de fórmulas intermedias. Por lo general, se ha entendido como sepultura colectiva aquellos espacios sepulcrales en lo que se dan aportes sucesivos de cuerpos (Delibes, 2010: 17, nota al pie 35), y que a modo de panteones comunes tendrían un carácter diacrónico y abierto, o al menos fácilmente accesible (podrían contar con un dispositivo de cierre fácilmente manejable); de este modo, se estarían descartando simplemente los depósitos sincrónicos o de evento único (*ibídem*). Por su parte, el enterramiento individual se relaciona generalmente con depósitos cerrados y primarios, y eventos únicos, con una clara tendencia hacia la segregación y la separación mediante la construcción de estructuras singulares y aisladas, y que generalmente sólo alberga un cuerpo o a lo sumo dos. Por tanto, ambas definiciones están reflejando conceptos muy ambiguos dentro de los cuales tendrían cabida multitud de fórmulas funerarias, dando lugar a conceptualizar del mismo modo fórmulas funerarias de distinta naturaleza. *“El mismo hecho de asociar directamente segregación, en tanto que individualización, frente a colectividad valorada como agrupaciones de restos, presenta problemas en el registro megalítico”* (Bueno *et al.*, 2005a: 78). Partiendo de la base que *“la muerte es siempre un hecho individual, y toda sepultura lo es, por tanto”* (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 15), hay que fijarse y estudiar con profundidad no sólo la imagen inicial del depósito funerario (muchos o pocos cuerpos en posición primaria o secundaria) o el tipo de estructura funeraria (tumba abierta o cerrada y la presencia o ausencia de estructuras segregadoras), sino atender a otros aspectos del ritual funerario como es la propia organización del espacio sepulcral, el tratamiento de los propios cuerpos o las posibles pautas de colocación y de distribución tanto de los restos humanos como de los elementos artefactuales que los acompañan, para poder caracterizar de una manera más adecuada la naturaleza y el carácter con que se dotaron a los distintos lugares sepulcrales.

Como “colectivo” se conciben fundamentalmente aquellos depósitos funerarios que, si bien por lo general funcionan de manera diacrónica y por tanto se albergarían en estructuras abiertas o de fácil acceso, se caracterizan sobre todo por *“una tendencia hacia la “indiferenciación” de los individuos”* (García Sanjuán, grandes piedras: 174), visible no sólo por el hecho de tratarse de depósitos secundarios y sin conexiones anatómicas, sino porque también se da una indiferenciación en relación a la distribución de los ajuares (es decir, que no se pueden relacionar con algunos cuerpos), y una mezcla

intencionada de los restos y piezas esqueléticas de los diferentes cuerpos. En estos enterramientos o depósitos funerarios colectivos serían habituales algunas de las prácticas o “estrategias de mantenimiento” definidas en el capítulo anterior (ver epígrafe 6.4), en concreto las de manipulación y reordenamiento del espacio sepulcral, en las que tras su funcionalidad prácticas (es decir la de mantener útil el espacio funerario) se pueden adivinar claramente unas pautas rituales que denotan una clara tendencia hacia la des-individualización e uniformización de todo el conjunto mortuario. Este tipo de intencionalidad de borrar la individualidad de los allí enterrados y sumirlos dentro de una suerte de “ente comunal”, se observa también en el desarrollo de algunas prácticas de clausura, sobre todo aquellas que se practicaban a lo largo del primer ciclo de uso (Fases 1 y 2), y cuya mejor expresión arqueológica está en los cierres de las tumbas-calero en las que todo el depósito sepulcral queda sumido dentro de una misma costra de cal, sin posibilidad de diferenciar ningún elemento. Se tratan pues de “rituales integradores” que persiguen “mantener la unidad del grupo, eliminar, o al menos ocultar, las tendencias disgregadoras propias de los intereses parciales e individuales” (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 16). Un depósito funerario colectivo está conformado por el aporte sucesivo de inhumaciones individuales, pero que prácticamente en el momento en que son colocados dentro del sepulcro, pierden por completo su individualidad, se mezclan con los otros muertos con los que pasan a formar un “todo” uniforme como representación colectiva de la “casa de los antepasados”, y por tanto la misma identidad colectiva que caracterizaría las estrategias sociales de los grupos que construyen y utilizan los megalitos, estaría presente entre sus muertos dotándoles de contexto integrador y colectivizador (*ibidem*). En nuestra opinión, para considerar un sepulcro como colectivo no tienen por qué obligatoriamente estar todos los restos en posición secundaria, ni sumar un número elevado, ni ser el resultado de un proceso diacrónico (aunque ambos factores suelen ser habituales y muy frecuentes), situaciones que tenemos documentadas dentro de nuestro catálogo de datos (como los individuos completos en osarios como el de El Alto del Reinoso o La Velilla, o el depósito funerario interpretado como sincrónico de El Rebolledo conformado por la deposición de sólo 3 individuos); sin embargo, en todos los casos, hay una clara tendencia hacia la indiferenciación de los cuerpos y un propósito claro de borrar su individualidad (en El Rebolledo todo el depósito se quemó y posteriormente se tumulizó, o en El Alto del Reinoso antes de su clausura se llevó a cabo un sistemático reordenamiento de todo el depósito, tanto huesos como objetos, dando lugar a numerosos agrupamientos óseos,

pero manteniendo en el nivel inferior algunos cuerpos completo en posición primaria, quizás por cuestiones simbólicas que se nos escapan). Por otro lado, este rasgo de marco integrador e indiferenciado de los contextos funerarios colectivos, deja fuera de este concepto otras fórmulas funerarias en las que también se da un aporte sucesivo de inhumaciones individuales, pero en las que esa voluntad de mezclar los cuerpos y borrar su individualidad no está presente o al menos no de una manera tan evidente.

Partiendo de esta última idea de que los enterramientos colectivos se forman a partir de la sucesiva deposición de cuerpos de manera individual, se ha planteado en ocasiones sustituir el término “colectivo”, para algunos autores estático y poco específico, por otros más flexibles y generales como el de “agrupamiento de muertos” (Zammit, 1990; cit. por Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 15) o “enterramiento múltiple”. En nuestra opinión, estos términos que en muchas ocasiones se usan de manera indiscriminada para referirse a los depósitos colectivos característicos de los monumentos megalíticos (Delibes, 2010: 25), sólo tienen en común el hecho de referirse a lugares sepulcrales que albergan varios cuerpos (cuyo número puede variar desde apenas una decena hasta cientos), pero en los que no hay evidencias claras de su des-individualización e incluso en muchos casos su “identidad individual” se mantiene intacta (tanto en relación a la conexión anatómica del esqueleto como a su asociación con un conjunto propio de ajuar, o incluso con algún tipo de estructura de compartimentación o señalización dentro del espacio compartido). Esto no quiere decir que en este tipo de espacios funerarios todos los restos se encuentren en posición primaria, puesto que también nos podemos encontrar habitualmente con depósitos secundarios, pero que en este caso no responderán a una voluntad colectivizadora y además en la mayor parte de los casos se mantendrá la individualidad del conjunto (puesto que en muchos casos, esos depósitos secundarios están formados por las piezas esqueléticas de un mismo individuo). En este caso, este tipo de prácticas de recolocación y readecuación del espacio sepulcral, parecen tener un evidente objetivo funcional con el fin de dejar espacio libre para nuevos depósitos. Este tipo de depósitos de carácter “múltiple-acumulativo” se ha documentado en una gran diversidad de arquitecturas como fosas colectivas, cuevas sepulcrales o hipogeos, entre otros. Por tanto, hay que tener cuidado con no confundir los depósitos “colectivos integradores” con los “múltiples agregadores” (Esparza, 1990) cuyo rasgo principal es su carácter acumulativo. Se ha planteado que estos lugares sepulcrales de carácter múltiple o acumulativo, funcionasen a modo de “panteón” en los que de manera diacrónica se irían

enterrando los miembros de una misma unidad familiar ligados por relaciones de parentesco, entendiendo este concepto en términos amplios (Bueno *et al.*, 2005a: 69; Fernández Crespo y Tejedor, 2011: 537; López Romero, 2005: 445). Aunque también en algunos casos se han interpretado como el resultado de un evento simultáneo (Delibes, 2010: 25), que en los lugares donde se han documentado decenas de cuerpos inhumados, podría ser consecuencia de un episodio de enfrentamiento violento entre poblaciones (como en el caso bien conocido del sepulcro de San Juan *Ante Portam Latinam* en Álava –Vegas, 2007; Vegas *et al.* 2012) o de una fuerte epidemia o hambruna.

Por su parte, los enterramientos de carácter “individual” muestran ya una clara voluntad disgregadora y de separación. La individualidad viene marcada no sólo por la generalización de los depósitos en posición primaria y su asociación a un juego de ajuar particular (como veíamos que también acontece, aunque en menor medida, en los enterramientos múltiples), sino que ahora además se observa una tendencia significativa hacia la segregación y aislamiento del depósito, destacándolo y singularizándolo a través de construcciones específicas (fosas individuales, pequeños túmulos, cistas...) o de la adecuación de un espacio concreto a través del añadido de ciertos elementos arquitectónicos (como en los casos de las prácticas que se han denominado como “modificaciones arquitectónicas en áreas específicas” -ver epígrafe 6.4-) (García Sanjuán, grandes piedras: 174; Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 16). Suelen conformarse por un único enterramiento o por uno doble, aunque excepcionalmente podrían albergar más cuerpos. Como en el caso de los enterramientos “múltiples”, los depósitos individuales no tienen que aparecer siempre en posición primaria (aunque como hemos dicho antes es lo más habitual), sino que también pueden estar en posición secundaria a causa de distintos factores (normalmente por una cuestión práctica de hacer espacio para un nuevo depósito), pero en estos casos siempre el conjunto mantendrá su individualidad, llegando incluso a recolocar los huesos y el ajuar que tenían asociados en el mismo lugar.

En resumen, se diferencian tres tipos de fórmulas funerarias “colectivo-integrador”, “múltiple-agregador” e “individual-disgregador”, en los que sus rasgos fundamentales, no se basan en el número de inhumados, en el carácter primario o secundario del depósito o en el tipo de estructura sepulcral que lo albergue (de hecho, dentro de los propios monumentos megalíticos podría llegar a hablarse de la presencia

de las tres fórmulas funerarias), sino en otras facetas de mayor calado socio-simbólico como la forma de tratamiento de los cuerpos, la organización del espacio sepulcral y la distribución de los elementos de ajuar, o las prácticas asociadas al mismo evento funerario o al posterior estado del depósito; todas ellas evidencias tras las cuales se esconde un “*mensaje ideológico intencionado*” (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 16). En ningún momento pretendemos plantear un orden diacrónico para el uso de estas tres fórmulas funerarias desde formas puramente colectivas hasta completamente individualizadas pasando por estadios intermedios, y aunque en cierta medida sí podemos afirmar que en el periodo de estudio de esta investigación (IV-II milenio cal. BC) se dio un orden de generalización secuencial de estos “usos funerarios” (puesto que a inicios del recorrido diacrónico el modelo habitual era el colectivo ligado al inicio de la actividad megalítica, mientras que al final se documentan fundamentalmente enterramientos individuales), no descartamos que pudieran usarse uno u otro en función de las necesidades o que incluso de manera más o menos habitual se simultanearan en el tiempo, como de hecho parece que ocurrió por ejemplo a finales del III milenio cal. BC momento en que coexisten enterramientos de carácter múltiple (como el caso de los hipogeos y de las cuevas artificiales) con otros ya propiamente individuales (como los túmulos y fosas ligados al “fenómeno campaniforme”).

7.2.1. IDENTIDAD COLECTIVA VS. IDENTIDAD INDIVIDUAL

*"A los muertos no les importa cómo son sus funerales.
Las exequias suntuosas sirven para satisfacer la vanidad de los vivos"*
(Eurípides)

La identidad, como muchos otros conceptos que forman parte esencial de nuestra ontología (el tiempo, el espacio, la cultura, la ideología, la religión...), se trata de una abstracción humana “inventada” como mecanismo de seguridad y orientación frente al caos, mediante el cual el ser humano intenta dar sentido a su existencia y presencia en un mundo hostil para poder actuar en él. Es un parámetro que “*consiste básicamente en desarrollar mecanismos cognitivos que nos permitan tener sensación de que controlamos en medida suficiente la realidad, independientemente del control en sí que tengamos*” (Hernando, 2002: 51). Es decir, nos permite ordenar y clasificar en nuestra mente el mundo que nos rodea (lo que queda fuera de dicha clasificación directamente no existe para nosotros), pero no es en sí mismo el orden de la realidad

sino el orden que rige en nuestra forma de entender el mundo. De ahí, que toda construcción identitaria, en cualquier momento y lugar, presente una gran complejidad puesto que está estrechamente ligada a las emociones y fundamentos más profundos del ser humano, y también una importante variabilidad dado que toda sociedad y/o individuo puede entender “su realidad” de una manera propia. Por tanto, resulta complicado constreñir este concepto en definiciones concretas. Sin embargo, el impulso que en los últimos años se ha dado al estudio de esta faceta humana en todas las áreas de pensamiento (Filosofía, Sociología, Psicología...), y en concreto en el de la Antropología socio-cultural y la Arqueología (Andrés, 2010; Hernando, 1999 y 2002; buscar más citas), nos permiten perfilar en cierta medida algunos de los factores básicos que entrarían en juego en la construcción y desarrollo identitarios. Una definición muy concisa y explícita es aquella que define la identidad como “*la conciencia de uno mismo y en su relación con los demás*” (Andrés, 2010: 15). En este punto aparece ya uno de los elementos esenciales que caracteriza y vertebra la asunción de una identidad concreta, y es precisamente la noción de “el otro” frente al que bien una persona, o un grupo, se define a sí misma. Y son precisamente los cambios de lo que se concibe como “el otro” y su relación con él, algunos de los factores que van a determinar los diferentes “tipos de identidad” que se han podido establecer en relación a las sociedades prehistóricas (aunque no olvidemos que, como hemos apuntado antes, al tratar este tipo de conceptos ligados a la ontología humana, la variabilidad es enorme puesto que cada persona y/o comunidad puede aportar sus propios matices).

Esta concepción de “el otro” y las formas de relación inter-individuales son una parte de las múltiples diferencias que podemos encontrarnos entre grupos que comparten una identidad colectiva y aquellos en los que son las tendencias individualizadoras las imperantes. En el primero de los casos, se trata de una identidad relacional que se basa en las semejanzas y no en las diferencias entre los miembros del grupo. Tiene un carácter integrador (como veíamos también en el caso de los enterramientos colectivos) puesto que todos forman parte de esa construcción identitaria que recae sobre la totalidad grupal, la cual es fuente de protección y seguridad; todos necesitan del grupo y el grupo necesita de todos, puesto que en esta realidad que uno de ellos se quede fuera puede ser nefasto tanto para el individuo como para el colectivo. Este tipo de identidad encajaría en aquellos modelos socio-económicos caracterizados por una escasa división de funciones y especialización del trabajo, que no marca distinciones entre sus miembros en ningún ámbito, y en los que las escasas diferencias




VII. LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA: ANÁLISIS E INTERPRETACIÓN

que pueden aparecer vienen dadas por cuestiones de edad o sexo. Además, tendrían un desarrollo tecnológico muy básico que no permitiría un gran control de los recursos subsistenciales, por lo que su supervivencia estaría en continua incertidumbre al no depender de ellos el acceso al alimento. Conviven con una sensación de riesgo permanente que sólo consiguen calmar mediante la seguridad y protección que da la pertenencia a una comunidad, y la sacralización del mundo natural en el que viven. Se mitifican todos los elementos naturales, los ríos, los árboles, las montañas... y se conciben como dioses o espíritus con formas y conductas humanas. Dotar a la Naturaleza de un comportamiento humano les permite tener un cierto control sobre su propia existencia, ya que a través de sus actos pueden ganarse su beneficio y por supuesto intentar nunca incomodarla (Hernando, 1999: 30-34). Ésta es la clave que convierte “lo ritual” y ceremonial en una faceta fundamental en la realidad de estas sociedades, que lo impregna todo y está presente en todas las actividades diarias y rutinarias; para ellos no hay separación entre el ámbito ritual y el puramente subsistencial o diario.

El mayor deseo de estos grupos es que todo se mantenga igual, que la normalidad impere en todas sus realidades; huyen del cambio, puesto que puede ser el desencadenante de episodios nefastos que escapan a su control. Por eso conciben todas sus actuaciones como actos cíclicos, que han de repetirse cada cierto tiempo para que todo siga igual, e incluso es de ese modo como perciben el paso del tiempo, de una manera cíclica por lo que el “Pasado” no forma parte de su existencia, sino que se da en una realidad diferente (es un “Pasado” mítico en el que habitan los héroes y dioses que protagonizan sus leyendas). Por eso es tan importante que todo en el ritual sea siempre igual, que todo se repita y que no haya ningún tipo de alteración, aunque como veremos más adelante sí se incluyen cambios, pero desde el propio ámbito ritual se legitiman y presentan como una realidad “dada”. Por tanto, vemos que en una identidad colectiva la construcción identitaria recae sobre el grupo y no sobre el individuo, y ésta se conformará por su diferenciación con respecto al resto de poblaciones, que son “el otro”; éstas están fuera de su realidad, de su “orden natural” puesto que ellos y no “los otros” son los verdaderos, los “elegidos” para poder sobrevivir en la Naturaleza (Hernando, 2001: 217).

A diferencia de la anterior, la identidad individual es disgregadora (como veíamos al caracterizar los enterramientos individuales), puesto que superpone a cada

individuo sobre el colectivo, destacando sus diferencias con respecto al resto. “El concepto de “individuo” hace alusión a una entidad aislada, un elemento que tiene identidad propia, cuya existencia se puede concebir en sus propios términos” (Hernando, 1999: 29). Se toma conciencia de uno mismo, de los actos e intereses propios, de las emociones y deseos; cada uno controla su vida y a través de sus propios actos puede decidir su destino. Los modelos socio-económicos compatibles con esta construcción identitaria son aquellos que destacan las singularidades y capacidades de cada persona, lo que se refleja fundamentalmente en una sólida división del trabajo y especialización funcional; se parte de la idea de que no todo el mundo sirve para realizar una tarea, y de que hay algunas personas cuyas habilidades o conocimientos que han desarrollado son completamente inaccesibles para el resto de la población. Esta situación desemboca en una cada vez mayor diferenciación social. Además, presentan ya una cierta complejidad tecno-económica que les permite tener un mayor control sobre los recursos, de modo que la subsistencia diaria está prácticamente asegurada puesto que son los propios individuos quienes producen el alimento. Se disipa así esa sensación de riesgo e incertidumbre que provocaba depender completamente del medio natural, puesto que ahora éste se puede alterar y manipular a voluntad y de manera consciente. La Naturaleza pierde su rasgo de inalterabilidad y con él su halo sagrado, por lo que pasa a objetivarse y a concebirse como una realidad a disposición de los intereses humanos. La tierra que antes ofrecía los frutos de manera innata, ahora se trabaja y se planifica su productividad dentro de un ciclo agrícola, lo que permite tener la certeza de que al final del mismo se recogerán los alimentos que aseguran la supervivencia. Pero este trabajo requiere de un esfuerzo e inversión por parte tanto de los individuos en particular como de los grupos en general, que a largo plazo genera un sentimiento de derecho de explotación o incluso propiedad sobre una tierra que se ha estado trabajando durante años. Este aspecto daría lugar a lo que algunos autores han denominado como “identidad locativa” (Andrés, 2010: 28), que se sustenta en la identificación directa del grupo o el individuo con el lugar en el que vive, dando lugar a un fuerte sentimiento de estar “atado” a la tierra extendido y generalizado por todas las poblaciones humanas incluso en la actualidad; de hecho “los pueblos sin tierra no lo son por vocación sino por causas lejanas que les fuerzan a salir de su dominio y encontrar un nuevo acomodo que sientan como suyo; están también inmersos en la añoranza mítica de un origen al que algún día retornarán” (ibídem). La legitimación de la ocupación de la tierra se convierte casi en una obsesión para las poblaciones, las




cuales se aferran a determinados símbolos que representan su larga permanencia en el territorio; símbolos que ya no pueden encontrarse en un medio natural desacralizado, sino que han de buscarse o establecerse dentro del propio ámbito humano, y que pueden ir desde un objeto hasta una construcción pero siempre han de ofrecer una sensación de inalterabilidad (en el caso de una construcción ha de ser sólida y permanente, y en la de un objeto se ha de tratar de artefactos que no sean de uso cotidiano y que se custodien de manera segura entre cada uno de sus usos).

El “culto a los antepasados” adquiere en este sentido una gran relevancia como herramienta fundamental de legitimación, y con él el “Pasado” comienza a formar parte de la misma realidad (ya no transcurre en una realidad paralela) como forjador de la construcción identitaria de los grupos. Ligado a esta última idea, el paso del tiempo se concibe como algo lineal, ya no cíclico, en el que se da una sucesión clara entre el “Pasado”-“Presente”-“Futuro”. Este papel relevante que adquieren los antepasados en el desarrollo de las sociedades, configura la denominada como “identidad de sangre” que es aquella que nos vincula a una familia, una tribu, un linaje o una raza por razones supuestamente biológicas (*ibídem*: 27); aunque como veremos más adelante esta vinculación genealógica puede ser en muchos casos ficticia debido a su manipulación en beneficio de determinados intereses. El individuo, por tanto, comenzará también a tener conciencia de sus propios orígenes y raíces, por lo que cada vez se sentirá más ligado a su familia, es decir a aquellos con los que comparte una relación de parentesco directa, que al resto de miembros que componen la comunidad; en esta idea se basa la estructura social de linajes, que considera extraños a todo aquel que no se adscribe al linaje propio, siendo ésta la base de los sistemas hereditarios. Esto ayuda a que cada vez se tenga más clara la diferencia entre los intereses propios y los del colectivo, y en caso de conflicto entre ambos se buscará la solución más beneficiosa a nivel individual o familiar, lo que implicará en muchas ocasiones perjudicar a los demás. Para ello se requiere de un mecanismo cognitivo mediante el cual “el otro” ya no son simplemente aquellas comunidades alejadas con las que casi no se mantiene contacto, sino que se conciben de esa manera al resto de individuos del propio grupo que no pertenecen a unos círculos de parentesco determinados.

Esta distancia emocional inter-individual y la objetivación de “el otro” es el cambio fundamental que permite el desarrollo del control y la dominación entre iguales (Hernando, 1999: 23-24 y 30-31), desembocando en jerarquías sociales sólidamente establecidas y en la capacidad de asumir el poder. Aquellas personas que aspiran hacia

esa individualización y diferenciación, al disgregarse y separarse del grupo “de manera consciente”, han de buscar los elementos que les aporten seguridad, protección y sentimiento de pertenencia, pilares básicos de la construcción identitaria, en otro lugar, surgiendo así una identidad segregacional o “*de colectivo elitista*” (Andrés, 2010: 33-35), denominada para otras épocas como “identidad de clase”. Estas personas van a sentirse así identificadas con sus “pares”, es decir con otros individuos que a pesar de no pertenecer ni a su familia ni a su grupo, se asemejan a ellas por sus capacidades, especialización funcional, o papel social y privilegios de los que disfrutaban. Por tanto, se superpone la pertenencia a un linaje, estirpe o familia, por encima de la del grupo (Bueno *et al.*, 2005a: 69). En esta nueva construcción identitaria ayuda mucho el aumento de la movilidad personal (antes limitada por la percepción de riesgo al salir a una realidad desconocida) y de los intercambios inter-grupales e inter-individuales, que permiten conocer otras realidades diferentes a la propia y que no por eso son obligatoriamente peores. Así, se van conformando modelos socio-económicos basados en la diferenciación y división en todos los ámbitos, en los que las estrategias socio-políticas entre líderes y la “Economía de bienes de prestigio” (Garrido, 1999: 45-46) tendrán un papel importante (ver subepígrafe 3.1.3).

Esta contraposición entre identidades colectivas e individuales se ha aplicado en muchas ocasiones a la hora de interpretar los diferentes modelos sociales que se desarrollaron a lo largo de toda la Prehistoria (Hernando, 2002; Vicent, 1989; entre otros). Según esta línea interpretativa, y a grandes rasgos, el paso de las sociedades cazadoras-recolectoras a sociedades campesinas debió de requerir de un proceso ascendente de individualización, cuya mejor manifestación se refleja en el control sobre los recursos y el deseo de apropiación de la tierra, que dará lugar a un carácter identitario muy ligado al factor territorial (algo que en la actualidad aún sigue muy presente). Por esta razón, muchos autores ven en la introducción de la economía de producción, y fundamentalmente de la práctica agrícola, los cimientos básicos de esa tendencia hacia la individualización que caracteriza el desarrollo de la humanidad. Las nuevas técnicas subsistenciales implican un cambio radical en la relación de los grupos con el medio natural, el cual pasa a considerarse como un “objeto” al servicio del interés humano, el cual se puede explotar y alterar a voluntad. Este cambio de perspectiva afectará también a las relaciones inter e intra-grupales, que comienzan a destacar las diferencias frente a las semejanzas entre los individuos, considerándose todo aquello



con lo que no se identifican como algo ajeno y extraño, marcando así una importante distancia emocional que abrirá la posibilidad de introducir relaciones de poder y sometimiento entre los miembros de un mismo grupo. Se pasa así de unas estructuras sociales poco complejas basadas en relaciones de “*reciprocidad positiva generalizada*”, en las que se sacrifica toda tendencia hacia lo individual en *pro* del grupo, a otras de “*reciprocidad negativa generalizada*” en las que lo que prima es el interés y el beneficio propio por encima del de los demás (Hernando, 2002: ¿??). Sin embargo, esta tendencia hacia la individualidad y la diferenciación con respecto a los demás tomando conciencia de uno mismo, y que parece innata al ser humano, ha sido “*creciente con el transcurso histórico, pero no lineal sino oscilante en todo tiempo*” (Andrés, 2010: 15).

Muchos autores defienden que no es posible aplicar ese concepto de individualidad a las poblaciones prehistóricas, puesto que requiere un amplio desarrollo de la conciencia de uno mismo que sólo podría alcanzarse en contextos socio-económicos con un alto grado de especialización y diferenciación. Incluso señalan que se trata de un “tipo de identidad” sólo aplicable a las sociedades de cronología reciente, “*un concepto específicamente histórico de la cultura moderna occidental*” (Jones, 2008; cit. por Andrés, 2010: 20), basándose en cuestiones como que el propio término de “individuo” o “individualidad” tal y como hoy lo entendemos no habría surgido hasta época moderna (concretamente el s. XVII), alcanzando su plenitud con el triunfo del conocimiento científico y el uso de la Razón como forma de relacionarse y comprender el mundo (Hernando, 1999: 29). Por tanto, el modelo identitario de los grupos de la Prehistoria reciente no encajaría completamente con ninguno de los “tipos de identidad” expuestos, presentándose en muchos de sus aspectos como claramente colectivizador pero con evidentes tendencias y manifestaciones diferenciadoras más propias de un contexto tendente hacia la individualización. En ocasiones, se las ha definido como sociedades de “*reciprocidad positiva interna y negativa externa*” (Hernando, 2002: ¿??), que frente a la homogeneidad ofrecida por las de “*reciprocidad generalizada*” (bien positiva o negativa), presentarían una gran variabilidad de formas de relación inter e intra-grupales en las que en muchas ocasiones convergerían tendencias colectivizadoras e individualizadoras en un mismo tiempo y lugar.

Dejando a un lado del debate sobre si es posible o no detectar mediante la metodología arqueológica evidencias de las construcciones identitarias de las poblaciones prehistóricas (Andrés, 2010: 18), se asumirá de cara a este estudio la

posibilidad de que sí hay ciertas manifestaciones arqueológicas que nos pueden estar arrojando información sobre los mecanismos de pensamiento de los distintos grupos humanos y por tanto también sobre las formas de identidad que asumían. En este sentido, el “documento” funerario se nos presenta como la mejor manifestación a nuestro alcance en la que se puede observar *“la captación de alguna de las expresiones de la identidad”* (ibídem: 32). La muerte es destrucción, es el fin de todo lo conocido, la ruptura total del anhelo de permanencia y continuidad innato a todo ser humano; la única forma de hacer frente a la angustia que produce morir es la de perpetuarse en la memoria de sus congéneres a través del ceremonial funerario, transmitiendo una imagen idealizada del difunto que será la que los asistentes guarden en sus recuerdos sobre aquel individuo que formó parte de su comunidad o linaje (Treherne, 1995: 123-124). Por esta razón, todo el ceremonial en torno a la muerte está pautado y normalizado, y en su desarrollo nada se deja al azar puesto que ello supondría correr el riesgo de que no todo salga como se espera; todos los actos se realizan de forma consciente e intencional, puesto que en ellos se plasma la imagen social e ideológica de la comunidad, linaje o individuos que lo llevan a cabo. De este modo, al tratarse de prácticas completamente controladas desde su planeamiento hasta su ejecución, cualquier cambio observado en el ámbito rito-funerario es un reflejo claro de la alteración del mensaje a transmitir, que podría leerse como resultado de una transformación en el concepto de identidad (Andrés, 2010: 22).

Es por esta razón, que el fenómeno de las reutilizaciones de los monumentos megalíticos se ha planteado en muchas ocasiones desde esta perspectiva, leyéndose normalmente en términos de evolución desde una imagen identitaria completamente colectivizadora hasta tendencias de clara individualización, ligadas al origen de la jerarquización social (Andrés, 1997 y 1998; Oliveira, V., 1983-1984; Rojo, Garrido *et al.*, 2005; Sanches, 1996; etc.). Se trataría así del *“más antiguo documento arqueológico de legitimación por la memoria y uso político de la identidad del antepasado”* (Andrés, 2010: 32).

Siguiendo esta línea interpretativa, los megalitos en sus primeras fases de uso habrían funcionado como enterramientos colectivos basándose fundamentalmente en el carácter comunitario de los ceremoniales llevados a cabo en ellos y en las fórmulas rituales utilizadas para el tratamiento de los cuerpos de los allí enterrados. Como se ha señalado lo largo de este capítulo (ver epígrafe 7.1), todas las prácticas realizadas durante las primeras fases de uso de los monumentos megalíticos requieren de la

participación de toda la comunidad (o al menos de una buena parte de ella), puesto que se trata de actuaciones que implican un gran esfuerzo y bastante mano de obra (construcciones, remodelaciones, clausuras...). A través de estos actos comunitarios se trabaja por la integración y cohesión social, además de reforzar la idea del “símbolo megalítico” como referente fundamental de la identidad colectiva. La imagen del “ideal social” que se pretende transmitir es, por tanto, la de una sociedad igualitaria, indivisa en la que todos sus miembros juegan un papel importante. Es cierto que a pesar de tratarse de un enterramiento colectivo no todos los individuos que mueren son depositados allí, existiendo evidentes sesgos poblacionales. Sin embargo, este hecho no está reñido con su carácter colectivizador, puesto que los “seleccionados” para ser enterrados allí lo serían en *pro* de una imagen del “ideal social” que se pretende transmitir, pauta y acordada por todo el grupo, ya que *“los valores personales se someten a los del grupo, a los de una colectividad interesada por encima de todo en exhibir su cohesión”* (Delibes y Rojo, 2002: 9). Por tanto, esa posible singularidad que podría inferirse a la hora de elegir los “difuntos representantes”, queda completamente disipada a través de las prácticas de tratamiento de los cuerpos que se llevan a cabo dentro del espacio sepulcral, y que claramente persiguen un objetivo colectivizador, mostrando una imagen completamente indivisa e indiferenciada del área funeraria; *“es la identidad colectiva más que la individual la que se afirma en la muerte”* (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 18). Las estrategias puestas en práctica para este fin son múltiples (desarticulación de los esqueletos, agrupación y manipulación de los huesos formando diferentes conjuntos, depósito de ofrendas colectivas, eliminación de las posibles asociaciones entre cuerpos y ajuares...; ver subepígrafe 6.4.3) y se realizan a lo largo de las distintas fases del ciclo de uso megalítico (durante su construcción y uso, pero sobre todo también en las clausuras de los monumentos). *“A través de este proceso el cuerpo se transforma en un producto cultural, un artefacto para ser utilizado y manipulado como una cerámica o un hacha. Así, los esqueletos individuales quedarían integrados en el cuerpo social representado por la masa de huesos que contenía el interior de las cámaras”* (*ibídem*). Una vez desindividualizados, el recuerdo de los difuntos allí enterrados se desdibuja y pasa a formar parte de la memoria de los antepasados, convirtiéndose la tumba en un lugar de culto ligado a las raíces de sus usuarios como grupo o comunidad.

El mismo modelo interpretativo defiende que los eventos de reutilización funeraria que tuvieron lugar en posteriores fases de uso megalítico, fundamentalmente a

partir del III milenio cal. BC, mostrarían una imagen completamente diferente. En primer lugar, las prácticas llevadas a cabo durante el ceremonial no requerirían, por lo general, de la participación de un número elevado de personas, sino que más bien parece que de manera intencional se restringirían a un grupo selecto. Los cuerpos ya no son objeto de manipulación y desarticulación esquelética, sino que el propósito fundamental es preservar su integridad manteniendo su conexión anatómica, adecuando un espacio individualizado para realizar el depósito y cubriéndolo al finalizar mediante estructuras que lo protegieran (lajas pétreas, niveles de tierra y piedras...) e impidieran el acceso. De este modo, el mensaje que se desea transmitir a través del ritual funerario, se focaliza en este caso en el difunto, y en el ceremonial y ofrendas que se realizan en su honor. Se trata de un evento único e irrepetible por lo que todo “*debía ser “leído” a través del cadáver y su ajuar, por lo cual los objetos tenían que ser adecuadamente seleccionados para que todo fuese interpretado en la forma deseada*” (ibídem: 22). En este caso, no es un “ideal social” lo que se pretende destacar, sino una imagen idílica del fallecido que enfatizará sus habilidades, prestigio y capacidad de poder, por lo que ahora todo el esfuerzo e inversión se dirigen hacia una exhibición de la riqueza personal del individuo y sus allegados (los ajuares ya no se valoran por su cantidad, aunque en algunos casos también, sino por su calidad como objetos escasos, de difícil adquisición y restringidos a una buena parte de la población), y no hacia la exhibición de la capacidad de trabajo y la cohesión del grupo. De hecho, en este tipo de eventos los que personalidades homónimas de diferentes comunidades competirían en prestigio y riqueza, pero ya no en nombre de la colectividad sino en beneficio de su propio poder y jerarquía personal (Garrido, 2006: 86-88; Hayden, 1995: 25). Este tipo de documento funerario parece responder, por tanto, a un concepto de identidad individual, o más bien de “*identidad de un colectivo elitista*” puesto que a través del funeral, además de honrar y destacar la singularidad y excepcionalidad del individuo fallecido, se está ofreciendo una imagen intencionada por parte de los que planifican y asisten a dicho evento; de este modo, el difunto no se representa sólo a sí mismo sino que es la “*encarnación de un colectivo (jefes) o de grupos de función específica y especialmente considerada (guerreros, sacerdotes...)*” (Andrés, 2010: 33).

Por tanto, siguiendo esta línea interpretativa todo parece apuntar a que las distintas fases de “uso post-fundacional” de los megalitos se dieron en coyunturas ajenas a las del momento de construcción de los monumentos que tendrían su

plasmación en los cambios documentados en el ritual funerario, representados por nuevas formas de uso del espacio funerario, fórmulas novedosas de distribución de los cuerpos y los ajuares, diversidad de estructuras secundarias individualizadoras o incluso la diferentes dimensión otorgada a la propia construcción megalítica. Todas estas novedades conforman un *“conjunto de mudanças que sugere uma alteração substancial das Cosmogonias, i. é, da forma ou dos modos como as sociedades tendem a deslocar o “axis mundi” da sua associação dominante aos antepassados (com os quais formam uma comunidade única), para relações de identidade mais especificamente ligadas à hierarquização real e conceptual (ou ordenação expressa de modo mais peremptório) de territórios e de grupos regionais, provavelmente ainda não centralizados”* (Sanchez, 1996: 74). Este proceso de cambio estaría ligado a un desarrollo gradual de diferenciación social caracterizado por un acceso desigual a los recursos y una creciente individualización, asistiendo a un progresivo abandono de la mentalidad colectiva y a la desaparición de las estructuras comunales características de periodos anteriores (Delibes y Rojo, 2002: 13; Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 20). *“No creemos que sea casual la evolución de los rituales funerarios desde manifestaciones colectivas o integradoras, propias de la madurez del Neolítico, hacia los de tipo individuales o individualizadores... Detrás de un fenómeno tan claro y recurrente sólo puede encontrarse una transformación económica y social de gran envergadura... y el consiguiente comienzo del proceso de surgimiento de la jerarquización social”* (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 17).

El mejor exponente de esta realidad lo podríamos tener en la reutilización de los antiguos espacios sepulcrales que albergaban osarios colectivos neolíticos para realizar depósitos funerarios de naturaleza individual vinculados al “fenómeno campaniforme” por el tipo de material que componía el ajuar que acompañaba al difunto. *“Paradójicamente, el monumento que mil años atrás, con su osario colectivo, había servido para proclamar la cohesión identitaria y la soberanía del grupo, se convierte ahora en un recurso simbólico para sancionar el ascenso social de una minoría poco partidaria de una distribución igualitaria de la riqueza”* (Delibes, 2010: 45). Estos individuos que deciden reocupar el espacio megalítico, en algunos casos casi 2000 años después de su construcción, pretenden mediante sus actos singularizarse con respecto a los “vivos”, es decir al resto de miembros de su comunidad (exhibiendo elementos de prestigio, apropiándose de un lugar que “pertenece” a la comunidad en su propio beneficio...), pero también a los “muertos”, ya que no se integran en los niveles

funerarios anteriores sino que se separan de manera intencional (construcción de estructuras separadas, uso de otras áreas del megalito diferentes a la cámara aunque ésta fuera accesible...) (Rojo *et al.*, 2010: 273). El propósito de estas prácticas es reforzar su posición social privilegiada y demostrar su capacidad de poder, mediante el uso de herramientas legitimadoras como su vinculación directa con los antepasados y los referentes de la memoria colectiva. Este tipo de recursos sería necesario e imprescindible para unos líderes aún muy débiles e inestables, cuyo prestigio no es un bien “dado” ni su autoridad incuestionable, por lo que estos incipientes “mandatarios” tratarían continuamente de apuntalar su débil posición por medio de una amplia variedad de mecanismos (Garrido, 2005: 42 y 2006: 88-89 y 93; Hayden, 2001: 246). Esta forma de relación inter e intra-grupal son los conocidos como sistemas “*Big Men*” o “*Entrepreneurs*” (Hayden, 1995: 25), en los que algunos personajes comienzan ya a apropiarse de parte del excedente de producción manteniendo una posición privilegiada en su redistribución, lo que les permite introducirse en complejos sistemas de intercambio de regalos facilitándoles el acceso a determinados objetos de lujo vedados para la mayoría de individuos (Carmona, 2011: 29). También se las ha denominado como “sociedades transigualitarias” (Hayden, 1995) modelos que engloban un amplio abanico de formaciones sociales que no son ni igualitarias pero tampoco están completamente jerarquizadas, y que encajarían muy bien con las características que presentan las poblaciones que habitaron el valle del Duero/Douro durante la Prehistoria reciente, en las que “*el liderazgo político parece rebasar los límites del parentesco, extiende su ámbito de acción más allá de la esfera estrictamente local y rebasa la vida de la persona que lo ejerce, pero en el que aún no existe la institucionalización del poder ni una clara centralización*” (Garrido, 2006: 81). La continua lucha y competencia por el poder en la que se ven sumidos este tipo de personajes hace que cada vez sea más importante demostrar las capacidades y prestigio personales, ya que es el propio individuo y no el grupo el que ha de demostrar su valía (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 21), y de ahí la obsesión por diferenciarse del resto y exhibir su riqueza mediante el uso de ciertos elementos seleccionados y la puesta en práctica de selectivos “usos y costumbres”.

Esta tendencia individualizadora se desarrolla ya en gran medida a partir de finales del II-inicios del I milenio cal. BC, cuando se asiste a una radical transformación en las prácticas mortuorias, con la introducción de la incineración como fórmula funeraria, lo que implica una nueva forma de entender y enfrentarse al fenómeno de la



muerte. De nuevo, el ceremonial funerario es el evento utilizado por ciertos personajes (cada vez con una mayor preeminencia social) para promocionar y “vender” una imagen idílica e interesada de sí mismos, que será representada a través del funeral y los objetos de ajuar que lo acompañen (cuanto mayor sea el fasto más crecerá el prestigio del fallecido y sus allegados). Por otro lado, *“el hecho de hacer desaparecer los cuerpos mediante la acción del fuego, no implica la anulación de la identidad individual, incluso la reafirma”* (Fernández Crespo y Tejedor, 2011: 538). Todas estas transformaciones implican necesariamente un cambio importante en los modelos socio-económicos e ideológicos de las comunidades, que afectan en gran medida a la relación entre los vivos y los muertos y al rendimiento que a éstos se les saca, de la mano de algunas modificaciones que se están llevando a cabo en los sistemas de propiedad y de transmisión de herencia (*ibídem*).

Sin embargo, este modelo interpretativo que en principio parece tener coherencia con respecto al desarrollo de las sociedades a lo largo de la Prehistoria reciente, puede resultar demasiado rígido al identificar el concepto de identidad colectiva con sociedades completamente igualitarias, y la identidad individual con aquellas que presentan estructuras jerarquizadas. El registro arqueológico parece apuntar a que ya desde mediados-finales del IV milenio cal. BC comenzaron a surgir ciertas contradicciones en el seno de las poblaciones usuarias de megalitos, puesto que surgen desde esos momentos algunos rasgos de individualización como la presencia de estructuras de segregación dentro del espacio sepulcral o la asociación de ciertos objetos de ajuar a un cuerpo determinado (estas y otras evidencias arqueológicas “contradictorias” serán tratadas como más detalle al final de este epígrafe -ver subepígrafe 7.2.4-). Estos hallazgos han sido interpretados como la prueba de las transformaciones socio-económicas que se estaban produciendo debido al impacto causado por la introducción de algunas novedades tecnológicas (vinculadas quizás a la denominada “revolución de los productos secundarios” -ver epígrafe 3.1-), que permitieron un aumento importante de la productividad y con ella del excedente acumulado. *“La raíz de este comportamiento estaría precisamente en la crisis de los sistemas sociales e ideológicos neolíticos, como consecuencia de las tendencias disgregadoras que introdujeron los cambios económicos asociados con la consolidación y desarrollo de las economías productivas (mayor excedente, competencia por su control y gestión)”* (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 17). En este sentido,

el énfasis por proyectar un imagen de colectividad y cohesión social a través de los osarios y el desarrollo de prácticas que requerían cada vez de la participación de un mayor número de personas (grandes remodelaciones de los edificios, clausuras a gran escala...), no sería realmente el reflejo de una sociedad igualitaria, sino una idealización del orden social que reafirma el “espíritu comunal” con el objeto de neutralizar o disimular las incipientes desigualdades que ponen en peligro la estabilidad y seguridad que hasta entonces disfrutaban (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 17; Rojo *et al.*, 2010: 272). A partir de este momento se observaría ya la presencia de dos fenómenos paralelos en el ámbito rito-funerario que se irían desarrollando posteriormente, vinculados al proceso de jerarquización social: la desaparición progresiva de la monumentalidad exterior de las tumbas (se dejan de levantar panteones colectivos y grandes construcciones tumulares) y el crecimiento de la riqueza en los ajuares (como representación en la muerte del prestigio “adquirido” en vida). Ambos procesos serían el reflejo de “... *a progressiva implantação de uma hierarquia no seio social, de início ligada à hierarquização espacial e dimensional dos túmulos, e, por fim, mercê de um ritual funerário cada vez mais individualizador, à redução das suas dimensões e à sua acetuação na paisagem*” (Oliveira, V., 1983-84: 44). Además, fuera del mundo megalítico, se hace cada vez más evidente la ausencia de una norma fija para enterrar, lo que podría ser consecuencia de un periodo de crisis frente a la anterior y posterior normalización o estandarización, y la introducción de la “elección individual” en cuanto a la forma de enterramiento.

En este y otros argumentos, como los sesgos o selección poblacional documentada en los osarios megalíticos, se apoyan algunos autores para defender una continuidad entre las sucesivas poblaciones usuarias de megalitos a lo largo de prácticamente todo el periodo de estudio (ver epígrafe 7.1.1). Según esta línea interpretativa, ni las sociedades de los primeros “ocupantes” de estos monumentos eran igualitarias (Fabián, 2006: 505), ni las que los reocupan más de un milenio después tendentes a la individualización y jerarquización (Bueno *et al.*, 2005a: 86). Desde esta perspectiva, el fenómeno de la reutilización funeraria no podría leerse en términos de “usos” correspondientes a realidades sociales distintas, sino que más bien sería el exponente más claro de la herencia de unos mismos sistemas y comportamientos simbólicos a lo largo de milenios. “*Son lugares de enterramiento en determinados momentos y para determinados personajes, es decir en la misma línea que lo habían sido antes*” (Fabián, 2006: 478). Las diferencias observadas de manera diacrónica en el

ritual funerario serían simples readaptaciones a los nuevos tiempos, que no implicarían necesariamente transformaciones de gran calado en los ámbitos socio-económicos e ideológicos de las poblaciones prehistóricas.

7.2.2. EVIDENCIAS DE COLECTIVIDAD E INDIVIDUALIDAD EN EL REGISTRO MEGALÍTICO DEL VALLE DEL DUERO/DOURO

Partiendo de todas las ideas y modelos interpretativos expuestos en torno al debate de colectividad vs. individualidad en la Prehistoria reciente, se ha decidido analizar desde esta perspectiva el *corpus* de datos de este estudio, para intentar descubrir las posibles evidencias de construcciones identitarias y realizar una lectura diacrónica de las mismas. Para este fin, se ha sometido a diferentes análisis estadísticos el conjunto de “eventos de reutilización funeraria” documentados, puesto que es precisamente el “documento” funerario una de las manifestaciones arqueológicas más susceptibles de ser contenedoras de esas expresiones de identidad.

Como se vio en el capítulo anterior (ver subepígrafe 6.3.2), hay un importante factor que lastra el estudio de este tipo de evidencias en el territorio duriense que es la mala o nula conservación de los restos óseos en los megalitos de gran parte del área estudiada dadas sus condiciones geo-morfológicas (Delibes y Santonja, 1987: 185). De ahí, que en muchos casos y por razones ajenas a la realidad megalítica, no podemos documentar la evidencia fundamental que es la presencia de huesos humanos. Hay que tener en cuenta estas cuestiones a la hora de valorar los resultados tanto absolutos como porcentuales, que si bien no pueden considerarse de manera rigurosa sí podemos determinar como válido su comportamiento diacrónico y su relación con otro tipo de variables que se nos presentan como interesantes de cara a la interpretación.

La estadística descriptiva aplicada a lo largo de este trabajo (ver epígrafe 6.3.2) al conjunto de evidencias funerarias posibles y seguras (las primeras se refieren a aquellas evidencias en las que a pesar de no tener los restos óseos documentados, por su disposición y ubicación con respecto a estructuras o prácticas asociadas, se han interpretado como depósitos funerarios, por su paralelismo con otros contextos en los que sí se han conservado los restos humanos), que ascendían a un total de 45 eventos correspondientes a 35 yacimientos, muestra una clara tendencia lineal de crecimiento diacrónico (ver Gráfico 24). En este sentido, hay una clara acumulación de las prácticas con carácter mortuario en las Fases 5 y 6 del periodo estudiado, en las que se da un cierto equilibrio entre los eventos de reutilización funerarios y no funerarios (llegando

incluso a representar el 50% en cada caso), mientras que en las anteriores fases de uso hay un desequilibrio que llega a alcanzar el 90% de la representación porcentual a favor de las prácticas no funerarias. Partiendo de estos y otros resultados, ya se ha planteado la hipótesis de que a lo largo de los primeros momentos de reutilización de los monumentos megalíticos las prácticas llevadas a cabo no tendrían mayoritariamente un carácter funerario, y cuando se diera en muchos casos tendrían lugar inmediatamente antes o después de la clausura del monumento. Por estas razones, nos parece adecuado caracterizar los eventos funerarios desarrollados en las Fases 3 y 4 como una parte más de un complejo ceremonial y no como el centro o causa del mismo. Por el contrario, en las fases más avanzadas del periodo (fundamentalmente en las Fases 5 y 6), las prácticas funerarias tomarían un mayor protagonismo y cuando éstas tenían lugar se convertían en el centro de gravedad sobre el que giraban todo el resto de actividades (construcción y colmatación de nuevos espacios individualizados, celebración de rituales de comensalidad, amortización de elementos de prestigio...).

Una vez caracterizados este tipo de eventos mediante la estadística descriptiva, con el fin de intentar discernir posibles pautas de comportamiento diferenciado en una escala diacrónica, se ha recurrido de nuevo a la estadística inferencial como herramienta metodológica, que permite plantear una serie de correlaciones y asociaciones significativas entre las distintas variables, de difícil percepción inmediata simplemente con su descripción y cuantificación. De nuevo, se ha aplicado un método multivariante (ver epígrafe 7.1.4). Debido a la gran cantidad de datos que ofrece la muestra catalogada en esta investigación, se requiere de una “reducción” y disminución del tamaño inicial de la información, para así obtener “nuevos datos” resultantes de la combinación de los originales (con la mínima pérdida de información posible) más accesibles de cara a su tratamiento analítico y a la lectura interpretativa de los resultados. De esta manera, estudiando los datos reducidos, se pueden descubrir más fácilmente los patrones y tendencias que existían en las variables originales, para posteriormente darles una explicación. Para este caso, el método adecuado a aplicara es el “análisis factorial de correspondencias” (AFC) simples y múltiples (usando dos o más variables respectivamente), ya que a través de esta herramienta se pueden combinar datos de frecuencia, presencia/ausencia y tablas de contingencia en un mismo gráfico, de forma que el resultado nos permite descubrir afinidades entre diversos conjuntos de

variables con diferente naturaleza, basándose en la correlación de las frecuencias y representaciones porcentuales de cada uno de ellos dentro de la muestra dada.

La variable principal utilizada en todos los casos es la de las “Fases de uso funerario” puesto que uno de los objetivos es determinar si existe un comportamiento diacrónico diferenciado en las fórmulas funerarias utilizadas. No se han incluido en los análisis los dos primeros episodios de utilización, es decir las Fases 1 y 2 (o lo que es lo mismo el primer ciclo de actividad megalítica), dado que el objeto de estudio son los fenómenos de reutilización megalítica y no propiamente los periodos de uso fundacional de los megalitos. De cualquier modo, a la hora de valorar si se han dado cambios o no a lo largo de todo el periodo estudiado en relación a los “usos mortuorios”, se partirá de la idea de que todos los monumentos megalíticos que estuvieron en funcionamiento desde mediados-finales del V milenio cal. BC hasta las primeras centurias del IV milenio cal. BC, fueron concebidos como enterramientos colectivos en los que mediante unas prácticas u otras (estrategias de mantenimiento, clausuras por “fuego clausurador”...) los cuerpos quedaron completamente desindividualizados y cohesionados de manera simbólica bajo la imagen de un monumento conmemorativo a los antepasados.

Esta categoría principal de las “Fases de uso” se ha combinado a través de los AFC tanto simples como múltiples, con otras variables como los “tipos arquitectónicos”, “contextos de reutilización”, las “prácticas desarrolladas” o la “cultura material asociada” (los valores que componen cada una de ellas serán detallados a continuación en la explicación de cada uno de los análisis y gráficos resultantes). Como en el caso de los ACP (ver epígrafe 7.1.4), previo a la aplicación de estos análisis, se han tenido que llevar a cabo una serie de comprobaciones a través de fórmulas estadísticas, con el fin de asegurarnos de que las variables a analizar podían tener una correlación significativa, y que por tanto los resultados de los análisis no serían fruto del azar sino consecuencia de una interdependencia de las variables. Por esta razón, se ha aplicado un método de análisis de correlaciones multivariadas que muestra asociaciones significativas a distintos niveles entre prácticamente todas las variables (para ver tabla de correlaciones global e individuales ir a “Resultados AFC múltiples-Correlaciones y Tablas de contingencia” en Anexo 5). Se puede observar claramente como en el caso de las “Fases de uso” la correlación con el resto de variables es significativa prácticamente en todos los casos (señalados en rojo en la Tabla de correlaciones –ver Anexo 5-), por lo que se considera factible la validez de los análisis a realizar.

El primero análisis realizado es un AFC múltiple en el que se han relacionado las variables “Fases de uso funerario”, “Tipos arquitectónicos” y “Contextos de reutilización” (ver Gráfico 56). La variable de los “Tipos arquitectónicos”, estaría representada por 6 valores (SC/Sepulcros de corredor, CS/Cámaras simples, TS/Túmulos simples, RD/Redondiles, TC/Tumbas-calero y TH/Tholos), desapareciendo en este caso las CSV/Cámaras simples con vestíbulo (puesto que no se ha documentado ningún caso de evento de reutilización funeraria en un megalito con este modelo) y los que denominados como tipos complejos CS-SC/Cámaras simples-Sepulcros de corredor, TC-TH/Tumba-calero-Tholos y TC-SC/Tumba-calero-Sepulcro de corredor (ya que al contabilizar cada uno de los eventos y no sólo los yacimientos reutilizados, se puede determinar qué tipo arquitectónico presentaba en el momento de la reutilización). Por su parte, los “Contextos de reutilización” cuentan con 5 valores simples (Cámara, Accesos, Túmulo, Periferia e Indeterminado) y otros 3 compuestos (Cámara+Túmulo, Cámara+Accesos y Cámara+Accesos+Túmulo), correspondientes estos últimos a aquellos eventos en los que las evidencias de reutilización han sido encontradas repartidas por diversos contextos.

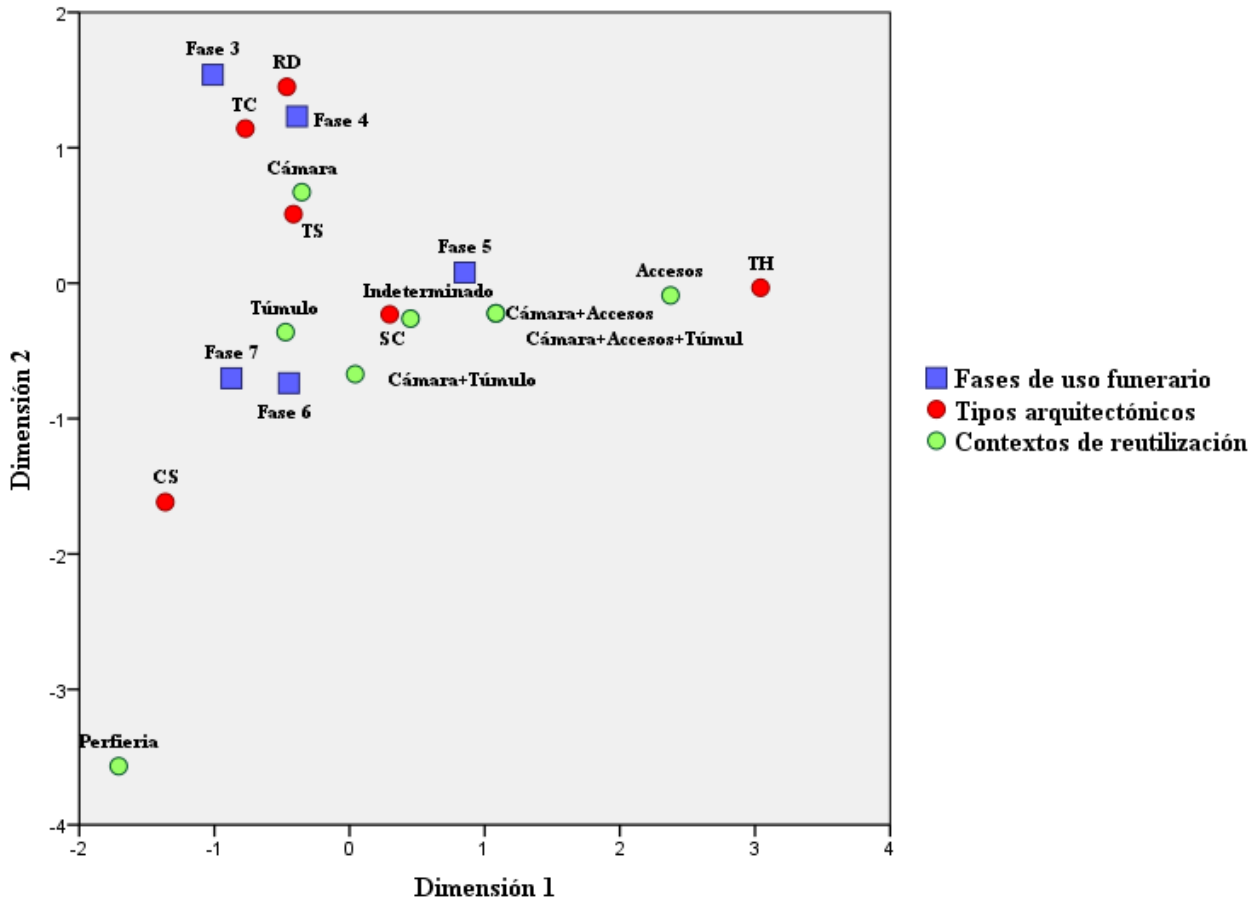


Gráfico 56: Gráfico correspondiente al AFC en el que se han combinado las variables de “Fases de uso funerario”, “Tipos arquitectónicos” y “Contextos de reutilización”.

Los resultados obtenidos arrojan un “porcentaje de la varianza” del modelo bastante alto (casi un 69% para el Factor/Dimensión 1 y más del 55% en el Factor/Dimensión 2), lo que nos indica que dichos resultados explican en más de un 60% el conjunto de la muestra dada; de ahí, que se puedan considerar estadísticamente válidos (ver “Resultados AFC múltiples-Resumen del modelo/Varianza explicada en Anexo 5). El Factor/Dimensión 1 está determinado fundamentalmente por la variabilidad presentada por los “Contextos de reutilización” y también en gran parte por los “Tipos arquitectónicos”, mientras que el Factor/Dimensión 2 lo está con bastante diferencia por las “Fases de uso funerario”, elementos que hay que tener en cuenta a la hora de interpretar el gráfico bidimensional. Además, como era de esperar, la correlación entre las variables de “Tipos” y “Contextos” es mucho mayor que la que tienen ambas con las “Fases de uso funerario” (ver “Resultados AFC múltiples-tabla y gráfico de Medidas de discriminación en Anexo 5). En el gráfico se puede observar de una manera más ilustrativa las pautas de relación ya no sólo entre las distintas variables, sino entre los valores que las conforman, de lo que hemos podido extraer algunas lecturas (ver Gráfico 56). En primer lugar, observamos cómo son las Fases 4, 5 y 6 (es decir, los valores que más se acercan al “0” del eje de coordenadas) las que más interdependencia muestran con respecto a la variabilidad de los “Tipos arquitectónicos” y los “Contextos de reutilización” (hay que recordar que son las variables que determinan en mayor medida el Factor/Dimensión 1). En relación a los “Tipos”, son los SC y los TS, y en cuanto a los “Contextos” los túmulos y todas aquellas categorías que contienen accesos, los que parecen más condicionados por el periodo cronológico al que se adscribe el evento.

Esto unido a las propias asociaciones que pueden observarse en el gráfico permite plantear ya algunas hipótesis preliminares en cuanto al comportamiento diacrónico de los eventos de reutilización funeraria. Parece que no existe una clara elección en cuanto al modelo arquitectónico concreto de monumento a reutilizar en cada etapa de uso, pudiéndose observar quizás, y sólo quizás, una tendencia en la Fase 5 a usar los sepulcros de corredor, lo que podría estar indicando una cierta predilección en ese momento por las construcciones de mayor tamaño. Sin embargo, las escasas asociaciones significativas que presentan ambas variables, lleva a afirmar que en realidad la morfología y tamaño del megalito no debió de tratarse de un factor fundamental a la hora de decidir su reutilización, salvo probablemente en aquellos eventos adscritos a la Fase 5 (asociados al “fenómeno campaniforme”) en los que hay

una sutil predilección por los sepulcros de mayor monumentalidad, y por tanto con mejor visibilidad. Por el contrario, en relación a los “Contextos” sí se observan diferentes pautas de actuación, puesto que prácticamente todos sus valores muestran una importante interdependencia con respecto al momento de uso. Así, las fases más antiguas (Fases 3 y 4) aparecen vinculadas a las cámaras, las más recientes (Fases 6 y 7) con una clara tendencia hacia los túmulos, y el dato más destacado sería la completa asociación de los accesos (en todas sus variantes, tanto simples como compuestas) con la Fase 5. Por tanto, se observa un claro distanciamiento diacrónico con respecto al recinto cameral, con una predilección especial por el uso de los accesos durante la Fase 5, quizás ligado a los mecanismos de apropiación del “Pasado” y sus referentes ya comentados.

El segundo análisis se trata también de un AFC múltiple, en este caso relacionando las variables “Fases de uso funerario” y “Cultura material asociada” (ver Gráfico 57). Esta última categoría en realidad no es una variable propiamente sino un conjunto de variables. Dentro de ella se han consignado los valores de presencia/ausencia (denominados como “Sí” y “No” respectivamente) para cada una de las variables que corresponden a diversos grupos de materiales hallados en los megalitos a lo largo de todo el periodo estudiado (“Cerámica decorada”, “Cerámica Lisa”, “Lítica tallada”, “Lítica pulimentada”, “Elementos de adorno”, “Elementos metálicos” y “Artefactos simbólicos/Idoliformes”). Los resultados obtenidos en este caso arrojan un “porcentaje de la varianza” del modelo más bien bajo (algo más de un 34% para el Factor/Dimensión 1 y del 30% en el Factor/Dimensión 2), aunque aún aceptable para ser considerado válido (normalmente se considera que por encima del 30%, el modelo puede ser utilizado para explicar el conjunto de datos de la muestra dada –ver “Resumen del modelo/Explicación de la varianza” en Anexo 5 como en anterior-). Las dos dimensiones o factores resultantes para este análisis están determinadas en gran medida por la variabilidad de las “Fases de uso funerario”, aunque hay que destacar que el Factor/Dimensión 1 está fundamentalmente condicionado por la presencia y/o ausencia de “Artefactos simbólicos/Idoliformes”. Por otra parte, a pesar de que la correlación entre las distintas variables presenta una gran disparidad, se pueden observar correlaciones muy estrechas destacadas, como la de la cerámica decorada y los elementos metálicos o la lítica pulimentada con los artefactos simbólicos (en este último caso su distribución es prácticamente idéntica), reflejando una clara

interdependencia entre ellas que tiene una evidente lectura interpretativa como veremos a continuación (ver tabla y gráfico de “Medidas de discriminación” en Anexos 5 como en anterior).

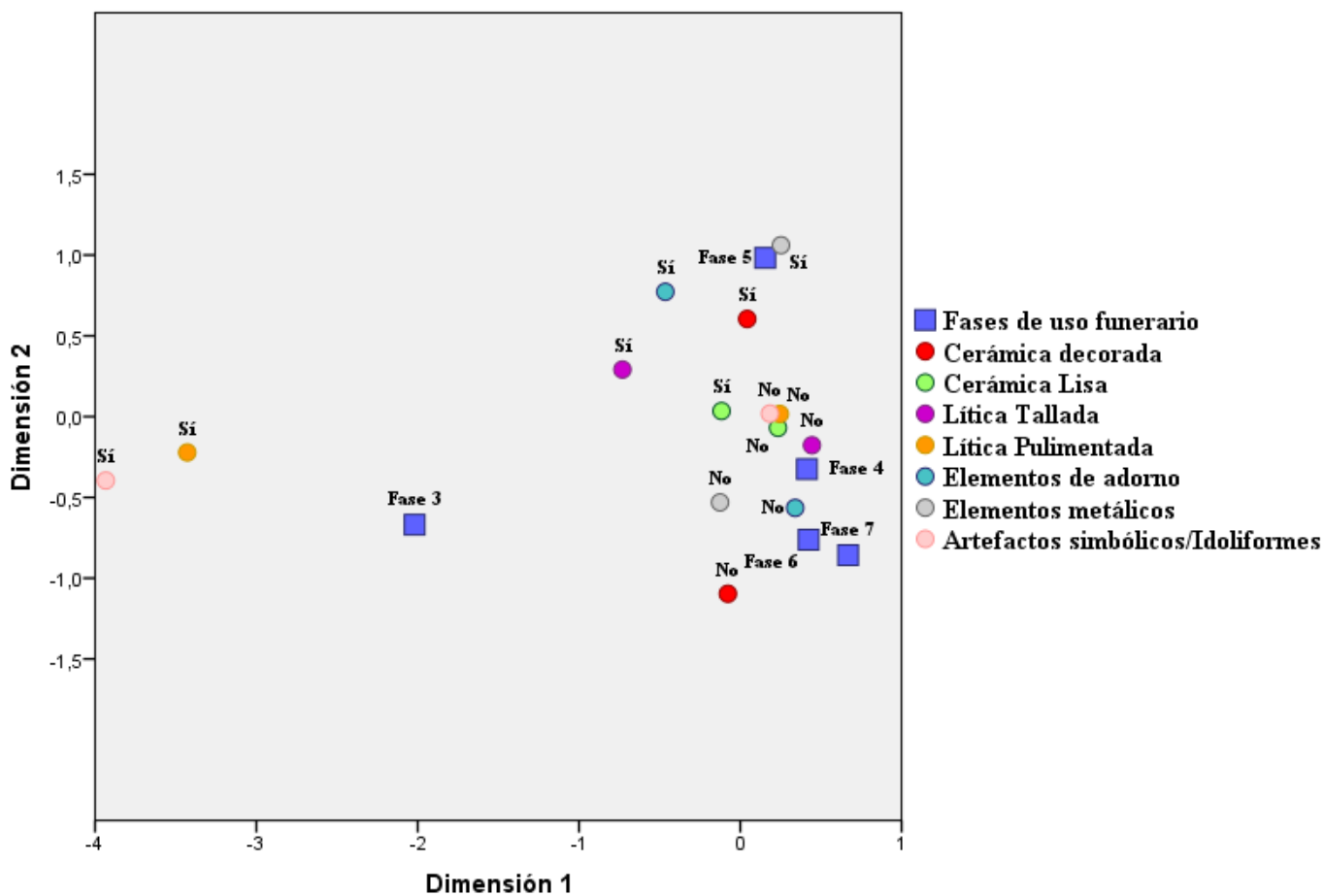


Gráfico 57: Gráfico correspondiente al AFC en el que se han combinado las variables de “Fases de uso funerario” y el grupo de variables de “Cultura material asociada”

La primera reflexión que se puede extraer al observar el gráfico (ver gráfico 57), es el destacado aislamiento de la Fase 3 con respecto a las restantes, que además no presenta relación directa con ninguna de los valores de “Cultura material” (es decir, que en los eventos de este momento de uso no habría una clara pauta de comportamiento con respecto a la presencia o ausencia de los diferentes grupos de materiales, sino que probablemente se daría una diversidad amplia según los contextos). Por su parte, las Fases 4, 6 y 7, están claramente condicionadas por la ausencia de la mayor parte de las categorías materiales representadas, a excepción de la “Cerámica lisa”. De hecho, es la presencia/ausencia de este tipo de material, junto al de la “Cerámica decorada” y los “Elementos metálicos” las que están de una manera más clara determinadas por el periodo de reutilización de los megalitos. De nuevo, es la Fase 5 la que se encuentra

condicionada de una manera más explícita por la frecuencia de las diferentes variables de “Cultura material”, presentando además una clara asociación con la presencia de “Elementos metálicos”, “Cerámica decorada” y “Elementos de adorno”. Todas estas observaciones extraídas del AFC y del gráfico de representación bidimensional nos permiten realizar algunos planteamientos preliminares en cuanto al comportamiento diacrónico de la cultura material asociada a los eventos de reutilización funeraria, ya como ajuares o como elementos amortizados durante el ceremonial. En este sentido, hay una clara diferencia entre el tipo de materiales depositados durante los primeros momentos de uso megalítico y los posteriores. Tres de las categorías materiales se asocian claramente a las fases de uso más reciente, correspondiendo a las de “Cerámica lisa y decorada”, y lógicamente a los “Elementos metálicos”; por el contrario, la “Lítica pulimentada” y los “Artefactos simbólicos/idoliformes” se vinculan con los usos más primitivos. Son la “Lítica tallada” y los “Elementos de adorno” los que presentan un equilibrio entre sus frecuencias más regular desde una perspectiva diacrónica. Como ya se ha apuntado, la “Fase 3” presenta un importante distanciamiento con respecto al resto de periodos de uso, lo que podría estar apuntando hacia un momento de discontinuidad con respecto a los patrones de comportamiento en el ámbito de las prácticas mortuorias. El resto de “Fases de uso funerario” aparecen más asociadas entre sí, demostrando una gran similitud con respecto a la elección de los elementos materiales que forman parte del ceremonial; aunque hay que destacar el distanciamiento marcado por la “Fase 5”, la cual se diferencia ligeramente de las demás por su relación directa con la presencia de “Elementos metálicos” y “Cerámica decorada” (en este último caso es más que lógico, dado que son los eventos asociados al “fenómeno campaniforme” y por tanto identificados precisamente por la presencia de cerámica con el característico estilo decorativo. Este distanciamiento se podría vincular a la aplicación de estrategias de diferenciación e individualización implementadas en este momento.

El último de los análisis es, a diferencia de los anteriores, un AFC simple en el que sólo se han relacionado dos variables, las “Fases de uso funerario” y las “Prácticas asociadas”, dada la relevancia que esta asociación tiene de cara a determinar diferencias en las fórmulas funerarias utilizadas diacrónicamente (ver Gráfico 58). En relación a la variable de las “Prácticas asociadas” se han usado como valores los “tipos de evento” definidos en el epígrafe anterior (ver subepígrafe 7.1.2), conformados por uno o la combinación de varios de los “usos post-fundacionales” descritos en el capítulo anterior

(ver epígrafe 6.4), con el fin de facilitar la caracterización de las actuaciones llevadas a cabo en cada evento. Por lógica, estarán presentes aquellos “tipos de evento” que denominados como “Funerario”, aunque en varias ocasiones se combinarán con prácticas de otra naturaleza. De este modo, la variable “Prácticas asociadas” cuenta con 6 valores simples (“Funerario 1”, “Funerario 2”, “Funerario 3”, “Funerario 4”, “Funerario 5” e “Indeterminado”) y otros 4 compuestos (“Funerario 1+Clausura 3”, “Funerario 1+Compartimentación/señalización sepulcral”, “Funerario 1+Compartimentación/ señalización sepulcral+Remodelación” y “Funerario 4+Clausura 7”). Al tratarse de un método analítico diferente a los anteriores, en este caso el análisis no ofrece una relación de los “porcentajes de la varianza” ni de las “medidas de discriminación”, pero sí otros datos que permiten comprobar si el modelo es representativo para todo el conjunto de la muestra dada, y cuáles son los valores que han condicionado en mayor medida la discriminación de los factores/dimensiones.

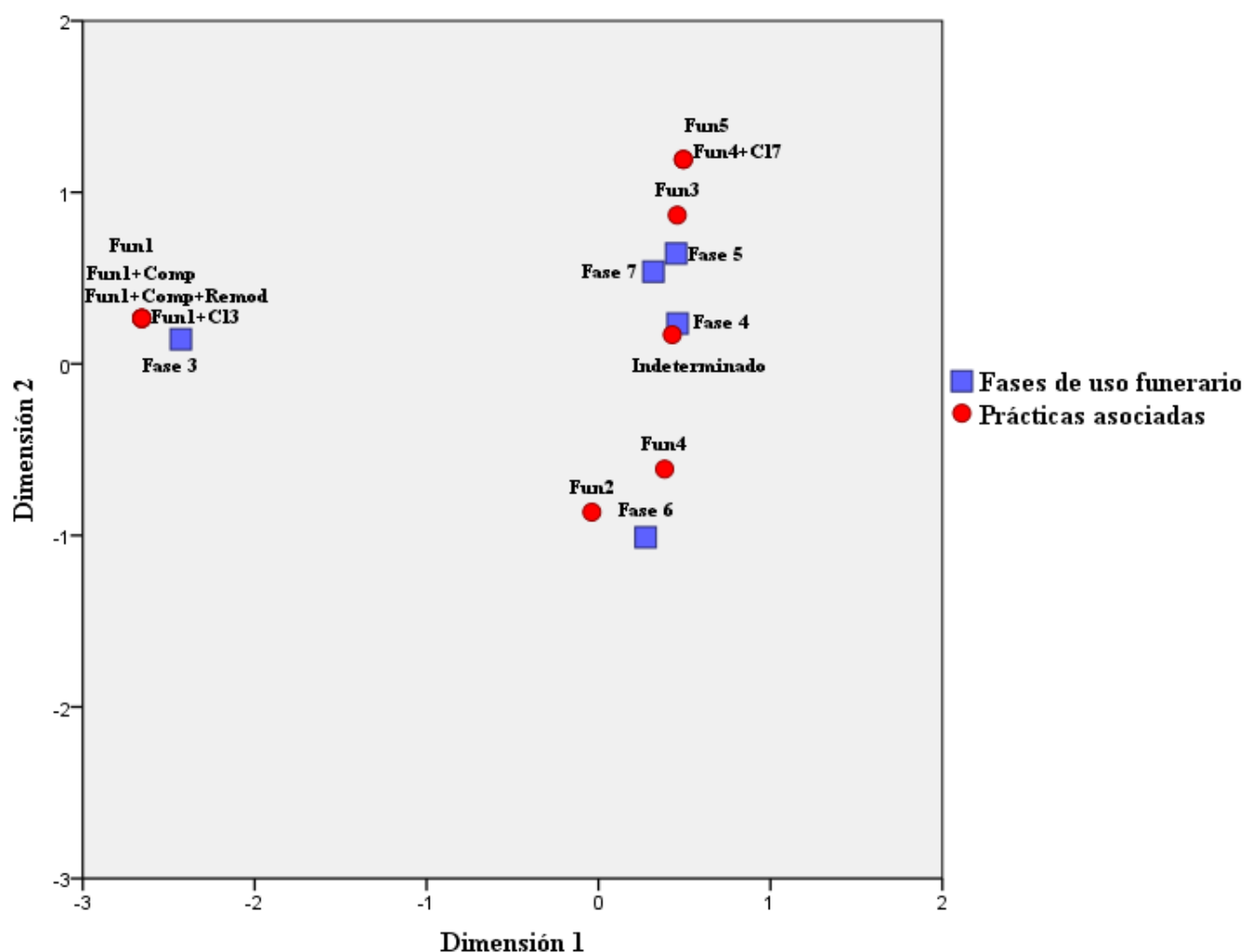
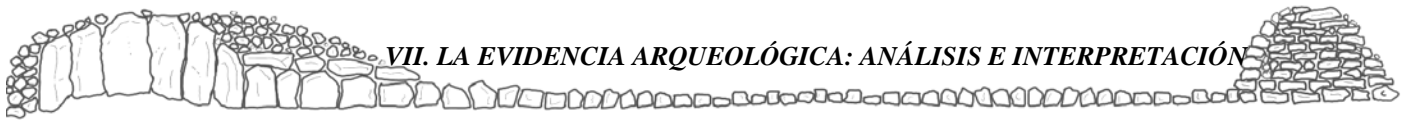


Gráfico 58: Gráfico correspondiente al AFC en el que se han combinado las variables de “Fases de uso funerario” y “Prácticas asociadas”

Por una parte, la correlación entre ambas variables (es decir, “Fases de uso funerario” y “Prácticas asociadas”) es estadísticamente significativa, lo que indica que el desarrollo de este análisis tendría validez. Por otro lado, los valores que más van a condicionar la distribución de la información dentro del gráfico bidimensional y por tanto las asociaciones que podamos deducir a través de él, son la “Fase 5” y el “Funerario 4” en cada una de las variables, ya que en ambos casos cuentan con el mayor “índice de masa” (para ver más información ir a “Resultados AFC simples-Resumen, Examen de los puntos de fila y de columna” en Anexo 5). Hay que señalar que el gráfico resultante de este AFC es el más ilustrativo de todos los que se han expuesto (ver Gráfico 58), en relación a los cambios observados en las prácticas mortuorias a lo largo de todo el periodo estudiado.

En este gráfico se observa ya un más que evidente distanciamiento como en el análisis anterior de la “Fase 3” y del “tipo de evento Funerario 1”, tanto en su versión simple como combinada con otras prácticas, además de una estrecha asociación entre ambos valores. El resto de “Fases de uso funerario” aparecen más relacionadas entre sí y asociadas a “tipos de evento” que conllevan prácticas de individualización en gran medida (“Funerario 4, “Funerario 5”...). Destaca la proximidad de las “Fases 4 y 7” de la categoría de “Indeterminado” en relación a las “Prácticas asociadas” (puesto que en ambos casos el registro es parco y/o mal conservado –ver Gráfico 27-), y el ligero distanciamiento observado para la “Fase 6” por su correlación con el valor “Funerario 2”. Por tanto, de nuevo parece evidente que hay una clara discontinuidad entre las prácticas mortuorias llevadas a cabo en los primeros momentos de uso de los megalitos, y las que se implementaron en las fases más recientes. Así, los “usos funerarios” primitivos se asemejan mucho a los del ciclo fundacional de los monumentos, que van acompañados generalmente de “estrategias de mantenimiento” del depósito sepulcral, sobre todo prácticas de manipulación y reordenamiento, y algunos casos de compartimentaciones y señalizaciones, pero siempre reutilizando tanto física (compartiendo) como simbólicamente (superponiéndose/yuxtaponiéndose) el mismo espacio sepulcral. También hay algunos casos en los que estos actos funerarios son parte de un evento a mayor escala de clausura o remodelación del megalito. Las prácticas mortuorias de las fases más recientes tienen una intencionalidad y alcance completamente diferente con respecto al monumento, puesto que las actuaciones están dirigidas claramente hacia la adecuación de un espacio segregado e individualizado (apertura de estructuras de acceso o construcción/readecuación de nuevos espacios) con



el propósito de alterar lo menos posible la estructura megalítica (no como en los anteriores casos que se dan remodelaciones y clausuras a gran escala). En este punto, se podría plantear que en realidad los eventos funerarios asociados a la “Fase 4” en una primera lectura del registro a nivel material, podrían tener en algún caso más que ver con la “Fase 5” (de hecho, la datación de alguno de ellos arroja fechas que remiten al intervalo cronológico de la Fase 5; ver dataciones Arroyal I en Tabla 2), puesto que presentan las mismas pautas de comportamiento en prácticamente todos los aspectos analizados.

Al plantear la lectura de todos estos resultados en su conjunto desde la perspectiva del debate que exponíamos en el epígrafe anterior, podría decirse que el modelo interpretativo planteado que defendía el paso de la identidad colectiva a la individual a lo largo de la Prehistoria reciente, en principio se adecuaría al registro arqueológico propio del valle del Duero/Douro, al menos en el ámbito de las reutilizaciones de monumentos megalíticos (aunque como ya veremos al final de este epígrafe, existen algunas evidencias contradictorias que matizan las líneas interpretativas de dicho modelo).

A lo largo de la explicación de cada uno de los análisis, se ha ido viendo que en prácticamente la totalidad de ellos se da un distanciamiento claro entre la “Fase 3” y los posteriores periodos, con respecto a las pautas de comportamiento que caracterizan las fórmulas funerarias implementadas en cada momento. Resumiendo todos los resultados obtenidos a través de los AFC con respecto a la “Fase 3”, ésta se podría caracterizar por la diversificación en cuanto a la elección del tipo arquitectónico de sepulcro a reutilizar aunque sí se observa una cierta tendencia a seguir usando la cámara como contexto donde albergar los nuevos depósitos; por su escasa vinculación directa con las diferentes categorías de cultura material, ámbito en el que sólo se podrían destacar la presencia de elementos pulimentados y artefactos considerados como idoliformes, pero no por una asociación directa sino más bien por su poca representatividad o completa ausencia en el resto de las etapas de uso; y por las prácticas asociadas, siempre caracterizadas por conllevar actuaciones de mantenimiento sobre el depósito sepulcral y por ser en no pocas ocasiones sólo un hecho más dentro de un evento de mucha mayor escala (remodelaciones, clausuras...). Todas estas prácticas apuntan hacia prácticas de desindividualización y desarticulación de los cuerpos (manipulaciones y reordenamientos de los osarios), relevancia del “culto a los antepasados” (no hay una

clara tendencia hacia un tipo de megalito en concreto, sino que todos se consideran como “tumbas de los antepasados” y como tal son veneradas, y además la cámara funeraria aunque no en la misma medida que durante las fases fundacionales, sigue teniendo mucha relevancia dentro de los rituales), la importancia del propio monumento como centro del ceremonial (prácticas que alteran en gran medida las estructuras con el fin de adecuarlas a las nuevas necesidades del ritual, y el hecho de que en la mayor parte de los casos el evento funerario sea sólo un acto más y no el centro de gravedad de la celebración), y la escasa asociación entre los eventos funerarios y la cultura material (en muy pocos casos se observa una asociación directa entre ajuares y cuerpos determinados, y de hecho las categorías materiales con las que se correlacionan de manera más cercana, los pulimentos y los “ídolos” suelen ser por lo general artefactos usados a modo de ofrendas votivas y suelen hallarse en áreas del sepulcro donde no es costumbre realizar depósitos funerarios como zonas de acceso o atrios). Por tanto, todos son rasgos que se vinculan claramente a un tipo de construcción identitaria de naturaleza colectivizadora.

El resto de “Fases de uso funerario” en general (aunque con matices como detallaremos a continuación), salvo en algunos casos tampoco presentan una clara tendencia hacia un tipo de sepulcro en concreto aunque sí se ve una diferencia en la elección del contexto de reutilización con respecto a momentos anteriores, puesto que los depósitos tienden con el tiempo a alejarse de las cámaras; cada vez es más habitual hallar asociaciones claras entre el depósito funerario y su ajuar, además de que se normaliza la presencia de ciertos elementos como las cerámicas tanto lisas como decoradas, que en anteriores periodos estaba prácticamente ausentes en los niveles sepulcrales; además, las prácticas tienen una intencionalidad claramente segregadora e individualizadora, y los “tipos de evento” cada vez se simplifican más puesto que se limitan a unas pocas actuaciones que buscan alterar lo mínimo las estructuras megalíticas. En este caso se ven pautas de comportamiento caracterizadas por una evidente tendencia hacia la individualización y segregación de los nuevos depósitos (nuevas estructuras añadidas y utilización de áreas del monumento que antes no eran usadas casi nunca para depósitos funerarios como los corredores o los túmulos), pérdida de la relevancia del “culto a los antepasados” y del propio monumento como centro del ceremonial (la cámara deja de ser objeto de atención, puesto que cada vez es menor su elección como contexto de reutilización y dejan de llevarse a cabo prácticas de mantenimiento, y además el megalito se usa sólo como escenario del funeral pero ya no



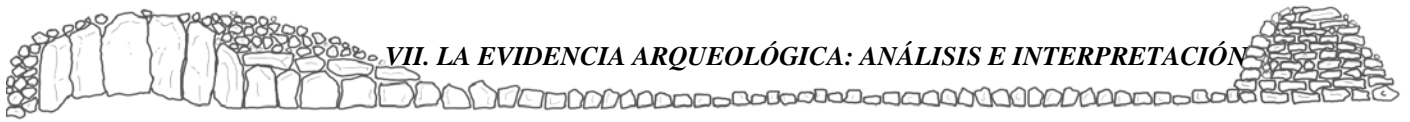
se realizan grandes obras en el mismo), y adquisición del protagonismo por parte del individuo y el funeral en su honor (presencia habitual de “bienes de prestigio” como elementos de adorno de origen foráneo o armas metálicas y vasijas decoradas que requieren de mucha elaboración, que además se asocian de manera directa con el cuerpo del difunto con una distribución pautada y planificada). Todos rasgos que como vimos en el anterior epígrafe se vinculan a un tipo de construcción identitaria con tendencia hacia la individualización y diferenciación.

Algunos de estos rasgos que se han determinado como factores diferenciadores entre un tipo de identidad y otro, podrían también estar reflejando otro fenómeno de transición que se ha denominado en la bibliografía como el paso de la “monumentalización externa” a la “monumentalización interna” (Criado, 1989: 86-92). La relevancia que durante las primeras fases de uso va adquiriendo la construcción megalítica en sí misma, se refleja en el incremento de su monumentalidad externa, la cual además es utilizada como símbolo de la fuerza y capacidad de trabajo del grupo frente a otras poblaciones ajenas; por tanto, las relaciones intra e inter-grupales se basarían en una “jerarquización externa”. En estos momentos, cada individuo invierte esfuerzo y parte de su fuerza de trabajo en beneficio de la comunidad y su reivindicación de un territorio como zona propia de explotación. La dimensión externa, “lo visible”, va ganando terreno a la interna, “lo privado”, en un fenómeno ligado a un momento de deseo de exteriorizar y hacer cada vez más público el ceremonial megalítico (construcciones de amplios espacios en las zonas de acceso, prácticas comunitarias, ofrendas colectivas...). Posteriormente, la demostración de la fuerza e integridad del grupo pasa a un segundo plano frente a la exhibición del poderío individual como forma de legitimarse y defender una posición social privilegiada “adquirida” pero no “establecida” dentro del grupo; así, ahora por tanto, las relaciones intra e inter-grupales se basarían en una “jerarquización interna”. Por esta razón, el megalito pierde relevancia dentro del ceremonial y se relega a simple escenario simbólico-legitimador, poniéndose el énfasis en la dimensión interna, es decir en el propio depósito funerario, con el desarrollo de grandes fastos (banquetes ceremoniales, participación de líderes de otros grupos, amortizaciones de numerosos “bienes de prestigio”...). Por tanto, vemos como la relación entre la monumentalidad externa e interna del megalito nunca es equilibrada sino inversamente proporcional, es decir

cuando el énfasis se vuelca en potenciar uno de los planos, el otro se reduce notablemente.

Por otro lado, ya se ha planteado tanto al observar los gráficos de los AFC como en epígrafes anteriores (ver subepígrafes 6.3.2 y 7.1.4), que en realidad la mayor parte de los “eventos de reutilización funeraria” adscritos a las Fases 4, 5 y 6 tuvieron lugar en un mismo ciclo de uso cuyos límites cronológicos (sería el tercero de los ciclos de uso que hemos podido definir; ver subepígrafe 7.1.3 y 7.1.4). La inicial diferenciación entre ellos vendría dada por su caracterización e interpretación a través simplemente de la descripción del registro material documentado (es decir, que esta distinción de cronología relativa se registró en la BDD de este estudio), pero tras la caracterización cronológica y funcional de todos los eventos identificados (ver subepígrafes 7.1.2 y 7.1.3, y ver tabla eventos funerarios dataciones), y los diferentes análisis estadísticos llevados a cabo con dicha información (ver subepígrafe 7.1.4 y análisis ACP y AFC), esa primera diferenciación en términos diacrónicos ha podido ser matizada. Con el uso de todas estas herramientas se ha comprobado que los “documentos” funerarios de las Fases 4, 5 y 6 comparten muchos rasgos comunes (individualizaciones del espacio, ubicación en zonas diferentes al antiguo depósito sepulcral, alteraciones mínimas y parciales de la estructura...), e incluso en muchos casos tienen dataciones coetáneas lo que nos permite determinar que el ciclo de uso al que se adscriben se desarrollaría a lo largo de la segunda mitad del III y primeras centurias del II milenio cal. BC (ver gráfico de nuevo de las dataciones de eventos funerarios).

Partiendo de la idea de que se trata de un mismo ciclo de uso, entendiéndolo como un periodo en el que hay un repunte en la actividad megalítica caracterizado por un tipo de actuaciones similares a nivel funcional y cronológico, hay algunos rasgos diferenciadores que singularizan a cada una de las fases de uso, especialmente en el caso de la Fase 5, lo que podría estar reflejando una cierta pauta de comportamiento “especial” ligado a un determinado “tipo de evento”. En los análisis anteriores (ver Gráficos 56-58), la “Fase 5” se desmarca del resto de periodos que conforman el mismo ciclo de uso, fundamentalmente en dos aspectos. Por un lado, es la predilección por utilizar las zonas de accesos, sobre todo los pasillos y las entradas a cámara y corredor, para realizar sus depósitos votivos, reflejando así un claro deseo por diferenciarse del resto de “muertos” allí enterrados (incluso se ha podido documentar, como en el caso de La Sima, que estando el recinto cameral perfectamente accesible y utilizable, la tumba



se dispuso en el umbral) y por apropiarse de manera simbólica del monumento como un recurso para vincularse de forma ficticia a una genealogía ancestral y así legitimar su posición “por derecho de antigüedad” (al situarse en las zonas de acceso al monumento, por un lado dificultaría y bloquearía en cierta medida la entrada al mismo, y por otro toda aquella persona que quisiera volver a utilizarlo lo primero que se encontraría sería con este enterramiento). El otro factor que singulariza a esta Fase 5 es su asociación con ciertas categorías de la cultura material, cuya presencia es mucho menos o incluso testimonial en otros episodios de uso. Todas ellas (cerámica decorada, elementos metálicos y elementos de adorno) son elementos recurrentes en los contextos funerarios ligados al “fenómeno campaniforme”, por lo que no es sorprendente esta asociación *per se*, sino por las implicaciones socio-económicas que puede suponer al ponerlo en relación con la cultura material característica del resto de fases del mismo ciclo de uso. También se ha podido observar una cierta predilección, aunque no de manera tan clara como en los casos anteriores, hacia la reocupación de los sepulcros de corredor frente a otros tipos arquitectónicos, puesto que quizás se buscara los lugares con mayor monumentalidad y visibilidad, con el fin de engrandecer aún más el prestigio del sujeto enterrado.

Estos diferentes matices observados entre eventos funerarios adscritos a un mismo ciclo de uso, e incluso en ocasiones coetáneos, podrían tener importantes implicaciones socio-económicas. El hecho de que aparezcan ciertas pautas de comportamiento (uso de las zonas de acceso como contexto funerario) sólo en determinados casos, que coinciden con la presencia de objetos materiales destacados y selectos, nos lleva a plantear la posibilidad de la existencia de algunas actuaciones muy selectas y específicas llevadas a cabo por un determinado “tipo de usuario”, dentro de un fenómeno ya de por sí restringido sólo a un sector de la población como es el de las reutilizaciones megalíticas en este periodo de uso (de hecho, los ajuares documentados en aquellos contextos funerarios no ligados al “fenómeno campaniforme”, también se constituyen en muchos casos por elementos destacados o de prestigio como especiales objetos de adorno, tales como brazales de arquero o botones de perforación en “v”, o armas metálicas). Similares hipótesis se han planteado en otras ocasiones en la bibliografía, en las que se consideraba que la presencia de algunos elementos en contextos funerarios como la cerámica de “estilo campaniforme” era el distintivo de una élite, de un sector muy restringido de la población, por lo que los enterramientos del resto de las gentes no sólo carecerían de tal distintivo, sino que en la mayor parte de los

casos se caracterizarían por no tener ajuar o “*bien por ser éste extremadamente pobre y vulgar*” (Santonja y Delibes, 1986: 190). En nuestro caso, la hipótesis no es plantear una dicotomía entre “ricos y pobres”, dado que de partida consideramos que en este momento (recordemos segunda mitad del III-inicios del II milenio cal. BC) los “usos megalíticos” están restringidos de por sí a ciertos colectivos, sino la posibilidad de que dentro de esos grupos destacados socialmente o élites incipientes que disfrutaban del “derecho adquirido”, entre otros, de reutilizar los monumentos megalíticos, se llevasen a cabo distintas fórmulas ceremoniales y rituales para honrar al difunto, quizás no vinculadas a diferencias de tipo socio-económico sino ideológico o como actuaciones singularizadoras y distintivas de una “identidad de clase” o “de colectivo elitista” concreta.

En relación a los eventos funerarios adscritos a la última fase de uso de nuestro periodo de estudio (Fase 7), a través de los AFC se ha podido observar que presentan unas pautas de comportamiento por lo general muy próximas a las de las etapas de uso anteriores, aunque en ocasiones marcan un cierto distanciamiento. Parece corroborarse así la percepción ya planteada anteriormente sobre el hecho de que los “eventos de reutilización” documentados en esta última fase (segunda mitad del II inicios del I milenio cal. BC; ver Tabla 4), además de ser poco relevantes, no parecen reflejar tendencias o pautas de comportamiento específicas, sino más bien una cierta arbitrariedad, lo que apuntaría más hacia su caracterización como un conjunto de reocupaciones esporádicas y casuales, que como un ciclo de uso como tal. Hay que recordar las dificultades que existen a la hora de caracterizar tanto funcional como cronológicamente este periodo de uso, y en concreto sus eventos funerarios (ver subepígrafes 7.1.2, 7.1.3, y 7.1.4), dado el escaso registro con el que se cuenta al respecto. Apenas se han documentado 3 eventos funerarios (además, uno de ellos plantea muchas dudas acerca de su carácter mortuorio), de los que tampoco se ha podido extraer mucha información acerca de su contextualización debido a su regular estado de conservación. Uno de estos eventos se corresponde con una acumulación de huesos quemados hallados sobre el túmulo del dolmen de El Prado de las Cruces y que aparecieron asociados, aunque no de manera segura, con un conjunto de cerámicas con decoración de “estilo Cogotas I” (ver Anexo 1 y BDD). Este hallazgo permite traer a colación en este estudio el debate planteado sobre el carácter funerario o no funerario de los depósitos cogoteños en los monumentos megalíticos (Blanco y Fabián, 2010;

Delibes, 2004; Fabián, 1997). La presencia puramente testimonial de sólo una evidencia funeraria ligada a materiales del “fenómeno Cogotas I” (de la que además existen diferentes valoraciones), en principio no parece suficiente para defender la imagen tradicional como enterramientos intrusivos, sino que más bien encajaría con un carácter puramente votivo del depósito de este tipo de cerámicas en los megalitos (Delibes, 2010: 46). No hay que olvidar, sin embargo, las condiciones edafológicas de gran parte del territorio de estudio que no permiten la conservación de materia orgánica, que coincide casi plenamente con aquellos megalitos en los que se han documentado elementos asociados a “Cogotas I” (de hecho, en esos mismos monumentos no se han documentado en ningún nivel evidencias de huesos humanos o de industria ósea). Por tanto, parece que el debate está abierto y que sólo nuevas excavaciones y el estudio concienzudo de este tipo de hallazgos y sus contextos, podrán despejar nuestras dudas en un futuro.

7.2.3. EL “PASADO” Y LA “MEMORIA” COMO HERRAMIENTAS DE LEGITIMACIÓN DEL PODER

*Si quien controla el pasado, controla el futuro,
¿quien controla el presente, controla el pasado?
(George Orwell, 1984)*

En capítulos anteriores (ver subepígrafe 4.2.2) ya se señalaba el carácter del megalito como depositario del paso del tiempo y garante de la memoria colectiva. Su importancia como referente temporal reside en que al ser estructuras concebidas y construidas para perdurar, “*tumbas para la eternidad*” (Delibes y Rojo, 2002: 29; Rojo, Kunst *et al.* 2005), son la mejor manifestación palpable de esa dimensión del “tiempo ritual” del que hablaba Bradley (1991: 210-214), que a diferencia del “tiempo diario” es abstracto, no mensurable y no condiciona la rutina de las comunidades, sino que lo que determina y condiciona es el desarrollo y devenir del mundo ideológico y de las creencias, y por tanto de los “usos rito-funerarios”. El monumento megalítico es por tanto un lugar atemporal, donde no corre el tiempo, nada cambia, lo que le convierte en el mejor símbolo o custodio de todo aquello que se quiere preservar. “*Megaliths are monuments. Monuments are transformations of time, through exactly what makes them “monumental”, their permanence and scale, their constant visibility...Monuments “alter the earth” and by doing so they alter time too: pasts, presents and futures.*

Monuments signify time” (Holtorf, 1997: 103). Los megalitos conforman el nexo de unión entre pasado, presente y futuro, que podría traducirse en una relación entre muertos-vivos y su recuerdo o memoria (García Sanjuán, 2005: 86). Dentro del megalito los antepasados aún están “vivos”, están presentes en ese discurrir del tiempo ritual ofreciendo una imagen de inalterabilidad que se pretende promocionar, puesto que se representan un “ideal social” que se quiere preservar (el de un grupo unido, en el que todas las prácticas y recursos son comunitarios, y en el que no existen diferencias entre sus miembros; todos forman parte del colectivo sin el cual no podrían existir). Con la irrupción del fenómeno megalítico, el mundo de la muerte deja de ser un tema tabú y el colectivo de los ancestros ya no es algo peligroso y que se ha de mantener alejado, sino que adquiere tal relevancia social que incluso llega a hablarse de un cierto fenómeno de “*exhibición de los antepasados*” (Delibes, 2010: 25) dadas las numerosas prácticas y rituales de los que son protagonistas, a través de las que se instrumentaliza a los muertos con el fin de calmar ciertas necesidades e inquietudes socio-simbólicas del grupo. Los muertos pasan a ser objeto de adoración, cuyas tumbas y “templos” son los megalitos, a través de los que se integran en la sociedad de los vivos como legitimadores de la tradición y la ocupación del grupo sobre un territorio concreto, y a su vez protectores de la cohesión y seguridad del grupo (Criado, 1991: 105). Por tanto, incuestionablemente el megalito se constituye en un símbolo de la identidad del grupo y, a su vez, en garante de la memoria cultural y colectiva del mismo (Holtorf, 1997: 105-107). Pero en este punto no hay que referirse simplemente a las comunidades constructoras de megalitos, puesto que dada su monumentalidad y visibilidad en el paisaje el monumento “*tiene la virtud de permanecer en la memoria*” (Delibes y Rojo, 2002: 25), y como tal formará parte del imaginario colectivo de las sucesivas poblaciones que cohabiten en el mismo territorio. Los megalitos, en todos los sentidos expuestos, son “monumentos para la memoria en el tiempo”.

Frente a momentos anteriores en los que la muerte parecía ocultarse como una forma de negar el paso del tiempo, destructor de certezas y causa de inseguridades, con el Megalitismo se pretende conseguir esa misma sensación de inalterabilidad, de que nada cambia, pero desde la postura contraria, es decir exhibiendo el paso del tiempo y capturándolo en un elemento visible y palpable, en una suerte de ilusión de continuidad (Fernández Crespo y Tejedor, 2011: 537). De este modo, se utiliza “*el espacio para afirmar la permanencia de ese grupo en el tiempo*” (Criado, 1991: 105), un discurrir temporal que ya no intenta negarse sino que se integra como elemento organizador de la


existencia y del día a día. La idea de futuro ya está presente en sus planteamientos, debido fundamentalmente a una necesidad de previsión de alimento, que se manifiesta a través de conceptos como el de la permanencia temporal propio de la naturaleza de las estructuras monumentales. Por su parte, el “Pasado” ya no se concibe como una realidad paralela conformada por unos personajes y hechos constreñidos al ámbito del mito, sino que forma parte esencial de la existencia como principal forjador del carácter identitario de cada grupo, ya que no sólo está presente en su faceta mítica como “lugar” donde se ubican las cosmogonías y leyendas (como podrían ser las de los fundadores del grupo...), sino también en su parte genealógica directamente vinculada a los miembros de la comunidad y sus antepasados cercanos (García Sanjuán, 2005: 85). Por tanto, el “Pasado” ha de estar presente en la vida de las poblaciones para recordar sus raíces como grupo, puesto que el hecho de compartir ancestros es un buen factor de cohesión, y de ahí la necesidad de crear determinados *“dispositivos para anclar el tiempo en el espacio”*, siendo una de las manifestaciones más explícitas en este sentido *“la monumentalización de la naturaleza mediante construcciones concebidas con voluntad de presencia, visibilidad y permanencia”* (ibídem). De este modo, se observa cómo el ser humano construye su propio orden existencial u ontológico a través fundamentalmente de las categorías del espacio y el tiempo, pareciendo asistir con la introducción del Megalitismo al *“triunfo del Tiempo sobre el Espacio”* (Criado, 1989: 80; Hernando, percepción 1999: 28).

La ocupación recurrente de los megalitos se podría entender, por tanto, como una fórmula de mantener “presente el Pasado”, a través de la celebración en ellos de ceremonias y rituales especiales para la comunidad, y a su vez de seguir construyendo y retroalimentando las tradiciones y la memoria colectiva que permiten tanto al grupo como al monumento continuar “vivos”. Debido al carácter magnífico y grandioso de los ceremoniales que se llevaban a cabo en estos espacios megalíticos que conllevaban una importante inversión de tiempo y trabajo, y la participación de numerosas personas a lo largo de varios días o semanas (puesto que la preparación de estos ceremoniales sería fundamental), en los que se realizarían importantes construcciones, grandes hogueras o fastuosos rituales de comensalidad (con canciones, danzas y amortización de artefactos) (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 18), serían eventos que quedarían impresos en la memoria de sus participantes, los cuales transmitirían sus recuerdos a las siguientes generaciones. Todas estas prácticas responderían así *“no sólo a la obligación contraída con los ancestros, sino también a la necesidad de los vivos de mantener y proteger su*

tradición” (Narvarte, 2005: 357). *Ancient monuments represent the past in the landscape and cultural memory gives them meaning and cultural significance*” (Holtorf, 1998: 24), por lo que el estudio de las “biografías” megalíticas puede ayudar a comprender mejor los significados y consideraciones que hacían “del Pasado en el pasado”. Se puede considerar a los megalitos como estructuras “culturalmente construidas” (Rogers, 2013: 39-40), que “registran” la historia de todas sus poblaciones usuarias, “*megaliths are evidence of a historical instinct*” (Randsborg, 1999: 186; cit. por Holtorf, 2000-2008); una historia que puede conformarse tanto de hechos conocidos y acontecidos, como de otros inventados o manipulados, que de cualquier modo pasarían a formar parte del imaginario colectivo a través de las leyendas e “historias” que se creaban y transmitían en torno a estas construcciones magníficas.

La gestión del “Pasado” y de la memoria colectiva fueron adquiriendo así cada vez mayor peso, no sólo como transmisoras de la cultura y la tradición, sino también como elementos fundamentales en el devenir de las sociedades y de su propia configuración. Ambos conceptos están ligados directamente con los fundamentos de las comunidades, sin los que la existencia tanto de las poblaciones como de sus miembros no tendría sentido, por lo que los preceptos que marca la tradición serán obedecidos sin ser cuestionados. De este modo, el “Pasado” y la memoria colectiva aparecen como elementos susceptibles de ser manipulados, dadas sus cualidades para convertirse en poderosos instrumentos de poder, pues quien controla la tradición y los símbolos en que se deposita tiene bajo su autoridad la conducta colectiva. La manipulación del “Pasado” siempre ha sido, y continúa siendo, una estrategia de poder político (García Sanjuán, 2008b: 39); “*he who controls the past controls who we are*” (Middleton y Edwards, 1990: 10; cit. por Holtorf, 2000-2008). De ahí, que suela depositarse en ciertos símbolos y/o costumbres susceptibles de ser controlados, normalmente dentro del ámbito de las creencias y la ideología puesto que el “*ritual y religión están íntimamente ligadas a la legitimación ideológica de los rasgos dominantes en la organización social*” (Delibes, 2004: 216). Desde la Arqueología hemos de intentar discernir cuáles son aquellas manifestaciones que podrían ser resultado de esas estrategias de manipulación, control y gestión del Pasado y la tradición de estas sociedades en un periodo tan crítico como fue la Prehistoria reciente.

De este modo, en su papel como “casa de los antepasados”, el monumento megalítico es uno de los símbolos que mejor representan la tradición para las sociedades



prehistóricas (Criado, 1991: 105), y se constituye no sólo como depositario permanente del tiempo y garante de la memoria colectiva (Criado, 1989: 85; Holtorf, 1997: 105-107), sino también como una herramienta de manipulación de los mismos, que bien puede usarse en beneficio de una comunidad como parte de su tradición, pero también en pro de los intereses de ciertos individuos que pretenden acumular o mantener ciertos privilegios en el marco de un aún incipiente contexto de desigualdad social. *“El ritual es una suerte de lenguaje o “estrategia de representación” que responde tanto a creencias, manipulables, como a la proyección de unas relaciones de poder cuyo rasgo esencial es la inestabilidad”* (Delibes, 2004: 216), y es en este punto en el que las reutilizaciones megalíticas se nos revelan como un fenómeno de gran carga ideológica y política, tanto en su vertiente de la introducción de nuevas prácticas y “usos” en estructuras de antigua construcción como de la imitación y mantenimiento de un modelo arquitectónico como marco de fórmulas rito-funerarias novedosas (García Sanjuán, 2005: 86).

Partiendo de esta idea, la primera lectura en clave ideológico-política que surge de la reutilización recurrente de los megalitos es que responde *“una voluntad de apropiación de un antiguo espacio religioso por un nuevo sistema de creencias”* (Delibes, 2010: 47), que recurre al “Pasado” y a la vinculación con una genealogía ancestral con el fin de retirar los anteriores esquemas ideológicos y legitimar la introducción de cambios dentro de las estructuras socio-simbólicas. Se trata pues de la *“integración simbólica de una nueva forma de poder, de unos nuevos valores sociales, en el pasado. Todo ello en aras a legitimar el intento de implantar una nueva organización social, basada en una jerarquización creciente”* (Morán, 2003: 420-421). Esta apropiación del “Pasado” se representa mediante la vinculación directa con los ancestros, usando el mismo lugar de enterramiento, creando así una “genealogía ficticia” (Bradley, 1993; cit. por Holtorf, 2000-2008) de manera consciente o inconsciente, que les permite transmitir la idea de continuidad, reclamando el origen ancestral de su posición social privilegiada, y legitimando la ocupación de un territorio y la explotación de sus recursos por parte de la comunidad sobre la que asientan su poder (Fernández Crespo y Tejedor, 2011: 538; Holtorf, 1998: 30). Los megalitos se convierten así en *“instrumentos de ideologización puestos al servicio de la lógica del poder de las élites”* (Aguado, 2008: 16), a los que se recurre fundamentalmente en momentos de crisis o desequilibrio social. Así, el monumento megalítico que antes se

concebía como de “uso colectivo” y que en cierta forma era accesible para toda la comunidad (puesto que todos sus miembros participaban de los rituales en torno al culto de los ancestros), y por tanto formaban parte de la existencia de todos), comienza a ser utilizado como un bien adquirido por ciertos sectores sociales y que legítimamente sólo puede ser usado por unos pocos (afirmando así su ideológicamente su posición privilegiada sobre el resto del grupo), sin perder sin embargo su papel como garante de la tradición y de la memoria colectiva del grupo. Esta situación aparentemente paradójica, es decir la del uso restringido o selectivo de un edificio con el que sin embargo sigue identificándose todo el grupo, viene dada porque al vincularse de manera ficticia a unos antepasados que poblaron el mismo territorio en tiempos remotos, dotando así a toda la comunidad de su propio pasado y de referentes en relación a sus orígenes, y por tanto sólidos símbolos identitarios como colectividad, en una suerte de proceso que podríamos caracterizar como de “invención de tradiciones” (Holtorf, 2000-2008). Esta estrategia de manipulación del “Pasado” será sobre todo puesta en práctica por ciertos personajes que en su papel de “líderes emergentes” gozan de una posición privilegiada aún muy incipiente y cuestionada, y cuya continua competencia por el poder bien a nivel intra o inter-grupal les obliga a estar permanentemente probando y legitimando su capacidad o derecho para detentar tales privilegios (Garrido, 2000: 57-58; García Sanjuán, 2008b: 39). Esta idea encaja muy bien con la caracterización de los eventos de reutilización ligados al “fenómeno campaniforme”, fundamentalmente de naturaleza funeraria con prácticas de individualización asociadas y hallazgo de materiales destacados (como cerámica decorada y elementos metálicos), todos ellos factores que apuntan hacia estrategias de legitimación de su posición social privilegiada mediante la exhibición de su riqueza y la apropiación de un símbolo relevante de la tradición y pasado colectivo. Además, el hecho de que no alteren de manera significativa la construcción original, sino que apenas realicen las modificaciones necesarias, refuerzan aún más la singularidad y excepcionalidad del evento puesto que enfocan toda la atención en el depósito y ceremonial que se va a realizar, y a su vez permite que se lleve a cabo con la participación de un número limitado de asistentes. Se asiste, por tanto, a la introducción de *“nuevas formas de articular la cultura material mueble y el espacio que necesariamente implican diferencias significativas dentro de un sistema simbólico distinto, que para legitimarse utiliza las formas discursivas pasadas pero reinterpretadas”* (Prieto, 2007: 121). En alguna ocasión se ha comparado esta situación, en nuestra opinión acertadamente, con las reocupaciones de antiguas tumbas

por parte de personajes destacados de la Grecia clásica y helenística, en las que llevaban a grandes fastos en los que se amortizaban y sacrificaban muchos recursos con el único fin de exhibir sus riquezas, puesto que dichos sitios habían sido registrados por la tradición y la memoria colectiva como los lugares donde descansaban los restos de los héroes míticos que habían participado en gestas como las narradas en las epopeyas homéricas (Álvarez Vidaurre, 2007: 136-137; cit. por Delibes, 2010: 45-46).

Sin embargo, esta reocupación de los monumentos megalíticos como herramienta de manipulación de “Pasado” y la memoria colectiva, que puede utilizarse en *pro* de los intereses de ciertos individuos que pretenden mantener y aumentar sus privilegios, también podría ser usada como estrategia colectiva de preservación de sus “usos y costumbres” tradicionales, en algunos casos incluso como mecanismo de lucha frente al intento de imposición de nuevas normas o a la introducción de cambios en sus esquemas socio-simbólicos. Esta doble vertiente en cuanto a la intencionalidad con que se reutilizan lugares de importante carga simbólica, se puede observar perfectamente en las pautas de comportamiento de la cristiandad, puesto que del mismo modo que se levantaron nuevas edificaciones cristianas sobre antiguos centros rituales “paganos” (templos romanos, mezquitas musulmanas o incluso monumentos megalíticos prehistóricos) con el único objeto de implantar forzosamente una nueva religión sobre los anteriores sistemas de creencias, también se aprovecharon estructuras de antiguas iglesias para crear nuevos espacios más acordes con los nuevos tiempos y formas rituales (dando lugar a la habitual superposición de estilos artísticos como el románico, gótico y barroco) pero dentro de una misma tradición religiosa (García Sanjuán, 2008b: 39). Este fenómeno de la ocupación de los viejos lugares sagrados y de la “invención de tradiciones”, cuya intencionalidad puede ir desde la asimilación o sincretización de las antiguas creencias hasta la usurpación completa por parte de la nueva religión, no es exclusivo del Cristianismo, sino que a lo largo de la Historia son numerosos los ejemplos que tenemos al respecto. Así, hay muchos ejemplos en la mitología romana de la fusión de los cultos indígenas con los mitos griegos, con numerosos aportes de dioses y rituales de aquellos pueblos que iban conquistando que o bien los asimilaban sin más (el caso del culto a la divinidad persa Mitra o al egipcio Serapis) o bien se sincretizaban con algunas creencias ya existentes (como por ejemplo la fusión de Isis-Cibeles o lo que ocurrió en gran medida con los esquemas religiosos de los diferentes pueblos que poblaban la Península Ibérica). También la tradición judeo-cristina cuenta con una

importante faceta de asimilación y sincretización, no sólo ya en lo que respecta a la ascensión por parte del Cristianismo de toda la antigua “historia mítica” judaica convirtiéndola en sus orígenes, sino por el carácter de “tradición inventada” que tiene propiamente dicha historia dada su configuración a base de leyendas tomadas de los mitos ancestrales y fundacionales de otros pueblos (como es el caso de la historia del diluvio universal, presente prácticamente en todas las tradiciones de los pueblos del Próximo y Medio Oriente, y cuya asimilación por los judíos y más tarde por los cristianos, permitió su generalización por gran parte del mundo). El Islam como una de las grandes religiones mundiales tampoco se salva de ser causante de este tipo de fenómenos, que como en el caso del Cristianismo puede conllevar la ocupación o sustitución de viejas creencias que son consideradas “paganas” por la nueva religión que se impone, o la readecuación y modificación de lugares, usos o costumbres que a pesar de pertenecer a la misma tradición religiosa han de readecuarse a los nuevos tiempos y necesidades rituales. Desde esta perspectiva, por tanto vemos como no siempre la reutilización de viejos símbolos implica la introducción de nuevas formas de pensar o de estructurar la sociedad, sino que puede tratarse de igual modo de su readecuación dentro de la misma tradición religiosa o ritual para cubrir ciertas necesidades o responder distintas cuestiones que se van generando. En esta línea es como podrían interpretarse las importantes modificaciones arquitectónicas llevadas a cabo durante las primeras fases o ciclos de la actividad megalítica, en las que pese a que la imagen del megalito cambia por completo parece continuarse una cierta tradición del uso de estos lugares como centros rito-funerarios con algunos matices; así, asistimos a la conversión de las antiguas tumbas en centros ceremoniales a través de su clausura, o a la superposición de nuevos edificios o la reestructuración de los antiguos, con el fin de crear espacios más amplios y que puedan albergar a un mayor número de personas, pero siempre manteniendo lo que podríamos denominar como un “culto megalítico”.

Esta reivindicación e invocación del Pasado y la memoria colectiva por parte de la comunidad, ha sido leída en ocasiones como un posible mecanismo de resistencia por parte de las poblaciones locales o indígenas frente al intento de introducción o la imposición forzada de otros “usos y costumbres” de origen foráneo; *“la invocación al Pasado y a los antepasados también puede tener gran potencia como mecanismo de autoafirmación y defensa frente a la coerción política y frente a la influencia (o imposición) de valores culturales foráneos”* (García Sanjuán, 2008b: 39). Esta línea interpretativa se ha planteado para explicar el fenómeno de la reutilización megalítica en

un contexto cronológico más reciente (a lo largo de la Prehistoria reciente no se han encontrado evidencias que puedan leerse en este sentido, al menos en nuestro territorio de estudio), y sobre todo aquellos eventos de reocupación que tuvieron lugar en momentos inmediatamente posteriores a nuestro periodo de estudio en los que la presencia de pueblos y culturas foráneas era cada vez más intensa, hasta el punto de ser consideradas como auténticas colonizaciones; sería el caso de la ocupación fenicia en el mediodía peninsular, y como no el mejor ejemplo en este sentido lo tenemos en la conquista romana (García Sanjuán, 2005: 105-106). Una respuesta lógica de las poblaciones locales ante su inevitable dominación por parte de una gente extranjera, sería recurrir a su memoria colectiva y símbolos identitarios para evitar ser “olvidados” al englobarse en un sistema territorial e ideológico a gran escala, manteniendo parte de su “singularidad” (la existencia de las personas y los pueblos sin pasado y sin memoria carece de sentido), y también como *“mecanismo de rechazo de la dominación y de autoafirmación cultural, étnica o lingüística frente a la influencia de valores culturales extranjeros o la coerción imperialista”* (García Sanjuán, 2007: 123). El culto a los antepasados, y con ello la reutilización de los monumentos megalítico, se convertiría así en un mecanismo de resistencia frente a las transformaciones o innovaciones impuestas (*ibídem*; Parceró y Criado, 2013: 12).

Antes de zanjar esta cuestión de la manipulación del “Pasado” y de la memoria colectiva sin hacer alusión a otra de las estrategias en relación a este tema, que tristemente está tan de actualidad, que consiste en la destrucción de los símbolos identitarios y referentes ancestrales de los pueblos conquistados, a modo de *damnatio memoriae* del enemigo, con el objeto de debilitar aún más a las poblaciones sometidas despojándolas de los elementos que las mantenían cohesionadas como comunidad y vinculadas a ese territorio. *“Just as the past can be manipulated and traditions invented by the construction of monuments, continuities can also be hidden and pasts denied by the destruction of monuments. In certain circumstances ancient tombs may thus intentionality have been demolished”* (Holtorf, 1998: 33). Este fenómeno, que estamos viviendo de una manera tan intensa en los últimos meses con la destrucción de numerosos lugares declarados como Patrimonio de la Humanidad, ha sido históricamente uno de los mecanismos más utilizados por el ser humano a lo largo de su Historia cuando el propósito era la conquista y sometimiento de un pueblo por parte de otro extranjero. Así, las grandes religiones, y sobre todo el Cristianismo y el Islam

tienen en su haber numerosos eventos de destrucción de lugares ceremoniales y culturales, que según los preceptos religiosos oficiales eran considerados como heréticos, aunque en ocasiones formasen parte de la misma tradición religiosa (este último caso está aconteciendo en la actualidad en algunos países árabes, en los que centros de culto milenarios cuyo uso sigue aún vigente, como son los morabitos construidos a modo de tumbas de personajes que en vida destacaron por su santidad y rectitud religiosa -es decir un concepto similar al de las ermitas cristianas aunque con matices-, están siendo derribadas y demolidas en las zonas donde las corrientes islamistas más radicales están cogiendo más fuerza, puesto que se consideran como heréticas y contrarias al dogma islámico –documental de *Ziara, más allá del umbral-*).

Algunos episodios destructivos de las “biografías megalíticas” como ciertas prácticas de cierres o clausuras se han interpretado en ocasiones en esta línea, como resultado del deseo de acabar con todo lo anterior, con las antiguas creencias y rituales megalíticos, con el fin de apartarse de los antiguos cultos y creencias en beneficio de nuevos valores sociales e ideológicos (Delibes y Fernández, 2000: 101; López de la Calle e Ilaraza, 1997). Incluso se ha llegado a plantear su vinculación con momentos de incremento de la conflictividad social, en los que los grupos enemigos “destruirían” los megalitos de los vencidos para que no pudieran volver a ser usados (Narvarte, 2005: 373). En nuestra opinión, estas prácticas de clausura no estarían ligadas a una intencionalidad de destruir el megalito como símbolo y referente de la memoria colectiva, sino a un propósito de finalizar su uso como lugar rito-funerario pero manteniéndolo como símbolo en el imaginario colectivo (los cierres se llevan a cabo mediante prácticas cuidadas y pautadas por unas normas, lo que no encaja con un episodio destructivo por parte de un grupo que no siente ningún tipo de ligazón al lugar). De hecho, no se han documentado evidencias de este tipo de actos en el territorio objeto de estudio, al menos no de manera tan explícita, ya que podría entenderse que los episodios detectados de inactividad megalítica responden a un abandono consciente de los mismos, orientando los usos ceremoniales y rituales hacia otros lugares diferentes, con el propósito de “condenar al olvido” de manera intencional a estas construcciones monumentales (Rogers, 2013: 39-40)

Por tanto, parece claro que las diferentes estrategias de manipulación del “Pasado” y control de la memoria colectiva, y en concreto la de la reutilización de los monumentos megalíticos como lugares rito-funerarios, han sido utilizadas a lo largo de

la Historia tanto en beneficio del “discurso de poder” vigente “*para justificar el mantenimiento de formas y esquemas tradicionales de organización social y económica*”, “*como para subvertir el orden del Presente*” bien de manera consciente (por la fuerza) o inconsciente (mediante sincretismos y asimilaciones) para el grupo (García Sanjuán, 2005: 98). Sin embargo, como se ha visto en los anteriores casos relativos al debate en torno a la interpretación del fenómeno de la reutilización megalítica, no siempre la explicación es tan sencilla y polarizada entre las hipótesis del mantenimiento de la tradición y la estabilidad del orden socio-económico, o las lecturas de la introducción de nuevos valores ideológicos y culturales a través de la apropiación o la destrucción de ciertos símbolos y referentes. Hay evidencias aparentemente contradictorias tanto en los contextos de supuesta continuidad como de ruptura con todo lo anterior, que leídas desde otra perspectiva alejada del concepto del desarrollo lineal y continuo de las sociedades, podrían adquirir pleno sentido.

7.2.4. INDIVIDUALIDAD EN LO COLECTIVO, COLECTIVIDAD EN LO INDIVIDUAL

En el apartado anterior, se ha expuesto cómo los símbolos y referentes del Pasado y la memoria colectiva (como los son los monumentos megalíticos), en su papel de custodios y transmisores de la cultura y la tradición, juegan un importante papel en la infinita lucha entre la permanencia y el cambio en que se debaten las sociedades. Estos referentes pueden constituirse tanto en objetos, como ideas o comportamientos heredados, pero su uso por parte de las diferentes poblaciones no es inocente sino que está mediatizado y manipulado en favor de unos intereses individuales o colectivos. La repetición de un mismo ritual es uno de esos recursos mnemotécnicos a través del cual el Pasado y la tradición se mantienen “vivos” dentro de las sociedades, dando lugar al mantenimiento de unas mismas fórmulas rituales y simbólicas durante largas épocas, y creando una ilusión de continuidad con un “ideal social” que se pretende preservar, algo que se representa de forma especial con el uso de unas mismas formas funerarias. Esta repetición y mantenimiento de ciertas tradiciones se da en aras de la estabilidad y prosperidad del grupo, porque se concibe que es “lo natural”, la forma en que se han de hacer las cosas y en que han de conducirse las poblaciones, y sobre todo porque es como lo quieren los antepasados, dioses o entes espirituales; “*the way things were in the past may also have been associated with the order of how things ought to be at all times*” (Holtorf, 2000-2008). Es fundamental, por tanto, proteger el mundo ritual y los


símbolos que lo representan como referentes inalterables frente a las transformaciones que se dan en la “dimensión diaria” (en contraposición a la “dimensión ritual”), ya que transmiten una sensación de estabilidad y seguridad indispensables para el desarrollo y la cohesión del grupo. *“There are all features by which rituals come to be memorized so that they are transmitted from one generation to the next... The texts of such rituals may not vary and employ archaic forms of language that are carefully preserved and maintained... The effect is to protect the contents of such performances from evaluation or challenge”* (Bradley, 1991: 211). Los monumentos megalíticos en su faceta de elementos relevantes dentro del ámbito simbólico y ritual, además de lugares anclados a la tradición y al “Pasado”, se convierten así en realidades que permanecen frente al cambio, *“symbols of stability in an ever changing world”* (Holtorf, 2000-2008).

Sin embargo, esa estabilidad sólo es aparente, puesto que la repetición de unas mismas pautas de comportamiento no conlleva que las sociedades permanezcan de la misma forma: *“The fact that public rituals retain so much stability does not mean that such societies stay the same. If ritual helps to preserve the social order, it can also be manipulated”* (Bradley, 1991: 211). Aunque en apariencia todo el ritual y las prácticas que conlleva se mantengan como “congeladas en el tiempo”, sin alteraciones con respecto a la forma de actuar de sus predecesores, de manera consciente o inconsciente se introducen cambios en las pautas de comportamiento (Mizoguchi, 1993: 231) que reflejan sutilmente las profundas transformaciones por las que las comunidades estarían atravesando. Por tanto se da una situación paradójica en la que una realidad que se concibe como inmutable, caracterizada por la reproducción recurrente de unos actos y hábitos normalizados, es al mismo tiempo transformada a través del desarrollo de dichas prácticas; *“in this way, the rules which would have been embedded in people’s consciousness would have been continuously transformed yet still conceived as “unchanged”, “cyclical” or “frozen” (ibídem)*. No olvidemos que tanto el ámbito ritual como el ceremonial que rodea a la muerte están impregnados de actos intencionales, es decir que ninguna de las prácticas que se lleva a cabo se deja al azar, sino que todo está perfectamente ordenado y pautado por unas normas, de modo que cada evento rito-funerario se convierte en una ocasión estratégica para ofrecer y difundir una imagen mediatizada por unos intereses que beneficien bien al grupo o bien a unos sectores sociales concretos. Por tanto, serán estos ámbitos los más susceptibles de ser manipulados y controlados en aquellos momentos en los que se requiere, con una u otra intención, introducir nuevos valores o ideas con el propósito de que sean integradas de

forma “natural” en los esquemas mentales vigentes, normalmente aprovechando ciertos episodios de crisis o rápida transformación social puesto que es cuando se hace más sencilla la sustitución de unos hábitos por otros o directamente la introducción de “tradiciones inventadas” (Hobsbawm, 1983; cit. por Holtorf, 2000-2008). Es en este contexto en el que el fenómeno de la reutilización de ciertos elementos arquitectónicos destacados, como son los megalitos, bien conocidos por las poblaciones y que apelan a su nostalgia y a las raíces de su construcción identitaria, alcanza una especial significación como factor de “empuje” de las transformaciones sociales.

A lo largo de esta investigación se han documentado algunas evidencias que podrían estar reflejando esa situación contradictoria de la presencia de diferentes elementos en contextos rito-funerarios aparentemente iguales, y que introducen ideas en principio contradictorias con respecto a la imagen general que se pretende divulgar con el desarrollo de un determinado ceremonial. En este sentido, aparecen signos de individualización en realidades en principio colectivas, y del desarrollo de prácticas colectivizadoras en el marco de la celebración de cultos restringidos a una parte de la sociedad y que pretenden exaltar valores de carácter individual. En relación al primero de los casos, durante las primeras fases de actividad megalítica en el valle del Duero/Douro se llevaron a cabo, aunque no de manera generalizada, prácticas de compartimentación y señalización sepulcral, que alcanzan su mayor representatividad a inicios del segundo ciclo de actividad megalítica (Fase 3) (se han documentado un total de 14 eventos en los que de manera explícita se realizaron este tipo de actuaciones, 9 de ellos dentro de la Fase 3 y 5 entre las Fases 1-2 –ver Gráfico 36-). Este tipo de actuaciones, que se diferencian claramente de los actos de individualización por el hecho de que las zonas o áreas compartimentadas o segregadas están perfectamente integradas en el espacio sepulcral (en el caso de las prácticas de individualización siempre hay algún tipo de elemento diferenciador entre el nuevo depósito y los anteriores), en la mayor parte de los casos consisten simplemente en una separación simbólica en el sentido de que no existe ningún elemento físico de diferenciación, sino que simplemente se refleja a través de la distribución diferenciada dentro del recinto sepulcral de algunos grupos o conjuntos bien de restos óseos, materiales o ambos. Con este carácter individualizador se han interpretado algunos hallazgos de acumulaciones de cierto tipo de objetos y combinaciones de ajuar asociadas a cuerpos concretos (como en el caso de la inhumación nº 7 de El Miradero, un varón adulto sobre cuyo cráneo se

hallaron un conjunto de 11 ídolos-espátula, y junto a éste una azuela, un microlito y varias láminas de sílex, además de 4 millares de cuentas de collar discoidales, 4 *dentalium*, y una cuenta en forma de "tonelete", todo lo cual formaría parte probablemente de un mismo collar -ver BDD y Anexo 1-; Guerra *et al.*, 2009: 54-55), o del distanciamiento físico entre los cuerpos sepultados tanto en posición primaria (como el caso de los 3 individuos hallados en Los Morcales y claramente distanciados, o del nivel inferior de El Alto del Reinoso conformado por hasta 13 cuerpos en posición primaria completos o semi-completos –Alt *et al.*, e.p.; Rojo *et al.*, 2002) como secundaria (como en los casos de los conjuntos óseos secundarios hallados en los corredores de sepulcros como Las Arnillas o La Cabaña, que si bien están formados por un amasijo de huesos en desconexión parecen pertenecer a un mismo individuo -Delibes, 2010: 38-41; Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 20). Sin embargo, también se ha podido documentar en varios casos la presencia de diferentes tipos de elementos o estructuras dentro de los niveles sepulcrales que parecen estar delimitando o señalizando zonas específicas. El mejor exponente en este sentido, es la presencia de “cajas” o cistas pétreas en el interior de las cámaras de algunos megalitos (como en el *tholos* de La Sima, en La Torrecilla en Terradillos o en Areita I –ver Figura 17B-), que en principio se han interpretado en la mayor parte de las ocasiones como cistas funerarias que servirían de espacios segregados e individualizados para albergar a uno o varios depósitos funerarios (Delibes, 1995: 81), o incluso a modo de pudrideros de donde posteriormente se extraerían los huesos para colocarlos en el osario. Aunque en principio puede parecer que es la interpretación más adecuada para este tipo de manifestaciones arqueológicas, en realidad aún no se ha documentado en ningún caso evidencias que claramente corroboren esta hipótesis. Por esta razón, se ha planteado también la posibilidad de que funcionasen como “altares” para ofrendas (Morán, 1935: 7-8), interpretación que viene refrendada por hallazgos como el de la cámara del segundo ciclo de uso del monumento de El Hundido, en cuyo extremo meridional se documentó una acumulación de bloques pétreos a modo de murete diferenciador, que delimitaba un espacio donde se halló un depósito votivo de recipientes cerámicos junto a un “nido” de cráneos formado por 5 ejemplares (Alonso Fernández, 2013; Cronos, S.C., 2012). En este caso, por tanto, parece que claramente hubo una intencionalidad de separar un espacio votivo-ritual y no específicamente funerario, donde posiblemente se llevó a cabo algún tipo de ceremonial a base de ofrendas votivas y en el que quizás se consumieron comidas y bebidas. Según esta última lectura interpretativa, las prácticas




de compartimentación sepulcral perderían en parte su carácter “individualizador” o disgregador. Por otra parte, contamos con el hallazgo de elementos señalizadores dentro de los niveles sepulcrales, a modo de pequeñas estelas-menhir, que en algunos casos aún se han hallado hincadas *in situ* y que pueden presentar evidencias de haber sido trabajadas, decoradas o simplemente seleccionadas porque su forma recuerda a un perfil “antropomórfico” (los tres hitos de la *mamoá* de Alagoas, las distintas lajas trabajadas y pintadas que se han interpretado como estelas en el túmulo de Pena Mosqueira III, o el monolito hallado en la cámara de El Prado de las Cruces que bien podría haber funcionado como separador de depósitos o zonas sepulcrales, entre otros –ver Figura 17D-). Al igual que en el caso de las compartimentaciones, no está claro si estos hitos señalizadores estarían marcando e identificando algunos depósitos funerarios concretos, o si por otro lado tendrían una funcionalidad significativa dentro de los ceremoniales colectivos.

Este tipo de evidencias ha llevado a plantear algunas hipótesis que defienden que los signos de individualización y segregación están presentes desde los primeros momentos de actividad megalítica, destacando a ciertos personajes o grupos de población por su especial relevancia y significación con respecto al resto del conjunto. Esta línea interpretativa afirma, por tanto, que el ritual megalítico desde sus inicios estuvo controlado y manipulado por ciertos sectores sociales (Bueno *et al.*, 2005a: 86), denominados por algunos autores como “proto-élites” (Fabián, 2006: 478), que dependiendo del momento sustentaban su posición ideológica dominante en unos factores diferentes (control y conocimiento del ritual, consumo y exhibición de elementos de prestigio, habilidades especiales en la lucha u otras actividades socio-económicas destacadas como comerciantes o metalúrgicos...), y que serían los que decidirían en cada momento cuál era el “ideal social” que debía de ir implícito en el mensaje transmitido y preservado a través de la celebración de un determinado ritual, y por tanto quiénes eran los individuos seleccionados para ser enterrados allí (recordemos que a pesar de su carácter de tumba comunitaria, los análisis antropológicos que se han llevado a cabo en algunos de los osarios megalíticos bien conservados apuntan a importantes sesgos y disimetrías sociales, predominando las edades adultas frente a los infantiles y seniles, y estando infrarrepresentado el sexo femenino con respecto al masculino -Boaventura *et al.*, 2014; Díaz Zorita *et al.*, 2012; Fernández Crespo, 2012; Fernández Crespo y De la Rúa, 2015; Guerra *et al.*, 2009: 43; etc.-). Se plantea así la posibilidad de que la complejidad del culto megalítico inicial (que en este caso de

estudio se correspondería con los dos primeros ciclos de actividad megalítica definidos), se “habría sustentado en una religión estructurada, centralizada y con especialistas-sacerdotes” (Aguado, 2008: 15), que mostraba una imagen ideológica de cohesión e igualitarismo social con la que enmascarar y así asegurar la reproducción de unos esquemas sociales que se caracterizaban cada vez por una mayor desigualdad y desequilibrio social (*ibídem*). Por tanto, “el significado y la función de los megalitos no sería una traducción directa del modelo de organización social de sus constructores, sino sólo de su discurso de poder, de su mentalidad... Una construcción mental de marcado carácter religioso, apoyada fundamentalmente en una concepción de la muerte como tránsito y como elemento de cohesión que sirvió al tiempo para la ocultación de una desigualdad social creciente. Posiblemente, una muerte que uniformizaba para una sociedad que ya no era uniforme” (*ibídem*: 16)

Continuando con esta línea interpretativa, los eventos de reutilización megalítica documentados a partir de mediados del III milenio cal. BC, no reflejarían una realidad social distinta sino la herencia de unos mismos sistemas y comportamientos simbólicos enfocados en el uso de unos espacios concretos, que “son lugares de enterramiento en determinados momentos y para determinados personajes, es decir en la misma línea que lo habían sido antes” (Fabián, 2006: 478). Quizás la única diferencia esté en que registra un cierto “incremento del sentido de privacidad y ocultación de los ritos, y de la delimitación y fragmentación del espacio ritual” (Aguado, 2008: 14), probablemente impulsado por la necesidad creciente de las élites de exhibir y materializar sus propios valores personales. En este sentido, se daría una continuidad en cuanto a la “utilización de los recursos ideológicos a favor de élites cada vez más consolidadas” (Bueno *et al.*, 2005a: 86), cuyos mecanismos de diferenciación se reproducen desde tiempos remotos como la apropiación de *ítems* de prestigio, el consumo de bebidas alcohólicas o el uso de fórmulas mortuorias diferenciadas (*ibídem*: 85). De ahí que también estos sectores privilegiados sigan manteniendo el interés por preservar ciertos rituales de participación colectiva tanto a nivel físico como simbólico, como mecanismo de lubricación social con el fin de conservar los grupos cohesionados y estables. Este aspecto quedaría patente no sólo en la elección de las “tumbas de los antepasados”, símbolos de la identidad colectiva, como lugar de enterramiento (Fabián, 2006: 478), sino también en el desarrollo de ciertas prácticas (actos de clausura y retumulación de los megalitos como los documentados en el sepulcro burgalés de Arroyal I, rituales de comensalidad...) que requerirían del grupo o de parte del mismo como elemento



integrante del ceremonial bien con un papel activo o de mero espectador. El gran despliegue de recursos y medios que eran amortizados a lo largo de estos ceremoniales (bebidas y comidas especiales, recipientes cerámicos de difícil elaboración, elementos de prestigio y objetos exóticos de origen lejano...) sólo adquiere sentido como estrategia de exhibición de la riqueza de estos personajes (utilizan sus “singularidades” para destacar sobre el resto) y de mecanismo de reciprocidad, a través del que la inversión realizada de cara a la colectividad, considerada como un indicador de la riqueza y el estatus del anfitrión, revertiría en el aumento de su prestigio y la consolidación de su posición de poder (Garrido *et al.*, 2011: 122 -ver subepígrafe 3.1.3). Por tanto, del mismo modo que se documentan evidencias con un cierto carácter diferenciador o incluso individualizador en contextos de uso colectivo, aparecen de prácticas colectivizadoras dentro de un ceremonial restringido a una parte del grupo cuyo objeto es exaltar valores de carácter individual o de una “familia-linaje”.

En nuestra opinión, estas hipótesis interpretativas aciertan al interpretar el “documento” funerario, no como un conjunto de evidencias acumuladas de forma aleatoria y no intencional, sino como el resultado de ciertas acciones determinadas por unas pautas sociales de conducta específicas. De este modo, la muerte y todo lo que le rodea se convierte en objeto de manipulación a través del que sus usuarios, en tanto grupos o individuos, representan la imagen que ellos quieren mostrar de sí mismos y de sus valores socio-ideológicos, a través de un lenguaje simbólico intencionado que “disfraza” la realidad (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 14-15). Sin embargo, la interpretación de las evidencias aparentemente contradictorias presentes en el ámbito rito-funerario como el reflejo de que siempre han existido unos sectores sociales dominantes que han manipulado y marcado las pautas de los esquemas ideológicos (que el resto de individuos han aceptado de manera “natural” como una realidad “dada” asumiendo una “falsa conciencia” que ellos no deciden) (Vicent, 1995: 27), aunque sugerente, nos resulta demasiado aventurada como lectura del registro disponible para la Prehistoria reciente del valle del Duero/Douro y, en general, para todo el interior peninsular.

Teniendo en cuenta esta diversidad y multiplicidad de factores que podrían hacer desequilibrar los valores sociales, económicos e ideológicos sobre los que se sustentaban las poblaciones prehistóricas, de nuevo es la aplicación de un modelo interpretativo cíclico para explicar dichas contradicciones la que se antoja más

adecuada. La misma lucha que estas sociedades viven entre las situaciones de permanencia o cambio, tal como se ha visto a lo largo de todo este trabajo, se reflejaría en la continua tensión entre la indivisión o división en el ámbito específicamente social (Parcero y Criado, 2013). Del mismo modo que se caracterizaba como episódico y discontinuo el desarrollo de la actividad megalítica en relación a las prácticas llevadas a cabo en los espacios megalíticos (con la presencia y/o ausencia de ciertos tipos de actuaciones a lo largo de las distintas fases de uso), el discurrir de su uso colectivo hacia el individual ofrecería la misma imagen, muy lejos de tratarse de un proceso lineal y continuo. Si bien es cierto que a lo largo de todo el periodo estudiado hay episodios de uso con una clara intencionalidad colectivizadora o individualizadora, hay otros momentos o ciertas manifestaciones arqueológicas (como las ya mencionadas) en las que estas referencias identitarias no están tan claras, pudiendo corresponderse con momentos de equilibrio o desequilibrio social respectivamente. El desajuste vendría de la mano de un incremento de las tendencias disgregadoras y diferenciadoras dentro del seno del grupo que, impulsadas por periodos de acumulación importante de excedente, podrían desembocar en su control y manipulación por parte de ciertos individuos. Como mecanismo de reequilibrio social se llevarían a cabo actos que implicasen una gran inversión de recursos y mano de obra en actividades no productivas, de modo que se pudiera gastar parte de ese excedente y así evitar el avance de esas tendencias individualizadoras (*ibídem*), siendo los diferentes eventos llevados a cabo en los monumentos megalíticos (construcción, remodelación, clausura, retumulación, ceremoniales con amortización de numerosas ofrendas colectivas...) uno de los mejores exponentes en este sentido. “Así, la ideología megalítica se habría convertido en el límite mental para las tendencias centrífugas, de reacción ante la explotación” (Aguado, 2008: 16).

Son por tanto, estos continuos ajustes y desajustes del equilibrio social los que provocan oscilaciones e irregularidades en los fenómenos de la desigualdad social y el tránsito de la identidad colectiva a la individual, y por tanto los causantes de que aparezcan esas evidencias contradictorias que dan título a este epígrafe. De hecho, es en los episodios de intensa actividad megalítica que, como se expuso en el epígrafe anterior (ver subepígrafe 7.1.4), podrían vincularse a esas etapas de importante gasto de excedente para intentar recuperar el equilibrio social, en los que se documentan la mayor parte de las prácticas que podrían caracterizarse como segregadoras o individualizadoras. Esta situación respondería al hecho de que ciertos individuos

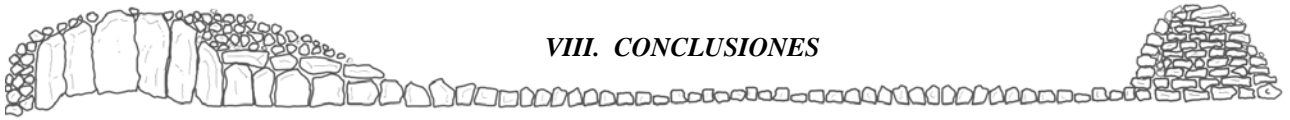
aprovecharon esas situaciones de desequilibrio e incertidumbre para intentar desmarcarse del resto a través del destaque de su enterramiento por medio de la aplicación de estrategias de señalización, diferenciación de espacios o consumo de numerosos recursos de manera no productiva (rituales de comensalidad, objetos de prestigio y factura compleja como por ejemplo las armas metálicas o las cerámicas de cuidada elaboración como las “campaniformes”, materiales de origen foráneo...). También podrían leerse como una estrategia para liberar y dar salida a esas tendencias disgregadoras e individualizadoras que adquieren cada vez mayor fuerza dentro de la dinámica socio-económica, como una forma de darles cierto protagonismo pero sin poner “*en peligro la unidad esencial del grupo, representada por el panteón común*” (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 20). De cualquier modo, serían manifestaciones de diferenciación que en el ámbito de los vivos les sería más difícil de conseguir debido a la presión del grupo tendente siempre hacia el reequilibrio social (esto podría explicar que por ejemplo, en los hallazgos vinculados al “fenómeno campaniforme” la mayor parte de las evidencias de diferenciación se dan en contextos funerarios y/o rituales, mientras que en los asentamientos coetáneos son mucho menos numerosas o menos explícitas). Por tanto, el desarrollo de las sociedades prehistóricas se presentaría como una realidad polisémica y diversa, en la que en un mismo tiempo y lugar pueden estar conviviendo diferentes pautas de comportamiento y formas de pensamiento, en un continuo tira y afloja que dará lugar a numerosas situaciones contradictorias y paradójicas a lo largo de toda la Prehistoria reciente.

VIII.

CONCLUSIONES

*“La vida de los muertos consiste en hallarse presentes
en el espíritu de los vivos”*

(Cicerón)



VIII. CONCLUSIONES

“The past is in constant change”

(Holtorf, *Beyond chronographies of megaliths*, 1997)

La pregunta “¿se abandonan los túmulos?” (Mañana, 2003) sirve como punto de partida para reflexionar sobre las “biografías” de los monumentos megalíticos (Holtorf, 2000-2008). La atracción ejercida por estas construcciones ha provocado que todas las poblaciones “post-megalíticas” las hayan integrado como parte del imaginario popular, bien como marcadores territoriales (Martinón Torres, 2001b y 2008), lugares de culto (Martinón Torres, 2008: 93) o recursos patrimoniales, como ocurre en la actualidad (García Sanjuán, 2008a: 5-6).

El megalito, entendido no como una simple construcción, sino “*como una estructura orgánica, sumida en un proceso de continua transformación y reinterpretación*” (Tejedor, 2008: 443), ha ido adaptándose a las nuevas coyunturas existenciales y dotándose de diversas funciones socio-simbólicas, que le han permitido seguir actuando como un “agente social” más. Estos monumentos no son simplemente sepulcros o construcciones magníficas estáticas vinculadas a un determinado periodo cronológico, sino estructuras “vivas” cuya permanencia en el paisaje conlleva la continua transformación y readaptación de su significado. Son lugares que han seguido jugando un importante papel en cada una de las sociedades que han convivido con ellos, ya que su naturaleza monumental los convierte en realidades presentes en el imaginario colectivo a lo largo del desarrollo de la humanidad, a modo de referentes espacio-temporales visibles y palpables.

Todas las poblaciones, sin solución de continuidad, han integrado el elemento monumental en su realidad y lo han reinterpretado según sus necesidades socio-culturales, dotándole de nuevos usos y posibilidades. De este modo, cuando dejan de servir de referencia para una sociedad, otra nueva los reinterpreta (Mañana, 2003: 174; Prieto, 2007: 122), pero el hecho de que su función o significado original sea transformado o relegado, no implica que también los monumentos hayan caído en el olvido (Rogers, 2013: 50). Es por tanto lícito hablar de una vida posterior a la de sus constructores, pero no a la de los monumentos en sí mismos (Holtorf, 2000-2008), puesto que, salvo excepciones, en ningún momento el megalito “deja de vivir”, es decir que ni es abandonado ni entra en desuso. Son “*verdaderos memoriales culturales*” (García Sanjuán, 2008b: 44), referentes fijos y eternos en el paisaje, cuyo potencial y

relevancia como símbolos (aunque el mensaje implícito a los mismos haya ido cambiando) se ha mantenido generación tras generación.

Para “leer la biografía” de un megalito hay que partir de una perspectiva temporal y recuperar su dimensión interna rito-funeraria. El objetivo no es buscar el acontecimiento, lo eventual, sino conseguir descubrir “discontinuidades” en las formas de “uso megalítico” (Fernández Ruiz, 2004: 285) como reflejo de las transformaciones sufridas en el seno de las poblaciones usuarias.

Por una parte, el análisis diacrónico de estas estructuras puede proporcionar una visión global de las diferentes prácticas y modificaciones acontecidas tanto en su espacio interno-sepulcral como en el externo-monumental, puesto que *“sólo se puede valorar si un cambio es significativo en un ámbito fenomenológico, si éste se conoce en detalle a lo largo del tiempo”* (Prieto, 2007: 102). Los sepulcros megalíticos han sido concebidos y construidos para perdurar en el tiempo, por lo que no tendría sentido limitar su interpretación a una forma de uso o a unas determinadas pautas de comportamiento propias de un periodo cronológico específico.

Por otro lado, no es posible afrontar una investigación de este tipo teniendo en cuenta solamente la imagen actual que presentan estos enclaves, ya que el propósito es desentrañar la sucesión de acontecimientos que han dado lugar a dicha apariencia final. El yacimiento al que se enfrenta el arqueólogo es, en realidad, el resultado final de toda una cadena de acciones que han ido teniendo lugar en ese espacio, y no el edificio original que idearon sus constructores prehistóricos. Hay que partir de la concepción del megalito como un proyecto inacabado (Criado *et al.*, 2005: 863) resultante de la acumulación de una serie de prácticas y procesos dinámicos, desarrollados en múltiples fases, que configuran las complejas historias arquitectónicas de los megalitos a través de las cuales un túmulo, inicialmente modesto, pudo llegar a convertirse en un enorme monumento que dominaba en su entorno (Thomas, 2012: 65). La Arquitectura megalítica aparece así como un proyecto en construcción ligado a diversos procesos rituales (Criado *et al.* 2006: 38) que, mediante distintas fórmulas, se ha ido readaptando a las más diversas realidades socio-culturales (Abad, 1995: 13-14).

De este modo, las modificaciones arquitectónicas, los cambios en la forma de uso del espacio sepulcral, las diferentes pautas de disposición de los enterramientos, las recurrentes reutilizaciones... muestran *“cada vez más a los monumentos megalíticos como yacimientos con una vida larga, complejos en su formación y no simplemente*



como construcciones que se dan en uno o varios episodios, con una historia restringida o puntual” (Mañana, 2003: 168). El análisis de la propia secuencia constructiva de los megalitos, entendida como una “cadena tecnológico-operativa” (Mañana, 2003:169), puede ser una herramienta muy eficaz a la hora de documentar las distintas actuaciones y prácticas que se sucedieron en estos lugares, aunque en muchas ocasiones sus evidencias sean muy difíciles o, incluso, imposibles de detectar arqueográficamente. Esta compleja superposición de actividades de remodelación, mantenimiento, clausura, deposición funeraria y/o votiva, entre otras, que dan lugar a “una mayor complejidad o simplificación en la construcción, según los casos” (Fábregas y Vilaseco, 2004: 80-81), es el esqueleto que vertebra cada una de las “biografías megalíticas”.

El fenómeno de las reutilizaciones megalíticas está directamente vinculado al factor temporal intrínseco a estas construcciones monumentales, que reside en su condición de “tumbas para la eternidad” (Delibes y Rojo, 2002: 29; Rojo, Kunst *et al.* 2005). La irrupción del fenómeno megalítico, que rompe sistemáticamente la continuidad del paisaje hasta entonces conocida, debió de suponer una profunda transformación ontológica para las sociedades prehistóricas. El entorno natural, que se había preservado como sagrado, entra en un proceso de “culturalización de la naturaleza” (Criado, 1991: 101). El mundo se entiende de otra manera, se desacraliza, y el ser humano comienza su carrera sobre el dominio del medio no-humano. En este contexto, el monumento megalítico sería la expresión de un nuevo concepto de “Tiempo”, como la primera manifestación humana cuya pervivencia temporal es consciente para todos sus usuarios. El monumento megalítico se constituye como un lugar atemporal, donde se vinculan directamente el “Presente” con el “Pasado” y que entraña una clara proyección de “Futuro”.

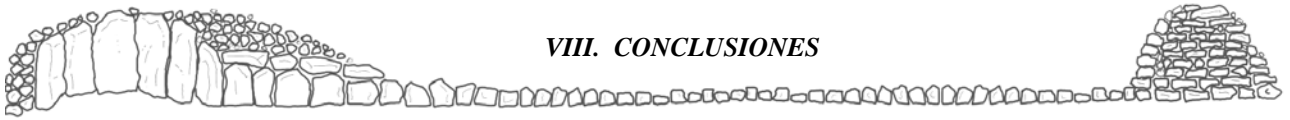
Estas arquitecturas forman parte de la dimensión temporal ritual, diferente de la que determina la vida doméstica (Bradley, 1991: 210-214), en la que los vivos guardan un lazo de unión con los ancestros y con un “ideal social” que pretenden preservar. A través de ellas, a modo de “dispositivos para anclar el tiempo en el espacio” (García Sanjuán, 2005: 86), el “Pasado” siempre está presente, proyectando la imagen de que nada cambia. Esta cualidad hace que se conviertan, de manera incuestionable, en símbolos de identidad para los grupos usuarios y, a su vez, en garante de la memoria colectiva (Holtorf, 1997: 105-107). La recurrente reocupación de estos lugares con una clara significación socio-simbólica, en momentos y celebraciones especiales para la

comunidad, va alimentando y construyendo nuevas tradiciones que podrían infundir en sus usuarios una confortante sensación de inalterabilidad y estatismo.

Sin embargo, la aparente imagen de continuidad que ofrece la reproducción de unos mismos “usos” en el ámbito simbólico a lo largo de generaciones, como sería el caso de las reutilizaciones megalíticas, en realidad oculta cambios drásticos en las formas de vida de las poblaciones (Bradley, 1991: 211; Mizoguchi, 1993: 231-233), dando lugar a una situación paradójica en la que *“las sociedades prehistóricas se transforman en función de la necesidad de mantenerse intactas”* (Tejedor, 2008: 444). Así, los monumentos megalíticos actúan como “agentes permanentes en el cambio”, permitiendo que estos grupos, con un fuerte deseo de permanencia y de rechazo al cambio, se readapten a las nuevas estrategias socio-económicas e ideológicas. Es en esta continua dialéctica entre la permanencia y el cambio en la que se desarrollan las “biografías” megalíticas, y en general todo el mundo rito-funerario, a lo largo de la Prehistoria reciente.

Por tanto, la “continuidad” del uso de un mismo espacio rito-funerario no implica, necesariamente, la perduración de la misma ideología ni del mismo orden socio-económico que lo originó. *“Tomar conciencia del “tiempo largo” de los dólmenes como lugares sagrados no equivale a defender la invariabilidad absoluta de su significado ni de su mensaje originales”* (Delibes, 2004: 216). Los “usos megalíticos” se debaten entre la tradición y la innovación, de modo que podrían interpretarse como la voluntad de mantener ciertos sistemas de creencias y, a su vez, de introducir nuevos conceptos y fórmulas rituales (García Sanjuán, 2008b: 39).

Si bien es cierto que parte del significado fundacional de los megalitos se mantiene “intacto” durante milenios, en concreto su faceta como “casa de los antepasados”, los datos de los que se disponen actualmente para el desarrollo de la actividad megalítica en el valle del Duero/Douro no permiten hablar en términos de *“continuidad absoluta en el uso de monumento megalítico, en los ritos que en él pudieran tener lugar o, tampoco, en las características de la sociedad que los construye, utiliza, arregla y abandona”* (Benet, Pérez y Santonja, 1997: 462). Se dan importantes cambios asociados a las prácticas llevadas a cabo dentro del espacio monumental, a la naturaleza y alcance del ceremonial desarrollado en torno a él e, incluso, a la relación que se mantiene con los difuntos allí enterrados. De nuevo, se da



VIII. CONCLUSIONES

una situación paradójica en la que los megalitos son el reflejo de una “*continuidad transformada reiteradamente*” (Tejedor, 2008: 445).

Una de las lecturas interpretativas más generalizadas acerca del fenómeno de las reutilizaciones megalíticas, con la que a grandes rasgos estamos de acuerdo, es la que defiende que ya desde finales del IV milenio cal. BC entra en crisis el orden social e ideológico determinado por la conciencia colectivizadora de las anteriores poblaciones constructoras de megalitos. De este modo, los “usos post-megalíticos” se darían en coyunturas ajenas a las del momento de construcción de estas arquitecturas, ligados a un incremento gradual de la diferenciación social y la individualización, asistiendo a un progresivo abandono de la mentalidad colectiva (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 21). Es la pérdida de la esencia megalítica. “*Por todo ello, no creemos que sea casual la evolución de los rituales funerarios desde manifestaciones colectivas o integradoras, propias de la madurez del Neolítico, hacia los de tipo individuales o individualizadores, desde comienzos del Calcolítico... Detrás de un fenómeno tan claro y recurrente sólo puede encontrarse una transformación económica y social de gran envergadura... y el consiguiente comienzo del proceso de surgimiento de la jerarquización social*” (*ibídem*: 17).

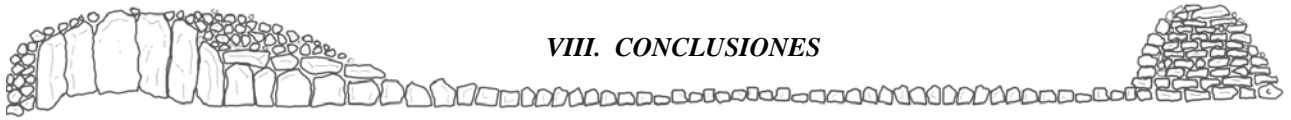
El monumento megalítico pervive, sin perder su importancia simbólica “sagrada” ni su preeminencia en el paisaje, adquiriendo nuevas funcionalidades y significados (Delibes, 2004: 219). Es en este momento cuando el megalito se concibe, de manera más explícita, no sólo como el depositario y custodio del “Pasado” y la memoria de las poblaciones (Criado, 1989: 85), sino también como una herramienta de manipulación de los mismos, convirtiéndose en “*instrumentos de ideologización puestos al servicio de la lógica del poder de las élites*” (Aguado, 2008: 16). La manipulación de las leyendas e historias pasadas como señas de identidad de los pueblos, siempre ha sido, y continúa siendo, una estrategia de poder político (García Sanjuán, 2008b: 39), pues quien controla la tradición tiene bajo su autoridad la conducta colectiva. Los megalitos, como referentes identitarios significativos, se convirtieron en elementos susceptibles de ser controlados, adquiriendo nuevos significados como instrumentos legitimadores del poder en un contexto de lucha por la adquisición y mantenimiento del liderazgo (Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 239-241; Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 17).

A lo largo de este trabajo de investigación se ha podido comprobar que, si bien existen claros patrones de comportamiento diferenciado en relación a la pervivencia de los “usos megalíticos”, que se podrían resumir a grandes rasgos en el paso del “*énfasis en la monumentalidad exterior al énfasis en la monumentalidad interior*” (Criado, 1989), no es menos cierto que se documentan algunos “rasgos” y prácticas que de manera recurrente aparecen y desaparecen a lo largo de todo el recorrido diacrónico estudiado.

Superando la imagen de fenómeno lineal y progresivo que de manera tradicional ha caracterizado al Megalitismo, la lectura del conjunto de datos analizados en este trabajo muestra una realidad desarrollada con periodicidad, en la que se alternan momentos de gran actividad constructiva o destructiva frente a otros de aparente o completa inactividad (Mañana, 2003: 168; Tejedor, 2013: 35). La idea de “continuidad”, normalmente ligada al evento megalítico, deja de tener sentido al reconocerse como un fenómeno, lleno de rupturas y discontinuidades, con episodios caracterizados por una intensificación en el uso del megalito o por un “*silencio monumental*” (Criado *et al.*, 2005: 863 y 2006: 49; Mañana, 2004).

Esta imagen cíclica del desarrollo de la actividad megalítica en la cuenca del Duero/Douro se basa no sólo en el registro de las distintas evidencias arqueológicas de “usos post-fundacionales” documentadas en sus megalitos, sino también en el estudio analítico y estadístico de las dataciones absolutas disponibles para los mismos (a lo largo de este trabajo se han podido establecer hasta siete fases de uso diferenciadas) y su comparación con secuencias fechadas de ocupación de megalitos en otras áreas peninsulares (Abad, 1995; Alonso y Bello, 1997; Andrés, 1997; Boaventura, 2011: 182-184; Boaventura y Mataloto, e.p.; Bueno *et al.*, 2005b: 117 y 129 y 2010: 171-173; Criado *et al.*, 2005 y 2006; Da Cruz, 1995a; Eraso y Mújika, 2013; Fábregas y Vilaseco, 2004; Mañana, 2003, 2004 y 2005; Narvarte, 2005; Prieto, 2007; etc.).

Las razones últimas de los desequilibrios documentados en la intensidad de uso de estos espacios monumentales a lo largo de la Prehistoria reciente, y potencialmente en todas sus “biografías”, se nos escapan. Sin embargo, algunas hipótesis plantean, de manera sugerente, la posibilidad de que estos “ciclos megalíticos” estén ligados a “*fases de tranquila normalidad o de agitación para las poblaciones*” (Andrés, 2000: 72; Criado *et al.*, 2005: 863 y 2006: 49).



Desde este punto de vista, los “picos” de intensa actividad megalítica podrían estar ligados a momentos de gran acumulación de excedente, críticos por la inestabilidad social provocada por la posible aparición de individuos que quisieran hacerse con su control. Como mecanismo de reequilibrio social se llevarían a cabo actos que implicasen una gran inversión de recursos y mano de obra en actividades no productivas, de modo que se pudiera gastar parte de ese excedente y así evitar el avance de esas tendencias individualizadoras (Parcero y Criado, 2013), siendo los diferentes eventos llevados a cabo en los monumentos megalíticos claros exponentes al respecto (construcción, remodelación, clausura, retomulación, ceremoniales con amortización de numerosas ofrendas colectivas...). *“Así, la ideología megalítica se habría convertido en el límite mental para las tendencias centrífugas, de reacción ante la explotación”* (Aguado, 2008: 16). Se conseguiría de este modo reinstaurar el equilibrio original y recuperar la “normalidad” (momentos en los que se inscribirían los episodios de inactividad megalítica), una situación que en un lapso de tiempo más o menos breve, y de manera recurrente, se volvería a desnivelar en un continuo “tira y afloja” entre la mentalidad comunal y la tendencia hacia la división (Criado *et al.*, 2003: 49 y 2005: 863; Parcero y Criado, 2013). Sin embargo, a pesar de la aparente victoria de los “procesos de resistencia”, en esos momentos de crisis caracterizados por la intensificación de la actividad en ámbitos alejados de lo puramente subsistencial (e incluso de una manera más sutil durante los periodos de “normalidad”) tendrían lugar transformaciones de gran calado que modificarían, de manera irreparable, el contexto en el que las relaciones sociales continuarían desenvolviéndose (Parcero y Criado, 2013: 4).

Bajo esta perspectiva, el desarrollo de la actividad megalítica, y en general de las sociedades prehistóricas, se presenta como una realidad polivalente y diversa en la que, en un mismo tiempo y lugar, pueden estar conviviendo diferentes pautas de comportamiento y tendencias sociales provocando situaciones contradictorias y paradójicas que se reflejan en el registro arqueológico. Los “usos megalíticos” habrían pervivido, por tanto, en un contexto de continua lucha entre el cambio social y la resistencia a dicho cambio.

IX.

**INTERNATIONAL
DOCTORATE**



9.1. SUMMARY

<u>ACKNOWLEDGEMENTS</u>	<u>7-14</u>
<u>I. THE PROJECT: CHARACTERIZATION AND RESEARCH GOALS</u>	<u>17-40</u>
1.1. Project planning and suitability	19-24
1.2. The studied object: the phenomenon of the megalithic reuse	25-28
1.3. ‘Spatio-temporal’ characterization: the Duero/Douro Basin in the Late Prehistory (4 th -2 nd millennia cal. BC)	29-32
1.4. General structure and contents of work	33-38
1.5. Goals and main studied approaches	39-40
<u>II. THE ‘SPACE’: THE DUERO/DOURO AS BACKBONE OF THE TERRITORY</u>	<u>41-86</u>
2.1. The Duero/Douro as physic-geographical axis: a territory between two countries	43-56
2.1.1. <i>The geomorphological diversity of the Duero/Douro Basin</i>	45-49
2.1.2. <i>Same territory, different spaces</i>	50-56
2.2. The Duero/Douro as political and administrative axis: removing current borders and boundaries	57-72
2.2.1. <i>The ‘Space’ and the ‘Territory’ as cultural constructions</i>	57-61
2.2.2. <i>Political and administrative characterization of the Duero/Douro Basin</i>	61-67
2.2.3. <i>Beyond borders: coalition or breakup, cooperation or divergence?</i>	68-72
2.3. The Duero/Douro as socioeconomic and cultural axis: the river relevance for the surrounding populations	73-86
2.3.1. <i>Lifestyle linked to the river</i>	76-80
2.3.2. <i>Heritage ‘treasures’ of the Duero/Douro Basin</i>	81-86

III. <u>THE ‘TIME’: REVISITING LATE PREHISTORY IN THE DUERO/DOURO BASIN (4th-2nd MILLENNIA CAL. BC)</u>	<u>87-288</u>
3.1. The ‘pos-megalithic’ millennia in the Duero/Douro Basin (3 rd and 2 nd millennia cal. BC)	89-226
3.1.1. <i>Historiography and new discussions: the development of Late Prehistory research in the Duero/Douro Basin</i>	102-124
3.1.2. <i>The 3rd millennium cal. BC: between continuity and change</i>	124-155
a) Territorial establishment and types of settlements	131-141
b) Material culture and its role as element of exchange	141-147
c) Subsistence strategies and technological innovations	147-153
d) Social structures and networks within and out of the groups	153-155
3.1.3. <i>The ‘Bell Beaker splendor’</i>	155-182
a) Territorial establishment and types of settlements	161-165
b) Subsistence strategies and the development of exchange networks through material culture	165-175
c) Significance and functionality of the ‘Bell Beaker tableware’	175-178
d) The ‘prestige goods’ and its role in the social networks	178-182
3.1.4. <i>The 2nd millennium cal. BC: time of changes</i>	183-226
a) Territorial establishment and types of settlements	192-206
b) Material culture and its role as element of exchange	217-216
c) Subsistence strategies and technological innovations	216-224
d) Social structures and networks within and out of the groups	224-226
3.2. The funerary record in the Duero/Douro Basin during Late Prehistory (4 th -2 nd millennia cal. BC-)	227-279
3.2.1. <i>The megalithic phenomenon in the Duero/Douro Basin</i>	232-271
a) Establishment and chronological development of the Megalithism in the Duero/Douro Basin	234-243
b) Some remarks about the spatial distribution and emplacement of megaliths in the Duero/Douro Basin	243-252



c)	The architectural ‘polymorphism’ within homogeneity of the ‘megalithic worship’ in the Duero/Douro Basin	252-271
3.2.2.	<i>The funerary record int the 3rd and 2nd millennia cal. BC: tradition vs. innovation</i>	271-279
3.3.	The phenomenon of the megalithic reuse as studied object	280-288
3.3.1.	<i>The study of ‘post-megalithic uses’ in the bibliography</i>	281-283
3.3.2.	<i>New approaches for the study of megalithic architectures</i>	283-286
3.3.3.	<i>Hypothesis and some preliminary questions</i>	286-288
IV.	<u>THE ‘MEANING’: THE MEGALITH FROM DIFFERENT APPROACHES</u>	<u>289-320</u>
4.1.	The impact of the ‘Archaeology of Death’ in the historiography	291-313
4.1.1.	<i>The ‘New Archaeology’: the ‘Archaeology of Death’ awakens</i>	294-300
4.1.2.	<i>Materialism and Structuralism: new approaches for the ‘Archaeology of Death’</i>	300-305
4.1.3.	<i>The post-processualist viewpoints: new possibilities for the ‘Archaeology of Death’</i>	305-313
4.2.	The megalith as spatio-temporal reference and guardian of collective memory	314-320
4.2.1.	<i>The megalithic “Space” and “Time”</i>	314-319
4.2.2.	<i>The role of collective memory and its ability as a tool of ideological control</i>	319-320
V.	<u>THE “METHOD”: A POSSIBLE ANALYTICAL APPROACH FOR THE STUDY OF MEGALITHISM</u>	<u>321-340</u>
5.1.	The methodological framework of analysis	323-331
5.1.1.	<i>Some problems and deficits of the research</i>	323-327
5.1.2.	<i>Characterization of working phases</i>	327-331
5.2.	The analytical tools	332-340
5.2.1.	<i>Database design and characterization</i>	333-339
5.2.2.	<i>The Statistics: an efficient analytical tool</i>	339-340

VI.	<u>THE ARCHAEOLOGICAL EVIDENCE I: DESCRIPTIVE STUDY</u>	<u>341-530</u>
6.1.	The data <i>corpus</i> : some keys for the study	343-361
6.1.1.	<i>Quantification of the studied sites and their geographical distribution</i>	345-357
6.1.2.	<i>Some remarks about the analyzed sites selection</i>	357-361
6.2.	General characterization of the megalithic phenomenon in the Duero/Douro Basin through its descriptive study	362-413
6.2.1.	<i>Some observations about the morphology and architectural ‘polymorphism’ of the megaliths</i>	364-377
6.2.2.	<i>Descriptive study of the megalithic emplacement and the relationship with the natural elements of the environment</i>	377-383
6.2.3.	<i>The impact of the ‘Megalithic Art’ at the cataloged sites</i>	383-386
6.2.4.	<i>Characterization and frequencies of the material culture found in the megaliths</i>	386-397
6.2.5.	<i>The absolute chronology available for the monumental catalogue of the study</i>	397-413
6.3.	The funerary and non-funerary “reuse events” registered at megalithic monuments of the Duero/Douro Basin	414-458
6.3.1.	<i>The “reuse events”: its impact and general characterization</i>	429-447
6.3.2.	<i>The reach of the funerary factor in the ‘reuse events’</i>	447-458
6.4.	The ‘post-foundational uses’ documented in the megalithic monuments of the Duero/Douro Basin	459-529
6.4.1.	<i>Closure and sealed practices</i>	462-474
a)	Closure by mound or ‘Tumulation’	465-466
b)	Superimposition of a new building	466-467
c)	“Closing fire”	467-469
d)	Removal of architectural structures	470-471
e)	Closure of access areas	471-472
f)	Sealing of burial space	472-474
g)	Scattered fires	474

6.4.2. <i>Remodeling and adding of architectural elements</i>	474-486
a) 'Re-tumulation'	475-477
b) Remodeling access areas	477-478
c) Partition and lock of the inner of monument	478-480
d) Juxtaposition and/or enlargement of the burial area	480-481
e) Erection of menhir	481-483
f) Adding of secondary structures	484
g) Foundation of a ceremonial space	484-486
6.4.3. <i>Maintenance activities</i>	486-496
a) Reconditioning of ossuary	487-489
b) Distinguishing levels	489-491
c) Partition and/or signaling of the burial area	491-493
d) Re-decoration	494
e) Cleaning events	495-496
6.4.4. <i>Architectural modifications in specific areas</i>	496-502
a) Individualization of a space	497-499
b) Opening of access structures	500
c) Small modifications	500-502
6.4.5. <i>Abandonment and non-anthropoc destruction events</i>	502-503
6.4.6. <i>General characterization and diachronic analysis of the megalithic 'post-foundational uses'</i>	503-529

VII. THE ARCHAEOLOGICAL EVIDENCE II: ANALYTICAL AND INTERPRETATIVE STUDY **531-698**

7.1. Reconstructig megalithic 'biographies'	533-642
7.1.1. <i>Alternatives to the continuity vs. rupture dichotomy</i>	541-547
7.1.2. <i>Archaeographical characterization of the different 'post-foundational uses' documented in the megalithic record of the Duero/Douro Basin</i>	547-574
7.1.3. <i>Chronological characterization of the 'megalithic activity' phases registered in the Duero/Douro Basin</i>	574-607
7.1.4. <i>The megalithic 'biographies' in the Duero/Douro Basin</i>	608-642

7.2. Drawing ‘identities’	643-697
7.2.1. <i>Collective identity vs. individual identity</i>	649-663
7.2.2. <i>Evidences of collectivity and individuality in the megalithic record of the Duero/Douro Basin</i>	663-679
7.2.3. <i>The ‘Past’ and ‘Memory’ as tools of power legitimation</i>	679-689
7.2.4. <i>The individual within collectivity, the collective within individuality</i>	689-697
VIII. <u>CONCLUDING REMARKS</u>	<u>699-708</u>
IX. <u>INTERNATIONAL DOCTORATE</u>	<u>709-738</u>
9.1. Index	711-716
9.2. Summary	717-718
9.3. The megalithic phenomenon in the Duero/Douro Basin	719-733
9.3.1. <i>Establishment and chronological development of the Megalithism in the Duero/Douro Basin</i>	720-725
9.3.2. <i>Some remarks about the spatial distribution and emplacement of megaliths in the Duero/Douro Basin</i>	725-727
9.3.3. <i>The architectural ‘polymorphism’ within homogeneity of the ‘megalithic worship’ in the Duero/Douro Basin</i>	727-733
9.4. Concluding Remarks	733-738
X. <u>LIST OF FIGURES</u>	<u>741-752</u>
XI. <u>BIBLIOGRAPHY</u>	<u>753-790</u>
<u>ATTACHMENTS 1-6</u>	Dvd adjunto



9.2. SUMMARY

Traditionally, studies of the Megalithic Phenomenon have focused on its origin and expansion, or on the significance and function of its monumentality and its relationship with the landscape. The megalithic monument has been interpreted as a single event, without considering the successive phases of construction and use that may have been involved. Modifications made after the construction of a monument were interpreted in terms of deterioration or later intrusions. However, the archaeological record shows that such acts are not occasional but recurrent, and also that the events of abandonment and destruction of the megaliths are unusual.

Megalithic tombs have continuously been reused, manipulated, destroyed and modified, in order to adapt their structures to new cultural contexts and to the needs of each period. Therefore, the traditional concept of the megaliths as constructions constrained to the Neolithic period is outdated, and now we see them as places which have played an important role in each of the societies that have coexisted with them in their environment. The changes in its internal and external space are “physical” evidences of all reinterpretations and reinventions of the megalithic monuments along time, whose study is fundamental to unravel the “history” of these places and of the people who used them. Then, these constructions are the final result of a long sequence of “cycles of use” and interventions by different users. These evidences reveal a periodicity in the development of the Megalithic Phenomenon, with moments of high constructional or destructive activity, followed by others of apparent inactivity, in a recurrent pattern that represents the continuous reimagining of these megalithic monuments.

The megalithic tombs are not not just big and static buildings but organic and living architectures whose permanence in time gives rise to their constant reimagining. There were changes in the way of using the burial space, in the funeral offerings, in the form of burials or even in the way of understanding the megalithic monument. These transformations could be connected with the end of the collective identity in a process of increasing individualism. However some features remain in the reuse of those places, as their permanent presence in the ‘Time’ and ‘Space’ or their conscious monumental character for any user. So would it be possible to suggest any models of behaviour for the way of reusing the megalithic graves during the Late Prehistory?

This PhD aims to approach the phenomenon of the reuse and ‘post-foundational uses’ of the megalithic monuments of the Duero/Douro basin between the 4th and 2nd millennia cal. BC from a specific theoretical and methodological framework and explain problems of its study, ranging from terminological questions (there is no standardization in the naming of the different practices) to archaeological problems (difficulties of dating some kinds of evidence or even of detecting particular events in the history of a monument). Also it is presented the different architectural changes which have been documented after the first phase of use of these megaliths.

The “biography” of the megaliths is a complex superimposition of various reconstructions, removals and reuses accompanied by changes in both function and meaning. These ‘post-foundational uses’ can be documented by a wide range of archaeological events, such as destruction by fire, increase of the size of the mound, dumping of stone or soil to close down access, adding new architectural elements or reordering of the burial area, among others. However, archaeological documentation of these processes is often difficult or even impossible to attain because, in many cases, the modification or reconstruction of the monument entailed the destruction of older structures. With an appropriate archaeological methodology for studying and classifying these practices from a diachronic approach, it is possible to define the “life-histories” of megalithic monuments and to obtain a global view of its constructional and/or destructive development, taking into account the type of evidence resulting from these practices (remodeling, reconstruction, etc.), and the understanding that these are not exceptional or occasional events but recurrent acts. It must recognize the megalithic building as the final result of a long sequence of “cycles of use” and interventions by different agents, that we have to unravel.

Through these ‘post-foundational uses’ and ‘reuse events’ it is possible to define the ‘megalithic biographies’, which are indeed a complex superimposition of various reconstructions, removals and reuses accompanied by changes in both function and meaning. The interpretative implications of this type of archaeological event and its presence and/or absence could establish different uses and meanings in the life of a monument, reflecting various social, economic and ideological transformations within the wider society that used them.



9.3. THE MEGALITHIC PHENOMENON IN THE DUERO/DOURO BASIN

As a unique phenomenon without parallel in Prehistory, the Megalithism has aroused great interest in the academic community leading to the publication of an extremely vast number of studies and excavation reports of numerous megalithic monuments. For many decades, the only goal of these research projects has been to intervene in specific burial sites to retrieve the most outstanding archaeological material, disregarding features related to distribution, architecture, and integration with the landscape. Based on a clear positivist rationale and methodology, each site has been studied in isolation, without placing them within the broader spatial and temporal archaeological context; putting aside any global and synthetic interpretative approach. This situation has created, as a result, a great contradiction in the development of our understanding of the megalithic phenomenon because, in spite of the long history of research, when it comes to interpreting the reality of the megalithic populations we increasingly have less certainty and more open questions. From the 1980s onwards, due to the theoretical and methodological renovation of Archaeology and Prehistory Studies, new lines of research and interpretation have emerged. These new directions allow the development of scientific projects based on exhaustive fieldwork and multiple laboratory analyses. Notwithstanding the innovative techniques and approaches, the lack of data together with the characteristic documentation mistakes of former excavations constitute an insurmountable burden in our quest for understanding better of our megalithic past.

Megaliths are not only objects of interest for academics but are also part of the collective cultural imagination and as such, throughout their existence and up until this present day, they have never stopped being exposed to human activity and manipulation. Whether it is due to their mythic-religious dimension (that has inspired the creation and transmission of legends about these places, piquing the curiosity of superstitious people and looters searching for jewels and gold), or to their imposing structures (leading to the reuse of orthostates for new constructions, and to the use of burial spaces as ammunition dumps and bunkers in times of war, or as cattle pens and other purposes), the architecture of megalithic monuments has suffered continuous destruction and modification aimed at adapting and re-adapting it to different uses. This situation is fascinating if one seeks to study the endurance in time and memory of the

megalithic constructions; but since most of the megaliths are found completely dilapidated and destroyed for the most part, this obviously constitutes another major obstacle for their interpretation, hampering the excavation as well as easily leading to misinterpretations.

9.3.1. ESTABLISHMENT AND CHRONOLOGICAL DEVELOPMENT OF THE MEGALITHISM IN THE DUERO/DOURO BASIN

Until the 1980s, the chronological sequence of the Megalithism of the Northern Meseta was established in relation to the development of the megalithic phenomenon in the Southeast of the Iberian Peninsula and in Southern Portugal. Consequently, its origins were, according to scholars, traced back to a late stage of the peninsular Megalithism, and its monuments, based on shared architectural features (wide diameter, circularity, etc.), were considered as chrono-culturally parallel to the Southern Chalcolithic ‘tholoi’. Their emergence, therefore, was thought to be the result of the inland penetration of the early metal prospectors coming from the South, who carried out a ‘dolmenic colonisation’ introducing their rituals along the way. Many renowned scholars, such as Obermaier, Gómez-Moreno and the Leisners, advocated this hypothesis. They interpreted the proximity of copper and tin mines to some megalithic constructions as the clearest evidence of the use of these metals by the same people that built the monuments. Subsequent researchers, such as P. Kalb, have reinforced the hypothesis of such a connection, but explained it as the result of activities of exploration and prospecting rather than those of actual exploitation of the mines. When new findings were documented in peripheral areas in the Northern peninsula (Pyrenees, Cataluña, País Vasco, Navarra, etc.), these monuments were also considered subsidiary to the classical dolmenic centres (Andalucía and Southern peninsula); and hence, based on this monolithic view of the Megalithism, researchers began to search for a meaningful link between the two opposite ends of the peninsula. Several hypotheses about possible routes of dissemination were advanced, but all agreed on the idea of one unique original focus and only one possible route of dissemination. For instance, already in the 1930s, Bosch Gimpera had elaborated a theory about the advance of the megalithic phenomenon from the South of the peninsula until the Pyrenean region, following the Atlantic coastline up to Galicia and then traversing the Cantabrian Mountains. According to the theory, therefore, the Meseta remained completely marginalised from this ‘colonisation’. Other scholars, such as Castillo, interpreted the

concentration of megalithic monuments in Extremadura and Salamanca not as mere extensions of the original focus, but rather as relevant steps in a dissemination route that would run through the inlands delineating the division between both Mesetas. The scarcity of dolmenic constructions found in the Madrid and Sigüenza regions was held as evidence of this theory. New megalithic discoveries in the northernmost margin of the Northern Meseta (Northern Burgos area and the region known as 'Rioja Alavesa') revealed abundant similarities with the Megalithism of Salamanca. These coincidences triggered an intensive search for connections between these two regions. Despite the lack of archaeological evidence, several authors, including Maluquer de Motes, Savory and Palol, ventured that the Duero/Douro Basin had played a crucial role in the dissemination of the megalithic phenomenon, arguing that it could have functioned as a 'transmission belt' from the central region of Portugal up to the País Vasco-Navarra region. From his hyperdiffusionist approach, Savory went as far as to argue the expansion of megalithic rituals from the Portuguese original focus, through the Duero/Douro Basin and the high Ebro region, up to the French Brittany. Since absolute dating techniques were not widespread at the time, his hypothesis was based on merely morpho-typological arguments. *'One must admit that it is not yet possible to demonstrate from grave goods or radiocarbon samples that links between the earliest communal burials of southern Spain and Portugal and those of western France exist in the region of the Upper Duero and Ebro basins[...]*' (Savory 1975: 172).

Based on the absolute dating obtained through the C14 method, it was demonstrated that the Megalithism was established earlier in the Atlantic façade (taking the origins of the megalithic phenomenon further back to an advanced stage of the Neolithic). Accordingly, orientalist explanations were rejected in favour of the hypothesis of the megalithic dissemination setting off from the Portuguese region towards the Spanish land. This thesis was further supported by the fact that most of the hitherto known megaliths in the Northern Meseta (the cluster located in Salamanca and other megaliths in the province of Burgos) shared morphological features with the Portuguese monuments; and also by the results of absolute dating at the time, which categorised the Portuguese dolmens as the most ancient ones. Following on from this, researchers argued that under the influence of the *antas* of *Alentejo* and *Beira* (Southern and central provinces of Portugal respectively), the oldest type of monument introduced in the Northern Meseta was that of the polygonal chambers with short corridors; but that later, due to the pressure exerted by the 'colonisation' of the Southern Chalcolithic

populations, the style changed, chambers adopted a circular shape and corridors lengthened (Leisner, Bosch Gimpera, López Plaza amongst others). Such renovated diffusionist theses, in opposition to orientalist approaches, followed Maluquer and Savory's model of expansion through the Duero/Douro's Basin in order to explain the beginning of the 'megalithisation' of the Western Pyrenees. The proposed axis of diffusion from an original Portuguese focus in the Southwest up to the País Vasco-Navarra region in the Northeast was moreover endorsed by the chronological sequence employed at the time in regards to the monuments in the diagonal axis drawn by Salamanca-Valladolid-Burgos (nowadays, the extended series of absolute dating data available proves these colonialist theories unsustainable). It could not, however, be applied to monuments in the Meseta located on the other side of the Central System and hence away of that diagonal axis (e.g. Carrascosa's dolmen in Soria, Entretérminos in Madrid and other examples in the province of Guadalajara). Here lies the weakness of all the diffusionist hypotheses. That is, they are built upon a misconception of Prehistory, determined by modern thought parameters and according to which every phenomenon arises from a single original focus and develops in a fixed way. The resulting theories are completely inflexible and, therefore, not applicable to a significant number of phenomena. Every human action is the result of the interrelation of multiple factors of different kinds that, depending on the specific circumstances of space and time, will merge and combine in varying ways and degrees. There is no use in 'reading' the past from one sole and predetermined perspective.

The theoretical and methodological renovation that arose in Prehistory Studies in the late 1960s brought an end to all traditional and positivist paradigms, and opened the door to new interpretative approaches. Once concepts such as 'colonisation' and 'diffusion' were rejected, academic discussions begun to revolve around influences, relations, interconnections and exchanges among 'cultural groups' (although some scholars continue using it, this term has now also been abandoned for its simplism and current connotations). The first researcher to break away from the traditional monolithic and simplistic view of the European Megalithism was C. Renfrew. Renfrew advocated the local development of megalithic phenomena in each geographical area, as well as the existence of *cultural movements* and far-reaching influences amongst peoples of different regions. Following this line of thought, Glyn Daniel asserted that the reason for the diversity of the European megalithic phenomenon was to be found in the mixture



of different local traditions. According to Daniel, this entailed that each community performed the funerary rite in their own way, which would nevertheless share a significant amount of features with those of other communities. Aware of the limitations of their paradigms, even those advocating diffusionist hypotheses, such as V. Leisner and Savory, begun to question some basic principles such as the uniqueness of the origin and the route of diffusion of the megalithic phenomenon. In her research, Leisner questioned for the first time whether the origin of the Portuguese Megalithism was in in the great *antas* of Southern Portugal, and suggested that these monuments could actually be a more developed version/model of the medium-sized *mamoas* of the inland regions of *Beira Alta and Trás-os-Montes*. Moreover, in his model of a diffusion route of the Megalithism from the Portuguese focus up to the Breton region through the Duero/Douro Basin, Savory notes that possibly later on a similar cultural exchange but in the opposite direction could have occurred: *'If we are to think of the spread of the practice of communal burial[...] as a result of movements by land[...] following a route from the Meseta through the westwern end of the Pyrenees to Saintonge and the Loire estuary, we can also envisage the establishment of cultural contacts[...] by the same route in a reverse direction[...]'* (Savory, 1975: 169). Yet their questions were always inscribed within an inflexible view, and criticised autochthonous theses for their unreliable empirical basis (dubious stratigraphic readings, controversial C14 dating, questionable sampling context, etc.).

The influence of the diffusionist tradition is still strong nowadays. Proof of this is the fact that one of the most extended theories about the development of the Megalithism in the Northern Meseta is based on an outdated model built upon arguments advocated by researchers from mid-twentieth century. *'El megalitismo brotaría en tierras salmantinas hacia la mitad del IV milenio, seguramente como resultado de la expansión del gran foco dolménico portugués, manteniendo muy tempranamente contacto con los grupos megalíticos del Sur del Sistema Central, según pone de manifiesto los paralelos existentes, por ejemplo entre el sepulcro de Galisancho y los de Azután o el Guadalperal'* (Delibes and Santonja, 1986: 198). According to this theory, the Portuguese-influenced phenomenon would have reached the Western Pyrenees, *'donde se documentan formas dolménicas indiscutiblemente derivadas de las salmantinas'* (*ibídem*: 198) centuries later, in the late 3rd millennium, leaving examples of its constructions all along the way. Evidence of this would be the

clear similarities amongst the monuments in the central basin of the Duero/Douro and those in the País Vasco, as well as amongst the sepulchres in Valladolid and Burgos and the dolmens of the Salamanca region. In order to corroborate the greater antiquity of the megalithic monuments of the Salamanca focus in comparison to the other regions, researchers resort to chrono-typological arguments. For instance, they argue that there is no mention of any object characteristic of the Eastern tombs (such as the spatula-idols) in the archaeological records of Salamanca; and that neither were objects belonging to early stages of the Salamanca dolmens (such as painted ceramics) documented in the Eastern areas, but only those belonging to later stages (*ibídem*: 198). This kind of argumentation, therefore, continues to be tainted by colonialist and diffusionist approaches, but nevertheless it does not consider invasions and population movements and acknowledges to a certain extent an indigenous substratum. Notwithstanding, the Megalithism is still discussed in a purely functional sense, as though it were merely an element of exchange among communities, a simple cultural feature assimilated by various human groups. However, the megalithic ritual entails a series of conditions, habits and beliefs that are shaped by the way of life and thought. Since these studies advocate the connection with the Western Pyrenees, they reproduce the thesis of one only route of transmission and influence. However, they acknowledge that the contact amongst populations brought about exchanges of objects, knowledge and beliefs that were assimilated into each community according to their own mindset. The fact that there are similar features in different megalithic nuclei does not necessarily mean that one group is subsidiary to another, but rather reveals that these constructions may be contemporaneous. Definite evidence of such interconnection can be achieved by carrying out a simple analysis of those shared features. Salamanca, for instance, belongs together with Cáceres and Toledo to a highly distinctive group (characterised by almost circular chambers with peripheral stone circles that sometimes compose concentric ring-barrows). Simultaneously, however, Salamanca's monuments also share a significant number of features with the Portuguese tombs. In this light, it is therefore untenable to defend the model of only one route of influence and exchange since the data rather reveal *'la existencia de grupos de gran personalidad, los cuales, del mismo modo que se mostraron permeables al rito funerario megalítico occidental, también lo fueron a otras influencias de signo y procedencia distintos, lo que acabó por forjar su idiosincrasia'* (Delibes, 1996: 157).



In order to enhance the study of Megalithism in the Iberian Peninsula (and particularly in the Duero/Douro Basin), as well as to develop new theoretical frameworks built upon innovative methodologies it is necessary to discard once and for all the hyperdiffusionist theses, and to produce exhaustive analyses of megalithic sites that aim to elucidate which were the local influencing factors, the interconnections amongst human groups and the foreign influences that shaped a particular megalithic construction. This way, we will be able to deepen our knowledge about the ways of life and thought of the populations that built these monumental markers of our past.

9.3.2. SOME REMARKS ABOUT THE SPATIAL DISTRIBUTION AND EMPLACEMENT OF MEGALITHS IN THE DUERO/DOURO BASIN

According to the traditional hypothesis about the dispersion of the megalithic phenomenon, the 'eneolithic' settlements were characterised by a great heterogeneity. Megalithism was firmly established in both the Southwest and the Northeast, while in the rest of the peninsula, according to records, collective burial in caves appeared to prevail (in the mountain areas). In the sedimentary basin of the Duero/Douro, therefore, there was believed to be an absolute 'megalithic blank'. Nowadays this long-established interpretation has been rejected in favour of *'otra caracterizada por una distribución de hallazgos bastante más regular, en la que se alcanza a intuir que la práctica totalidad de la cuenca del Duero conoció a fines del Neolítico una ocupación humana bastante homogénea y sin vacíos'* (Delibes, 1995: 64). Within the Castilian part of the Duero/Douro Basin, the most significant megalithic centres are the Salamanca peneplain (in the Southwest) and Northern Burgos, which is rather an area of foothills (in the Northeast). Both regions are, therefore, somewhat distant from the actual Duero/Douro Basin. In contrast, on the opposite diagonal line formed by León, Segovia and Ávila there are very few known megalithic sites. Although this area has been less researched, it has been traditionally argued that here the phenomenon of collective burials was carried out in sepulchral caves *'[...] por ejemplo en los rebordes orientales, a la posible utilización de cuevas (Solana de la Angostura, Los Enebralejos, El Tisuco[...]) por parte de las poblaciones locales como sitios de enterramiento colectivo, lo que excluiría la erección de auténticos monumentos megalíticos'* (Delibes et alii, 1992: 4). However, one must reject this hypothesis, which is based solely on the documentation of dolmens in the far East of the Meseta (the megaliths of Soria). That is, due to the outstanding concentration of megalithic monuments in certain areas, the

bifocal hypothesis has long been upheld when discussing the Northern Meseta, but ongoing research is gradually clarifying the situation.

It is not difficult to make a distinction between the different geographical areas that form the Duero/Douro Basin: the mountainous spurs such as the *Picos de Europa*, Northern Burgos and the Central System, the Salamanca-Zamora peneplains, and the inner lands of the sedimentary basin or *Tierra de Campos*. The locations chosen to build the megalithic burial sites seem to follow a certain pattern that is specific to each region, although retaining some features common throughout them. The burial sites are normally concentrated in the wider lands of each geographical area, on prominent points of the landscape offering very good visibility. Thus, in *Tierra de Campos* they are normally located on the borders of the fluvial terraces and in the higher areas (e.g. hills); whereas in the peneplains they are more abundant at the bottom of the valleys, away from the watersheds. As for the Eastern mountainous spurs, most burial sites are built on higher locations such as moorlands (*La Lora* in Burgos), but never on mountain tops or in lowlands such as the valley floors. Generally, the chosen locations are vast open flatlands on the edge of a terrace.

With regard to the Portuguese drainage basin of the Duero/Douro River, a great concentration of megalithic mounds has been recorded in the *Beira Alta* and *Beira Baixa*, as well as the littoral area North of Mondego. However, in other places like the *Beira Transmontana* the megaliths are very rare, or indeed totally absent in some specific areas; this could be a consequence of the uneven amount of research that has been carried out in the different areas. One can divide the territory between North and South of the Douro, and also between the inland and the littoral zone. In the Northern area there are important clusters in the region of Douro Litoral and in the *Serra de Aboboreira (Trás-os-Montes)*. The greater megalithic concentration happens in the coast, where the monuments are located in flat areas, usually in the watersheds. Many of these sites are in places over 700 metres above sea level, and in some cases as high as 1300 metres of altitude.

The regular fashion in which the megalithic phenomenon spread has led many authors to propose the existence of a ‘cultural zone’ encompassing the whole of the Northern Meseta at the end of the 4th millennium BC. To prove this unity they resort to calling attention to the similarities between the distinctive features of each area and the recurrence of the same elements in different megalithic burial sites. The main reason for



this, however, is the diversity of local traditions that share a common funerary rite, to which each population added their own idiosyncratic traits.

In spite of all the achievements there are still some areas where documented megalithic presence is minimal, especially in the provinces of León, Palencia, Valladolid, Ávila and Segovia, and in some particular areas of Burgos, Soria and Zamora. This situation could be partially due to the lack of comprehensive studies carried out in these places, since research on the Spanish basin of the Duero has been traditionally focalised on two centres, in the provinces of Salamanca and Burgos. It is apparent that some regions have a much higher density of megaliths than others. Many authors have tried to explain this lack of uniformity in the establishment of the megalithic phenomenon from a distinctly determinist perspective, resorting to topographic and geological causes (such as the lack of raw material) or to reasons of a more symbolical or ideological sort (e.g. the rejection by the native population of a burial rite that did not fit their mindset). Both positions are based on very flimsy premises. Perhaps the real problem lays with the pool of studied sites since it is very common, in megalithic research, to encounter a certain obsession with the quest for the classical dolmenic model. This happens despite the constant discovery of different kinds or types of megalithic burial sites, which were until now disregarded by traditional studies that did not consider them as such. In those regions believed in principle to be free of megaliths one can find a starkly different reality and numerous constructions, maybe not as monumental as the dolmen but following the same concept of funerary rite.

9.3.3. THE ARCHITECTURAL 'POLYMORPHISM' WITHIN HOMOGENEITY OF THE 'MEGALITHIC WORSHIP' IN THE DUERO/DOURO BASIN

'La experiencia... da nuevas bases a lo que va siendo la certeza de que en lo megalítico la variedad es habitual y que aquellos monumentos calificados como atípicos sólo lo serán en la medida en que creamos que las formas clásicas constituyen algo así como la verdad única en un acontecer milenario. El polimorfismo estructural nos empuja a recrear un tiempo de invención, de ensayo de formas monumentales, de progresiva consolidación de modos funerarios y de rituales específicos que, en su concreción superestructural, tuvieron que significar una amplia variedad de modalidades, con seguridad mucho más rica de la que hoy podamos inducir de

arquitecturas y rituales’ (De Blas Cortina, 1995) (López de Calle and Ilarraza, 1997: 319)

According to the traditionally predominant theory, the megalithic model of the Northern Meseta was the passage grave, a hypothesis reinforced by the belief that the origin of the Megalithism in the Meseta was in the Portuguese focus, where these passage graves represent the main megalithic presence, and also because the then-available C14 dates attributed an older age to these sorts of monuments. There is additionally the fact that non-dolmenic tumuli, so abundant in the Northern Meseta and above all so characteristic of the Middle Duero Basin, were not traditionally regarded as belonging to the megalithic phenomenon. Up until the last few decades, the research carried out did not pay attention to these kinds of manifestations, which meant that there were no known examples of non-dolmenic megalithic burial sites, except from some cists in Salamanca and Burgos; and these had always been thought of as belonging to a latter era such as the Bronze Age or even Iron Age. All these findings further supported the idea that there was only one megalithic regional model, a hypothesis completely conditioned by our modern parameters of thought. Nowadays we talk about megalithic polymorphism: cists, simple dolmens, earth mounds and non-dolmenic megaliths. Many different explanations have been suggested for this polymorphism, and they range from the determinist perspective which proposes that the reasons are the adaptation to the environment and functional causes, to the processual approach that looks for the cause behind this variation in chrono-cultural sequences. It would be most reasonable to believe that there is not one but many diverse reasons why the different groups chose to bury their dead in one way or another. *‘Factores como os recursos naturais, organização sócio-económica, técnicas de exploração e condicionantes ambientais estão presentes e justificam a continuidade e as rupturas da mancha megalítica [...]’* (Duarte and De Oliveira, 2000: 465). That is why many researchers approach the megalithic phenomenon as a reality full of discontinuities, away from the lineal and homogeneous traditional image of it. A clear example of said discontinuity in the megalithic phenomenon, which is not necessarily caused by a functional need or a pattern in the chronological sequence, is the architectural solution of the earth mound, characteristic of the Middle Duero Basin (Zucamales, La Velilla, etc.) and parallel to the great classical dolmens. These single chambers are formed by horizontal orthostates, sometimes of large size, which makes them easy to be arranged half-buried into the ground in order to hold a tumular or orthostatic roof. All of which means that this is not



a different method determined by the geological conditions but a distinct architectural choice that could have been caused by dissimilar symbolic or traditional values. Ultimately, however, the collectivising essence of the megalithic monument remains the same. This kind of tomb is usually referred to as 'Redondil'. *'En algún caso, como el de las tumbas de enormes losas planas de Simancas y La Velilla, que alguna vez hemos denominado redondiles, podría ocurrir que la cristalización de tan sorprendentes innovaciones respondiera a un deseo de las poblaciones tardoneolíticas del Duero Medio de afirmar y proclamar su personalidad tribal, su etnicidad, es decir que hubieran sido la expresión de una voluntad de distinguirse de "los otros", sirviéndose para ello del sin par lenguaje de la arquitectura de sus sepulcros'* (Delibes, 1995: 65). In spite of its morphological differences with respect to the classic dolmen, the discovery of Zucamales was the event that led us to start talking about a megalithic phenomenon in the Middle Duero Basin.

An appropriate systematisation of the megalithic 'polymorphism' distinctive of the Northern Meseta is the chrono-typological sequence proposed by professors Germán Delibes and Manuel Rojo to study the evolution of the Megalithism in *La Lora* region in Burgos (Delibes and Rojo, 2002). They establish four types of megalithic structures that occasionally overlap each other in time. The emergence of the different types is rather part of a process where the more complex structures substitute the simpler ones.

- Small non-dolmenic mounds: inside of them there is a small ossuary that contains few individuals. It lacks a clear demarcating structure except in some cases when a slab, bigger in size, is used to protect the ossuary of the mound stones. Their diameter goes from 8 to 10 metres, with a maximum height of 2 meters. They belong to the end of the 5th millennium cal. BC. They are part of the stage of '*monumentalización de la sepultura previa a su megalitización*' (*ibídem*: 3).

- Single chambers under small mound: it is the most common type of tomb in the moorlands of *La Lora* in Burgos. They are comprised of polygonal chambers with a circular tendency, formed by horizontal orthostates supported on perialithic ring-barrows and, as it has been found in some cases, often covered by vegetation or wood. Their chamber is over 2 metres of diameter; the tumulus between 10 to 12 meters and 1.5 meters high. They belong to the beginning of the 4th millennium cal. BC, although they might have overlapped with the non-dolmenic tumuli and maybe even afterwards

with the first passage graves. As a matter of fact, in some cases a vertical entrance like a hatch has been found on these tombs, meaning that, unlike the previous types, they are not completely enclosed structures; the idea of an open, diachronic tomb starts to loom. This type of tomb is the natural result of the progressive complexity that has been added to the previous burial sites, free of external influences.

- Simple access dolmens: they feature a plan with circular tendency, tumuli of around 15 metres of height and Southwest-facing passages. They overlap chronologically with the single chambers with no access, and possibly developed at the same time. In this type, innovative and archaic elements as the elongation of the chamber or the placement of horizontal orthostates both in the chamber and in the passage are presented together. It is true that the energy and the raw material invested in the construction of these burial sites are still not very significant. However, maybe due to the increasing need of the megalithic society to reinforce their collective identity and subdue nature, the social, collective and monumental conception of the construction is more developed than ever before.

- Great passage graves: mounds over 25 metres of diameter and 2.5 metres high that cover the chambers. These chambers are almost completely circular and formed by erect and more numerous orthostates. The passages feature trabeated roofs and stretch up to the end of the tumulus, while the roof of the chamber was most likely wooden and supported by a central pillar. They developed through most of the 4th millennium BC, between 3700 and 3200 cal. BC. The tumuli are varied, often with peristalith and peristalithic ring-barrows.

Therefore, this sequence shows that many disparate megalithic burial sites were built during the 4th millennium cal. BC, and how regardless of their differences deep down they all draw from the same idea of collectivity and monumentality against the landscape. Despite the great formal variety of the Megalithism in *La Lora* in Burgos, the authors ultimately acknowledge the continuity of this phenomenon; the formal diversity is caused by internal elements, maybe ideological or religious responses, but never by external influences. This is not to say that there are not some elements which reflect an interaction with other environments. *'Más que reflejo de la creciente destreza arquitectónica de quienes construyeron los monumentos o de la espontánea y repentina incorporación a La Lora de modelos megalíticos exóticos y más universales, es, sobre todo, trasunto de unas necesidades sociales nuevas que se proyectan en el plano*



religioso y que aconsejan, si es que no demandan, una constante invocación de los ancestros' (Delibes and Rojo, 2002: 1).

In Portugal as well, the megalithic phenomenon along the Douro River is clearly polymorphic. The first constructions date back to the late 5th millennium cal. BC and the first quarter of the 4th millennium BC and are simple dolmens that with time became increasingly complex, resulting in the passage tombs so commonly found in the Northwest of the Peninsula. The study of these tumular structures throughout their evolution reveals great morphological differences: mounds can be made of earth, stones or both, and they also present funerary chambers of varying shape and size. Similarly to the case of *La Lora* in Burgos, many Portuguese researchers like Pereira da Silva propose chrono-typological sequences for the tumular phenomenon in different regions (this author focuses on the North-Central coast of Portugal). Apparently all the types are very similar in their external, visual, general characteristics; but when their interior and their architectural form are analysed, substantive differences appear. And these differences are the reflection of a new mindset and a new way to understand the funerary rite.

There are basically two kinds of megalithic *mamoas* in the Portuguese Douro Basin: simple and passage. The simple ones are the most common, and feature polygonal chambers with a circular tendency, conformed by orthostates which sometimes have been worked on to make them of the same height or easy to fit into each other. These orthostates can be placed next to or on top of each other, and their number varies. The tombs usually present a peristalith and peripheral stone circles. These single chambers can appear both in isolation and as part of a necropolis. Meanwhile, the passage graves are scarce and spread out, except in some regions where the concentration of this megalithic type is much higher (*Beira Alta*). Within this category of dolmens there is also a morphological variety of chambers and corridors: polygonal chambers with long Southwest-looking corridors; very rare polygonal chambers with mid-size corridors, as opposed to what happens in other regions like *Beira*; polygonal chambers with both mid-size corridors and corridors with circular tendency; elongated, sub-rectangular or trapezoidal chambers, all of them very rare and peculiar shapes with short corridors. Other secondary structures, subsidiary to the tombs, are also found on these sites: forecourts and circles, etc. for instance. Many of these elements, like the forecourts, were probably linked to a particular stage of the

ceremony, especially those located in the outer areas where the collective rituals took place, since the space is very limited inside the tomb and only a few individuals could enter it at the same time.

The so-called *mamoas sub-megalíticas* (Pereira da Silva, 1997) feature the same characteristics megaliths do in many respects: morphology, size, location, spread, etc. Notwithstanding, they are not authentically dolmenic. The documented cases are located at a great height, always over 400 metres and occasionally over 800 metres high. They are close to water springs, fertile lands and forest areas, occupying eminences such as rocky outcrops, which highlight their monumentality. They are part of a necropolis composed of stone tumuli and megaliths, and at first glance they are similar to the latter. Their chronology remains unclear but it seems evident that they are post-megalithic constructions.

The tumuli of *tradição megalítica* have been traditionally linked to the emergence of metallurgy, and have been therefore understood as displays of prestige goods and the accumulation of wealth of certain elites; thus the ancestral dimension of these constructions has lost its relevance. However, when barely any prestige goods were being found in these tombs, the hypothesis begun to falter; the shifts in the social structures and the funerary rites were clear but there were still strong ties with the traditional customs and habits. The name of these tombs refers to their resemblance to the megalithic tumuli, regarding structure, construction technique and the general visual appearance. They are much smaller and less noticeable structures (half a metre high and about of 7 to 8 metres of diameter). Their tumuli are made out of either stone (these ones comprising a retaining ring and a chamber with circular tendency that emulates the megalithic models) or of earth (with a chamber demarcated by stone rings and featuring a lithic layer on top of the tumulus; they sometimes also present a retaining ring). These constructions do not dominate the landscape; instead, they integrate with it and blend into the environment, since they are not placed on eminences but on flatlands; they are therefore not particularly monumental. Even though they belong to a much later era, their formal characteristics show a continuity with respect to the megalithic tradition.

Once again, a chrono-typological sequence is proposed for the tumular constructions, although the Portuguese approach goes far beyond the megalithic phenomenon. *‘Vemos os tumuli “elevarem-se”, complexificarem-se, impõem-se à paisagem circundante mas, também assistimos à sua “minimalização”, à sua absorção pela paisagem. Embora mantendo alguns aspectos exteriores, comuns às grandes*



“colinas artificiais”, tanto a sua implantação paisagística como os espaços deposicionais funerários neles contidos, sofreram alterações: agora, o meio físico impõe-se-lhes como algo de pré-existente e as sepulturas perderam grande parte da sua carga simbólica (os espaços sepulcrais parecem, nesta fase, integrar-se nos “territórios” dos vivos, de forma mais fluída, menos marcante)’ (Pereira da Silva, 1993: 97).

This megalithic ‘polymorphism’, which seems to present certain sequentiality in the way its forms become ever more complex and monumental, has led to a number of different interpretations. One of the hypothetical models advocates a ‘megalithisation in two stages’: a starting point where the tombs were smaller and presented a great variety and polymorphism; and towards the end of the 4th millennium cal. BC, a second stage where the more stereotypical and canonical types such as the passage tombs are adopted. The analysis of this reality from a Marxist perspective emphasises that the monumentalisation of the sepulchres, and along with them of the landscape, responds to a necessity for centralisation and for control of an abundant manpower in an increasingly complex society, in which the survival strategies are changing (e.g. development and intensification of the agriculture).

9.4. CONCLUDING REMARKS

“The past is in constant change”
(Holtorf, *Beyond chronographies of megaliths*, 1997)

The question ‘¿se abandonan los túmulos?’ (Mañana, 2003) can serve as a starting point to reflect on the ‘biographies’ of the megalithic monuments (Holtorf, 2000-2008). The attraction aroused by these constructions has led all ‘post-megalithic’ populations to integrate them into their popular imaginary, whether as landscape markers (Martín Torres, 2001b and 2008), as sacred sites (Martín Torres, 2008: 93), or as heritage assets, like it happens nowadays (García Sanjuán, 2008a: 5-6).

The megalith, understood not as a mere static construction tied to a specific chronological period but rather as a ‘living’ structure immersed in a process of constant transformation and interpretation (Tejedor, 2008: 443), has always been adapted to the changing existential circumstances and it has been given varying socio-symbolic functions. In this way, the megalith has been able to continue functioning as a ‘social agent’. All populations, with no interruptions in the process, have integrated these monumental elements in their reality and have re-interpreted them according to their socio-cultural needs, giving them new uses and potential. Once the megaliths stop serving as reference for one society another one re-interprets them (Mañana, 2003: 174; Prieto, 2007: 122); however, the fact that their original function or meaning has been transformed or displaced does not necessarily mean that the monuments themselves have been consigned to oblivion (Rogers, 2013: 50). They constitute ‘*verdaderos memoriales culturales*’ (García Sanjuán, 2008b: 44), a fixed and eternal reference in the landscape, and as such their potential and relevance as symbols (whilst their implied message has repeatedly changed) have endured generation after generation.

In order to ‘read the biography’ of a megalith one must draw from a temporal perspective and retrieve its internal funerary-ceremonial dimension. The goal is not to search for events or occasional facts, but rather to be able to discover ‘discontinuities’ in the different kinds of ‘megalithic uses’ (Fernández Ruiz, 2004: 285) as a reflection of the transformations experienced by the populations that used them.

On the one hand, a diachronic analysis of these structures can provide us with a comprehensive understanding of the different practices and modifications that have taken place both in the internal burial space and in the external monumental one. The



megalithic tombs were conceived and built to last over time, and thus it does not make sense to constrain their interpretation to one particular use or specific patterns of behaviour belonging to a singular chronological period.

On the other, the site that the archaeologist examines is in fact the result of a whole sequence of actions that have taken place in that space, and not the original construction that the prehistoric builders conceived. Therefore one must regard the megalith as an unfinished project (Criado *et al.*, 2005: 863), resulting from the accumulation of a series of practices and dynamic processes occurring in several different stages. The complex overlapping of activities such as those of remodelling, maintenance, closure, reuse for funerary and/or votive purposes, among many others, form the backbone of each ‘megalithic biography’.

The reuse of megalithic structures is directly connected to the time factor, which is in fact intrinsic to these monumental constructions and which lies in their condition as ‘*tumbas para la eternidad*’ (Delibes and Rojo, 2002: 29; Rojo, Kunst *et al.* 2005). The megalithic monument could be regarded as the expression of a new concept of ‘Time’, because it is the first human manifestation whose permanence over time is consciously perceived for all its users. These architectures belong to the ritual temporal dimension, which differs from that determined by domestic life (Bradley, 1991: 210-214), and in which the living have a bond with the ancestors as well as with a ‘social ideal’ that they seek to preserve. Through these architectures that function as a ‘*dispositivos para anclar el tiempo en el espacio*’ (García Sanjuán, 2005: 86), the ‘Past’ is always present, projecting an image of immutability. The recurrent reoccupation of these places, with an unequivocal socio-symbolic meaning, feeds into and builds up new traditions that could infuse their users with a comforting sensation of inalterability and stillness.

The seeming image of continuity that is conveyed by the reproduction of equal particular ‘uses’ within the symbolic realm over generations (as is the case with the reuse of megalithic monuments) conceals, however, drastic changes in the ways of life of the different populations (Bradley, 1991: 211; Mizoguchi, 1993: 231-233), which results in a paradoxical situation in which prehistoric societies transform because of their necessity to remain unchanged (Tejedor, 2008: 444). In this way, megalithic monuments act as ‘permanent agents of change’ that enable these groups, which hold a strong desire for permanence together with a rejection of change, to readapt to new socio-economic and ideological strategies. It is within these on-going dialectics between

permanence and change that the megalithic ‘biographies’ in particular, and the entire funerary-ceremonial world in general, develop throughout the Late Prehistory.

Therefore, the ‘continuity’ in the use of a particular funerary-ceremonial space does not necessarily imply the permanence of the ideology or the socio-economic order that created it. It is true that the foundational meaning of the megaliths remained ‘intact’ for millennia, particularly that as ‘house of the ancestors’. Nevertheless, the data currently available on the development of the megalithic activity in the Duero/Douro Basin reveal substantial transformations in the practices carried out inside the monumental space, in the nature and significance of the ceremonies performed around it and even in the relationship people had with the dead buried there. Once more there is a paradoxical situation where the megaliths are the reflection of a ‘repeatedly transformed continuity’ (Tejedor, 2008: 445).

One of the most widespread interpretative theories about the phenomenon of megalithic reuse, and one which we broadly agree with, advocates that already at the end of the 4th millennium BC there is a crisis in the social and ideological order, an order that had been determined by the collectivizing conscience of the previous groups who had built these megaliths. According to this, the ‘post-megalithic uses’ would develop in environments not different from the context in which these constructions had been built. These uses would have instead been linked to a gradually increasing social inequality and individualization, times when the collective mentality would have been gradually abandoned (Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 21). It constitutes the loss of the megalithic essence. It is in this moment when the megalith is envisaged not only as the repository and guardian of the ‘Past’ and memory of the group (Criado, 1989: 85), but also as an instrument to control them, too, becoming ‘*instrumentos de ideologización puestos al servicio de la lógica del poder de las élites*’ (Aguado, 2008: 16). The megaliths, which were significant identity symbols, became elements susceptible to being controlled by the few, and acquired new meanings as the legitimising instruments of power in a context of confrontation and fight for the achievement and perpetuation of the leadership (Rojo, Kunst *et al.*, 2005: 239-241; Rojo, Garrido *et al.*, 2005: 17).

This research project has demonstrated that, despite different patterns of behaviour in relation to the permanence of ‘megalith uses’, there are certain ‘features’ and practices that appear and disappear recurrently throughout the time period comprised in this diachronic analysis. Leaving behind the image of the Megalithism as a



lineal and progressive phenomenon, a comprehensive reading of all data reveals a periodicity in the development of the megalithic phenomenon. There are moments of great activity of construction as well as destruction, and others of seeming or complete inactivity (Mañana, 2003: 168; Tejedor, 2013: 35).

The proposed cyclical image of the development of the megalithic activity in the basin of the Duero/Douro River is not only based on the documentation of various archaeological evidence of the 'post-foundational uses' registered in the megaliths. It is also founded on the analytic and statistical study of the extant absolute dating data of the megaliths (this project has identified seven stages of differentiated uses), as well as on the comparison of these sets of data with the dated sequences of the occupation of megaliths in other regions of the peninsula (Abad, 1995; Alonso and Bello, 1997; Andrés, 1997; Boaventura, 2011: 182-184; Boaventura and Mataloto, e.p.; Criado *et al.*, 2005 and 2006; Da Cruz, 1995a; Eraso and Mújika, 2013; Fábregas and Vilaseco, 2004; Mañana, 2003, 2004 and 2005; Narvarte, 2005; Prieto, 2007; etc.).

The ultimate reasons for the unbalanced intensity of use of these monumental spaces during the Late Prehistory, and potentially along all their 'life-histories', still escape our understanding. Nevertheless, some compelling hypotheses advocate that these 'megalithic cycles' may be linked to '*fases de tranquila normalidad o de agitación para las poblaciones*' (Andrés, 2000: 72; Criado *et al.*, 2005: 863 and 2006: 49). Following this line of thought, the peaks of intense megalithic activity could be connected to moments of great accumulation of surplus, which were critical times that could lead to social instability should individuals seeking the control over this excess emerge. That is, non-productive activities that required a large investment of resources and manpower were arranged in order to serve as a rebalancing mechanism that would consume part of that surplus, and hence prevent the rise of individualising tendencies (Parcero and Criado, 2013). The different events that used to take place in the megalithic monuments were clear examples of these non-productive activities (construction, remodelling, closure, 're-tumulation', ceremonias with a great amount of amortized collective offerings, etc.). In this way, balance could be restored and 'normality' recovered, at least for some time (coinciding with periods of megalithic inactivity). Sooner or later balance would be shattered, resulting in a constant 'tug-of-war' between communal mentality and tendency towards division (Criado *et al.*, 2003: 49 and 2005: 863; Parcero and Criado, 2013).

But in spite of the apparent victory of the ‘processes of resistance’, it was in times of crisis characterised by the increase in non-subsistential activities (and also more subtly during periods of ‘normality’) that far-reaching changes happened. And these changes irremediably transformed the context in which social relationships continued to develop (Parcero and Criado, 2013: 4).

From this perspective, the development of megalithic activity, and of prehistoric societies as a whole, reveals itself as a polyvalent and diverse reality where different behavioural patterns and social tendencies can co-exist in the same time and place. This is the cause of contradictory and paradoxical situations which have an impact on the archaeological record. The ‘megalithic uses’ would have therefore persisted in the context of a continual struggle between social change and the resistance to said change.

X.

**ÍNDICE DE
FIGURAS**



FIGURAS

Figura 1: Imagen del perfil longitudinal completo del curso del río Duero/Douro.

Figura 2: Imágenes que muestran la gran diversidad geo-morfológica de la cuenca del Duero/Douro desde su nacimiento (A) hasta su desembocadura (D), atravesando a su paso por distintos entornos ambientales (B y C). Imágenes: A-Nacimiento del río Duero en los Picos de Urbión (Soria); B-Río Duero a su paso por la localidad de Toro (Zamora); C-Río Duero/Douro a su paso por la región de Los/Las Arribes; D-Río Douro a su paso por la ciudad de Porto, formando una ría antes de su desembocadura.

Figura 3: Imagen área de uno de los paisajes característicos del “*Alto Douro Vinhateiro*” (A) y del conjunto de las Lagunas de Villafáfila (B), en concreto de la Laguna de Barillos (Revellinos y Villafáfila, Zamora).

Figura 4: Selección de algunas de las decoraciones cerámicas (A-C) y otros elementos de “cultura material” (D-F) más característicos del III milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro.

Figura 5: Selección de algunos de los ajuares funerarios (A-B) y estilos decorativos (C-E) más característicos del “fenómeno Campaniforme” en el valle del Duero/Douro.

Figura 6: Selección de algunos de los tipos y decoraciones cerámicas (A-C) y otros elementos de “cultura material” (D) más característicos del II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro, e imagen de un depósito “votivo” de fauna en el interior de un hoyo (E).

Figura 8: Secuencia esquematizada del “polimorfismo” megalítico documentado en la Lora Burgalesa. Imágenes: A- Pequeño túmulo no dolménico; B- Dolmen simple bajo pequeño túmulo; C- Dolmen con acceso simple; D- Gran sepulcro de corredor (Delibes y Rojo, 2002).

Figura 9: Diferentes manifestaciones funerarias adscritas al III y II milenio cal. BC en el valle del Duero/Douro.

Figura 10: Ejemplos de algunas de las presentaciones de la Base de Datos (ver Anexo 1). Imágenes: A-Presentación de “Morfología” en la BDD de “Monumentos”; B-Presentación de “Densidad de ocupación” en la BDD de “Monumentos”; C-Presentación de “III milenio BC” en la BDD de “Reutilizaciones”; D- Presentación de “III milenio BC-Cerámica” en la BDD de “Reutilizaciones”.

Figura 11: Imágenes de distintos modelos arquitectónicos megalíticos documentados en el valle del Duero/Douro. Imágenes: A-Túmulo simple de La Tarayuela (Soria); B-

Cámara simple con vestíbulo de Fonte Coberta (Vila Real); C-Sepulcro de corredor de El Teriñuelo de Aldeavieja (Salamanca); D-Redondil de La Velilla (Palencia); E-Cámara simple de Carapito I (Guarda).

Figura 12: Recreación del ciclo de construcción-uso-clausura en la Peña de la Abuela (Ambrona, Soria). En ella se ilustran las fases de construcción y uso de la tumba (arriba izqda.), de preparación para su clausura (arriba dcha.), de quema (abajo dcha.), de tumulación (abajo izqda.), y la imagen del estado del yacimiento antes de su excavación (centro).

Figura 13: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de prácticas de clausura por tumulación, desmantelamiento, “fuego clausurador” y superposición de nueva construcción.

Figura 14: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de inhabilitación de zonas de acceso, sellado del espacio sepulcral y fuegos localizados.

Figura 15: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de retumulación y remodelación de zonas de acceso.

Figura 16: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de ampliación del espacio sepulcral, agregación de estructuras secundarias y creación de un espacio ceremonial.

Figura 17: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de reacondicionamiento y de compartimentación y/o señalización del espacio sepulcral.

Figura 18: Ejemplos de monumentos megalíticos en los que se han documentado evidencias de individualización de espacios y apertura de estructuras de acceso.

Figura 19: Reconstrucción de la secuencia de procesos constructivos y destructivos que tuvieron lugar a lo largo de la Prehistoria reciente en el monumento soriano de La Sima (Miño de Medinaceli, Soria). En ella se ilustran las fases de construcción de la primera tumba-calero (arriba izqda.) y su posterior quema (arriba dcha.), de remodelación con el levantamiento de un nuevo *tholos* (centro izqda.), de reutilización asociada al “fenómeno campaniforme” en la segunda mitad del III cal. BC (abajo izqda.), y la imagen del estado del yacimiento tras su excavación (abajo dcha.). Imagen tomada de Rojo, Kunst *et al.*, 2005.



MAPAS

Mapa 1: Imagen general de la cuenca del Duero/Douro y su ubicación dentro de la Península Ibérica

Mapa 2: Imagen general de la cuenca del Duero/Douro, con la superposición del marco político-administrativo en el que se inserta el territorio de estudio (las nueve provincias de la Comunidad Autónoma de Castilla y León y seis de los *distritos* que forman parte, entre otros, de las Regiones Norte y Centro de Portugal)

Mapa 3: Marco político-administrativo en el que se inserta el territorio objeto de estudio

Mapa 4: Densidades aproximadas de la presencia de monumentos megalíticos en el valle del Duero/Douro

Mapa 5: Imagen general de la cuenca del Duero/Douro con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados

Mapa 6: Imagen del sector oriental de la cuenca del Duero/Douro (provincias de Burgos, Palencia y Soria) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados

Mapa 7: Imagen del sector central de la cuenca del Duero/Douro (provincias de Valladolid y Zamora) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados

Mapa 8: Imagen del sector central de la cuenca del Duero/Douro (provincias de Ávila y Salamanca) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados

Mapa 9: Imagen del sector central de la cuenca del Duero/Douro (*distritos* de Bragança y Vila Real) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados

Mapa 10: Imagen del sector central de la cuenca del Duero/Douro (*distritos* de Guarda y Viseu) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados

Mapa 11: Imagen del sector central de la cuenca del Duero/Douro (*distritos* de Aveiro y Porto) con la distribución geográfica de los yacimientos estudiados

Mapa 12: Imagen comparativa entre las densidades megalíticas documentadas en la cuenca del Duero/Douro y la distribución geográfica de los yacimientos estudiados

Mapa 13: Distribución de los yacimientos según el tipo arquitectónico

Mapa 14: Distribución de los yacimientos según la orientación de su eje principal

Mapa 15: Distribución de los yacimientos según la técnica decorativa utilizada

Mapa 16: Distribución de los yacimientos en los que se han documentado evidencias de industria lítica tallada y pulimentada

Mapa 17: Distribución de los yacimientos en los que se han documentado evidencias de elementos de adorno y otros materiales

Mapa 18: Distribución de los yacimientos en los que se han documentado evidencias de cerámicas lisas y

Mapa 19: Distribución de los yacimientos en los que se han documentado evidencias de industria ósea y restos humanos

Mapa 20: Distribución de los yacimientos según el tipo de muestra datada

Mapa 21: Distribución de los yacimientos con “eventos de reutilización” documentados en el horizonte del “IV milenio BC”

Mapa 22: Distribución de los yacimientos con “eventos de reutilización” documentados en el horizonte del “III milenio BC”

Mapa 23: Distribución de los yacimientos con “eventos de reutilización” documentados en el horizonte del “III milenio BC-Campaniforme”

Mapa 24: Distribución de los yacimientos con “eventos de reutilización” documentados en el horizonte del “II milenio BC”

Mapa 25: Distribución de los yacimientos con “eventos de reutilización” documentados en el horizonte del “II milenio BC-Final”

Mapa 26: Distribución de los yacimientos con “eventos de reutilización funeraria” documentados y sus combinaciones cronológicas existentes

Mapa 27: Distribución de los yacimientos con “usos post-fundacionales” documentados en el horizonte del “IV milenio BC-Fin ciclo”

GRÁFICOS

Gráfico 1: Representación porcentual de los yacimientos por país

Gráfico 2: Representación porcentual de los yacimientos por provincia/*distrito*

Gráfico 3: Representación porcentual de los yacimientos por tipo de intervención arqueológica

Gráfico 4: Representación porcentual de los yacimientos por el tipo arquitectónico

Gráfico 5: Representación porcentual de los distintos tipos arquitectónicos en cada una de las provincias/*distritos* de ubicación

Gráfico 6: Representación porcentual de los yacimientos por la orientación de su eje principal



ÍNDICE DE FIGURAS

Gráfico 7: Relación porcentual entre las distintas orientaciones del eje principal en función de la provincia/*distrito* de ubicación

Gráfico 8: Representación porcentual de los yacimientos por el tipo de unidad geográfica en que se ubican (A) y por el intervalo en m.s.n.m. de la “altura absoluta” de su emplazamiento (B)

Gráfico 9: Relación porcentual entre las distintas unidades geográficas en que se ubican los yacimientos en función del tipo arquitectónico (ver Índice de Figuras)

Gráfico 10: Representación porcentual de los yacimientos por la presencia/ausencia de relaciones con los recursos naturales de su entorno (A) y por el tipo de elementos a los que se asocian (B)

Gráfico 11: Representación porcentual de los yacimientos por la presencia/ausencia de “arte” (A) y por el tipo de técnica decorativa utilizada (B)

Gráfico 12: Relación porcentual de la presencia/ausencia de las distintas categorías de cultura material documentada en los yacimientos catalogados

Gráfico 13: Representación porcentual de las distintas categorías de cultura material documentada por yacimiento en cada una de las provincias/*distritos* de ubicación

Gráfico 14: Representación porcentual de los yacimientos por la presencia/ausencia de restos óseos humanos y su reparto por provincias/*distritos*

Gráfico 15: Representación porcentual de los yacimientos por la presencia/ausencia de cronologías absolutas (A) y por el tipo de muestra datada (B)

Gráfico 16: Representación porcentual de la presencia/ausencia de “eventos de reutilización” en los yacimientos catalogados

Gráfico 17: Representación porcentual de las variables de yacimientos sí reutilizados, no reutilizados e indeterminados en función de los “horizontes cronológicos”

Gráfico 18: Representación porcentual de los yacimientos reutilizados por “tipo arquitectónico” según los “horizontes cronológicos” establecidos

Gráfico 19: Representación porcentual de los yacimientos reutilizados por “localización de provincia/*distrito*” según los “horizontes cronológicos” establecidos

Gráfico 20: Representación porcentual de la presencia/ausencia de “eventos de reutilización” de época histórica en los yacimientos catalogados (A) y su porcentaje de representatividad en función del periodo al que se adscriben (B)

Gráfico 21: Representación porcentual de todos los “eventos de reutilización” documentados por “horizontes cronológicos”

Gráfico 22: Relación porcentual entre los distintos “tipos arquitectónicos” en función de los “horizontes cronológicos” a los que se adscriben sus “eventos de reutilización”

Gráfico 23: Representación porcentual de los “eventos de reutilización” por “contexto de reutilización” según los “horizontes cronológicos” establecidos

Gráfico 24: Representación porcentual sobre el total de yacimientos (A) y de eventos arqueológicos (B) en los que se han documentado evidencias de reutilización, clasificadas según las variables de “Sí funerario”, “No funerario” y “Posible funerario” y en función de los “horizontes cronológicos”

Gráfico 25: Relación porcentual entre los distintos “tipos arquitectónicos” en función de los “horizontes cronológicos” a los que se adscriben sus “eventos de reutilización funeraria”

Gráfico 26: Representación porcentual de los distintos “contextos de reutilización” por “evento de reutilización funeraria” en cada uno de los “horizontes cronológicos” establecidos

Gráfico 27: Representación porcentual de las distintas “prácticas asociadas” a cada “evento de reutilización funeraria”

en función de los “horizontes cronológicos” a los que se adscriben

Gráfico 28: Representación porcentual de la presencia/ausencia de “usos post-fundacionales”

en los yacimientos catalogados

Gráfico 29: Representación porcentual de las variables de presencia (Sí) y ausencia (No) de “usos post-fundacionales” en los yacimientos catalogados en función de los “horizontes cronológicos”

Gráfico 30: Representación porcentual de todos los eventos de “uso post-fundacional” documentados por “horizontes cronológicos”

Gráfico 31: Relación porcentual entre los distintos “tipos arquitectónicos” en función de los “horizontes cronológicos” a los que se adscriben sus eventos de “uso post-fundacional”

Gráfico 32: Representación porcentual de los eventos de “uso post-fundacional” por “contexto de reutilización” según los “horizontes cronológicos” establecido

Gráfico 33: Representación porcentual de los eventos de “uso post-fundacional” por “prácticas asociadas” según los “horizontes cronológicos” establecidos

Gráfico 34: Representación porcentual de cada una de las prácticas de “Clausura/sellado” catalogadas según los distintos “horizontes cronológicos”, en



ÍNDICE DE FIGURAS

relación al conjunto de datos documentado específicamente para cada grupo de prácticas (A) y a la totalidad de eventos registrados para cada episodio de uso (B)

Gráfico 35: Representación porcentual de cada una de las prácticas de “Remodelación y añadido de elementos arquitectónicos” catalogadas según los distintos “horizontes cronológicos”, en relación al conjunto de datos documentado específicamente para cada grupo de prácticas (A) y a la totalidad de eventos registrados para cada episodio de uso (B)

Gráfico 36: Representación porcentual de cada una de las “Estrategias de mantenimiento” catalogadas según los distintos “horizontes cronológicos”, en relación al conjunto de datos documentado específicamente para cada grupo de prácticas (A) y a la totalidad de eventos registrados para cada episodio de uso (B)

Gráfico 37: Representación porcentual de cada una de las “Modificaciones arquitectónicas en zonas específicas” catalogadas según los distintos “horizontes cronológicos”, en relación al conjunto de datos documentado específicamente para cada grupo de prácticas (A) y a la totalidad de eventos registrados para cada episodio de uso (B)

Gráfico 38: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “IV milenio BC-Fin de ciclo”

Gráfico 39: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “IV milenio BC”

Gráfico 40: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “III milenio BC”

Gráfico 41: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “III milenio BC-Campaniforme”

Gráfico 42: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “II milenio BC”

Gráfico 43: Representación porcentual de los “tipos de evento” presentes en los “usos post-fundacionales” adscritos al horizonte del “II milenio BC-Final”

Gráfico 44: Gráfico del análisis de *overlapping phases* realizado sobre fechas modeladas

Gráfico 45: Gráfico del análisis de *contiguous phases* realizado sobre fechas modeladas

Gráfico 46: Gráfico del análisis de *overlapping phases* realizado sobre las fechas modeladas de una selección de yacimientos mejor datados

Gráfico 47: Representación porcentual de los “tipos de evento” que cuentan con dataciones absolutas (A) y su relación porcentual entre las distintas fases de “uso post-fundacional” (B)

Gráfico 48: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de construcción” y de “ocupación/incendio pre-tumular”

Gráfico 49: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de uso” y “manipulación del depósito sepulcral” datados

Gráfico 50: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de clausura/sellado” datados

Gráfico 51: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de remodelación y añadido” datados

Gráfico 52: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de reutilización funeraria” o “posible funeraria” datados

Gráfico 53: Conjunto de fechas calibradas correspondientes a los “eventos de reutilización” datados

Gráfico 54: datos correspondientes a la extracción de componentes principales al aplicar el análisis factorial a la combinación de las variables de los grupos de “prácticas post-fundacionales” y las “fases cronológicas de uso”

Gráfico 55: Gráficos ilustrativos de las distintas posibilidades de los ACP realizados sobre la combinación de la variable de los grupos de “prácticas post-fundacionales” y las “fases cronológicas de uso”

Gráfico 56: Gráfico correspondiente al AFC en el que se han combinado las variables de “Fases de uso funerario”, “Tipos arquitectónicos” y “Contextos de reutilización”

Gráfico 57: Gráfico correspondiente al AFC en el que se han combinado las variables de “Fases de uso funerario” y el grupo de variables de “Cultura material asociada”

Gráfico 58: Gráfico correspondiente al AFC en el que se han combinado las variables de “Fases de uso funerario” y “Prácticas asociadas”

TABLAS

Tabla 1: Cuantificación de los yacimientos en los que aparecen las distintas categorías de cultura material, diferenciados por la provincia/*distrito* en que se encuentran ubicados (estos datos corresponden al Gráfico 13)

Tabla 2: Tabla con toda la información sobre las dataciones absolutas disponibles para los monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro



Tabla 3: Listado de todos los monumentos megalíticos catalogados en este estudio indicando, entre otros aspectos, si se han documentado en ellos “eventos de reutilización” de naturaleza funeraria y no funeraria

Tabla 4: Tabla con los datos resultantes análisis de *overlapping phases* (en blanco) y del *contiguous phases* (en gris)

Tabla 5: datos correspondientes a la extracción de componentes principales al aplicar el análisis factorial a la combinación de las variables de los grupos de “prácticas post-fundacionales” y las “fases cronológicas de uso”

XI.

BIBLIOGRAFÍA

“Al hablar se sienten responsables de la Historia de su pueblo. Tienen que preservarla y desarrollarla. Nadie puede decir: leedla en los libros, pues nadie los ha escrito... Libre de lastres, del rigor de los datos y las fechas, la Historia alcanza aquí su encarnación más pura y cristalina: la del mito” (Capítulo: En África, a la sombra de un árbol)”

(Ryszard Kapuściński, *Ébano*)

ABAD GALLEGO, X.C. 1995: “Un ejemplo de readaptaciones constructivas en un enterramiento tumular: Cotogrande nº 5”. *Miniús*, 4: 13-30.

ABARQUERO MORAS, F. 2005: *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Monografías. Arqueología en Castilla y León 4, Junta de Castilla y León.

ABARQUERO MORAS, J y GUERRA DOCE, E. 2010: *Los yacimientos de Villafáfila (Zamora) en el marco de las explotaciones salineras de la prehistoria europea*. Junta de Castilla y León: Dirección General de Patrimonio Cultural, Consejería de Cultura y Turismo.

ABARQUERO MORAS, J; GUERRA DOCE, E.; DELIBES, G.; PALOMINO LÁZARO, A. y DEL VAL RECIO, J. 2012: *Arqueología de la Sal en las Lagunas de Villafáfila (Zamora). Investigaciones sobre los cocederos prehistóricos*. Junta de Castilla y León: Monografías, Arqueología en Castilla y León, 9. Conserjería de Cultura y Turismo.

ABRUNHOSA, M.; HUET, A. y CRUZ, D. 1995: “Ocorrência de rochas vitrificadas no dólmen do “Picoto do Vasco” (Vila Nova de Paiva, Viseu)”. *Estudos Pré-históricos*, 3: 167-185.

AGUADO, M. 2008: “Del orden social y el orden del Universo. La llamada religión megalítica y su uso ideológico por las comunidades del IV-III milenio AC a través del análisis del significados de sus monumentos funerarios”. *CuPAUAM*, 34: 7-21.

ALDAY, A.; JUEZ, L.; PÉREZ ROMERO, A.; ADÁN, G.; SANTOS, E.; GALINDO PELLICENA, M.A.; CARRETERO, J.M. y ARSUAGA, J.L. 2011: “La industria ósea de El Portalón de Cueva Mayor (Sierra de Atapuerca, Burgos). Biapuntados, puntas de flecha y agujas, morfología y funcionalidad”. *Munibe*, 62: 227-249.

ALEKSHIN, V. A. 1983: “Burial Customs as an Archaeological source”, *Current anthropology*, 24 (2): 137-149.

ALONSO FERNÁNDEZ, C. 2013: “Las tumbas campaniformes del monumento funerario de “El Hundido” (Monasterio de Rodilla, Burgos)”. *Munibe*, 64: 89-103.

ALONSO, F. y BELLO, J.M. 1997: “Cronología y periodización del fenómeno megalítico en Galicia a la luz de las dataciones por Carbono 14”. En Rodríguez Casal, A. (ed.): *O Neolítico atlántico e as orixes do Megalitismo*. Universidad de Santiago de Compostela: 507-520.

ÁLVAREZ VIDAURRE, E. 2006: “Percepción y reutilización de monumentos megalíticos durante la Prehistoria reciente: el caso de Navarra”. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 14: 117-150.

ÁLVAREZ VIDAURRE, E. 2011: *Historia de la percepción del megalitismo en Navarra y Guipúzcoa: aproximación a una biografía de sus monumentos*. Pamplona: Eunsa.

ANDRÉS RUPÉREZ, M.T. 1997: “Fases de implantación y uso dolménico en la cuenca alta y media del Ebro (CAME)”. En Rodríguez Casal, A. (ed.): *O Neolítico atlántico e as orixes do Megalitismo*. Universidad de Santiago de Compostela: 431-444.

ANDRÉS RUPÉREZ, T. 1999: “Los caminos y los sepulcros megalíticos”. En M.A. Magallón Botaya (coord.), *Caminos y comunicaciones en Aragón*. Zaragoza: Instituto Fernando el Católico, 29-42.

ANDRÉS RUPÉREZ, M^a T. 2000: “El espacio funerario dolménico: abandono y clausura”. *Salduie: Estudios de Prehistoria y Arqueología* 1: 59-76.

ANDRÉS RUPÉREZ, M.T. 2010: “Identificando la identidad en la prehistoria, por la Prehistoria”. *Salduie*, 10: 13-43.

ARCADIA-FUNGE (UVA) 2007: *Trabajos de excavación arqueológica del túmulo de El Alto del Reinoso en Monasterio de Rodilla/Fresno de Rodilla (Burgos). Campaña 2007*. Memoria técnica inédita. Burgos: Servicio Territorial de Cultura de Burgos, Junta de Castilla y León.

ARMENDÁRIZ, A. 1996: “Sobre la orientación de ciertos sepulcros megalíticos de corredor del País vasco meridional”. *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica (Gavá – Bellaterra, 1995)*. *Rubricatum* 1(2): 475-480.

ARQUEOHOJE, 1999: *Circuito Pré-histórico da Nave*. Moimenta da Beira: Câmara Municipal de Moimenta da Beira.

ARRIBAS, A.; GALÁN, E.; MARTÍN POZAS, J. M.; NICOLAU, J. y SALVADOR, P. 1971: “Estudio mineralógico de la variscita de Palazuelo de las Cuevas, Zamora (España)”. *Studia Geologica*, 2: 115-132.

ARRIBAS, A. y MOLINA, F. 1984: “Estado actual de la investigación del Megalitismo en la Península Ibérica”. En Francisco J. Fortea Pérez (coord.), *Francisco Jordá: oblata: scripta praehistorica*, Salamanca: 63-112.

ARSUAGA, J.L.; MARTÍNEZ, I.; GRACIA, A. y BONMATÍ, B. 2013: “El Portalón y la Galería del Sílex (Cueva Mayor): la Prehistoria reciente de la Sierra de Atapuerca” (en línea). *Página Web de Juan Luis Arsuaga y el Equipo de Investigación Centro UCM-ISCIH*. http://www.atapuerca.tv/atapuerca/yacimiento_portalon (Consulta: 2 mayo 2013).

BATISTA, S.A. 2003: *Monumentos sob "tumulus" e meio físico no território entre o Corgo e o Tua (Trás-os-Montes): aproximação à questão*. Dissertação de Mestrado inédita. Porto: Departamento de Arqueologia, Faculdade de Letras, Universidade de Porto.

BEGUIRISTÁIN, M. y VÉLAZ, D. 1999: “Megalitos, paisaje y memoria. Un estado de la cuestión”. *Memoria y Civilización*, 2: 317-327.

BELLIDO BLANCO, A. 1993: “Vacío Megalítico en las tierras sedimentarias del Valle medio del Duero”. *Procesos Postdeposicionales, Arqueología espacial*, 16-17: 181-190.

BELLIDO BLANCO, A. y GÓMEZ BLANCO, J. L. 1996: “Megalitismo y rituales funerarios”, *Complutum, Homenaje al profesor Manuel Fernández Miranda*, nº 6: 141-152.

BELLO, J.M^a. 1992-1993: “El monumento de Dombate en el marco del Megalitismo del noroeste peninsular”. *Portugália Nova Série*, 13-14: 139-145.

BENET, N., PÉREZ, R. y SANTONJA, M. 1997: “Evidencias campaniformes en el valle medio del Tormes”. En R. Balbín y P. Bueno (coords.), *II Congreso de Arqueología Peninsular: Neolítico, Calcolítico y Bronce* (Zamora, 1996). Zamora: Fundación Rei Alfonso Henriques, vol. 2: 449-470.

BETTENCOURT, A. 1997: “Expressões funerárias da Idade do Bronze no Noroeste peninsular. “O problema é sempre o de dar o trabalho por terminado, com o pensamento de nunca acabar coisa alguma...” (T. Bernhard 1993:52)”, *II Congreso de Arqueología Peninsular, Neolítico, Calcolítico y Bronce*, Ed. Fundación Rei Alfonso Henriques, Zamora, 2: 621-632.

BETTENCOURT, A. 2010a: “La Edad del Bronce en el Noroeste de la Península Ibérica: un análisis a partir de las prácticas funerarias”. *Trabajos de Prehistoria*, 67 (1): 139-173.

BETTENCOURT, A. 2010b: “Burials, corpses and offerings in the Bronze Age of NW Iberia as agents of social identity and memory”. En Bettencourt, A.; Sanches, M^a.J.; Alves, L. y Fábregas, R. (eds.): *Conceptualising Space and Place. XV Congreso Mundial de la UISPP*. BAR International Series, 2058. Archaeopress.

BETTENCOURT, A.; ALVES, A.M.; DINIS, A.; CRUZ, C.; PEREIRA, D.I.; SILVA, I.S. y ALVES, M.I. 2003: “A reconstrução paleoambiental do Entre Douro e Minho durante o Holocénico (III e II milénios AC): um projecto multidisciplinar”. En M.T. Antunes (dir.), *Actas do Congresso Nacional de Geologia*. Lisboa: Universidade Nova de Lisboa, N^o Especial 5, H19-H22.

BINFORD, L.R. 1962: “Archaeology as Anthropology”, *American Antiquity*, n^o 28 (2): 217-225.

BINFORD, L.R. 1971: “Mortuary practices: their study and their potential”. En Brown, J. A. (ed.): *Approaches to the social dimensions of mortuary practices. Memoirs of the society for American Archaeology*, 25: 6-29.

BOAVENTURA, R. 2011: “Cronología del megalitismo en el Centro-Sur de Portugal”. *Menga. Revista de Prehistoria de Andalucía*. Monográfico, 1: 159-190.

BOAVENTURA, R.; FERREIRA, M^a.T.; NEVES, M^a.J. y SILVA, A.M^a 2014: “Funerary practices and anthropology during middle-late Neolithic (4th and 3th millennia BCE) in Portugal: old bones, new insights”. *Anthropologie*, 52(2): 183-205.

BOAVENTURA, R.; FERREIRA, M^a.T. y SILVA, A.M^a 2014: “Perscrutando espólios antigos- 2. Um caso de reutilização funerária medieval na anta de São Gens 1 (Nisa, Norte alentejano)”. *Al-Madan, II^a Série*, 19(1): 60-74.

BOAVENTURA, R. y MATALOTO, R. en prensa: “Apontamentos para a cronologia absoluta do Megalitismo do Sul de Portugal”. *Xelb. Actas do 8^o Encontro de Arqueologia do Algarve*. Silves: Câmara Municipal de Silves.

BRADLEY, R. 1991 “Ritual, time and history”. *World Archaeology*, 23 (2): 209-219.

BRADLEY, R. 1993: *Altering the earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe*. Society of Antiquaries of Scotland, Monographs Series 8, Scotland.

BRADLEY, R. 1998: *The significance of monuments. On the shaping of human experience in Neolithic and Bronze age Europe*. Ed. Routledge.

BRADLEY, R. y WILLIAMS, H. (eds.) 1998: "The past in the past. The reuse of ancient monuments". *World Archaeology*, 30 (1).

BUENO RAMÍREZ, P. 2000: "El espacio de la muerte en los grupos neolíticos y calcolíticos de la Extremadura española: las arquitectura megalíticas". *Extremadura Arqueológica*, 8: 35-80.

BUENO, P.; BALBIN, R. y BARROSO, R. 2005b: *El dolmen de Azután (Toledo). Áreas de habitación y áreas funerarias en la cuenca interior del Tajo*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá, Servicio de Publicaciones, Monografías 2.

BUENO, P.; BALBIN, R.; BARROSO, R.; ALCOLEA, J.; VILLA, R. y MORALEDA, A. 1999b: *El dolmen de Navalcán. El poblamiento megalítico en el Guadyerbas*. Toledo: Diputación de Toledo, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, Monografías, Serie Primera.

BUENO, P.; BALBÍN, R.; BARROSO, R.; ROJAS, J.M.; VILLA, R.; FÉLIX, R. y ROVIRA, S. 1999a: "Neolítico y Calcolítico en Huecas (Toledo). El túmulo de Castillejo. Campaña 1998". *Trabajos de Prehistoria*, 56(2): 141-160.

BUENO, P.; BARROSO, R. y BALBÍN, R. 2005a: "Ritual campaniforme, ritual colectivo: la necrópolis de cuevas artificiales del Valle de las Higueras, Huecas, Toledo". *Trabajos de Prehistoria*, 62(2): 67-90.

BUENO, P.; BARROSO, R. y BALBIN, R. de 2008b: *Graphical markers and megalithic builders in the international Tagus, Iberian Peninsula*. Oxford: Archaeopress, B.A.R. International Series, Vol. 1765.

CALADO, M. 2000: "Neolitização e Megalitismo no Alentejo Central: uma leitura espacial". En V. Oliveira Jorge (coord.), *III Congresso de Arqueologia Peninsular: Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica*, vol. 3. Porto: ADECAP, 35-45.

CARMONA, E.; ARNAIZ, M.A. y ALAMEDA, M^a.C. 2014: "El dolmen de Arroyal I: usos y modificaciones durante el III milenio AC". En Honrado, J.; Brezmes, M.A.; Tejeiro, A. y

Rodríguez, O. (coords.): *Investigaciones Arqueológicas en el valle del Duero: Del Neolítico a la Antigüedad Tardía. Actas de las segundas jornadas de jóvenes investigadores del valle del Duero*. Ed. Glyphos

CARVALHO, A.F. 2012: “Síntesis regionales: Portugal”. En Rojo, M.; Garrido, R. y García, I. (coords.): *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Cátedra: 175-211.

CAUWE, N. 1997: “Les morts en mouvement. Essai sur l’origine des rites funéraires mégalithiques”. En Rodríguez Casal, A. (ed.), *O Neolítico atlántico e as orixes do megalitismo*, Universidad de Santiago de Compostela (La Coruña): 719-737.

CHAPMAN, R. W. 1987: “Megalitisme i Arqueologia: problemes, teoria i investigació”, *Cota Zero*, 3: 93-102.

CONFEDERACIÓN HIDROGRÁFICA DEL DUERO: “Características generales de la cuenca del Duero” (en línea). Ministerio de Agricultura, Alimentación y Medio Ambiente, Gobierno de España. <http://www.chduero.es/> (Consulta: 24 abril 2013).

COUTINHO, L.F. y SOBRAL, P.M. 1995: “A Mamoia 1 da Lameira do Fojo (Couto de Cima, Viseu)”. *Estudos Pré-históricos*, 3: 213-221.

CRIADO BOADO, F. 1984-1985: “El “tercer factor” o la lógica oculta del emplazamiento de los túmulos megalíticos gallegos”. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 35 (100): 7-18.

CRIADO BOADO, F. 1988a: “Genealogía del paisaje: hacia una aproximación al estudio de la interrelación Naturaleza-Cultura”. En VV.AA., *Resúmenes II Deia Conference of Prehistory. Archaeological Techniques, Technology and Theory*. Mallorca: Deia Archaeological Museum and Research Centre, 1-9.

CRIADO BOADO, F. 1988b: “Arqueología del Paisaje y espacio megalítico en Galicia”. *Arqueología espacial*, 12: 61-117.

CRIADO BOADO, F. 1989a: “Megalitos, Espacio, Pensamiento”. *Trabajos de Prehistoria*, 46: 75-98.

CRIADO BOADO, F. 1989b: “We, the post-megalithic people...”. En Hodder, I. (ed.) *The meaning of things. Material culture and symbolic expression*. Unwin Hyman, Londres: 79-89.

CRIADO BOADO, F. 1991a: “Tiempos megalíticos y espacios modernos”. *Historia y Crítica*, 1: 85-108.

CRIADO BOADO, F. 1991b: “Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje”. *Boletín de Antropología Americana*, 24: 5-30.

CRIADO BOADO, F. 1993a: “Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje”. *SPAL*, 2: 9-55.

CRIADO BOADO, F. 1993b: “Visibilidad e interpretación del registro arqueológico”. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 39-56.

CRIADO BOADO, F. 1999: “Del Terreno al Espacio: planteamientos y perspectivas para la Arqueología del Paisaje”. *CAPA*, 6: 1-82.

CRIADO BOADO, F. 2000: “Walking about Lévi-Strauss. Contributions to an Archaeology of Thought”. En Holtorf, C. y Karlsson, H. (eds.): *Philosophy and archaeological practice. Perspectives for the 21st century*: 277-303.

CRIADO BOADO, F. “Problems, functions and conditions of archaeological knowledge”, *Journal of Social Archaeology*, nº 1 (1): 126-145.

CRIADO BOADO, F. y FÁBREGAS, R. 1989: “The megalithic phenomenon of northwest Spain: main trends”. *Antiquity*, 63 (241): 682-696.

CRIADO BOADO, F.; FÁBREGAS VALCARCE, R. y VAQUERO LASTRES, J. 1990-1991: “Concentraciones de túmulos y vías naturales de acceso al interior de Galicia”. *Portugália*, 11/12: 27-38.

CRIADO, F.; GIANNOTTI, C. y MAÑANA, P. 2003: “Before the barrows: forms of monumentality and forms of complexity in Iberia and Uruguay”. En Šmejda, L. (ed.): *Archaeology of burial mounds*. University of West Bohemia, Department of Archaeology.

CRIADO, F.; MAÑANA, P. y GIANNOTTI, C. 2005: “Espacios para vivos-espacios para muertos. Perspectivas comparadas entre la monumentalidad del Atlántico ibérico y el sudamericano”. En Arias, P.; Ontañón, R. y García Moncó C. (eds.): *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica*. Servicio de Publicaciones, Universidad de Cantabria: 857-865.

CRIADO BOADO, F. y VAQUERO LASTRES, J. 1993: “Monumentos, nudos en el pañuelo. Megalitos, nudos en el espacio: análisis del emplazamiento de los monumentos tumulares gallegos”. *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria y Arqueología, 6: 205-248.

CRIADO BOADO, F. y VILLOCH VÁZQUEZ, V. 1998: “La monumentalización del paisaje: percepción y sentido original en el Megalitismo de la Sierra de Barbanza (Galicia)”. *Trabajos de Prehistoria*, 55(1): 63-80.

CRIADO BOADO, F. y VILLOCH VÁZQUEZ, V. 2000: “Monumentalizing landscape: from present perception to the past meaning of Galician Megalithism (north-west Iberian Peninsula)”. *European Journal of Archaeology*, 3(2): 188-216.

CRIADO BOADO, F.; SANTOS ESTÉVEZ, M. y VILLOCH VÁZQUEZ, V. 2001: “Forms of Ceremonial Landscapes in Iberia from the Neolithic to Bronze Age: Essay on an Archaeology of Perception”. En P. Biehl, F. Bertemes y H. Meller (eds.), *The Archaeology of Cult and Religion*. Budapest: Archaeolingua, 13, 169-178.

CRONOS S.C. ARQUEOLOGÍA y PATRIMONIO 2012: *Excavación arqueológica del monumento funerario "El Hundido, yacimiento "Alto de Rodilla" (Monasterio de Rodilla, Burgos)*. Memoria final inédita. Burgos: Servicio Territorial de Cultura de Burgos, Junta de Castilla y León.

DA CRUZ, D. 1980: “Contribuição para o levantamento cartográfico do conjunto megalítico da Serra da Aboboreira (concelhos de Amarante e Baião)”. *Guimarães, Actas do Seminário de Arqueologia do Noroeste Peninsular*, vol. 1: 23-40.

DA CRUZ, D. 1985: “A Necrópole Megalítica da Serra do Alvão”. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 25 (2-4): 395-405.

DA CRUZ, D. 1995a: “Cronologia dos monumentos com tumulus do noroeste peninsular e da Beira Alta”. *Estudos Pré-históricos*, 3: 81-119.

DA CRUZ, D. 1995b: “Dólmen de Antelas (Pinheiro de Lafões, Oiveira de Frades, Viseu. Um sepulcro-templo do Neolítico final”. *Estudos Pré-históricos*, 3: 263-264.

DA CRUZ, D. 2000a: “Expressões funerárias do centro de Portugal (Vº-IIIº milénio a.C.) (resumo)”. *III Congresso de Arqueologia Peninsular*, vol. III, Neolitização e megalitismo da Península Ibérica, ADECAP, Porto: 375-377.

DA CRUZ, D. 2000b: *Roteiro arqueológico de Vila Nova de Paiva. Vila Nova de Paiva*. Câmara Municipal de Vila Nova de Paiva.

DA CRUZ, D. 2001: *O Alto Paiva: Megalitismo, diversidade tumular e práticas rituais durante a Pré-história recente*. Dissertação de doutoramento inédita. Coimbra: Universidade de Coimbra.

DA CRUZ, D.; CANHA, A.J.; LOUREIRO, S.; VALINHO, A. y VIEIRA, M.A. 2000: “A ocupação humana do Alto Paiva desde a Pré-história à Alta Idade Média”. *Estudos Pré-históricos*, 8: 251-264

DA CRUZ, D. y VILAÇA, R. 1990: “Trabalhos de escavação e restauro no Dolmen 1 do Carapito (Aguiar da Beira, Dist. da Guarda): resultados preliminares”. *Trabalhos do Instituto de Antropologia "Dr. Mendes Correa"*, 45: 3-23.

DA CRUZ, D. y VILAÇA, R. 1994: “O dólmen 1 do Carapito (Aguiar da Beira, Guarda): novas datações de carbono 14”. En *Actas do Seminário O Megalitismo no Centro de Portugal: novos dados, problemática e relações com outras áreas peninsulares* (Mangualde, Novembro 1992). Viseu: Centro de Estudos Pré-Históricos da Beira Alta, *Estudos Pré-históricos*, 2: 63-68.

DARVILL, T.; MARSHALL, P.; PARKER, M. y WAINWRIGHT, G. 2012: “Stonehenge remodeled”. *Antiquity*, 86: 1021-1040.

DAVIS, W. 1989: “Towards an archaeology of thought”. En Hodder, I. (ed.), *The meaning of things. Material Culture and Symbolic expression*, Unwin Hyman, London: 202-209.

DE BLAS, M.A. 1995: “Destino y tiempo de los túmulos de estructura “atípica”: los monumentos A y D de la estación megalítica de la Llaguna de Nievares (Asturias)”. *Cuadernos de Sección, Prehistoria- Arqueología*, 6: 55-79.

DE BLAS, M.A. 2006: “La arquitectura como fin de un proceso: una revisión de la naturaleza de los túmulos sin cámaras convencionales en Asturias”. *Zephyrus*, 59: 233-255.

DEL VAL RECIO, J. y HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. 1995: “El Calcolítico precampaniforme en el Duero Medio”. *Origens, Estruturas e Relações das Culturas Calcolíticas da Península Ibérica*, Lisboa: 293-304.

DELIBES DE CASTRO, G. 1978a: “Poblamiento eneolítico de la Meseta Norte”. *Sautuola II* (1976-1977), Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos, Santander: 141-151.

DELIBES DE CASTRO, G. 1995: “Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la Submeseta Norte”. En Fábregas Valcarce, R., Pérez Losada, F. e Fernández Ibáñez, C. (eds.): *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*, Excmo. Concello Xinzo de Limia, Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Serie Cursos e Congresos 3: 61-94.

DELIBES DE CASTRO, G. 1996: “Notas sobre el horizonte megalítico en el centro y este de la Submeseta Norte”, *Gallaecia* 14/15: 151-165.

DELIBES DE CASTRO, G. 1998: “Ávila, del Neolítico al Bronce”. María Mariné (coord.), *Historia de Ávila, Prehistoria e Historia Antigua* vol. 1: 21-92.

DELIBES DE CASTRO, G. 2000a: “Itinerario arqueológico de los dólmenes de Sedano (Burgos)”. *Trabajos de Prehistoria*, 2: 89-103.

DELIBES DE CASTRO, G. 2000b: “Cinabrio, huesos pintados en rojo y tumbas de ocre: ¿prácticas de embalsamamiento en la Prehistoria?”. En Olcina, M y Soler, J. (coords.): *Scripta in honorem Enrique A. Llobregat Conesa*. Instituto alicantino Juan Gil-Albert, vol. 2: 223-236.

DELIBES DE CASTRO, G. 2004: “La impronta Cogotas I en los dólmenes del occidente de la cuenca del Duero o el mensaje megalíticos renovado”. *Mainake*, XXVI: 211-231.

DELIBES DE CASTRO, G. 2010: “La investigación de las sepulturas colectivas monumentales del IV milenio A.C. en la Submeseta Norte española. Horizonte 2007”. En Fernández Eraso, J. y Mújika, J.A. (eds.), *Congreso sobre Megalitismo y otras manifestaciones funerarias contemporáneas en su contexto social, económico y cultural*. Munibe-Suplemento, 32: 13-56.

DELIBES, G.; ALONSO, M. y GALVÁN, R. 1986: “El Miradero: un enterramiento colectivo tardoneolítico de Villanueva de los Caballeros (Valladolid)”. En *Estudios en homenaje al Dr.*

Antonio Beltrán Martínez. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, Vol. 1, Marco geográfico, Prehistoria y Antigüedad: 227-236.

DELIBES, G.; BENET, N.; PÉREZ MARTÍN, R. y ZAPATERO, P. 1997: “De la tumba dolménica como referente territorial, al poblado estable: notas sobre el hábitat y las formas de vida de las comunidades megalíticas de la Submeseta Norte”. En Rodríguez Casal, A. (ed.), *O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalitismo: Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1-6 de abril, 1996)*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 779-808.

DELIBES, G. y DE PAZ, F. 2000: “Ídolo-espátula sobre radio humano en el ajuar de un sepulcro megalítico de la Meseta”. *SPAL*, 9: 341-349.

DELIBES, G. y DEL VAL, J. 1990: “Prehistoria reciente zamorana: del Megalitismo al Bronce”. *I Congreso de Historia de Zamora*, vol. 2. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos “Florian de Ocampo”, Diputación de Zamora: 53-99.

DELIBES, G. y ETXEBERRIA, F. 2002: “Fuego y cal en el sepulcro colectivo de "El Miradero" (Valladolid): ¿accidente, ritual o burocracia de la muerte?”. En Rojo, M. y Kunst, M. (eds.), *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*. Valladolid: Universidad de Valladolid, *Studia Archaeologica*, 91: 39-58.

DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. 2000: “La trayectoria cultural de la Prehistoria reciente (6400-2500 BP) en la Submeseta norte española: principales hitos de un proceso”. En V. Oliveira Jorge (coord.), *III Congreso de Arqueología Peninsular: Pré-história recente da Península Ibérica*, vol. 4. Porto: ADECAP, 95-122.

DELIBES, G., FERNÁNDEZ MANZANO, J. y HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. 2003: “Notas sobre minería y metalurgia calcolíticas en la Submeseta Norte española”. En Fernández Manzano, J. y Herrán Martínez, J. I. (coords.) *Mineros y fundidores en el inicio de la Edad de los Metales: el “midi” francés y el norte de la Península Ibérica*. Fundación Las Médulas, León: 120-132.

DELIBES, G., PALOMINO LÁZARO, A., ROJO GUERRA, M. y ZAPATERO MAGDALENO, P. 1992: “Estado actual de la investigación sobre el megalitismo en la Submeseta Norte”. *Arqueología, Grupo de Estudios Arqueológicos de Porto* 22:

DELIBES, G. y SANTONJA, M. 1986: *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*. Ediciones de la Diputación de Salamanca, Serie Prehistoria y Arqueología 1.

DELIBES, G. y SANTONJA, M. 1987: “Sobre la supuesta dualidad Megalitismo/Campaniforme en la Meseta Superior Española”. En Waldren, W. y Kennard, R. C. (eds.) *Bell Beakers of the Western Mediterranean. Definition, Interpretation, Theory and new site Data*. The Oxford International Conference, 1986. B.A.R. (International Series), nº 331 (i): 173-206.

DELIBES, G. y ROJO, M. 1988: “En torno al origen del foco megalítico del oriente de la Meseta: de nuevo el sepulcro de Cubillejo de Lara”. *BSAA*, 54: 5-23.

DELIBES, G. y ROJO, M. 1997: “C14 y secuencia megalítica en la Lora burgalesa: acotaciones a la problemática de las dataciones absolutas referentes a yacimientos dolménicos”. En Rodríguez Casal, A. (ed.), *O Neolítico atlántico e as orixes do Megalitismo*. Actas do Coloquio Internacional (Santiago de Compostela, 1-6 de abril de 1996). La Coruña: Universidad de Santiago de Compostela, 391-414.

DELIBES, G. y ROJO, M. 2002: “Reflexiones sobre el trasfondo cultural del polimorfismo megalítico en la Lora burgalesa”. *AEspA*, 75(185-186): 21-35.

DELIBES, G.; ROJO, M. y REPRESA, J.I. 1993: *Dólmenes de La Lora (Burgos). Guía arqueológica*. Junta de Castilla y León: Consejería de Cultura y Turismo.

DÍAZ GONZÁLEZ, J. 2006: “El río como elemento socializador y como excusa poética”. En VV.AA., *Actas del Congreso Homenaje al Douro/Duero y sus ríos: memoria, cultura y porvenir*. En línea. Zamora: Fundación Nueva Cultura del Agua, 1-12. <http://www.unizar.es/fnca/duero/index2.php> (Consulta: 29 abril 2013).

DÍAZ ANDREU, M. 1993: “Las sociedades complejas del Calcolítico y Edad del Bronce en la Península Ibérica”. En V. Oliveira Jorge (coord.), *I Congreso de Arqueología Peninsular*, vol.1. Porto: Sociedade Portuguesa de Antropologia e Etnologia, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 33, 245-263.

DÍAZ ANDREU, M. 2000: “Conclusiones, continuidades y discontinuidades en la Arqueología de la Prehistoria Reciente en la Península Ibérica”, *III Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. III, *Neolitização e megalitismo da Península Ibérica*, ADECAP, Porto: 235-237.



DÍAZ GUARDAMINO, M. 1997: “El grupo megalítico de Villarmayor (Salamanca). Contribución al estudio del megalitismo del occidente de la Meseta Norte”. *Complutum*, 8: 39-56.

DO BENTO ANTAS, M. 2000: *As Antas-capela: contributos para o seu estudo em território portuguê*s. Dissertação de mestrado. Lisboa: Universidade Lusíada.

DUARTE OLIVEIRA, C. y DE OLIVEIRA, J. 2000: “Continuidade e rupturas do Megalitismo no distrito de Portalegre”. *III Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. III, Neolitização e megalitismo da Península Ibérica, ADECAP, Porto: 459-472.

ESCAPA, E. 2011: *Corazón de roble. Viaje por el Duero desde Urbión a Oporto*. Madrid: Gadir.

ESPARZA ARROYO, A. 1990: “Sobre el ritual funerario de Cogotas I”, *BSAA*, LVI: 106-143.

ESTÁCIO DA VEIGA, S. 1886-1891: *As Antiguidades Monumentais do Algarve: paleoetnologia: tempos pré-históricos*, vol. 1-4. Universidade do Algarve.

ESTREMER, M^a S. y FABIÁN, J.F. 2002: “El túmulo de la Dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila): primera manifestación del horizonte Rechaba en la Meseta norte”. *BSAA*, 68: 9-41.

FABIÁN GARCÍA, J. F. 1995: *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad de Bronce en la Meseta Norte: el enterramiento colectivo en fosa de “El Tomillar” (Bercial de Zapardiel, Ávila) en el marco cultural de la Prehistoria reciente en el sur de la Meseta Norte española*. Universidad de Salamanca.

FABIÁN, J.F. 1997: *El Dolmen del Prado de las Cruces (Bernuy-Saliner, Ávila)*. Arqueología en Castilla y León 5, Junta de Castilla y León.

FABIÁN GARCÍA, J. F. 2006: *El IV y III Milenio A.C: en el Valle Amblés (Ávila)*. Monografías. Arqueología en Castilla y León 5, Junta de Castilla y León.

FÁBREGAS VALCARCE, R., PÉREZ LOSADA, F. y FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, C. (eds.) 1995: *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medievo*, Excmo. Concello Xinzo de Limiá. Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Serie Cursos e Congresos, vol. 3.

FÁBREGAS, R. y VILASECO, X. 2004: “El Megalitismo gallego a inicios del siglo XXI”. *Mainake*, 26: 63-87.

FERNÁNDEZ CRESPO, T. y DE LA RÚA, C. 2015: “Demographic evidence of selective burial in megalithic graves of northern Spain”. *Journal of Archaeological Science*, 53: 604-617.

FERNÁNDEZ CRESPO, T. y TEJEDOR RODRÍGUEZ, C. 2011: “El registro funerario como reflejo del cambio”. *II Jornadas de jóvenes en Investigación arqueológica, II*: 535-542.

FERNÁNDEZ ERASO, J y MÚJICA, J.A. 2013: “La estación megalítica de la Rioja alavesa: cronología, orígenes y ciclos de utilización”. *Zephyrus*, 71: 89-106.

FERNÁNDEZ MALDE, A. 1995: “Relación diámetro-altura de los túmulos de la comarca de Betancos (Galiza), y algunas de sus posibles implicaciones”. *Cuadernos de Sección. Prehistoria – Arqueología* 6: 41-54.

FERNÁNDEZ MANZANO, J., HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. y ROVIRA LLORENS, S. 2005: “Los depósitos metálicos burgaleses y la metalurgia del Bronce final en la Meseta Norte: algunas reflexiones”, *BSAA*, LXXI: 137-159.

FERNÁNDEZ MORENO, J. 2013: *El Bronce antiguo en el oriente de la Submeseta norte. El inicio de la Edad del Bronce en el Alto Duero: el horizonte Parpantique*. Tesis doctoral inédita. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

FERNÁNDEZ RUIZ, J. 2004: “Uso de estructuras megalíticas por parte de grupos de la Edad del Bronce en el marco de Río Grande (Málaga)”. *Mainake*, 26: 273-292.

FERNÁNDEZ VEGA, A. y PÉREZ CAÑAMARES, E. 1988: “Los objetos de adorno en “piedras verdes” de la Península Ibérica”. *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie I, Prehistoria y Arqueología, 1: 239-252.

FIGUEIRAL I. y SANCHES, M^a.J. 1998-1999: “A contribuição da Antracologia no estudo dos recursos florestais de Trás-os-Montes e Alto Douro durante a Pré-história recente”. *Portugália*, 19/20: 71-101.

FOUCAULT, M. 1974: *The Archaeology of knowledge*, London: Tavistock, (París, 1969).

GALÁN DOMINGO, E. 1993: “Estelas, paisaje y territorio en el Bronce final del suroeste de la Península Ibérica. Balance y perspectivas”. *Complutum*, Extra 3: 77-81.

GALÁN DOMINGO, E y MARTÍN BRAVO, A. 1991-1992: “Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo”. *Zephyrus*, 44/45: 193-205.

GALÁN Y SAULNIER, C. 1984-1985: “Los túmulos no megalíticos de la Meseta”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, Homenaje al profesor Gratiniano Nieto 11-12* (1): 57-68.

GARCÍA BARRIOS, A. S. 2005: “Dos singulares testimonios de cerámica simbólica en el valle medio del Duero: los rostros calcolíticos de “Los Cercados” (Mucientes, Valladolid)”. *Zephyrus*, 58: 245-259.

GARCÍA BARRIOS, A. S. 2008: *Los inicios de la Edad del Cobre en el valle medio del Duero: una aproximación a los modos de vida en el centro de la Meseta Norte en los albores de la metalurgia*. Tesis doctoral inédita. Valladolid: Universidad de Valladolid.

GARCÍA GARCÍA, J.L. 1976: *Antropología del Territorio*. Madrid: Taller de Ediciones Josefina Betancor.

GARCÍA MARÍN, A.; RODRIGUEZ ALCALDE, A.L.; SAN MILLÁN BUJANDA M^a J.; DE VICENTE BOBADILLA, G. y MARTÍNEZ NAVARRETE M^a I. 1997a: “La frontera hispano-portuguesa a través del análisis bibliométrico de publicaciones de prehistoria y protohistoria”. En R. Balbín y P. Bueno (coords.), *II Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. 3. Zamora: Fundación Rei Alfonso Henriques: 551-561.

GARCÍA MARÍN, A.; RODRIGUEZ ALCALDE, A.L.; SAN MILLÁN BUJANDA M^a J.; DE VICENTE BOBADILLA, G. y MARTÍNEZ NAVARRETE M^a I. 1997b: “¿Nos pasamos de la raya?: la frontera hispano-portuguesa a través de las publicaciones de Prehistoria y Protohistoria”. *Trabajos de Prehistoria*, 54 (1): 35-56.

GARCÍA SANJUÁN, L. 2005: “Las piedras de la memoria. La permanencia del Megalitismo en el suroeste de la Península Ibérica durante el II y I milenios ANE”. *Trabajos de Prehistoria*, 62 (1): 85-109.

GARCÍA SANJUÁN, L. 2006: “Funerary ideology and social inequality in the Late Prehistory of the Iberian South-West (c. 3300-850 cal BC)”. En Díaz del Río y García Sanjuán (eds.), *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*. B.A.R., 1525: 149-169.

GARCÍA SANJUÁN, L. 2008a: “Patrimonio de tiempo”. *PH Boletín del Instituto andaluz del Patrimonio Histórico*, 67 Especial: 4-11.

GARCÍA SANJUÁN, L. 2008b: “Muerte, tiempo, memoria. Los megalitos como memoriales culturales”. *PH Boletín del Instituto andaluz del Patrimonio Histórico*, 67 Especial: 34-45.

GARRIDO PENA, R. 1997: “Bell Beakers in the southern Meseta of the Iberian Peninsula: socioeconomic context and new data”. *Oxford Journal of Archaeology*, 16 (2): 187-209.

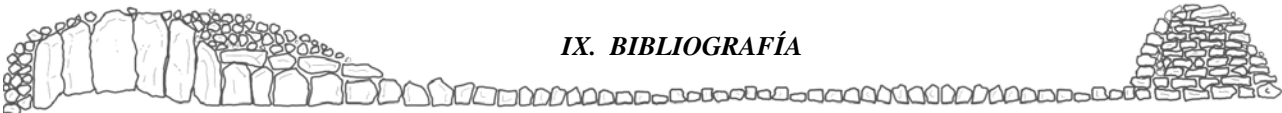
GARRIDO PENA, R. 2000: *El Campaniforme en la Meseta central de la Península ibérica (c. 2500-2000 A.C.)*. Oxford: B.A.R. (International Series), 892.

GARRIDO PENA, R. 2006: “Transegalitarian societies: an ethnoarchaeological model for the analysis of Copper Age Bell Beaker using groups in Central Iberia”, en Pedro Díaz-del-Río y Leonardo García Sanjuán (eds.), *Social Inequality in Iberian Late Prehistory*, Ed., BAR International Series 1525: 81-96.

GARRIDO PENA, R. y MUÑOZ LÓPEZ, K. 1997: “Intercambios entre el Occidente peninsular y la cuenca media del río Tajo durante el Calcolítico y el Bronce Antiguo”. En R. Balbín y P. Bueno (coords.), *II Congreso de Arqueología Peninsular: Neolítico, Calcolítico y Bronce*, vol. 2. Zamora: Fundación Rei Alfonso Henriques, 483-493.

GARRIDO PENA, R. y MUÑOZ LÓPEZ, K. 2000: “Visiones sagradas para los líderes. Cerámicas campaniformes con decoración simbólica en la Península Ibérica”, *Complutum*, 11: 285-300.

GARRIDO PENA, R., ROJO GUERRA, M., y GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. 2005: “El Campaniforme en la Meseta central de la Península Ibérica”. En Garrido Pena, R., Rojo Guerra, M., y García Martínez de Lagrán, I. (coord.), *El Campaniforme en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Serie de Arte y Arqueología, Secretariado de Publicaciones e Intercambio editorial, Universidad de Valladolid, 21: 411-435).



GARROSA RESINA, A. 2006: “Los ríos del Duero en la literatura”. En VV.AA., *Actas del Congreso Homenaje al Douro/Duero y sus ríos: memoria, cultura y porvenir*. En línea. Zamora: Fundación Nueva Cultura del Agua, 1-27. <http://www.unizar.es/fnca/duero/index2.php> (Consulta: 29 abril 2013).

GIANOTTI, C.; MAÑANA, P.; CRIADO, F. y LÓPEZ ROMERO, E. 2011: “Deconstructing neolithic monumental space: the Montenegro enclosure in Galicia (Northwest Iberia)”. *Cambridge Archaeological Journal*, 21(3): 391-406.

GIBAJA BAO, J.F.; CRESPO DÍEZ, M.; , G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; FRAILE, C.; HERRÁN MARTÍNEZ, J.I.; PALOMO, A. y RODRIGUEZ MARCOS, J.A. 2012: “El uso de trillos durante la Edad del Cobre en la Meseta española. Análisis traceológico de una colección de denticulados de sílex procedentes del “recinto de fosos” de El Casetón de la Era (Villalba de los Alcores, Valladolid)”. *Trabajos de Prehistoria*, 69 (1): 133-148.

GÓMEZ MORENO, M. 1905: “Arquitectura tartesia. La necrópolis de Antequera”. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 47: 81-132.

GÓMEZ VILA, J. 2005: “Caminos y túmulos. Aproximación al estudio de los caminos megalíticos en el noroeste peninsular”. En P. Arias, R. Ontañón, y C. García-Moncó (eds.), *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica: Simbolismo, arte y mundo funerario*. Santander: Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria, 1, 405-412.

GUERRA, E.; DELIBES, G.; ZAPATERO, P. y VILLALOBOS, R. 2009: “*Primus inter pares*: estrategias de diferenciación social en los sepulcros megalíticos de la Submeseta norte española”. *BSAA*, 75: 41-65.

GUY, H. y MASSET, C. 1991: “Procédure de condamnation d’une allée couverte Seine-Oise-Marne (Méréaucourt, Somme)”. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 88(9): 282-288.

GUY, H. y MASSET, C. 1995: “Le dispositif de fermeture de l’allée couverte de Méréaucourt (Somme)”. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 92(2): 266-268.

HERNANDO GONZALO, A. 1999a: “Percepción de la realidad y Prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos”. *Trabajos de Prehistoria*, 56 (2): 19-35.

HERNANDO GONZALO, A. 1999b: “El espacio no es necesariamente un lugar: en torno al concepto de espacio y a sus implicaciones en el estudio de la Prehistoria”. *Arqueología espacial*, 21: 7-28.

HERNANDO GONZALO, A. 2002: *Arqueología de la identidad*. Madrid: Ediciones Akal, S.A.

HINGLEY, R. 1996: “Ancestors and identity in the later prehistory of Atlantic Scotland: the reuse and reinvention of Neolithic monuments and material culture”. *World Archaeology*, 28 (2): 231-243.

HOLTORF, C. 1997: “Beyond chronographies of megaliths: understanding monumental time and cultural memory”. En Rodríguez Casal, A. (ed.): *O Neolítico atlântico e as orixes do Megalitismo*. Universidad de Santiago de Compostela: 101-114.

HOLTORF, C. 1998: “The life-histories of megaliths in Mecklenburg-Vorpommern (Germany)”. En Bradley, R. y Williams, H. (eds.): *The past in the past: the reuse of ancient monuments*. *World Archaeology*, 30(1): 23-38.

HOLTORF, C. 2000-2008: *Monumental Past: The Life-histories of Megalithic Monuments in Mecklenburg-Vorpommern (Germany)*. Electronic monograph. University of Toronto: Centre for Instructional Technology Development.

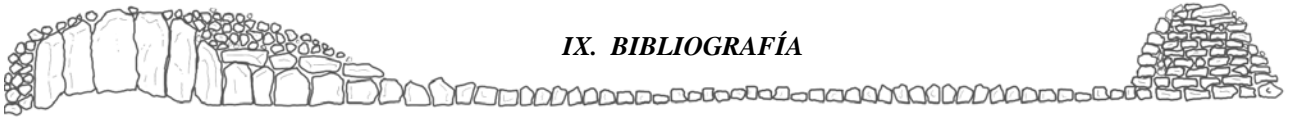
<https://tspace.library.utoronto.ca/citd/holtorf/0.1.html>.

HORTELANO MÍNGUEZ, L.A. 2007: “El turismo en el valle del Duero. Una ruta temática jalonada de hitos naturales y culturales”. En VV.AA., *III Encontro Portugal-Espanha. O Vale do Douro no âmbito das regiões europeias*. Porto: Centro de Estudos da População, Economia e Sociedade (CEPESE) y Edições Afrontamento, 13, 31-57.

HUET, A. 1992-1993: “Contribuição para o inventário arqueológico do concelho de Sabrosa distrito de Vila Real”. *Portugália*, 13-14: 173-227.

HUET, A. y DA CRUZ, D. 1994: “Resultado dos trabalhos de escavação da Mamoia 1 de Madorras (S. Lourenço de Ribapinhão, Sabrosa, Vila Real)”. *Estudos Pré-históricos*, 2: 171-232.

INGOLD, T. 1993: “The temporality of the landscape”. *World Archaeology*, Conceptions of time and ancient society, 25 (2): 152-174.



INSTITUTO GEOGRÁFICO NACIONAL (IGN): en línea. Centro Nacional de Información Geográfica, Ministerio de Fomento, Gobierno de España. <http://www.ign.es/> (Consulta: 20 abril 2013).

INSTITUTO GEOGRÁFICO PORTUGUÊS (IGP): en línea. Instituto Geográfico Português, Ministério da Agricultura, do Mar, do Ambiente e do Ordenamento do Território, Governo de Portugal. <http://www.igeo.pt/> (Consulta: 29 abril 2013).

JIMENO MARTÍNEZ, A. 2001: “El modelo de trashumancia aplicado a la cultura de Cogotas I”. En Marisa Ruiz-Gálvez Priego (coord.), *La Edad del Bronce, ¿Primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología*. Ed. Crítica-Arqueología, Barcelona: 139-178.

JIMENO, A. y FERNÁNDEZ MORENO, J.J. 1992b: “El dolmen de "El Alto de la Tejera" (Carrascosa de las Sierra, Soria). El fenómeno megalítico en el Alto Duero”. *Trabajos de Prehistoria*, 49: 155-188.

JOVER MAESTRE, F.J.; LÓPEZ PADILLA, J.A. y GARCÍA DONATO, G. 2014: “Radiocarbono y estadística bayesiana: aportaciones a la cronología de la Edad del Bronce en el extremo oriental del Sudeste de la Península Ibérica”. *Saguntum*, 46: 41-69.

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN; COMISSÃO DE COORDENAÇÃO E DESENVOLVIMENTO REGIONAL DO NORTE (CCDRN) y XUNTA DE GALICIA 2010: *Constitución de una Macrorregión de regiones del Sudoeste europeo (RESOE)*. Memorando de Entendimiento firmado por Galicia, Castilla y León y la Región Norte de Portugal el 17 de septiembre de 2010 en Valladolid. Santiago de Compostela.

KAVANAGH, W. 2011: “Identidades en la frontera luso-española: permanencias y transformaciones después de Schengen”. *Geopolítica(s)*, 2 (1): 23-50.

KENT, S. 1991: “Partitioning space: cross-cultural factors influencing domestic spatial segmentation”. *Environment and Behaviour*, 23(4): 438-473.

KINNES, I. 1981: “Dialogues with death”. En Chapman, R., Kinnes, I. y Randsborg, K. (eds.), *The Archaeology of death*, Cambridge University Press, Cambridge: 83-91.

LAZARICH, M. y SÁNCHEZ, M. 2000: “Los enterramientos campaniformes en sepulcros megalíticos de la depresión del Guadalquivir: la necrópolis de Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla)”. En V. Oliveira Jorge (coord.), *III Congreso de Arqueología Peninsular: Pré-história recente da Península Ibérica*, vol. 4. Porto: ADECAP, 327-346.

LE ROUX, C.T. 2000: “Il faut qu’une tombe soit ouverte ou fermée”. En V. Gonçalves (ed.): *Muitas antas, pouca gente? Actas do I Colóquio Internacional sobre Megalitismo. Trabalhos de Arqueologia 16*, Instituto Português de Arqueologia: 267-282.

LECLERC, J. 1987: “Procédures de condamnation dans les sépultures collective Seine-Oise-Marne”. En Duda, H. y Masset, C. (dir.): *Anthropologie physique et Archéologie. Méthodes d’étude des sépultures: Actes du Colloque* (Toulouse, 4-6 novembre 1982). CNRS: 73-88.

LECLERC, J. y MASSET, C. 1980: “Construction, remaniements et condamnation d’une sepulture collective néolithique: La Chaussée-Tirancourt (Somme)”. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 77(2): 57-64.

LECLERC, J. y MASSET, C. 1987: “Recherche de critères fonctionnels, en vue d’une typologie des sepultures collectives néolithiques”. *Compte-rendu de la table ronde tenue à Saint-Germain* (Laye, 16-17 mayo 1987). CNRS: 54-56.

LEISNER, G. 1945: *A cultura Eneolítica do Sul da Espanha e suas Relações com Portugal*. Associação dos Arqueólogos Portugueses, Lisboa.

LEISNER, G. y V. 1943: *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Süden*. Berlín: Walter de Gruyter & Co, Römisch-Germanische Forschungen, vol. 17.

LEISNER, G. y V. 1956: *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen*. Berlín: Walter de Gruyter & Co., Madrider Forschungen, vol. 1.1.

LEISNER, G. y V. 1959: *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen*. Berlín: Walter de Gruyter & Co., Madrider Forschungen, vol. 1.2.

LEISNER, V. 1965: *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Westen*. Berlín: Walter de Gruyter & Co, Römisch-Germanische Forschungen, vol. 1.3.

LEISNER, V. y KALB, P. 1998: *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel*. Der Westen. Berlín: Walter de Gruyter & Co, Römisch-Germanische Forschungen, vol. 1.4.

LÉVI STRAUSS, C. 1979: *La Antropología Estructural*, Ed. Siglo XXI, México.

LOPES DA SILVA, E. 2003: “Novos dados sobre o Megalitismo do Norte de Portugal”. En Gonçalves, V. (coord.): *Muita gente, poucas antas?. Origens, espaços e contextos do Megalitismo. Actas do II Colóquio Internacional sobre Megalitismo* (Reguengos de Monsaraz, 3-7 Mayo 2000). Lisboa: Instituto Português de Arqueologia, Trabalhos de Arqueologia, 25: 269-279.

LÓPEZ DE CALLE, C. y ILARRAZA, J.A. 1997: “Condenaciones y remodelaciones. Una respuesta a las estratigrafías de los sepulcros megalíticos de Cameros”, Balbín Behrmann, R. y Bueno Ramírez, P. (coord.), *II Congreso de Arqueología Peninsular* (Zamora 1996), vol. 2: 309-322.

LÓPEZ GARCÍA, P. 1985: “Resultados de análisis polínicos del Holoceno en la Meseta española procedentes de yacimientos arqueológicos”. *Anales de la Asociación de palinólogos de Lengua Española*, 2: 283-288.

LÓPEZ PLAZA, S. 1982: *Aspectos arquitectónicos de los sepulcros megalíticos de las provincias de Salamanca y Zamora*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.

LÓPEZ PLAZA, S. 2001: “Megalitismo en la penillanura salmantina: algunas consideraciones”. *Minus*, 9: 25-38.

LÓPEZ PLAZA, S.; ALONSO, F.; CORNIDE, M. y ÁLVAREZ SANTOS, A. 2009: “Aplicación de la astronomía en el estudio de la orientación de sepulcros megalíticos de corredor en la zona noroccidental de la Península Ibérica”. *Zephyrus*, 44: 183-192.

LÓPEZ PLAZA, S.; FRANCISCO, J.L. y SALVADOR MATEOS, R. 2000: “Megalitismo y vías naturales de comunicación en el SO salmantino”. En V. Oliveira Jorge (coord.), *III Congreso de Arqueología Peninsular: Neolitização e Megalitismo da Península Ibérica*, vol. 3. Porto: ADECAP, 271-288.

LÓPEZ PLAZA, S.; LÓPEZ PLAZA, M. y LÓPEZ MORO, F.J. 2008: “Factores litológicos como indicadores del paisaje en el megalitismo de la penillanura salmantina (centro-oeste de España)”. *Zephyrus*, 61: 107-130

LÓPEZ SÁEZ, J.A. y DA CRUZ, D.J. 2002: “Orquinha dos Juncais (Vila Nova de Paiva, Viseu). Análises Polínicas”. *Portugália*, 23: 5-34.

LÓPEZ SÁEZ, J.A.; DA CRUZ, D. y HUET DE BACELAR, A. 2011: “A Mamoia 1 de Madorras (Sabrosa, Vila Real, Portugal): análises polínicas e datações de Carbono 14”. En A. Bettencourt; M.I. Alves y S. Monteiro-Rodrigues (eds.), *Variações Paleoambientais e Evolução Antrópica no Quaternário do Ocidente Peninsular*. Braga: Associação Portuguesa para o Estudo do Quaternário, Centro de Investigação Transdisciplinar "Cultura, Espaço e Memória", 39-52.

LÓPEZ SÁEZ, J.A. y RODRIGUEZ MARCOS, J.A. 2006-2007: “Análisis palinológico del yacimiento protocogotas de El Castillo (Rábano, Valladolid, España)”. *BSAA*, 72-73: 67-91.

LÓPEZ SÁEZ, J.A.; RODRIGUEZ MARCOS, J.A. y LÓPEZ GARCÍA, P. 2005: “Paisaje y economía durante el Bronce antiguo en la Meseta Norte desde una perspectiva medioambiental: algunos casos de estudio”. *BSAA*, 71: 65-88.

LÓPEZ ROMERO, E. 2005: *Arqueología del paisaje y Megalitismo en el centro-oeste peninsular: evolución de las pautas de poblamiento en torno a la cuenca del río Server (Portugal-España)*. Tesis Doctoral. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

LÓPEZ ROMERO, E. 2007: “Factores visuales de localización de los monumentos megalíticos de la cuenca del Server (Portugal-España)”. *Trabajos de Prehistoria*, 64 (2): 73-93.

LÓPEZ ROMERO, E. 2008: “Monuments néolithiques de la région de Lorient (Morbihan, Bretagne): à propos des modes d’organisation des territoires”. *L’anthropologie*, 112: 572-597.

LÓPEZ ROMERO, E. y WALID SBEINATI, S. 2005: “Estrategias de ocultación en el megalitismo tumular del centro-oeste peninsular”. En P. Arias, R. Ontañón, y C. García-Moncó (eds.), *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica: Simbolismo, arte y mundo funerario*. Santander: Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria, 1: 697-704.

LORRIO, A. J. y MONTERO RUIZ, I. 2004: “Reutilización de sepulcros colectivos en el sureste de la Península Ibérica: la colección Siret”, *Trabajos de Prehistoria*, 61(1): 99-116.

LUCAS PELLICER, M^a. R. 1984: “Estado actual en la investigación del fenómeno megalítico”, Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo peninsular, *Asociación española de Amigos Arqueología*, Madrid.

MAÑANA BORRAZÁS, P. 2003: “Vida y muerte de los megalitos. ¿Se abandonan los túmulos?”. *Era Arqueología*, 5: 164-177.

MAÑANA BORRAZÁS, P. 2004: “Concealment/monumentalisation in a neolithic burial mound”. *10th annual meeting of the European Association of Archaeologist*. Sesión de Póster.

MAÑANA BORRAZÁS, P. 2005: “Túmulo 5 de Forno dos Mouros (Ortigueira, A Coruña). Primeros resultados”. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 52(118): 39-79.

MARTINÓN TORRES, M. 2001a: *Os monumentos megalíticos despois do Megalitismo: Arqueoloxía e Historia dos megalitos galegos a través das fontes escritas (s. VI – s. XIX)*. Valga (Pontevedra). V Premio de Investigación Xesús Ferro Couselo, Concello de Valga.

MARTINÓN TORRES, M. 2001b: “Los megalitos de término. Crónica del valor territorial de los monumentos megalíticos a partir de las fuentes escritas”. *Trabajos de Prehistoria*, 58 (1): 95-108.

MARTINÓN TORRES, M. 2008: “El megalito ha muerto. ¡Larga vida al megalito!”. *PH Boletín del Instituto andaluz del Patrimonio Histórico*, 67 Especial: 92-95.

MARTINÓN TORRES, M. y RODRIGUEZ CASAL, A. 2000: “Aspectos historiográficos del Megalitismo gallego: de la documentación medieval al siglo XIX”. *III Congreso de Arqueología Peninsular, vol. III, Neolitizaçao e megalitismo da Península Ibérica*, ADECAP, Porto: 303-319.

MASSÉ, C. 2002: “Ce qu'on sait, ou croit savoir, du rôle du feu les sépultures collectives néolithiques”. En Rojo, M. y Kunst, M. (eds.): *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*. *Studia Archaeologica* 91, Universidad de Valladolid: 9-20.

MATALOTO, R. 2007: “Paisagem, memoria e identidade: tumulações megalíticas no pós-megalitismo alto-alentejano”. *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 10 (1): 123-140.

MCGLADE, J. 1999a: “Arqueología, dinámica no lineal y discurso histórico”. *Trabajos de Prehistoria*, vol. 56 (2): 5-18.

MCGLADE, J. 1999b: “The times of history; archaeology, narrative and non-linear causality”. En Tim Murria (ed.) *Time and Archaeology*, Routledge, Londres: 139-163.

MIÑAMBRES SÁNCHEZ, N. 2006: “El Duero como fuente de inspiración poética”. En VV.AA., *Actas del Congreso Homenaje al Douro/Duero y sus ríos: memoria, cultura y porvenir*. En línea. Zamora: Fundación Nueva Cultura del Agua, 1-15. <http://www.unizar.es/fnca/duero/index2.php> (Consulta: 29 abril 2013).

MIZOGUCHI, K. 1993: “Time in the reproduction of mortuary practices”, *World Archaeology, Conceptions of time and ancient society*, 25 (2): 223-235.

MORÁN BARDÓN, C. 1931: *Excavaciones en dólmenes de Salamanca y Zamora*. Madrid: Junta Superior del Tesoro Artístico, Memoria nº 113.

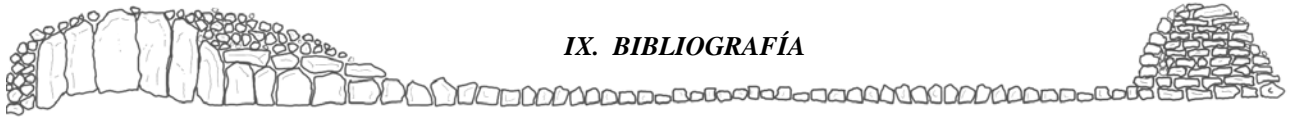
MORÁN BARDÓN, C. 1935: *Excavaciones En dólmenes de Salamanca y Zamora*. Madrid: Junta Superior del Tesoro Artístico, Memoria nº135.

MORÁN DAUCHEZ, G. 2005b: “Tumbas monumentales en el paisaje del Valle de Ambrona, Soria”. En P. Arias, R. Ontañón, y C. García-Moncó (eds.), *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica: Simbolismo, arte y mundo funerario*. Santander: Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria, 1, 413-424.

MORENO GALLO, M. 1999: “El Megalitismo de la Lora burgalesa, Atapuerca y Jaramillo, un espacio continuo”. *BSAA*, 65: 53-67.

MORENO GALLO, M. A. 2004: *Megalitismo y Geografía. Análisis de los factores de localización espacial de los Dólmenes de la provincia de Burgos*, *Studia Archaeologica*, nº 93, Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, Valladolid.

MUÑOZ LÓPEZ, K. 1999: “La Prehistoria reciente en el Tajo central (cal. V-I milenio A.C.)”. *Complutum*, 10: 91-122.



IX. BIBLIOGRAFÍA

MUÑOZ LÓPEZ, K. 2000: "The Tagus middle basin (Iberian Peninsula) from the Neolithic to the Iron Age (V-I millennium cal. BC): the long way to social complexity". *Oxford Journal of Archaeology*, 19 (3): 241-272.

MUÑOZ LÓPEZ, K. 2002: "Arqueología y caminos prehistóricos en el Tajo central (España)". En M. Criado de Val (coord.), *Actas del V Congreso Internacional de Caminería Hispánica. Caminería física y literaria*, vol. 1. Guadalajara: AACHE Ediciones, 31-52.

NARVARTE SANZ, N. 2005: *Gestión funeraria dolménica en la cuenca alta y media del Ebro: fases de ocupación y clausura*. Historia – Arqueología, 16. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.

NETMAPS S.A. 2009: *Mapas de España y Mapas del Mundo (en línea)*. Corporación NetMaps®. <http://www.netmaps.es/> (Consulta: 29 abril 2013).

ODRIOZOLA, C.; MATALOTO, R.; MORENO GARCÍA, J.; VILLALOBOS GARCÍA, R. y MARTÍNEZ BLANES, J.M^a. 2012: "Producción y circulación de rocas verdes y sus productos en el SW peninsular: el caso de Anta Grande do Zambujeiro". *Estudos Arqueológicos de Oeiras*, 19: 125-142.

OLIVEIRA JORGE, S. 1983-84: "Aspectos da evolução pré-histórica do Norte de P^ortugal durante o III^o e o II^o milénios A.C.". *Portugália*, 4-5: 97-110.

OLIVEIRA JORGE, S. 2000: "Introdução: breve evolução da pré-história recente do norte de Portugal (do VI^o ao II^o milénio A.C.)", *III Congresso de Arqueologia Peninsular, vol. IV, Pré-história recente da Península Ibérica*, ADECAP, Porto: 7-12.

OLIVEIRA, V. 1982: *Megalitismo do Norte de Portugal: o distrito do Porto. Os monumentos e a sua problemática no contexto europeu*. Tesis Doctoral inédita. Porto: Universidade do Porto, Faculdade de Letras, Departamento de Pré-história e Arqueologia.

OLIVEIRA JORGE, V. 1983-1984: "Megalitismo do Norte de Portugal: um novo balanço". *Portugália*, 4/5: 37-45.

OLIVEIRA JORGE, V. 1984: "É necessário incrementar a cooperação luso-espanhola no domínio da Arqueologia". *Arqueologia*, 9: 1-3.

OLIVEIRA JORGE, V. 1986: “O projecto do campo arqueológico da Serra da Aboboreira (Norte de Portugal): resultados de oito anos de trabalho”. *Revista da Faculdade de Letras do Porto. História*, 3: 239-256.

OLIVEIRA JORGE, V. 1987: “Megalitismo de Entre-Douro-e-Minho e de Trás-os-Montes (Norte de Portugal): conhecimentos actuais e linhas de pesquisa a desenvolver”. *Revista da Faculdade de Letras do Porto. História*, 4: 269-286.

OLIVEIRA JORGE, V. 1988: “Um exemplo de Arqueologia espacial no Norte de Portugal: a Serra da Aboboreira e o fenómeno megalítico”. *Arqueología Espacial*, 12: 49-60.

OLIVEIRA JORGE, V. 1992: “As mamoas funerárias do norte de Portugal (do Neolítico à idades do Bronze antigo) como elementos indicadores de uma progressiva complexidade social: esboço preliminar da questão”. *Revista da Faculdade de letras, Série II, vol. IX, Porto*: 463-480.

OLIVEIRA JORGE, V. 2000: “Alguns problemas em foco, após duas décadas de estudo do megalitismo português”. *III Congreso de Arqueología Peninsular, vol. III, Neolitização e megalitismo da Península Ibérica*, ADECAP, Porto: 357-367.

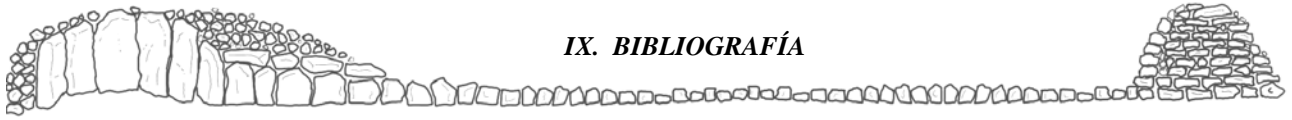
OLIVEIRA JORGE, V.; OLIVEIRA JORGE, S.; FIGUEIRAL, I.; DELIBRIAS, G.; FONTUGNE, M.; CABRAL, P. y SOARES, M. 1988-1989: “Novos elementos sobre o Megalitismo da Serra da Aboboreira (Baião)”. *Portugália*, 9/10: 101-104.

ORTON, C. 1988: *Matemáticas para arqueólogos*, Alianza Universidad, Madrid.

OSABA, B.; ABASOLO, J.A.A; URIBARRI, J.L. y LIZ, C. 1971: “El dolmen de Cubillejo de Lara de los Infantes (Burgos)”. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XV: 111-123.

PALOMINO, A. 1990: “Nuevas aportaciones al conocimiento del fenómeno megalítico en la provincia de Zamora”. *Actas I Congreso de Historia de Zamora*, vol. II. Zamora: Instituto de Estudios zamoranos “Florian de Ocampo”, Diputación de Zamora, 173-200.

PALOMINO, A. 1991: “Las manifestaciones tumulares no megalíticas del centro de la Meseta. Nuevas aportaciones en la provincia de Zamora”. *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”*. Zamora: 181-191.



PALOMINO LÁZARO, A.; DELIBES, G.; ROJO GUERRA, M.; ABARQUERO MORAS, J.; MORENO GALLO, M. y NEGREDO GARCÍA, M.J. 2004: “El Turrumbero de la Cañada, Arquitectura megalítica al pie de la Sierra de Atapuerca (Burgos)”. En N. Ferreira Bicho y A. Faustino Carvalho (coords.), *Simbolismo, Arte e Espaços Sagrados na Pré-história da Península Ibérica: IV Congresso de Arqueologia Peninsular*. Faro: Universidade do Algarve, Promontoria Monográfica, 5, 143–151.

PALOMINO, A. y ROJO GUERRA, M. 1997: “Un nuevo yacimiento de habitación infratumular: “El Teso del Oro”, en San Martín de Valderaduey”. En R. Balbín y P. Bueno (coords.), *II Congreso de Arqueología Peninsular: Neolítico, Calcolítico y Bronce*, Zamora: Fundación Rei Alfonso Henriques, vol. 2, 249-256.

PARCERO, C. y CRIADO BOADO, F. 2013: “Social change, social resistance: a long-term approach to the processes of transformation of social landscapes in the Northwest Iberian Peninsula”. En Cruz Berrocal, M.; García Sanjuán, L. y Gilman, A. (eds.): *The Prehistory of Iberia. Debating early social stratification and the State*. Ed. Routledge: 249-267.

PARKER PEARSON, M.; CLEAL, R.; MARSHALL, P.; NEEDHAM, S.; POLLARD, J.; RICHARDS, C.; RUGGLES, C.; SHERIDAN, A.; THOMAS, J.; TILLEY, C.; WELHAM, K.; CHAMBERLAIN, A.; CHENERY, C.; EVANS, J.; KNÜSEL, C.; LINFORD, N.; MARTIN, L.; MONTGOMERY, J.; PAYNE, A. y RICHARDS, M. 2007: “The age of Stonehenge”. *Antiquity*, 81: 617-639.

PARKER PEARSON, M.; POLLARD, J.; RICHARDS, C.; THOMAS, J.; TILLEY, C. y WELHAM, K. 2008: “The Stonehenge riverside project: exploring the Neolithic landscape of Stonehenge”. *Documenta Praehistorica*, 35: 153-166.

PEREIRA DA SILVA, F. 1993: “Megalitismo e tradição megalítica no centro-norte litoral de Portugal: breve ponto da situação”. *Actas del I Congreso de Arqueología de Peninsular (Porto)*. Porto: Sociedade Portuguesa de Antropología e Etnología, Trabalhos de Antropología e Etnología, Vol. 33(1-2): 93-128.

PEREIRA DA SILVA, F. 1994: “Túmulos do Centro-Norte Litoral. Prolegómenos a uma periodização”. *Trabalhos de Arqueologia da EAM*, 2: 9-33.

PEREIRA DA SILVA, F. 1997a: “Contextos funerários da Idade do Bronze nos Planaltos Centrais do Centro-Norte Litoral Português: tradição ou inovação?”. *II Congresso de*

Arqueología Peninsular, Neolítico, Calcolítico y Bronce, Ed. Fundación Rei Alfonso Henriques, Zamora, 2: 605-620.

PEREIRA DA SILVA, F. 1997b: “Problemática em torno do megalitismo do centro-norte litoral de Portugal”. Rodríguez Casal, A. (ed.), *O Neolítico atlântico e as orixes do megalitismo*, Universidad de Santiago de Compostela (La Coruña): 635-655.

PEREIRA DA SILVA, F. 1999: “Neolitização e Megalitismo nos Planaltos Centrais do Centro-Norte Litoral de Portugal (Maciço da Gralheira): afirmação e consolidação das economias agropastoris em ambiente de média montanha”. En Bernabeu, J y Orozco, T. (eds.): *II Congrès del Neolític a la Península Ibèrica* (Valencia, 7-9 Abril 1999). *Parte 5: cambio cultural y desarrollos regionales*. Valencia: Universitat de València, Saguntum, Extra-2: 521-530.

PRIETO, P. 2007: “Volviendo a un mismo lugar: recipientes y espacios en un monumento megalítico gallego”. *Revista portuguesa de Arqueologia*, 10 (2): 101-125.

QUAM, R. 2007: *Yacimientos de la Sierra de Atapuerca*. Burgos: Patronato de Turismo de la Provincia de Burgos.

RAPPAPORT, J. 2004: “La geografía y la concepción de la Historia de los Nasa”. En A. Surralles y P. García Hierro (eds.): *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*. Copenhague: IWGIA, Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas, 173-185.

RECIO CINOS, S. 2009: *El patrimonio geológico y las herencias culturales como propuesta de recuperación de una región deprimida; casos de estudio en las Arribes del Duero*. Trabajo de Grado. Salamanca: Universidad de Salamanca.

RENFREW, C. 1976: “Megaliths, territories and populations”. En De Laet, S. J. (ed.) *Acculturation and Continuity in Atlantic Europe*. Bruges: de Tempel: 198-220.

RODRÍGUEZ CASAL, A., EGUILITA FRANCO, J. M., GÓMEZ NISTAL, C., RAMOS ALVITE, E. y ROMANÍ FARIÑA, E. 1997: “Metodología y primeras valoraciones de un proyecto interdisciplinar sobre el fenómeno tumular en la provincia de Lugo”. Rodríguez Casal, A. (ed.) *O Neolítico atlântico e as orixes do megalitismo*, Universidad de Santiago de Compostela (La Coruña): 521-536.

RODRÍGUEZ MARCOS, J.A. 2005: *Estudio secuencial de la Edad del Bronce en la ribera del Duero (provincia de Valladolid)*. Tesis doctoral. Valladolid: Universidad de Valladolid.

ROGERS, A. 2013: “The afterlife of monuments in the English peak district: the evidence of early Bronze Age burials”. *Oxford Journal of Archaeology*, 32(1): 39-51.

ROJO GUERRA, M. 1990: “Monumentos megalíticos en la Lora burgalesa: exégesis del emplazamiento”. *BSAA*, 56: 53-63.

ROJO GUERRA, M. 1992: *El fenómeno megalítico en la Lora burgalesa*. Tesis doctoral inédita. Valladolid: Universidad de Valladolid.

ROJO, M. 1990: “Monumentos megalíticos en La Lora burgalesa: exégesis del emplazamiento”. *BSAA*, 56: 53-63.

ROJO GUERRA, 2014: “El Neolítico en las tierras del interior y septentrionales”. En M. Almagro Gorbea (ed.): *Protohistoria en la Península Ibérica: del Neolítico a la Romanización*. Burgos: Universidad de Burgos/Fundación Atapuerca: 43-70.

ROJO GUERRA, M.; GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I.; GARRIDO PENA, R. y MORÁN DAUCHEZ, G. 2006: “Las “tumbas calero” en el Valle de Ambrona (Soria, España) y su contexto social y ritual”. En N. Ferreira Bicho y A.F. Carvalho (coords.), *Simbolismo, Arte e Espaços Sagrados na Pré-história da Península Ibérica: IV Congresso de Arqueologia Peninsular*. Faro: Universidade do Algarve, Promontoria Monográfica, 5, 123–134.

ROJO GUERRA, M.; GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I.; GARRIDO PENA, R.; MORÁN DAUCHEZ, G. y KUNST, M. 2005: “El color como instrumento simbólico en el megalitismo del Valle de Ambrona, Soria, España”. En P. Arias, R. Ontañón, y C. García-Moncó (eds.), *III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica: Simbolismo, arte y mundo funerario*. Santander: Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria, 1: 681–690.

ROJO GUERRA, M.; GARRIDO PENA, R. y GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. 2010: “Tombs for the dead, monuments to eternity: the deliberate destruction of megalithic graves by fire in the interior highlands of Iberia (Soria province, Spain)”. *Oxford Journal of Archaeology*, 29(3): 253-275.

ROJO GUERRA, M.; GARRIDO PENA, R.; MORÁN DAUCHEZ, G., GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. y KUNST, M., 2005: “Del enterramiento colectivo a la tumba individual: el sepulcro monumental de La Sima en Miño de Medinaceli, Soria, España”. *BSAA*, 72-73: 7-38.

ROJO GUERRA, M. y KUNST, M. (eds.) 2002: *Sobre el Significado del Fuego en los Rituales Funerarios del Neolítico*. Universidad de Valladolid: Studia Archaeologica, 91.

ROJO GUERRA, M.; KUNST, M.; GARRIDO PENA, R.; GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. y MORÁN DAUCHEZ, G. 2005: *Un desafío a la eternidad. Tumbas monumentales del Valle de Ambrona*. Junta de Castilla y León: Memorias, Arqueología en Castilla y León, 14. Conserjería de Cultura y Turismo.

ROJO GUERRA, M.; KUNST, M.; GARRIDO PENA, R.; GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. y MORÁN DAUCHEZ, G. 2008a: *Paisajes de la Memoria. Asentamientos del Neolítico antiguo en el Valle de Ambrona (Soria, España)*. Universidad de Valladolid: Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial.

ROJO, M.; KUNST, M. y PALOMINO, A. 2002: “El fuego como procedimiento de clausura en tres tumbas monumentales de la Submeseta Norte”. En Rojo, M. y Kunst, M. (eds.), *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del Neolítico*. Valladolid: Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio editorial, Studia Archaeologica, 91, 21-38.

ROJO GUERRA, M.; MORÁN DAUCHEZ, G.; GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. y GARRIDO PENA, R. 2006: “La Tarayuela, Ambrona (Soria): un nuevo sepulcro colectivo neolítico de finales del V milenio cal BC”. En N. Ferreira Bicho y A. Faustino Carvalho (coords.), *Simbolismo, Arte e Espaços Sagrados na Pré-história da Península Ibérica: IV Congresso de Arqueologia Peninsular*. Faro: Universidade do Algarve, Promontoria Monográfica, 5, 135–142.

ROJO GUERRA, M., MORÁN DAUCHEZ, G. y KUNST, M. 2003a: “Un défi à l'éternité: genèse et réutilisations du tumulus de La Sima (Miño de Medinaceli, Soria, Espagne). Sens dessus dessous. La recherche en Préhistoire. Recueil d'études offert à Jean Leclerc et Claude Masset”, *Revue Archéologique de Picardie*, 21: 173-184.

ROJO GUERRA, M.; TEJEDOR RODRÍGUEZ, C.; GARRIDO PENA, R. y GARCÍA MARTÍNEZ DE LAGRÁN, I. 2014: “From the tomb to a Monument: the exceptional process of transformation of the megalithic grave of La Mina (Alcubilla de las Peñas, Soria)”. En Rojo,

M; Scarre, Ch. y Tejedor, C. (coords.): “*Megalithic biographies: cycles of use and closure*” session. Burgos: XVII UISPP Congress (1-7 septiembre 2014). Comunicación oral.

ROWLANDS, M. 1993: “The role of memory in the transmission of culture”. *World Archaeology, Conceptions of time and ancient society*, 25 (2):

RUIZ SOLANES, J. 1973: “Para el estudio estadístico de los sepulcros megalíticos”. *XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971)*. Zaragoza: 201-210.

RUIZ ZAPATERO, G. y CHAPA BRUNET, T. 1990: “La Arqueología de la Muerte: perspectivas teórico-metodológicas”. En Burillo Mozota, F. (coord.): *Necrópolis celtibéricas. II Simposio sobre los celtíberos*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza: 357-373.

RUIZ GÁLVEZ, M. 1992: “La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica”. *SPAL*, 1: 219-251.

RUIZ GÁLVEZ, M. 1999: “Ancient Routes and Modern motor-ways. A lasting tradition of Communications in Iberian Peninsula from the Bronze Age onwards”. En C. Orrling (ed.), *Communication in Bronze Age Europe. Transactions of the Bronze Age Symposium*. Stockholm: The Museum of National Antiquities, Stockholm Studies, 9, 81-92.

RUIZ GÁLVEZ, M. y GALÁN DOMINGO, E. 1991: “Las Estelas del suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales”. *Trabajos de Prehistoria*, 48: 257-273.

RUTA DEL DUERO: en línea. AIMRD (Asociación Ibérica de Municipios Riebreños del Duero), Junta de Castilla y León, F.E.D.E.R. y Gabinete de Iniciativas Transfronterizas. <http://www.rutadelduero.es/> (Consulta: 10 abril 2013).

SANCHES, M^a.J. 1987b: “A Mamoá 3 de Pena Mosqueira, Sanhoane (Mogadouro)”. *Arqueologia*, 15: 94-115.

SANCHES, M^a.J. 1994: “Megalitismo na bacia de Mirandela”. En *Actas do Seminário “O Megalitismo no Centro de Portugal: novos dados, problemática e relações com outras áreas peninsulares”*. Viseu: Centro de Estudos Pré-históricos da Beira Alta, Estudos Pré-Históricos, 2: 249-284.

SANCHES, M^a.J. 1996: *Ocupação Pré-histórica do Nordeste de Portugal*. Zamora: Series Monografías y Estudios, Fundación Rei Alfonso Henriques.

SANCHES, M^a.J. 2000: “As gerações, a memória e a territorialização em Trás-os-Montes (V^o - II^o mil. a. C.). Uma primera aproximação ao problema”, *III Congresso de Arqueologia Peninsular*, vol. IV, Pré-história recente da Península Ibérica, ADECAP, Porto: 123-145.

SANCHES, M^a.J. 2010: “The inner scenography of decorated neolithic dolmens in Northwestern Iberia: an interplay between broad community genealogies and more localized histories”. En Bettencourt, A.; Sanches, M^a. J.; Alves, L. y Fábregas, R. (eds.): *Conceptualising space and place. On the role of agency, memory and identity in the construction of space from the Upper Paleolithic to the Iron Age in Europe. Actas del XV Congreso Internacional de la UISPP (Lisboa, 4-9 Septiembre, 2006)*. BAR: International Series, 2058, vol. 41: 7-26.

SANCHES, M^a.J. 2014: “Megalithic mounds and building social practices of identitarian nature in Northern Portugal”. En Rojo, M; Scarre, Ch. y Tejedor, C. (coords.): *"Megalithic biographies: cycles of use and closure" session. Burgos: XVII UISPP Congress (1-7 septiembre 2014)*. Comunicación oral.

SANCHES, M^a.J.; LEBRE, A. y SANTOS, A.M. 1987: “A mamoa do Barreiro um tumulus do Leste de Trás-os-Montes”. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 27: 89-112.

SANCHES, M^a.J. y NUNES, S. 2004: “Resultados da escavação da Mamoa D’Alagoa (Toubres-Jou) – Murça (Trás-os-Montes)”. *Portugália Nova Série*, 25: 5-42.

SANCHES, M^a.J. y SANTOS, B. 1987: “Levantamento arqueológico do concelho de Mirandela”. *Portugália*, 8: 17-56.

SÁNCHEZ YUSTOS, P. y DÍEZ MARTÍN. F., 2006-2007: “Historia de las investigaciones paleolíticas en la provincia de Valladolid. El caso de Mucientes”. *BSAA*, 71: 11-42.

SANTONJA, M. 1983-1984: “El fenómeno megalítico en el S.O. de la región del Duero”. *Portugália, Actas do Colóquio Inter-Universitário de Arqueologia do Noroeste*, 4/5: 53-62.

SANTOS, A. y DA CRUZ, D. 2011: “Dólmen 1 de Chão do Brinco (serra do Montemuro, concelho de Cinfães, freguesia de S. Cristovão de Nogueira): pinturas e gravuras em três esteios da câmara megalítica”. En *II Mesa-Redonda de Artes Rupestres da Pré-história e da Proto-história. Estudo, Conservação e Musealização de Maciços Rochosos e Monumentos Funerários (Porto, 10-12 Novembro 2011)*. Porto: Faculdade de Letras da Universidade do Porto. Póster.

SANTOS, A. y DA CRUZ, D. 2013: “Monumentos megalíticos com pinturas e gravuras da área ocidental da Serra do Montemuro: os dólmenes do Lameiro dos Pastores e do Chão do Brinco (Cinfães, Viseu)”. *Conimbriga*, 52: 5-35.

SANTOS GRANERO, F. 2004: “Escribiendo la Historia en el Paisaje: espacio, mitología y ritual entre la gente Yanesha”. En A. Surralles y P. García Hierro (eds.), *Tierra adentro. Territorio indígena y percepción del entorno*. Copenhague: IWGIA, Grupo Internacional de Trabajo sobre Asuntos Indígenas, 187-217.

SAVORY, H. N. 1975: “The role of the upper Duero and Ebro basins in megalithic diffusion”, *BSAA*, vol. XL-XLI: 159-174.

SCARRE, CH. 2002: *Monuments and Landscape in Atlantic Europe. Perception and society during the neolithic and early bronze age*, Ed. Chris Scarre, London.

SCHAMA, S. 1995: *Landscape and Memory*. Londres: Harper Collins Publishers.

SHENNAN, S. 1992: *Arqueología Cuantitativa*. Editorial Crítica, Barcelona.

SHERRATT, A. 1981: “Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution”. En Hodder, I., Isaac, G. y Hammond, N. (eds.), *Pattern of the past. Studies in honour of David Clarke*. Cambridge University Press. Cambridge: 261-305.

SHERRATT, A. 1990: “The genesis of megaliths: monumentality, ethnicity and social complexity in Neolithic north-west Europe”. *World Archaeology* 22 (2): 147-167.

SHERRATT, A. 1996: “Why Wessex? The Avon Route and River Transport in Later British Prehistory”. *Oxford Journal of Archaeology*, 15 (2): 211-234.

SIRET E. y L. 1890: *Las primeras edades del metal en el Sudeste de España*. Barcelona. Murcia: Edición facsimilar reeditada en 2006, Dirección General de Cultura, Museo Arqueológico de Murcia.

<http://patrimur.com/publicaciones/siret/album/index.php> (Consulta: 1 marzo 2013).

TEJEDOR RODRÍGUEZ, C. 2008: “El monumento en el tiempo: planteamiento teórico y metodológico para el análisis de las reutilizaciones megalíticas”. *I Jornadas de jóvenes en Investigación arqueológica: Dialogando con la cultura material*, vol. 2: 441-448.

TEJEDOR RODRÍGUEZ, C. 2013: “La pervivencia de los “usos megalíticos” en el valle del Duero a lo largo de la Prehistoria reciente (III-II milenio BC). Una aproximación al estudio en la región del Alto Douro”. En Sastre, J.C.; Catalán, R. y Fuentes, p. (coords.): *Arqueología en el valle del Duero. Del Neolítico a la Antigüedad tardía: nuevas perspectivas*. Ed. La Ergástula.

TEJEDOR RODRÍGUEZ, C. 2013: “Reconstruyendo “biografías megalíticas”: algunos ejemplos de alteraciones estructurales en monumentos megalíticos del valle del Duero/Douro”. En J. Honrado; M.A. Brezmes; A. Tejeiro y O. Rodríguez Monterrubio (coords.): *Investigaciones Arqueológicas en el valle del Duero: Del Neolítico a la Antigüedad Tardía. Actas de las segundas jornadas de jóvenes investigadores del valle del Duero*. Ed. Glyphos: 67-86.

THOMAS, J. 1990: “Monuments from the inside: the case of the Irish megalithic tombs”. *World Archaeology* 22 (2): 168-178.

THOMAS, J. 1999: *Time, Culture and Identity. An interpretative archaeology*. Routledge, Londres.

THOMAS, J. 2012: “Los monumentos megalíticos de Europa”. En Rojo, M.; Garrido, R. y García, I. (coords.): *El Neolítico en la Península Ibérica y su contexto europeo*. Cátedra: 55-71.

VALERA, A. C. 2000a: “Pensar o tempo: critérios para uma periodização da Pré-História recente da Bacia Interior do Mondego”. *III Congreso de Arqueología Peninsular, vol. IV, Pré-história recente da Península Ibérica*, ADECAP, Porto: 459-472.

VAQUERO LASTRES, J. 1989: “¿Dónde diablos se esconden nuestros muertos que no los podemos ver? Reflexiones sobre el emplazamiento de los túmulos en el NOW”. *Gallaecia*, 11: 81-108.

VAQUERO LASTRES, J. 1990: “Ríos y Tumbas. Sobre el emplazamiento de túmulos en el NW peninsular”. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 30: 151-175.

VERGÈS, J.M.; ALLUÉ, E.; ANGELUCCI, D.; CEBRIÁ, A.; DÍEZ, C.; FONTANALS, M.; MANYANÓS, A.; MONTERO, S.; MORAL, S.; VAQUERO, M. y ZARAGOZA, J. 2002: “La Sierra de Atapuerca durante el Holoceno: datos preliminares sobre las ocupaciones del Bronce

en la Cueva de El Mirador (Ibeas de Juarros, Burgos)". *Trabajos de Prehistoria*, 59 (1): 107-126.

VICENT, J. M. 1991: "Arqueología y Filosofía: la Teoría Crítica", *Trabajos de Prehistoria*, 48: 29-36.

VICENT, J. M. 1995: "Problemas teóricos de la Arqueología de la Muerte. Una introducción", En Fábregas Valcarce, R.; Pérez Losada, F. e Fernández Ibáñez, C. (eds.), *Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o Medioevo*, Excmo. Concello inzo de Limia. Biblioteca Arqueohistórica Limiá, Serie Cursos e Congresos 3: 15-31.

VILAÇA, R. 2000: "Registos e leituras da Pré-História Recente e da Proto-História Antiga da Beira Interior". En V. Oliveira Jorge (coord.), *III Congreso de Arqueología Peninsular: Pré-história recente da Península Ibérica*, vol. 4. Porto: ADECAP, 161-182.

VILAÇA, R. y DA CRUZ, D. J. 1999: "Práticas funerárias e culturais dos finais da Idade do Bronze na Beira Alta". *Arqueologia*, 24: 73-99.

VILLOCH VÁZQUEZ, V. 1995: "Contribución al análisis del emplazamiento tumular: la necrópolis de As Travessas (Abegondo-A Coruña)". *Minius*, 4: 31-43.

VILLOCH VÁZQUEZ, V. 2000: *La configuración social del espacio entre las sociedades constructoras de túmulos en Galicia: estudios de emplazamiento tumular*. Tesis doctoral. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela.

VV.AA. 1987: *El megalitismo en la Península Ibérica*. Madrid: Ministerio de Cultura.

VV.AA. 2000: *Informe final: balance y perspectivas de la ordenación del territorio en la región fluvial del Duero/Douro. Proyecto "Douro, región fluvial"*. Programa TERRA. Aranda de Duero/Porto/Valladolid: Fondo Europeo de Desarrollo Regional (F.E.D.E.R.).

VV.AA. 2007: *Relatório final. Estudo de Caso: riscos na Serra da Aboboreira. Projecto Noe-Littorisk*. Porto: Forestis - Associação florestal de Portugal, Departamento de Desenvolvimento e Projectos.

VV.AA. 2008: *Património da Humanidade na Bacia do Douro/Patrimonio de la Humanidad en la cuenca del Duero. Proyecto "Ruta del Patrimonio de la Humanidad del valle del Duero"*.

Douro”. Programa Operacional Regional del Norte ON.2. Fundação Rei Alfonso Henriques: Fondo Europeo de Desarrollo Regional (F.E.D.E.R.).

WATKINS, T. 2009: “Ordering time and space: Creating a cultural world”. En J. Córdoba, M. Molist, C. Pérez, I. Rubio y S. Martínez (eds.), *Proceedings of the 5th International Congress on the Archaeology of the Ancient Near East*, vol. 3. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid Ediciones, Centro Superior de Estudios sobre el Oriente Próximo y Egipto, 647-659.

WÜNSCH, G. 1989: “La organización interna de los asentamientos de comunidades cazadoras-recolectoras: el análisis de las interrelaciones espaciales de los elementos arqueológicos”. *Trabajos de Prehistoria* 46: 13-33.

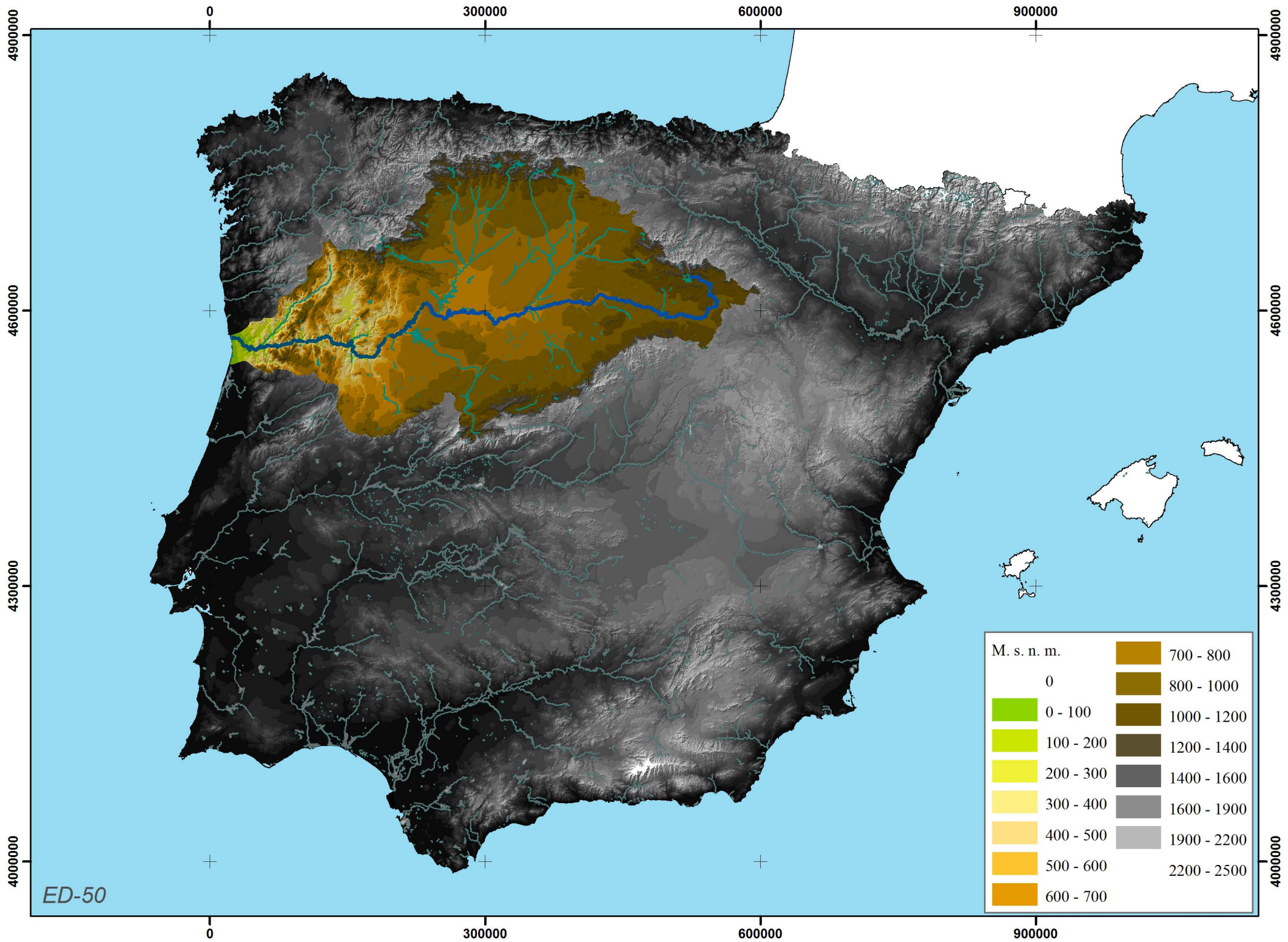
ZAPATERO, P. 1989: “La Velilla, un enterramiento de tradición dolménica en el valle de Valdavia”. *Boletín de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 60: 7-13.

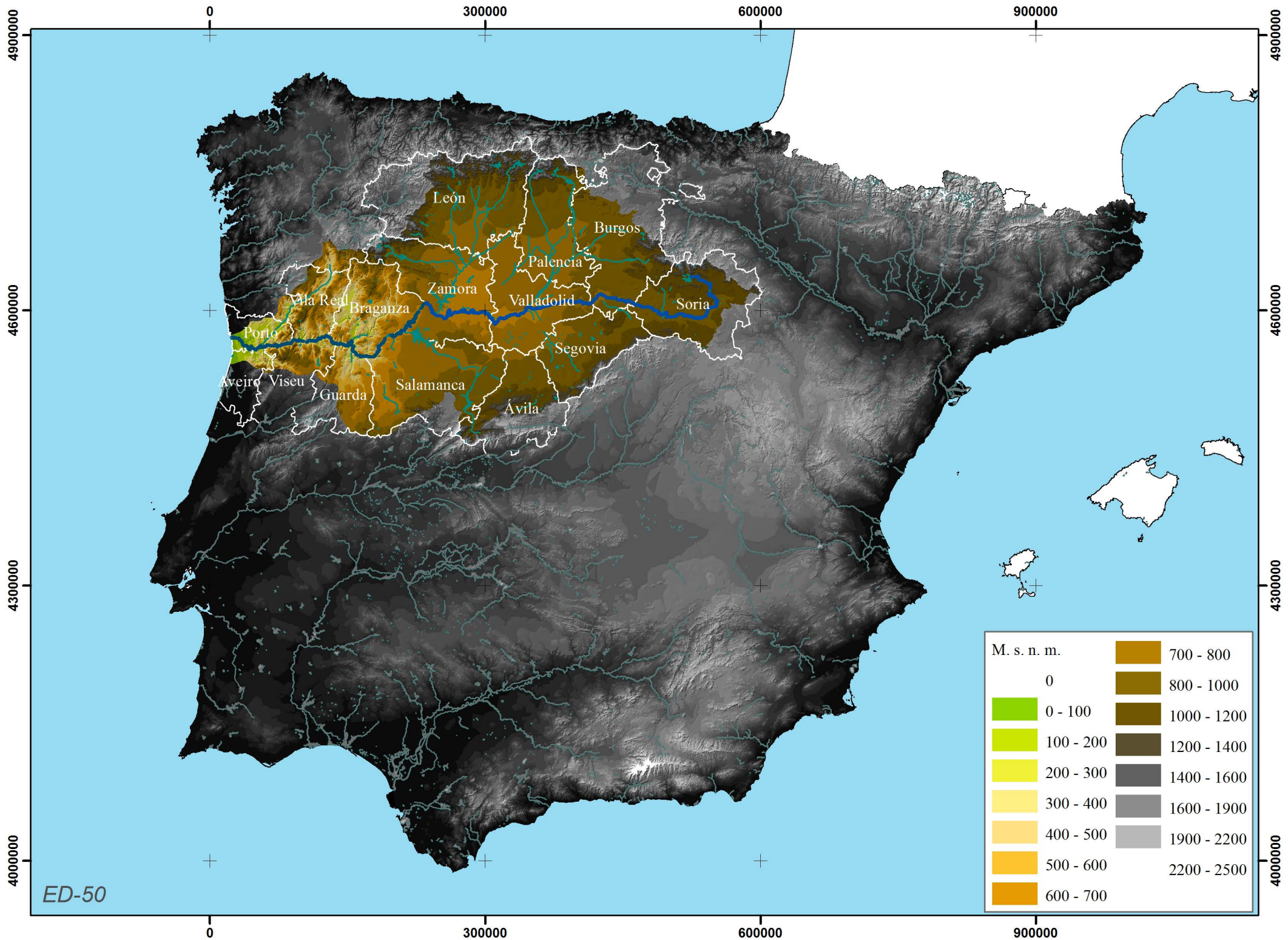
ZAPATERO, P. 1990: “El túmulo colectivo neolítico de "La Velilla", Osorno (Palencia)". En M.V. Calleja González (coord), *Actas del II Congreso de Historia de Palencia* (27-29 de abril de 1989). Palencia: Diputación provincial de Palencia, Vol. II Prehistoria, arqueología e Historia Antigua: 51-70.

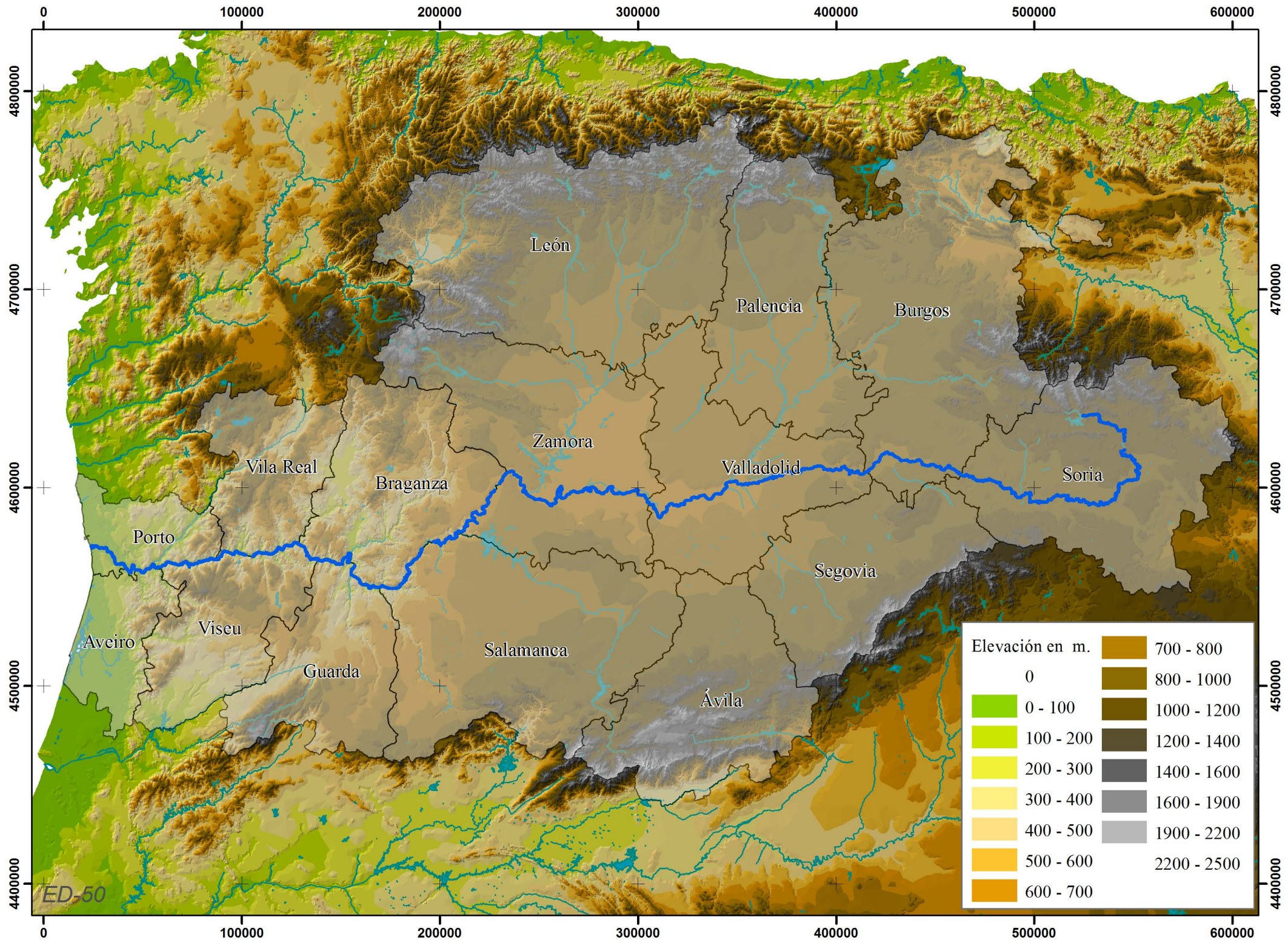
ZAPATERO, P. 2015: *El Neolítico en el noreste de la cuenca del Duero: el yacimiento de La Velilla en el valle del Valdavia (Palencia)*. Tesis doctoral inédita. Valladolid: Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Valladolid.

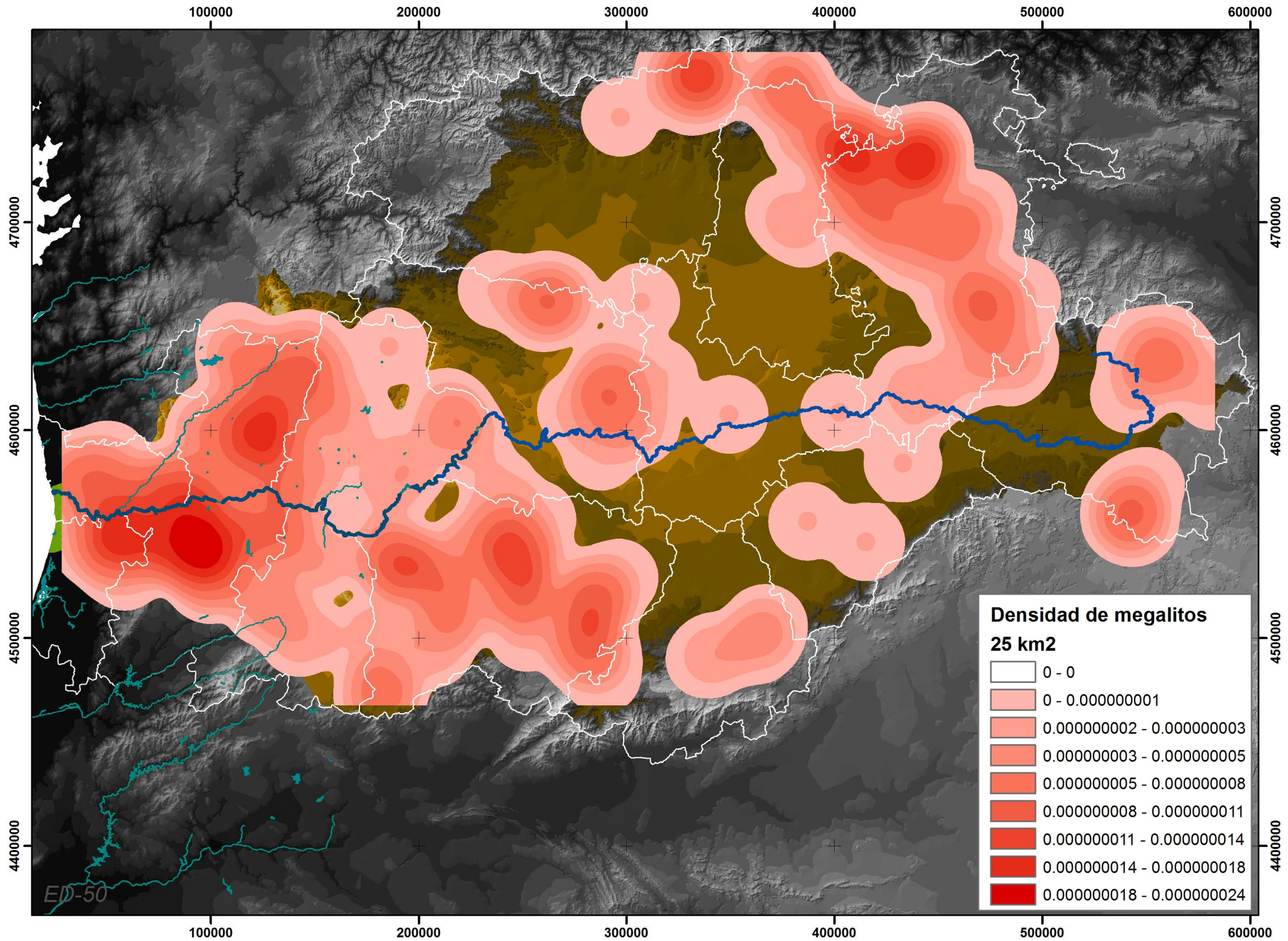
ANEXO 2

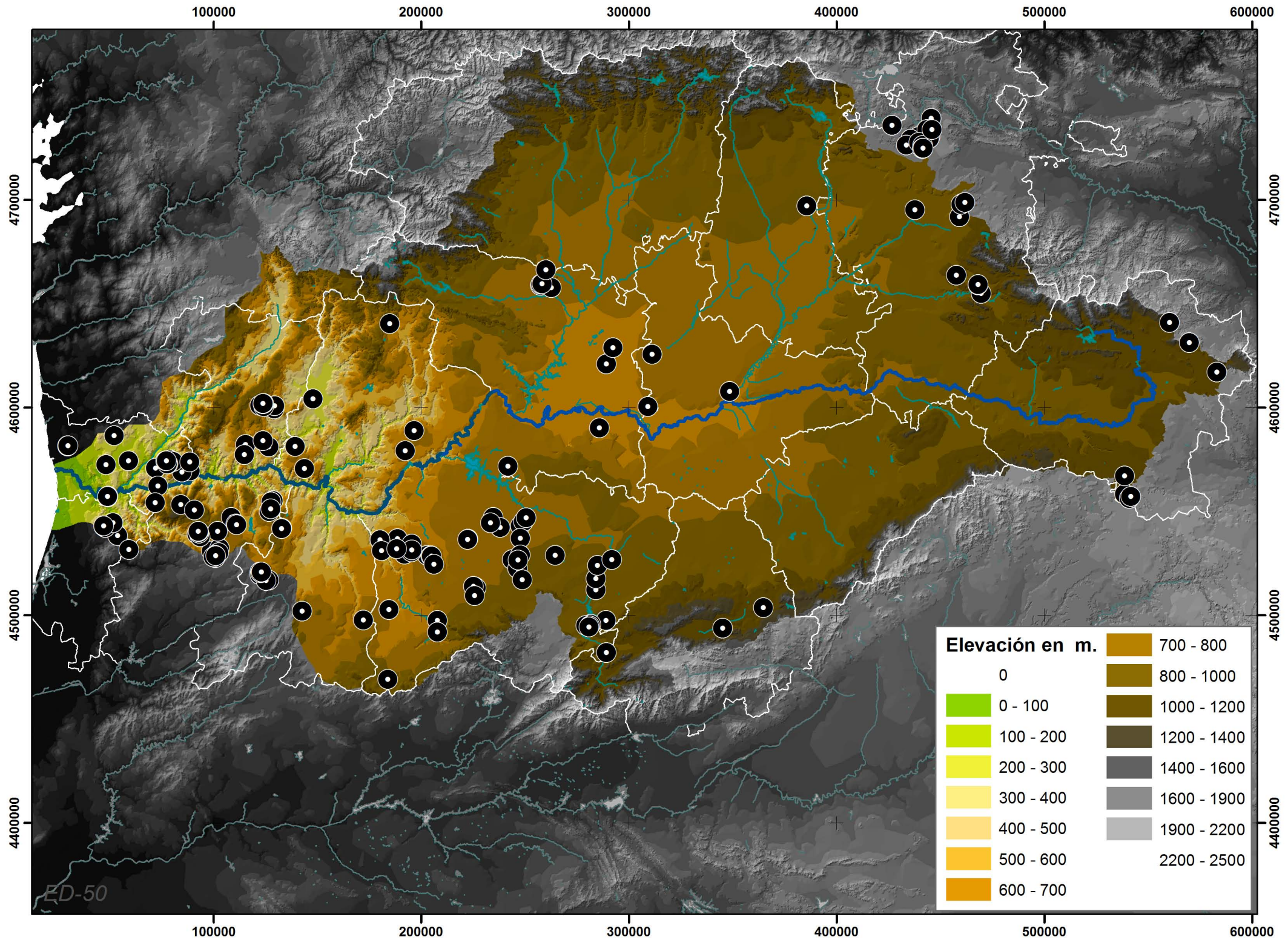
MAPAS

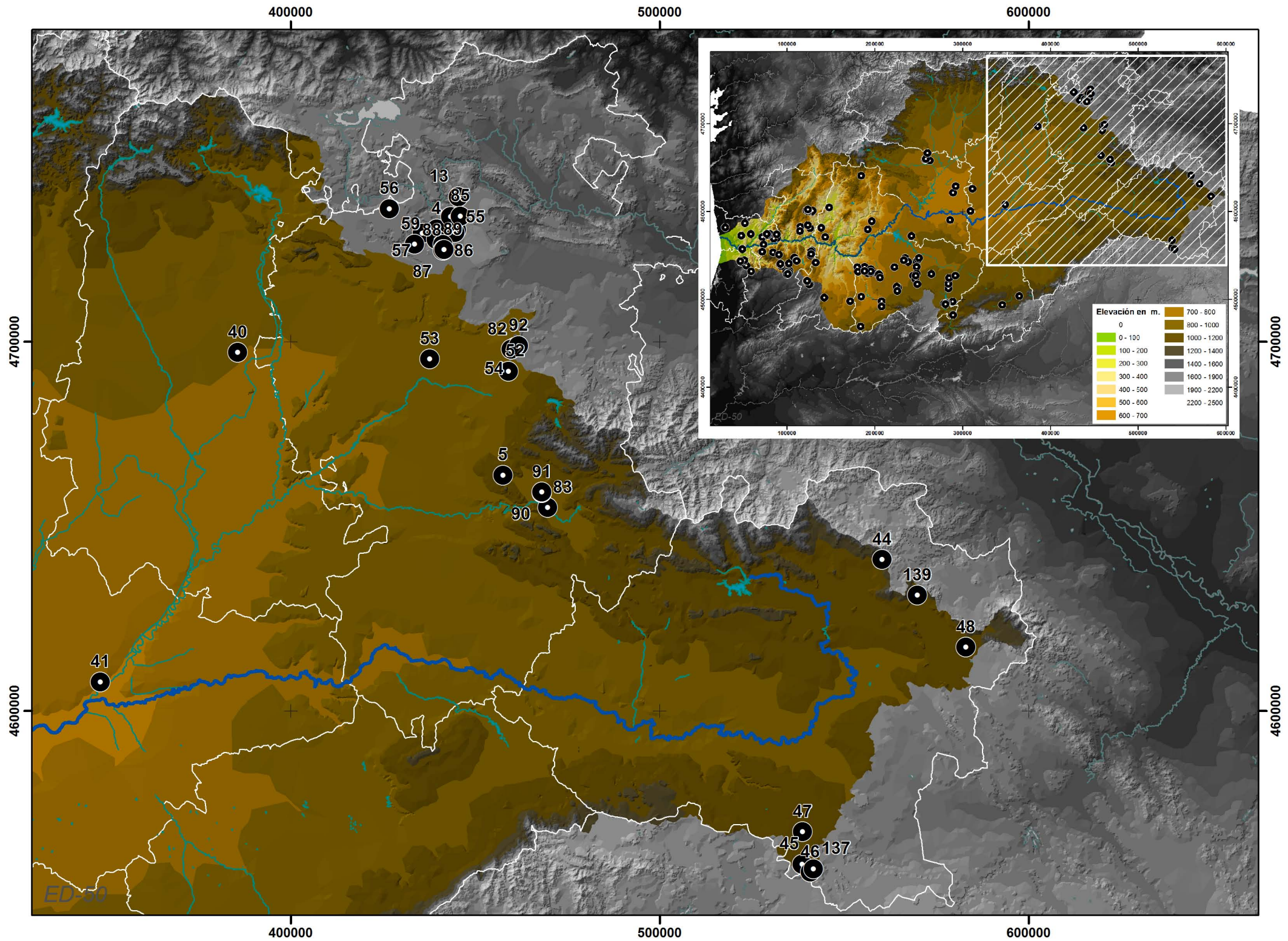


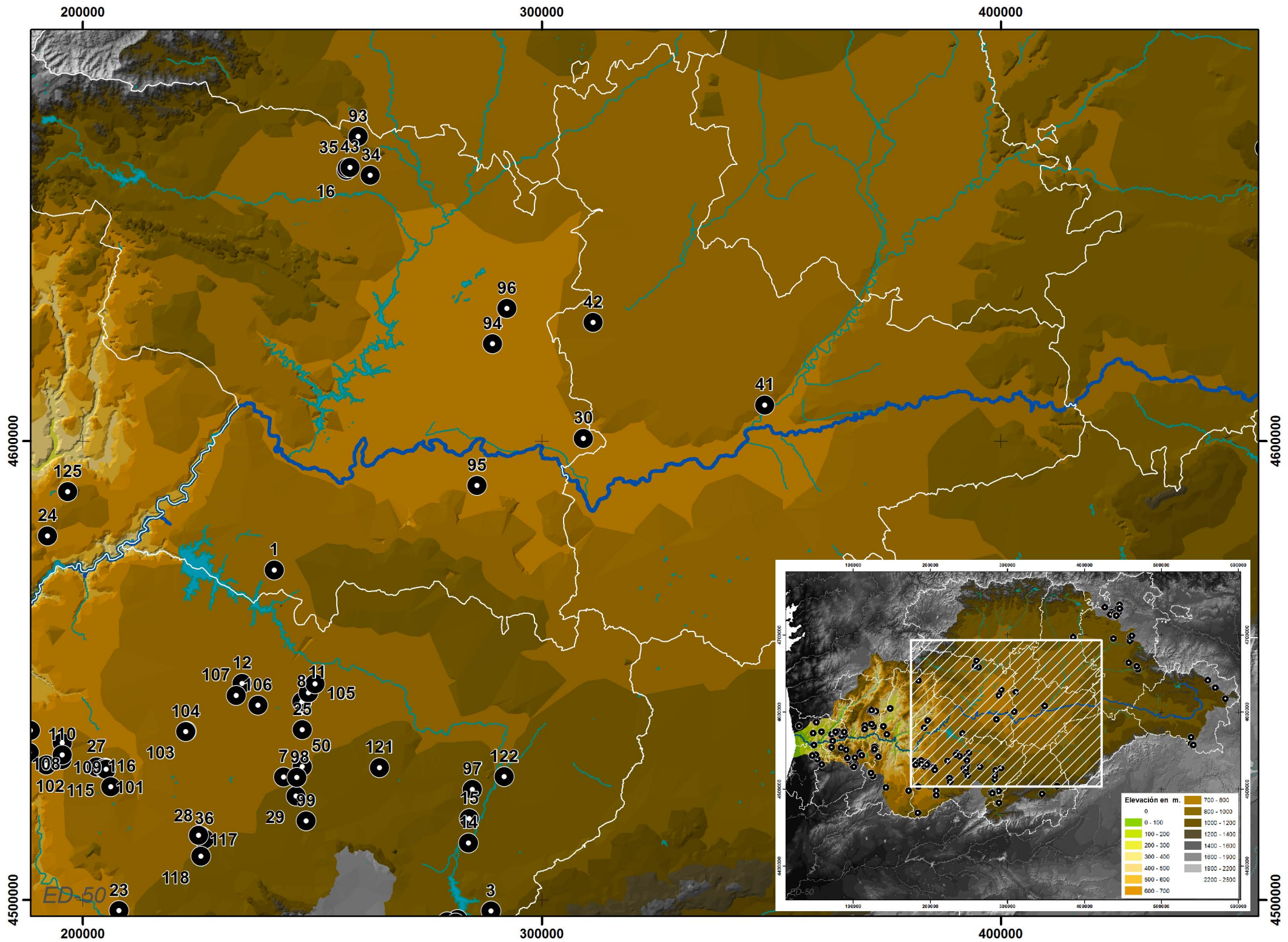


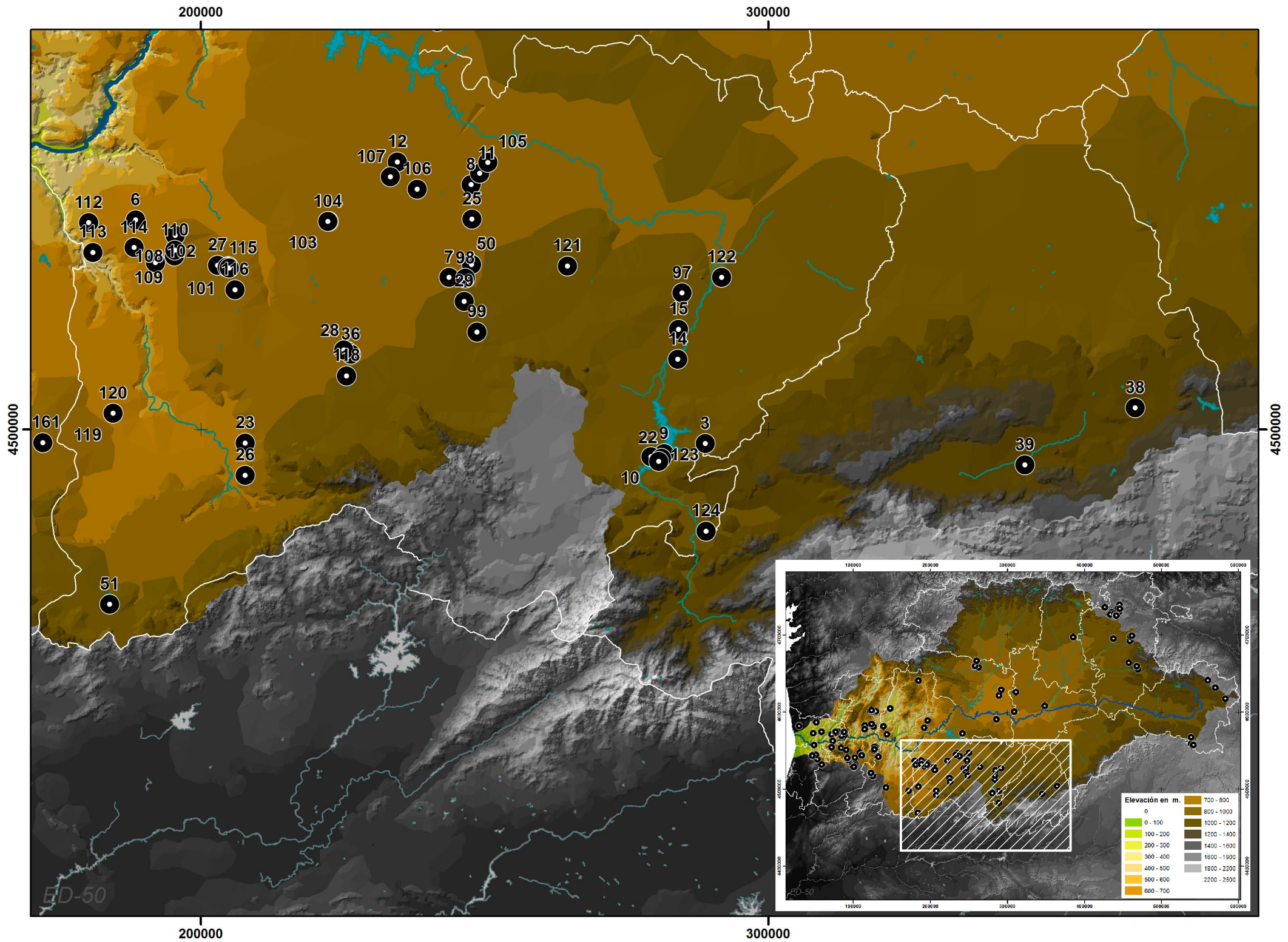


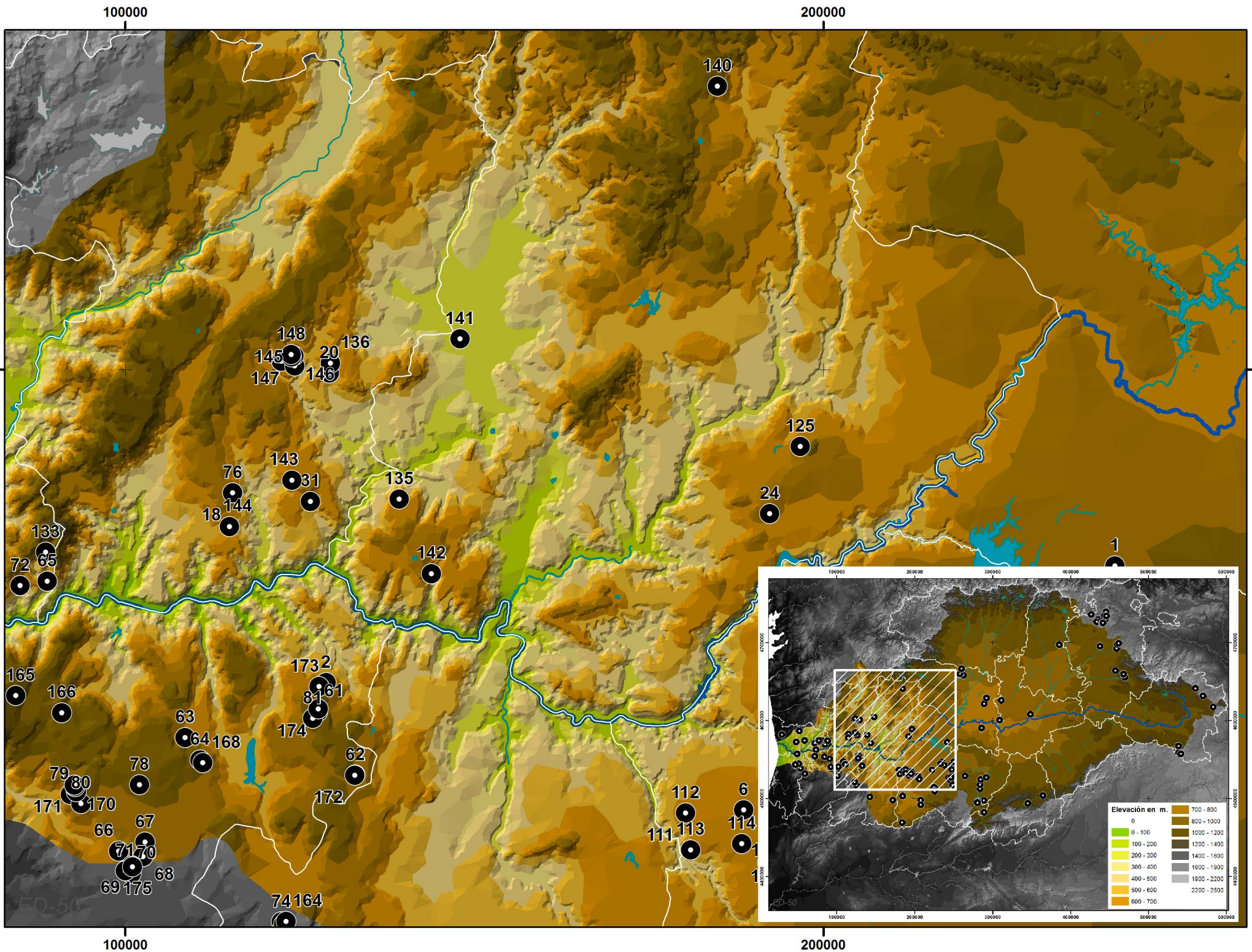


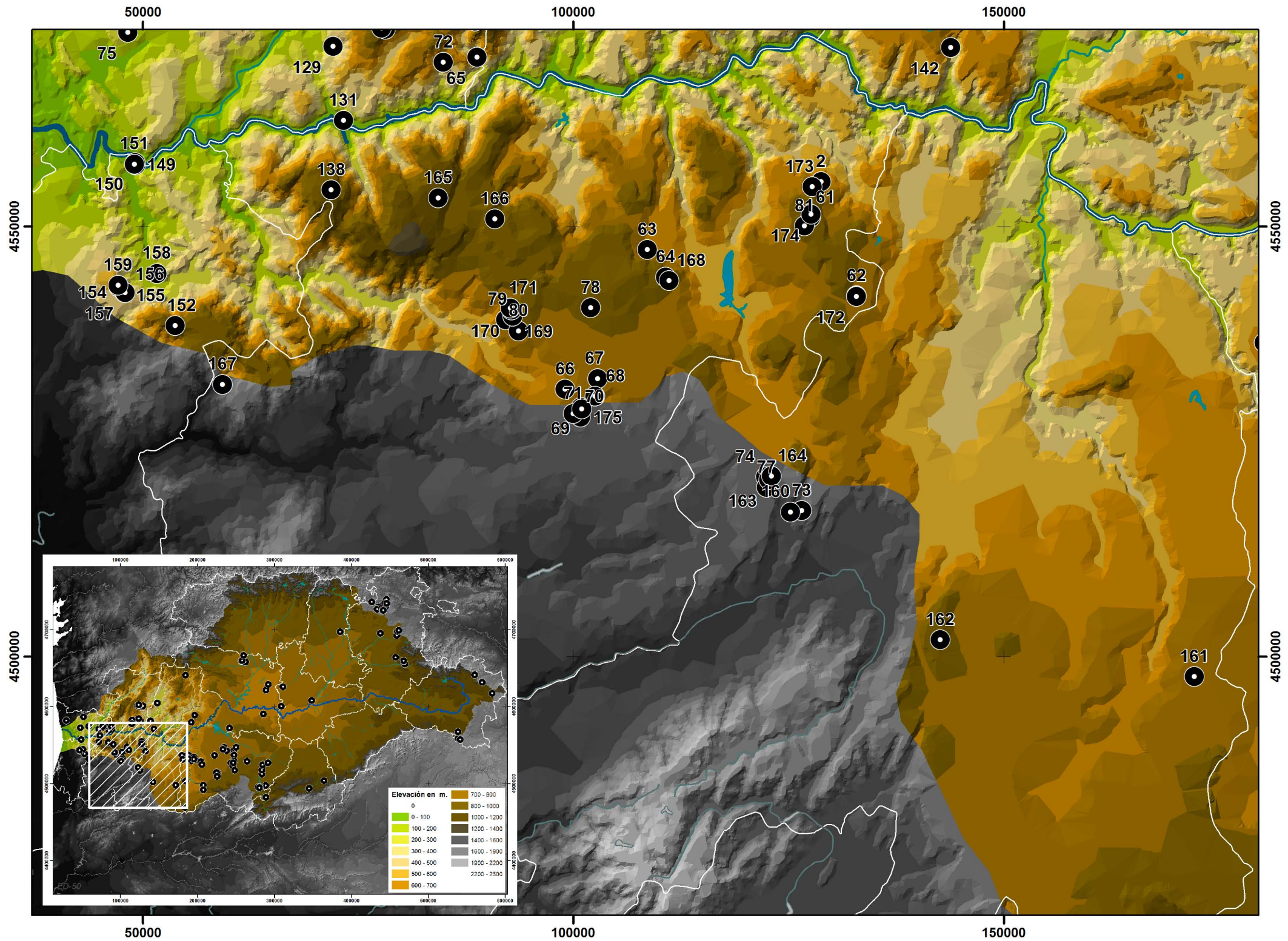


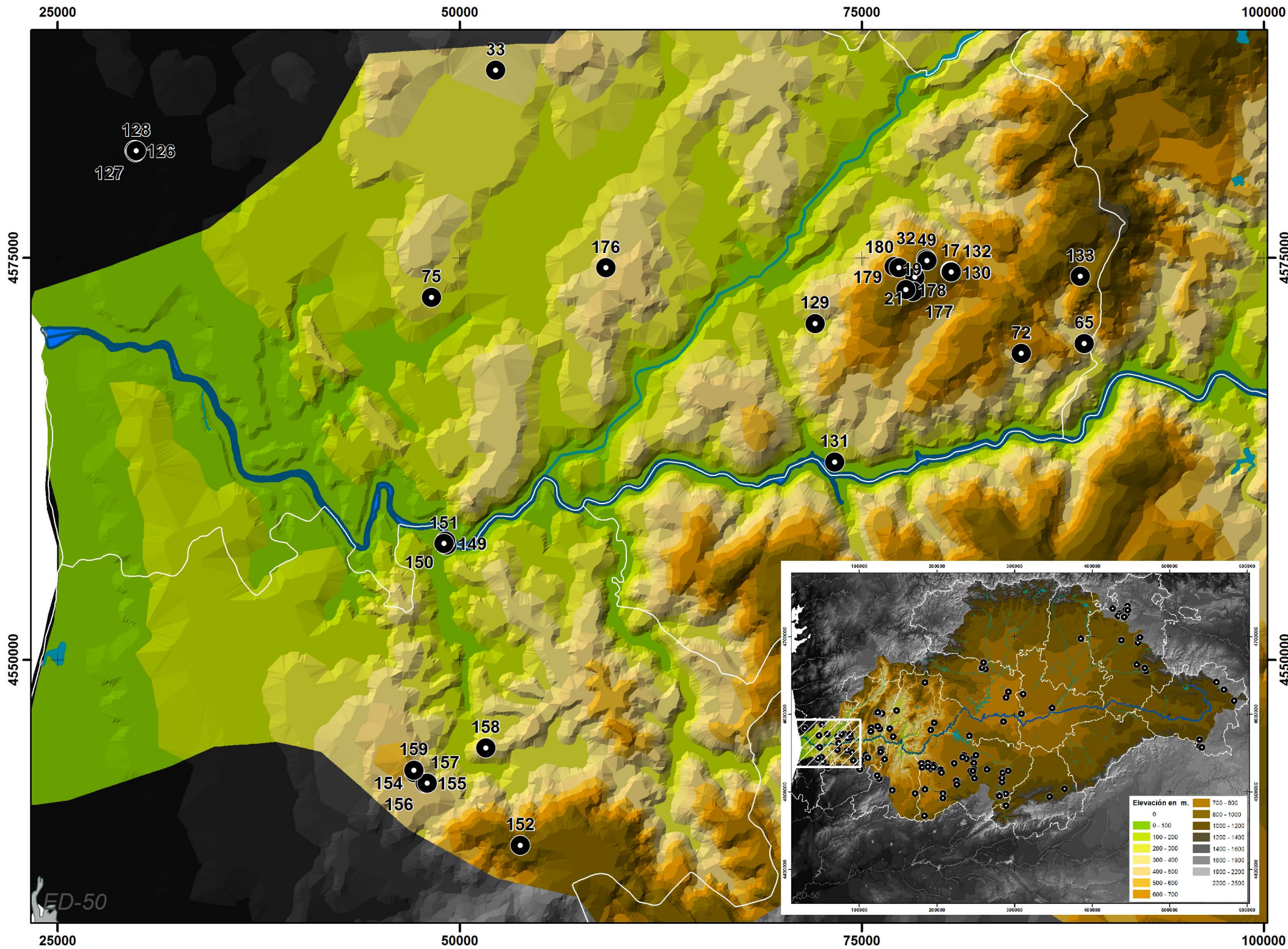


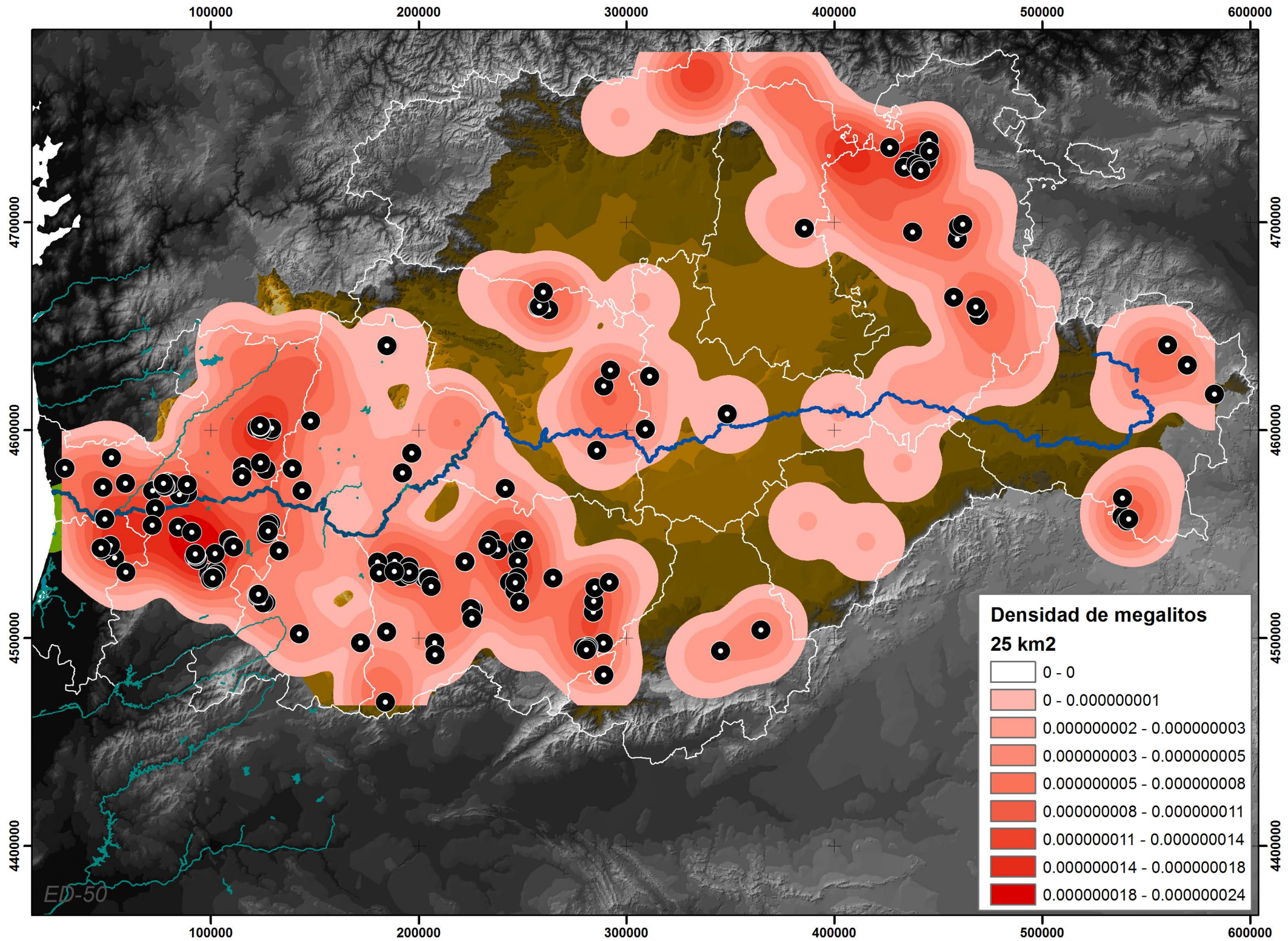


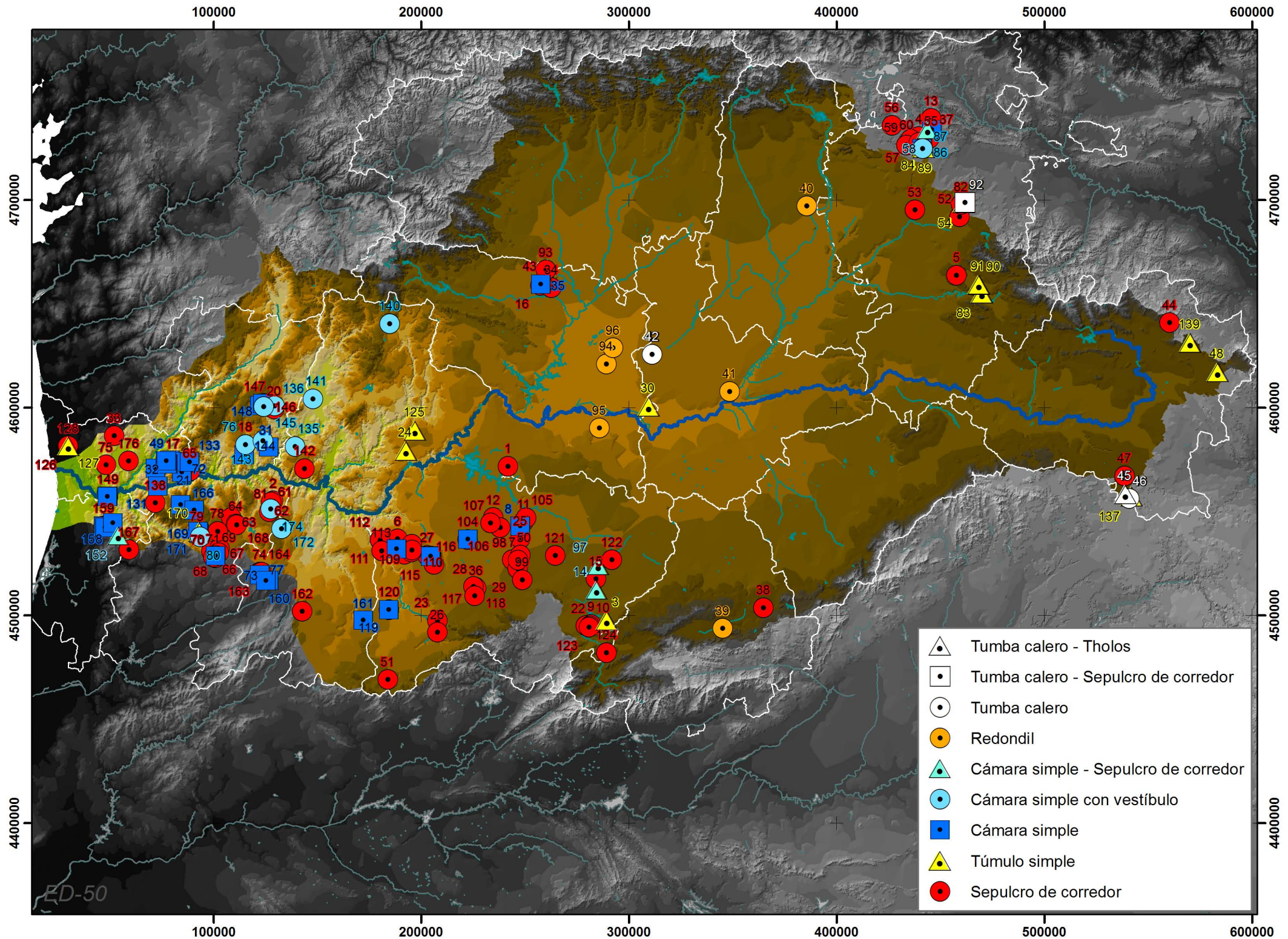


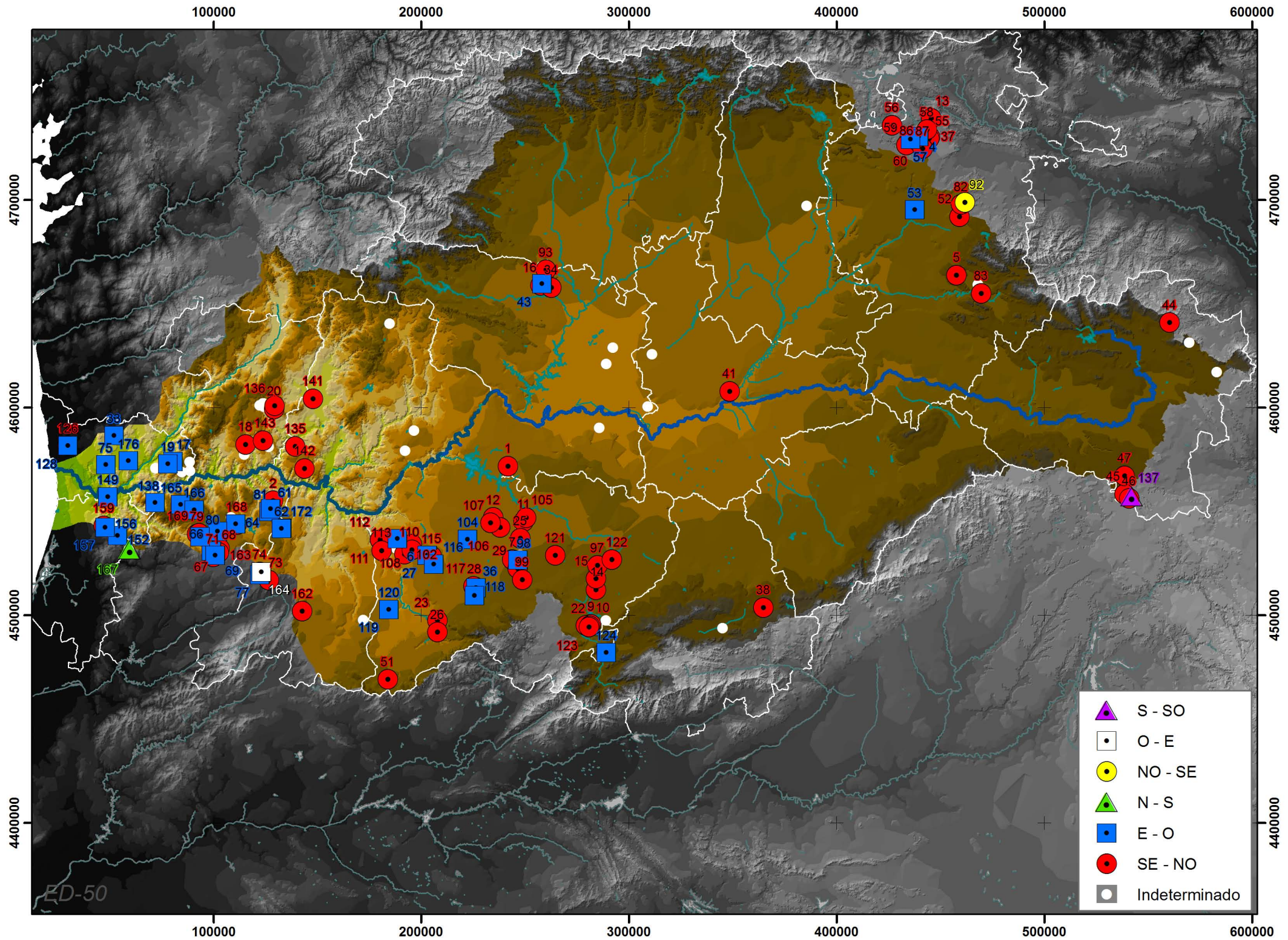


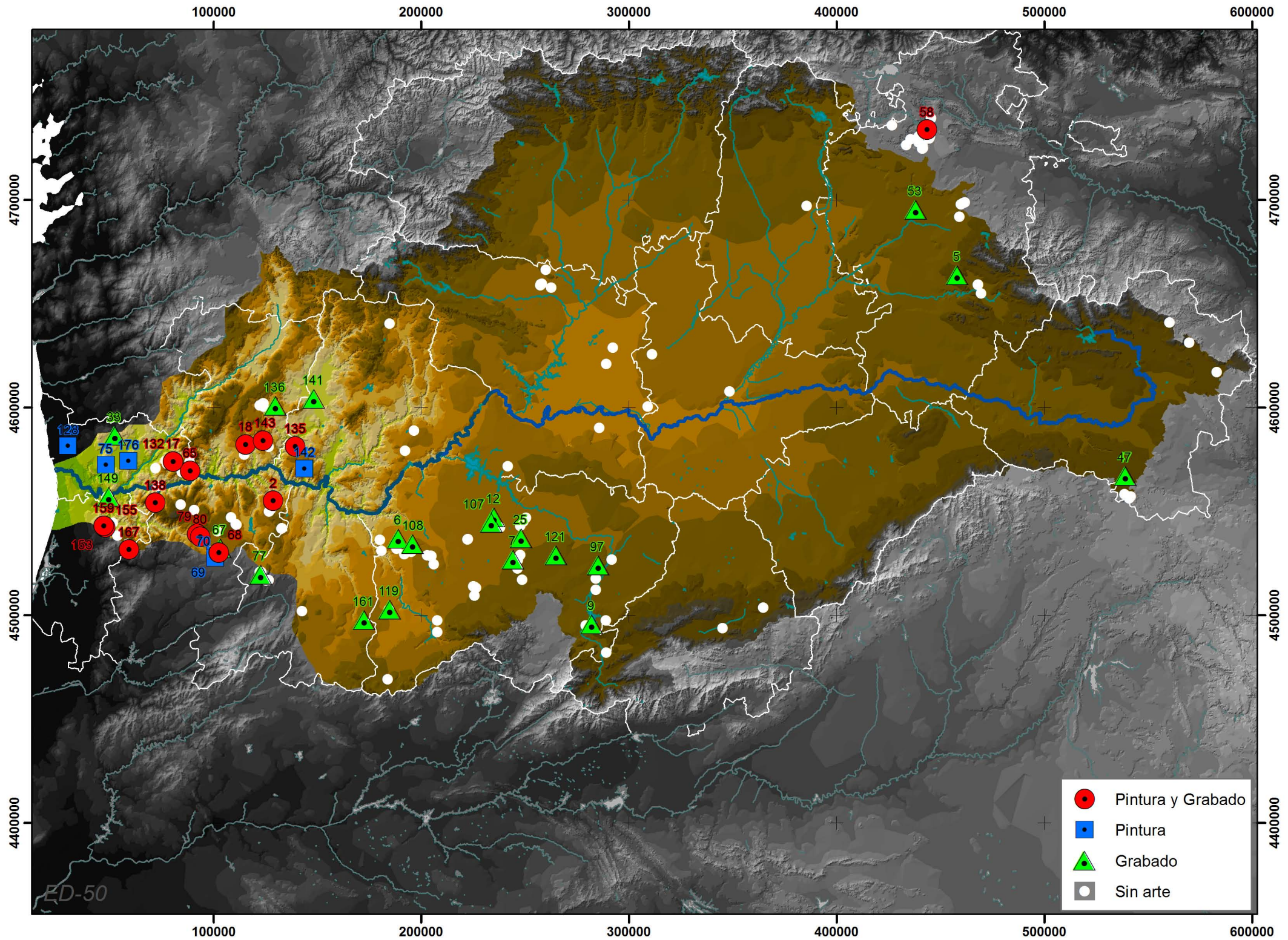


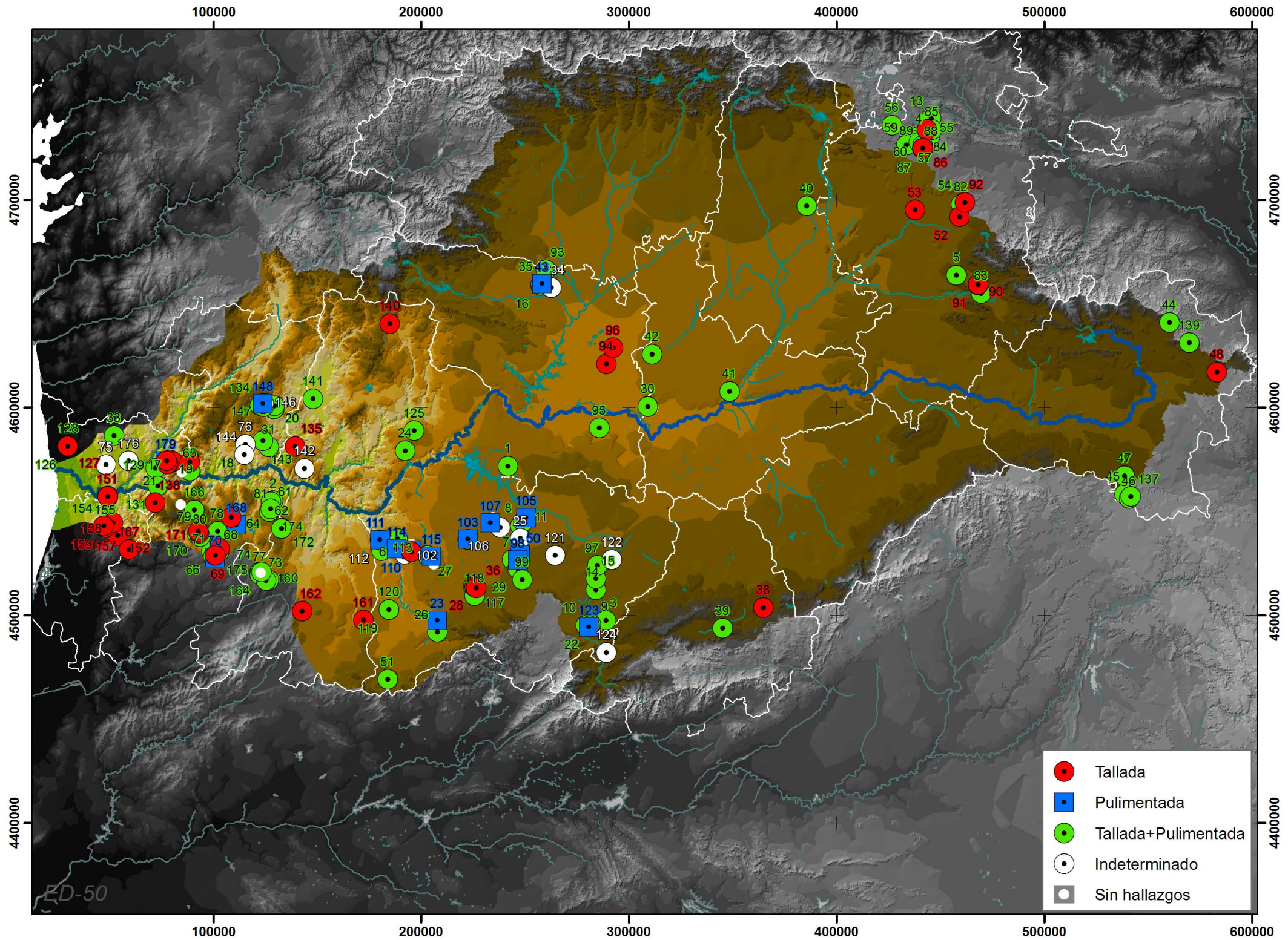


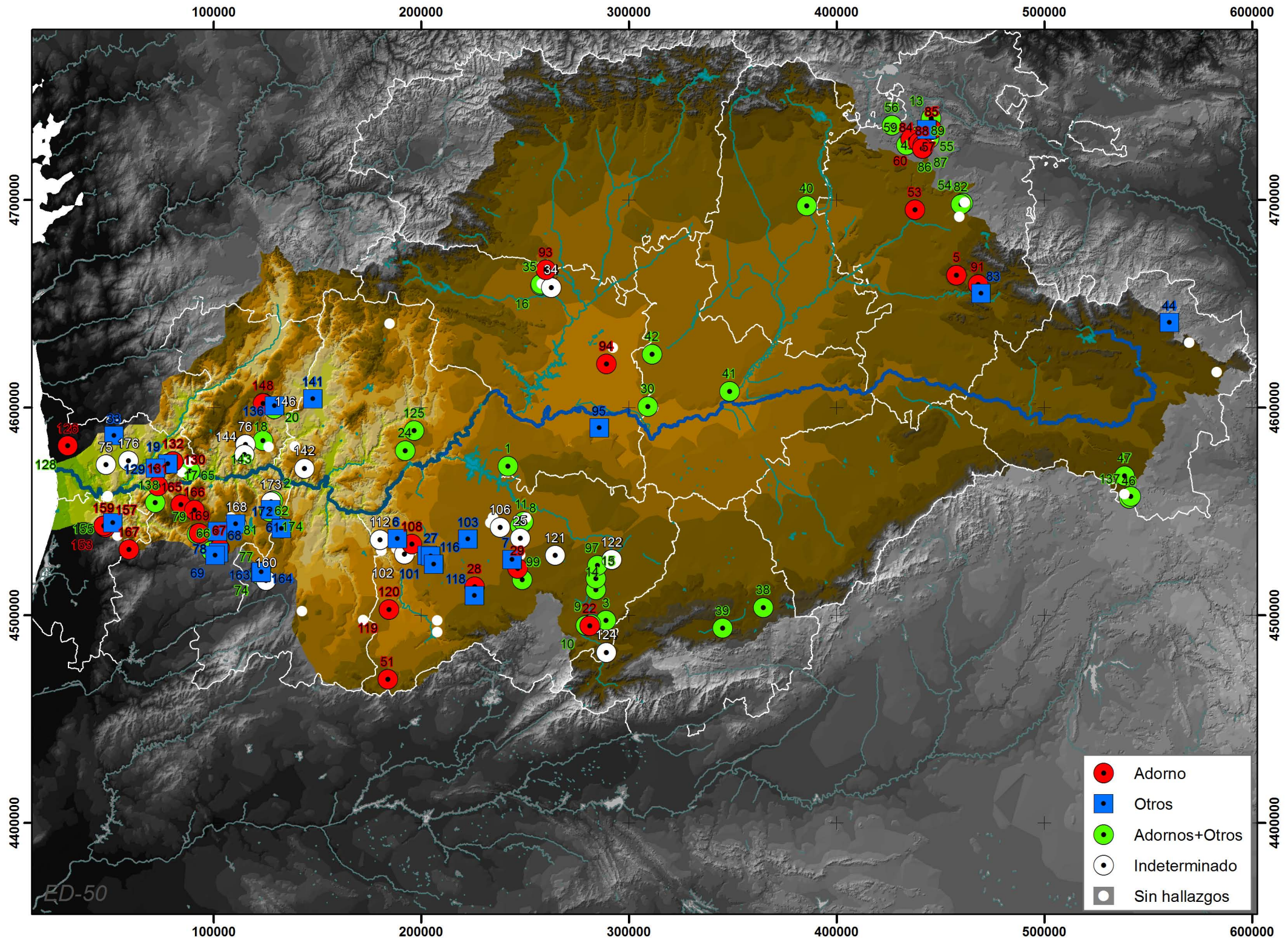


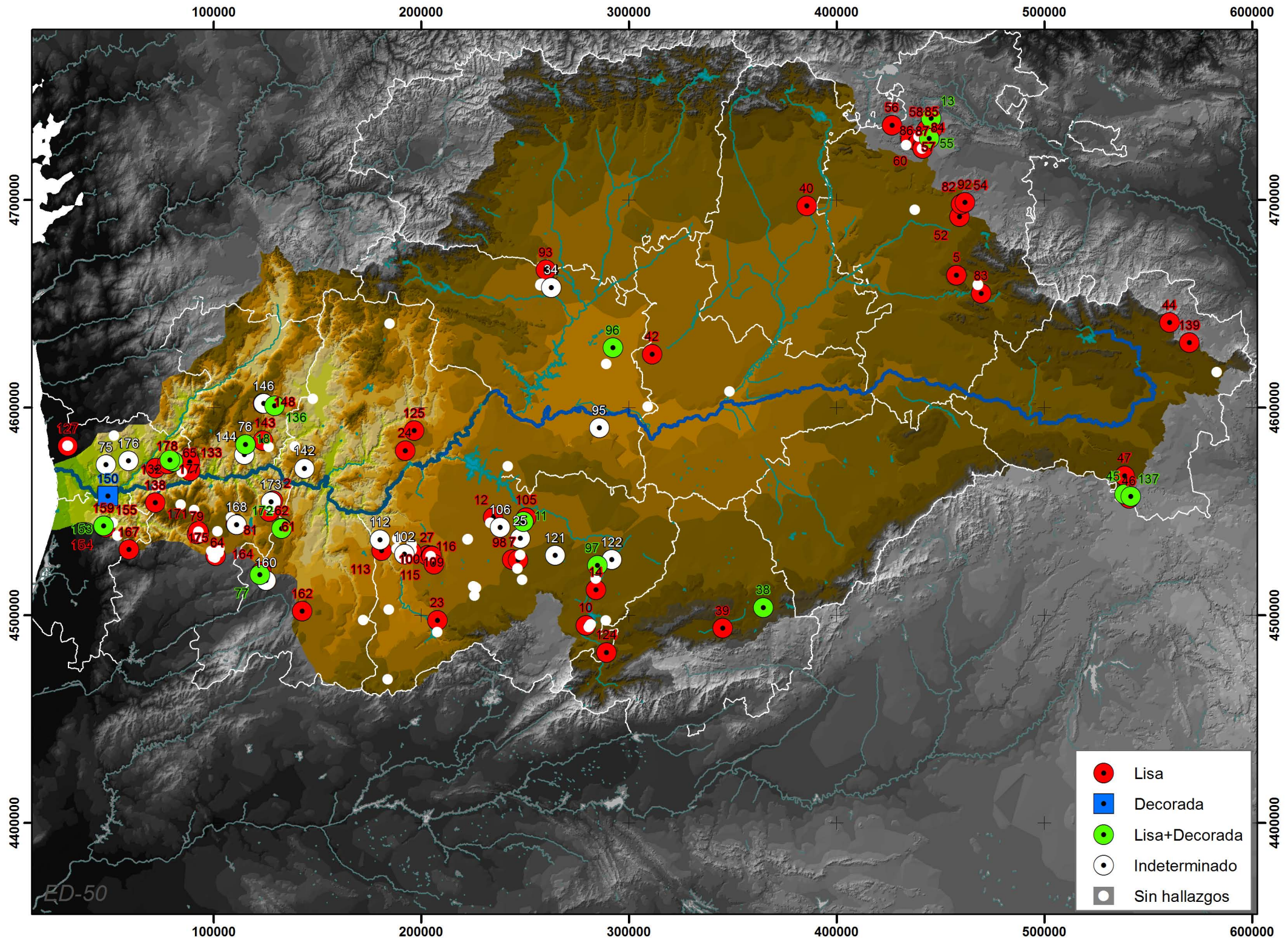


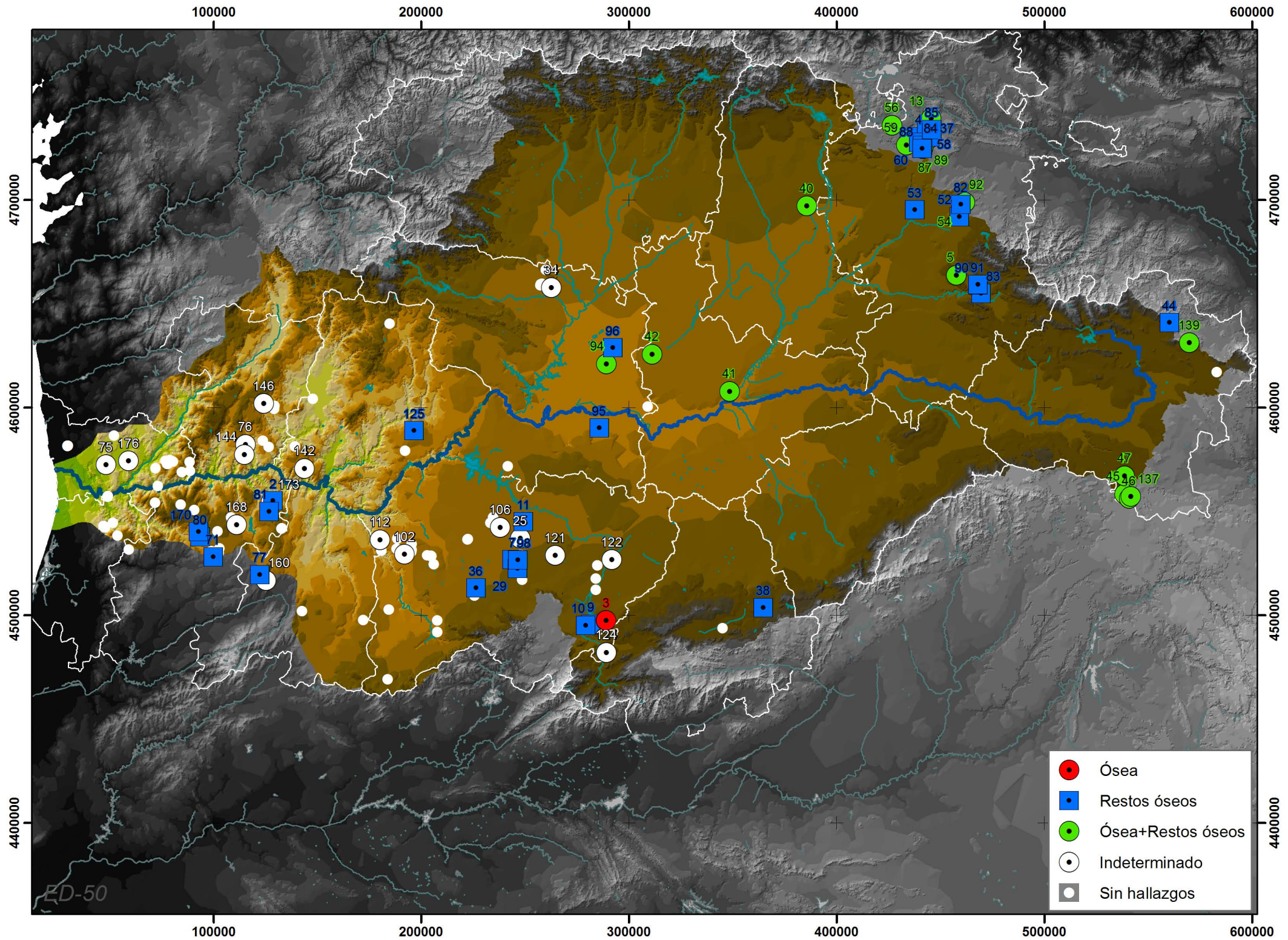


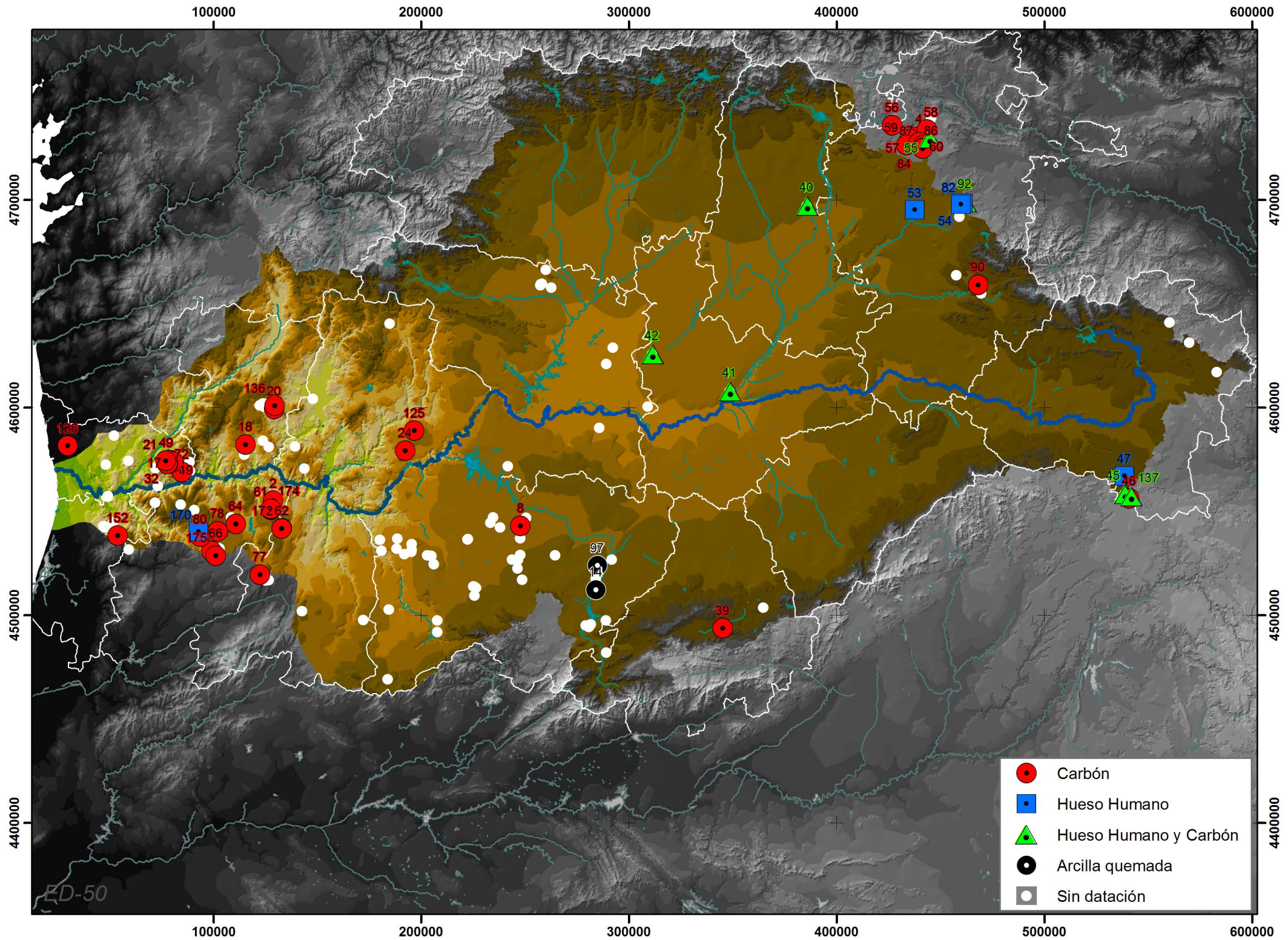


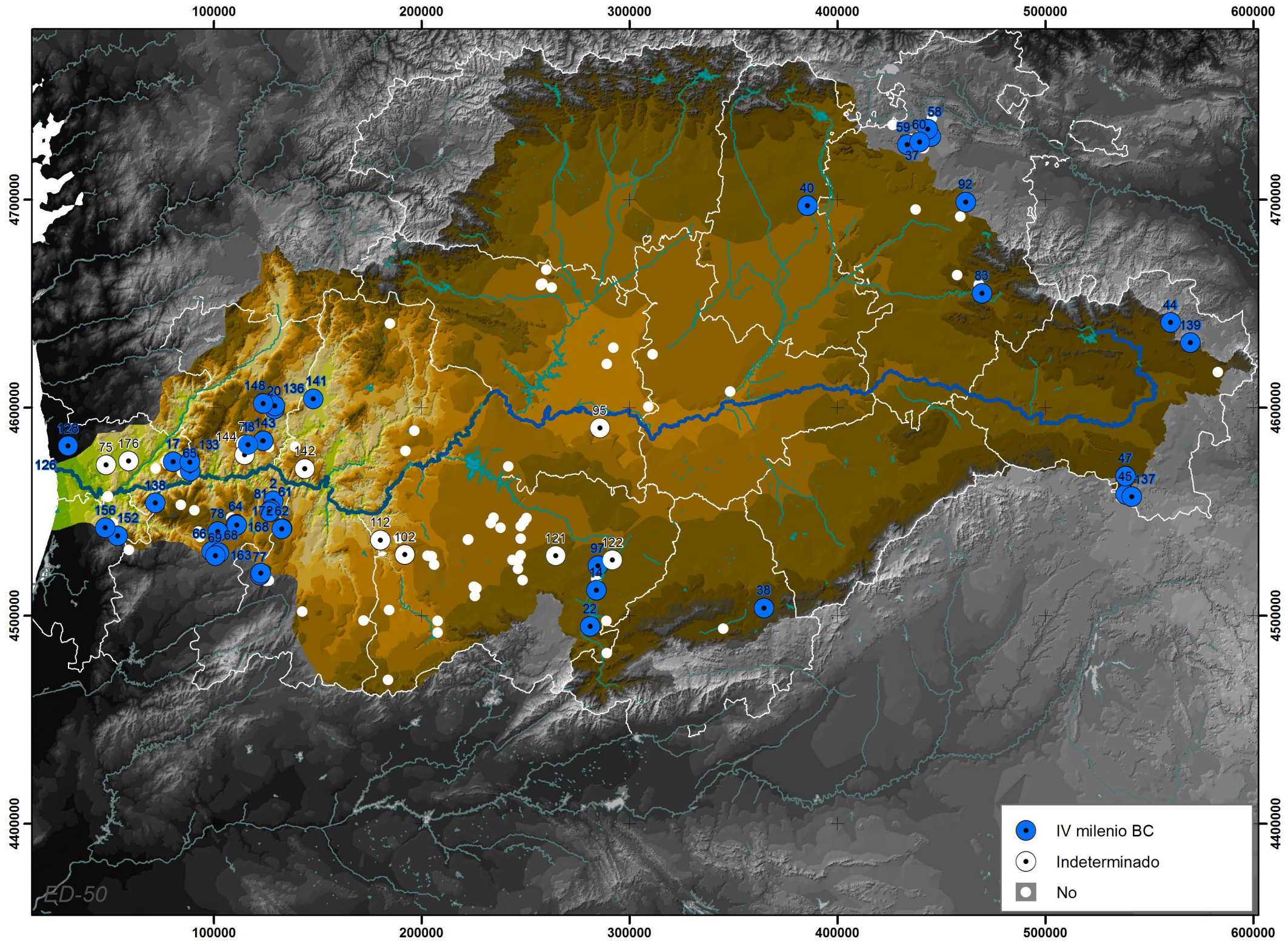




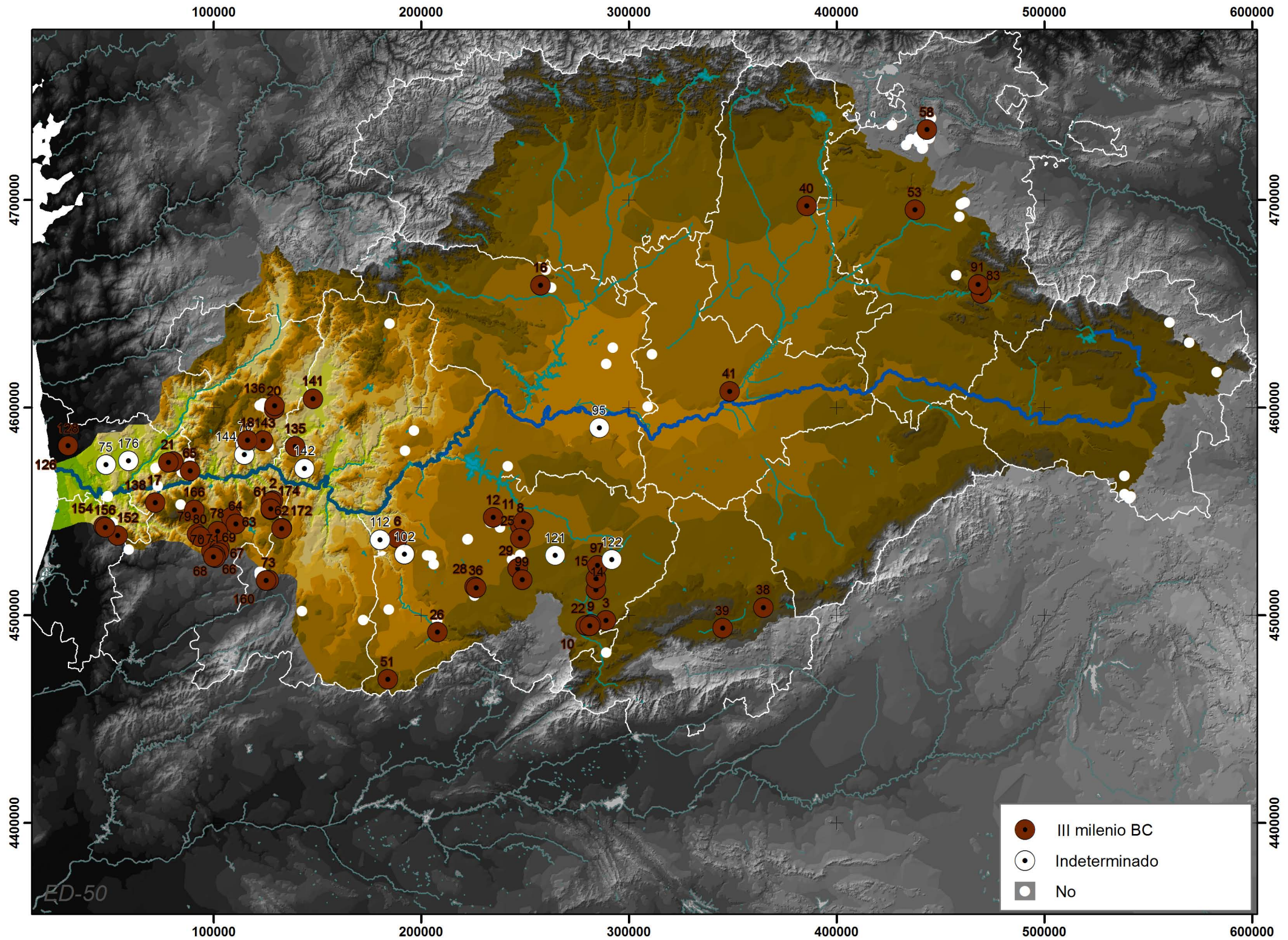


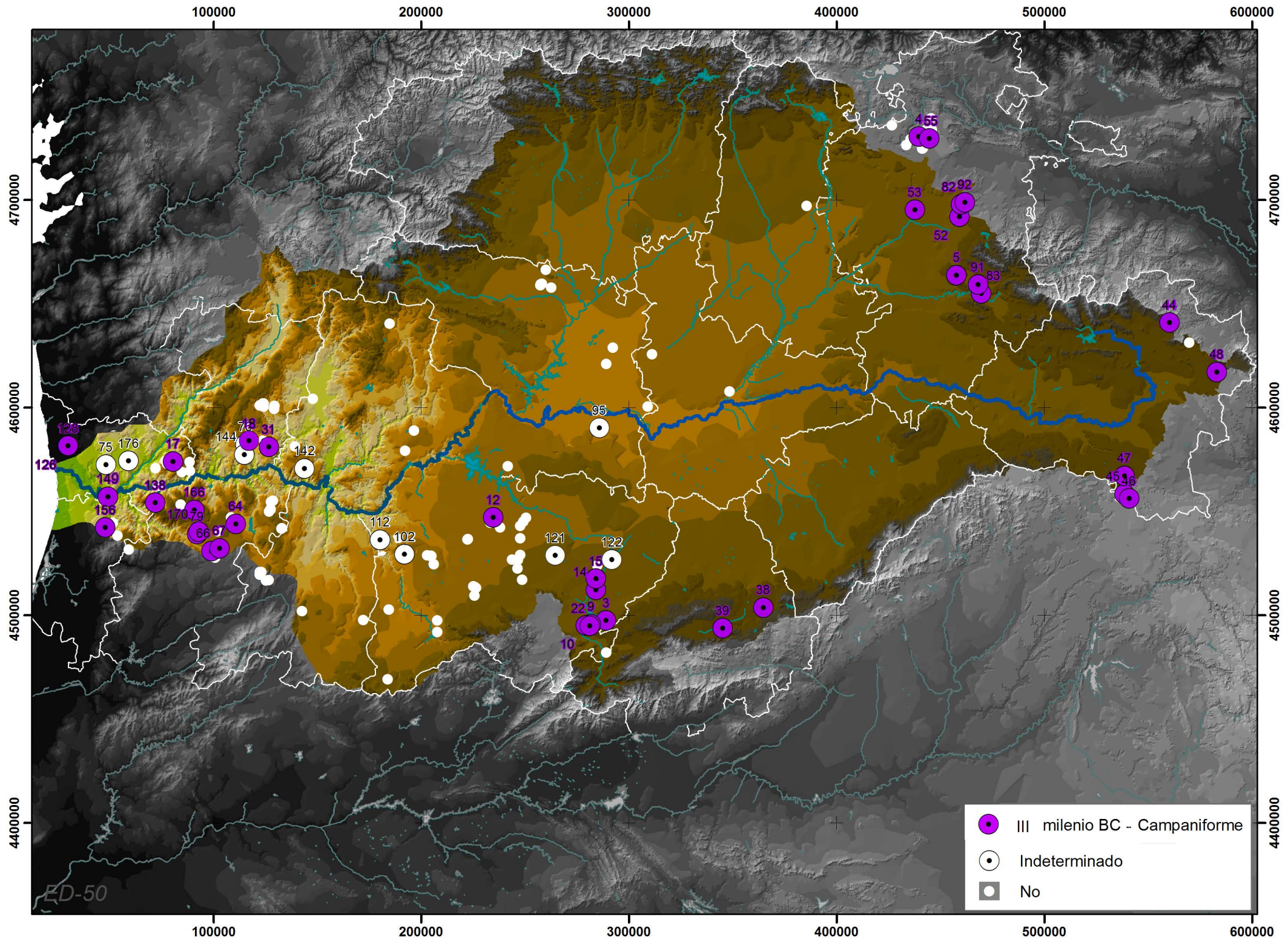


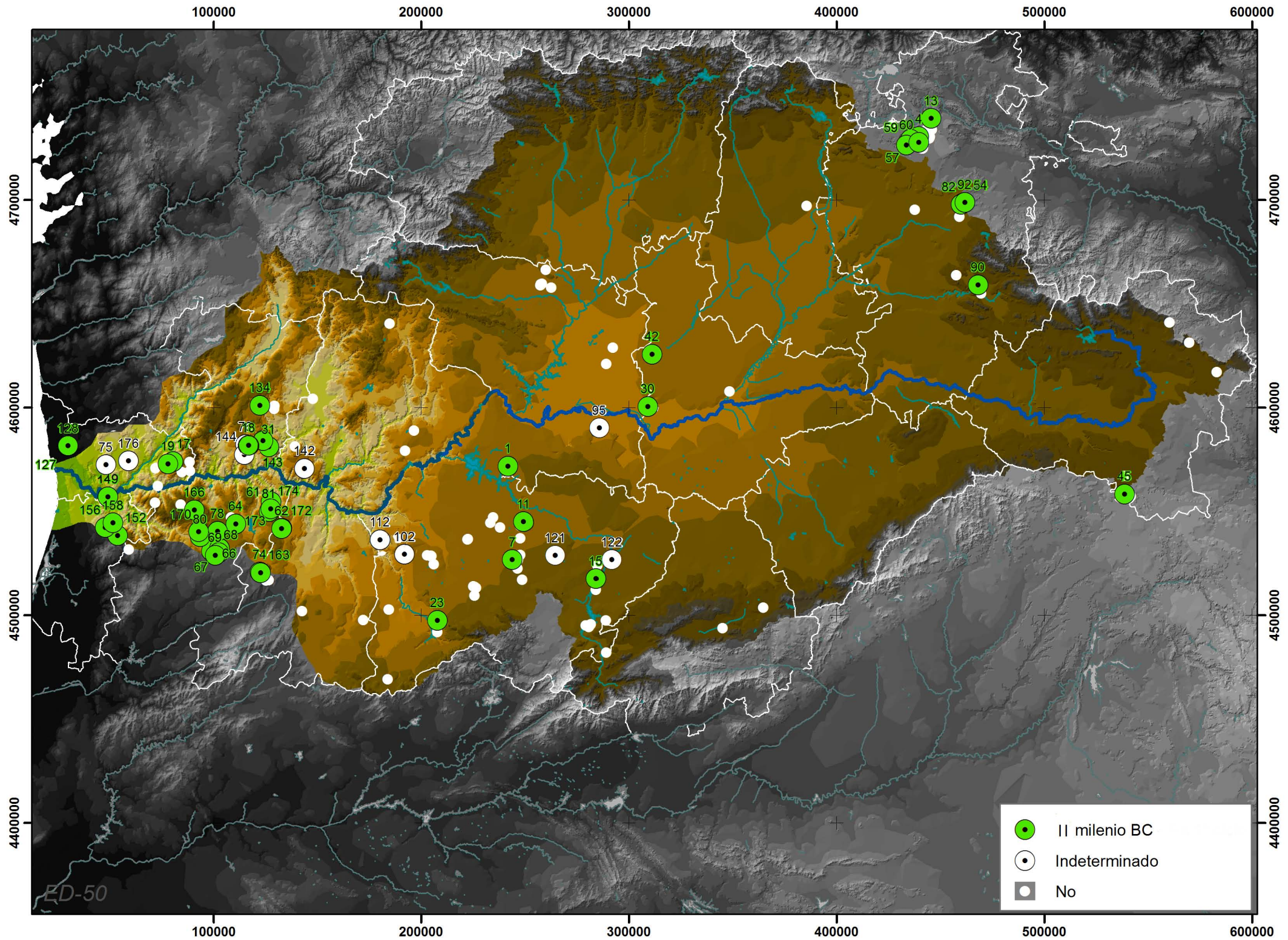


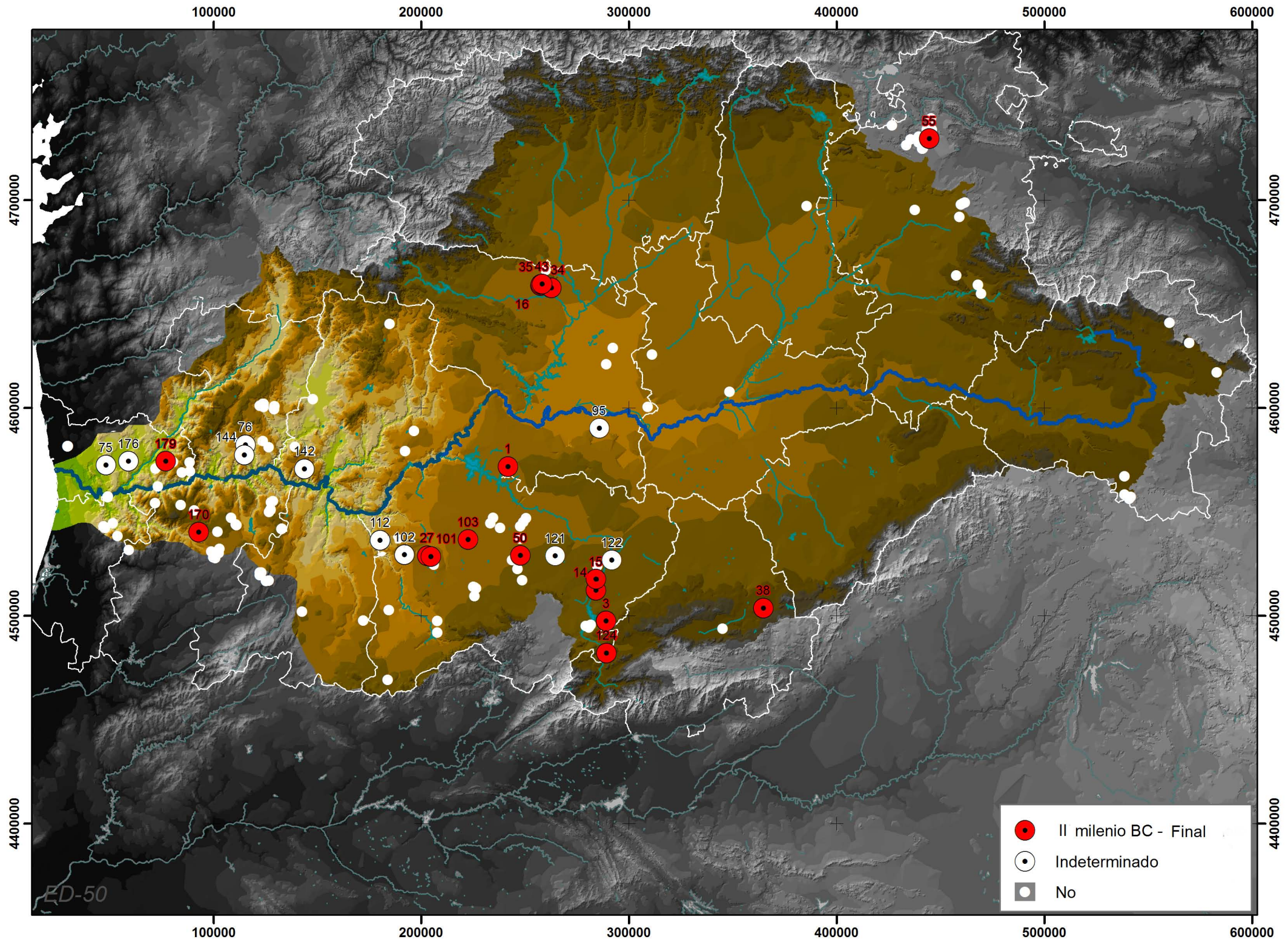


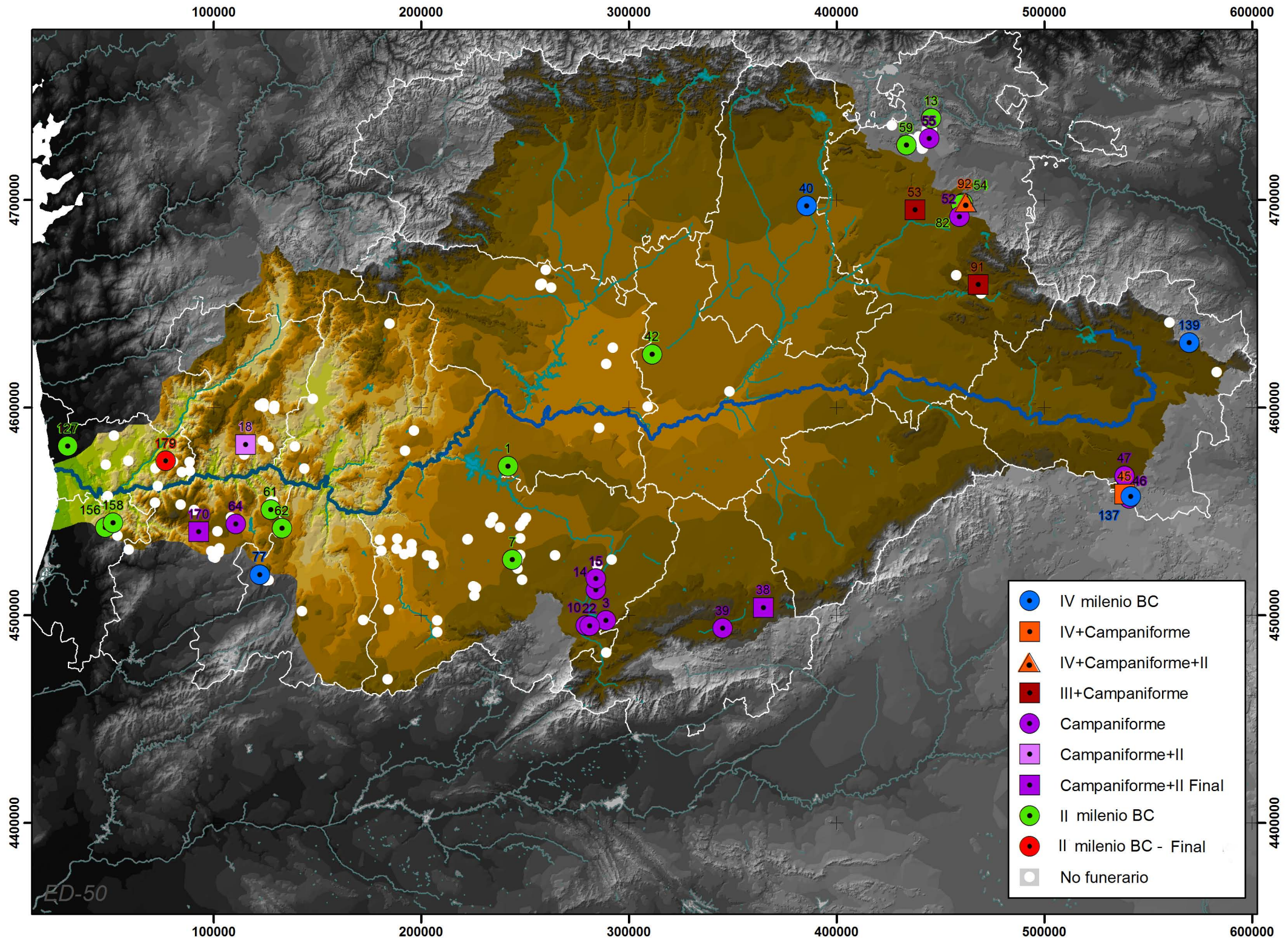
ED-50

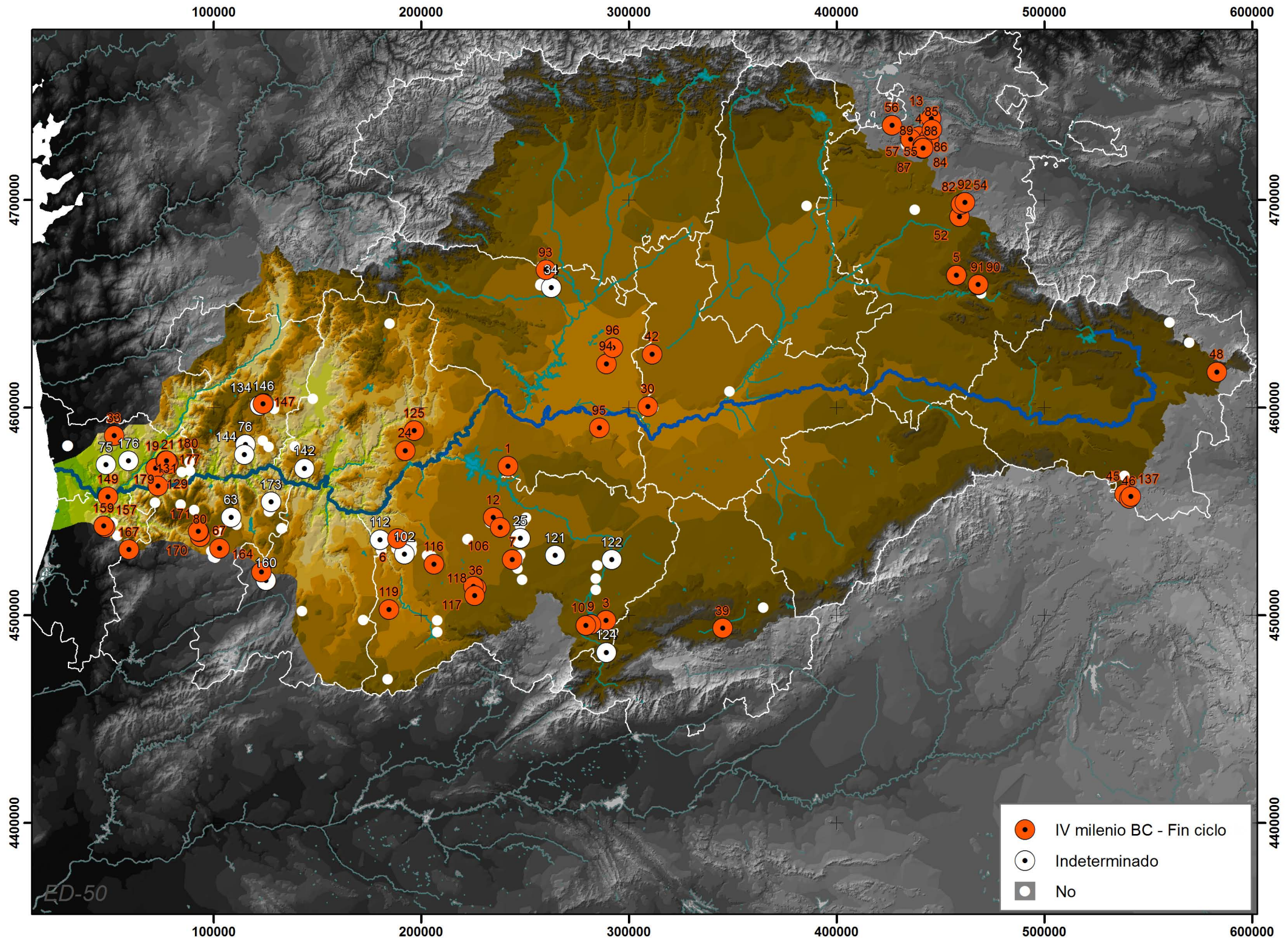












ANEXO 3

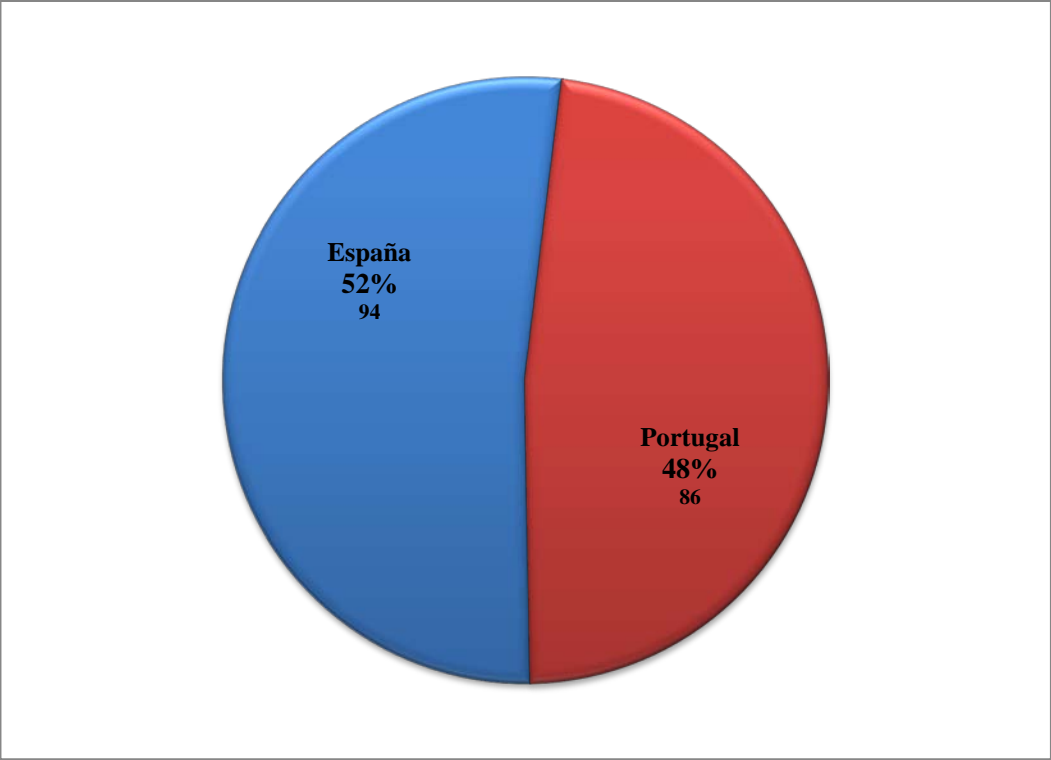
TABLAS

GRÁFICOS Y TABLAS

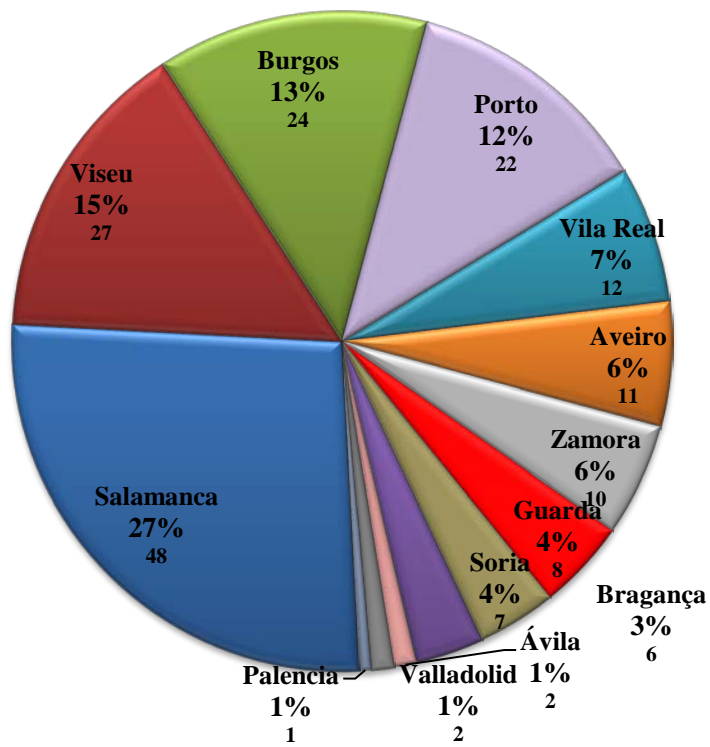
1-3

España
Portugal

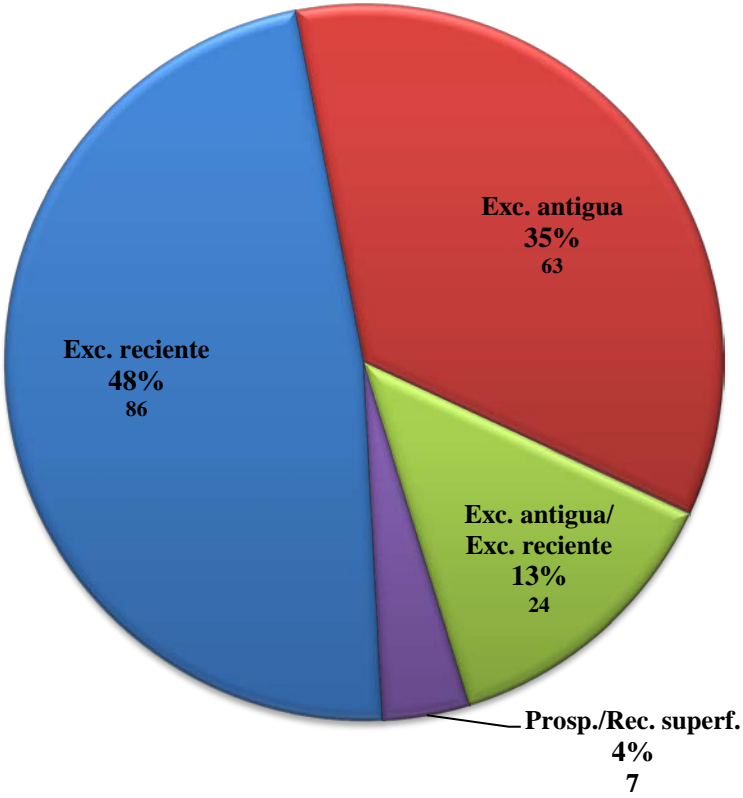
94
86



Salamanca	48
Viseu	27
Burgos	24
Porto	22
Vila Real	12
Aveiro	11
Zamora	10
Guarda	8
Soria	7
Bragança	6
Ávila	2
Valladolid	2
Palencia	1

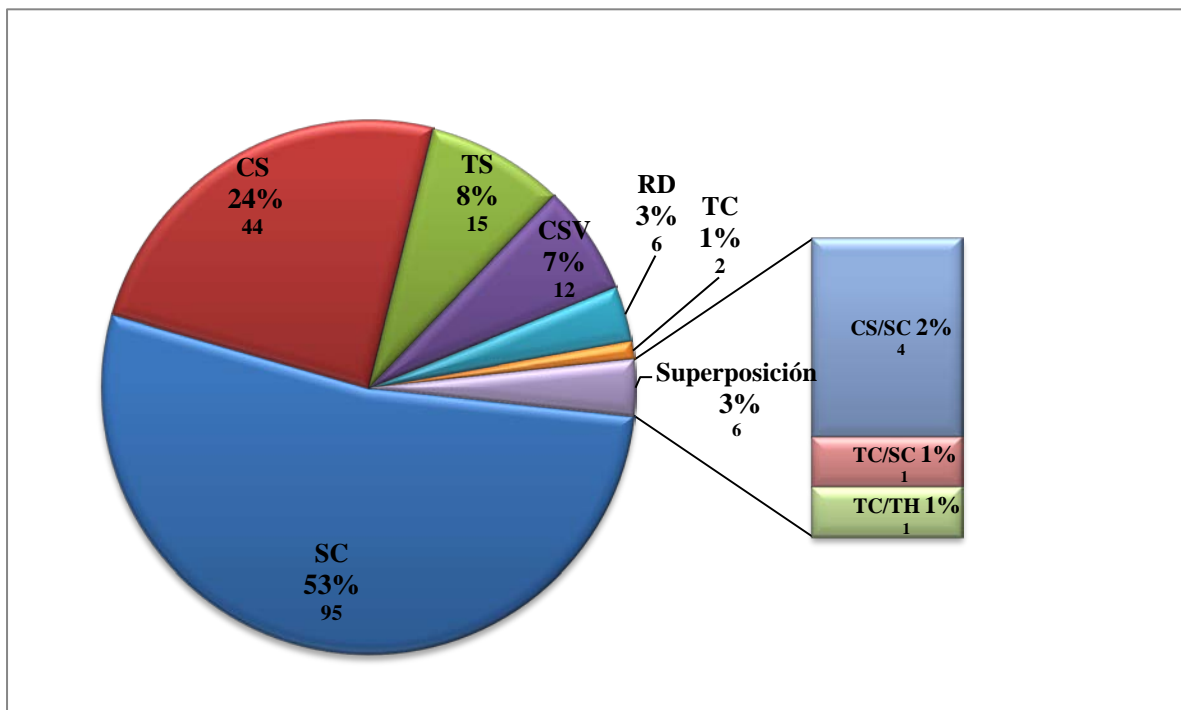


Excavación reciente	86
Excavación antigua	63
Excavación antigua/Excavación reciente	24
Prospección/Recogida superficial	7

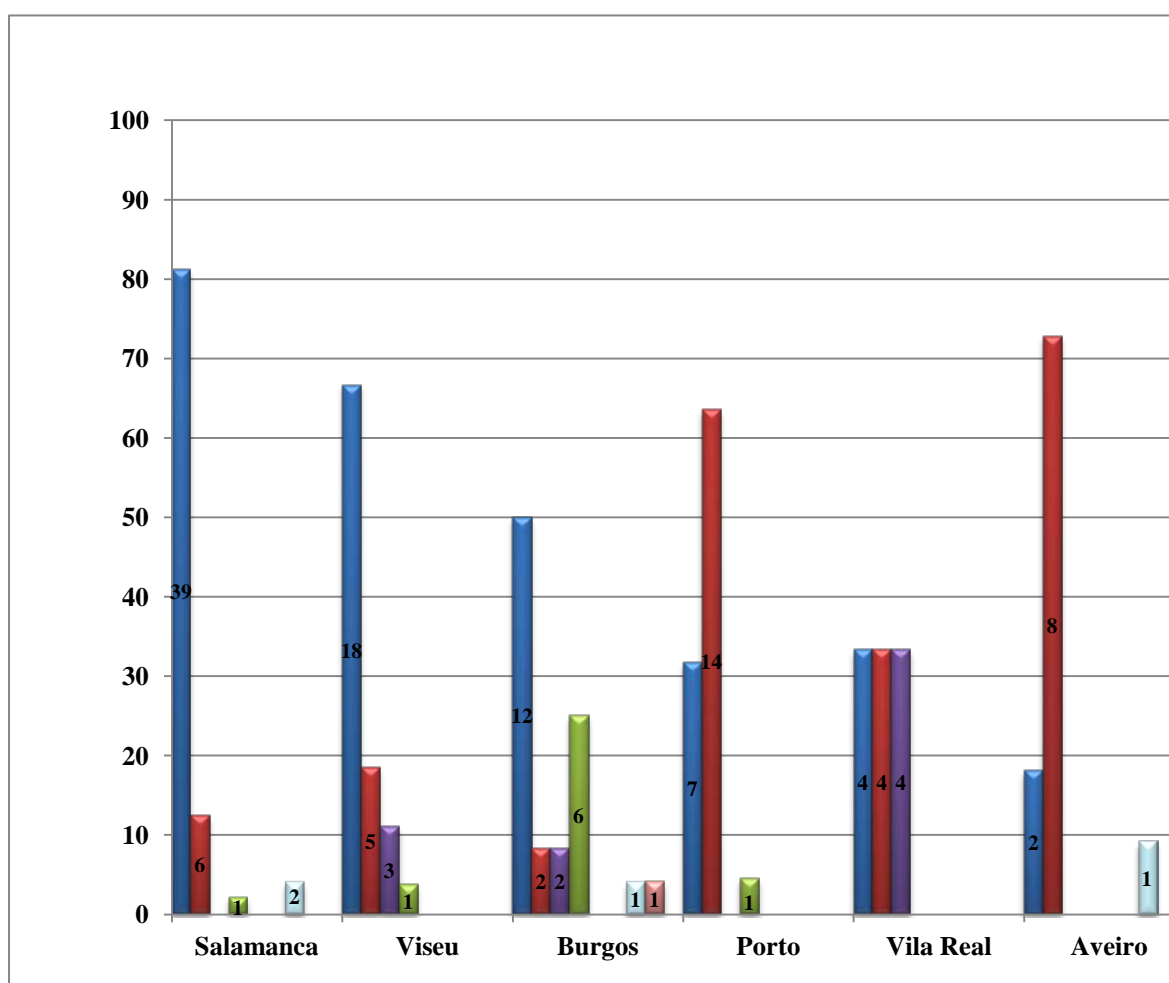


**GRÁFICOS Y
TABLAS
4-11 Y 15**

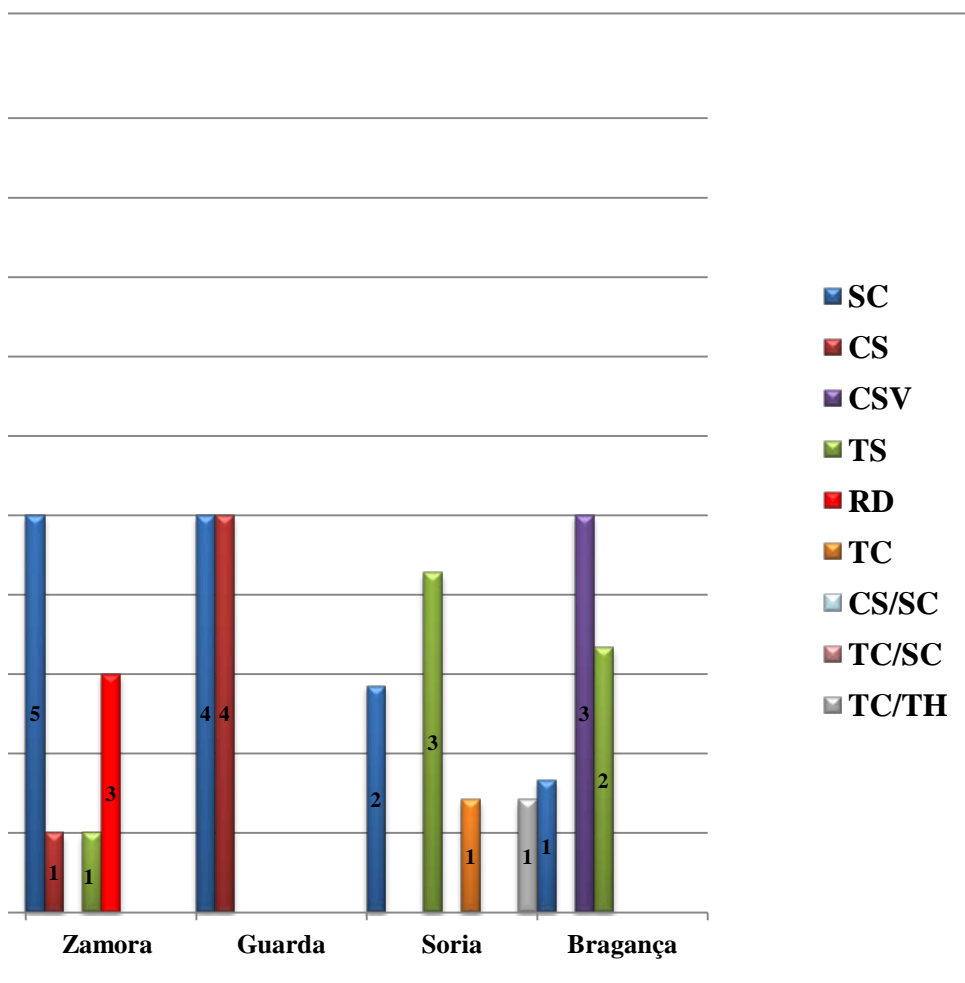
SC	95
CS	44
TS	15
CSV	12
RD	6
TC	2
CS/SC	4
TC/SC	1
TC/TH	1



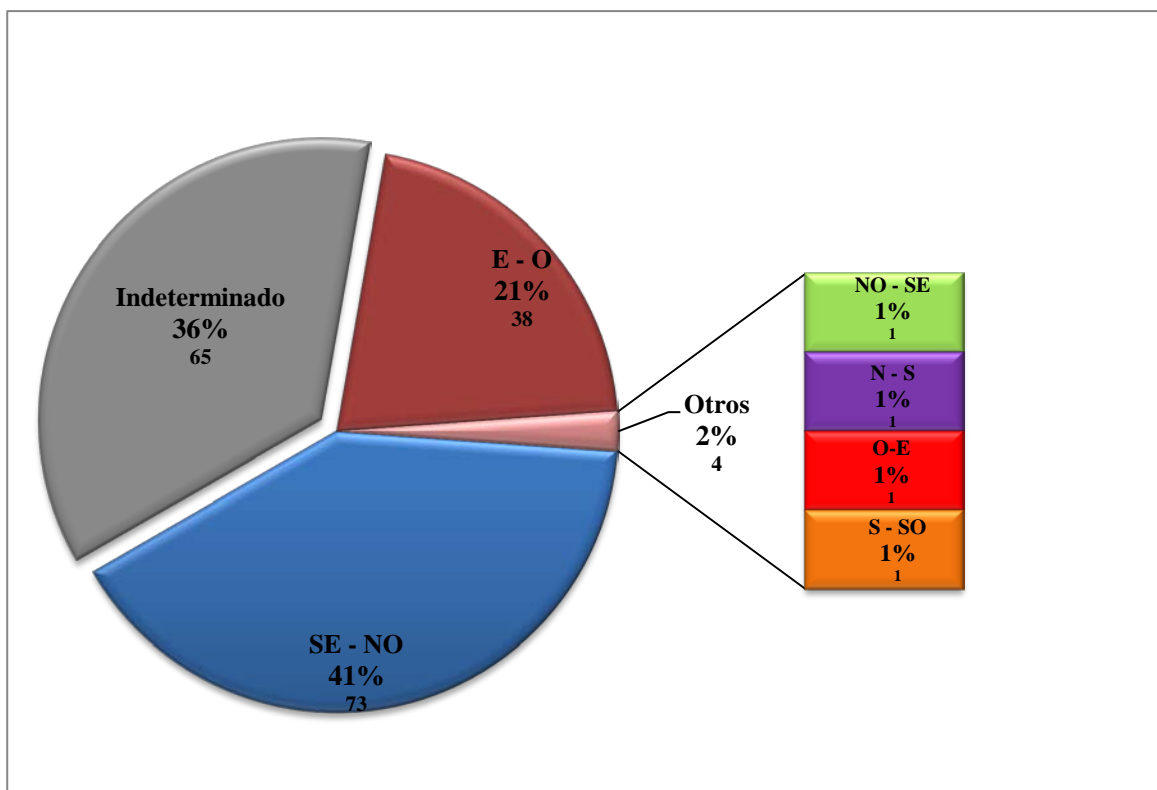
	SC	CS	CSV	TS	RD	TC	
Salamanca	81,25	12,5	0	0	2,1	0	0
Viseu	66,6	18,5	11,1	0	3,7	0	0
Burgos	50	8,3	8,3	0	25	0	0
Porto	31,8	63,6	0	0	4,5	0	0
Vila Real	33,3	33,3	33,3	0	0	0	0
Aveiro	18,1	72,7	0	0	0	0	0
Zamora	50	10	0	0	10	30	0
Guarda	50	50	0	0	0	0	0
Soria	28,5	0	0	0	42,8	0	14,2
Bragança	16,6	0	50	0	33,3	0	0
Ávila	50	0	0	0	0	50	0
Valladolid	0	0	0	0	0	50	50
Palencia	0	0	0	0	0	100	0
TOTAL	476,15	268,9	102,7	0	121,4	230	64,2



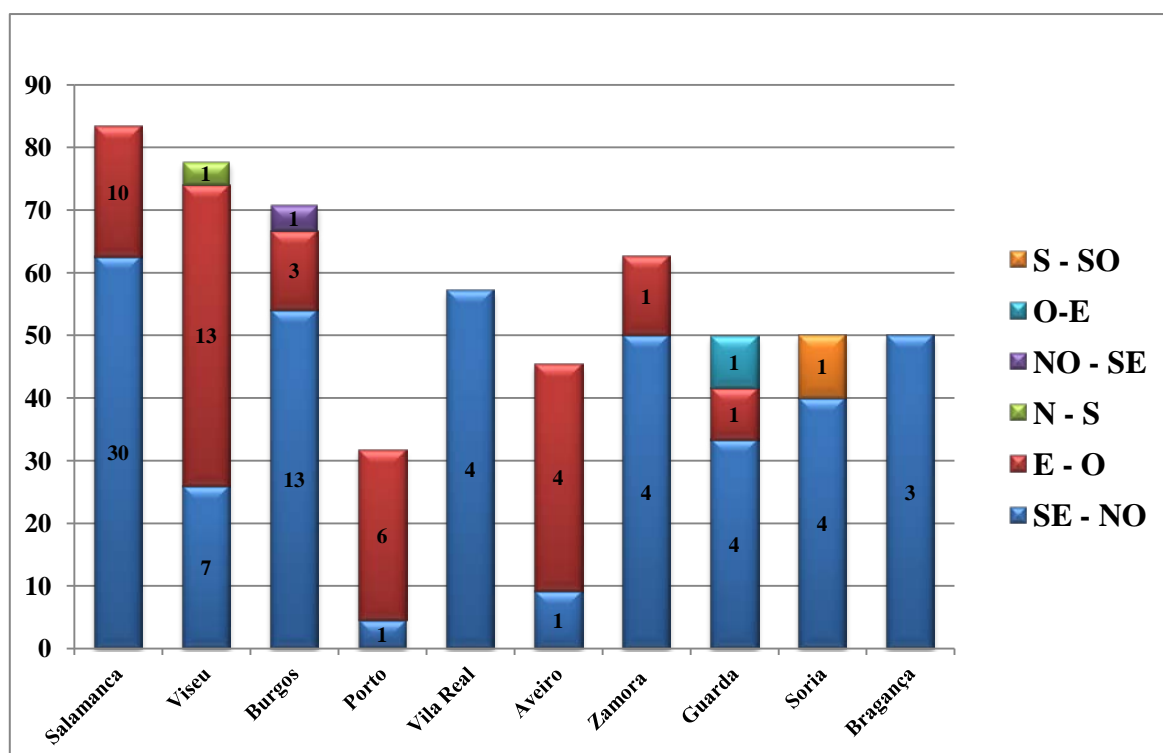
CS/SC	TC/SC	TC/TH	
4,1	0	0	0
0	0	0	0
4,1	4,1	0	0
0	0	0	0
0	0	0	0
9,1	0	0	0
0	0	0	0
0	0	0	0
0	0	14,2	0
0	0	0	0
0	0	0	0
0	0	0	0
17,3	4,1	14,2	



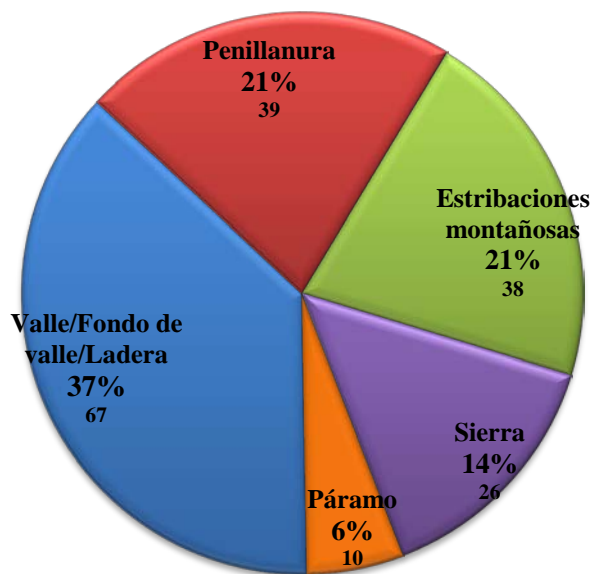
SE - NO	73
Indeterminado	65
E - O	38
N - S	1
NO - SE	1
O-E	1
S - SO	1



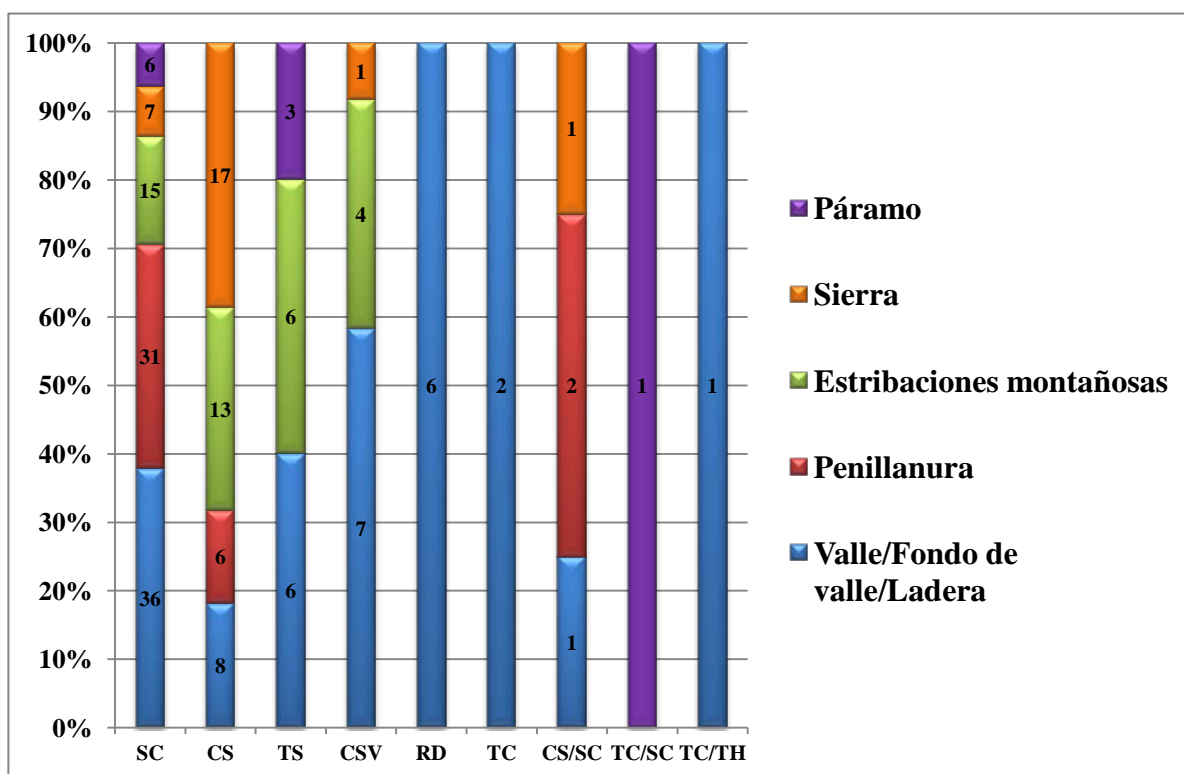
%	SE - NO	E - O	N - S	NO - SE	O-E	S - SO	Indeterminado
Salamanca	62,5	20,8	0	0	0	0	16,6
Viseu	25,9	48,1	3,7	0	0	0	22,2
Burgos	54,1	12,5	0	4,1	0	0	29,1
Porto	4,5	27,2	0	0	0	0	68,1
Vila Real	57,1	0	0	0	0	0	42,8
Aveiro	9,1	36,3	0	0	0	0	54,5
Zamora	50	12,5	0	0	0	0	37,5
Guarda	33,3	8,3	0	0	8,3	0	50
Soria	40	0	0	0	0	10	50
Bragança	50	0	0	0	0	0	50
Ávila	50	0	0	0	0	0	50
Valladolid	50	0	0	0	0	0	50
Palencia	0	0	0	0	0	0	100
TOTAL	486,5	165,7	3,7	4,1	8,3	10	



Valle/Fondo de valle/Ladera	67
Penillanura	39
Estribaciones montañosas	38
Sierra	26
Páramo	10

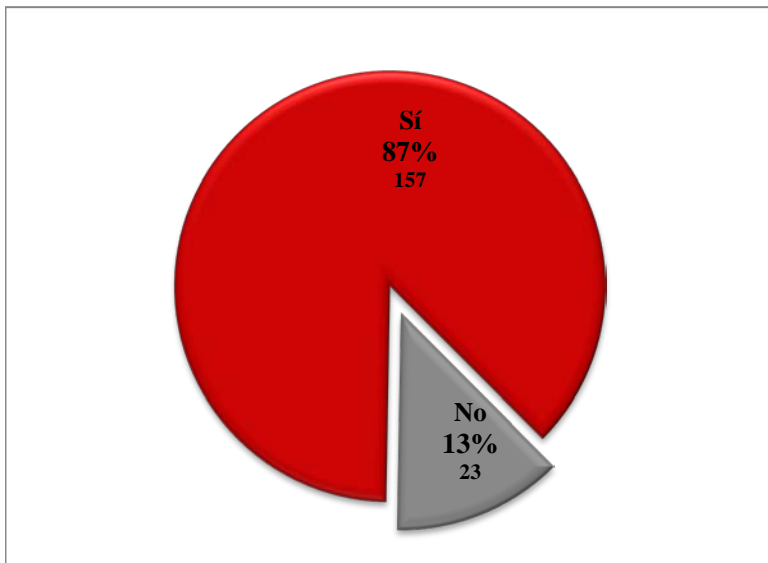


	Valle/Fondo de valle/Ladera	Penillanura	Estribaciones montañosas	Sierra	Páramo
SC	37,8	32,6	15,7	7,3	6,3
CS	18,1	13,6	29,5	38,6	0
TS	40	0	40	0	20
CSV	58,3	0	33,3	8,3	0
RD	100	0	0	0	0
TC	100	0	0	0	0
CS/SC	25	50	0	25	0
TC/SC	0	0	0	0	100
TC/TH	100	0	0	0	0
TOTAL	479,2	96,2	118,5	79,2	126,3

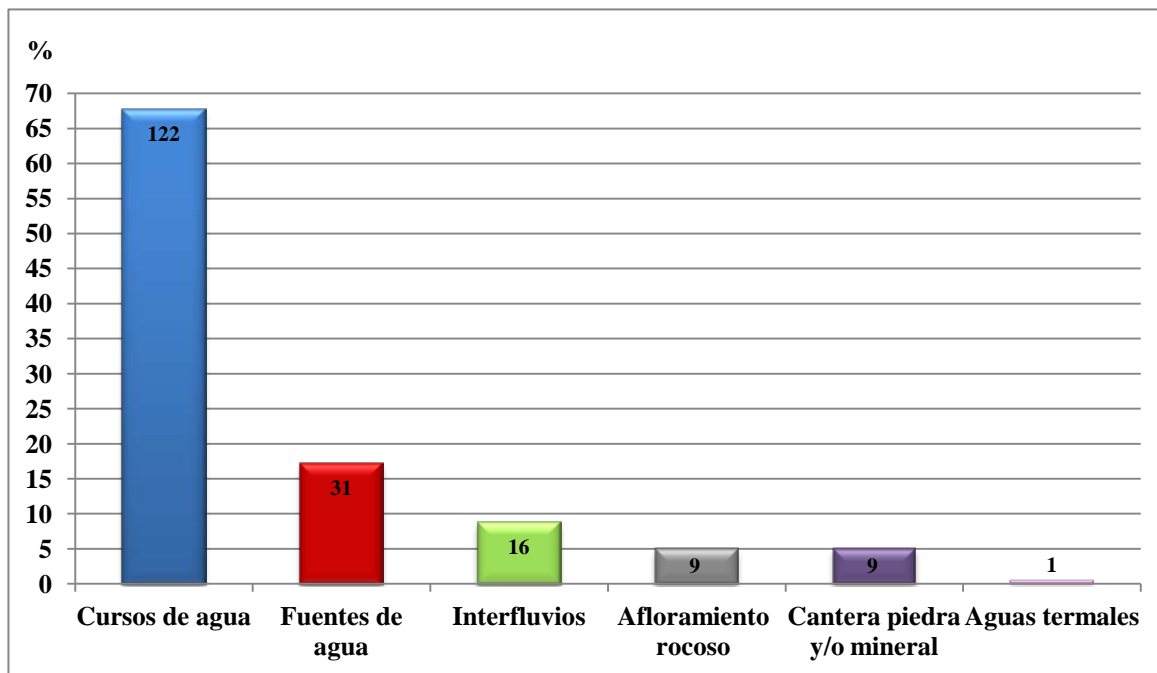


Sí
No

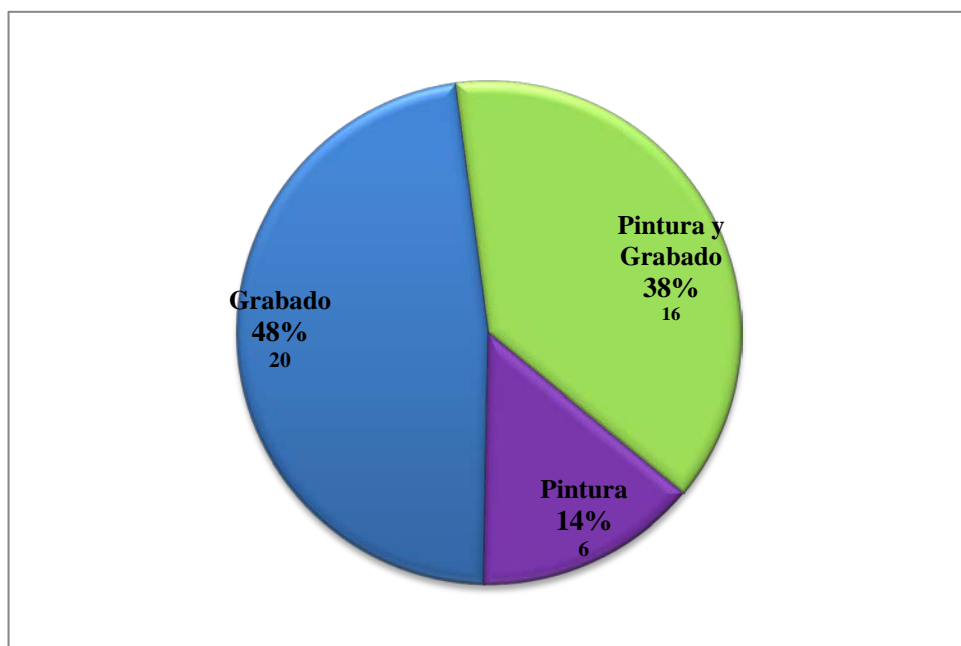
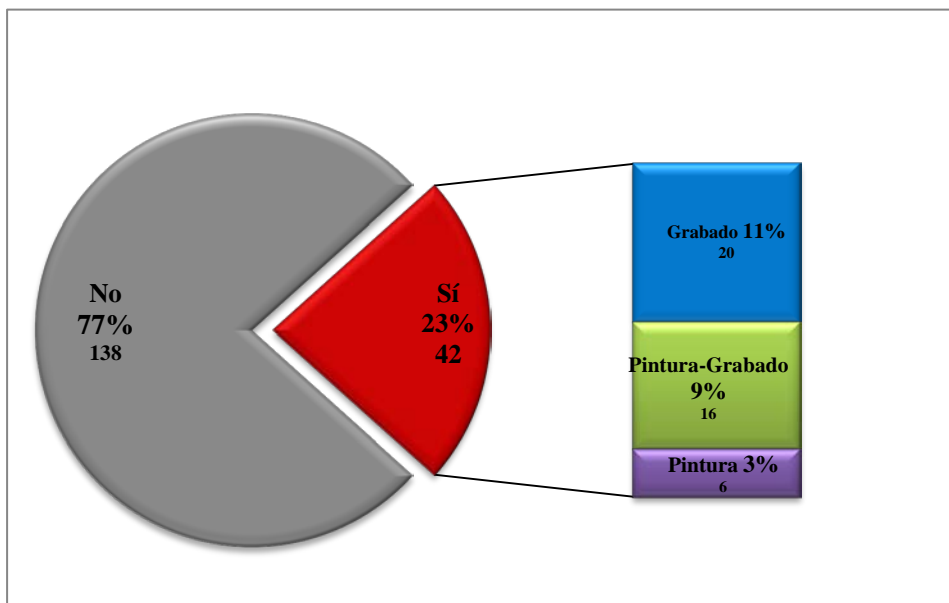
157
23



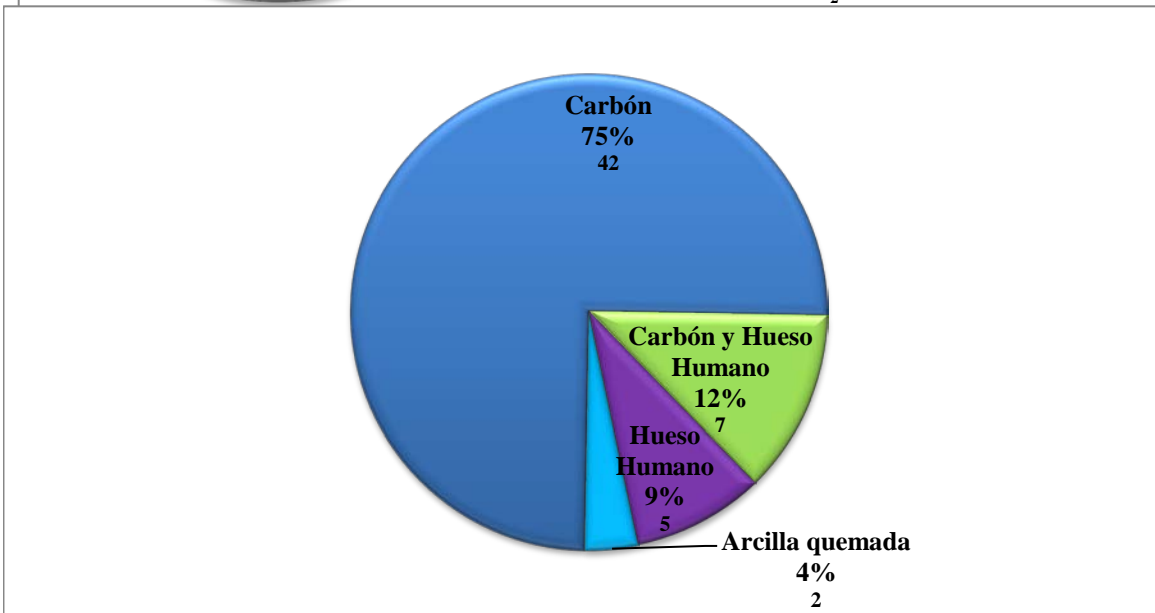
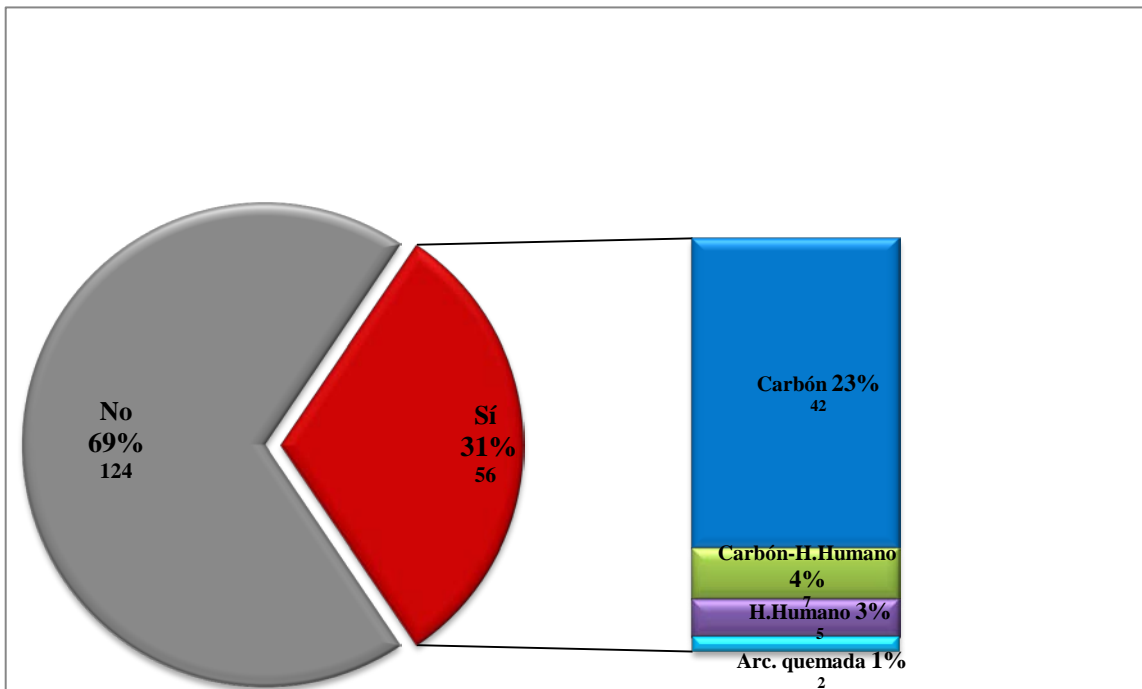
	%	Nº Casos
Cursos de agua	67,7	122
Fuentes de agua	17,2	31
Interfluvios	8,8	16
Afloramiento rocoso	5	9
Cantera piedra y/o mineral	5	9
Aguas termales	0,5	1



No	138
Grabado	20
Pintura y Grat	16
Pintura	6



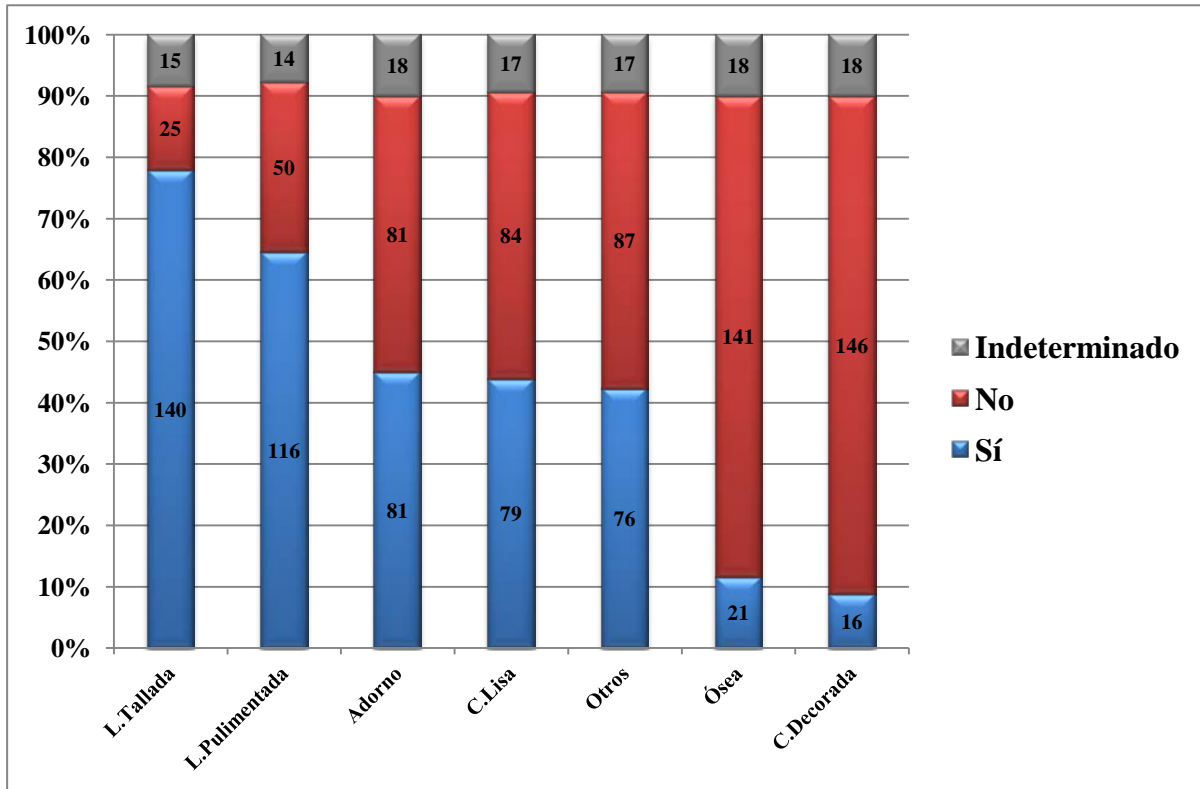
No	124
Carbón	42
Carbón y Hueso Humano	7
Hueso Humano	5
Arcilla quemada	2



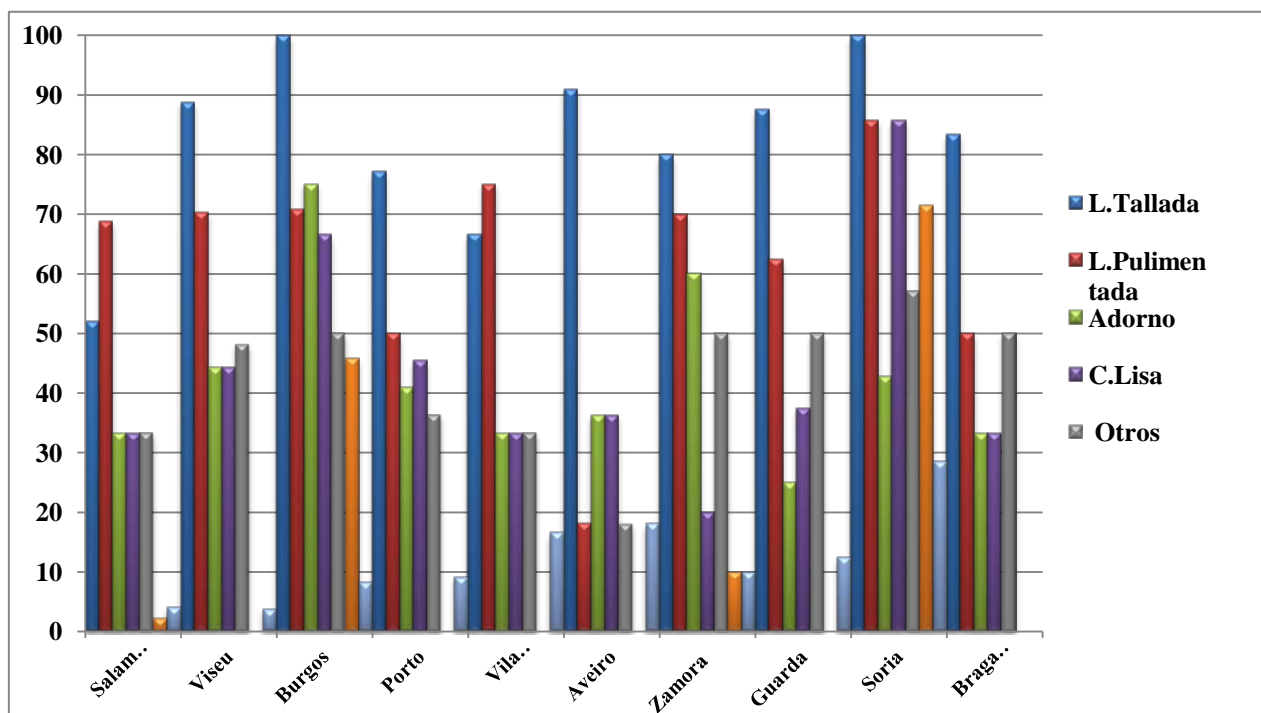
GRÁFICOS Y TABLAS

12-14

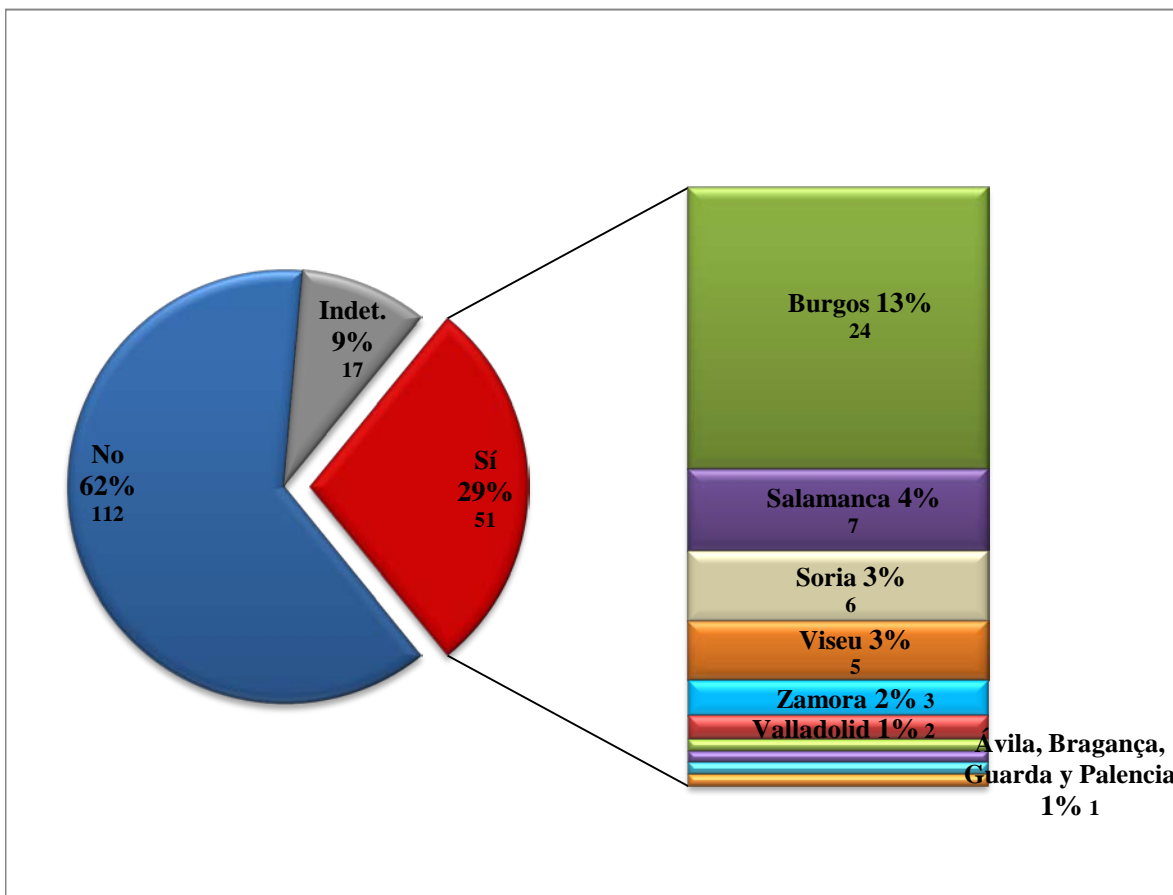
%	Sí	No	Indeterminado
L.Tallada	77,7	13,8	8,3
L.Pulimentada	64,4	27,7	7,7
Adorno	45	45	10
C.Lisa	43,8	46,6	9,4
Otros	42,2	48,3	9,4
Ósea	11,6	78,3	10
C.Decorada	8,8	81,1	10



	L.Tallada	L.Pulimenta Adorno	C.Lisa	Otros	Ósea	C.Decorada	
Salamanca	52,1	68,75	33,3	33,3	33,3	2,1	4,1
Viseu	88,8	70,3	44,4	44,4	48,1	0	3,7
Burgos	100	70,8	75	66,6	50	45,8	8,3
Porto	77,2	50	40,9	45,4	36,3	0	9,1
Vila Real	66,6	75	33,3	33,3	33,3	0	16,6
Aveiro	90,9	18,1	36,3	36,3	18,1	0	18,1
Zamora	80	70	60	20	50	10	10
Guarda	87,5	62,5	25	37,5	50	0	12,5
Soria	100	85,7	42,8	85,7	57,1	71,4	28,5
Bragança	83,3	50	33,3	33,3	50	0	0
Ávila	100	50	100	100	100	0	50
Valladolid	100	100	100	50	100	100	0
Palencia	100	100	100	100	100	100	0



No	112
Indeterminad	17
Burgos	24
Salamanca	7
Soria	6
Viseu	5
Zamora	3
Valladolid	2
Ávila	1
Bragança	1
Guarda	1
Palencia	1

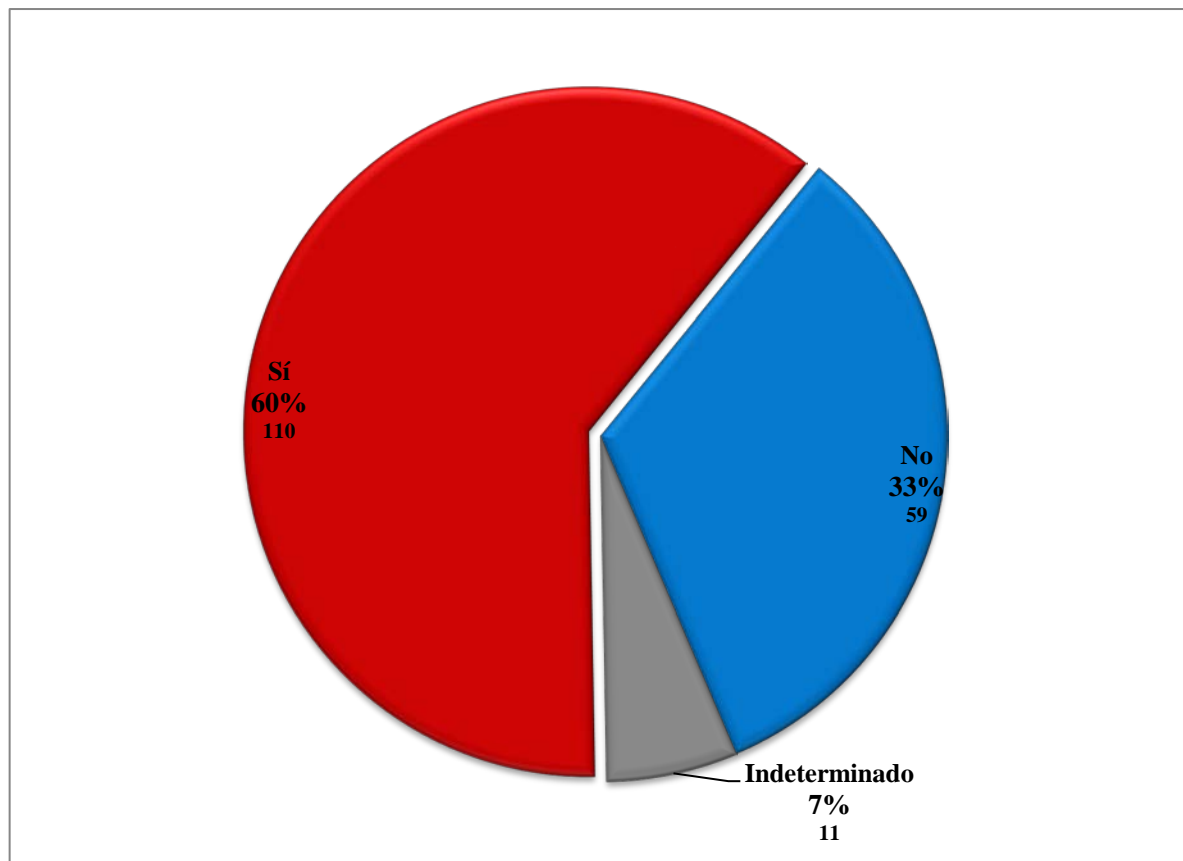


GRÁFICOS Y

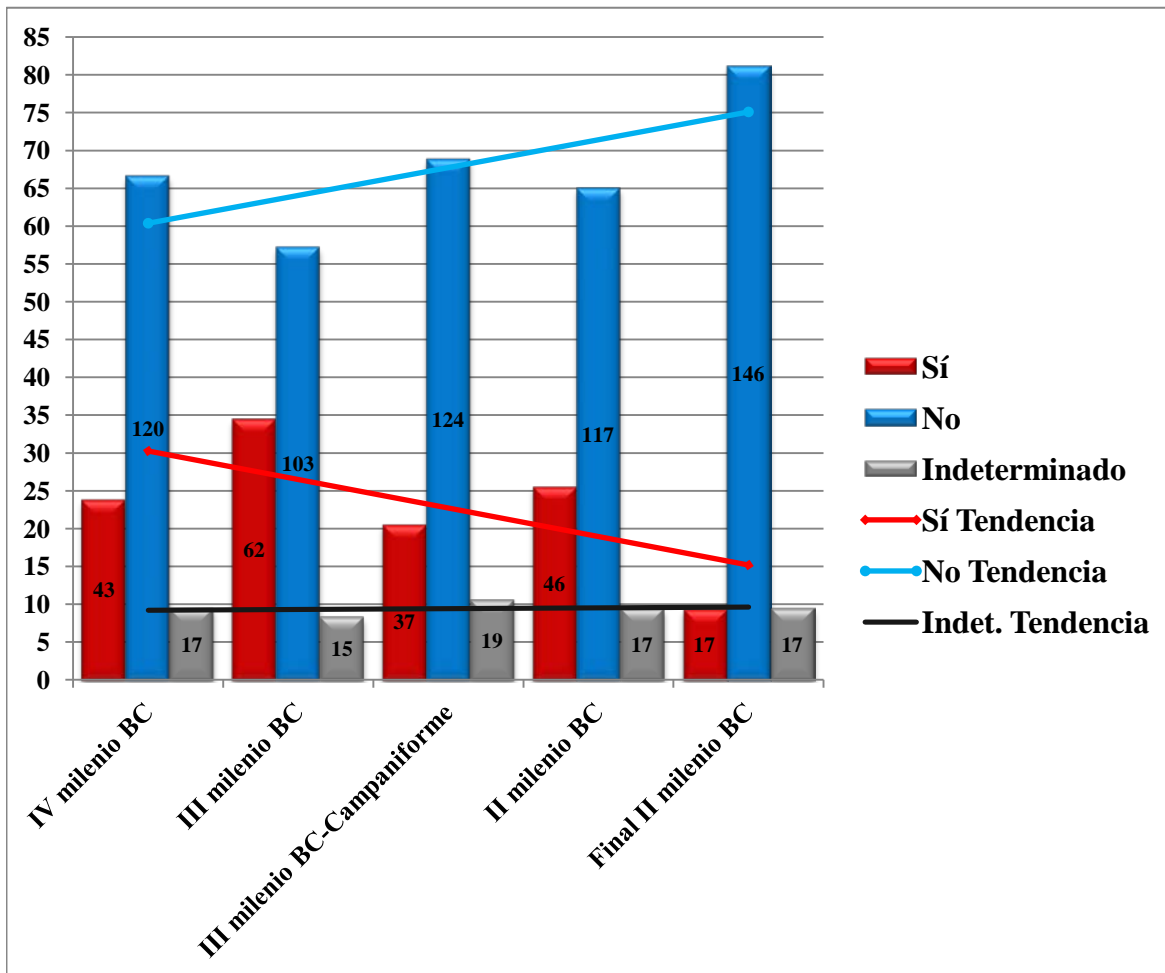
TABLAS

16-23

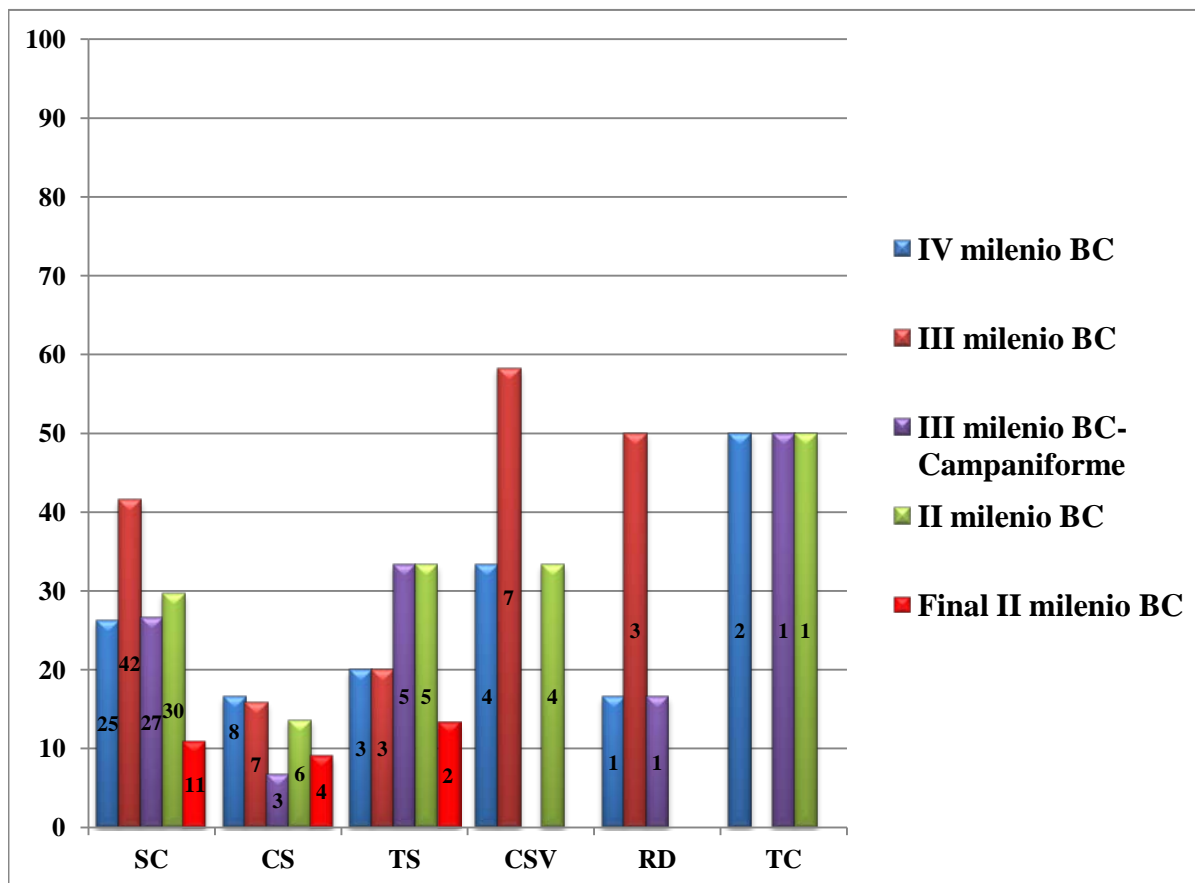
Sí	110
No	59
Indeterminado	11



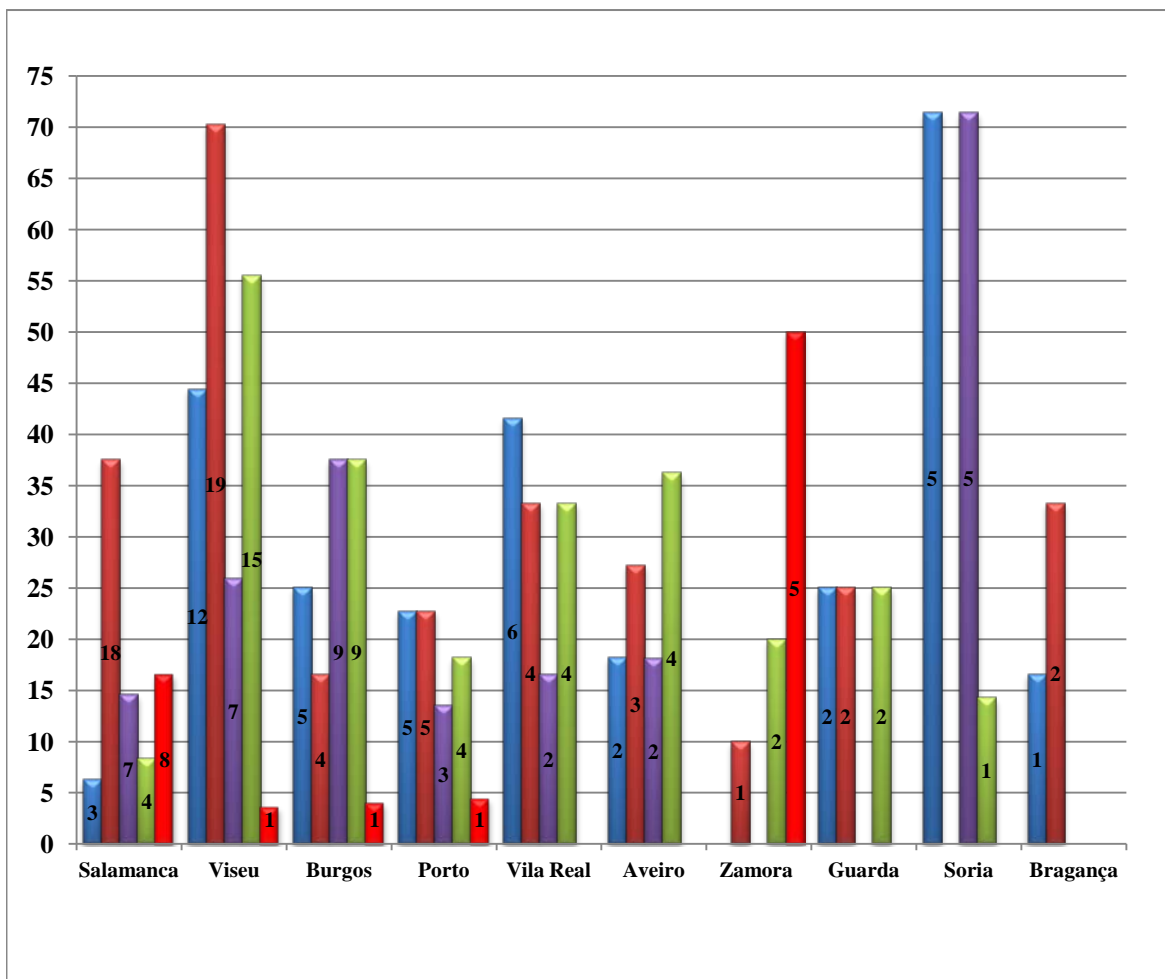
	Sí	No	Indeterminado
IV milenio BC	23,8	66,6	9,4
III milenio BC	34,4	57,2	8,3
III milenio BC-Campaniforme	20,5	68,8	10,5
II milenio BC	25,5	65	9,4
Final II milenio BC	9,4	81,1	9,4



	SC	CS	TS	CSV	RD	TC	
IV milenio BC		26,3	16,6	20	33,3	16,6	50
III milenio BC		41,6	15,9	20	58,3	50	0
III milenio BC- Campaniforme		26,7	6,8	33,3	0	16,6	50
II milenio BC		29,7	13,6	33,3	33,3	0	50
Final II milenio BC		10,9	9,1	13,3	0	0	0



	IV milenio BC	III milenio BC	III milenio BC-Campaniforme
Salamanca	6,25	37,5	14,6
Viseu	44,4	70,3	25,9
Burgos	25	16,6	37,5
Porto	22,7	22,7	13,6
Vila Real	41,6	33,3	16,6
Aveiro	18,2	27,2	18,1
Zamora	0	10	0
Guarda	25	25	0
Soria	71,4	0	71,4
Bragança	16,6	33,3	0
Ávila	50	100	100
Valladolid	0	100	0
Palencia	100	100	0



II milenio BC	Final II milenio BC
8,3	16,6
55,5	3,7
37,5	4,1
18,2	4,5
33,3	0
36,3	0
20	50
25	0
14,3	0
0	0
0	50
100	0
0	0

■ IV milenio BC

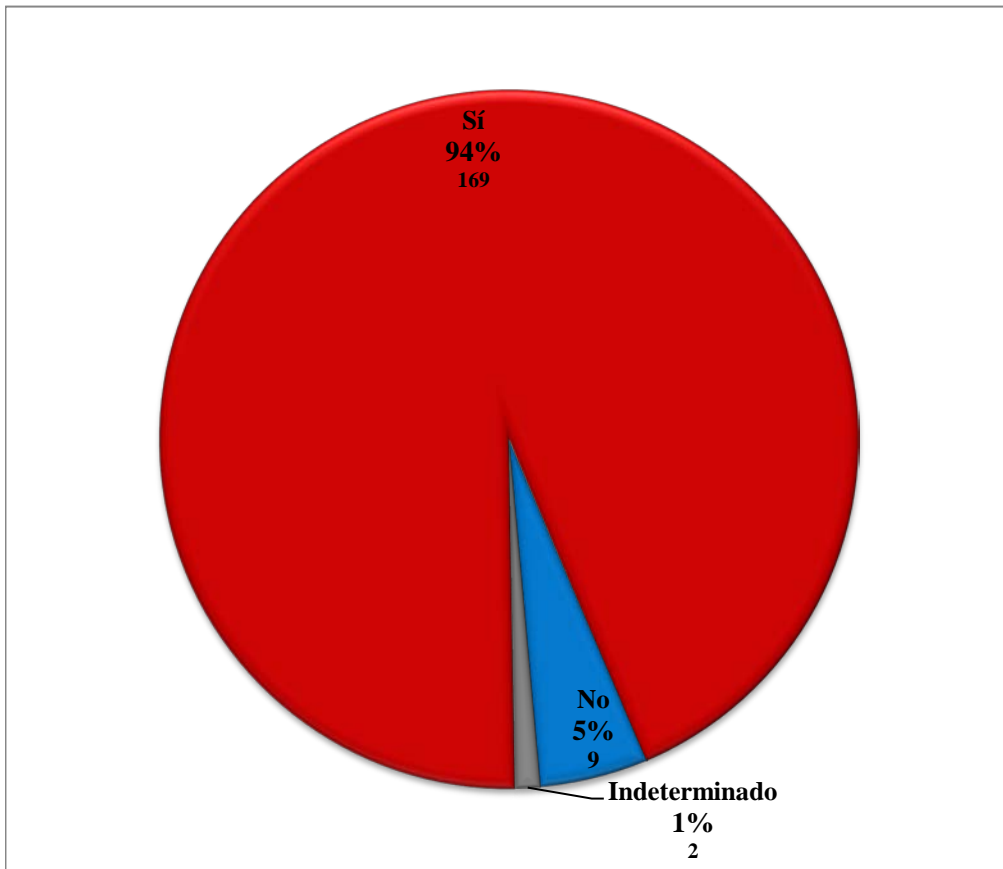
■ III milenio BC

■ III milenio BC-
Campaniforme

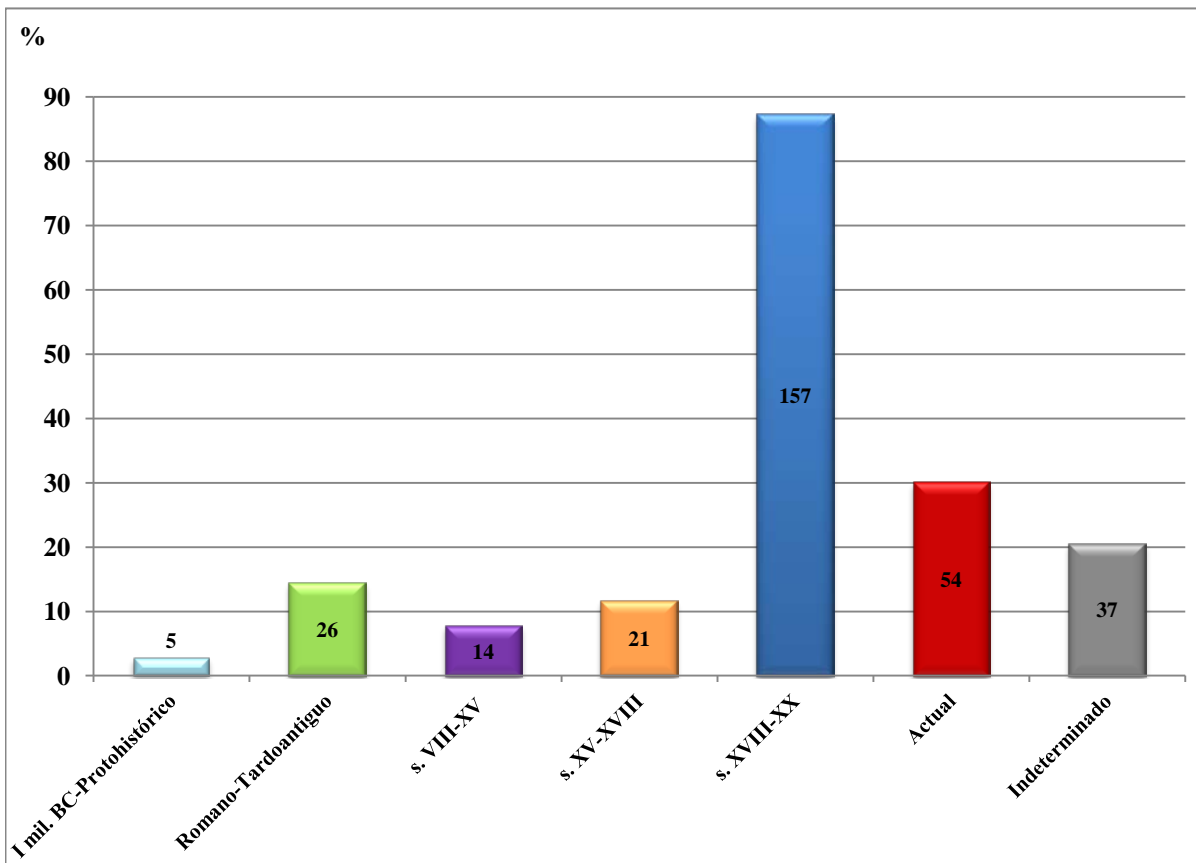
■ II milenio BC

■ Final II milenio BC

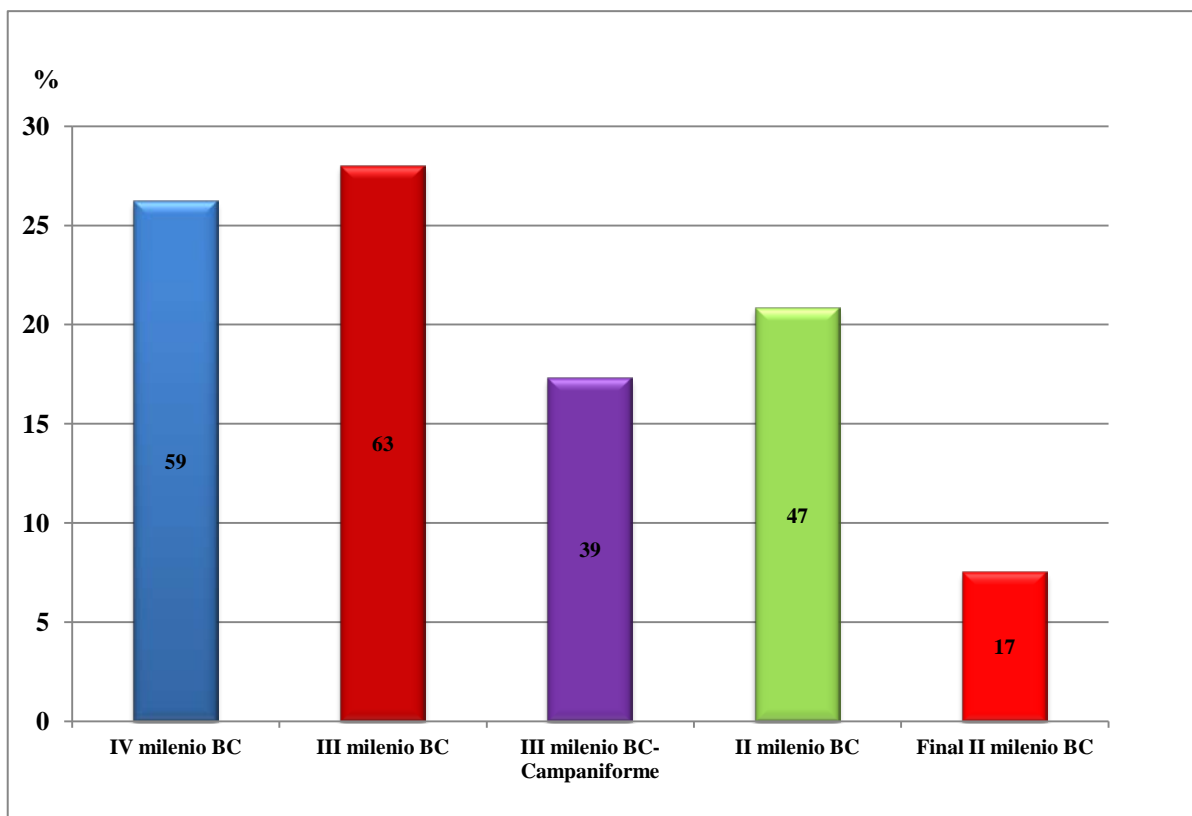
Sí	169
No	9
Indeterminado	2



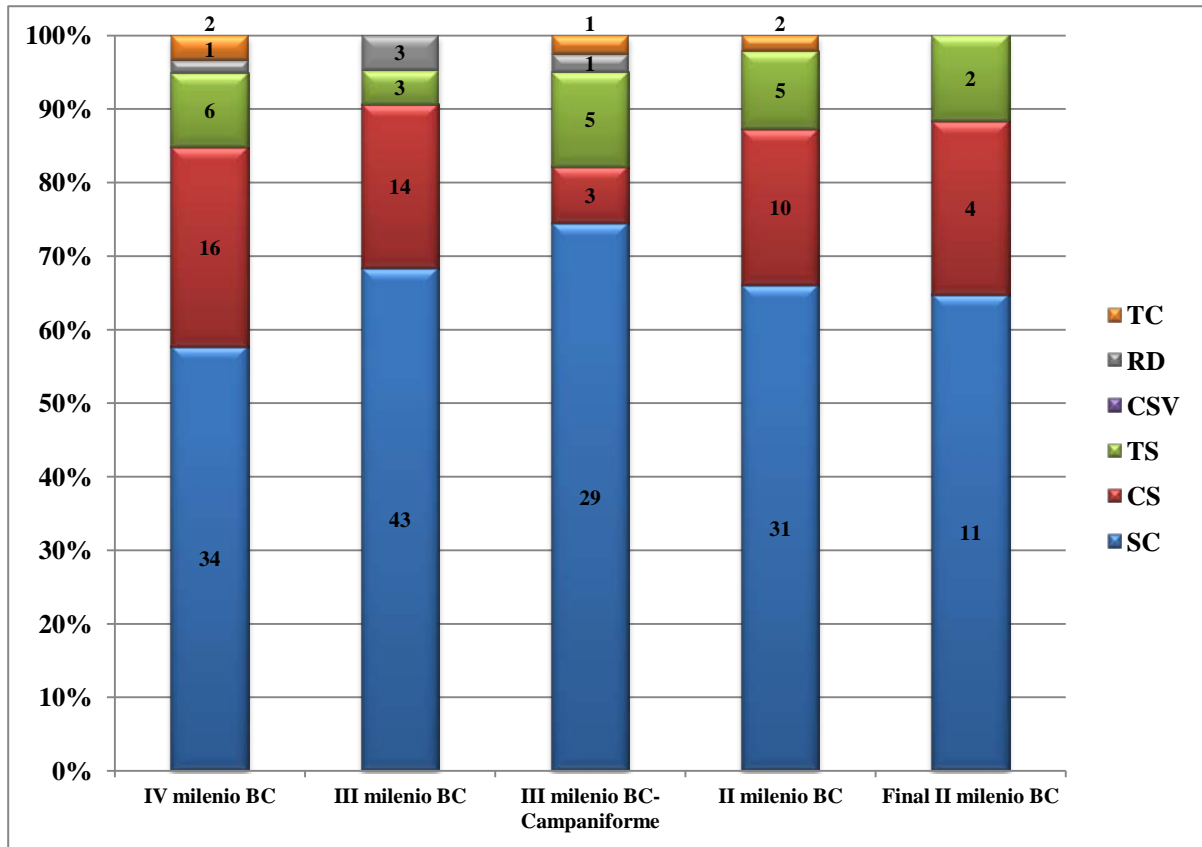
	%	NC
I mil. BC-Protohistórico	2,7	5
Romano-Tardoantiguo	14,4	26
s. VIII-XV	7,7	14
s. XV-XVIII	11,6	21
s. XVIII-XX	87,2	157
Actual	30	54
Indeterminado	20,5	37



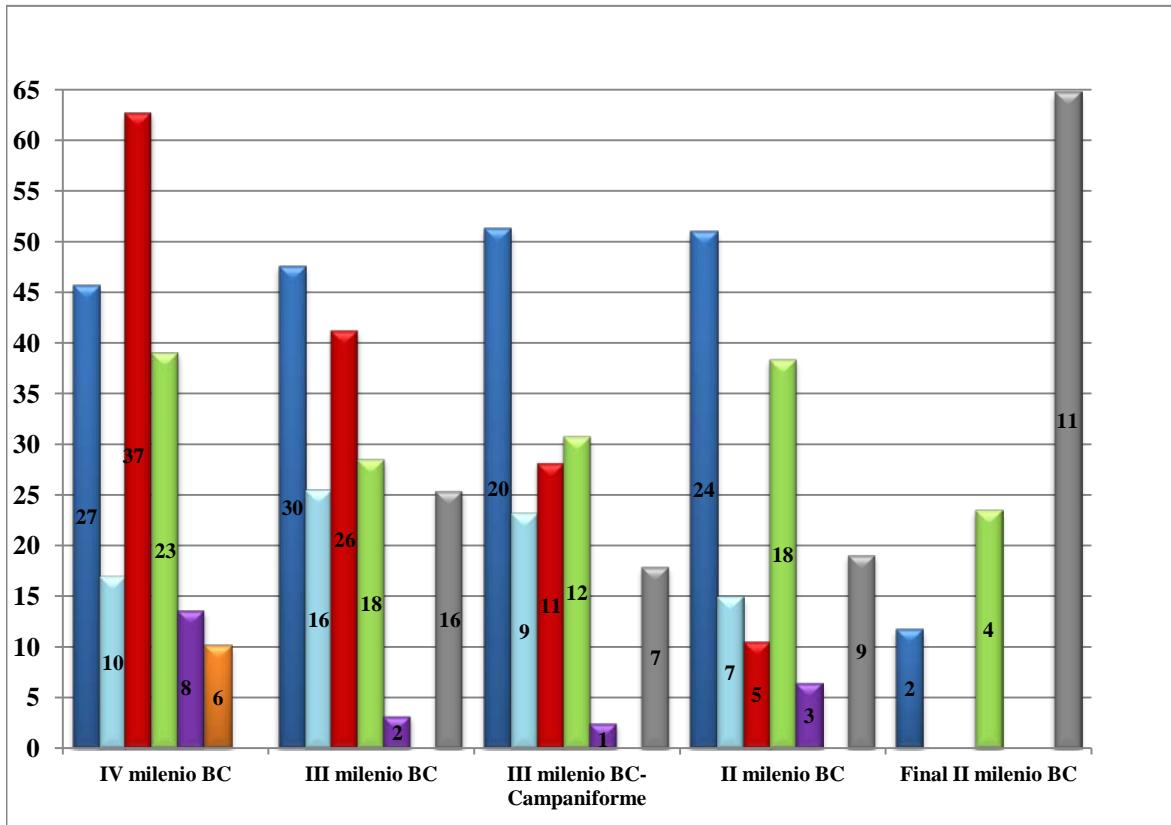
	%
IV milenio BC	26,2
III milenio BC	28
III milenio BC-Campaniforme	17,3
II milenio BC	20,8
Final II milenio BC	7,5
	99,8



	SC	CS	TS	CSV	RD	TC
IV milenio BC	57,6	27,1	10,1	0	1,7	3,4
III milenio BC	68,2	22,2	4,7	0	4,7	0
III milenio BC-Campaniforme	74,3	7,7	12,8	0	2,5	2,5
II milenio BC	65,9	21,2	10,6	0	0	2,1
Final II milenio BC	64,7	23,5	11,7	0	0	0



	Cámara	Corredor	Zonas de acceso	Túmulo
IV milenio BC	45,7	16,9	62,7	39
III milenio BC	47,6	25,4	41,2	28,5
III milenio BC-Campaniforme	51,3	23,1	28,2	30,7
II milenio BC	51	14,9	10,6	38,3
Final II milenio BC	11,7	0	0	23,5

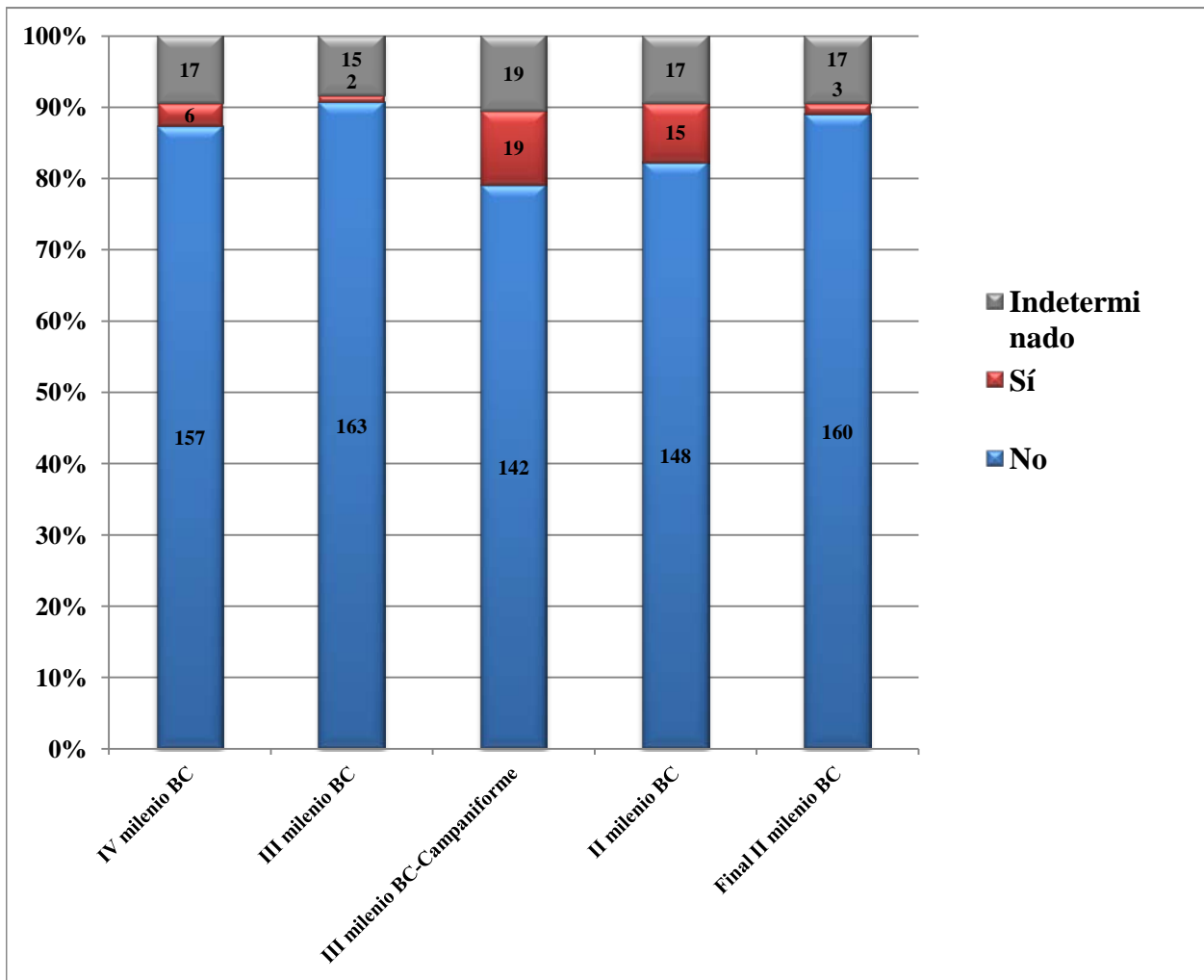


Periferia	Monumento completo	Indeterminado
13,5	10,1	0
3,2	0	25,4
2,5	0	17,9
6,4	0	19,1
0	0	64,7

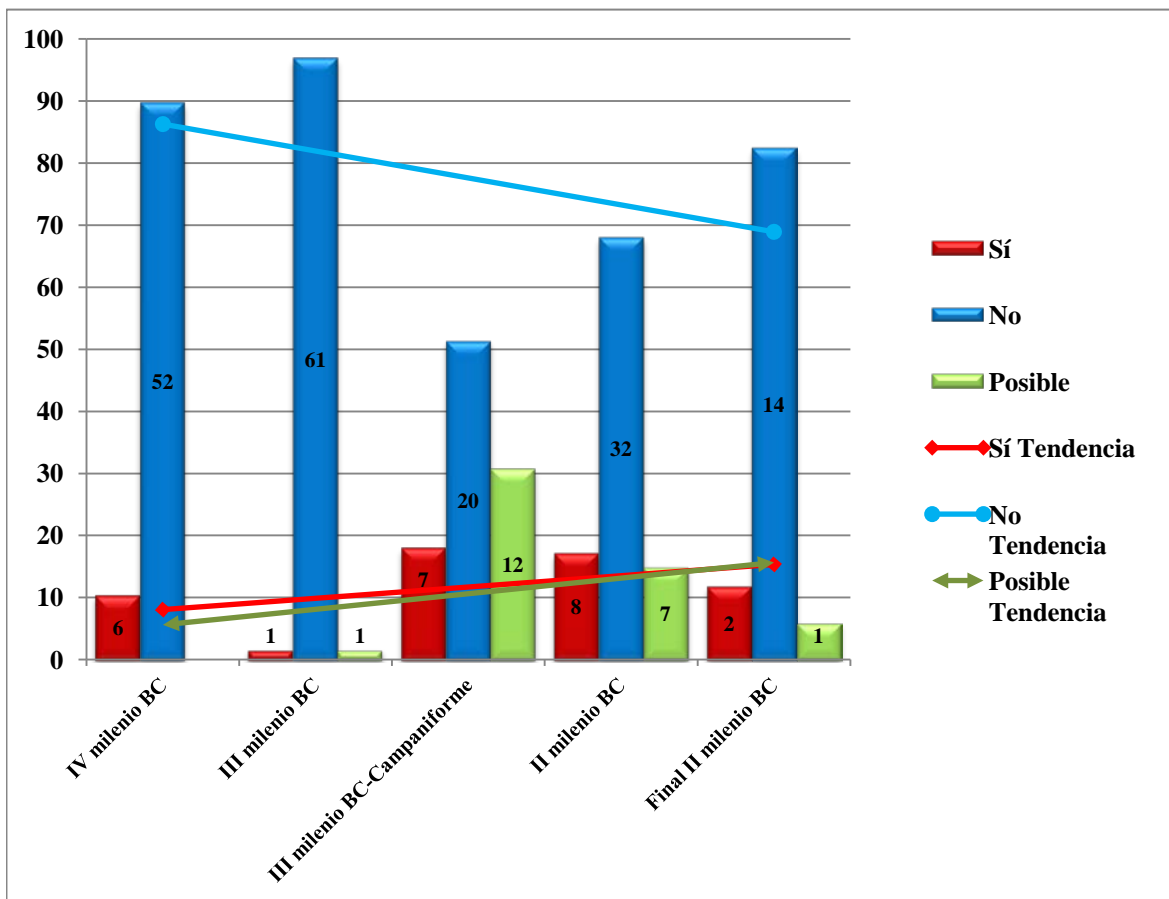
- Cámara
- Corredor
- Zonas de acceso
- Túmulo
- Periferia
- Monumento completo
- Indeterminado

**GRÁFICOS Y
TABLAS
24-27**

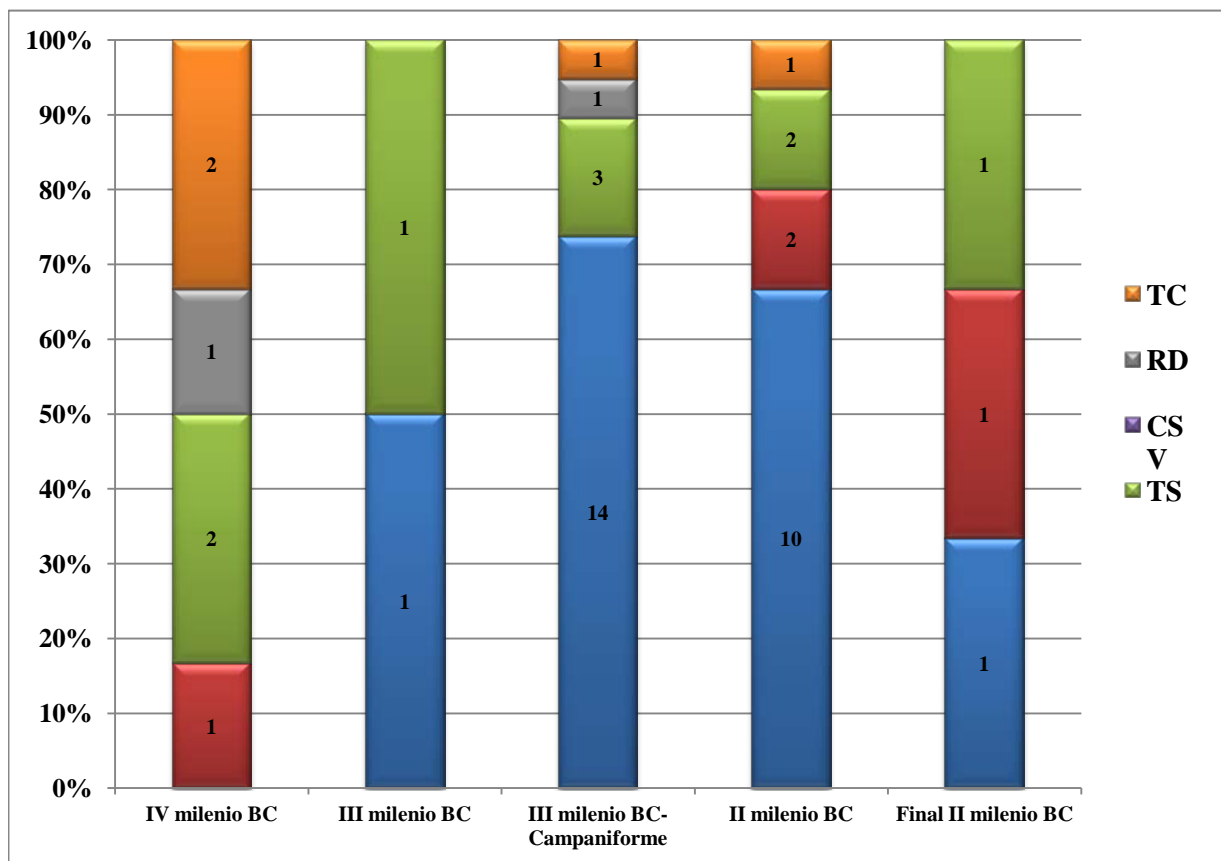
	No	Sí	Indeterminado
IV milenio BC	87,2	3,3	9,4
III milenio BC	90,5	1	8,3
III milenio BC-Campaniforme	78,9	10,4	10,5
II milenio BC	82,2	8,3	9,4
Final II milenio BC	88,9	1,6	9,4



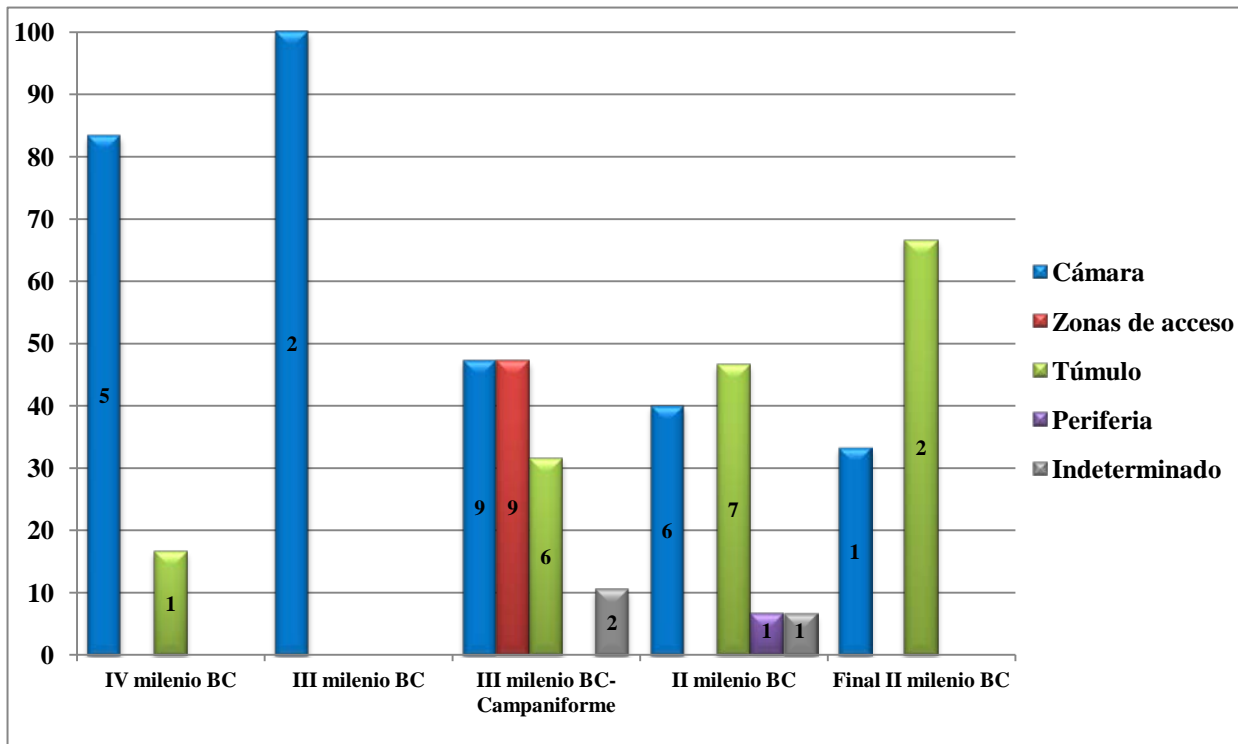
	Sí	No	Posible	
IV milenio BC	10,3	89,6	0	
III milenio BC	1,6	96,8	1,6	
III milenio BC-Campaniforme	17,9	51,3	30,7	
II milenio BC	17	68	14,9	
Final II milenio BC	11,7	82,3	5,9	



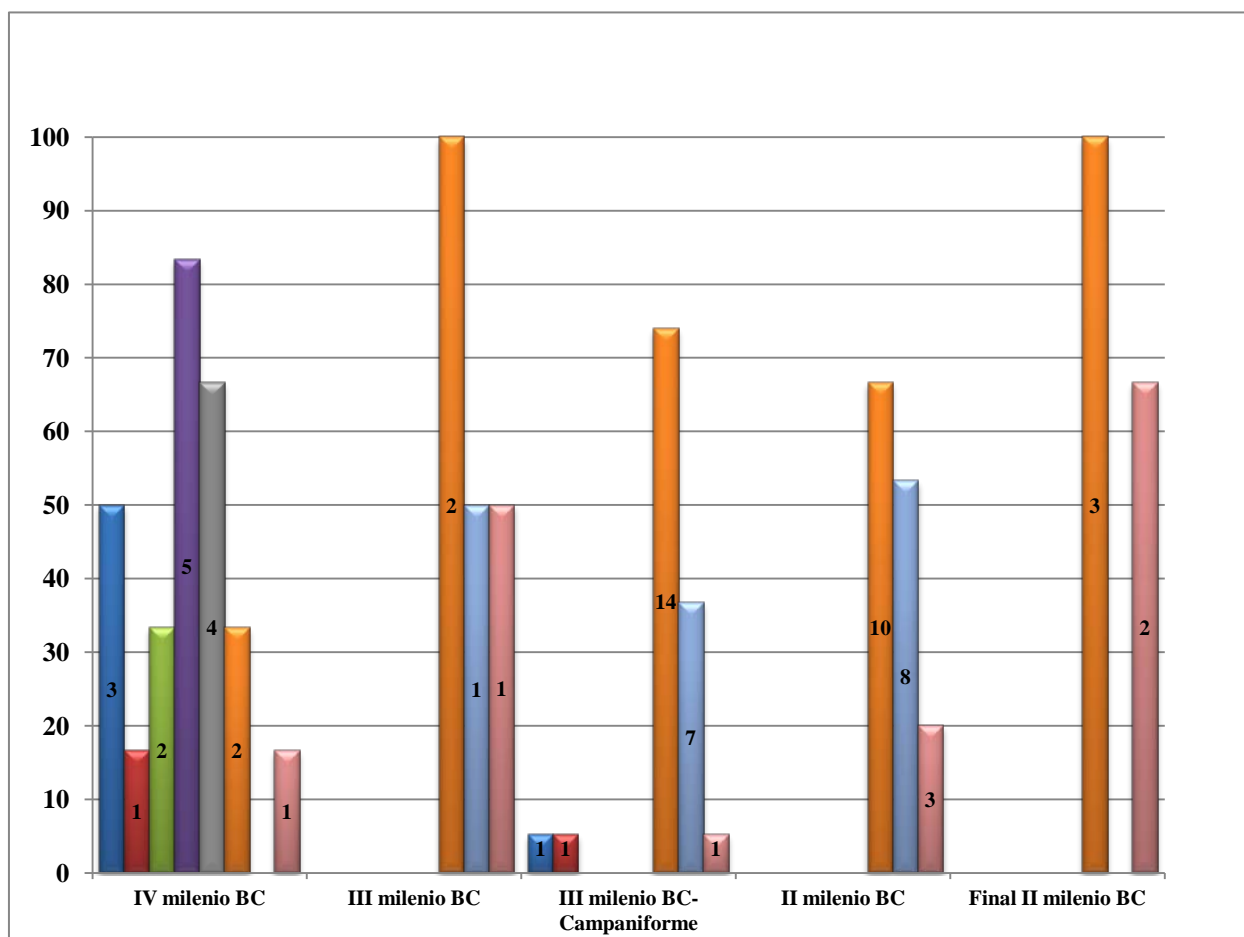
	SC	CS	TS	CSV	RD	TC
IV milenio BC	0	16,6	33,3	0	0	33,3
III milenio BC	50	0	50	0	0	0
III milenio BC-Campaniforme	73,6	0	15,8	0	0	5,2
II milenio BC	66,6	13,3	13,3	0	0	6,6
Final II milenio BC	33,3	33,3	33,3	0	0	0



	Cámara	Zonas de acceso	Túmulo	Periferia	Indeterminado
IV milenio BC	83,3	0	16,6	0	0
III milenio BC	100	0	0	0	0
III milenio BC-Campaniforme	47,3	47,3	31,5	0	10,5
II milenio BC	40	0	46,6	6,6	6,6
Final II milenio BC	33,3	0	66,6	0	0



Clausura	Retumulaci ón	Superposici ón Yuxtaposición	Manipulaci ón osario	
IV milenio BC	50	16,6	33,3	83,3
III milenio BC	0	0	0	0
III milenio BC-Campaniforme	5,2	5,2	0	0
II milenio BC	0	0	0	0
Final II milenio BC	0	0	0	0



Señalización sepulcral	Alteraciones parciales	Individualización	Estructuras acceso
66,6	33,3	0	16,6
0	100	50	50
0	73,9	36,8	5,2
0	66,6	53,3	20
0	100	0	66,6

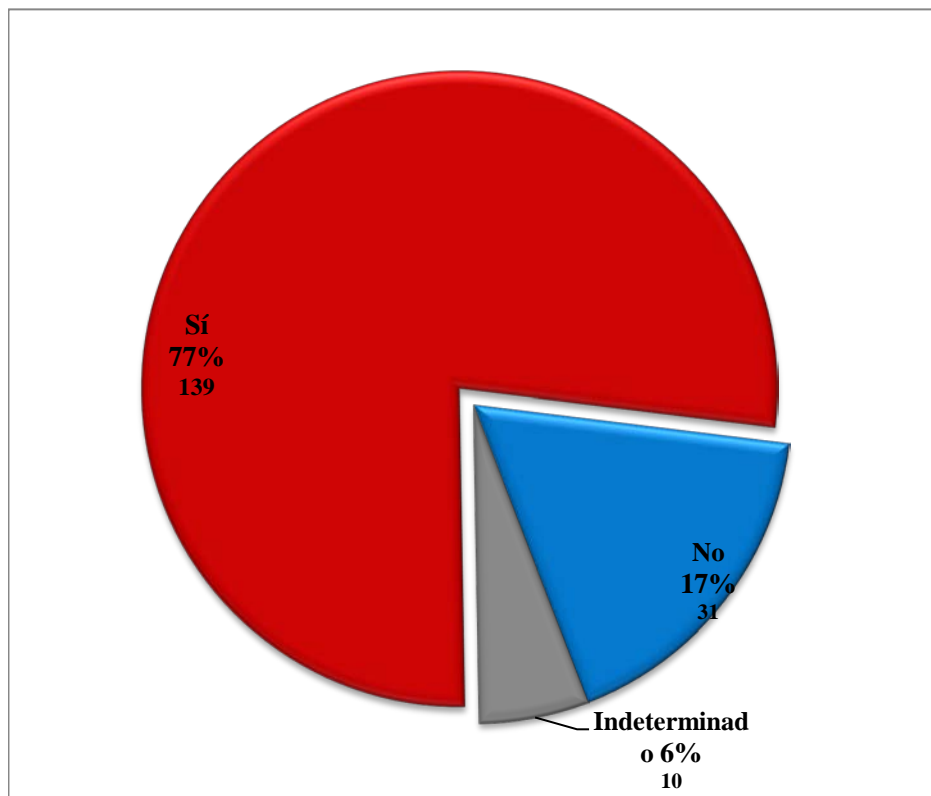
- Clausura
- Retumulación
- Superposición-
Yuxtaposición
- Manipulación osario
- Señalización sepulcral
- Alteraciones parciales
- Individualización
- Estructuras acceso

GRÁFICOS Y

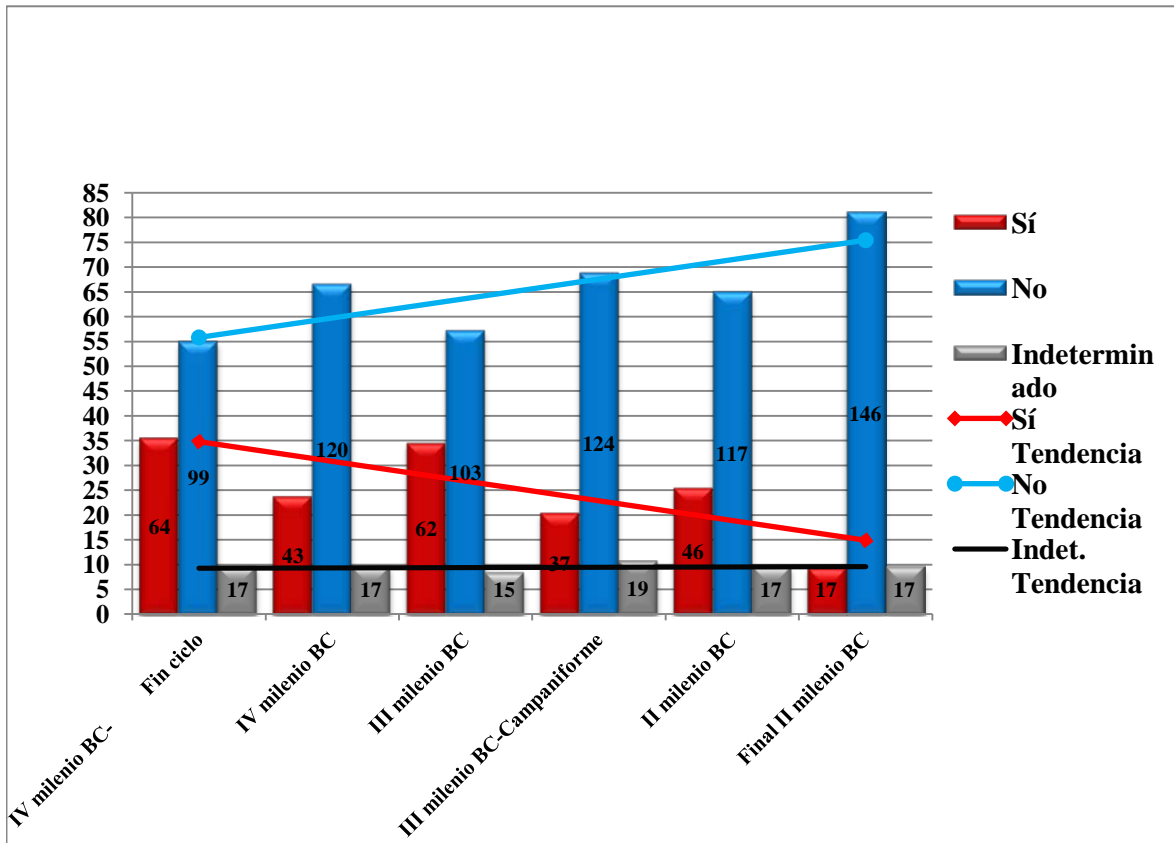
TABLAS

28-37

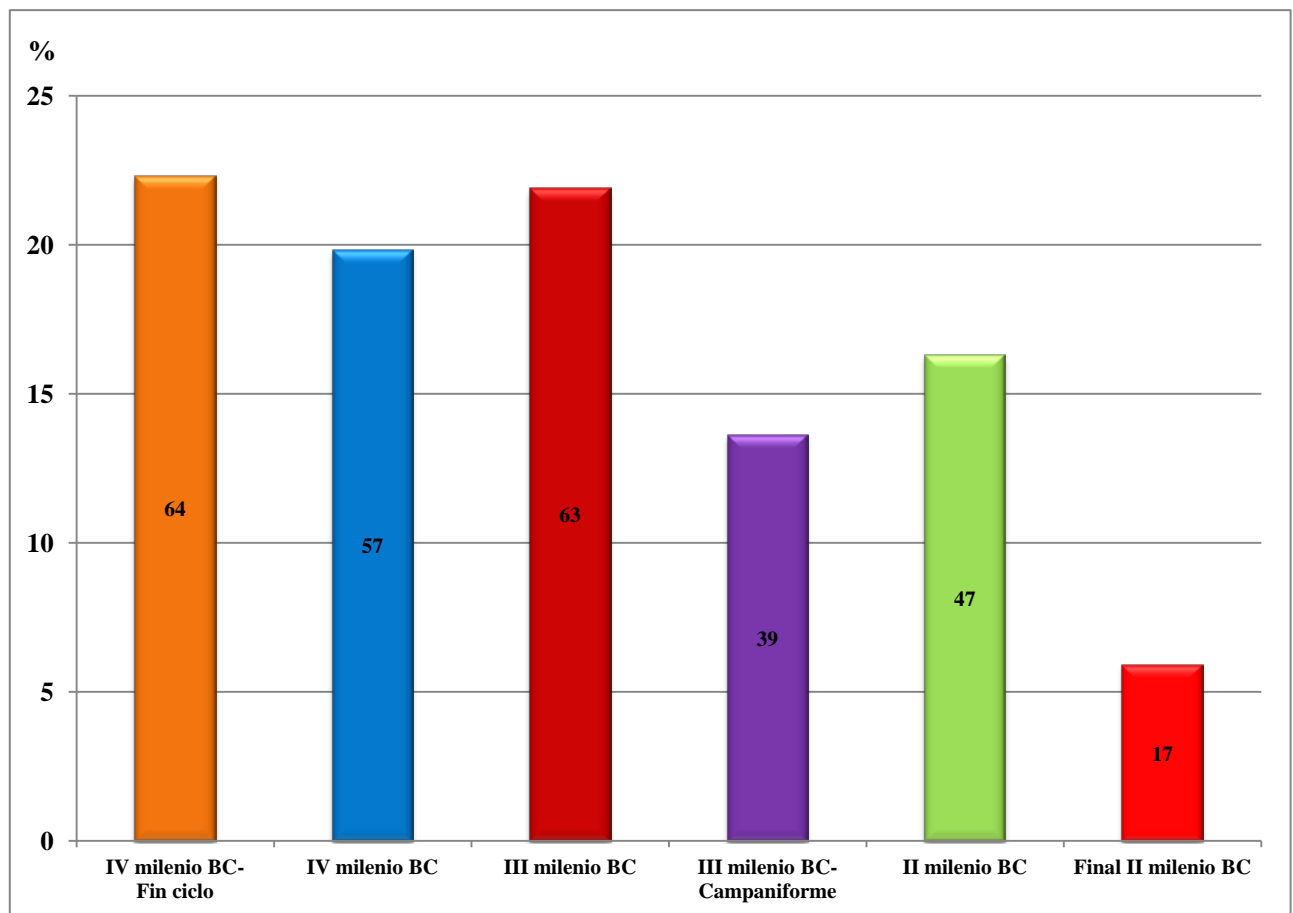
Sí	139
No	31
Indeterminad	10



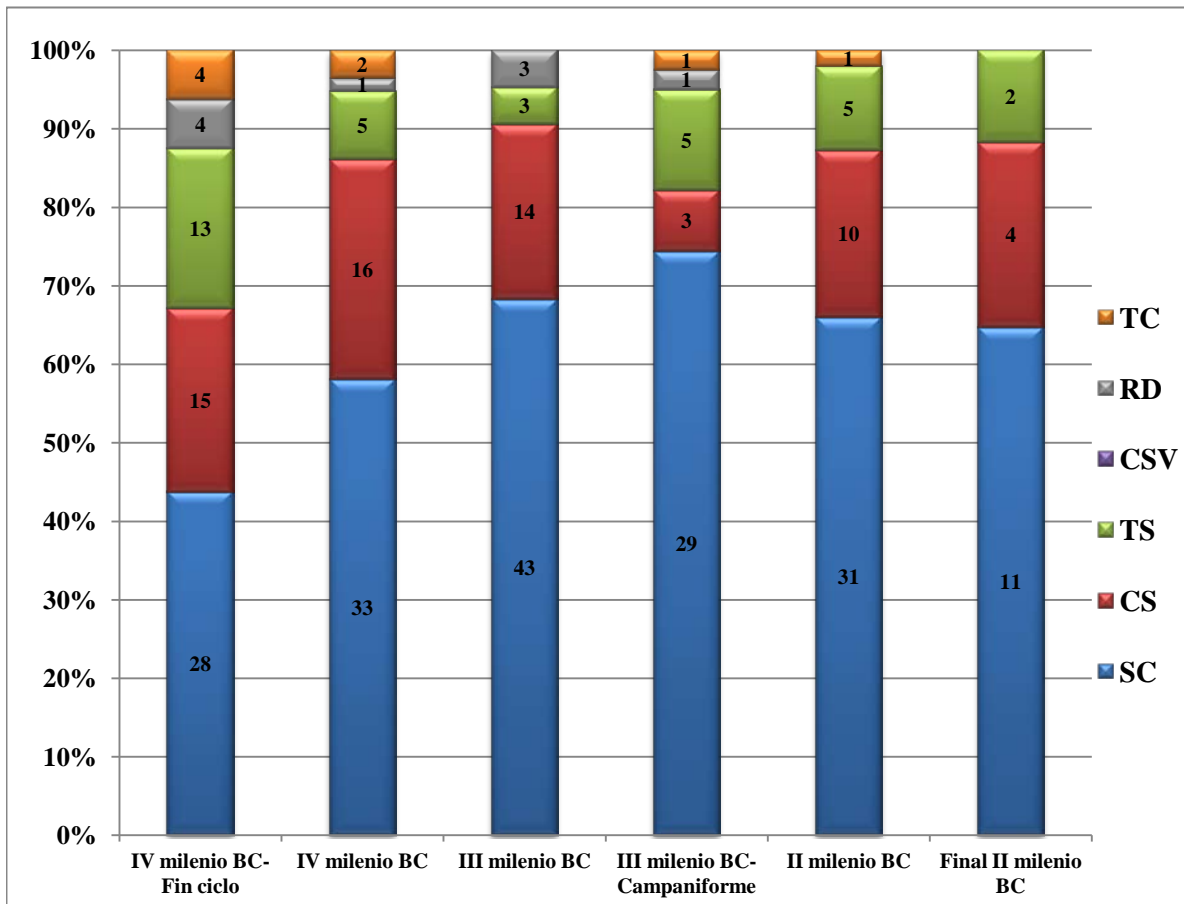
		Sí	No	Indeterminado
IV milenio BC-	Fin ciclo	35,5	55	9,4
IV milenio BC		23,8	66,6	9,4
III milenio BC		34,4	57,2	8,3
III milenio BC-Campaniforme		20,5	68,8	10,5
II milenio BC		25,5	65	9,4
Final II milenio BC		9,4	81,1	9,4



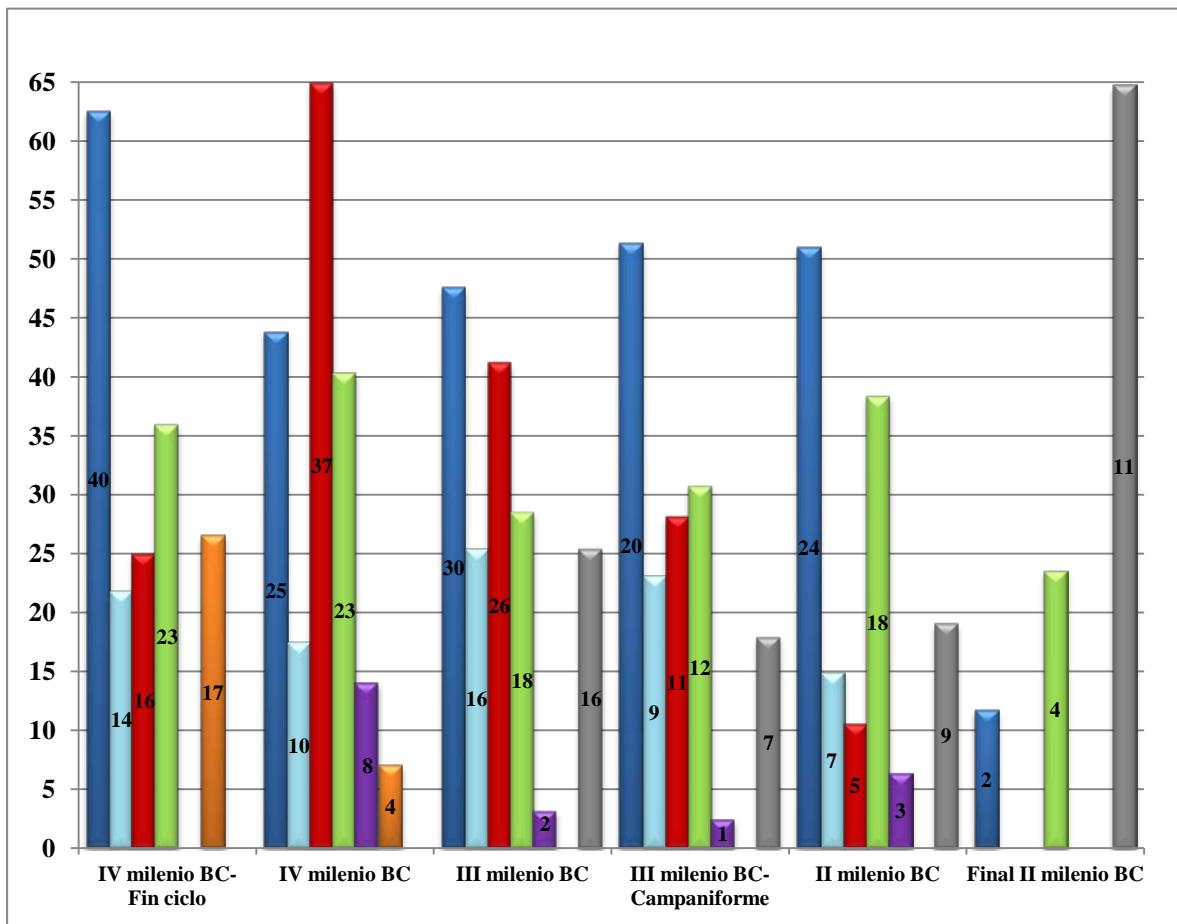
	%
IV milenio BC- Fin ciclo	22,3
IV milenio BC	19,8
III milenio BC	21,9
III milenio BC-Campaniforme	13,6
II milenio BC	16,3
Final II milenio BC	5,9



	SC	CS	TS	CSV	RD	TC	
IV milenio BC-		43,7	23,4	20,3	0	6,25	6,25
IV milenio BC		57,9	28	8,7	0	1,7	3,5
III milenio BC		68,2	22,2	4,7	0	4,7	0
III milenio BC-Campaniforme		74,3	7,7	12,8	0	2,5	2,5
II milenio BC		65,9	21,2	10,6	0	0	2,1
Final II milenio BC		64,7	23,5	11,7	0	0	0



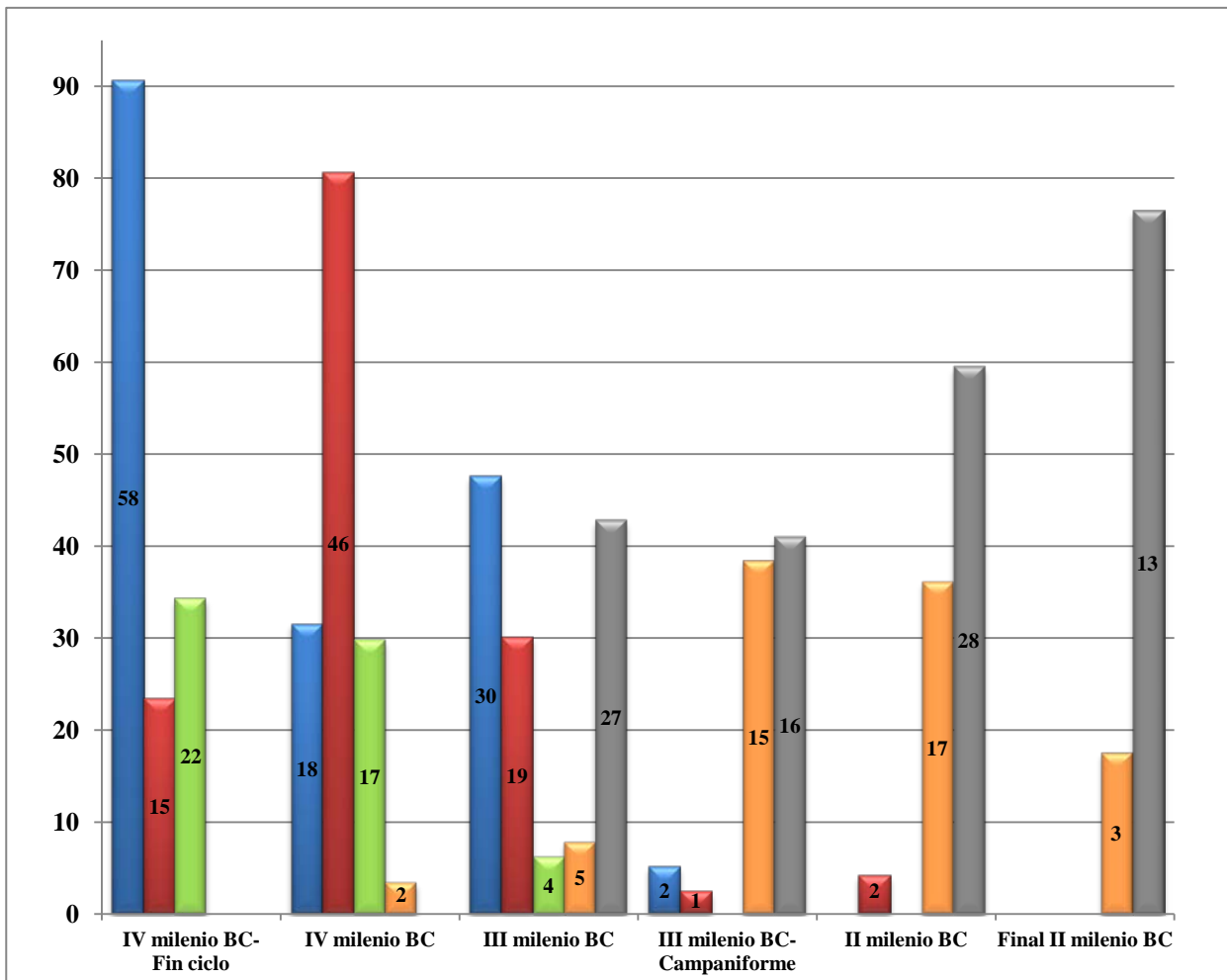
		Cámara	Corredor	Zonas de acceso	Túmulo
IV milenio BC-	Fin ciclo	62,5	21,8	25	35,9
IV milenio BC		43,8	17,5	64,9	40,3
III milenio BC		47,6	25,4	41,2	28,5
III milenio BC-Campaniforme		51,3	23,1	28,2	30,7
II milenio BC		51	14,9	10,6	38,3
Final II milenio BC		11,7	0	0	23,5



Periferia	Monumento completo	Indeterminado
0	26,5	0
14	7	0
3,2	0	25,4
2,5	0	17,9
6,4	0	19,1
0	0	64,7


- Cámara
- Corredor
- Zonas de acceso
- Túmulo
- Periferia
- Monumento completo
- Indeterminado

		Clausura/sellado	Remodelación y añadido	Estrategias mantenimiento
IV milenio BC- IV milenio BC	Fin ciclo	90,6	23,4	34,3
III milenio BC		31,5	80,7	29,8
III milenio BC-Campaniforme		47,6	30,1	6,3
II milenio BC		5,1	2,5	0
Final II milenio BC		0	4,2	0
		0	0	0

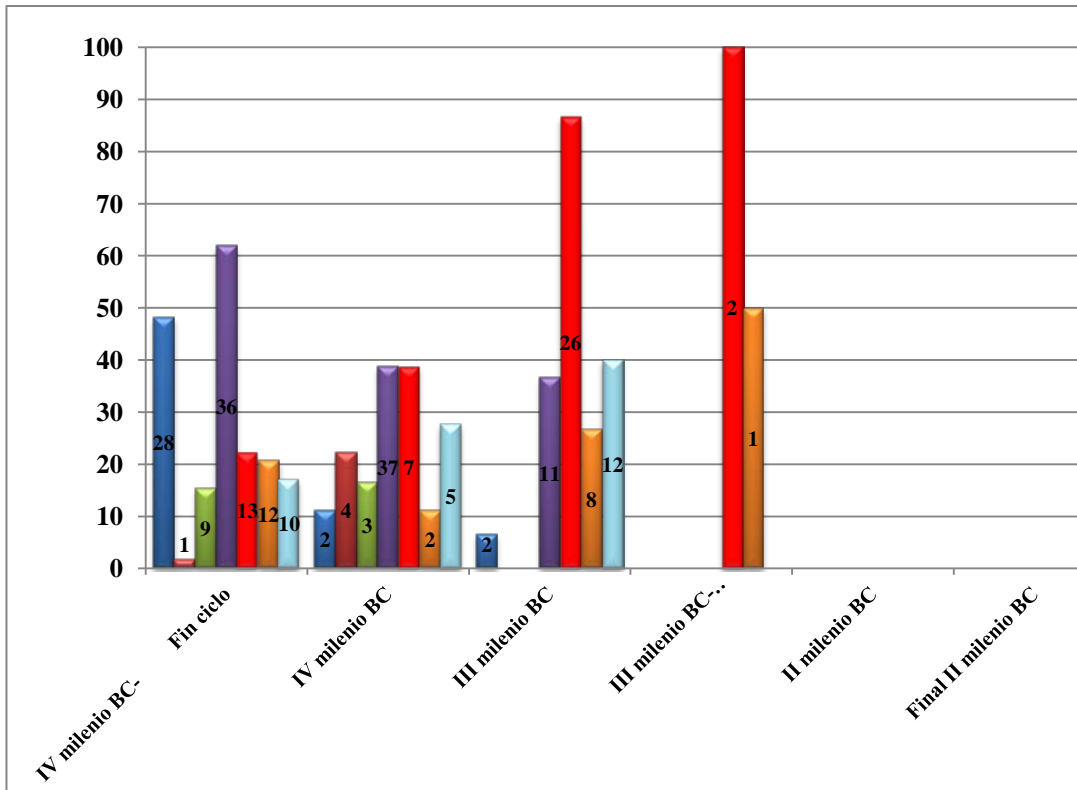


Modificaciones

específicas	Indeterminado
0	0
3,5	0
7,9	42,8
38,4	41
36,1	59,5
17,6	76,4

- 
- Clausura/sellado
 - Remodelación y añadido
 - Estrategias mantenimiento
 - Modificaciones específicas
 - Indeterminado

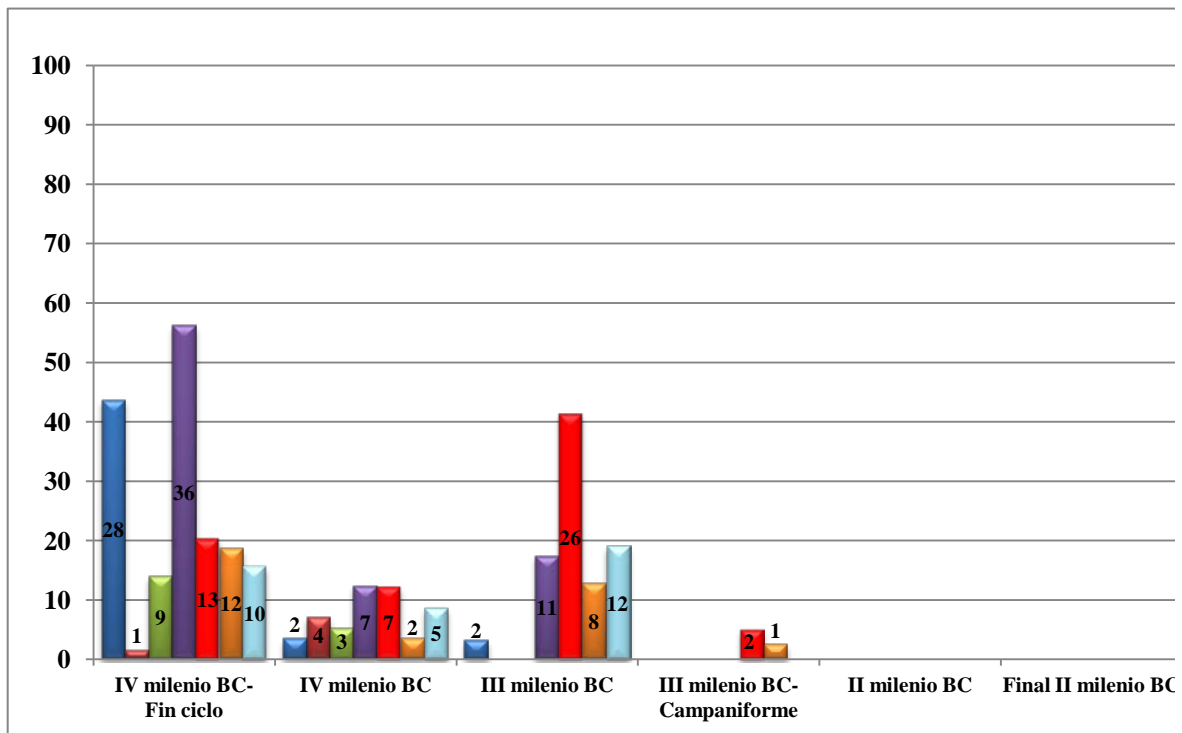
		Tumulaci3n	Superposici3n	Fuego clausurador	Desmantelamiento
IV milenio BC-	Fin ciclo	48,2	1,7	15,5	62
IV milenio BC		11,1	22,2	16,6	38,8
III milenio BC		6,6	0	0	36,6
III milenio BC-Campaniforme		0	0	0	0
II milenio BC		0	0	0	0
Final II milenio BC		0	0	0	0



Inhabilitación accesos	Sellado cámara	Fuegos localizados
22,4	20,7	17,2
38,8	11,1	27,7
86,6	26,6	40
100	50	0
0	0	0
0	0	0

-
- **Tumulación**
-
- **Superposición**
-
- **Fuego clausurador**
-
- **Desmantelamiento**
-
- **Inhabilitación accesos**
-
- **Sellado cámara**
-
- **Fuegos localizados**

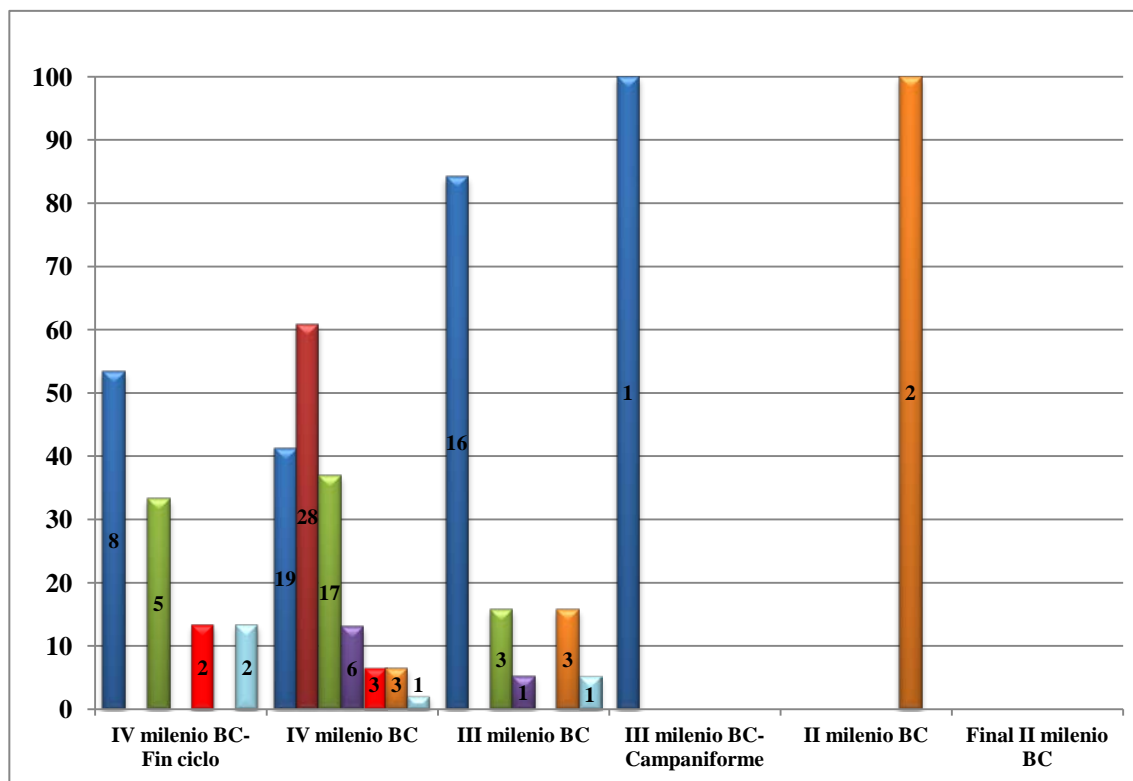
		Tumulación	Superposición	Fuego clausurador
IV milenio BC-	Fin ciclo	43,7	1,5	14
IV milenio BC		3,5	7	5,2
III milenio BC		3,2	0	0
III milenio BC-Campaniforme		0	0	0
II milenio BC		0	0	0
Final II milenio BC		0	0	0



Desmantelamiento	Inhabilitación			Fuegos localizados
	accesos	Sellado cámara		
56,2	20,3	18,7	15,6	
12,3	12,3	3,5	8,7	
17,4	41,2	12,7	19	
0	5,1	2,5	0	
0	0	0	0	
0	0	0	0	

- **Tumulación**
- **Superposición**
- **Fuego clausurador**
- **Desmantelamiento**
- **Inhabilitación accesos**
- **Sellado cámara**
- **Fuegos localizados**

		Retumulación	Remodelación accesos	División y bloqueo
IV milenio BC- Fin ciclo		53,3	0	33,3
IV milenio BC		41,3	60,8	36,9
III milenio BC		84,2	0	15,8
III milenio BC-Campaniforme		100	0	0
II milenio BC		0	0	0
Final II milenio BC		0	0	0

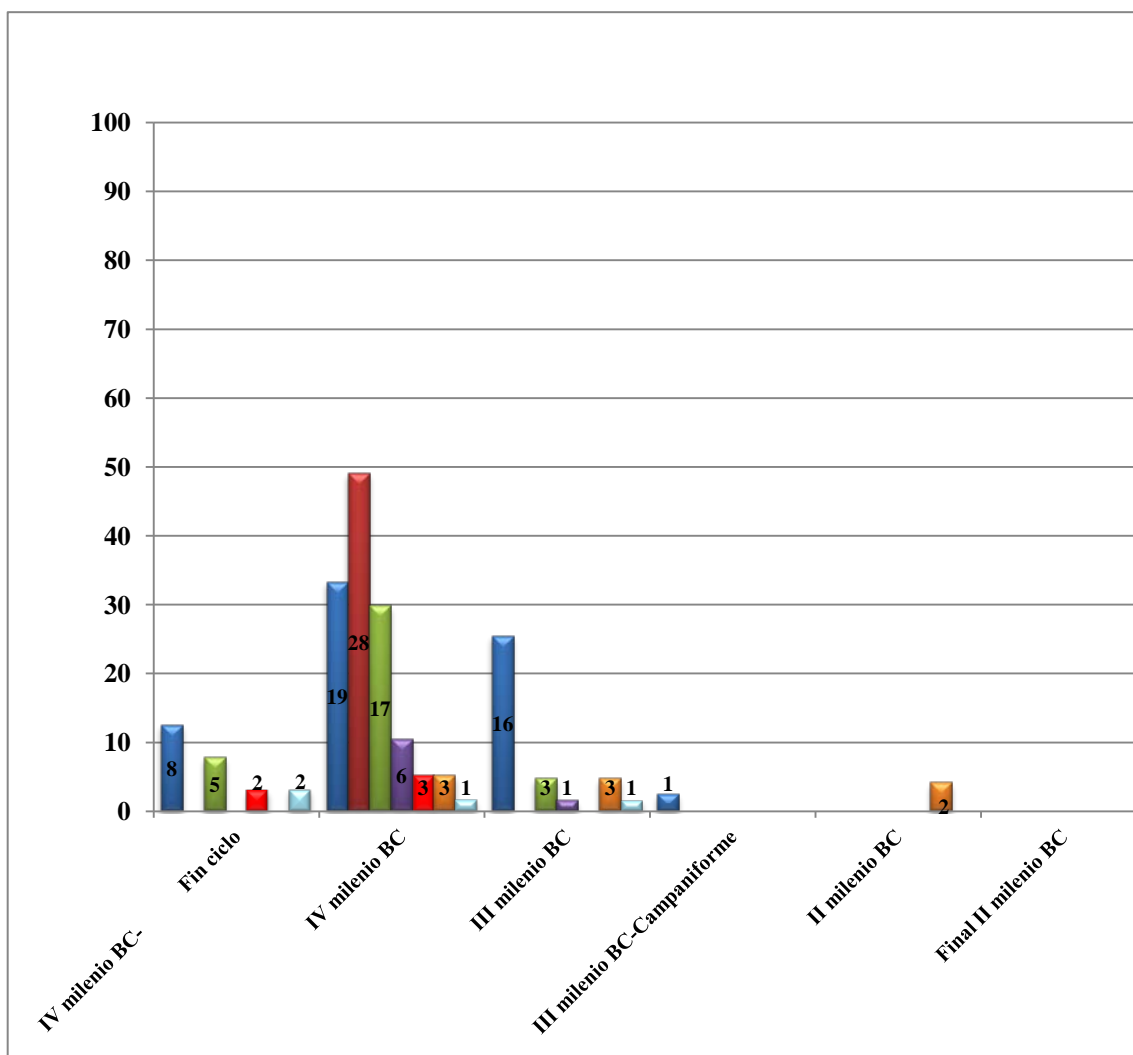


Yuxtaposición/Ampliación cámara	Erección menhir	Estructuras secundarias	Espacio ceremonial
0	13,3	0	13,3
13	6,5	6,5	2,1
5,2	0	15,8	5,2
0	0	0	0
0	0	100	0
0	0	0	0

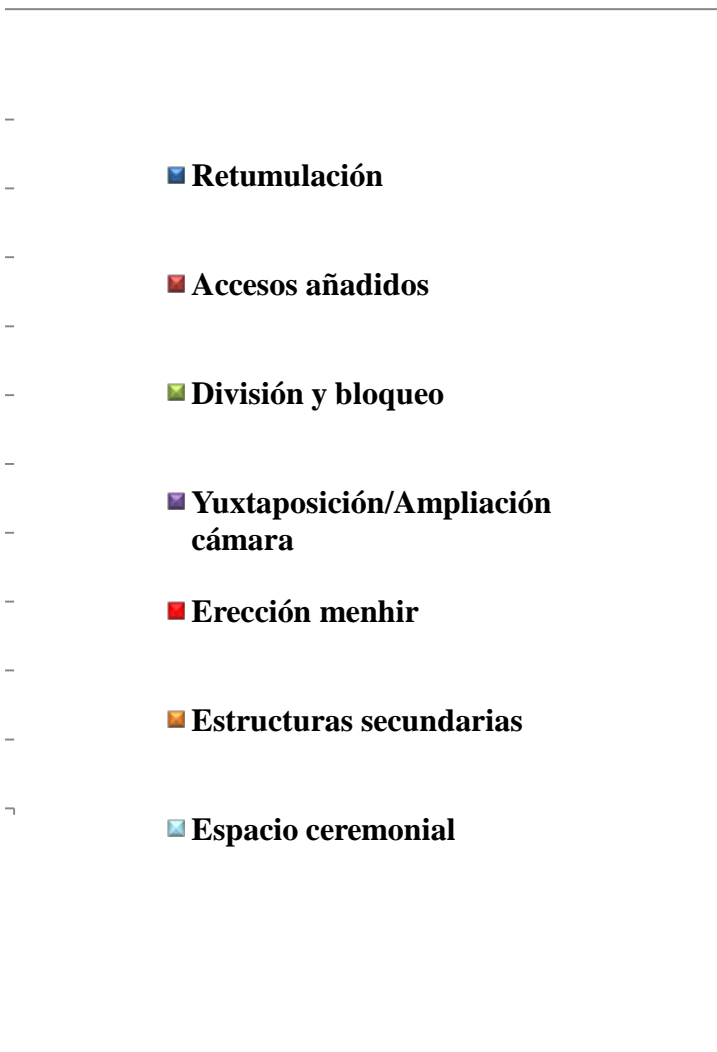
- Retumulación**
- Remodelación accesos**
- División y bloqueo**
- Yuxtaposición/Ampliación cámara**
- Erección menhir**
- Estructuras secundarias**
- Espacio ceremonial**

Retumulación Accesos añadidos División y bloqueo

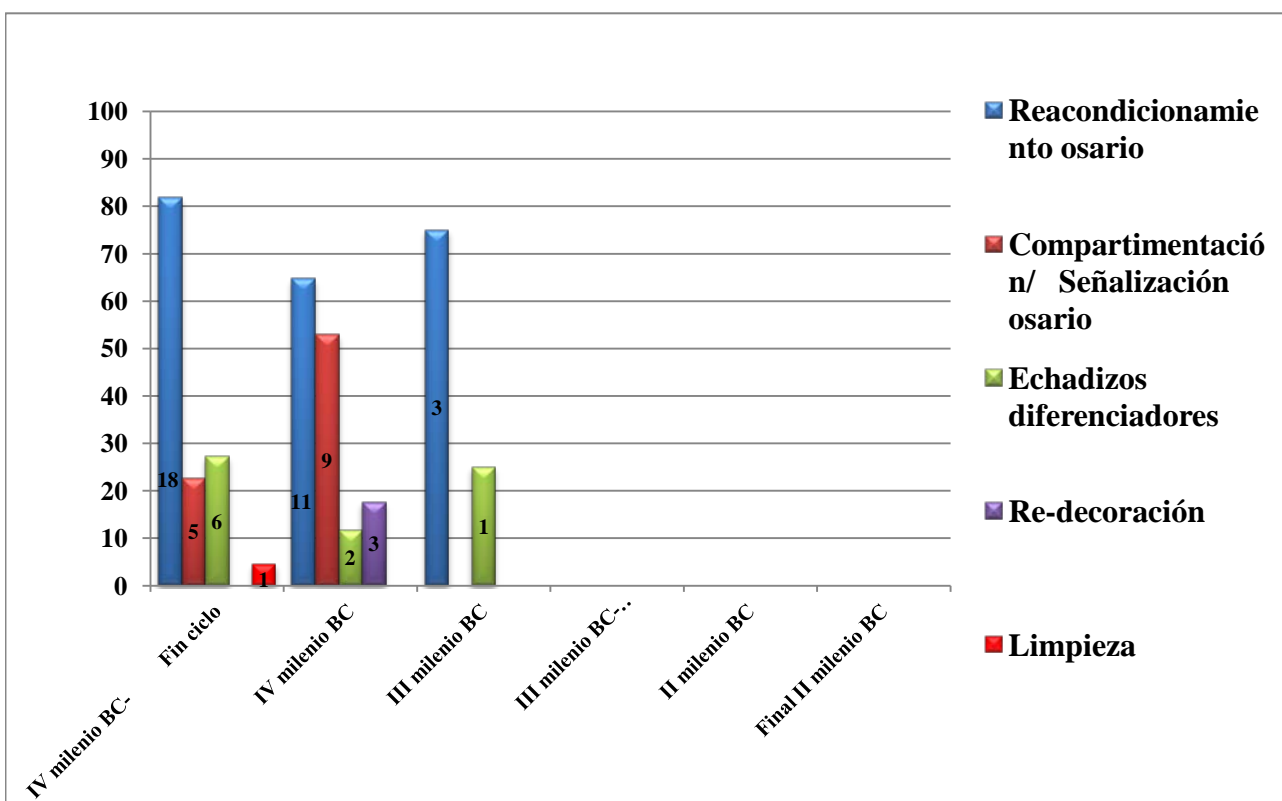
	Retumulación	Accesos añadidos	División y bloqueo
IV milenio BC- Fin ciclo	12,5	0	7,8
IV milenio BC	33,3	49,1	29,8
III milenio BC	25,4	0	4,7
III milenio BC-Campaniforme	2,5	0	0
II milenio BC	0	0	0
Final II milenio BC	0	0	0



Yuxtaposición/Ampliación cámara	Erección menhir	Estructuras secundarias	Espacio ceremonial
0	3,1	0	3,1
10,5	5,2	5,2	1,7
1,6	0	4,7	1,6
0	0	0	0
0	0	4,2	0
0	0	0	0



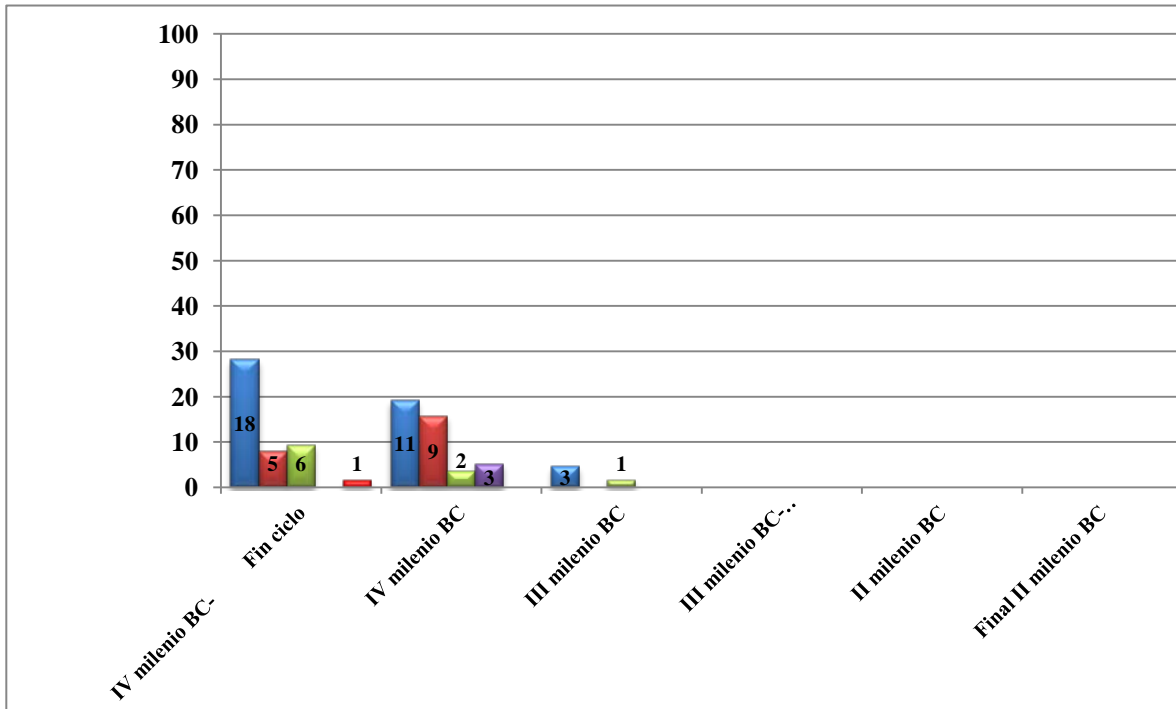
		Reacondicionamiento osario	Compartimentación/ Señalización osario	Echadizos diferencia dores	Re-decoración	Limpieza
IV milenio BC-ciclo	Fin	81,8	22,7	27,2	0	4,5
IV milenio BC		64,7	52,9	11,7	17,6	0
III milenio BC		75	0	25	0	0
III milenio BC-Campaniforme		0	0	0	0	0
II milenio BC		0	0	0	0	0
Final II milenio BC		0	0	0	0	0





Reacondicionamiento o Compartimentación/ Señalización osario

IV milenio BC- Fin ciclo	28,1	7,8
IV milenio BC	19,2	15,8
III milenio BC	4,7	0
III milenio BC-Campaniforme	0	0
II milenio BC	0	0
Final II milenio BC	0	0



Echadizos dife	Re-decoración	Limpieza
9,3	0	1,5
3,5	5,2	0
1,6	0	0
0	0	0
0	0	0
0	0	0

■ Reacondicionamiento osario

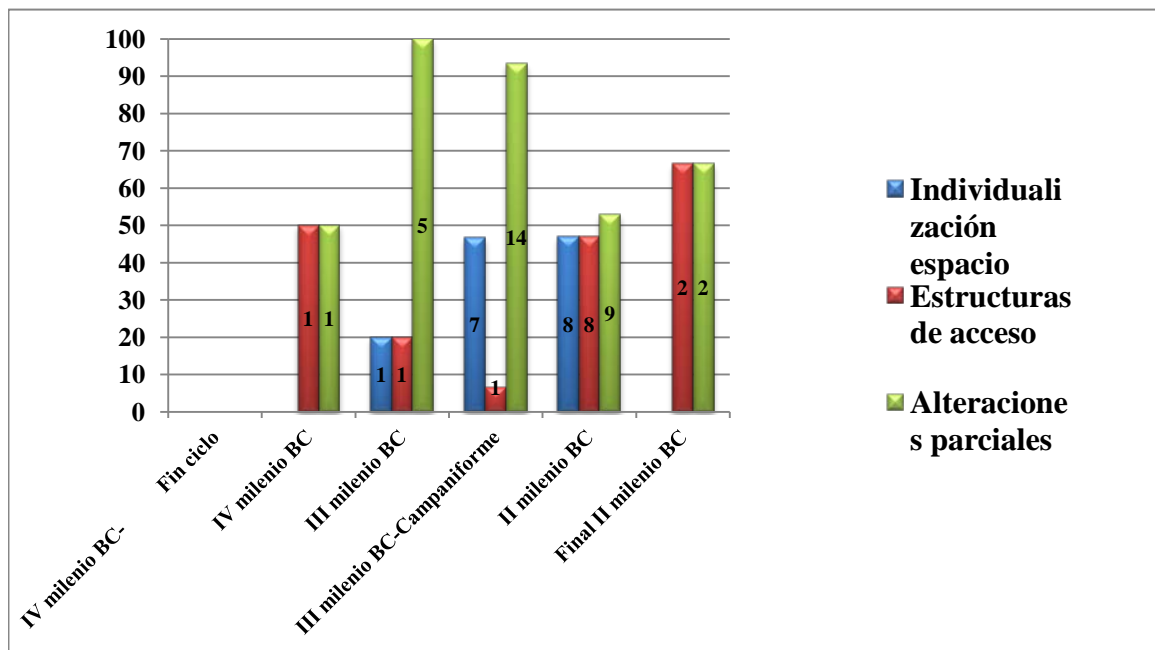
■ Compartimentación/ Señalización osario

■ Echadizos diferenciadores

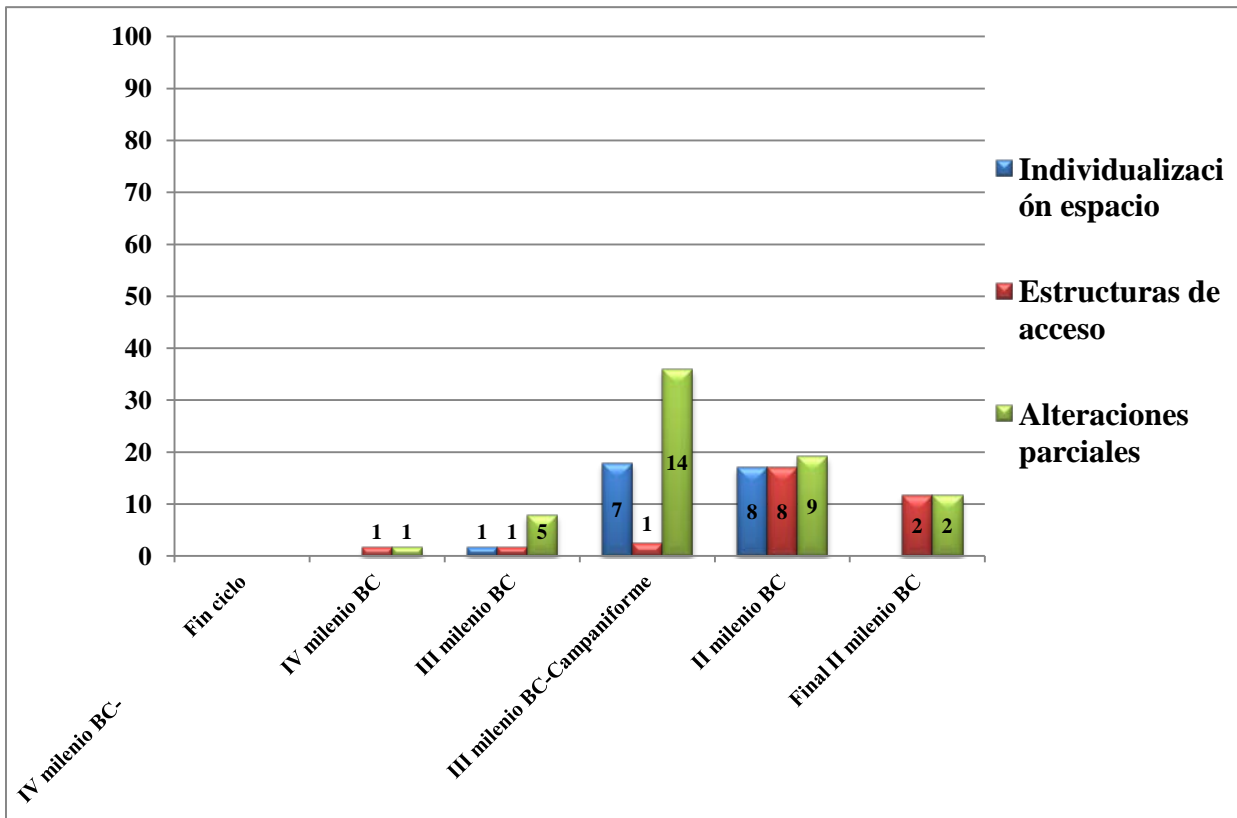
■ Re-decoración

■ Limpieza

		Individualización espacio	Estructuras de acceso	Alteraciones parciales
IV milenio BC-	Fin ciclo	0	0	0
IV milenio BC		0	50	50
III milenio BC		20	20	100
III milenio BC-Campaniforme		46,6	6,6	93,3
II milenio BC		47	47	53
Final II milenio BC		0	66,6	66,6



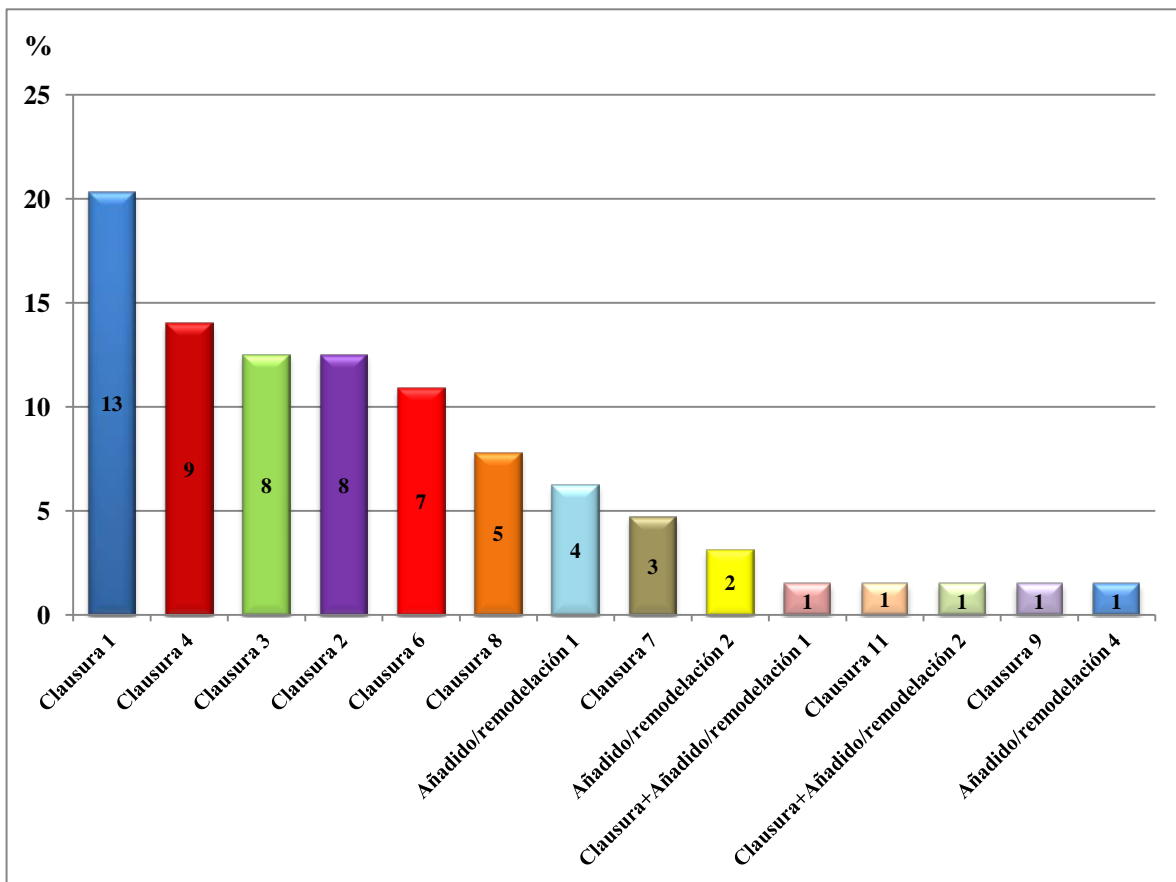
	Individualización espacio	Estructuras de acceso	Alteraciones parciales
IV milenio BC- ciclo	0	0	0
IV milenio BC	0	1,7	1,7
III milenio BC	1,6	1,6	7,9
III milenio BC-Campaniforme	17,9	2,5	35,9
II milenio BC	17	17	19,1
Final II milenio BC	0	11,7	11,7



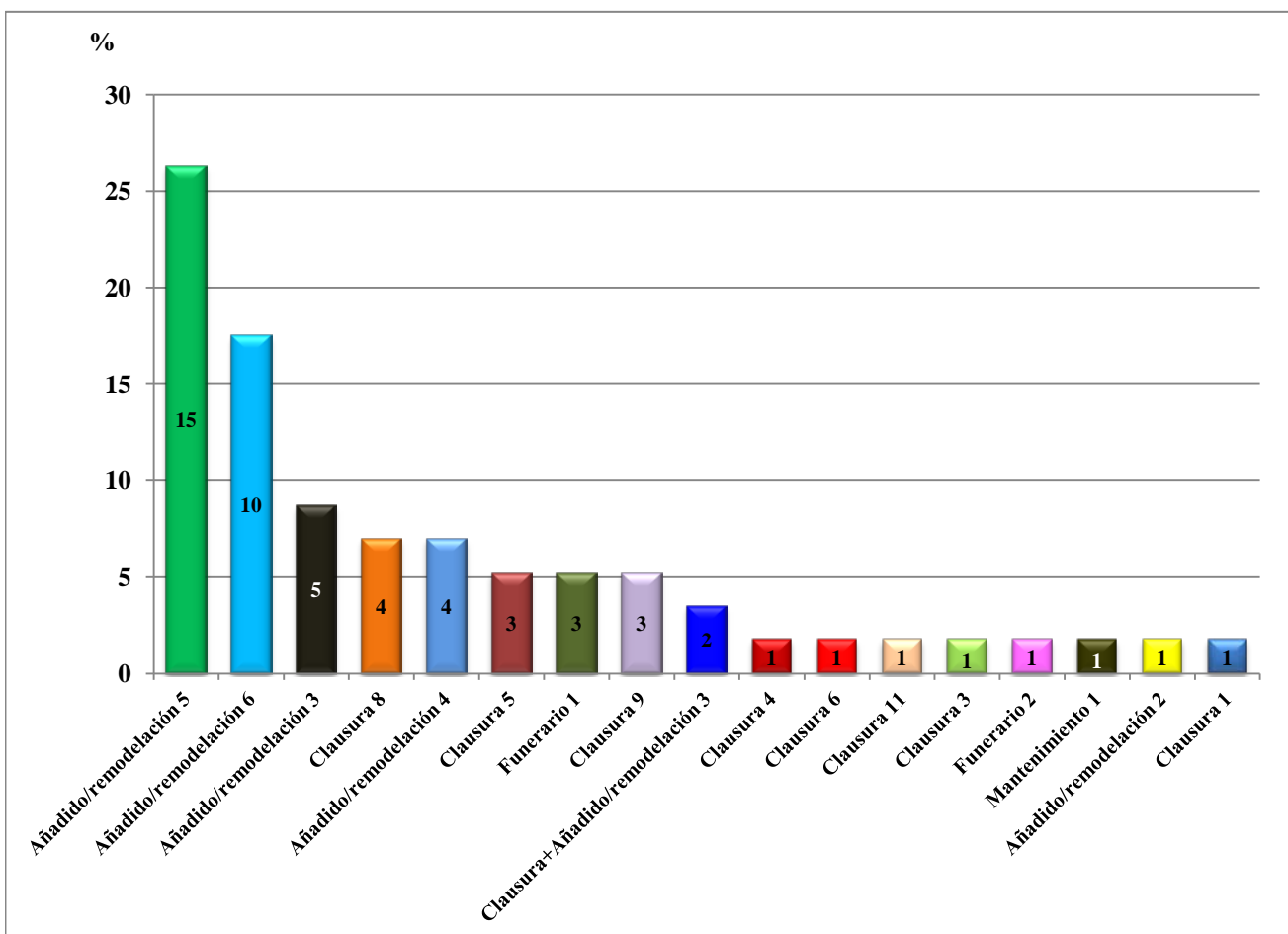
GRÁFICOS Y TABLAS

38-43

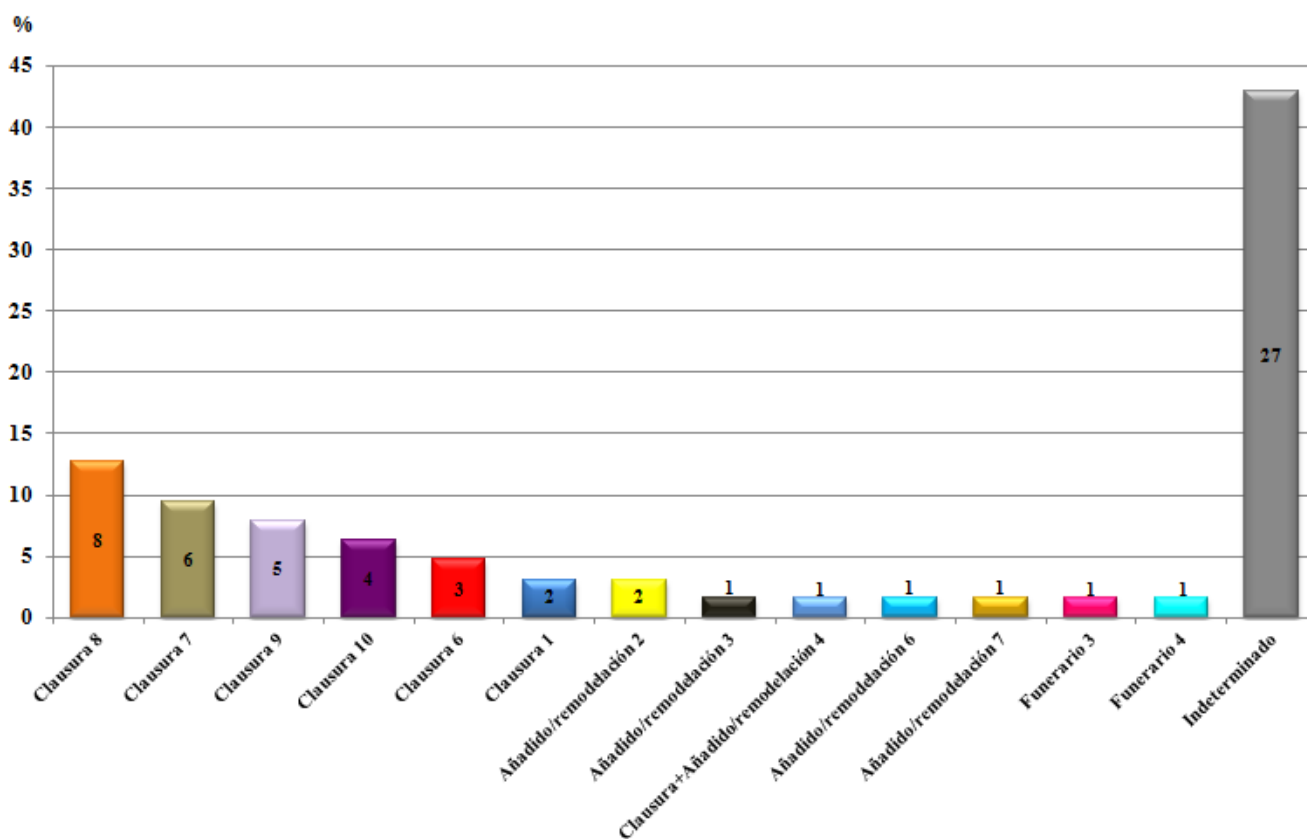
		%	Nº casos
Tumulación	Clausura 1	20,3	13
Desmantelamiento	Clausura 4	14	9
Fuego	Clausura 3		
clausurador+Tumulación+Mantenimiento		12,5	8
Tumulación+Mantenimiento	Clausura 2	12,5	8
Desmantelamiento+Inhabilitación	Clausura 6		
espacios interiores+Mantenimiento		10,9	7
Inhabilitación espacios interiores	Clausura 8	7,8	5
Bloqueo	Añadido/remodelación 1	6,25	4
Desmantelamiento+Inhabilitación	Clausura 7		
espacios interiores+Retumulación		4,7	3
Retumulación	Añadido/remodelación 2	3,1	2
Retumulación	Clausura+Añadido/remodelación 1	1,5	1
Fuego	Clausura 11	1,5	1
Fuego clausurador+Espacio	Clausura+Añadido/remodelación 2		
ceremonial+Mantenimiento	ión 2	1,5	1
Inhabilitación espacios	Clausura 9		
interiores+Retumulación		1,5	1
Superposición+Retumulación	Añadido/remodelación 4	1,5	1



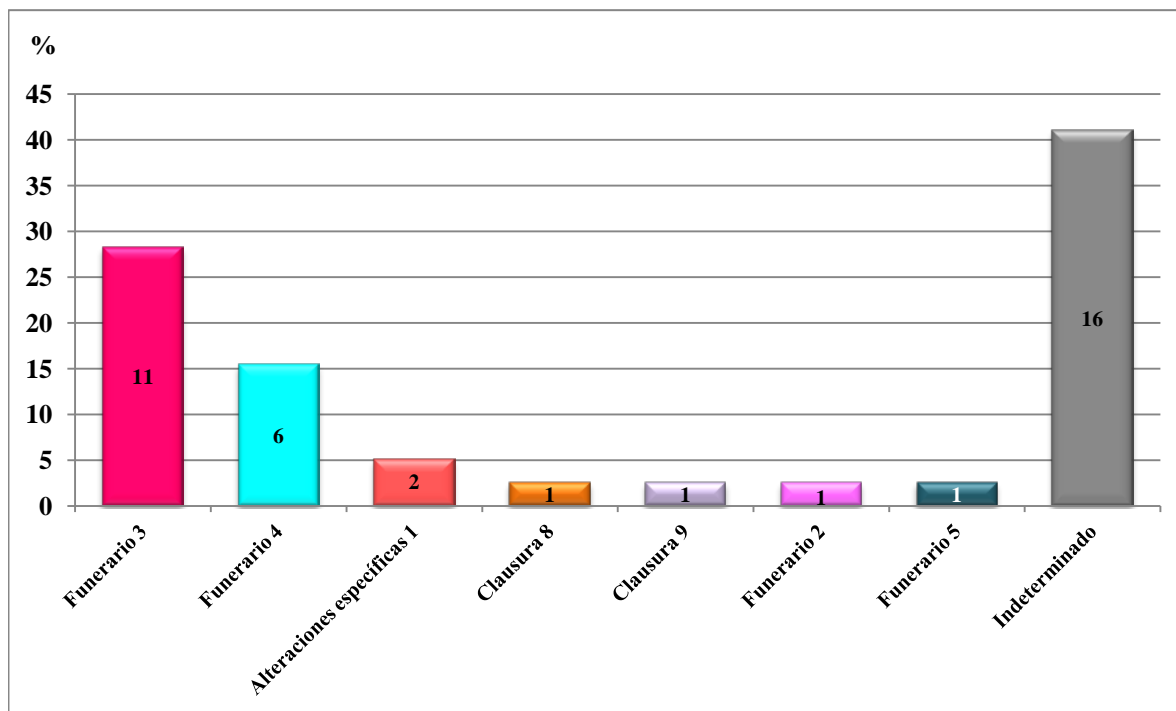
		%	Nº casos
Elementos acceso	Añadido/remodelación 5	26,3	15
Elementos acceso+Retumulación	Añadido/remodelación 6	17,5	10
Ampliación/Yuxtaposición	Añadido/remodelación 3	8,7	5
Inhabilitación espacios interiores	Clausura 8	7	4
Superposición+Retumulación	Añadido/remodelación 4	7	4
Desmantelamiento+Bloqueo	Clausura 5	5,2	3
Funerario+Mantenimiento	Funerario 1	5,2	3
Inhabilitación espacios interiores+Retumulación	Clausura 9	5,2	3
Fuego clausurador+Elementos acceso+Retumulación	Clausura+Añadido/remodelación 3	3,5	2
Desmantelamiento	Clausura 4	1,75	1
Desmantelamiento+Inhabilitación espacios interiores+Mantenimiento	Clausura 6	1,75	1
Fuego	Clausura 11	1,75	1
Fuego clausurador+Tumulación+Mantenimiento	Clausura 3	1,75	1
Funerario+Estructuras acceso	Funerario 2	1,75	1
Mantenimiento+Menhir	Mantenimiento 1	1,75	1
Retumulación	Añadido/remodelación 2	1,75	1
Tumulación	Clausura 1	1,75	1



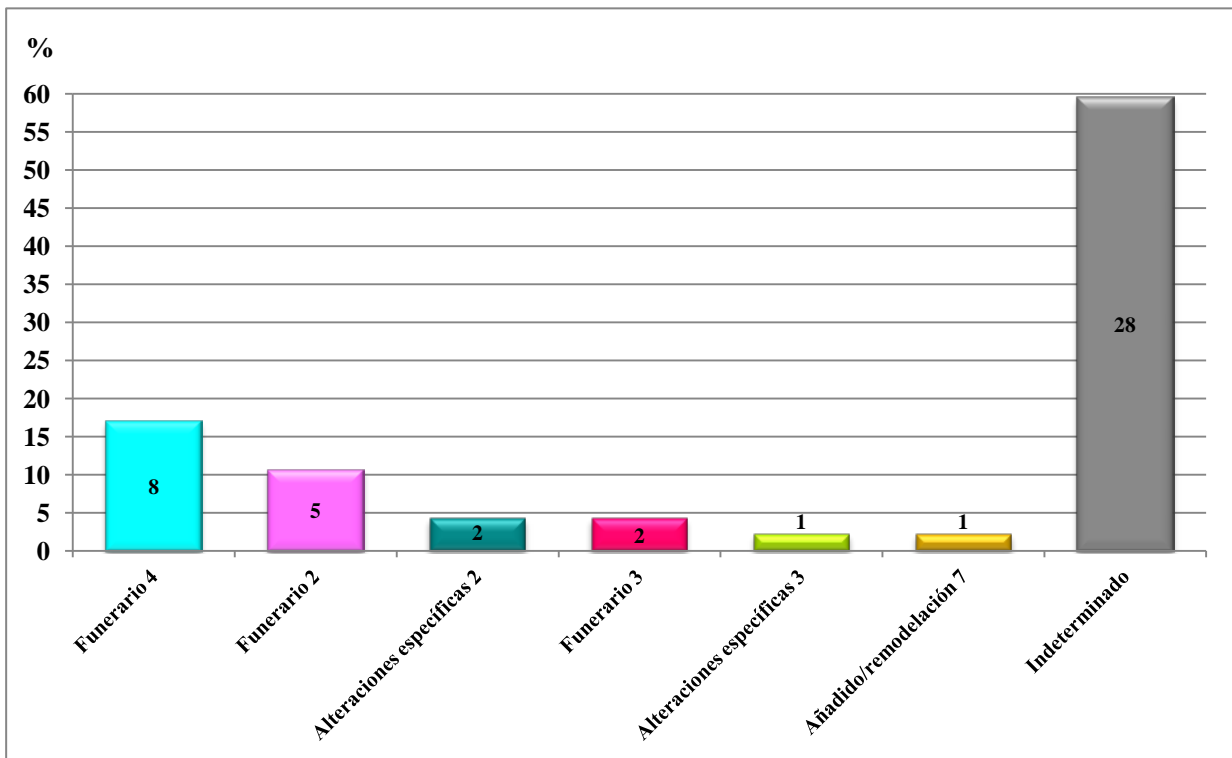
		%	Nº casos
Inhabilitación espacios interiores	Clausura 8	12,7	8
Desmantelamiento+Inhabilitación espacios interiores+Retumulación	Clausura 7	9,5	6
Inhabilitación espacios interiores+Retumulación	Clausura 9	7,9	5
Inhabilitación espacios interiores+Fuego túmulo	Clausura 10	6,3	4
Desmantelamiento+Inhabilitación espacios interiores+Mantenimiento	Clausura 6	4,7	3
Tumulación	Clausura 1	3,1	2
Retumulación	Añadido/remodelación 2	3,1	2
Ampliación/Yuxtaposición	Añadido/remodelación 3	1,6	1
Desmantelamiento+Inhabilitación espacios interiores+Espacio ceremonial+Estructuras secundarias+Retumulación	Clausura+Añadido/remodelación 4	1,6	1
Elementos acceso+Retumulación	Añadido/remodelación 6	1,6	1
Estructuras secundarias	Añadido/remodelación 7	1,6	1
Funerario+Alteraciones parciales	Funerario 3	1,6	1
Funerario+Individualización	Funerario 4	1,6	1
Indeterminado	Indeterminado	42,9	27



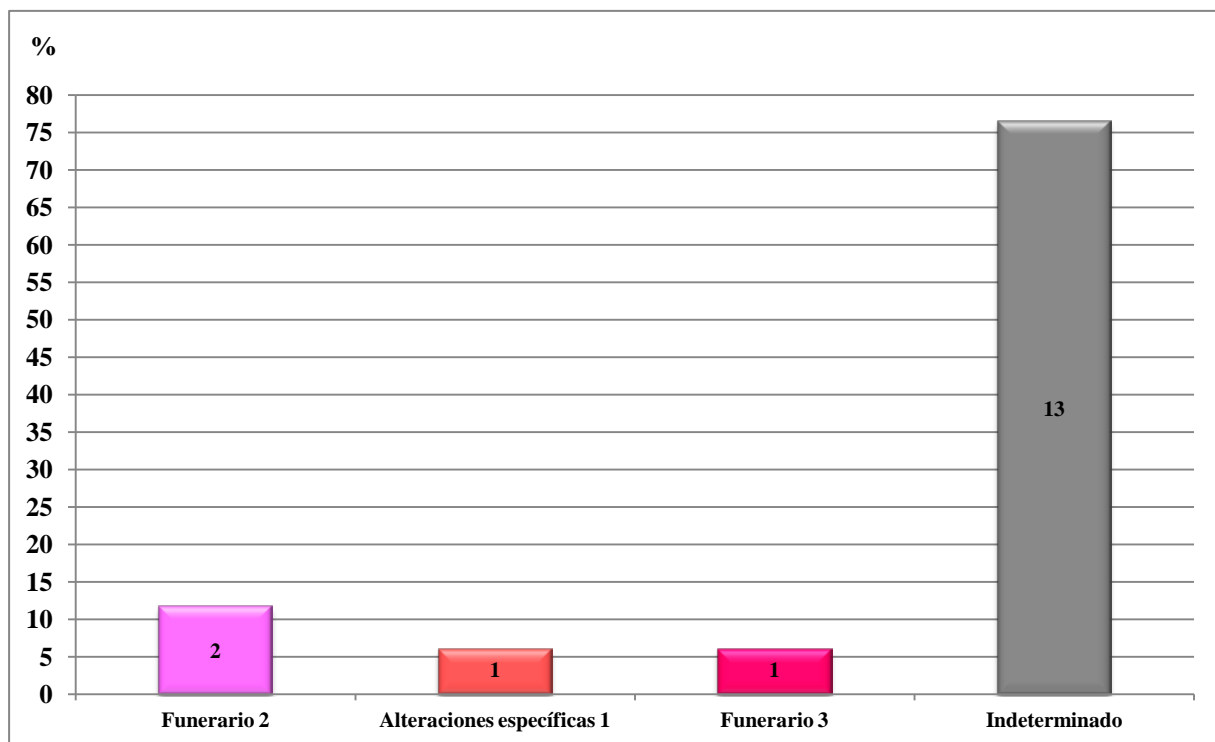
		%	Nº casos
Funerario+Alteraciones parciales	Funerario 3	28,2	11
Funerario+Individualización	Funerario 4	15,4	6
Alteraciones parciales	Alteraciones específicas	5,1	2
	1		
Inhabilitación espacios interiores	Clausura 8	2,56	1
Inhabilitación espacios interiores+Retumulación	Clausura 9	2,56	1
Funerario+Estructuras de acceso	Funerario 2	2,56	1
Funerario+Estructuras secundarias+Individualización	Funerario 5	2,56	1
Indeterminado	Indeterminado	41	16



		%	Nº casos
Funerario+Individualización	Funerario 4	17	8
Funerario+Estructuras de acceso	Funerario 2	10,6	5
Estructuras de acceso	Alteraciones específicas	4,25	2
Funerario+Alteraciones parciales	Funerario 3	4,25	2
Estructuras de acceso+Estructuras secundarias	Alteraciones específicas	2,12	1
Estructuras secundarias	Añadido/remodelación 7	2,12	1
Indeterminado	Indeterminado	59,5	28



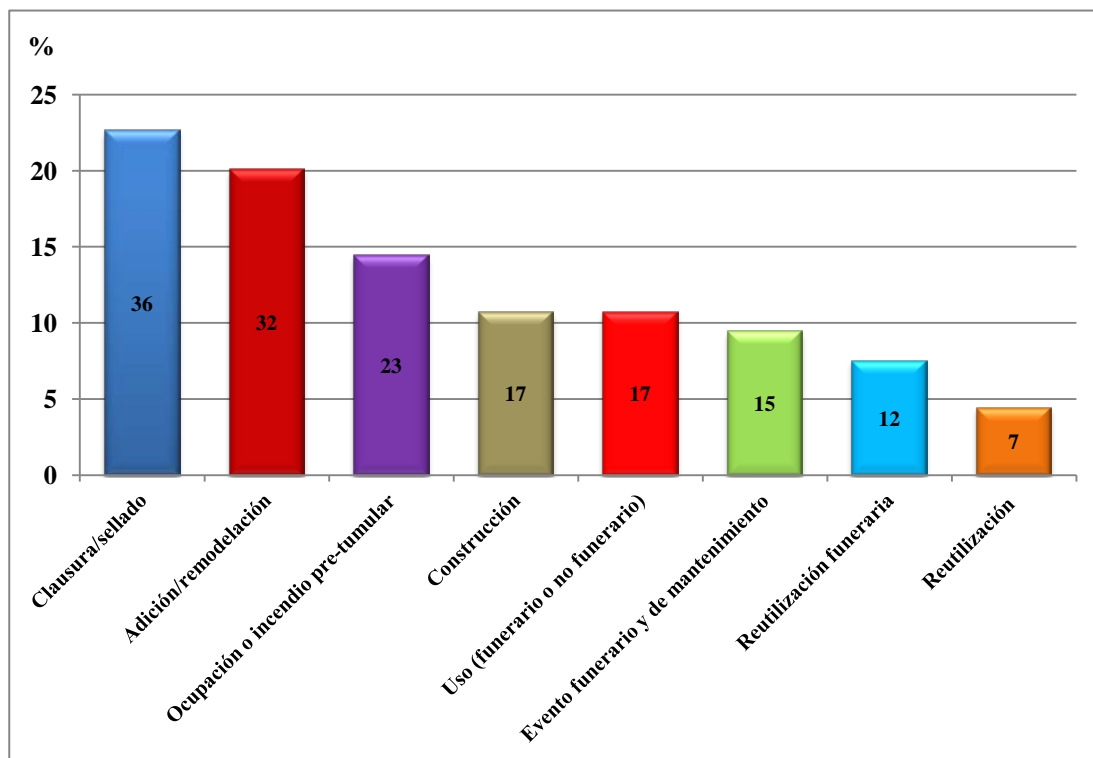
		%	Nº casos
Funerario+Estructuras de acceso	Funerario 2	11,7	2
Alteraciones parciales	Alteraciones específicas 1	5,9	1
Funerario+Alteraciones parciales	Funerario 3	5,9	1
Indeterminado	Indeterminado	76,4	13



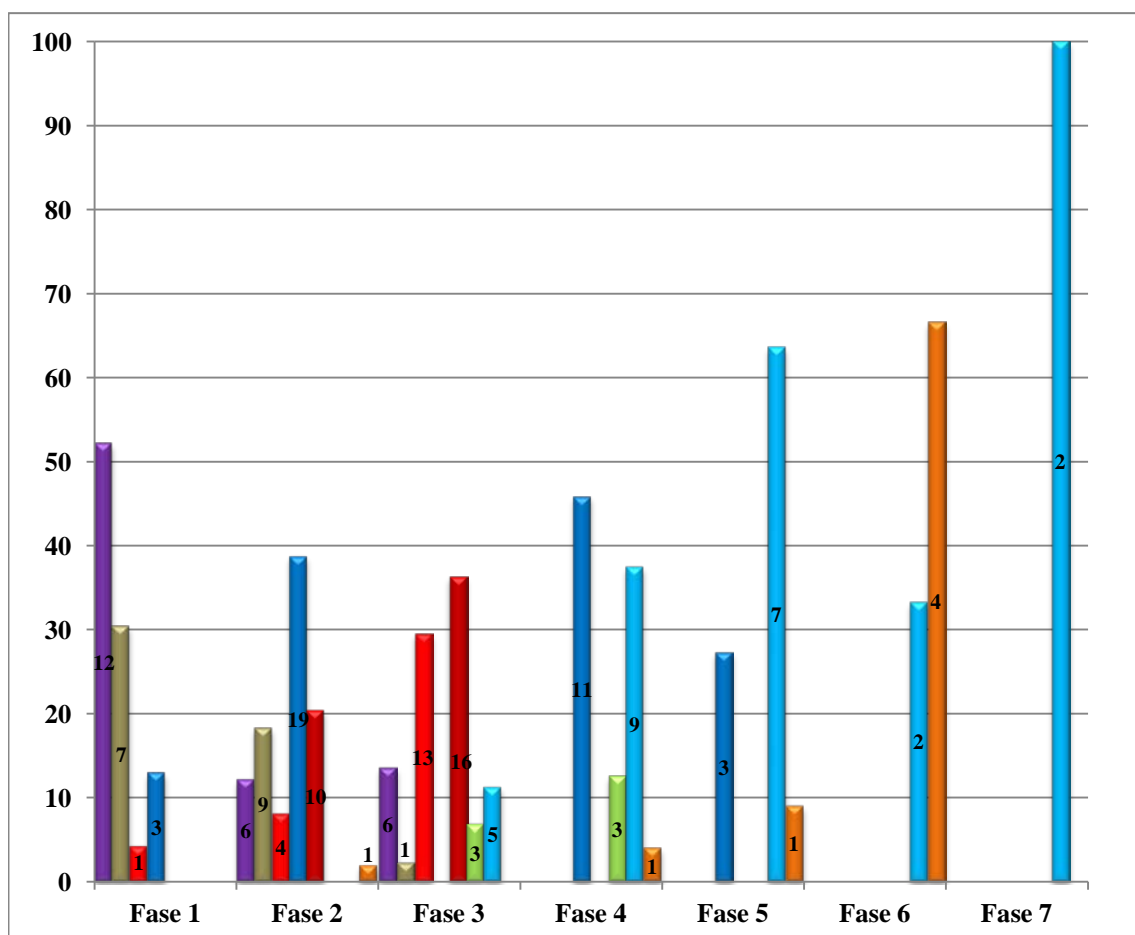
GRÁFICOS Y TABLAS

47

	%
Clausura/sellado	22,6
Adición/remodelación	20,1
Ocupación o incendio pre-tumular	14,4
Construcción	10,7
Uso (funerario o no funerario)	10,7
Evento funerario y de mantenimiento	9,4
Reutilización funeraria	7,5
Reutilización	4,4



Evento de ocupación o incendio pre-tumular	Evento de construcción	Evento de uso (funerario o no funerario)	Evento de clausura/sellado	
Fase 1	52,1	30,4	4,3	13
Fase 2	12,2	18,3	8,1	38,7
Fase 3	13,6	2,3	29,5	0
Fase 4	0	0	0	45,8
Fase 5	0	0	0	27,3
Fase 6	0	0	0	0
Fase 7	0	0	0	0



Evento de adición/remodelación	Evento funerario y de mantenimiento	Evento de reutilización funeraria	Evento de reutilización	
0	0	0	0	0
20,4	0	0	0	2
36,3	6,8	11,3	11,3	0
0	12,5	37,5	37,5	4,1
0	0	63,6	63,6	9,1
0	0	33,3	33,3	66,6
0	0	100	100	0

■ **Evento de ocupación o incendio pre-tumular**

■ **Evento de construcción**

■ **Evento de uso (funerario o no funerario)**

■ **Evento de clausura/sellado**

■ **Evento de adición/remodelación**

■ **Evento funerario y de mantenimiento**

■ **Evento de reutilización funeraria**

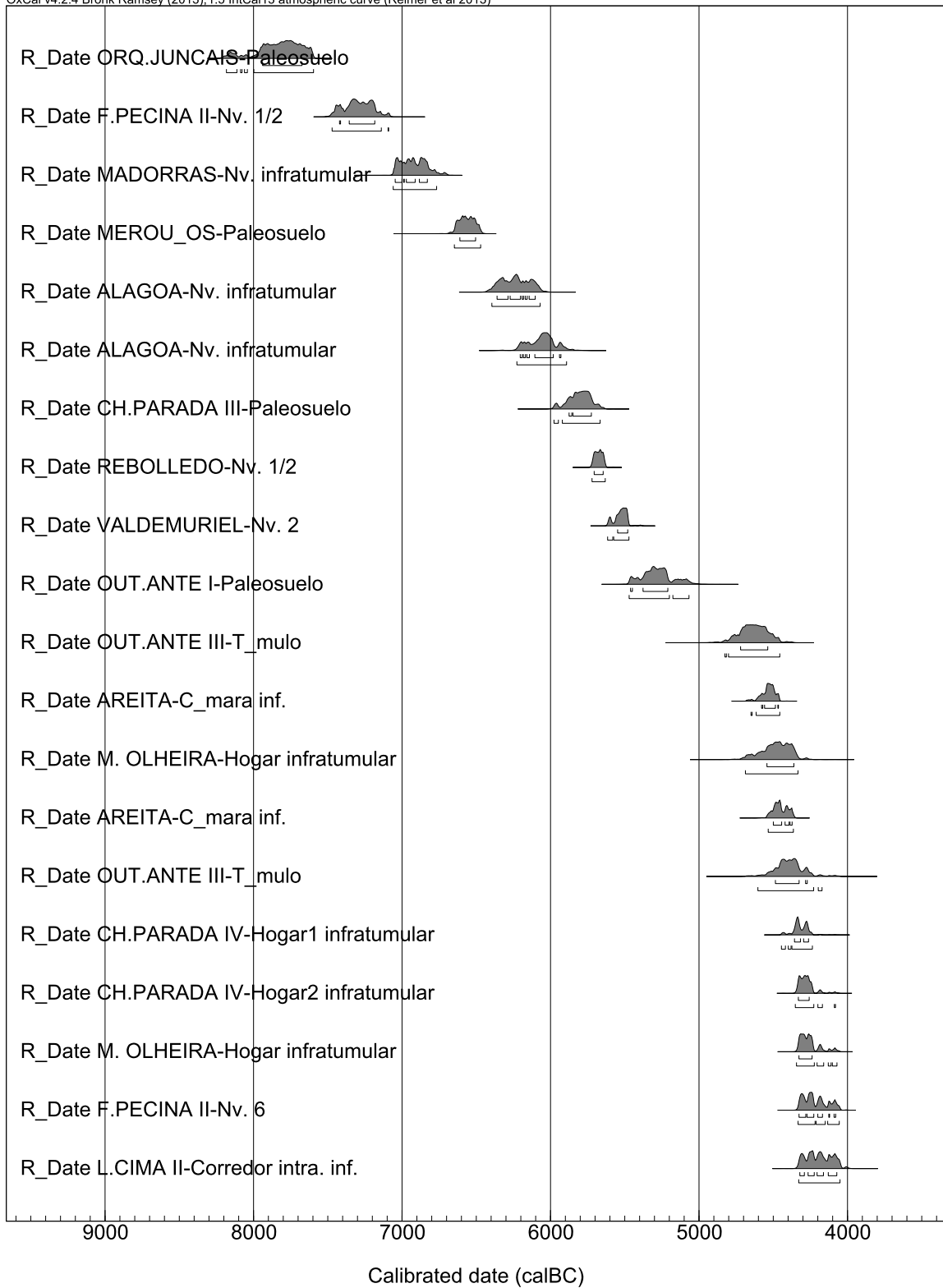
■ **Evento de reutilización**

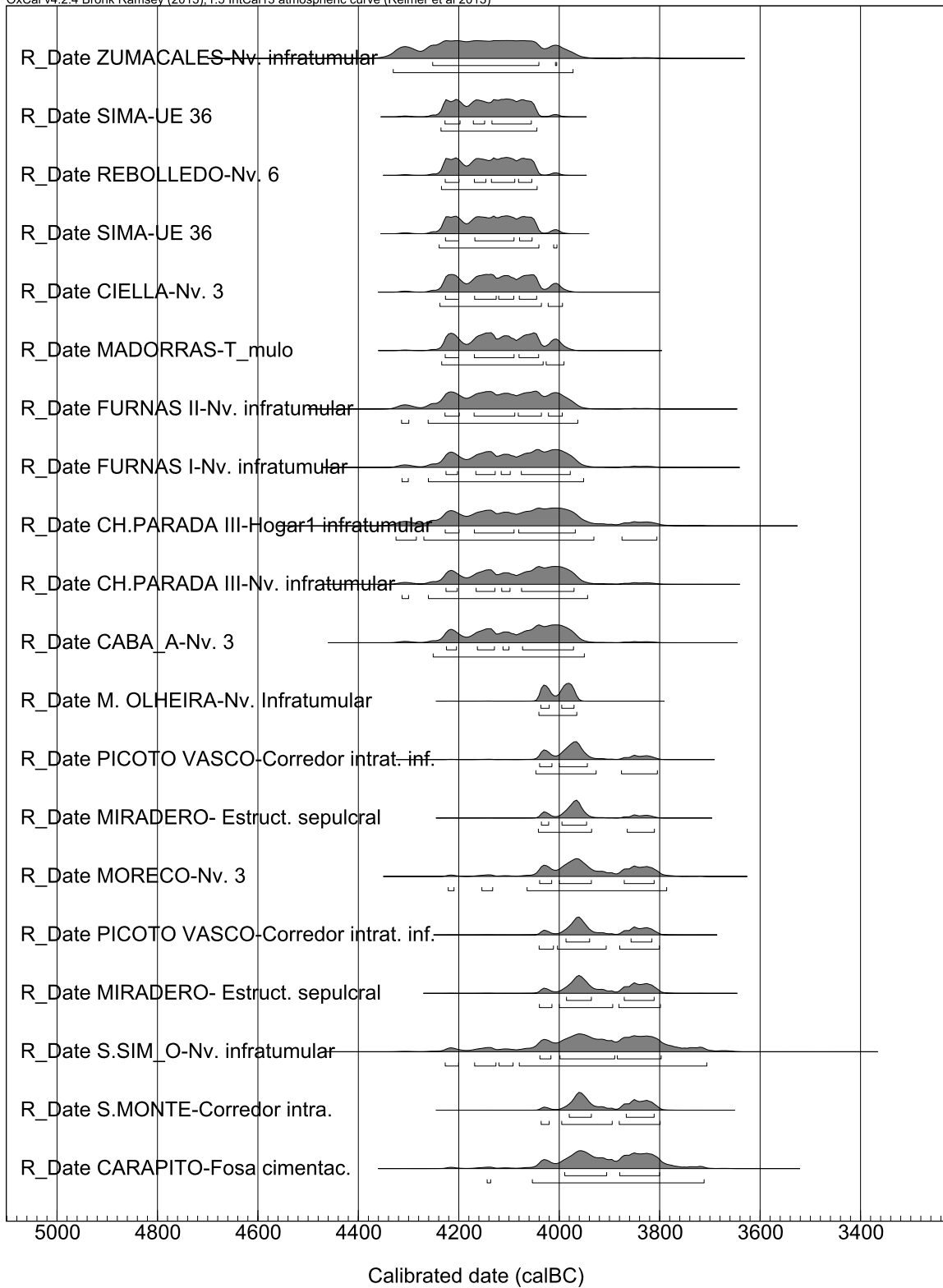
ANEXO 4

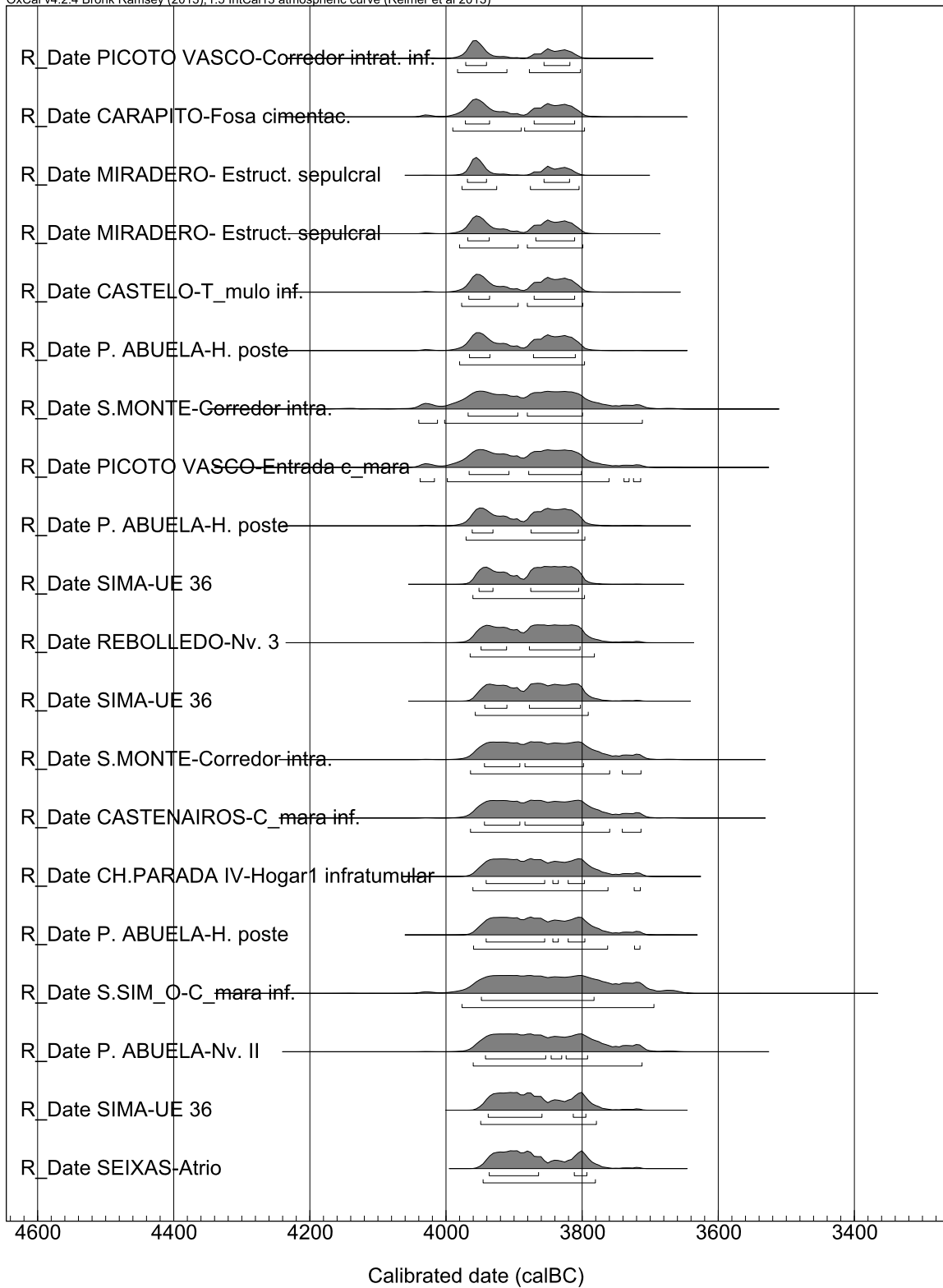
ANÁLISIS

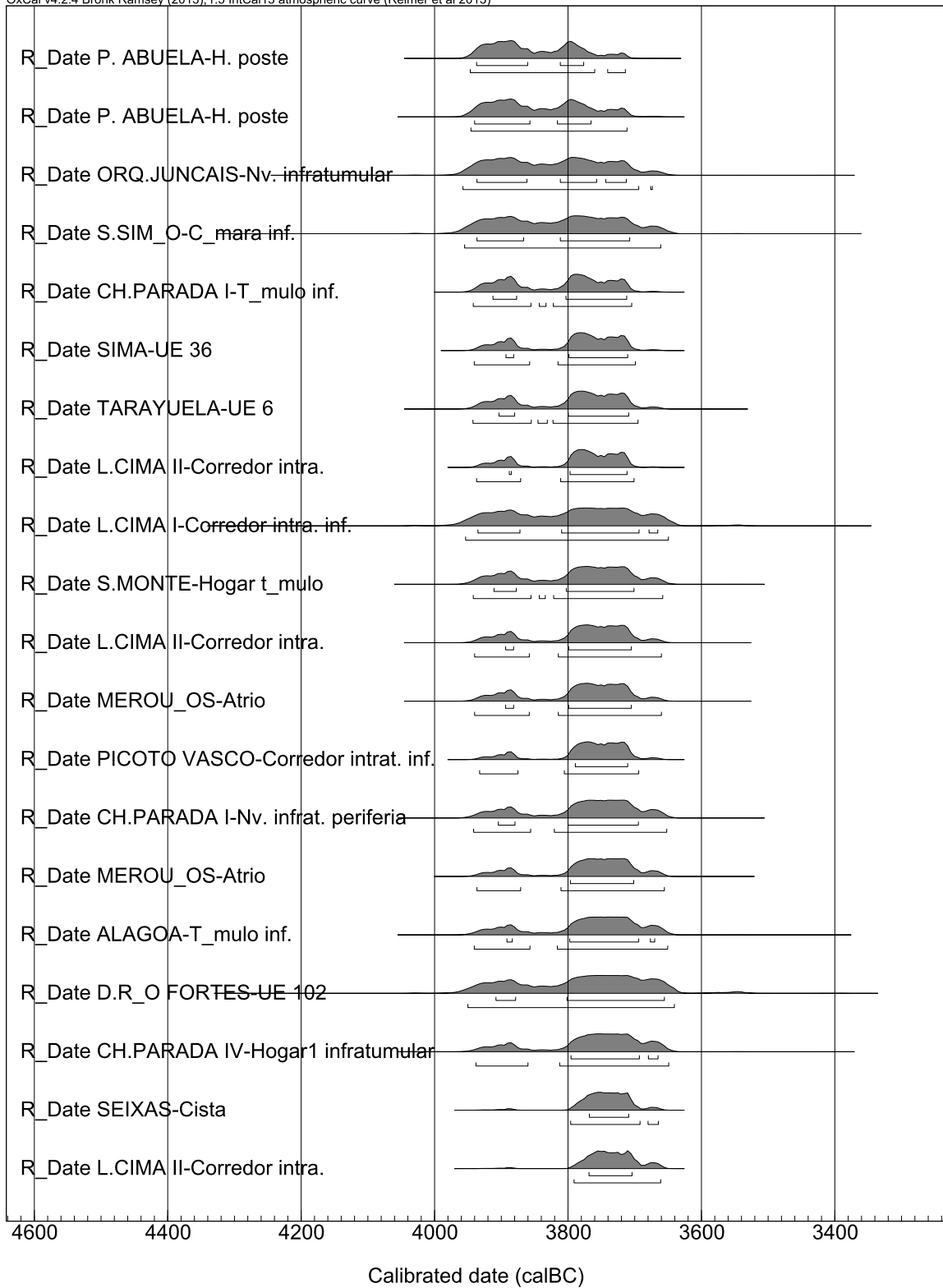
DATACIONES

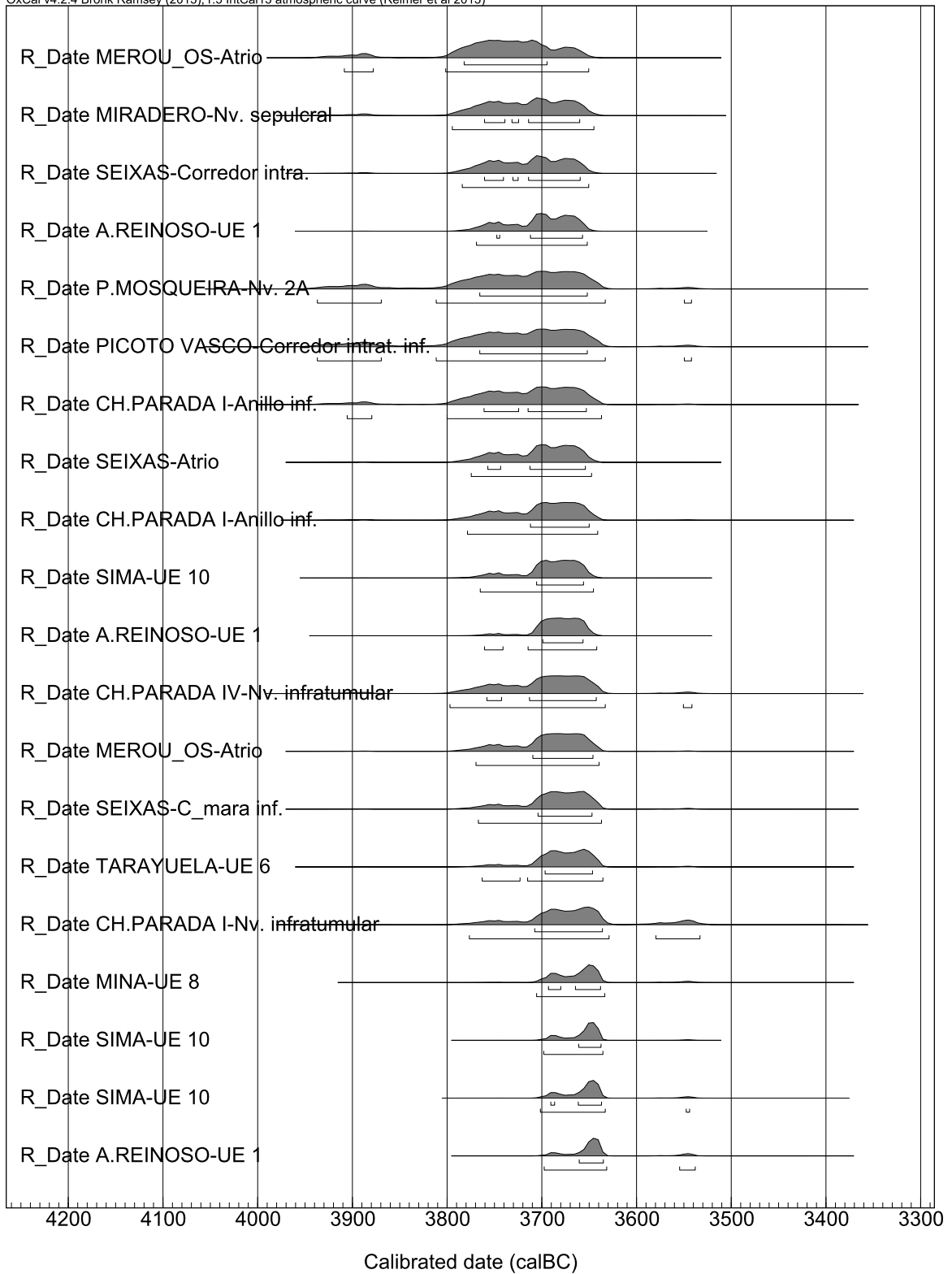
**GRÁFICOS DE
CURVAS DE
CALIBRACIÓN
GENERAL E
INDIVIDUAL**

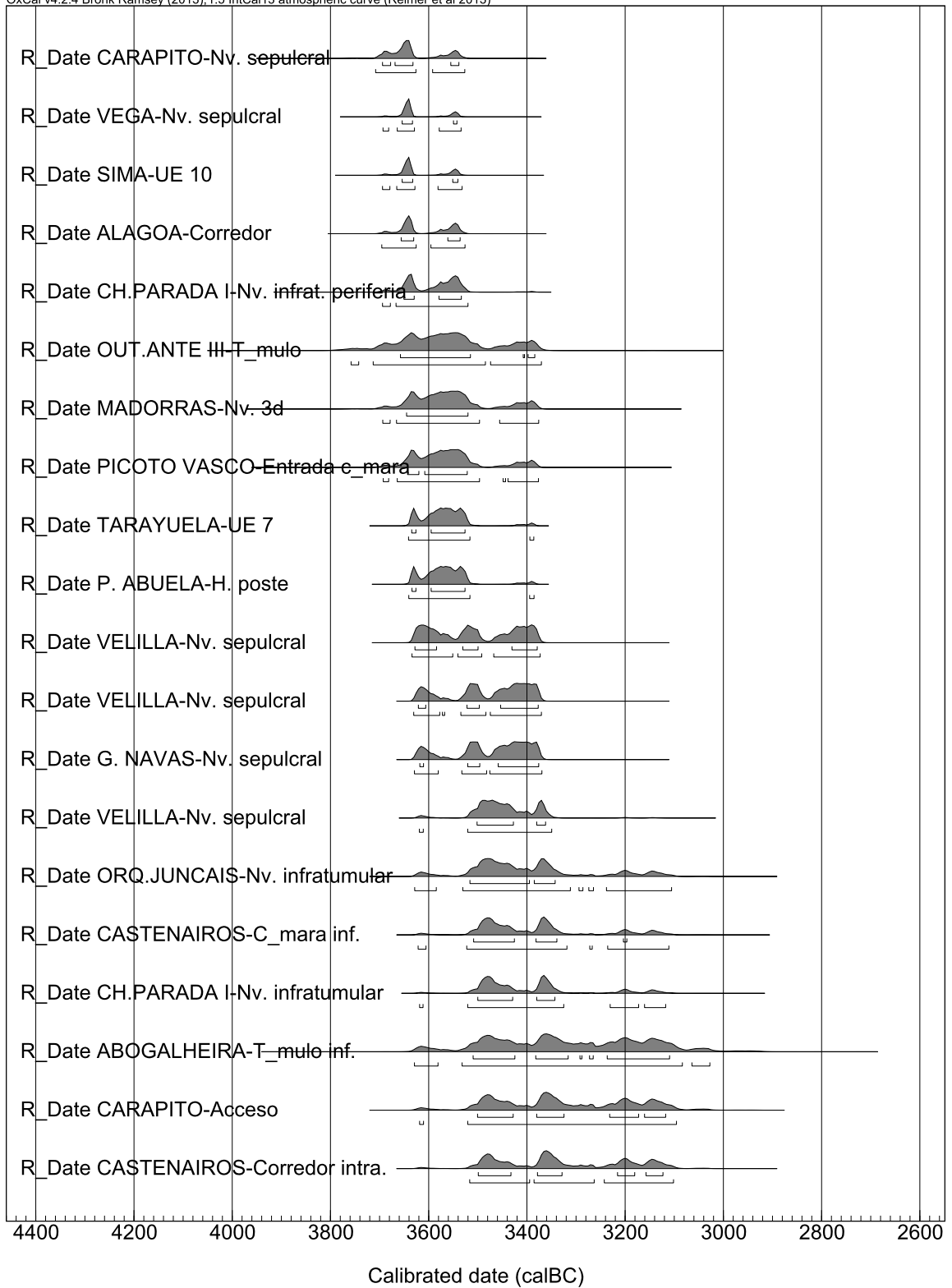


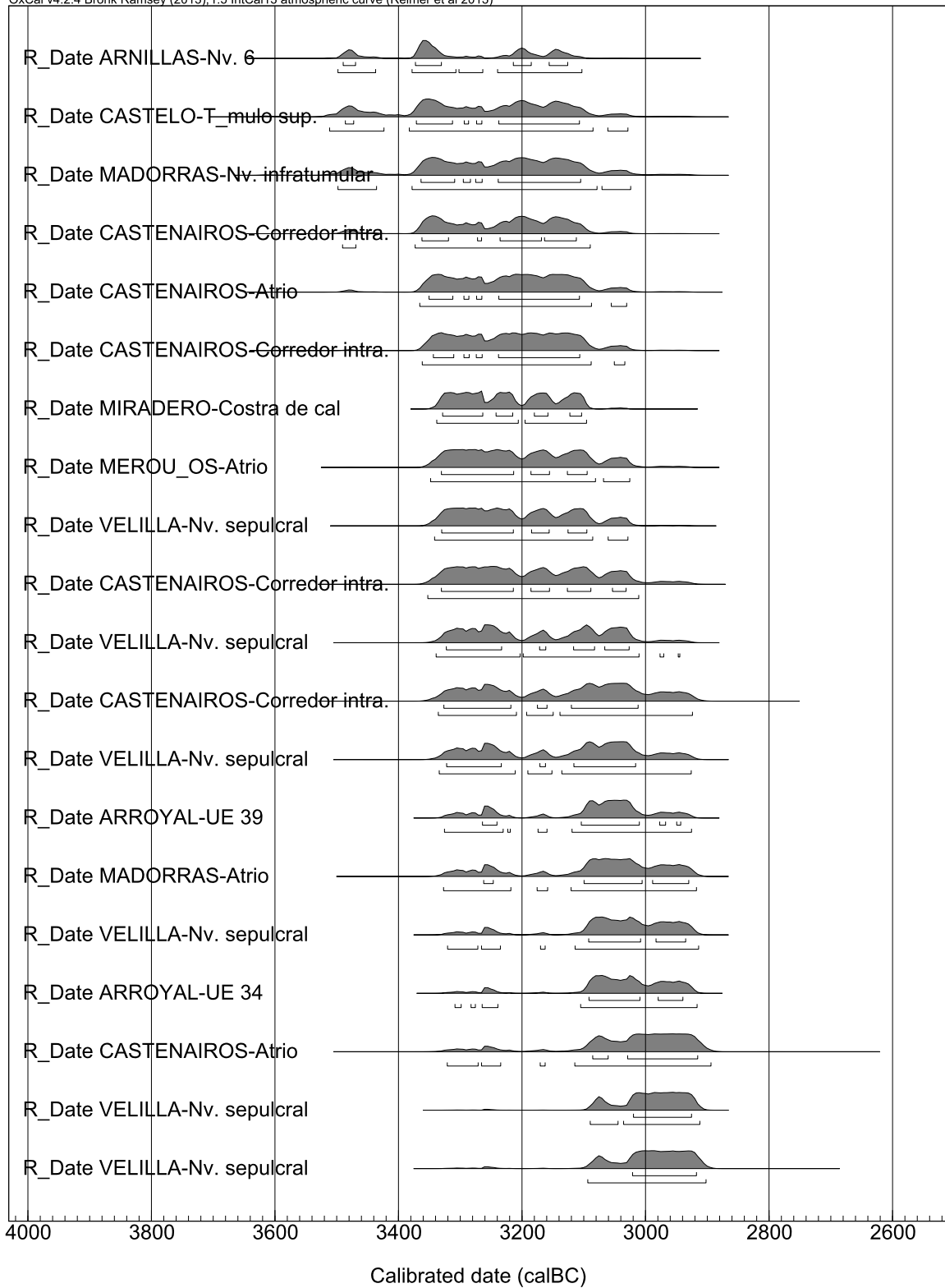


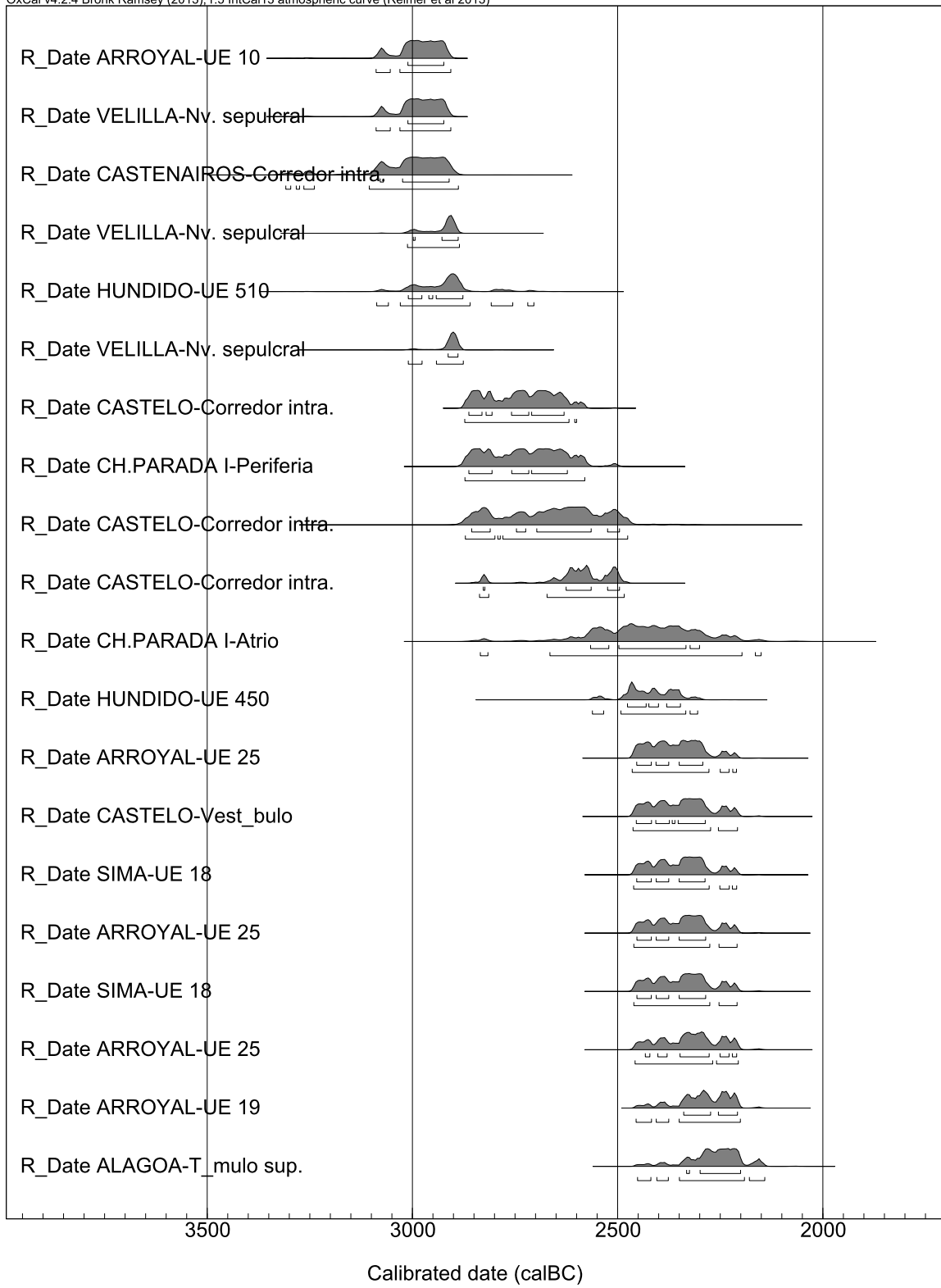


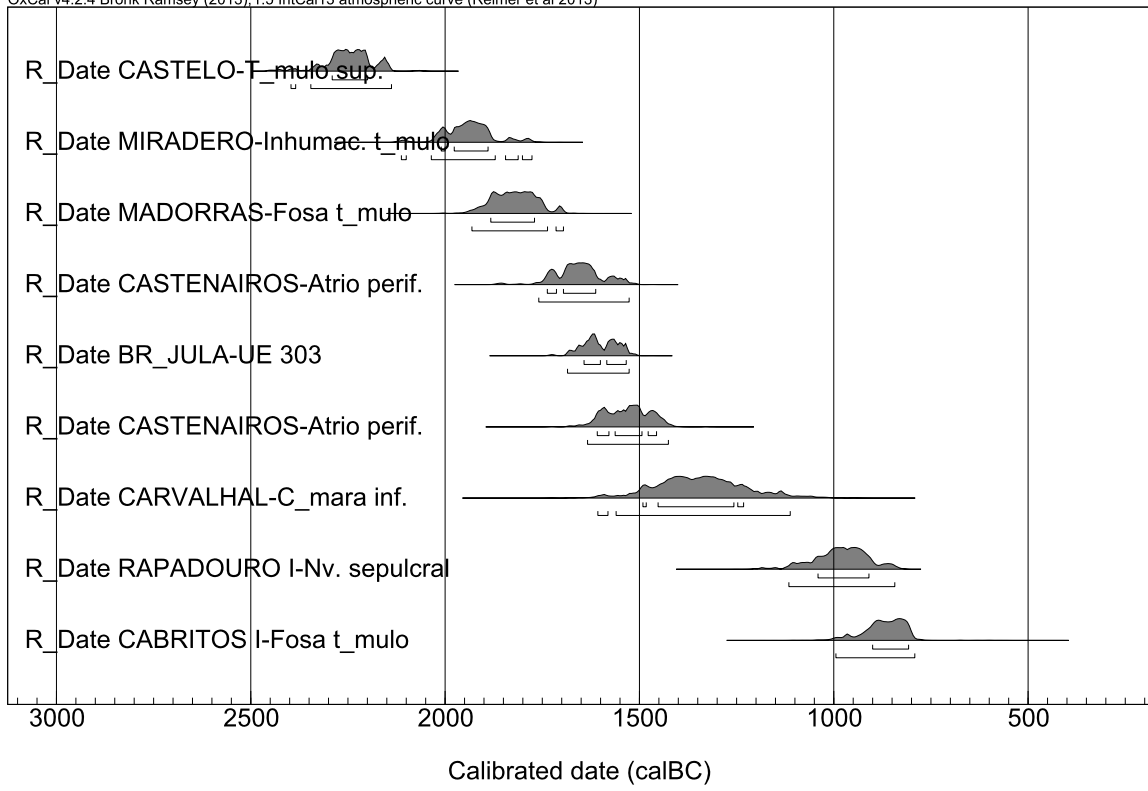


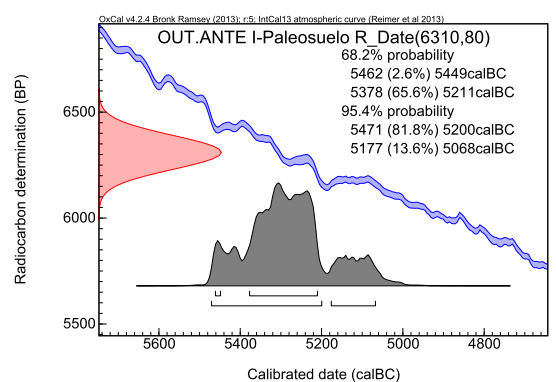
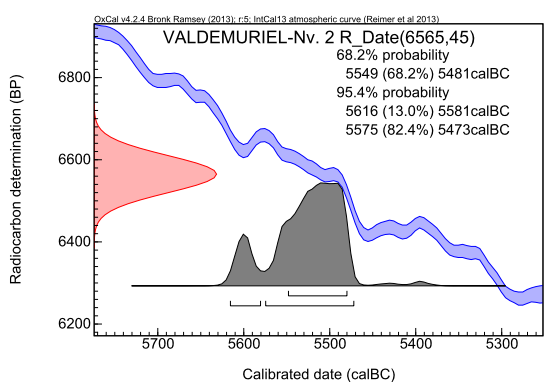
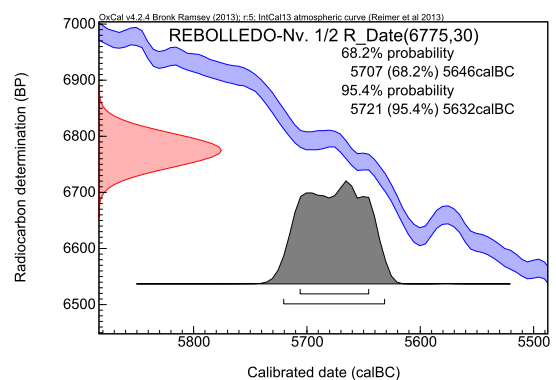
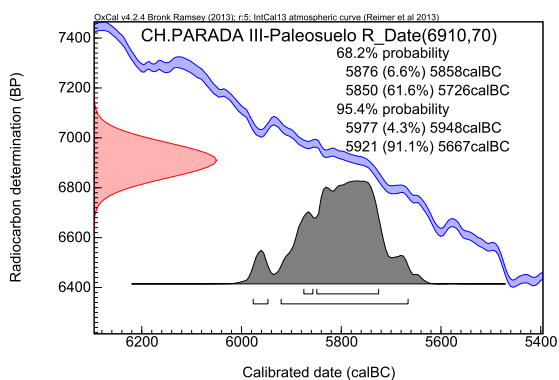
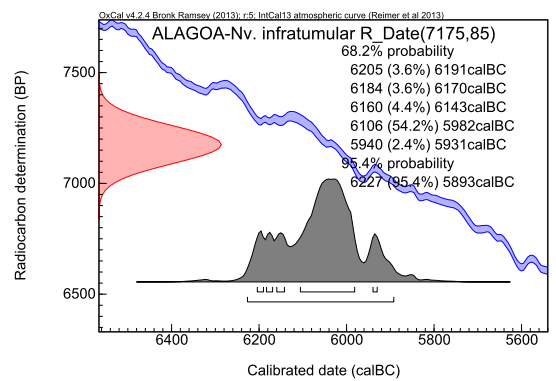
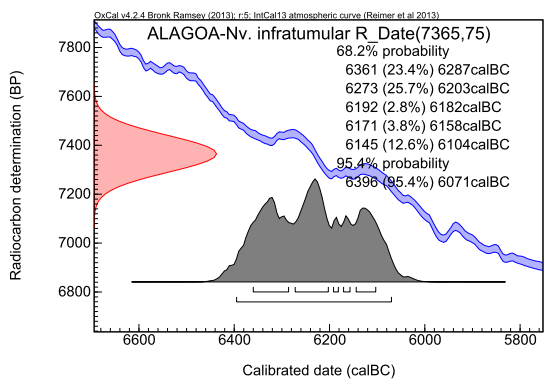
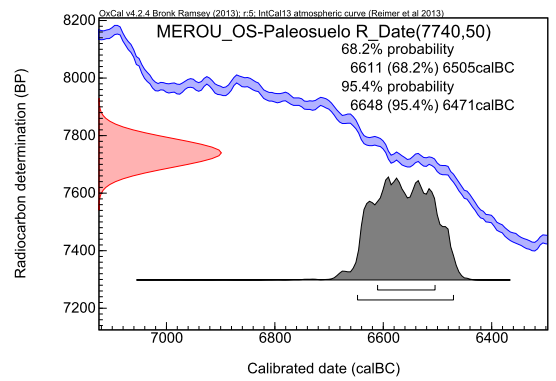
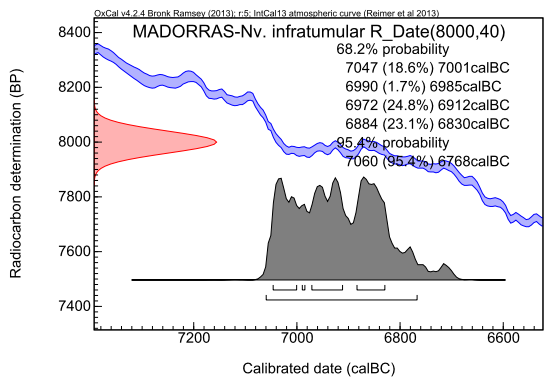
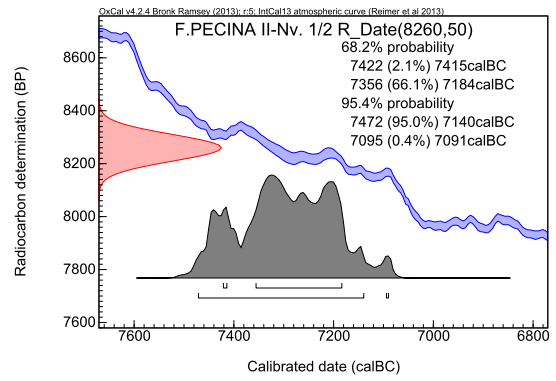
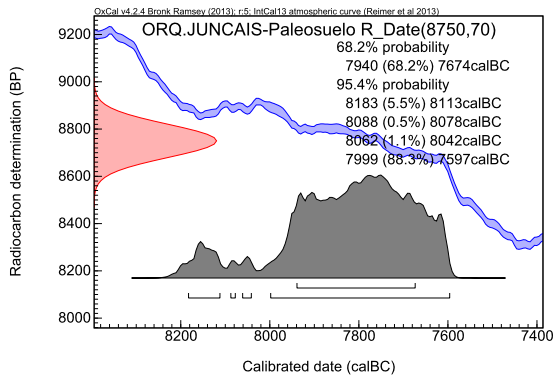


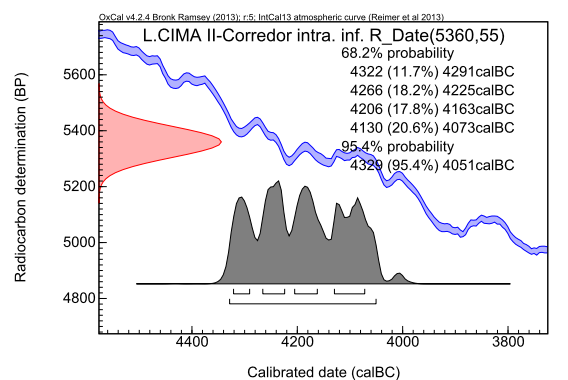
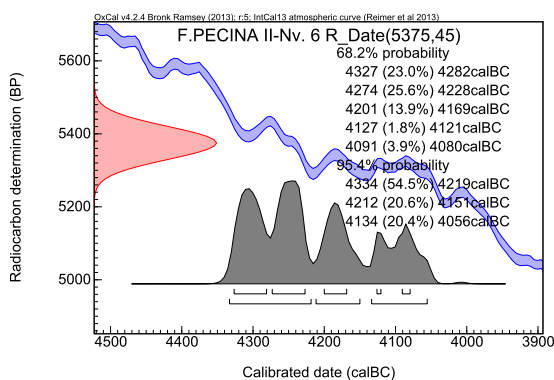
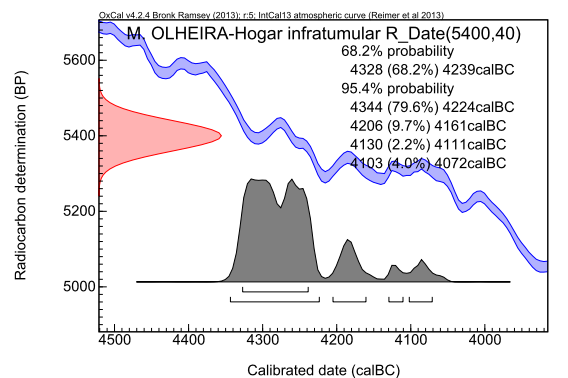
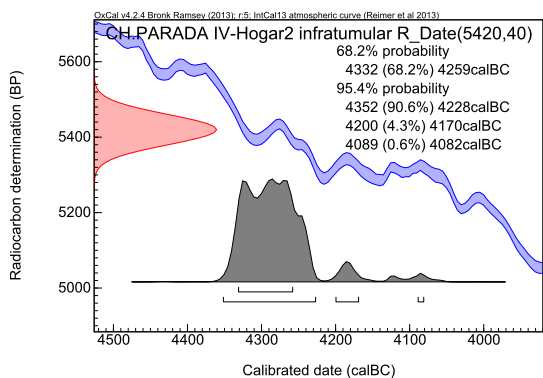
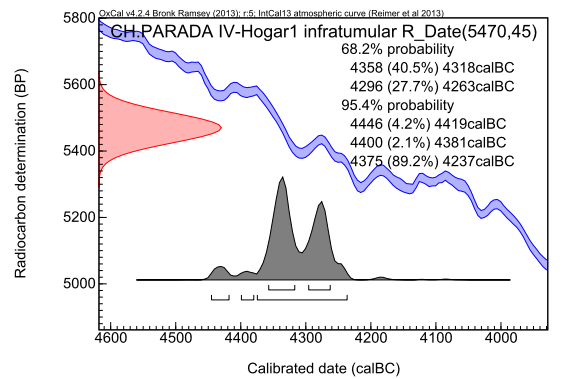
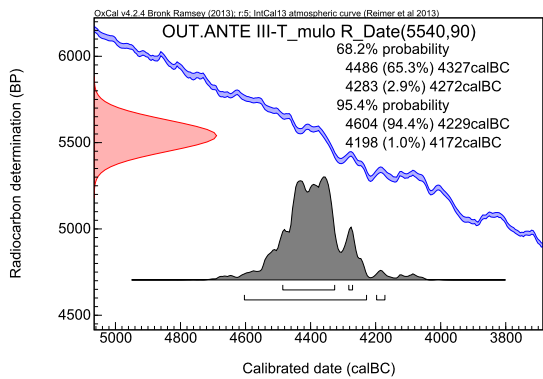
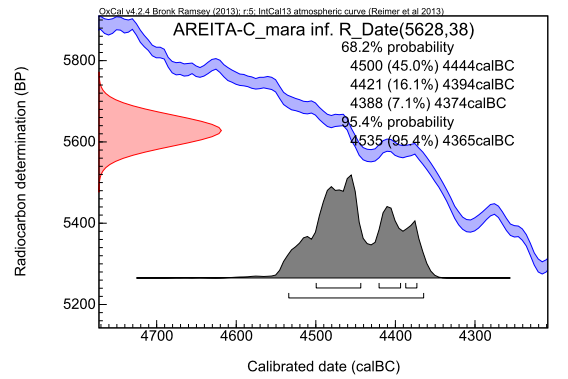
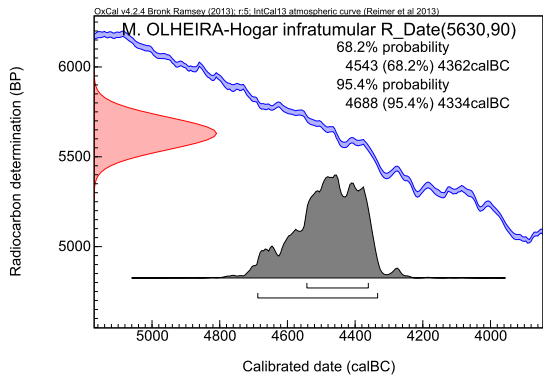
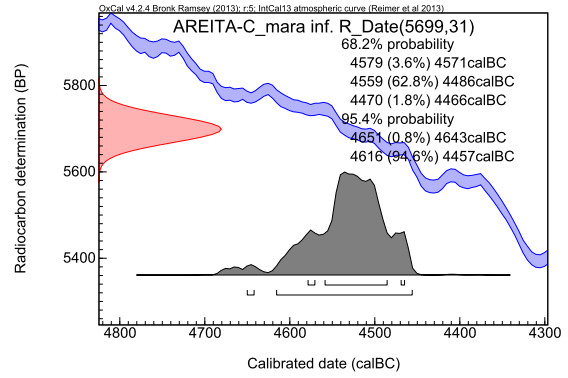
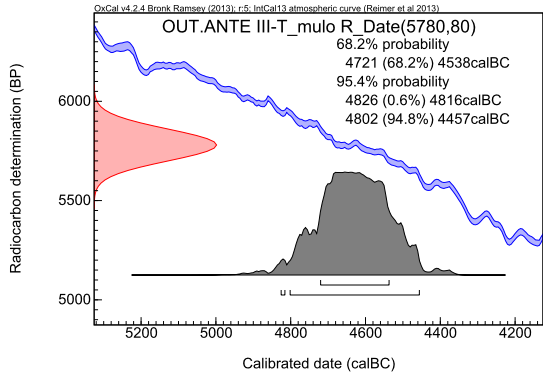


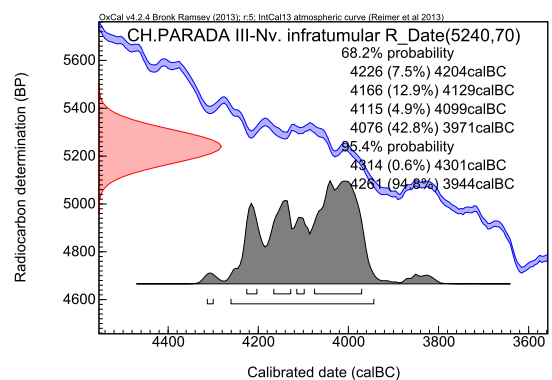
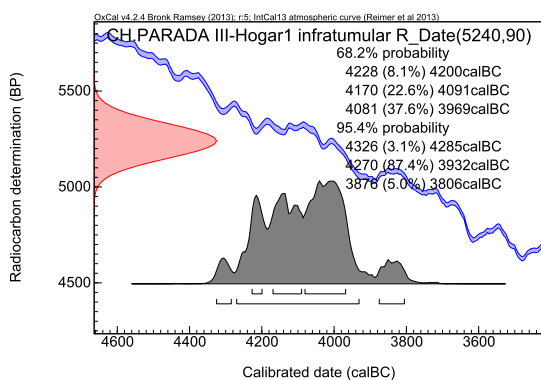
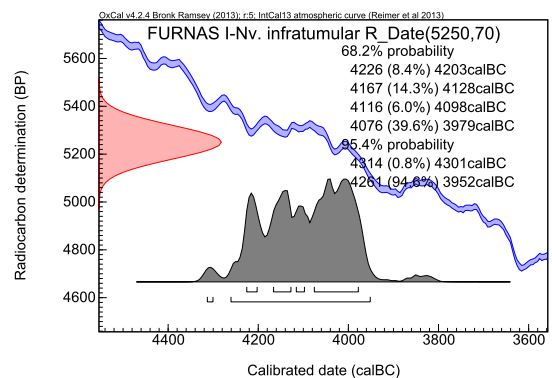
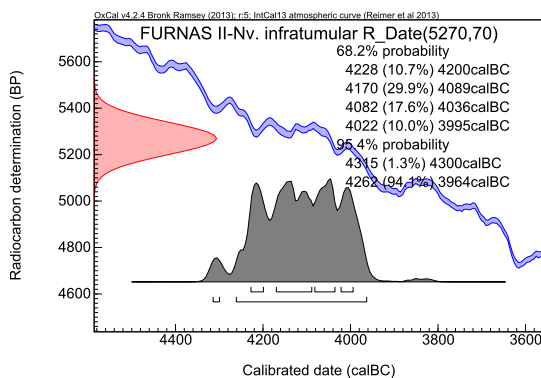
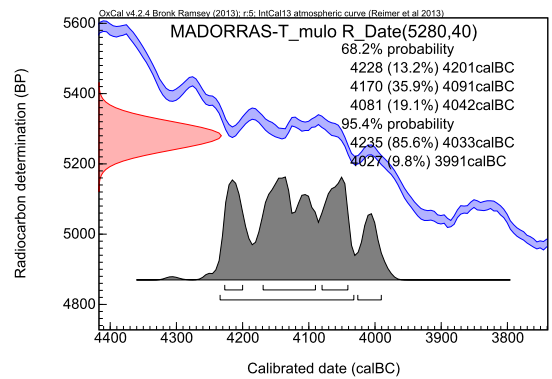
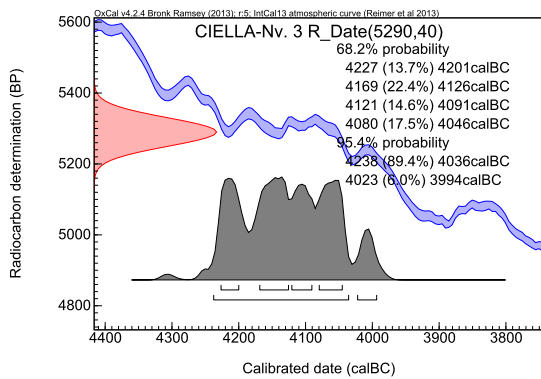
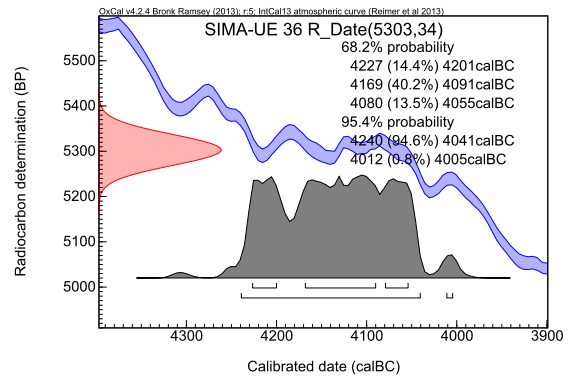
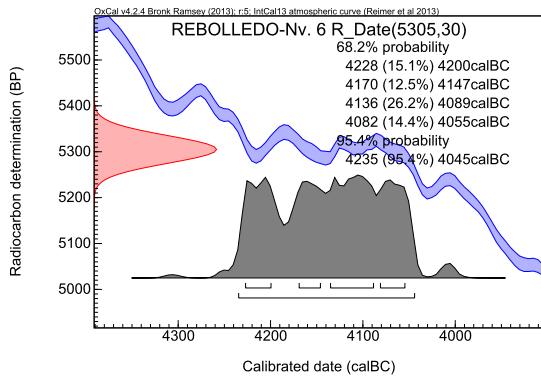
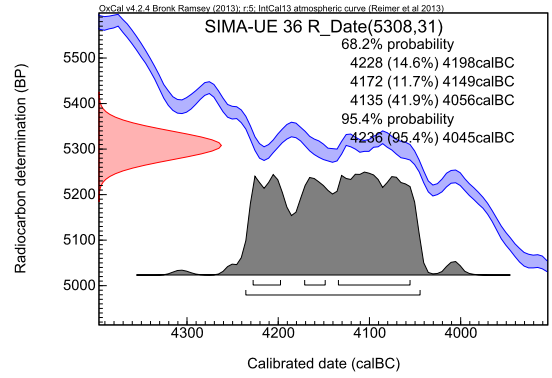
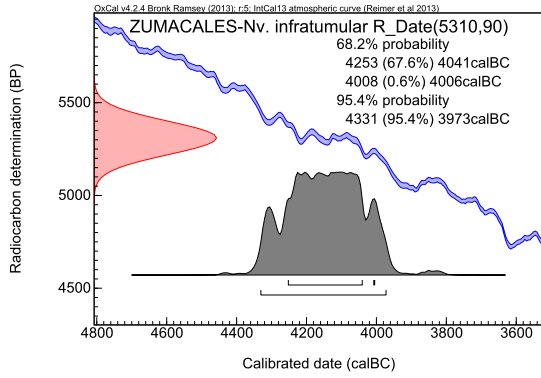


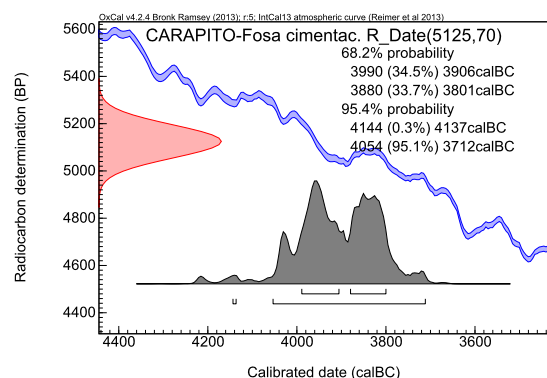
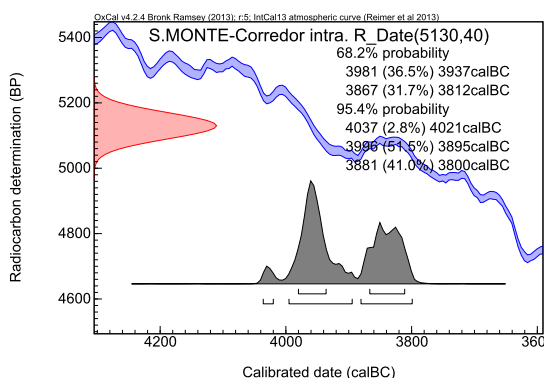
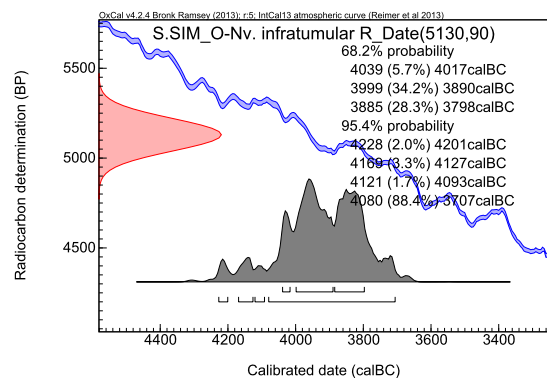
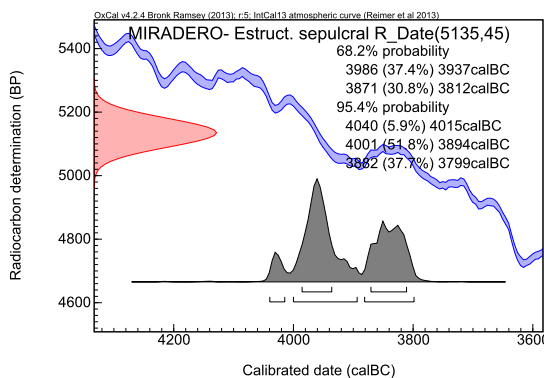
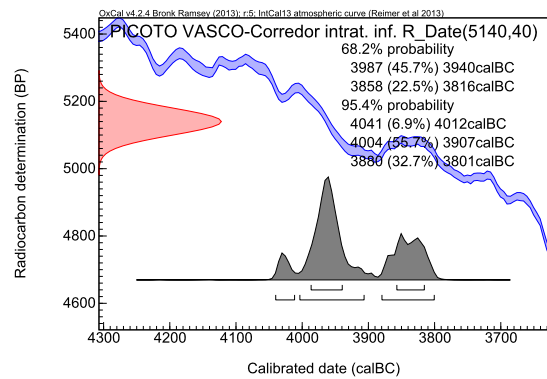
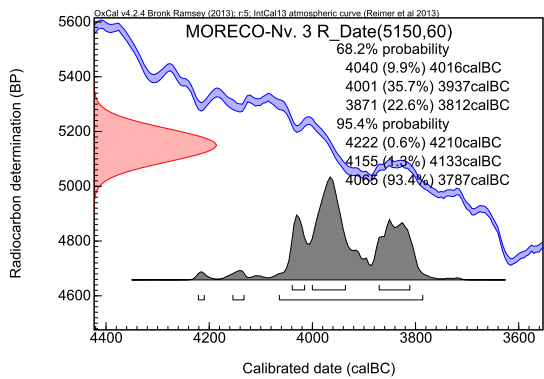
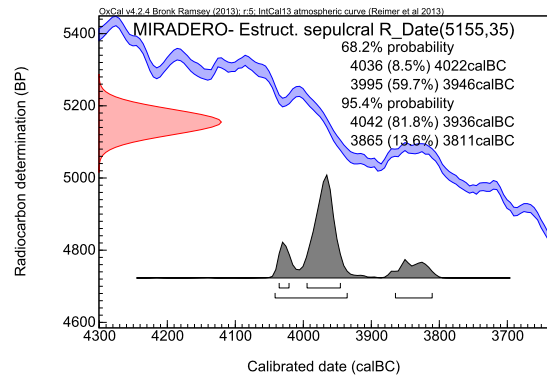
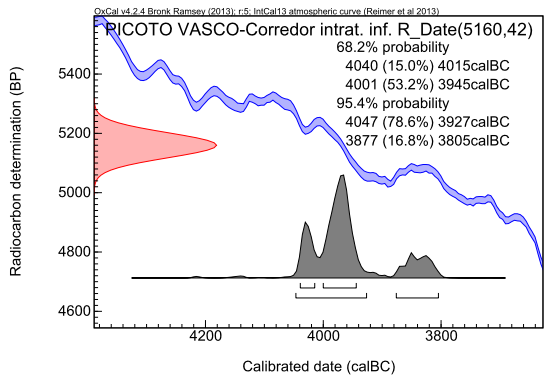
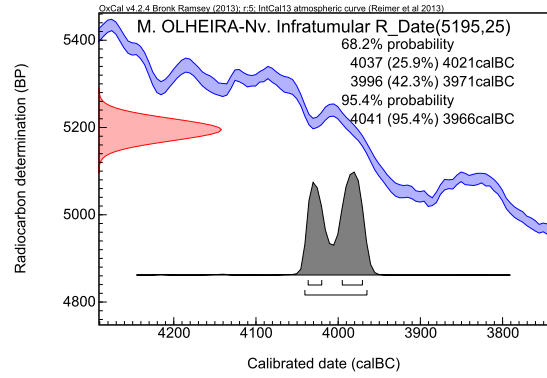
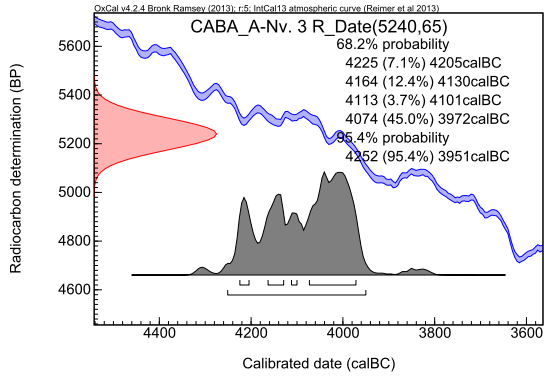


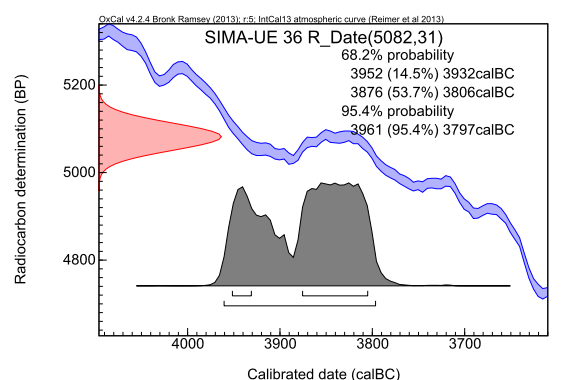
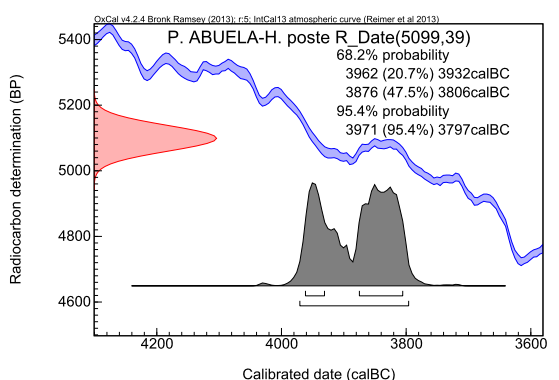
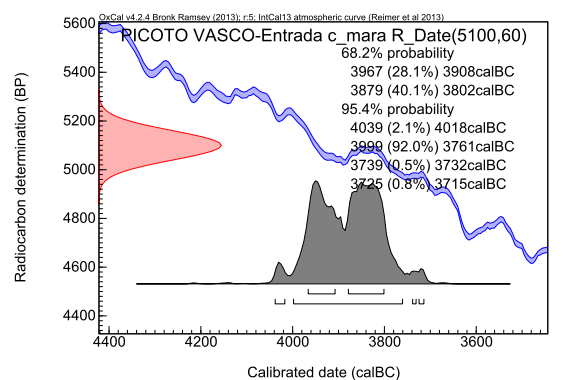
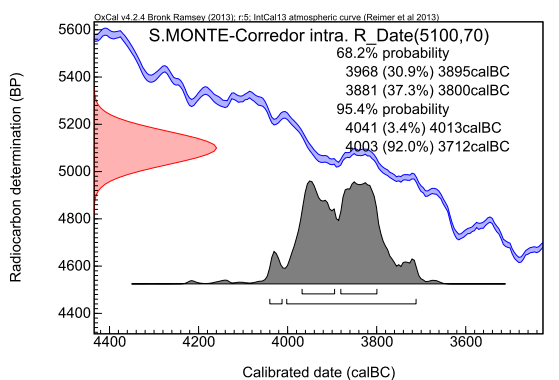
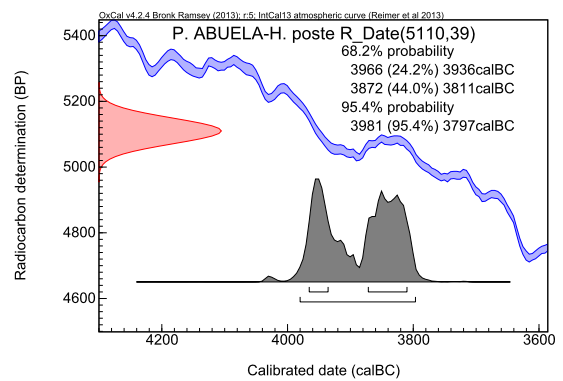
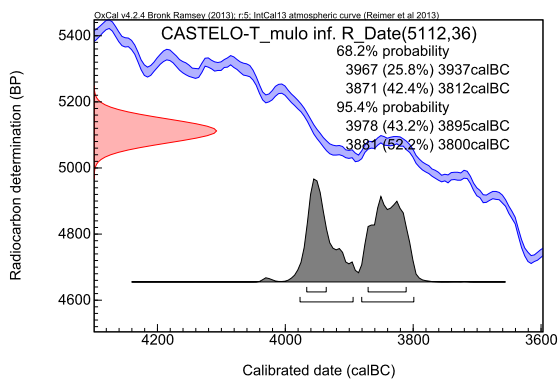
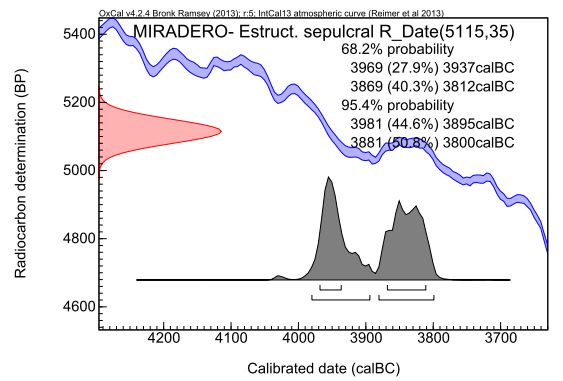
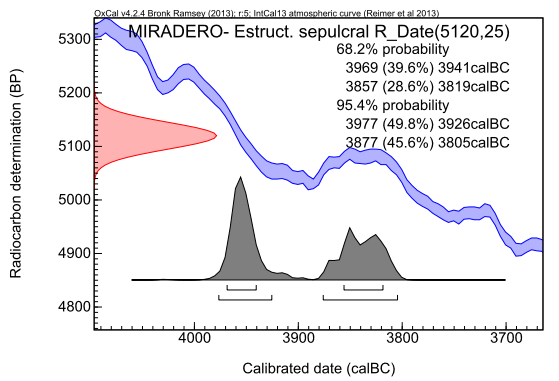
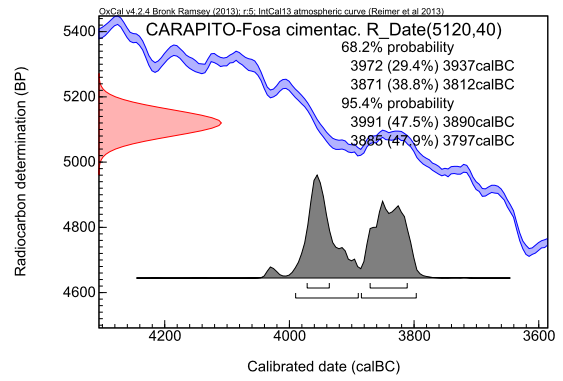
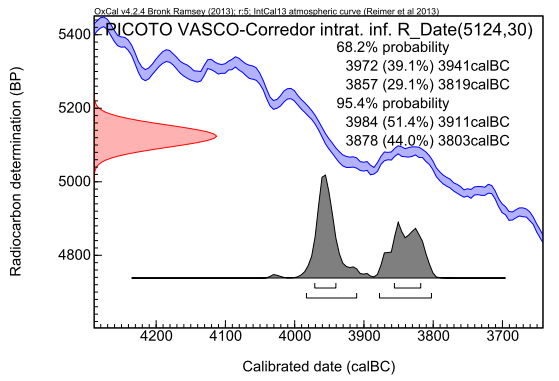


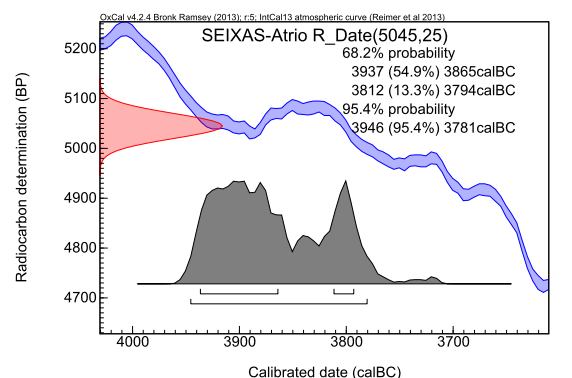
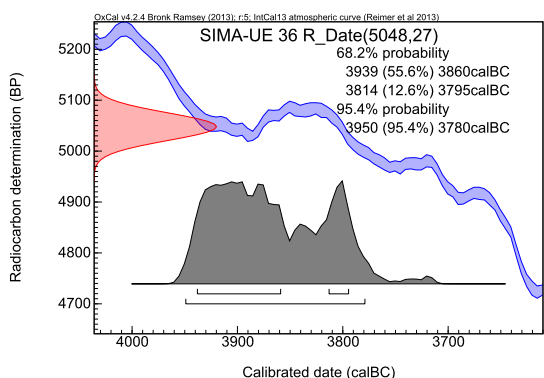
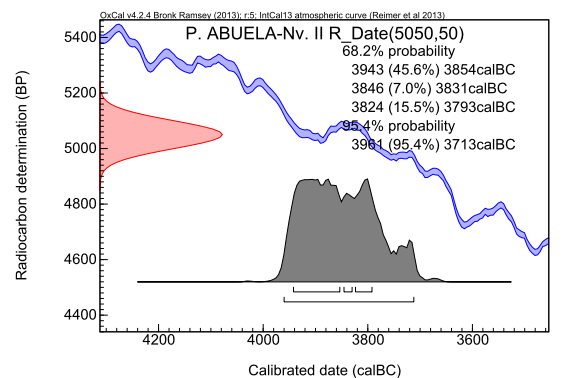
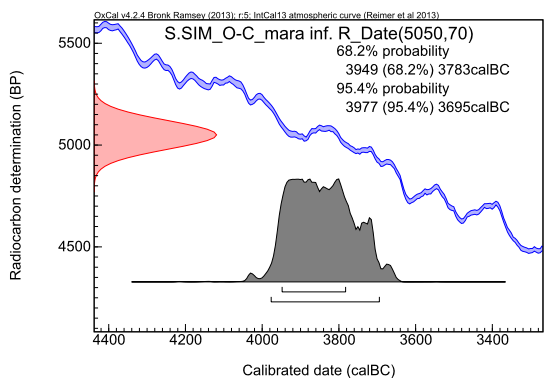
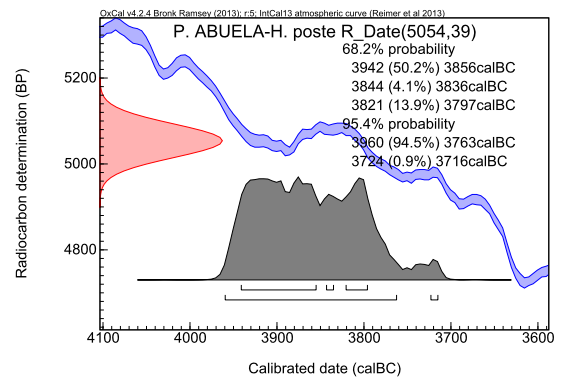
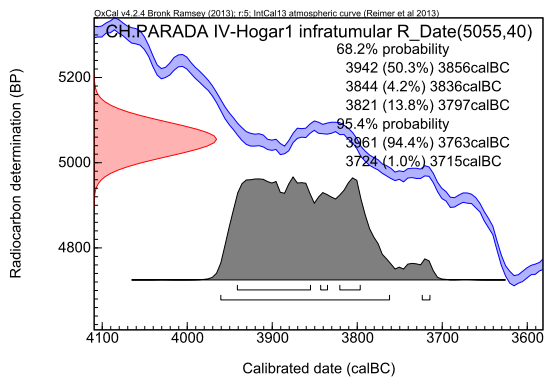
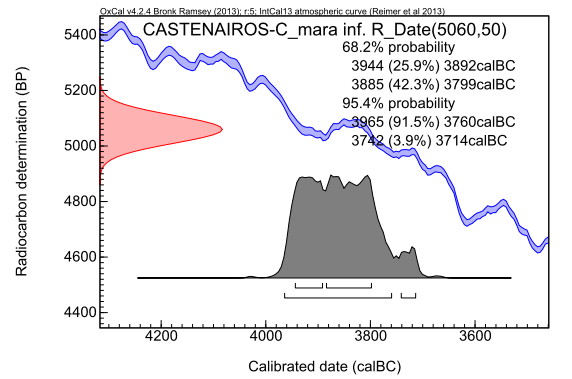
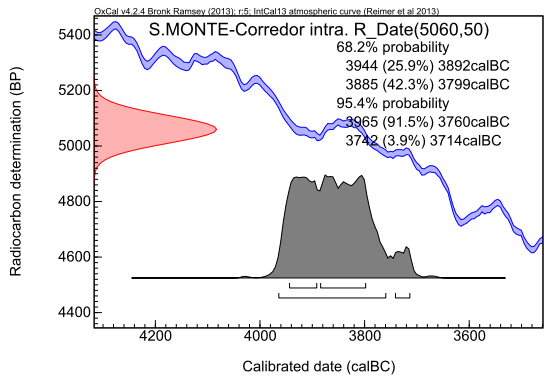
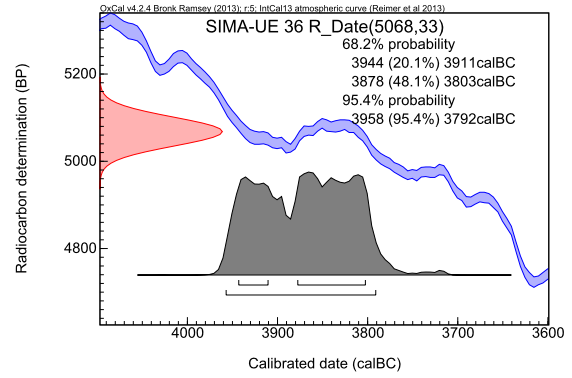
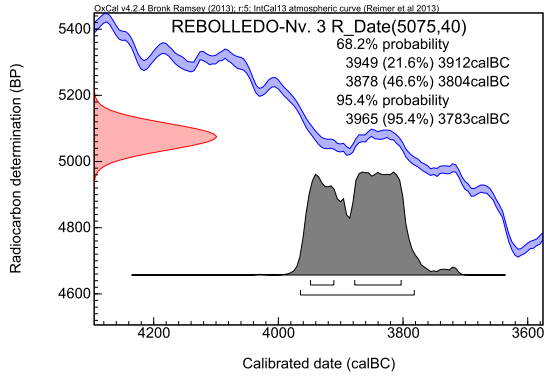


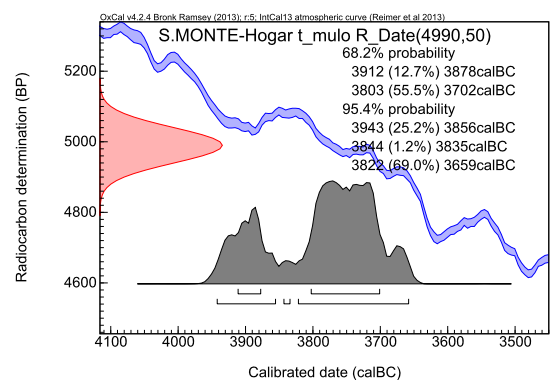
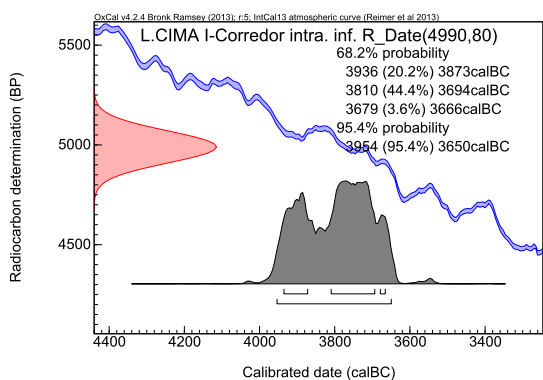
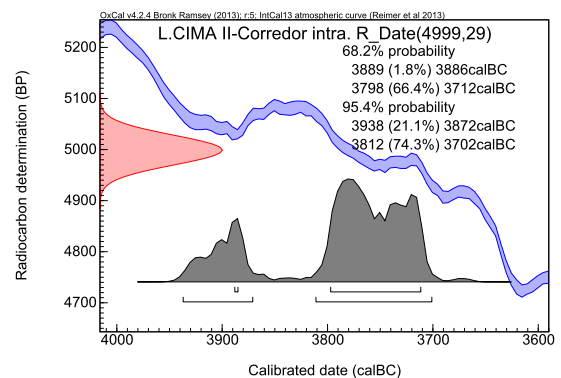
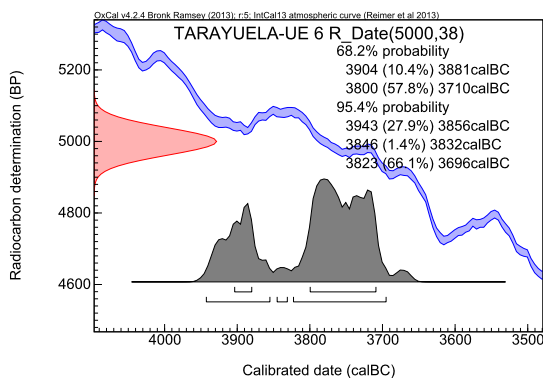
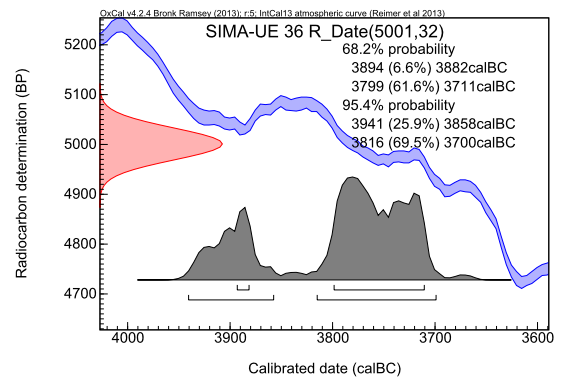
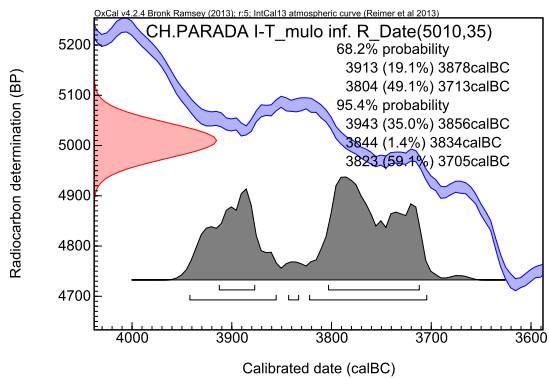
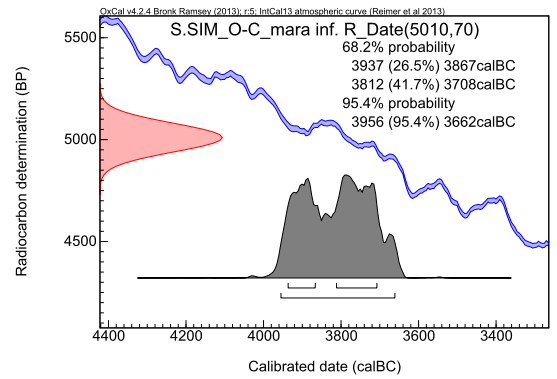
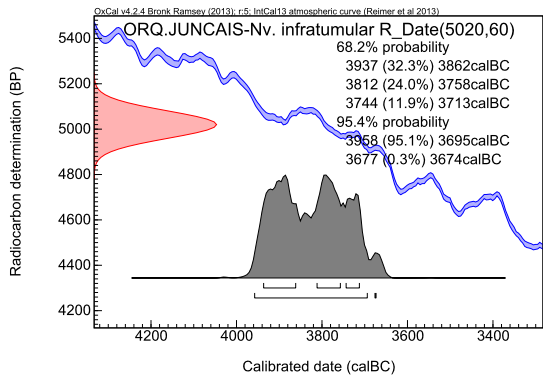
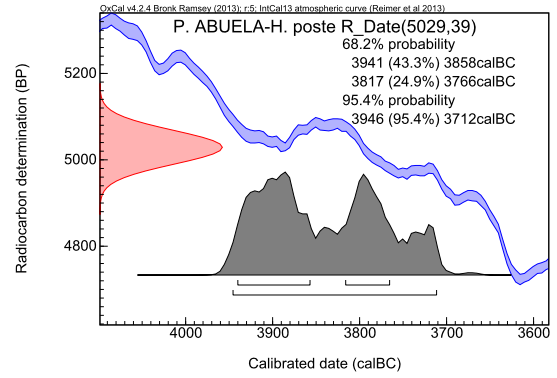
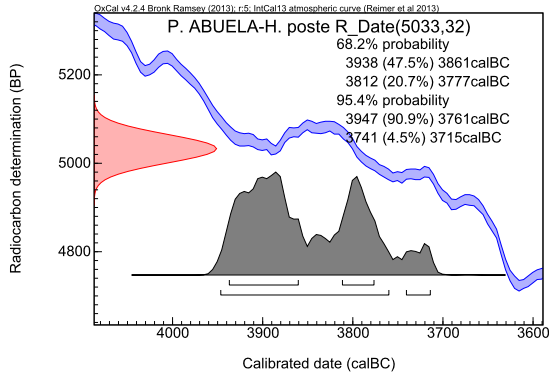


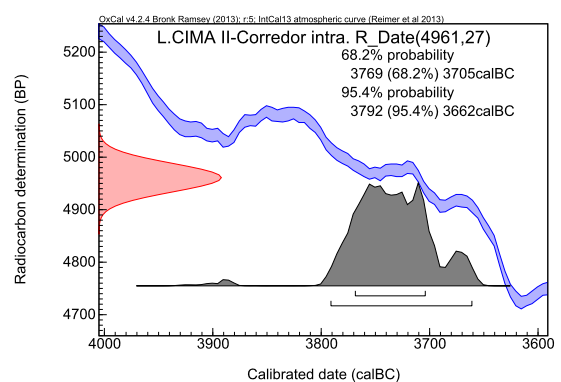
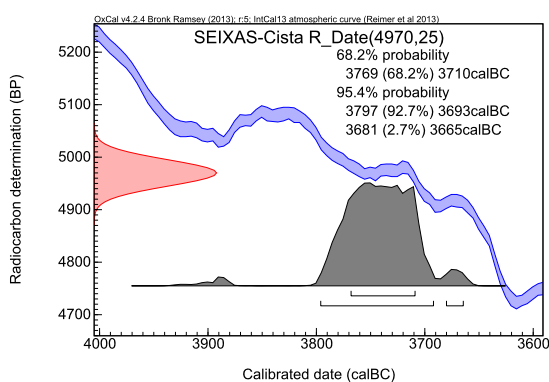
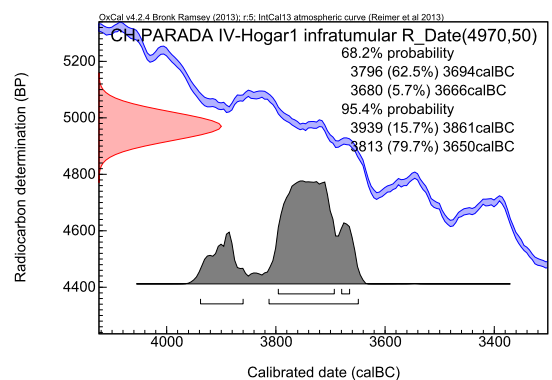
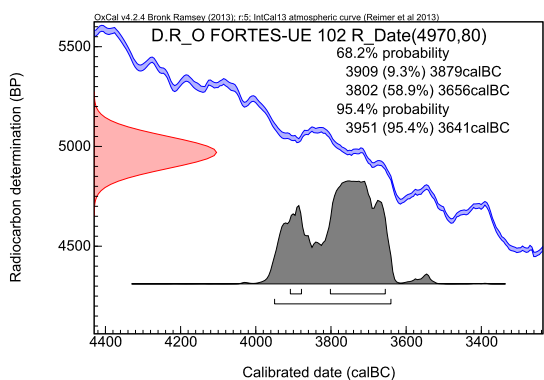
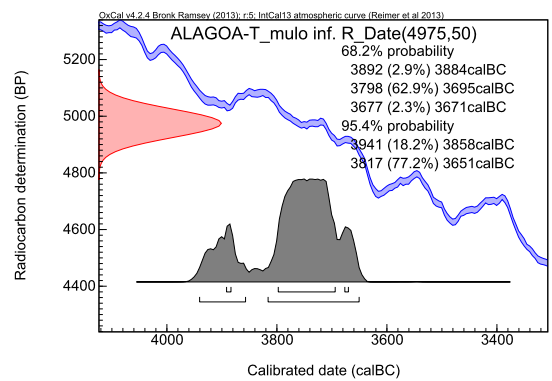
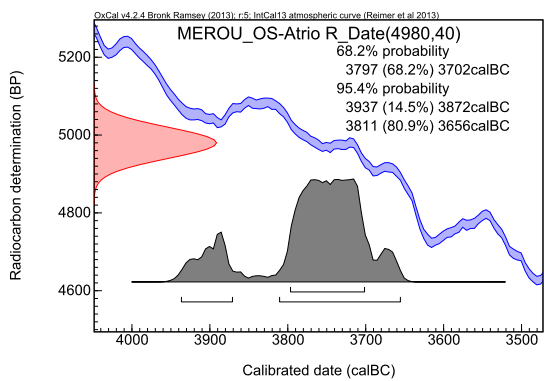
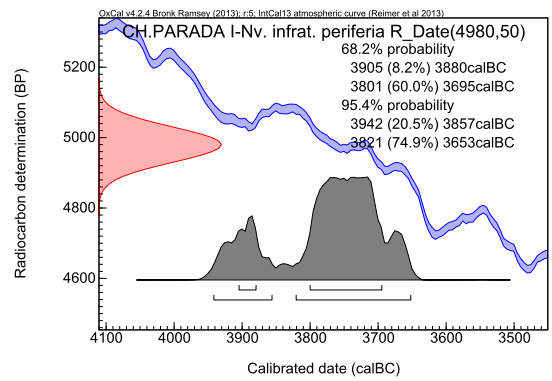
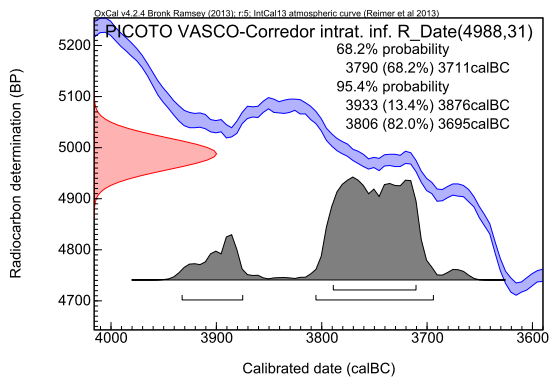
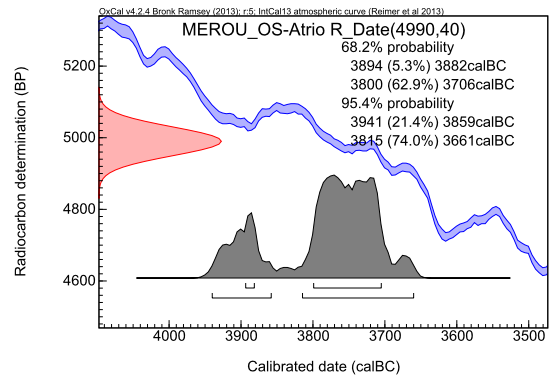
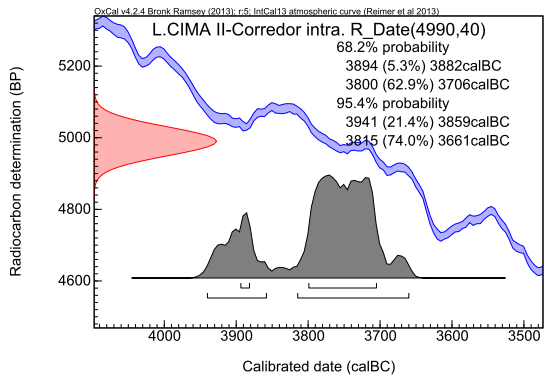


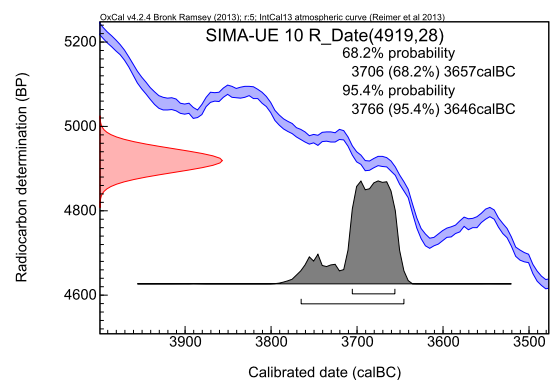
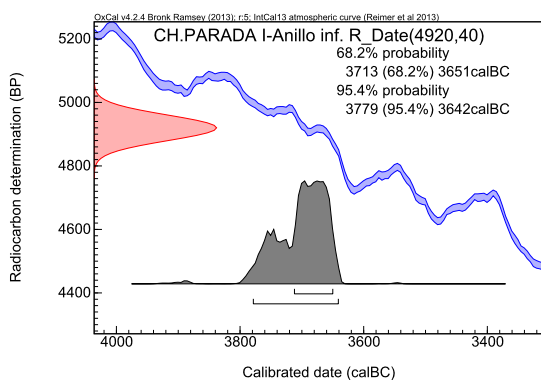
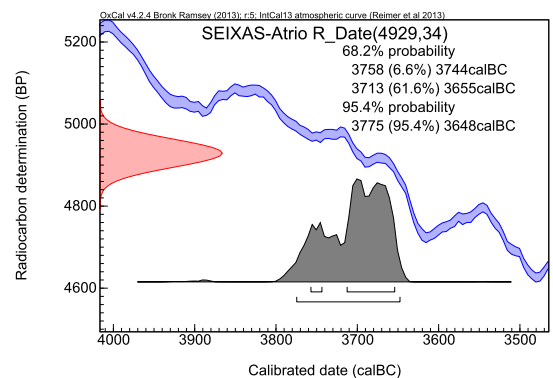
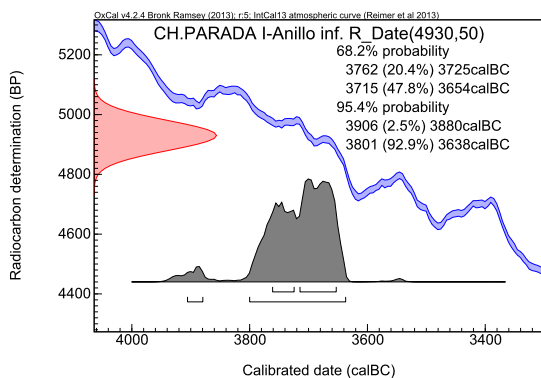
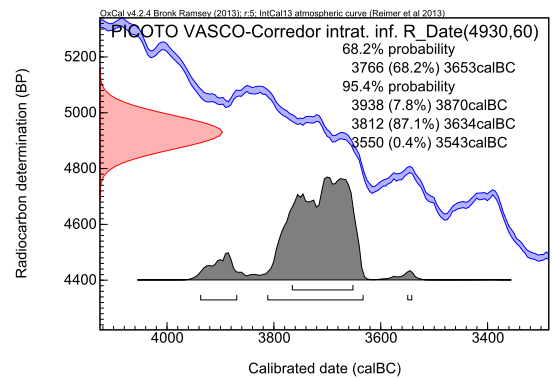
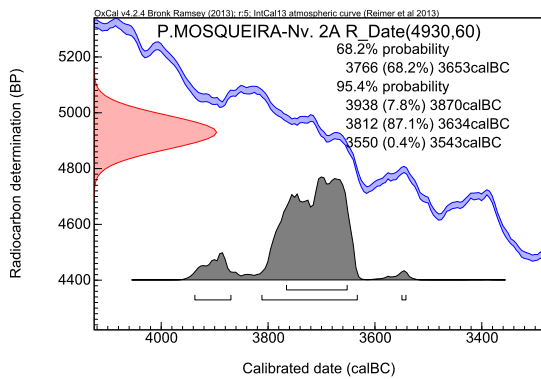
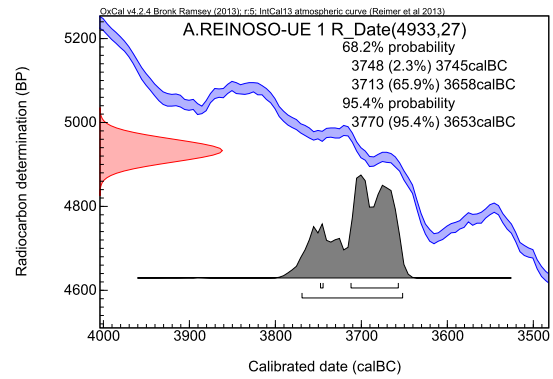
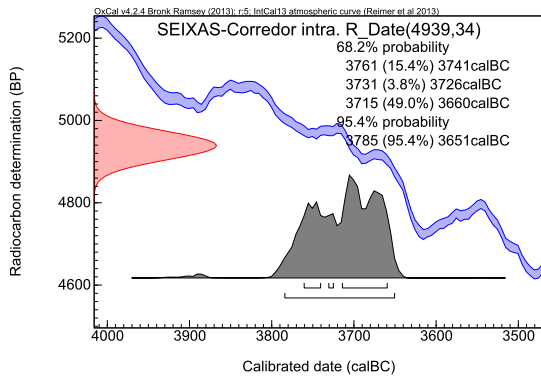
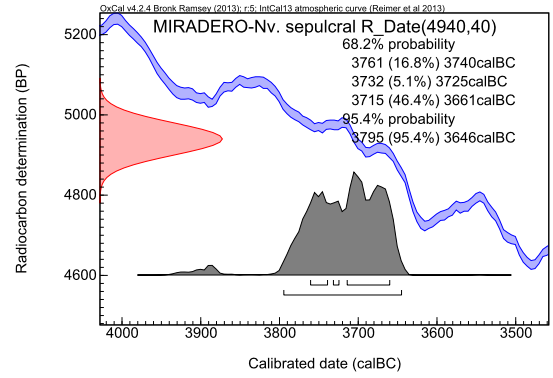
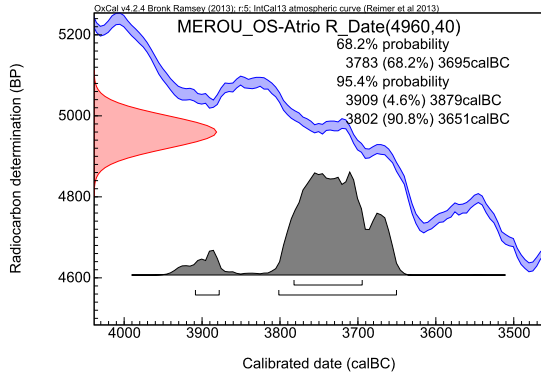


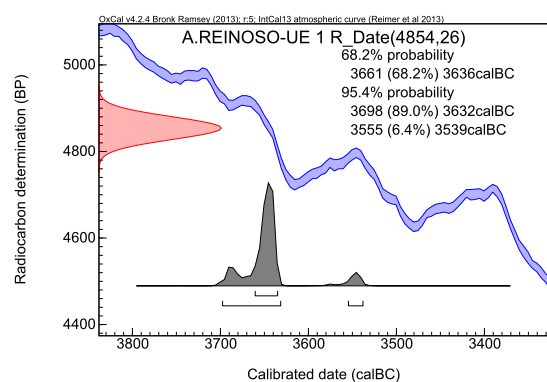
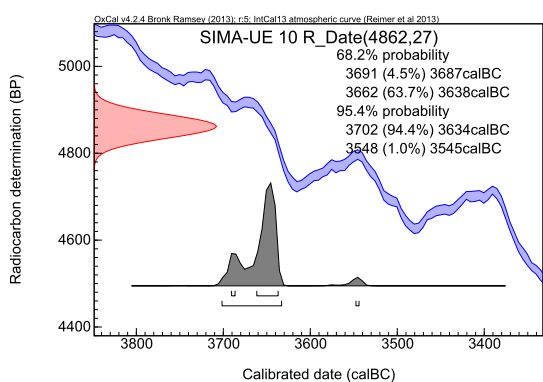
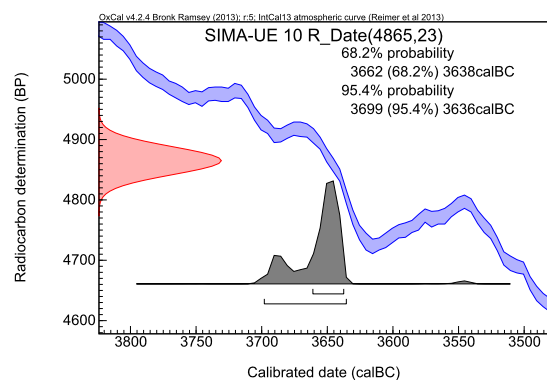
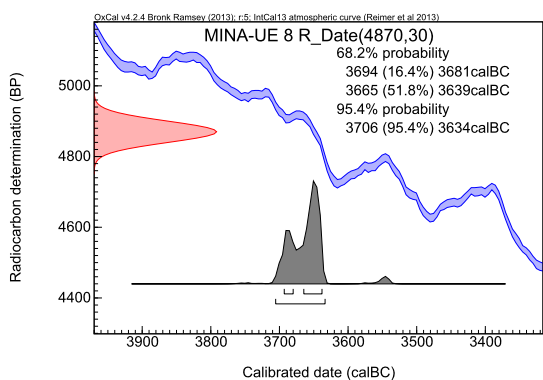
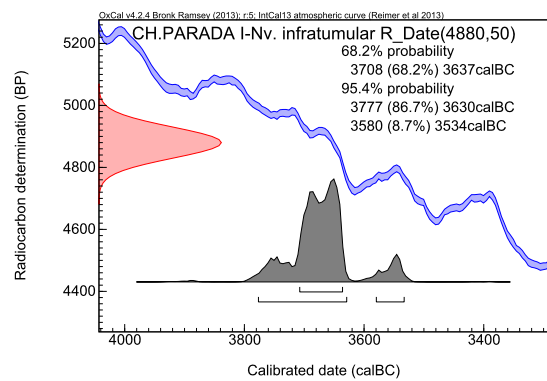
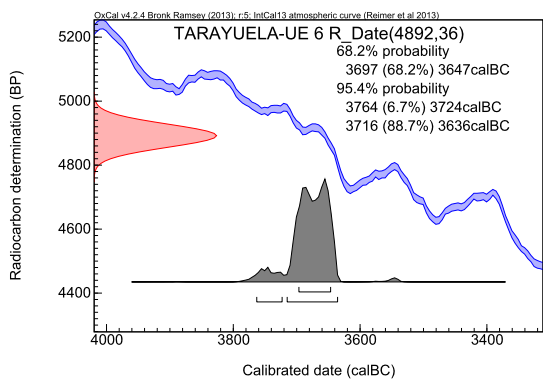
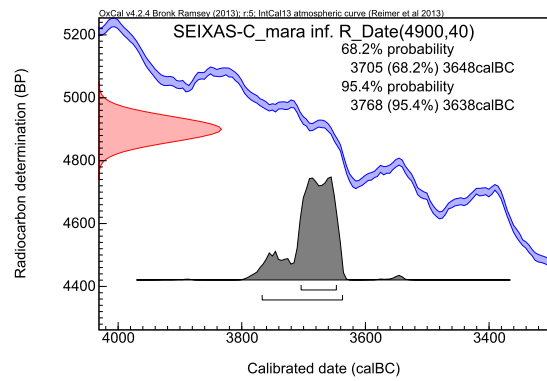
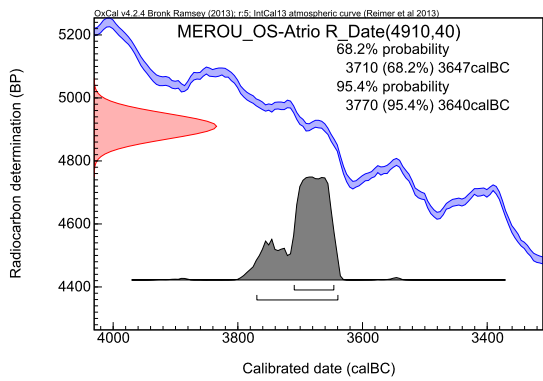
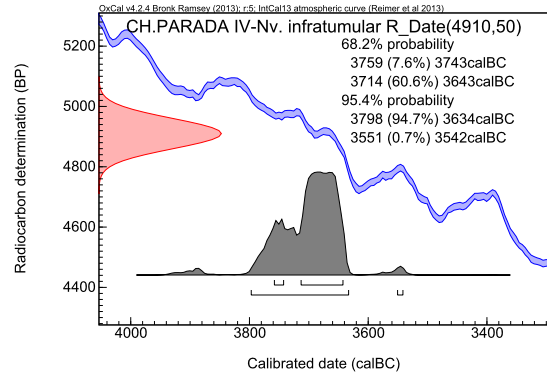
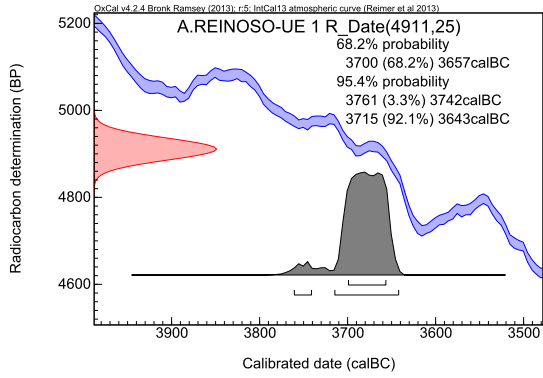


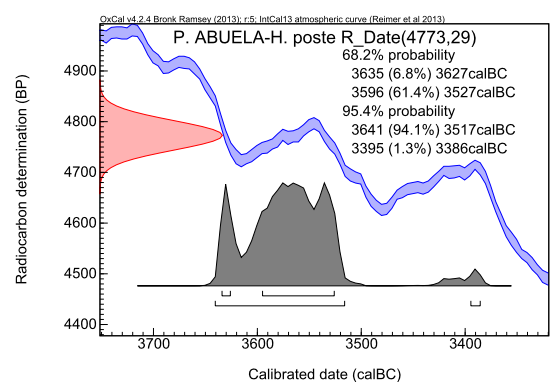
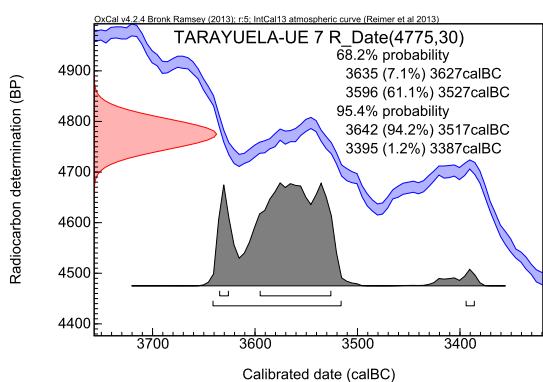
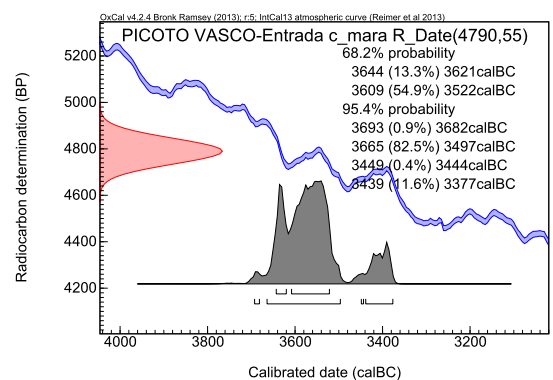
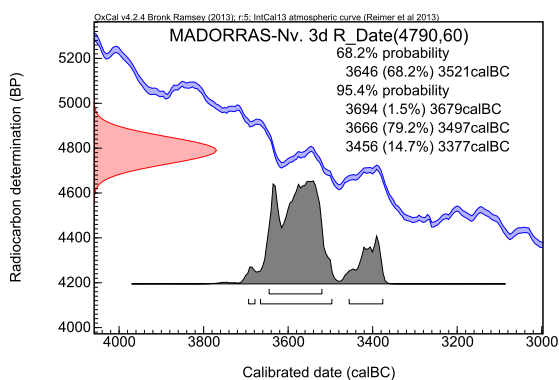
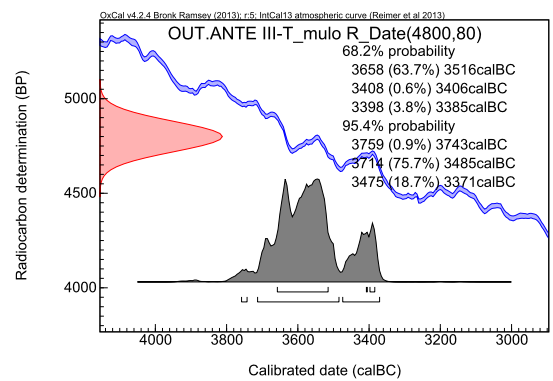
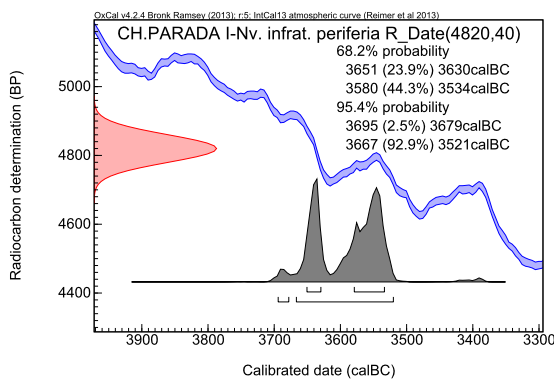
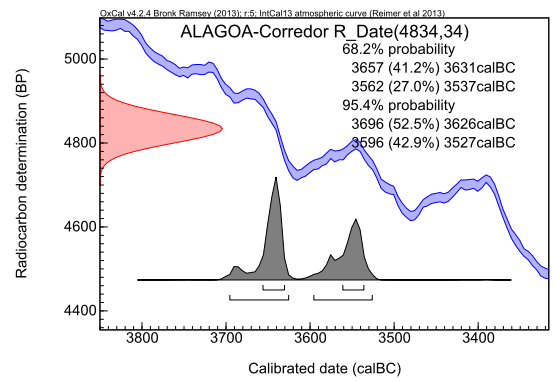
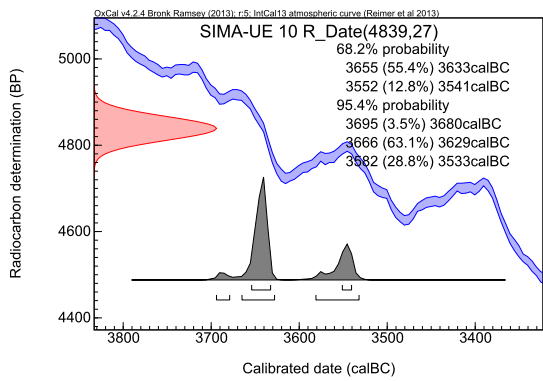
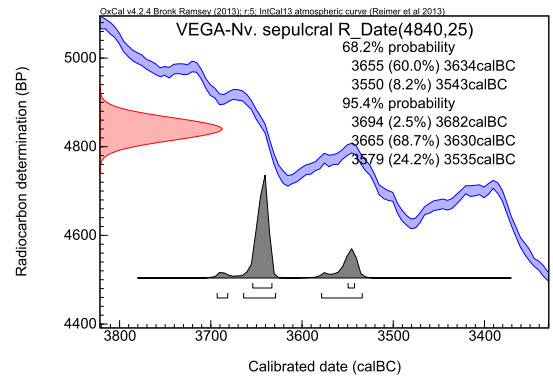
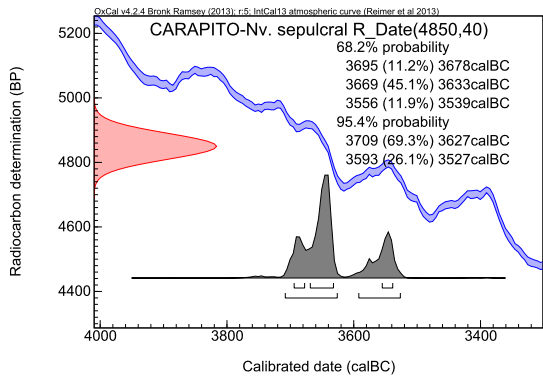


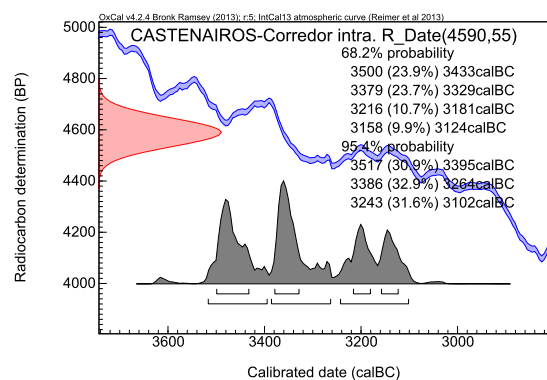
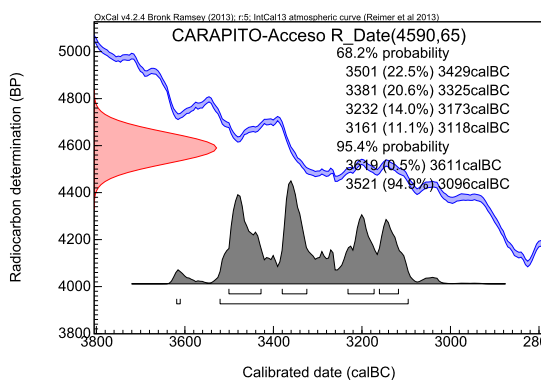
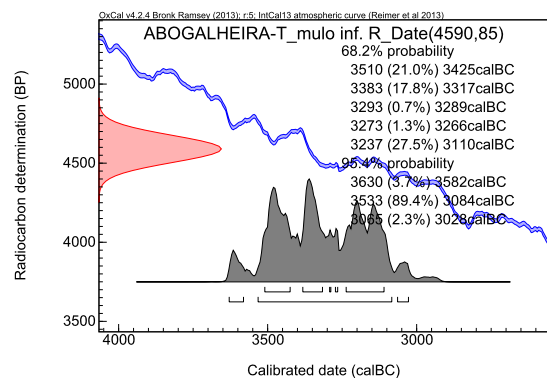
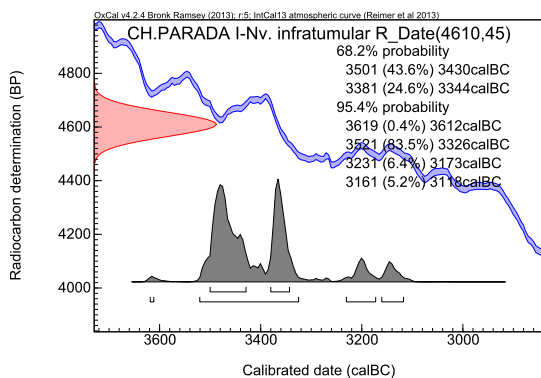
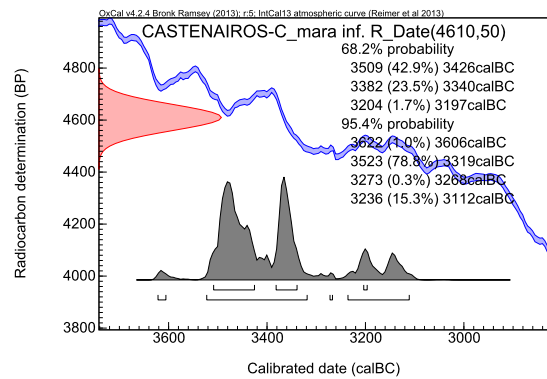
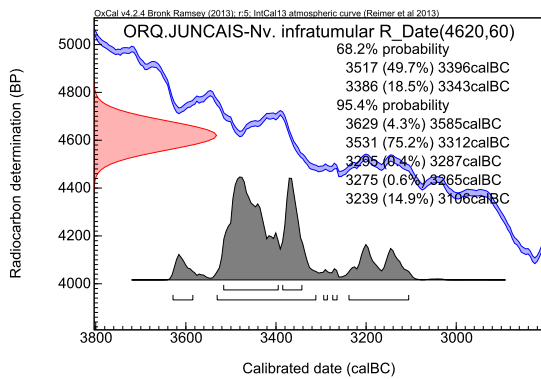
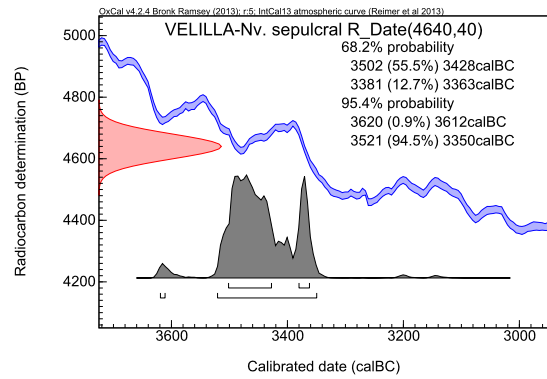
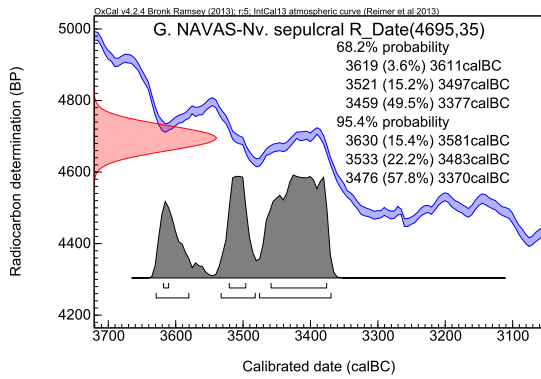
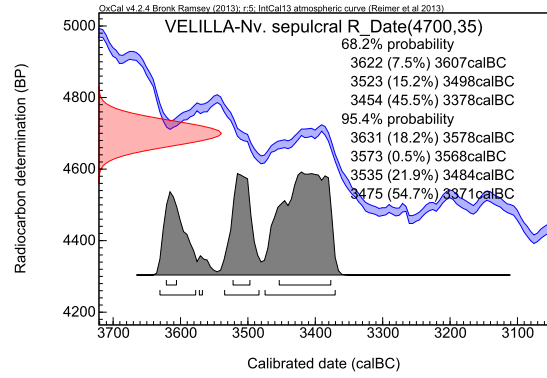
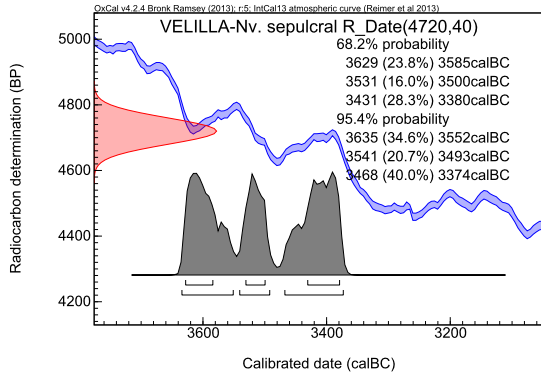


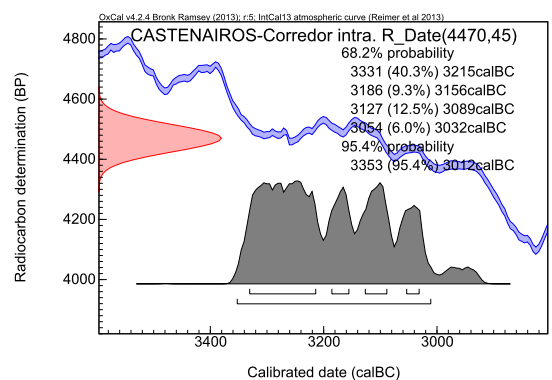
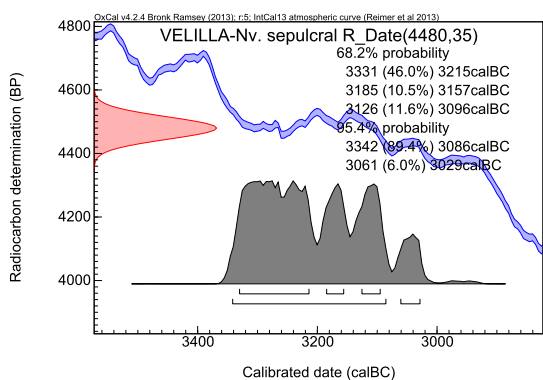
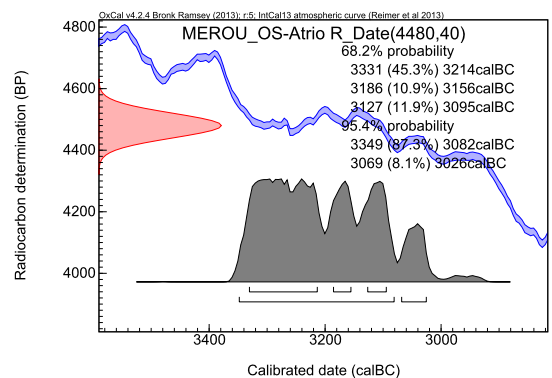
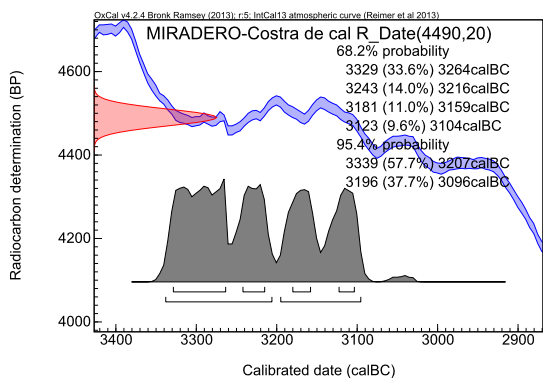
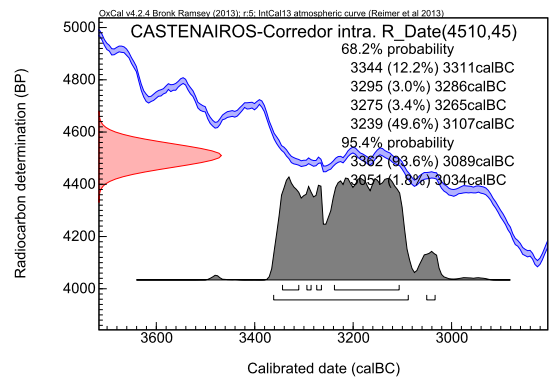
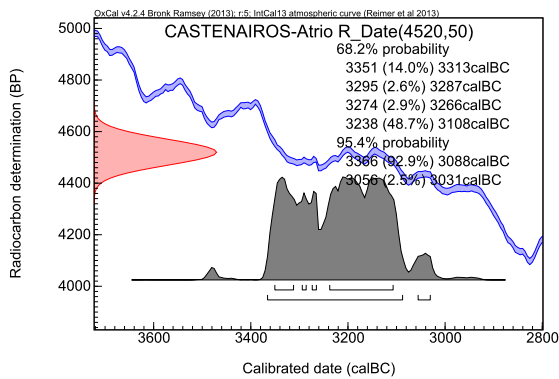
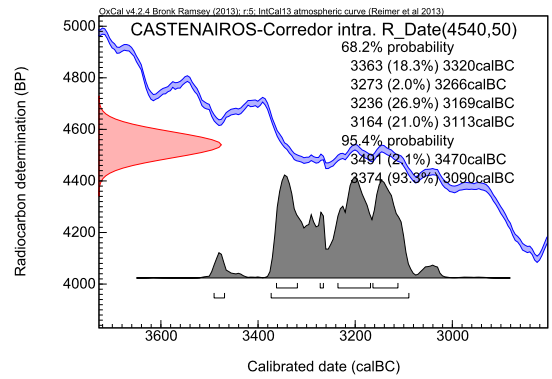
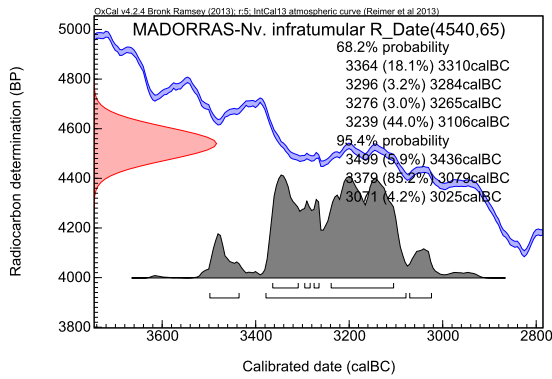
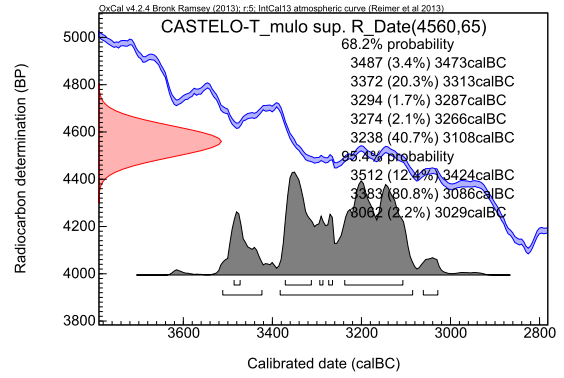
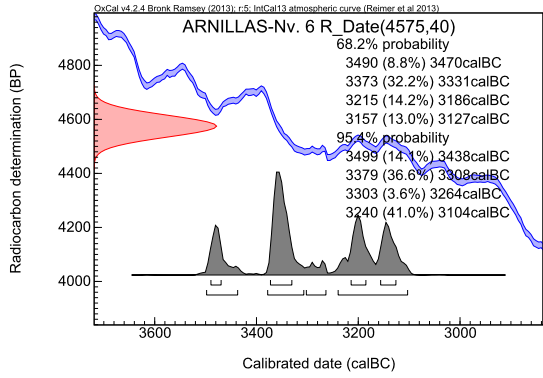


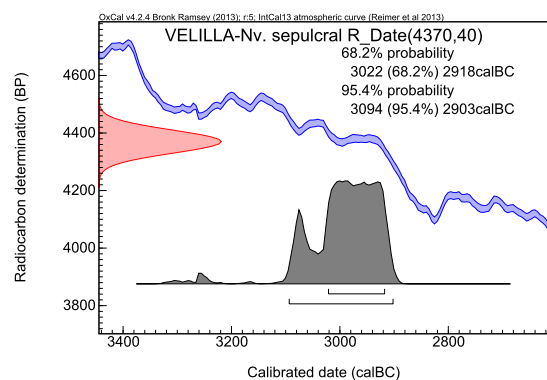
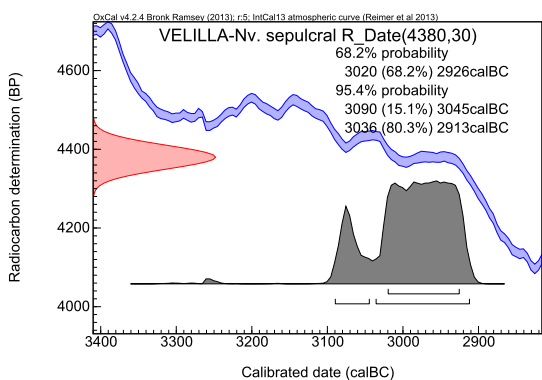
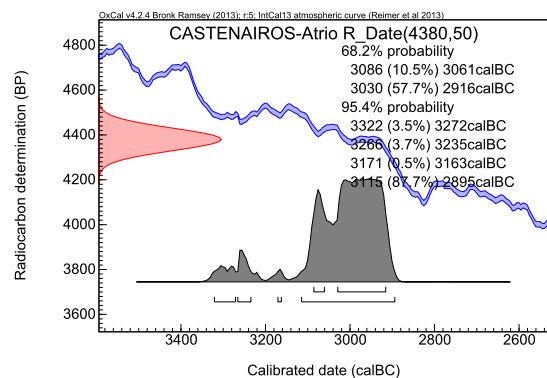
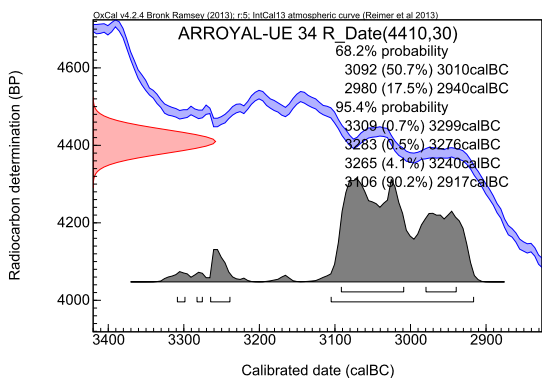
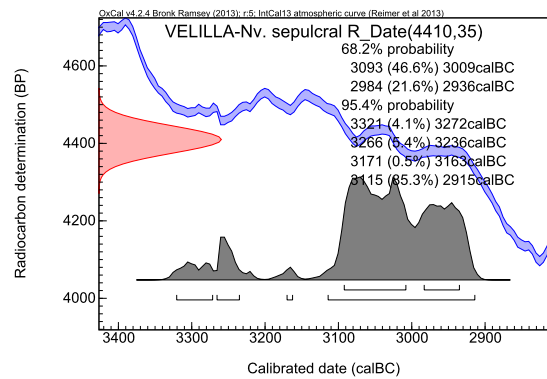
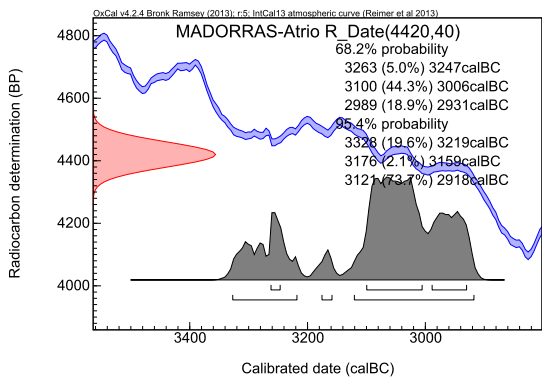
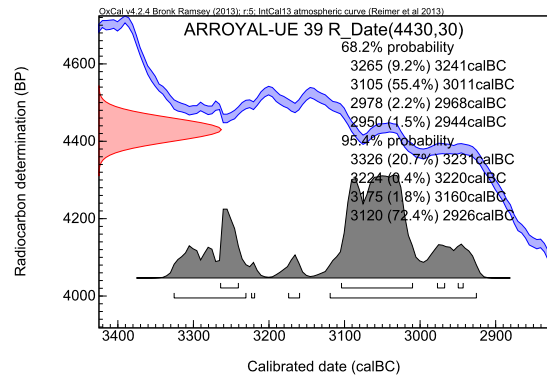
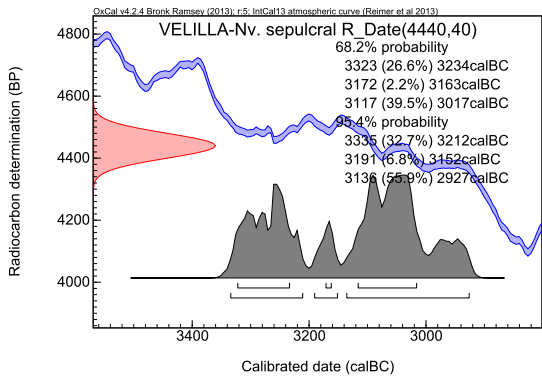
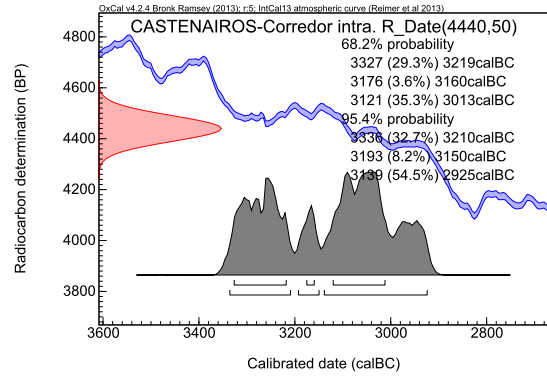
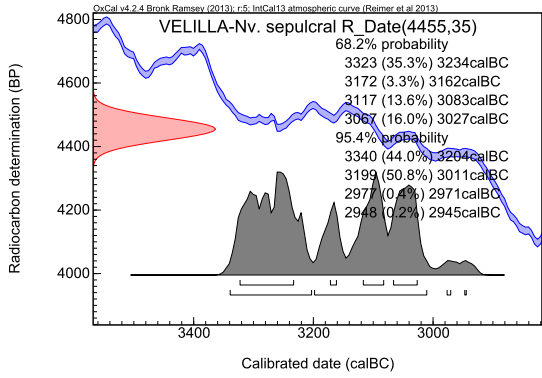


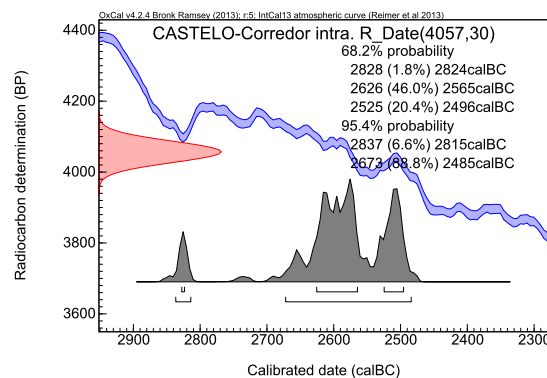
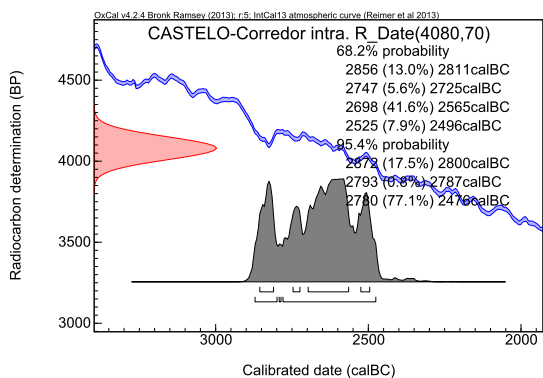
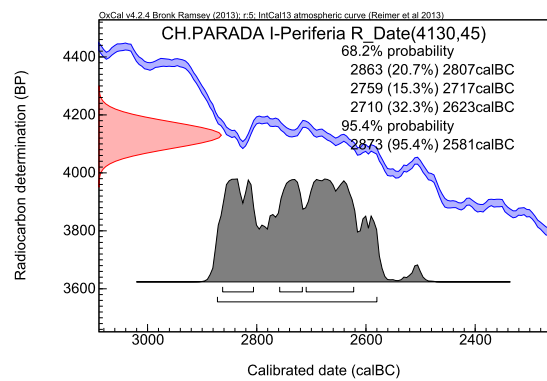
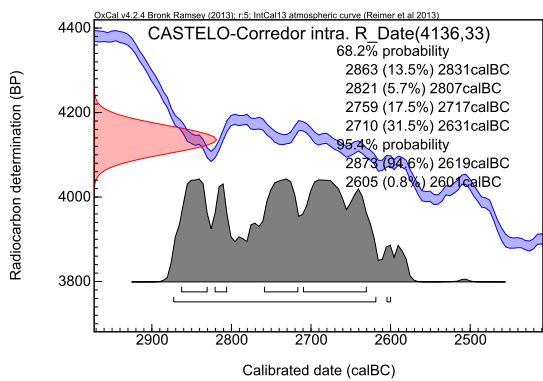
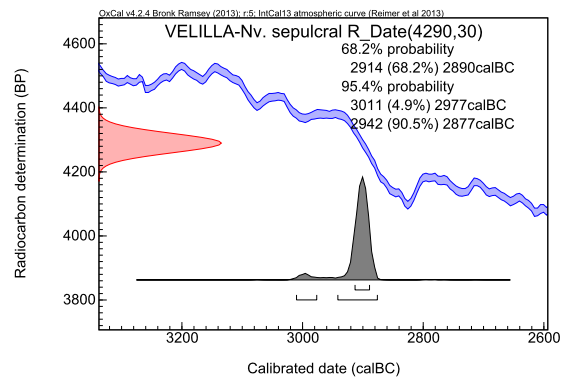
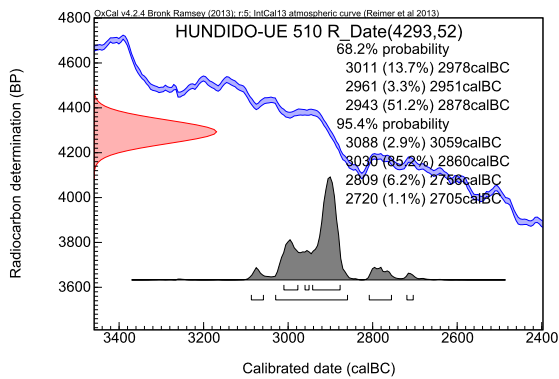
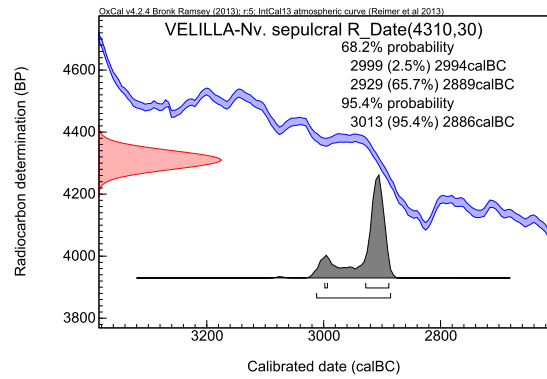
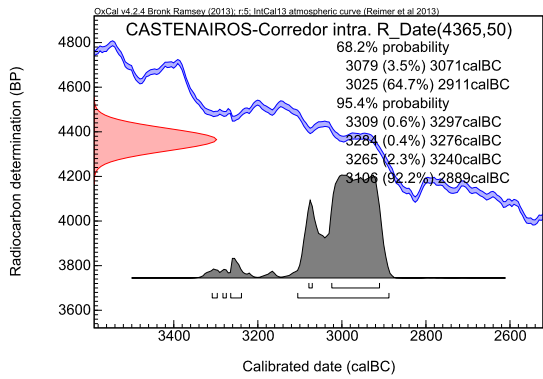
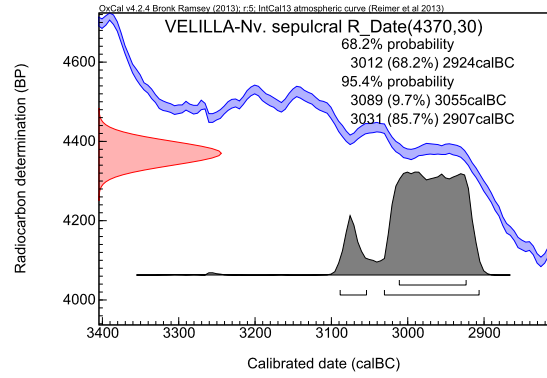
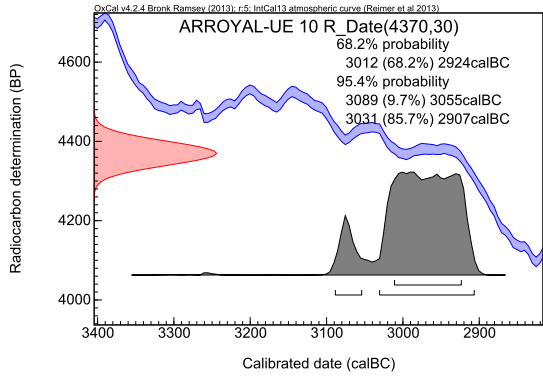


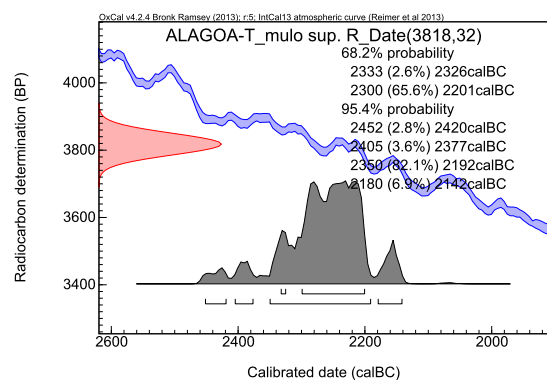
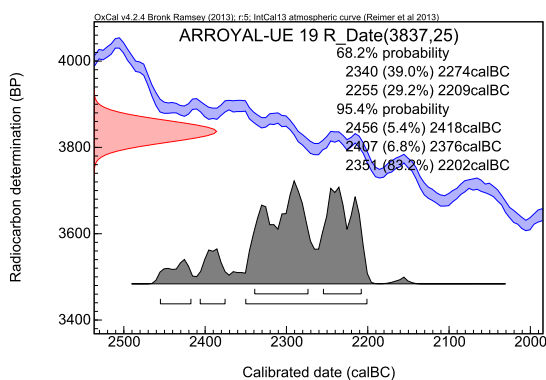
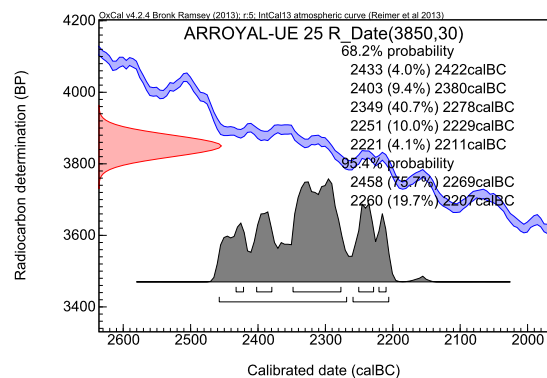
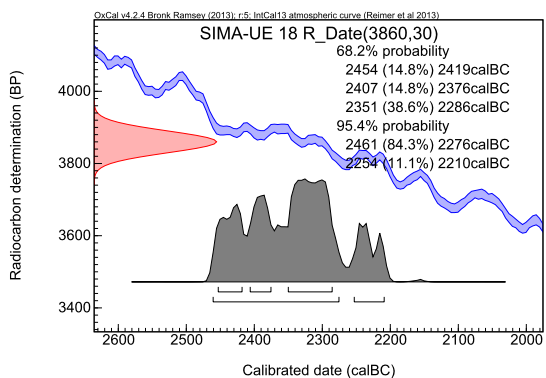
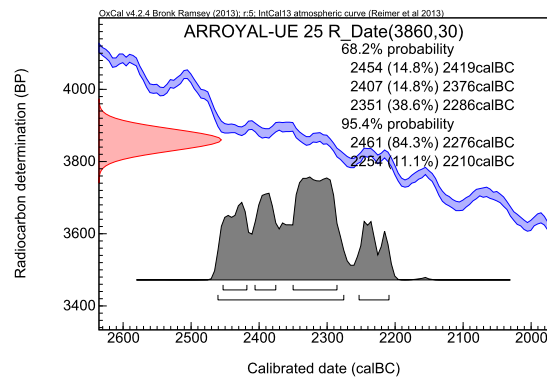
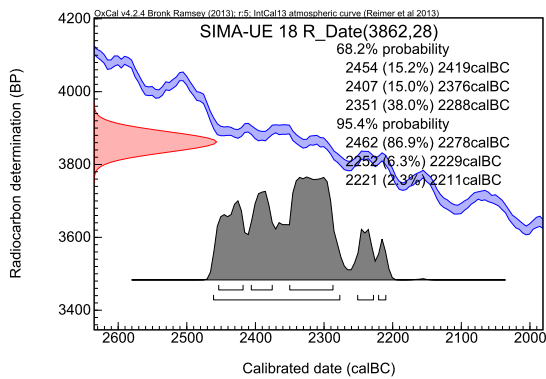
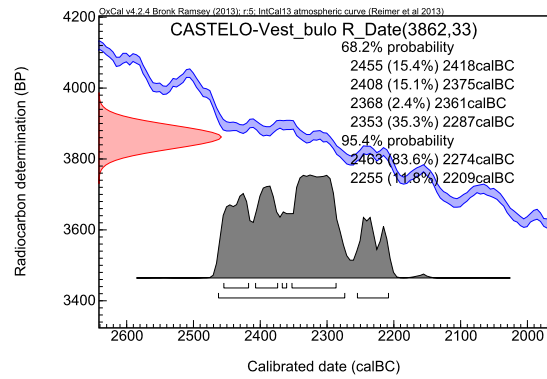
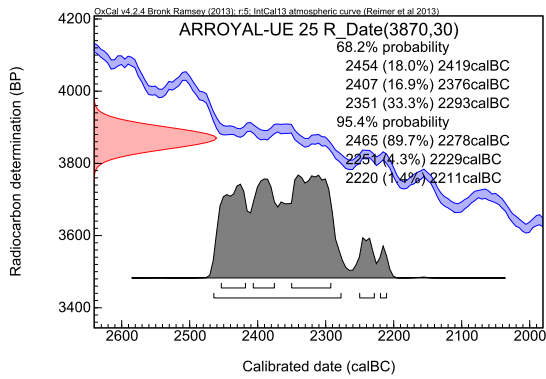
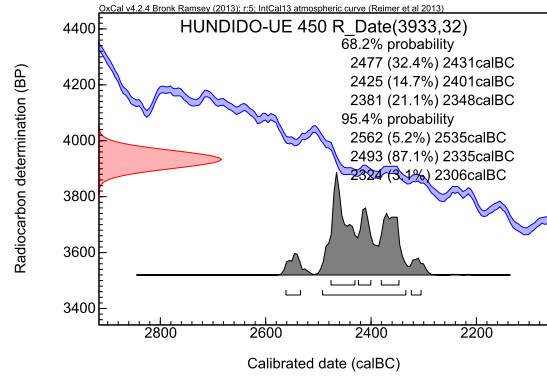
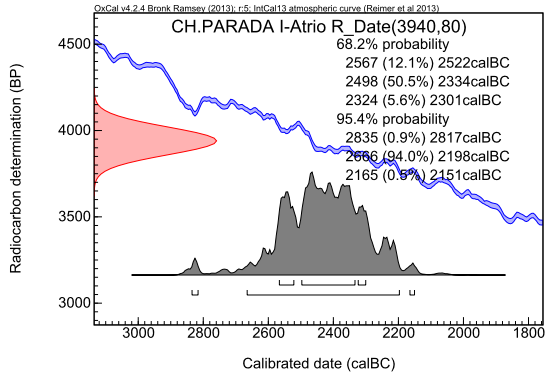


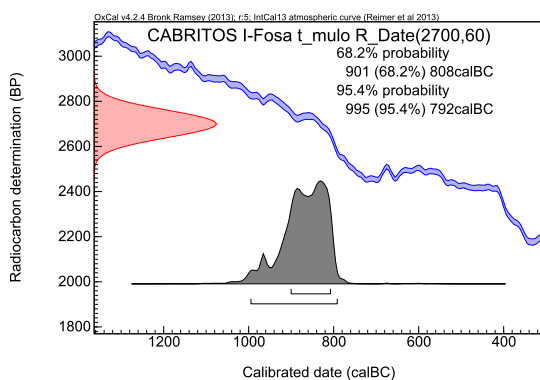
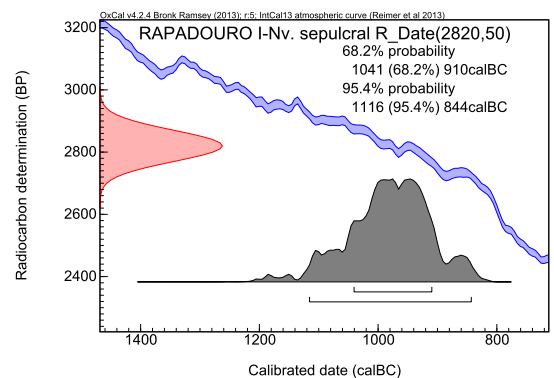
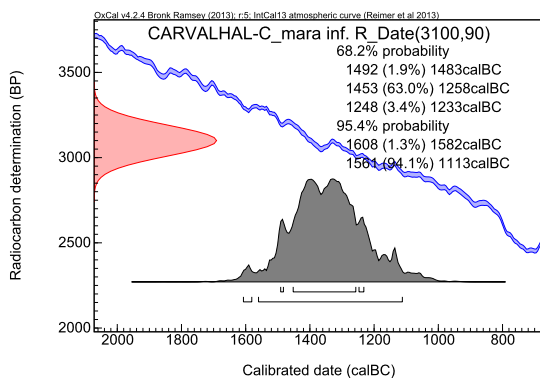
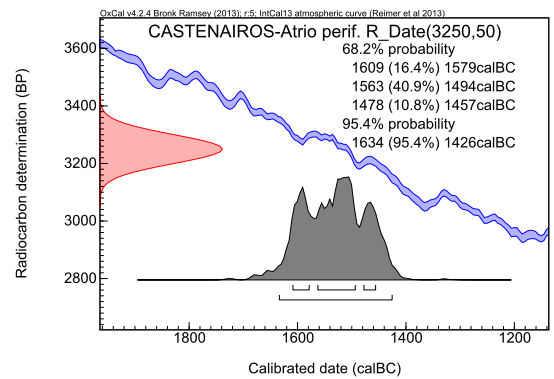
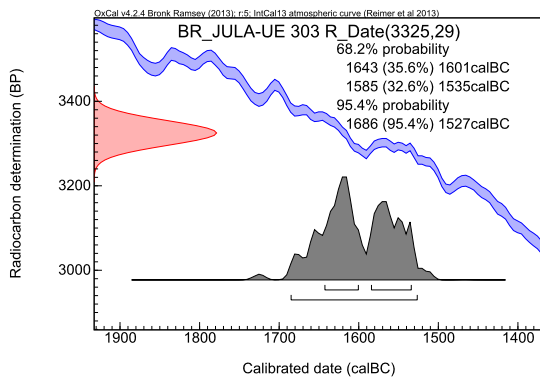
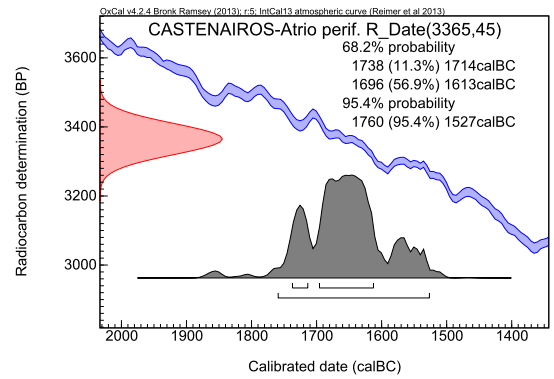
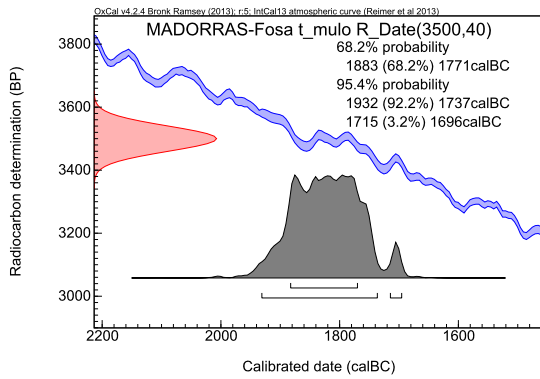
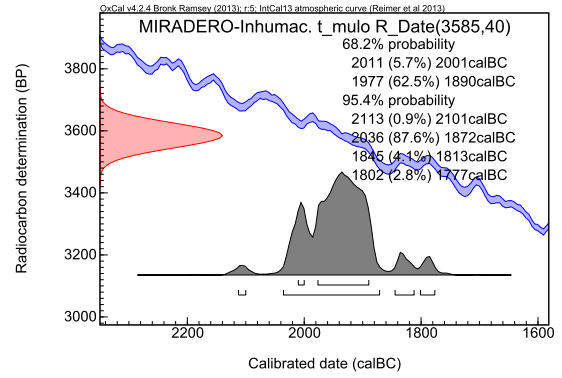
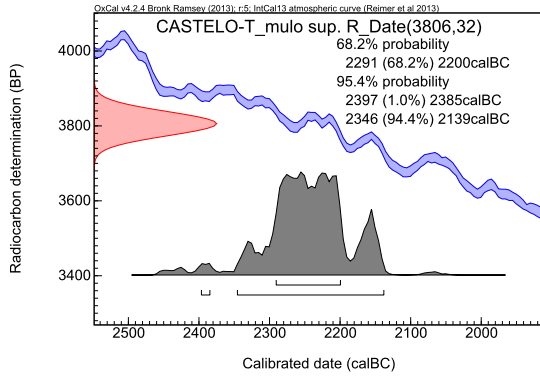




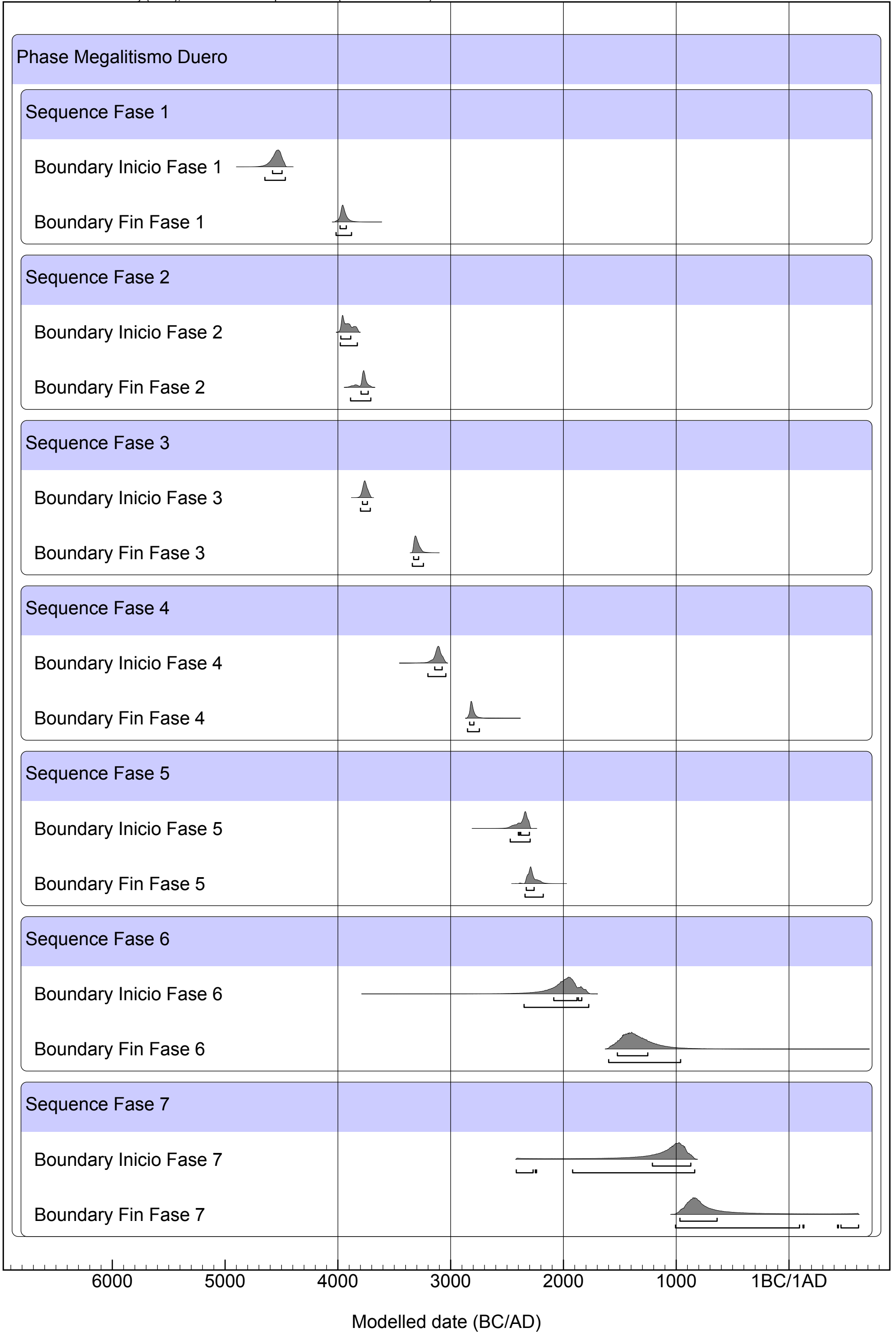








ANÁLISIS
OVERLAPPED
PHASES



Phase Megalitismo Duero

Sequence Fase 1

Boundary Inicio Fase 1

R_Date OUT ANTE III-Túmulo

R_Date AREITA-Cámara inf.

R_Date M. OLHEIRA-Hogar infratumular

R_Date AREITA-Cámara inf.

R_Date OUT.ANTE III-Túmulo

R_Date CH.PARADA IV-Hogar1 infratumular

R_Date CH.PARADA IV-Hogar2 infratumular

R_Date M. OLHEIRA-Hogar infratumular

R_Date F.PECINA II-Nv. 6

R_Date L.CIMA II-Corredor intra. inf.

R_Date ZUMACALES-Nv. infratumular

R_Date SIMA-UE 36

R_Date REBOLLEDO-Nv. 6

R_Date SIMA-UE 36

R_Date CIELLA-Nv. 3

R_Date MADORRAS-Túmulo

R_Date FURNAS II-Nv. infratumular

R_Date FURNAS I-Nv. infratumular

R_Date CH.PARADA III-Hogar1 infratumular

R_Date CH.PARADA III-Nv. infratumular

R_Date CABA_A-Nv. 3

R_Date M. OLHEIRA-Nv. Infratumular

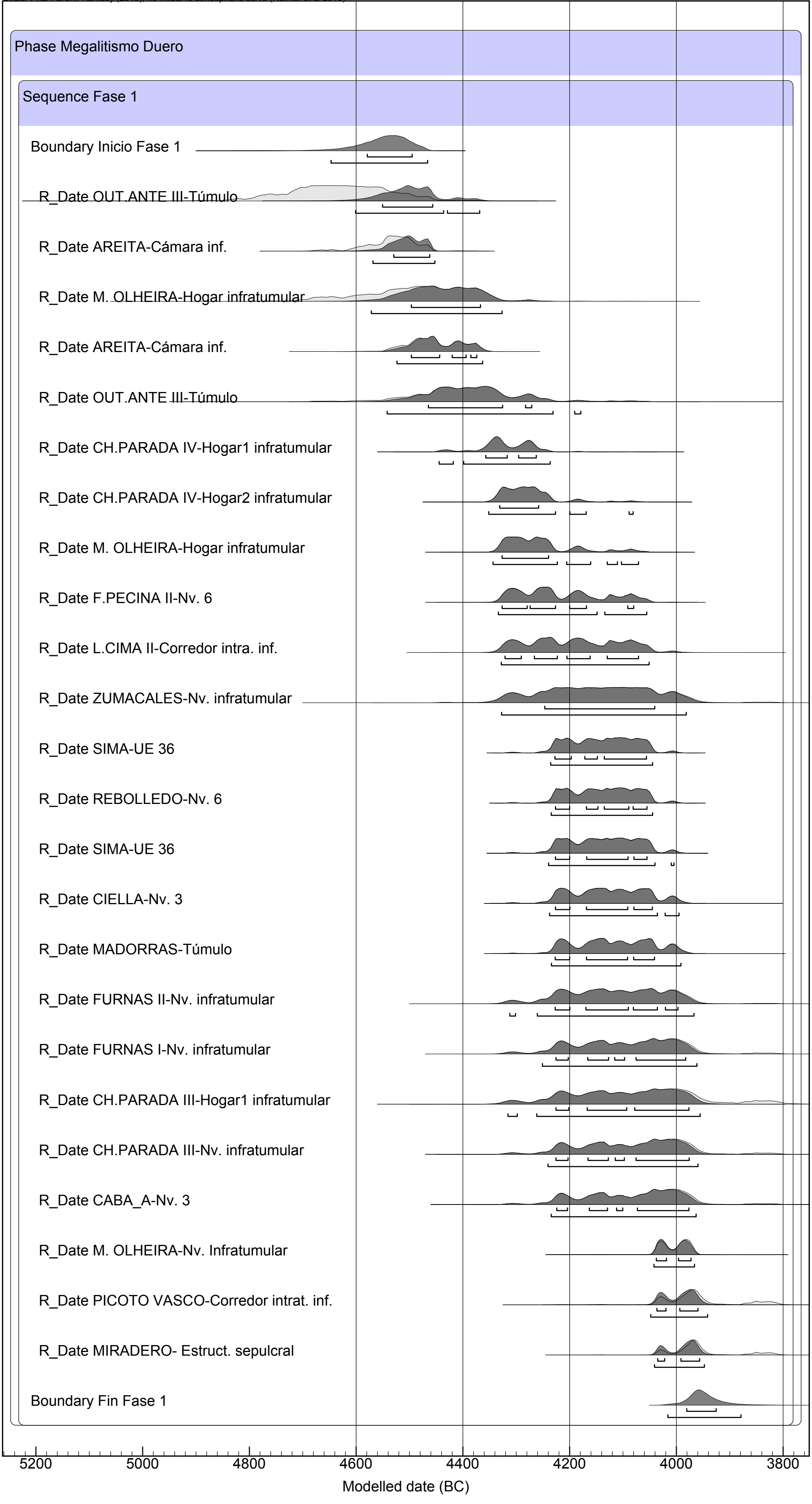
R_Date PICOTO VASCO-Corredor intrat. inf.

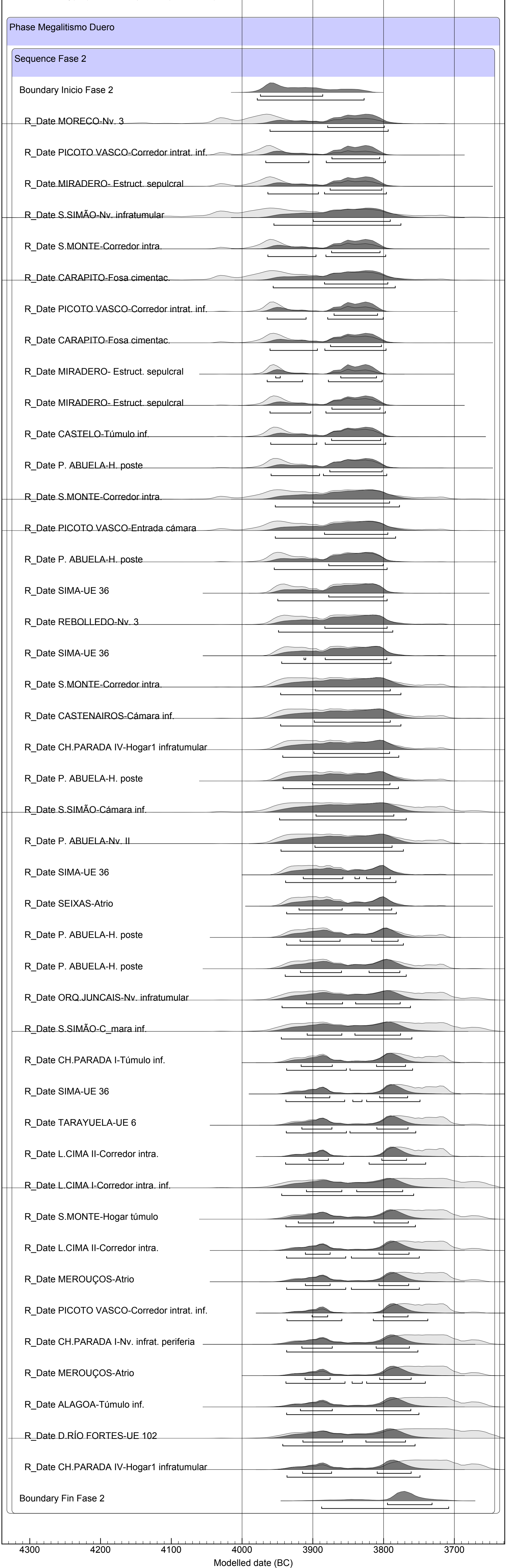
R_Date MIRADERO- Estruct. sepulcral

Boundary Fin Fase 1

5200 5000 4800 4600 4400 4200 4000 3800

Modelled date (BC)





Phase Megalitismo Duero

Sequence Fase 3

Boundary Inicio Fase 3

R_Date SEIXAS-Cista

R_Date L.CIMA II-Corredor intra.

R_Date MEROUÇOS-Atrio

R_Date MIRADERO-Nv. sepulcral

R_Date SEIXAS-Corredor intra.

R_Date A.REINOSO-UE 1

R_Date P.MOSQUEIRA-Nv. 2A

R_Date PICOTO VASCO-Corredor intrat. inf.

R_Date CH.PARADA I-Anillo inf.

R_Date SEIXAS-Atrio

R_Date CH.PARADA I-Anillo inf.

R_Date SIMA-UE 10

R_Date A.REINOSO-UE 1

R_Date CH.PARADA IV-Nv. infratumular

R_Date MEROUÇOS-Atrio

R_Date SEIXAS-Cámara inf.

R_Date TARAYUELA-UE 6

R_Date CH.PARADA I-Nv. infratumular

R_Date MINA-UE 8

R_Date SIMA-UE 10

R_Date SIMA-UE 10

R_Date A.REINOSO-UE 1

R_Date CARAPITO-Nv. sepulcral

R_Date VEGA-Nv. sepulcral

R_Date SIMA-UE 10

R_Date ALAGOA-Corredor

R_Date CH.PARADA I-Nv. infrat. periferia

R_Date OUT.ANTE III-Túmulo

R_Date MADORRAS-Nv. 3d

R_Date PICOTO VASCO-Entrada cámara

R_Date TARAYUELA-UE 7

R_Date P. ABUELA-H. poste

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date G. NAVAS-Nv. sepulcral

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date ORQ.JUNCAIS-Nv. infratumular

R_Date CASTENAIROS-Cámara inf.

R_Date CH.PARADA I-Nv. infratumular

R_Date ABOGALHEIRA-Túmulo inf.

R_Date CARAPITO-Acceso

R_Date CASTENAIROS-Corredor intra.

R_Date ARNILLAS-Nv. 6

R_Date CASTELO-Túmulo sup.

R_Date MADORRAS-Nv. infratumular

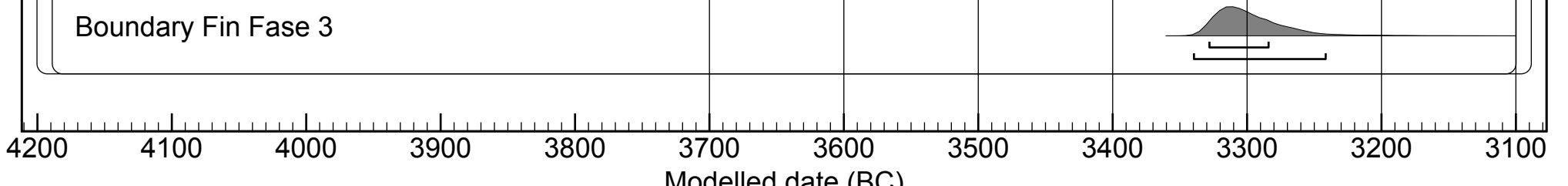
R_Date CASTENAIROS-Corredor intra.

R_Date CASTENAIROS-Atrio

R_Date CASTENAIROS-Corredor intra.

R_Date MIRADERO-Costra de cal

Boundary Fin Fase 3



Modelled date (BC)

Phase Megalitismo Duero

Sequence Fase 4

Boundary Inicio Fase 4

R_Date MEROUÇOS-Atrio

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date CASTENAIROS-Corredor intra.

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date CASTENAIROS-Corredor intra.

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date ARROYAL-UE 39

R_Date MADORRAS-Atrio

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date ARROYAL-UE 34

R_Date CASTENAIROS-Atrio

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date ARROYAL-UE 10

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date CASTENAIROS-Corredor intra.

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date HUNDIDO-UE 510

R_Date VELILLA-Nv. sepulcral

R_Date CASTELO-Corredor intra.

R_Date CH.PARADA I-Periferia

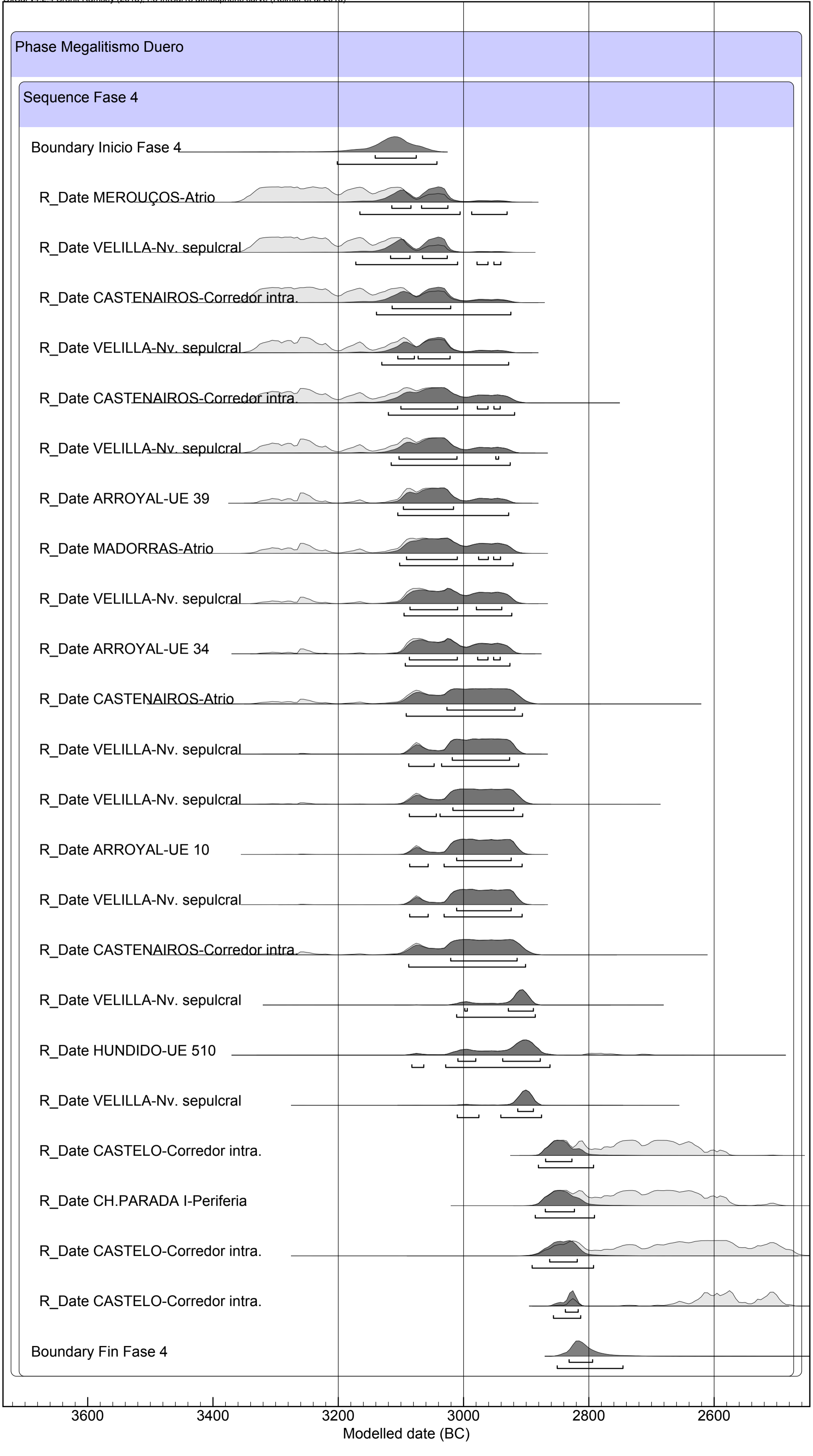
R_Date CASTELO-Corredor intra.

R_Date CASTELO-Corredor intra.

Boundary Fin Fase 4

3600 3400 3200 3000 2800 2600

Modelled date (BC)



Phase Megalitismo Duero

Sequence Fase 5

Boundary Inicio Fase 5

R_Date CH.PARADA I-Atrio

R_Date HUNDIDO-UE 450

R_Date ARROYAL-UE 25

R_Date CASTELO-Vestíbulo

R_Date SIMA-UE 18

R_Date ARROYAL-UE 25

R_Date SIMA-UE 18

R_Date ARROYAL-UE 25

R_Date ARROYAL-UE 19

R_Date ALAGOA-Túmulo sup.

R_Date CASTELO-Túmulo sup.

Boundary Fin Fase 5

Sequence Fase 6

Boundary Inicio Fase 6

R_Date MIRADERO-Inhumac. túmulo

R_Date MADORRAS-Fosa túmulo

R_Date CASTENAIROS-Atrio perif.

R_Date BR_JULA-UE 303

R_Date CASTENAIROS-Atrio perif.

R_Date CARVALHAL-Cámara inf.

Boundary Fin Fase 6

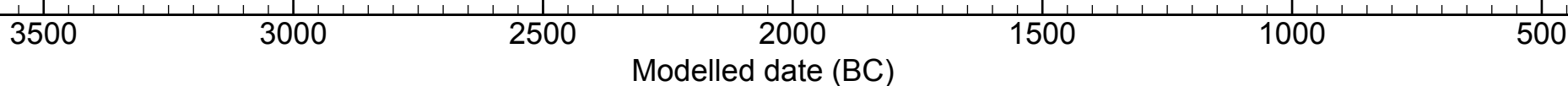
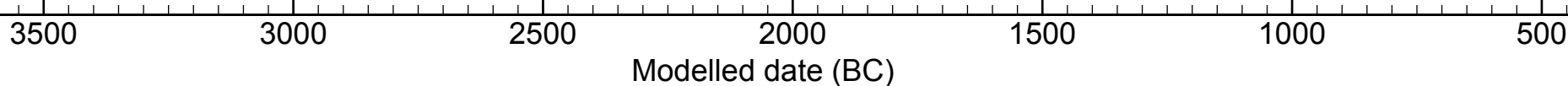
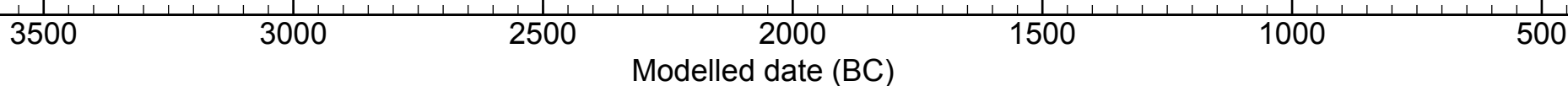
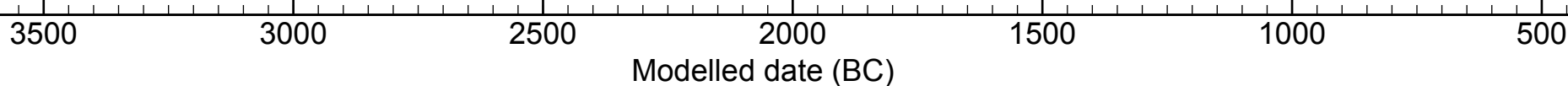
Sequence Fase 7

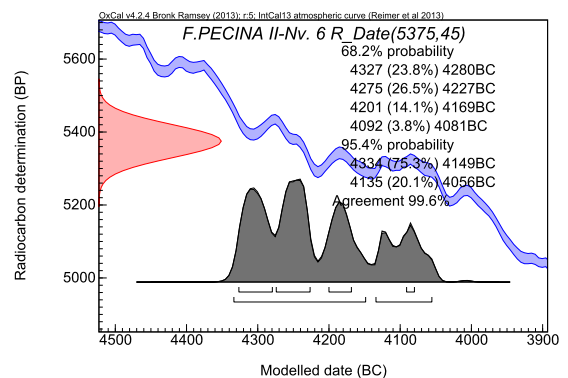
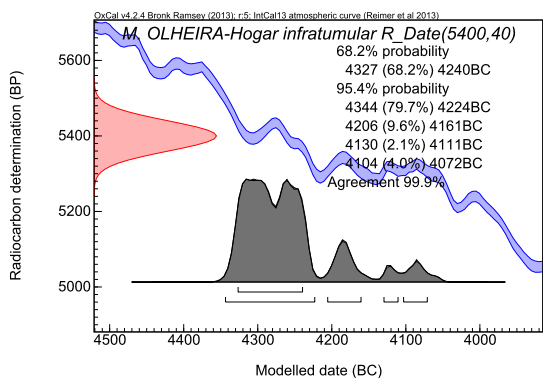
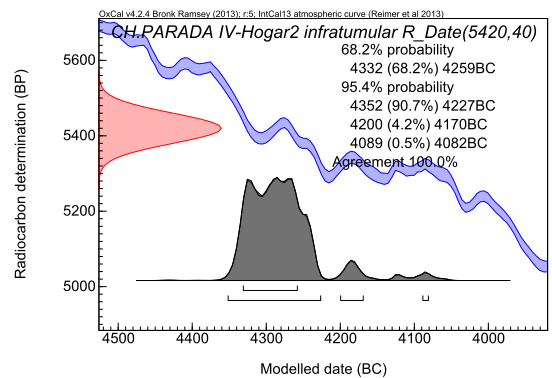
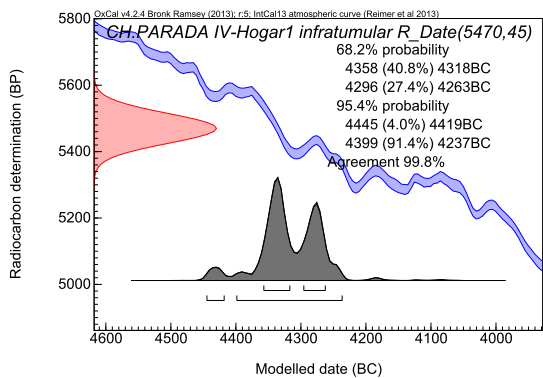
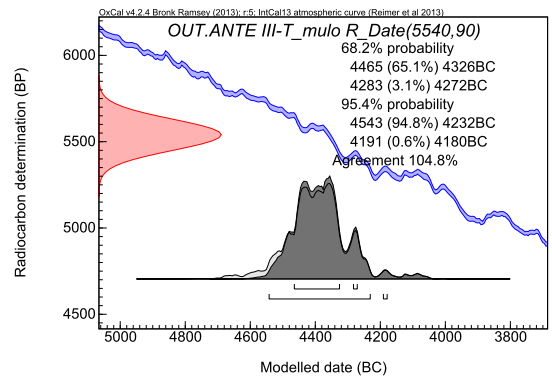
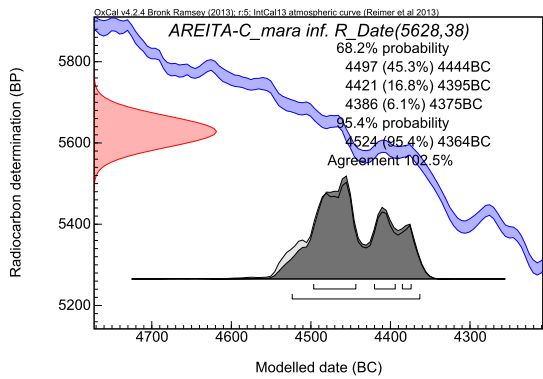
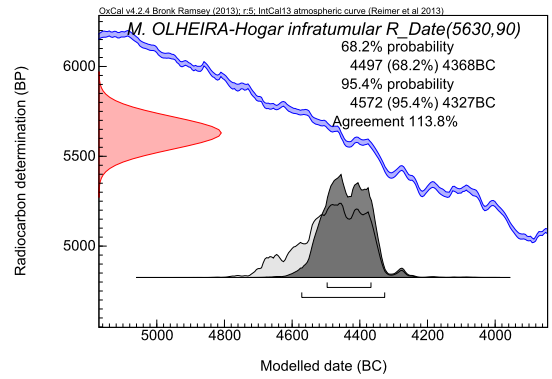
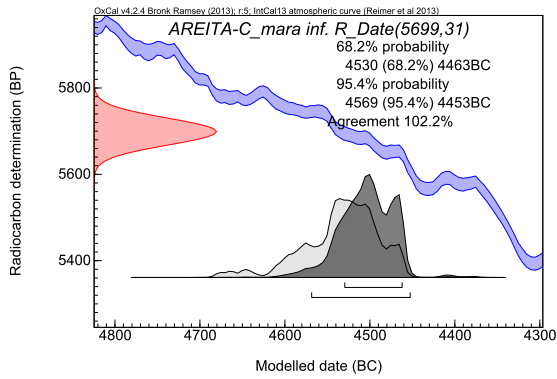
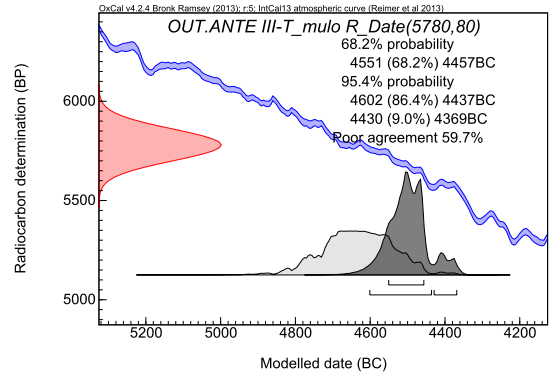
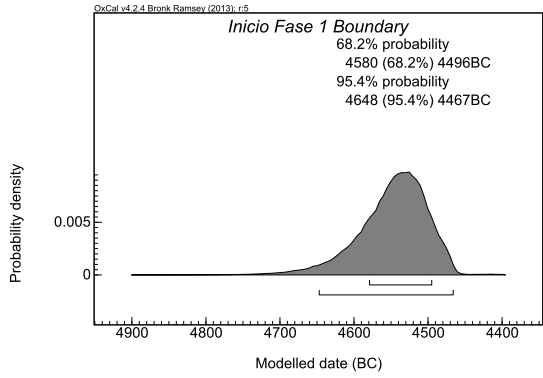
Boundary Inicio Fase 7

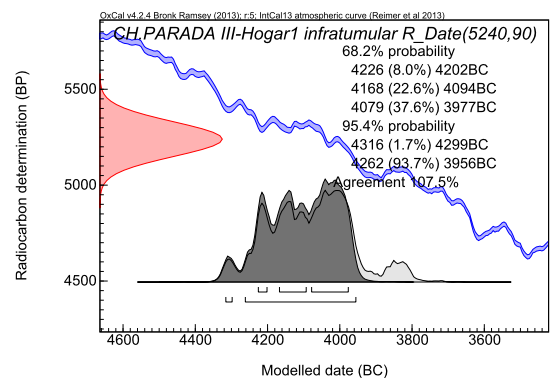
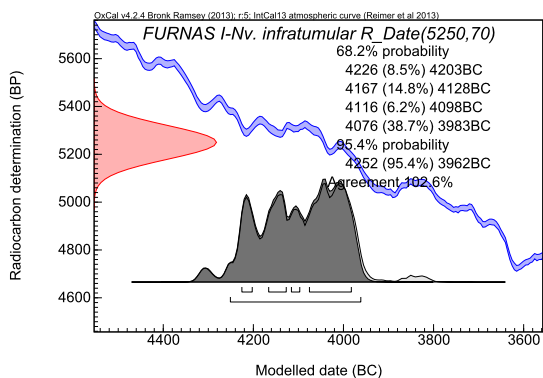
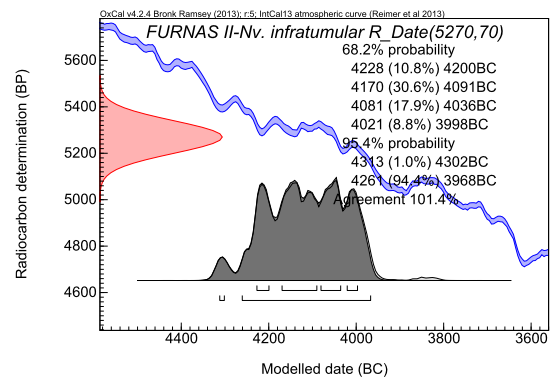
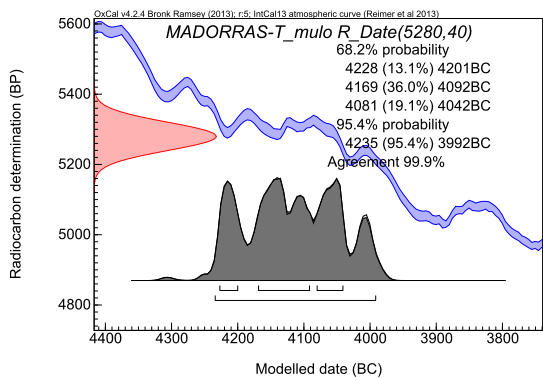
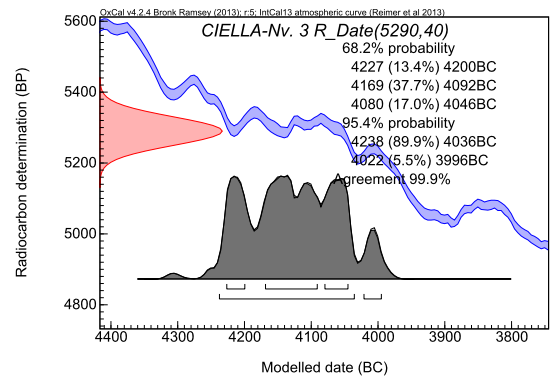
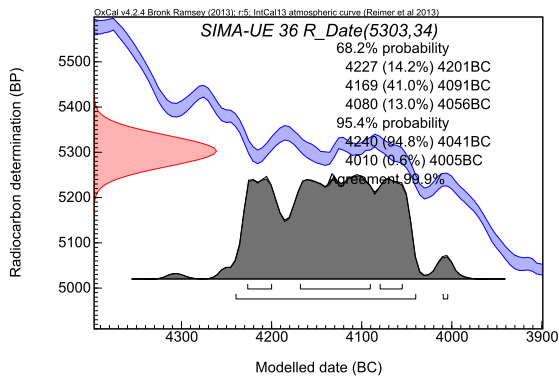
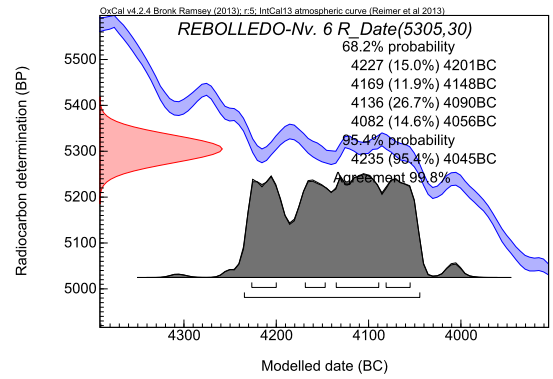
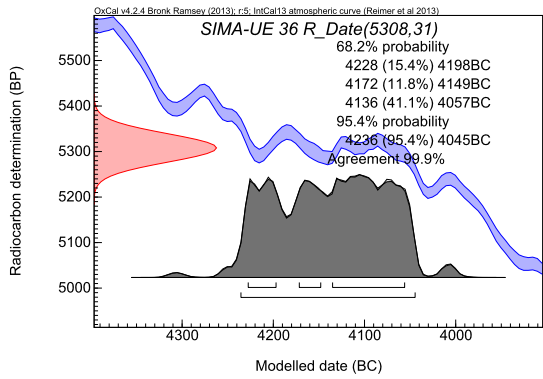
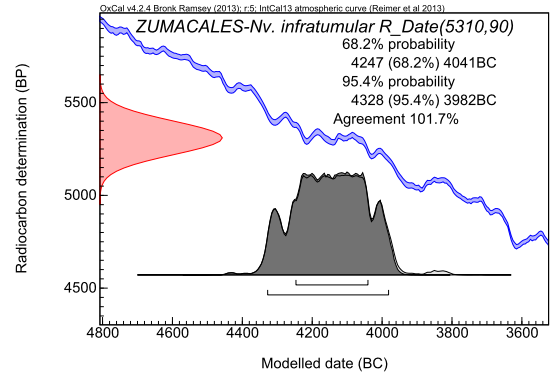
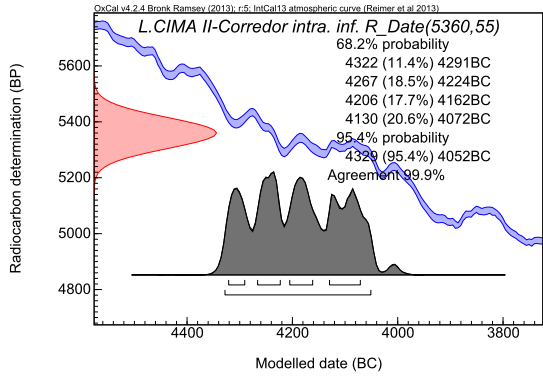
R_Date RAPADOURO I-Nv. sepulcral

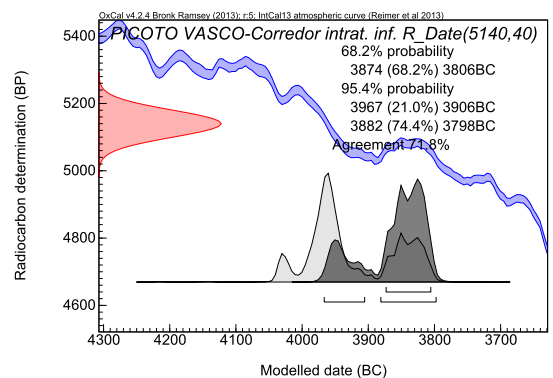
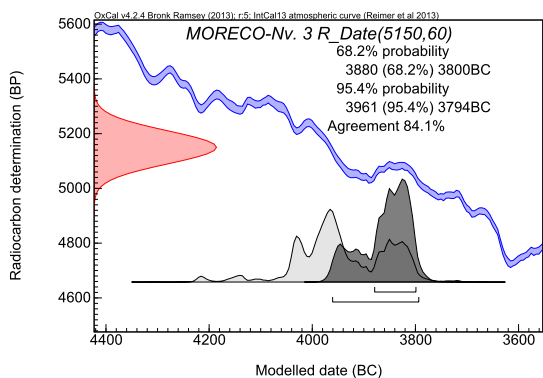
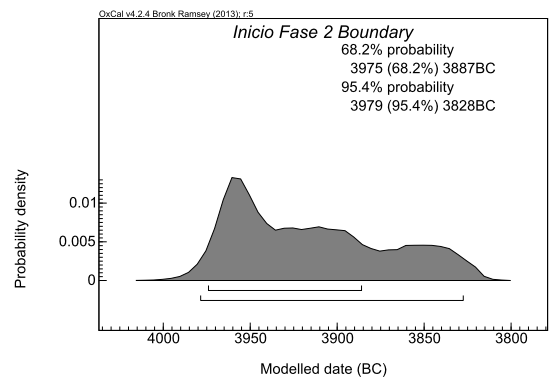
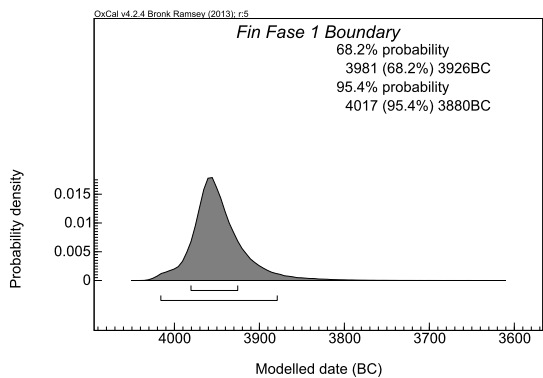
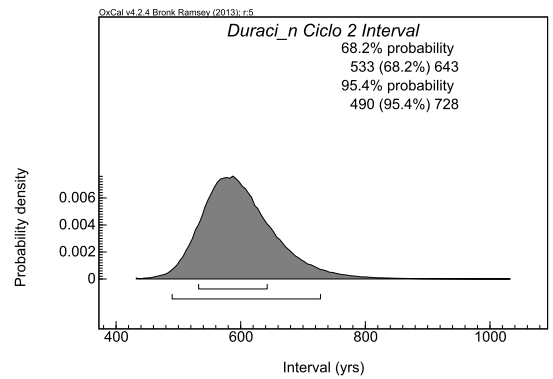
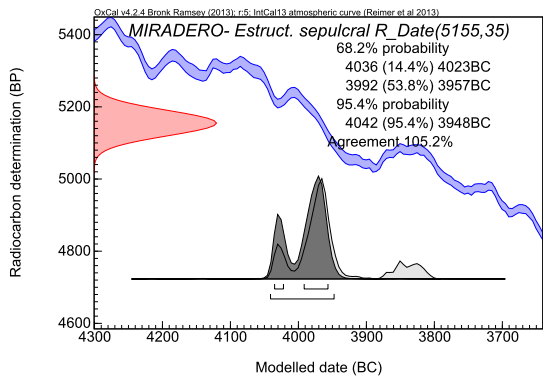
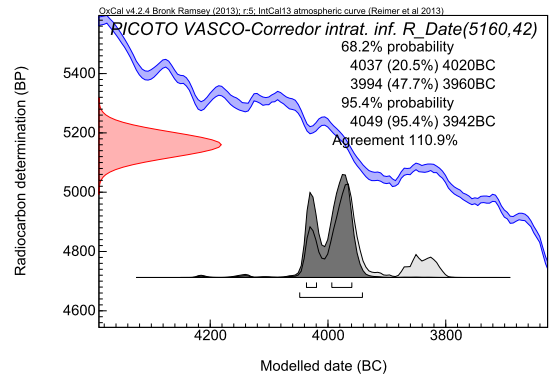
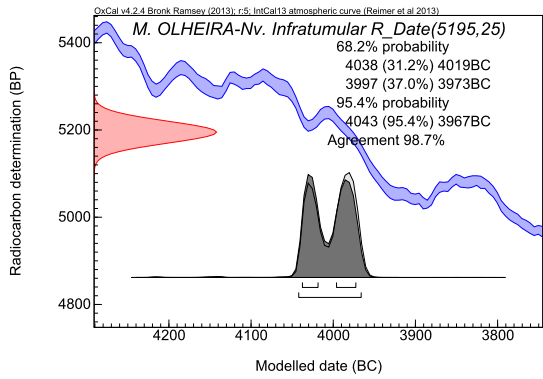
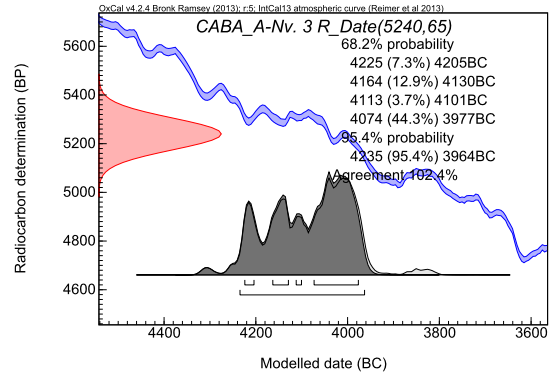
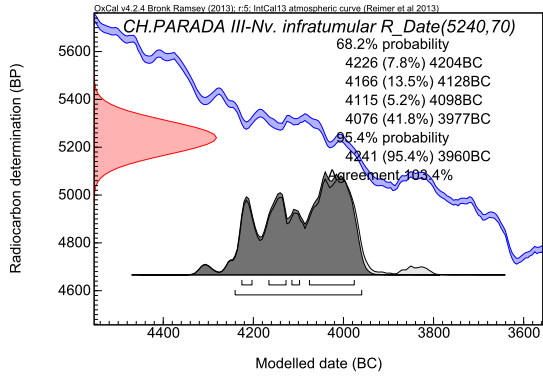
R_Date CABRITOS I-Fosa túmulo

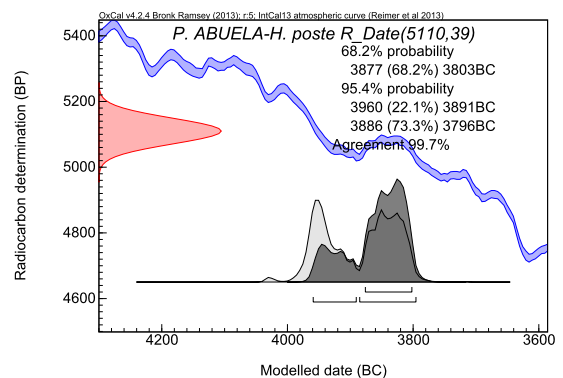
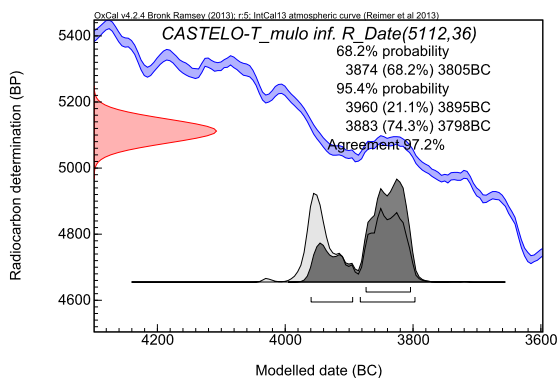
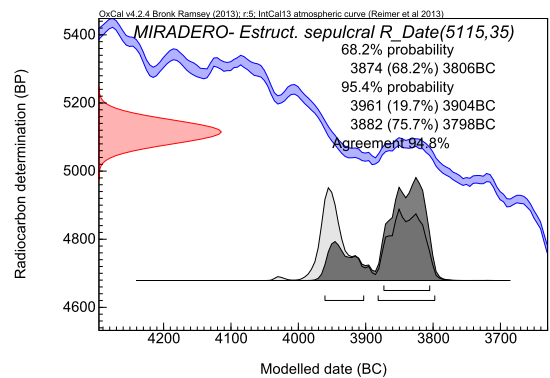
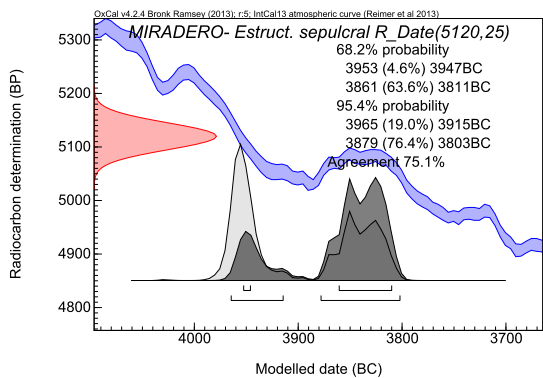
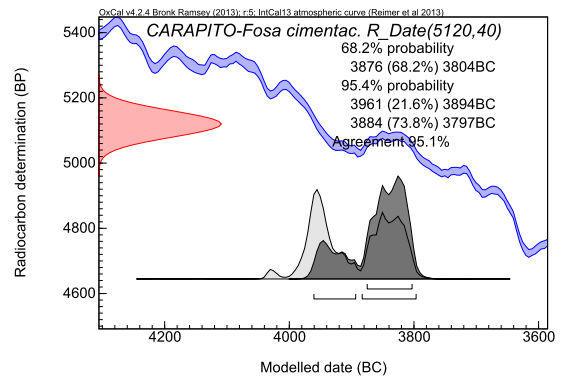
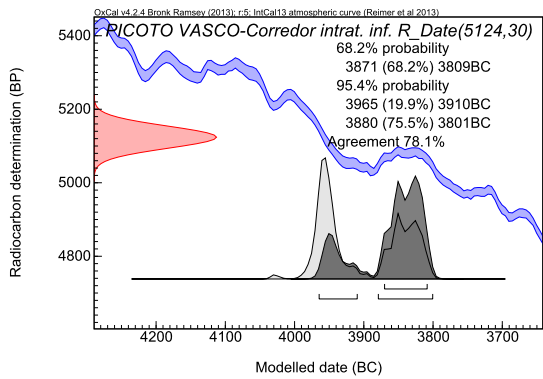
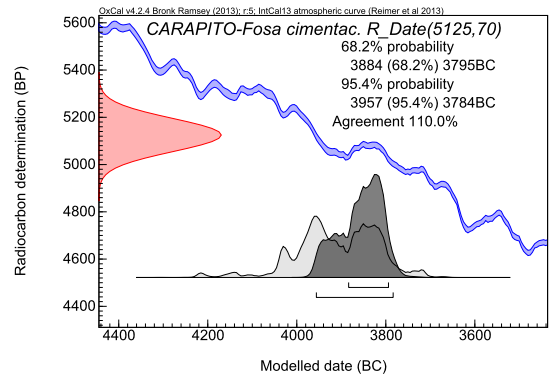
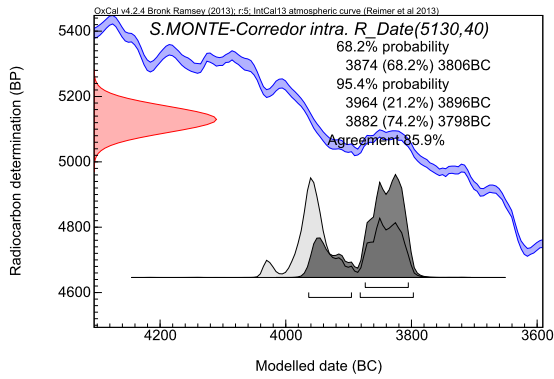
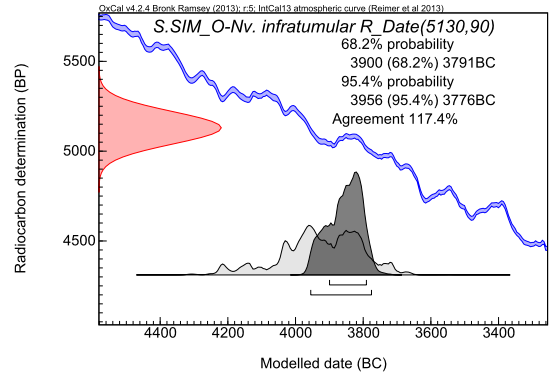
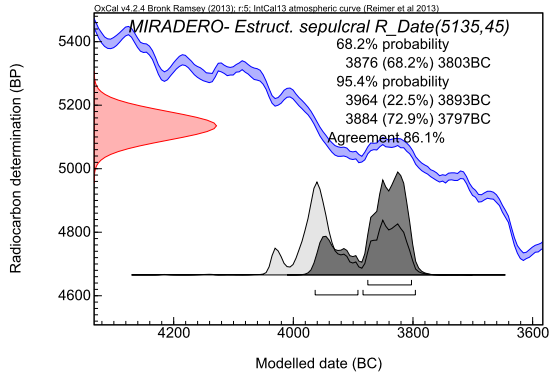
Boundary Fin Fase 7

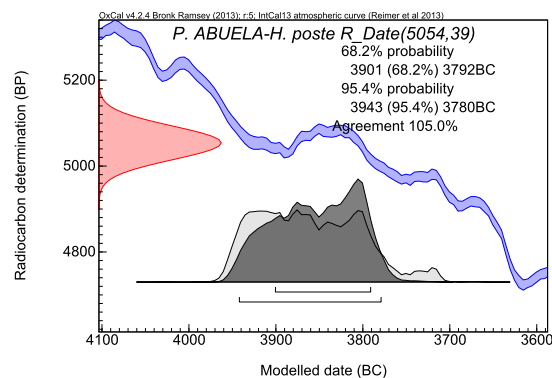
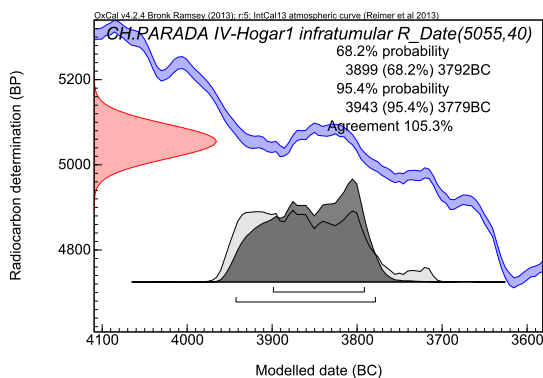
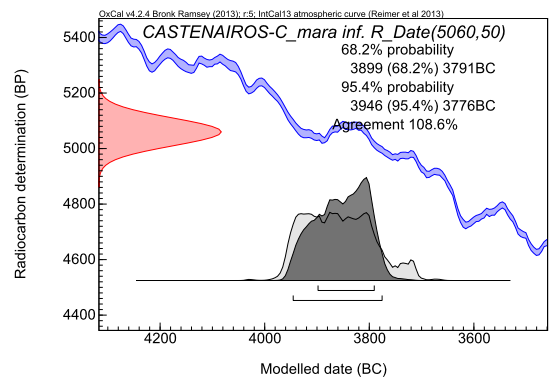
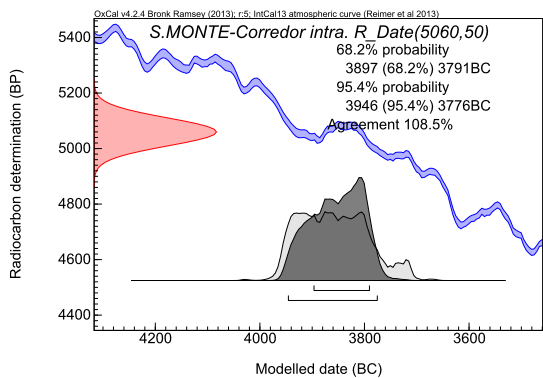
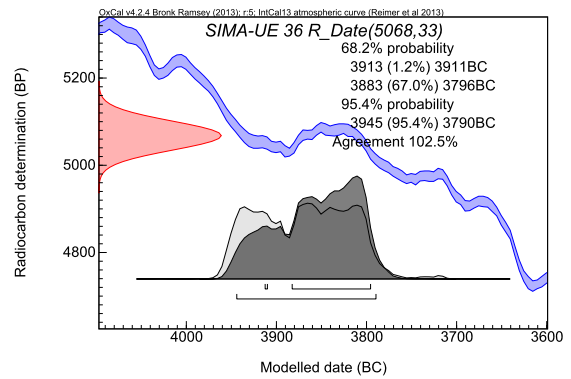
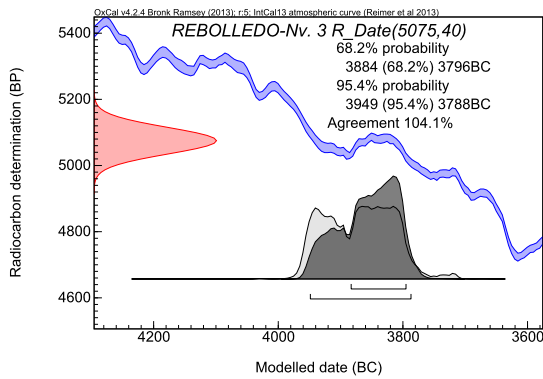
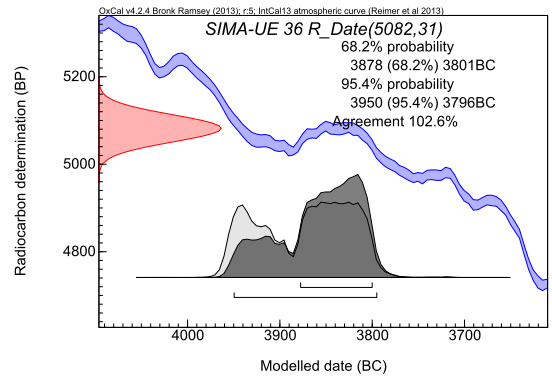
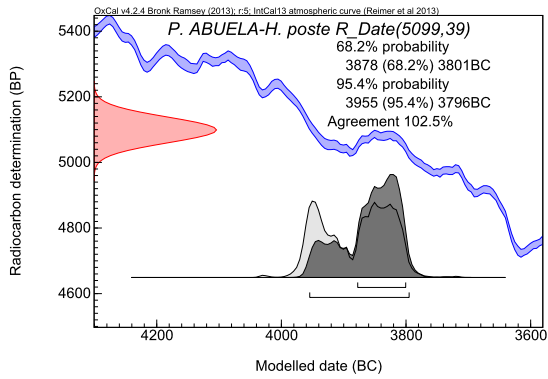
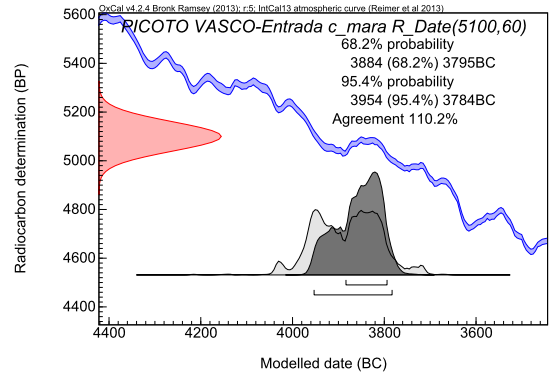
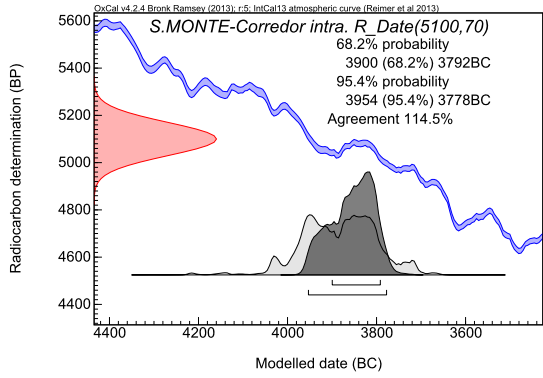


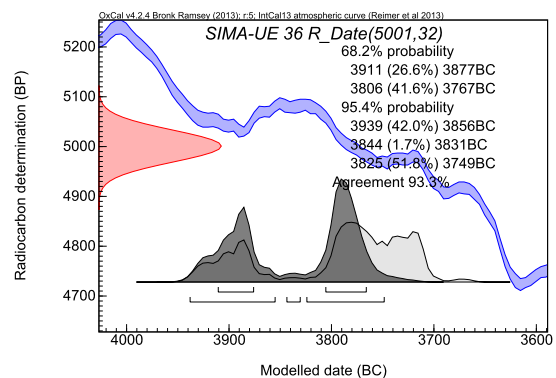
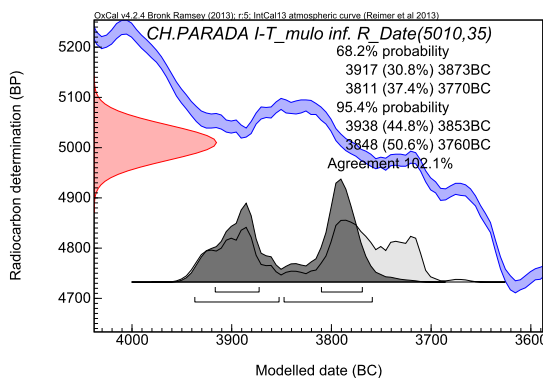
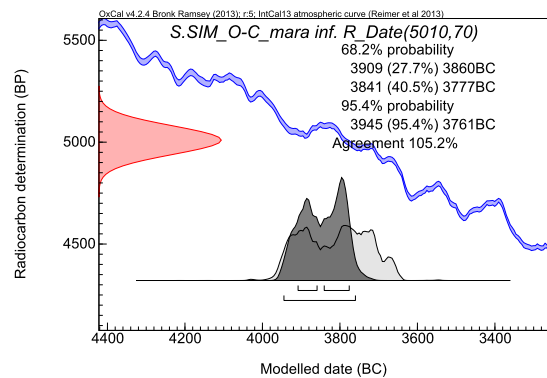
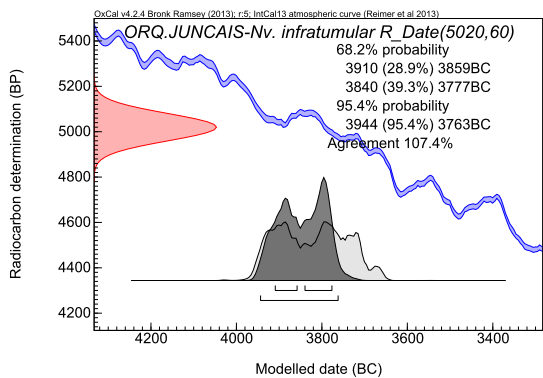
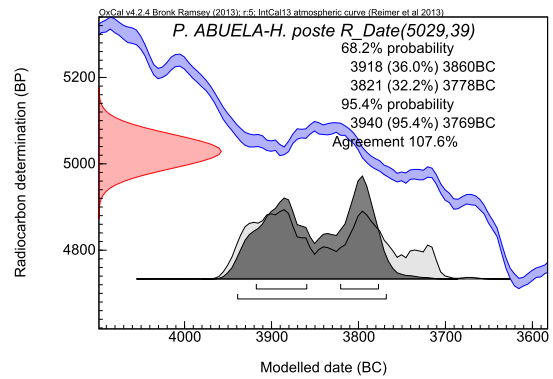
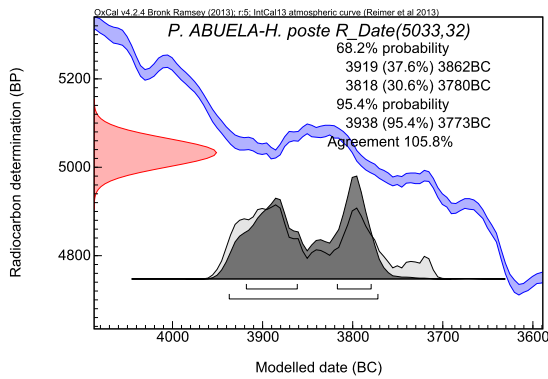
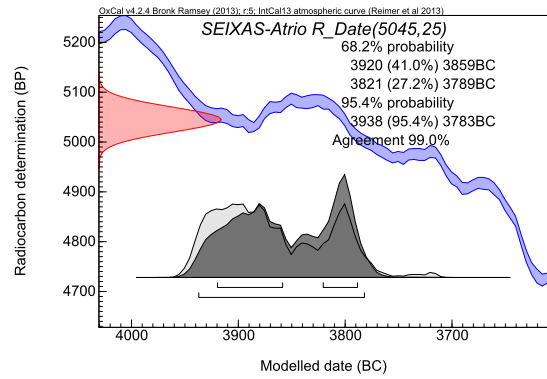
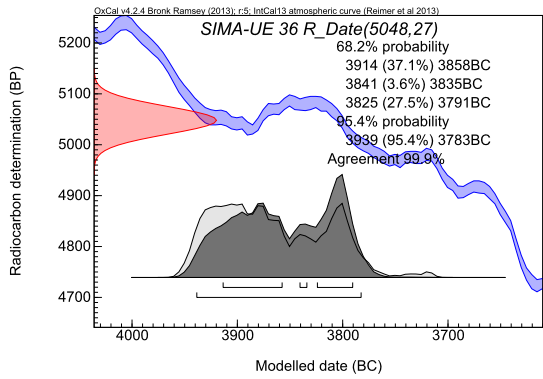
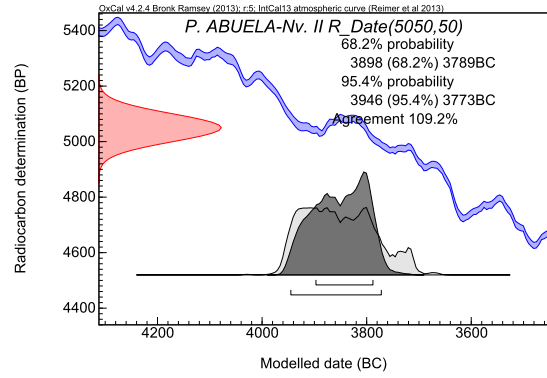
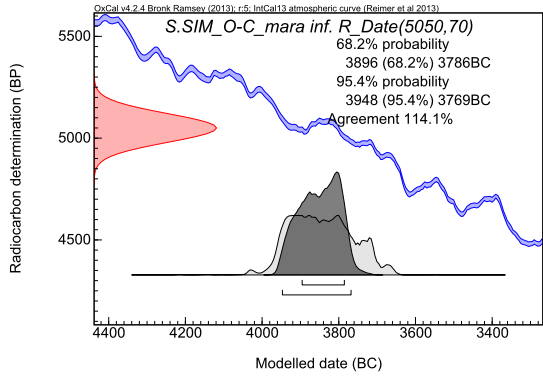


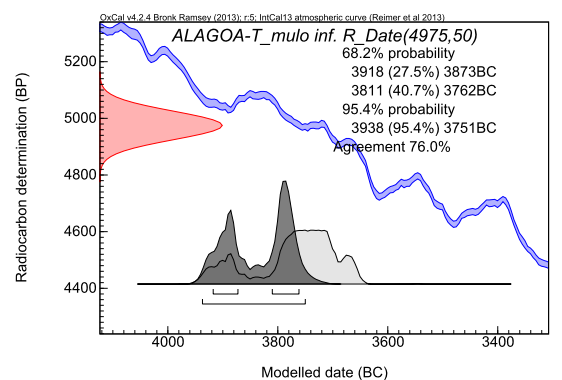
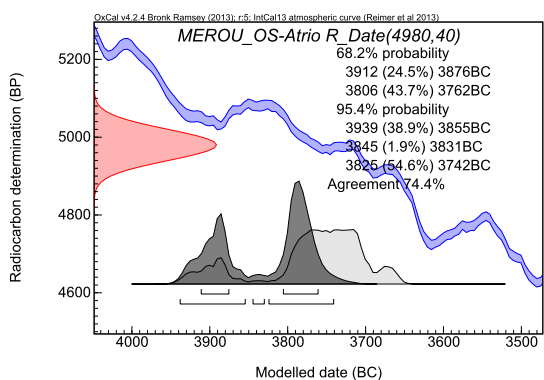
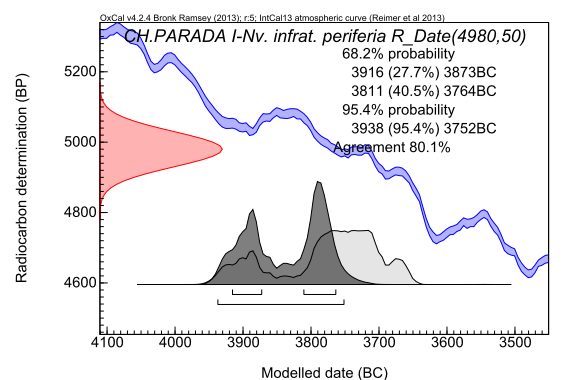
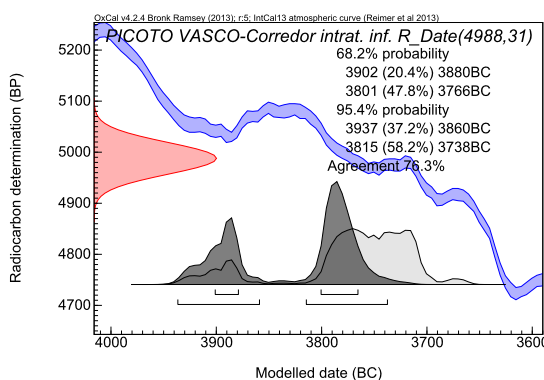
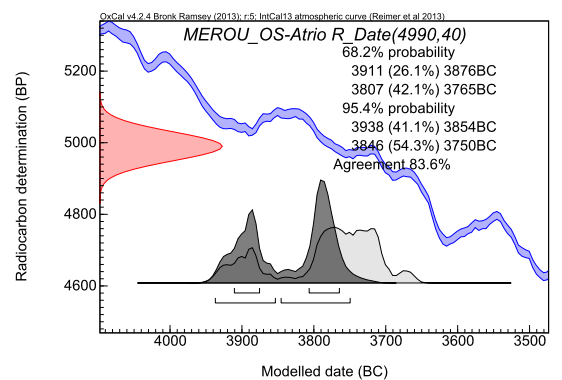
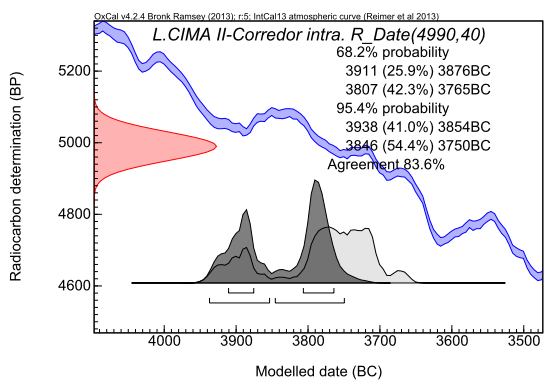
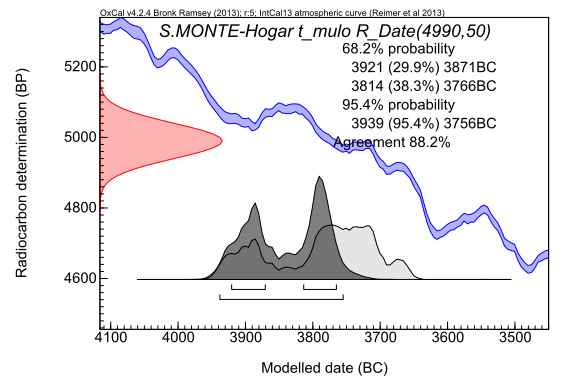
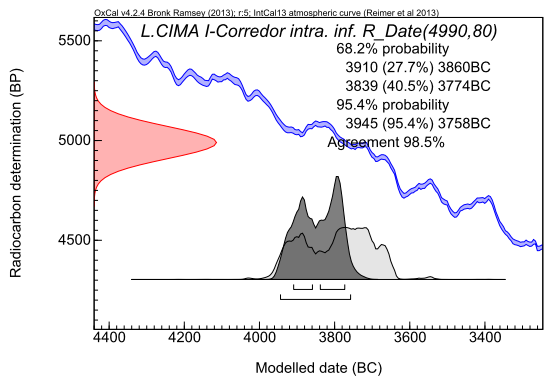
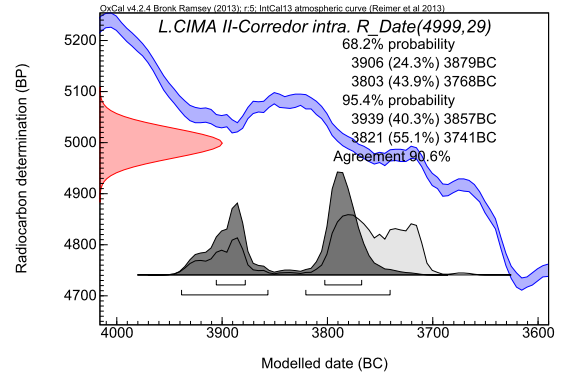
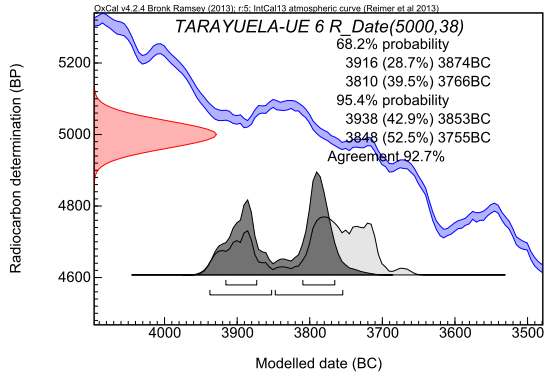


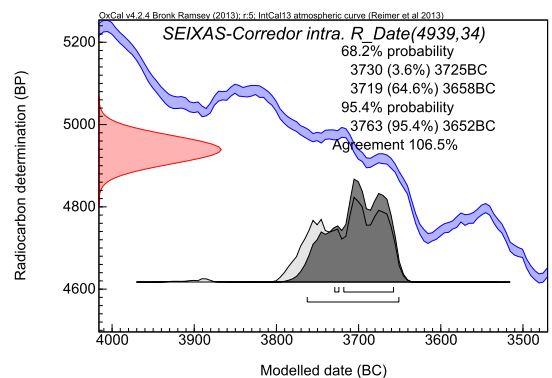
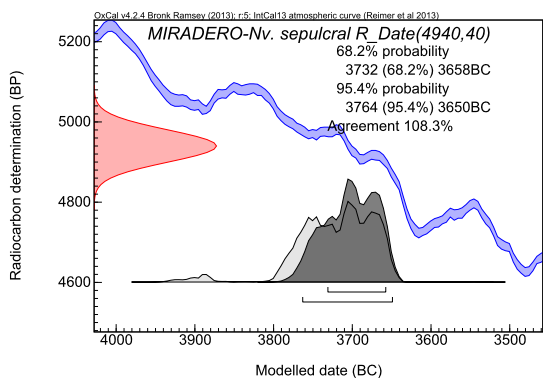
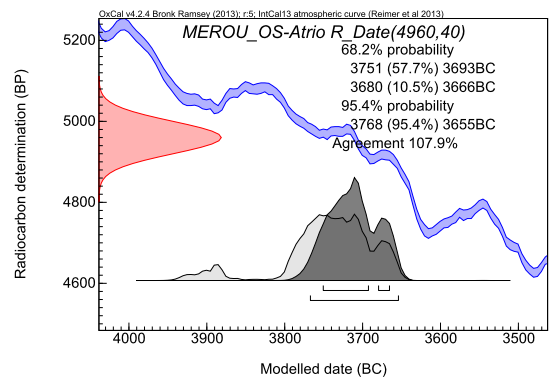
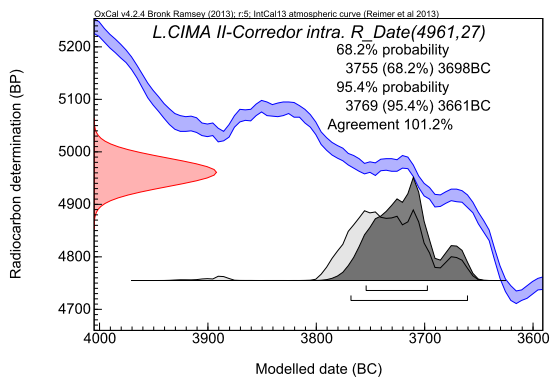
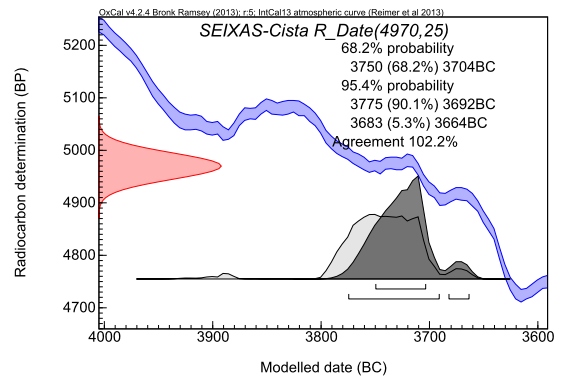
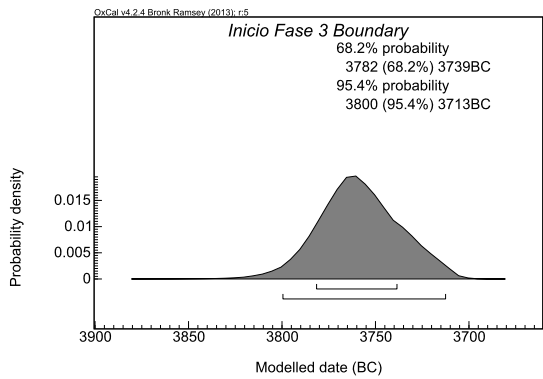
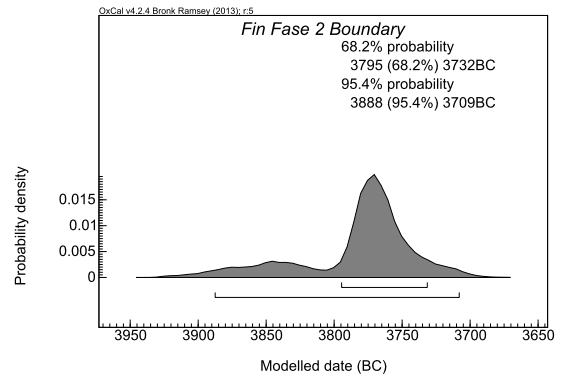
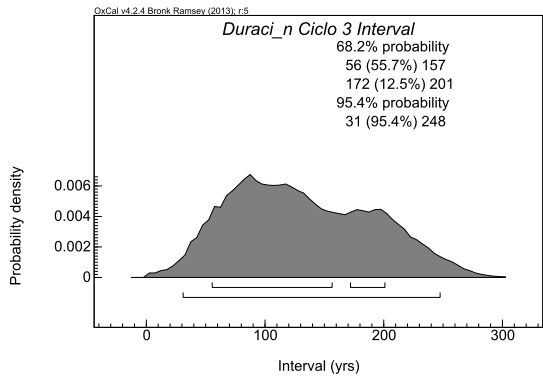
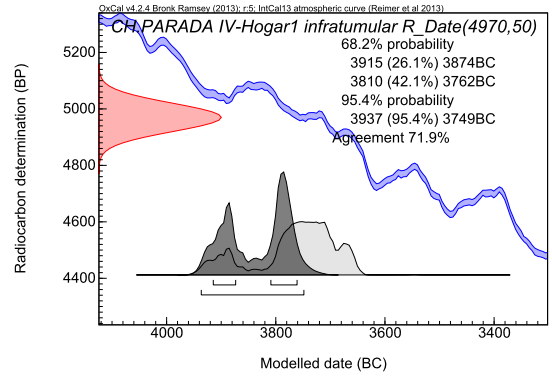
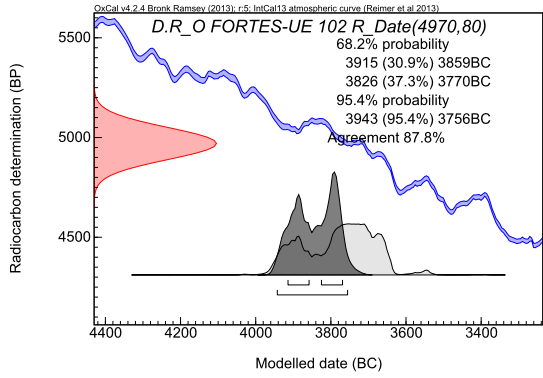


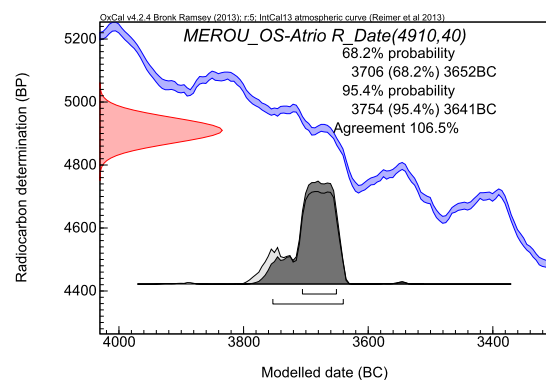
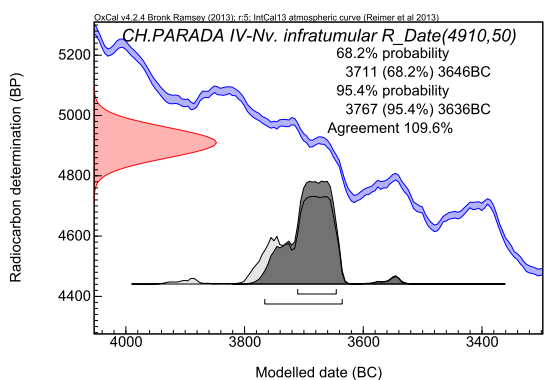
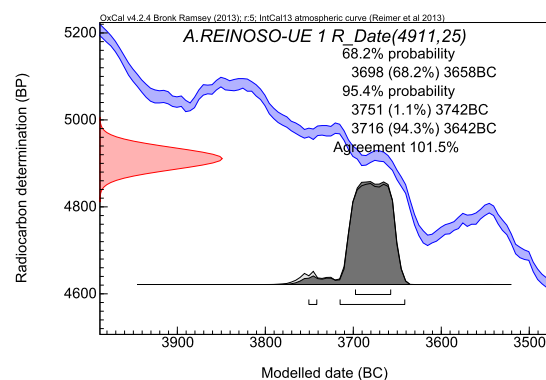
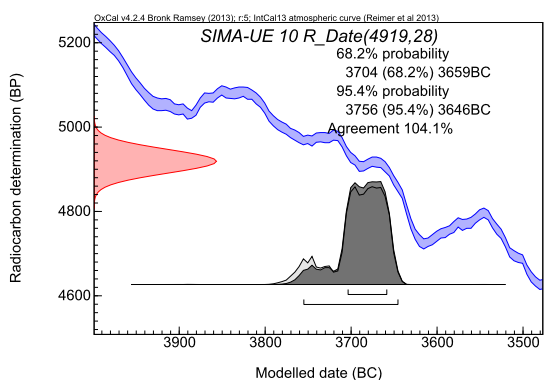
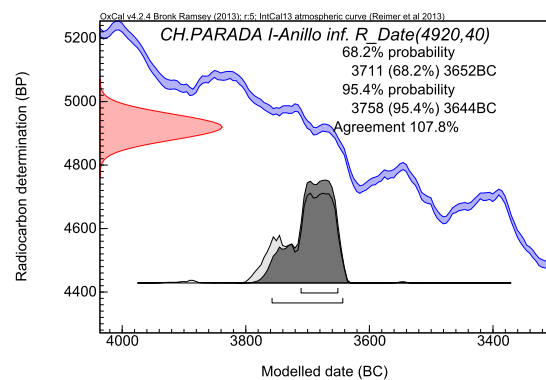
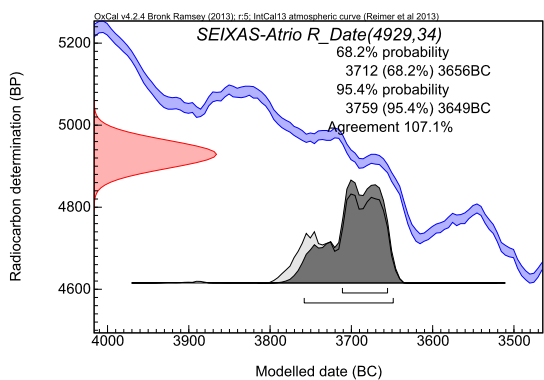
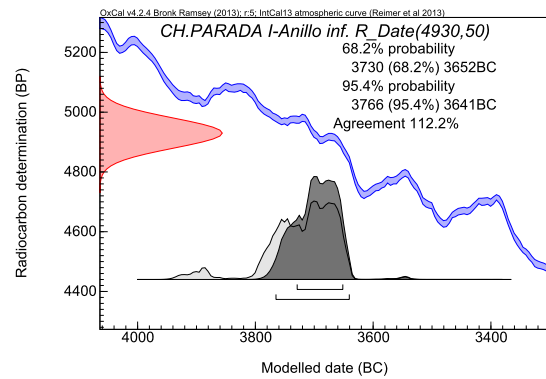
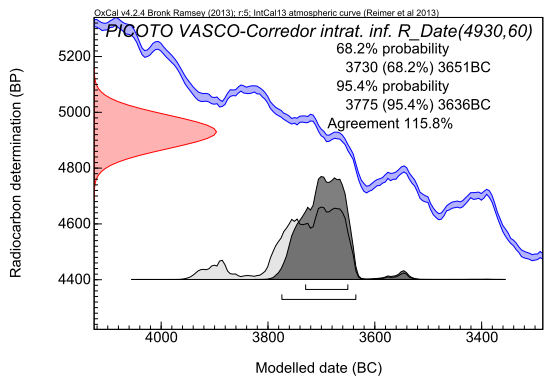
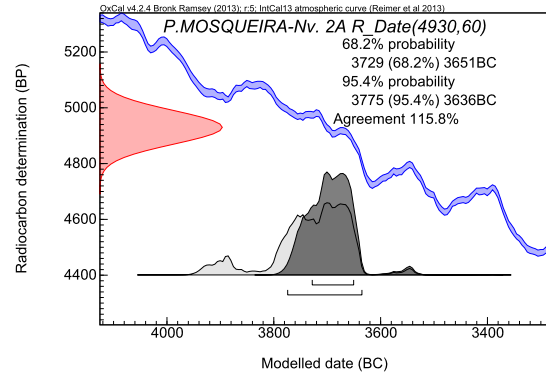
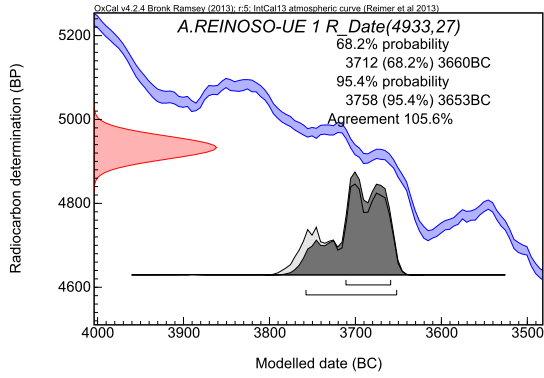


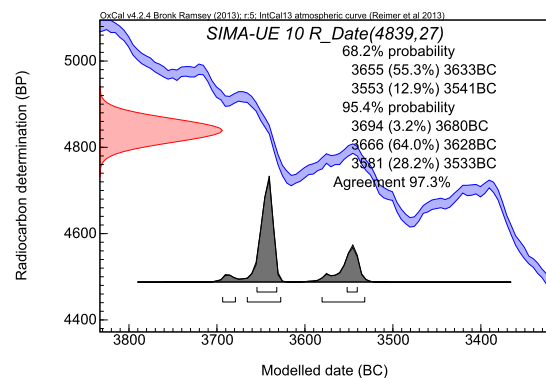
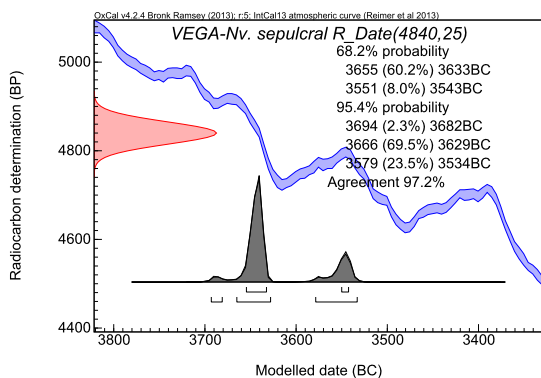
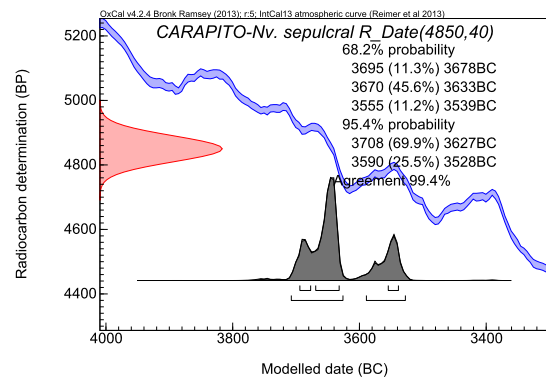
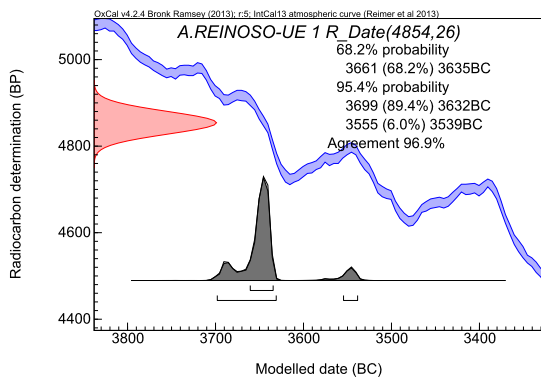
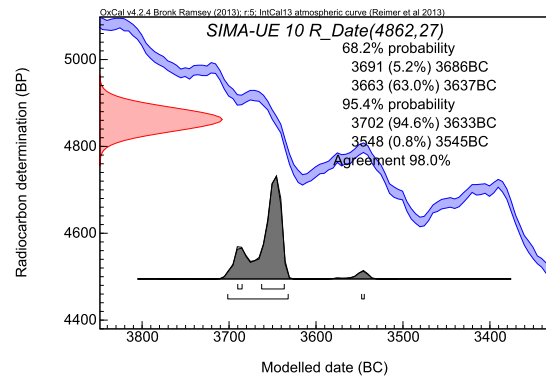
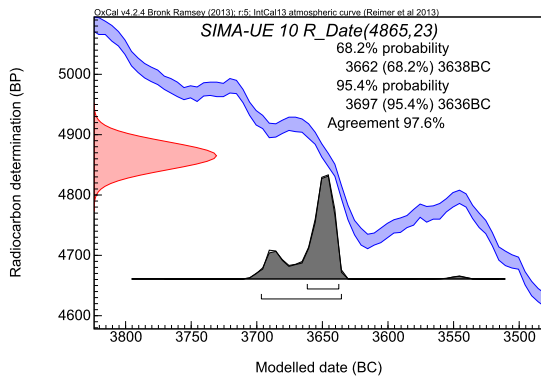
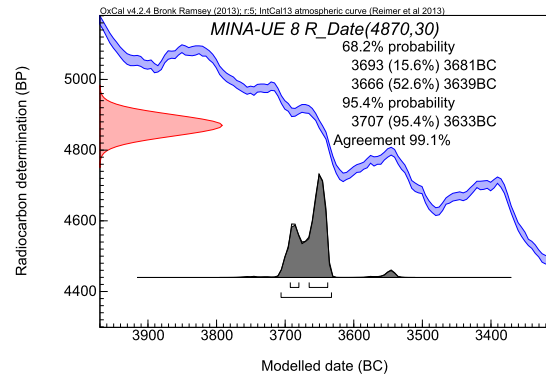
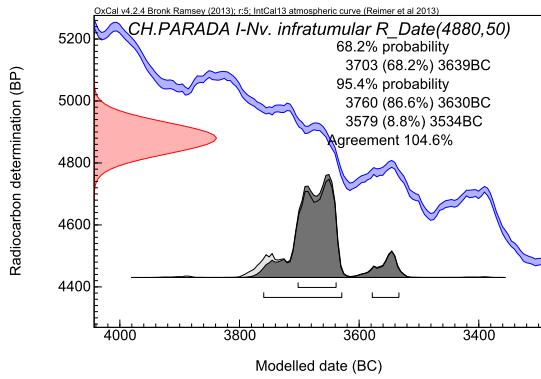
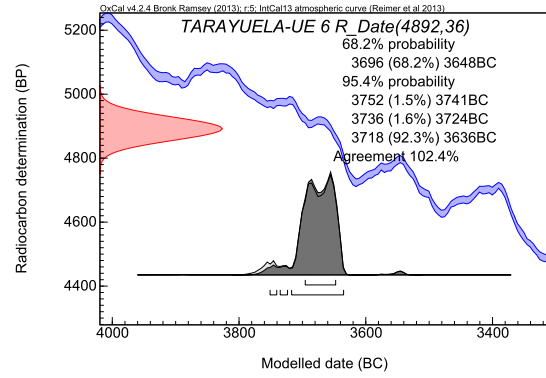
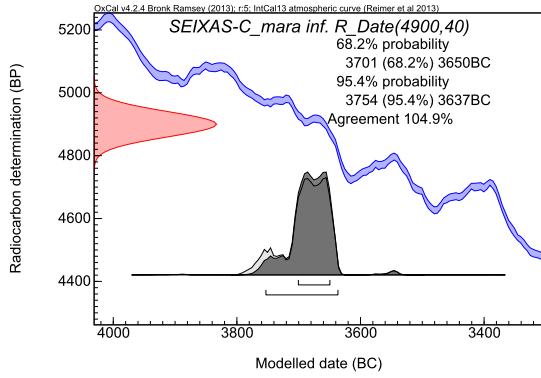


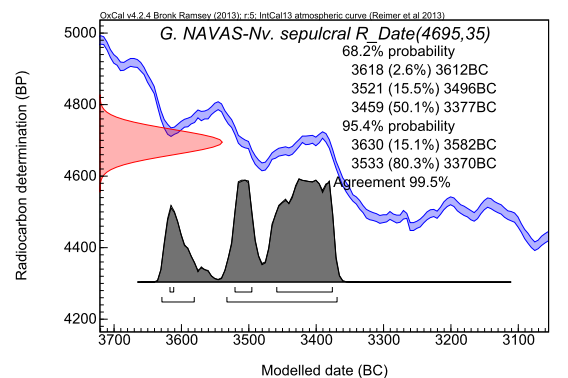
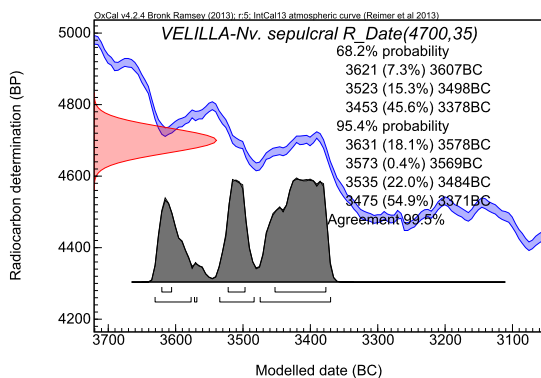
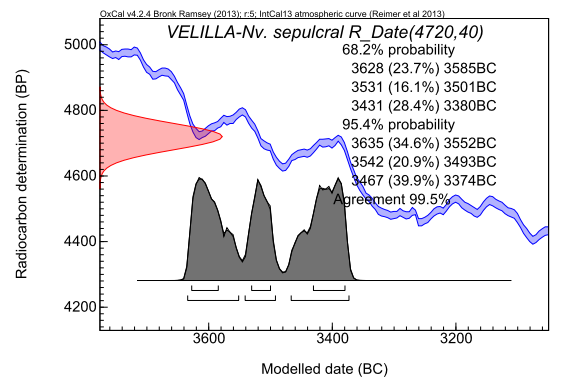
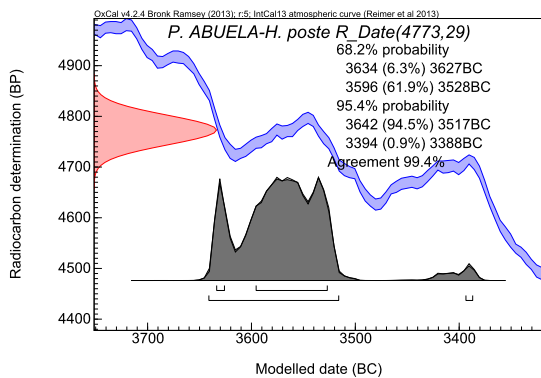
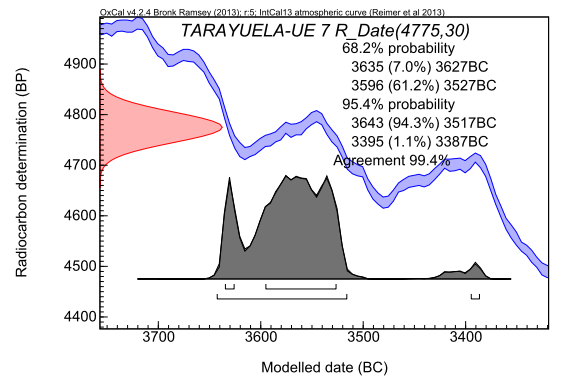
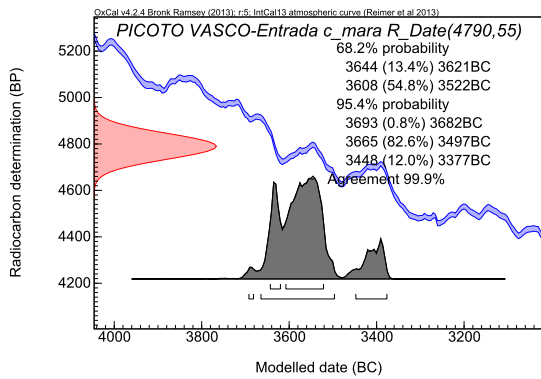
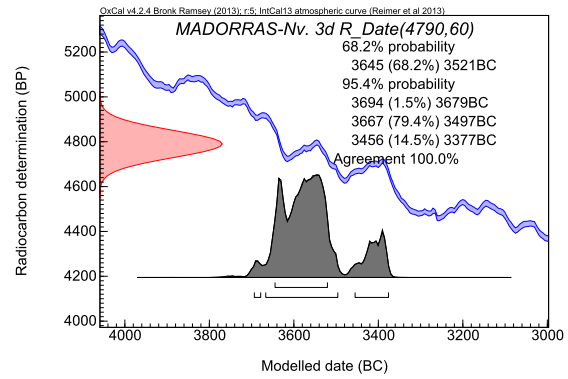
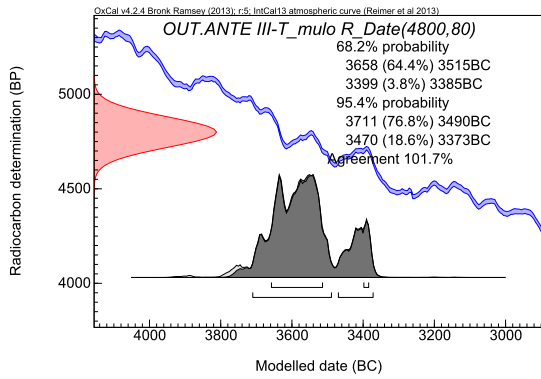
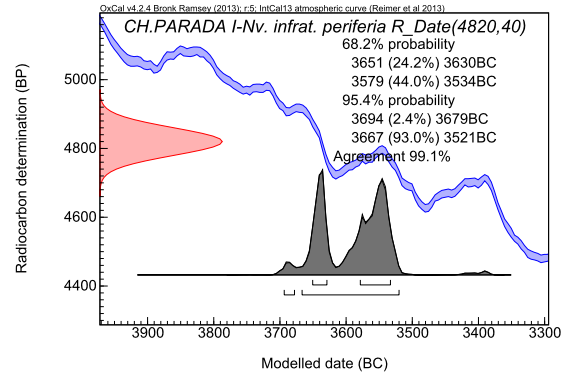
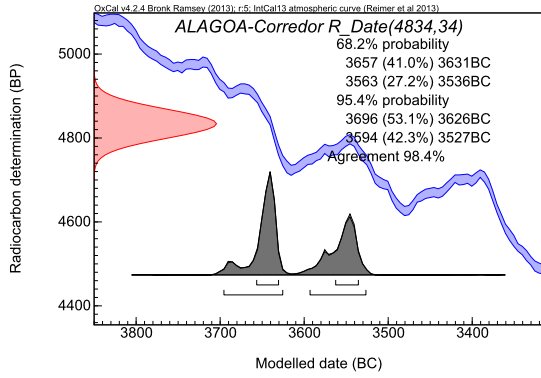


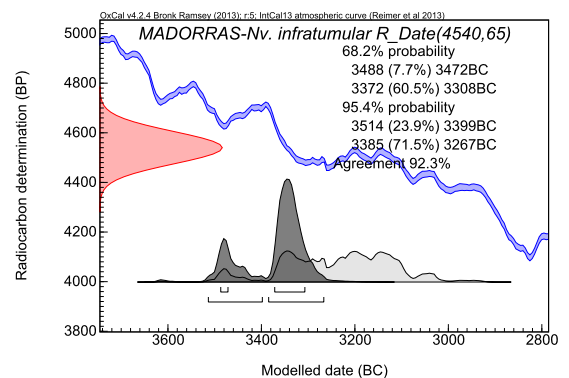
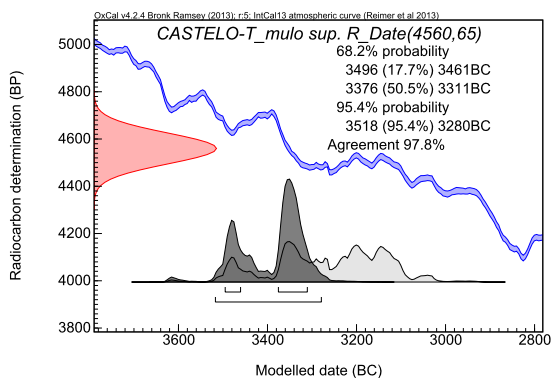
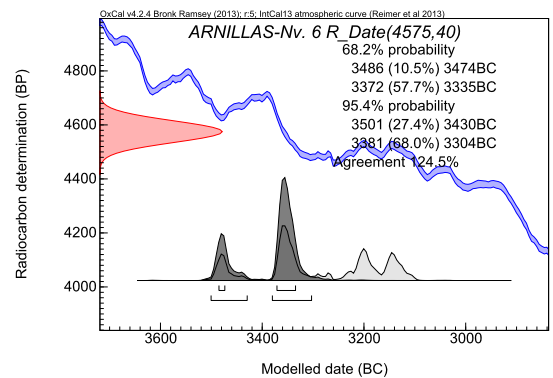
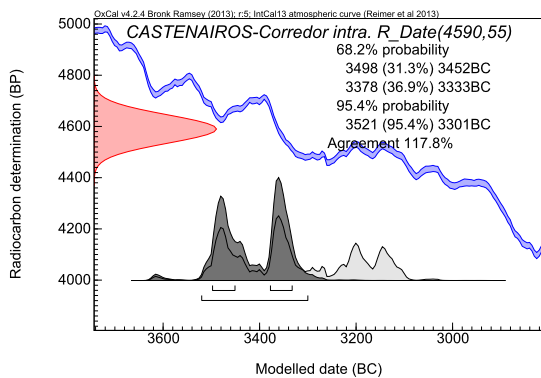
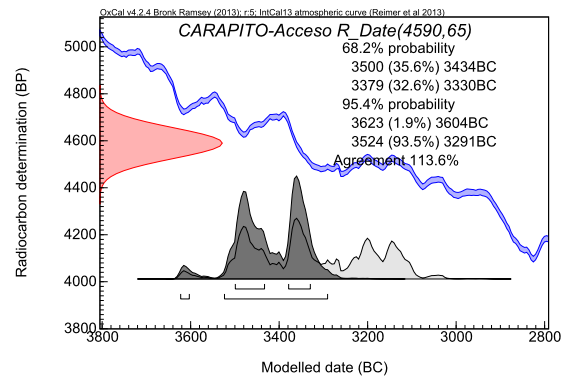
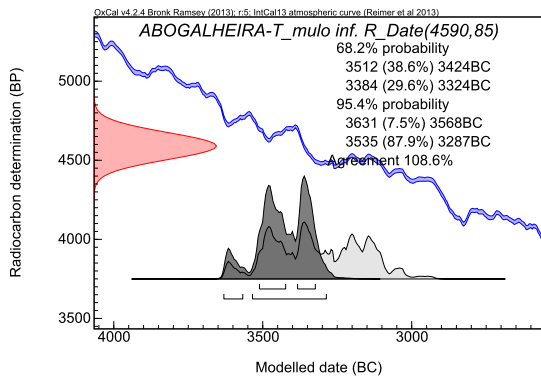
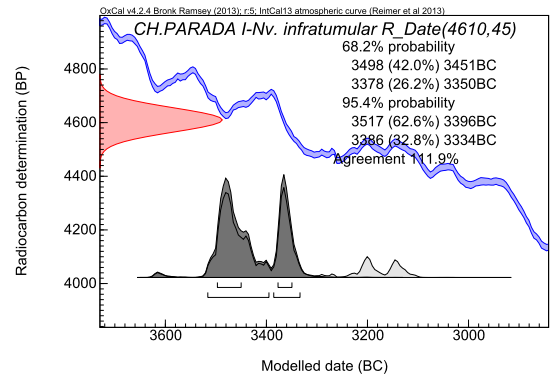
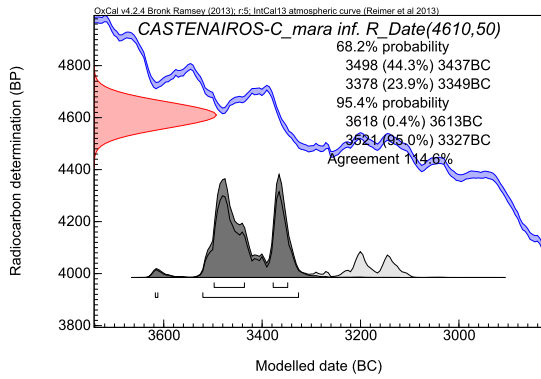
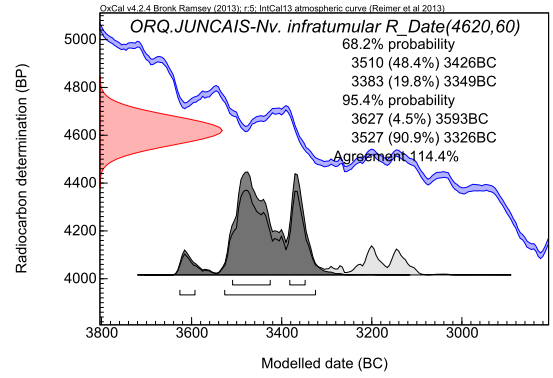
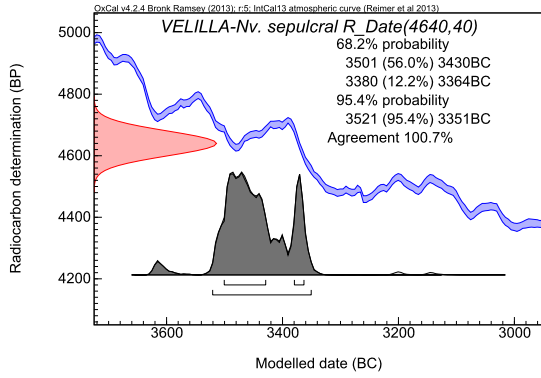


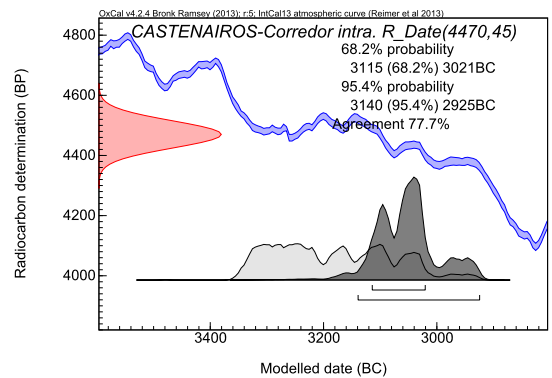
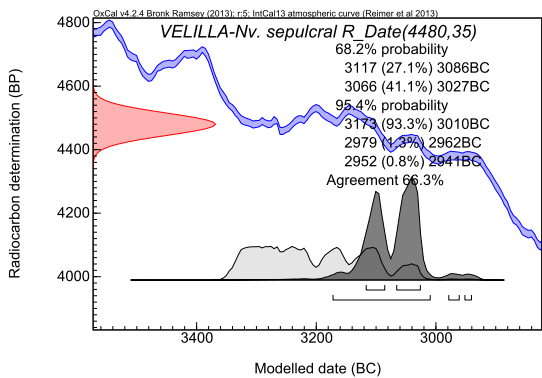
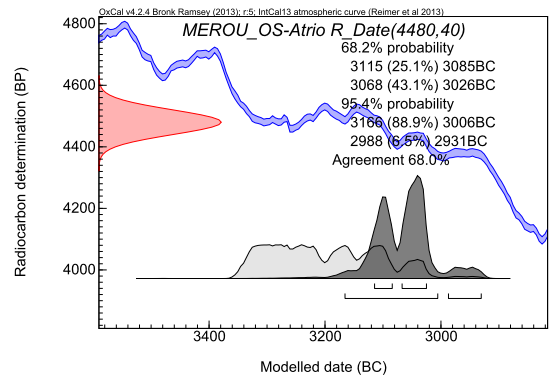
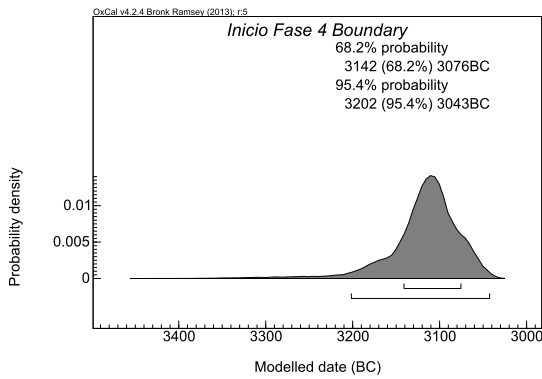
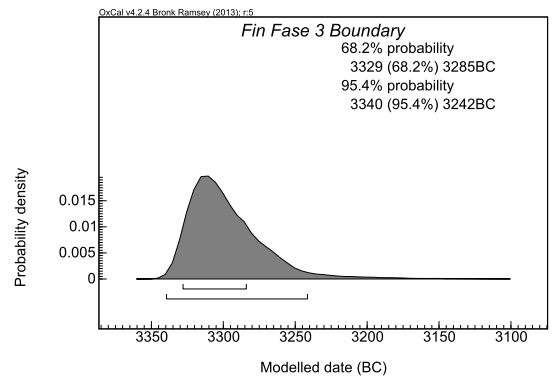
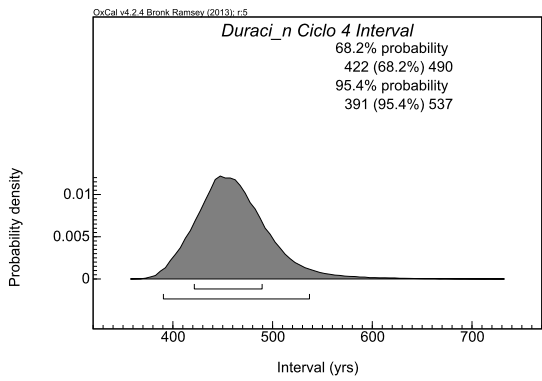
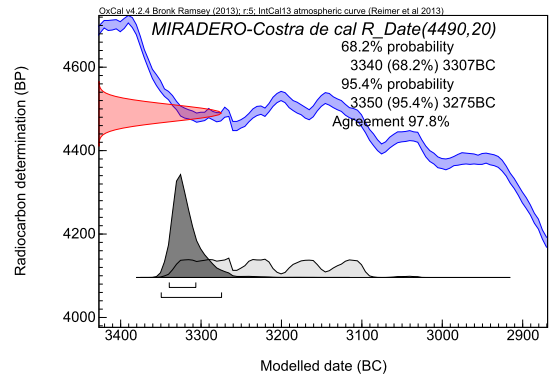
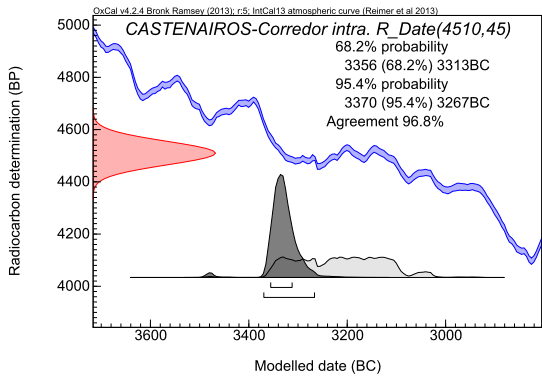
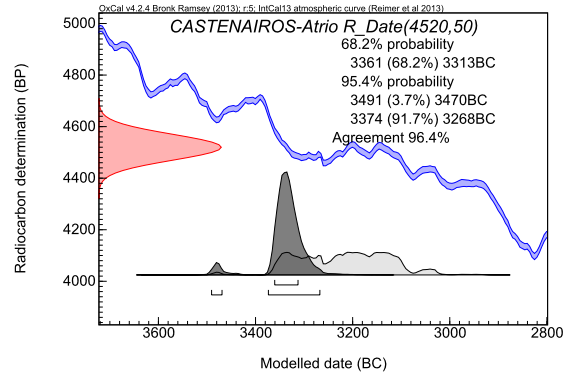
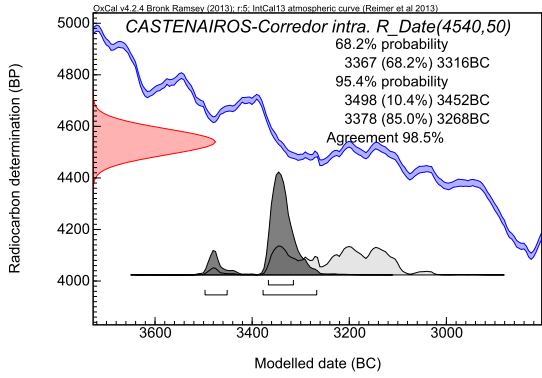


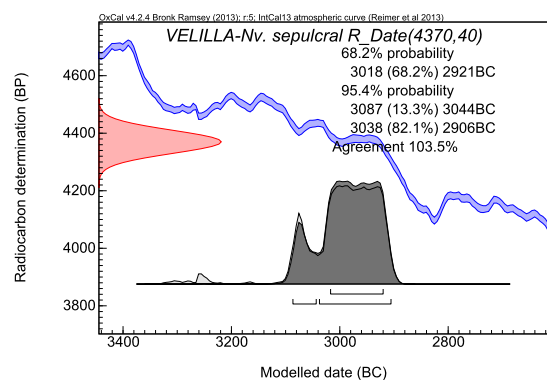
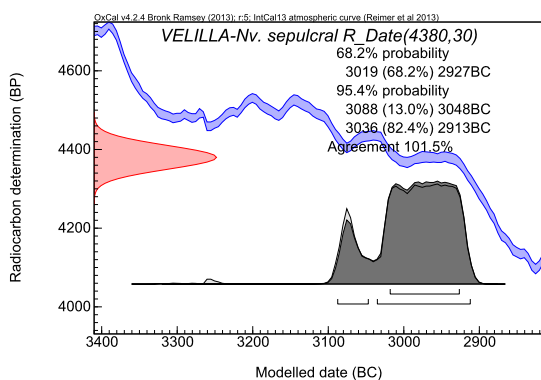
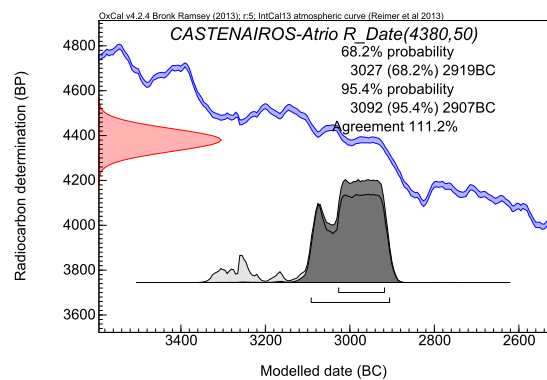
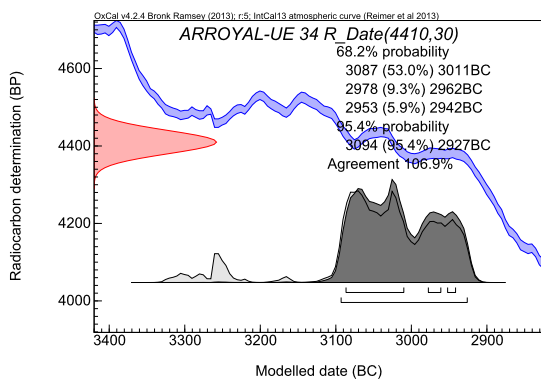
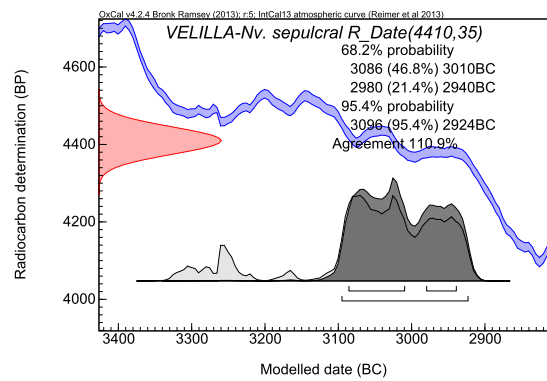
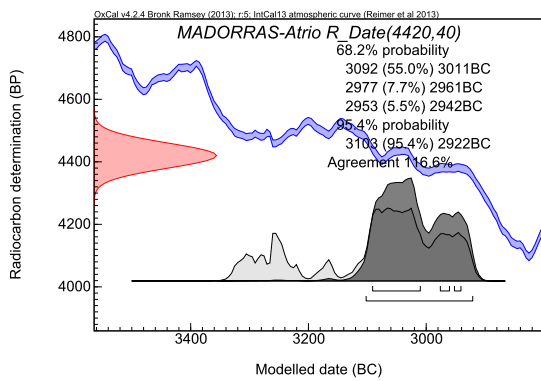
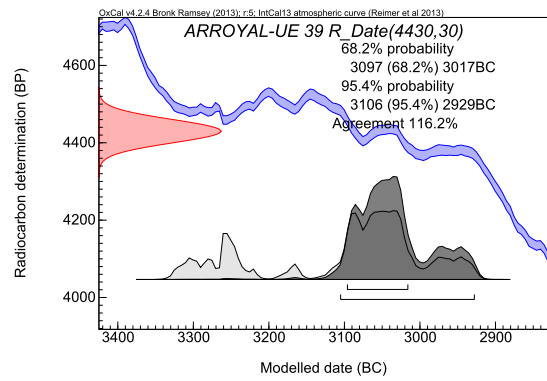
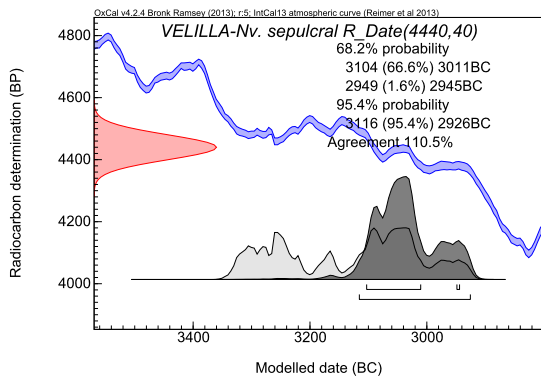
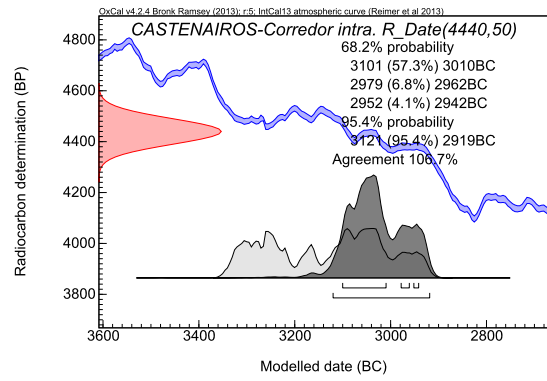
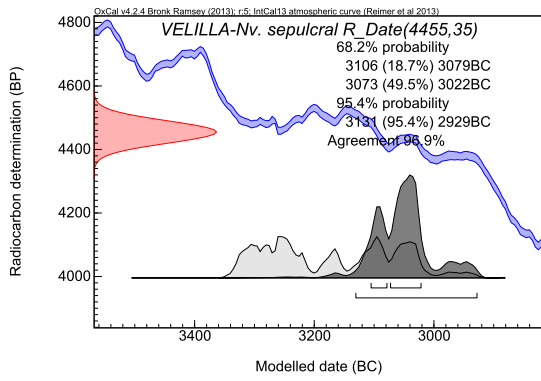


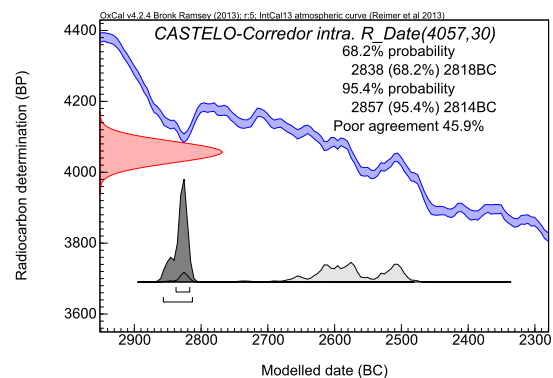
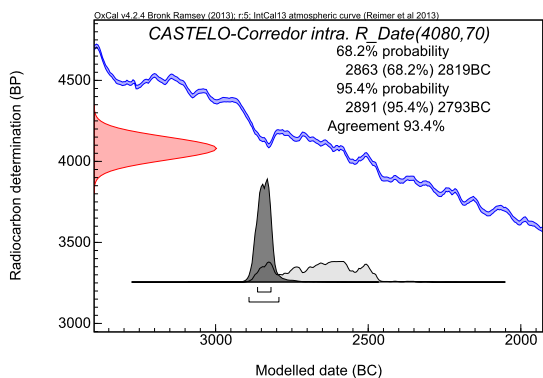
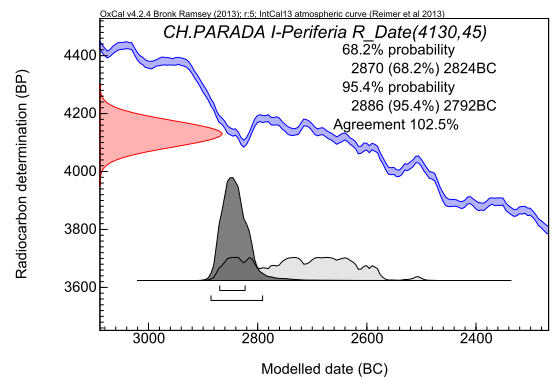
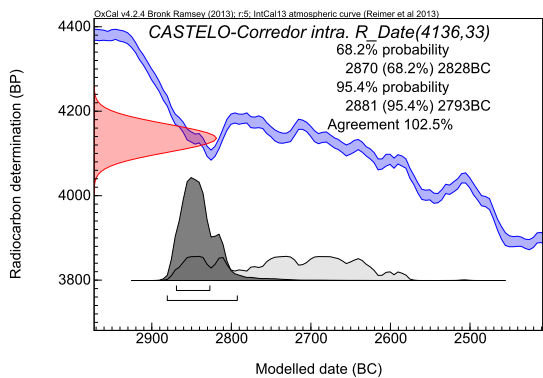
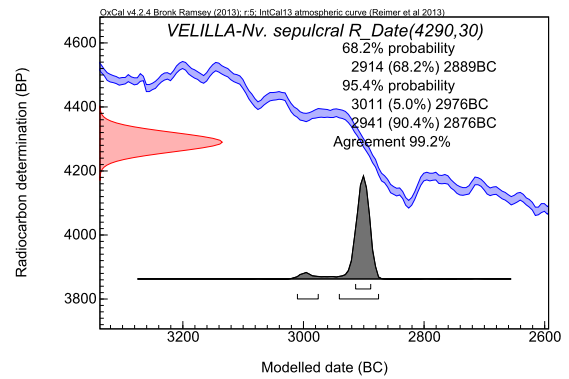
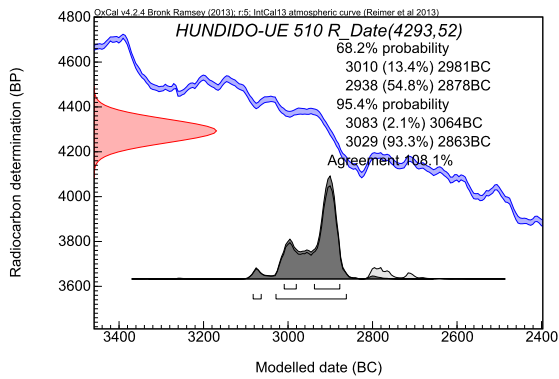
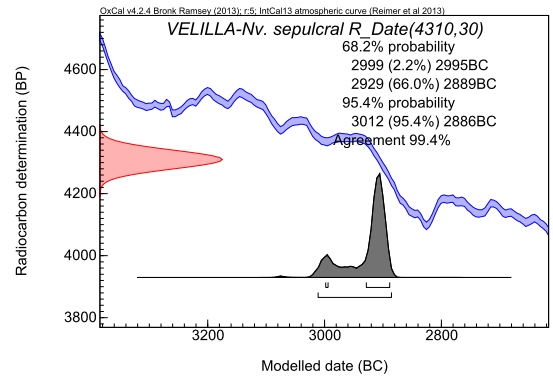
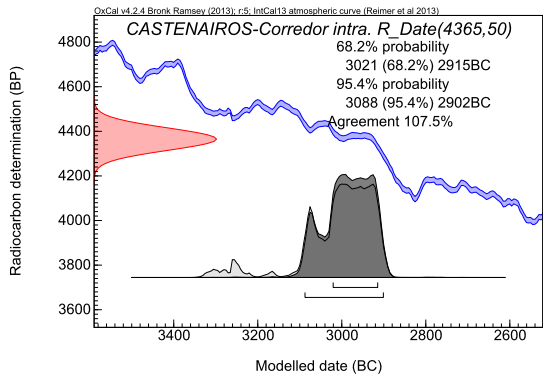
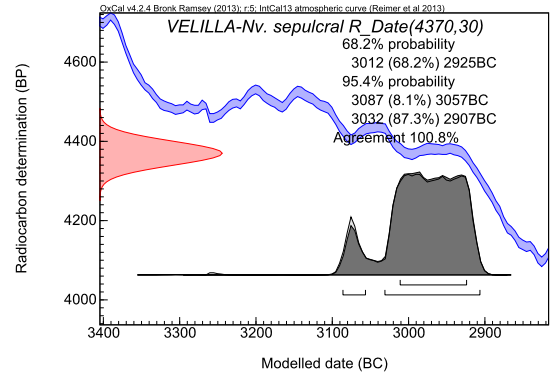
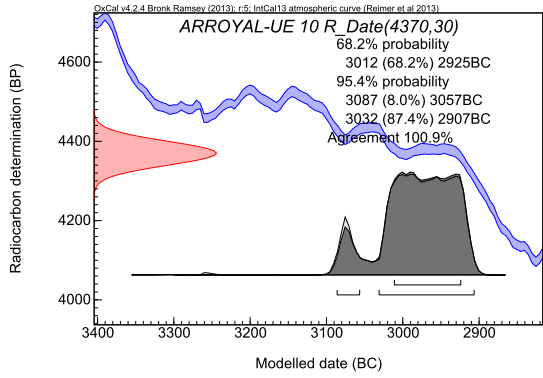


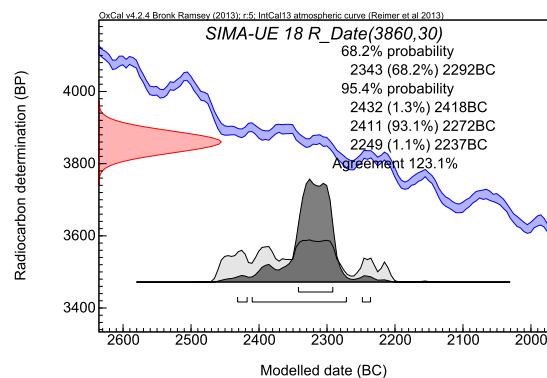
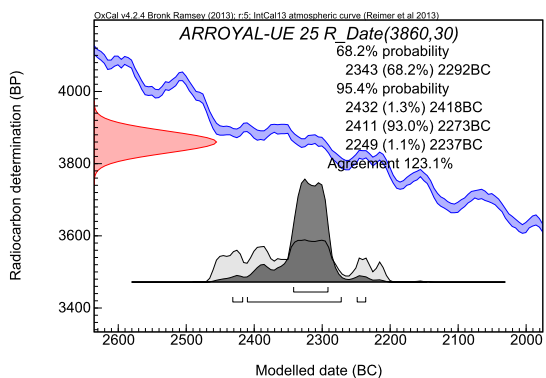
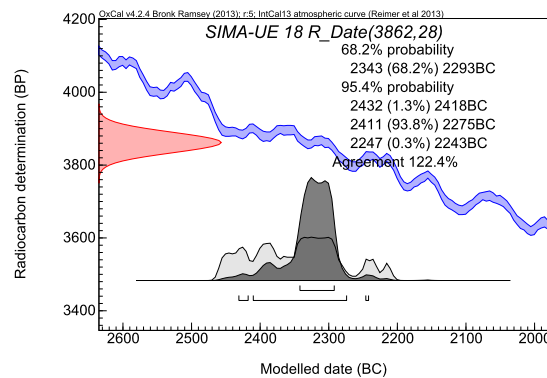
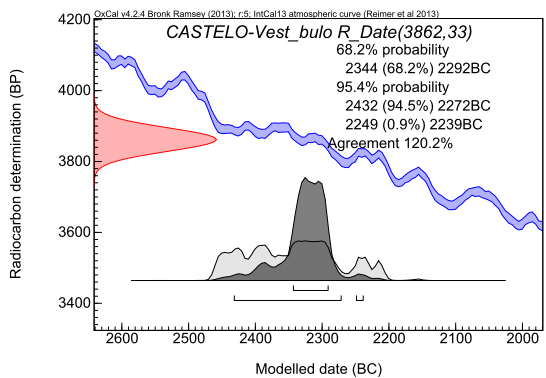
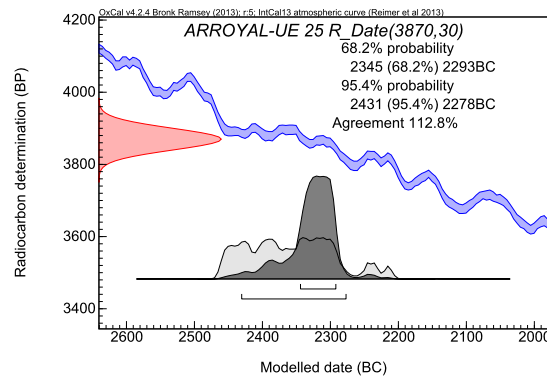
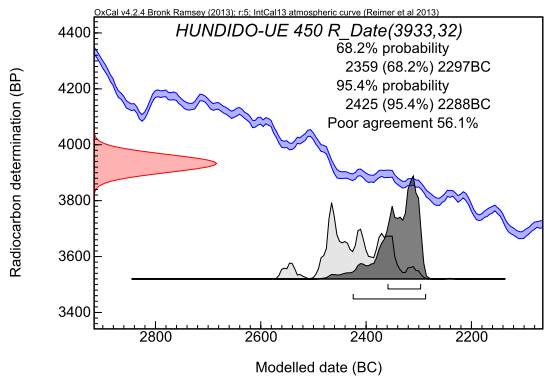
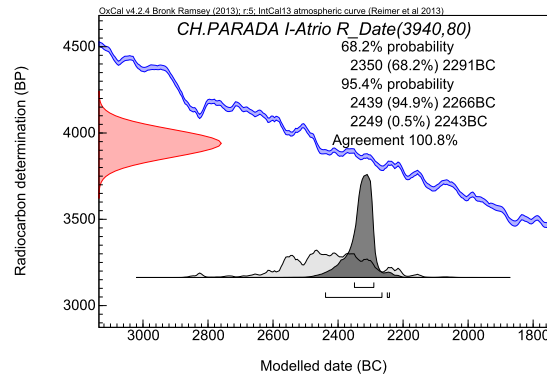
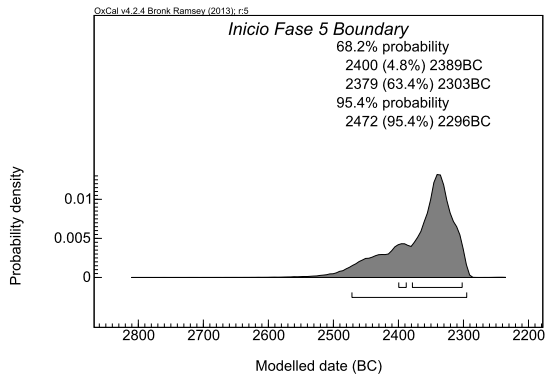
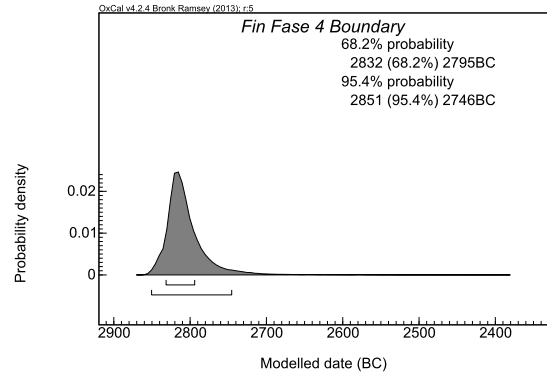
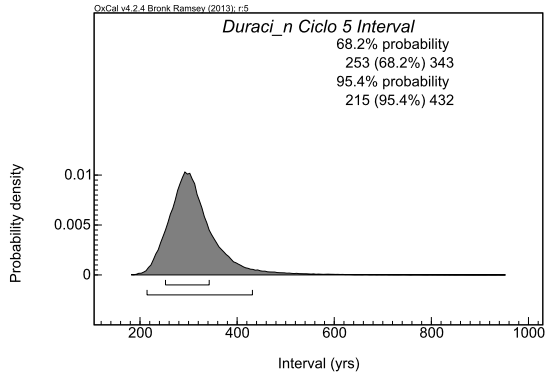


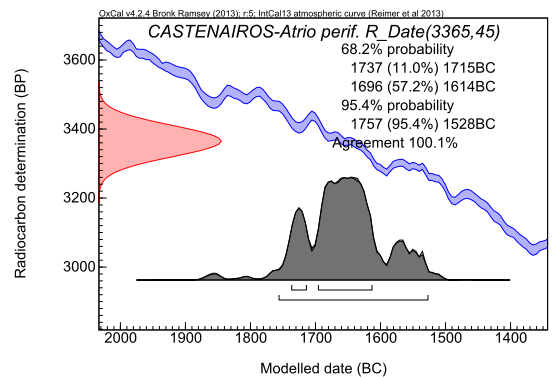
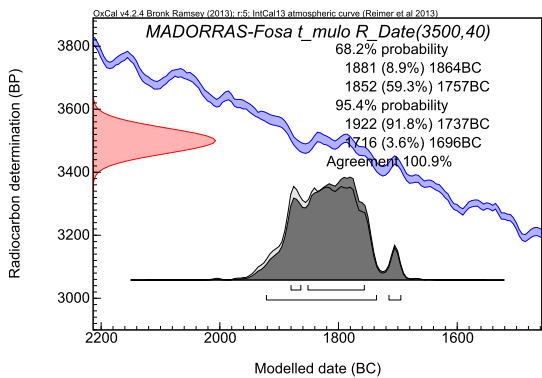
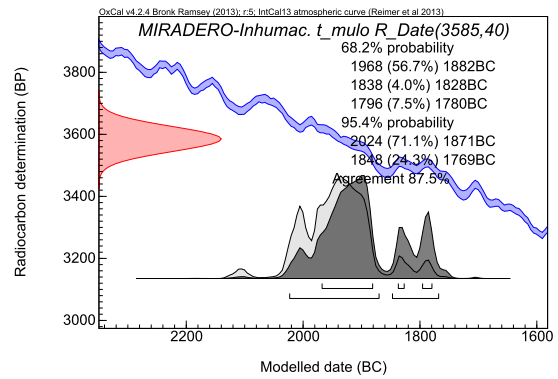
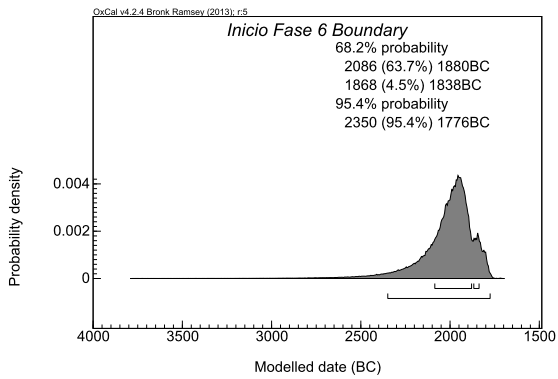
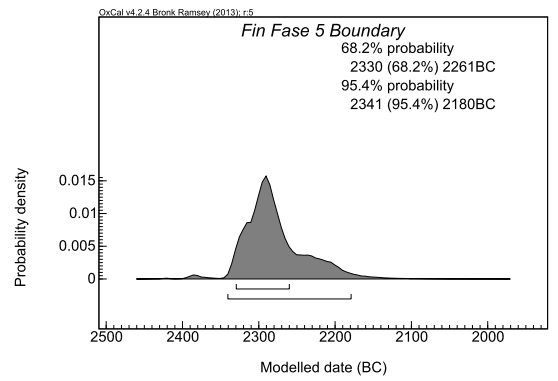
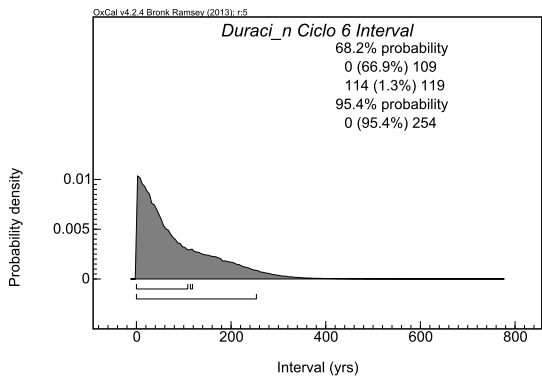
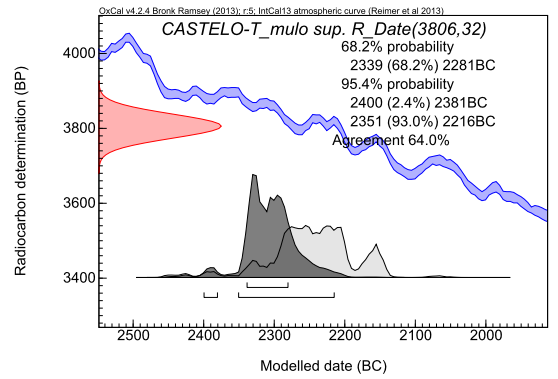
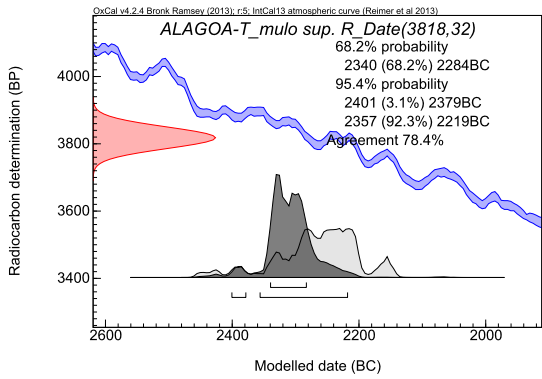
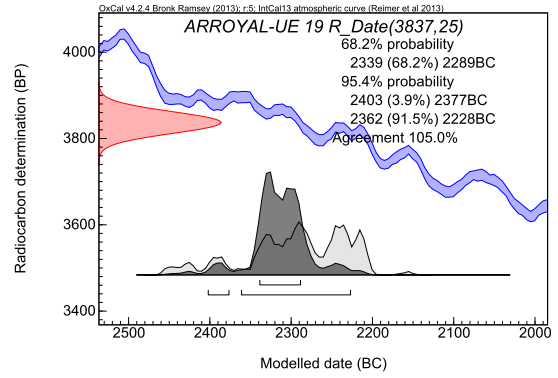
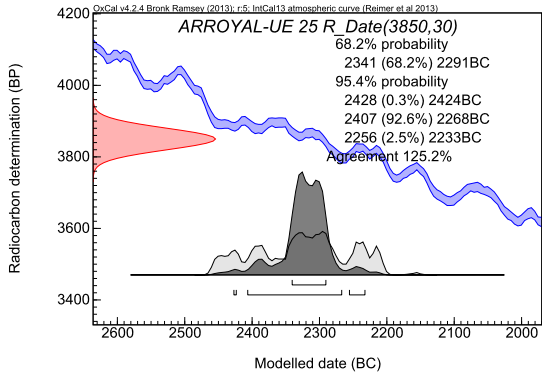


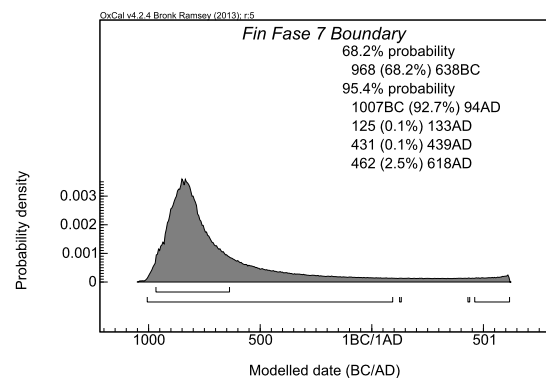
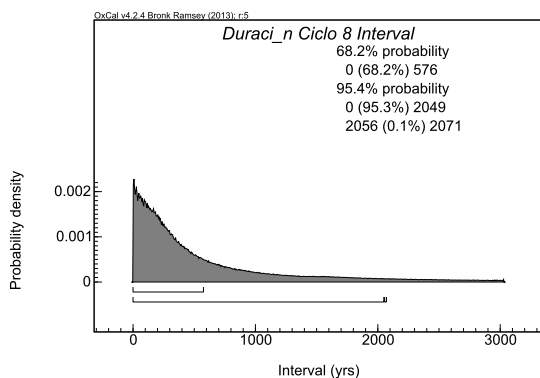
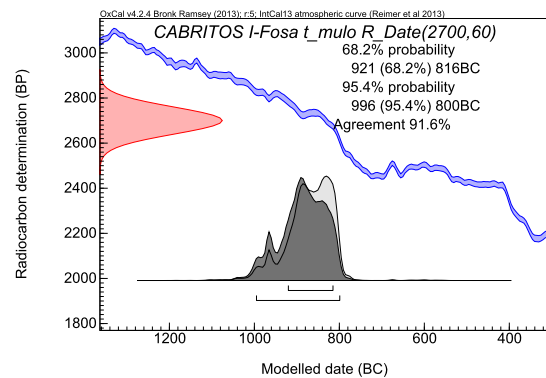
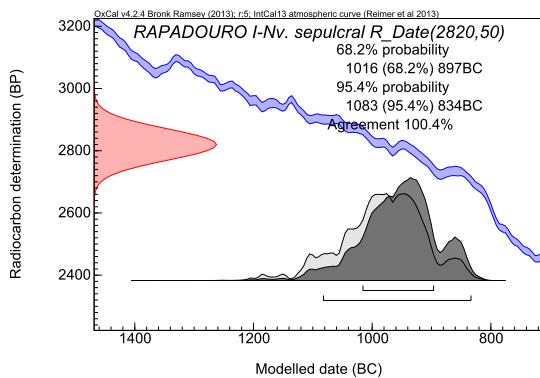
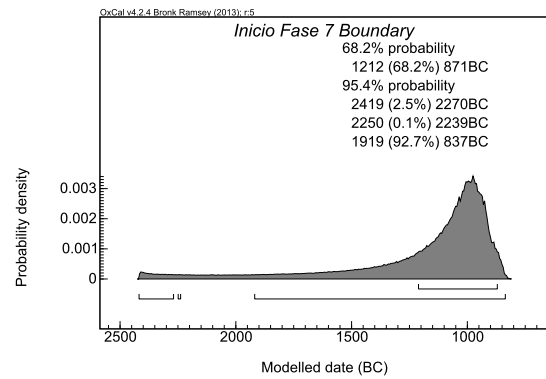
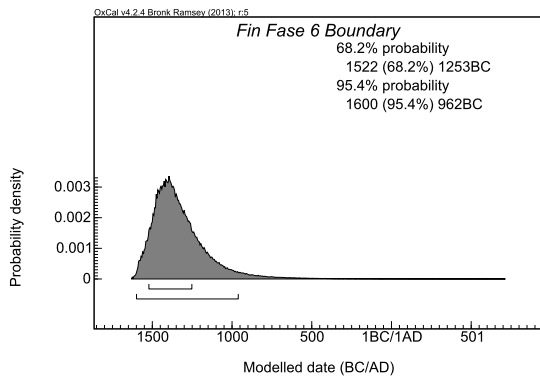
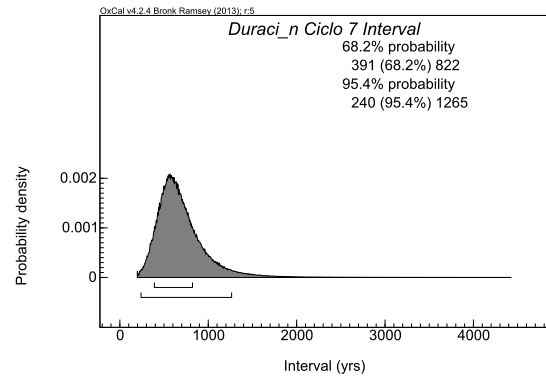
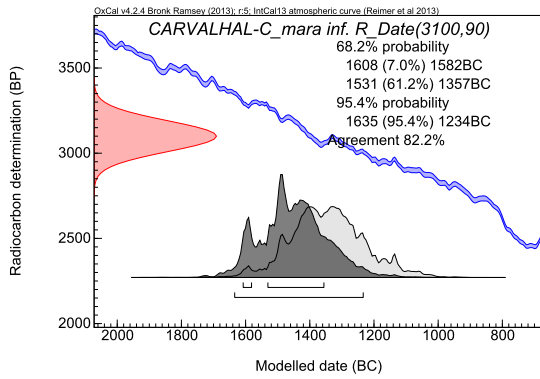
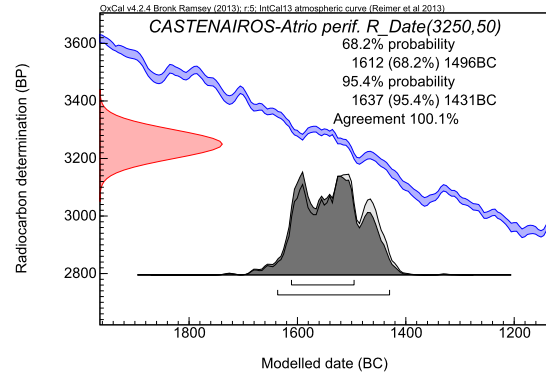
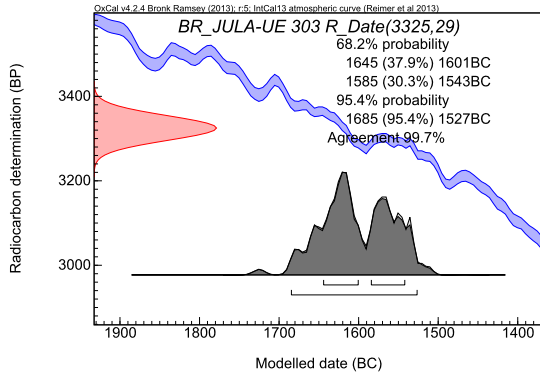












Boundary Inicio Ciclo 2	"-4578"	"-4495"		"-4647"	"-4466"	
Interval Duración Ciclo 2	"533"	"642"		"489"	"730"	
Boundary Fin Ciclo 2	"-3981"	"-3926"		"-4017"	"-3879"	
Boundary Inicio Ciclo 3	"-3930"	"-3908"		"-3962"	"-3804"	1.2
Interval Duración Ciclo 3	"..."	"10"		"..."	"192"	99.9
Boundary Fin Ciclo 3	"..."	"-3906"		"..."	"-3762"	1.9
Boundary Inicio Ciclo 4	"-3782"	"-3737"		"-3800"	"-3713"	99
Interval Duración Ciclo 4	"421"	"489"		"388"	"537"	99.3
Boundary Fin Ciclo 4	"-3329"	"-3285"		"-3340"	"-3243"	99.7
Boundary Inicio Ciclo 5	"-3140"	"-3075"		"-3197"	"-3044"	98.5
Interval Duración Ciclo 5	"254"	"340"		"215"	"426"	99
Boundary Fin Ciclo 5	"-2832"	"-2796"		"-2852"	"-2747"	99.8
Boundary Inicio Ciclo 6	"-2402"	"-2299"		"-2468"	"-2297"	21.8
Interval Duración Ciclo 6	"0"	"109"		"0"	"246"	19.1
Boundary Fin Ciclo 6	"-2326"	"-2264"		"-2336"	"-2182"	24.4
Boundary Inicio Ciclo 7	"-2090"	"-1836"		"-2354"	"-1780"	99.3
Interval Duración Ciclo 7	"401"	"827"		"242"	"1269"	99.2
Boundary Fin Ciclo 7	"-1516"	"-1242"		"-1599"	"-954"	98.8

Boundary Inicio Ciclo 8	"-1231"	"-871"		"-2419"	"-834"	97.5
Interval Duración Ciclo 8	"0"	"613"		"0"	"2127"	98
Boundary Fin Ciclo 8	"-964"	"-611"		"-1004"	"618"	97.6

ANÁLISIS
CONTIGUOUS
PHASES

Sequence Megalitismo Duero

Boundary Inicio Fase 1



Boundary Fase 1 - Fase 2



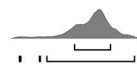
Boundary Fase 2 - Fase 3



Boundary Fase 3 - Fase 4



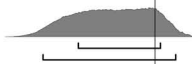
Boundary Fase 4 - Fase 5



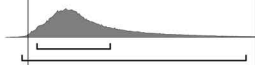
Boundary Fase 5 - Fase 6



Boundary Fase 6 - Fase 7



Boundary Fin Fase 7



6000

5000

4000

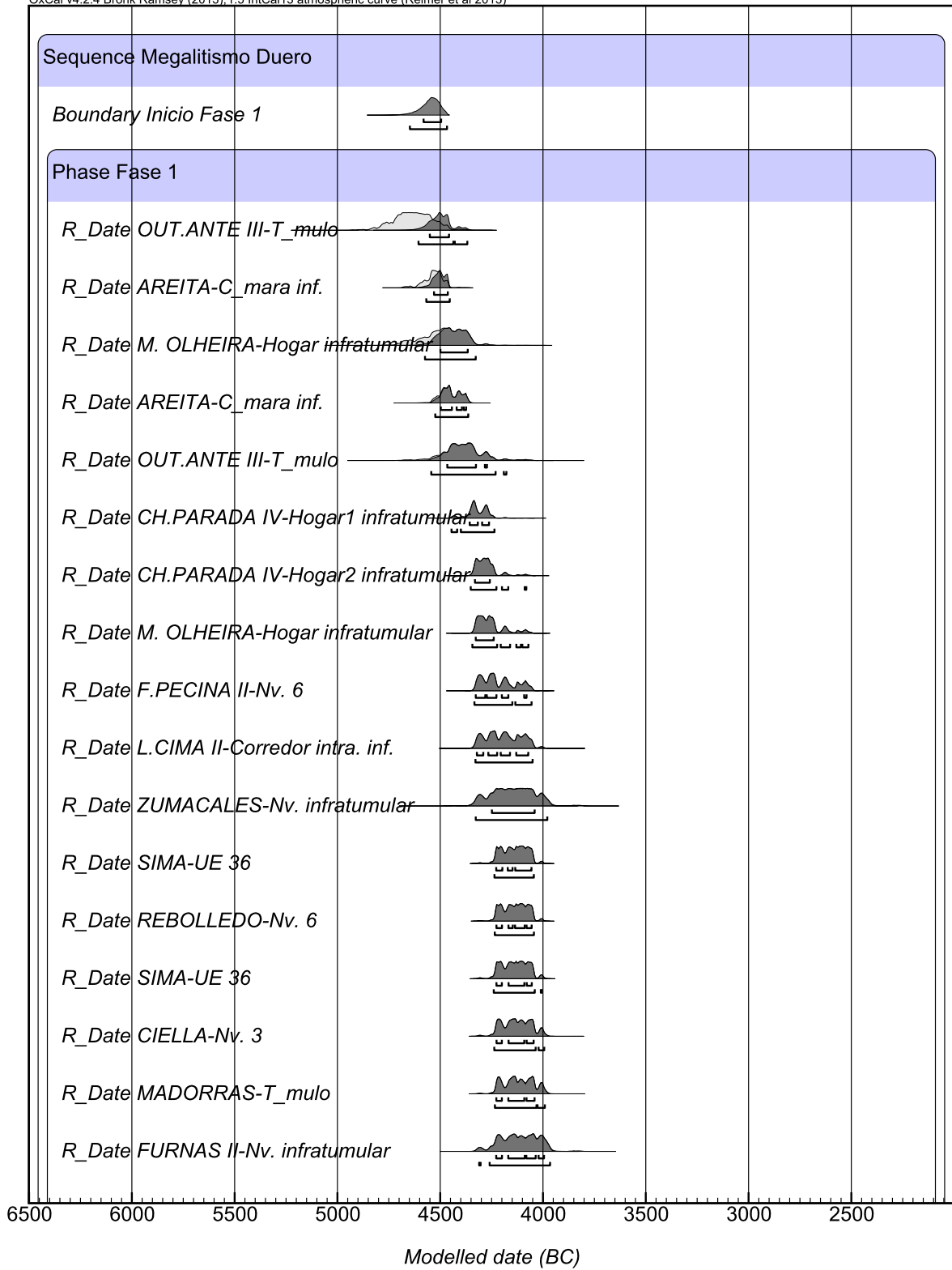
3000

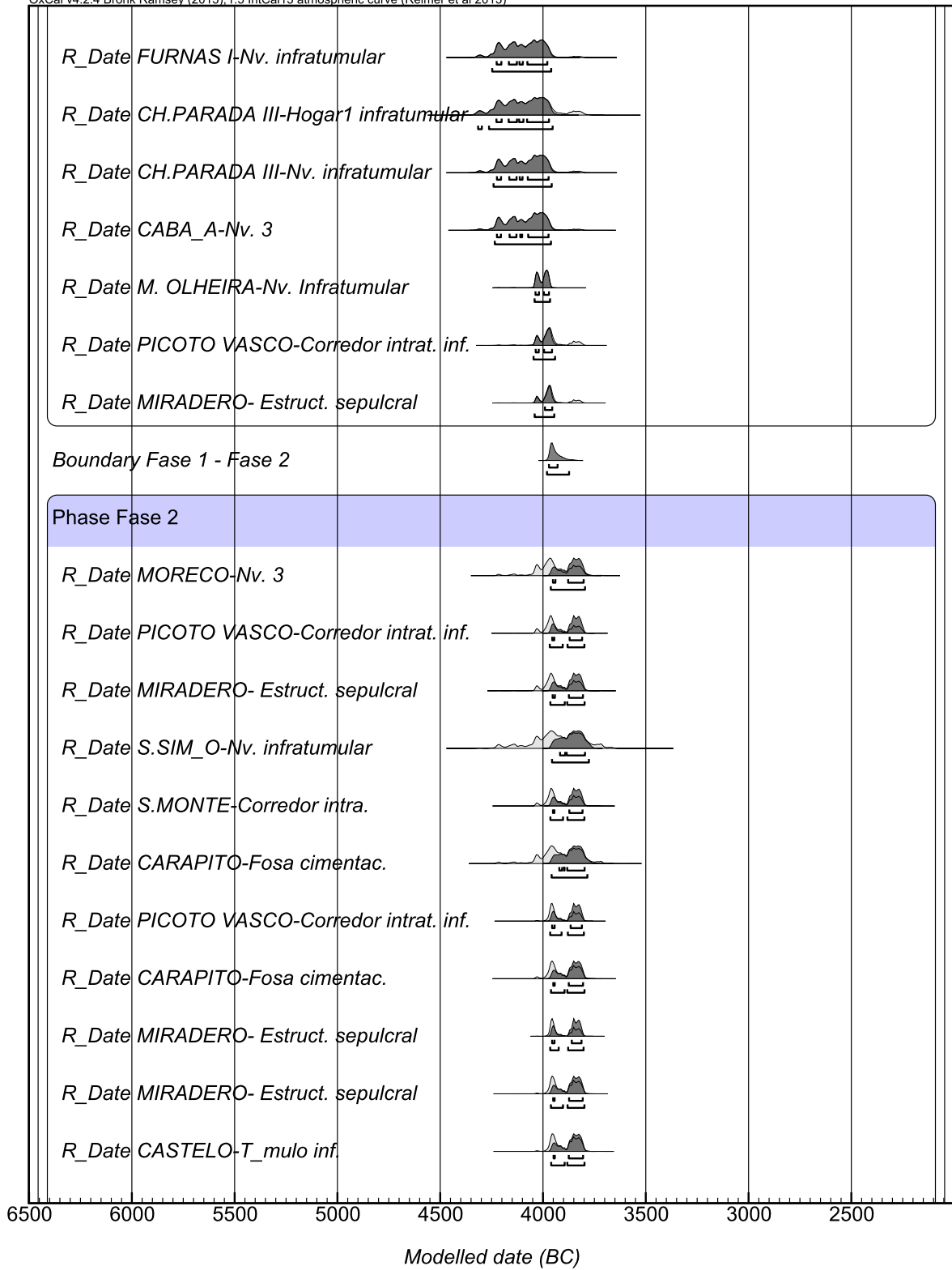
2000

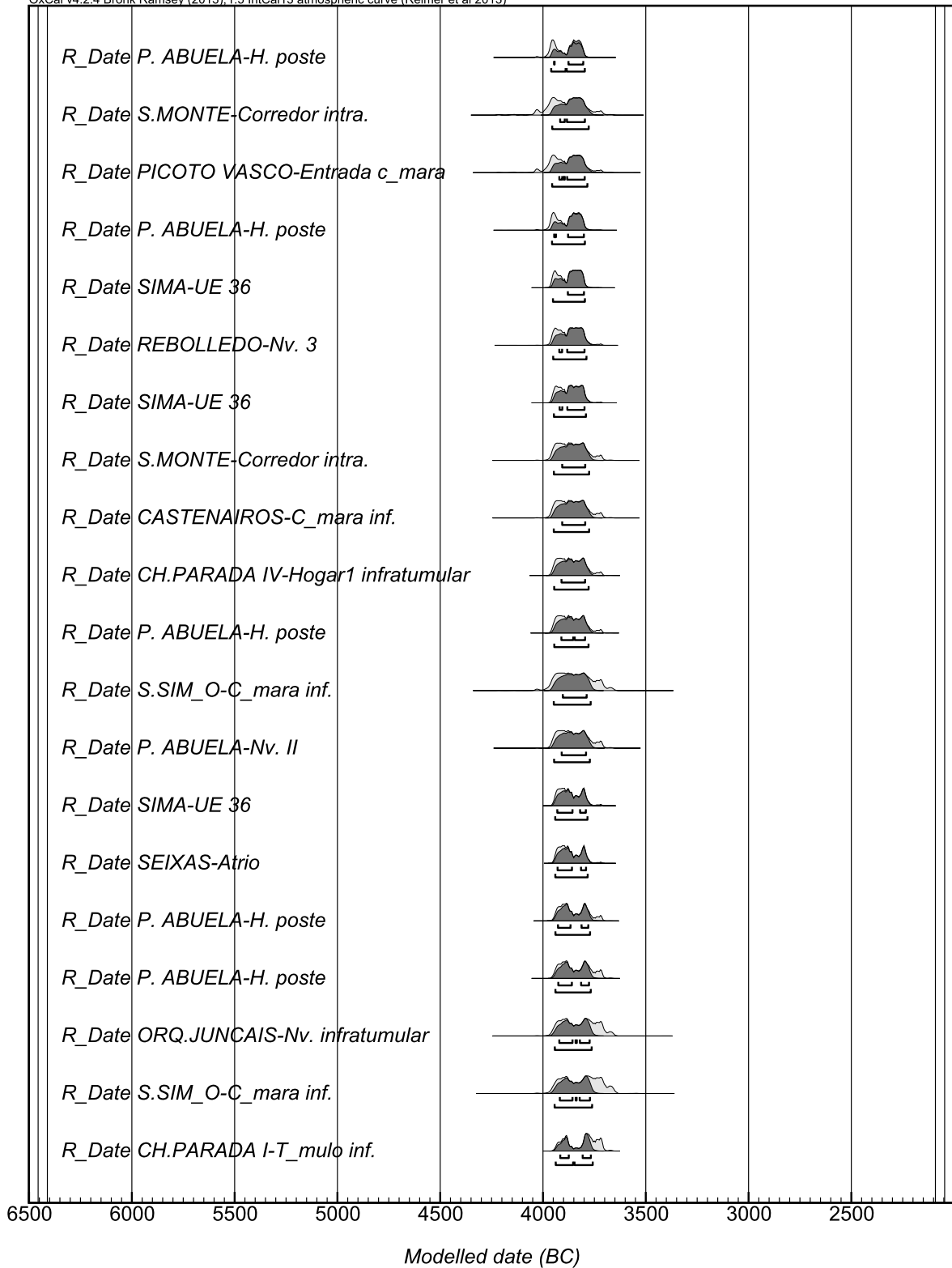
1000

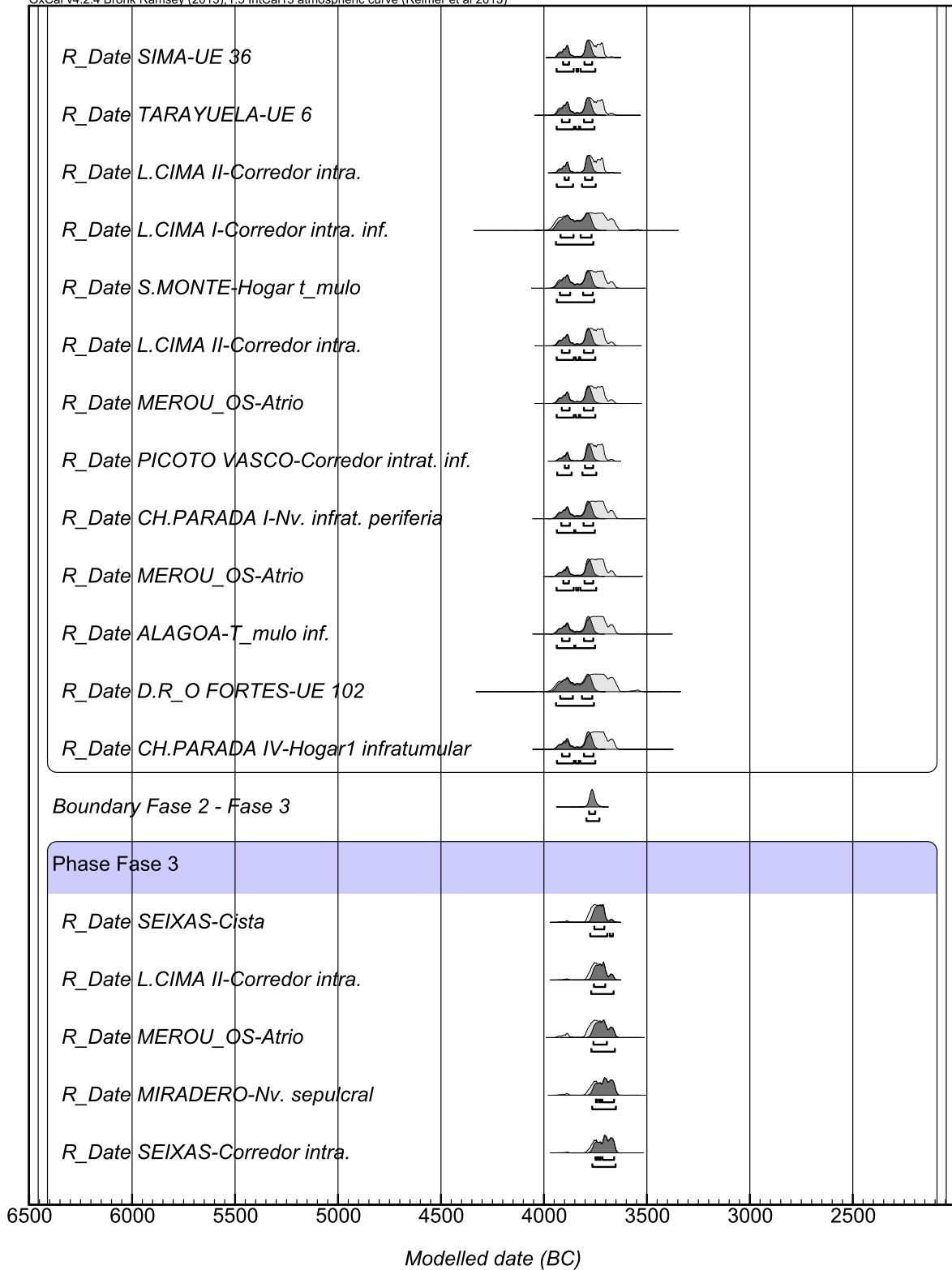
1BC/1AD

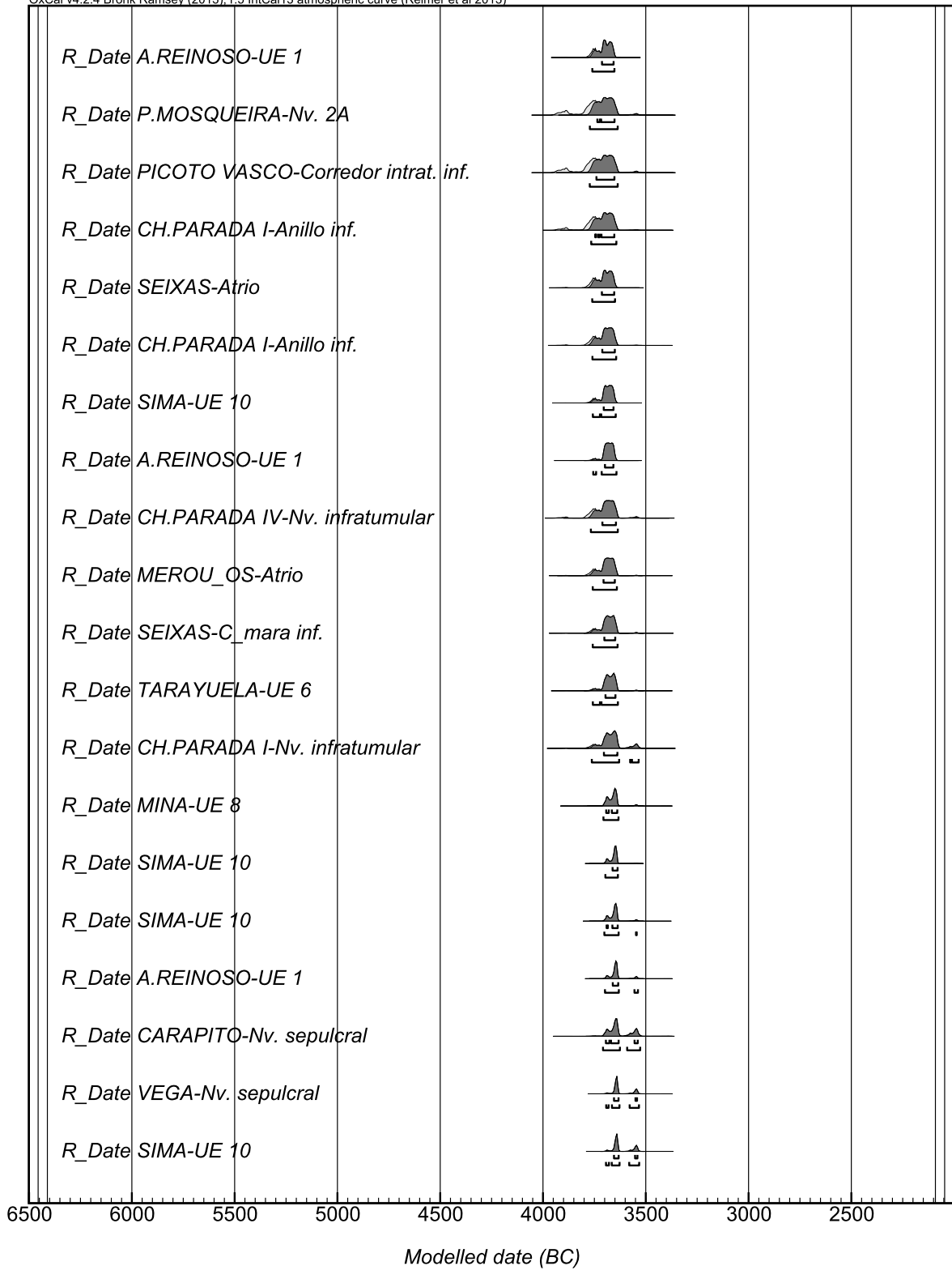
Modelled date (BC/AD)

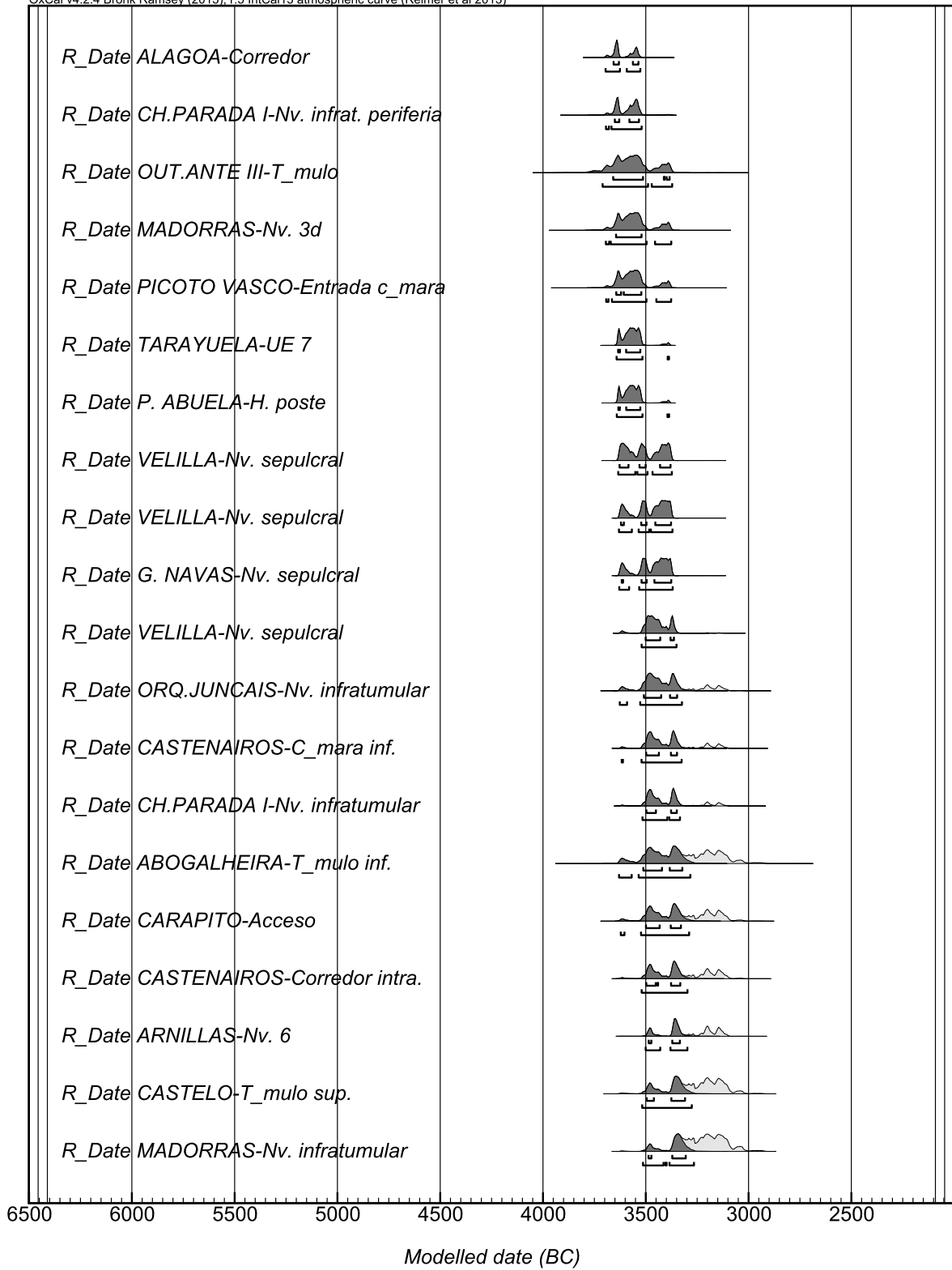


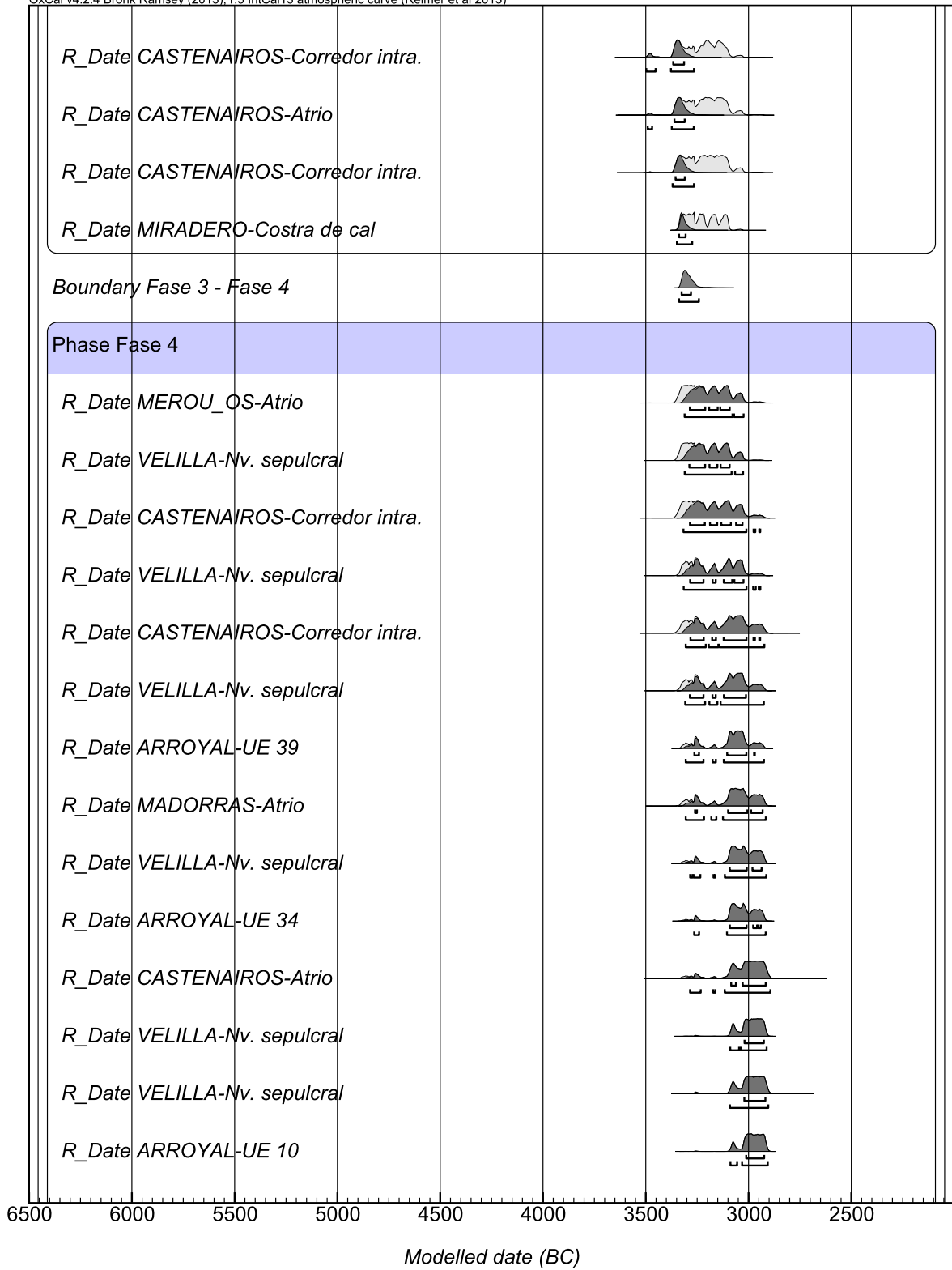


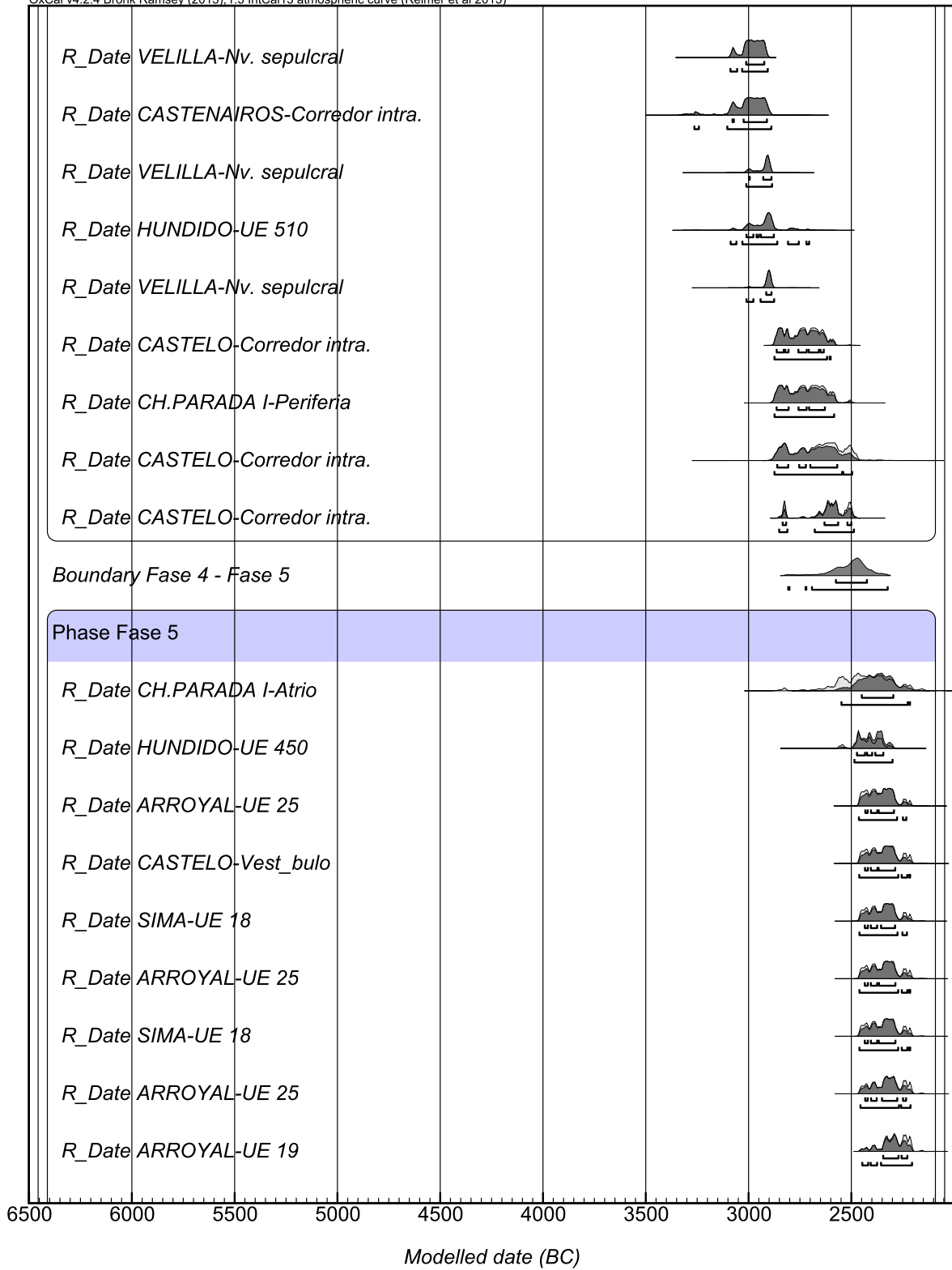












R_Date ALAGOA-T_mulo sup.



R_Date CASTELO-T_mulo sup.



Boundary Fase 5 - Fase 6



Phase Fase 6

R_Date MIRADERO-Inhumac. t_mulo



R_Date MADORRAS-Fosa t_mulo



R_Date CASTENAIROS-Atrio perif.



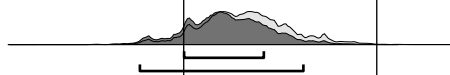
R_Date BR_JULA-UE 303



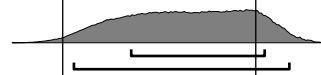
R_Date CASTENAIROS-Atrio perif.



R_Date CARVALHAL-C_mara inf.

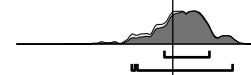


Boundary Fase 6 - Fase 7



Phase Fase 7

R_Date RAPADOURO I-Nv. sepulcral



R_Date CABRITOS I-Fosa t_mulo

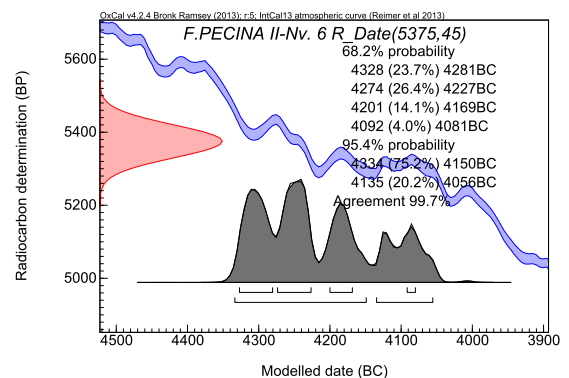
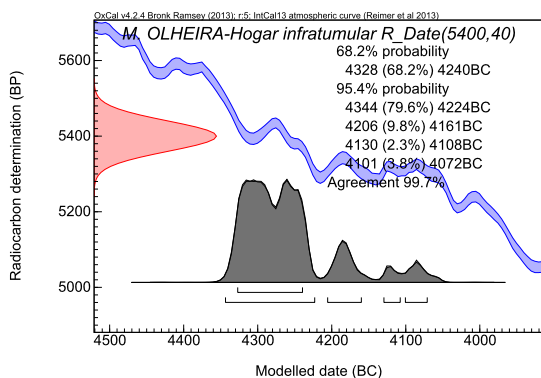
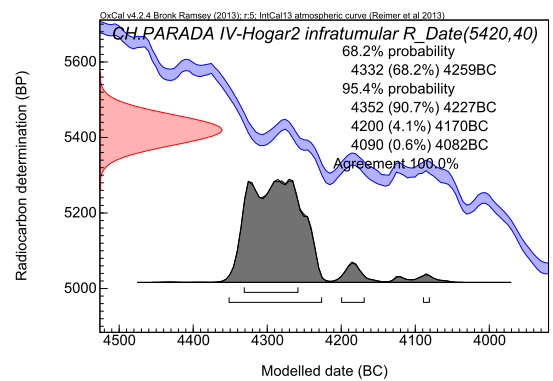
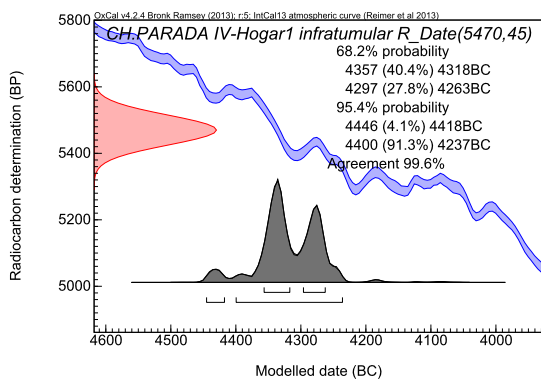
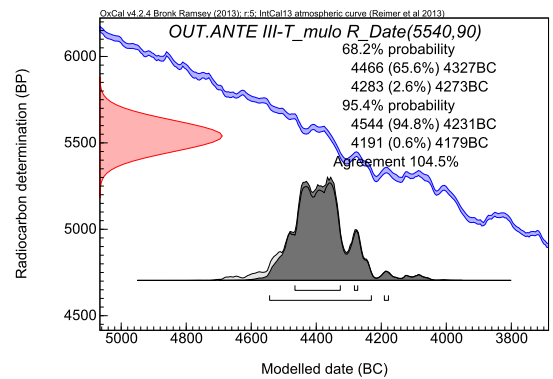
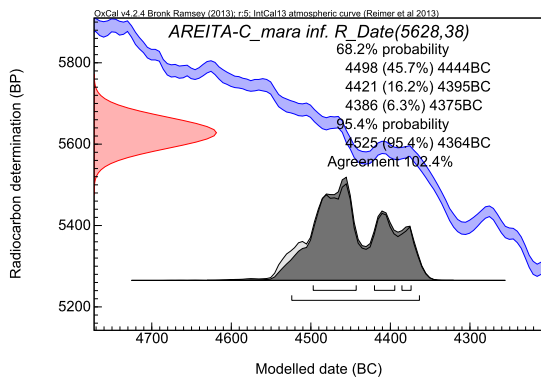
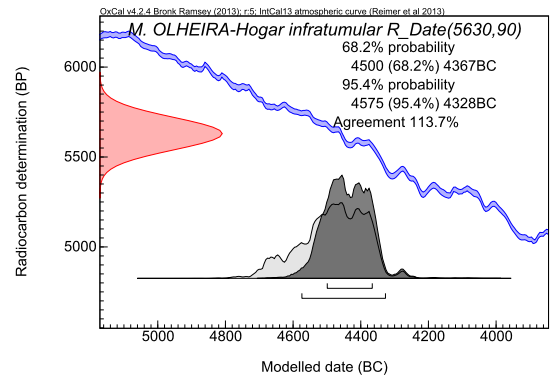
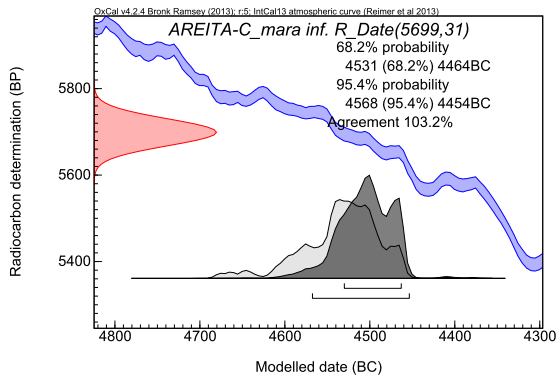
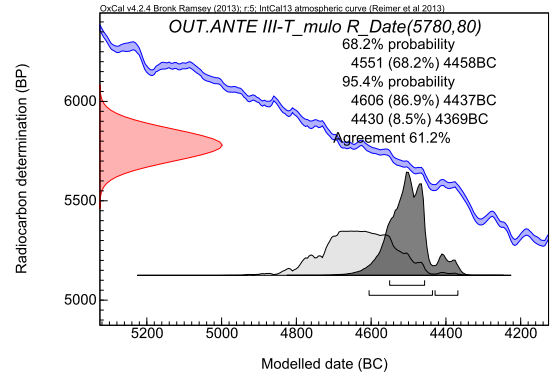
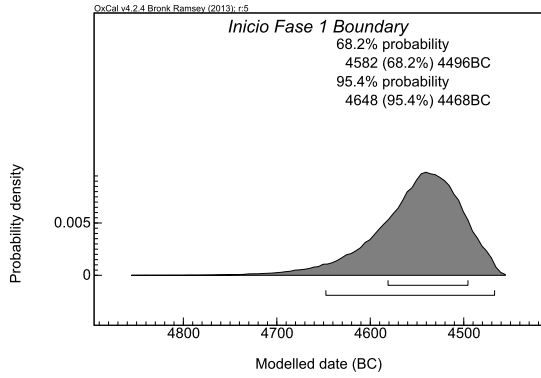


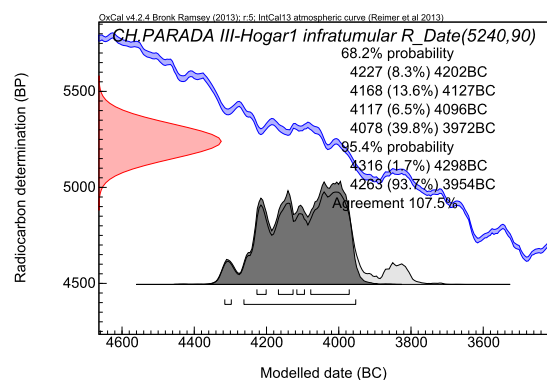
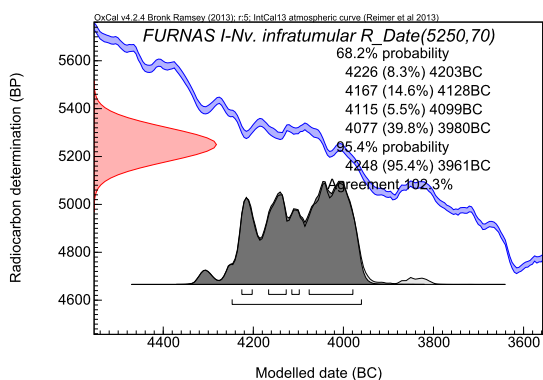
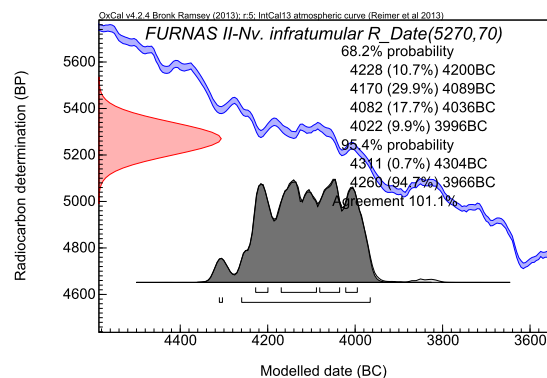
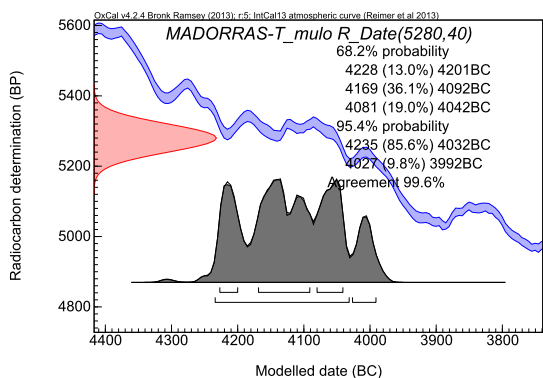
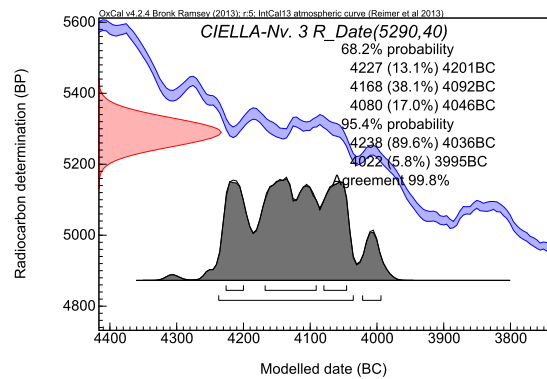
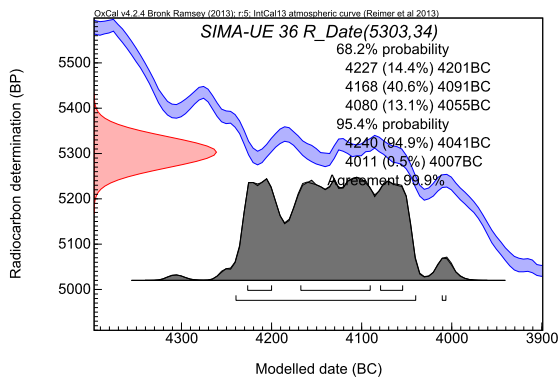
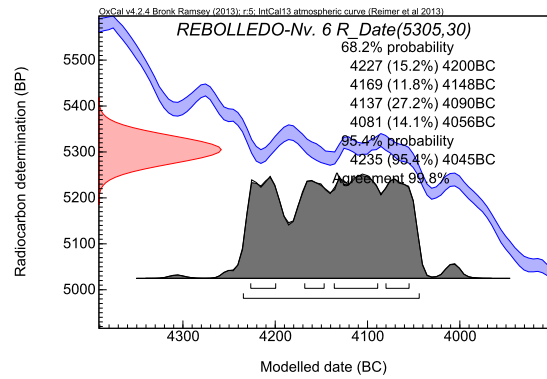
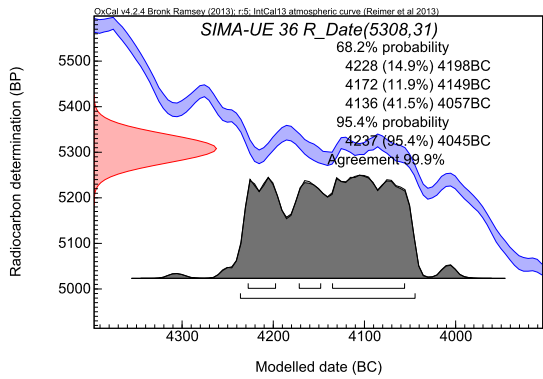
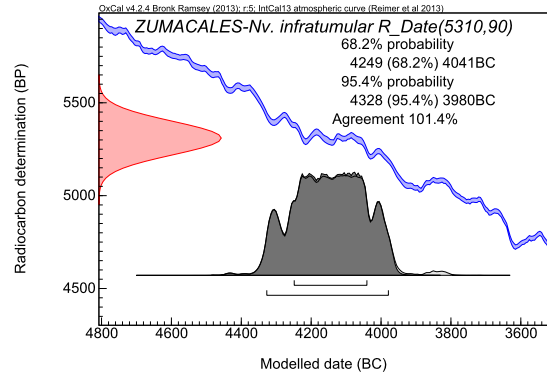
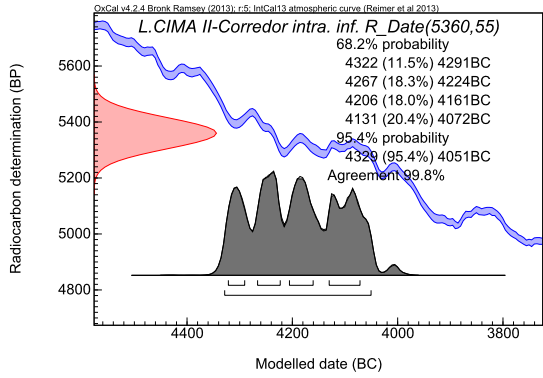
Boundary Fin Fase 7

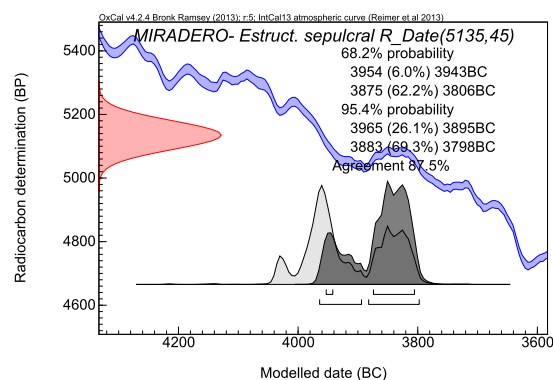
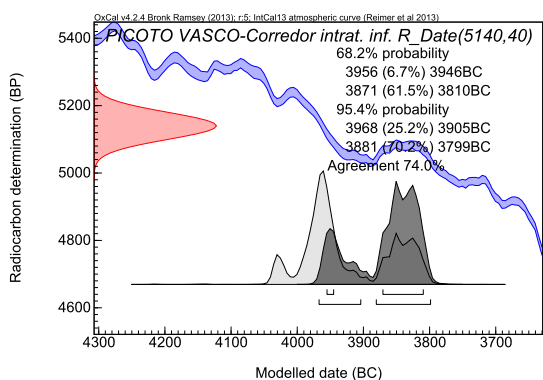
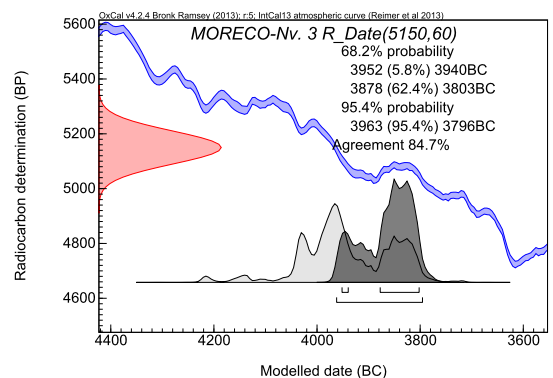
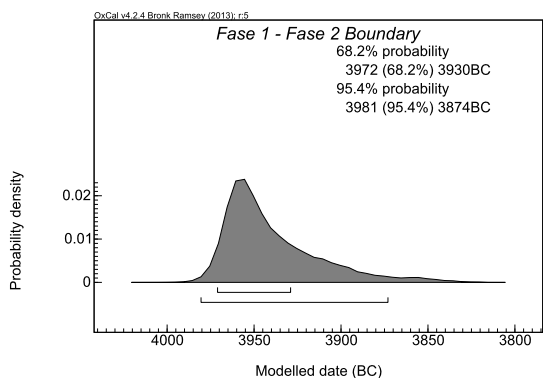
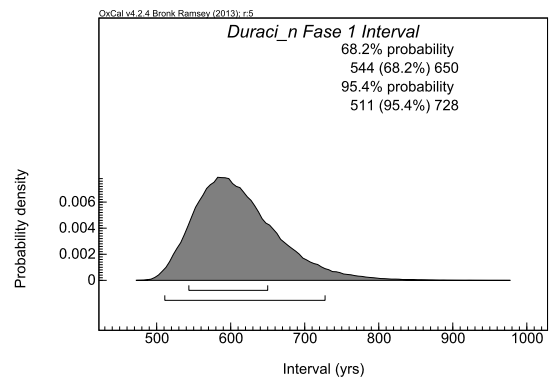
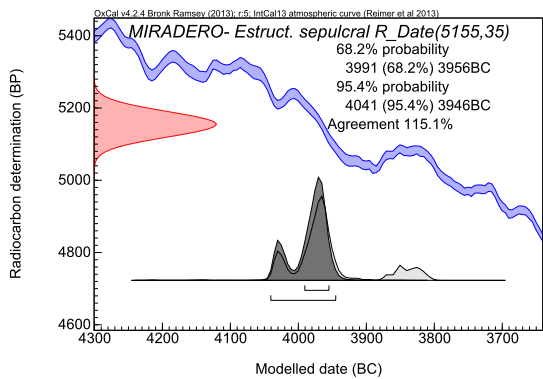
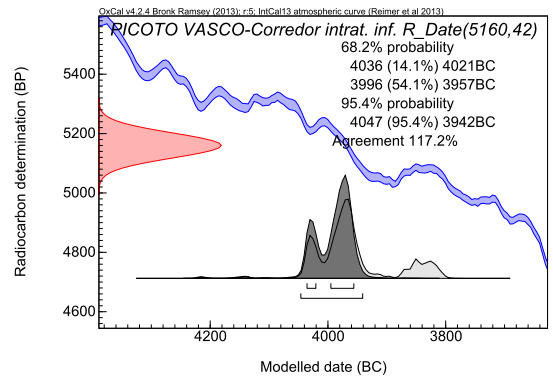
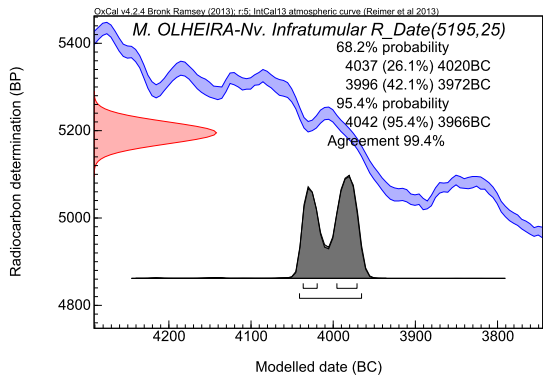
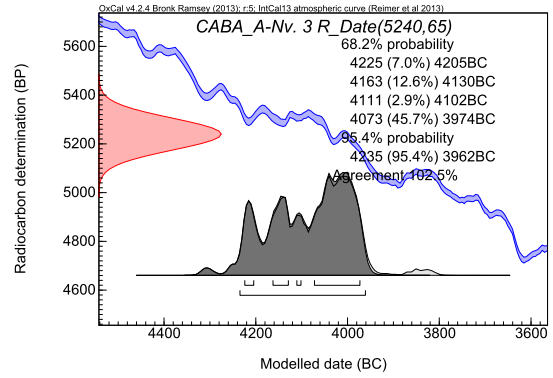
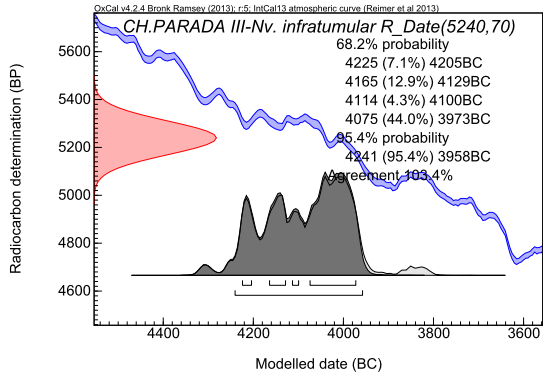


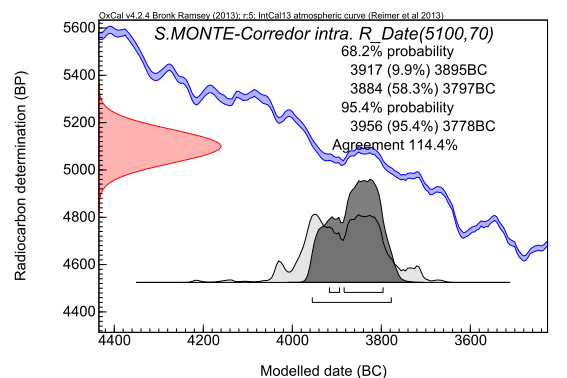
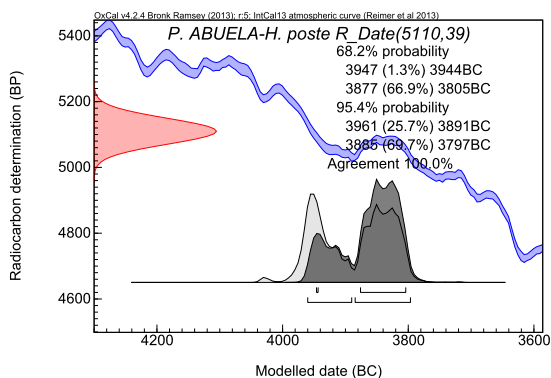
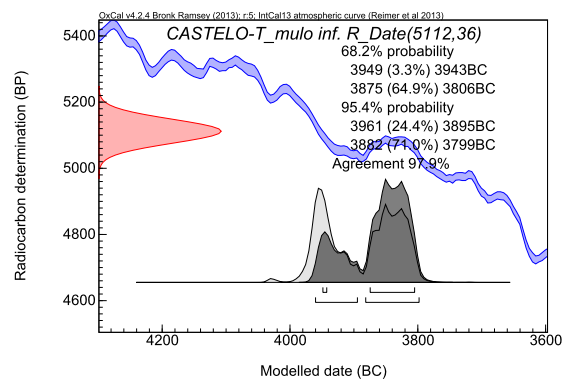
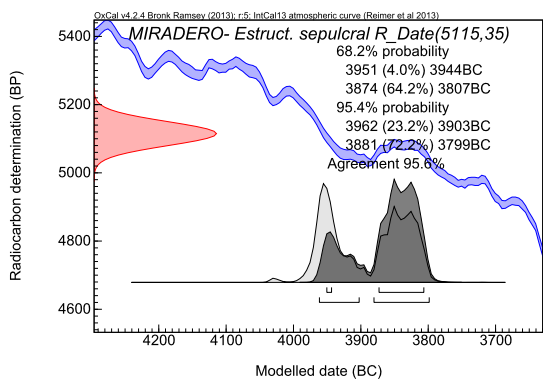
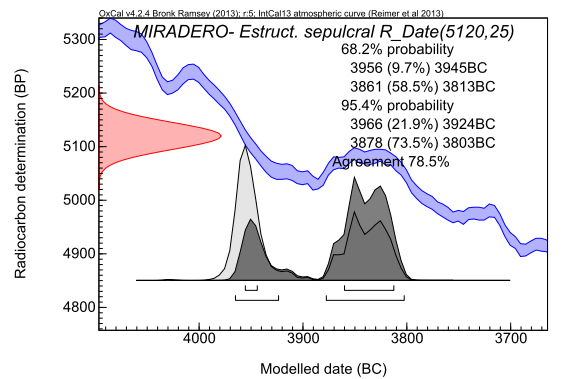
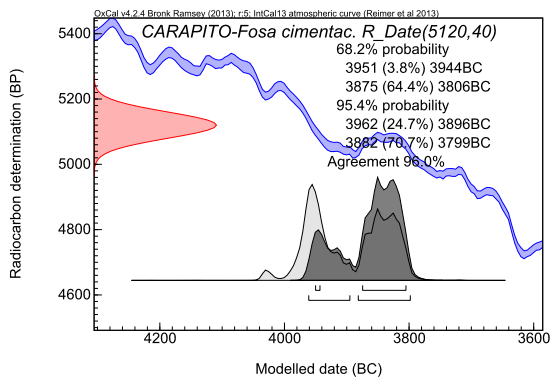
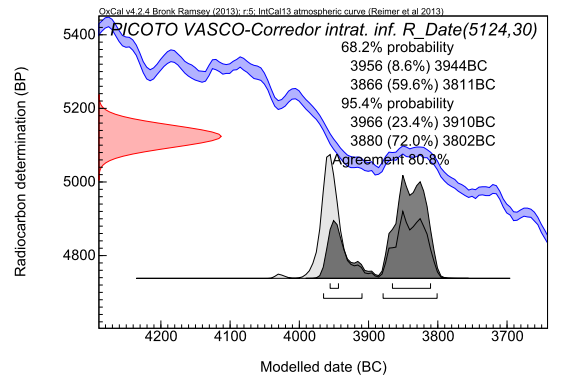
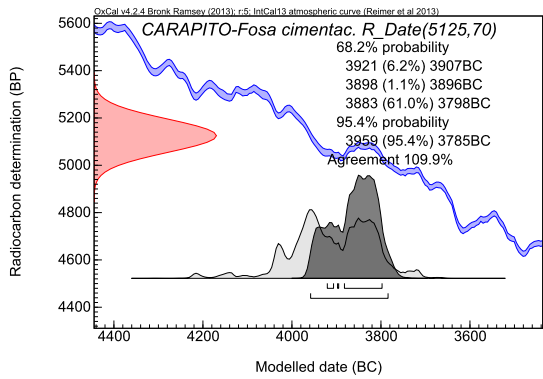
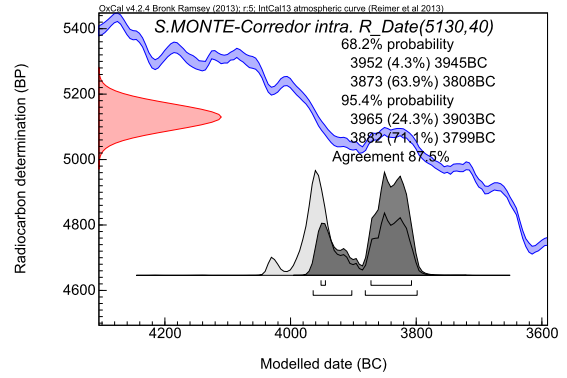
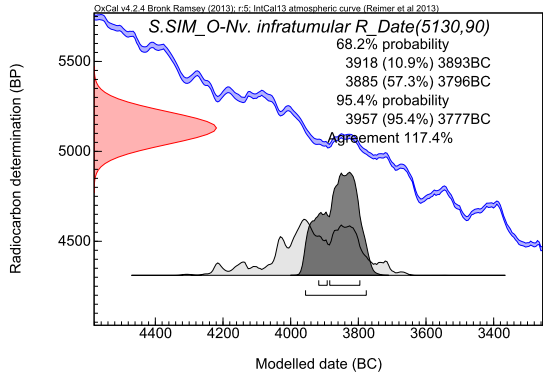
Modelled date (BC)

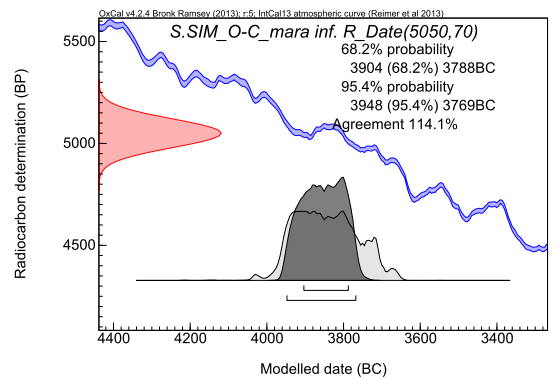
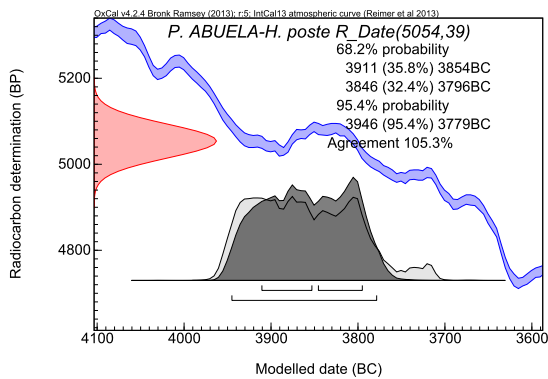
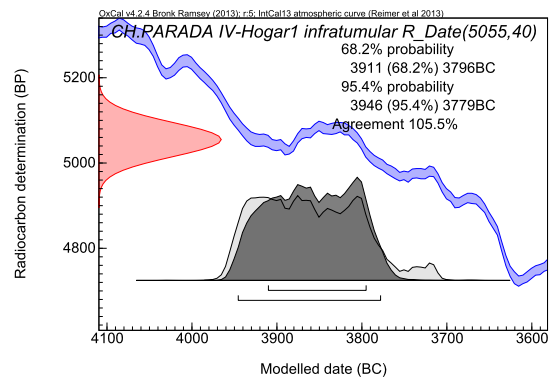
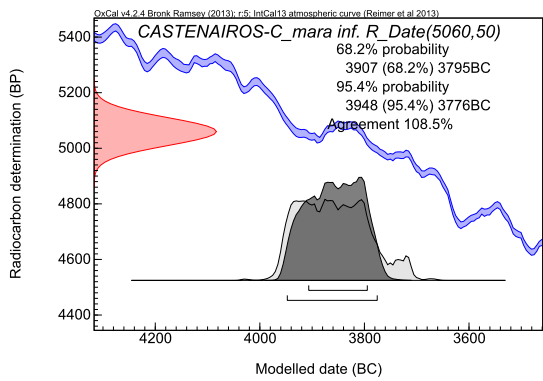
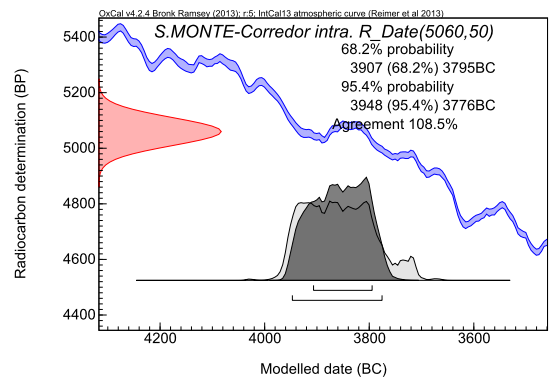
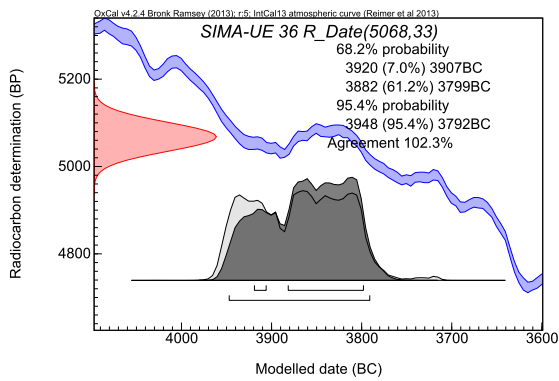
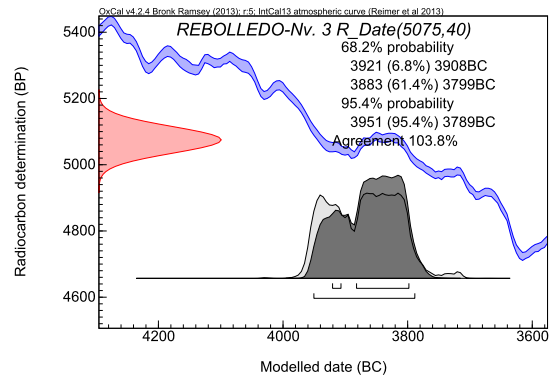
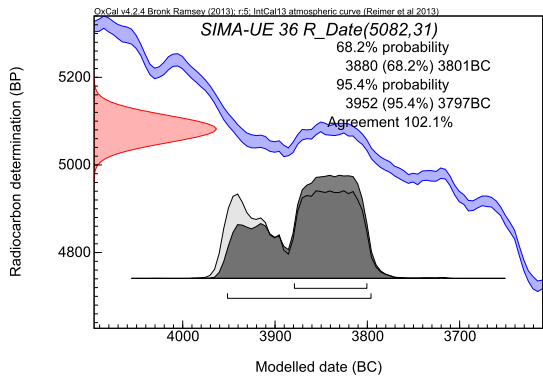
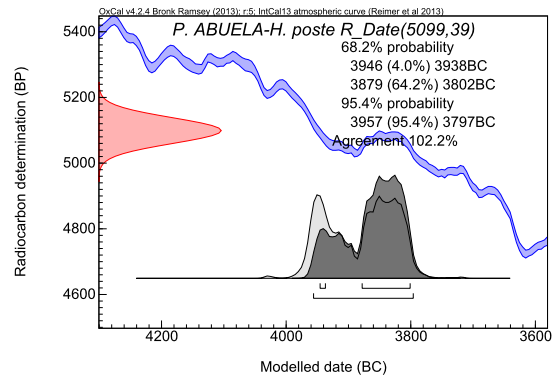
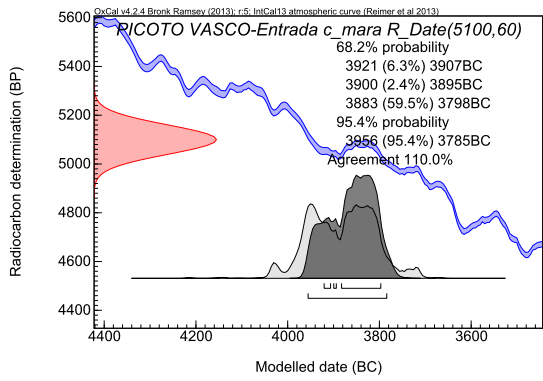
4500 4000 3500 3000 2500 2000 1500 1000 500

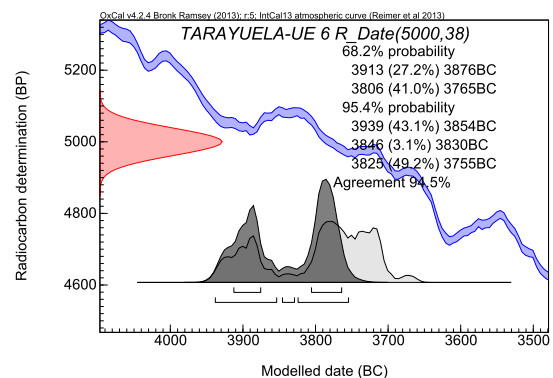
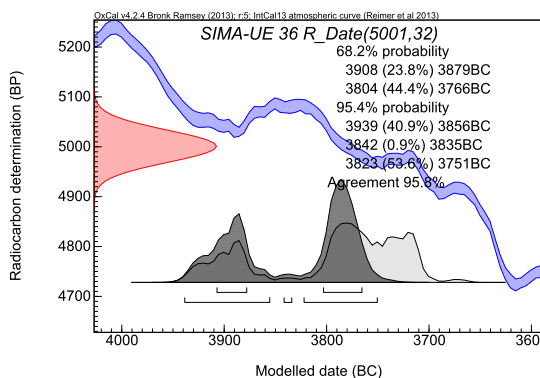
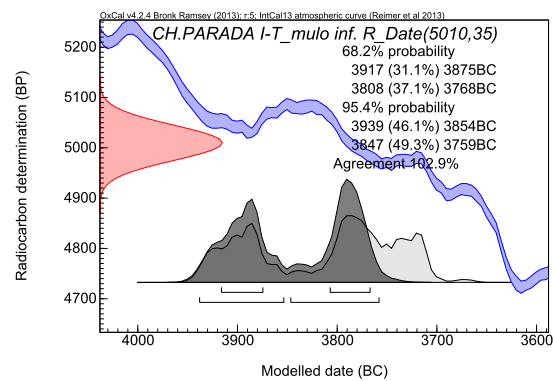
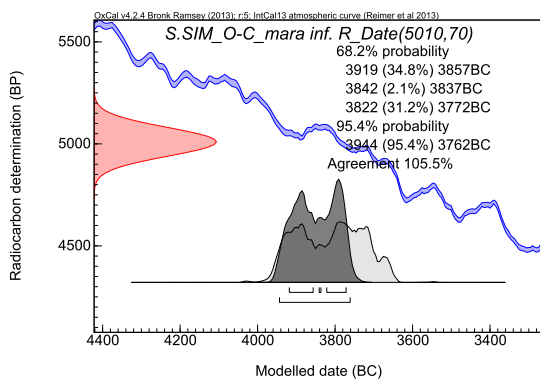
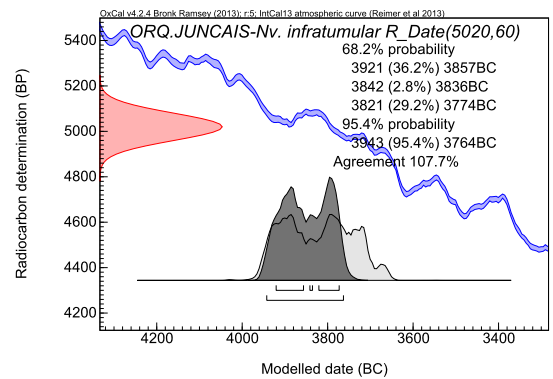
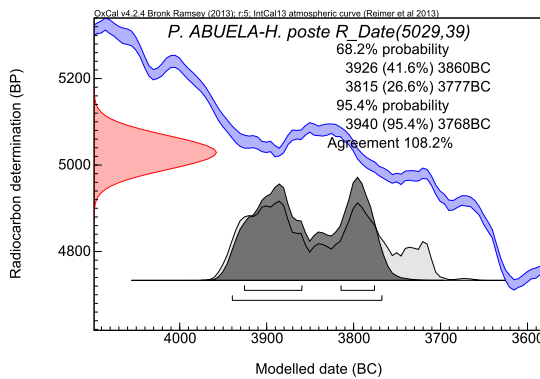
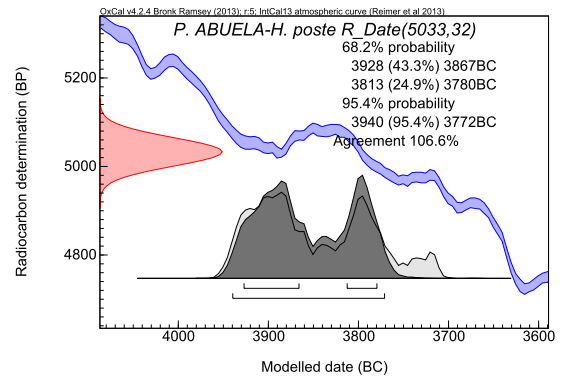
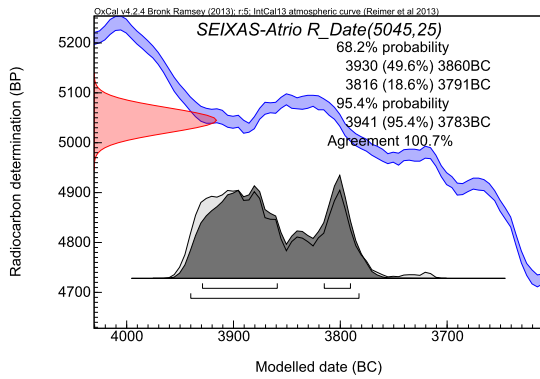
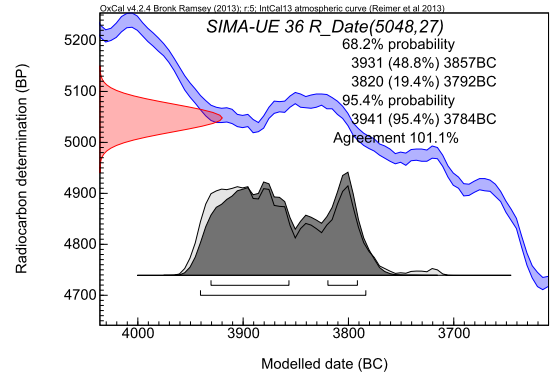
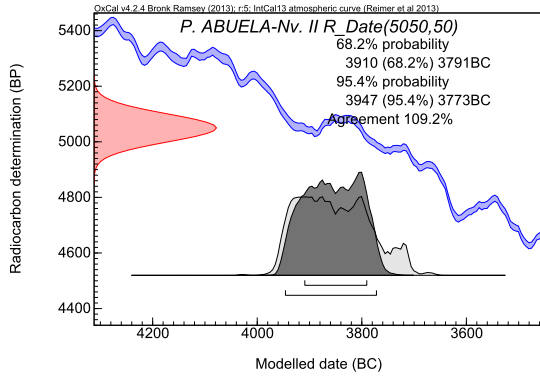


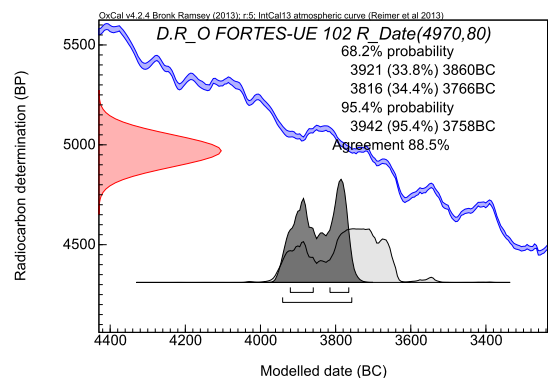
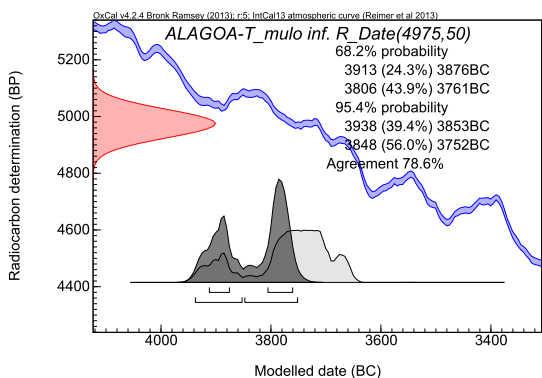
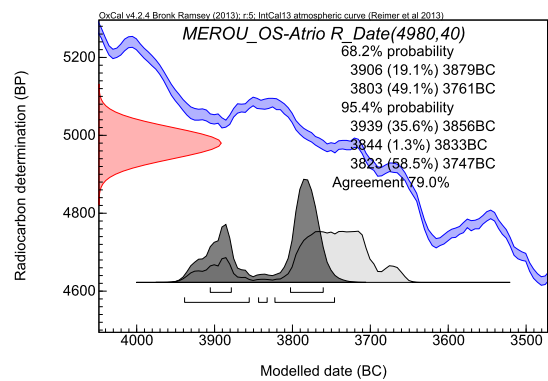
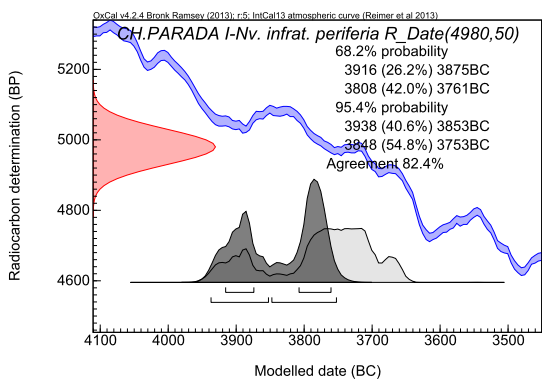
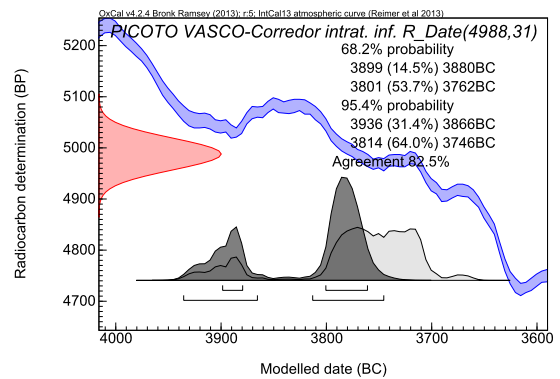
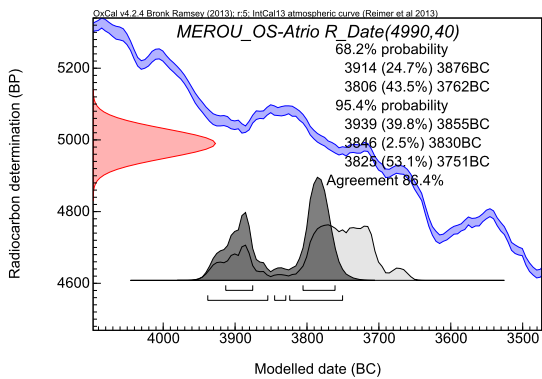
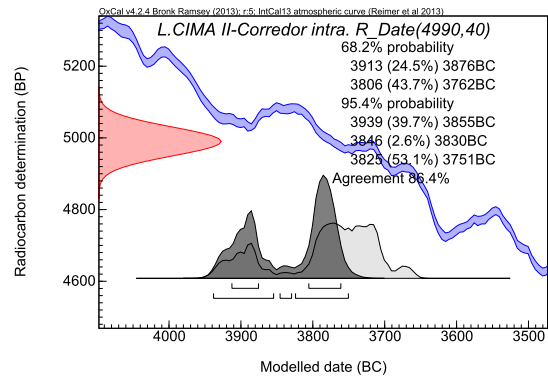
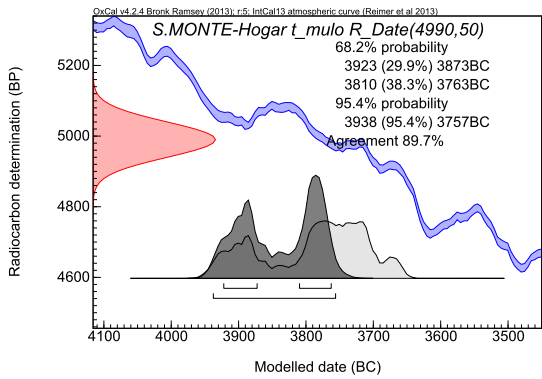
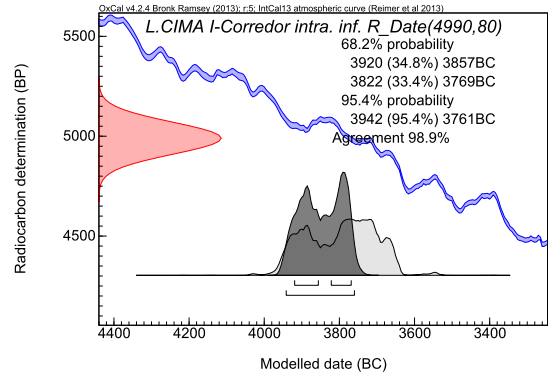
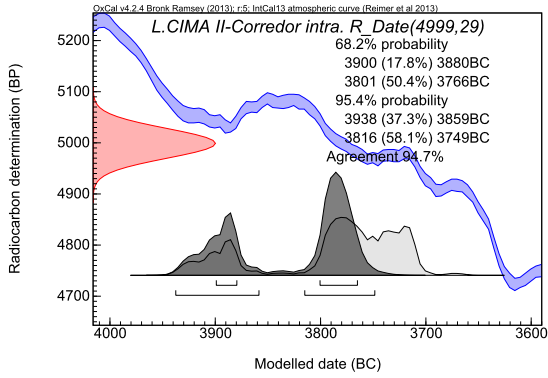


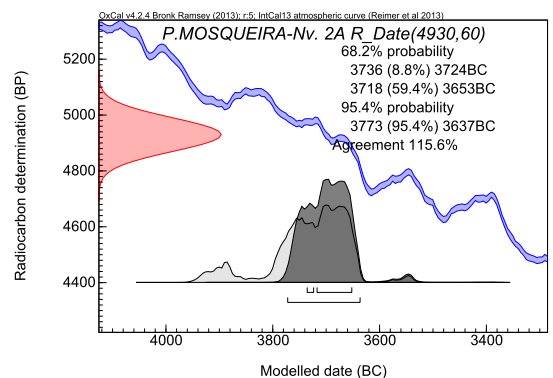
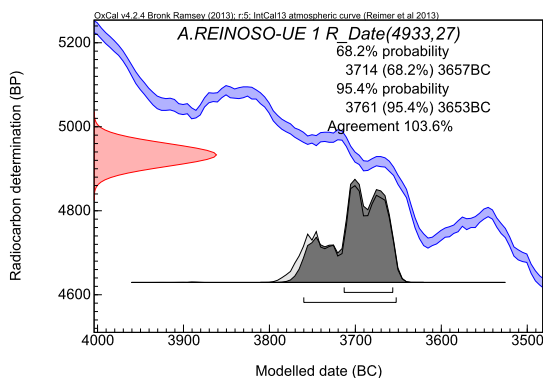
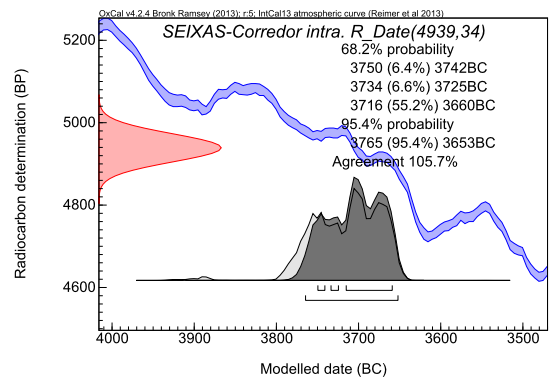
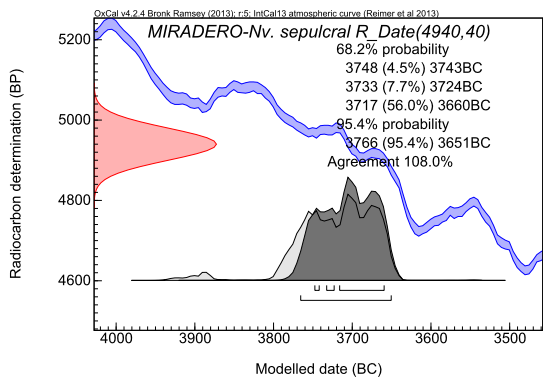
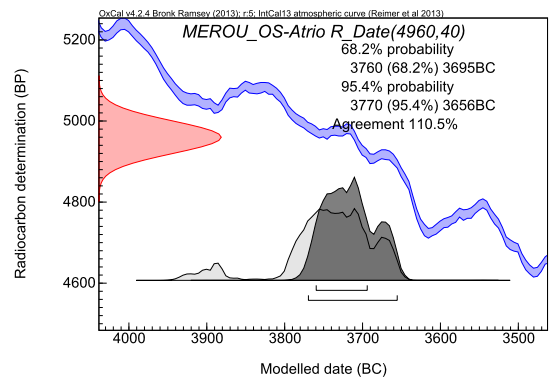
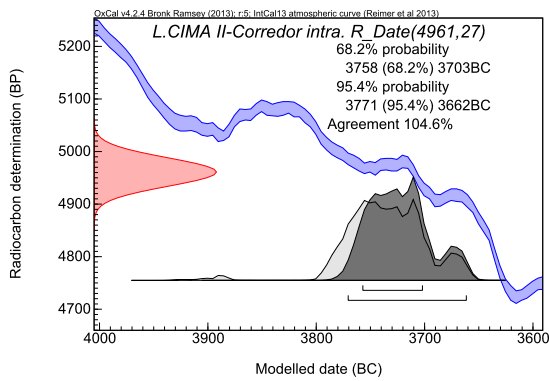
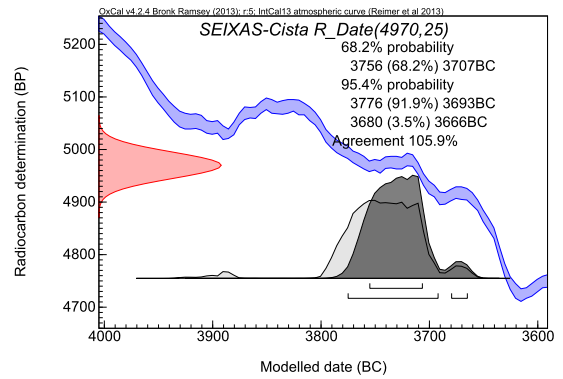
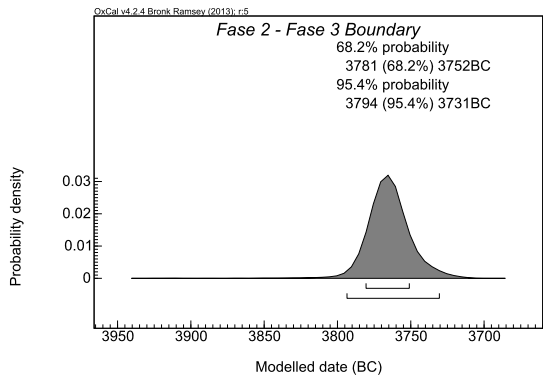
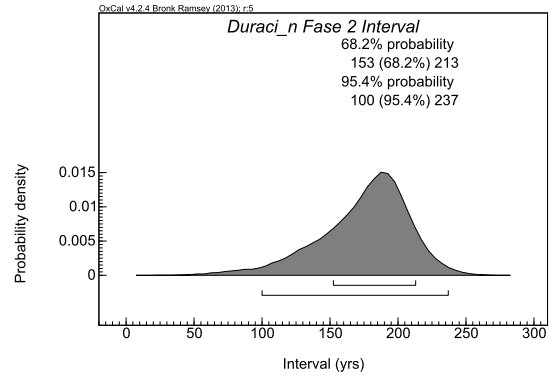
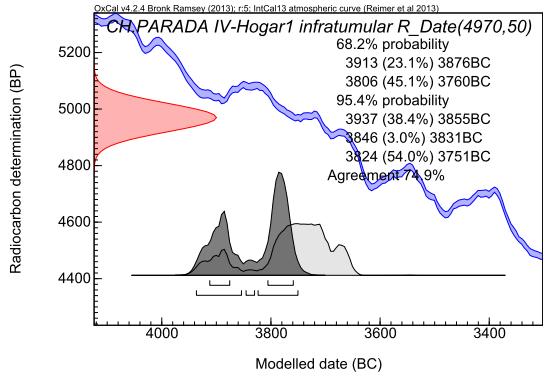


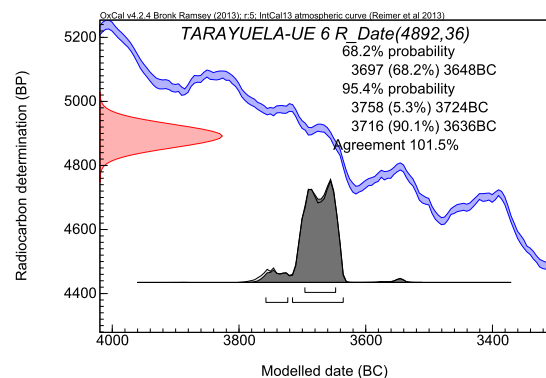
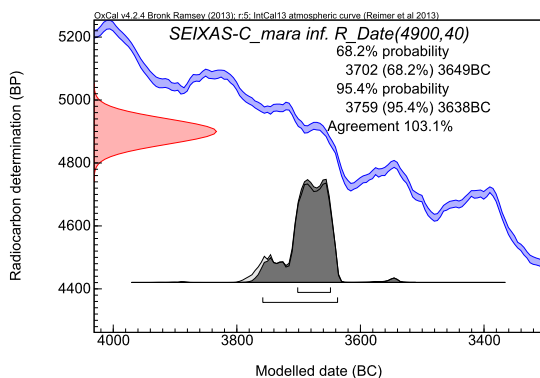
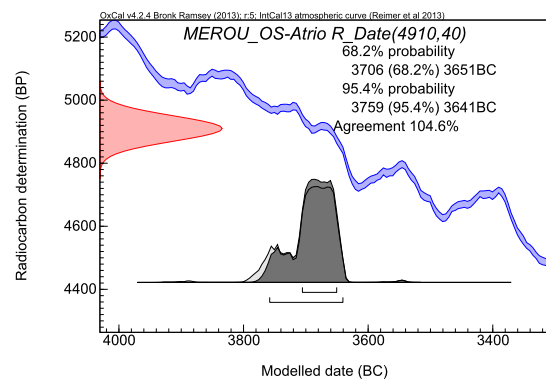
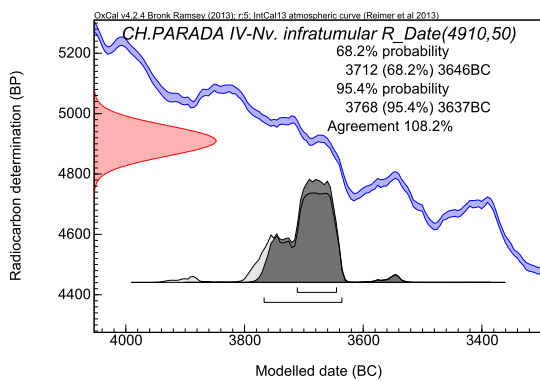
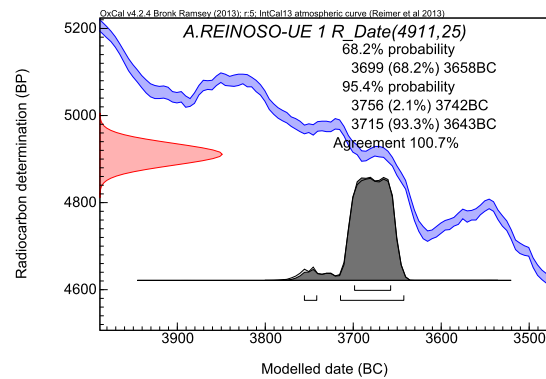
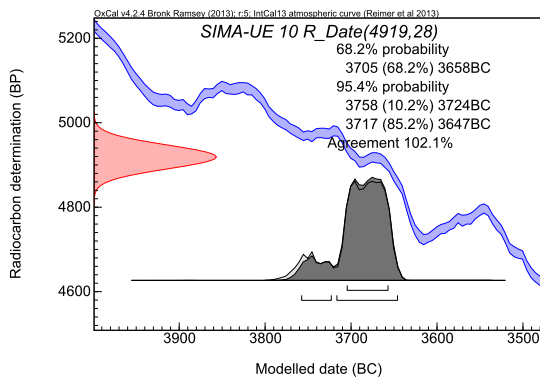
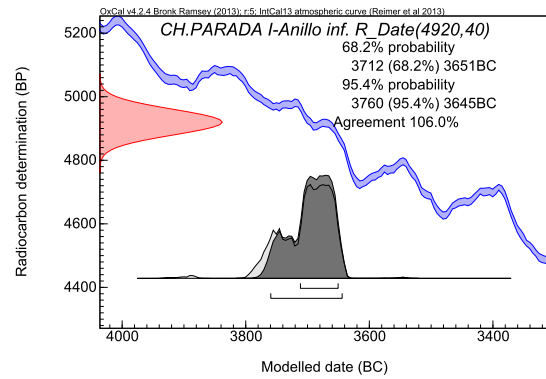
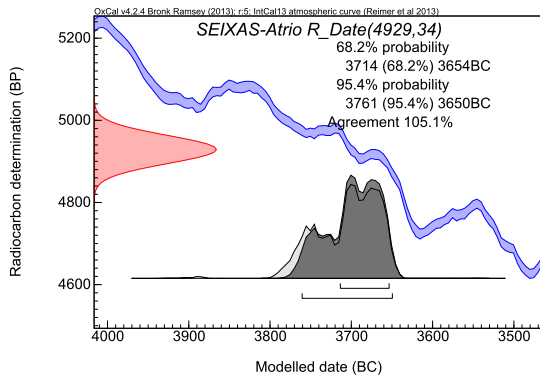
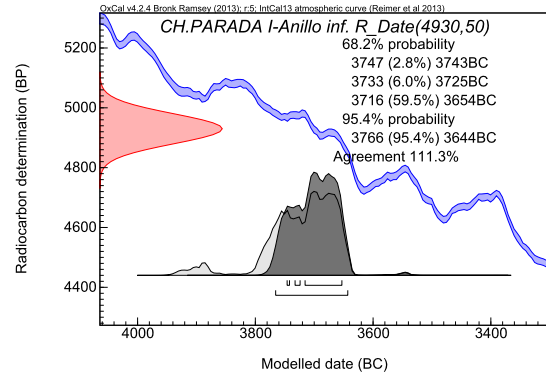
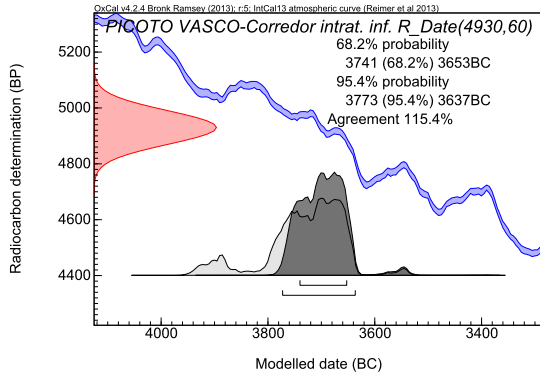


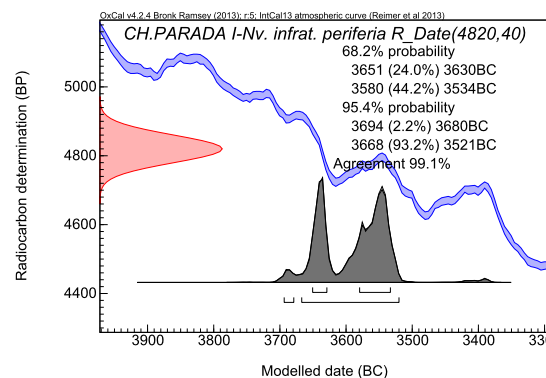
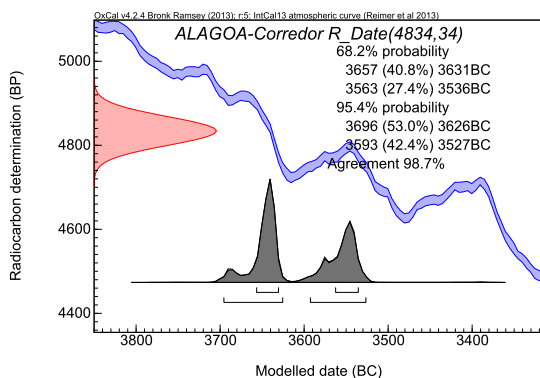
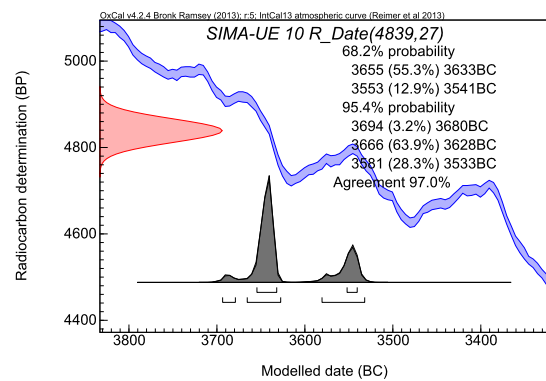
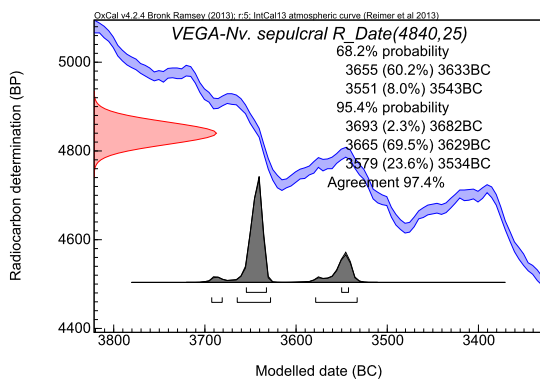
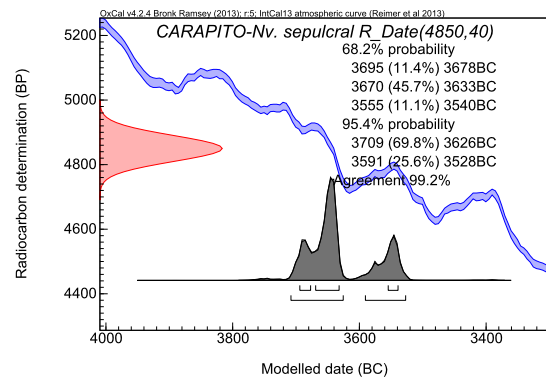
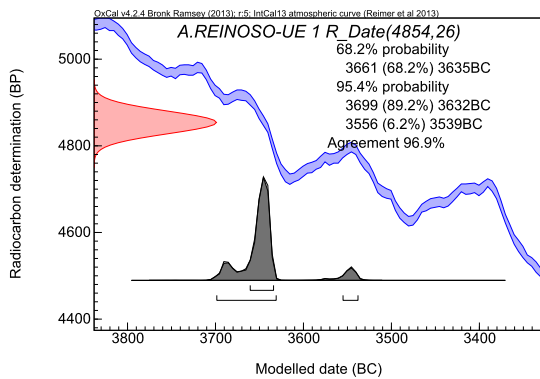
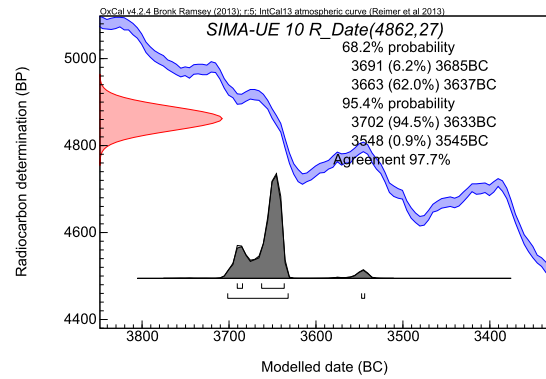
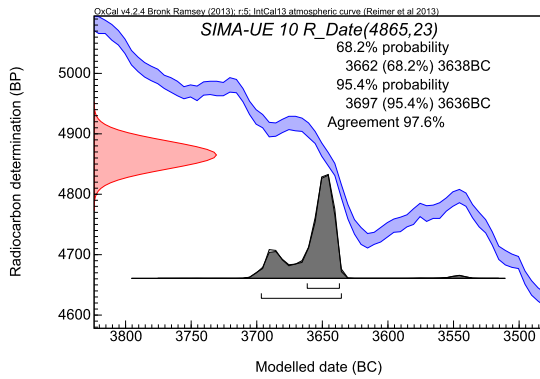
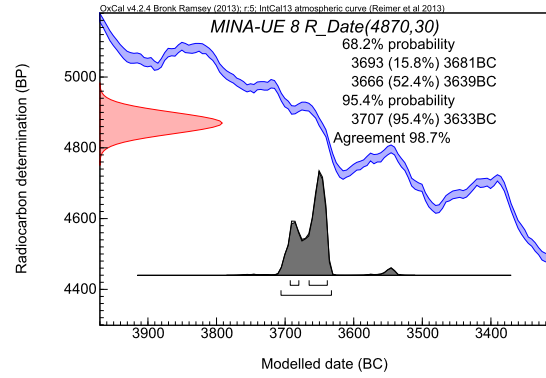
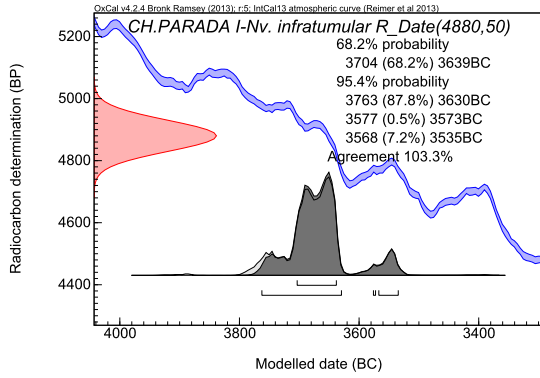


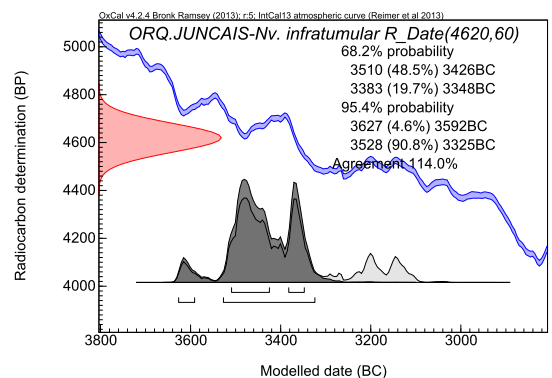
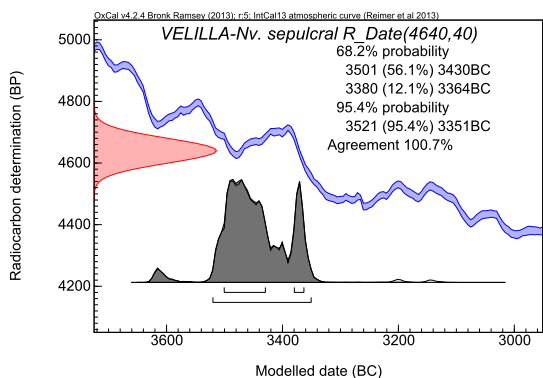
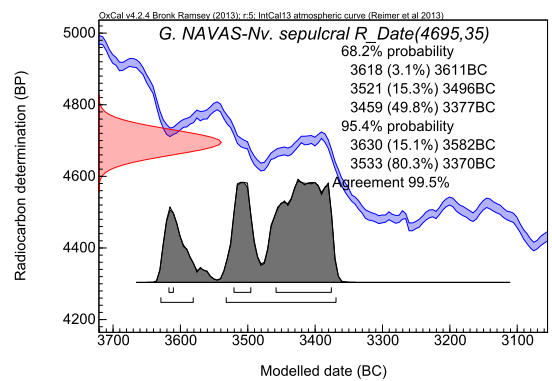
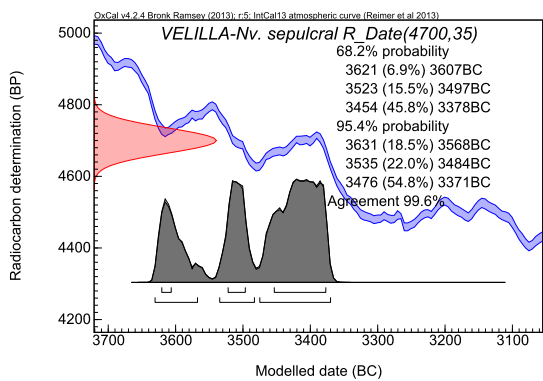
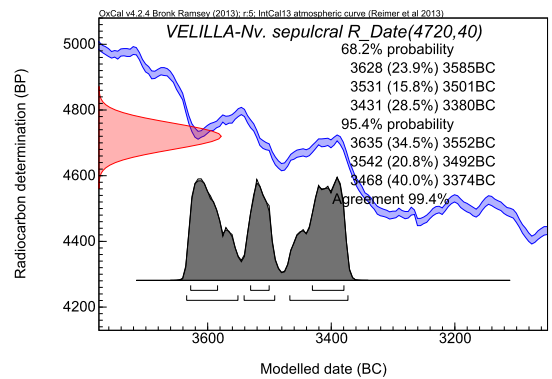
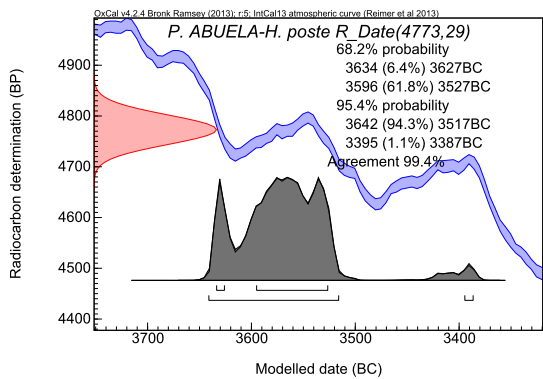
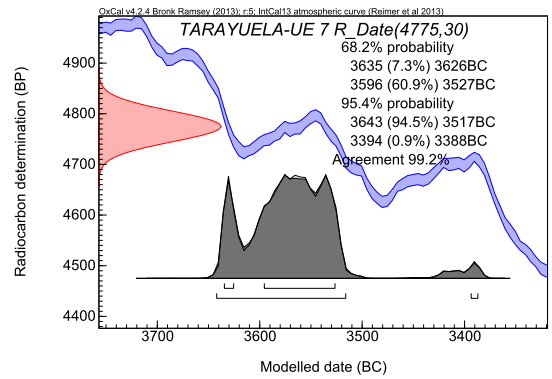
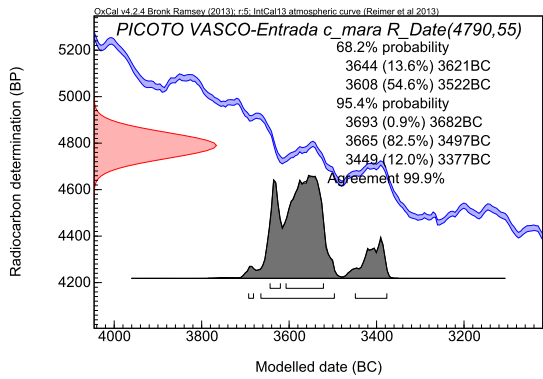
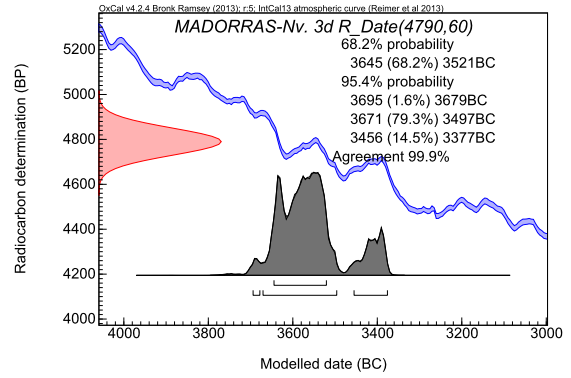
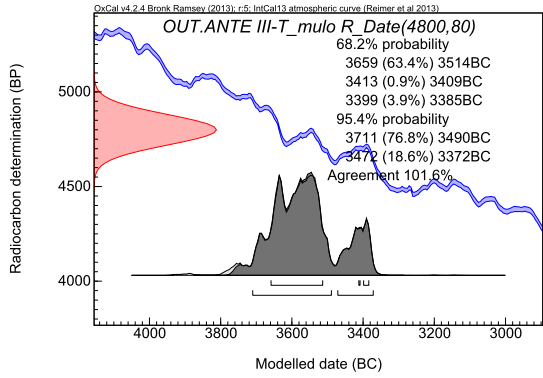


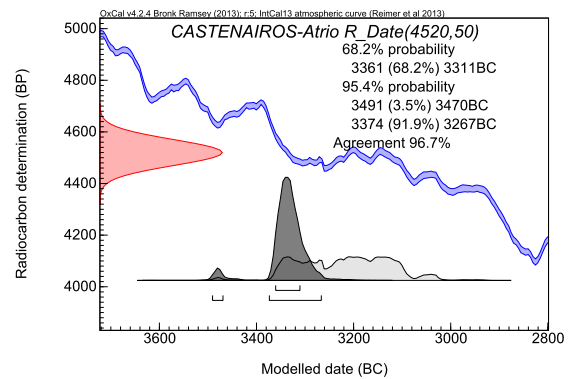
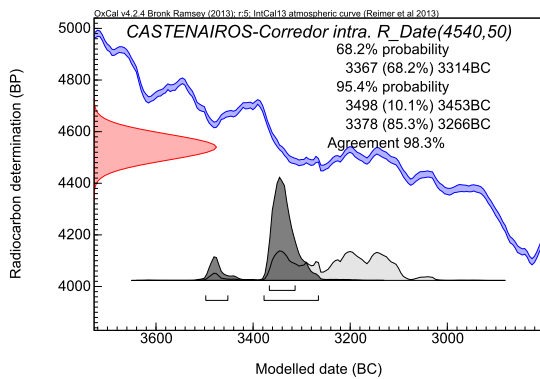
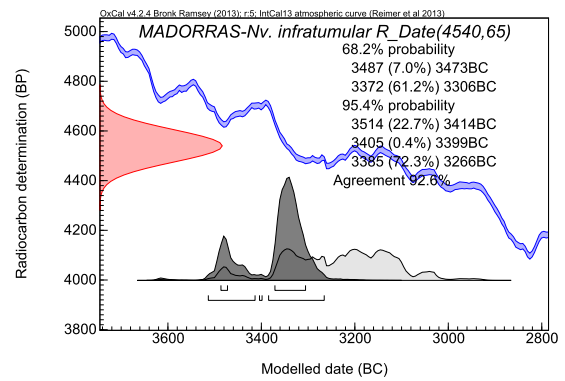
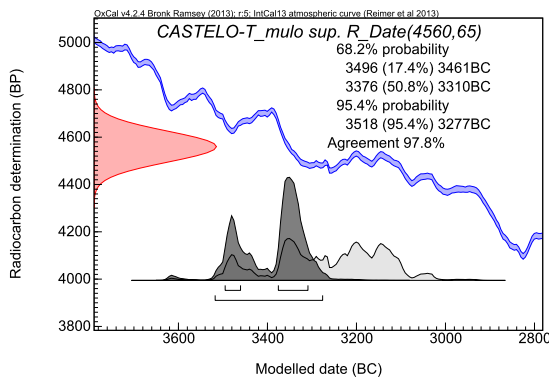
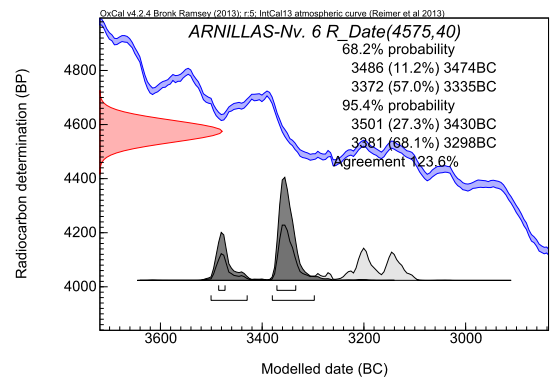
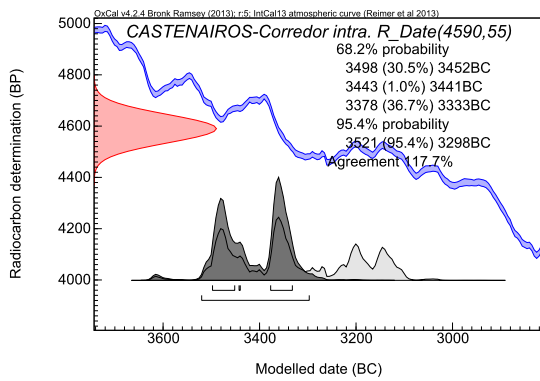
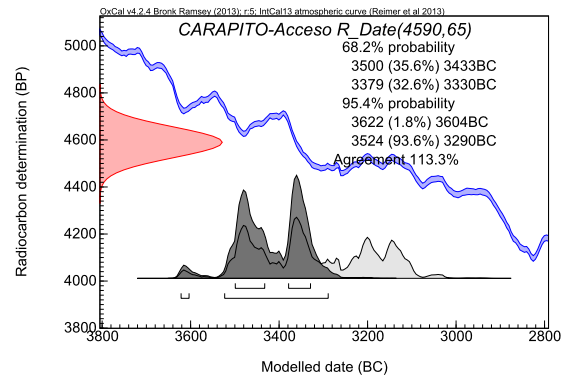
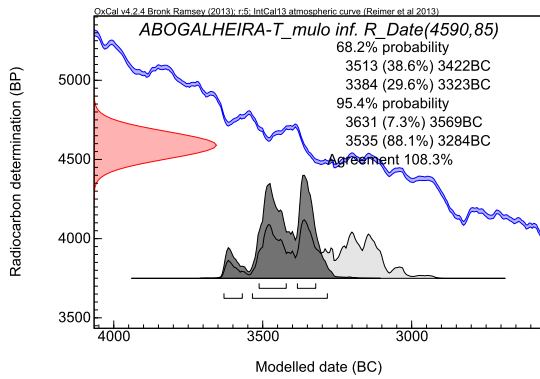
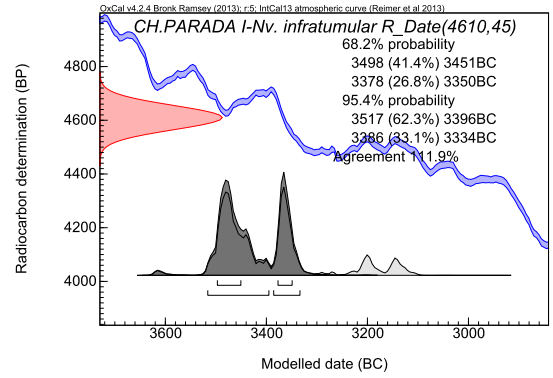
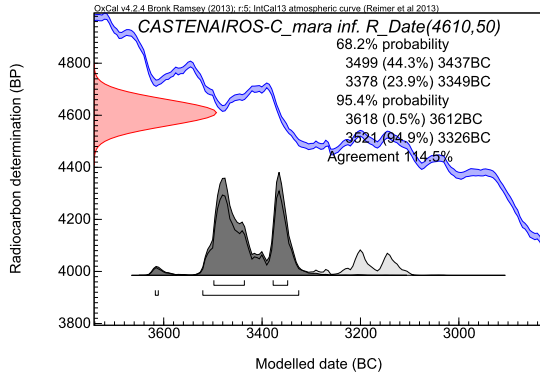


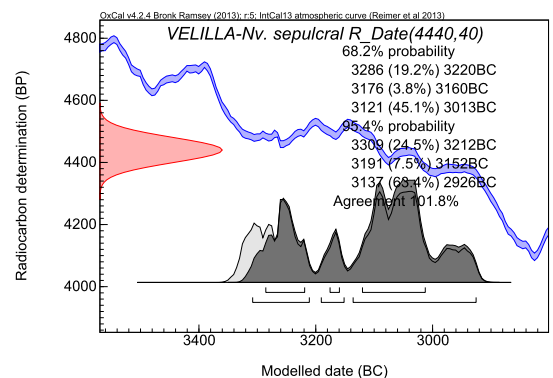
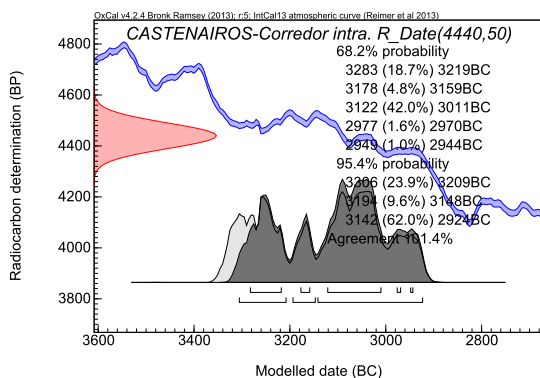
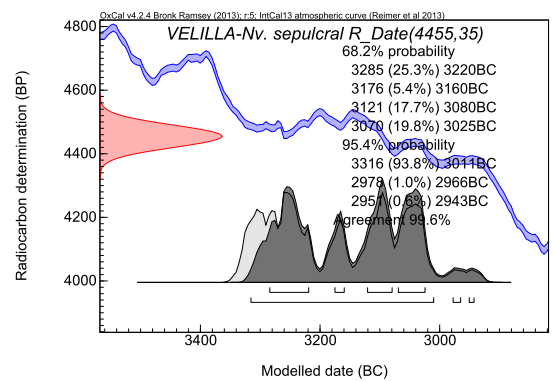
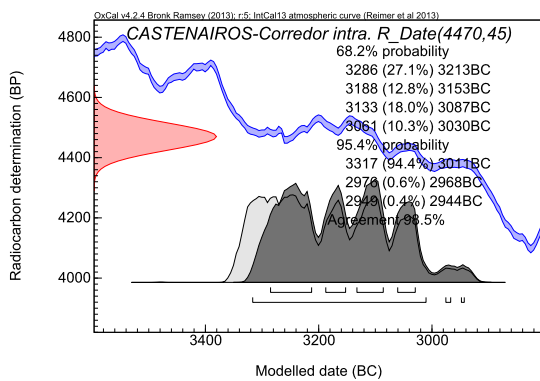
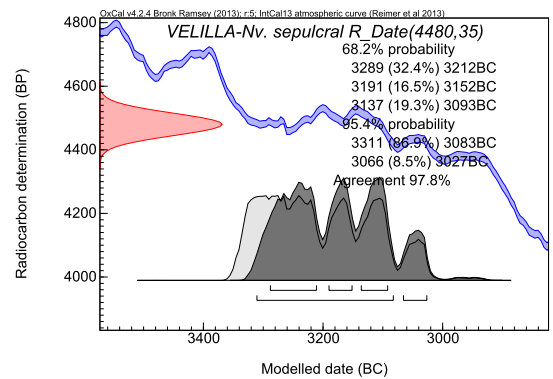
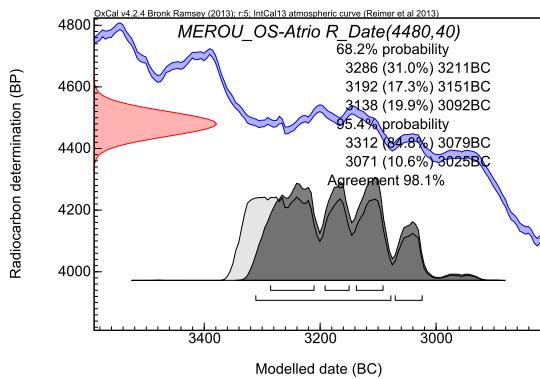
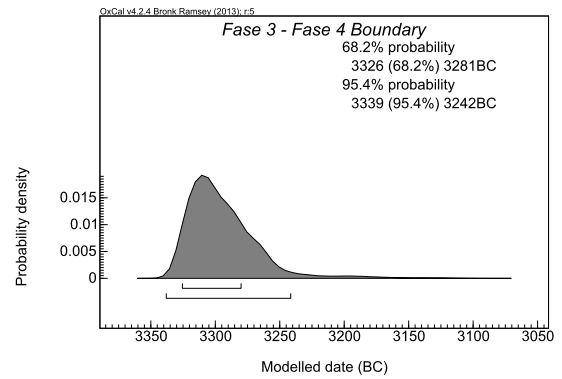
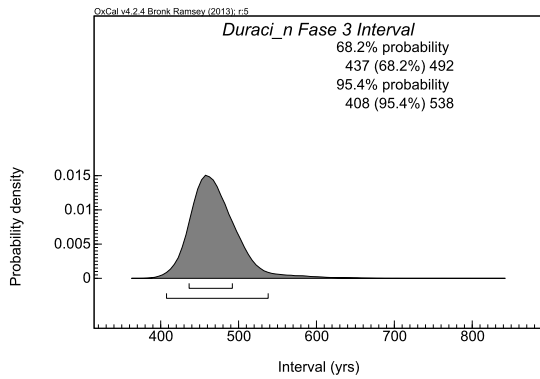
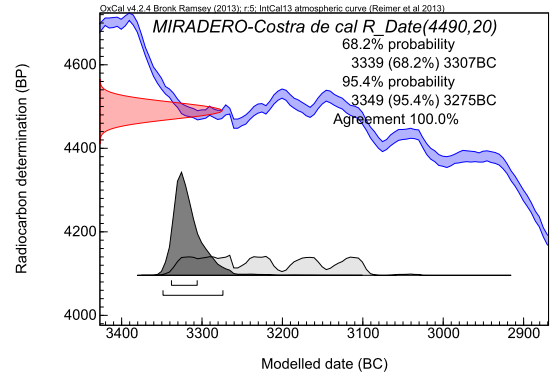
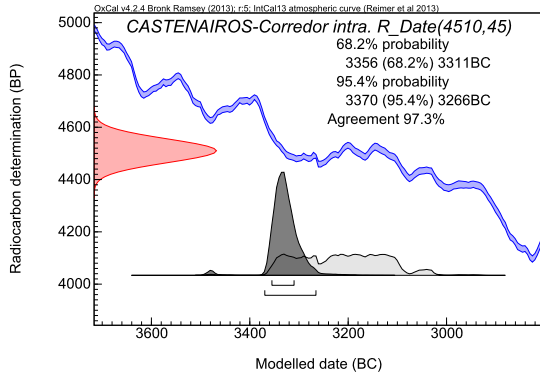


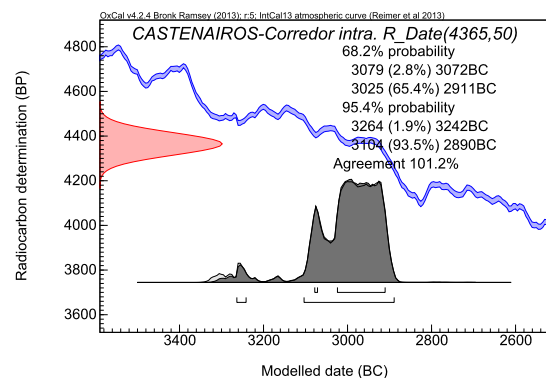
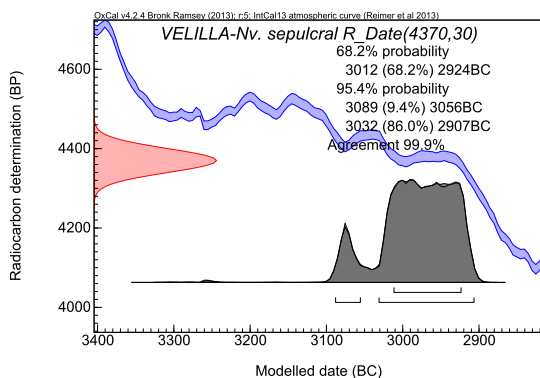
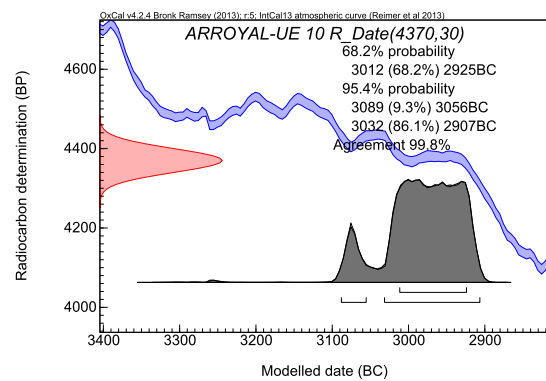
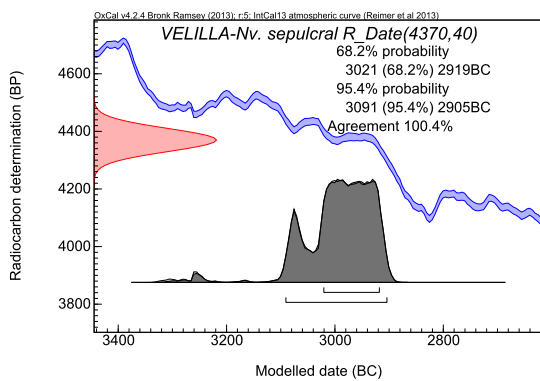
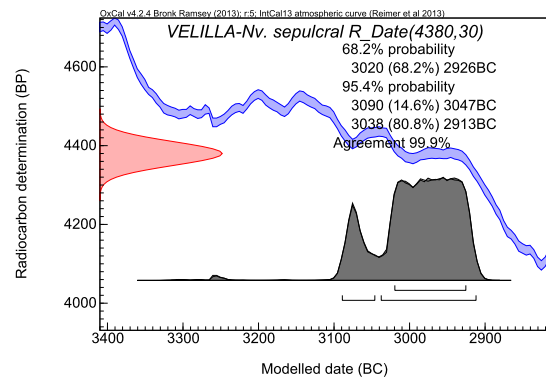
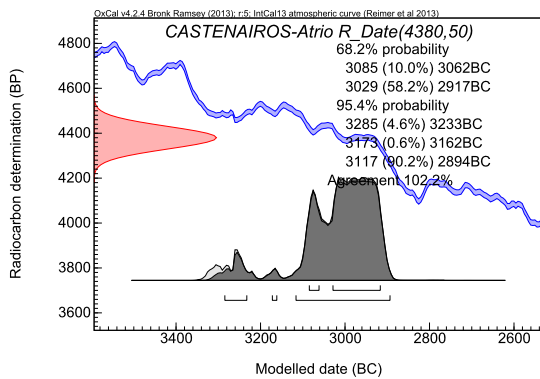
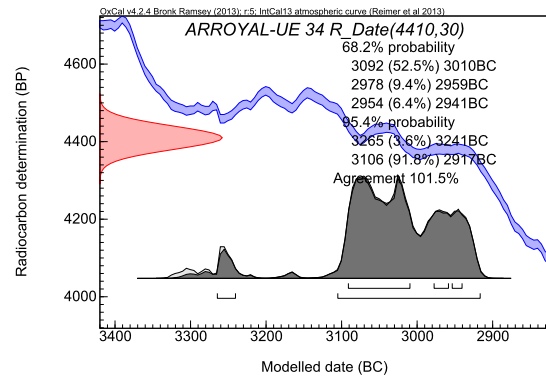
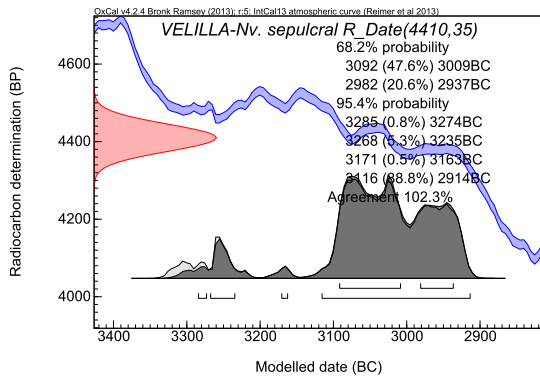
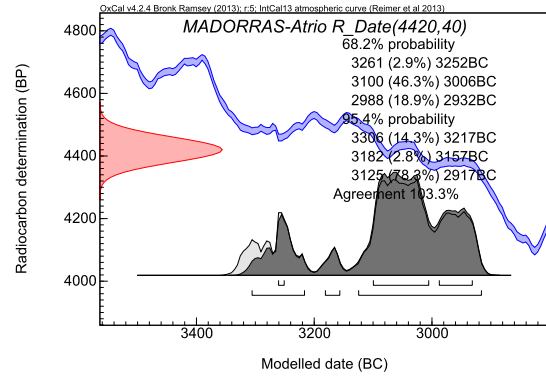
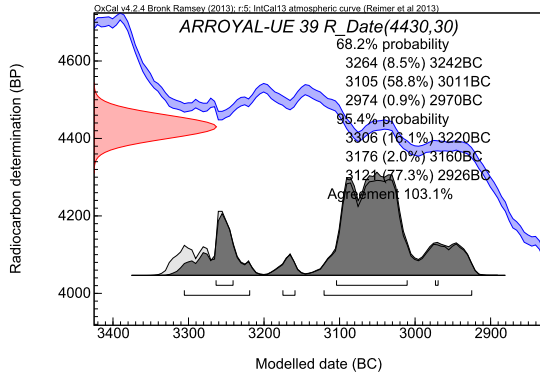


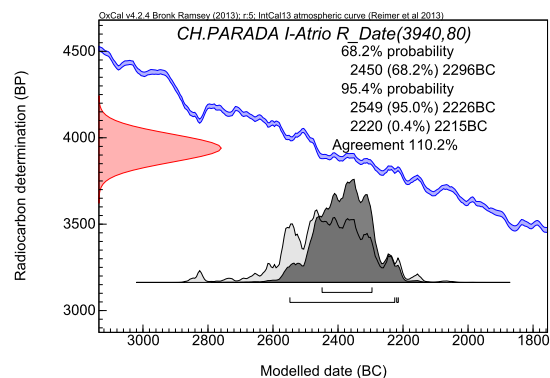
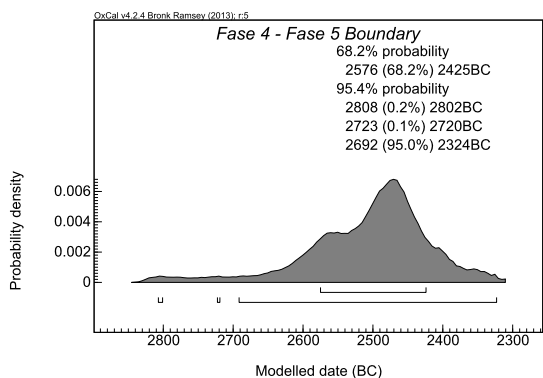
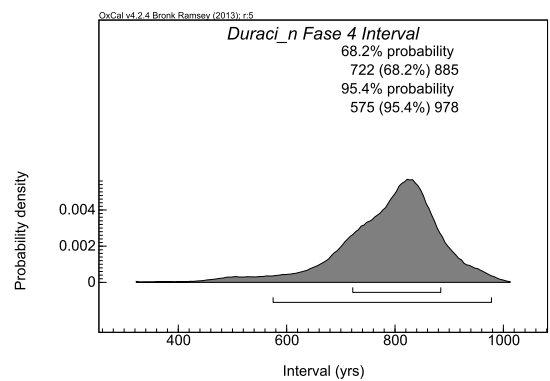
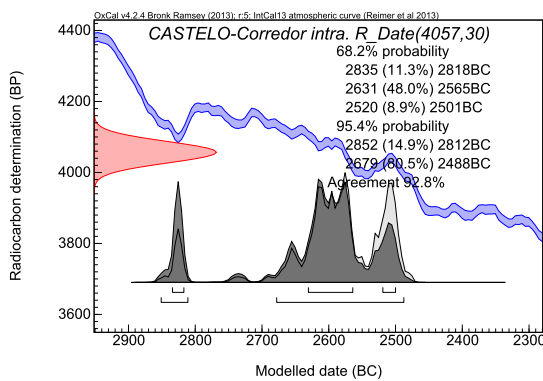
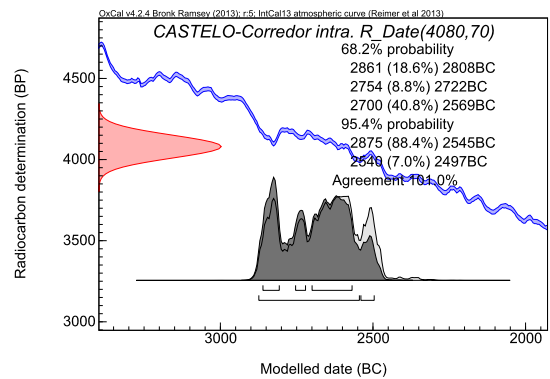
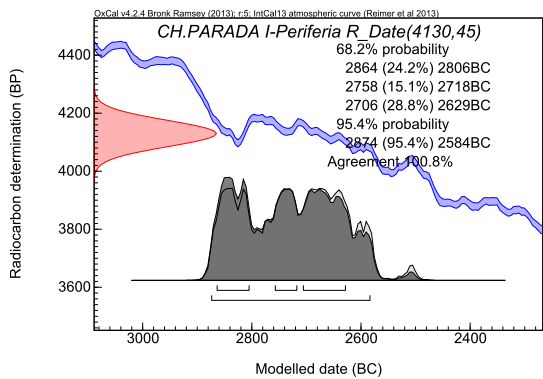
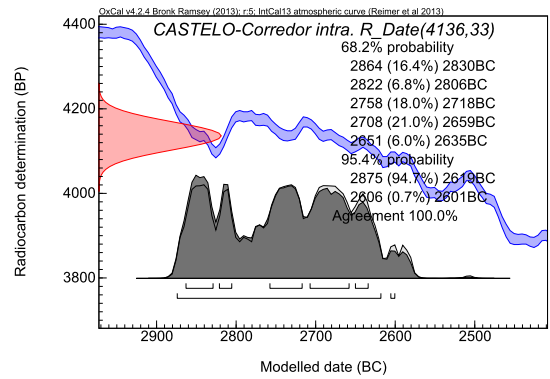
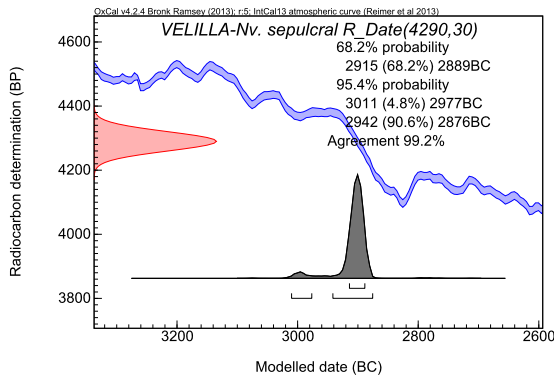
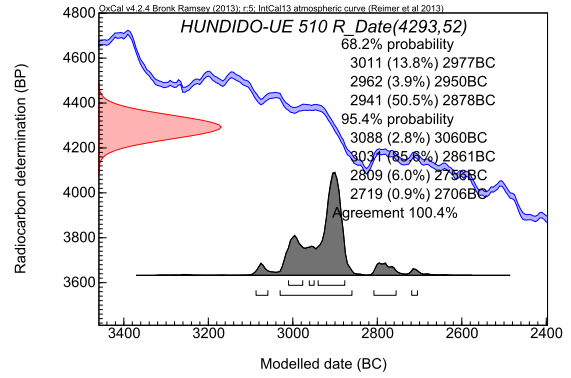
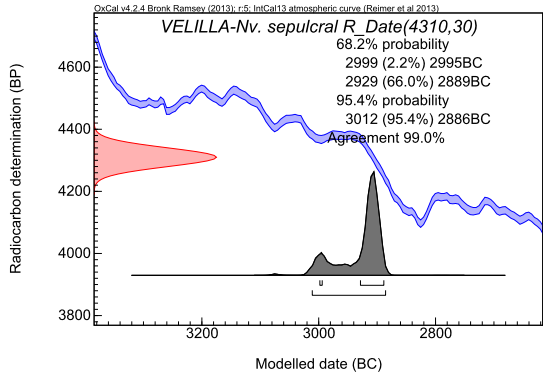


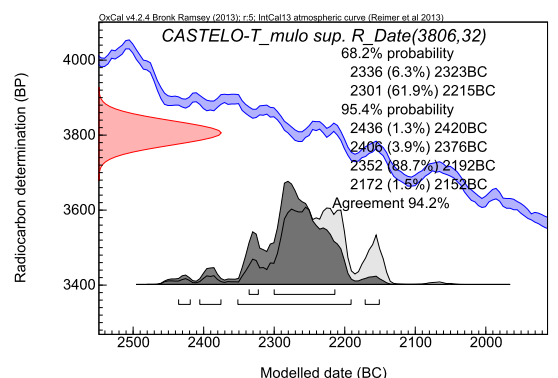
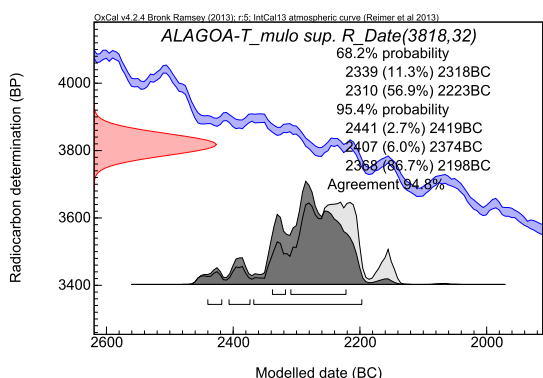
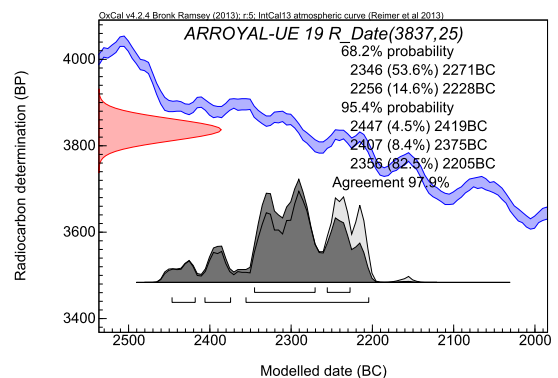
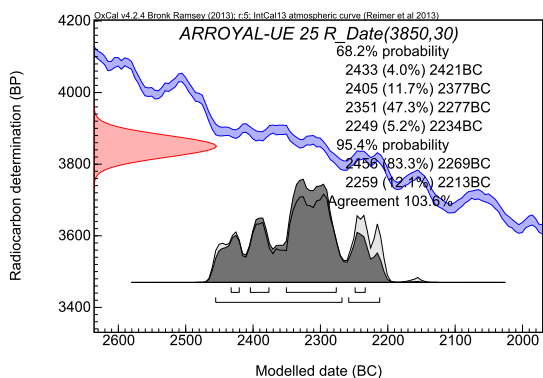
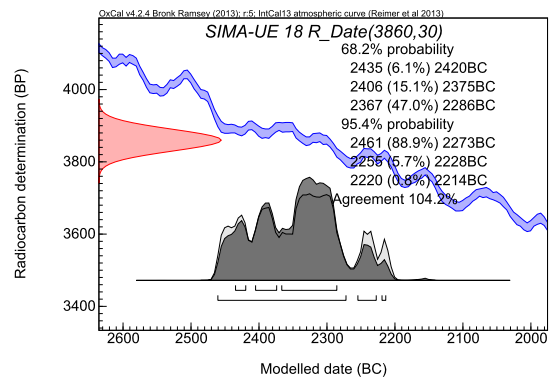
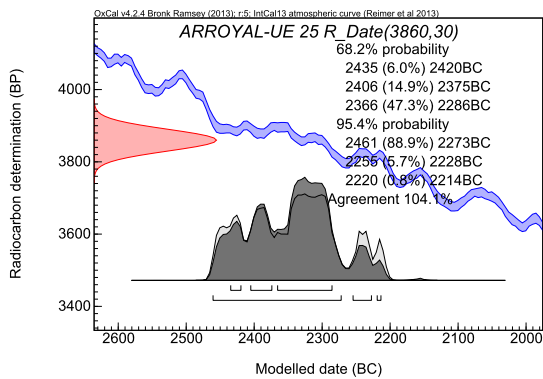
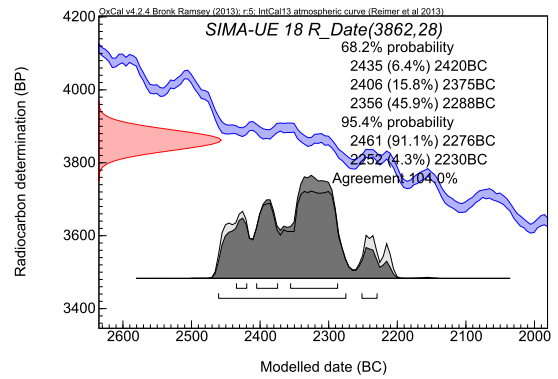
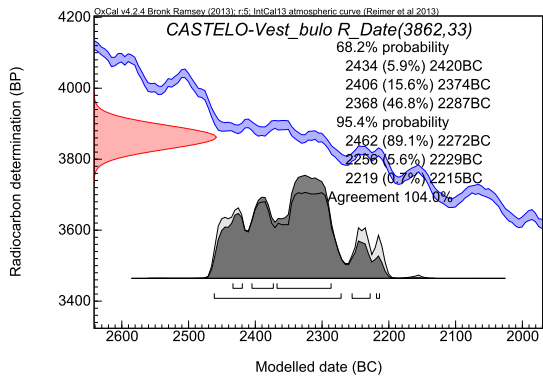
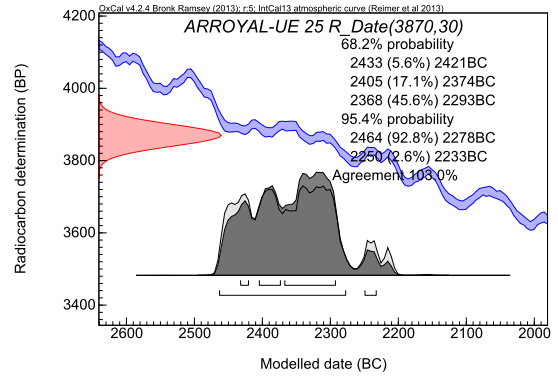
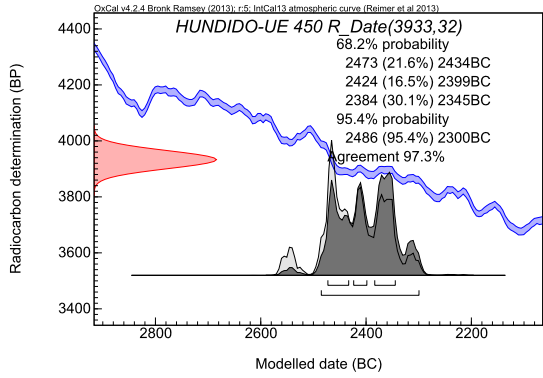


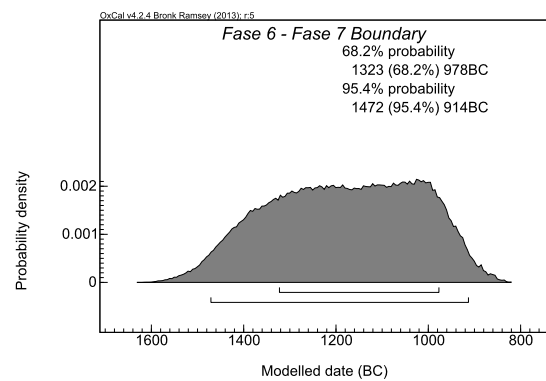
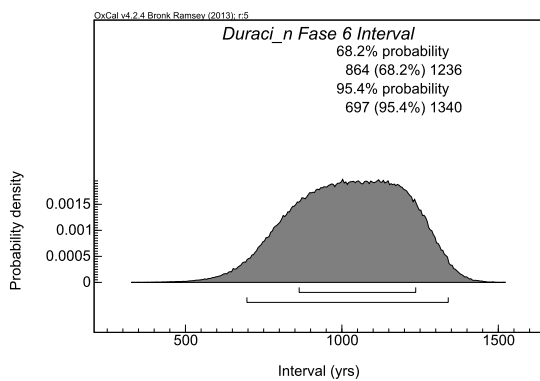
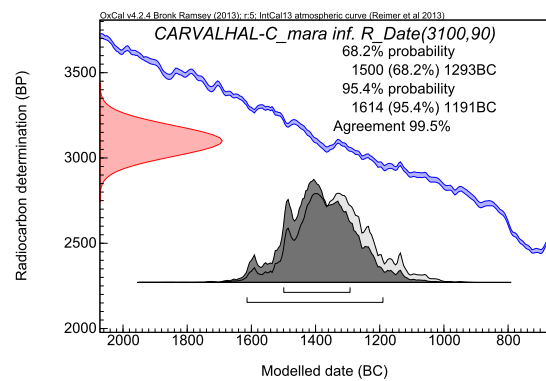
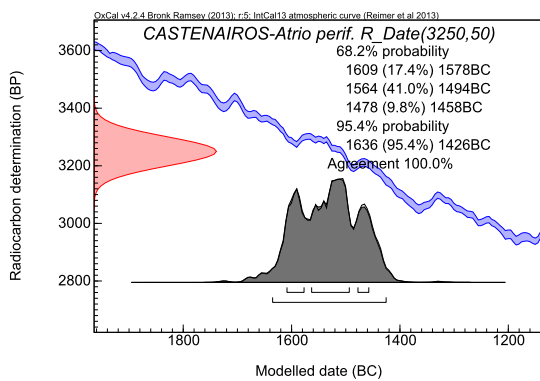
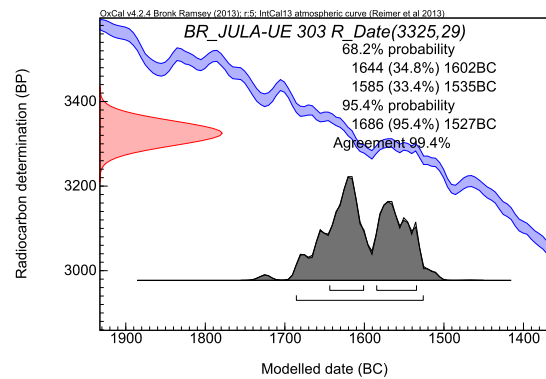
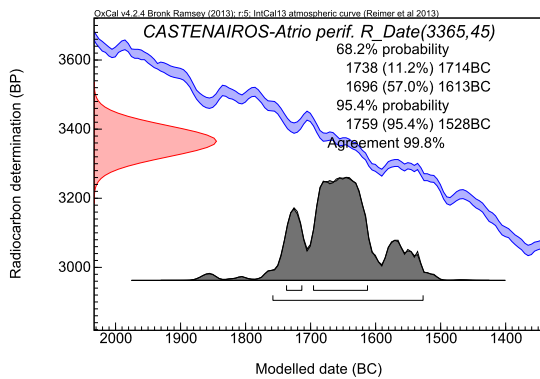
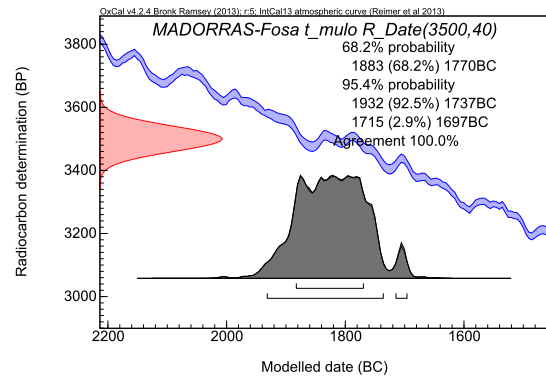
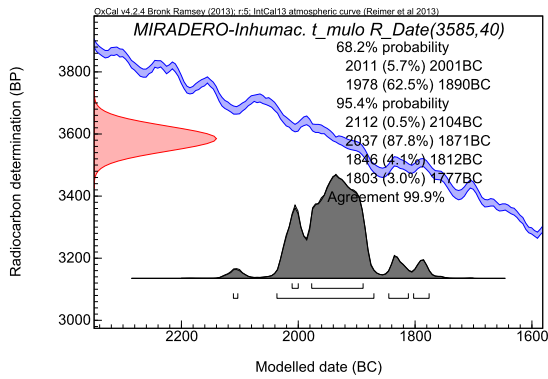
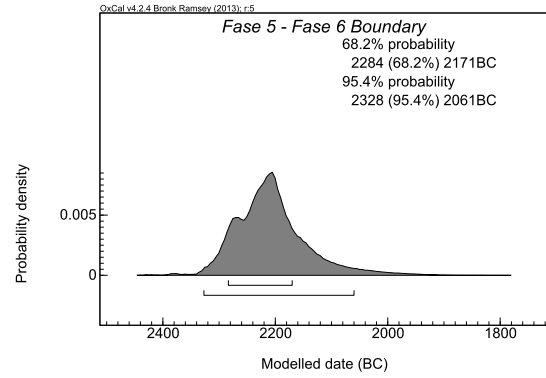
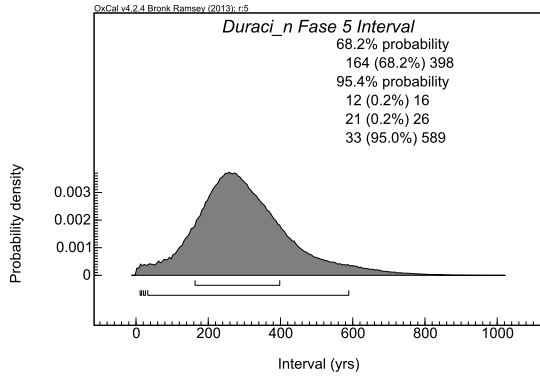


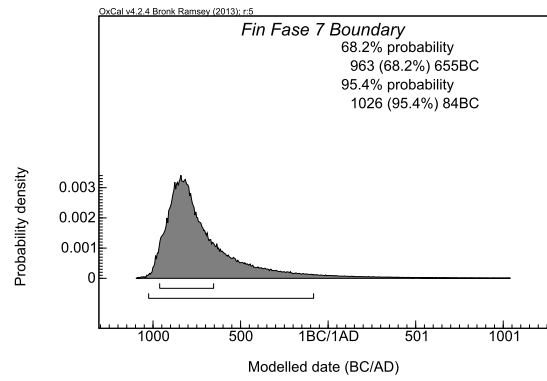
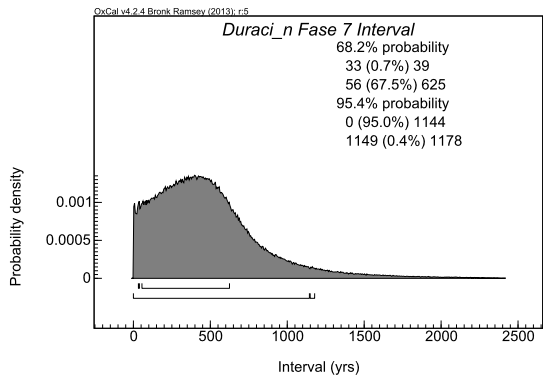
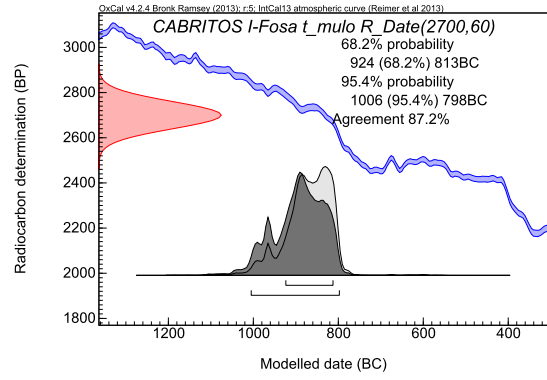
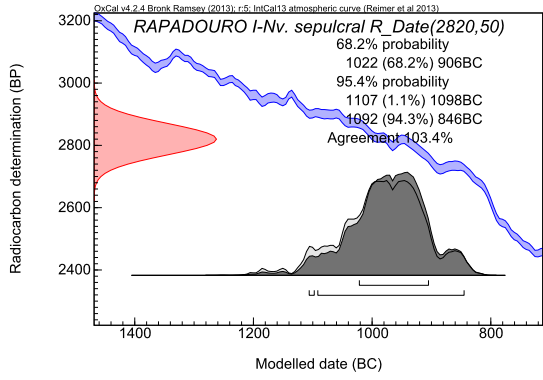












Sequence Megalitismo Duero				
	Cal AC Estándar - 1σ	Cal AC Estándar - 2σ	Cal AC Modelizada - 1σ	Cal AC Modelizada - 2σ
Boundary Inicio Fase 1			4582-4496	4648-4468
Phase Fase 1				-
OUT.ANTE III-Túmulo	4721-4538	4826-4457	4551-4458	4606-4369
AREITA-Cámara inf.	4579-4466	4651-4457	4531-4464	4568-4454
M. OLHEIRA-Hogar infratumular	4543-4362	4688-4334	4500-4367	4575-4328
AREITA-Cámara inf.	4500-4374	4535-4365	4498-4375	4525-4364
OUT.ANTE III-Túmulo	4486-4272	4604-4172	4466-4273	4544-4179
CH.PARADA IV-Hogar1 infratumular	4358-4263	4446-4237	4357-4263	4446-4237
CH.PARADA IV-Hogar2 infratumular	4332-4259	4352-4082	4332-4259	4352-4082
M. OLHEIRA-Hogar infratumular	4328-4239	4344-4072	4328-4240	4344-4072
F.PECINA II-Nv. 6	4327-4080	4334-4056	4328-4081	4334-4056
L.CIMA II-Corredor intra. inf.	4322-4073	4329-4051	4322-4072	4329-4051
ZUMACALES-Nv. infratumular	4253-4006	4331-3973	4249-4041	4328-3980
SIMA-UE 36	4228-4056	4236-4045	4228-4057	4237-4045
REBOLLEDO-Nv. 6	4228-4055	4235-4045	4227-4056	4235-4045
SIMA-UE 36	4227-4055	4240-4005	4227-4055	4240-4007
CIELLA-Nv. 3	4227-4046	4238-3994	4227-4046	4238-3995
MADORRAS-Túmulo	4228-4042	4235-3991	4228-4042	4235-3992
FURNAS II-Nv. infratumular	4228-3995	4315-3964	4228-3996	4311-3966
FURNAS I-Nv. infratumular	4226-3979	4314-3952	4226-3980	4248-3961
CH.PARADA III-Hogar1 infratumular	4228-3969	4326-3806	4227-3972	4316-3954
CH.PARADA III-Nv. infratumular	4226-3971	4314-3944	4225-3973	4241-3958
CABAÑA-Nv. 3	4225-3972	4252-3951	4225-3974	4235-3962
M. OLHEIRA-Nv. Infratumular	4037-3971	4041-3966	4037-3972	4042-3966
PICOTO VASCO- Corredor intrat. inf.	4040-3945	4047-3805	4036-3957	4047-3942
MIRADERO- Estruct. sepulcral	4036-3946	4042-3811	3991-3956	4041-3946
Interval Duración Fase 1			544-650	511-728
Boundary Fase 1 - Fase 2			3972-3930	3981-3874

Phase Fase 2				
MORECO-Nv. 3	4040-3812	4222-3787	3952-3803	3963-3796
PICOTO VASCO- Corredor intrat. inf.	3987-3816	4041-3801	3956-3810	3968-3799
MIRADERO- Estruct. sepulcral	3986-3812	4040-3799	3954-3806	3965-3798
S.SIMÃO-Nv. infratumular	4039-3798	4228-3707	3918-3796	3957-3777
S.MONTE-Corredor intra.	3981-3812	4037-3800	3952-3808	3965-3799
CARAPITO-Fosa cimentac.	3990-3801	4144-3712	3921-3798	3959-3785
PICOTO VASCO- Corredor intrat. inf.	3972-3819	3984-3803	3956-3811	3966-3802
CARAPITO-Fosa cimentac.	3972-3812	3991-3797	3951-3806	3962-3799
MIRADERO- Estruct. sepulcral	3969-3819	3977-3805	3956-3813	3966-3803
MIRADERO- Estruct. sepulcral	3969-3812	3981-3800	3951-3807	3962-3799
CASTELO-Túmulo inf.	3967-3812	3978-3800	3949-3806	3961-3799
P. ABUELA-H. poste	3966-3811	3981-3797	3947-3805	3961-3797
S.MONTE-Corredor intra.	3968-3800	4041-3712	3917-3797	3956-3778
PICOTO VASCO-Entrada cámara	3967-3802	4039-3715	3921-3798	3956-3785
P. ABUELA-H. poste	3962-3806	3971-3797	3946-3802	3957-3797
SIMA-UE 36	3952-3806	3961-3797	3880-3801	3952-3797
REBOLLEDO-Nv. 3	3949-3804	3965-3783	3921-3799	3951-3789
SIMA-UE 36	3944-3803	3958-3792	3920-3799	3948-3792
S.MONTE-Corredor intra.	3944-3799	3965-3714	3907-3795	3948-3776
CASTENAIROS-Cámara inf.	3944-3799	3965-3714	3907-3795	3948-3776
CH.PARADA IV-Hogar1 infratumular	3942-3797	3961-3715	3911-3796	3946-3779
P. ABUELA-H. poste	3942-3797	3960-3716	3911-3796	3946-3779
S.SIMÃO-Cámara inf.	3949-3783	3977-3695	3904-3788	3948-3769
P. ABUELA-Nv. II	3943-3793	3961-3713	3910-3791	3947-3773
SIMA-UE 36	3939-3795	3950-3780	3931-3792	3941-3784
SEIXAS-Atrio	3937-3794	3946-3781	3930-3791	3941-3783
P. ABUELA-H. poste	3938-3777	3947-3715	3928-3780	3940-3772
P. ABUELA-H. poste	3941-3766	3946-3712	3926-3777	3940-3768
ORQ.JUNCAIS-Nv. infratumular	3937-3713	3958-3674	3921-3774	3943-3764
S.SIMÃO-Cámara inf.	3937-3708	3956-3662	3919-3772	3944-3762
CH.PARADA I-Túmulo inf.	3913-3713	3943-3705	3917-3768	3939-3759
SIMA-UE 36	3894-3711	3941-3700	3908-3766	3939-3751
TARAYUELA-UE 6	3904-3710	3943-3696	3913-3765	3939-3755

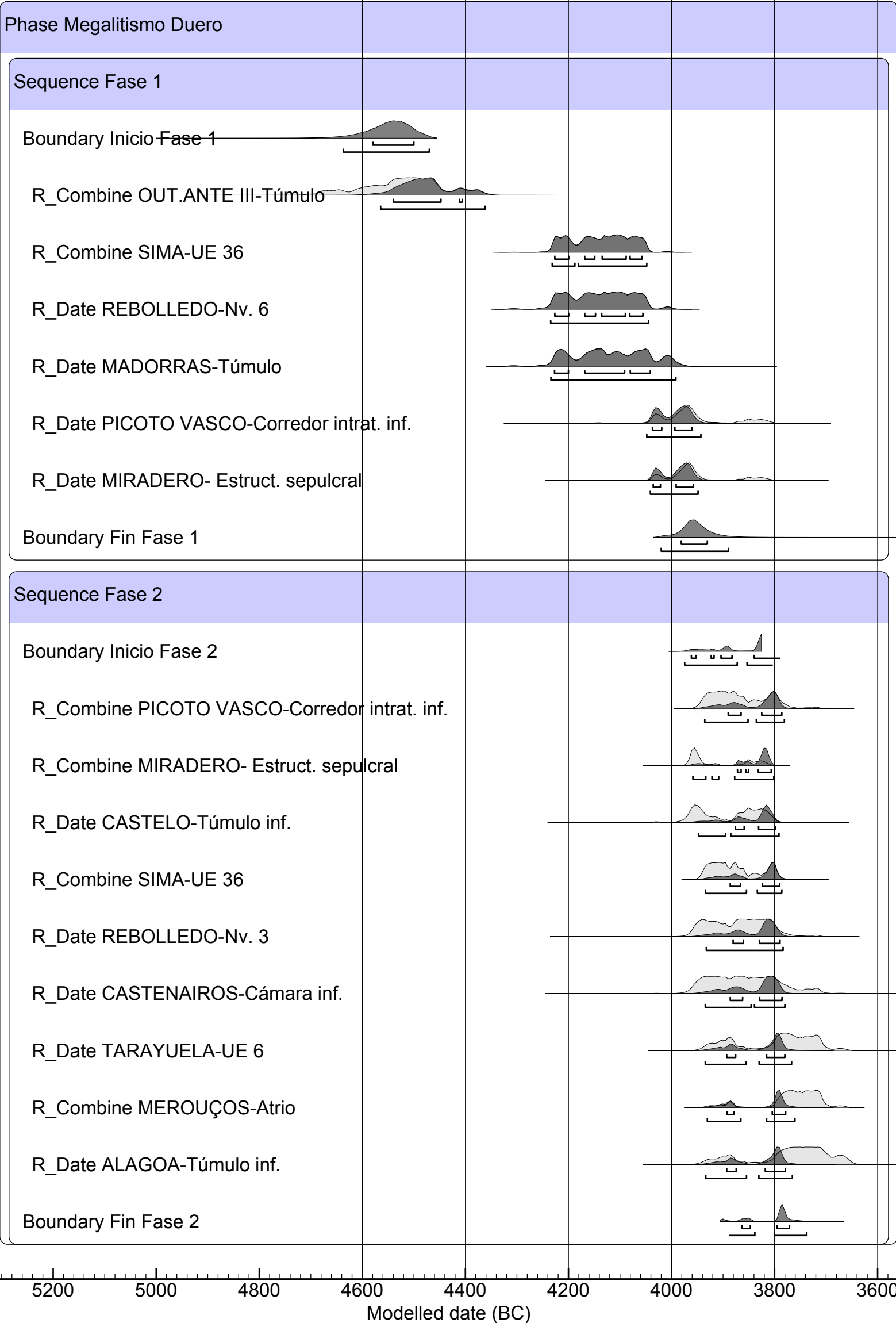
L.CIMA II-Corredor intra.	3889-3712	3938-3702	3900-3766	3938-3749
L.CIMA I-Corredor intra. inf.	3936-3666	3954-3650	3920-3769	3942-3761
S.MONTE-Hogar túmulo	3912-3702	3943-3659	3923-3763	3938-3757
L.CIMA II-Corredor intra.	3894-3706	3941-3661	3913-3762	3939-3751
MEROUÇOS-Atrio	3894-3706	3941-3661	3914-3762	3939-3751
PICOTO VASCO- Corredor intrat. inf.	3790-3711	3933-3695	3899-3762	3936-3746
CH.PARADA I-Nv. infrat. periferia	3905-3695	3942-3653	3916-3761	3938-3753
MEROUÇOS-Atrio	3797-3702	3937-3656	3906-3761	3939-3747
ALAGOA-Túmulo inf.	3892-3671	3941-3651	3913-3761	3938-3752
D.RÍO FORTES-UE 102	3909-3656	3951-3641	3921-3766	3942-3758
CH.PARADA IV-Hogar1 infratumular	3796-3666	3939-3650	3913-3760	3937-3751
Interval Duración Fase 2			153-213	100-237
Boundary Fase 2 - Fase 3			3781-3752	3794-3731
Phase Fase 3				
SEIXAS-Cista	3769-3710	3797-3665	3756-3707	3776-3666
L.CIMA II-Corredor intra.	3769-3705	3792-3662	3758-3703	3771-3662
MEROUÇOS-Atrio	3783-3695	3909-3651	3760-3695	3770-3656
MIRADERO-Nv. sepulcral	3761-3661	3795-3646	3748-3660	3766-3651
SEIXAS-Corredor intra.	3761-3660	3785-3651	3750-3660	3765-3653
A.REINOSO-UE 1	3748-3658	3770-3653	3714-3657	3761-3653
P.MOSQUEIRA-Nv. 2A	3766-3653	3938-3543	3736-3653	3773-3637
PICOTO VASCO- Corredor intrat. inf.	3766-3653	3938-3543	3741-3653	3773-3637
CH.PARADA I-Anillo inf.	3762-3654	3906-3638	3747-3654	3766-3644
SEIXAS-Atrio	3758-3655	3775-3648	3714-3654	3761-3650
CH.PARADA I-Anillo inf.	3713-3651	3779-3642	3712-3651	3760-3645
SIMA-UE 10	3706-3657	3766-3646	3705-3658	3758-3647
A.REINOSO-UE 1	3700-3657	3761-3643	3699-3658	3756-3643
CH.PARADA IV-Nv. infratumular	3759-3643	3798-3542	3712-3646	3768-3637
MEROUÇOS-Atrio	3710-3647	3770-3640	3706-3651	3759-3641
SEIXAS-Cámara inf.	3705-3648	3768-3638	3702-3649	3759-3638
TARAYUELA-UE 6	3697-3647	3764-3636	3697-3648	3758-3636
CH.PARADA I-Nv. infratumular	3708-3637	3777-3534	3704-3639	3763-3535

MINA-UE 8	3694-3639	3706-3634	3693-3639	3707-3633
SIMA-UE 10	3662-3638	3699-3636	3662-3638	3697-3636
SIMA-UE 10	3691-3638	3702-3545	3691-3637	3702-3545
A.REINOSO-UE 1	3661-3636	3698-3539	3661-3635	3699-3539
CARAPITO-Nv. sepulcral	3695-3539	3709-3527	3695-3540	3709-3528
VEGA-Nv. sepulcral	3655-3543	3694-3535	3655-3543	3693-3534
SIMA-UE 10	3655-3541	3695-3533	3655-3541	3694-3533
ALAGOA-Corredor	3657-3537	3696-3527	3657-3536	3696-3527
CH.PARADA I-Nv. infrat. periferia	3651-3534	3695-3521	3651-3534	3694-3521
OUT.ANTE III-Túmulo	3658-3385	3759-3371	3659-3385	3711-3372
MADORRAS-Nv. 3d	3646-3521	3694-3377	3645-3521	3695-3377
PICOTO VASCO-Entrada cámara	3644-3522	3693-3377	3644-3522	3693-3377
TARAYUELA-UE 7	3635-3527	3642-3387	3635-3527	3643-3388
P. ABUELA-H. poste	3635-3527	3641-3386	3634-3527	3642-3387
VELILLA-Nv. sepulcral	3629-3380	3635-3374	3628-3380	3635-3374
VELILLA-Nv. sepulcral	3622-3378	3631-3371	3621-3378	3631-3371
G. NAVAS-Nv. sepulcral	3619-3377	3630-3370	3618-3377	3630-3370
VELILLA-Nv. sepulcral	3502-3363	3620-3350	3501-3364	3521-3351
ORQ.JUNCAIS-Nv. infratumular	3517-3343	3629-3106	3510-3348	3627-3325
CASTENAIROS-Cámara inf.	3509-3197	3622-3112	3499-3349	3618-3326
CH.PARADA I-Nv. infratumular	3501-3344	3619-3118	3498-3350	3517-3334
ABOGALHEIRA-Túmulo inf.	3510-3110	3630-3028	3513-3323	3631-3284
CARAPITO-Acceso	3501-3118	3619-3096	3500-3330	3622-3290
CASTENAIROS-Corredor intra.	3500-3124	3517-3102	3498-3333	3521-3298
ARNILLAS-Nv. 6	3490-3127	3499-3104	3486-3335	3501-3298
CASTELO-Túmulo sup.	3487-3108	3512-3029	3496-3310	3518-3277
MADORRAS-Nv. infratumular	3364-3106	3499-3025	3487-3306	3514-3266
CASTENAIROS-Corredor intra.	3363-3113	3491-3090	3367-3314	3498-3266
CASTENAIROS-Atrio	3351-3108	3366-3031	3361-3311	3491-3267
CASTENAIROS-Corredor intra.	3344-3107	3362-3034	3356-3311	3370-3266
MIRADERO-Costra de cal	3329-3104	3339-3096	3339-3307	3349-3275
Interval Duración Fase 3			437-492	408-538
Boundary Fase 3 - Fase 4			3326-3281	3339-3242
Phase Fase 4				
MEROUÇOS-Atrio	3331-3095	3349-3026	3286-3092	3312-3025

VELILLA-Nv. sepulcral	3331-3096	3342-3029	3289-3093	3311-3027
CASTENAIROS-Corredor intra.	3331-3032	3353-3012	3286-3030	3317-2944
VELILLA-Nv. sepulcral	3323-3027	3340-2945	3285-3025	3316-2943
CASTENAIROS-Corredor intra.	3327-3013	3336-2925	3283-2944	3306-2924
VELILLA-Nv. sepulcral	3323-3017	3335-2927	3286-3013	3309-2926
ARROYAL-UE 39	3265-2944	3326-2926	3264-2970	3306-2926
MADORRAS-Atrio	3263-2931	3328-2918	3261-2932	3306-2917
VELILLA-Nv. sepulcral	3093-2936	3321-2915	3092-2937	3285-2914
ARROYAL-UE 34	3092-2940	3309-2917	3092-2941	3265-2917
CASTENAIROS-Atrio	3086-2916	3322-2895	3085-2917	3285-2894
VELILLA-Nv. sepulcral	3020-2926	3090-2913	3020-2926	3090-2913
VELILLA-Nv. sepulcral	3022-2918	3094-2903	3021-2919	3091-2905
ARROYAL-UE 10	3012-2924	3089-2907	3012-2925	3089-2907
VELILLA-Nv. sepulcral	3012-2924	3089-2907	3012-2924	3089-2907
CASTENAIROS-Corredor intra.	3079-2911	3309-2889	3079-2911	3264-2890
VELILLA-Nv. sepulcral	2999-2889	3013-2886	2999-2889	3012-2886
HUNDIDO-UE 510	3011-2878	3088-2705	3011-2878	3088-2706
VELILLA-Nv. sepulcral	2914-2890	3011-2877	2915-2889	3011-2876
CASTELO-Corredor intra.	2863-2631	2873-2601	2864-2635	2875-2601
CH.PARADA I-Periferia	2863-2623	2873-2581	2864-2629	2874-2584
CASTELO-Corredor intra.	2856-2496	2872-2476	2861-2569	2875-2497
CASTELO-Corredor intra.	2828-2496	2837-2485	2835-2501	2852-2488
Interval Duración Fase 4			722-885	575-978
Boundary Fase 4 - Fase 5			2576-2425	2808-2324
Phase Fase 5				
CH.PARADA I-Atrio	2567-2301	2835-2151	2450-2296	2549-2215
HUNDIDO-UE 450	2477-2348	2562-2306	2473-2345	2486-2300
ARROYAL-UE 25	2454-2293	2465-2211	2433-2293	2464-2233
CASTELO-Vestíbulo	2455-2287	2463-2209	2434-2287	2462-2215
SIMA-UE 18	2454-2288	2462-2211	2435-2288	2461-2230
ARROYAL-UE 25	2454-2286	2461-2210	2435-2286	2461-2214
SIMA-UE 18	2454-2286	2461-2210	2435-2286	2461-2214
ARROYAL-UE 25	2433-2211	2458-2207	2433-2234	2456-2213
ARROYAL-UE 19	2340-2209	2456-2202	2346-2228	2447-2205
ALAGOA-Túmulo sup.	2333-2201	2452-2142	2339-2223	2441-2198
CASTELO-Túmulo sup.	2291-2200	2397-2139	2336-2215	2436-2152
Interval Duración Fase 5			164-398	12-589
Boundary Fase 5 - Fase 6			2284-2171	2328-2061
Phase Fase 6				

MIRADERO-Inhumac. túmulo	2011-1890	2113-1777	2011-1890	2112-1777
MADORRAS-Fosa túmulo	1883-1771	1932-1696	1883-1770	1932-1697
CASTENAIROS-Atrio perif.	1738-1613	1760-1527	1738-1613	1759-1528
BRÚJULA-UE 303	1643-1535	1686-1527	1644-1535	1686-1527
CASTENAIROS-Atrio perif.	1609-1457	1634-1426	1609-1458	1636-1426
CARVALHAL-Cámara inf.	1492-1233	1608-1113	1500-1293	1614-1191
Interval Duración Fase 6			864-1236	697-1340
Boundary Fase 6 - Fase 7			1323-978	1472-914
Phase Fase 7				
RAPADOURO I-Nv. sepulcral	1041-910	1116-844	1022-906	1107-846
CABRITOS I-Fosa túmulo	901-808	995-792	924-813	1006-798
Interval Duración Fase 7			33-625	0-1178
Boundary Fin Fase 7			963-655	1026-84

ANÁLISIS
OVERLAPPED
PHASES
EN SELECCIÓN DE
YACIMIENTOS



Phase Megalitismo Duero

Sequence Fase 3

Boundary Inicio Fase 3



R_Combine MEROUÇOS-Atrio



R_Date MIRADERO-Nv. sepulcral



R_Combine CH.PARADA I-Anillo inf.



R_Combine SIMA-UE 10



R_Date TARAYUELA-UE 6



R_Combine CH.PARADA I-Nv. infrat.



R_Date ALAGOA-Corredor



R_Date OUT.ANTE III-Túmulo



R_Date MADORRAS-Nv. 3d



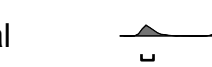
R_Date PICOTO VASCO-Entrada cámara



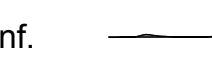
R_Date TARAYUELA-UE 7



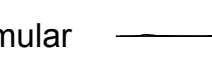
R_Combine VELILLA-Nv. sepulcral



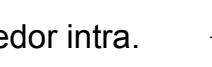
R_Date CASTENAIROS-Cámara inf.



R_Date CH.PARADA I-Nv. infratumular



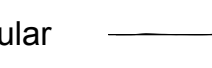
R_Combine CASTENAIROS-Corredor intra.



R_Date CASTELO-Túmulo sup.



R_Date MADORRAS-Nv. infratumular



R_Date MIRADERO-Costra de cal



Boundary Fin Fase 3



Sequence Fase 4

Boundary Inicio Fase 4



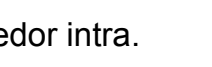
R_Date MEROUÇOS-Atrio



R_Combine VELILLA-Nv. sepulcral



R_Combine CASTENAIROS-Corredor intra.



R_Date ARROYAL-UE 39



R_Date MADORRAS-Atrio



R_Combine CASTELO-Corredor intra.



R_Date CH.PARADA I-Periferia



4500

4000

3500

3000

2500

Modelled date (BC)

Phase Megalitismo Duero

Sequence Fase 5

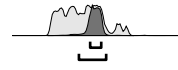
Boundary Inicio Fase 5



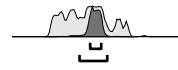
R_Date CH.PARADA I-Atrio



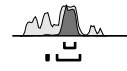
R_Date ARROYAL-UE 25



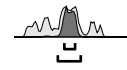
R_Date CASTELO-Vest_bulo



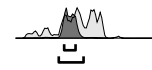
R_Combine SIMA-UE 18



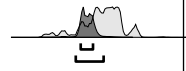
R_Combine ARROYAL-UE 25



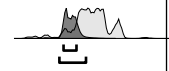
R_Date ARROYAL-UE 19



R_Date ALAGOA-Túmulo sup.



R_Date CASTELO-Túmulo sup.



Boundary Fin Fase 5

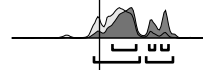


Sequence Fase 6

Boundary Inicio Fase 6



R_Date MIRADERO-Inhumac. túmulo



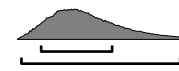
R_Date MADORRAS-Fosa túmulo



R_Combine CASTENAIROS-Atrio perif.

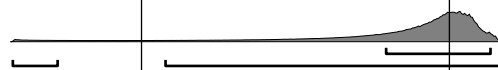


Boundary Fin Fase 6

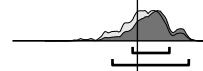


Sequence Fase 7

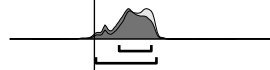
Boundary Inicio Fase 7



R_Date RAPADOURO I-Nv. sepulcral



R_Date CABRITOS I-Fosa túmulo



Boundary Fin Fase 7



4000

3000

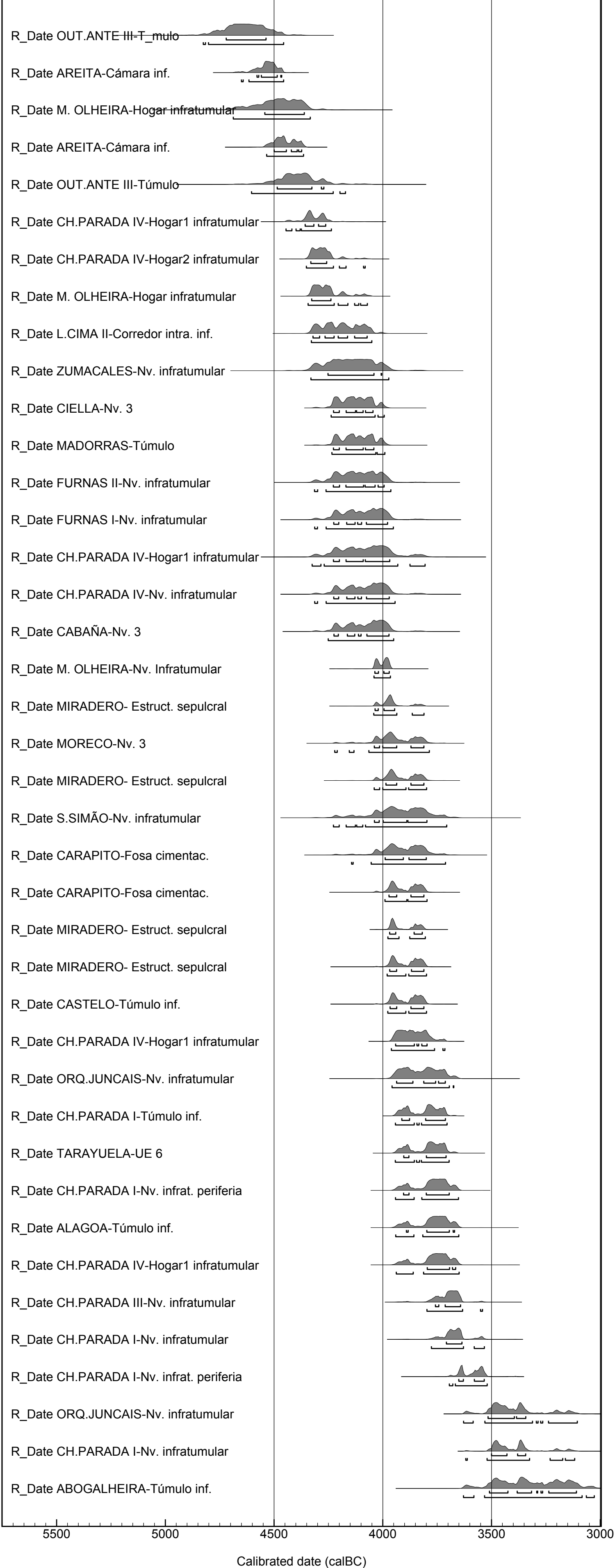
2000

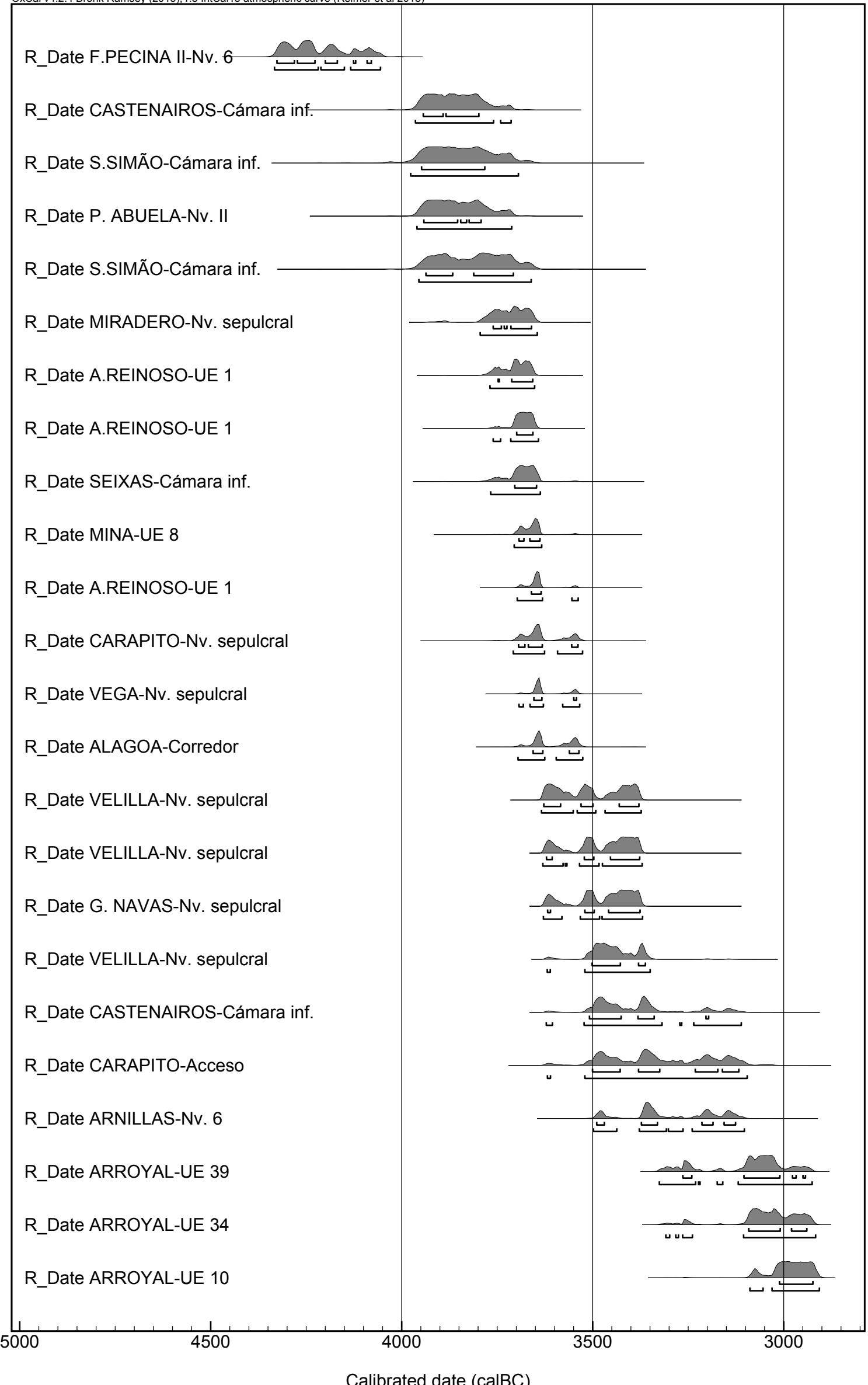
1000

1BC/1AD

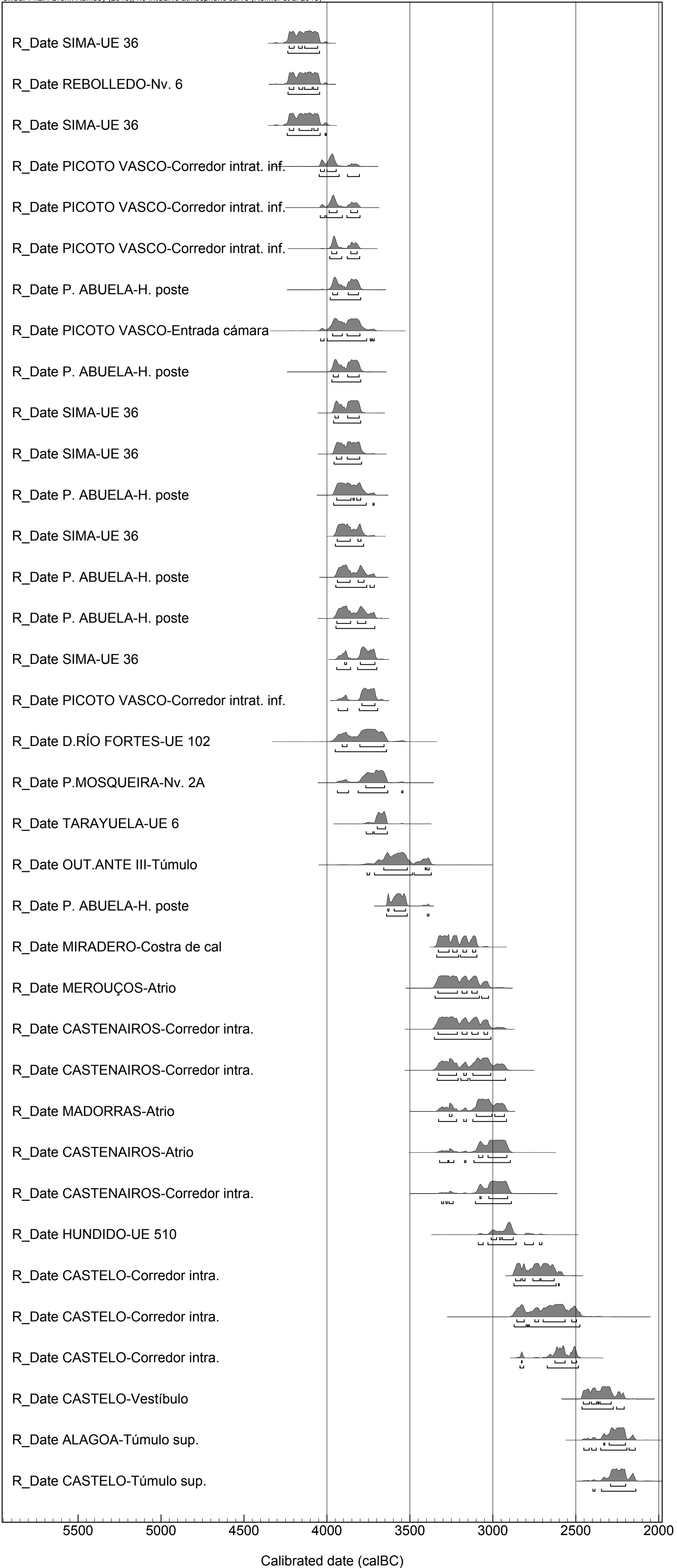
Modelled date (BC/AD)

**GRÁFICOS DE
CURVAS DE
CALIBRACIÓN POR
“TIPO DE EVENTO”**

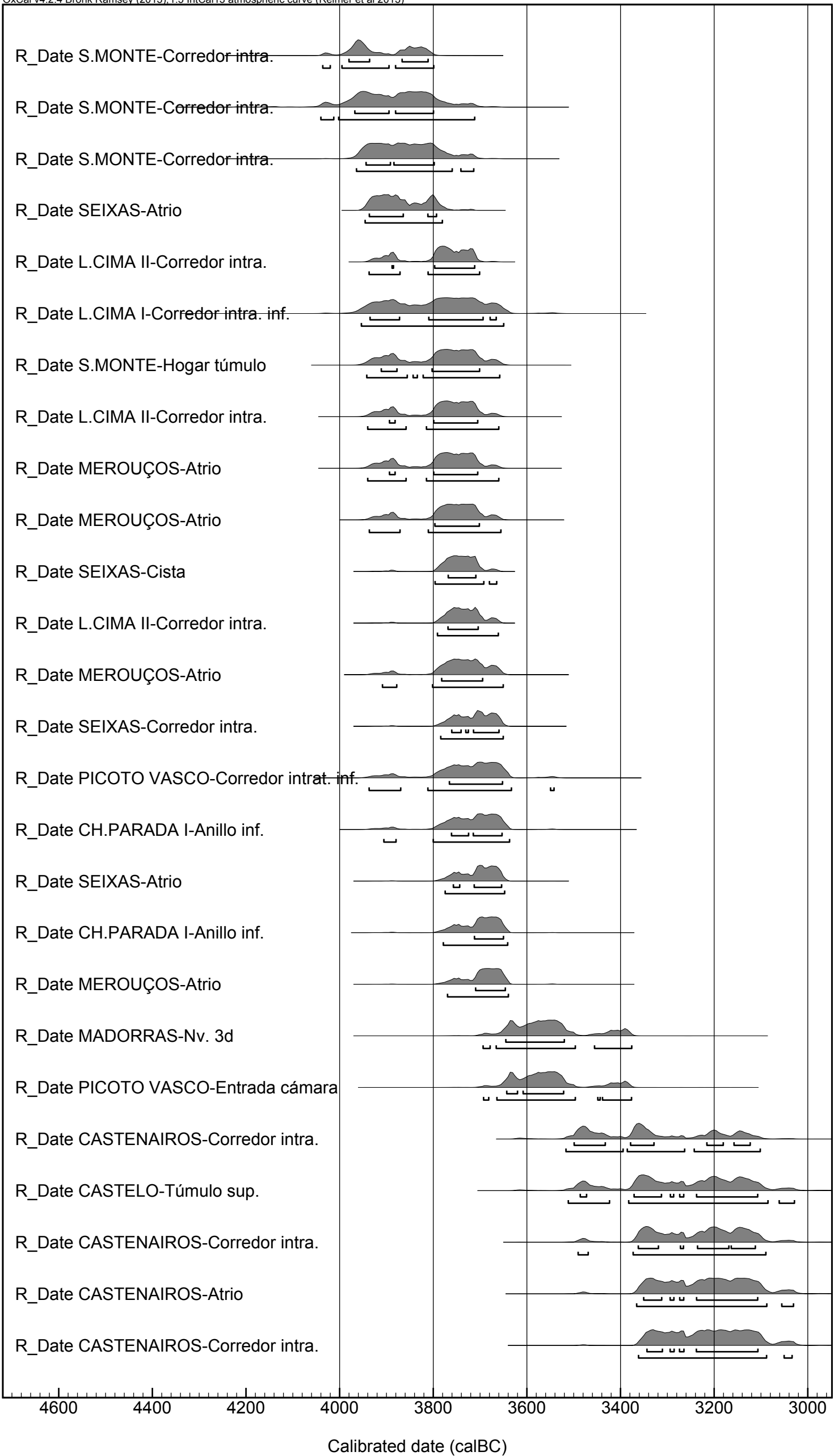


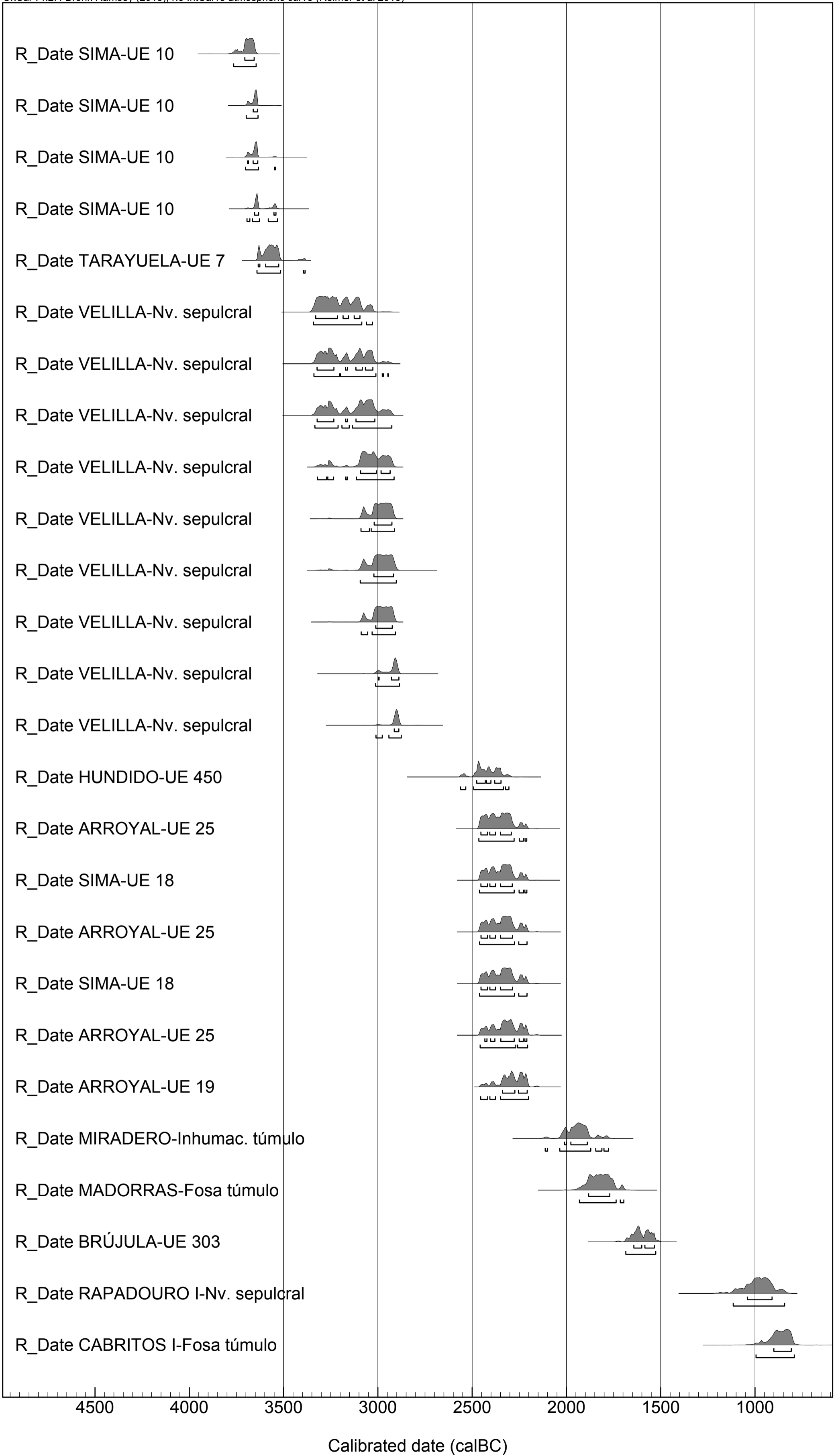


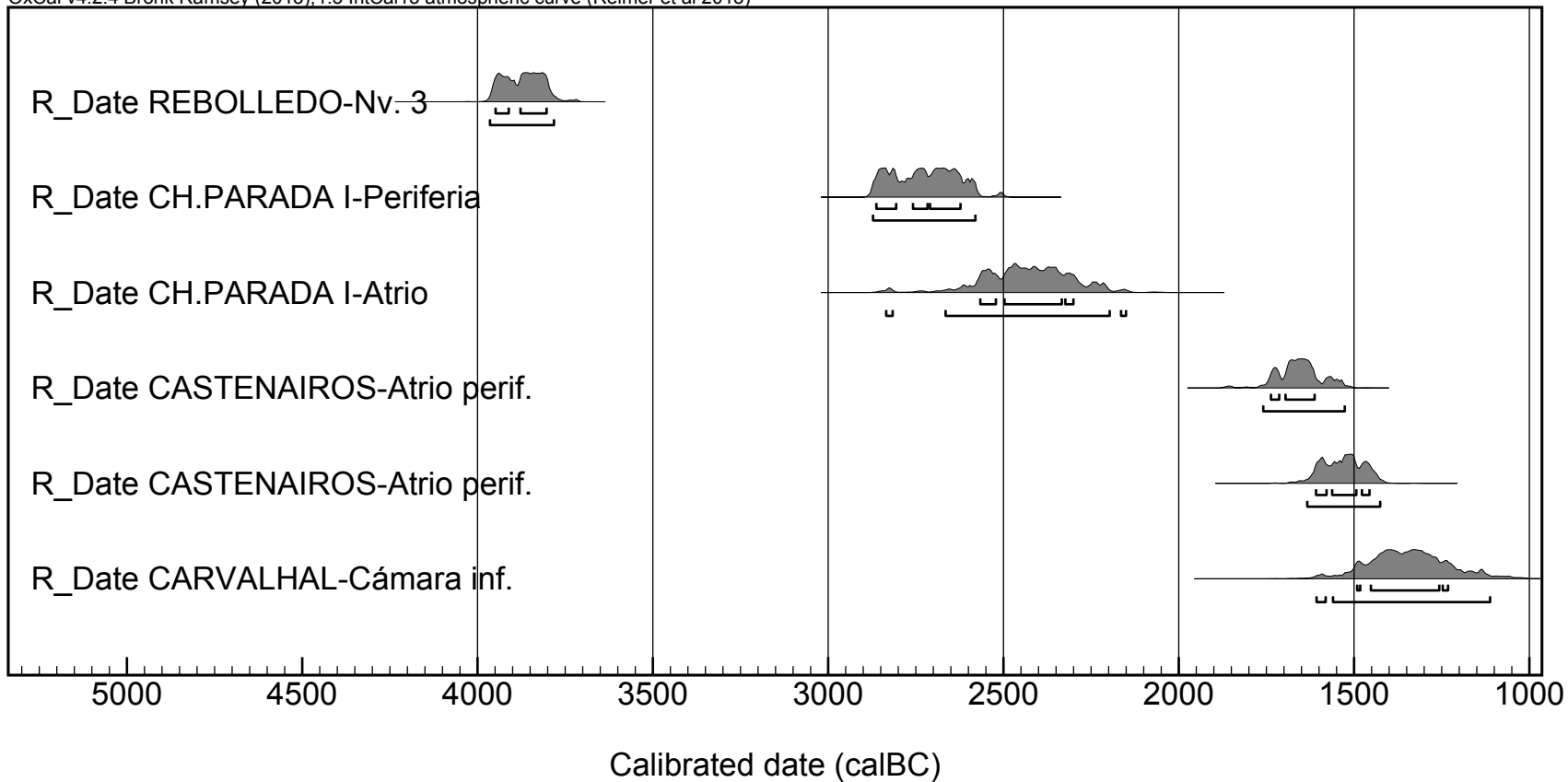
Calibrated date (calBC)



Calibrated date (calBC)







ANEXO 5

GRÁFICOS ESTADÍSTICA INFERENCIAL

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	287,121	20	,000
Razón de verosimilitudes	296,665	20	,000
Asociación lineal por lineal	136,749	1	,000
N de casos válidos	321		

Medidas simétricas

	Valor	Error típ. asint.	T aproximada	Sig. aproximada
Intervalo por intervalo R de Pearson	,654	,033	15,429	,000
Ordinal por ordinal Correlación de Spearman	,569	,044	12,348	,000
N de casos válidos	321			

Análisis de Correlaciones. Variables: Fases de uso-Prácticas asociadas

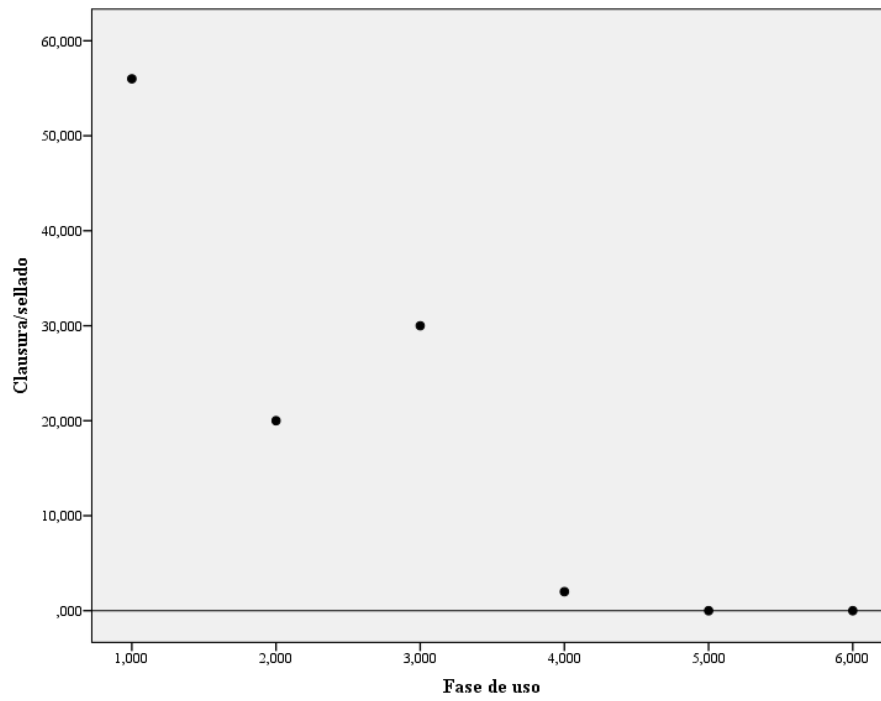
Estadísticos descriptivos

	Media	Desviación típica	N
Fase_uso	3,50	1,871	6
CLAUS	18,00	22,343	6
REMOD	13,83	18,389	6
MANTENIM	7,17	9,683	6
ALTERAC	7,00	7,183	6
FUN	7,50	7,714	6

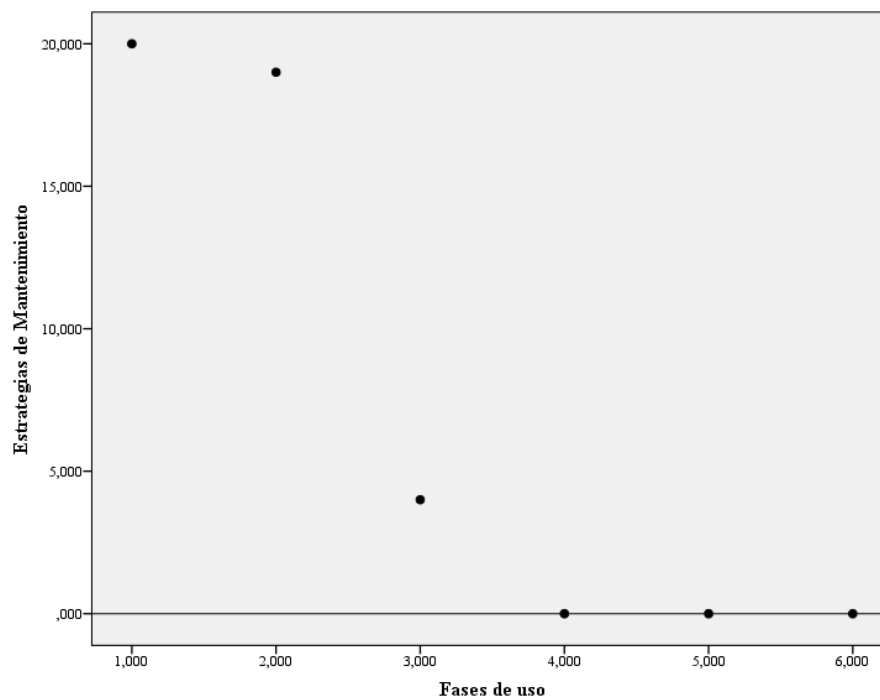
Correlaciones

		Fase_uso	CLAUS	REMOD	MANTENIM	ALTERAC	FUN
Fase_uso	Correlación de Pearson	1	-,880	-,642	-,889	,521	,409
	Sig. (bilateral)		,021	,169	,018	,289	,421
CLAUS	Correlación de Pearson	-,880	1	,373	,782	-,668	-,687
	Sig. (bilateral)	,021		,467	,066	,147	,132
REMOD	Correlación de Pearson	-,642	,373	1	,734	-,516	-,349
	Sig. (bilateral)	,169	,467		,097	,294	,498
MANTENIM	Correlación de Pearson	-,889	,782	,734	1	-,699	-,537
	Sig. (bilateral)	,018	,066	,097		,123	,272
ALTERAC	Correlación de Pearson	,521	-,668	-,516	-,699	1	,924
	Sig. (bilateral)	,289	,147	,294	,123		,008
FUN	Correlación de Pearson	,409	-,687	-,349	-,537	,924	1
	Sig. (bilateral)	,421	,132	,498	,272	,008	

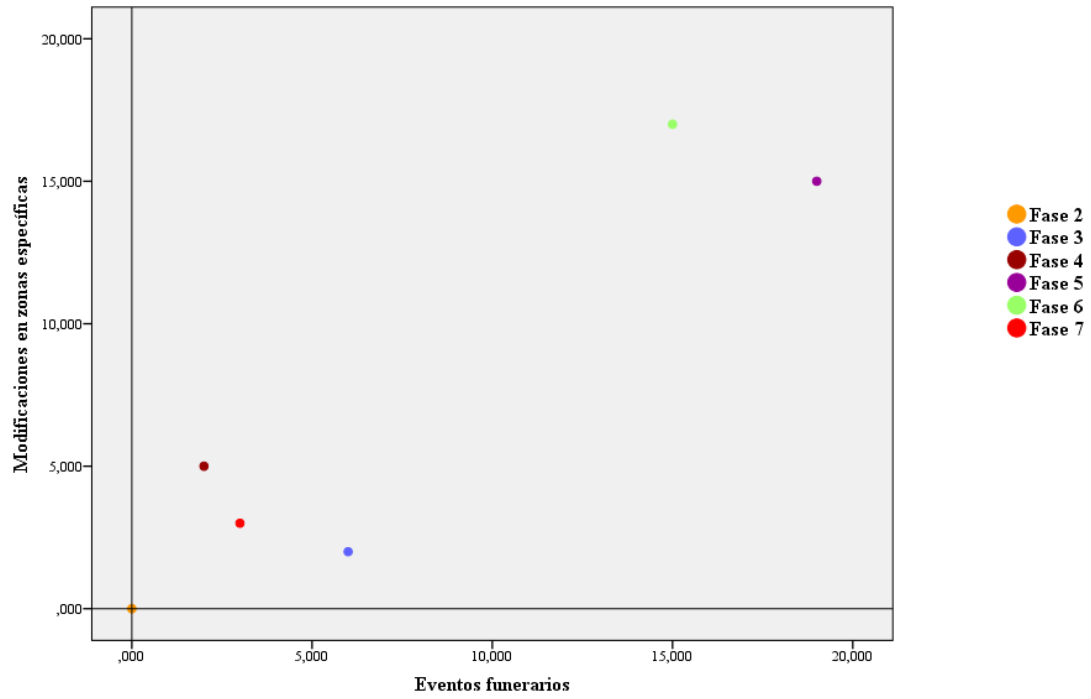
Análisis Correlación. Variables: Fases de uso-Práctica de Clausura/sellado



Análisis Correlación. Variables: Fases de uso-Estrategias de mantenimiento



Análisis Correlación. Variables: Eventos funerarios-Modificaciones arquitectónicas en zonas específicas



Análisis Factorial de Componentes Principales. Fases de uso-Prácticas asociadas

Estadísticos descriptivos

	Media	Desviación típica	N del análisis
CLAUS	18,00	22,343	6
REMOD	13,83	18,389	6
MANTENIM	7,17	9,683	6
ALTERAC	7,00	7,183	6
FUN	7,50	7,714	6

KMO y prueba de Bartlett

Medida de adecuación muestral de Kaiser-Meyer-Olkin.	,531
Chi-cuadrado aproximado	13,559
Prueba de esfericidad de Bartlett	10
Sig.	,194

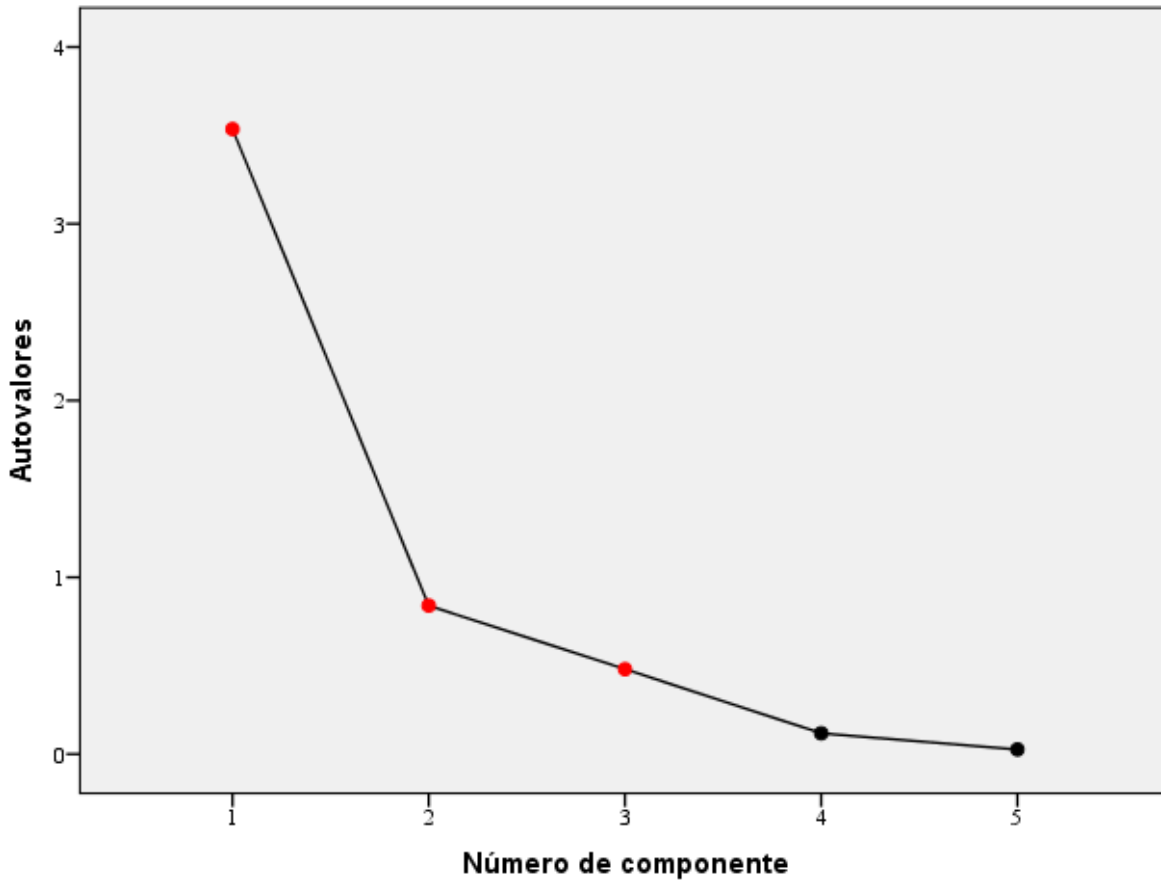
Comunalidades

	Inicial	Extracción
CLAUS	1,000	,976
REMOD	1,000	,977
MANTENIM	1,000	,954
ALTERAC	1,000	,969
FUN	1,000	,981

Varianza total explicada

Componen te	Autovalores iniciales			Sumas de las saturaciones al cuadrado de la extracción			Suma de las saturaciones al cuadrado de la rotación		
	Total	% de la varianza	% acumulado	Total	% de la varianza	% acumulado	Total	% de la varianza	% acumulado
	1	3,536	70,711	70,711	3,536	70,711	70,711	1,913	38,269
2	,840	16,797	87,508	,840	16,797	87,508	1,472	29,440	67,709
3	,481	9,611	97,119	,481	9,611	97,119	1,471	29,410	97,119
4	,118	2,356	99,475						
5	,026	,525	100,000						

Gráfico de sedimentación



Matriz de componentes

	Componente		
	1	2	3
CLAUS	,846	-,161	,483
REMOD	,685	,665	-,255
MANTENIM	,891	,323	,235
ALTERAC	-,916	,240	,268
FUN	-,846	,458	,234

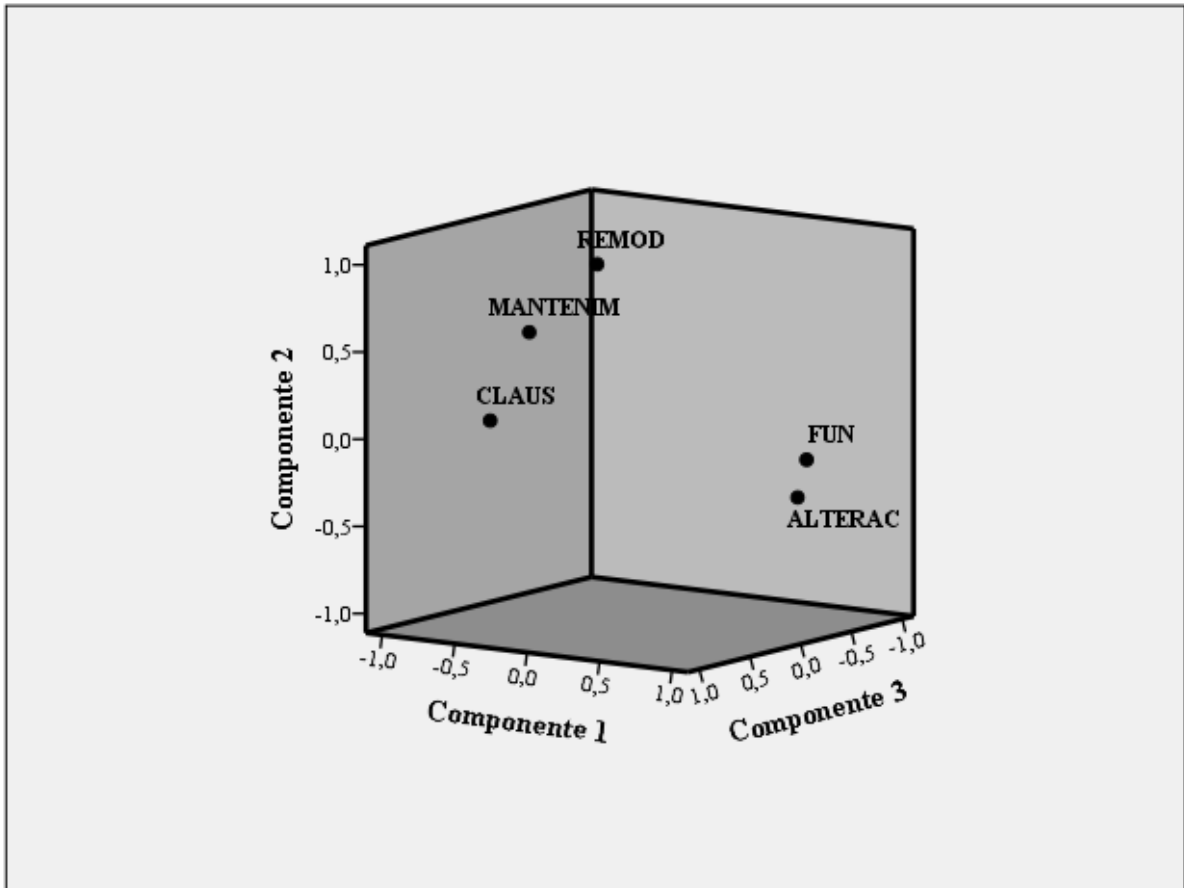
Matriz de componentes rotados

	Componente		
	1	2	3
CLAUS	-,413	,145	,886
REMOD	-,189	,958	,150
MANTENIM	-,283	,636	,685
ALTERAC	,870	-,339	-,312
FUN	,933	-,116	-,310

Matriz de transformación de las componentes

Componente	1	2	3
1	-,656	,496	,569
2	,578	,815	-,045
3	,486	-,299	,821

Gráfico de componentes en espacio rotado



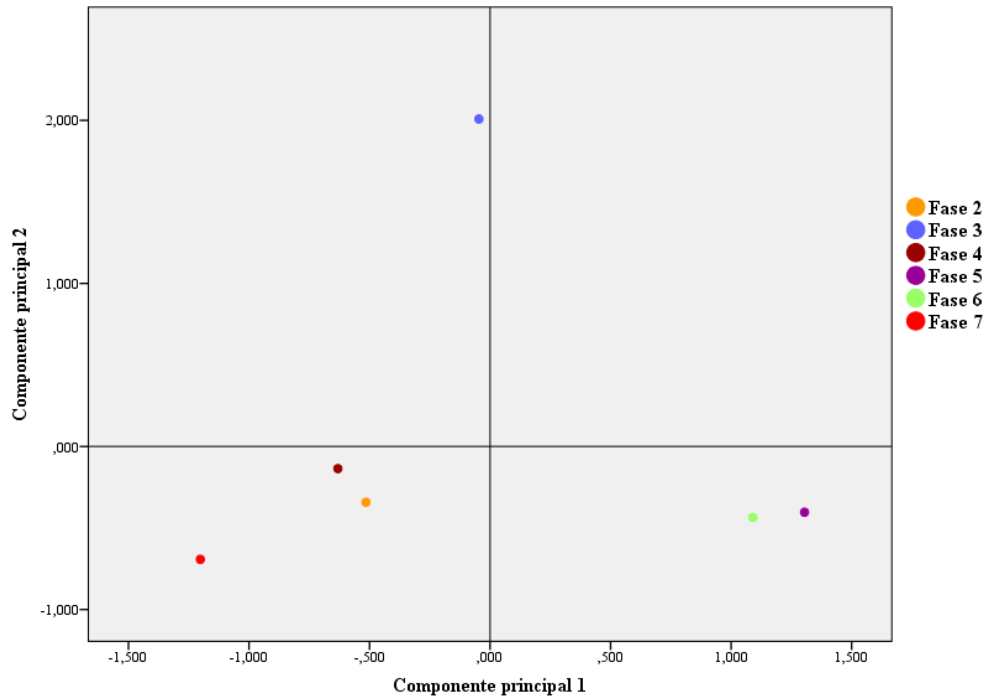
Matriz de coeficientes para el cálculo de las puntuaciones en las componentes

	Componente		
	1	2	3
CLAUS	,222	-,338	,971
REMOD	,072	,900	-,362
MANTENIM	,295	,293	,527
ALTERAC	,606	-,062	,298
FUN	,709	,180	,238

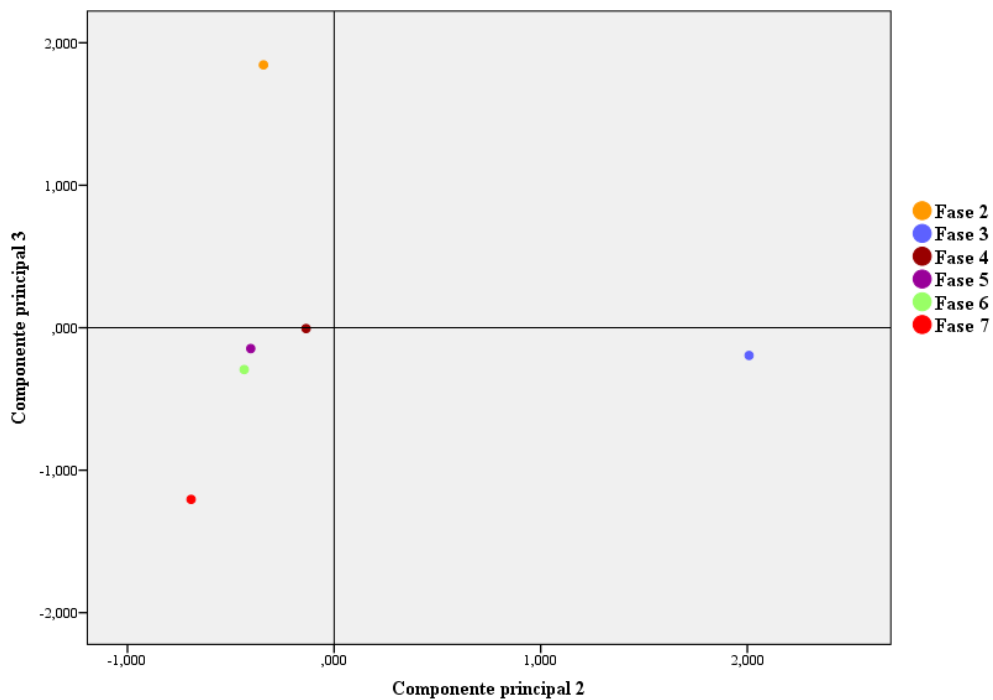
Matriz de covarianza de las puntuaciones de las componentes

Componente	1	2	3
1	1,000	,000	,000
2	,000	1,000	,000
3	,000	,000	1,000

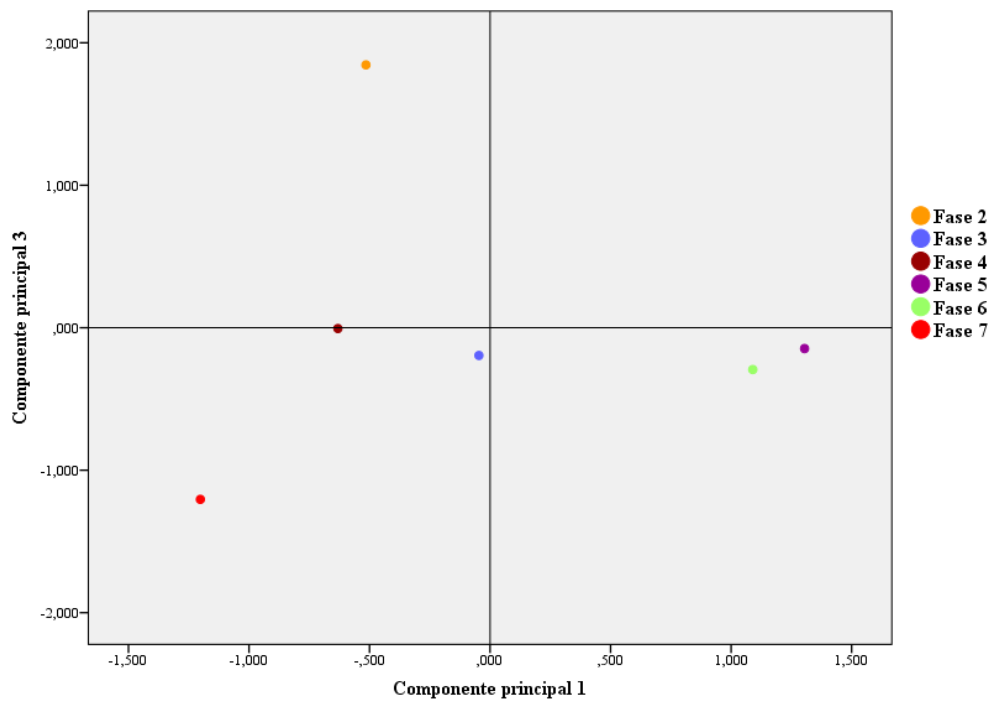
ACP. Fases de uso-Prácticas asociadas. Variables:
Componente principal 1-Componente principal 2



ACP. Fases de uso-Prácticas asociadas. Variables: Componente principal
2-Componente principal 3



ACP. Fases de uso-Prácticas asociadas. Variables: Componente principal 1-Componente principal 3



Análisis Factorial de Correspondencias Simple. Variables: Fases de uso funerario-Prácticas asociadas

Tabla de correspondencias

Fase de uso	Prácticas asociadas										
	Fun1	Fun2	Fun3	Fun4	Fun5	Fun1+Cl 3	Fun1+Co mp	Fun1+Comp +Remod	Fun4+Cl 7	Indeterminad o	Margen activo
Fase 3	1	1	0	0	0	1	1	2	0	0	6
Fase 4	0	0	1	1	0	0	0	0	0	0	2
Fase 5	0	1	9	5	1	0	0	0	1	2	19
Fase 6	0	5	1	8	0	0	0	0	0	1	15
Fase 7	0	1	2	0	0	0	0	0	0	0	3
Margen activo	1	8	13	14	1	1	1	2	1	3	45

Resumen

Dimensión	Valor propio	Inercia	Chi-cuadrado	Sig.	Proporción de inercia		Confianza para el Valor propio	
					Explicada	Acumulada	Desviación típica	Correlación
1	,914	,836			,687	,687	,070	,124
2	,540	,292			,240	,926	,112	
3	,262	,069			,056	,983		
4	,145	,021			,017	1,000		
Total		1,217	54,763	,023	1,000	1,000		

Examen de los puntos de fila

Fase de uso	Masa	Puntuación en la dimensión		Inercia	Contribución				
		1	2		De los puntos a la inercia de la dimensión		De la dimensión a la inercia del punto		Total
					1	2	1	2	
Fase 3	,133	-2,429	,143	,721	,861	,005	,998	,002	1,000
Fase 4	,044	,460	,235	,030	,010	,005	,289	,045	,334
Fase 5	,422	,452	,643	,182	,094	,324	,433	,519	,952
Fase 6	,333	,274	-1,011	,207	,027	,631	,111	,888	,999
Fase 7	,067	,319	,538	,078	,007	,036	,080	,134	,214
Total activo	1,000			1,217	1,000	1,000			

Examen de los puntos columna

Prácticas asociadas	Masa	Puntuación en la dimensión		Inercia	Contribución				
		1	2		De los puntos a la inercia de la dimensión		De la dimensión a la inercia del punto		Total
					1	2	1	2	
Fun1	,022	-2,657	,266	,144	,172	,003	,993	,006	,999
Fun2	,178	-,039	-,864	,100	,000	,246	,003	,719	,721
Fun3	,289	,458	,867	,185	,066	,403	,299	,634	,932
Fun4	,311	,384	-,613	,123	,050	,217	,340	,512	,852
Fun5	,022	,494	1,191	,030	,006	,058	,163	,560	,723
Fun1+CI3	,022	-2,657	,266	,144	,172	,003	,993	,006	,999
Fun1+Comp	,022	-2,657	,266	,144	,172	,003	,993	,006	,999
Fun1+Comp+Remo d	,044	-2,657	,266	,289	,343	,006	,993	,006	,999
Fun4+CI7	,022	,494	1,191	,030	,006	,058	,163	,560	,723
Indeterminado	,067	,429	,170	,026	,013	,004	,437	,040	,477
Total activo	1,000			1,217	1,000	1,000			

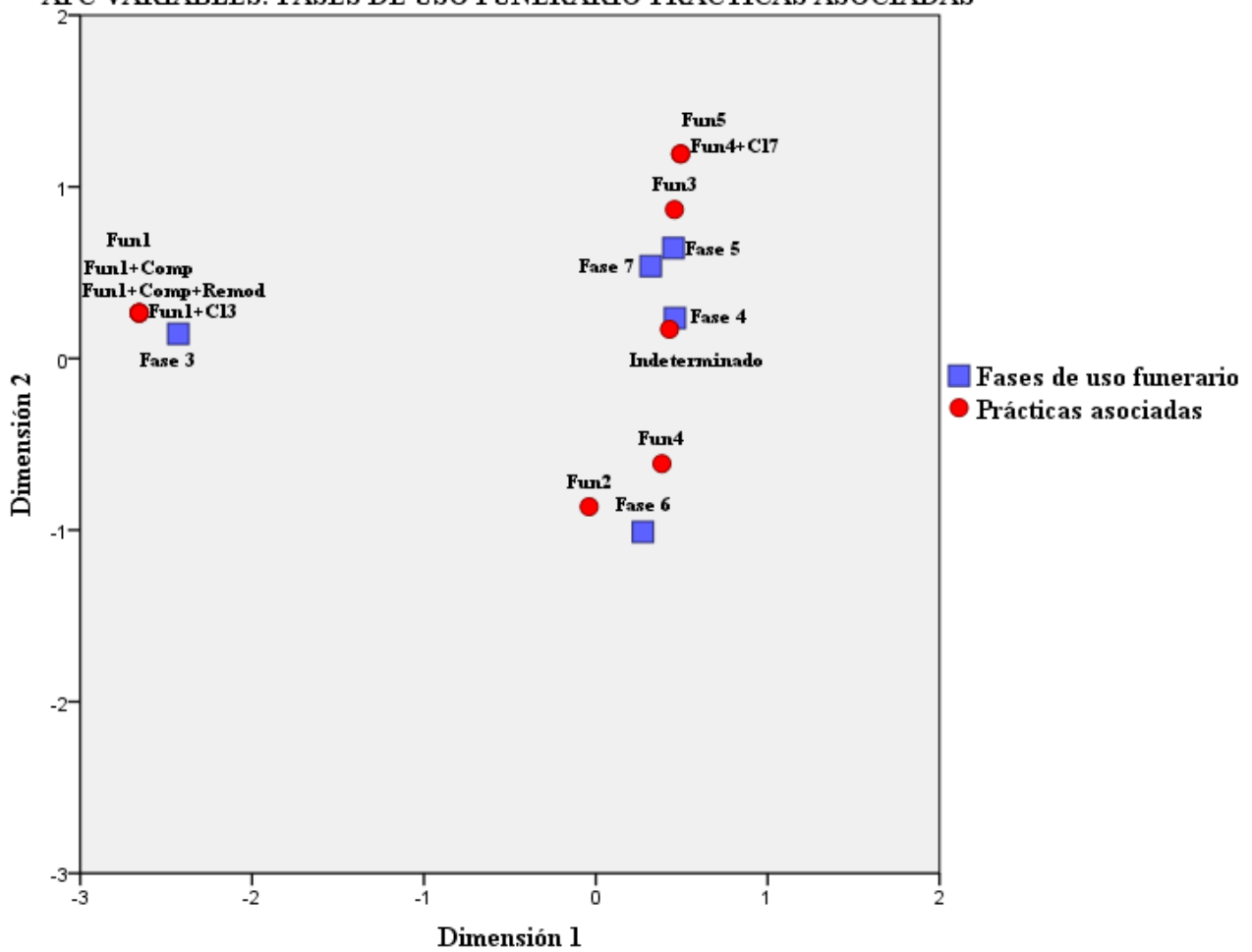
Confianza para Puntos de fila

Fase de uso	Desviación típica en la dimensión		Correlación
	1	2	1-2
Fase 3	,540	,204	,365
Fase 4	,329	1,052	,231
Fase 5	,113	,200	-,054
Fase 6	,184	,170	,389
Fase 7	,262	1,101	,705

Confianza para Puntos de columna

Prácticas asociadas	Desviación típica en la dimensión		Correlación
	1	2	1-2
Fun1	,556	,301	,224
Fun2	,464	,483	-,202
Fun3	,143	,270	-,023
Fun4	,121	,362	,127
Fun5	,313	,742	,357
Fun1+CI3	,556	,301	,224
Fun1+Comp	,556	,301	,224
Fun1+Comp+Remod	,556	,301	,224
Fun4+CI7	,313	,742	,357
Indeterminado	,179	,566	,579

AFC VARIABLES: FASES DE USO FUNERARIO-PRÁCTICAS ASOCIADAS



Tablas de contingencia. Variable principal: Fases de uso funerario

Resumen del procesamiento de los casos

	Casos					
	Válidos		Perdidos		Total	
	N	Porcentaje	N	Porcentaje	N	Porcentaje
Fase de uso * Contexto de reutilización	2994	100,0%	0	0,0%	2994	100,0%
Fase de uso * Prácticas asociadas	2994	100,0%	0	0,0%	2994	100,0%
Fase de uso * Tipo arquitectónico	2994	100,0%	0	0,0%	2994	100,0%
Fase de uso * Cerámica decorada	2994	100,0%	0	0,0%	2994	100,0%
Fase de uso * Cerámica Lisa	2994	100,0%	0	0,0%	2994	100,0%
Fase de uso * Lítica Tallada	2994	100,0%	0	0,0%	2994	100,0%
Fase de uso * Lítica Pulimentada	2994	100,0%	0	0,0%	2994	100,0%
Fase de uso * Elementos de adorno	2994	100,0%	0	0,0%	2994	100,0%
Fase de uso * Elementos metálicos	2994	100,0%	0	0,0%	2994	100,0%
Fase de uso * Artefactos simbólicos/Idoliformes	2994	100,0%	0	0,0%	2994	100,0%

Variables: Fases de uso funerario-Tipos arquitectónicos

Tabla de contingencia

		Tipo arquitectónico					Total	
		SC	CS	TS	RD	TC		TH
Fase 3	Recuento	0	77	276	40	137	0	530
	% dentro de Fase de uso	0,0%	14,5%	52,1%	7,5%	25,8%	0,0%	100,0%
	% dentro de Tipo arquitectónico	0,0%	13,5%	28,1%	50,6%	60,9%	0,0%	17,7%
	% del total	0,0%	2,6%	9,2%	1,3%	4,6%	0,0%	17,7%
Fase 4	Recuento	53	0	91	0	0	0	144
	% dentro de Fase de uso	36,8%	0,0%	63,2%	0,0%	0,0%	0,0%	100,0%
	% dentro de Tipo arquitectónico	5,1%	0,0%	9,3%	0,0%	0,0%	0,0%	4,8%
	% del total	1,8%	0,0%	3,0%	0,0%	0,0%	0,0%	4,8%
Fase de uso Fase 5	Recuento	480	0	264	39	46	90	919
	% dentro de Fase de uso	52,2%	0,0%	28,7%	4,2%	5,0%	9,8%	100,0%
	% dentro de Tipo arquitectónico	45,8%	0,0%	26,9%	49,4%	20,4%	100,0%	30,7%
	% del total	16,0%	0,0%	8,8%	1,3%	1,5%	3,0%	30,7%
Fase 6	Recuento	477	314	181	0	42	0	1014
	% dentro de Fase de uso	47,0%	31,0%	17,9%	0,0%	4,1%	0,0%	100,0%
	% dentro de Tipo arquitectónico	45,5%	55,1%	18,4%	0,0%	18,7%	0,0%	33,9%
	% del total	15,9%	10,5%	6,0%	0,0%	1,4%	0,0%	33,9%
Fase 7	Recuento	38	179	170	0	0	0	387
	% dentro de Fase de uso	9,8%	46,3%	43,9%	0,0%	0,0%	0,0%	100,0%
	% dentro de Tipo arquitectónico	3,6%	31,4%	17,3%	0,0%	0,0%	0,0%	12,9%
	% del total	1,3%	6,0%	5,7%	0,0%	0,0%	0,0%	12,9%
Total	Recuento	1048	570	982	79	225	90	2994
	% dentro de Fase de uso	35,0%	19,0%	32,8%	2,6%	7,5%	3,0%	100,0%
	% dentro de Tipo arquitectónico	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
	% del total	35,0%	19,0%	32,8%	2,6%	7,5%	3,0%	100,0%

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	1600,371	20	,000
Razón de verosimilitudes	1925,028	20	,000
Asociación lineal por lineal	339,901	1	,000
N de casos válidos	2994		

Medidas simétricas

	Valor	Error típ. asint.	T aproximada	Sig. aproximada
Intervalo por intervalo R de Pearson	-,337	,013	-19,579	,000
Ordinal por ordinal Correlación de Spearman	-,295	,016	-16,915	,000
N de casos válidos	2994			

Variables: Fases de uso funerario-Contextos de reutilización

Tabla de contingencia

		Contexto de reutilización								Total
		Cámara	Accesos	Túmulo	Periferia	Cámara+Túmulo	Cámara+Accesos	Cámara+Accesos+ Túmulo	Indeterminado	
		Recuento	393	0	137	0	0	0	0	
	% dentro de Fase de uso	74,2%	0,0%	25,8%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100,0%
Fase 3	% dentro de Contexto de reutilización	29,8%	0,0%	14,3%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	17,7%
	% del total	13,1%	0,0%	4,6%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	17,7%
	Recuento	144	0	0	0	0	0	0	0	144
	% dentro de Fase de uso	100,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100,0%
Fase 4	% dentro de Contexto de reutilización	10,9%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	4,8%
	% del total	4,8%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	4,8%
	Recuento	289	176	150	0	170	102	14	18	919
	% dentro de Fase de uso	31,4%	19,2%	16,3%	0,0%	18,5%	11,1%	1,5%	2,0%	100,0%
Fase de uso Fase 5	% dentro de Contexto de reutilización	21,9%	100,0%	15,6%	0,0%	68,8%	100,0%	100,0%	94,7%	30,7%
	% del total	9,7%	5,9%	5,0%	0,0%	5,7%	3,4%	0,5%	0,6%	30,7%
	Recuento	324	0	456	156	77	0	0	1	1014
	% dentro de Fase de uso	32,0%	0,0%	45,0%	15,4%	7,6%	0,0%	0,0%	0,1%	100,0%
Fase 6	% dentro de Contexto de reutilización	24,5%	0,0%	47,5%	100,0%	31,2%	0,0%	0,0%	5,3%	33,9%
	% del total	10,8%	0,0%	15,2%	5,2%	2,6%	0,0%	0,0%	0,0%	33,9%
	Recuento	170	0	217	0	0	0	0	0	387
	% dentro de Fase de uso	43,9%	0,0%	56,1%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100,0%
Fase 7	% dentro de Contexto de reutilización	12,9%	0,0%	22,6%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	12,9%
	% del total	5,7%	0,0%	7,2%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	12,9%
	Recuento	1320	176	960	156	247	102	14	19	2994
	% dentro de Fase de uso	44,1%	5,9%	32,1%	5,2%	8,2%	3,4%	0,5%	0,6%	100,0%
Total	% dentro de Contexto de reutilización	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
	% del total	44,1%	5,9%	32,1%	5,2%	8,2%	3,4%	0,5%	0,6%	100,0%

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	1729,453	28	,000
Razón de verosimilitudes	1855,015	28	,000
Asociación lineal por lineal	122,205	1	,000
N de casos válidos	2994		

Medidas simétricas

	Valor	Error típ. asint.	T aproximada	Sig. aproximada
Intervalo por intervalo R de Pearson	,202	,014	11,286	,000
Ordinal por ordinal Correlación de Spearman	,212	,017	11,867	,000
N de casos válidos	2994			

*

Variables: Fases de uso funerario-Prácticas asociadas

Tabla de contingencia

		Prácticas asociadas									Total	
		Fun1	Fun2	Fun3	Fun4	Fun5	Fun1+Cl	Fun1+Com	Fun1+Comp+	Fun4+Cl		Indeterminado
							3	p	Remod	7		
Fase 3	Recuento	40	137	0	0	0	139	77	137	0	0	530
	% dentro de Fase de uso	7,5%	25,8%	0,0%	0,0%	0,0%	26,2%	14,5%	25,8%	0,0%	0,0%	100,0%
	% dentro de Prácticas asociadas	100,0%	25,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100,0%	100,0%	100,0%	0,0%	0,0%	17,7%
	% del total	1,3%	4,6%	0,0%	0,0%	0,0%	4,6%	2,6%	4,6%	0,0%	0,0%	17,7%
Fase 4	Recuento	0	0	91	53	0	0	0	0	0	0	144
	% dentro de Fase de uso	0,0%	0,0%	63,2%	36,8%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100,0%
	% dentro de Prácticas asociadas	0,0%	0,0%	10,5%	4,9%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	4,8%
	% del total	0,0%	0,0%	3,0%	1,8%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	4,8%
Fase 5	Recuento	0	46	507	256	39	0	0	0	53	18	919
	% dentro de Fase de uso	0,0%	5,0%	55,2%	27,9%	4,2%	0,0%	0,0%	0,0%	5,8%	2,0%	100,0%
	% dentro de Prácticas asociadas	0,0%	8,4%	58,5%	23,8%	100,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100,0%	94,7%	30,7%
	% del total	0,0%	1,5%	16,9%	8,6%	1,3%	0,0%	0,0%	0,0%	1,8%	0,6%	30,7%
Fase 6	Recuento	0	186	61	766	0	0	0	0	0	1	1014
	% dentro de Fase de uso	0,0%	18,3%	6,0%	75,5%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,1%	100,0%
	% dentro de Prácticas asociadas	0,0%	33,9%	7,0%	71,3%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	5,3%	33,9%
	% del total	0,0%	6,2%	2,0%	25,6%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	33,9%
Fase 7	Recuento	0	179	208	0	0	0	0	0	0	0	387
	% dentro de Fase de uso	0,0%	46,3%	53,7%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	100,0%
	% dentro de Prácticas asociadas	0,0%	32,7%	24,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	12,9%
	% del total	0,0%	6,0%	6,9%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	0,0%	12,9%
Total	Recuento	40	548	867	1075	39	139	77	137	53	19	2994
	% dentro de Fase de uso	1,3%	18,3%	29,0%	35,9%	1,3%	4,6%	2,6%	4,6%	1,8%	0,6%	100,0%
	% dentro de Prácticas asociadas	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%	100,0%
	% del total	1,3%	18,3%	29,0%	35,9%	1,3%	4,6%	2,6%	4,6%	1,8%	0,6%	100,0%

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	3854,103	36	,000
Razón de verosimilitudes	3796,461	36	,000
Asociación lineal por lineal	517,552	1	,000
N de casos válidos	2994		

Medidas simétricas

		Valor	Error típ. asint.	T aproximada	Sig. aproximada
Intervalo por intervalo	R de Pearson	-,416	,020	-25,011	,000
Ordinal por ordinal	Correlación de Spearman	-,277	,021	-15,759	,000
N de casos válidos		2994			

Variables: Fases de uso funerario-Cerámica decorada

Tabla de contingencia

		Cerámica decorada		Total
		Sí	No	
	Recuento	169	361	530
	% dentro de Fase de uso	31,9%	68,1%	100,0%
Fase 3	% dentro de Cerámica decorada	10,6%	25,8%	17,7%
	% del total	5,6%	12,1%	17,7%
	Recuento	53	91	144
	% dentro de Fase de uso	36,8%	63,2%	100,0%
Fase 4	% dentro de Cerámica decorada	3,3%	6,5%	4,8%
	% del total	1,8%	3,0%	4,8%
	Recuento	919	0	919
	% dentro de Fase de uso	100,0%	0,0%	100,0%
Fase de uso Fase 5	% dentro de Cerámica decorada	57,7%	0,0%	30,7%
	% del total	30,7%	0,0%	30,7%
	Recuento	414	600	1014
	% dentro de Fase de uso	40,8%	59,2%	100,0%
Fase 6	% dentro de Cerámica decorada	26,0%	42,8%	33,9%
	% del total	13,8%	20,0%	33,9%
	Recuento	38	349	387
	% dentro de Fase de uso	9,8%	90,2%	100,0%
Fase 7	% dentro de Cerámica decorada	2,4%	24,9%	12,9%
	% del total	1,3%	11,7%	12,9%
	Recuento	1593	1401	2994
	% dentro de Fase de uso	53,2%	46,8%	100,0%
Total	% dentro de Cerámica decorada	100,0%	100,0%	100,0%
	% del total	53,2%	46,8%	100,0%

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	1275,559	4	,000
Razón de verosimilitudes	1665,277	4	,000
Asociación lineal por lineal	38,198	1	,000
N de casos válidos	2994		

Medidas simétricas

		Valor	Error típ. asint.	T aproximada	Sig. aproximada
Intervalo por intervalo	R de Pearson	,113	,019	6,219	,000
Ordinal por ordinal	Correlación de Spearman	,234	,020	13,167	,000
N de casos válidos		2994			

Variables: Fases de uso funerario-Cerámica Lisa

Tabla de contingencia

		Cerámica Lisa		Total	
		Sí	No		
Fase de uso	Fase 3	Recuento	353	177	530
		% dentro de Fase de uso	66,6%	33,4%	100,0%
		% dentro de Cerámica Lisa	18,9%	15,7%	17,7%
		% del total	11,8%	5,9%	17,7%
	Fase 4	Recuento	91	53	144
		% dentro de Fase de uso	63,2%	36,8%	100,0%
		% dentro de Cerámica Lisa	4,9%	4,7%	4,8%
		% del total	3,0%	1,8%	4,8%
	Fase 5	Recuento	453	466	919
		% dentro de Fase de uso	49,3%	50,7%	100,0%
		% dentro de Cerámica Lisa	24,3%	41,4%	30,7%
		% del total	15,1%	15,6%	30,7%
Fase 6	Recuento	763	251	1014	
	% dentro de Fase de uso	75,2%	24,8%	100,0%	
	% dentro de Cerámica Lisa	40,8%	22,3%	33,9%	
	% del total	25,5%	8,4%	33,9%	
Fase 7	Recuento	208	179	387	
	% dentro de Fase de uso	53,7%	46,3%	100,0%	
	% dentro de Cerámica Lisa	11,1%	15,9%	12,9%	
	% del total	6,9%	6,0%	12,9%	
Total	Recuento	1868	1126	2994	
	% dentro de Fase de uso	62,4%	37,6%	100,0%	
	% dentro de Cerámica Lisa	100,0%	100,0%	100,0%	
	% del total	62,4%	37,6%	100,0%	

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	154,985	4	,000
Razón de verosimilitudes	157,070	4	,000
Asociación lineal por lineal	,281	1	,596
N de casos válidos	2994		

Medidas simétricas

		Valor	Error típ. asint.	T aproximada	Sig. aproximada
Intervalo por intervalo	R de Pearson	-,010	,018	-,530	,596
Ordinal por ordinal	Correlación de Spearman	-,042	,018	-2,281	,023
N de casos válidos		2994			

Variables: Fases de uso funerario-Lítica Tallada

Tabla de contingencia

			Lítica Tallada		Total
			Sí	No	
Fase de uso	Fase 3	Recuento	393	137	530
		% dentro de Fase de uso	74,2%	25,8%	100,0%
		% dentro de Lítica Tallada	42,8%	6,6%	17,7%
		% del total	13,1%	4,6%	17,7%
	Fase 4	Recuento	91	53	144
		% dentro de Fase de uso	63,2%	36,8%	100,0%
		% dentro de Lítica Tallada	9,9%	2,6%	4,8%
		% del total	3,0%	1,8%	4,8%
	Fase 5	Recuento	385	534	919
		% dentro de Fase de uso	41,9%	58,1%	100,0%
		% dentro de Lítica Tallada	41,9%	25,7%	30,7%
		% del total	12,9%	17,8%	30,7%
	Fase 6	Recuento	49	965	1014
		% dentro de Fase de uso	4,8%	95,2%	100,0%
		% dentro de Lítica Tallada	5,3%	46,5%	33,9%
	% del total	1,6%	32,2%	33,9%	
Fase 7	Recuento	0	387	387	
	% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%	
	% dentro de Lítica Tallada	0,0%	18,6%	12,9%	
	% del total	0,0%	12,9%	12,9%	
Total	Recuento	918	2076	2994	
	% dentro de Fase de uso	30,7%	69,3%	100,0%	
	% dentro de Lítica Tallada	100,0%	100,0%	100,0%	
	% del total	30,7%	69,3%	100,0%	

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	1087,041	4	,000
Razón de verosimilitudes	1253,291	4	,000
Asociación lineal por lineal	1012,017	1	,000
N de casos válidos	2994		

Medidas simétricas

	Valor	Error típ. asint.	T aproximada	Sig. aproximada
Intervalo por intervalo R de Pearson	,581	,013	39,096	,000
Ordinal por ordinal Correlación de Spearman	,589	,011	39,897	,000
N de casos válidos	2994			

Variables: Fases de uso funerario-Lítica Pulimentada

Tabla de contingencia

		Lítica Pulimentada		Total
		Sí	No	
	Recuento	214	316	530
	% dentro de Fase de uso	40,4%	59,6%	100,0%
Fase 3	% dentro de Lítica Pulimentada	100,0%	11,4%	17,7%
	% del total	7,1%	10,6%	17,7%
	Recuento	0	144	144
	% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%
Fase 4	% dentro de Lítica Pulimentada	0,0%	5,2%	4,8%
	% del total	0,0%	4,8%	4,8%
	Recuento	0	919	919
	% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%
Fase de uso Fase 5	% dentro de Lítica Pulimentada	0,0%	33,1%	30,7%
	% del total	0,0%	30,7%	30,7%
	Recuento	0	1014	1014
	% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%
Fase 6	% dentro de Lítica Pulimentada	0,0%	36,5%	33,9%
	% del total	0,0%	33,9%	33,9%
	Recuento	0	387	387
	% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%
Fase 7	% dentro de Lítica Pulimentada	0,0%	13,9%	12,9%
	% del total	0,0%	12,9%	12,9%
	Recuento	214	2780	2994
	% dentro de Fase de uso	7,1%	92,9%	100,0%
Total	% dentro de Lítica Pulimentada	100,0%	100,0%	100,0%
	% del total	7,1%	92,9%	100,0%

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	1071,484	4	,000
Razón de verosimilitudes	826,574	4	,000
Asociación lineal por lineal	705,352	1	,000
N de casos válidos	2994		

Medidas simétricas

		Valor	Error típ. asint.	T aproximada	Sig. aproximada
Intervalo por intervalo	R de Pearson	,485	,014	30,373	,000
Ordinal por ordinal	Correlación de Spearman	,411	,013	24,685	,000
N de casos válidos		2994			

Variables: Fases de uso funerario-Elementos de adorno

Tabla de contingencia

		Elementos de adorno		Total	
		Sí	No		
	Recuento	214	316	530	
	% dentro de Fase de uso	40,4%	59,6%	100,0%	
Fase 3	% dentro de Elementos de adorno	22,7%	15,4%	17,7%	
	% del total	7,1%	10,6%	17,7%	
	Recuento	0	144	144	
	% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%	
Fase 4	% dentro de Elementos de adorno	0,0%	7,0%	4,8%	
	% del total	0,0%	4,8%	4,8%	
	Recuento	570	349	919	
	% dentro de Fase de uso	62,0%	38,0%	100,0%	
Fase de uso	Fase 5	% dentro de Elementos de adorno	60,4%	17,0%	30,7%
	% del total	19,0%	11,7%	30,7%	
	Recuento	159	855	1014	
	% dentro de Fase de uso	15,7%	84,3%	100,0%	
Fase 6	% dentro de Elementos de adorno	16,9%	41,7%	33,9%	
	% del total	5,3%	28,6%	33,9%	
	Recuento	0	387	387	
	% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%	
Fase 7	% dentro de Elementos de adorno	0,0%	18,9%	12,9%	
	% del total	0,0%	12,9%	12,9%	
	Recuento	943	2051	2994	
	% dentro de Fase de uso	31,5%	68,5%	100,0%	
Total	% dentro de Elementos de adorno	100,0%	100,0%	100,0%	
	% del total	31,5%	68,5%	100,0%	

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	778,015	4	,000
Razón de verosimilitudes	914,466	4	,000
Asociación lineal por lineal	201,719	1	,000
N de casos válidos	2994		

Medidas simétricas

		Valor	Error típ. asint.	T aproximada	Sig. aproximada
Intervalo por intervalo	R de Pearson	,260	,016	14,705	,000
Ordinal por ordinal	Correlación de Spearman	,324	,015	18,763	,000
N de casos válidos		2994			

Variables: Fases de uso funerario-Elementos metálicos

Tabla de contingencia

		Elementos metálicos		Total	
		Sí	No		
	Recuento	0	530	530	
	% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%	
Fase 3	% dentro de Elementos metálicos	0,0%	21,7%	17,7%	
	% del total	0,0%	17,7%	17,7%	
	Recuento	53	91	144	
	% dentro de Fase de uso	36,8%	63,2%	100,0%	
Fase 4	% dentro de Elementos metálicos	9,5%	3,7%	4,8%	
	% del total	1,8%	3,0%	4,8%	
	Recuento	409	510	919	
	% dentro de Fase de uso	44,5%	55,5%	100,0%	
Fase de uso	Fase 5	% dentro de Elementos metálicos	73,7%	20,9%	30,7%
	% del total	13,7%	17,0%	30,7%	
	Recuento	55	959	1014	
	% dentro de Fase de uso	5,4%	94,6%	100,0%	
Fase 6	% dentro de Elementos metálicos	9,9%	39,3%	33,9%	
	% del total	1,8%	32,0%	33,9%	
	Recuento	38	349	387	
	% dentro de Fase de uso	9,8%	90,2%	100,0%	
Fase 7	% dentro de Elementos metálicos	6,8%	14,3%	12,9%	
	% del total	1,3%	11,7%	12,9%	
	Recuento	555	2439	2994	
	% dentro de Fase de uso	18,5%	81,5%	100,0%	
Total	% dentro de Elementos metálicos	100,0%	100,0%	100,0%	
	% del total	18,5%	81,5%	100,0%	

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	697,747	4	,000
Razón de verosimilitudes	742,467	4	,000
Asociación lineal por lineal	1,286	1	,257
N de casos válidos	2994		

Medidas simétricas

		Valor	Error típ. asint.	T aproximada	Sig. aproximada
Intervalo por intervalo	R de Pearson	,021	,012	1,134	,257
Ordinal por ordinal	Correlación de Spearman	,117	,015	6,461	,000
N de casos válidos		2994			

Variables: Fases de uso funerario-Artefactos simbólicos/Idoliformes

Tabla de contingencia

		Artefactos simbólicos/Idoliformes		Total	
		Sí	No		
Fase de uso	Fase 3	Recuento	122	408	530
		% dentro de Fase de uso	23,0%	77,0%	100,0%
		% dentro de Artefactos simbólicos/Idoliformes	100,0%	14,2%	17,7%
		% del total	4,1%	13,6%	17,7%
	Fase 4	Recuento	0	144	144
		% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%
		% dentro de Artefactos simbólicos/Idoliformes	0,0%	5,0%	4,8%
		% del total	0,0%	4,8%	4,8%
	Fase 5	Recuento	0	919	919
		% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%
		% dentro de Artefactos simbólicos/Idoliformes	0,0%	32,0%	30,7%
		% del total	0,0%	30,7%	30,7%
Fase 6	Recuento	0	1014	1014	
	% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%	
	% dentro de Artefactos simbólicos/Idoliformes	0,0%	35,3%	33,9%	
	% del total	0,0%	33,9%	33,9%	
Fase 7	Recuento	0	387	387	
	% dentro de Fase de uso	0,0%	100,0%	100,0%	
	% dentro de Artefactos simbólicos/Idoliformes	0,0%	13,5%	12,9%	
	% del total	0,0%	12,9%	12,9%	
Total	Recuento	122	2872	2994	
	% dentro de Fase de uso	4,1%	95,9%	100,0%	
	% dentro de Artefactos simbólicos/Idoliformes	100,0%	100,0%	100,0%	
	% del total	4,1%	95,9%	100,0%	

Pruebas de chi-cuadrado

	Valor	gl	Sig. asintótica (bilateral)
Chi-cuadrado de Pearson	591,278	4	,000
Razón de verosimilitudes	447,969	4	,000
Asociación lineal por lineal	389,235	1	,000
N de casos válidos	2994		

Medidas simétricas

		Valor	Error típ. asint.	T aproximada	Sig. aproximada
Intervalo por intervalo	R de Pearson	,361	,015	21,149	,000
Ordinal por ordinal	Correlación de Spearman	,306	,013	17,554	,000
N de casos válidos		2994			

Análisis Correlaciones. Variables: Fases de uso funerario-Tipo arquitectónico-Contexto reutilización-Prácticas asociadas-Cultura material asociada

Estadísticos descriptivos

	Media	Desviación típica	N
Fase de uso	3,20	1,255	2994
Tipo arquitectónico	2,38	1,342	2994
Contexto de reutilización	2,43	1,555	2994
Prácticas asociadas	3,80	1,713	2994
Cerámica decorada	1,47	,499	2994
Cerámica Lisa	1,38	,484	2994
Lítica Tallada	1,69	,461	2994
Lítica Pulimentada	1,93	,258	2994
Elementos de adorno	1,69	,465	2994
Elementos metálicos	1,81	,389	2994
Artefactos simbólicos/Idoliformes	1,96	,198	2994

Análisis Factorial de Correspondencias Múltiple. Variables: Fases de uso funerario-Tipos arquitectónicos-Contextos de reutilización

Resumen del procesamiento de los

casos

Casos activos válidos	45
Casos activos con valores perdidos	0
Casos suplementarios	1203
Total	1248
Casos usados en el análisis	45

Estadísticos descriptivos

Fase de uso

	Categoría tras la discretización	Frecuencia
Válidos	Fase 3	6
	Fase 4	2
	Fase 5	19
	Fase 6	15
	Fase 7	3
	Total	45

Contexto de reutilización

	Categoría tras la discretización	Frecuencia
Válidos	Cámara	18
	Accesos	4
	Túmulo	13
	Perfieria	1
	Cámara+Túmulo	3
	Cámara+Accesos	2
	Cámara+Accesos+Túmulo	1
	Indeterminado	3
	Total	45

Tipo arquitectónico

	Categoría tras la discretización	Frecuencia
SC	1	24
CS	2	4
TS	3	9
Válidos RD	4	2
TC	5	4
TH	6	2
Total		45

Historial de iteraciones

Número de iteraciones	Varianza explicada		Pérdida
	Total	Incremento	
79	1,861952	,000010	1,138048

Resumen del modelo

Dimensión	Alfa de Cronbach	Varianza explicada		
		Total (Autovalores)	Inercia	% de la varianza
1	,772	2,061	,687	68,716
2	,598	1,662	,554	55,414
Total		3,724	1,241	
Media	,694	1,862	,621	62,065

Cuantificaciones

Fase de uso

Puntos: Coordenadas

Categoría	Frecuencia	Coordenadas de centroide	
		Dimensión	
		1	2
Fase 3	6	-1,011	1,539
Fase 4	2	-,389	1,231
Fase 5	19	,853	,078
Fase 6	15	-,449	-,738
Fase 7	3	-,874	-,702

Contexto de reutilización

Puntos: Coordenadas

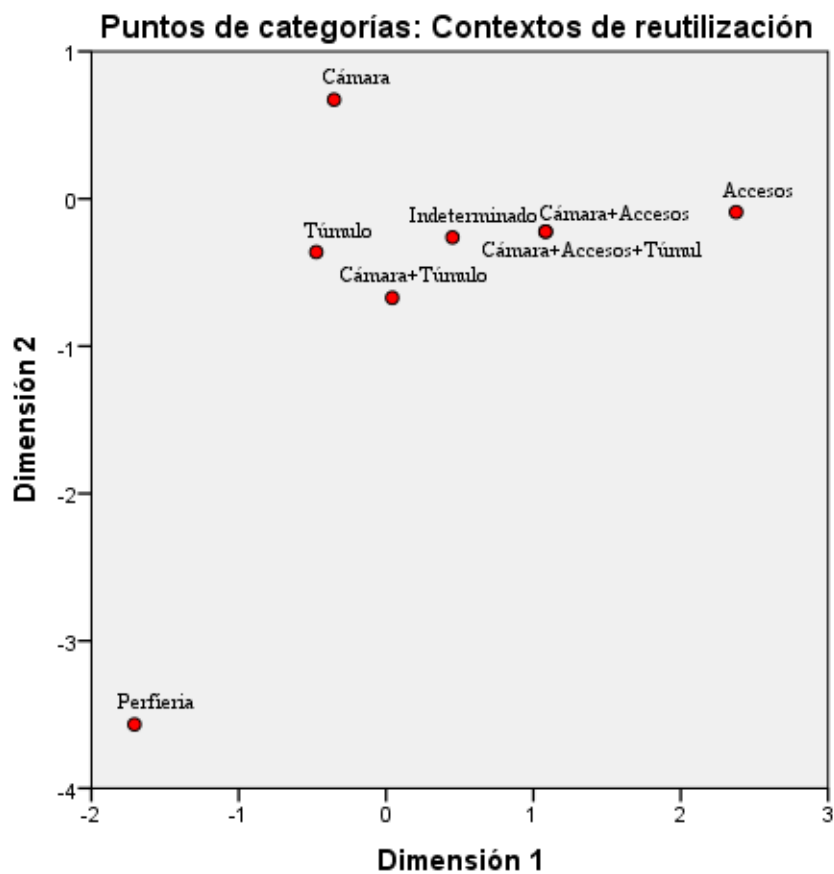
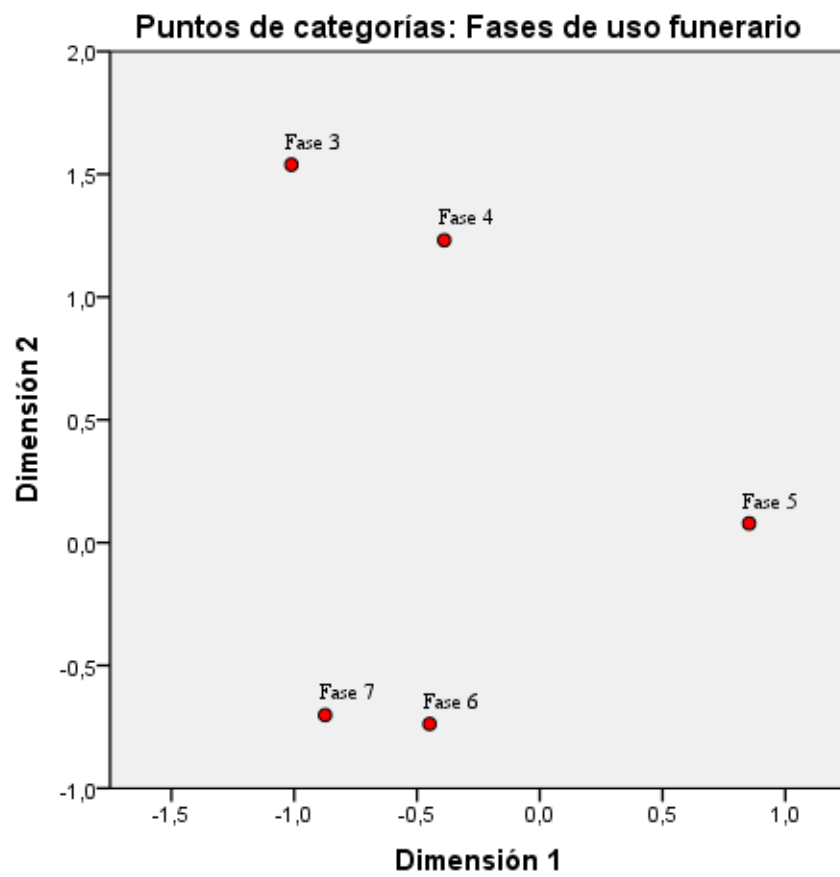
Categoría	Frecuencia	Coordenadas de centroide	
		Dimensión	
		1	2
Cámara	18	-,353	,672
Accesos	4	2,376	-,090
Túmulo	13	-,474	-,362
Perfieria	1	-1,708	-3,567
Cámara+Túmulo	3	,042	-,672
Cámara+Accesos	2	1,083	-,223
Cámara+Accesos+Túmulo	1	1,083	-,223
Indeterminado	3	,451	-,262

Tipo arquitectónico

Puntos: Coordenadas

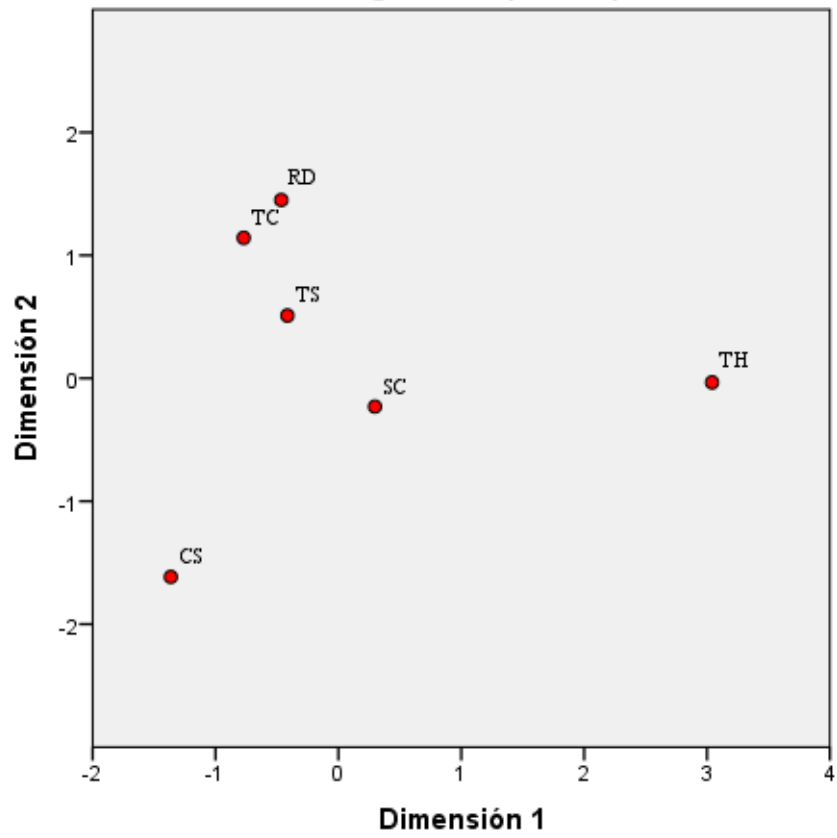
Categoría	Frecuencia	Coordenadas de centroide	
		Dimensión	
		1	2
SC	24	,297	-,230
CS	4	-1,364	-1,616
TS	9	-,415	,510
RD	2	-,464	1,450
TC	4	-,771	1,142
TH	2	3,041	-,034

Puntos de categoría



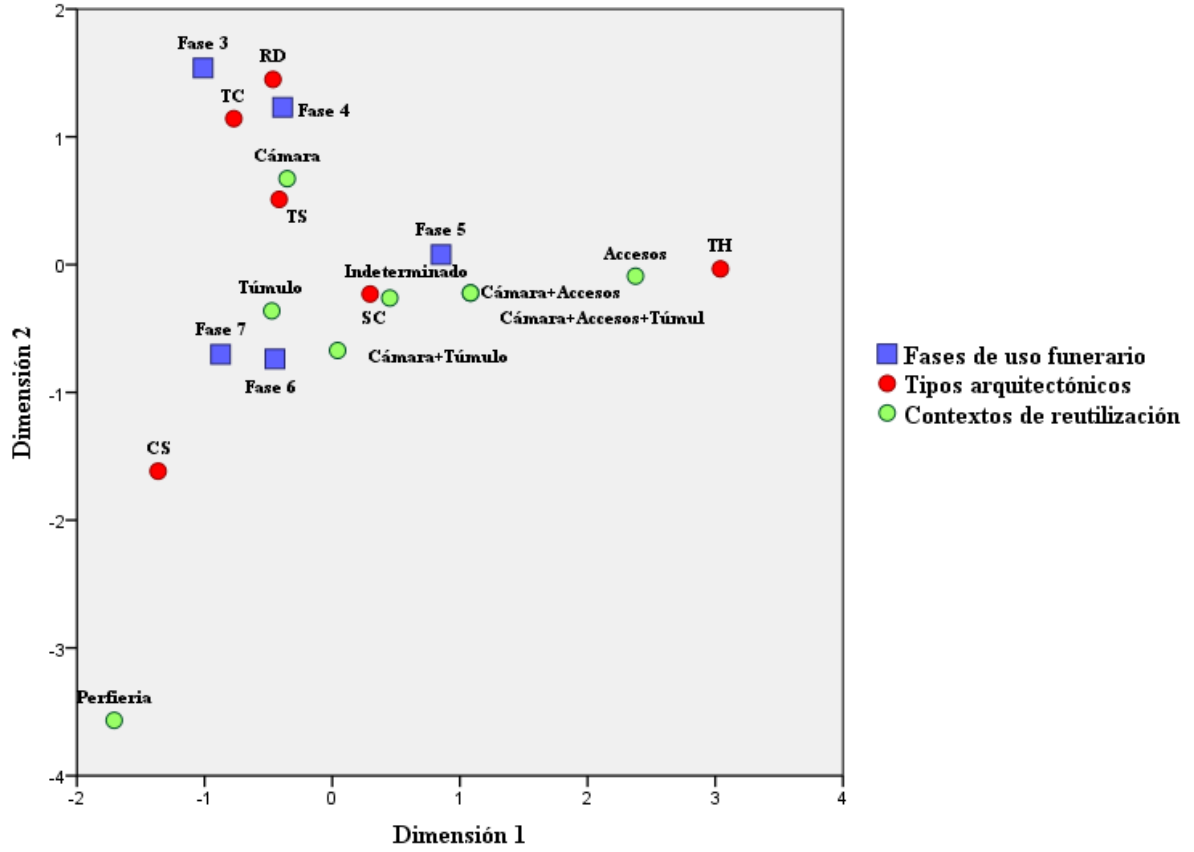
Normalización principal por variable

Puntos de categorías: Tipos arquitectónicos



Normalización principal por variable

AFC VARIABLES: FASES DE USO FUNERARIO-TIPOS ARQUITECTÓNICOS-CONTEXTOS DE REUTILIZACIÓN



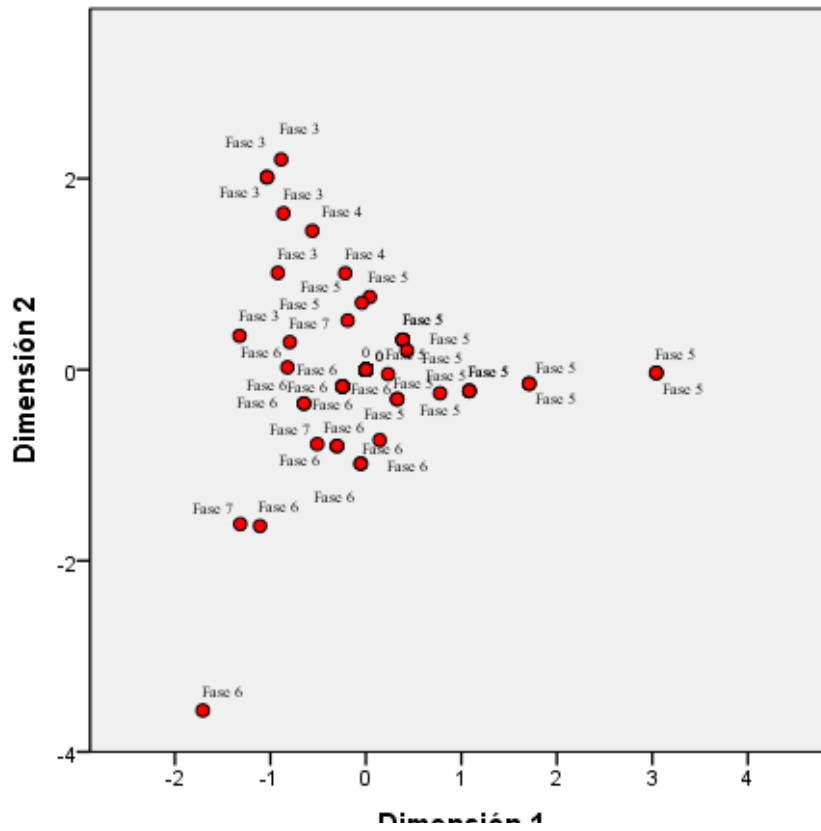
Correlaciones de las Variables transformadas

Dimensión: 1

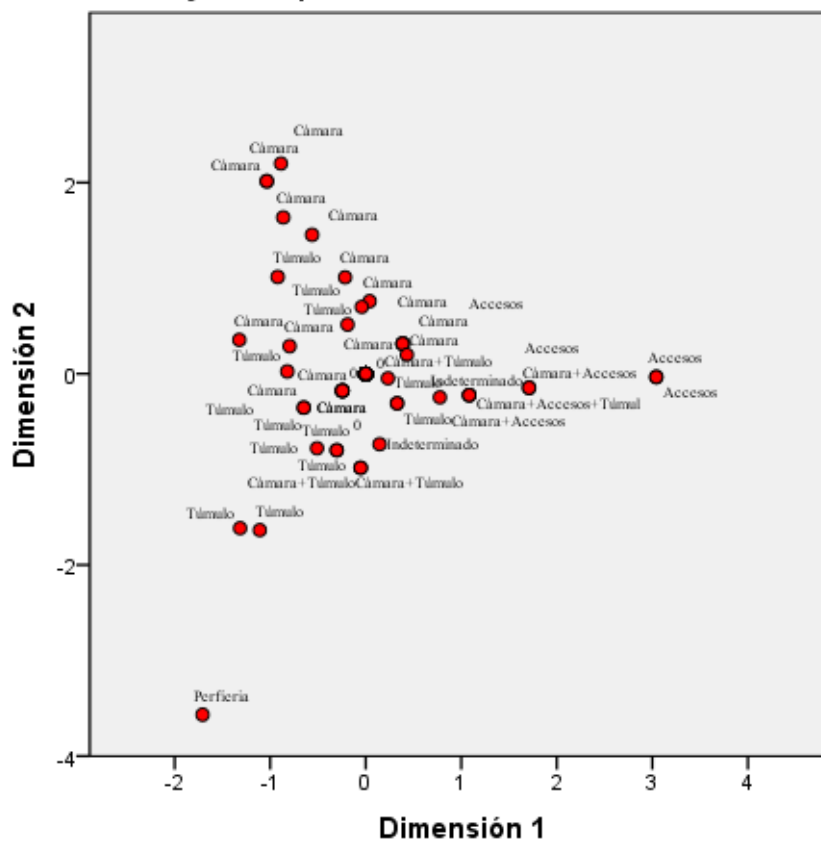
	Fase de uso	Contexto de reutilización	Tipo arquitectónico
Fase de uso	1,000	,497	,428
Contexto de reutilización	,497	1,000	,658
Tipo arquitectónico	,428	,658	1,000
Dimensión	1	2	3
Autovalores	2,061	,604	,335

Puntos de objeto etiquetados

Puntos de objeto etiquetados mediante Fases de uso funerario

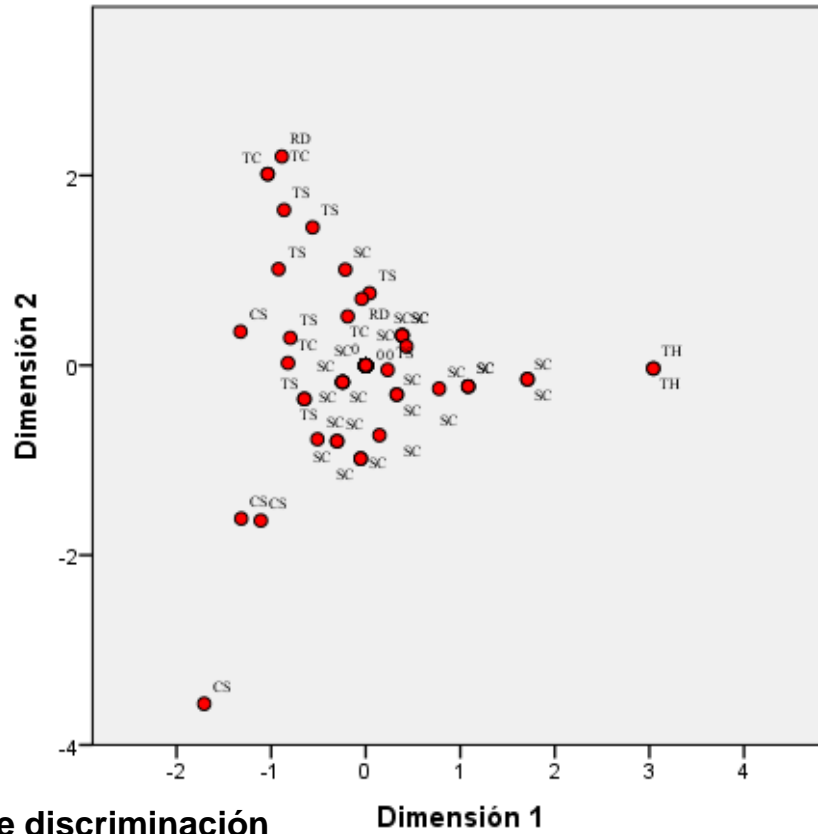


Puntos de objeto etiquetados mediante Contextos de reutilización



Normalización principal por variable

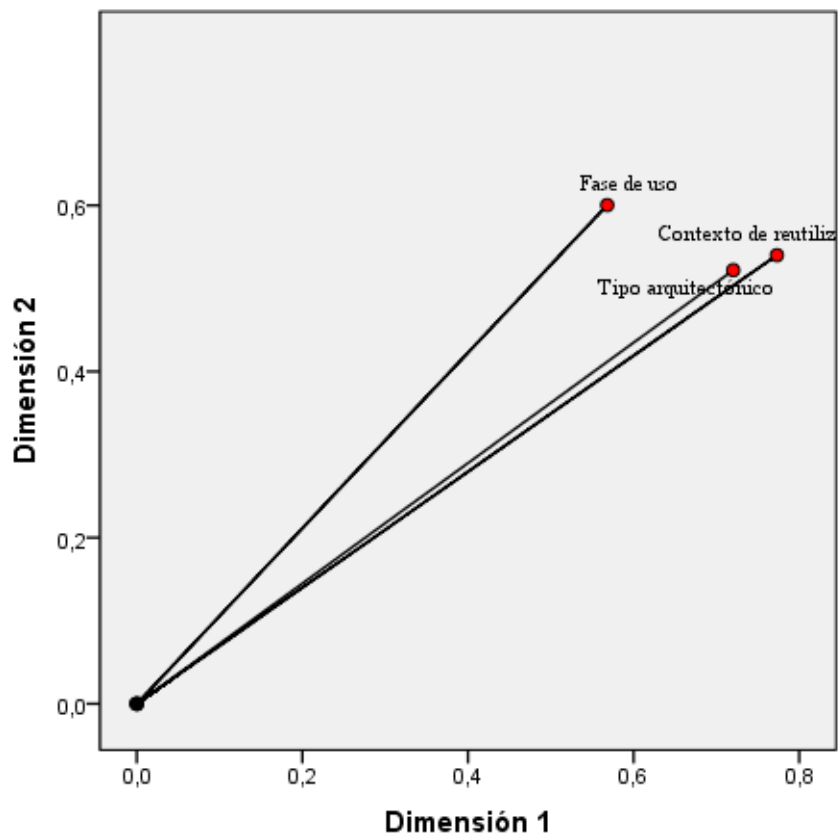
Puntos de objeto etiquetados mediante Tipos arquitectónicos



Medidas de discriminación

	Medidas de discriminación		Media
	Dimensión		
	1	2	
Fase de uso	,568	,600	,584
Contexto de reutilización	,773	,540	,657
Tipo arquitectónico	,720	,522	,621
Total activo	2,061	1,662	1,862
% de la varianza	68,716	55,414	62,065

Medidas de discriminación



Normalización principal por variable

Análisis Factorial de Correspondencias Múltiple. Variables: Fases de uso funerario-Cultura material asociada

Resumen del procesamiento de los

casos

Casos activos válidos	45
Casos activos con valores perdidos	0
Casos suplementarios	1203
Total	1248
Casos usados en el análisis	45

Estadísticos descriptivos

Fase de uso

	Categoría tras la discretización	Frecuencia
Válidos	Fase 3	6
	Fase 4	2
	Fase 5	19
	Fase 6	15
	Fase 7	3
	Total	45

Cerámica decorada

	Categoría tras la discretización	Frecuencia
Válidos	Sí	29
	No	16
	Total	45

Cerámica Lisa

	Categoría tras la discretización	Frecuencia	
Válidos	Sí	1	30
	No	2	15
	Total		45

Lítica Tallada

	Categoría tras la discretización	Frecuencia	
Válidos	Sí	1	17
	No	2	28
	Total		45

Lítica Pulimentada

	Categoría tras la discretización	Frecuencia	
Válidos	Sí	1	3
	No	2	42
	Total		45

Elementos de adorno

	Categoría tras la discretización	Frecuencia	
Válidos	Sí	1	19
	No	2	26
	Total		45

Elementos metálicos

	Categoría tras la discretización	Frecuencia	
Válidos	Sí	1	15
	No	2	30
	Total		45

Artefactos simbólicos/Idoliformes

	Categoría tras la discretización	Frecuencia
Sí	1	2
Válidos No	2	43
Total		45

Historial de iteraciones

Número de iteraciones	Varianza explicada		Pérdida
	Total	Incremento	
12	2,598224	,000004	5,401776

Resumen del modelo

Dimensión	Alfa de Cronbach	Varianza explicada		
		Total (Autovalores)	Inercia	% de la varianza
1	,728	2,755	,344	34,435
2	,675	2,442	,305	30,520
Total		5,196	,650	
Media	,703	2,598	,325	32,478

Cuantificaciones

Fase de uso

Puntos: Coordenadas

Categoría	Frecuencia	Coordenadas de centroide	
		Dimensión	
		1	2
Fase 3	6	-2,019	-,669
Fase 4	2	,413	-,325
Fase 5	19	,154	,982
Fase 6	15	,424	-,762
Fase 7	3	,668	-,857

Cerámica decorada

Puntos: Coordenadas

Categoría	Frecuencia	Coordenadas de centroide	
		Dimensión	
		1	2
Sí	29	,043	,605
No	16	-,077	-1,096

Cerámica Lisa

Puntos: Coordenadas

Categoría	Frecuencia	Coordenadas de centroide	
		Dimensión	
		1	2
Sí	30	-,117	,035
No	15	,234	-,069

Lítica Tallada

Puntos: Coordenadas

Categoría	Frecuencia	Coordenadas de centroide	
		Dimensión	
		1	2
Sí	17	-,731	,292
No	28	,444	-,177

Lítica Pulimentada

Puntos: Coordenadas

Categoría	Frecuencia	Coordenadas de centroide	
		Dimensión	
		1	2
Sí	3	-3,428	-,222
No	42	,245	,016

Elementos de adorno

Puntos: Coordenadas

Categoría	Frecuencia	Coordenadas de centroide	
		Dimensión	
		1	2
Sí	19	-,465	,773
No	26	,340	-,565

Elementos metálicos

Puntos: Coordenadas

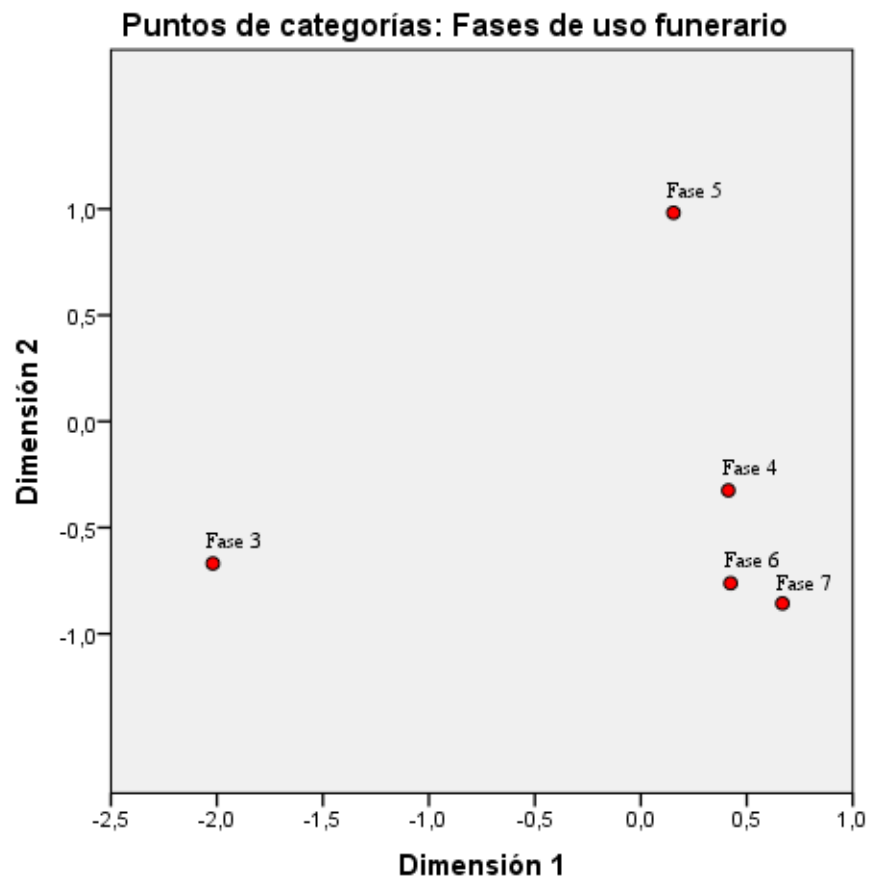
Categoría	Frecuencia	Coordenadas de centroide	
		Dimensión	
		1	2
Sí	15	,252	1,061
No	30	-,126	-,531

Artefactos simbólicos/Idoliformes

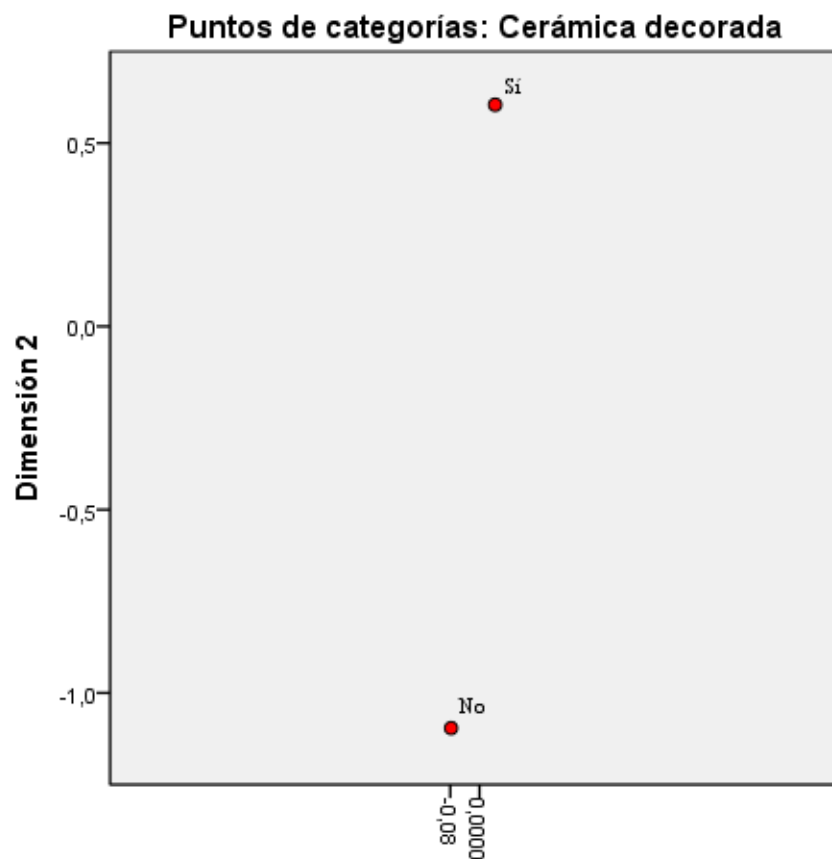
Puntos: Coordenadas

Categoría	Frecuencia	Coordenadas de centroide	
		Dimensión	
		1	2
Sí	2	-3,934	-,395
No	43	,183	,018

Puntos de categoría

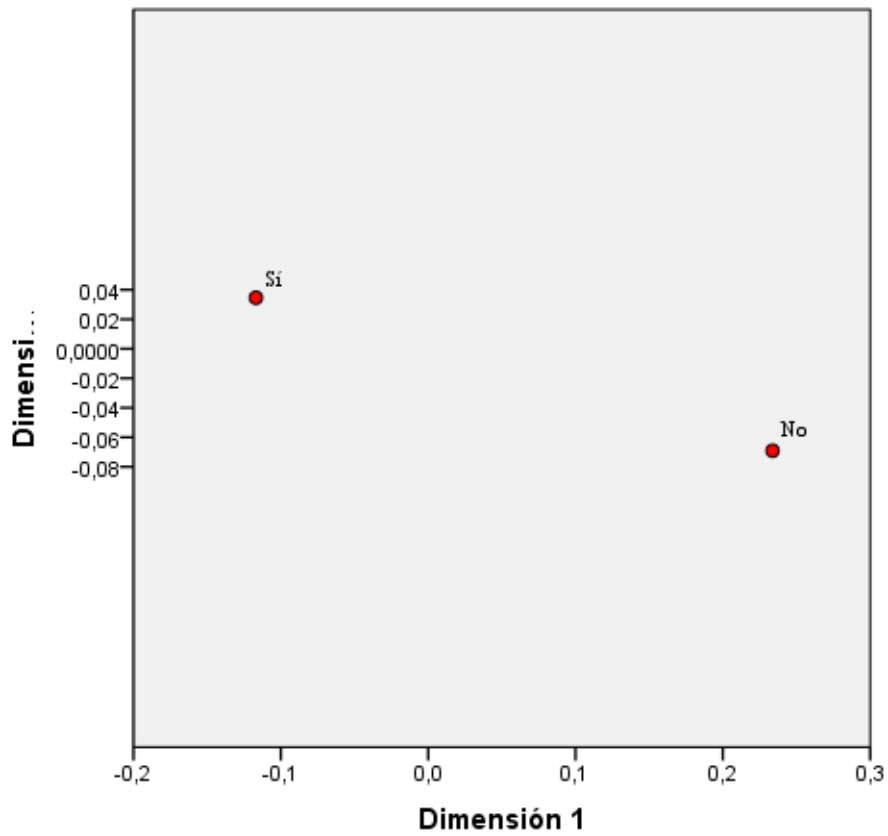


Normalización principal por variable



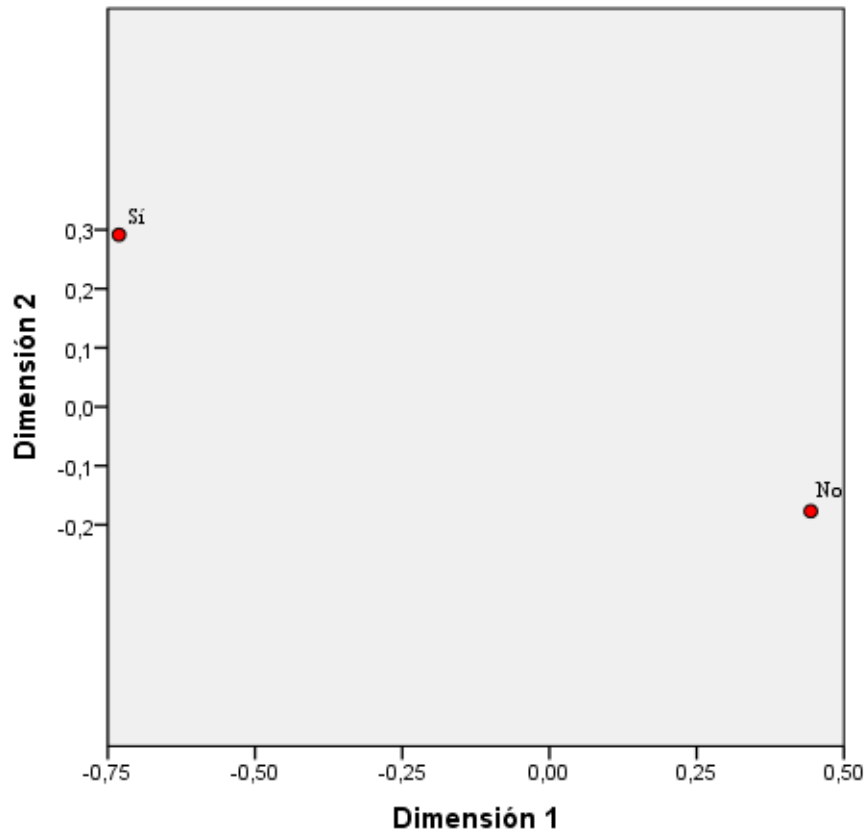
Normalización principal por variable

Puntos de categorías: Cerámica Lisa



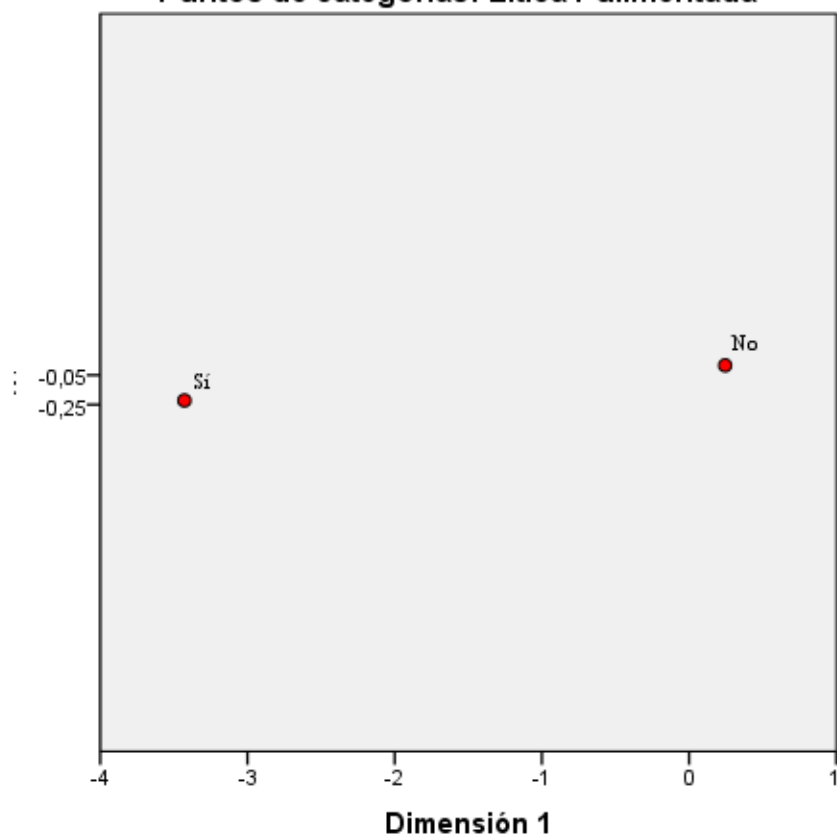
Normalización principal por variable

Puntos de categorías: Lítica Tallada

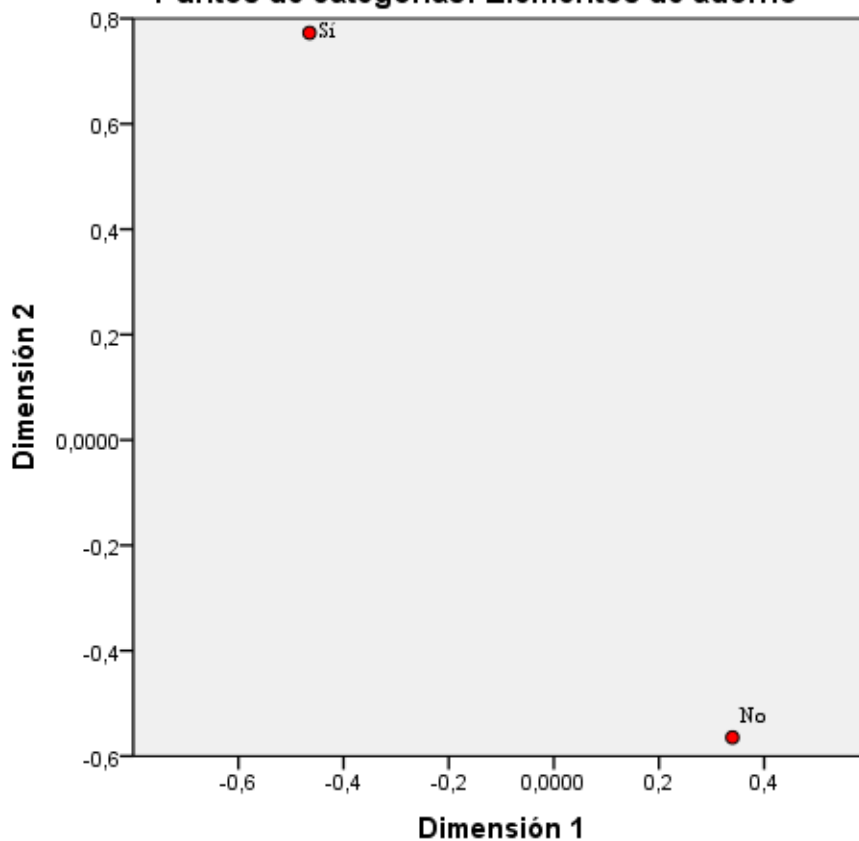


Normalización principal por variable

Puntos de categorías: Lítica Pulimentada

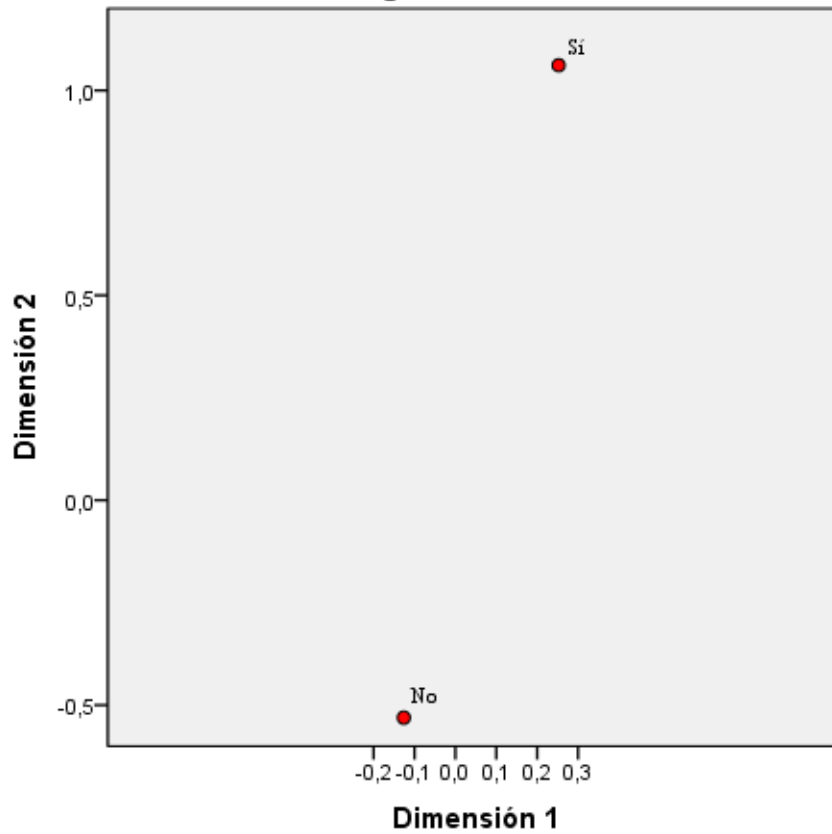


Puntos de categorías: Elementos de adorno



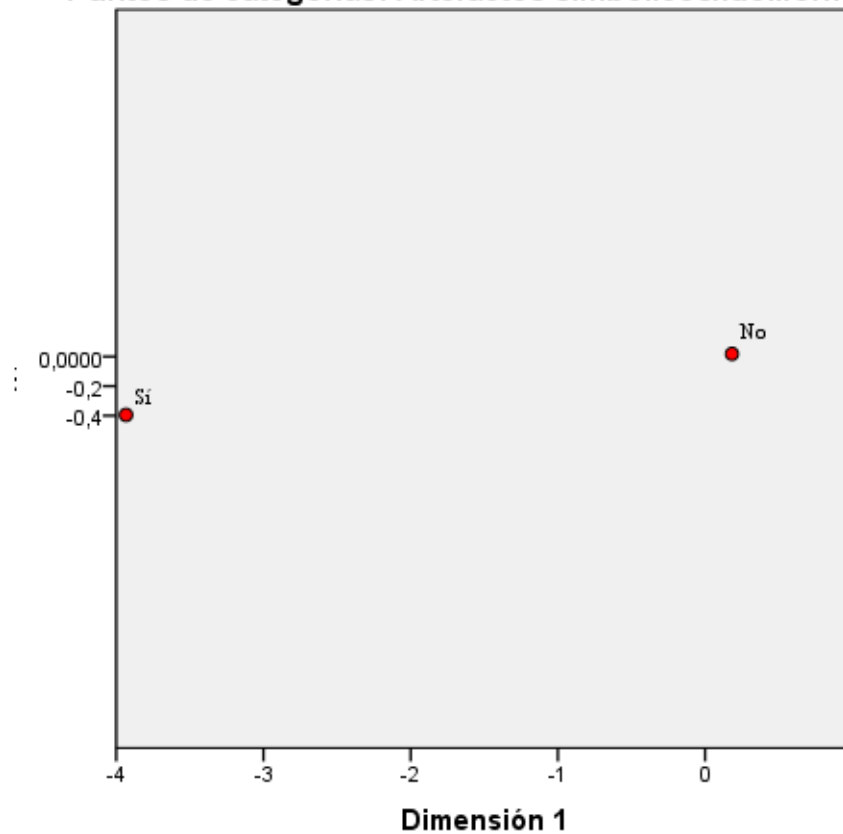
Normalización principal por variable

Puntos de categorías: Elementos metálicos



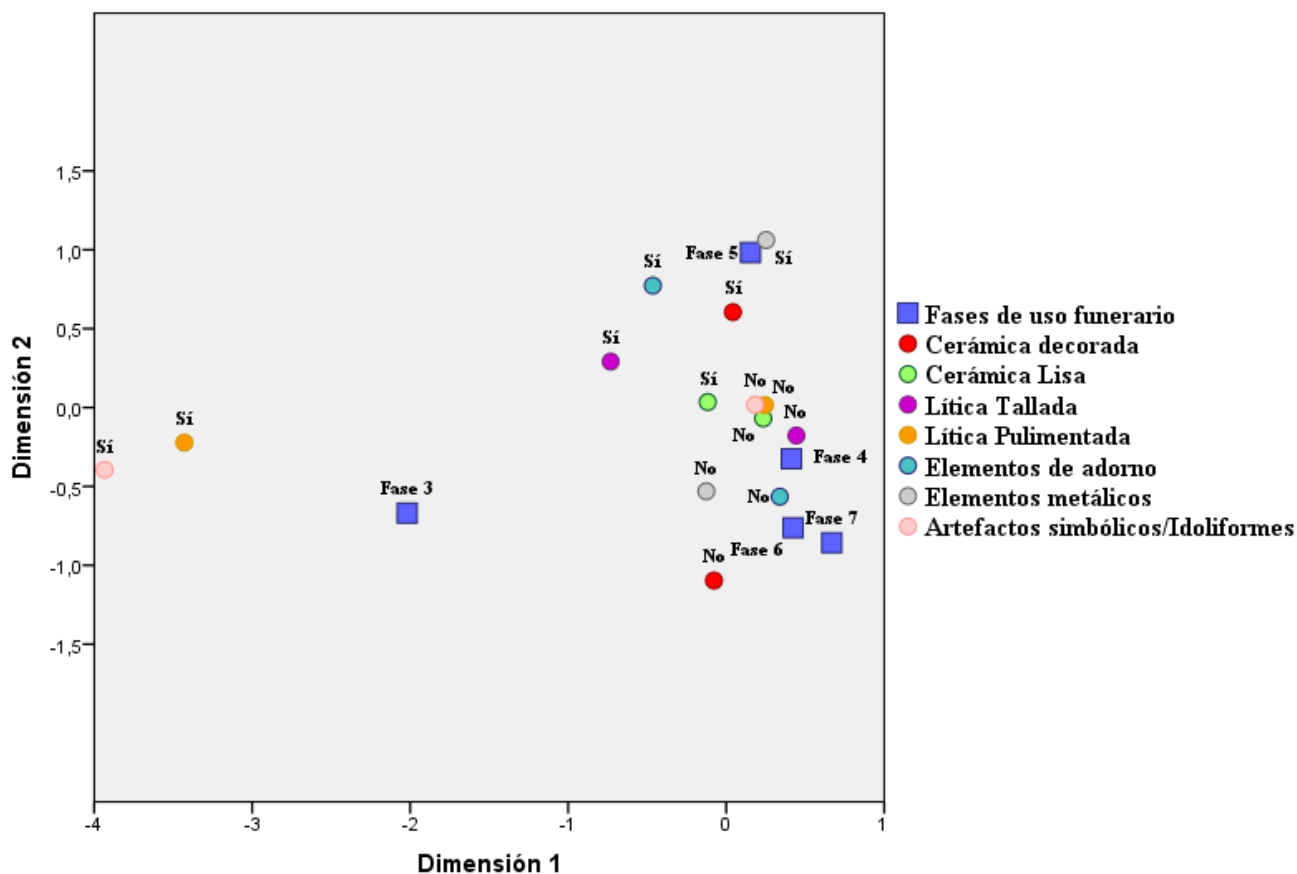
Normalización principal por variable

Puntos de categorías: Artefactos simbólicos/Idoliformes



Normalización principal por variable

AFC VARIABLES: FASES DE USO FUNERARIO-CULTURA MATERIAL ASOCIADA



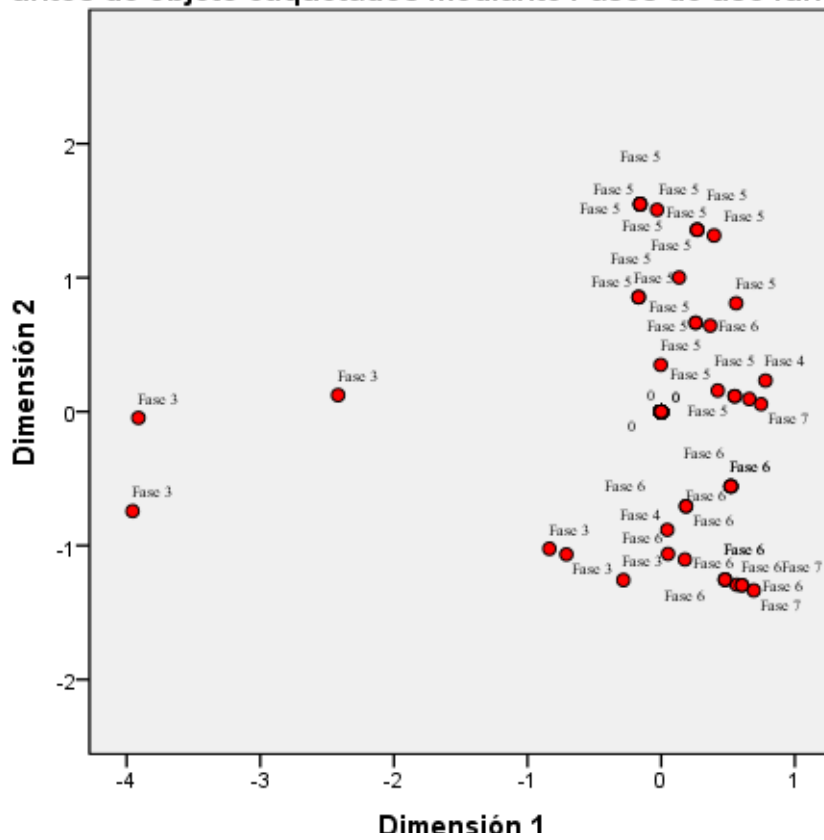
Correlaciones de las Variables transformadas

Dimensión: 1

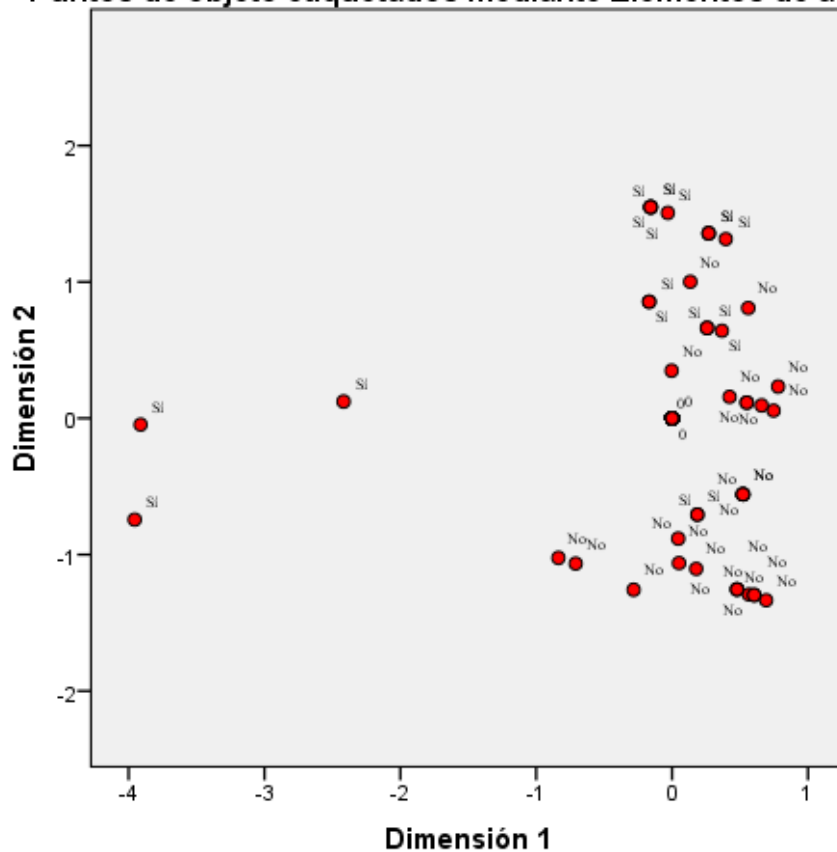
	Fase de uso	Cerámica decorada	Cerámica Lisa	Lítica Tallada	Lítica Pulimentada	Elementos de adorno	Elementos metálicos	Artefactos simbólicos /Idoliformes
Fase de uso	1,000	,145	-,026	,423	,669	,155	,212	,540
Cerámica decorada	,145	1,000	-,066	-,004	-,012	-,353	,525	,065
Cerámica Lisa	-,026	-,066	1,000	,065	,189	,032	-,200	,152
Lítica Tallada	,423	-,004	,065	1,000	,343	,262	-,032	,277
Lítica Pulimentada	,669	-,012	,189	,343	1,000	,313	,189	,807
Elementos de adorno	,155	-,353	,032	,262	,313	1,000	-,350	,252
Elementos metálicos	,212	,525	-,200	-,032	,189	-,350	1,000	,152
Artefactos simbólicos/Idoliformes	,540	,065	,152	,277	,807	,252	,152	1,000
Dimensión	1	2	3	4	5	6	7	8
Autovalores	2,755	1,897	1,028	,807	,556	,441	,372	,144

Puntos de objeto etiquetados mediante

Puntos de objeto etiquetados mediante Fases de uso funerario



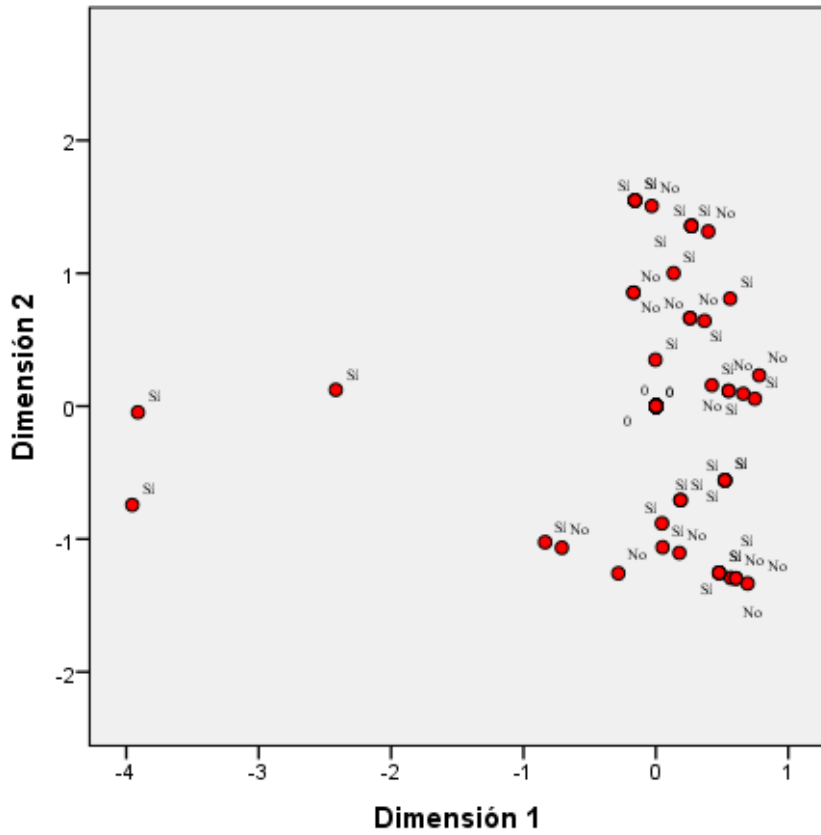
Puntos de objeto etiquetados mediante Elementos de adorno



Normalización principal por variable

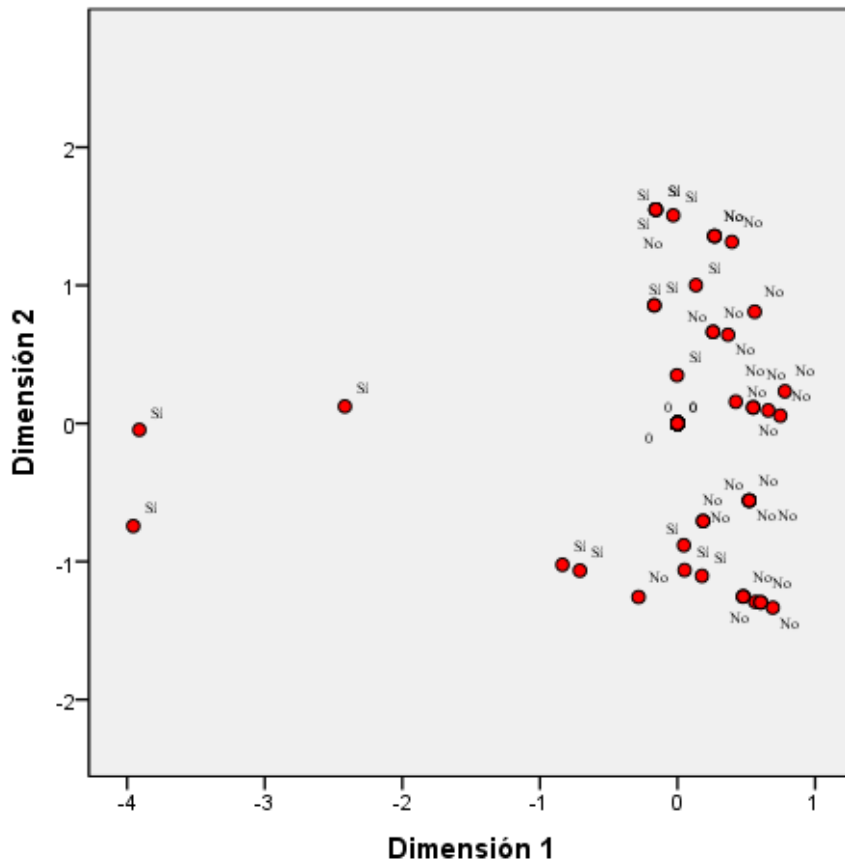
Normalización principal por variable

Puntos de objeto etiquetados mediante Cerámica Lisa



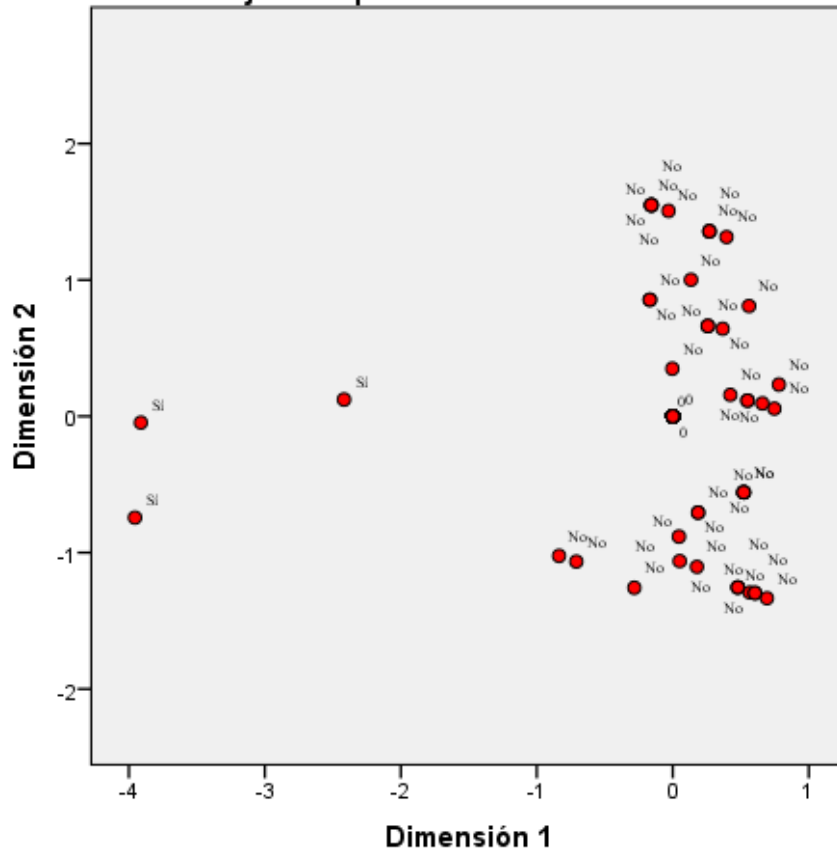
Normalización principal por variable

Puntos de objeto etiquetados mediante Lítica Tallada



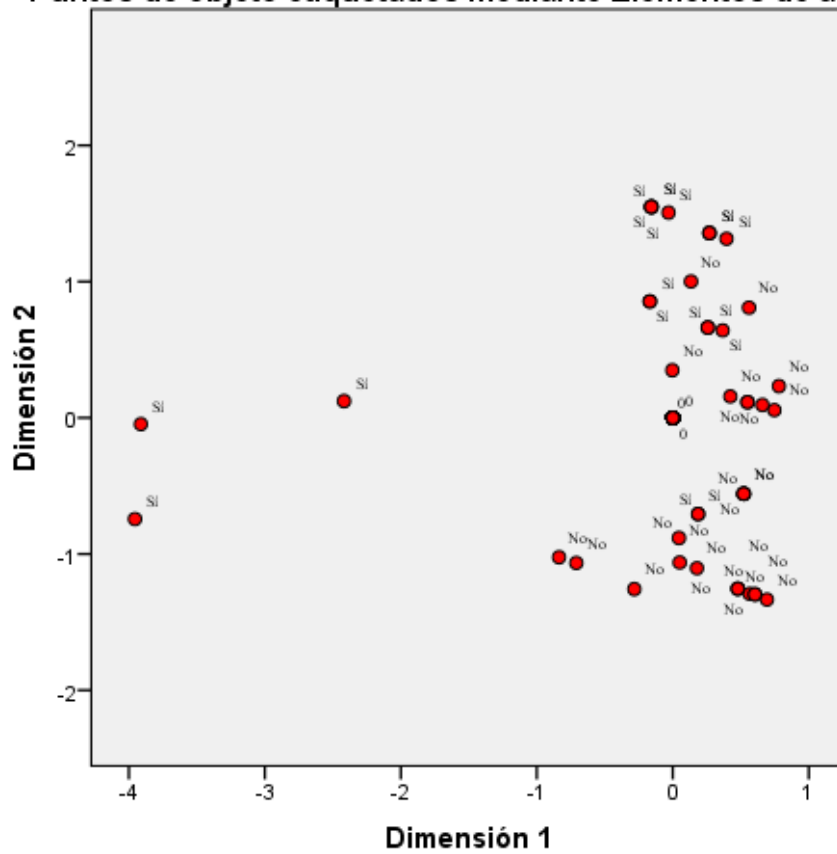
Normalización principal por variable

Puntos de objeto etiquetados mediante Lítica Pulimentada



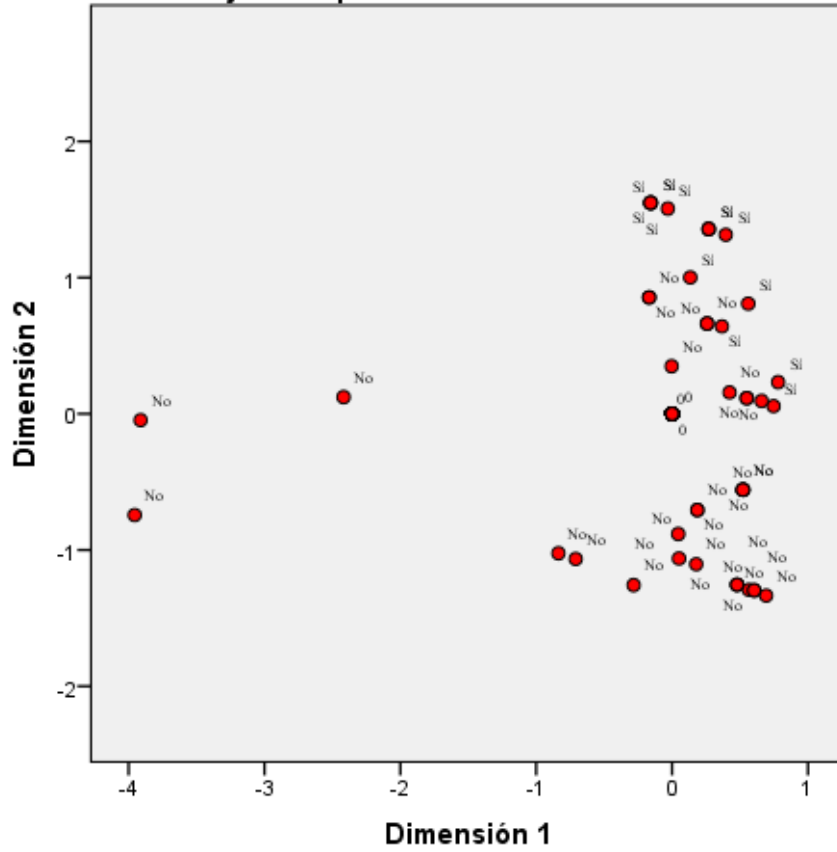
Normalización principal por variable

Puntos de objeto etiquetados mediante Elementos de adorno



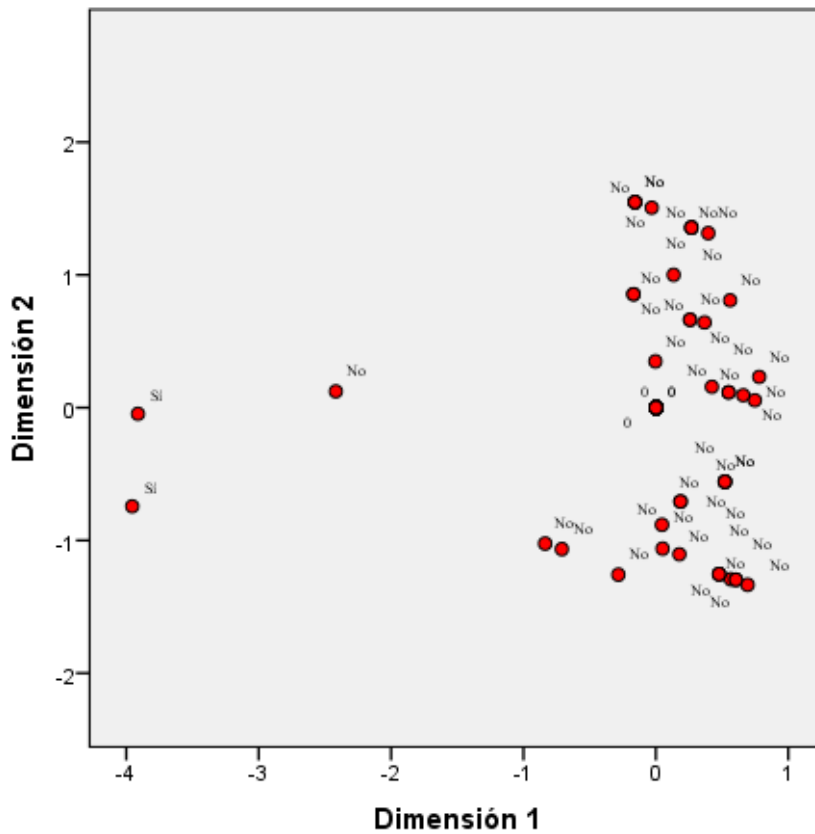
Normalización principal por variable

Puntos de objeto etiquetados mediante Elementos metálicos



Normalización principal por variable

Puntos de objeto etiquetados mediante Artefactos simbólicos/Idoliformes



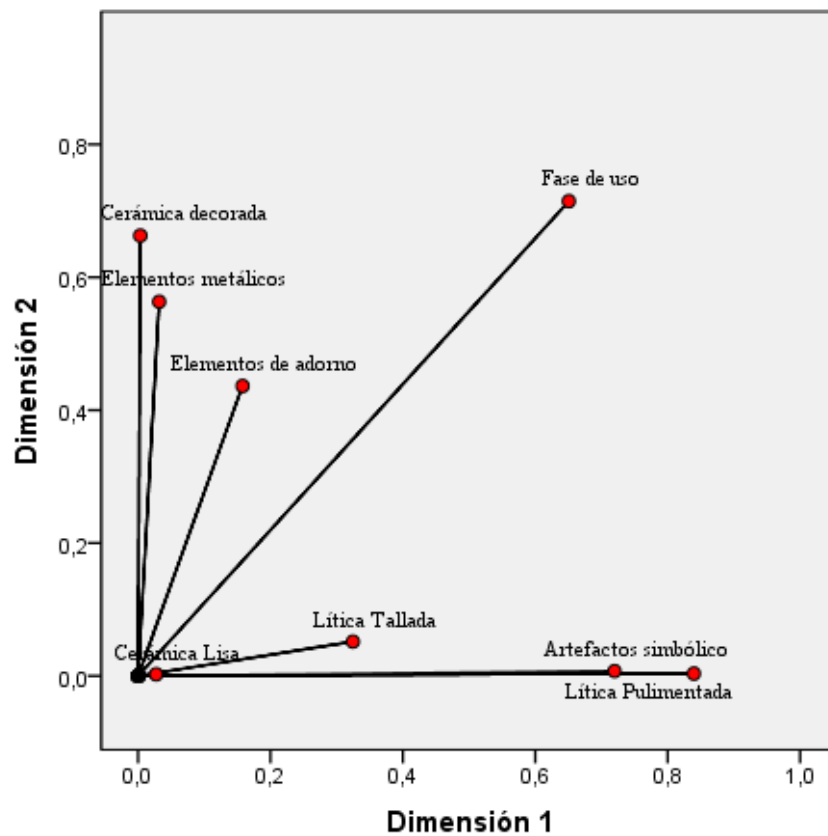
Normalización principal por variable

Medidas de discriminación

Medidas de discriminación

	Dimensión		Media
	1	2	
Fase de uso	,651	,715	,683
Cerámica decorada	,003	,663	,333
Cerámica Lisa	,027	,002	,015
Lítica Tallada	,324	,052	,188
Lítica Pulimentada	,840	,004	,422
Elementos de adorno	,158	,436	,297
Elementos metálicos	,032	,563	,298
Artefactos simbólicos/Idoliformes	,720	,007	,363
Total activo	2,755	2,442	2,598
% de la varianza	34,435	30,520	32,478

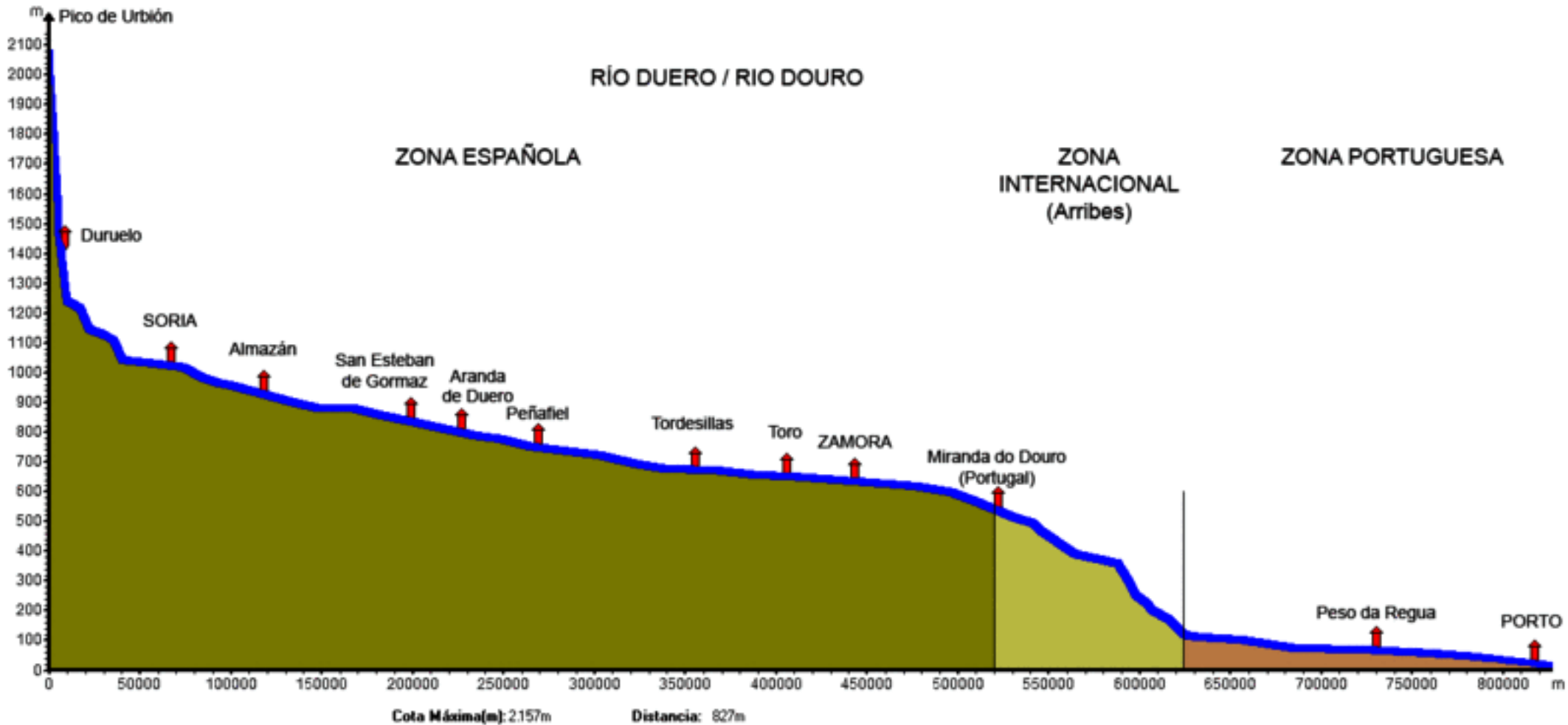
Medidas de discriminación



Normalización principal por variable

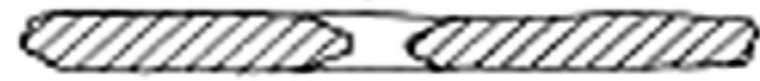
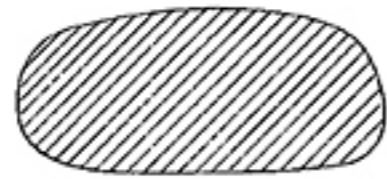
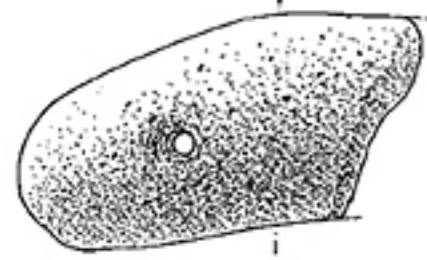
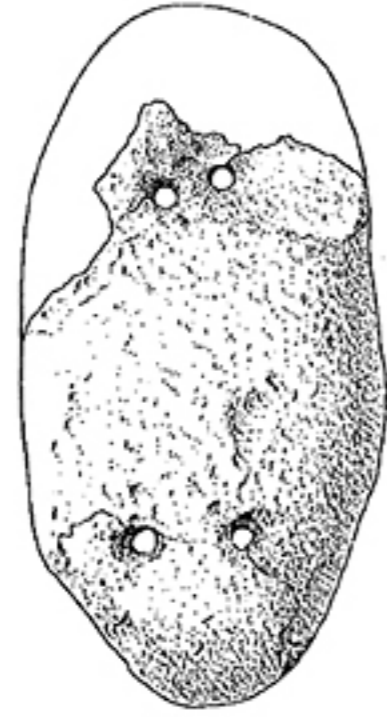
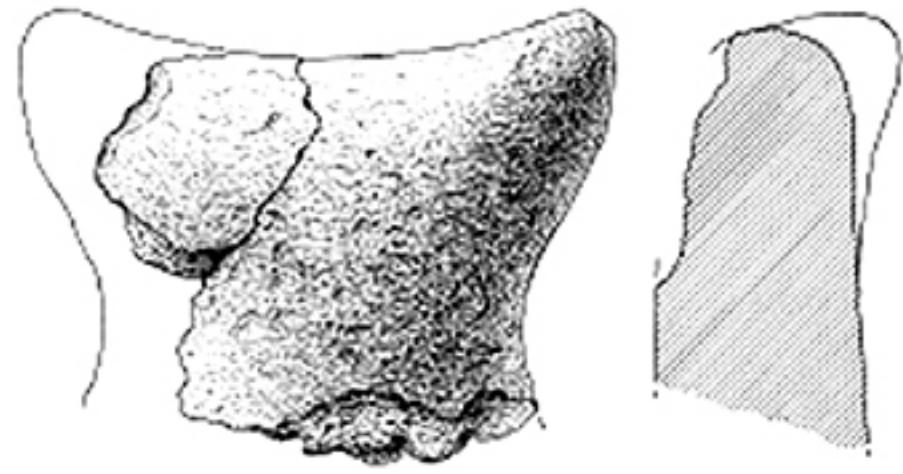
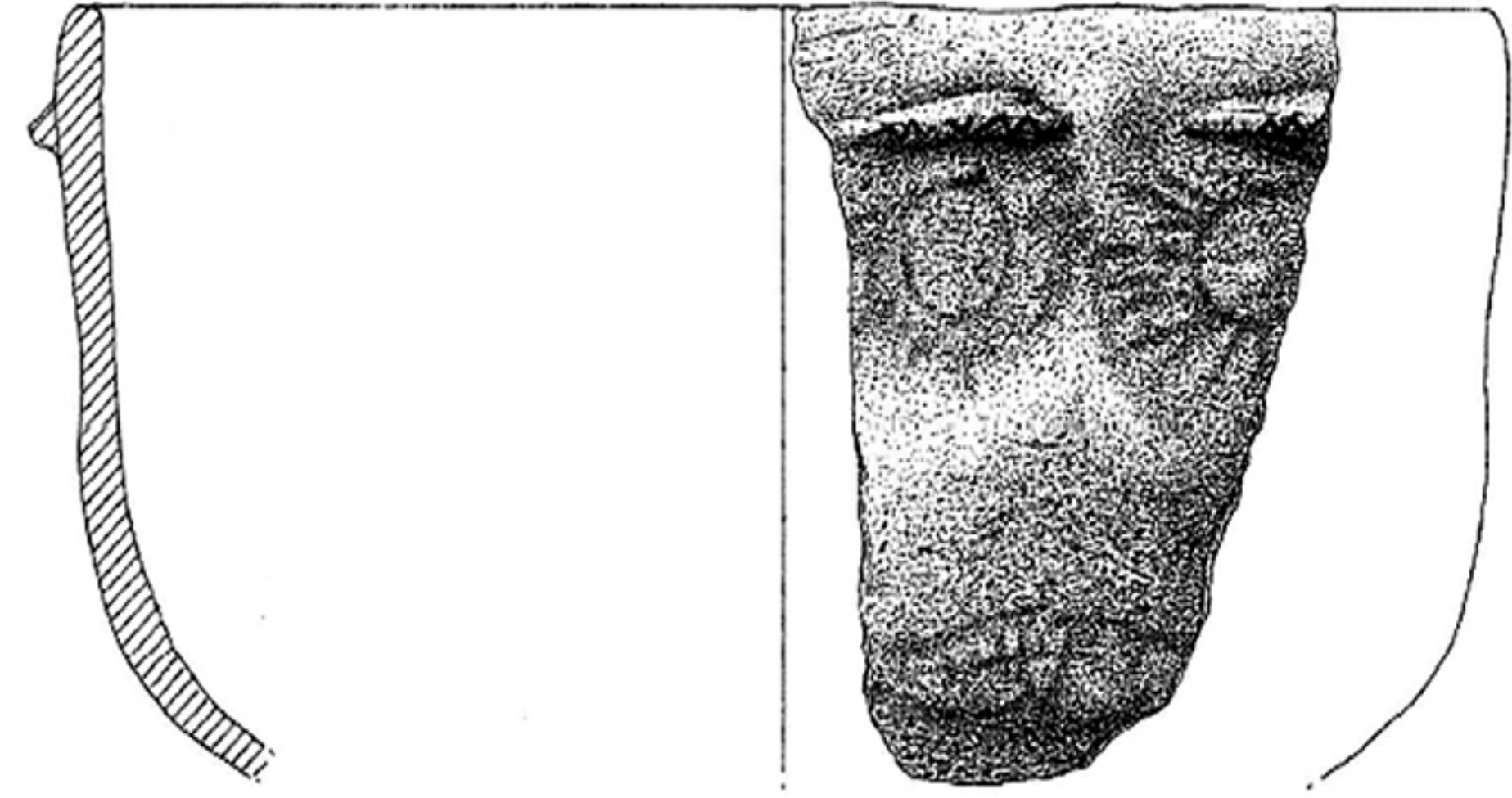
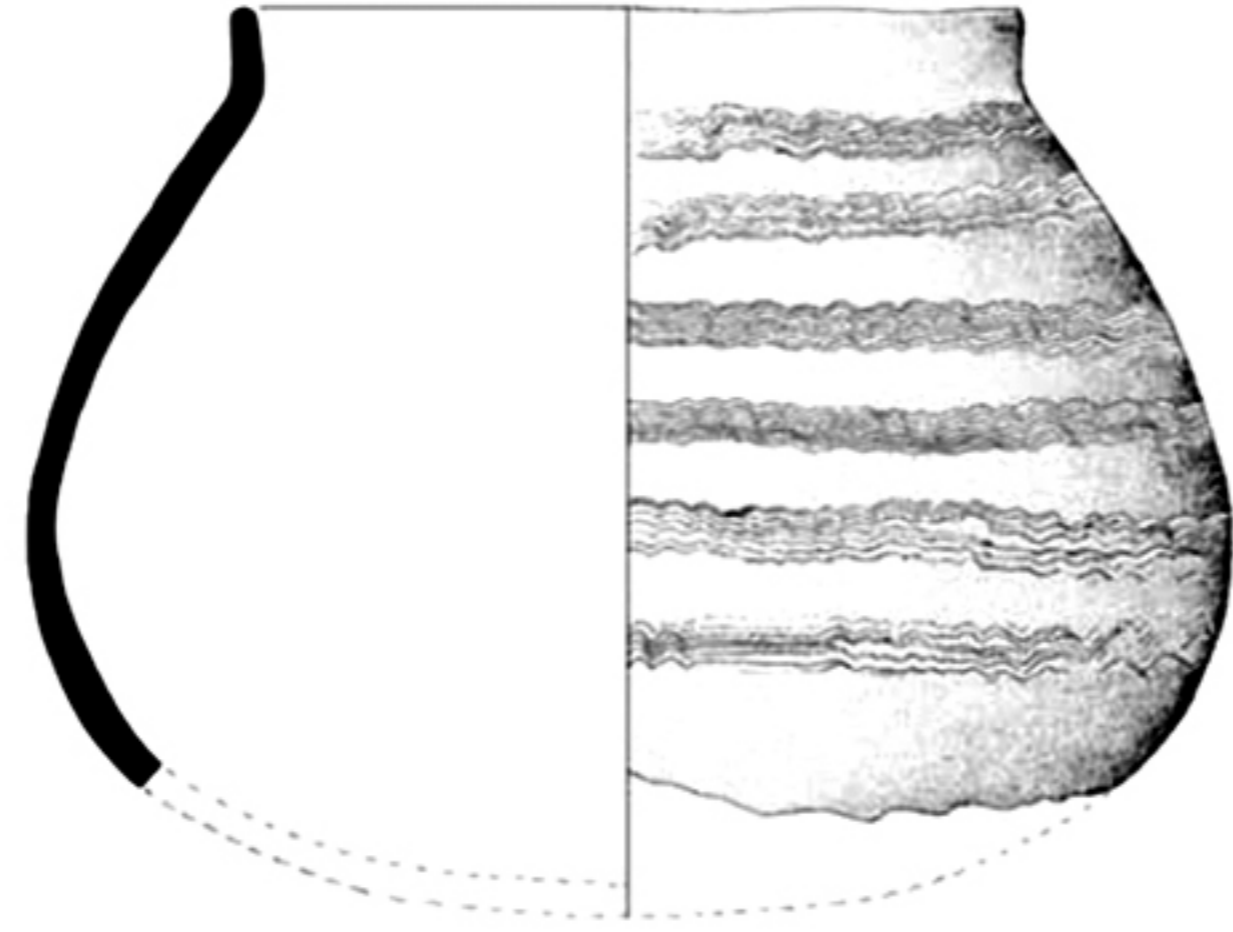
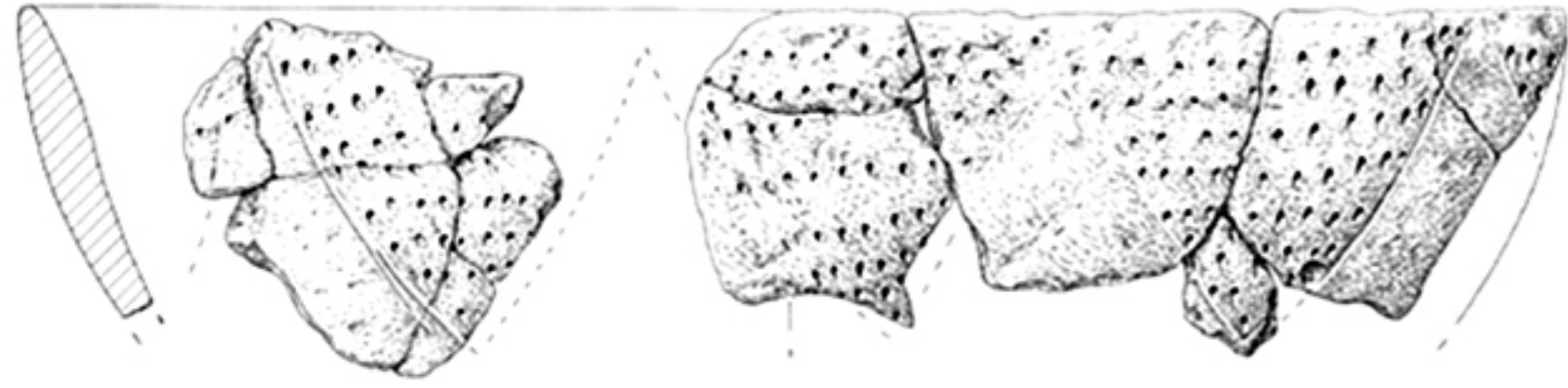
ANEXO 6

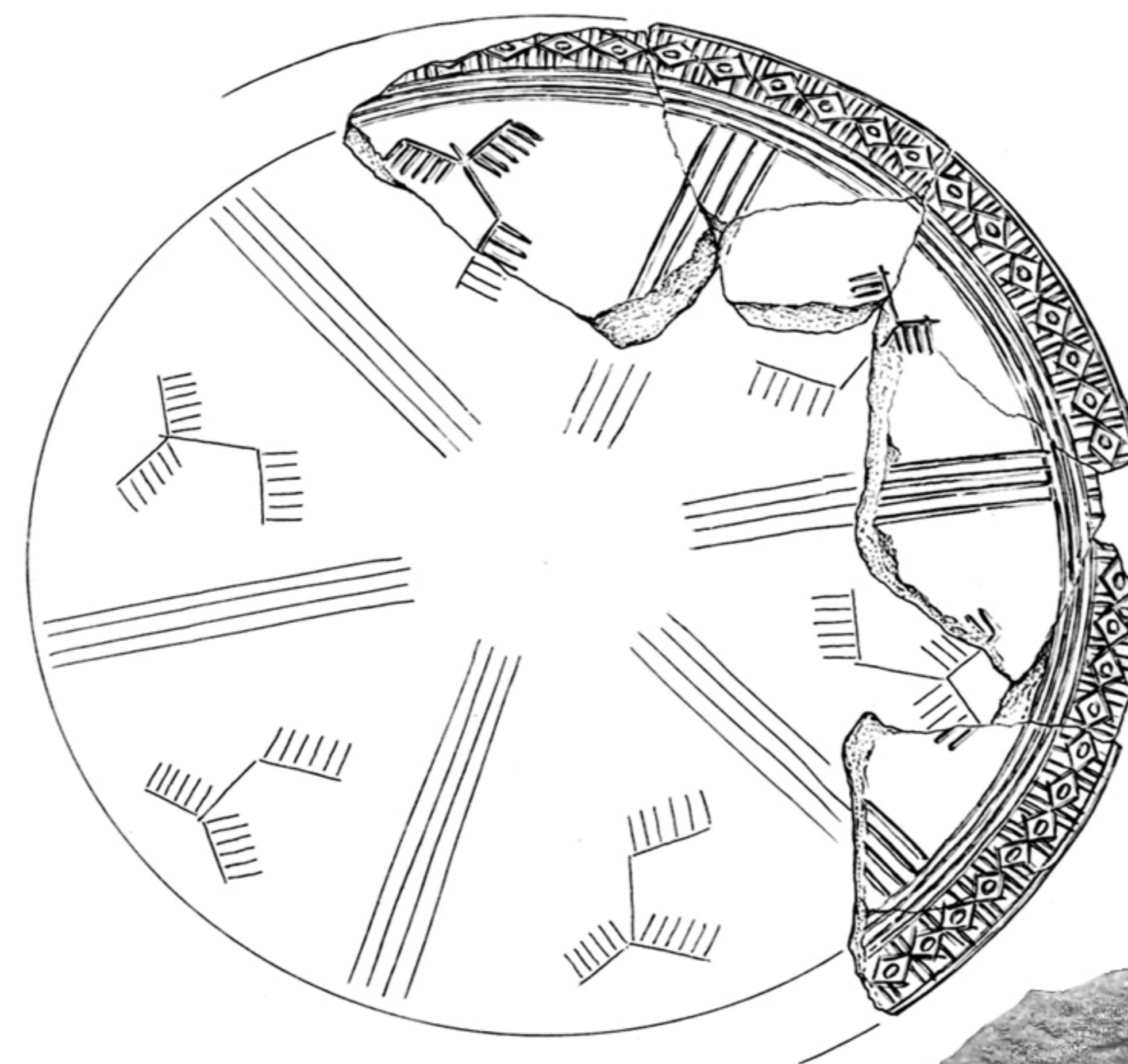
FIGURAS

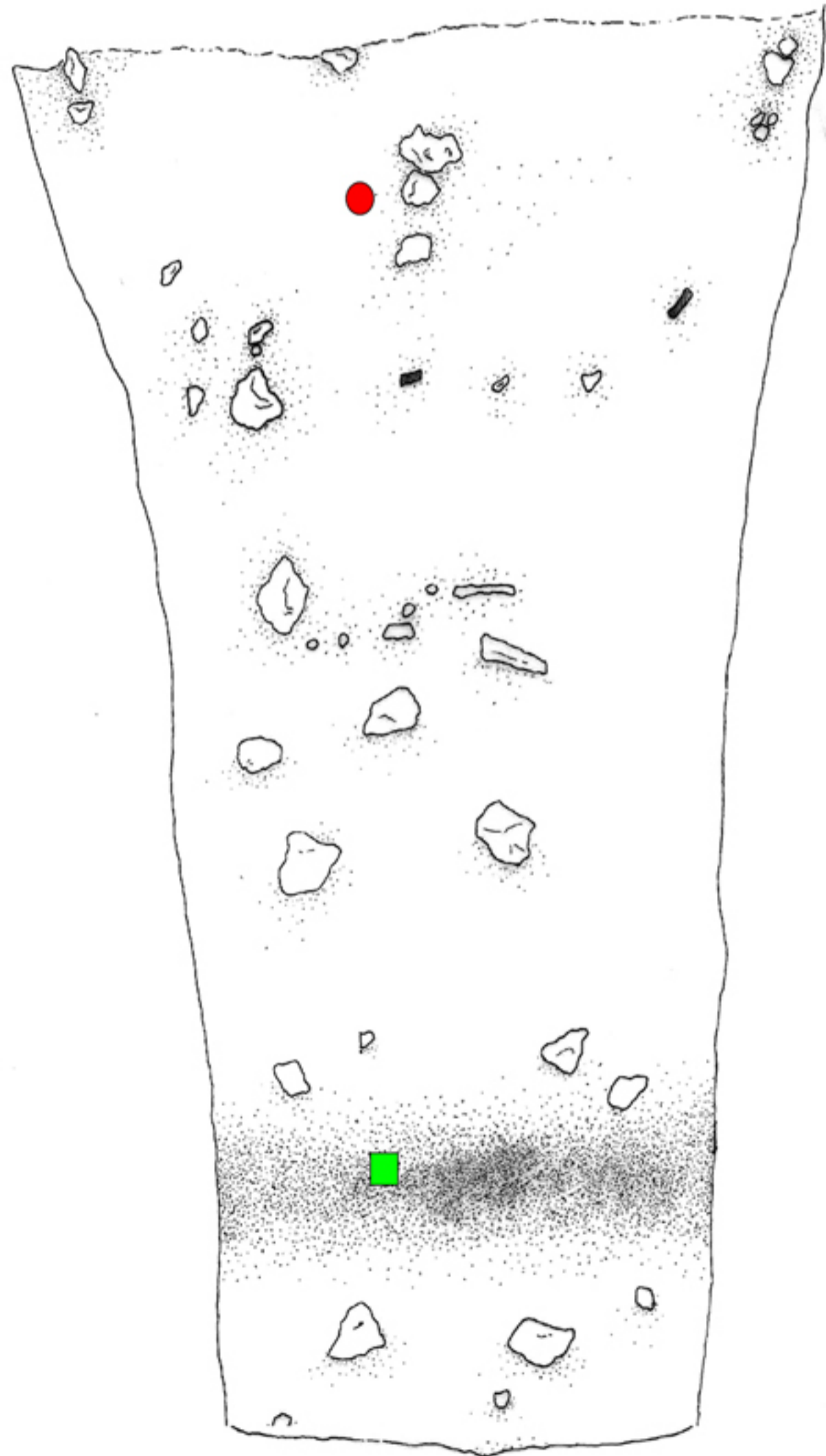


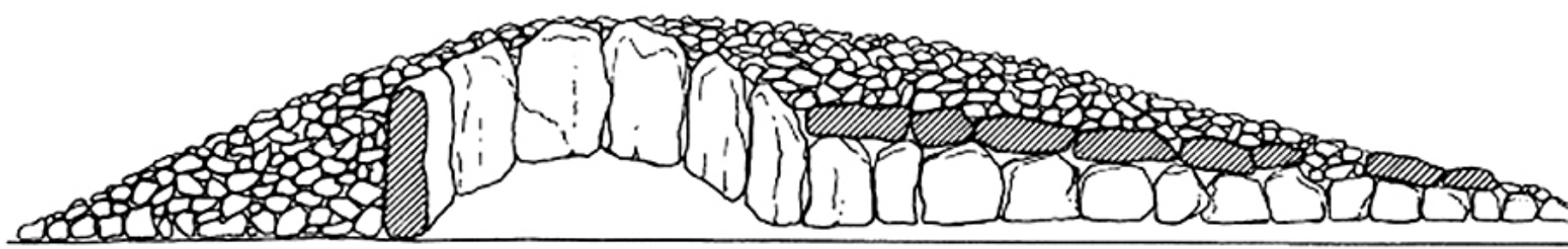
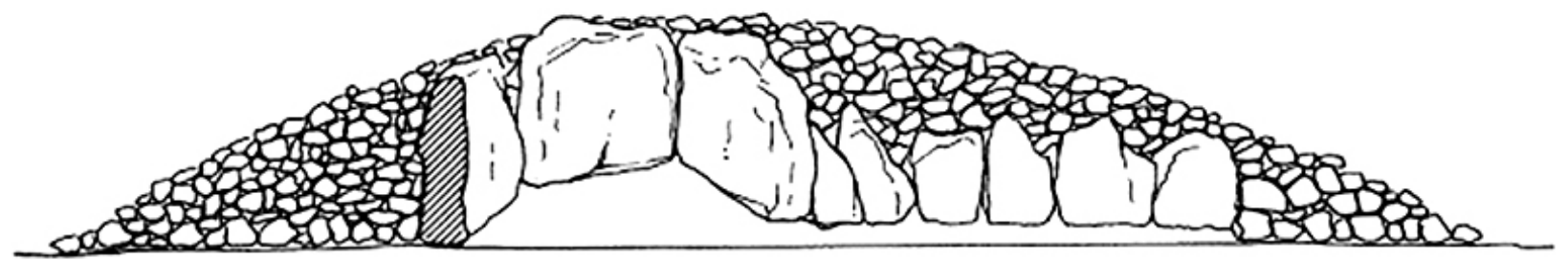
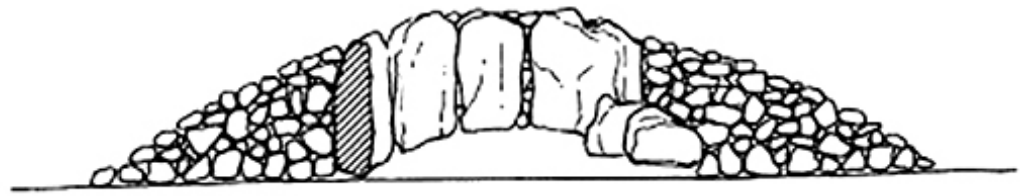














Nombre yacimiento El Teriñuelo TÑ **Nº inventario** 10 I

Localización España Comarca/Provincia Com. Salamanca Provincia/Distrito Salamanca Municipio/Concelho Aldeaviej Freguesía/Localidad Aldeavie Subregión/NUTS

Coordenadas Sistema UTM X: 279299 Y: 4495243 Lat./Long. Lat. 40° 34'

Prospección Recogida superficial Excavación antigua Excavación reciente **TABLA DATACIONES**

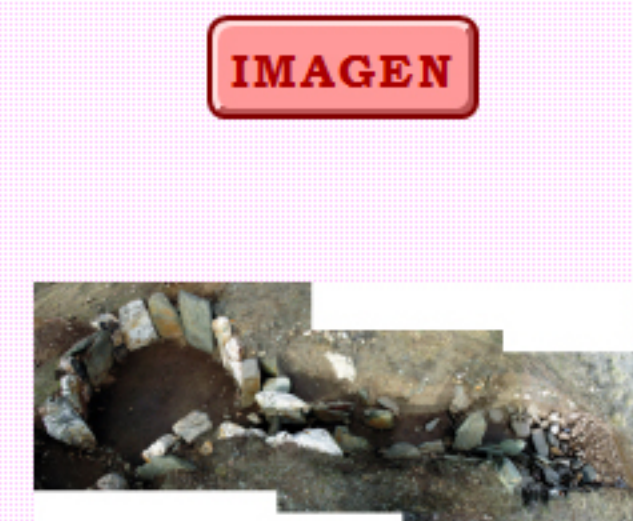
Finales de los '20: Campaña de excavación (intervención en la cámara, parte del corredor y sector oriental del túmulo). Dirección: Padre César Morán.
1956: Sistematización de los datos ofrecidos por César Morán y actualización del inventario megalítico salmantino de la mano de José Malvar de Matos, en su

MORFOLOGÍA **MONUMENTALIDAD** **DENSIDAD OCUPACIÓN** **ACCESIBILIDAD** **EMPLAZAMIENTO**

Sepulcro de corredor Cámara simple Túmulo simple Tumba-calero Redondil Tholos

Otros elementos arquitectónicos Atrio Anillo perimetral/Círculos periféricos Cámaras secundarias Espacio ceremonial/deambulatorio periférico Peristalito Fosas de cimentación de los ortostatos Anillos pericamerales Other...

Composición pétre Pizarra (materia prima local) Uso de diferentes litologías En la cámara, corredor y litologías
Cámara: de planta circular, ligeramente ovalada. Conserva



VOLVER

Nombre yacimiento El Teriñuelo TÑ **Nº inventario** 10 I

Localización España Comarca/Provincia Com. Salamanca Provincia/Distrito Salamanca Municipio/Concelho Aldeaviej Freguesía/Localidad Aldeavie Subregión/NUTS

Coordenadas Sistema UTM X: 279299 Y: 4495243 Lat./Long. Lat. 40° 34'

Prospección Recogida superficial Excavación antigua Excavación reciente **TABLA DATACIONES**

Finales de los '20: Campaña de excavación (intervención en la cámara, parte del corredor y sector oriental del túmulo). Dirección: Padre César Morán.
1956: Sistematización de los datos ofrecidos por César Morán y actualización del inventario megalítico salmantino de la mano de José Malvar de Matos, en su

MORFOLOGÍA **MONUMENTALIDAD** **DENSIDAD OCUPACIÓN** **ACCESIBILIDAD** **EMPLAZAMIENTO**

Elementos de ajuar Restos óseos Otras estructuras Pinturas y/o grabados

ELEMENTOS DE AJUAR **RESTOS ÓSEOS** **PINTURAS y/o GRABADOS**

Cerámica Sí No **VER** Sí No **VER** Técnicas

Industria Lítica Sí No **VER** **OTRAS ESTRUCTURAS** Contexto

Industria Ósea Sí No **VER** Tipos de Estructuras Hoyo Motivos

Elementos de Adorno Sí No **VER** Contexto Entrada Características

Otros materiales Sí No **VER** Hoyo: de pequeñas



VOLVER

Nombre yacimiento El Teriñuelo TÑ **Nº inventario** 10 I

IV MILENIO BC **III MILENIO BC** **II MILENIO BC** **OTRAS REUTILIZACIONES**

Sí No

Cronología

Contexto de reutilización Cámara Entrada corredor Corredor intratumular Osario-cámara Entrada corredor/Estructura de clausura Cista funeraria Corredor Interior fosas de cimentación Superficie del túmulo Cámara y corredor Lecho de preparación infratumular Periferia Atrio Lecho de preparación nivel sepulcral Monumento completo Túmulo Atrio/Estructura de clausura Varias Entrada cámara Túmulo/periferia de la cámara Indeterminado

Tipo de reutilización Funerario Remociones cámara y osario Pinturas/grabados Clausura/sellado Elementos añadidos Fuego Retumulación Individualización del espacio Indeterminado Mantenimiento Pequeñas remodelaciones Other...

Clausura/sellado: a lo largo de la primera mitad del III milenio BC tuvo lugar en el sepulcro un

ELEMENTOS MATERIALES **RESTOS ÓSEOS**

Cerámica Sí No **VER** Elementos de Adorno Sí No **VER** Sí No

Industria Lítica Sí No **VER** Otros materiales Sí No **VER** **VER**

Industria Ósea Sí No **VER**

III MILENIO BC-CAMPANIFORME



VOLVER

Nombre yacimiento El Teriñuelo TÑ **Nº inventario** 10 I

IV MILENIO BC **III MILENIO BC CERÁMICA** **II MILENIO BC** **OTRAS REUTILIZACIONES**

VOLVER

CERÁMICA LISA **CERÁMICA DECORADA**

Sí No Sí No

Nº Frags./Piezas completas 1 Sí No 1 Sí No

Tipo de objeto Olla de cuello indicado Indeterminado

Características A mano **Completo** A mano **Galbo** A torno

A torno Se trata de un recipiente completo **Motivos decoración** **Incisión** Líneas zigzag

Lugar de deposición **Entrada corredor/Estructura de** **Cámara**

Posición Primaria Secundaria Primaria Secundaria

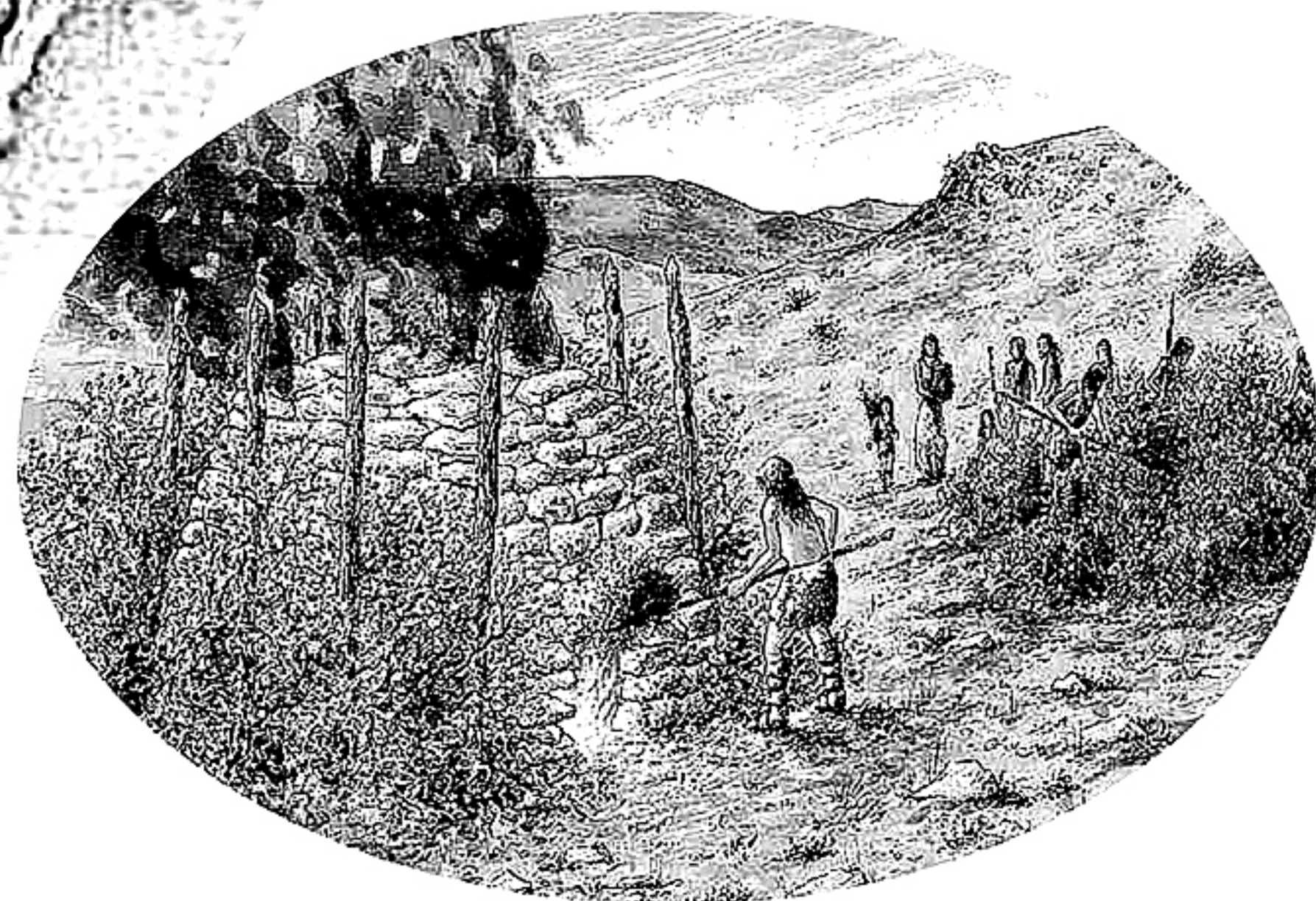
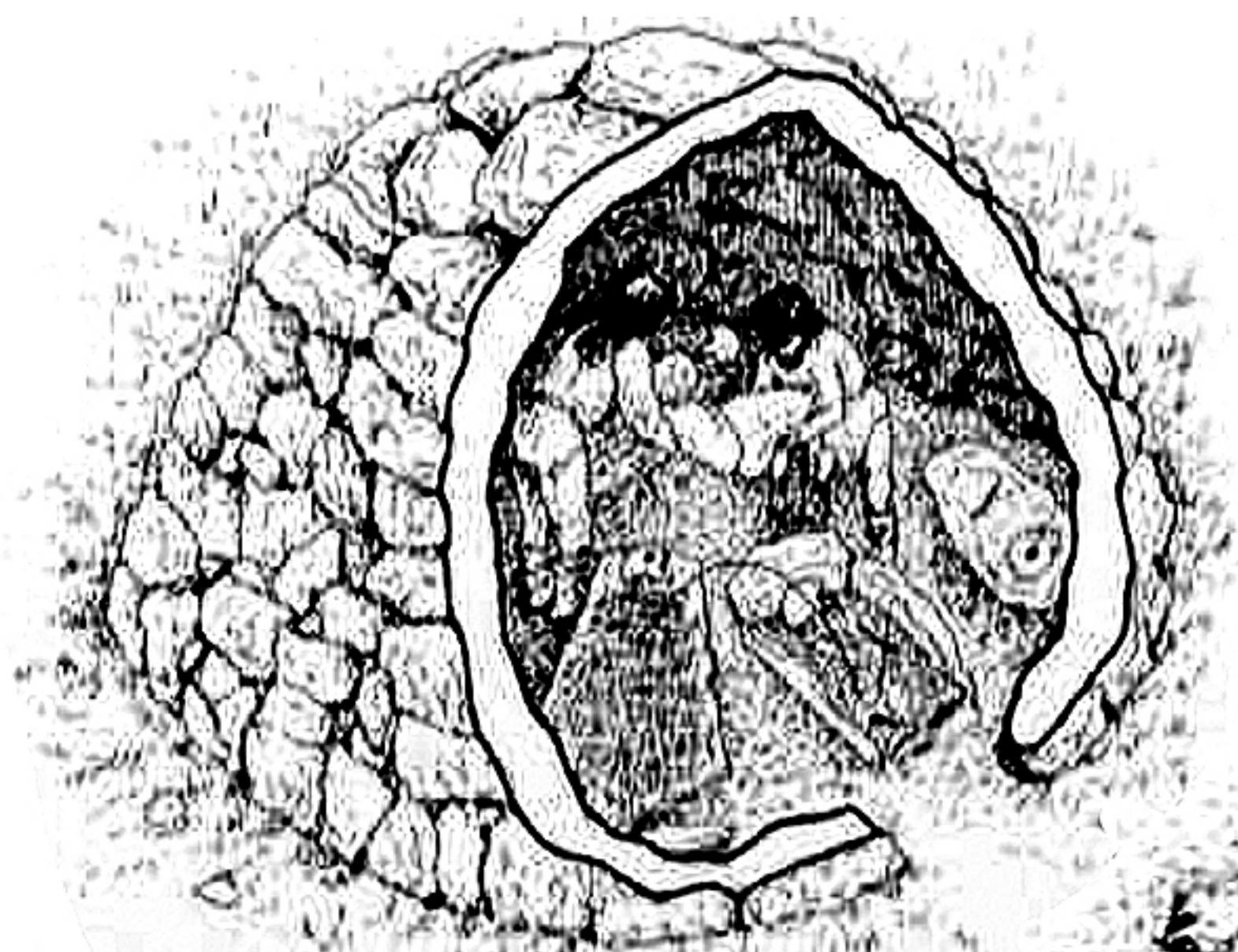
Se halló entre las piedras del Nivel II (campaña 1999) que corresponden a

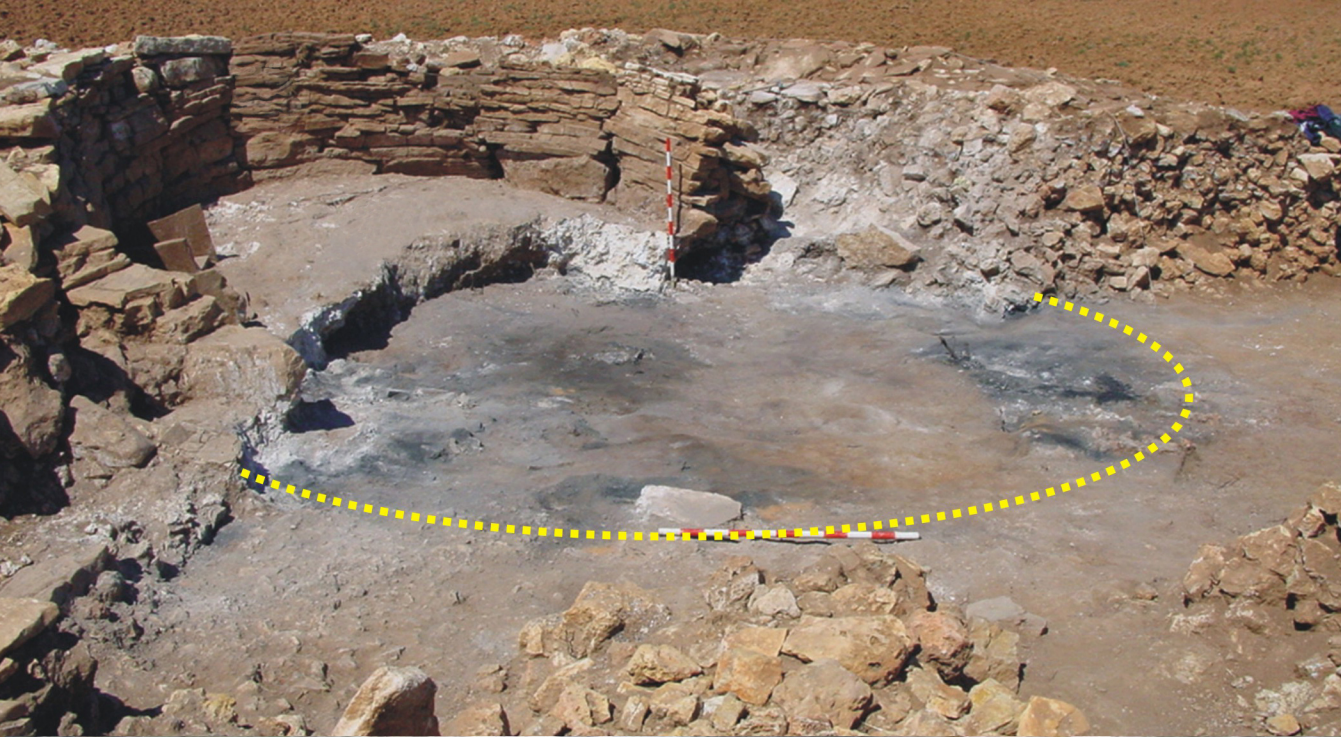
Se trata de uno de los hallazgos realizados durante la intervención



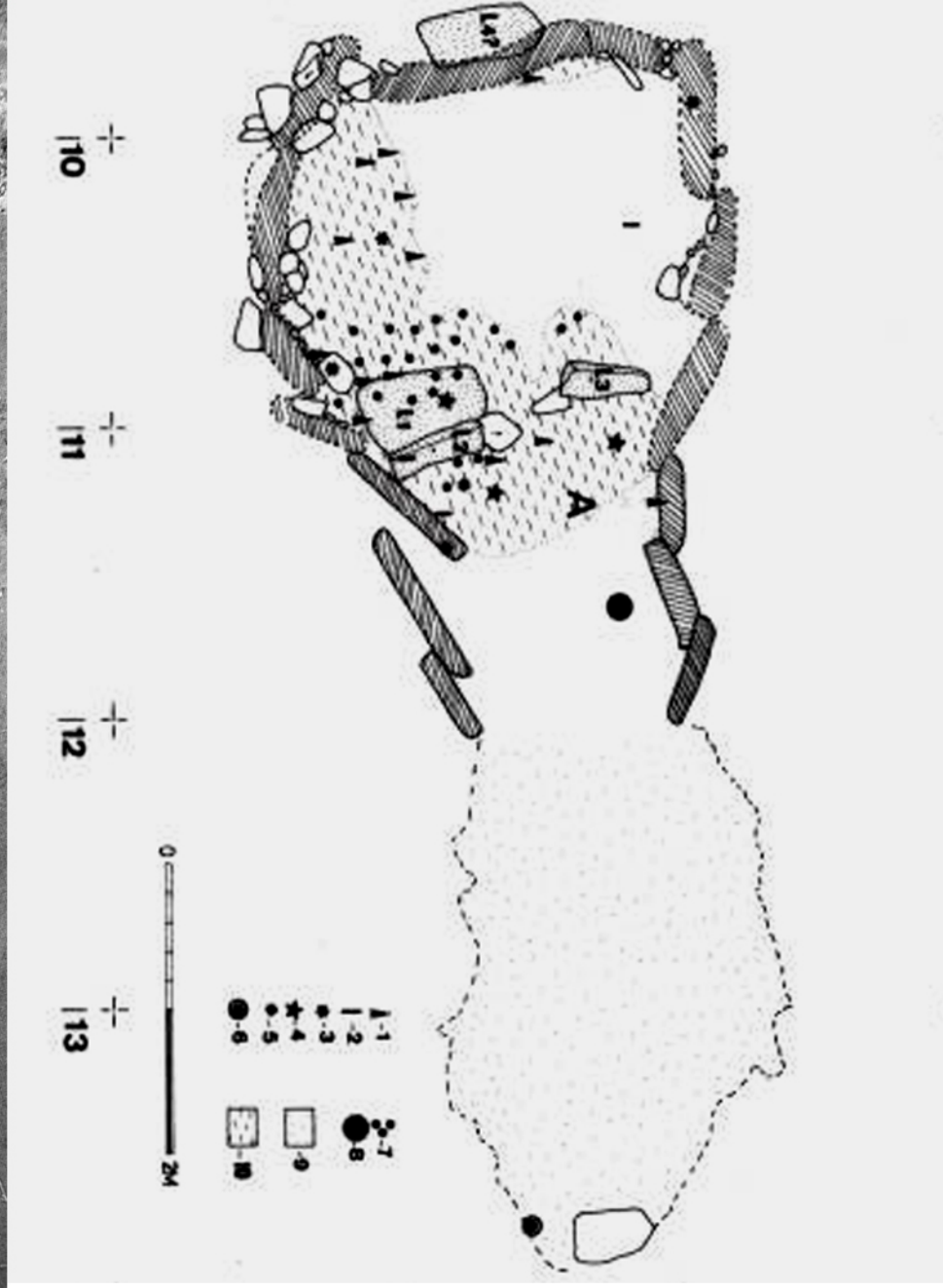
VOLVER

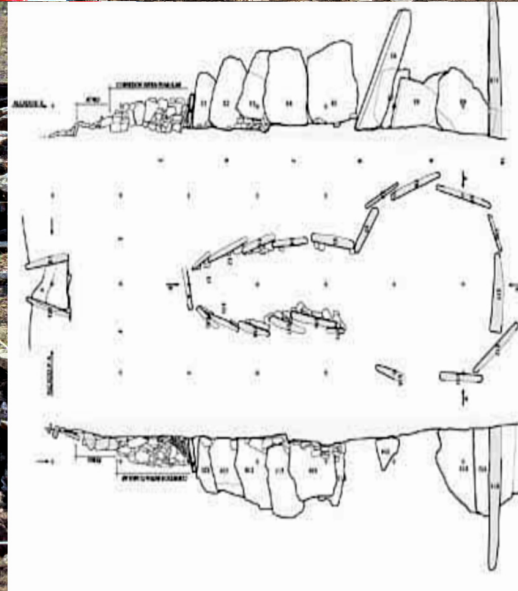


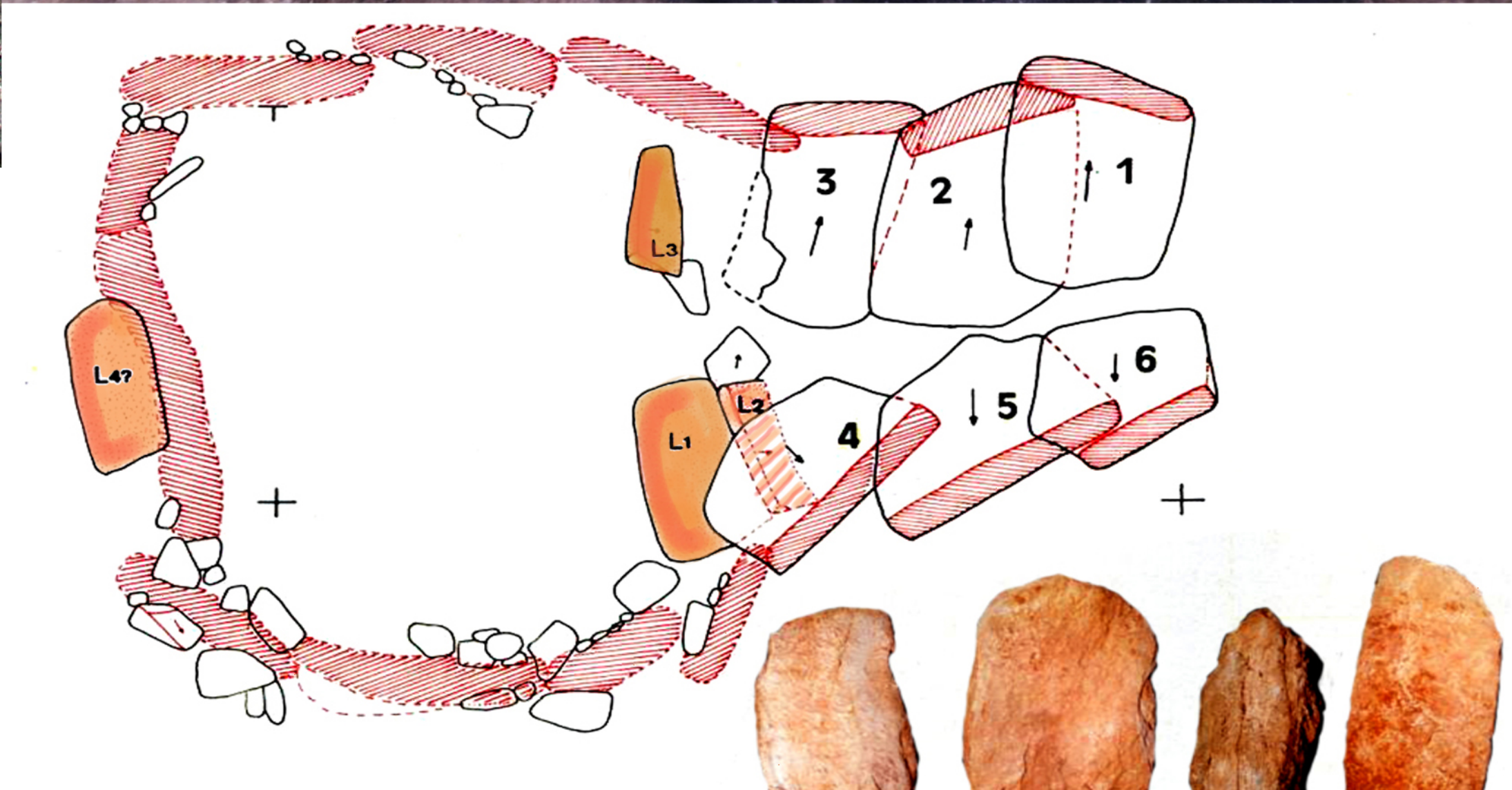


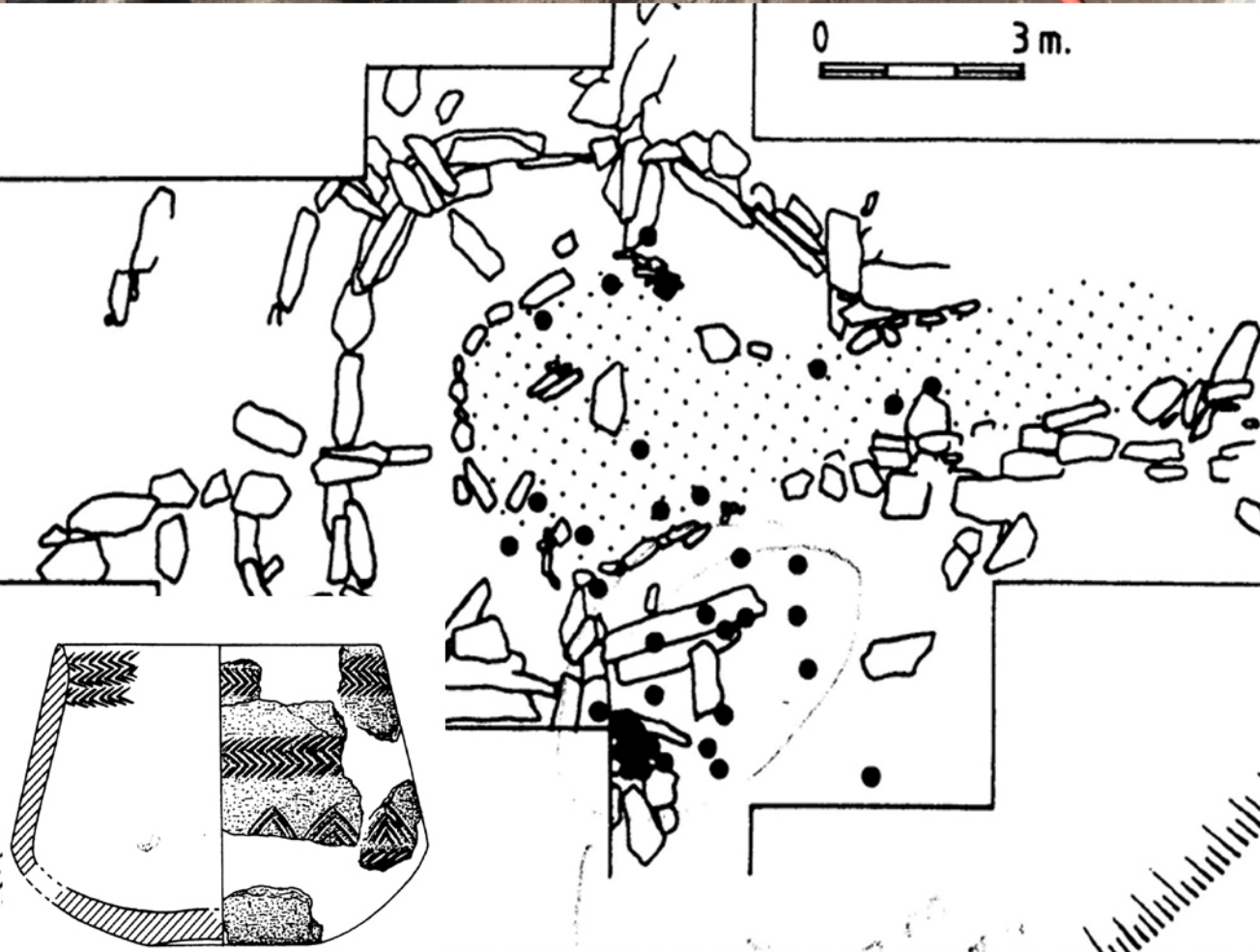














1ª FASE A. TUMBA NEOLÍTICA.



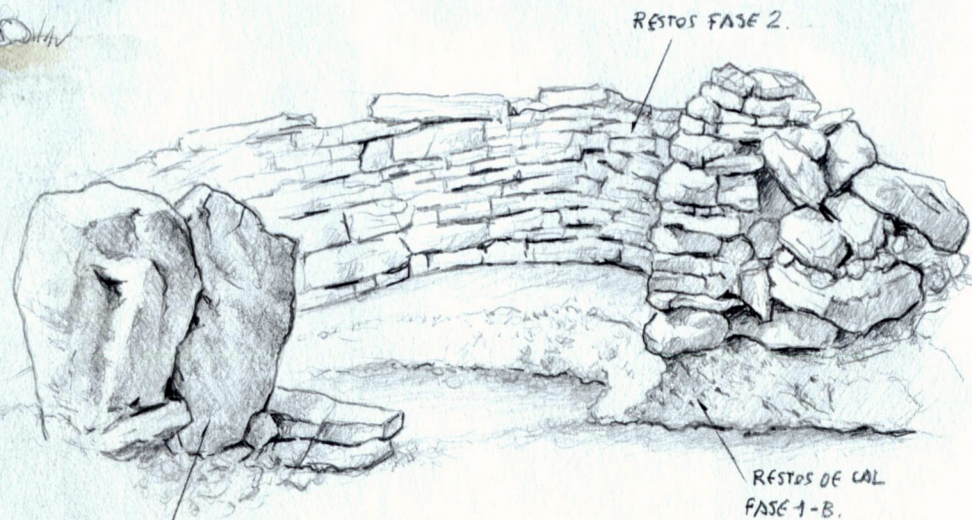
1ª FASE B. QUENA DE LA TUMBA NEOLÍTICA.



2ª FASE: THOLOS NEOLÍTICO SOBRE LA CAL DEL PRIMERO.



3ª FASE; TUMBA CAMPANIFORME.



LATA UTILIZADA PARA FASE 3.

RESTOS DE CAL FASE 1-B.

— DETALLE ACTUAL CON LOS RESTOS DE LAS 3 FASES.

